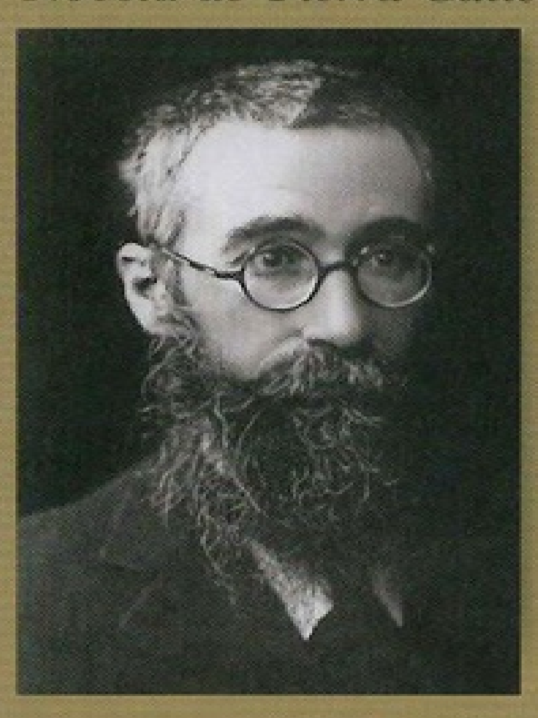
OBRAS COMPLETAS, II (NARRATIVA)

VALLE-INCLÁN

Sonata de Primavera. Sonata de Estío. Sonata de Otoño.
Sonata de Invierno (Memorias del Marqués de Bradomín)
Flor de Santidad: Historia milenaria
La Guerra Carlista I. Los Cruzados de la Causa
La Guerra Carlista II. El Resplandor de la Hoguera
La Guerra Carlista III. Gerifaltes de Antaño
Una Tertulia de Antaño
La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra
Un día de guerra (Visión estelar). Segunda parte: En la luz del día
Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente





Este volumen de las *Obras Completas* de Ramón del Valle-Inclán, segundo de los que acogen la prosa narrativa y ensayística del escritor, está integrado por la tetralogía de las *Sonatas*, *Flor de Santidad*, la trilogía de *La Guerra Carlista*, *Una Tertulia de Antaño*, *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (con la edición periodística, «En la luz del día») y *Tirano Banderas*.



Ramón María del Valle-Inclán

Obras completas, II

Narrativa

ePub r1.0
Titivillus 27.09.17

Ramón María del Valle-Inclán, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

Este volumen de las *Obras Completas* de Ramón del Valle-Inclán, segundo de los que acogen la prosa narrativa y ensayística del escritor, está integrado por la tetralogía de las *Sonatas, Flor de Santidad*, la trilogía de *La Guerra Carlista, Una Tertulia de Antaño, La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (con la edición periodística, «En la luz del día») y *Tirano Banderas*, en las ediciones indicadas en su lugar; agrupadas con un criterio que, aun obedeciendo a razones editoriales, es coherente respecto de los volúmenes que le preceden y siguen. El primero reúne la narrativa breve del escritor —cuentos y novela corta— y añadía la novedad de *La Cara de Dios*, que cronológicamente correspondía a esa primera etapa de la trayectoria de Valle-Inclán; mientras que el tercero abarca el proyecto inconcluso de *El Ruedo Ibérico*, el más extenso de la producción narrativa del autor, que no permite su disgregación, y la prosa ensayística, que cierra el volumen. El segundo comprende un extenso período, veinticuatro años (1902-1926), que ofrece la evolución de Valle-Inclán desde el Modernismo, de cuño rubendariano, hasta la narrativa denominada esperpéntica, por sus afinidades con los textos teatrales, así bautizados por el autor de *Luces de Bohemia* (1924), que para buena parte de la crítica hoy se identifican con la vanguardia histórica. Entre esos dos extremos, que están lejos de ser antagónicos, se publica *La Media Noche* (1917), una obrita que condensa la innovadora poética narrativa, expuesta en su prólogo, y que Valle-Inclán llevaría hasta sus últimas consecuencias en *Tirano Banderas*, que cierra el volumen.

A la hora de editarlos, además de la problemática textual específica de cada obra, antes expuesta, en este volumen se han aplicado a los textos aquí reunidos los criterios establecidos por el Grupo de Investigación Valle-Inclán y expuestos en la introducción al primero de ellos, inicial de esta misma colección. Recordemos al respecto que nuestra edición es filológicamente conservadora, lo que supone que respeta el *usus escribendi* del autor, aunque en ocasiones

contraríe la norma académica actual, por las razones que se aducen y con las salvedades que requieren oportuna justificación. Las enmiendas realizadas son básicamente erratas y errores, con independencia de que tengan su origen en el autor, la copia o sean de carácter mecánico. Cada decisión, en cualquier caso, ha sido tomada teniendo en cuenta los testimonios de un mismo texto y el conjunto de las obras del escritor, cotejos que facilita un trabajo en equipo, como el llevado a cabo en la preparación de estas *Obras completas*.

De las *Sonatas* a *Tirano Banderas*

En el marco de un ordenamiento artificial, que agrupa en bloques genéricos la producción literaria de Valle-Inclán, necesariamente se produce el solapamiento de acontecimientos relativos a su trayectoria como escritor y a su itinerario vital. Es, pues, evidente, que desde la publicación de las *Sonatas* (1902-1905) y *Flor de Santidad*, las novelas más representativa del Modernismo, hasta la aparición de *Tirano Banderas* (1926), la obra que ha situado a Valle-Inclán a la altura de nombres tan significativos como James Joyce, Virginia Wolf o Thomas Mann, no han transcurrido simplemente 20 años. En ese lapso temporal se producen dos de los acontecimientos que mayor incidencia han tenido en su tiempo: la I Guerra Mundial (1914-1918) y a la Revolución Rusa (1917), al tiempo que, como se adelantaba en la introducción al vol. I de estas *Obras completas*, se gesta la crisis artística que precede y acompaña el nacimiento de las vanguardias y, en paralelo, Valle reenfoca su obra y prepara la fórmula que desembocará en el esperpento[1].

A ninguno de estos acontecimientos, que marcan un antes y un después históricamente, fue ajeno Valle-Inclán, que además le tocó vivir la compleja realidad sociopolítica de su país en los años que preceden y siguen al estallido de la Gran Guerra. Desde el punto de vista personal del escritor, estos años coinciden con una etapa de reflexión que se traduce en silencio literario y, más concretamente, teatral. Pero ese paréntesis está preñado de cambios que van a tener sus primeras respuestas en dos libros fundamentales por diferentes motivos: *La Lámpara Maravillosa. Ejercicios Espirituales* (1916) y *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917); para desembocar en la eclosión literaria de 1919-1920, nacida bajo el signo de la modernidad, en la que se inscribe *Tirano Banderas* (1926).

En este marco se suceden y se solapan también episodios de índole diversa, que atañen directamente al escritor: su consagración literaria a raíz de la publicación de las *Sonatas*, el creciente reconocimiento de su magisterio en el ámbito de las artes, que ejerce en tertulias —sobre todo en la del Nuevo Café de Levante (1904-1916)—, conferencias y redacciones de periódicos y revistas. En esos años Ramón del Valle-Inclán da testimonio de su «militancia» en las filas del partido carlista, origen de posturas críticas dispares, que tiene su principal proyección literaria en la trilogía de *La Guerra Carlista* (1908-1909), parcialmente coincidente en el tiempo con la publicación de las dos primeras *Comedias Bárbaras*, que, a su vez, mantienen afinidades estéticas y significativas con el citado ciclo narrativa. En paralelo a su militancia política se suceden otros acontecimientos de interés, como la larga gira teatral que Valle-Inclán emprende en 1910 por diversos países latinoamericanos con motivo del centenario de la independencia de Argentina (Garat, 1967; Garlitz, 2000). El escritor, con su esposa, Josefina Blanco, se integra en la compañía María Guerrero, que llevaba en su repertorio *Cuento de Abril*, pero los desencuentros habidos durante la gira preludian la crisis teatral, que cristalizó en 1912-1913 con su abandono —forzado o forzoso— de los circuitos comerciales del teatro y su traslado de Madrid a Galicia, donde se instala en 1912. Comienza entonces una fase de intermitentes estancias en la capital, un período de reflexión y de relativo silencio creativo, en el que el escritor afronta a partir de 1913 la edición de su *Opera Omnia*. Este ambicioso proyecto es, por otra parte, desde el punto de vista de su diseño, la confirmación del afán renovador del escritor. Porque es en el campo de las artes gráficas, junto con Juan Ramón Jiménez, adalid de la revolución que aporta el Modernismo, al considerar el libro no como mero soporte material, sino como un objeto hermoso, una pequeña joya. Nace así el «libro de artista», fruto de la «Hermandad de las Artes», que aquí se concreta en la estrecha colaboración entre escritores y pintores, grabadores y dibujantes.

La *Opera Omnia* sitúa al autor en vísperas del estallido de la I Guerra Mundial, un acontecimiento vinculado a una experiencia biográfica —la visita del escritor al frente de guerra francés en 1916—, que alcanza además una significativa proyección literaria; al igual que sucede con sus dos visitas a México (1892 y 1921), en condiciones muy distintas, pero con resultados igualmente fecundos en lo literario, si se piensa en la *Sonata de Estío* (1903) y *Tirano Banderas* (1926), novelas a todas luces deudoras de aquellas experiencias.

Del largo período que abarcan las obras aquí reunidas, es destacable la conciencia que el escritor tiene de su labor creativa. Es verdad que Valle-Inclán, como ha señalado Buero Vallejo (1966: 140), «fue un escritor de grandes atisbos teóricos pero no fue un gran teórico»: desde su temprano artículo «Modernismo» (1902), declaración de principios de su filiación modernista, hasta *La Lámpara Maravillosa* (1916), su «hermético» tratado de estética, se pueden citar una serie de consideraciones críticas sobre literatura y arte, realizadas con motivo de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1908 y 1912 o las referidas a Romero de Torres, recogidas en el Catálogo de la Exposición de Buenos Aires de 1922, reveladoras de su concepción estética «anti-realista» (Schiavo, 1991: 12-13; Drumm, 2012: 303-320); sin olvidar, desde luego, los postulados narratológicos de una nueva poética, expuestos en el prólogo a *La Media noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917), o sus declaraciones sobre su teatro y el esperpento en entrevistas numerosas veces glosadas, así como las formulaciones teóricas que pueden espigarse en sus conferencias (Serrano Alonso, en prensa), y en sus propios textos, en particular las contenidas en *Luces de Bohemia* (1920-1924) y *Los Cuernos de don Friolera* (1925), sobre las que descansa de manera primordial la interpretación del esperpento.

Agreguemos a este incompleto repaso una cuestión que ha sido harto discutida: la posición ideológica del escritor. Si hasta la I Guerra Mundial hay cierta coincidencia en aceptar el filocarlismo de Valle-Inclán, claro que concediéndole muy dispar significado, con posterioridad a esas fechas se ha generado una nueva controversia relacionada con el llamado «giro a la izquierda» del escritor, situado en torno a 1920. En general se ha impuesto el predominio de una imagen del escritor en discordia consigo mismo; una imagen que se asienta sobre una relación de fuga y retorno hacia los problemas de su época y remite al viejo debate entre Valle-esteticista y Valle-comprometido, identificados respectivamente con el modernismo y el esperpento, que se relacionan, a su vez, con el carlismo y ese supuesto «giro a la izquierda», que para unos es el comunismo y para otros el anarquismo, el socialismo o el bolchevismo, que de todo se ha dicho.

La contraposición, pues, modernismo y esperpento, evasión-compromiso, ética-estética, que ha conducido a un punto muerto, va dejando paso a una visión más integradora del arte de Valle-Inclán, que nos permita prescindir del enfoque binario, para plantear la multiplicidad expresiva de su obra en otras coordenadas, que muestren sus diferencias en el tiempo, pero también sus características

permanentes. Se trata de establecer una imagen de Valle en evolución, pero no cismática, como tantas veces se ha querido presentar, al hacer prevalecer la anécdota, la excentricidad, la grandilocuencia del gesto, la agudeza verbal, en definitiva, la leyenda sobre la realidad.

El Modernismo visto por Valle-Inclán

«Modernistas», así llamados despectivamente por quienes miraban con desconfianza e incomprensión su afán de renovación en todos los órdenes de la vida. Son antidogmáticos y les atrae lo raro, lo singular, aquello que puede alejarles de su tiempo y de unas circunstancias que consideran detestables. En consecuencia, reaccionan contra ellas con los medios que tienen a su alcance. La protesta es el mecanismo que da sentido a su vida y obra. Este inconformismo se percibe tanto en su aspecto e indumentaria y actitudes iconoclastas —bohemia y dandismo— como en la reacción crítica suscitada por el «Desastre del 98», y no digamos en la literatura. El arte, en general, no escapa a su afán renovador. Buscan fórmulas nuevas frente al realismo de Pereda, Galdós, Clarín, Pardo Bazán y, sobre todo, un nuevo lenguaje, cuya vía de acceso les brindaría Rubén Darío.

Valle fue amigo y profundo admirador del poeta nicaragüense desde 1899 hasta su muerte, en 1916 (su centenario acaba de conmemorarse). Un retrato literario de ambos, posiblemente uno de los más originales, es el escrito por Juan Ramón Jiménez bajo el título «Castillo de quema» (*El Sol*, 26-01-1936).

Amistad y admiración recíprocas: de hecho Valle-Inclán siempre reconoció el magisterio de Rubén Darío sobre su obra y la de otros coetáneos, ávidos todos ellos de un proceso de renovación de los lenguajes artísticos a finales del XIX y principios del XX, y le dedicó la segunda edición de *Sonata de Estío* (1906), en estos términos: «A Rubén Darío: con toda mi admiración y amistad». Por su parte, Darío en 1899 escribe una conocida semblanza en prosa del escritor («La joven literatura. Un estilista», *La Nación*, Buenos Aires, 04-06-1899), y no fue la única ya que en varias ocasiones le escribió poemas iconográficos, textos-homenaje en verso, como el «Soneto. Para el Señor Don Ramón del Valle-Inclán», uno de los más conocidos y citados, que comienza «Este gran don Ramón de las barbas de Chivo», que Valle-Inclán puso al frente de *Aromas de Leyenda* (1907), e incluyó en *Claves Líricas* (1930); el «Soneto Autumnal. Para

el Señor Marqués de Bradomín», pórtico de la *Sonata de Otoño* (1905, 1907) y de las sucesivas ediciones de la *Sonata de Primavera* a partir de 1913 (1914, 1917, 1922, 1923, 1928-29, 1933), y la tercera de las dedicatorias poéticas es la «Balada laudatoria que envía al autor el alto poeta Rubén. Del país del sueño…», que abre la *editio princeps* de *Voces de Gesta*, 1912 (cuya primera versión publicó Rubén Darío en la revista *Mundial Magazine*).

Valle-Inclán se mueve en un territorio ajeno al de la literatura mimética (Schiavo, 1991: 12-13). Su óptica enlaza con el proceso renovador de la literatura, que aproximadamente desde 1880 se viene produciendo en Europa y que en España se bautizó como «Modernismo» y en la actualidad tiende a englobarse bajo otro polivalente marbete, «Modernidad» (Villanueva, 2005; Iglesias Feijoo, 1995: 37-50; 1999: 103-111). Un amplio movimiento, fruto de una nueva sensibilidad —como con perspicacia apuntó Juan Ramón Jiménez— que protagonizaron a la par los llamados noventayochistas y modernistas, y que alcanza, más allá del lenguaje literario y los recursos expresivos y constructivos de la obra de arte, la concepción misma del Arte y del artista, de la literatura y del escritor.

Esa conciencia de singularidad la expresa Valle-Inclán en la dedicatoria que escribe a Ortega Munilla, director del periódico *El Imparcial*, al frente de la *editio princeps* de *Sonata de Primavera* (1904):

> No hace todavía tres años vivía yo escribiendo novelas por entregas, que firmaba orgullosamente, no sé si por desdén, si por despecho. Me complacía dolorosamente la obscuridad de mi nombre y el olvido en que todos me tenían. Hubiera querido entonces que los libros estuviesen escritos en letra lombarda, como las antiguas ejecutorias, y que solo algunos iniciados pudiesen leerlos. Esta quimera ha sido para mí como un talismán. Ella me ha guardado de las competencias mezquinas, y por ella no he sentido las crueldades de una vida que fue toda de luchas. Solo, altivo y pobre, he llegado a la literatura sin enviar mis libros a esos que llaman críticos, y sin sentarme una sola vez en el corro donde a diario alientan sus vanidades las hembras y los eunucos del Arte (*Sonata de Primavera*, 1904: 3).

Al margen de esa alusión a las novelas por entregas (inevitable se hace pensar en *La Cara de Dios*, 1900), el elitismo artístico que tal declaración comporta obedece a la conciencia de singularidad, de originalidad, de independencia artística que define el espíritu rebelde del escritor modernista: «La juventud debe ser arrogante, violenta, iconoclasta», reivindicaría Valle-Inclán en su prólogo a *Corte de Amor* (1908. 13; / OCs I, 664), reproducido en el vol. I de estas *Obras completas*. Responde, asimismo, a esa particular «fiebre del estilo» que orientó el proceso de escritura del autor. Valle-Inclán no fue un

escritor intuitivo, sino alguien plenamente consciente de lo que hacía y pretendía hacer. Diversos textos de carácter teórico —mencionados ya en el tomo I— prueban esa conciencia de artista a lo largo de su vida. Y el primero de esa plural y discontinua o intermitente reflexión estética es su artículo «Modernismo», publicado en la *Ilustración Española y Americana* (22 de febrero de 1902), primer esbozo del prólogo al libro de Melchor Almagro San Martín, *Sombras de vida* (1903), que ampliado serviría de pórtico a la segunda edición de *Corte de Amor* (1908, también en 1914), que tituló: «Breve noticia acerca de mi estética cuando escribí este libro» (*cfr*. su reproducción en estas *Obras completas*, I, 663-668).

Si en la versión para la prensa se limita a definir la *nueva* estética, en la última sus opiniones son más arriesgadas, no en vano es ya un escritor consagrado, cuya voz es escuchada. En esta ocasión, sin desmentir su admiración por los clásicos —«mis maestros»—, proclama «la furia iconoclasta que hoy posee a todas las almas jóvenes», porque «en el arte —añade— como en la vida, destruir es crear». De ahí esa lucha confesada «para hacerme un estilo personal», fruto, como dirá en otro momento, de un «vivo anhelo de personalidad». Este preámbulo da paso a una declaración programática: «De esta manera hice mi profesión de fe modernista: Buscarme en sí (*sic*) mismo y no en los otros» (*Corte de Amar*, 1908: 17 / OCs, I, 664). Una opción que define y caracteriza más adelante, atacando a sus detractores (les atribuye la «sensibilidad de los jayanes»), además de mencionar sus principales referentes literarios, en coincidencia con muchos de sus contemporáneos. Es así que, incidiendo en la reconocida ambivalencia del término, lo llena de contenido al tiempo que afronta con sagaz precocidad algunos de los lugares comunes de la crítica contemporánea, que han perdurado hasta hoy:

> Si en la literatura actual existe algo nuevo que pueda recibir con justicia el nombre de *modernismo*, no son, seguramente, las extravagancias gramaticales y retóricas, como creen algunos críticos candorosos, tal vez porque esta palabra *modernismo*, como todas las que son muy repetidas, ha llegado a tener una significación tan amplia como dudosa […]. La condición característica de todo el arte moderno, y muy particularmente de la literatura, es una tendencia a refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad. Hay poetas que sueñan con dar a sus estrofas el ritmo de la danza, la melodía de la música y la majestad de la estatua (*Corte de Amor*, 1908: 23 / OCs, I, 666).

Y para apuntalar su reflexión cita a Gautier, Baudelaire, Carducci, D'Annunzio, Rimbaud… (véase González del Valle, 2002):

> Existen hoy artistas que pretenden encontrar una extraña correspondencia entre el sonido y el color.

De este número ha sido el gran poeta Arturo Rimbaud, que definió el color de las vocales en un célebre soneto:

A-noir, E-bleu, I-rouge, U-vert, O-jauni[2].

Esta analogía y equivalencia entre las sensaciones es lo que constituye el modernismo en literatura (*Corte de Amor*, 1908: 27; OCs, I, 667).

Sensaciones, hay que refinarlas y acrecentarlas, de ahí la importancia de la sinestesia, el ritmo, la armonía de la frase, la cuidadosa selección del vocablo, como subraya en una entrevista de 1904: «Aborrezco ese período que llaman castizo […]. Yo quiero que las palabras puedan desgranarse una a una sin que se desvanezca el ritmo de la cláusula, y se vean como las perlas del collar […]. En la labor literaria no debe dejarse nada ni a la casualidad ni al instinto» (Serrano Alonso, 1997: 78-80).

La praxis de esta concepción de la literatura la ejemplifican de forma paradigmática las *Sonatas*, un modelo de prosa modernista en opinión unánime de la crítica actual pero también de su tiempo, pues fueron las obras que dieron a Valle-Inclán carta de ciudanía como escritor. Es decir, significaron su consagración literaria e incluso han llegado a condicionar su valoración posterior, de manera que, por encima de estimaciones académicas, Valle-Inclán ha sido hasta hoy el autor de las *Sonatas* y el creador de Bradomín.

Desde la perspectiva del propio autor la situación resulta aparentemente contradictoria. Valle-Inclán, según testimonio de García Sabell (1961: 19), enjuició las *Sonatas* despectivamente: «¡Las *Sonatas*! Olvidémoslas. Son ‘solos de violín’». Pero, sin restarle credibilidad a este comentario, hay que recordar que el escritor calificó con expresión similar («musiquilla de violín») toda su obra anterior a *Tirano Banderas*, que consideraba su mejor creación. Este comentario relativiza lo dicho previamente y es más coherente con otras consideraciones sobre sus *Sonatas*, que, además, tuvieron una magnífica acogida de público, y fueron para su autor una fuente de ingresos muy significativa (Joaquín del Valle-Inclán, 2006).

Valle da a la estampa en 1902 *Sonata de Otoño*. Esta fecha —y no es fortuita — coincide muy significativamente, por una parte, con el artículo «Modernismo», de cuyas ideas es su praxis, junto con las siguientes, como veremos; por otra parte, no se puede olvidar que en esa fecha se publican otras tres novelas, *Amor y pedagogía*, de Unamuno, *La Voluntad*, de Azorín y *Camino de perfección*, de Baroja, que hacen de 1902 una fecha emblemática, que

anuncia un profundo cambio estético (Mainer, 1999).

LAS *SONATAS*, PARADIGMA DEL MODERNISMO

Desde 1901 Ramón del Valle-Inclán venía publicando en *Los Lunes de El Imparcial* y en *Juventud* al menos una decena de relatos que reelaborados incorporó a la *Sonata de Otoño* (1902), la primera de la serie «Memorias del Marqués de Bradomín».

Este sistema de publicación, correlativo al ya referido para sus cuentos, forma parte de su estrategia de escritura como creador. Quiere decirse que muchas de las obras extensas de Valle tienen una larga prehistoria literaria, consistente en fragmentos aparecidos generalmente en la prensa, que más tarde reelabora e integra en dicha obra. Estos pre-textos —tanteos de Valle-Inclán hasta dar con la fórmula deseada— resultan especialmente reveladores de la génesis de una obra, de su historia textual. En este sentido, la prensa fue para el escritor banco de pruebas de muchas de sus producciones, que antes de convertirse en libro se editaron fragmentariamente o por entregas en las páginas de los periódicos. En todas esas fases se advierten cambios que afectan a la configuración de los personajes, a la estructura del texto y, finalmente, al estilo: una palabra cambiada, una frase retocada, una descripción suprimida, el reajuste de un pasaje… Ningún texto es exactamente igual al siguiente en este lento proceso de creación.

La primera de las cuatro novelitas, la *Sonata de Otoño*, la escribe Valle durante los tres meses de convalecencia de un involuntario tiro de pistola en un pie, y ve la luz en 1902. Las restantes aparecen sucesivamente: *Sonata de Estío* (1903), precedida de una larga prehistoria, que remonta a 1892 y a su estancia mexicana, y acaso sea el origen de la tetralogía (el propio escritor afirmaba en una entrevista de 1912: «Méjico, realmente, era desconocido, y reuní mis impresiones en lo que compone *La sonata de Estío*»); *Sonata de Primavera* (1904) y *Sonata de Invierno* (1905):

> Estas páginas son un fragmento de las «Memorias Amables», que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. Un Don Juan admirable. ¡El más admirable, tal vez!…
>
> Era feo, católico y sentimental.

Esta «Nota» precede al texto en la *editio princeps* de las tres primeras *Sonatas* (no se incluye en la cuarta), aunque presenta variantes en la *Sonata de*

Estío (1903):

> Estas páginas son un fragmento de las «Memorias Amables» que empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. ¡Aquel viejo cínico, descreído y galante como un cardenal del Renacimiento!

Por otra parte, dicha «Nota» solamente se mantiene de forma sistemática en las sucesivas ediciones de la *Sonata de Primavera* —1905, 1907, 1913, 1914, 1917, 1922, 1928, 1928-1929 y 1933—. Pese a su brevedad, su interés es grande y reside en que resume las características definitorias de la tetralogía, que atañen a la modalidad genérica (autobiografía de ficción), estructura (fragmentaria), al tipo de personaje que las protagoniza y la tradición en que se inscribe (donjuanismo), e incluso apunta rasgos de estilo (la tríada de adjetivos), además de otros motivos que se comentan enseguida.

Xavier de Bradomín —protagonista y narrador de las *Sonatas*— es uno de los personajes más emblemáticos —y más estudiados— de la obra de Valle, con el que a menudo se le ha identificado («personaje vicario», se ha dicho, sin advertir que todos los personajes son su autor y ninguno es el autor), y también de los más recurrentes: entre 1902 y 1928 reaparece, al margen de las *Sonatas*, al menos en siete obras más, si bien pierde su principal rasgo distintivo, desprendiéndose del molde donjuanesco para potenciar su filiación carlista: novelas de *La Guerra Carlista, Una Tertulia de Antaño* y *El Ruedo Ibérico*, además de su fugaz presencia, acompañado nada menos que de Rubén Darío, en el entierro de Max Estrella en *Luces de Bohemia*. Estas reapariciones producen en el lector cómplice la impresión de que el personaje tiene vida propia.

En las *Sonatas* el Marqués de Bradomín relata una serie de episodios autobiográficos de carácter amoroso («memorias amables», es decir, galantes, gentiles), que, siendo independientes entre sí —de forma autónoma fueron concebidas—, presentan al protagonista masculino en etapas vitales diferentes: la juventud (*Primavera*), la primera madurez (*Estío*), la madurez plena (*Otoño*) y vejez (*Invierno*). El personaje, aristócrata de blasonado linaje, dandi, cínico, burlón, alejado de cualquier actividad crematística, transgresor de todas las convenciones sociales y morales («Mi leyenda, una leyenda juvenil, apasionada y violenta, ponía en aquellas palabras un nimbo satánico». *Sonata de Primavera*, 1904: 132; OCs, 46) es heredero de la larga estirpe de donjuanes literarios que remontan a Tirso de Molina, pero subvierte el arquetipo: Bradomín es «feo, católico y sentimental», y, además, no es joven (Becerra, 2006: 7-25). De hecho, es un hombre que rememora desde la vejez sus pasados amores, envueltos en un

velo de nostalgia, que le confieren no solo los años sino el exilio («desde la emigración» —reza la nota), pues, leal entre los leales al Pretendiente carlista, Carlos VII, abandonó el país tras la derrota de 1876, fecha a la que remite el tiempo interno de la *Sonata de Invierno* (Santos Zas, 1993), que es, por otra parte, la que presenta una mayor cercanía entre el tiempo de lo narrado y el de la narración, al tratarse de un relato retrospectivo —domina la técnica del *flash back*—, en el que el narrador evoca su pasado lejano en la *Sonata de Primavera* y se va aproximando al presente de la escritura a medida que narra sus peripecias amorosas.

Valle-Inclán establece entre las cuatro *Sonatas* un juego de correspondencias (Zamora Vicente, 1969: 18-19) entre la edad del protagonista —los cuatro ciclos vitales ya mencionados—, las estaciones del año, consignadas en los títulos, cuatro ambientes, escenarios y paisajes: Italia, México, Galicia y Navarra, respectivamente, y, por último, cuatro historias de amor con otras tantas mujeres —casadas o «destinadas a Dios»—, a las que hay que añadir en la *Sonata de Invierno* una novicia adolescente, que resulta ser la ignorada hija de Bradomín. Protagonistas femeninas, por su parte, que responden a la tipología *Fin de Siècle* (Hinterhäuser, 1979; Litvak, 1980): la *femme fatal* —el modelo de Salomé y Lilith—, sensual y seductora, y la *donna angelicata*, mujer espiritual, frágil y enfermiza.

La descripción de la Niña Chole responde al primer modelo, que se opone al que representa María Rosario: «era pálida, con los ojos negros, llenos de luz ardiente y lánguida», y en otro lugar escribe: «María Rosario lloraba en silencio, y resplandecía hermosa y cándida como una Madona» (*Sonata de Primavera*, 1904: 30 y 88, respectivamente OCs, I, 11 y 30).

En suma, la personalidad del protagonista es ofrecida en cuatro tiempos y cuatro aventuras galantes, que siguen hilos argumentales autónomos (Zamora Vicente, 1969: 18-19).

Todo en las *Sonatas*, personajes, ambientes, situaciones, motivos temáticos entrecruzados (amor, muerte, religión) responden a un proceso de desrealización, de estilización premeditada, que, alejado de la literatura realista, se orienta hacia la Belleza: refinamiento, aristocratismo, artificiosidad, elegancia, vetustez son notas que definen una estética antirealista: «las cosas no son como son sino como se recuerdan», es la máxima —de inspiración ruskiniana— que preside su escritura: arte sobre arte, literatura sobre literatura, que ahora se apropia del

léxico y conceptos de las artes plásticas y de la música. Así —y valga como ilustración— Rimbaud, tal como recordaba el propio don Ramón, asociaba las vocales con colores, Baudelaire es autor del poema «Correspondances» y Rubén firmó la «Sinfonía en gris mayor».

Igualmente, en las *Sonatas* todo está en función de suscitar sensaciones en el lector por asociación, contraste o analogía: los personajes están en pose permanente y sus movimientos y actitudes supeditan la naturalidad a la belleza, según cánones de la pintura renacentista, con la que se asocia explícitamente, como muestra de la «Hermandad de las artes»: la *Sonata de Primavera* es un pequeño museo: Giotto, Botticelli, Andrea del Sarto, Rafael, Leonardo da Vinci… son algunos de los nombres que se citan expresamente, pero también los retratos de mujeres de esta *Sonata* son deudores de Morris y Rossetti.

Estas referencias traen a colación uno de los rasgos definitorios de las novelitas que conforman la tetralogía, a saber: que en la misma línea anti-realista antes mencionada, proclaman la superioridad del arte sobre la vida, de ahí también el culturalismo que las caracteriza, perceptible en la multiplicación de referencias explícitas a obras de arte, pintura, escultura, arquitectura, citas literarias, además de nuevas manifestaciones del juego intertextual, que en la *Sonata de Primavera* —valga como muestra— dialoga con las *Memorias del Caballero de Seintgal* en un pasaje digno de recordarse, en el que Bradomín juega con la inocencia de María Rosario, que lee *La ciudad mística de Sor María de Jesús, llamada de Agreda*, creando un perverso equívoco, al hacerle creer a la joven que las memorias de Casanova son las «confesiones» de un libertino arrepentido: «¿Como San Agustín?», pregunta María Rosario, y se produce el siguiente diálogo:

> —¿Como San Agustín?
>
> —¡Lo mismo! Pero humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la iglesia, y las llamó Memorias.
>
> —¿Vos las habéis leído?
>
> —Es mi lectura favorita.
>
> —¿Serán muy edificantes?
>
> —¡Oh!… ¡Cuánto aprenderíais en ellas!… Jacobo de Casanova fue gran amigo de una monja en Venecia.
>
> —¿Como San Francisco fue amigo de Santa Clara?
>
> —Con una amistad todavía más íntima.
>
> —¿Y cuál era la regla de la monja?
>
> —Carmelita.
>
> —Yo también seré carmelita (*Sonata de Primavera*, 1904: 144-145).

Valle inventa para estos personajes sociedades artificiosas, alejadas de la moderna, industrial y burguesa realidad contemporánea. De hecho, el relato acomoda al lector a una óptica lejana; se diría que los episodios no se desarrollan en un tiempo histórico, cuando las referencias cronológicas permiten fijar con bastante precisión el tiempo interno de cada novelita (Santos Zas, 1993: 102-106). Las figuras que protagonizan las diferentes aventuras galantes de Bradomín se recortan sobre paisajes y ambientes decorativos —jardines versallescos, inquietantes laberintos de mirtos seculares, empedradas callejuelas, resonantes salones de tarima, amplias escalinatas con balaustrada de piedra, escudos y blasones, caserones, palacetes, pazos y conventos— tan refinados y exquisitos como ellos mismos, que constituyen auténticas escenografías igualmente artificiosas:

> El sol poniente dejaba un reflejo dorado entre el verde sombrío, casi negro, de los árboles venerables. ¡Los cedros y los cipreses, que contaban la edad del Palacio! El jardín tenía una puerta de arco, y labrados en piedra, sobre la cornisa, cuatro escudos con las armas de cuatro linajes diferentes. ¡Los linajes del fundador, noble por todos sus abuelos! (*Sonata de Otoño*, 1902: 27-28).

Son «cuadros» en los que la luz, el color, el olor, el sonido tienden a sugerir un ambiente estacional en perfecta armonía: el atardecer filtrándose por una vidriera de colores, el cielo plomizo del otoño gallego, el olor de las rosas en los jarrones, el frufrú del roce de las telas, el tañido de las campanas («el alegre esquilón que tocaba a misa»), el olor de los cirios, el resplandor de una hoguera, el crepitar de los leños en la chimenea…

Este culto a la sensación —rasgo definitorio del modernismo en general— descansa en la capacidad de sugerencia de la palabra poética, que Valle-Inclán persiguió afanosamente. Las *Sonatas* son el fruto de ese esfuerzo, que se apoya en ciertos recursos artísticos. Una prosa rítmica («A donde no llegan las palabras con su significado, van las ondas de sus músicas…»), que juega con paralelismos y simetrías, períodos cortos, distribuidos generalmente en frases bimembres, con la disposición repetida de los elementos de la frase («como sin ruido se ponía en pie, y como sin ruido se alejaba y desaparecía»), las tríadas de adjetivos seguidas de comparaciones («mi sol abrileño, joven y rubio como un mancebo»; «rizos rubios, dorados, luminosos»), brillantes metáforas, sugerentes y originales sinestesias, ley de contrastes (paganismo *vs.* religiosidad, satanismo *vs.* leyenda nimbada de santidad)… La palabra se elige en función de su carga intelectual y afectiva, pero también por su valor evocativo, que no depende tan

solo de su sonido y significado sino de su colocación en la frase, de las asociaciones que suscita con las palabras vecinas e, incluso, con las ausentes. En la *Sonata de Invierno* se lee:

> un fraile subió al púlpito y predicó la guerra santa en su lengua vascongada […]. Yo sentíame conmovido. Aquellas palabras ásperas, firmes, llenas de aristas como las armas de la edad de piedra, me causaban impresión indefinible […]. Sin comprenderlas, yo las sentía leales, veraces, adustas, severas (*Sonata de Invierno*, 1905: 21).

¡Qué ejemplo hay más expresivo de todo lo dicho!

En Valle-Inclán hallamos una revitalización de palabras desgastadas, devolviéndoles el sentido etimológico, se vale de los arcaísmos, acuña neologismos, usa galleguismos o galleguiza términos castellanos, recrea palabras derivadas capaces de evocar otros tiempos… Una labor de orfebrería, una voluntad de estilo que nadie le escatimó:

> Lo único que encontraba de extraordinario en este escritor era el anhelo que tenía de perfección en su obra […]. Si hubiese vislumbrado un sistema literario, una forma nueva, aunque no la hubiesen estimado más que diez o doce personas, hubiera abandonado sus viejas recetas y hubiese ido a lo nuevo aun a riesgo de quedarse en la miseria (Pío Baroja, 1949: 407, VII).

De esa preocupación, que según Ricardo de la Fuente (*De un periodista*, 1897) le llevaba a ponerse «calenturiento» cuando escribía, hace que las *Sonatas*, al igual que *Flor de Santidad* (1904), sean consideradas unánimemente como la culminación de la prosa modernista del escritor y su inigualable modelo.

Esta literatura refinada y preciosista, creadora de mundos muy alejados de la realidad cotidiana, es también una forma de evadirse, de huir de esa misma realidad con la que el escritor —toda aquella «juventud iconoclasta»— está en profundo desacuerdo. Con las *Sonatas* Valle no solo reacciona contra la literatura dominante, sino que esa reacción implica también un rechazo a la realidad histórica que le ha tocado vivir. Pero el escritor no lo manifiesta a través de una crítica directa sino por medio de su propia estética (Gullón, 1964 y 1980). El esteticismo no es, pues, sinónimo de frivolidad, porque todo esteticismo supone un desacuerdo con el entorno, tal vez inoperante, pero no menos real, un rechazo, consecuente con la rebeldía del escritor, que opone a la vulgaridad que le rodea la estilización de los mundos que novela (Gullón, 1964). Valle irá modificando con el tiempo sus fórmulas de reacción, una búsqueda continua en pro de su propio estilo, que de manera paulatina y unido a una serie de cambios de orden personal, cultural e histórico, le llevarán a abandonar paulatinamente

esa estilización embellecedora por otra que se orienta hacia lo grotesco y que acabará desembocando en el esperpento. Por otra parte, igualmente a partir de las *Sonatas* su producción literaria se abre en tres direcciones: poética, dramática y narrativa.

Flor de Santidad. Historia milenaria (1904)

Una carta que Valle-Inclán escribe a su amigo Torcuato Ulloa, autor de la primera reseña de *Femeninas* (1895), nos ofrece un testimonio del mayor interés a propósito de la génesis de *Flor de Santidad*.

> Hace algunos días recibí una carta de usted aquí, en este retiro de Aranjuez, a donde me vine a escribir una novela, de la cual tenía desde hace diez años hechos cinco capítulos. La he terminado en veinte días, en los cuales escribí seiscientas cuartillas (en *Índice de Artes y letras*, núm. 74-75 [1954]: 20).

La obra a la que se refiere se especifica a renglón seguido:

> Si he de serle a usted franco, esta es la única vez en que estoy un poco satisfecho de mi obra. Se titula «Flor de Santidad». Es una novela que en el estilo, en el ambiente y en el asunto se diferencia totalmente de la moderna manera de novelar. Más que a los libros de hoy, se parece a los libros de la Biblia: otras veces es homérica, y otras gaélica […].

Que escribiese en veinte días esas seiscientas cuartillas, no es más que un dato anecdótico, lo significativo es que el escritor sea plenamente consciente de que ha escrito una obra que le satisface y que tiene una larga historia detrás, que hoy podemos verificar, pues hasta donde sabemos, remonta a 1897, fecha en que publica «Lluvia», el primer texto que tiene nexos evidentes con *Flor de Santidad*. No es este el único dato de interés que nos proporciona esta cita.

Ante todo, se observa a un autor que voluntariamente pretende desmarcarse de «la moderna manera de novelar», actitud que, para este caso, fructifica en una novela atípica, premeditadamente atemporal, de ahí quizá, como diré después, la razón de su subtítulo, *Historia milenaria*. Una novela que narra la historia de la inocente Ádega, una pastora huérfana y visionaria, que cree ser una nueva «madre de Dios». Su retrato, de inspiración pictórica, es deudor de las mujeres prerrafaelitas, pero también de los primitivos italianos. Alrededor de esta pastorcilla, casi una niña, se mueve un coro de pastores, peregrinos, mujeres, ciegos y mozos que forman parte de un paisaje de romerías, caminos y ferias; es decir, la Galicia rural, ingenua o maliciosamente supersticiosa que Valle estiliza

para ofrecer estampas que poco tienen que ver con la realidad contemporánea.

Desde el punto de vista de su diseño, *Flor de Santidad* consta de un total de veintiséis capítulos distribuidos de manera irregular a lo largo de cinco estancias del modo que sigue: la primera y la segunda estancia constan de cinco capítulos respectivamente, la tercera y la cuarta de seis y la quinta de cuatro, organización que se modifica en las ediciones posteriores de la novela para alcanzar una distribución más simétrica de manera que cada estancia pasa a tener cinco capítulos, salvo la tercera estancia —que ocupa el centro— que tiene seis.

No está la dificultad en desentrañar el título metafórico de la novela —*Flor de Santidad*—, con el que Romero de Torres, no por casualidad, tituló uno de sus lienzos, sino su subtítulo —*Historia milenaria*—, que requiere de nuestra atención. Ambos se enunciaron ya en uno de los pretextos periodísticos, que, en general, tienden a optar por el nombre de la protagonista «Ádega». Valle raramente prescinde de un subtítulo, que suele precisar un código genérico que, por otra parte, modifica al adjetivarlo, acaso guiado por su preocupación de desclasificar sus textos con relación al concepto de género literario; no se trata de un hecho aislado, sino que, como vimos en la introducción al vol. I de estas *Obras completas*, es moneda común en toda su obra («cuento popular», «cuento color de sangre», «tragedia pastoril», «tragicomedia de aldea», «comedias bárbaras», etc., etc.). En el caso que nos ocupa, hallamos en los pretextos de la prensa «cuento bizantino», «historia milenaria», y también con un «recuerdo infantil»… El adjetivo *bizantino*, entre sus varias acepciones, remite a un tipo de novela que tiene sus raíces en la novela griega de aventuras de la época helenística y alcanza su momento de apogeo en los siglos XVI y XVII. Tal vez el intento explícito de Valle-Inclán de entroncar con una tradición literaria que se aleje de «la moderna manera de novelar» podría explicar esta elección que de todos modos excluyó a la hora de buscar el título definitivo para su novela. Por lo que se refiere a *historia milenaria*, se diría que está en sintonía con el título *Flor de Santidad*, pues la novela es una historia *milenaria*, en la medida en que los hechos que se relatan parecen remontarse a un tiempo remoto, en el que se mezclan elementos históricos —un sustrato del mundo medieval—, bíblicos y cristianos —el peregrino trasunto de Dios-Demonio, Ádega como víctima inocente— y legendarios que subrayan el mundo de las creencias populares, vinculado además al tema de la oralidad y las creaciones colectivas de historias «con reminiscencias de otras cien», elementos todos ellos que, como ha

analizado con agudeza Dru Dougherty (1997: 341-354), hacen de *Flor de Santidad* un texto multiforme y sincrético.

Lo que más ha destacado la crítica contemporánea de esta obra editada, ha sido su voluntad de estilo y su perfección formal, rasgos que también ha subrayado la crítica posterior que ha visto en *Flor de Santidad* una serie de notas que singularizan, siempre en el marco «modernismo literario», al que se adscribe a la par que las *Sonatas*, poniendo el acento en su carácter anti-realista, su patente subjetivismo, el culto a la sensación, el carácter rítmico de su prosa, su lirismo —Darío Villanueva (1983) considera que esta obra ha encontrado su lugar natural en el marco de la novela lírica o novela poemática—, que ha hecho de esta novela un modelo de prosa poética. Se ha destacado asimismo el primitivismo, su marcado carácter simbólico (López-Casanova, 1995: 41); y se han estudiado sus fuentes (Castro Delgado, 2004: 13-20).

Por otra parte, de la carta antes citada, debo reparar en otro aspecto particularmente significativo a efectos de retomar ese hilo del que tantas veces he tirado en esta introducción: me refiero a las estrategias de escritura y publicación del autor, reveladoras de los procesos creativos de una obra, de los que *Flor de Santidad* es un paradigmático ejemplo, pues se construye a partir de un reguero de textos que entre 1897 y 1904 fueron apareciendo de manera aparentemente inconexa en la prensa. Ahonda en este sentido la carta, en tanto nos muestra a un escritor consciente de su labor, pocas veces satisfecho con los resultados y celoso de una perfección que le llevará a corregir, revisar y reescribir su obra una y otra vez.

Esta *Historia milenaria*, escrita y publicada a la par que las *Sonatas*, presenta notables similitudes con las *Memorias del Marqués de Bradomín*. Por una parte, en su proceso de creación responde a criterios similares a los de la *Sonata de Otoño* (1902) y *Sonata de Estío* (1903), lo que implica la existencia de un material textual previo a la publicación de la novela en 1904. Su análisis revela su carácter embrionario respecto de dicha novela, y, por ende, de las estrategias de escritura y publicación del autor, al tiempo que evidencia, una vez más, su irrenunciable voluntad de estilo, plasmada en la constante *reescritura* de sus textos. Valle ha refundido textos que, publicados previamente en la prensa, convergen en la edición de 1904. Pero el proceso no se detiene aquí, ya que a la *editio princeps*, nuestro texto base, le siguen dos ediciones más, 1913 y 1920, que presentan otras modificaciones que en esta ocasión no son ajenas, como muestra Joaquín del Valle-Inclán (2006), al nuevo diseño gráfico de esta obra,

ilustrada en 1913 por Moya del Pino, y en 1920 por Vivanco, que hacen de las versiones tardías de *Flor de Santidad* auténticos «libros de artista».

Los pretextos de *Flor de Santidad* son susceptibles de agrupación siguiendo criterios temáticos, tal como han hecho López Casanova (1995: 15-16) o Romero Tobar (1999: 245), que en el primer caso establece cuatro bloques:

En primer lugar, aquellos pretextos que tienen un carácter seminal, pues contienen las claves del relato: motivos temáticos, ejes argumentales, personajes principales (véanse datos completos en bibliografía primaria): «Ádega (Cuento bizantino)», *Germinal*, 1897; «Ádega (Historia milenaria)», *Revista Nueva*, 1899; «Ádega (Historia milenaria)», *Electra*, 1901; «Flor de Santidad», *El Imparcial*, 1901; y «Cuentos de todos los colores. Historia milenaria», *El Evangelio*, 1903.

Un segundo bloque lo integran dos textos de carácter básicamente descriptivo («Lluvia», 1897; y «Año de hambre [Recuerdo infantil]», 1903), que, aun siendo *Flor de Santidad* una obra con una voluntaria indeterminación espacio-temporal, proporcionan una referencia cronológica, como el año de hambre en Galicia de 1853.

El grupo siguiente lo integran dos nuevos textos en los que prevalece una visión del mundo gallego desde una perspectiva que podría considerarse sociológica, tal es el caso de «¡Malpocado!» (1902) y «Geórgicas» (1904).

Un último grupo de textos se centrarían en el imaginario popular, folklórico y en el mundo de las leyendas. Aquí se enmarcarían «Égloga» (1902); «Un cuento de pastores», y «Santa Baya de Cristamilde», ambos aparecidos en septiembre de 1904.

Tan solo nos detendremos en dos de los relatos previos, indicativos del origen de motivos temáticos, personajes, voces narrativas y técnicas descriptivas que se desarrollan en la novela. En primer lugar, «Lluvia», que es el primer texto que, en un repaso retrospectivo, podemos relacionar con *Flor de Santidad*. Es un texto de carácter fundamentalmente descriptivo, narrado en primera persona, por un yo que evoca la hambruna de 1853 en Galicia. Pero si este es el primer pre-texto cronológicamente hablando de la novela, hay que esperar a 1899 para reconocer el pre-texto que cumple una función seminal en sentido estricto (Serrano Alonso, 1996: 44-45). Se trata del relato ya citado, «Ádega (Historia milenaria)», que con su inmediato precedente, «Ádega (Cuento bizantino)» publicado dos años antes (1897), proporciona las claves de la novela: la presentación de las dos figuras protagonistas —la pastora Ádega y el Peregrino

—, el rechazo de la ventera a la petición de hospitalidad del Peregrino, la acogida que como contrapartida le proporciona Ádega y su primer encuentro, así como la maldición del rebaño y sus secuelas. Es decir, la historia de *Flor de Santidad* está prácticamente escrita desde 1899 y a partir de aquí Valle ha ido incorporando nuevos episodios para conformar un mundo ficcional autónomo y original, fruto de la fusión de breves estampas o episodios en origen independientes que adquieren en 1904 un sentido unitario. Al respecto llama la atención Eliane Lavaud (1995: 227-239) sobre el cambio que se opera en la concepción del texto literario, considerado tradicionalmente como algo surgido *ex novo* de la mente de su creador; frente a ese modelo la autora señala como alternativa la existencia de un producto en proceso, un producto dinámico, que resulta mucho más ajustado al sistema de creación valleinclaniano, y que la novelita de 1904 ilustra a la perfección.

EDITAR LAS *SONATAS* Y *FLOR DE SANTIDAD*, ESTRATEGIAS DE CREACIÓN COMUNES

Estas novelitas presentan fuertes concomitancias en lo que respecta a su proceso editorial: complejo y prolongado en el tiempo, pues, con la salvedad de *Sonata de Invierno*, dejan un largo rastro de pretextos en la prensa que, a su vez, realizan su propio itinerario, y además cuentan con diversas ediciones en librería (véanse sus datos editoriales en la «Bibliografía primaria»).

Una mirada retrospectiva a la prensa contemporánea permite reconstruir la génesis de estas obras, al advertir que cuentos, fragmentos narrativos o novelitas cortas, que vieron la luz en diversos periódicos, se integraron, mediante un proceso de reelaboración o de reescritura en la correspondiente *Sonata*, aunque las de *Primavera* e *Invierno* tienen una historia textual mucho más concisa, como veremos. No obstante, la incorporación de la mayor parte de esos materiales «sueltos» se produce en una fase previa a la edición en libro; es decir, en su primer ensayo como tal, que suele aparecer por entregas en periódicos y habitualmente presenta notables diferencias respecto de su edición en librería. El caso más complejo y también revelador de las estrategias de escritura y publicación de su autor es la *Sonata de Estío*, cuyo antecedente más lejano remonta a 1892: «Bajo los trópicos». A este se suman dos relatos más: «Páginas de Tierra Caliente» (1893) e «Impresiones de Tierra Caliente» (1895). Estos tres relatos constituyen un proyecto, *Tierra Caliente*, que, ajuicio de Serrano Alonso

(1996: 45), cumple la esencial función de «motor» de *Sonata de Estío,* pues en él se reconocen ya elementos definitorios de la citada *Sonata*, particularmente la noción de «recuerdos», «memorias», que se formaliza de forma clara con la novelita corta «La Niña Chole» (*Femeninas*, 1895). Analiza Javier Serrano (1996: 34-38) el laborioso proceso de integración de estos relatos en las nueve entregas del folletín de la ya bautizada *Sonata de Estío,* publicadas en *El Imparcial* (20 de julio-28 de septiembre de 1903), así como su trayectoria hasta integrarse en la edición de 1903. Por otra parte, no son estos los únicos relatos que conforman la historia textual de la *Sonata de Estío*, ya que en paralelo a su itinerario se van sumando entre 1897 y 1899 siete nuevos relatos, dos de los cuales se incorporan a las dos últimas entregas del citado folletín de *El Imparcial*, y los cinco restantes lo hacen directamente a la edición de 1903; mientras que otros siete relatos, publicados en periódicos entre 1901 y 1903, se van redistribuyendo (íntegra o parcialmente) en los XXXI capítulos que conforman la *editio princeps Sonata de Estío*. Valga lo expuesto sintéticamente como ejemplo que permite entrever el laborioso proceso de creación de esta novela, que con las oportunas y detalladas explicaciones puede verse íntegro en un clarificador esquema de Serrano Alonso (1996: 38).

No es *Sonata de Estío* un caso aislado, aunque sí el más largo e intrincado de los que aquí contemplamos; pues procesos similares se hallan en otras *Sonatas,* siendo la de *Invierno* la única que carece de precedentes en forma de cuentos y, por otra parte, la última novela de la tetralogía contó únicamente con una edición por entregas en *El Imparcial*, que además de ser incompleta, se publicó bajo el título «La Corte de Estella». Este título coincide, pero no deben confundirse, con el de otro texto, también inconcluso, publicado en 1910 en la revista *Por Esos Mundos*, relacionado directamente con el proyecto de *La Guerra Carlista* (Santos Zas, 1993: 245-246).

Un simple apunte: la *Sonata de Otoño* cuenta con una prehistoria de, al menos, nueve relatos, que sufren igualmente transformaciones en grado distinto para incorporarse, en una primera fase, al folletín (13 entregas en *Relieves*, 30-10-1901 a 12-11-1902) y, posteriormente, repartirse entre los XXVI capitulillos del libro (ver Serrano Alonso, 1996: 56-58). La *Sonata de Primavera* difiere de las anteriores porque solo se conoce un pasaje («Judíos de cartón»), publicado en *Heraldo de Madrid* el 10 de abril de 1903, que se incorpora al folletín de la novela (febrero-junio de 1904), y el cuento «Fue Satanás» (*El Gráfico*, 13 y 14

de julio de 1904), que se reelabora para su desenlace (Serrano Alonso, 1996: 59; Lavaud, 2000). De esta forma las dos últimas *Sonatas* tienen un proceso previo más sencillo, y no es extraño si se tiene en cuenta el *tour de forcé* que supuso escribir las dos primeras, en las que se perfilan todas las claves del ciclo.

Por otra parte, una vez adquiere entidad propia cada *Sonata*, se abre una nueva fase editorial que multiplica los testimonios. Si nos limitamos simplemente a cuantificar sus apariciones desde la *editio princeps* —todas a nuestro alcance—, el mayor número corresponde a *Sonata de Primavera*, de la que entre 1904 y 1933 hemos contabilizado doce, dos de ellas piratas. Eliane Lavaud (2000) señala como tales, la publicada en Buenos Aires (1923), aunque en esta edición —añado por mi parte— figura Madrid; y la aparecida en Zig-Zag de Chile en 1931. A la de *Primavera* le sigue en número la *Sonata de Estío*, editada 11 veces entre 1903 y 1933; al igual que la *Sonata de Otoño*, entre 1902 y 1933; y, finalmente, la *Sonata de Invierno*, nueve ediciones entre 1905 y 1935. En todos los casos se mantiene el subtítulo: *Memorias del Marqués de Bradomín*. Valga decir que, como la de *Primavera*, también las restantes *Sonatas* aparecieron en Zig-Zag en una edición pirata e, igualmente, es denominador común la publicación de estas obras en colecciones populares (ej. *Novelas y Cuentos*), acompañadas casi siempre de otros textos valleinclanianos, generalmente novelas cortas («Rosita», «Beatriz» o «Mi Hermana Antonia»).

Se pueden señalar otros denominadores comunes de estas obras, que conciernen al paratexto: la nota preliminar, dedicatorias del autor y de otros autores. Ya se ha comentado la existencia de la «Nota» preliminar, que aparece en todas las primeras ediciones de las *Sonatas*, a excepción de la de *Invierno*, y en la *Sonata de Estío* (1903) presenta variantes respecto de las restantes, que hemos citado en la exposición previa. Por otra parte, cada novela en su trayectoria individual tiene variaciones en el paratexto: la *Sonata de Primavera* de 1904, 1905, y 1907 contiene dedicatoria y nota; a ambas se suma un soneto de Rubén Darío en 1913, que se mantiene en 1914, 1917 y 1923; suprimen la dedicatoria las ediciones de 1922, 1928 y 1933; se limita a reproducir la nota la edición de 1932 y excluye todos estos elementos la edición de *Sonata de Primavera* de 1931.

Son otros los cambios, abundantes, que si en esos casos no afectan a la estructura de los textos, sí lo hacen a su contenido y estilo: adiciones, supresiones y sustituciones de palabras, frases e incluso párrafos, diálogos que se añaden o se hacen desaparecer, pasajes descriptivos de espacios o ambientes,

retratos de personajes que se amplían o condensan, pinceladas añadidas que matizan episodios… Son múltiples, por otra parte, las variantes estilísticas que buscan intensificar la impresión, la sensación, la emoción desde una radical subjetividad, una subjetividad que percibe y transmite al lector el mundo entorno.

Aunque parezca baladí, no lo es recordar las diferencias en el diseño gráfico de las ediciones de las *Sonatas*, el uso de motivos ornamentales, orlas, capitulares… pueden determinar, como ha mostrado Joaquín del Valle-Inclán (2006), cambios textuales. Es por ello conveniente recordar que las ediciones de las cuatro *Sonatas* (1913), como parte de la *Opera Omnia*, están diseñadas por Moya del Pino, mientras que la edición de *Sonata de Estío* (1923) lo está por Moya y Ángel Vivanco, y los dos son ilustradores de la edición de *Sonata de Estío* (1923 y 1928) y *Sonata de Primavera* (1928 y 1933).

Como se ha explicado, hemos escogido como texto base para la presente edición la *editio princeps* de cada una de las *Sonatas*, cuya razón explicamos en la introducción al vol. I de estas *Obras completas*. Resumamos ahora aquella argumentación.

La tetralogía de las *Sonatas* (1902-1905) suma 37 ediciones —descartadas las piratas— en vida del autor (aunque su número no es el mismo en cada una de ellas), y las variantes que se constatan entre la primera y la última de cada *Sonata*, acusan la evolución estético-estilística de las tres décadas que median entre su *editio princeps* y la última autorizada. Este lapso temporal no se puede minimizar so pena de calificar como pre-esperpénticos rasgos de las primeras *Sonatas*, que Valle incorpora en las ediciones posteriores a 1924, fecha en que ha definido el esperpento en la versión definitiva de *Luces de Bohemia*. Lo cual significa que las variantes que se advierten en las ediciones tardías de las *Sonatas*, potencialmente deudoras de la estética esperpéntica, no son extrapolables a las primeras. Sin tener en cuenta esta circunstancia, las conclusiones podrían ser —de hecho así han sido más de una vez— equivocadas. Entendemos que la última edición en vida del autor no refleja el momento estético en que fueron concebidas y publicadas (1902-1905), siendo, como es esta tetralogía, una obra emblemática del modernismo literario hispánico deudor de Rubén Darío, que en cierta medida se desvirtúa en su última versión.

Dicho esto, tomaremos la *Sonata de Primavera* en su primera edición, que

comparada, en primer lugar, con los 24 cuadros numerados repartidos en 14 entregas, publicados en el suplemento de *Los Lunes de El Imparcial*, presenta cambios significativos, señalados por Eliane Lavaud (2000: 24-26), que sin embargo no afectan al planteamiento que aquí se trata de mostrar. Sin embargo las variantes entre la *editio princeps* y la edición de 1933 son notables: adiciones, supresiones, sustituciones que afectan a descripciones y diálogos, pero las más elocuentes respecto del cambio estético apuntado se perciben sobre todo en los retratos de personajes y muy en particular en el de Polonio, criado de la Princesa Gaetani, cuya figura se contamina de rasgos grotescos, que a veces adquieren ribetes caricaturescos, muy cercanos al esperpento, al que su rol lo hace potencialmente más proclive. Basten algunas de las modificaciones que a modo de adiciones Valle-Inclán incorpora a su retrato, que marco en cursiva para diferenciarlos, incluyendo entre corchetes el texto suprimido, si hace al caso:

> La Princesa continuaba hojeando el libro, y hubo otro largo silencio. Al cabo suspiró dolorida, incorporándose en su sillón:
>
> —[Vamos] *Vámonos*, Polonio…
>
> [Y] *El mayordomo me dirigió una mirada oblicua que me recordó al viejo Bandelone, que hacía los papeles de traidor en la compañía de Ludovico Straza*:
>
> *—A vuestras órdenes, Excelencia.*
>
> *Y la Princesa*, seguida del mayordomo, sin mirarme, atravesó el largo salón. *Polonio, a hurto, hizo los cuernos con la mano. La Princesa guardó silencio*. Crucé la silenciosa biblioteca y salí.

* * *

> El [señor] *Señor* Polonio sonrió beatíficamente *y su escuálida figura de dómine enamorado de las musas*, se volvió a la ventana con la mano extendida hacia la calle, para enterarse si llovía.

* * *

> —Callad, [señor] Polonio.
>
> El [señor Polonio], *melifluo mayordomo* pareció consternado.

* * *

> —Mi Capitán, un padre capuchino desea hablaros.
>
> —Dile que estoy enfermo.
>
> —Se lo he dicho, [señor] *Excelencia*.
>
> *—Dile que me he muerto.*
>
> *—Se lo he dicho, Excelencia.*
>
> *Miré a Musarelo, que permanecía ante mí con gesto impasible y bufonesco:*
>
> *—¿Pues entonces qué pretende ese padre capuchino?*

—Rezaros los responsos, Excelencia.

* * *

Lumbre mortecina con olor a azufre. Yo confieso que sentía un vago sobresalto, ante los poderes misteriosos de la bruja, capaces de hacerme perder la lozanía.

* * *

Flor de Santidad. Historia milenaria

El método utilizado para la construcción de *Flor de Santidad. Historia milenaria* «es prácticamente el mismo que el empleado para la *Sonata de Estío*, es decir, la conjunción, fusión y estructuración de una amplia serie de escritos breves elaborados de antemano y publicados a lo largo de una serie de años» (Serrano Alonso, 1996: 44). Díaz Taboada (1993: 12), en su edición crítica de *Flor de Santidad*, afirma que es el proceso de composición más largo de todos los de Valle-Inclán, considerando que «desde fines de 1896 (*sic*) aparecen en la prensa […] hasta once relatos que, con las modificaciones pertinentes, aprovechó más tarde en la composición de la novela». Si bien son trece los pre-textos que hemos localizado (Lavaud, 1980; López Casanova, 1995; Serrano Alonso, 1996; y Romero Tobar, 1999), a diferencia de la *Sonata de Estío*, la génesis de esta *Historia milenaria* arranca de un cuento editado en 1897, titulado «Ádega (Cuento bizantino)», aparecido en *Germinal* I (n.º 5, 4 de junio de 1897), que constituye el motor de la novelita de 1904 (Serrano Alonso, 1996: 45), y tiene su propio itinerario textual, pues se incorpora al primer capítulo de los cuatro que forman un segundo relato, «Ádega», el más completo de los que designa con el nombre de la pastora protagonista, pero ahora sin subtítulo, que apareció en cuatro entregas en la *Revista Nueva* (5 de abril a 5 de mayo de 1899). El tercer relato, «Ádega (Historia milenaria)» que vio la luz en *Electra* (13 de abril de 1899), es un texto incompleto, reelaboración de los precedentes. En torno a este texto, afirma, «se vertebrarán […] una serie de cuentos claramente divididos en dos grupos: los que no había destinado para ninguna obra y los que habrían de formar parte de sus colecciones de relatos». Pero su prehistoria no ha hecho más que empezar, y hasta alcanzar su primera edición en librería, otros relatos con sus propias trayectorias van a formar parte de su composición (ver esquema detallado en Serrano Alonso, 1996: 49).

Es decir, estos relatos trazan el camino que antecede a la publicación en 1904 de *Flor de Santidad* (1904) y su estudio permite ver que Valle manipula sus propios textos para crear uno nuevo, que partiendo de una idea primigenia se va ampliando con nuevas propuestas que descubren constantes de su estrategia de escritura, su evolución estilística (*vgr.* su progresiva tendencia a la condensación descriptiva, que el retrato de Ádega desde 1897 a 1904 puede ejemplificar), los cambios que se operan incluso en su sistema de puntuación (*vgr.* el uso de los dos puntos). Aunque la historia está casi escrita desde 1899, se han ido incorporando nuevos episodios para conformar un mundo novelístico propio, que supera, mediante un mecanismo de integración, episodios que habían sido construidos con autonomía en forma de cuentos y que han pasado a integrarse de forma unitaria y coherente en la obra que da a la estampa en 1904.

Es precisamente esta primera edición, el texto base para estas *Obras completas*, siguiendo el mismo criterio que rige la elección de las *Sonatas*:

Flor de Santidad: historia milenaria [dedicatoria: «Para una muy amada hija espiritual»]. Madrid: Imp. de Antonio Marzo, 1904.

Respecto de las *Sonatas*, reduce considerablemente el número de sus ediciones, solamente dos más después de la *princeps*, que añaden espléndidas ilustraciones, de Moya del Pino (1913) y Ángel Vivanco (1920), respectivamente, pero introduce cambios muy significativos, además de la supresión de la dedicatoria de 1904, que afectan al diseño y arquitectura de la novela, al redistribuirse los capítulos de forma más equilibrada entre las cinco «estancias» que la conforman, como se puede verificar en las ediciones siguientes:

1913: *Flor de Santidad. Historia milenaria*. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. Helénica. *Opera Omnia*, II (colofón: 30-03-1913).

1920: *Flor de Santidad. Historia milenaria*. Madrid: SGEL, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, II (colofón: 30-10-1920).

LOS AÑOS PREVIOS A LA I GUERRA MUNDIAL: LA SERIE DE *LA GUERRA CARLISTA*

En la historia de la crítica valleinclaniana pocos han rehusado la ocasión de exponer sus opiniones sobre la cuestión del carlismo del escritor. Y, aunque existe hoy una amplia coincidencia en aceptar el filocarlismo del autor gallego, los criterios y opiniones resultan muy dispares a la hora de examinar su carácter,

móviles y raíces, es decir, a la hora de interpretarlo y buscar sus orígenes (Santos Zas, 1993: 1-24). Así, se han barajado razones familiares, formales, sociológicas e ideológicas para explicar su vinculación con el movimiento carlista. A pesar de esta disparidad, las diferentes posturas críticas se concentran a la postre en dos líneas opuestas y excluyentes, al menos en apariencia: la primera, que cabe designar «esteticista», define la adhesión de Valle-Inclán al carlismo con un carácter estrictamente formalista, en consonancia con la valoración eminentemente estética —prototipo del *artista puro*— que se ha hecho del arte del escritor. La segunda, que se puede denominar «ideológica», defiende de forma categórica la seriedad y profundidad de dicha adscripción y le asigna un sentido de comunión ideológica, más o menos ortodoxa e incluso militante.

Entre estos dos extremos se registran posturas intermedias. Ahora bien, sea cual sea el matiz, lo paradójico de este antagonismo es que los argumentos esgrimidos por cada sector presentan puntos comunes, que parecen haber pasado mutuamente desapercibidos y, sin embargo, aproximan considerablemente ambas posturas.

Los motivos más barajados por el sector que contempla el carlismo desde la defensa de esa base esteticista, que, a su juicio, domina toda la concepción del mundo y la literatura de Valle-Inclán son: diletantismo estético, afán de singularización, individualismo, nostalgia de glorias pasadas, aristocratismo, tradicionalismo de origen familiar o étnico, pero también —y es muy significativo— rebeldía ante la realidad entorno, anhelo revisionista…

Esa rebeldía es inconformismo, que en Valle implica el rechazo a la España de la Restauración, la «España oficial», y la consiguiente búsqueda de una alternativa más acorde con sus ideales y creencias. Lo explica con lucidez Maravall (1966: 242-243): «En la época del carlismo, Valle-Inclán concibe este como la fórmula que salvará de la amenaza burguesa, capitalista y liberal a la arcaica sociedad agraria y rural, cuyos valores humanos se resumen en el pensamiento de la tradición». Rebelión y búsqueda son actitudes que se aproximan a la valoración del segundo sector crítico, que, por otra parte, no excluye de sus argumentos la comunión estética del escritor con la Causa (Schiavo, 1980: 38-39). La valoración de las raíces estéticas del carlismo de Valle no sería, pues, obstáculo para que el sector «ideológico» le adjudique a su adscripción un contenido profundo, que para unos conforma un actitud militante más o menos ortodoxa —incluso heterodoxa— y para otros, los más, una actitud más vaga y difusa, que en cualquier caso no es uniforme ni constante a lo largo

de su vida.

Se advierte así, por paradójico que resulte, que la discrepancia apuntada se resuelve en afinidad, cuando algunos de esos argumentos (léase el esteticismo, el aristocratismo o el tradicionalismo de Valle, por mencionar solo los principales), interpretados, según los casos, como ingredientes definitorios de su carlismo estético o factores de su adscripción ideológica, se examinan a la luz de la doctrina carlista. De hecho, en el origen de esta discrepancia se advierten ciertas confusiones conceptuales, que atañen a nociones tales como tradicionalismo, carlismo o integrismo, que se han barajado con profusión sin tener en cuenta que no son intercambiables ni equivalentes, de forma que, en el caso de Valle-Inclán no cabe hacer uso de manera indiferenciada de estos conceptos sin tergiversarlos y tergiversar el sentido de su trayectoria ideológica.

En síntesis, el perfil ideológico del autor gallego, al menos hasta la Gran Guerra, se ha vinculado a un pensamiento de signo tradicionalista, que encuentra expresión ideológica en la doctrina carlista y concreción política en el partido histórico que lo asume como ideario (Santos Zas, 1993: XII). Esto significa que el tradicionalismo, lejos de ser una faceta accidental de la personalidad histórica de Valle-Inclán, constituye un factor decisivo, ya que conforma su visión del mundo y esta, a su vez, incide sobre su obra literaria. Por otra parte, para trazar la línea evolutiva de este pensamiento, que culmina en sus años de militancia política, coincidentes con la publicación de las novelas de *La Guerra Carlista* (1908-1910), se hace necesario combinar las vertientes biográfica y literaria de Valle-Inclán con la histórica e ideológica del carlismo, porque ninguna de estas facetas, independientemente de las demás, es suficiente para dar cuenta de la génesis y evolución de su pensamiento, cometido que tampoco puede ser objetivo de esta introducción (ver Santos Zas, 1993: 25-58). No obstante, es posible hablar *grosso modo* de tres fases sucesivas en la trayectoria biográfico-literaria del escritor, que permiten mostrar su evolución y, al mismo tiempo, poner de relieve su carácter unitario al menos hasta la publicación de la mencionada serie carlista. La primera de ellas, que se ha calificado como «precarlista», culmina con la publicación de *Femeninas* (1895) y en ella se atisban los primeros indicios de la actitud tradicionalista del joven Ramón Valle Peña, así como una incipiente simpatía por el carlismo, perceptible ya en su obra temprana. La segunda, se inicia con su traslado definitivo a Madrid (primavera de 1895) y supone la consolidación de aquel inicial tradicionalismo para desembocar más tarde en una aproximación a su dimensión histórico-doctrinal,

que toma cuerpo ya en la *Sonata de Invierno* y se afianza en las dos primeras *Comedias Bárbaras* (excluida *Cara de Plata* por razones de cronología), que ofrecen un modelo social muy próximo al postulado por el ideario carlista. Por último, el período comprendido entre 1908 y 1910, que corresponde a *La Guerra Carlista*, marca la transición entre la fase tradicionalista y la militancia política de Valle, que se traduce en múltiples declaraciones y actividades que avalan su adscripción al partido carlista en esos años (Santos Zas, 1993: 183-214).

Es decir, a pesar de las discrepancias críticas, se observa cierta coincidencia en señalar la existencia de una línea ascendente en su carlismo, que culmina en las fechas de publicación de la trilogía carlista (1908-1909) y su viaje a Argentina (1910), en que se acepta un compromiso con el partido —militante, ortodoxo o heredoxo—, incluso en los casos más reticentes a asumirlo como una postura que trasciende el mero diletantismo estético.

Esta simpatía, como es natural, se enmarca en una concepción de la vida que tiene mucho de literaria y esteticista, vinculada a las tendencias artísticas representadas por el Modernismo. El carlismo reunía por su marginalidad, su aureola romántica y su reciente pasado bélico los rasgos estéticos suficientes para atraer inicialmente a un hombre como Valle-Inclán, pero también encarnaba —no se olvide— por su inherente tradicionalismo los valores que el escritor defiende en oposición a los sustentados por la sociedad burguesa contra la que él y los propios carlistas se rebelan. Para don Ramón el carlismo, como para muchos de sus coetáneos el anarquismo, eran ideologías marginales, que les permitían manifestar su tajante oposición al sistema político nacido del capitalismo (Santos Zas, 1993: 363-367). La serie histórica de *La Guerra Carlista (1908-1909)*. El fragmento de una cuarta novela, «La Corte de Estella» (*1910*). Análisis de la trilogía:

El 21 de noviembre de 1908 el periodista Luis Bello anunciaba en el número 396 de *El Mundo* «la primera novela de una serie que acaba de escribir D. Ramón del Valle-Inclán con el título general de *La guerra carlista*» (Santos Zas, 1993: 235). Se trataba de la entrega inicial de *Los Cruzados de la Causa*, que sucesivamente —hasta totalizar catorce— irían apareciendo en el folletín del referido periódico. A esta obra le siguieron escalonadamente y a lo largo de 1909 *El Resplandor de la Hoguera* y *Gerifaltes de Antaño*. Las tres novelas se editaron en forma de libro bajo los títulos genéricos de *La Guerra Carlista / La España Tradicional*, que figuran en las cubiertas y portadas de algunas de las

emisiones, que tuvo la primera edición de la serie.

No era este, sin embargo, el proyecto inicial, que estaba integrado por *Los Cruzados de la Causa*, *Una Historia Galante* y *El Resplandor de la Hoguera*, si damos crédito al propio Luis Bello, (Santos Zas, 1994: 60-65).

La descripción que el periodista de *El Mundo* hace de *Una Historia Galante*, a pesar del cambio de título, coincide con *Una Tertulia de Antaño*, que vería la luz el 23 de abril de 1909 en la popular colección *El Cuento Semanal*. De manera que, a tenor de lo escrito por Bello, aquel primer proyecto consistiría en un lento acercamiento al escenario bélico —localizado en las provincias vasco-navarras— desde la periferia del mismo, a modo de un doble y complementario preámbulo, que ofrecería en *Los Cruzados de la Causa* «el estado de ánimo de pueblos, aldeas y villas» de Galicia, a la que llegan los ecos de la guerra mitigados por la lejanía; en la segunda, la Corte, desde donde se mueven los hilos de esa contienda, para, finalmente, mostrar en *El Resplandor de la Hoguera* la guerra misma.

Los datos apuntados permiten suponer que a finales de 1908 Valle no había perfilado todavía el plan de este ciclo histórico, que finalmente excluiría *Una Historia Galante*, sustituida por *El Resplandor de la Hoguera*, que incorpora como tercer texto *Gerifaltes de Antaño*.

En ese plan hay que incluir los siete capítulos de la inconclusa «La Corte de Estella» (1910), que son en buena medida recapitulación amplificada de temas, motivos, ambientes, personajes y situaciones de obras anteriores, en particular, *Sonata de Invierno, El Marqués de Bradomín* y *Comedias Bárbaras*, entre las que se crea una compleja red de relaciones intertextuales. Así, el elemento que enlaza las novelas de *La Guerra Carlista* con las *Comedias Bárbaras* es Miguel Montenegro, que desde la Galicia de *Los Cruzados de la Causa* emprende viaje, acompañado de una monja y una joven aldeana, al corazón de la guerra —el País Vasco— en las dos novelas siguientes, para convertirse en «La Corte de Estella» (1910) en un modélico «cruzado» de la Causa.

Las novelas carlistas se articulan sobre dos líneas de fuerza, sintetizadas en sendos títulos genéricos, que aparecen en portadas o cubiertas de su primera edición en libro: *La España Tradicional* y *La Guerra Carlista*. El primero de ellos remite al patrón de sociedad estática, de economía agraria en su forma más tradicional, que representan en el siglo XIX Galicia, Navarra y el País Vasco, donde se localizan los episodios narrados. El segundo de los subtítulos, además

de otorgarle dimensión histórica a la ficción, presenta la última guerra (1872-1876) entre liberales y carlistas —a la que se da el significado de «cruzada»— como el camino para defender ese mundo que se derrumba ante el empuje de la nueva sociedad liberal. No es pues solo —o nada menos— una lucha dinástica entre las dos ramas de los Borbones en pugna desde 1833, es un enfrentamiento entre dos modos dispares de concebir la sociedad y sus formas de gobierno.

El conjunto de la serie se construye como una aproximación progresiva a la guerra desde acciones periféricas centradas en Galicia (*Los Cruzados*), hasta la hoguera insurreccional en el Norte; de forma que el ciclo constituye un viaje al núcleo de la guerra, que es también un acercamiento a la historia misma.

Estos dos planos temáticos —el modelo de sociedad tradicional y la guerra— se combinan en las tres novelas del ciclo y en «La Corte de Estella», pero la atención que se les presta no es igual en todas ellas. De hecho, en *Los Cruzados*, localizada en Galicia, el autor pone el acento en la vertiente ideológica a través del discurso teórico de sus personajes; discurso que justifica la guerra civil, porque es el destino de España, de la España tradicional, el que está en juego para los carlistas. De modo que en *Los Cruzados* se configura una especie de programa idealizado del carlismo, contrapuesto al liberal, que se intenta deslegitimar de forma sistemática. En este sentido, *Los Cruzados* implica una postura de reacción ante el presente y ante cualquier actitud reformista. Se trata, en definitiva, de oponer progreso, Modernidad a Tradición. Y recordemos al respecto a Umberto Eco, cuando dice que «en el culto a la tradición está exactamente la negación de la modernidad», lo cual implica no solo un rechazo del presente, sino que desde ese pasado, que se exalta con nostalgia, se pretende construir el futuro. Y esto es nada más y nada menos, como señala.

Mientras en las demás obras, cuya historia localiza espacialmente en las provincias vasco-navarras, se da primacía a la faceta bélica, presentada como vivencia cotidiana de unos seres, que así se convierten en abanderados de unos principios doctrinales expuestos previamente. En estas obras se ofrece la visión de la España Tradicional enfrentada a la liberal, pero si en el primer caso este enfrentamiento es más dialéctico que práctico —téngase en cuenta que los historiadores coinciden en señalar que la insurrección carlista en Galicia no consiguió movilizar más que a sectores minoritarios de la sociedad—, en las demás novelas del ciclo, en cambio, se plasma la lucha fervorosa de todo un pueblo levantado en armas contra el liberalismo, un pueblo que, en definitiva, lucha por su continuidad.

Por su parte, la trilogía carlista es una serie bélica y de carácter histórico. Al escribirla, Valle se vio en la tesitura no solo de hacer acopio de un generoso repertorio de datos históricos para reelaborarlos artísticamente sin traicionar la historia (dos de sus principales fuentes históricas fueron Pirala y Francisco Hernando, de cuya crónica recreó episodios enteros y, además, obtuvo la atmósfera adecuada para sus novelas), sino que, al hacerlo, tuvo que enfrentarse y dar solución a problemas técnicos bien diferentes a los que le planteó la autobiografía ficticia de Bradomín, en tanto precedente bélico de la *Sonata de Invierno*.

Diseño de acciones y situaciones, concepción de personajes, punto de vista del narrador, tratamiento del tiempo y espacio y técnicas narrativas habían de adecuarse a un relato de carácter bélico que persigue ofrecer una visión de la guerra como vivencia colectiva y, además, partidista, es decir: favorable al bando carlista, aunque muy alejado de tentaciones maniqueas.

A pesar de la declarada insatisfacción del autor ante el resultado de sus novelas, tal como confesó a Pérez de Ayala en 1909, no minimiza la importancia de *La Guerra Carlista*, que suponía un paso muy significativo hacia una nueva forma de entender la novela, que abría camino a su obra posterior. En este sentido, las novelas del primer ciclo histórico valleinclaniano tienen el doble mérito de ser textos claves desde el punto de vista de su significado ideológico, por una parte, e innovadores desde una perspectiva narratológica, por otro, hasta tal punto que no es exagerado considerar que adelantan en unos años los postulados teóricos expuestos en el prólogo a *La Media Noche* (Santos Zas, 1993: 344-345). Desde esta óptica se puede afirmar que la obrita de 1917 ilumina la estructura de la trilogía bélica, que de esta forma se convierte en su antecedente inmediato y, al mismo tiempo, resulta reveladora de la conciencia artística de su autor.

La primera característica de las novelas carlistas es su fragmentarismo constructivo. Este rasgo no ha pasado desapercibido ni siquiera a los críticos más tempranos de Valle-Inclán (Gómez de Baquero o César Barja), si bien se ha interpretado generalmente como signo de debilidad argumental o de falta de unidad de acción.

Nada más equivocado. Ese fragmentarismo, que se percibe en el diseño de las novelas y en la atomización de la trama novelesca (sus signos externos más evidentes), es un recurso eficaz y certero para recrear literariamente un tema bélico; y, lo que es más importante, es resultado de la posición que el autor ha

asignado al narrador en el relato.

Valle, al escribir sobre la contienda civil, rompe con el sistema usual del relato cronológico lineal, adaptado al discurrir de la vida de un protagonista. En la trilogía no se puede hablar de protagonista único, sino que lo son en alguna medida todos los personajes —combatientes o no— de uno y otro bando, lo cual explica el elevado número de criaturas que desfilan por el escenario novelesco, las más de las veces anónimos y con carácter episódico, siempre relacionados por el hecho de la guerra que, en definitiva, es la responsable de los contactos directos e indirectos que entre sí mantienen. Valga como muestra tres de sus figuras, Miguel Montenegro, uno de aquellos hidalgos herederos de la mejor tradición española, como se le define en la novela; la Madre Isabel, representante del sector religioso e incondicional defensora de Don Carlos; y Eladia, mujer del pueblo y «alma inocente». Los tres abandonan Galicia en *Los Cruzados de la Causa* para dirigirse al núcleo de la insurrección en las provincias vasco-navarras y al hacerlo tienden un puente entre las novelas del ciclo, reforzado porque son personajes *in itinere*. Es precisamente el viaje el recurso que propicia el encuentro con numerosos personajes: mendigos, que enmascaran tras su inofensivo aspecto su función de confidentes, ancianas colaboracionistas, jóvenes voluntarios, arrieros, campesinos acomodados… Contactos fugaces casi siempre que permiten mostrar esa amplia galería de seres que configuran el mundo social de la trilogía.

Es necesario, sin embargo, matizar el sentido de ese protagonismo múltiple. Parece evidente que Valle en estas novelas da preeminencia a determinados grupos sociales, tanto de la sociedad gallega, en *Los Cruzados de la Causa*, como de la vasca en las restantes obras. Estos sectores se van atomizando progresivamente, de manera que, dentro de los dos bloques enfrentados —liberales y carlistas— se advierten a su vez subsectores —clerical, popular y noble—. En cuyo seno todavía se pueden establecer núcleos más reducidos —guerrilleros, confidentes, oficiales del ejército, soldados—, en una progresiva estratificación que, finalmente, conduce al individuo. Ese protagonismo múltiple no es contradictorio con la dimensión individual que Valle confiere en distinto grado a algunos de sus personajes. Tal es el caso de los citados Cara de Plata y la Madre Isabel, en quien descansa, dicho sea de paso, la interpretación de la guerra; pero también de Bradomín, don Juan Manuel Montenegro, el sacristán Roquito o el cabecilla Santa Cruz, cuya personalidad, por otra parte, muchas veces ha sido fraguada en apariciones anteriores, y esta es una constante

igualmente de las criaturas literarias valleinclanianas. Pero estos personajes poseen además, o sobre todo, un valor representativo, que los dota de un sentido colectivo. Es decir, nos interesa su valor de símbolos o las funciones que se les asigna en el relato tanto o más que sus personalidades como individuos.

La figura de Santa Cruz ilustra esta doble vertiente: encarnación arquetípica del cabecilla, es el prototipo del héroe popular, contrapunto, por otra parte, de retrato que ofrece Baroja en *Zalacaín el aventurero*. No obstante, Valle no renuncia a la complejidad y traza el perfil del cura de Hernialde teniendo en cuenta su referente histórico —sigue muy de cerca a Pirala y al cronista de guerra Francisco Hernando— y recreándolo a base de una suma de perspectivas —la del narrador, la de otros personajes, amigos y adversarios, y la del propio Santa Cruz—. Estas visiones fragmentarias configuran en conjunto una imagen prismática y ambivalente del guerrillero, resumida en la sugerente metáfora que elige para definirlo: «El cuervo tenía el benigno volar de una paloma» (*Gerifaltes de Antaño*, 1909: 66).

Por último, todos los personajes están concebidos en función de ilustrar un hecho histórico —la guerra— y un ideario político —el carlismo—, al que quedan subordinados en su significado.

Ahora bien, este protagonismo múltiple es fruto de que el narrador «ve» simultáneamente varios espacios distintos, varias localizaciones. De manera que la multiplicidad de focos espaciales existentes, corresponde a las posiciones ocupadas por los bandos en conflicto. Estas se multiplican al diversificarse sus componentes en grupos varios, caracterizados por su continua movilidad. No cabe duda de que una guerra civil exige dualidad, cuando no pluralidad espacial, haciendo que el punto de vista único y el relato cronológico resulten inoperantes.

En coherencia, las novelas carlistas tienen varios focos espaciales sobre los que convergen todos los ejes de la acción bélica. Así, se consignan los lugares y localidades sometidos a los efectos de las operaciones militares, ya sean de las partidas o del ejército; los asentamientos de las tropas gubernamental y carlista y, finalmente, lo que el propio Valle denomina los «caminos de la retaguardia», transitados por gentes diversas.

Esta ordenación le permite al escritor incluir la presencia de combatientes y de la población civil y, de esta forma, completar el panorama de la guerra con referencias exactas a puntos geográficos concretos que fueron escenario histórico o imaginario de las hostilidades entre los contendientes. En este sentido, no sobra indicar que don Ramón combina hábilmente —como hace con

los episodios y personajes— la toponimia real (Valle del Baztán, Hernani, la sierra de Aralar, Santa Bárbara de Mañeru, Aoiz, Roncesvalles, Oyarzun…) y la imaginaria (Otaín, Viana del Prior, los montes de Astigar…) y traza los itinerarios de sus personajes con estricta fidelidad histórica, en unas ocasiones, de forma libre en otras, pero ni siquiera en este último caso actúa arbitrariamente. Porque en estas novelas, conviene subrayarlo, nada está dejado al azar y cada episodio, cada personaje, cada lugar está en función de una interpretación particular y partidista de ese segmento de la historia de España.

En suma, este espacio cinético contribuye al fragmentarismo de la acción, que pese al movimiento de los personajes es mínima en cualquiera de las novelas. Se va dibujando así una red de cuasi-tramas estructuralmente interrelacionadas, cuyos hilos el lector tiene que enlazar (López de Martínez, 1987: 71-79). Esta acción novelesca asume un carácter discontinuo, perceptible en un diseño de capítulos breves agrupables en bloques que pasan alternativamente y con agilidad de los carlistas a los liberales (*vgr.* en *Gerifaltes de Antaño* los dos primeros capítulos se centran en los carlistas, mientras los dos siguientes lo hacen en sus adversarios, y sucesivamente alternan en núcleos de seis, cinco, uno, dos, uno, cuatro, para terminar con los nueve últimos centrados en los insurrectos).

Si el factor espacial resulta un elemento estructurante de primer orden, su aliado principal es el tiempo, con el que mantiene una estrecha conexión. En la trilogía, la linealidad temporal se transforma en varios segmentos simultáneos, asociados a la drástica reducción del tiempo interno, siendo, una vez más, esta serie pionera de un recurso que será crucial en *La Media Noche*.

La búsqueda de la simultaneidad temporal como procedimiento narrativo se hace patente si comparamos las versiones en prensa de *El Resplandor* y *Gerifaltes* con las respectivas ediciones en libro. Valle, en el paso de la primera a la segunda versión de ambos textos (no sucede lo mismo con *Los Cruzados*, en la que este recurso está mucho menos logrado), realiza una reordenación de capítulos encaminada a conseguir la simultaneidad de episodios y situaciones, que inicialmente se ajustaban a la linealidad cronológica. De forma muy similar procedió en *La Media Noche*. La comparación entre la versión de *El Imparcial* y la edición de 1917 revela igualmente una redistribución de capítulos tendente a conseguir el efecto de simultaneidad temporal, como diré después.

Unido a tal efecto va la reducción temporal, señalada más de una vez por la crítica (Lavaud, 1980: 570-571). Es decir, la línea temporal sucesiva se

fragmenta en varias paralelas, capaces de condensar el tiempo. Observamos, pues, que el tiempo interno de cada una de estas obras es muy breve: poco más de una semana es el más amplio. Por lo que se refiere al fragmento de «La Corte de Estella», sus episodios se enmarcan en noviembre de 1873, probablemente en las vísperas de la sonada batalla de Montejurra, no resulta posible averiguarlo en su integridad, dado el carácter inconcluso del texto, pero los capítulos que se conservan son expresivos al respecto: se desarrollan en una tarde y tres días más consecutivos. Este lapso temporal breve, unido a la técnica simultaneísta, perceptible en el fragmento, presupone un esquema similar al de las otras novelas.

De ambos recursos se vale el autor para crear situaciones paralelas en contraste. Este contrapuntismo no es mero virtuosismo técnico, sino que cumple una función ideológica concreta, relacionada con el significado de estas obras, a saber: logra establecer una antítesis entre liberales y carlistas, que beneficia la imagen de estos últimos. Baste un ejemplo entre varios posibles:

El ataque del cabecilla Egoscué a la columna del capitán García, referido en los capítulos XVII al XIX de *El Resplandor de la Hoguera,* se relata a modo de una sucesión de *flashes* que subrayan la simultaneidad de las acciones. Pero este simultaneísmo facilita presentar con técnica de «sincronización pendular» —en expresión de López de Martínez (1987: 78)— situaciones homologas que se dibujan en forma de oposiciones: si Miquelo Egoscué, ante la inminencia del combate, arenga a sus hombres con palabras llenas de candor y de fe, el capitán liberal hace lo propio a los suyos «dando gritos heroicos». Y el narrador refiriéndose a García apostilla con ironía: «Corrió a la cabeza de la tropa con la barba trémula y los ojos brillantes, prontos a llenarse de lágrimas, porque siempre era el primero en sentir la emoción de sus arengas» (*El Resplandor de la Hoguera*, 1909: 200). El contrapunto hace palmaria la estulticia del capitán del ejército republicano frente a la fe que guía la actuación del joven cabecilla, al que en otro lugar se le califica de «héroe de romance».

En fin, esta reducción del tiempo destruye el concepto clásico del argumento y al segmentarse la acción en varias líneas paralelas, el interés se polariza hacia sucesos nimios y cotidianos. Claro que, al ser novelas de tema bélico, esas acciones adquieren cierto toque épico. Subrayaría al respecto, que a Valle le interesan los hechos menudos de la guerra, protagonizados por personajes que pertenecen de forma mayoritaria al sector popular: partidas y cabecillas carlistas

y toda la población civil que de una forma u otra colabora con la guerrilla. Así, nunca se hace el relato de las principales batallas de esta contienda, aunque se mencionen e incluso se hable reiteradamente de sus preparativos. Adviértase que el marco cronológico de la trilogía abarca desde el invierno de 1872 a noviembre de 1873. Pero de ese lapso temporal Valle selecciona, como he dicho antes, unos pocos días para desarrollar la acción de cada obra y omite períodos extensos de tiempo entre una y otra. Es significativo, por ejemplo, que prescinda de los meses estivales de 1873, ya que en agosto los carlistas conquistaron Estella, la ciudad «arca santa del carlismo», que históricamente fue su victoria más celebrada, o que funda en un *continuum* temporal la actividad guerrillera intermitente de Santa Cruz. Los episodios relatados no van más allá de escaramuzas entre la guerrilla y el ejército gubernamental, en las que los éxitos de la primera se magnifican por la desproporción numérica con el adversario. La táctica de las partidas es la propia de una guerra primitiva, y sus componentes (véanse los «mutiles» del cabecilla Miquelo Egoscué) son gentes humildes. Es «la guerra que hacen los pueblos cuando el labrador deja su siembra y su hato el pastor. La guerra santa que está por encima de las ambiciones de los reyes, del arte militar y de los grandes capitanes» (*Gerifaltes de Antaño*, 1909: 71).

Cruzados de una Causa —de ahí el título metafórico de la primera novela, también de las restantes— que consideran santa. El sentido religioso que se otorga a la lucha, la sacraliza, y sus peripecias, por menudas que sean, adquieren, amén de esa dimensión trascendente, tonalidades épico-heroicas.

Todos los recursos técnicos comentados convierten *La Guerra Carlista* en una obra clave en el proceso de renovación formal de la narrativa valleinclaniana. Ahora bien, abundando en esta idea, no podemos perder de vista que, si el enclave cronológico de la trilogía carlista (1908-1910) subraya su temprano carácter innovador, este se potencia al situar el conjunto de la narrativa del escritor gallego en el contexto que le corresponde. Es decir, los hallazgos a los que Valle llegó por su cuenta le sitúan en la línea de la vanguardia estética europea (Villanueva, 2005: 161-189; Vauthier y Santos Zas, 2015: 328-348), antes desde luego de *La Media Noche*, considerada hasta hace poco la obra que «representa el tránsito hacia un segundo Valle-Inclán y su integración en el proceso renovador de la narrativa y, consecuentemente, en el nuevo *Modernismo*» (Villanueva, 2005: 164). Sin embargo, esa fecha de 1916-1917 hay que retrotraerla a 1908-1910, años de publicación de la serie carlista, en la que, con las imperfecciones lógicas, se constatan ya los principios teóricos

desarrollados en la «Breve Noticia», base de esa indiscutida renovación novelística que culmina en *Tirano Banderas* y *El Ruedo Ibérico*, las obras que sitúan a Valle a la par de las figuras más importantes de la narrativa contemporánea.

Pero esas innovaciones no obedecen al puro afán experimentador. Nacen —y es una idea primordial— como necesaria y eficaz respuesta a un tema: la última guerra carlista enfocada desde una perspectiva eminentemente popular. Esta, a los ojos de Ramón del Valle-Inclán, ilustra la vertiente más genuina e idealista del carlismo, representada por la guerrilla, las partidas y la población civil que les presta su ayuda incondicional; y, en contraste, presenta los conflictos internos del ejército republicano, cuyos generales y oficiales carecen de convicciones e ideales.

Esta antítesis entre liberales y carlistas, factor que enlaza todas las novelas del ciclo, cobra vida a través de las intervenciones de un narrador fidedigno, cuyos juicios y comentarios revelan sus preferencias hacia los carlistas. Pero este antagonismo se subraya, además y sobre todo artísticamente, es decir, merced a la organización de la trama narrativa, concebida de acuerdo con un plan y unos objetivos, que propician un juego oposicional, contrapuntístico muchas veces, que favorece a los carlistas y perjudica a los liberales, cuya imagen se asocia con frecuencia a lo demoníaco, y, en este sentido, dicha imagen lleva impresa la seña de identidad de la aborrecida España, en duelo con la Tradicional. Valle resume así dos visiones contrapuestas y una inequívoca definición hacia la primera, síntesis de los valores y virtudes que enlazan con un pasado glorioso opuesto a un presente que es, ajuicio de Valle-Inclán, su patética caricatura.

UNA TERTULIA DE ANTAÑO (1909): ESLABÓN ENTRE DOS CICLOS HISTÓRICOS

Recuérdese que Luis Bello, al anunciar en *El Mundo* (21 de noviembre de 1908) la primera novela de la serie *La Guerra Carlista*, *Los Cruzados de la Causa*, se refería al conjunto del ciclo como un proyecto parcialmente distinto del que hoy conocemos, que, según informaba, estaba integrado por *Los Cruzados de la Causa*, *Una Historia Galante* y *El Resplandor de la Hoguera* (Santos Zas, 1994: 60-65), en el que la segunda, a pesar del cambio de título, coincide sin lugar a dudas con *Una Tertulia de Antaño*, que vería la luz el 23 de abril de 1909 en la popular colección *El Cuento Semanal*. De manera que, de

acuerdo con la descripción de Luis Bello, Valle-Inclán habría concebido su proyecto como un acercamiento al escenario bélico, localizado en el Norte, desde la periferia gallega, tierra a la que llegan los ecos de la guerra amortiguados por la lejanía; la segunda novela se localiza en Madrid, donde se sitúa la Corte, desde donde se mueven los hilos de la guerra, para, finalmente, mostrar en *El Resplandor de la Hoguera* la guerra misma.

Con independencia de que Valle-Inclán hubiese podido concebir en un primer momento *Una Tertulia de Antaño* como parte de la serie *La Guerra Carlista*, no solo el giro dado posteriormente al proyecto, centrado en la guerra misma, dificultaba su integración, sino sus singulares características la alejaban igualmente —o sobre todo— del ciclo histórico. De hecho, esta obrita revela una curiosa afinidad con la serie de *El Ruedo Ibérico* a la que, finalmente, Valle-Inclán la incorporaría tras un proceso de reescritura.

Esta conexión con las dos series históricas citadas resulta particularmente atractiva, pues el examen de sus principales puntos de contacto incide en ese diálogo intertextual, subrayado a lo largo de estas páginas como rasgo distintivo del itinerario valleinclaniano, que esta vez pone en relación el ciclo histórico carlista y el isabelino. Conviene hacer un breve paréntesis aquí para señalar la existencia de un ejemplar en el *Legado Valle-Inclán Alsina* [carpeta 29.02 del inventario original] con anotaciones manuscritas del autor, que suponen adiciones, supresiones o modificaciones del texto original, escritas en los márgenes o en el propio texto. Sin poder asegurarlo, puesto que las anotaciones no se producen en la totalidad del texto, sin saber a ciencia cierta por qué, de manera que nos movemos en un terreno resbaladizo que, sin embargo, Alba Alonso (2014: 99-125) ha analizado y formula una hipótesis con fundamento, que considera esas notas autógrafas en su conjunto indicios que apuntan a esa reutilización que con frecuencia Valle-Inclán hace de sus propios textos en un juego intratextual, que en este caso cabe relacionar con la serie de *El Ruedo Ibérico*, en la que se integra «Ecos de Asmodeo», que, a su vez, reelabora el capítulo IX de *Una Tertulia de Antaño*.

Dicho esto, la presencia de *Una Tertulia de Antaño* en el proyecto primitivo de *La Guerra Carlista* conlleva la existencia de afinidades entre los textos que la integraban y, por ende, con *Gerifaltes de Antaño*, perteneciente a la segunda versión de aquel plan, probablemente también provisional, si tenemos en cuenta la inacabada «La Corte de Estella».

Una Tertulia relata una velada en casa de la Duquesa de Ordax, en Madrid, en la que, merced al procedimiento de la tertulia, se reúnen personajes diversos que comentan los acontecimientos políticos más recientes. Se habla de la guerra carlista y se especula con el triunfo de Carlos VII como posible, restaurador de la monarquía, mientras se alude a una conspiración a favor del hijo de Isabel II. Poco después, se confirma el golpe militar del general Martínez Campos en Sagunto, que supuso la proclamación de Alfonso XII como rey: «¡Gran noticia! En Sagunto las tropas han proclamado rey al príncipe Alfonso» [20]. Esta noticia sitúa los hechos narrados el 29 de diciembre de 1874. Quiere decirse que el tiempo histórico en el que se localizan los episodios relatados en *Una Tertulia*, es posterior al de *La Guerra Carlista* (1873), aun siendo en ambos casos el marco de la I República.

Sobre ese fondo histórico se construyen los episodios novelescos, siguiendo un diseño de 16 capítulos breves y un esquema constructivo semejante al de la trilogía, que tendía a ofrecer la historia ficticia desde una perspectiva doble y alternante, adecuada a su tema bélico. En *Una Tertulia*, con las variantes apropiadas al enfoque del tema, lugar y ambiente en que se desarrollan los episodios, Valle presenta en dos grupos claramente delimitados a las camarillas cortesanas que conspiran en el salón de la Duquesa de Ordax a favor del Príncipe Alfonso o de Carlos VII.

El carácter ficticio de los episodios relatados está salpicado de referencias a personajes y situaciones históricas. La que cohesiona las conversaciones de los personajes se refiere a la conflictiva situación política española, en trance de liquidar la efímera I República para dar paso a la Restauración monárquica. Emparentada con esta situación básica hay que señalar la guerra civil entre liberales y carlistas (1872-1876), lucha dinástica y dicotomía política de la que son fiel reflejo en sus modos dispares de concebir la sociedad y sus formas de gobierno los contertulios de la Duquesa de Ordax en el reducido recinto de su aristocrática mansión.

A través de la conversación que abre la novela entre la anfitriona y la Marquesa de Galián, «antiguas damas de la reina destronada», se anuncia la próxima visita del Marqués de Bradomín, a quien se sitúa políticamente en el bando del Pretendiente. Pero su nombre también despierta ecos de su pasado donjuanesco, cuando se evoca su relación con Concha Bendaña, protagonista de la *Sonata de Otoño* (1902). Es decir, esta conversación, que vale asimismo para introducir los principales motivos temáticos que se desarrollan en las ulteriores,

recrea una imagen de Bradomín que corrobora la acuñada en apariciones previas. En las novelas de *La Guerra Carlista* se advierte un desplazamiento de su donjuanismo, rasgo dominante en las *Sonatas* (Becerra, 2006: 7-25) en pro de una postura que, sin perder las notas definitorias de su personalidad, da primacía a su faceta de carlista. En este terreno, Bradomín se encuadra entre los más fieles a la Causa y en *Una Tertulia* no se desmiente esa filiación. Por otra parte, su rendida admiración por Doña Margarita de Borbón, le lleva al extremo de lamentar no haber entregado su vida por ella, en lugar de haber perdido su brazo (*Una Tertulia de Antaño*, 1909: [12]), dato que sugiere el episodio correspondiente de *Sonata de Invierno*.

Se pone de manifiesto así el partidismo de los personajes, agrupados en dos bloques. Con Bradomín se alinea una anciana señora, Doña María de los Dolores Portocarrero y Sandoval. Ambos representan al sector legitimista y a través del diálogo que entablan se hace referencia a hechos y personajes históricos concretos y se proyecta una demoledora crítica sobre la República, la Restauración, el sistema parlamentario, que también se plasma igualmente mediante la caracterización de personajes, que roza lo caricaturesco, al tiempo que ha forjado un narrador cuyas intervenciones coinciden en sus valoraciones con las de los personajes carlistas. Claro que esta visión corrosiva deja precisamente a salvo al sector tradicionalista.

Son estos algunos de los aspectos estructurales y temáticos de *Una Tertulia de Antaño* que revelan sus afinidades con el ciclo histórico carlista. Refuerzan esas conexiones detalles muy concretos relativos a los personajes, que además permiten vincular *Una Tertulia* con el ciclo isabelino, de manera que la red de relaciones que se crea entre ellos se amplía y expande en múltiples ecos que van anudando los cabos de un complejo entramado que pone de relieve el diálogo intertextual que estos textos de temática carlista mantienen entre sí (Santos Zas, 1994: 60-65). Valga como mínima muestra de esos vínculos los que entablan dos personajes secundarios, el Duque de Ordax y Eulalia, familiares a los lectores de la trilogía y el primero también recurrente en «La Corte de Estella». Ahora, en *Una Tertulia*, Eulalia, nieta de la marquesa de Redín, ha regresado a Madrid, tal como se anunciaba en *Gerifaltes de Antaño*. Allí, en el palacio de Otaín se había producido el encuentro con su antiguo pretendiente, Jorge Ordax, entonces casado (cap. XII de *Gerifaltes de Antaño*, 1909: 91-94), mientras que ahora aparece «divorciado» [2], siendo, por otra parte, el rasgo dominante de este

oficial del ejército republicano el cinismo, que caracteriza todas sus intervenciones. La pareja, que asomará fugazmente en *El Ruedo Ibérico* (Libro II, «Espejos de Madrid», de *Viva mi Dueño*), está unida, por su parte, a la figura de Agila Palafox, hermano de Eulalia y subalterno de Jorge en las novelas carlistas, que a su vez crea otros nexos entre las novelas carlistas y el ciclo isabelino, que refuerzan el mencionado diálogo intertextual.

A pesar de las similitudes señaladas, el contexto urbano que sirve de marco a la ficción, alejado del escenario bélico, el ambiente aristocrático de la velada, las técnicas de presentación y caracterización de personajes son aspectos que alejan a *Una Tertulia de Antaño* de las novelas previas. Ahora bien, estas mismas diferencias bien podrían explicar la posterior incorporación a la serie de *El Ruedo Ibérico*, creando así un sugerente puente entre la carlista y la isabelina (Alonso Moráis, 2014: 99-125). Quiere decirse que *Una Tertulia* se sitúa en ese momento que la crítica ha denominado de «transición» en la evolución estética del escritor, de ahí el interés que encierra esa función de «bisagra» entre el primer ciclo histórico, del que Valle la desgajó y el último, en el que la integraría finalmente.

De su detallado estudio se ha ocupado Alonso Moráis (2014: 99-125), con el precedente de Speratti-Piñero (1957: 343-348) y Schiavo (1980: 40 y 100-102). El escritor aprovechó pasajes de esta obrita para integrarlos en *La Corte de los Milagros* (libro m, «Ecos de Asmodeo»), concretamente para la descripción de la tertulia de los marqueses de Torre-Mellada, en la que aflora de nuevo el tema carlista, objeto de tratamiento más amplio en *Viva mi Dueño* y *Baza de Espadas* (véase vol. III de estas *Obras completas*), repartido entre el libro IX, «Periquito, Gacetillero» de *Viva mi Dueño*, y el libro IV —«Tratos púnicos»— de la última (Schiavo, 1980: 187 y ss.).

No es extraña esta recurrencia temática con las novelas precedentes, ya que el período histórico sobre el que Valle-Inclán tuvo que documentarse para escribir su ciclo de guerra es el mismo que constituye el fondo histórico de *El Ruedo Ibérico*, ya que la guerra de 1872-1876 es una consecuencia de la Revolución del 68.

Pero hay más. Esta parcial integración de *Una Tertulia* en *El Ruedo Ibérico* se explica en gran medida por una singular afinidad de tono y estilo entre ellas, pues la novelita de 1909 presenta técnicas y recursos de caracterización de personajes coincidentes con las esperpénticas en su marcada estilización hacia lo

grotesco (Speratti-Piñero, 1957: 343-348), que también se percibe en la trilogía carlista: una nota grotesca, caricaturesca y degradante, en particular en algunos episodios de *Los Cruzados* (López de Martínez, 1979: 355-377), si bien siempre relacionados con personajes del ejército liberal.

Aun queriendo relativizar su alcance y salvando todas las diferencias entre los dos ciclos, no cabe duda de que Valle tuvo *in viente* el primero al iniciar el segundo. Desde esta perspectiva el papel de puente que adquiere *Una Tertulia* no solo es importante por el tema carlista, sino como eslabón en el proceso evolutivo de la estética del escritor. Queda, sin embargo, el último eslabón de esta cadena de temática carlista: *Voces de Gesta*.

EDITAR EL CICLO NARRATIVO CARLISTA

La elección de la *editio princeps* de cada una de las novelas que conforman la trilogía carlista como texto base de la presente edición, requiere detenerse en la singular historia textual de estas obras, no tanto por la existencia de una larga prehistoria de textos (son contados los pasajes que se han publicado sueltos en la prensa, aunque las tres obras se editaron por entregas en el diario *El Mundo*, como veremos), cuanto por la constatación de ediciones, que se diversifican en emisiones distintas y generan estados diferentes.

A modo de preámbulo, debo recordar que Javier y Joaquín del Valle-Inclán explicaron ya en 1998 cómo actuaba Valle-Inclán como gestor de sus obras, «que podría simplificarse como sigue: primeramente la compra de papel, que suministraba al impresor contratado para la edición; enviaba los originales, cuidaba la impresión y encuadernación, y una vez lista la obra, la vendía a libreros y editores que ponían en ella su sello o simplemente la distribuían» (J. y J. del Valle-Inclán, 1998: 8-9). Sobre este proceso, al que Luis Iglesias apela también en un imprescindible trabajo bibliográfico, al que acudiremos aquí (2015: 103-142), insiste Joaquín del Valle-Inclán (2006: 5) cuando dice: «Si establecemos un modelo general, por supuesto con excepciones, don Ramón fue su propio editor: encargaba el papel, buscaba ilustradores, imprimía y finalmente vendía la obra a libreros o casas editoriales que se encargaban de su distribución». Este rol de editor de su propia obra podría explicar algunas de las peculiaridades que se observan en las primeras ediciones de las novelas de *La Guerra Carlista*, que no son caso único, aunque su condición de trilogía

amplifica la situación y hace de estas obras un paradigma complejo y aún sin resolver en su totalidad.

Podemos añadir a lo dicho que Valle-Inclán fue uno de los autores de su tiempo que más contribuyó al proceso de innovación de las artes del libro, que cobra impulso en el primer tercio del siglo XX al amparo del Modernismo. Este hace del libro no el mero soporte de un texto sino una pequeña obra de arte en sí misma, el «libro de artista» (véase el catálogo *Valle-Inclán, xenio e figura / Genio y figura [1866-1936]*, que ofrece una sección dedicada a las artes del libro valleinclaniano). Nos consta que Valle-Inclán cuidaba personalmente sus ediciones y que a la altura de 1913, cuando edita su *Opera Omnia*, disponía de una tipografía propia, y además se conservan ilustraciones, motivos ornamentales y capitulares con instrucciones para la fototipia (tamaños, disposición de las imágenes, ubicación…), proceso del que ya habían ofrecido algunos ejemplos en primicia Joaquín y Javier del Valle-Inclán (1998: 63), que también mostraron en primicia el curioso fototipo para la edición de «Un día de guerra (Visión estelar)» sobre el que volveré al hablar de *La Media Noche* (1917). Pues todo esto viene al caso para explicar las peculiaridades editoriales de la trilogía carlista, sobre todo en el caso de su segunda novela.

En este sentido hay que recordar las palabras de Iglesias Feijoo (2015: 103) al referirse a la descripción de las ediciones valleinclanianas «según los procedimientos de la bibliografía material, o analítica, o como quiera llamársela, poco familiares en España hasta hace un par de décadas, con alguna excepción destacada». Y señala aportaciones significativas como la muy precisa, aunque lejana en el tiempo, de Antonio Odriozola (1967), las de Serrano Alonso-De Juan Bolufer (1995 y 2003-2015 del *Anuario Valle-Inclán/ALEC*) o la de Joaquín y Javier del Valle-Inclán (1995), que se han tenido muy en cuenta para las utilizadas en este volumen. Y en el caso concreto que nos ocupa se hace imprescindible ese trabajo de Iglesias Feijoo para abordar y resolver los problemas bibliográficos que plantean estas obras, empezando por diferenciar emisiones y estados de una única edición de ediciones distintas (Iglesias Feijoo, 105-106), aclaraciones y precisiones que me van a permitir subsanar errores terminológicos y conceptuales de mi primera y ya lejana descripción (Santos Zas, 1993: 218-228), sobre todo en lo que respecta a *El Resplandor de la Hoguera*, objetivo primordial del trabajo de Iglesias Feijoo.

Las tres novelas de *La Guerra Carlista* fueron publicadas inicialmente por

entregas en la prensa, como era práctica habitual en Valle-Inclán. Concretamente, en el folletín de *El Mundo* (Madrid) se edita, en primer lugar, *Los Cruzados de la Causa* en 14 entregas (21, 22, 24, 25 y 29 de noviembre, 1, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 26, y 29 de diciembre de 1908).

Seguidamente, *El Resplandor de la Hoguera* comienza su publicación en *El Mundo* escalonadamente el 17 de enero de 1909, e irán apareciendo las diez entregas restantes que componen dicha obra: 21 y 23 de enero; 1, 9, 21 y 28 de febrero y 7 de marzo; y 4, 17 de abril y 7 de mayo de 1909.

Meses después de concluida su publicación, se inicia la de la tercera, *Gerifaltes de Antaño*, en 15 entregas de periodicidad muy irregular: 17, 18, 22 y 29 de agosto, 14, 22 de septiembre; 5, 12, 14, 24 de octubre; 7, 10, 17, 21, 25 y 27 de noviembre de 1909.

Así, pues, las tres obras que constituyen la trilogía carlista se publicaron de forma escalonada en la prensa a lo largo de poco más de un año (de noviembre de 1908 a noviembre de 1909). Pero además se editaron en librería, de forma casi simultánea a su aparición en la prensa, excepto *Los Cruzados de la Causa. Vol. I. La Guerra Carlista* (Madrid: Imp. de Balgañón y Moreno), que hay razones fundadas para afirmar que la obra estaba terminada en el momento en que se inician las entregas en *El Mundo* (Santos Zas, 1993: 218).

Sus cuatro emisiones están impresas en Balgañón y Moreno, pero distintos libreros de Madrid, cuyos nombres aparecen en portada con la indicación del año de publicación en romanos (MCMVIII). En este caso carecen las ediciones de colofón.

La Guerra Carlista. Vol. I. Los Cruzados de la Causa. Madrid: Imp. de Balgañón y Moreno, 1908 (en portada: Imp. de Balgañón y Moreno), 239 pp.

En portada: Librería de Victoriano Suárez, 239 pp.

En portada: Librería de los Sucesores de Hernando, 239 pp.

En portada: Librería de Gregorio Pueyo, 239 pp.

Además de las variantes en las portadas ya indicadas, existen también diferencias en cubiertas: *La España Tradicional. Primera Parte. Los Cruzados de la Causa*, que, con ornamentación y gran capitular de Moya del Pino (Iglesias Feijoo, 2015: 115), se repite en todas las emisiones de la Librería / librería General de Victoriano Suárez. No obstante se trata siempre de la misma edición, resultado de una colaboración entre cuatro empresas editoriales, cuya razón de ser analiza nuevamente Iglesias Feijoo (2015: 104-105). No es un caso

excepcional, pues la existencia de emisiones también se observa en *Cuento de Abril* (1910), de la que conocemos cuatro distintas, o *La Pipa de Kif* de la que nos constan dos.

Por otra parte, la edición de *Los Cruzados* comparada con el folletín, vemos que sus catorce entregas en el periódico *El Mundo* corresponden a la totalidad de la obra editada en librería, sin que se haya modificado el número de capítulos, treinta y dos en ambas, ni el orden y distribución de los mismos. La existencia de variantes entre los dos textos no solo es mucho menos abundante que en las restantes obras, sino menos relevante que en cualquiera de ellas.

Particularmente complejo e interesante es el caso de *El Resplandor de la Hoguera*, del que hasta hace poco sabíamos que, como en *Los Cruzados de la Causa*, presentaba varias emisiones de distintos libreros; sin embargo se advierten diferencias notables con respecto a la primera novela del ciclo, que resuelve el reciente análisis de Iglesias Feijoo (2015: 103-142) realizado sobre 40 ejemplares de la segunda novela del ciclo y de cuyas conclusiones, que asumo como propias, voy a valerme. De *El Resplandor de la Hoguera* conocemos dos impresiones en la misma fecha (1909), ambas de la Librería General (*sic*) de Victoriano Suárez / Imp. de Primitivo Fernández, cuyo último cuadernillo, que corresponde al cap. XXIV, presenta cambios importantes, que alteran el número de páginas (de 243 a 248). No significa esto que ambos textos de 1909 sean expresión de dos composiciones tipográficas diferentes, como en su momento supuse, lo que equivaldría a considerar dos ediciones en 1909 y cada una de ellas, a su vez, con variaciones en portadas y cubiertas, es decir, con sus propias emisiones. Sin embargo la realidad es otra: se trata de una única edición con varias emisiones, pendientes de una descripción completa que precisamente lleva a cabo Iglesias Feijoo (2015: 111 y ss.).

Por otra parte, como pudimos comprobar al cotejar diversos ejemplares de *El Resplandor de la Hoguera* (1909), la tirada de una edición puede contener variantes, derivadas de la intervención del autor-editor (recuérdese su papel de gestor de sus obras y la incidencia que sobre el texto puede llegar a tener el diseño gráfico de la edición), que se pueden producir antes o en el proceso de edición (Santos Zas, 1993: 218-228). Precisamente Luis Iglesias ha cotejado hasta 40 ejemplares distintos para verificar esos cambios, indicativos de que podemos estar ante una nueva edición o simplemente un estado.

En nuestra práctica concreta, el texto base para la presente edición: *La*

Guerra Carlista. Vol. II. El Resplandor de la Hoguera [en cubierta: *La España Tradicional. Segunda Parte. El Resplandor de la Hoguera*:]. Madrid: Imp. de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 248 pp.

De las seis restantes indicamos los datos que varían (ver referencia completa en bibliografía primaria):

La Guerra Carlista. Vol. II. El Resplandor de la Hoguera. Madrid: Imp. de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 243 pp.

En portada: Librería de Gregorio Pueyo, 248 pp.

En portada: Librería de Gregorio Pueyo, 243 pp.

En portada: Primitivo Fernández, 248 pp.

En portada: Imprenta de Primitivo Fernández, 243 pp.

En portada: Perlado, Páez y Cía, Sucesores de Hernando, 248 pp.

Tal como se ha expuesto, hay ejemplares que constan de 243 páginas y otros —una gran mayoría— de 248 pp. porque su último capítulo, XXIV, ha variado sus contenidos sin que ello suponga necesariamente que estemos ante dos ediciones, y de hecho no es así, sino que se trata de estados de una misma edición y para demostrarlo Iglesias Feijoo (2015: 115 y ss.) revisa todas las erratas y errores de los ejemplares manejados, cuya coincidencia demostraría la existencia de una composición tipográfica única, que sin embargo podría presentar variaciones entre ejemplares, que en principio no han sido planificadas intencionalmente, denominados «estados», tal el caso que comentamos. Cuál de ellas precede a la otra, o dicho de otra manera, elucidar cuál de las dos es la primera edición, no es tarea difícil con los nuevos datos aportados por Iglesias Feijoo (2015: 127-130), que concluye: «Que el proceso fue de la versión corta a la larga, y no al revés, no tiene duda». A sus razones (número predominante de ejemplares de 248 pp., la existencia de colofón en la extensa, fechas de interrupción y reanudación de la tirada coincidiendo con circunstancias concretas verificables…) cabría aventurar, pues, como hipótesis, que la primera es la que cuenta con 243 páginas, por varias razones: en primer lugar, el capítulo XXIV no existe en el folletín, Valle-Inclán lo incluye por primera vez, con los dos que le preceden, en el texto de la librería; en segundo lugar, ese capítulo último se matiza con un pasaje narrativo descriptivo, que prolonga el tormento del sacristán escondido en la chimenea encendida, a la espera de que abandonen la

casa los ferales y plasma el estupor de Josepa, la madre Isabel y Eladia ante la terrible ceguera de Roquito; por último, la edición de 1920 agrega todavía unas líneas finales en las que se describe la reacción de la madre Isabel, que se siente culpable ante la desgraciada figura del sacristán. Es decir, en las sucesivas ediciones, Valle ha ido intensificando el dramatismo de la situación inicial, al apelar a un eficaz recurso teatral, que consiste en proyectar los efectos de la tragedia individual sobre un colectivo, que con sus particulares reacciones devuelven el hecho dramático amplificado.

Como texto base para la presente edición, hemos optado, como en los casos restantes, por la edición publicada por la Librería General de Victoriano Suárez, que incluye la variable del título genérico, *La España Tradicional*, pero en ese caso utilizamos la versión extensa de 248 pp.:

La Guerra Carlista. Vol. II. *El Resplandor de la Hoguera*. Madrid: Imp. de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 248 pp. Cubierta: *La España Tradicional. Segunda Parte. El Resplandor de la Hoguera*.

Luis Iglesias (2015: 123) advierte «que hay variantes en el color de las cubiertas, pues mientras la de Pueyo imprime en azul el florido marco que rodea el título, subtítulo y nombre del autor, que van en tinta roja, las otras tres lo tienen en color negro, mientras mantienen el rojo para la letrería».

La comparación entre el texto de la prensa y el folletín, que en esta ocasión, dada la complejidad del caso, conviene hacer, revela cambios notables, que incluso afectan a la estructura y significado de la novela (ver ed. crítica Alonso Seoane, 1979; Lavaud, 1980: 605-606; Santos Zas, 1993: 215-228). Las once entregas del folletín engloban numéricamente 21 capítulos, que en el cómputo real hay que reducir a diecisiete, ya que en la tercera entrega se pasa del capítulo V al VII, y en la entrega décima nuevamente se pasa del capítulo XVI al XX. Finalmente, en la versión periodística no existen los tres últimos capítulos de la edición en libro, que en esta figuran con los números XXII, XXIII y XXIV. Es decir, en el libro se han añadido los episodios relacionados con el sacristán Roquito, el incendio del caserío cuartel de los republicanos en San Paúl (cap. VI), su apresamiento e intento de fusilamiento por parte de los forales (caps, XV y XVI) y los sucesos que culminan en la heroica ceguera del sacristán (caps, XXII, XXIII y XXIV). Por otra parte, Valle-Inclán amplía la edición de la librería: por ejemplo, añade el cap. XIV íntegro, que permite retomar las andanzas de la pareja

confidente de Santa Cruz (caps, XV y XVI), en suspenso desde el capítulo VI. Son estas las adiciones más significativas en el texto de la librería, pero hay otras muchas de menor relevancia, que conciernen a caracterización de personajes, precisiones geográficas y cronológicas; y ampliación de diálogos. También en el paso al libro se subsana la inestabilidad de los nombres: la compañera de Roquito, por ejemplo, figura en el libro con el nombre de Josepa, mientras que en el folletín, cuando la mujer aparece por primera vez, se la llama Marucha (cap. IV), para cambiarlo más adelante por el de Josefa (cap. XIII).

Para completar el cuadro de la génesis de la trilogía carlista resta examinar ahora la última novela del ciclo, *Gerifaltes de Antaño*, cuya primera edición en librería data de 1909. Como en los casos que le preceden disponemos de varias emisiones de esta primera edición, que a continuación enumeramos asimismo de forma simplificada y remitimos a la bibliografía primaria:

La Guerra Carlista. Vol. III. Gerifaltes de Antaño. Madrid: Imp. de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería General [*Sic*] de Victoriano Suárez) es el texto base de la presente edición, como en los casos precedentes.

En portada: Imprenta de Primitivo Fernández, 256 pp.

En portada: Librería de Gregorio Pueyo, 256 pp.

En portada: Librería de Perlado, Páez y Cía, 256 pp.

Todas ellas son estados diferentes de la misma edición de la Imp. de Primitivo Fernández, varían las portadas (cuatro distintas) y las cubiertas. Así, en la primera de las citadas, como en las obras que le preceden, figura como título en cubierta: *La España Tradicional. Tercera Parte. Gerifaltes de Antaño*. Pero hemos podido constatar también la existencia de una variante de esta cubierta en la que consta exclusivamente como título *Gerifaltes de Antaño*. No obstante, es necesario subrayar que se trata de la misma emisión, con idéntica portada, pero con el cambio indicado de cubierta, lo cual quiere decir que se podrían multiplicar las variantes.

Con respecto al folletín de la prensa, el contenido de los capítulos de ambas versiones es muy similar, de forma que las frecuentes supresiones y adiciones que encontramos en *El Resplandor de la Hoguera* se han reducido considerablemente en esta (Santos Zas, 1993: 223-226). Pese a ello, existen cambios entre la versión periodística y la de la librería que atañen fundamentalmente a la estructura, hasta el punto de poder afirmar que Valle-Inclán remodeló profundamente su novela al fijar el texto para la imprenta de

Primitivo Fernández. Es decir, las alteraciones en la organización de los episodios novelescos se produce al principio, entre los capítulos I y IX, y a partir del capítulo XVI al XXIV, manteniendo las correspondencias entre ambos textos los restantes (IX al XVI y XXIV al XXXIII). Así, si el folletín agrupa los episodios en bloques alternativos amplios, en el libro se produce una reestructuración tendente a crear una alternancia mucho más ágil entre los episodios que protagonizan ambos contendientes, resultante de un tratamiento del tiempo intrínseco más complejo en el texto de la librería, de manera que en este el escritor juega con la simultaneidad de los episodios, mientras que los hechos en la prensa son presentados linealmente. También hay que mencionar la adición de un nuevo capítulo en el libro (XIX), en el que se describe la persecución a que se ve sometido Santa Cruz por ambos ejércitos. Cambios menores (algunas variaciones de topónimos y patronímicos) se suman a los que afectan a la estructura narrativa.

Para cerrar este repaso dedicado a la génesis de las novelas del ciclo carlista, resta aludir a la evolución posterior de las tres obras, cuyos datos completos se consignan en la bibliografía primaria en su correspondiente apartado.

La primera de las novelas de la trilogía carlista tuvo una segunda edición de la Imprenta de Primitivo Fernández en 1909, que no presenta cambios con respecto a las distintas emisiones ya mencionadas de la primera edición, con la salvedad de la portada y la cubierta del libro, en la que figura: *Los Cruzados de la Causa. La Guerra Carlista*.

Con posterioridad a esta, se reeditó la novela en 1920, 1920-1927, 1929 y 1930, en los dos últimos casos se trata de ediciones de las tres novelas en un único volumen.

Sucede otro tanto con *El Resplandor de la Hoguera*, que se reedita sucesivamente en 1920 y 1927 a las que se suman las ediciones conjuntas de 1929 y 1930.

Finalmente, la última de las obras de la serie, *Gerifaltes de Antaño*, se reedita tan solo en dos ocasiones, en 1929 y 1930, en la edición conjunta de la CIAP, ya que no llegó a publicarse, como las anteriores, en la *Opera Omnia* del escritor.

Un último texto requiere nuestra atención, *Una Tertulia de Antaño*: hay indicios de que esta novelita formó parte inicialmente del proyecto del ciclo de *La Guerra Carlista*, pero finalmente Valle-Inclán la desgajó de dicho proyecto para editarla como un texto autónomo, publicado en la colección popular: *El*

Cuento Semanal (Madrid), III, núm. 121, 23 de abril [22] págs. Es, pues, la única edición en vida del autor y nuestro texto base.

LA MEDIA NOCHE (1917), PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA NARRATIVA VALLEINCLANIANA

La presente edición conmemora el centenario, *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, publicada en la Imprenta Clásica el 30 de junio de 1917. Es esta obra —y conviene decirlo desde el principio— para muchos menor y en la que otros creemos hallar las claves de la poética narrativa valleinclaniana que culmina en *Tirano Banderas* y *El Ruedo Ibérico*.

Si en la trayectoria personal del autor esta obra marca un hito (un viaje al corazón de la guerra en Francia), desde una perspectiva literaria descuella por su innovadora poética, al abordar «dos cuestiones capitales de la renovación novelística, la de la perspectiva de la narración y las coordenadas espacio-temporales», como bien ha señalado Darío Villanueva (2010: XXXIV). Su tratamiento en *La Media Noche* constituye el pasaporte para entrar de lleno en el proceso de renovación de la narrativa del primer tercio del siglo XX. Por paradójico que resulte, su autor nunca volvió a editarla, a pesar del entusiasmo manifestado a su amigo Tanis Artime —«hará mucho ruido»— ante su encargo y proyecto de publicación. Pero Valle-Inclán se equivocaba, ni hizo mucho ruido ni fue traducida en su tiempo. Es más, tuvo que pasar un siglo, y es literal, para que lo fuese al francés y al italiano (Géal, 2014 y Lodi, 2016, respectivamente).

La I Guerra Mundial: Valle-Inclán aliadófilo:

Fue el diplomático francés Jacques Chaumié, amigo y traductor de Valle-Inclán, quien jugó un papel decisivo en el que fue posiblemente para el escritor el episodio más significativo de estos años tanto biográfica como literariamente hablando. Me refiero a su viaje y estancia en Francia en 1916, en plena guerra mundial:

> Yo tengo el compromiso de ir a Francia muy pronto —escribe a su amigo Tanis Artime el 10 de enero de 1915[3]—. Quieren que escriba un libro de la guerra. Que el Gobierno francés me haya encomendado esta misión, te confieso que me llena de orgullo […] una vez publicado el libro, espero que haga ruido. Se publicará antes que en castellano, en francés, inglés y ruso (Viana y Torrado, 2002:

55; Hormigón, 2006: 197-198).

Valle-Inclán vivía a la sazón en Galicia, donde se había instalado con su familia en agosto de 1912. En su retiro gallego, que alternó con estancias prolongadas en Madrid, recibió la visita de amigos, escritores y artistas, como Pérez de Ayala, Romero de Torres, Corpus Barga, Rafael de Penagos, Anselmo Miguel Nieto o, entre otros, Jacques Chaumié, que lo hizo en el otoño de 1913, estancia que evocaría más tarde en una semblanza del escritor, publicada en *Mercure de France* (1914).

Al leer la carta enviada a Tanis Artime es inevitable pensar en *La Media Noche. Vision estelar de un momento de guerra* (1917), pero antes de afrontar ese texto, la pregunta que nos hacemos ante ese inminente viaje es ¿por qué Valle-Inclán fue invitado por el gobierno francés para visitar el frente de guerra? La respuesta requiere situar esta invitación en su contexto histórico.

Recordemos muy brevemente que el 3 de agosto de 1914 Alemania invade Bélgica, y con este acto se enfrenta oficialmente a Francia e Inglaterra. La Gran Guerra ya era una realidad irreversible. España, como es bien sabido, se declara neutral en este conflicto internacional el 7 de agosto de 1914; y esa postura oficial fue respaldada por el sentir general de la sociedad, conocedora de los condicionantes sociopolíticos que justificaban esta decisión del gobierno —la debilidad económica y la preocupación por mantener un frente militar abierto de tipo colonial con la consecuente necesidad de sostener un ejército en Marruecos eran razones poderosas—. Pero esa convicción no impidió la toma de partido de la sociedad, progresivamente radicalizada, a favor de Francia y sus aliados o de sus oponentes: «aliadófilos y germanófilos se repartieron la opinión pública, la prensa, la política y hasta las familias […]. Entre unos y otros estalló una guerra en la que, aparte de las armas de fuego, valió todo…» (Díaz Plaja, 1973: 13).

En este clima, la prensa, igualmente partidista, tuvo en esta guerra una papel decisivo por su incidencia en la opinión pública, que demandaba saber qué ocurría en los campos de batalla, demanda que potenció la red de corresponsales que los principales periódicos españoles habían ido creando desde principios del siglo XX, que, como la prensa de los países no beligerantes, recibieron por parte de los países en guerra compensaciones económicas por su función propagandística (Aubert, 1995: 103).

El conflicto europeo movilizó igualmente a los medios artísticos y culturales, que se polarizaron en defensa de los intereses de los bandos en conflicto (José

Ramón González, 2011; monográfico de *Ínsula*, 2013), dando origen a manifiestos, actos públicos, viajes y corresponsalías en la prensa europea.

En este contexto Ramón del Valle-Inclán, con otros muchos escritores e intelectuales con quienes se cruza en esta particular coyuntura —Pérez de Ayala, Palacio Valdés, Ramiro de Maeztu, Azorín, Unamuno, entre otros—, ejemplifican el compromiso español (Dougherty, 2009); y su testimonio se plasma en numerosos artículos, ensayos y crónicas periodísticas, que cumplen el papel propagandístico, que interesa a los bandos contendientes, pero también ofrecen un muestrario de las modalidades de la literatura de guerra, entre las que *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* es una de sus manifestaciones más innovadoras y vanguardistas.

Valle-Inclán no permaneció, pues, al margen de aquella controversia; al contrario, el escritor proclamó sus simpatías pro aliadas o, para ser más precisa, su francofilia; una postura que tiene su prueba más significativa en el activo papel que jugó en la firma y difusión del «Manifiesto de adhesión de las Naciones Aliadas», publicado el 5 de julio de 1915 en la prensa francesa y española, bajo el título «La Guerra Europea. Palabras de algunos españoles», que es la declaración colectiva de apoyo a la causa aliada que mayor repercusión tuvo en su momento.

Hay pruebas del relevante papel que Valle-Inclán tuvo en la elaboración del citado documento colectivo desde sus orígenes; concretamente lo atestigua un borrador de su puño y letra (Devoto, 2007: 13) con la lista de firmantes, todos nombres muy próximos al escritor, que reúne más de 60 nombres de artistas plásticos, escritores, profesores y músicos.

Pero su activismo tiene otras manifestaciones que más de una vez se han puesto en tela de juicio, aunque no hay un ápice de exageración en la tarea que se atribuye, al reivindicar en *La Correspondencia de España* («Razones de una francofilia», 20-08-1915) el protagonismo en la difusión del citado Manifiesto: «Yo, finalmente, lo envié [el manifiesto] a Francia» (*cfr.* Dougherty, 1983: 74, n. 93).

La existencia de una carta manuscrita (fechada en París el 28 de junio de 1915) y un telegrama del 5 de julio —forman parte del «Archivo Valle-Inclán Alsina»—, que Jacques Chaumié remite a Valle-Inclán no dejan lugar a dudas: el escritor gallego medió con el diplomático francés para la publicación en la prensa de su país del «Manifiesto», que el propio Chaumié se encargó de traducir (Santos Zas, 2016: 38-40). El telegrama confirma su publicación en

rotativos franceses, coincidiendo con su aparición en *El Liberal* (5 de julio de 1915).

En este contexto leemos la invitación hecha a Valle-Inclán para visitar el frente de guerra como un «premio» del gobierno francés por su compromiso con el pueblo y el ejército de Francia, que conlleva implícitamente un reconocimiento de su valía profesional. En correspondencia, Valle-Inclán adquiría el compromiso de publicar un libro sobre la guerra, cuyo significado pro aliado anticipó la prensa francesa y española al calificarlo como «Romance de Francia», «Chanson de France», «Las Voces de Gesta de la Francia» o «La llama de Francia».

Valle-Inclán, testigo de guerra: el cuaderno de bitácora

Valle-Inclán con un pasaporte, fechado en Madrid el 25 de abril de 1916, toma un tren con destino a París el 27 de abril de 1916, noticia que la prensa publica en primera plana (*El Imparcial*, «Valle-Inclán en las trincheras», 28 de abril de 1916), proporcionando datos sobre la despedida de que fue objeto en la estación del ferrocarril y la finalidad de su viaje (*El Imparcial*, 28-04-1916: 1).

Desde los años setenta ha habido diversos intentos de reconstruir este viaje del escritor a Francia con materiales documentales diversos, que se han ido multiplicando a lo largo del tiempo: cartas, entrevistas, reportajes gráficos y crónicas aparecidas en la prensa francesa y española… Pese a las innegables aportaciones existentes, quedaban vacíos que la documentación manejada no había podido subsanar. Pero un nuevo documento de excepcional interés ha venido a resolver buena parte de esas carencias. Se trata de un cuaderno de viaje de don Ramón escrito de su puño y letra durante su estancia en Francia, que he tenido el privilegio de dar a conocer en una edición facsímil, acompañada de su transcripción y un estudio, que trata de reconstruir en detalle el viaje y estancia del escritor en Francia (Santos Zas, 2016: 19-124). A ella remito, así como a un trabajo posterior, que sitúa este cuaderno como arranque del dosier genético de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, cuyo estudio y edición han afrontado Vauthier y Santos Zas (2016). A sus conclusiones remito en el apartado «Editar *La Media Noche…*».

Bastaría pensar en el carácter documental de este cuaderno para dedicarle la mayor atención, pero la razón primordial para traerlo aquí a colación es que

constituye el origen de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, cuya huella en el texto impreso salta a la vista a poco que se rastree y, por si esto fuera poco, es un testimonio revelador de los procesos y estrategias de escritura del autor.

Me exime de su descripción detallada la edición antes citada, pero debo subrayar que ese diario de viaje forma parte del archivo personal del escritor, que la familia Valle-Inclán Alsina ha guardado cuidadosamente, hasta que en el año 2009 firmaron un convenio con la Universidad de Santiago / *Cátedra Valle-Inclán*, para depositarlo en dicha Universidad y encomendar su estudio y edición al Grupo de Investigación Valle-Inclán (cfr. Santos Zas, 2012).

Materialmente es un cuadernito muy similar a los famosos Moleskine, que precisamente se elaboraban en un pequeño taller parisino. *El Cuaderno de Francia* (en adelante *ECF*) consta de un total de 166 páginas, escritas con pluma de tinta negra que a veces alterna con lápiz de grafito. El escritor anotó sus impresiones y reflexiones, lo que veía y lo que le contaban otros, siguiendo un orden sucesivo y cronológico, aunque no escribía *in situ* (su manquedad requería un soporte estable para utilizar pluma, tintero y papel), sino al regresar a los albergues donde se alojaba y, por tanto, lo hacía de noche o de madrugada. Este cuaderno de bitácora, de carácter privado, tiene la finalidad de hacer acopio de información, a veces telegráfica, a modo de simple apunte para desarrollar más tarde, y otras pormenorizada, combinando el topónimo preciso, el episodio histórico o la descripción de espacios, con las impresiones personales propias de un testigo de guerra, cuya experiencia abarca desde el 2 hasta el 30 de mayo, última fecha consignada, aunque hay anotaciones posteriores sin fechar, que se refieren a episodios que por otros indicios podemos ubicar en la primera semana de junio.

En este *Cuaderno* Valle-Inclán deja constancia *hic et nunc* de lo que ve y oye, y lo hace en primera persona, como testigo, cuyos atributos y limitaciones define en un texto de esencial importancia: el prólogo a *La Media Noche*, titulado «Breve Noticia»:

> […] el narrador que antes fue testigo, da a los sucesos un enlace cronológico puramente accidental, nacido de la humana y geométrica limitación que nos veda ser a la vez en varias partes. Y como quiera que para recorrer este enorme frente de batalla, que desde los montes alsacianos baja a la costa del mar, son muchas las jornadas, el narrador ajusta la guerra y sus accidentes a la medida de su caminar: Las batallas comienzan cuando sus ojos llegan a mirarlas: El terrible rumor de la guerra se apaga cuando se aleja de los parajes trágicos, y vuelve cuando se acerca a ellos. Todos los relatos están limitados por la posición geométrica del narrador (Valle-Inclán, 1917: 5).

Desde esa perspectiva ¿qué ve y qué cuenta Valle-Inclán como testigo presencial de la guerra? Esas experiencias personales, por otra parte, han dejado huellas reconocibles en *La Media Noche*, aunque en grados distintos de elaboración artística.

En primer lugar —y es una apretada síntesis de lo expuesto en Santos Zas (2016: 19-124)—, Valle-Inclán da cuenta de tres salidas desde París hacia el frente de guerra, que realiza en el mes de mayo de 1916, siguiendo un riguroso protocolo oficial, que establecía las zonas visitables, los recorridos, los medios de transporte utilizados, los acompañantes que formaban la comitiva, que en el caso de Valle-Inclán la integraban: su amigo diplomático Jacques Chaumié, un oficial del ejército y un periodista.

Los Vosgos/Alsacia (5-9 de mayo) es su primer desplazamiento desde París, con recorridos enunciados con gran precisión toponímica; la segunda salida tiene como núcleo Châlons (18-20 de mayo); y la tercera, Reims (30-[31] de mayo). Entre una y otra visita el escritor regresa a París, pero apenas cuenta nada de estos paréntesis de descanso: breves apuntes casi telegráficos: encuentros con políticos, escritores y artistas, agasajos y homenajes, que todos los periódicos registran. Pero a Valle-Inclán como corresponsal (Dougherty, 2009) le interesa primordialmente lo que sucede en el frente de guerra, en una etapa de la contienda que corresponde a la llamada «guerra de trincheras» o de «posiciones», que dejó inmovilizados a miles y miles de combatientes durante meses, en una enorme línea de combate que en 1916 comenzaba en el Mar del Norte y llegaba hasta Suiza.

De sus recorridos concreta días y horas y precisa espacios bélicos y urbanos, al igual que repasa los mortíferos instrumentos de guerra, describe a base de pinceladas la dureza de la vida en las trincheras; pero también su percepción del cambiante paisaje: hermosos valles y montes talados por la metralla, ríos de aguas transparentes y ciudades en ruinas, iglesias y catedrales convertidas en montón de piedras. Presenta al soldado, al oficial y al general del ejército, retratos breves pero siempre elogiosos, y se detiene con particular admiración en los aviadores, los «héroes del aire»; habla de los heridos y los muertos, las damas enfermeras, los cementerios y los hospitales, pero también habla de los civiles, ancianos, mujeres y niños que trabajan en las fábricas y aprenden a convivir con la destrucción y la muerte, enfatiza su fe en el triunfo, el honor, la lealtad y el patriotismo… Es decir, es el relato día a día de un testigo de guerra, que recorre diversos escenarios de la retaguardia y la vanguardia francesas.

Ahora bien, este documento excepcional no es, como ya se ha dicho, un fin en sí mismo. Valle asume un compromiso desde el momento mismo en que lo invitan a Francia: escribir un libro sobre la guerra. Visto así, el *Cuaderno* es el primer paso que llevará a la publicación en 1917 de *La Media Noche* (en adelante *LMN* 1917).

Pero entre ambos polos hay un inicial proyecto editorial, que se publicó en *El Imparcial* bajo el título genérico de «Un día de guerra (Visión estelar)», que daba cobijo a dos partes: la primera, «La Media Noche», dada a la estampa entre octubre y diciembre de 1916; la segunda, «En la luz del día», entre enero y febrero de 1917. Juntas querían mostrar el drama colectivo de la guerra, sintetizado en 24 horas. Pero ese proyecto no se llevó a término (Vauthier y Santos Zas, 2016). En cambio, en junio de ese mismo año Valle edita *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, que es una reescritura de la primera parte de «Un día de guerra», cuya segunda parte, «En la luz del día», quedó olvidada durante cincuenta años entre las páginas de *El Imparcial*, hasta que la rescató Roberta Salper (1968: 278-309).

Las anotaciones autógrafas de Valle-Inclán constituyen el punto de partida para la escritura de ambos textos. A veces se detectan solamente frases que trasvasa al texto impreso sin cambio alguno, otras son descripciones prácticamente idénticas, pero lo más frecuente es que el paso del autógrafo al impreso vaya acompañado de un proceso de reescritura, que aun haciendo reconocible la deuda, transforma episodios, personajes o situaciones que desarrolla o contextualiza en marcos distintos al original, reveladores de las estrategias de escritura de autor. Cabe precisar que la herencia del *Cuaderno* se puede rastrear en uno u otro impreso o en ambos; a veces exclusivamente en «Un día de guerra» (I o II parte), y otras solo en *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*. Pero lejos de nuestra intención ofrecer un estudio comparativo de esas deudas, cuya casuística hemos desmenuzado en función de otros objetivos (Vauthier y Santos Zas, 2016). Baste indicar aquí que la experiencia real del escritor se transforma en relato ficticio; es decir, literario, que adquiere características propias en cada uno de los impresos citados. Por otra parte, esta ficcionalización implica una profunda reelaboración artística de la experiencia personal, que cabría resumir en la crucial transformación de «la mirada del testigo» en la «visión estelar», fundamento de la poética narratológica que el escritor expone en el prólogo a *La Media Noche. Visión estelar de un*

momento de guerra. Quiere decirse que aquella experiencia testimonial, más allá de su significado humano, tiene una importante trascendencia estética, ya que los pasajes comparados muestran a un Valle-Inclán capaz de convertir su experiencia real en el tiempo —dos meses de estancia en Francia— en una experiencia totalizadora de la guerra, que aspira a condensar en doce horas «los varios y diversos lances de un día de guerra en Francia», objetivo que remite al prólogo de *La Media Noche* (1917).

La «Breve Noticia», fundamentos de una nueva poética

Los estudiosos que se han ocupado de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* han advertido su singularidad y su carácter innovador[4] pero sin duda ha sido un temprano trabajo de Darío Villanueva (1978), matizado años después (2010), el que ha dado a esta obrita el lugar que se merecía en el ámbito de la renovación de la novela de su tiempo. El texto está precedido de la «Breve Noticia», un prologuillo en el que el escritor dejó constancia de los problemas con los que tuvo que enfrentarse al escribir *La Media Noche* y formula los postulados de su poética narrativa, de la que el relato de 1917 es su praxis concreta.

La poética, expuesta por Valle-Inclán en esas pocas páginas, forma parte de ese proceso reflexivo, arriba apuntado, que es autoconciencia artística y en este caso Valle-Inclán afronta un problema crucial de retórica narrativa: la posición del narrador y sus implicaciones técnicas. Una elección orientada a «contar la guerra» de forma condensada y totalizadora al tiempo. Lo había intentado años antes, ya se ha dicho en su lugar, al afrontar el relato de otra guerra —aunque de naturaleza muy distinta— en la trilogía carlista (1908-1909), y volvía a hacerlo ahora, pero con una nueva experiencia: la de testigo de primera línea, cuya óptica no se adecúa a su propósito, a tenor de lo que dice en la «Breve Noticia»: «Todos los relatos están limitados por la posición geométrica del narrador» (7). Valle identifica esa visión limitada con la del «mísero testigo, sujeto a las leyes de la materia corporal y mortal» y, en consecuencia, depositario de un único relato: «Acontece que, al escribir de la guerra, el narrador que fue antes testigo, da a los sucesos un enlace cronológico puramente accidental» (5).

Para alcanzar la comprensión total de los hechos se requiere poseer el don de la ubicuidad —ser en todas partes—. El autor, envuelta su respuesta en ese

mundo esotérico y ocultista que tanto le fascinaba, está planteando la posición del narrador; y lo cierto es que vislumbra una que puede vencer esas limitaciones espacio-temporales, expuesta en estos términos:

> Cuando los soldados de Francia vuelvan a sus pueblos, y los ciegos vayan por las veredas con sus lazarillos, y los que no tengan piernas pidan limosna a la puerta de las iglesias, y los mancos corran de una parte a otra con alegre oficio de terceros, cada boca tendrá un relato, y serán cientos de miles los relatos, expresión de otras tantas visiones que al cabo habrán de resumirse en una visión, cifra de todas. Desaparecerá entonces la pobre mirada del soldado, para crear la visión colectiva, la visión del pueblo que estuvo en la guerra y vio desde todos los parajes todos los sucesos (7).

A esta nueva perspectiva, cuyas raíces encuentra en la ancestral tradición de los «poemas primitivos», «donde dispersas voces y dispersos relatos se han juntado al cabo de los siglos», la denomina «visión estelar» o «astral» y desde ella escribe *La Media Noche*: «Yo, torpe y vano de mí —escribe— quise ser centro y tener de la guerra una visión astral, fuera de geometría y de cronología, como si el alma desencarnada ya, mirase a la tierra desde su estrella» (8).

Esta *visión de altura*, que orientó su original enfoque del conflicto mundial, indicándole la posición narrativa adecuada, fue fruto, según declaró el escritor a su amigo Corpus Barga («Valle-Inclán, nuncio». *La Correspondencia de España*, 07-07-1916: 3), de una experiencia concreta: por muy increíble que parezca, Valle-Inclán voló en un avión militar sobre los campos de batalla, experiencia que testimonia el *ECF*.

El hecho se produce a raíz de su visita a un pequeño aeródromo en Mourmelon-le-Grand, cercano a Châlons, el día 19 de mayo de 1916 (Santos Zas, 2016: 84-90). Es verdad que en sus anotaciones describe este episodio de forma muy parca, pero la vivísima impresión que le produjo ese vuelo se la confiesa a Tanis Artime desde París el 3 de junio de 1916: «Yo he volado sobre las trincheras alemanas y jamás he sentido una impresión que iguale a esta en fuerza y en belleza» (Viana y Torrado, 2002: 58). Quiere decirse que en sus apuntes autógrafos no tuvo necesidad de explicarlo más pormenorizadamente: ¡cómo olvidar las circunstancias y efectos de aquella insólita vivencia!

Esta experiencia, recordaría más tarde Corpus Barga (1966: 288-301): «Será el punto de vista de mi novela, la visión estelar». Así, pues, Valle-Inclán realiza una trasposición desde una posición física real —el vuelo en un avión militar— a otra literaria y, finalmente, a la mágica, milagrosa del autor, al que atribuye el papel de *Adivino*: «El círculo al cerrarse engendra el centro, y de esta visión cíclica nace el poeta, que vale tanto como decir el Adivino» (8). A partir de ahí

escribirá *La Media noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917).

Dicho esto, es de rigor precisar una cuestión importante: la noción de «visión astral» ya la tenía «in mente» Valle-Inclán antes de emprender el viaje a Francia. De hecho, en una entrevista realizada la víspera de su partida, pero publicada en la revista *España* el 11 de mayo de 1916, comentaba a su interlocutor, Rivas Cherif: «Yo quisiera dar una visión total de la guerra; algo así como si nos fuera dado el contemplarla sin la limitación de tiempo y espacio» (Dougherty, 1983: 78). Y acto seguido matizaba:

> La guerra no se puede ver como unas cuantas granadas que caen aquí y allá, ni como unos cuantos muertos y heridos que se cuentan luego en estadísticas; *hay que verla desde una estrella*, amigo mío, fuera del tiempo, fuera del tiempo y del espacio (Dougherty, 1983: 82, cursivas mías).

Incluso podríamos añadir que la idea tiene varios precedentes, el más lejano remonta a lo dicho en una conferencia impartida en Buenos Aires en 1910, en la que afirmaba: «el artista debe mirar el paisaje con ojos de altura, para poder abarcar el conjunto y no los detalles mudables» (La *Nación*, 29-06-1910, en Garat, 1967: 89-11). Ahí está expuesta en términos aún vagos la misma idea, que remite a la *noción eterna de centro*, desarrollada en clave místico-esotérica en el capítulo «Quietismo estético» de *La Lámpara Maravillosa* (1916) (ver Garlitz, 1989 y 2007).

Pero en *ECF* también podemos encontrar un precedente de esta «visión estelar» cuando Valle-Inclán visita el observatorio de Hartmannswillerkopf (ver *supra* itinerarios bélicos), situado a casi 1000 metros de altitud. Desde esa altura, la mirada del testigo de guerra se transforma en mirada de águila; es decir, adquiere durante unos instantes los atributos de la «visión estelar»: sus ojos alcanzan un panorama abarcador, que evocará complacido más tarde: «[…] diviso toda la verde Plana de Alsacia, y los espejos del Rhin […]. En mi memoria queda el recuerdo de la verde y dilatada Plana de Alsacia» (*cfr*. Santos Zas, 2016: 156).

En suma, aquel atisbo de 1910 se fue perfilando poco a poco como un concepto de retórica narrativa que adquiere su formulación definitiva en 1917, y conlleva cambios esenciales en la estructura novelesca. Dicho de forma sintética, la «visión estelar» o «astral» (que se ha asimilado a la *demiúrgica*, con los atributos de impasibilidad, imparcialidad y objetividad) comporta: el protagonismo múltiple, la reducción y la simultaneidad temporal, la multiplicidad de focos espaciales y el fragmentarismo constructivo, que Darío

Villanueva analizó con sus implicaciones hace más de tres décadas.

La Media Noche (1917), praxis de la «Breve Noticia»

Rivas Cherif fue el último que entrevistó a Valle-Inclán antes de viajar a Francia y fue el primero que lo hizo a su regreso. En la primera entrevista el escritor le explicó cómo concebía el libro que quería escribir sobre la guerra, adelantando la noción de «visión estelar». A su regreso de Francia también le expone su propósito, que Rivas Cherif («Nuevos comentarios de la guerra de las Galias. El regreso de Valle-Inclán», *España*, 06-07-1916: 8) interpreta en estos términos: «No quiere hacer bocetos, apuntes, notas ni impresiones al vuelo de un aeroplano, sino objetivarse todo lo posible, evitar la emoción circunstancial e intentar la síntesis de un día de guerra en su máxima expresión» (8). Esta voluntad de alejarse de la experiencia vivida y depurarla de emociones personales, supone un cambio esencial del paradigma de escritura de la crónica y novela de guerra, que busca precisamente lo contrario. Para conseguirlo Valle-Inclán pone en práctica los postulados teóricos expuestos en la «Breve Noticia».

Ante todo, Valle-Inclán no refleja las grandes batallas que marcaron el desarrollo de la contienda mundial, sino una serie de episodios secundarios, que localiza a lo largo de una línea que desde el Mar del Norte se extiende hasta Suiza, línea que en 1916 apenas se modifica porque ambos ejércitos practican una guerra de desgaste, aunque la imagen que trata de transmitir es la del triunfo aliado. Es decir, como había hecho con el ciclo de la guerra carlista, Valle-Inclán manipula la historia artísticamente, porque no es un objetivo en sí misma, sino un punto de partida para el relato de hechos menos documentables, que permiten un tratamiento artístico de la historia más libre sin traicionarla.

Dicho esto, y tal como indica su título, *La Media Noche*, se trata de un relato cuyos episodios se desarrollan desde la media noche hasta el amanecer: doce horas escasas de una jornada bélica, que aspira a «condensar en un libro los varios y diversos lances de un día de guerra en Francia», deseo expresado en la «Breve Noticia». A tal fin, Valle presenta los fosos de dos ejércitos en acecho: el francés «hijo de la loba latina» y el bárbaro germano «espurio de toda tradición», que ocupan «desde los bosques montañeros de la región alsaciana, hasta la costa brava del mar norteño» (cap. I), expresión que el autor reitera con variantes en diversos momentos del relato.

Una vez presentados los dos enemigos, en la construcción de esas doce horas combina, alternándolas, «visiones» panorámicas de la guerra, con «visiones» parciales, y un juego pendular entre vanguardia y retaguardia francesa y alemana y, por último, enfoques concretos, puntuales, hasta ofrecer una visión unitaria y totalizadora de la guerra. Con un diseño de capítulos numerados, que se agrupan formando núcleos o secuencias mayores (hospital, marineros, familia del niño muerto, mujeres violadas…), estos bloques se apoyan en un determinado tratamiento del tiempo y del espacio que da cohesión al relato, creando focos espaciales en los que convergen todas las acciones.

La reducción temporal que caracteriza al relato, es uno de sus ejes clave, que combina con la multiplicidad de espacios, alcanzando así la simultaneidad temporal y, al mismo tiempo, ya que se trata del desarrollo de múltiples acciones en doce horas, implica el transcurso temporal, que se concreta a base de referencias cronológicas explícitas o implícitas: la luna, las sombras de la noche, el canto del gallo, las estrellas. En ocasiones la simultaneidad temporal se manifiesta de un modo palmario: «Esta misma hora es de nieve y ventisca en los montes alsacianos, de niebla espesa en el mar, de fría lividez en la Champaña» (cap. XXIX). Pero otras veces el recurso consiste en enlazar episodios distintos, distribuidos en varios capítulos a través de un efecto sensorial recurrente (por ejemplo, un sonido: «en la tiniebla del cielo bordonean los aviones») o expresiones repetidas con variantes: «cerca del amanecer» (cap. XX); «Filo del amanecer» (XXXII) o «Ápice de la noche y el día» (XXXIX). Los acontecimientos relatados en esos capítulos se solapan en el tiempo buscando el efecto de simultaneidad, al igual que se hace patente en un mismo capítulo, como sucede en el XXVIII: «Palidecen las estrellas del alba», que señalan el amanecer en el frente de batalla, en los caminos de la retaguardia, en las ciudades en ruinas, en los cuarteles…

Por lo que respecta al espacio, la geografía en cualquier relato de guerra no se ciñe exclusivamente a localizaciones topográficas concretas sino que hay que tener en cuenta la coherencia histórica. Valle-Inclán manipula y transforma la geografía bélica que visitó durante su estancia en Francia, porque, al igual que sucede con el tratamiento del tiempo histórico, utiliza el espacio concediéndose libertades, derivadas precisamente de la posición de altura elegida para el narrador, que le permite «ver» lo que sucede en diferentes espacios al mismo tiempo o en sucesión. De modo que ese espacio cinético, aliado con el tiempo,

propicia esa simultaneidad. Cada capítulo precisa la localización espacial, en términos que corresponden a visiones panorámicas de la vanguardia: «doscientas leguas alcanza la línea de sus defensas, desde los cantiles del mar hasta los montes que dominan la verde planicie del Rhin» (*LMN*2017 cap. I); visión que se repite con fórmulas expresivas similares. Al lado de ese abarcador espacio, perteneciente al frente de batalla, aparecen enfoques totalizadores de la retaguardia: «Todos los caminos de la retaguardia están llenos de carros y tropas» (XXII); y allí las ciudades destruidas por los bombardeos se levantan como fantasmas: «Ipres y Arras, Verdún y Reims, Thann y Metzeral […]. Es una sucesión de imágenes desoladas que no se interrumpen desde la costa norteña hasta los montes de Alsacia» (cap. XL).

Se completa esta visión espacial con enfoques parciales —a veces combinados con los generales— tanto de lo que ocurre en la vanguardia (en particular en el campo aliado) como en la retaguardia, configurando «visiones» de la guerra, que sumadas producen un efecto similar a la visión astral o estelar. Valgan como muestra algunos ejemplos: «aeródromo inglés en Picardía» (IV); «Las defensas de Hartmannswillerkopf […] entre Thann y Metzeral» (VIII); «La ciudad de Arras» (XIV); «El cuartel general de Sir Francisco Murray […] en el fondo de la Picardía» (XXXVIII).

Este conjunto de espacios guarda relación con los episodios y, consecuentemente, con los personajes. El narrador se detiene en los ejércitos de uno y otro bando, en figuras aisladas o en colectivos menores: cuarteles, soldados, oficiales, generales, patrullas, convoyes…, respondiendo a esos deseos de «condensar en un libro los varios y diversos lances de un día de guerra en Francia». Así el foco se detiene fugazmente en el soldado de un retén (cap. VI); la compañía de cazadores alpinos; un perro que actúa como correo (VII); un niño muerto (VIII), las hermanas violadas (XIV-XXI), el mayoral, el médico, la caballería de la India (XXXVII); el General Gouraud; Tomín, el cabo de la escuadra (XXVI)… Todos construyen ese personaje colectivo y todos están enlazados por el fenómeno de la guerra: víctimas de la retaguardia, colaboradores (monjas, emisarios, médicos), soldados y escalafón militar… Algunos casos individuales, por su carácter de víctimas inocentes, son representativos de la crueldad de la guerra: las dos mujeres embarazadas, violadas por soldados alemanes, o el silencioso drama de la familia del niño muerto.

Este protagonismo múltiple es fruto de que el narrador «ve» simultáneamente varios espacios distintos, que se multiplican y diversifican en espacios menores y, por ende, relata de forma segmentada, a modo de breves secuencias, diversos episodios protagonizados por figuras humanas que se cargan de significados. Porque a despecho de lo que cabría esperar de esa visión de altura, el narrador de *La Media Noche* no oculta sus preferencias y desde el primer momento se define a favor del bando aliado, «hijo de la loba latina», mientras descalifica al ejército alemán, al que considera «espurio de toda tradición». Claro que no siempre los juicios son explícitos, sino que emanan de juegos contrapuntísticos, de la descripción de determinadas situaciones o del retrato de ciertos personajes, como queda patente en el episodio de las hermanas violadas y el médico que las atiende, paradigma de la humana comprensión, y portavoz de la indignación ante la barbarie: «Dicen que es la guerra… ¡Mentira! Nunca el quemar y el violar ha sido una necesidad de la guerra. Es la barbarie atávica que se impone…» (cap. XIX).

Todos estos recursos técnicos responden a una concepción de la novela radicalmente moderna y, en consecuencia, hacen de este relato de guerra una de las piezas cruciales de la narrativa valleinclaniana, que tiende un puente hacia *Tirano Banderas* y la serie histórica de *El Ruedo Ibérico*.

Pero esta obra no es un fenómeno aislado, ni el de Valle-Inclán un caso excepcional en su tiempo. Para ser justamente comprendida la obra del escritor gallego es necesario superar, como reivindicaba Ricardo Gullón ya a finales de los años 60, la extendida tendencia a circunscribirlo en exceso al ámbito de lo hispánico. No es la primera vez que se asocia la obra de Valle-Inclán con la vanguardia histórica, concretamente se ha vinculado al expresionismo artístico, sobre todo, su obra esperpéntica; pero también se han establecido conexiones con el cubismo en el caso de *Tirano Banderas*, cuya pista dio el propio escritor, al igual que hizo con el puntillismo respecto de *El Ruedo Ibérico…* Ahora bien, si nos acercamos de nuevo a *La Media Noche* (1917), advertimos que solo se entiende plenamente si, como bien señala Darío Villanueva (2010), somos capaces de establecer sus analogías —sus influencias también— con los renovadores de la novela contemporánea (Joyce, Faulkner, John Dos Passos o Jules Romains), con quienes comparte el perspectivismo relativista asociado al personaje colectivo, y las «manipulaciones» del tiempo novelesco, de la ucronía a todo tipo de anacronías, el simultaneísmo y la reducción temporal… En suma,

La Media Noche marca en la trayectoria valleinclaniana un punto de inflexión respecto de su propia obra, pero también lo sitúa en la senda de la renovación de la novela en el siglo XX, imprimiéndole a su obra un sesgo inequívocamente vanguardista.

EDITAR *LA MEDIA NOCHE. VISIÓN ESTELAR DE UN MOMENTO DE GUERRA*

Una única edición de la obrita de 1917 induciría a pensar en una tarea editorial sencilla. Pero detrás de esa facilidad se agazapa una prehistoria compleja de la que forma parte el *Cuaderno de Francia* (en el inventario familiar llamada «Libreta de la guerra de Francia»), borradores autógrafos, galeradas e impresos (textos sueltos en la prensa, una edición periodística por entregas y una edición en librería, además de un proyecto editorial que se frustró). Estos materiales conforman un dosier genético, estudiado y editado recientemente (Vauthier y Santos Zas, 2016), que ha puesto sobre la mesa un problema que atañe a todas las ediciones modernas de esta obra desde 1970, porque todas ellas incurren en el mismo equívoco que es necesario afrontar.

En esta edición el texto base es *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, Madrid: Imprenta Clásica Española, 1917 (colofón: 30 de junio). Se han consultado los ejemplares existentes en los fondos de reserva de la Biblioteca Universitaria y de la Facultad de Filología de la USC (L-272 B116). En el «Archivo Digital del Grupo de Investigación Valle-Inclán» se halla un ejemplar digitalizado de la *editio princeps*, así como de todos los materiales de prensa que aquí se citan.

Su autor no incorporó esta obra a su *Opera Omnia*, iniciada en 1913, y tampoco volvió a publicarla. No obstante, unos meses antes de la aparición de este libro, en el periódico *El Imparcial* o en su suplemento, *Los Lunes de El Imparcial* (Madrid), se fueron sucediendo las entregas de una obra titulada: «Un día de guerra (Visión estelar)», que constaba de dos partes: «Parte primera. La Media Noche» (11, 14, 17, 23 y 30 de octubre, 13 y 23 de noviembre, 4 y 18 de diciembre de 1916); y «Segunda parte. En la luz del día» (8 y 22 de enero, 5 y 26 de febrero de 1917).

Teniendo en cuenta estos datos, es necesario acudir aquí a las conclusiones del pormenorizado estudio de Vauthier y Santos Zas (1916), que revisa los criterios editoriales que, a partir de 1970, han justificado la publicación de estos

textos en la forma en que se ha hecho, y demuestran la existencia de dos proyectos editoriales diferentes —prensa y libro—, que han sido objeto de un tratamiento editorial equívoco. Sus argumentos están basados en documentos manuscritos e impresos, desconocidos hasta ahora, procedentes del «Legado Valle-Inclán Alsina» (depositado en la USC), que conforman el dosier genético de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917).

En primer lugar, la citada edición periodística, «Un día de guerra», constituye en sí misma un proyecto editorial con características propias, que el autor contemplaba dar a la estampa con este título, si se tienen en cuenta los siguientes indicios:

Por una parte, la existencia de un fototipo «montado en madera para la portada (*sic*) de *Un día de guerra*, título nunca editado» (J. y J. del Valle-Inclán, 1998 III: 63). En este fototipo además del título se consigna en romanos el número XVIII, que corresponde a *Opera Omnia*, en la que se integraría.

Por otra, todavía se anunciaba su publicación en la portadilla de la edición de *Tirano Banderas* (1926), aunque en esta ocasión aparece como volumen XX, en lugar del XVIII, de la *Opera Omnia*.

Valle-Inclán no llegó a publicar este anunciado libro; en cambio editó *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917), que es una reescritura de la primera parte de la edición periodística («Parte primera. La Media Noche»), mientras que la segunda parte, «En la luz del día», quedó olvidada entre las páginas de *Los Lunes de El Imparcial* hasta que la exhumó Roberta Salper en 1968. Pues bien, con posterioridad a esa fecha, concretamente desde 1970 y hasta hoy día, esta segunda parte ha sido incluida como apéndice en todas las ediciones de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, y anunciada en las correspondientes notas editoriales como su segunda parte, sin advertir que «En la luz del día» es una segunda parte, sí, pero de la segunda parte de «Un día de guerra», no de *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917). Hasta tal punto se ha querido reforzar su carácter complementario respecto de la edición en libro de 1917, que editores y críticos le han adjudicado por extensión el subtítulo de *La Media Noche*, que el texto periodístico nunca tuvo, de modo que en todas las ediciones modernas figura: «En la luz del día. *Visión estelar de un momento de guerra*».

En la presente edición, aun a riesgo de parecer incoherente, se ha optado por una vía intermedia: era aquí inviable publicar los dos proyectos editoriales, como

hemos hecho en la edición antes citada (Vauthier y Santos Zas, 2016), de manera que se ha optado por ofrecer las cuatro entregas periodísticas de «En la luz del día», tal como se publicaron en *El Imparcial,* sin subtítulo para evitar incurrir en el equívoco habitual, pero nos ha parecido su publicación necesaria porque sus características constructivas y formales explican su sustancial incompatibilidad con *La Media Noche* y, por ende, su exclusión de un proyecto conjunto.

Se trata, por tanto, de trazar una línea divisoria respecto de las ediciones precedentes, de manera que en adelante editar *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* implique elegir entre hacerlo en solitario o editar los dos proyectos valleinclanianos, «Un día de guerra (Visión estelar)» y *La Media Noche. Visión estelar de un día de guerra* (Vauthier y Santos Zas, 2016).

Si se compara ahora *La Media Noche de* 1917 con la I Parte de «Un día de guerra», titulada igualmente «La Media Noche» (véase el estudio comparativo en Vauthier y Santos Zas, 2016; y desde otros presupuestos metodológicos en López Casanova, 1995; y A. de Juan, 2000a y 2000b), se observará que el libro tiene siete capítulos más que el folletín de *El Imparcial* (designados con números romanos a diferencia del libro que usa la forma abreviada de capítulo), concretamente cuarenta frente a treinta y cuatro. Pero este incremento es engañoso. En realidad Valle-Inclán ha desdoblado capítulos extensos del primero en otros más breves (IV, V, IX, XXIII, XXIV y XXIX), que se redistribuyen entre varios capítulos del libro (*vgr*. el cap. XXIV de la prensa se integra fragmentariamente en los capítulos XXII, XXIII y XXIV de *La Media Noche*, 1917). Este cambio comporta la alteración del orden de los capítulos (el cap. IV del folletín se desplaza y desdobla en los capítulos XXIX y XXX del libro). Se producen, asimismo, supresiones entre una y otra edición: los capítulos VI al VIII de *El Imparcial*, centrados en un grupo de jóvenes aviadores que esperan entrar en combate, desaparecen en el libro. Finalmente, se observa la situación contraria; es decir, capítulos del libro que no existen en el folletín: capítulos XXV-XXVIII, centrados en colectivos menores y en situaciones concretas, y Valle-Inclán los intercala entre el capítulo XXIV y el XXVIII, ambos de carácter panorámico, de manera que su incorporación propicia la alternancia entre enfoques generales y parciales de la guerra, y contribuye, asimismo, al juego de la simultaneidad temporal, ya que tanto la orden de partida de soldados de artillería en plena noche de temporal (XXV), como el episodio protagonizado por una escuadra de dieciséis hombres, al mando de un suboficial, que cavan una trinchera, a pocos pasos de las alemanas,

que los tirotean (XXVI y XXVII), se produce la misma noche de lluvia y viento que el precedente, pero se localiza en otro espacio. Por último, entre el folletín y el libro se detectan adiciones o supresiones menores (frases, sintagmas, palabras…), con fines diversos (refuerzan, intensifican, matizan…). Con relativa frecuencia se hallan en principio de capítulo, como reajustes derivados de los cambios estructurales, que afectan a orden y distribución de capítulos.

Reducido a un simple esquema, vemos que:

1. Folletín (34 caps.)	Libro (40 caps.)
caps, I–III	I–III
caps, IV	XXIX+XXX+párrafos IV
caps, V	IV (párrafos)
caps, VI, VII, VIII	[—]
caps, IX	V+VI
caps, X–XXI	VII–XVIII
caps, XXII	XIX
caps, XXIII	XX+XXI
caps, XXIV	XXII+XXIII+XXIV
caps, XXV–XXVIII	XXXI–XXXIV
caps, XXIX	XXXV+XXXVI
caps, XXX–XXXIV	XXXVII–XL

Todas estas modificaciones explican el salto cualitativo que se produce entre la edición periodística y la aparecida en la librería en 1917 y subrayan el proceso de reescritura al que somete *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* respecto de «La Media Noche» de *El Imparcial*, en un afán del escritor de aplicar los principios teóricos que se derivan del concepto de «visión estelar», expuesta en la «Breve Noticia», y que repercuten en la estructura externa, el desarrollo argumental, el tratamiento de las coordenadas espacio-temporales y la concepción del personaje, que pierde su carácter individual para adquirir un valor representativo de grupo.

Ninguno de estos rasgos, por otra parte, se cumplen en el texto periodístico de «En la luz del día», lo que podría explicar que Valle-Inclán hubiese dejado caer en el olvido esta segunda parte y, en definitiva, que hubiese abandonado la idea de publicar «Un día de guerra (Visión estelar)».

Tirano Banderas, un nuevo modelo de novela de dictador

El 15 de diciembre de 1926, la imprenta Rivadeneyra publicaba *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*, que aparecía como volumen XVI de la *Opera Omnia* de Valle-Inclán (ver apartado *infra*, «Editar *Tirano Banderas*»). Escasamente un año después se edita por segunda vez, e igualmente en la Imprenta Rivadeneyra (colofón: 10 de diciembre de 1927).

El origen y características temáticas, técnicas y lingüísticas conferían a esta extensa novela del escritor gallego un lugar de excepción en el panorama literario de su tiempo, si bien Valle-Inclán pagó su originalidad con la incomprensión de muchos, cuando no la descalificación sin paliativos, pero también con la rendida admiración de otros. A nadie dejó indiferente. Valle-Inclán iniciaba con *Tirano Banderas* un nuevo modelo de la llamada «novela de dictador», cuya senda transitarían después, siguiendo expresamente su huella, nombres tan significativos como Miguel Ángel Asturias, Francisco Ayala, Alejo Carpentier, Roa Bastos, García Márquez o Vargas Llosa, todos ellos declarados deudores de la obra valleinclaniana.

Tirano Banderas, escrita después de un largo paréntesis narrativo de su autor, representa la culminación de un proceso de renovación novelística que sitúa a Valle-Inclán entre los «maestros» de la novela del siglo XX, con un precedente propio, publicado una década antes: *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917). Y no es el único denominador común, pues las dos tienen como telón de fondo una intensa experiencia biográfica —un viaje—, que no se puede ignorar.

El segundo viaje de Valle-Inclán a México (1921)

Don Ramón viaja a México en 1921 en condiciones y circunstancias personales e histórico-políticas muy diferentes a las de su primer encuentro con «Tierra Caliente», expresión con la que va a designar aquellas latitudes en los textos nacidos de esa experiencia, que va a dejar una huella indeleble en el escritor. No hay más que recordar *Sonata de Estío* (1903), que tiene entre sus precedentes «La Niña Chole», firmado precisamente en Veracruz en 1893.

Su reencuentro con México se produce casi veinte años más tarde y en este nuevo viaje hizo dos escalas en Cuba, que supusieron sendas estancias en La

Habana de diferente duración y, como colofón de este viaje, Valle estuvo en Nueva York. Tanto la prensa neoyorkina como la cubana y la mexicana se ocuparon del escritor consagrado, a tal punto que el seguimiento de los periódicos permite reconstruir casi día a día y paso a paso este periplo americano (Dougherty, 1979: 137-176; Schneider, 1992 y 2000: 123-144), que comienza con un telegrama que el crítico mexicano, Alfonso Reyes (1980: 279), le envía para invitarle a las fiestas del Centenario de la Independencia de México como huésped de honor del presidente Obregón.

Valle-Inclán aceptó de inmediato y embarcó rumbo a México en el puerto de La Coruña el 29 de agosto de 1921. La prensa gallega dio cuenta en detalle de su marcha y seguiría haciéndolo posteriormente (Gómez Abalo y Romero Crego, 2002: 221-247). Don Ramón llegó a la ciudad de México, como consta en los diarios de la capital, el día 18 de septiembre, tras una breve escala en Cuba, y sale del puerto de La Habana el 13 de septiembre en el vapor *Monterrey* con destino al puerto de Veracruz y de allí a la capital azteca. Este segundo viaje de Valle-Inclán a México se inscribe en unas coordenadas históricas cuyos pilares sustentan *Tirano Banderas*: la tiranía y la revolución.

Desde el primer momento, Valle-Inclán fue considerado en México al margen de la Delegación oficial, como representante de un sector de la intelectualidad española que quería transmitir su adhesión al espíritu revolucionario de México. Pero esta solidaridad llevaba implícita una denuncia de «la España oficial», que a la sazón arrastraba entre otros graves problemas —el terrorismo anarquista— la sangría económica y humana de la guerra con Marruecos, que en julio de aquel año había sufrido la derrota de Annual. Ese papel del escritor fue el origen de un conflicto, cuyas secuelas se prolongaron hasta más allá de su regreso a España (Dougherty, 1979: 38).

Para Valle-Inclán el gobierno mexicano ofrecía desde 1910 un panorama de cambios profundos de sus estructuras económico-sociales, que desde 1920 habían cobrado un gran impulso bajo la presidencia de Álvaro Obregón (1920-1924 y 1924-1928, en que fue asesinado). Fueron esas políticas reformistas, que perjudicaban los intereses de la colonia española afincada en México, las que veía con buenos ojos un sector significativo de la intelectualidad española, incluido el propio Valle-Inclán, quien destacaba de la revolución mexicana «la voluntad de redimir al indio antes de que el propio indio sintiese necesidad de redimirse» (*apud* J. y J. del Valle-Inclán (eds.). 1994: 381-383), y ponderaba el grado de progreso alcanzado en el país, que asociaba al despertar de su

conciencia colectiva: «El pueblo mexicano puede decirse que ha despertado completamente y posee una de las conciencias colectivas más desarrolladas entre los países del mundo entero» (*apud* Dougherty, 1979: 141).

Si estas declaraciones públicas originaron el rechazo de cuantos se sintieron aludidos, las críticas vertidas contra los latifundistas y su abierta hostilidad hacia la colonia española (Dougherty, 1979: 150-151 y 176) provocó su malestar, que de inmediato se extendió a las de otros países. De ahí se derivaron los ataques de que fue objeto el escritor gallego tanto en México como en Cuba, e incluso en Nueva York, y cuya estela le siguió hasta España, aunque las causas reales del litigio quedaron escondidas tras unas declaraciones de Valle-Inclán publicadas en la prensa contra sus compatriotas y contra el propio Alfonso XIII (Schneider, 1992: 85-88), que le valieron una denuncia por «supuestas injurias» al rey. El caso llegó a los tribunales y Valle zanjó el asunto «asegurando al juez que la entrevista publicada en *El Universal* era apócrifa» (Dougherty, 1979: 166-167 y 154, respectivamente).

México, por su parte, agasajó a su huésped con un excepcional recibimiento, homenajes y reconocimientos públicos, e incluso el Presidente Obregón lo recibió en persona, le dedicó su libro, *Ocho mil kilómetros de campaña* (Schneider, 1992: 18-19).

En suma, la presencia de Valle en México no fue solo la de un intelectual famoso, representante de una cultura, sino que adquirió una dimensión política al enfrentarse a los intereses de sus compatriotas inmigrantes, que se irá agravando a lo largo de su permanencia en el país y aun después de abandonarlo.

El 6 de noviembre *El Excélsior* incluye una extensa entrevista en la que el periodista proporciona un dato que conviene no pasar por alto. La noticia decía: Valle-Inclán «Escribirá una obra sobre las observaciones que ha hecho en nuestro país» (Schneider, 1992: 21). El periódico anuncia su marcha de México, sin embargo hasta el 20 de diciembre no emprendería su viaje de regreso a España, ya que antes hizo una visita a La Habana y Nueva York.

El silencio, cuando no la abierta hostilidad, rodeó el retorno a su tierra; en contraste, un significativo grupo de intelectuales le dedicaron un homenaje en el Fornos el 1 de abril de 1922 y celebraron sus reflexiones y su actitud con comentarios en las revistas de la oposición política a la monarquía alfonsina (*España*, *La Pluma* o *Cosmópolis*). Las declaraciones del escritor no fueron fruto de su arbitrariedad o excentricidad y, en último término, obedecen a una actitud que resume en una entrevista hecha en La Habana, en septiembre de 1921: «Yo

amo la verdad». La coherencia con este principio, que es autodefinición, implicó convertirse, como de hecho ocurrió, en persona *non grata* para muchos. *Tirano Banderas* es, en cierta forma, su *verdad* literaria, aunque la novela no se desarrolle en México ni en ningún país concreto de Latinoamérica, como veremos.

Tirano Banderas: algunas calas en su recepción contemporánea

En el panorama de su tiempo —y aún hoy—, *Tirano Banderas*, a pesar de haber sido considerada *rara avis*, y objeto de controversia desde su aparición, se convirtió en un referente para la modalidad genérica de la novela de dictador. Las 20 reseñas críticas que se dieron a la estampa durante el primer año de su publicación (Dougherty, 2011), signo del interés que suscitó, coinciden en expresar su estupor y desconcierto ante una novela que se escapa a cualquier tipificación. Pero tienden a destacar ciertos rasgos que en unos casos se leyeron como defectos de la novela y, en otros, exactamente al contrario. Tal sucede con su composición, que se interpreta como fragmentaria y falta de trabazón; la dificultad de su lengua literaria, que la hacen prácticamente ininteligible a ojos de un amplio sector crítico, mientras que otras voces críticas ponderan precisamente su construcción: «Cada una de sus escenas está trabajada y acabada como un medallón perfecto», dice Gómez de Baquero en su reseña («Literatura Española. La novela de tierra caliente». *El Sol* (Madrid), 20 de enero de 1927, en Dougherty, 2011: 72-74), en la que también destaca la vitalidad de las figuras novelescas, que se dan cita en esta enorme «pintura al fresco» como también la calificaron; o los discursos de signo distinto que se entrecruzan a lo largo de su complejo desarrollo… Se señalaron sus temas, se descubrieron sus desajustes cronológicos o ciertos anacronismos, se buscaron sus fuentes y precedentes… que solo en Hispanoamérica supera el centenar, pero ninguna se aproxima al qué ni al cómo del mundo que Valle recrea en la suya.

Tirano Banderas se resiste a agotarse, y todos los acercamientos a la novela, que han sido muchos y desde perspectivas, objetivos y metodologías diversas (Dougherty, 2011; Baamonde Traveso, 1993) siguen dejando abiertas sus posibilidades analíticas e interpretativas.

Tirano Banderas, novela maestra

La tiranía como tema, la compleja construcción de la novela, la premeditada fragmentación del discurso narrativo, los cambios de perspectiva, la simultaneidad de acontecimientos, condensados en un breve lapso temporal de apenas tres días y caracterizados por la discontinuidad; el espacio múltiple, el número y diversidad de personajes —del general rebelde al burócrata, del burgués al indio, del político de oficio al caudillo, el emigrado, el diplomático, el gachupín, el estudiante, el prestamista, la prostituta…— y su deslumbrante lenguaje hacen de esta novela una obra maestra, que nadie pone hoy en duda y un reto para directores de cine e incluso de teatro que han afrontado su adaptación.

La historia ficticia se desarrolla en un imaginario país, que Valle bautiza con el sugerente nombre de Santa Fe de Tierra Firme, sometido al régimen del general Santos Banderas, que actúa con el despotismo y la crueldad gratuita propios de un dictador, contra el que se produce una insurrección, que acaba por derrocarlo (Dougherty 1999).

Santos Banderas es, en efecto, un personaje-síntesis, que Valle-Inclán dibuja a base de una suma de rasgos inspirados en tiranos históricos, y en este sentido se han señalado diversas fuentes para la figura que encarna el Generalito[5], aunque hay amplio consenso en citar como modelo principal al conquistador Lope de Aguirre, con quien presenta claras concomitancias. Ahora bien, el propio Valle-Inclán declaró que se había inspirado en distintos modelos hispanoamericanos contemporáneos, concretamente en una carta que escribe a Alfonso Reyes (1980: 276-286), en la que le confiesa tener en el telar «La novela de un tirano con rasgos del Doctor Francia, de Rosas, de Melgarejo, de López y de don Porfirio». Por su parte, Zamora Vicente (1993: 20) añade a esa lista el nombre del general Miguel Primo de Rivera, jefe del Gobierno español entre 1923 y 1929, que acaso —sugiere— pudo haberle servido de acicate, a la vez que de invitación a universalizar el tema. Se han dado otros nombres y se han señalado sus afinidades, pero también se han apuntado fuentes históricas para otros personajes, y valga como único ejemplo el caso de Roque Cepeda, cabeza de la oposición contra el dictador, cuyo trasunto real podría haber sido Francisco Indalecio Madero, iniciador de la revolución contra Porfirio Díaz, insurrección que Varela Jácome (1986a: 45-48) compara con la liderada por Filomeno Cuevas contra Santos Banderas.

En otro orden de cosas, la figura de Santos Banderas —su despotismo, el dominio ejercido a través del terror, su comportamiento y juicios arbitrarios— generan a su alrededor un repertorio de tipos que, como bien ha señalado Zamora Vicente (1993: 20), tienen como denominador común la cobardía, el servilismo y la adulación, a través de los cuales Valle denuncia la capacidad que el poder despótico tiene de degradar al ser humano.

El déspota tiene siempre a su alrededor su propia corte de aduladores; cabe recordar en este punto que Valle-Inclán había declarado a su regreso de México que el origen de los problemas del país radicaba en el cruce de tres fuerzas: «los latifundistas mexicanos, la colonia española y los intereses americanos», y si bien es cierto que los tres grupos están representados en esta novela, ofrece un enorme fresco de la sociedad hispanoamericana, que articula sobre tres figuras emblemáticas: el indio, el criollo y el inmigrante con deseos de ascenso social. Es clarificadora la famosa entrevista, tantas veces citada, que le hizo para *ABC* Martínez Sierra, el 7 de diciembre de 1928, en la que, además de declarar sus tres maneras de ver el mundo y a sus personajes («de pie, de rodillas y levantado en el aire»), expone con meridiana claridad su visión de la sociedad en *Tirano Banderas*:

> En cuanto a la trama, pensé que América está constituida por el indio aborigen, por el criollo y por el extranjero. Al indio, que tanto es allí, alguna vez presidente como de ordinario paria, lo desenvolví en tres figuras: Generalito Banderas, el paria que sufre el duro castigo del chicote, y el indio del plagio y la bola revolucionaria, Zacarías el Cruzado.
>
> El criollo es tipo que, a su vez, desenvolví en tres: el elocuente doctor Sánchez Ocaña; el guerrillero Filomeno Cuevas y el criollo cargado de sentido religioso, de resonancia del de Asís, que es Don Roque Cepeda.
>
> El extranjero también lo desenvolví en tres tipos: el ministro de España; el ricacho Don Celes y el empeñista Señor Peredita. Sobre estas normas, ya lo más sencillo era escribir la novela (*apud* Dougherty, 1983: 177).

Esta concepción de carácter tripartito —quede aquí apuntado para retomarlo al hablar de la construcción de la novela—, se concreta en la ficción, de manera que Santos Banderas encarnaría al indio que puede llegar a ser presidente, al que retrata con recursos propios del esperpento (Baamonde Traveso, 1993), tendentes a crear un efecto deshumanizador: Santos Banderas, de acuerdo con Zamora Vicente, se caracteriza por la hipocresía, la doblez, la crueldad, la vesania, la frialdad calculadora… son sus cualidades señaladas por la voz narrativa que apostillan sus gestos y palabras: «Tan angulosa se hace su estampa, que acaba por tener aire de pajarraco de mal agüero, colocado en el campanario

del viejo monasterio-residencia, casi como a punto de lanzarse sobre sus propias víctimas» (Zamora Vicente, 1993: 20-21). Pero conciba los rasgos citados con «los resabios de la casta virreinal», perceptible en su religiosidad dogmática y autoritaria, en los prejuicios seudointelectuales y, sobre todo, en el desdén hacia el indio, al que ignora. Ese es el otro *tipo* de la novela: el indígena. Es decir, el individuo sin derechos, sumido en la miseria y doblegado por el poderoso. En la novela representa esta figura Zacarías el Cruzado y su dramática peripecia familiar. Uno de los excepcionales personajes que Valle-Inclán trata con respeto y no somete a la lente grotesca desde la que enfoca el mundo novelesco. Es el hombre sufrido, honrado y leal, parco de palabras e inexpresivo de gesto, víctima de una cadena de abusos que culmina en la muerte de su hijito, devorado por los cerdos en su propia choza en una de las descripciones más escalofriantes de la novela:

> Pasa ante el chozo abierto y mudo: Penetra en la ciénaga: El perro le insta, sacudidas las orejas, el hocico al viento, con desolado tumulto, estremecida la pelambre, lastimero el resuello: Zacarías le va en seguimiento. Gruñen los marranos en el cenagal. Se asustan las gallinas al amparo del maguey culebrón. El negro vuelo de zopilotes que abate las alas sobre la pecina se remonta, asaltado del perro. Zacarías llega: Horrorizado y torvo, levanta un despojo sangriento.—¡Era cuanto encontraba de su chamaco!—Los cerdos habían devorado la cara y las manos del niño: Los zopilotes le habían sacado el corazón del pecho. El indio se volvió al chozo: Encerró en su saco aquellos restos, y con ellos a los pies, sentado a la puerta, se puso a cavilar. De tan quieto, las moscas le cubrían y los lagartos tomaban el sol a su vera (*TB* 1926, Lib. VI, 1, 201-202).

Con sus restos sangrientos en un saco al hombro, Zacarías participa en el levantamiento contra el Tirano.

Si ese indio ocupa la base de la pirámide social, el escalón primero corresponde al criollo, que en la novela está representado por Roque Cepeda, adalid de la oposición e individuo relacionado con el mundo de la teosofía y las ciencias ocultas, presentado a veces como un iluminado, pero también se ha asociado, como ya se ha señalado, con la figura de Francisco Madero, por quien Valle no ocultaba su admiración. Por su parte, Filomeno Cuevas es el líder de la sublevación, cuya personalidad queda reflejada en esta declaración: «He creído hasta hoy que podía ser un buen ciudadano, trabajando por acrecentarles la hacienda, sin sacrificar cosa ninguna al servicio de la Patria. Pero hoy me acusa mi conciencia, y no quiero avergonzarme mañana, ni que ustedes se avergüencen de su padre» (*TB* 1926, Lib. VII, 2, 220). En el perfil de Filomeno Cuevas se diría que Valle-Inclán ha sintetizado un modelo para la «casta criolla».

Pertenece al mismo grupo social Domiciano de la Gándara, el Coronelito de

la Gándara, fugado de Santa Fe y copartícipe en el levantamiento… Es un personaje que, como más de una vez se ha apuntado, parece responder a una visión crítica del autor que perfila un tipo de militar, cuyas convicciones se tambalean ante su obsesión de mando. De ahí su ambigua forma de proceder. A ellos se suman, finalmente, el Licenciado Sánchez Ocaña, cuyos discursos políticos se caracterizan por su ampulosidad y falta de contenido; en realidad es básicamente un tipo de personaje ególatra; y en el mismo grupo podría citarse al Licenciado Veguillas…

El último tipo de personajes en torno al que, a juicio de Valle-Inclán, se articula la sociedad latinoamericana es el extranjero («¡Muera la tiranía! ¡Muera el extranjero!», grita la multitud en el Circo Harris), que Valle presenta en plural como seres egoístas y avariciosos, ajenos a los problemas del país de acogida y ofrece una visión grotesca de sus integrantes en las reuniones que celebra el «Honorable Cuerpo Diplomático» (véase su actuación en «Alfajores y venenos», Lib. III, «La nota»).

Si don Ramón ridiculiza a este colectivo, su crítica se hace sarcástica cuando se ocupa de la «colonia española». En ella destaca al barón de Benicarlés, un diplomático de conducta escandalosamente frívola e irresponsable; un empeñista usurero, don Quintín Pereda / Peredita, al que designa burlonamente como «el honrado gachupín»; y el «ricacho» don Celes, la madama de un prostíbulo… Son los gachupines, o en su forma colectiva, la «gachupía», aduladores con el dictador para proteger sus propios intereses (ver descripción en I Parte, Lib. I, *TB* 1926, 25). No se olvide que fueron los gachupines los que arremetieron en México contra Valle-Inclán, porque sus declaraciones atentaban contra sus intereses; y en esta novela el escritor no es condescendiente con ellos.

Cerraba Valle-Inclán la enumeración de los tres tríos de personajes, con estas palabras: «Sobre estas normas, ya lo más sencillo era escribir la novela». Veamos cómo lo hizo.

Diseño y estructura de *Tirano Banderas*

Esta historia, que es también la de la revolución puesta en marcha para derrocar al tirano, que culmina con su muerte, tiene una compleja arquitectura, tal como arriba enunciaba, que se apoya en el uso de técnicas, que Valle había ensayado previamente y que ahora adquieren su formulación más lograda,

apelando asimismo a los recursos propios del esperpento, que tienen en lo grotesco su principal aliado. Asimismo, Valle-Inclán acude a un narrador, que combina una doble perspectiva similar a la utilizada diez años antes en *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917) que bautizó con el nombre de «visión estelar» o «astral»; es decir, aquella que le permitía ver el mundo y sus criaturas, «levantado en el aire», como declaró a Martínez Sierra en 1928.

Esta visión de altura, panorámica, comporta un narrador que *ve* al mismo tiempo distintos espacios y lo que en ellos sucede. Técnicamente se traduce esta visión «a ojo de águila» (ya vislumbrada en 1910), el uso de la simultaneidad temporal, que, a su vez, implica la reducción temporal, y requiere la multiplicidad espacial y, finalmente, el personaje colectivo, que no es incompatible con personajes que su individualidad no les hace perder su valor representativo de grupo (ver Villanueva, 2005: 161-189; y 2010: IX-LIV). Estos principios rigen el diseño y construcción de *Tirano Banderas*, que se basa en tres bloques narrativos: la rebelión armada contra la dictadura; la historia del dictador Santos Banderas, y el comportamiento de la colonia española. Estos núcleos temáticos se fragmentan en siete partes tituladas de la manera siguiente:

I. Sinfonía del Trópico
II. Boluca y mitote
III. Noche de farra
IV. Amuleto nigromante
V. Santa Mónica
VI. Alfajores y venenos
VII. La Mueca Verde

Cada una de esas partes contiene tres libros, excepto la cuarta («Amuleto nigromante»), que contiene siete libros, todos y en todos los casos titulados, libros que, a su vez, están organizados en un sistema de capítulos de extensión variable. Por último, las siete partes están flanqueadas por un prólogo y un epílogo, respectivamente. Entre todas ellas se entabla un diálogo que va creando paralelismos y simetrías.

Esta descripción es deudora del análisis de la novela que hizo Bělič Oldřich hace más de 40 años[6], y revela que esa disposición no es fortuita, porque se basa en un juego de simetrías, que, combina el tres y el siete —números mágicos —, y, por tanto, suman un total de veintisiete capítulos; es decir, *tres* por *tres* por

tres (ceñidos por prólogo y epílogo), un reparto tan ajustado en su distribución que no puede ser fruto del azar, sino, como señala Zamora Vicente (1993: 17): «Es logro de una tenaz voluntad de estilo, en la que entra, como no podía ser menos, la preocupación por la arquitectura, por la distribución visible de la esencia argumental»; e indica a continuación otras coincidencias muy llamativas, que apoyan esa consciente voluntad del escritor. Acaso la que mejor la ilustra —señalada habitualmente— es el breve período de tiempo en que se desarrolla la acción, repartida en *tres* momentos, con perfecta simetría: el primero de ellos aparece en el prólogo, el segundo en el *séptimo* libro de la parte central (*Amuleto nigromante*) y el *tercero* en el *tercer* libro de la *séptima* parte (*La Mueca verde*). «Lo que podríamos llamar una "abierta subordinación" a los números mágicos se respira en esta obra» (Zamora Vicente, 1993: 17).

Esta distribución simétrica que se apoya en el número tres remite al valor de los números y al interés de Valle-Inclán por el mundo del ocultismo, ya desde su etapa universitaria en Santiago de Compostela, tanto en su vertiente culta, como en la popular, en la que Galicia, su tierra natal, constituía una auténtica cantera para el escritor.

En *Tirano Banderas*, ya lo había advertido Virginia Garlitz, al analizar la deuda de la novela con el ocultismo, Valle acude a esa presencia de los poderes extraños asociados a algunas personas y usados como mecanismos de poder. Sin ir más lejos, a Santos Banderas se le teme y se le vincula en la novela con los poderes demoníacos. La aureola de «iluminado» acompaña a don Roque Cepeda, y las prácticas parasicológicas las ejemplifica Lupita la Romántica (y con ella el Doctor Polaco). En otro nivel, pero contribuyendo a este juego de fuerzas irracionales, que dejan al individuo a su albur, hay que anotar las supersticiones del indio, que se revisten de un sino trágico.

Así, pues, a mayores del significado esotérico que adquiere esa combinatoria numérica (Speratti Piñero, 1974; y Virginia Garlitz, 1974: 21-29), desde el punto de vista de la arquitectura novelesca, su cohesión queda reforzada porque cada grupo de capítulos que integran los libros de su correspondiente parte, constituyen una unidad en tanto comparten las mismas coordenadas espacio-temporales. Los núcleos que conforman la trama se entrecruzan y suceden en las fiestas de Todos los Santos y Difuntos, que corresponden al 1 y 2 de noviembre de un año que no se precisa, y que ha analizado en detalle Juan Villegas (1967: 299-307).

Pero por si esto fuera poco, entre los libros y capítulos de cada parte, se crea

nuevamente un juego de paralelismos y contrastes, basados en personajes y situaciones, espacios y segmentos temporales. Como advierte Oldřich (1977: 145-168) cada parte se mira en su espejo, pero el orden de los libros se invierte a partir del libro cuarto («El honrado gachupín») de la cuarta parte (*Amuleto nigromante*), que es el eje de la novela, porque ocupa exactamente su centro. Así por ejemplo: los libros 1º, 2º y 3º de la Primera parte (*Sinfonía del Trópico*) se miran en el 3º, 2º y 1º de la Séptima parte (*La Mueca verde*) y sucede lo mismo con los restantes. Me limito a mostrar el primer paralelismo como fórmula que se repite: en el libro 1º Santos Banderas es el héroe de Zamalpoa, pues acaba de aplastar a los rebeldes; si ahora vemos qué sucede en el 3º de la última parte, el Generalito asiste a un espectáculo en el que *ve* la sublevación que lo derrocará.

Las líneas o vectores argumentales se entrecruzan desarrollándose en espacios distintos y esa multiplicidad espacial, unida a las fracturas que se producen en el segmento temporal, que abarca la historia novelesca, favorece el contrapunto, y dota al relato de una singular dinámica.

Valle-Inclán, a propósito del cuadro de El Greco, *El entierro del Conde de Orgaz*, hizo un comentario mil veces citado, mostrando su sorpresa ante el elevado número de figuras humanas que el pintor había sido capaz de «encerrar» en un espacio tan pequeño. Valle llamó a esa realidad física «la angostura del espacio», que literariamente es trasplantable a la novela en su concreta aplicación al tratamiento del tiempo: un tiempo reducido capaz de albergar numerosos acontecimientos, tal como sucede en *Tirano Banderas*, cuya historia se desarrolla en las festividades de Todos los Santos y Difuntos, que corresponden al 1 y 2 de noviembre de un año que no se precisa. Los sucesos de la primera parte (*Sinfonía del Trópico*) se desarrollan en el ocaso (*cfr.* Oldřich, 1977, Zamora Vicente, 1993: 17; esquema Juan Rodríguez, 1994: LII), mientras que en los dos días siguientes se desenvuelven los acontecimientos que conducen al derrocamiento del Tirano, aunque no de forma lineal ni consecutiva. Téngase en cuenta que el «Prólogo» relata los prolegómenos de la rebelión contra el general Banderas, que lidera Filomeno Cuevas, que se consuma la mañana el 2 de noviembre en el «Epílogo», donde se narra el desenlace del levantamiento, movimiento rebelde, con el asalto a la ciudadela y el final del Generalito, que en el último instante, cuando sabe todo perdido, mata con sus propias manos a su hija para que el «enemigo» no la deshonre, como las crónicas cuentan que hizo Lope de Aguirre con la suya. De esta forma la novela tiene una

estructura circular. Entre esos dos momentos de una misma jornada transcurren los restantes acontecimientos, pero ese segmento temporal tiene la particularidad de que se rompe en segmentos menores, que, por si fuera poco, se presentan de forma discontinua. De ahí la complejidad narrativo-descriptiva, que va entrecruzando sucesos distintos con sus protagonistas, en un vaivén temporal constante, que analiza pormenorizadamente Villegas (1967: 299-307).

Los espacios y su funcionalidad en *Tirano Banderas*

El espacio es aliado del tiempo, imprescindible para explicar la función de estas coordenadas espacio-temporales y con una fuerte carga simbólica, que analiza Misael Vergara (2009: 14), a quien sigo de cerca. Valle-Inclán en una entrevista publicada en 1927, declaraba: «Por mi parte puedo decir que cuando escribo me dejo dominar principalmente por el lugar. Este determina la acción» (Vergara, 2009: 14). Aquí está expresada la importancia inequívoca que alcanza el espacio para el escritor. Y en este caso me refiero a «Tierra Caliente», subtítulo de la novela que, de inmediato, dota al espacio de un papel protagonista, un espacio que en 1926 sintetiza lo esencial del mundo hispanoamericano, mediante el sincretismo de lenguajes, pero también de paisajes, de espacios urbanos y rurales, que convergen en esta «Santa Fe de Tierra Firme», un espacio imaginario de una imaginaria república americana, que quiere ser síntesis de un continente.

Como en otros casos, el espacio del mundo de ficción se podría dividir en tres zonas sintéticas: en primer lugar, San Martín de los Mostenses (el cuartel del Tirano) y el Fuerte de Santa Mónica (la prisión), dos espacios coloniales controlados por el Tirano; segundo, la ciudad de Santa Fe, con su casino, delegaciones, burdel, calles, redacción de periódico, casa de empeños y bares: un espacio urbano todavía premoderno que convive y negocia con la tiranía; y, por último, el campo, lugar de insurrección contra la dictadura, encarnada en el indio y en el caudillo criollo (Dougherty, 1999: 138).

Misael Vergara señala que «los espacios de *Tirano Banderas*, especialmente los *exteriores* de las casas, *pueden considerarse como expresiones metonímicas o metafóricas de la realidad*», empezando por San Martín de los Mostenses, que es el cuartel general de *Tirano Banderas*, un espacio que tiene esa doble función respecto del personaje de Santos Banderas:

> […] es metáfora porque, situado en una posición privilegiada —sobre una colina «mirando al vasto mar y al sol poniente» […]— simboliza el anhelo de control absoluto del Tirano que, agaritado en su remota ventana, pretende vigilar cualquier movimiento de sus súbditos para mantener su poder; es metonimia porque, como si fuera un panóptico que lo ve todo sin ser nunca visto[7], la visión del antiguo convento que es San Martín de los Mostenses desde cualquier punto de la ciudad sirve a Valle para recordar a sus habitantes que «todos sus pasos los conoce Santos Banderas» (Vergara Velo, 2009: 19-20).

Así se presenta por vez primera el cuartel de Santos Banderas, tras haber acabado con los insurrectos en Zamalpoa: «Sobre una loma, entre granados y palmas, mirando al vasto mar y al sol poniente, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales San Martín de los Mostenses» (*TB* 1926, Lib. I, 2, 21). Casi al final de la novela, encontramos otra descripción complementaria «A lo lejos, sobre la bruma de estrellas, calcaba el negro perfil de su arquitectura San Martín de los Mostenses» (*TB* 1926, *La Mueca verde*, Lib. II, 329). El cuartel del tirano es imponente y es así como lo ven aquellos que lo contemplan. Es decir abriendo y cerrando la novela, Valle-Inclán ofrece dos visiones de monasterio-cuartel que refuerzan la idea del poder absoluto del Generalito:

> Tirano Banderas, sumido en el hueco de la ventana, tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniego: Desde aquella altura fisgaba la campa donde seguían maniobrando algunos pelotones de indios, armados con fusiles antiguos. La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. (*TB* 1926, 36).

Desde su altura Santos Banderas ve todo lo que sucede a su alrededor; al tiempo que, desde cualquier lugar, se ve y se siente la presencia vigilante del Monasterio, que resulta ser «espacio de la opresión». Santos Banderas controla cualquier paso en falso del pueblo, y el castigo al «traidor» es la horrible prisión de Santa Ménica, un nuevo espacio que simboliza el poder absoluto de la tiranía (*TB* 1926, V Parte, Lib. II, 227), pues a una orden secreta de Banderas se fusila sin juicio previo.

Ambos espacios se potencian mutuamente al enfatizar la represión del Generalito, y en ambos casos son presentados por un narrador —cronista, según la tipificación de los narradores de Dougherty[8]—. En descripciones posteriores, Valle-Inclán califica Santa Mónica de «castillote teatral con defensas del tiempo de los virreyes», y se refiere, asimismo a «el dramón de su arquitectura» (*TB* 1926, 237 y 276). Con ambas expresiones Valle confiere a la temida prisión de Santa Mónica un toque de «ilusión escénica», de pura ficción y devalúa la imagen legendaria de la fortaleza que había proporcionado en su primera

descripción.

Santos Banderas desde su atalaya divisa y controla Santa Fe, en la convicción que solo de la ciudad podría llegar una amenaza para su poder, pues en ella residen los líderes de la oposición, pero no tuvo en cuenta las zonas de los criollos a las afueras de la ciudad. Tampoco tiene alcance su catalejo para poder ver qué sucedía en las ferias de Santos y Difuntos. En este sentido y a estas alturas de la novela, el lector *sabe* que Santos Banderas *no sabe* que la revolución de Filomeno está en marcha, de manera que esa sensación de vigilancia absoluta que creía ejercer el Tirano al comienzo de la obra es ahora una muestra de debilidad del régimen. El peligro proviene del campo: de la laguna de Ticomaipú y de Potrero Negrete, lugares de influencia del criollo Filomeno Cuevas.

Hasta la cuarta parte de la novela, Valle-Inclán recrea un espacio urbano a base de una suma de espacios menores, que distribuye en puntos distintos: el casino, una casa de empeños, las legaciones de los embajadores, los establecimientos de comidas y bebidas y las ferias de Santos y Difuntos, «como un tablero sobre el que los personajes saltan de unas casillas a otras […] que permite a Valle la ilusión de haber dado forma a un universo con vida propia, formado por unos espacios funcionales dotados de autonomía» (Vergara Velo, 2009: 27).

Es a partir del momento en que el Coronelito de la Gándara huye de la ciudad en dirección al rancho del criollo Filomeno Cuevas, cuando la novela se abre por vez primera al campo. Pero antes pasa por el jacal del indio Zacarías el Cruzado, que actúa como frontera entre los dos espacios en oposición, campo y ciudad (ver descripción: *TB* 1926, 145-146).

El mundo campesino de las tierras de Ticomaipú y la casa de Filomeno Cuevas se describe en estos términos:

> Las tierras del rancho, cuadriculadas por acequias y setos, se dilataban con varios matices de verde y parcelas rojizas recién aradas. Piños vacunos pacían a lo lejos. Algunos caballos mordían la hierba, divagando por el margen de las acequias […]. Caminando de par por una senda de limoneros y naranjos, dieron vista a la casona del fundo: Tenía soportal de arcos encalados y un almagreño encendía las baldosas del soladillo. Colgaban de la viguería del porche muchas jaulas de pájaros y la hamaca del patrón en la fresca penumbra. Los muros eran vestidos de azules enredaderas (*TB* 1926, 174 y 175).

Cabe resumir el evidente contraste en la contraposición entre el caos y el orden y la armonía, que representa una sociedad tradicional, patriarcal y que, por lo mismo, escapa a la esperpentización, que se advierte en otras descripciones.

Otra importante oposición entre estos espacios radica en el carácter de *espacio-refugio* en el que se convierte la casa de Filomeno. Esta seguridad que proporciona el espacio a los personajes que consiguen alcanzar el rancho contrasta con la indefensión de aquellos que habitan los lugares controlados por la «mirada» del dictador. Valgan como ejemplos ilustrativos los casos de la chinita de Zacarías, capturada por los hombres de Banderas en su propia casa.

Otros espacios son también descritos y adquieren la misma dimensión simbólica. Valga como ejemplo la visita de Don Celes —Celestino Galindo— a la Legación española para entrevistarse con el Barón de Benicarlés, instalada en un viejo caserón de largos corredores y enormes estancias que el «ricachón» atraviesa invadido por impresiones y sensaciones muy reveladoras:

> Don Celes subió la ancha escalera y cruzó una galería con cuadros en penumbra, tallas, dorados y sedas: El gachupín experimentaba un sofoco ampuloso, una sensación enfática de orgullo y reverencia. Como collerones le resonaban en el pecho fanfarrias de históricos nombres sonoros, y se mareaba igual que en un desfile de cañones y banderas: Su jactancia, ilusa y patriótica, se revertía en los escandidos compases de una música brillante y ramplona:
>
> Se detuvo en el fondo de la galería. La puerta luminosa, silenciosa, franca sobre el gran estrado desierto, amortiguó extrañamente al barroco gachupín, y sus pensamientos se desbandaron en fuga, potros cerriles rebotando las ancas. Se apagaron de repente todas las bengalas, y el ricacho se advirtió pesaroso de verse en aquel trámite: Desasistido de emoción, árido, tímido como si no tuviese dinero, penetró en el estrado vacío, turbando la dorada simetría de espejos y consolas. (*TB* 1926, 40-41).

Un narrador que, lejos de ser aséptico y distante, lee la mente del personaje e interpreta sus sensaciones en un juego introspectivo que no es excepcional. Así, el espacio avasalla al personaje, perdido en las galerías repletas de cuadros, espejos y consolas y, de resultas, empequeñecido dentro de un marco que sugiere también el poder del abolengo, que acompleja a don Celes.

Valle confiere al espacio un singular protagonismo en su novela, no solo como metonimia o metáfora de personajes y situaciones, sino que la multiplicidad de espacios es un requisito para poder jugar, como lo hace, con la simultaneidad de las acciones, acumuladas en un tiempo reducido. Espacio y tiempo aliados actúan como factores esenciales en la construcción de *Tirano Banderas*.

Tirano Banderas, una realidad esperpéntica

Uno de los aspectos que la crítica ha destacado es la esperpentización y todos los recursos que Valle pone en juego deudores del esperpento: animalización,

cosificación, automatización, deformación sistemática, cultivo de lo grotesco…, que también han sido reiteradamente señalados por la crítica. La novela está llena de peleles, fantoches, imágenes zoomórficas, máscaras, bultos…

Bastará con acudir a un muestrario de ejemplos relacionados con los procedimientos de caracterización de personajes: estilizaciones grotescas, que comportan implícitas críticas en sus tratamientos degradantes y deshumanizadores, herederos directos del esperpento valleinclaniano.

Dos personajes se escapan a este proceso deshumanizador, Zacarías el Cruzado y Filomeno Cuevas, mientras que es el propio Santos Banderas la figura sometida a estos mecanismos deformadores de manera más sistemática, hasta convertirlo en «el garabato de un lechuzo»; gestos y actitudes descritas sintéticamente lo convierten en una suerte de fantoche automatizado, de personaje teatralizado y los múltiples ejemplos que se pueden espigar en la novela perfilan la figura de un individuo siniestro, desconfiado, cínico, dueño de una retórica vulgar que enfatiza su papel de salvador de la patria; un papel que ampara sus decisiones más arbitrarias y crueles: órdenes secretas que conllevan ejecuciones diarias de presos en la prisión de Santa Mónica.

Por otra parte, es indudable que Valle-Inclán conoce distintas corrientes vanguardistas. La geometrización de los encuadres y los juegos especulares se repiten: los espejos «proyectan las figuras con una geometría oblicua y disparatada» (*TB* 1926, 306). Pero también emplea el simultaneísmo de raíz cubista, en las visiones del Circo Harris y del calabozo. Valga este único ejemplo que corresponde a la descripción del inicio del libro segundo, de la también segunda parte de la novela, titulada «El Circo Harris» con la mención expresa al cubismo:

> El Circo Harris, entre ramajes y focos voltaicos, abría su parasol de lona morena y diáfana. Parejas de gendarmes decoraban con rítmicos paseos las iluminadas puertas, y los lacios bigotes, y las mandíbulas encuadradas por las carrilleras, tenían el espavento de carátulas chinas. Grupos populares se estacionaban con rumorosa impaciencia por las avenidas del Parque: Allí el mayoral de poncho y machete, con el criollo del jarano platero, y el pelado de sabanil y el indio serrano. En el fondo, el diáfano parasol triangulaba sus candiles sobre el cielo verde de luceros […]. Convulsión de luces apagándose. Rotura de la pista en ángulos. Visión cubista del Circo Harris (*TB* 1926, 77 y 84).

Se hallan, pues, en *Tirano Banderas* todas las formas deudoras del esperpento que adquieren aquí una profunda carga crítica.

Una lengua prodigiosa

> El prodigio primerizo, el más a flor de piel, para un lector de *Tirarlo Banderas* está en la lengua utilizada por Ramón del Valle-Inclán. El español de *Tirano Banderas* ya no es español de España, sino de una lengua hispánica, forjada en el crisol de numerosas geografías y de muy diversos horizontes sociales[9].

En esta valoración del profesor Zamora Vicente coinciden cuantos se han acercado a *Tirano Banderas*: la riqueza y originalidad de la lengua literaria acuñada por Valle-Inclán no tiene parangón. Y la crítica valleinclaniana ha puesto especial énfasis en analizar e interpretar el carácter sincrético del lenguaje de la novela, que fue en su tiempo uno de los factores más innovadores y también más incomprendidos y, por ende, denostados de la *Novela de Tierra Caliente*, particularmente desde el ámbito de las reglas y las normas, determinantes de que se le hubiese negado a *Tirano Banderas* el premio Fastenrath, que concedía la RAE, aduciendo esa heterodoxia lingüística, que hoy se valora como su mejor aportación.

Diálogo y narración se combinan como discursos cruzados en la novela, que tienen sus propias señas de identidad; a veces predomina, por ejemplo, la modalidad culta, otras la irónica, la popular o la subversiva. El narrador, más bien los narradores de *Tirano Banderas*, están lejos de la impasibilidad que suele atribuírsele a esta figura, pues sus intervenciones están cargadas de juicios de valor (una ironía, una metáfora, un adjetivo…) sobre personajes y situaciones y el autor modula su voz en función de los efectos que quiere transmitir y recurre a un repertorio expresivo muy versátil que potencia el de los personajes y viceversa.

Imposible abordar en un prólogo la complejidad de la lengua literaria de *Tirano Banderas*, que como señala Zamora Vicente «produce el espejismo de la lengua coloquial americana, sometida férreamente a la unidad estructural del español» (1993: 30). El propio Valle-Inclán en la entrevista de 1928, con Martínez Sierra, afirmaba: «En *Tirano Banderas* hay, además, la voluntad literaria de sumar al castellano castizo el vocabulario creado en la América española. Claro que para esto me ha sido necesaria la invención de una república de geografía imaginaria» (en Dougherty, 1983: 177).

Valle-Inclán ha realizado en *Tirano Banderas* un trabajo de taracea, en el que tienen cabida todas las formas populares, puesta de manifiesto en los ágiles y abundantes diálogos de una multitud de personajes que se diversifican para conferir a la novela un sentido coral con todos los matices lingüísticos que le brinda el español de América y, muy en particular, de México. De manera que

abundan los mexicanismos (véase su recuento en Speratti-Piñero, 1974) y a ellos se suman voces procedentes de otros países hispanoamericanos que Valle-Inclán conoció en distintos momentos de su vida: Argentina, Chile, Uruguay, Cuba… todos han dejado su huella hasta crear una suerte de «panamericanismo» en el que están representados giros, voces y expresiones de origen diverso, que confieren a esa obra su deslumbrante resultado.

EDITAR *TIRANO BANDERAS*

La primera edición de esta novela, *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Madrid: Imp. Rivadeneyra, vio la luz el 15 de diciembre de 1926, y justamente un año después, 10 de diciembre, según reza su colofón, aparecía la segunda edición: *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Madrid: Imp. Rivadeneyra.

Pero su historia textual, aunque de breve recorrido, tiene precedentes, de hecho existe una primera versión editada por entregas en la prensa —como era habitual en el escritor:

Tirano Banderas. En *El Estudiante* (Salamanca), núms. 8-13 (junio-julio de 1925), y *El Estudiante*, Segunda época (Madrid), núms. 1-4, 6-7 y 9-12 (diciembre de 1925, enero-mayo de 1926).

Las entregas sucesivas de la edición salmantina de *El Estudiante* a partir de su número 9, *Tirano Banderas*. «El jueguito de la rana», se ilustran con capitulares y motivos ornamentales muy similares a los utilizados en la *Opera Omnia* (el número 8 es un simple anuncio de la publicación que reproduce la primera página). En cambio, las aparecidas en la edición madrileña de la revista, no llevan ningún tipo de ornamentación. Se trata de una versión que presenta diferencias esenciales con las ediciones de 1926 y 1927, que afectan al diseño y estructura de la novela de forma profunda, más que a personajes y líneas temáticas, que son ya claras, pero todavía carece de la organización en partes, libros y capítulos, que está vinculada a las coordenadas espacio-temporales y a los núcleos temáticos-argumentales, que definen la novela de 1926. Los títulos de las entregas en cada caso resultan elocuentes de la distancia que separa la edición de *El Estudiante* del *Tirano Banderas* de 1926 («Tirano Banderas. Libro Segundo. El honorable cuerpo diplomático»; «Tirano Banderas. Libro Tercero. Mitote revolucionario»; «Tirano Banderas. Libro Cuarto. La mueca verde»;

«Tirano Banderas. Libro Quinto. El congal de Cucarachita»; «Tirano Banderas. Libro Sexto. Final de farra»; y «Tirano Banderas. Libro Séptimo. El fuerte de Santa Mónica»).

Por otra parte, entre la edición periodística y la *editio princeps* en librería, la dramática historia del indio Zacarías encuentra su propio lugar como relato suelto en una colección popular, *Zacarías el cruzado o Agüero nigromante* (en cubierta: *Tacañas el Cruzado o Agüero nigromántico*), el 3 de septiembre de 1926; es decir, unos meses antes de la aparición de la novela.

Por último, se conoce un pasaje de la novela en la prensa, entre las dos ediciones de Rivadeneyra: «*Tirano Banderas*». En *El Imparcial* (Madrid): 28 de enero de 1927 (Serrano Alonso y A. de Juan, 1995: 94).

Las diferencias entre ambas ediciones, 1926 y 1927, de *Tirano Banderas* son pequeñas, probablemente porque la segunda edición se publica de forma muy inmediata y acaso con cierta precipitación, porque acusa erratas que no hay en la primera, aunque también es cierto que subsana algún error de la primera (*vgr. encandillándose* por el correcto *encadillándose*, 1927). En punto a erratas y errores es preciso dejar constancia de un caso que no considero error, aunque ha sido enmendado en las ediciones modernas.

Se trata de la intervención de un personaje, el Doctor Carlos Esparza, Ministro del Uruguay («La terraza del club», I), que comete dos veces el mismo error:

«—*¡Qui lo sá!* La Nota puede ser precursora de otras Notas… Ello depende de la actitud que adopte el Presidente. Sir Jonnes, tan cordial, tan evangélico, solo persigue una indemnización de veinte millones para la *Wests The Lymited Compagny*. Una vez más, el florido ramillete de los sentimientos humanitarios esconde un áspid» (*TB* 1926, 331).

Es evidente el error al escribir el nombre inglés de la compañía de ferrocarril, que repetirá poco después, nuevamente mal escrito: «¡La *West Compagny!*», pero Valle lo mantiene en ambas ediciones.

El capítulo en que se inscribe es una burla descarnada al mundo de la diplomacia y se diría que con ese flagrante error Valle-Inclán responde a un afán de reproducir una pronunciación incorrecta del inglés, que contribuye a la ridiculización del personaje. No se olvide que unas líneas antes utiliza: «¡Qui lo sá!», expresión italiana igualmente errónea, que exigiría la misma rectificación que la inglesa, y sin embargo no se produce. En la presente edición no se

enmienda ninguna de las dos por la razón expuesta.

Por último, conviene mencionar en *Tirano Banderas* el peculiar uso que Valle-Inclán hace del guión largo, seguido o precedido de punto y a veces utilizado después de dos puntos, que en *Tirano Banderas* en sus dos ediciones usa profusamente. En las ediciones modernas se tiende a sustituir bien por el uso de dos puntos, si la expresión que sigue tiene un carácter explicativo; bien por un punto y seguido; y, por último, se mantiene cuando ajuicio del editor los guiones tienen un valor parentético. Sin embargo no se advierte una aplicación regular de esos mismos criterios, si se comparan sus usos a lo largo de la novela.

No es de extrañar porque quizá sea este el recurso gráfico-ortográfico más «escurridizo» de los que Valle-Inclán emplea, como se ha dicho, de forma poco ortodoxa pero en cualquier caso, es decir, en el suyo, sistemático y que en nuestro caso hemos respetado con pocas excepciones.

Sin descartar que en ocasiones el uso de los guiones largos seguidos o precedidos de punto, pueda obedecer, como señala Joaquín del Valle-Inclán (2006), a decisiones de cajistas o tipógrafos, para rellenar espacios en blanco y que «cuadren» las líneas, resulta difícil ignorarlos o sustituirlos de forma sistemática por otros signos de puntuación, porque su presencia (a Valle-Inclán hay que leerlo en voz alta muchas veces para descubrir esos efectos tonales) incorpora siempre un matiz tonal o pausal al pasaje, frase o expresión que acompañan, a veces muy sutil, que se pierde al suprimirlos (ver Prólogo I). Comparando unos y otros, nuestra cautelosa conclusión (sugerencia, más bien diríamos) es que Valle no encontró un modo de expresar gráficamente, por ejemplo, el pensamiento de una persona pero sin decir expresamente que lo es (ver el caso de don Celes, VI Parte, *Alfajores y venenos*, Libro III, «La Nota», I y II); lo usa, asimismo, a modo de paréntesis explicativos o aposiciones… para los que no le resultaba suficiente un único signo gráfico. Otras veces el uso de los guiones largos confiere al texto que acompañan el efecto de una acotación escénica, que tiene un carácter nominal y produce un efecto acumulativo, de expresión condensada. El guión largo no cumple una única función, es polivalente, de manera que en nuestro caso, dado que estamos ante un autor que nada ha dejado al azar en sus textos, raramente prescindimos de estos signos, salvo que hallemos una evidente incompatibilidad con algún otro signo vecino o propicien una lectura confusa o incoherente.

Siendo para los editores una suerte de «tortura» el uso arbitrario en

apariencia de estos signos, queremos agradecer muy particularmente el respeto a nuestra propuesta por parte de correctores y responsables editoriales de la Biblioteca Castro.

MARGARITA SANTOS ZAS

BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA

NOTA: Este segundo volumen de las *Obras completas* está integrado por las obras narrativas de Ramón del Valle-Inclán, que abarcan el período comprendido entre 1902 y 1926. Se citan en este apartado todas las ediciones en vida del autor de cada una de las obras que se reproducen, así como los textos de prensa mencionados expresamente en relación con la historia textual de cada novela. Además, solamente se incluyen las ediciones modernas citadas en la introducción.

1. Ediciones prensa y libro:

Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín (1902)

Valle-Inclán, Ramón del (1902): *Sonata de otoño*. En *Relieves* (Madrid), 30 de diciembre de 1901; 2, 7, 9, 10, 13, 19, 24, 25 y 30 de enero; 1, 6 y 12 de febrero.

— (1902): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a Don Armando Palacio Valdés]. Madrid: Imp. de Ambrosio Pérez, 178 pp.

— (1905): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a Armando Palacio Valdés]. Madrid. Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 240 pp.

— (1907): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín* [misma dedicatoria anterior], Barcelona: F. Granada y Cía., Tip. El Anuario de la Exportación, 208 pp.

— (1913): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VII (colofón: 30-07-1913), 232 pp.

— (1918): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: SGEL, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VII (colofón: 11-01-1918), 232 pp.

— (1924): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Renacimiento, Imp. Cervantina. *Opera Omnia*, VII (colofón: 11-01-1924), 232 pp.

— (1927): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid:

Renacimiento, Imp. Rivadeneyra. *Opera Omnia*, VII (colofón: 18-03-1927), 232 pp.
— (1930): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Rivadeneyra. *Opera Omnia*, VII (colofón: 18-03-1930), 232 pp.
— (1931): *Sonata de otoño*. Santiago de Chile: Empresa Zig-Zag, Biblioteca Zig-Zag, I, núm. 19 (colofón: 03-04-1931), 104 pp.
— (1933): *Sonata de Otoño. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Rivadeneyra. *Opera Omnia*, VII (colofón: 10-03-1933), 232 pp.
— (1933): *Sonata de otoño* (contiene: «Mi hermana Antonia» y «Beatriz»), Madrid: Novelas y Cuentos, núm. 258 (colofón: 10-12-1933), 24 pp.

Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín (1903)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1903): *Sonata de estío*. En *El Imparcial* (Madrid), 20 y 27 de julio; 3, 10, 24 y 31 de agosto; 14, 21 y 28 de septiembre.
— (1903): *Sonata de estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. de Antonio Marzo, 218 pp.
— (1906): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a Rubén Darío]. Madrid: Suc. de Hernando, 264 pp.
— (1907): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Barcelona: F. Granada y Cía., Tip. El Anuario, 224 pp.
— (1913): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VI (colofón: 30-06-1913), 240 pp.
— (1914): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VI (colofón: 30-08-1914), 240 pp.
— (1917): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: SGEL, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VI (colofón: 30-08-1917), 240 pp.
— (1923): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Renacimiento, Imp. Helénica. (7ª ed.) (colofón: 30-04-1923), 240 pp.
— (1928): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Rivadeneyra. *Opera Omnia*, VI (colofón: 15-05-1928), 240 pp.
— (1932): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Santiago de

Chile: Empresa Zig-Zag, Biblioteca Zig-Zag, II, 39 (08-01-1932).
— (1932): *Sonata de Estío* (contiene «La condesa de Cela»). Madrid: Dédalo, Selección Literaria, núm. 3, Diana Artes Gráficas, 192 pp.
— (1933): *Sonata de Estío. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Rivadeneyra. *Opera Omnia*, VI (colofón: 10-03-1933), 236 pp.
— (1936): *Sonata de Estío*. Madrid: Dédalo, Novelas y Cuentos, núm. 380, (colofón: 13-04-1936), 24 pp.

Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín (1904)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1904): *Sonata de primavera*. En *El Imparcial* (Madrid), 22 y 29 de febrero; 7, 14, 21 y 28 de marzo; 11, 18 y 25 de abril; 30 de mayo; 6, 13, 20 y 27 de junio.
— (1904): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a José Ortega Munilla], Madrid: Imp. de Antonio Marzo, 198 pp.
— (1905): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imprenta de Arróyave, González y Compañía, 222 pp.
— (1907): *Sonata de primavera. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a José Ortega Munilla], Barcelona: F. Granada y Cía., Tip. El Anuario, 200 pp.
— (1913): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín* [misma dedicatoria], Madrid: Imp. Helénica. *Opera Omnia*, V (colofón: 30-05-1913), 224 pp.
— (1914): *Sonata de primavera. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a José Ortega Munilla]. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. Helénica. *Opera Omnia*, V (colofón: 30-06-1914), 224 pp.
— (1917): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria a José Ortega Munilla]. Madrid: SGEL, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, V (colofón: 30-04-1917), 224 pp.
— (1922): *Sonata deprimavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Mundo Latino, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, V (colofón: 25-10-1922), 224 pp.
— (1923): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: s.e. *Opera Omnia*, s.n., 142 pp.

— (1928): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Rivadeneyra. *Opera Omnia*, V (colofón: 25-02-1928), 224 pp.
— (1931): *Sonata de Primavera*. Santiago de Chile: Empresa Zig-Zag, Biblioteca Zig-Zag, II, núm. 31 (colofón: 18-09-1931).
— (1932): *Sonata de Primavera* (contiene: «Rosita»). Madrid. Novelas y Cuentos, núm. 157 (colofón: 3-01-1932), 23 pp.
— (1933): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Rivadeneyra. *Opera Omnia*, V (colofón: 10-03-1933), 220 pp.

* * *

— (2000): *Sonata de Primavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Edición crítica de Eliane Lavaud-Fage. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 38.

Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín (1905)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1905): «La Corte de Estella». En *Los Lunes de El Imparcial* (Madrid), 15, 22 y 29 de mayo, 12, 19 y 26 de junio, 31 de julio y 7 de agosto.
— (1905): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria: «…Para unos ojos tristes y aterciopelados…»]. Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos (colofón: 31-08-1905), 270 pp.
— (1907): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín* [dedicatoria: «Para unos ojos tristes… y aterciopelados»]. Barcelona: F. Granada y Cía., Tip. El Anuario, 240 pp.
— (1913): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VIII (colofón: 30-11-1913), 260 pp.
— (1918): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: SGEL, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, VIII (colofón: 30-07-1918), 260 pp.
— (1924): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Imp. Cervantina. *Opera Omnia*, VIII (colofón: 30-01-1924), 260 pp.
— (1927): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid:

Renacimiento, Rivadeneyra. *Opera Omnia*, VIII (colofón: 18-03-1927), 256 pp.
— (1931): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín*. Santiago de Chile: Empresa Zig-Zag, Biblioteca Zig-Zag, I, núm. 24 (colofón: 12-06-1931).
— (1933): *Sonata de Invierno. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Rivadeneyra, *Opera Omnia*, VIII (colofón 10-03-1933), 256 pp.
— (1935): *Sonata de invierno* (contiene «Augusta»). Madrid: Novelas y Cuentos, núm. 357 (colofón: 3-11-1935), 24 pp.

Flor de Santidad. Historia milenaria (1904)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1904): *Flor de Santidad: Historia milenaria* [dedicatoria: «Para una muy amada hija espiritual»]. Madrid: Imp. de Antonio Marzo, 224 pp.
— (1913): *Flor de Santidad. Historia milenaria*. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. Helénica. *Opera Omnia*, II (colofón: 30-03-1913), 224 PP.
— (1920): *Flor de Santidad. Historia milenaria*. Madrid: SGEL, Imp. Helénica. *Opera Omnia*, II (colofón: 30-10-1920), 224 PP.

* * *

— (1993): *Flor de santidad. Historia milenaria*. Edición crítica de María Paz Diez Taboada. Madrid: Cátedra, col. Letras Hispánicas, 365.
— (1995): *Flor de santidad. La media noche*. Edición e introducción de Arcadio López-Casanova. Madrid: Espasa-Calpe, Nueva Austral, 375.

La Guerra Carlista. Los Cruzados de la Causa (1908)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1908): *Los Cruzados de la Causa*. En *El Mundo* (Madrid): 21, 22, 24, 25 y 29 de noviembre; 1, 3, 5, 7, 11, 13, 17, 26, y 29 de diciembre.
— (1908): *La Guerra Carlista Vol. I Los Cruzados de la Causa*. [cubierta: *La*

España Tradicional. Primera Parte. Los Cruzados de la Causa]. Madrid: Imp. de Balgañón y Moreno (en portada: Librería de Victoriano Suárez), 239 pp.

— (1908): *La Guerra Carlista Vol.* I *Los Cruzados de la Causa* Madrid: Imp. de Balgañón y Moreno (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 239 pp.

— (1908): *La Guerra Carlista Vol.* I *Los Cruzados de la Causa*. Madrid: Pueyo, Imp. de Balgañón y Moreno. [Emisión]

— (1908): *La Guerra Carlista Vol.* I *Los Cruzados de la Causa*. Madrid: Imp. de Balgañón y Moreno (en portada: Librería de los Sucesores de Hernando), 239 pp.

— (1909): *La Guerra Carlista Vol.* I *Los Cruzados de la Causa*. «Segunda Edición». Madrid: Imp. de Primitivo Fernández, 2.ª edición.

— (1920): *La Guerra Carlista Vol.* I. *Los Cruzados de la Causa*. Madrid: SGEL, Tip. Europa. *Opera Omnia*, XXII (colofón: 12-08-1920), 243 pp.

— (1927): *Los Cruzados de la Causa*. Madrid: Renacimiento, Biblioteca de Autores Españoles Contemporáneos, Tip. Europa. Vol. I (colofón: 12-08-1920), 243 pp.

* * *

— (1979): *Los Cruzados de la Causa*. En *La Guerra Carlista* I. Edición crítica de María José Alonso Seoane. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 222.

La Guerra Carlista. El Resplandor de la Hoguera (1909)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1909): *El Resplandor de la Hoguera*. En *El Mundo* (Madrid): 17, 21 y 23 de enero; 1, 9, 21 y 28 de febrero; 7 de marzo; 4 y 17 de abril; y 7 de mayo.

— (1909): *La Guerra Carlista Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera* [cubierta: *La España Tradicional. Segunda parte. El Resplandor de la Hoguera*] Madrid: Imp. de Primitivo Fernández (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 248 pp.

— (1909): *La Guerra Carlista. Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera.* Madrid: Imp. de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 243 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista. Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera.* Madrid: Imprenta Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería de Gregorio Pueyo), 248 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista. Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera.* Madrid: Imprenta de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Librería de Gregorio Pueyo), 243 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista. Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera.* Madrid: Imprenta de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Imprenta de Primitivo Fernández), 248 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista. Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera.* Madrid, Imprenta de Primitivo Fernández, 1909 (en portada: Imprenta de Primitivo Fernández), 243 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista. Vol.* II. *El Resplandor de la Hoguera.* Madrid: Imp. de Primitivo Fernández (en portada: Perlado, Páez y Cía, Sucesores de Herhando (*sic*). Editores), 248 pp.
— (1920): *La Guerra Carlista* II. *El Resplandor de la Hoguera*. Madrid: SGEL, Tip. Europa. *Opera Omnia*, XXIII (colofón: 2-09-1920), 253 pp.
— (1927): *El Resplandor de la Hoguera*. Madrid: Renacimiento, Biblioteca de Autores Españoles Contemporáneos. Vol. II (colofón: 2-09-1920), 253 pp.

* * *

— (1979): *El Resplandor de la hoguera*. *Gerifaltes de antaño*. En *La Guerra Carlista* II. Edición crítica de María José Alonso Seoane. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 223.

La Guerra Carlista. Gerifaltes de Antaño (1909)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1909): *Gerifaltes de Antaño*. En *El Mundo* (Madrid): 17, 18, 22 y 29 de agosto; 14, 22 de septiembre; 5, 12, 14, 24 de octubre; 7,

10, 17, 21, 25 y 27 de noviembre.
— (1909): *La Guerra Carlista Vol. III. Gerifaltes de Antaño* [cubierta: *La España Tradicional. Tercera Parte. Gerifaltes de Antaño*]. Madrid: Imp. de Primitivo Fernández (en portada: Librería General de Victoriano Suárez), 253 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista Vol. III. Gerifaltes de Antaño.* Madrid: Imp. de Primitivo Fernández (en portada: Librería de Victoriano Suárez), 253 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista Vol. III. Gerifaltes de Antaño.* Madrid: Imp. de Primitivo Fernández (en portada: Lib. de Gregorio Pueyo), 253 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista Vol. III. Gerifaltes de Antaño.* Madrid: Imprenta de Primitivo Fernández (en portada: Imprenta de Primitivo Fernández), 253 pp.
— (1909): *La Guerra Carlista Vol. III. Gerifaltes de Antaño.* Madrid: Imp. de Primitivo Fernández (en portada: Perlado, Páez y Cía.), 253 pp.

Edición conjunta La Guerra Carlista

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1929): *La Guerra Carlista*. Madrid: Cía. Iberoamericana de Publicaciones, S.A., Librería de Fernando Fe, Cía. General de Artes Gráficas. (Contiene: *Los Cruzados de la Causa*. *El Resplandor de la Hoguera*. *Gerifaltes de Antaño*), 168 pp.
— (1930): *La Guerra Carlista*. Madrid: Cía. Iberoamericana de Publicaciones, Cía. General de Artes Gráficas. (Contiene: *Los Cruzados de la Causa*. *El Resplandor de la Hoguera*. *Gerifaltes de Antaño*), 168 pp.

* * *

— (1979): *El Resplandor de la hoguera*. *Gerifaltes de antaño*. En *La Guerra Carlista II*. Edición crítica de María José Alonso Seoane. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 223.

Una Tertulia de Antaño (1909)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1909): *Una Tertulia de Antaño*. En *El Cuento*

Semanal (Madrid), III: núm. 121, 23 de abril. [22] págs.

* * *

— (1996): *Una tertulia de Antaño. En Varia: artículos, cuentos, poesía y teatro*. Edición de Joaquín del Valle-Inclán. Madrid: Espasa-Calpe, Colección Austral, 218-239.

La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra (1917)

«Un día de guerra (Visión estelar). Parte primera. La Media Noche» (1916)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1916): «Un día de guerra (Visión estelar). Parte primera. La Media Noche». *El Imparcial* (Madrid): 11, 14, 17, 23 y 30 de octubre; 13 y 23 de noviembre; 4 y 18 de diciembre.

— (1917): «Un día de guerra (Visión estelar). Segunda parte. En la luz del día». En *El Imparcial* (Madrid): 8 y 22 de enero; 5 y 26 de febrero.

— (1917): *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*. Madrid: Imprenta Clásica Española (colofón: 30 de junio), 116 pp.

* * *

— (1970): «En la luz del día. Visión estelar de un momento de guerra». En *Flor de santidad. La media noche*. Madrid: Espasa-Calpe, Austral, 320.

— (1995): *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*. Ed. de Arcadio López Casanova. Madrid: Espasa-Calpe, Austral (con *Flor de Santidad*).

Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente (1926)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1925-1926): *Tirano Banderas*. En *El Estudiante* (Salamanca), núms. 8-13 (junio-julio de 1925); y *El Estudiante*, Segunda época (Madrid), núms. 1-4, 6-7 y 9-12 (diciembre de 1925, enero-mayo de

1926).
— (1926): *Zacarías el Cruzado o Agüero nigromante. La Novela de Hoy* (Madrid), 225 (3 de septiembre de 1926 [en cubierta: *Agüero nigromántico*]), 64 pp.
— (1926): *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Madrid: Imp. Rivadeneyra (colofón: 15-12-1926), 364 pp.
— (1927): *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Madrid: Imp. Rivadeneyra (colofón: 10-122-1927), 368 pp.

* * *

— (1993): *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Edición crítica de Alonso Zamora Vicente. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos. (Introducción, pp. 11-35).
— (1994): *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Edición, introducción y notas de Juan Rodríguez. Barcelona: Planeta.

Para la edición de todas las obras que conforman este volumen se han consultado igualmente:
— (2002): *Obra Completa* I. *Prosa*. Madrid: Espasa, Clásicos Castellanos. Nueva serie.
— (2010): *Narrativa completa*. Vol. I. Introducción de Darío Villanueva. Madrid: Espasa, Clásicos Castellanos. Nueva Serie.

2. BIBLIOGRAFÍA PRIMARIA: PRENSA (OTROS TEXTOS CITADOS)

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1892): «Bajo los trópicos (Recuerdos de México), I. En el Mar». En *El Universal* (México), 16 de junio.
— (1893): «Páginas de tierra caliente. Impresiones de un viaje». En *Extracto de Literatura* (Pontevedra), n° 33, 20 de agosto, 5-6.
— (1895): «Impresiones de *Tierra Caliente*». En *El Globo* (Madrid), 23 de abril.
— (1897): «Lluvia». En *Almanaque del Don Quijote*, 10-12.
— (1897): «Ádega. (Cuento bizantino)». En *Germinal* (Madrid), n° 5, 4 de junio.

— (1899): «Ádega (Historia milenaria)». En *Revista Nueva* (Madrid), n° 6, 5 de abril, 255-259; n° 7, 15 de abril, 305-310; n° 8, 25 de abril, 343-347; n° 9, 5 de mayo, 425-428.
— (1898): «*Tierra Caliente* (De las Memorias de Andrés Hidalgo)». En *Madrid Cómico* (Madrid), 15 de enero.
— 1898): «Del libro *Tierra Caliente*». En *Don Quijote* (Madrid), 30 de diciembre.
— (1899): «*Tierra Caliente* (Impresión)». En *La Vida Literaria* (Madrid), 18 de marzo.
— (1899): «Lilí (Fragmento del libro *Tierra Caliente*)». En *La Nación* (Buenos Aires), 4 de junio.
— (1901): «*Tierra Caliente* (Lilí)». En *La Correspondencia de España* (Madrid), 17 de enero.
— (1901): «*Tierra Caliente*. Una jornada». En *El Imparcial* (Madrid), 18 de marzo.
— (1901): «Ádega (Historia milenaria)». En *Electra* (Madrid), n° 5, 13 de abril, 151-153.
— (1901): «Flor de santidad». En *El Imparcial* (Madrid), 3 de junio.
— (1902): «*Tierra Caliente*». En *La Correspondencia de España* (Madrid), 8 de junio.
— (1902): «*Tierra Caliente*. Los tiburones». En *La Ilustración Artística* (Barcelona), n° 1071, 7 de julio, pp. 444-446.
— (1902): «*Tierra Caliente* (A bordo de la fragata *Dalila*)». En *La Correspondencia de España* (Madrid), 3 de agosto.
— (1902): «¡Malpocado!». En *El Liberal* (Madrid), 30 de noviembre.
— (1903): «Crónica. Un retrato». En *El Liberal* (Madrid), 7 de febrero.
— (1903): «Historia milenaria». En *El Evangelio* (Madrid), III, n° 183, 22 de marzo.
— (1903): «Sonata de Estío». En *Heraldo de Madrid* (Madrid), 3 de octubre.
— (1903): «Año de hambre (Recuerdo infantil)». En *Heraldo de Madrid*, 28 de noviembre.
— (1903): «Judíos de cartón». En *Heraldo de Madrid*, 10 de abril.
— (1904): «¡Fue Satanás!…». En *El Gráfico* (Madrid), n° 31 (13 de julio), 6-7; n° 32 (14 de julio): 5
— (1904): «Geórgicas». En *El Imparcial* (Madrid), 15 de agosto.

— (1904): «Un cuento de pastores». En *El Imparcial* (Madrid), 19 de septiembre.
— (1904): «Santa Baya de Cristamilde». En *El Imparcial* (Madrid), 26 de septiembre.
— (1910): «La Corte de Estella». En *Por esos Mundos* (Madrid), núm. 180, 5-14.
— (1917): «Un día de guerra». *La Prensa* (Nueva York), 13 de enero (7).
— (1917): «Visión Estelar». *El Paso Morning Times* (El Paso/Texas), 22 de enero (4).
— (1917): «Un día de guerra». *El Heraldo* (Nueva York), I, 41, 10 de febrero (1 y 3).
— (1917): «Visión Estelar». *El Paso Morning Times* (El Paso/Texas), 30 de julio (4).

BIBLIOGRAFÍA SECUNDARIA

ALONSO MORAIS, Alba (2014): «Las anotaciones autógrafas de Valle-Inclán en *Una tertulia de antaño*». *En Anuario Valle-Inclán XIII / ALEC*, 39/3, 99-125.

ALONSO SEOANE, María José (1981): «Aspectos del modernismo en *La guerra carlista* de Valle-Inclán». *Axerquía*, 2, 235-272.

— (1993): «Introducción» a su edición crítica Ramón del Valle-Inclán. *La guerra carlista*. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos (2 vols.), 9-130.

AUBERT, Paul (1995): «La propagande étrangére en Espagne dans le premier tiers du XX[e]siécle». *Mélanges de la Casa de Velázquez*. 31/3, 103-176.

AZNAR SOLER, Manuel y RODRÍGUEZ, Juan (eds.) (1995): *Valle-Inclán y su obra. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle-Inclán (Bellaterra, del 16 al 20 de noviembre de 1992).* Sant Cugat del Valles: Copd'Idees-Taller d'Investigacions Valleinclanianes.

BAAMONDE TRAVESO, Gloria (1993): *Función del esperpento en* Tirano Banderas. Kassel: Reichenberger.

BAROJA, Pío (1949): *Desde la última vuelta del camino*. En *Obras completas*. Madrid: Biblioteca Nueva, VII

BECERRA, Carmen (1997): *Mito y literatura (Estudio comparado de…).* Vigo: Universidade de Vigo.

— (2006): «Tres miradas sobre un mito: Donjuán en Valle-Inclán». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán, VI*, 31.3, 7-25.

BUERO VALLEJO, Antonio (1966): «De rodillas, en pie, en el aire». *Revista de Occidente*, 44-45, 132-145.

CAAMAÑO BOURNACELL, José (1966): «Los dos escenarios de *La media noche*». *Papeles de Son Armadans*, XLIII / CXXVII, octubre, 135-150.

CASTRO DELGADO, Luisa (2004): «*Flor de santidad* (1904) e *Il miracolo* de Rosellini (1948)» en Aznar Soler, M. y M.ª F. Sánchez Colomer (eds.): *Valle-Inclán en el siglo XXI*, A Coruña, Ediciós do Castro, 13-20.

CAUDET, Francisco (2016): *«Tirano Banderas» de Valle-Inclán. El paradigma sistémico de las dictaduras hispanas*, Berlín, Logos Verlag.

CHARQUES GÁMEZ, Rocío (2010): «En torno a *Flor de Santidad*, novela

poemática de Valle-Inclán». *Anales de la Literatura Española*, 22, 49-63.
CORPUS BARGA (1966): «Valle-Inclán en la más alta ocasión». *Revista de Occidente*, 44-45, 288-301.
DEVOTO DEL VALLE-INCLÁN, Jorge (2007): «Introducción» a su edición Ramón del Valle-Inclán. *Mi Bisabuelo. Facsímil del manuscrito autógrafo*. Santiago: Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán / Servicio de Publicacións da Universidade, 9-23.
DÍAZ LAGE, Santiago (2013): «*Un día de guerra*: crónica y visión». *Ínsula*, 804 (diciembre), 22-25.
DÍAZ-MIGOYO, Gonzalo (1984): *Guía de* Tirano Banderas. Madrid: Fundamentos.
DÍAZ-PLAJA, Fernando (1973): *Francófilos y germanófilos. Los españoles en la guerra europea*. Barcelona: Dopesa.
DÍAZ-PLAJA, Guillermo (1965): *Las estéticas de Valle-Inclán*. Madrid: Gredos.
— (1966): *Modernismo frente a 98*. Madrid: Espasa-Calpe.
DÍEZ TABOADA, M.ª Paz (1993): «Introducción» a su edición
Ramón del Valle-Inclán. Flor de santidad. Madrid: Cátedra, 9-119.
DOMÉNECH, Ricardo (1991): «Introducción» a su edición *Ramón del Valle-Inclán. Flor de santidad*. Barcelona: Círculo de Lectores, 15-68.
DOUGHERTY, Dru (1979): «El segundo viaje a México de Valle-Inclán: una embajada intelectual olvidada». *Cuadernos Americanos*, 38, 11, 137-176.
— (1983): *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*. Madrid: Fundamentos/Espiral.
— (1997): «Valle-Inclán y el sincretismo literario: *Flor de santidad* (1904)». En L. Iglesias Feijoo *et al*. (eds.). *Valle-Inclán y el Fin de Siglo. Congreso Internacional. Santiago de Compostela, 23-28 de octubre de 1993*. Santiago: Universidad, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 341-354 [recogido en *Palimpsestos al cubo: prácticas discursivas de Valle-Inclán*. Madrid: Fundamentos, 2003].
— (1999): *Guía para caminantes en Santa Fe de Tierra Firme: estudio sistémico de* Tirano Banderas. Valencia: Pre-Textos.
— (2009): «Valle-Inclán, corresponsal de guerra: *La media noche*». En Serrano Alonso y Amparo de Juan (coords.). *Literatura hispánica y prensa periódica (1875-1939). Actas del Congreso Internacional, Lugo 25-28 de noviembre de 2008.* Santiago: Servizo de Publicacións da Universidade, 565-585.

— (2011): *Iconos de la tiranía. La recepción crítica de* Tirano Banderas (*1926-2000*). Santiago de Compostela: Universidade de Santiago, Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán, 6.

DRUMM, Elizabeth (2012): «La estética del recuerdo en *La lámpara maravillosa*: el proceso de pensar el tiempo». En Margarita Santos Zas, Javier Serrano Alonso y Amparo De Juan Bolufer (eds.). *Valle-Inclán y las artes*. Santiago de Compostela: Cátedra Valle-Inclán / Servicio de Publicacións da Universidade, 303-320.

— (2015): «Henri Bergson on Time. Perception and Memory and Ramón del Valle-Inclán's *La lámpara maravillosa*», *ALEC (Homenaje a Luis González del Valle)*, 40.3, 19-42.

FRESSARD, Jacques (1966): «Un episodio olvidado de *La Guerra Carlista*», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, LXVI, 199-200 (julio-agosto), pp. 347-367.

GAMBINI, Dianella (2014): *La* Sonata de Primavera *de Valle-Inclán. Un caleidoscopio intertextual e hipertextual*. Sevilla: Renacimiento, Los Cuatro Vientos, 78.

GARLITZ, Virginia M. (1974): «El teosofismo en *Tirano Banderas*». En *Journal of Spanish Studies: Twentieth Century*, 2, 21-29.

— (1989): «La estética de Valle-Inclán en *La media noche* y en "La luz del día"». *Revista de Estudios Hispánicos*, 16, 21-30.

— (2007): *El centro del círculo*: La lámpara maravillosa. Santiago: Biblioteca de Cátedra Valle-Inclán, Servizo de Publicación da USC.

GARCÍA VELASCO, José (2000): «Valle-Inclán en su camino de Damasco. El primer viaje a México». En M. Santos Zas *et alii* (eds.). *Valle-Inclán (1898-1998):Escenarios.* Santiago de Compostela: Universidade, 29-72.

GIBBS, Virginia (1991): *Las Sonatas de Valle-Inclán: kitsch, sexualidad, satanismo, historia*. Madrid: Pliegos.

GIL, Miguel Luis (1990): *La epopeya en Valle-Inclán. Trilogía de la desilusión*. Madrid: Pliegos.

— (1994a): «Introducción» a su edición Ramón del Valle-Inclán: *La guerra carlista: Los cruzados de la Causa. El resplandor de la hoguera. Gerifaltes de antaño*. Madrid: Espasa-Calpe, Col. Austral, 328, 329 y 330, 9-80, 9-44 y 9-42, respectivamente.

GÓMEZ ABALO, Ángeles y Rosa ROMERO CREGO (2002): «La prensa gallega y el segundo viaje de Valle-Inclán a México». *Anales de la Literatura Española*

Contemporánea / Anuario Valle-Inclán II, 27.3, 221-247.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo (1927): «Literatura Española. La novela de tierra caliente». *El Sol* (Madrid), 20 de enero (1). En Dru Dougherty, *Iconos de la tiranía…*, citado *supra*, 72-74.

GONZÁLEZ, José Ramón (2011): «Escribir la guerra. Aproximación a la crónica de guerra en la literatura española contemporánea». En Carlos Javier García y Cristina Martínez Carazo (eds). *Variantes de la modernidad. Estudios en honor de Ricardo Gullón*. Newark-Delaware: Juan de la Cuesta, 129-147.

GONZÁLEZ DEL VALLE, Luis T. (1990): *La ficción breve de Valle-Inclán. Hermenéutica y estrategias narrativas*, Barcelona, Anthropos.

— (2002): *La canonización del diablo. Baudelaire y la estética moderna en España*. Madrid: Verbum.

GULLÓN, Ricardo (1964): *Direcciones del modernismo*. Madrid: Gredos.

— (1968): «Técnicas en *Tirano Banderas*». Anthony N. Zahareas (ed.). *Ramón del Valle-Inclán. An Appraisal of His Life and Works*. New York: Las Américas, 723-757.

— (1980): *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona: Editorial Labor.

HINTERHÄUSER, Hans (1980): *Fin de Siglo. Figuras y mitos*. Madrid: Taurus.

HORMIGÓN, Juan Antonio (2006-2007): *Valle-Inclán: Biografía cronológica y Epistolario*. Madrid: Ediciones de la Asociación de Directores de Escena, 4 vols.

IGLESIAS FEIJOO, Luis (1995): «Valle-Inclán, el Modernismo y la Modernidad». En Manuel Aznar Soler y Juan Rodríguez. *Valle-Inclán y su obra. Actas del Congreso Internacional sobre Valle-Inclán (Bellaterra, del 16 al 20 de noviembre de 1992).* San Cugat del Vallés: Cop d'Idees-Taller d'Investigacions Valleinclanienes, 37-50.

— (1999): «La generación del 98: tradición y modernidad». En J. M. Ruano de la Haza (ed.). *La independencia de las últimas colonias españolas y su impacto nacional e internacional. Ottawa Hispanic Studies*, núm. 24, 1999, 193-211.

— (2015): «La primera edición de *El Resplandor de la Hoguera*. Un estudio bibliográfico». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán* XIV. *Homenaje a Luis T. González del Valle*, 40.3, 103-142.

IGLESIAS FEIJOO, Luis *et alii* (eds.). *Valle-Inclán y el Fin de siglo. Congreso Internacional. Santiago de Compostela, 23-28 de octubre de 1995*. Santiago:

Universidade, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico.
JUAN BOLUFER, Amparo de (2000a): *La técnica narrativa en Valle-Inclán*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, Lalia, Series maior 13.
— (2000b): «Las dos versiones de *La media noche* de Valle-Inclán y la aplicación a la práctica literaria del concepto de visión estelar». En M. A. Márquez, Ramírez de Verger y Zambrano (eds.). *El retrato literario. Tempestades y naufragios. Escritura y reelaboración*. Huelva: Universidad, 551-559.
JUAN BOLUFER, Amparo de y Javier SERRANO ALONSO (2007): *Valle-Inclán, candidato republicano*. Santiago de Compostela: Universidade, Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán.
KARAGEORGOU-BASTEA, Christina (2013): *Creación y destrucción del Imperio: nombrar en* Tirano Banderas *de Valle-Inclán*. Madrid: Ediciones del Orto, Biblioteca Crítica de las Literaturas Luso-Hispánicas, 42.
LAVAUD-FAGE, Eliane (1977): «A propos de la gánese de *Flor de santidad. Historia milenaria*», *Les Langues Neolatines*, 220, pp. 73-86.
— (1990): «Las *Sonatas* de Valle-Inclán y el género de las memorias». *El Museo de Pontevedra*, XLIV, 545-553.
— (1991): *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915).*
La Coruña: Fundación Barrió (trad. de *Valle-Inclán, du journal au román [1888-1915]*. París: Klincksieck, 1980).
— (1995): «Valle-Inclán y la crítica genética». En Aznar Soler, M. y j. Rodríguez (eds.). *Valle-Inclán y su obra*. Actas del Primer Congreso Internacional sobre Valle-Inclán, Barcelona, Universidad, 227-239.
— (2000): «Introducción» a su edición crítica Ramón del Valle-Inclán. *Sonata de primavera. Memorias del Marqués de Bradomín*. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos, 38, 7-84.
LITVAK, Lily (1979): *Erotismo fin de siglo*. Barcelona: Antoni Bosch editor.
LONGHURST, C. Alex (2014): *Modernismo, noventayochismo y novela: España y Europa*. *Ensayo de Literatura Comparada*. Bern: Perter Lang.
LÓPEZ-CASANOVA, Arcadio (1995): «Introducción» a su edición Ramón del Valle-Inclán. *Flor de Santidad. La media noche*. Madrid: Espasa-Calpe, 9-71.
— (2000): «Valle-Inclán en Francia. *Un día de guerra*». Margarita Santos Zas *et alii* (eds.). *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios*. Santiago: Servicio de

Publicacións da Universidade, 159-177.
LÓPEZ DE ABIADA, José Manuel (2002): «El demiurgo disfrazado: provocación y reescritura en la *Sonata de otoño*». *Ínsula*, 665 (mayo), 18-19.
— (2003): «La escritura provocadora de *Sonata de otoño*». Francisco José Martín (ed.). *Las novelas de 1902. Sonata de otoño, Camino de perfección, Amor y pedagogía, La voluntad*. Madrid: Biblioteca Nueva, 85-98.
LÓPEZ DE MARTÍNEZ, Adelaida (1979): «La función estructural de la perspectiva del narrador en *La Guerra Carlista*», en *Hispanic Review*, vol. 47, n° 3, summer, 355-377.
MAINER, José Carlos (1999): *La Edad de Plata (1902-1939). Ensayo de interpretación de un proceso cultural*. Madrid: Cátedra.
MATILLA RIVAS, Alfredo (1968): «*La media noche*, visión estelar de un momento de guerra». Anthony N. Zahareas (ed.). *Ramón del Valle-Inclán: An Appraisal of his Life and Works*. New York: Las Américas, 460-466.
OLDŘICH, Bělič (1977): «La estructura narrativa de *Tirano Banderas*». *Análisis de textos hispánicos*. Madrid: Prensa Española, 187-211.
PEREIRO OTERO, José Manuel (2008): *La escritura modernista de Valle-Inclán: orgía de colores*. Madrid: Verbum.
PUEYO CASAUS, María Pilar (2008): *Valle-Inclán a la luz del decadentismo europeo y del modernismo hispánico (finales s. XIX-principios s. XX)*. Madrid: Visión Libros.
QUESADA NOVÁS, Ángeles (2011): «Valle-Inclán: Relatos ilustrados anteriores a 1900». *Anuario Valle-Inclán, XI. Anales de la Literatura Española Contemporánea*, 36, 3, 215-241.
REQUEIJO PERNAS, María (1997): «El dandismo de las *Sonatas* de Valle-Inclán como símbolo de la rebeldía del Fin de Siglo». L. Iglesias Feijoo, M. Santos Zas, J. Serrano Alonso y A. de Juan Bolufer (eds.). *Valle-Inclán y el Fin de Siglo*. Santiago de Compostela: Universidad, Servicio de Publicaciones e Intercambio Científico, 305-320.
REYES, Alfonso (1980): *Obra completa*, IV, México, Fondo de Cultura Económica, 276-286.
RISCO, Antonio (1977): *El demiurgo y su mundo: hacia un nuevo enfoque de la obra de Valle-Inclán*. Madrid: Gredos.
RODRÍGUEZ, Juan (1994): «Introducción» a su edición, Ramón del Valle-Inclán,

Tirano Banderas. Barcelona: Planeta, XI-CXIII.

ROMERO TOBAR, Leonardo (1999): «*Flor de santidad*: su proceso de redacción y la figura del *doble*». *La Generación del 98. Relectura de textos. Analecta Malacitana*, anejo XXIV, 245-253.

SALPER DE TORTELLA, Roberta (1968): «Valle-Inclán in *El Imparcial*». *Modern Language Notes*, 83, 278-309.

SANTOS ZAS, Margarita (1991a): «Introducción» a eds. Ramón del Valle-Inclán. *Los cruzados de la Causa. El resplandor de la hoguera. Gerifaltes de antaño*. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Valle-Inclán, núms. 7, 8 y 9, 15-39, 15-39 y 15-41 respectivamente.

— (1991b): «El estado de la cuestión. Estéticas de Valle-Inclán: balance crítico». *Ínsula* (Madrid), 531 (marzo: 9-23).

— (1993a): *Tradicionalismo y literatura en Valle-Inclán (1889-1910)*. Boulder (Colorado): Society of Spanish and Spanish-American Studies.

— (1993b): «La *Sonata de invierno* a la luz del carlismo». Leda Schiavo (ed.). *Valle-Inclán, Hoy. Estudios críticos y bibliográficos*. Madrid: Universidad de Alcalá de Henares, 17-50.

— (1994): «*Una tertulia de antaño*, eslabón entre dos ciclos históricos». *Anthropos*, 158-159, 60-65.

— (2011): «La ciudad en *La Media Noche*, de Valle-Inclán: cartografías de la destrucción y el miedo». Antonio Apolinário y Osvaldo Manuel Silvestre (coord.). *Literatura, espago, cartografías*. Coimbra: Facultade de Letras Universidad de Coimbra, 227-251.

— (2012): «Los manuscritos de Valle-Inclán: el taller del escritor», en Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba Corradine (eds.), *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos. Aportaciones a una «poética de transición entre estados»*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 159-173.

— (2013a): *Editar a Valle-Inclán: del manuscrito al impreso*, en Ermitas Penas (ed.), *Perspectivas críticas para la edición de textos de literatura española*. Santiago: Servizo de Publicacións da Universidade de Santiago, 271-309.

— (2013b): «Espejos de la aliadofilia de Valle-Inclán». *Anales de la Literatura Española Contemporánea. Homenaje a José Carlos Mainer*, 38/1-2, 371-401.

— (ed.) (2016): *Con el alba*: *El Cuaderno de Francia (1916). Manuscrito*

inédito de Ramón del Valle-Inclán. Facsímil. Santiago: Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán, Universidade de Santiago, vol. 9.

SANTOS ZAS, Margarita *et alii* (eds.) (2000): *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios. Actas Seminario Internacional. Santiago de Compostela, noviembre-diciembre, 1998.* Santiago: Universidade, Servicio de Publicaciones.

SCHIAVO, Leda (1988): «Introducción» a su edición *Ramón del Valle-Inclán. Sonata de otoño. Sonata de invierno*. Madrid: Espasa-Calpe, Col. Austral, 9-30.

— (1991): «La estética del recuerdo en Valle-Inclán». *Ínsula*, 531, marzo, 12-13.

SCHNEIDER, Luis Mario (1992): *Todo Valle-Inclán en México*. México: UNAM.

— (2000): «La segunda estancia de Valle-Inclán en México (1921)». Margarita Santos Zas *et alii* (eds.). *Valle-Inclán (1898-1998): Escenarios.* Santiago de Compostela: Universidade, 123-144.

SERRANO ALONSO, Javier (1987): *Artículos completos y otras páginas olvidadas*. Madrid: Itsmo.

— (1991): «Introducción» a su edición *Ramón del Valle-Inclán. Sonata de estío*. Barcelona: Círculo de Lectores, 17-30.

— (1997): «La poética modernista de Valle-Inclán», en L. Iglesias Feijoo *et al*. (eds.), *Valle-Inclán y el Fin de Siglo. Congreso Internacional. Santiago de Compostela, 23-28 de octubre de 1995*, Santiago de Compostela, Universidade de Santiago de Compostela, 78-80.

— (2003): «De Valle a don Ramón. La recepción crítica de *Sonata de Otoño*». *Cuadrante. Revista de Estados Valleinclanianose Históricos*, «Xornadas de marzo, 2002», 6, 48-60.

SERRANO ALONSO, Javier y Amparo de JUAN BOLUFER (1995): *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán*. Santiago: Servicio de Publicacións da Universidade.

— (2001-2016). «Bibliografía sobre Ramón del Valle-Inclán (1995-2000)». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán* I, 26.3 (2001): 277-313. Actualizaciones sucesivas vols. II-XV (2002-2016).

SOLDEVILA-DURANTE, Ignacio (1989): «Valle-Inclán y las vanguardias literarias: la composición de *Tirano Banderas* como novela cubista». Juan Antonio Hormigón (ed.). *Quimera, cántico, busca y rebusca de Valle-Inclán*. Madrid: Ministerio de Cultura, 373-385, vol. I.

SPERATTI-PIÑERO, Emma Susana (1957): *La elaboración artística en* Tirano Banderas. México: El Colegio de México.

— (1968): *De* Sonata de otoño *al esperpento. Aspectos del arte de Valle-Inclán*. London: Tamesis Books.

— (1974): *El ocultismo en Valle-Inclán*. London: Tamesis Books.

VALLE-INCLÁN ALSINA, Joaquín del (2006): *Ramón del Valle-Inclán y la imprenta [Una introducción]*. Madrid: Biblioteca Nueva.

— (2015): *Ramón del Valle-Inclán. Genial, antiguo y moderno*. Madrid: Espasa Libros.

VALLE-INCLÁN ALSINA, Joaquín y Javier del (eds.) (1994): *Ramón M.ª del Valle-Inclán. Entrevistas, conferencias y cartas*. Valencia: Pre-Textos.

— (1995): *Bibliografía de don Ramón María del Valle-Inclán*. Valencia: Pre-Textos.

— (1998): *Catálogo General de la Exposición Don Ramón María del Valle-Inclán (1866-1898).* Santiago: Universidade de Santiago, 4 vols.

VARELA JÁCOME, Benito (1986): «El mundo narrativo de *Tirano Banderas*». *Revista de Occidente*, 59, 67-78.

— (1991): «Estrategia narrativa de Valle-Inclán en *La Media Noche*». M. Brea y F. Fernández Rey (eds.). *Homenaxe ao profesor Constantino García*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones de la Universidad, II, 553-565.

VAUTHIER, Bénédicte y Margarita SANTOS ZAS (2015): «*La media noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917) de Valle-Inclán. Génesis de un relato escrito desde la vanguardia». *Romanische Forschungen*. 127, 328-348.

— (eds.) (2016): *Un día de guerra (Visión estelar). La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra. Estudio y dossier genético y editorial*. Santiago: Biblioteca da Cátedra Valle-Inclán / Servizo de Publicacións da USC.

VERGARA VELO, Misael (2009): «*Tirano Banderas*: espacio y símbolo en Santa Fe de Tierra Firme». *Cuadrante. Revista de Estudios valleinclanianos e históricos*, 19, decembro, 14-40.

VILLANUEVA, Darío (1978): «*La Media Noche* de Valle-Inclán: análisis y suerte de una técnica narrativa». *Homenaje a Julio Caro Baroja*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas, 1031-1154 (recogido en *Polen de ideas*. Barcelona: PPU, 1991; y en *Valle-Inclán, novelista del modernismo*.

Valencia: Tirant lo Blanch, 2005, 67-104).
— (1990): «Introducción» a su edición *Ramón del Valle-Inclán. Sonata de invierno*. Barcelona: Círculo de Lectores, 15-30.
— (2005): *Valle-Inclán, novelista del modernismo*. Valencia: Tirant lo Blanch.
— (2010): «Introducción» a su edición Ramón del Valle-Inclán. *Narrativa completa*. Madrid: Espasa, IX-LIV.
VILLEGAS, Juan (1967): «La disposición temporal de *Tirano Banderas*». *Revista Hispánica Moderna*, XXXIII, 299-307.
VV.AA (2013): «Las palabras de la Guerra, la Guerra de las palabras (1914-1918)». Jordi Amat y José Ramón González (coords.). *Ínsula*, 804 (diciembre).
ZAMORA VICENTE, Alonso (1969): *Las Sonatas de Valle-Inclán*. Madrid: Gredos, 2ª ed.
— (1990): «Introducción» a su edición Ramón del Valle-Inclán. *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Barcelona: Círculo de Lectores, 17-30.
— (1991): «Introducción» a su edición *Ramón del Valle-Inclán. Sonata de primavera*. Barcelona: Círculo de Lectores, 15-35.
— (1993): «Introducción» a su edición crítica Ramón del Valle-Inclán. *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente*. Madrid: Clásicos Castellanos, 11-35.

SONATA DE PRIMAVERA

MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMÍN

DEDICATORIA

No hace todavía tres años vivía yo escribiendo novelas por entregas, que firmaba orgullosamente, no sé si por desdén, si por despecho. Me complacía dolorosamente la obscuridad de mi nombre y el olvido en que todos me tenían. Hubiera querido entonces que los libros estuviesen escritos en letra lombarda, como las antiguas ejecutorias, y que solo algunos iniciados pudiesen leerlos. Esta quimera ha sido para mí como un talismán. Ella me ha guardado de las competencias mezquinas, y por ella no he sentido las crueldades de una vida que fue toda de luchas. Solo, altivo y pobre, he llegado a la literatura sin enviar mis libros a esos que llaman críticos, y sin sentarme una sola vez en el corro donde a diario alientan sus vanidades las hembras y los eunucos del Arte. De alguien, sin embargo, he recibido protección tan generosa y noble, que sin ella nunca se hubieran escrito las Memorias del Marqués de Bradomín. Esa protección, única en mi vida, fue de un gran literato y de un gran corazón: he nombrado a Don José Ortega Munilla.

Hoy quiero ofrecerle este libro con aquel ingenuo y amoroso respeto que cuando yo era niño ofrecían los pastores de los casales amigos, el más blanco de sus corderos en la casa de mi padre.

Valle-Inclán.

Nota

Estas páginas son un fragmento de las «Memorias Amables», que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. Un Don Juan admirable. ¡El más admirable tal vez!…

Era feo, católico y sentimental.

ANOCHECÍA, cuando la silla de posta traspuso la Puerta Salaria y comenzamos a cruzar la campiña llena de misterio y de rumores lejanos. Era la campiña clásica de las vides y de los olivos, con sus acueductos ruinosos, y sus colinas que tienen la graciosa ondulación de los senos femeninos. La silla de posta caminaba por una vieja calzada: las mulas del tiro sacudían pesadamente las colleras, y el golpe alegre y desigual de los cascabeles despertaba un eco en los floridos olivares. Antiguos sepulcros orillaban el camino y mustios cipreses dejaban caer sobre ellos su sombra venerable.

La silla de posta seguía siempre la vieja calzada, y mis ojos fatigados de mirar en la noche, se cerraban con sueño. Al fin, quedeme dormido y no desperté hasta cerca del amanecer, cuando la luna, ya muy pálida, se desvanecía en el cielo. Poco después, todavía entumecido por la quietud y el frío de la noche, comencé a oír el canto de madrugueros gallos, y el murmullo bullente de un arroyo que parecía despertarse con el sol. A lo lejos, almenados muros se destacaban negros y sombríos sobre celajes de frío azul. Era la vieja, la noble, la piadosa ciudad de Ligura.

Entramos por la Puerta Lorencina. La silla de posta caminaba lentamente, y el cascabeleo de las mulas hallaba un eco burlón, casi sacrílego, en las calles desiertas donde crecía la hierba. Tres viejas, que parecían tres sombras, esperaban acurrucadas a la puerta de una iglesia todavía cerrada, pero otras campanas distantes ya tocaban a la misa de alba. La silla de posta seguía una calle de huertos, de caserones y de conventos, una calle antigua, enlosada y resonante. Bajo los aleros sombríos revoloteaban los gorriones, y en el fondo de la calle el farol de una hornacina agonizaba. El tardo paso de las mulas me dejó vislumbrar una madona: sostenía al niño en el regazo, y el niño, riente y desnudo, tendía los brazos para alcanzar un pez que los dedos virginales de la madre le mostraban en alto, como en un juego cándido y celeste. La silla de

posta se detuvo. Estábamos a las puertas del Colegio Clementino.

Ocurría esto en los felices tiempos del Papa-Rey, y el Colegio Clementino conservaba todas sus premáticas, sus fueros y sus rentas. Todavía era retiro de ilustres varones, todavía se le llamaba noble archivo de las ciencias. El rectorado ejercíalo desde hacía muchos años un viejo prelado: Monseñor Estefano Gaetani, obispo de Betulia, de la familia de los Príncipes Gaetani. Para aquel varón, lleno de evangélicas virtudes y de ciencia teológica, llevaba yo el capelo cardenalicio. Su Santidad había querido honrar mis juveniles años eligiéndome, entre sus guardias nobles, para tan alta misión.

DOS bedeles con sotana y birreta paseábanse en el claustro. Eran viejos y ceremoniosos. Al verme entrar corrieron a mi encuentro:

—¡Una gran desgracia, Excelencia! ¡Una gran desgracia!

Me detuve, mirándoles alternativamente:

—¿Qué ocurre?

Los dos bedeles suspiraron. Uno de ellos comenzó:

—Nuestro sabio rector…

Y el otro, lloroso y doctoral, rectificó:

—¡Nuestro amantísimo padre, Excelencia!… Nuestro amantísimo padre, nuestro maestro, nuestro guía, está en trance de muerte. Ayer sufrió un accidente hallándose en casa de su hermana…

Y aquí el otro bedel, que callaba enjugándose los ojos, rectificó a su vez:

—La señora Princesa Gaetani. Una dama española que estuvo casada con el hermano mayor de Su Ilustrísima. El Príncipe Filipo Gaetani. Aún no hace el año que falleció en una cacería. ¡Otra gran desgracia, Excelencia!

Yo interrumpí un poco impaciente:

—¿Monseñor ha sido trasladado al Colegio?

—No lo ha consentido la señora Princesa. Ya os digo que está en trance de muerte.

Inclineme con solemne pesadumbre:

—¡Acatemos la voluntad de Dios!

Los dos bedeles se santiguaron devotamente. Allá en el fondo del claustro resonaba un campanilleo argentino, grave, litúrgico. Era el viático para

Monseñor, y los bedeles se quitaron las birretas. Poco después, bajo los arcos, comenzaron a desfilar los colegiales: humanistas y teólogos, doctores y bachilleres formaban larga procesión. Salían por una puerta divididos en dos hileras, y rezaban con sordo rumor. Sus manos, cruzadas sobre el pecho, oprimían las birretas, mientras las flotantes becas barrían las losas. Yo hinqué una rodilla en tierra y los miré pasar. Bachilleres y doctores también me miraban. Mi manto de Guardia Noble pregonaba quién era yo, y ellos lo comentaban en voz baja. Cuando pasaron todos, me levanté y seguí detrás.

La campanilla del viático ya resonaba en el confín de la calle. De tiempo en tiempo algún viejo devoto salía de su casa con un farol encendido, y haciendo la señal de la cruz, se incorporaba al cortejo. Nos detuvimos en una plaza solitaria, frente a un palacio que tenía todas las ventanas iluminadas. Lentamente el cortejo penetró en el ancho zaguán. Bajo la bóveda, el rumor de los rezos se hizo más grave, y el argentino son de la campanilla revoloteaba glorioso sobre las voces apagadas y contritas.

Subimos la señorial escalera. Hallábanse francas todas las puertas, y viejos criados con hachas de cera nos guiaron a través de los salones desiertos. La cámara donde agonizaba Monseñor Estefano Gaetani estaba sumida en religiosa obscuridad. El noble prelado yacía sobre un lecho antiguo con dosel de seda. Tenía cerrados los ojos: su cabeza desaparecía en el hoyo de las almohadas, y su corvo perfil de patricio romano destacábase en la penumbra, inmóvil, blanco, sepulcral, como el perfil de las estatuas yacentes. En el fondo de la estancia, donde había un altar, rezaban arrodilladas la Princesa y sus cinco hijas.

La Princesa Gaetani era una dama todavía hermosa, blanca y rubia: tenía la boca muy roja, las manos como de nieve, dorados los ojos y dorado el cabello. Al verme clavó en mí una larga mirada y sonrió con amable tristeza. Yo me incliné y volví a contemplarla. Aquella Princesa Gaetani me recordaba los retratos de María de Médicis.

MONSEÑOR apenas pudo entreabrir los ojos y alzarse sobre las almohadas, cuando el sacerdote que llevaba el viático se acercó a su lecho: recibida la comunión, su cabeza volvió a caer desfallecida, mientras sus labios balbuceaban una oración latina, fervorosos y torpes. El cortejo comenzó a

retirarse en silencio: yo también salí de la alcoba. Al cruzar la antecámara, acercóse a mí un familiar de Monseñor:

—¿Vos, sin duda, sois el enviado de Su Santidad?…

—Así es: soy el Marqués de Bradomín.

—La Princesa acababa de decírmelo…

—¿La Princesa me conoce?

—Ha conocido a vuestros padres.

—¿Cuándo podré ofrecerle mis respetos?

—La Princesa desea hablaros ahora mismo…

Nos apartamos para seguir la plática en el hueco de una ventana. Cuando desfilaron los últimos colegiales y quedó desierta la antecámara, miré instintivamente hacia la puerta de la alcoba, y vi a la Princesa que salía rodeada de sus hijas, enjugándose los ojos con un pañuelo de encajes. Me acerqué y le besé la mano. Ella murmuró débilmente:

—¡En qué triste ocasión vuelvo a verte, hijo mío!

La voz de la Princesa Gaetani despertaba en mi alma un mundo de recuerdos lejanos que tenían esa vaguedad risueña y feliz de los recuerdos infantiles. La Princesa continuó:

—¿Qué sabes de tu madre? De niño te parecías mucho a ella, ahora no… ¡Cuántas veces te tuve en mi regazo! ¿No te acuerdas de mí?

Yo murmuré indeciso:

—Me acuerdo de la voz…

Y callé evocando el pasado. La Princesa Gaetani me contemplaba sonriendo, y de pronto, en el dorado misterio de sus ojos, yo adiviné quién era. A mi vez sonreí: ella entonces me dijo:

—¿Ya te acuerdas?

—Sí…

—¿Quién soy?

Volví a besar su mano, y luego respondí:

—La hija del Marqués de Agar…

Sonrió tristemente recordando su juventud, y me presentó a sus hijas:

—María del Rosario, María del Carmen, María del Pilar, María de la Soledad, María de las Nieves… Las cinco son Marías.

Con una sola y profunda reverencia las saludé a todas. La mayor, María del Rosario, era una mujer de veinte años, y la más pequeña, María de las Nieves, una niña de cinco. Todas me parecieron bellas y gentiles. María del Rosario era

pálida, con los ojos negros, llenos de luz ardiente y lánguida. Las otras, en todo semejantes a su madre, tenían dorados los ojos y el cabello. La Princesa tomó asiento en un ancho sofá de damasco carmesí, y empezó a hablarme en voz baja. Sus hijas se retiraron en silencio, despidiéndose de mí con una sonrisa, que era a la vez tímida y amable. María del Rosario salió la última. Creo que además de sus labios me sonrieron sus ojos, pero han pasado tantos años que no puedo asegurarlo. Lo que recuerdo todavía es que viéndola alejarse, sentí que una nube de vaga tristeza me cubría el alma. La Princesa se quedó un momento con la mirada fija en la puerta por donde habían desaparecido sus hijas, y luego, con aquella sonrisa de dama amable y devota, me dijo:

—¡Ya las conoces!

Yo me incliné:

—¡Son tan bellas como su madre!

—Son muy buenas y eso vale más.

Yo guardé silencio, porque siempre he creído que la bondad de las mujeres es todavía más efímera que su hermosura. Aquella pobre señora creía lo contrario, y continuó:

—María Rosario entrará en un convento dentro de pocos días. ¡Dios la haga una santa!

Yo murmuré con grave solemnidad:

—¡Es una separación tan cruel como la muerte!

La Princesa me interrumpió vivamente:

—Sin duda que es un dolor muy grande, pero también es un consuelo, saber que las tentaciones y los riesgos del mundo no existen para ese ser querido. Si todas mis hijas entrasen en un convento, yo las seguiría feliz… ¡Desgraciadamente no son todas como María Rosario!

Calló, suspirando, con la mirada abstraída, y en el fondo dorado de sus ojos yo creí ver la llama de un fanatismo trágico y sombrío. En aquel momento, uno de los familiares que velaban a Monseñor Gaetani asomose a la puerta de la alcoba, y allí estuvo sin hacer ruido, dudoso de turbar nuestro silencio, hasta que la Princesa se dignó interrogarle:

—¿Qué ocurre, Don Antonino?

Don Antonino sonrió con beatitud.

—Ocurre, señora, que Monseñor desea hablar al enviado de Su Santidad.

—¿Sabe que está aquí?

—Lo sabe, sí, señora. Le ha visto cuando recibió la Santa Unción. Aun

cuando pudiera parecer lo contrario, Monseñor no ha perdido el conocimiento un solo instante.

A todo esto yo me había puesto en pie. La Princesa me alargó su mano, que todavía en aquel trance supe besar con más galantería que respeto, y entré en la cámara donde agonizaba Monseñor.

EL noble prelado fijó en mí los ojos moribundos y quiso bendecirme, pero su mano cayó desfallecida a lo largo del cuerpo, al mismo tiempo que una lágrima le resbalaba lenta y angustiosa por la mejilla. En el silencio de la cámara, solo el resuello de su respiración se escuchaba. Al cabo de un momento pudo decir con afanoso balbuceo:

—Señor capitán, quiero que llevéis el testimonio de mi gratitud al Santo Padre…

Calló, y estuvo largo espacio con los ojos cerrados. Sus labios, secos y azulencos, parecían agitados por el temblor de un rezo. Al abrir de nuevo los ojos, continuó:

—Mis horas están contadas. Los honores, las grandezas, las jerarquías, todo cuanto ambicioné durante mi vida, en este momento se esparce como vana ceniza ante mis ojos de moribundo. Dios Nuestro Señor no me abandona, y me muestra la aspereza y desnudez de todas las cosas… Me cercan las sombras de la eternidad, pero mi alma se ilumina interiormente con las claridades divinas de la gracia…

Otra vez tuvo que interrumpirse, y falto de fuerzas cerró los ojos. Uno de los familiares acercóse y le enjugó la frente sudorosa con un pañuelo de fina batista. Después, dirigiéndose a mí, murmuró en voz baja:

—Señor capitán, procurad que no hable.

Yo asentí con un gesto. Monseñor abrió los ojos, y nos miró a los dos. Un murmullo apagado salió de sus labios: me incliné para oírle, pero no pude entender lo que decía. El familiar me apartó suavemente, y doblándose a su vez sobre el pecho del moribundo, pronunció con amable imperio:

—¡Ahora es preciso que descanse Su Ilustrísima! No habléis…

El prelado hizo un gesto doloroso. El familiar volvió a pasarle el pañuelo por la frente, y, al mismo tiempo, sus ojos sagaces, de clérigo italiano, me indicaban

que no debía continuar allí. Como ello era también mi deseo, le hice una cortesía y me alejé. El familiar ocupó un sillón que había cercano a la cabecera, y recogiendo suavemente los hábitos, se dispuso a meditar, o acaso a dormir, pero en aquel momento advirtió Monseñor que yo me retiraba, y alzándose con supremo esfuerzo, me llamó:

—¡No te vayas, hijo mío! Quiero que lleves mi confesión al Santo Padre.

Esperó a que nuevamente me acercase, y con los ojos fijos en el cándido altar que había en un extremo de la cámara, comenzó:

—¡Dios mío, que me sirva de penitencia el dolor de mi culpa y la vergüenza que me causa confesarla!

Los ojos del prelado estaban llenos de lágrimas. Era afanosa y ronca su voz. Los familiares se congregaban en torno del lecho. Sus frentes inclinábanse al suelo: todos aparentaban una gran pesadumbre, y parecían de antemano edificados por aquella confesión que intentaba hacer ante ellos el moribundo obispo de Betulia. Yo me arrodillé. El prelado rezaba en silencio, con los ojos puestos en el crucifijo que había en el altar. Por sus mejillas descarnadas las lágrimas corrían hilo a hilo. Al cabo de un momento, comenzó:

—Nació mi culpa cuando recibí las primeras cartas donde mi amigo Monseñor Ferrati me anunciaba el designio que de otorgarme el capelo tenía Su Santidad. ¡Cuán flaca es nuestra humana naturaleza, y cuán frágil el barro de que somos hechos! Creí que mi estirpe de Príncipes valía más que la ciencia y que la virtud de otros varones: nació en mi alma el orgullo, el más fatal de los consejeros humanos, y pensé que algún día seríame dado regir a la cristiandad. Pontífices y santos hubo en mi casa, y juzgué que podía ser como ellos. ¡De esta suerte nos ciega Satanás! Sentíame viejo y esperé que la muerte allanase mi camino. Dios Nuestro Señor no quiso que llegase a vestir la sagrada púrpura, y, sin embargo, cuando llegaron aquí inciertas y alarmantes noticias, yo temí que hiciese naufragar mis esperanzas la muerte que todos temían de Su Santidad… ¡Dios mío, he profanado tu altar rogándote que reservases aquella vida preciosa, porque, segada en más lejanos días, pudiera serme propicia su muerte! ¡Dios mío, cegado por el demonio, hasta hoy no he tenido conciencia de mi culpa! Señor, tú que lees en el fondo de las almas, tú que conoces mi pecado y mi arrepentimiento, devuélveme tu gracia.

Calló, y un largo estremecimiento de agonía recorrió su cuerpo. Había hablado con apagada voz, impregnada de apacible y sereno desconsuelo. La huella de sus ojeras se difundió por la mejilla, y sus ojos, cada vez más hundidos

en las cuencas, se nublaron con una sombra de muerte. Luego quedó estirado, rígido, indiferente, la cabeza torcida, entreabierta la boca por la respiración, el pecho agitado. Todos permanecimos de rodillas, irresolutos, sin osar llamarle ni movernos, por no turbar aquel reposo que nos causaba horror. Allá abajo exhalaba su perpetuo sollozo la fuente que había en medio de la plaza, y se oían las voces de unas niñas que jugaban a la rueda: cantaban una antigua letra de cadencia lánguida y nostálgica. Un rayo de sol, abrileño y matinal, brillaba en los vasos sagrados del altar, y los familiares rezaban en voz baja, edificados por aquellos devotos escrúpulos que torturaban el alma cándida del prelado…

Yo, pecador de mí, empezaba a dormirme, que había corrido toda la noche en silla de posta, y cansa cuando es larga una jornada.

AL salir de la cámara donde agonizaba Monseñor Gaetani, halleme con un viejo mayordomo que me esperaba en la puerta:

—Excelencia, mi señora me envía para que os muestre vuestras habitaciones.

Yo apenas pude reprimir un estremecimiento. En aquel instante, no sé decir qué vago aroma primaveral traía a mi alma el recuerdo de las cinco hijas de la Princesa. Mucho me alegraba la idea de vivir en el Palacio Gaetani, y, sin embargo, tuve valor para negarme.

—Decid a vuestra señora que me hospedo en el Colegio Clementino.

El mayordomo pareció consternado.

—Excelencia, creedme que le causáis una gran contrariedad. En fin, si os negáis, tengo orden de llevarle recado. Os dignaréis esperar algunos momentos: está terminando de oír misa.

Yo hice un gesto de resignación.

—No le digáis nada. Dios me perdonará si prefiero este Palacio, con sus cinco doncellas encantadas, a los graves teólogos del Colegio Clementino.

El mayordomo me miró con asombro, como si dudase de mi juicio. Después mostró deseos de hablarme, pero tras algunas vacilaciones, terminó indicándome el camino tan solo con una sonrisa. Yo le seguí. Era un viejo rasurado, vestido con largo levitón eclesiástico que casi le rozaba los zapatos, ornados con hebillas de plata. Se llamaba Polonio: andaba en la punta de los pies, sin hacer ruido, y a cada momento se volvía para hablarme en voz baja y llena de misterio:

—Pocas esperanzas hay de que Monseñor reserve la vida…

Y después de algunos pasos:

—Yo tengo ofrecida una novena a la Santa Madona.

Y un poco más allá, mientras levantaba una cortina:

—No estaba obligado a menos. Monseñor me tenía prometido llevarme a Roma.

Y volviendo a continuar la marcha:

—¡No lo quiso Dios!… ¡No lo quiso Dios!…

De esta suerte atravesamos la antecámara, y un salón casi obscuro, y una biblioteca desierta. Allí el mayordomo se detuvo, palpándose las faltriqueras de su calzón, ante una puerta cerrada:

—¡Válgame Dios!… He perdido mis llaves…

Todavía continuó registrándose: al cabo dio con ellas, abrió y apartose dejándome paso:

—La señora Princesa desea que dispongáis del salón, de la biblioteca y de esta cámara.

Yo entré. Aquella estancia me pareció en todo semejante a la cámara donde agonizaba Monseñor Gaetani: también era honda y silenciosa, con antiguos cortinajes de damasco carmesí. Arrojé sobre un sillón mi manto de Guardia Noble, y me volví mirando los cuadros que colgaban de los muros. Eran antiguos lienzos de la escuela florentina, que representaban escenas bíblicas —*Moisés salvado de las aguas, Susana y los ancianos, Judith con la cabeza de Holofernes*—. Para que pudiese verlos mejor, el mayordomo corrió de un lado al otro levantando todos los cortinajes de las ventanas. Después me dejó contemplarlos en silencio: andaba detrás de mí como una sombra, sin dejar caer de los labios la sonrisa, una vaga sonrisa doctoral. Cuando juzgó que los había mirado a todo sabor y talante, acercóse en la punta de los pies y dejó oír su voz cascada, más amable y misteriosa que nunca.

—¿Qué os parecen? Son todos de la misma mano… ¡Y qué mano!…

Yo le interrumpí:

—¿Sin duda, Andrea del Sarto?

El señor Polonio adquirió un continente grave, casi solemne:

—Atribuidos a Rafael.

Me volví a dirigirles una nueva ojeada, y el señor Polonio continuó:

—Reparad que tan solo digo atribuidos. En mi humilde parecer valen más que si fuesen de Rafael… ¡Yo los creo del Divino!

—¿Quién es el Divino?

El mayordomo abrió los brazos consternado:

—¿Vos me lo preguntáis, Excelencia? ¡Quién puede ser sino Leonardo de Vinci!…

Y guardó silencio, contemplándome con verdadera lástima. Yo apenas disimulé una sonrisa burlona: el señor Polonio aparentó no verla, y, sagaz como un cardenal romano, comenzó a adularme:

—Hasta hoy no había dudado… Ahora os confieso que dudo. Excelencia, acaso tengáis razón: sin duda la tenéis: Andrea del Sarto pintó muchos años en el taller de Leonardo, y sus cuadros de esa época se parecen tanto, que más de una vez han sido confundidos… En el mismo Vaticano hay un ejemplo: la Madona de la Rosa. Unos la juzgan del Vinci, y otros del Sarto. Yo la creo del marido de doña Lucrecia del Fede, pero retocada por el Divino. Ya sabéis que era cosa frecuente entre maestros y discípulos.

Yo le escuchaba con un gesto de fatiga. El señor Polonio, al terminar su oración, me hizo una profunda reverencia, y corrió con los brazos en alto, de una en otra ventana, soltando los cortinajes. La cámara quedó en una media luz, propicia para el sueño. El señor Polonio se despidió en voz baja, como si estuviese en una capilla, y salió sin ruido, cerrando tras sí la puerta…

Era tanta mi fatiga que dormí hasta la caída de la tarde. Me desperté soñando con María Rosario.

MI estancia tenía tres puertas que daban sobre una terraza de mármol. En el jardín las fuentes repetían el comentario voluptuoso que parecen hacer a todos los pensamientos de amor sus voces eternas y juveniles. Al inclinarme sobre la balaustrada, yo sentí que el hálito de la primavera me subía al rostro. Aquel viejo jardín de mirtos y de laureles mostrábase bajo el sol poniente lleno de gracia gentílica. En el fondo, caminando por los tortuosos senderos de un laberinto, las cinco hermanas se aparecían con las faldas llenas de rosas, como en una fábula antigua. A lo lejos, surcado por numerosas velas latinas que parecían de ámbar, extendíase el Mar Tirreno. Sobre la playa de dorada arena morían mansas las olas. El son de los caracoles, con que anunciaban los pescadores su arribada a la playa, y el ronco canto del mar, parecían acordarse

con la fragancia de aquel jardín antiguo donde las cinco hermanas se contaban sus sueños juveniles a la sombra de los rosados laureles.

Se habían sentado en un gran banco de piedra a componer sus ramos. Sobre el hombro de María Rosario estaba posada una paloma, y en aquel cándido suceso yo hallé la gracia y el misterio de una alegoría. Tocaban a fiesta unas campanas de aldea, y la iglesia se perfilaba a lo lejos, en lo alto de una colina verde, rodeada de cipreses. Salía la procesión, que anduvo alrededor de la iglesia, y distinguíanse las imágenes en sus andas por los mantos bordados que brillaban al sol, y los rojos pendones parroquiales que iban delante, flameando victoriosos como triunfos litúrgicos. Las cinco hermanas se arrodillaron sobre la hierba, y juntaron las manos llenas de rosas.

Los mirlos cantaban en las ramas, y sus cantos se respondían encadenándose en un ritmo remoto, como las olas del mar. Las cinco hermanas habían vuelto a sentarse: tejían sus ramos en silencio, y entre la púrpura de las rosas revoloteaban como albas palomas sus manos, y los rayos del sol que pasaban a través del follaje temblaban en ellas como místicos haces encendidos. Los tritones y las sirenas de las fuentes borboteaban su risa quimérica, y las aguas de plata corrían con juvenil murmullo por las barbas limosas de los viejos genios marinos, que se inclinaban para besar a las sirenas, presas en sus brazos.

Las cinco hermanas se levantaron para volver al Palacio. Caminaban lentamente por los senderos del laberinto como princesas encantadas que acarician un mismo ensueño. Cuando hablaban, el rumor de sus voces se perdía en los rumores de la tarde, y solo la onda primaveral de sus risas se levantaba armónica bajo los clásicos laureles.

CUANDO penetré en el salón de la Princesa ya estaban las luces encendidas. En medio del silencio, resonaba llena de gravedad la voz de un colegial mayor, que conversaba con las señoras que componían la tertulia de la Princesa Gaetani. El salón era dorado y de un gusto francés, femenino y lujoso. Amorcillos con guirnaldas, ninfas vestidas de encajes, galantes cazadores y venados de enramada cornamenta, poblaban la tapicería del muro, y sobre las consolas, en graciosos grupos de porcelana, duques pastores ceñían el florido talle de marquesas aldeanas. Yo me detuve un momento en la puerta. Al verme,

las damas que ocupaban el estrado sonrieron levemente y el colegial mayor se puso en pie:

—Permítame el señor capitán que le salude en nombre de todo el Colegio Clementino.

Y me alargó su mano carnosa y blanca, que parecía reclamar la pastoral amatista. Por privilegio pontificio vestía beca de terciopelo, que realzaba su figura prócer y llena de majestad. Era un hombre joven, pero con los cabellos blancos. Tenía los ojos llenos de fuego, la nariz aguileña y la boca de estatua, firme y bien dibujada. La Princesa me lo presentó con un gesto lleno de languidez sentimental:

—Monseñor Antonelli. ¡Un sabio y un santo!

Yo me incliné:

—Sé, Princesa, que los cardenales romanos le consultan las más arduas cuestiones teológicas, y la fama de sus virtudes a todas partes llega…

El colegial interrumpió con su grave voz, reposada y amable:

—No soy más que un filósofo, entendiendo la filosofía como la entendían los antiguos: amor a la sabiduría.

Después, volviendo a sentarse, continuó:

—Habéis visto a Monseñor Gaetani. ¡Qué desgracia! ¡Tan grande como impensada!…

Todos guardamos un silencio triste. Dos señoras ancianas, las dos vestidas de seda con noble severidad, interrogaron a un mismo tiempo y con la misma voz:

—¿No hay esperanzas?

La Princesa suspiró:

—No las hay… Solamente un milagro.

De nuevo volvió el silencio. En el otro extremo del salón las hijas de la Princesa bordaban un paño de tisú, las cinco sentadas en rueda. Hablaban en voz baja las unas con las otras y sonreían con las cabezas inclinadas: solo María Rosario permanecía silenciosa, y bordaba lentamente como si soñase. Temblaba en las agujas el hilo de oro, y bajo los dedos de las cinco doncellas nacían las rosas y los lirios de la flora celeste que puebla los paños sagrados. De improviso, en medio de aquella paz, resonaron tres aldabadas. La Princesa palideció mortalmente: los demás no hicieron sino mirarnos. El colegial mayor se puso en pie:

—Permitirán que me retire. No creía que fuese tan tarde… ¿Cómo han cerrado ya la puerta?

La Princesa repuso temblando:

—No la han cerrado.

Y otra dama murmuró:

—Yo he contado las nueve hace un momento.

El colegial volvió a sentarse.

—Pues, ¿cómo han llamado?

Y las dos ancianas, vestidas de seda negra, susurraron:

—¡Algún insolente!

Cambiaron entre ellas una mirada tímida, para infundirse ánimo, y prosiguieron:

—Muchas noches nosotras casi no podemos conciliar el sueño. Como somos dos señoras solas, llaman para asustarnos.

Una ráfaga pasó por el salón y apagó algunas luces. La Princesa lanzó un grito. Todos la rodeamos: ella nos miraba con los labios trémulos y los ojos asustados.

—Cuando murió mi marido ocurrió esto mismo… ¡Y él lo contaba de su madre!

En aquel momento el señor Polonio apareció en la puerta del salón, y en ella se detuvo. La Princesa incorporase en el sofá, y se enjugó los ojos: después, con noble entereza, le interrogó:

—¿Ha muerto?

El mayordomo inclinó la frente.

—¡Ya goza de Dios!

Una onda de gemidos se levantó en el estrado. Las damas rodearon a la Princesa, y el colegial mayor se santiguó.

MARÍA Rosario, con los ojos arrasados de lágrimas, guardaba lentamente sus agujas y su hilo de oro. Yo la veía en el otro extremo del salón, inclinada sobre un menudo y cincelado cofre que sostenía abierto en el regazo: sin duda rezaba en voz baja, porque sus labios se movían débilmente. En su mejilla temblaba la sombra de las pestañas, y yo sentía que en el fondo de mi alma aquel rostro pálido temblaba con el encanto misterioso y poético que tiembla en el fondo de un lago el rostro de la luna. María Rosario cerró el cofre,

y dejando en él la llave de oro, lo puso sobre la alfombra para tomar en brazos a la más niña de sus hermanas, que lloraba asustada. Después se inclinó, besándola. Yo veía cómo la infantil y rubia guedeja de María Nieves desbordaba sobre el brazo de María Rosario, y hallaba en aquel grupo la gracia cándida de esos cuadros antiguos que pintaron los monjes devotos de la Virgen.

La niña murmuró.

—¡Tengo sueño!…

—¿Quieres que llame a tu doncella para que te acueste?

—Malvina me deja sola. Se figura que estoy durmiendo y se va muy despacio, y cuando lo noto me da miedo.

—¿Entonces, qué quieres?

—Que me acuestes tú.

—Ya sabes que se disgusta mamá. Para eso está la doncella.

—Si tú se lo pides.

—Aun cuando yo se lo pida.

—¡Que voy a quererte mucho, María Rosario!… ¡Mira que hoy tengo miedo!…

—Pues te acostaré esta noche, pero nada más.

—¡Nada más!…

María Rosario alzose con la niña en brazos, y como una sombra silenciosa y pálida atravesó el salón. Yo acudí presuroso a levantar el cortinaje de la puerta. María Rosario pasó con los ojos bajos, sin mirarme: la niña, en cambio, volvió hacia mí sus claras pupilas llenas de lágrimas, y me dijo con una voz muy tenue:

—Buenas noches, Marqués; hasta mañana.

—Adiós, preciosa.

Y con el alma herida por el desdén que María Rosario me mostrara, volví al estrado, donde la Princesa seguía suspirando, con el pañuelo sobre los ojos. Las ancianas de su tertulia la rodeaban, y de tiempo en tiempo se volvían aconsejadoras y prudentes para hablar en voz baja con las niñas, que también suspiraban, pero con menos dolor que su madre:

—Hijas mías, debéis hacer que se acueste.

—Es preciso que tome algo, y vosotras también.

—Hay que disponer los lutos.

—¿Dónde ha ido María Rosario?

El colegial mayor también dejaba oír alguna vez su voz grave y amable: cada palabra suya producía un murmullo de admiración entre las señoras. La verdad

es que cuanto manaba de sus labios parecía lleno de ciencia teológica y de unción cristiana. De rato en rato fijaba en mí una mirada rápida y sagaz, y yo comprendía, con un estremecimiento, que aquellos ojos negros querían leer en mi alma. Yo era el único que allí permanecía silencioso, y acaso el único que estaba triste. Adivinaba, por primera vez en mi vida, todo el influjo galante de los prelados romanos, y acudía a mi memoria la leyenda de sus fortunas amorosas. Confieso que hubo instantes donde olvidé la ocasión, el sitio y hasta los cabellos blancos que peinaban aquellas nobles damas, y que tuve celos, celos rabiosos del colegial mayor. De pronto me estremecí: hacía un momento que callaban todos, y en medio del silencio, el colegial se acercaba a mí: posó familiar su diestra sobre mi hombro, y me dijo:

—Caro Marqués, es preciso enviar un correo a Su Santidad.

Yo me incliné.

—Tenéis razón, Monseñor.

Y él repuso con extremada cortesía:

—Me congratula que seáis del mismo consejo… ¡Qué gran desgracia, Marqués!

—¡Muy grande, Monseñor!

Nos miramos de hito en hito, con un profundo convencimiento de que fingíamos por igual, y nos separamos. El colegial mayor volvió al lado de la Princesa y yo salí del salón para escribir al cardenal camarlengo, que lo era entonces Monseñor Sansoferrato.

¡MARÍA Rosario, en aquella hora, tal vez estaba velando el cadáver de Monseñor Gaetani! Tuve este pensamiento al entrar en la biblioteca, llena de silencio y de sombras. Vino del mundo lejano, y pasó sobre mi alma como soplo de aire sobre un lago de misterio. Sentí en las sienes el frío de unas manos mortales, y, estremecido, me puse de pie. Quedó abandonado sobre la mesa el pliego de papel, donde solamente había trazado la cruz, y dirigí mis pasos hacia la cámara mortuoria. El olor de la cera llenaba el Palacio. Criados silenciosos velaban en los largos corredores, y en la antecámara paseaban dos familiares, que me saludaron con una inclinación de cabeza. Solo se oía el rumor de sus pisadas y el chisporroteo de los cirios que ardían en la alcoba.

Yo llegué hasta la puerta y me detuve: Monseñor Gaetani yacía rígido en su lecho, amortajado con hábito franciscano: en las manos yertas sostenía una cruz de plata, y sobre su rostro marfileño la llama de los cirios tan pronto ponía un resplandor como una sombra. Allá en el fondo de la estancia rezaba María Rosario: yo permanecí un momento mirándola: ella levantó los ojos, se santiguó tres veces, besó la cruz de sus dedos, y poniéndose en pie vino hacia la puerta:

—¿Marqués, queda mi madre en el salón?

—Allí la dejé…

—Es preciso que descanse, porque ya lleva así dos noches… ¡Adiós, Marqués!

—¿No queréis que os acompañe?

Ella se volvió:

—Acompañadme, sí… La verdad es que María Nieves me ha contagiado su miedo…

Atravesamos la antecámara. Los familiares detuvieron un momento el silencioso pasear, y sus ojos inquisidores nos siguieron hasta la puerta. Salimos al corredor, que estaba solo, y sin poder dominarme estreché una mano de María Rosario, y quise besarla, pero ella la retiró con vivo enojo:

—¿Qué hacéis?

—¡Que os adoro! ¡Que os adoro!

Asustada, huyó por el largo corredor. Yo la seguí.

—¡Os adoro! ¡Os adoro!

Mi aliento casi rozaba su nuca, que era blanca como la de una estatua, y exhalaba no sé qué aroma de flor y de doncella.

—¡Os adoro! ¡Os adoro!

Ella suspiró con angustia:

—¡Dejadme! ¡Por favor, dejadme!

Y sin volver la cabeza, azorada, trémula, huía por el corredor. Sin aliento y sin fuerzas se detuvo en la puerta del salón. Yo todavía murmuré a su oído:

—¡Os adoro! ¡Os adoro!

María Rosario se pasó la mano por los ojos y entró. Yo entré detrás atusándome el mostacho. María Rosario se detuvo bajo la lámpara y me miró con ojos asustados, enrojeciendo de pronto: luego quedó pálida, pálida como la muerte. Vacilando se acercó a sus hermanas, y tomó asiento entre ellas, que se inclinaron en sus sillas para interrogarla: apenas respondía. Se hablaban en voz baja con tímida mesura, y en los momentos de silencio oíase el péndulo de un

reloj. Poco a poco había ido menguando la tertulia: solamente quedaban aquellas dos señoras de los cabellos blancos y los vestidos de oro negro. Ya cerca de media noche la Princesa consintió en retirarse a descansar, pero sus hijas continuaron en el salón, velando hasta el día, acompañadas por las dos señoras, que contaban historias de su juventud: recuerdos de antiguas modas femeninas y de las guerras de Bonaparte. Yo escuchaba distraído, y desde el fondo de un sillón, medio oculto en la sombra, contemplaba a María Rosario: parecía sumida en un ensueño: su boca, pálida de ideales nostalgias, permanecía anhelante, como si hablase con las almas invisibles, y sus ojos inmóviles, abiertos sobre el infinito, miraban sin ver. Al contemplarla, yo sentía que en mi corazón se levantaba el amor, ardiente y trémulo como una llama mística. Todas mis pasiones se purificaban en aquel fuego sagrado y aromaban como gomas de Arabia.

¡Han pasado muchos años, y todavía el recuerdo me hace suspirar!

YA cerca del amanecer me retiré a la biblioteca. Era forzoso escribir al cardenal camarlengo, y decidí hacerlo en aquellas horas de monótona tristeza, cuando todas las campanas de Ligura se despertaban tocando a muerto, y prestes y arciprestes encomendaban a Dios el alma del difunto obispo de Betulia.

En mi carta dile a Monseñor Sansoferrato cuenta de todo muy extensamente, y luego de haber lacrado y puesto los cinco sellos con las armas pontificias, llamé al mayordomo y le entregué el pliego, para que sin pérdida de momento, un correo lo llevase a Roma. Hecho esto, me dirigí al oratorio de la Princesa, donde sin intervalo se sucedían las misas desde antes de rayar el sol. Primero habían celebrado los familiares que velaran el cadáver de Monseñor Gaetani, después los capellanes de la casa, y luego algún obeso colegial mayor que llegaba apresurado y jadeante. La Princesa había mandado franquear las puertas del Palacio, y a lo largo de los corredores sentíase el sordo murmullo del pueblo que entraba a visitar el cadáver. Los criados vigilaban en las antesalas, y los acólitos pasaban y repasaban con su ropón rojo y su roquete blanco, metiéndose a empujones por entre los devotos.

Al entrar en el oratorio mi corazón palpitó. Allí estaba María Rosario, y

cercano a ella tuve la suerte de oír misa. Recibida la bendición me adelanté a saludarla. Ella me respondió temblando: también mi corazón temblaba, pero los ojos de María Rosario no podían verlo. Yo hubiérale rogado que pusiese su mano sobre mi pecho, pero temí que desoyese mi ruego. Aquella niña era cruel como todas las santas que tremolan en la tersa diestra la palma virginal. Confieso que yo tengo predilección por aquellas otras que primero han sido grandes pecadoras. Desgraciadamente María Rosario nunca quiso comprender que era su destino mucho menos bello que el de María de Magdala. La pobre no sabía que lo mejor de la santidad son las tentaciones. Quise ofrecerle agua bendita, y con galante apresuramiento me adelanté a tomarla: María Rosario tocó apenas mis dedos, y haciendo la señal de la cruz, salió del oratorio. Salí detrás, y pude verla un momento en el fondo tenebroso del corredor, hablando con el mayordomo. Al parecer le daba órdenes en voz baja: volvió la cabeza, y viendo que me acercaba, enrojeció vivamente. El mayordomo exclamó:

—¡Aquí está el señor Marqués!

Y luego, dirigiéndose a mí con una profunda reverencia, continuó:

—Excelencia, perdonad que os moleste, pero decid si estáis quejoso de mí. ¿He cometido con vos alguna falta, acaso algún olvido?…

María Rosario le interrumpió con enojo:

—Callad, señor Polonio.

El señor Polonio pareció consternado:

—¿Qué hice yo para merecer?…

—Os digo que calléis.

—Y os obedezco, pero como me reprocháis haber descuidado el servicio del señor Marqués…

María Rosario, con las mejillas llameantes y la voz timbrada de cólera y de lágrimas, volvió a interrumpir:

—Os mando que calléis. Son insoportables vuestras explicaciones.

—¿Qué hice yo, cándida paloma, qué hice yo?

María Rosario, con un poco más de indulgencia, murmuró:

—¡Basta!… ¡Basta!… Perdonad, señor Marqués.

Y haciéndome una leve cortesía, se alejó. El mayordomo quedóse en medio del corredor con las manos en la cabeza y los ojos llorosos:

—¡Hubiérame tratado así una de sus hermanas, y me hubiera reído!… No, no me hubiera reído, porque son mis señoras… Pero ella, ella, que jamás ha reñido con nadie, venir a reñir hoy con este pobre viejo… ¡Y qué injustamente, señor,

qué injustamente!

Yo le pregunté con una emoción para mí desconocida hasta entonces:

—¿Es la mejor de sus hermanas?

—Y la mejor de las criaturas. Esa niña ha sido engendrada por los ángeles…

Y el señor Polonio, enternecido, comenzó un largo relato de las virtudes que adornaban el alma de aquella doncella hija de príncipes, y era el relato del viejo mayordomo ingenuo y sencillo, como los que pueblan la *Leyenda dorada*.

—¡YA llegan por el cadáver de Monseñor!…

Y el mayordomo partiose de mi lado muy afligido y presuroso. Todas las campanas de la histórica ciudad doblaban a un tiempo. Oíase el canto latino de los clérigos resonando bajo el pórtico del Palacio, y el murmullo de la gente que llenaba la plaza. Cuatro colegiales mayores bajaron en hombros el féretro, y el duelo se puso en marcha. Monseñor Antonelli me hizo sitio a su derecha, y con humildad, que me pareció estudiada, comenzó a dolerse de lo mucho que con la muerte de aquel santo y de aquel sabio perdía el Colegio Clementino: yo a todo asentía con un vago gesto, y disimuladamente miraba a las ventanas, llenas de mujeres: Monseñor tardó poco en advertirlo, y me dijo con una sonrisa tan amable como sagaz:

—Sin duda no conocéis nuestra ciudad.

—No, Monseñor.

—Si permanecéis algún tiempo entre nosotros y queréis conocerla, yo me ofrezco a ser vuestro guía. ¡Está llena de riquezas artísticas!

—Gracias, Monseñor.

Seguimos en silencio. El son de las campanas llenaba el aire, y el grave cántico de los clérigos parecía reposar en la tierra, donde todo es polvo y podredumbre. Jaculatorias, misereres, responsos caían sobre el féretro como el agua bendita del hisopo. Encima de nuestras cabezas las campanas seguían siempre sonando, y el sol, un sol abrileño, joven y rubio como un mancebo, brillaba en las vestiduras sagradas, en la seda de los pendones y en las cruces parroquiales con un alarde de poder pagano.

Atravesamos casi toda la ciudad. Monseñor había dispuesto que se diese tierra a su cuerpo en el convento de los franciscanos, donde hacía más de cuatro

siglos tenían enterramiento los Príncipes Gaetani. En la puerta de la iglesia, alumbrándose con cirios, esperaba la comunidad dividida en dos largas hileras. Primero los novicios, pálidos, ingenuos, demacrados: después los profesos, sombríos, torturados, penitentes, rezaban con la vista baja y sobre las sandalias los cirios lloraban gota a gota su cera amarilla, y el temblor de los rezos pasaba por las luengas barbas que salían del misterio de las capuchas.

Dijéronse muchas misas, cantose un largo entierro, y el ataúd bajó al sepulcro que esperaba abierto desde el amanecer. Cayó la losa encima, y un colegial me buscó con deferencia cortesana, para llevarme a la sacristía. Los frailes seguían murmurando sus responsos, y la iglesia iba quedando en soledad y en silencio. En la sacristía saludé a muchos sabios y venerables teólogos que me edificaron con sus pláticas. Luego vino el prior, un anciano de blanca barba, que había vivido largos años en tierra de infieles. Me saludó con dulzura evangélica, y haciéndome sentar a su lado comenzó a preguntarme por la salud de Su Santidad. Los graves teólogos hicieron corro para escuchar mis nuevas, y como era muy poco lo que podía decirles, tuve que inventar en honor suyo toda una leyenda piadosa y milagrera: ¡Su Santidad recobrando la lozanía juvenil por medio de una reliquia! El prior con el rostro resplandeciente de fe, me preguntó:

—¿De qué santo era, hijo mío?

—De un santo de mi familia: San Pedro Armengol.

Todos se inclinaron como si yo fuese el santo.

CUANDO volví al Palacio hallé a María Rosario en la puerta de la capilla repartiendo limosnas entre una corte de mendigos que alargaban las manos escuálidas bajo los rotos mantos. María Rosario era una figura ideal que me hizo recordar aquellas santas hijas de príncipes y de reyes: doncellas de soberana hermosura, que con sus manos delicadas curaban a los leprosos. El alma de aquella niña encendíase con el mismo anhelo de santidad. A una vieja encorvada le decía:

—¿Cómo está tu marido, Liberata?

—¡Siempre lo mismo, mi señorina!… ¡Siempre lo mismo! Y después de recoger su limosna y de besarla, retirábase la vieja salmodiando bendiciones, temblona sobre su báculo. María Rosario la miraba un momento, y luego sus

ojos compasivos se tornaban hacia otra mendiga que daba el pecho a un niño escuálido, envuelto en el jirón de un manto:

—¿Es tuyo ese niño, Paula?

—No, Princesina: era de una cormana que se ha muerto: tres ha dejado la pobre, este es el más pequeño.

—¿Y tú lo has recogido?

—¡La madre me lo recomendó al morir!

—¿Y qué es de los otros dos?

—Por esas calles andan. El uno tiene cinco años, el otro siete: pena da mirarlos, desnudos como ángeles del cielo.

María Rosario tomó en brazos al niño, y lo besó con dos lágrimas en los ojos.

Al entregárselo a la mendiga, le dijo:

—Vuelve esta tarde y pregunta por el señor Polonio.

—¡Gracias, mi señorina!

Un murmullo ardiente como una oración entreabrió las bocas denegridas y tristes de aquellos mendigos. Algunas voces murmuraron:

—¡La pobre madre se lo agradecerá en el cielo!

María Rosario continuó:

—Y si encuentras a los otros dos pequeños, tráelos también contigo.

—Los otros, hoy no sé dónde poder hallarlos, mi Princesina.

Un viejo de calva sien y luenga barba nevada, sereno y evangélico en su pobreza, se adelantó gravemente:

—Los otros, aunque cativo, tienen también amparo. Los ha recogido Barberina la Prisca. Una viuda lavandera que también a mí me tiene recogido.

Y el viejo, que insensiblemente había ido algunos pasos hacia delante, retrocedió tentando en el suelo con el báculo, y en el aire con una mano, porque era ciego. María Rosario lloraba en silencio, y resplandecía, hermosa y cándida como una madona, en medio de la sórdida corte de mendigos, que se acercaban de rodillas para besarle las manos. Aquellas cabezas humildes, demacradas, miserables, tenían una expresión de amor. Yo recordé entonces los antiguos cuadros, vistos tantas veces en un antiguo monasterio de la Umbría: tablas prerrafaélicas que pintó en el retiro de su celda un monje desconocido enamorado de los ingenuos milagros que florecen la leyenda de la reina de Turingia.

María Rosario también tenía una hermosa leyenda, y los lirios blancos de la

caridad también la aromaban. Vivía en el Palacio como en un convento. Cuando bajaba al jardín traía la falda llena de espliego que esparcía entre sus vestidos, y cuando sus manos se aplicaban a una labor monjil, su mente soñaba sueños de santidad. Eran sueños albos como las parábolas de Jesús, y el pensamiento acariciaba los sueños, como la mano acaricia el suave y tibio plumaje de las palomas familiares. María Rosario quisiera convertir el Palacio en albergue donde se recogiese la procesión de viejos y lisiados, de huérfanos y locos que llenaba la capilla pidiendo limosna y salmodiando padrenuestros. Suspiraba recordando la historia de aquellas santas princesas que acogían en sus castillos a los peregrinos que volvían de Jerusalén.

En la vieja ciudad hablábase de ella como de una santa lejana, una santa triste y bella que de nadie se dejase ver. Sus días se deslizaban como esos arroyos silenciosos que parecen llevar dormido en su fondo el cielo que reflejan. Reza y borda en el silencio de las grandes salas desiertas y melancólicas: tiemblan las oraciones en sus labios, tiembla en sus dedos la aguja, que enhebra el hilo de oro, y en el paño de tisú florecen las rosas y los lirios que pueblan los mantos sagrados. Y después del día, lleno de quehaceres humildes, silenciosos, cristianos, por las noches se arrodilla en su alcoba, y reza con fe ingenua al Niño Jesús, que resplandece bajo un fanal, vestido con alba de seda blanca recamada de lentejuelas y abalorios. La paz familiar se levanta como una alondra del nido de su pecho, y revolotea por todo el Palacio, y canta sobre las puertas, a la entrada de las grandes salas.

María Rosario fue el único amor de mi vida. Han pasado muchos años, y al recordarla ahora todavía se llenan de lágrimas mis ojos áridos, ya casi ciegos.

EL olor de la cera había quedado en el Palacio. La Princesa, tendida en el canapé de su tocador, suspiraba, quejándose de la jaqueca. Sus hijas, vestidas de luto, hablaban en voz baja, y de tiempo en tiempo, ya entraba, ya salía, sin ruido alguna de ellas. En medio de un gran silencio, la Princesa incorporose lánguidamente, volviendo hacia mí el rostro, todavía hermoso, que parecía más blanco bajo una toca de negro encaje:

—¿Xavier, tú cuándo tienes que volver a Roma?

Yo me estremecí.

—Mañana, señora.

Y miré a María Rosario, que bajó la cabeza y se puso encendida como una rosa. La Princesa, sin reparar en ello, apoyó la frente en la mano, que era la mano de aquellas damas que en los retratos antiguos sostienen a veces una flor, y a veces un pañolito de encaje: en tan bella actitud suspiró largamente, y volvió a interrogarme:

—¿Por qué tiene que ser mañana?

—Porque ha terminado mi misión, señora.

—¿Y no puedes quedarte algunos días más con nosotras?

—Necesitaría un permiso.

—Pues yo escribiré hoy mismo a Roma.

Miré disimuladamente a María Rosario: sus hermosos ojos negros me contemplaban asustados, y su boca intensamente pálida, que parecía entreabierta por el anhelo de un suspiro, temblaba.

En aquel momento, su madre volvió la cabeza hacia donde ella estaba:

—María Rosario.

—Señora.

—Acuérdate de escribir en mi nombre a Monseñor Sansoferrato. Yo firmaré la carta.

María Rosario, siempre ruborosa, repuso con aquella serena dulzura que era como un aroma:

—¿Queréis que escriba ahora?

—Como te parezca, hija.

María Rosario se puso en pie.

—¿Y qué debo decirle a Monseñor?

—Le notificas nuestra desgracia, y añades que vivimos muy solas, y que esperamos de su bondad un permiso para retener a nuestro lado por algún tiempo al Marqués de Bradomín.

María Rosario se dirigió hacia la puerta: tuvo que pasar por mi lado, y aprovechando audazmente la ocasión, le dije en voz baja:

—¡Me quedo, porque os adoro!

Fingió no haberme oído, y salió. Volvime entonces hacia la Princesa, que me miraba con una sombra de afán, y le pregunté aparentando indiferencia:

—¿Cuándo toma el velo María Rosario?

—No está designado el día.

—La muerte de Monseñor Gaetani, acaso lo retrasará.

—¿Por qué?

—Porque ha de ser un nuevo disgusto para vos.

—No soy egoísta. Comprendo que mi hija será feliz en el convento, mucho más feliz que a mi lado, y me resigno.

—¿Es muy antigua la vocación de María Rosario?

—Desde niña.

—¿Y no ha tenido veleidades?

—¡Jamás!

Yo me atusé el bigote con la mano un poco trémula.

—Es una vocación de santa.

—Sí, de santa… Te advierto que no sería la primera en nuestra familia. Santa Margarita de Ligura, Abadesa de Fiescoli, era hija de un Príncipe Gaetani. Su cuerpo se conserva en la capilla del Palacio, y después de cuatrocientos años está como si acabase de expirar: parece dormida. ¿Tú no bajaste a la cripta?

—No, señora.

—Pues es preciso que bajes un día.

Quedamos en silencio. La Princesa volvió a suspirar llevándose las manos a la frente; sus hijas, allá en el fondo de la estancia, se hablaban en voz baja. Yo las miraba sonriendo y ellas me respondían en idéntica forma, con cierta alegría infantil y burlona, que contrastaba con sus negros vestidos de duelo. Empezaba a decaer la tarde, y la Princesa mandó abrir una ventana que daba sobre el jardín.

—¡Me marea el olor de esas rosas, hijas mías!

Y señalaba los floreros que estaban sobre el tocador.

—Dame aquel frasco de sales, María Nieves.

La niña corrió a dárselo y le besó la mano. Su madre la retuvo, acariciándola.

—¿Has de ser buena?

—Sí, señora.

Abierta la ventana, una ligera brisa entró en la estancia: era alegre, perfumada y gentil como un mensaje de la primavera. Sus alas invisibles alborotaron los rizos de aquellas cabezas juveniles, que allá en el fondo de la estancia me miraban y me sonreían. ¡Rizos rubios, dorados, luminosos, cabezas adorables, cuántas veces os he visto en mis sueños pecadores más bellas que esas aladas cabezas angélicas que solían ver en sus sueños celestiales los santos ermitaños!

LA Princesa se acostó al comienzo de la noche, poco después del rosario. En el salón, medio apagado, hablaban en voz baja las viejas damas que desde hacía veinte años acudían regularmente a la tertulia del Palacio Gaetani: comenzaba a sentirse el calor, y estaban abiertas las puertas de cristales que daban al jardín. Dos hijas de la Princesa, María Socorro y María Pilar, hacían los honores: la conversación era lánguida, de una languidez apocada y beata. Afortunadamente, al sonar las nueve en el reloj de la catedral, las señoras se levantaron, y María Socorro y María Pilar salieron acompañándolas. Yo quedé solo en el vasto salón, y no sabiendo qué hacer, bajé al jardín.

Era una noche de primavera, silenciosa y fragante. El aire agitaba las ramas de los árboles con blando movimiento, y la luna iluminaba por un instante la sombra y el misterio de los follajes. Sentíase pasar por el jardín un largo estremecimiento, y luego todo quedaba en esa amorosa paz de las noches serenas. En el azul profundo temblaban las estrellas, y la quietud del jardín parecía mayor que la quietud del cielo. A lo lejos, el mar, misterioso y ondulante, exhalaba su eterna queja. Las dormidas olas fosforecían al pasar tumbando los delfines, y una vela latina cruzaba el horizonte bajo la luna pálida.

Yo recorría un sendero orillado por floridos rosales; las luciérnagas brillaban al pie de los arbustos, el aire era fragante, y el más leve soplo bastaba para deshojar en los tallos las rosas marchitas. Yo sentía esa vaga y romántica tristeza que encanta los enamoramientos juveniles, con la leyenda de los grandes y trágicos dolores que se visten a la usanza antigua. Consideraba la herida de mi corazón como aquellas que no tienen cura, y pensaba que de un modo fatal decidiría de mi suerte. Con extremos wertherianos soñaba superar a todos los amantes que en el mundo han sido, y por infortunados y leales pasaron a la historia, y aun asomaron más de una vez la faz lacrimosa en las cantigas del vulgo. Desgraciadamente, quedeme sin superarlos, porque tales romanticismos nunca fueron otra cosa que un perfume derramado sobre todos mis amores de juventud. ¡Locuras gentiles y fugaces que duraban algunas horas, y que, sin duda por eso, me han hecho suspirar y sonreír toda la vida!

De pronto huyeron mis pensamientos. Daba las doce el viejo reloj de la catedral, y cada campanada, en el silencio del jardín, retumbó con majestad sonora. Volví al salón, donde ya estaban apagadas las luces. En los cristales de una ventana temblaba el reflejo de la luna, y allá, en el fondo, brillaba la esfera

de un reloj, que con delicado y argentino son daba también las doce. Me detuve en la puerta, para acostumbrarme a la obscuridad, y poco a poco mis ojos columbraron la forma incierta de las cosas. Una mujer hallábase sentada en el sofá del estrado. Yo solo distinguía sus manos blancas: el cuerpo era una sombra negra. Quise acercarme, y vi cómo sin ruido se ponía de pie y cómo sin ruido se alejaba y desaparecía. Hubiérala creído un fantasma, engaño de mis ojos, si al dejar de verla no llegase hasta mí un sollozo. Al pie del sofá estaba caído un pañuelo perfumado de violetas y húmedo de llanto. Lo besé con amoroso afán. No dudaba que aquel fantasma había sido María Rosario.

Pasé la noche en vela, sin conseguir conciliar el sueño. Vi rayar el alba en las ventanas de mi alcoba, y solo entonces, en medio del alegre voltear de un esquilón que tocaba a misa, me dormí. Al despertarme, ya muy entrado el día, supe con profundo reconocimiento cuánto por la salud de mi alma se interesaba la Princesa Gaetani. La noble señora estaba muy afligida porque yo había perdido el Oficio Divino.

AL caer de la tarde llegaron aquellas dos señoras de los cabellos blancos y los negros y crujientes vestidos de seda. La Princesa se incorporó saludándolas con amable y desfallecida voz:

—¿Dónde habéis estado?

—¡Hija mía, no quieras saberlo!… Hemos corrido toda Ligura.

—¡Vosotras!

Ante el asombro de la Princesa, las dos señoras se miraron sonriendo:

—Cuéntale tú, Antonina.

—Cuéntale tú, Lorencina.

Y luego las dos comienzan el relato al mismo tiempo: habían oído un sermón en la catedral, habían pasado por el Convento de las Carmelitas para preguntar por la Madre Superiora, que estaba enferma, habían velado el Santísimo. Aquí la Princesa interrumpió:

—¿Y cómo sigue la Madre Superiora?

—Ya está fuera de cuidado, pero todavía no baja al locutorio.

—¿A quién habéis visto?

—A la Madre Escolástica. ¡La pobre siempre tan buena y tan cariñosa! No

sabes cuánto nos preguntó por ti y por tus hijas: nos enseñó el hábito de María Rosario: iba a mandárselo para que lo probase: lo ha cosido ella sola: dice que será el último, porque está casi ciega.

La Princesa suspiró:

—¡Yo no sabía que estuviese ciega!

—Ciega no, ve muy poco.

—Pues no tiene años para eso…

—De todo lo demás está muy bien… ¿Y tú cómo has pasado el día?

La Princesa contestó con un gesto de fatiga, llevándose las manos a la frente. Después se distrajo mirando hacia la puerta, donde asomaba la escuálida figura del señor Polonio. Detenido en el umbral, el mayordomo saludaba con una profunda reverencia.

—¿Da su permiso mi señora la Princesa?

—Adelante, Polonio. ¿Qué ocurre?

—Ha venido el sacristán de las Madres Carmelitas con el hábito de la señorina.

—¿Y ella lo sabe?

—Probándoselo queda.

Al oír esto las otras hijas de la Princesa, que sentadas en rueda, bordaban el manto de Santa Margarita de Ligura, habláronse en voz baja, juntando las cabezas, y salieron de la estancia con alegre murmullo, en un grupo casto y primaveral como aquel que pintó Sandro Boticelli. La Princesa las miró con maternal orgullo, y luego hizo un ademán despidiendo al mayordomo, que, en lugar de irse, adelantó algunos pasos balbuciendo:

—Ya he dado el último perfil al Paso de las Caídas… Hoy empiezan las procesiones de Semana Santa.

La Princesa replicó con desdeñosa altivez:

—Y sin duda has creído que yo lo ignoraba.

El mayordomo pareció consternado.

—¡Líbreme el cielo, señora!

—¿Pues entonces?…

—Hablando de las procesiones, el sacristán de las Madres me dijo que tal vez este año no saliesen las que costea y patrocina mi señora la Princesa.

—¿Y por qué causa?

—Por la muerte de Monseñor y el luto de la casa.

—Nada tiene que ver con la religión, Polonio.

Aquí la Princesa creyó del caso suspirar. El mayordomo se inclinó:

—Cierto, señora, certísimo. El sacristán lo decía contemplando mi obra. Ya sabe la señora Princesa… El Paso de las Caídas… Espero que mi señora se digne verlo…

El mayordomo se detuvo sonriendo ceremoniosamente. La Princesa asintió con un gesto, y luego volviéndose a mí pronunció con ligera ironía:

—¿Tú acaso ignoras que mi mayordomo es un gran artista?

El viejo se inclinó:

—¡Un artista!… Hoy día, señora, ya no hay artistas. Los hubo en la antigüedad.

Yo intervine con mi juvenil insolencia:

—¿Pero de qué época sois, señor Polonio?

El mayordomo repuso sonriendo:

—Vos tenéis razón, Excelencia… Hablando con verdad, no puedo decir que este sea mi siglo…

—Vos pertenecéis a la antigüedad más clásica y más remota. ¿Y cuál arte cultiváis, señor Polonio?

El señor Polonio repuso con suma modestia:

—Todas, Excelencia.

—¡Sois un nieto de Miguel Ángel!

—El cultivarlas todas no quiere decir que sea maestro en ellas, Excelencia.

La Princesa sonrió con aquella amable ironía que al mismo tiempo mostraba señoril y compasivo afecto por el viejo mayordomo.

—Xavier, tienes que ver su última obra: ¡El Paso de las Caídas! ¡Una maravilla!

Las dos ancianas juntaron las secas manos con infantil admiración:

—¡Si cuando joven hubiera querido ir a Roma…! ¡Oh!

El mayordomo lloraba enternecido:

—¡Señoras!… ¡Mis nobles señoras!

De pronto se oyó murmullo de juveniles voces que se aproximaban, y un momento después el coro de las cinco hermanas invadía la estancia. María Rosario traía puesto el blanco hábito que debía llevar durante toda la vida, y las otras se agrupaban en torno como si fuese una santa. Al verlas entrar, la Princesa se incorporó muy pálida: las lágrimas acudían a sus ojos, y luchaba en vano por retenerlas. Cuando María Rosario se acercó a besarle la mano, le echó los brazos al cuello y la estrechó amorosamente. Quedó después contemplándola, y no

pudo contener un grito de angustia:

—¡Hija!… ¡Hija del alma!…

Con el pañuelo sobre los ojos salió de la estancia. El grupo abrileño de sus hijas la siguió. Los gemidos de la madre resonaban trágicos:

—¡Hija!… ¡Hija del alma!…

COMO en sueños oí la voz del viejo mayordomo que hablaba después de un profundo silencio:

—Si merezco el honor… Perdonad, pero ahora van a llevarse esa pobre obra de mis manos pecadoras. Si queréis verla, apenas queda tiempo…

Las dos señoras se levantaron sacudiéndose las crujientes y arrugadas faldas:

—¡Oh!… Vamos allá.

Antes de salir ya comenzaron las explicaciones del señor polonio:

—Conviene saber que el Nazareno y el Cirineo son los mismos que había antiguamente. De mi mano son únicamente los judíos. Los hice de cartón. Ya conocen mi antigua manía de hacer caretas. Una manía y de las peores. Con ella di gran impulso a los Carnavales, que es la fiesta de Satanás. ¡Aquí, antes nadie se vestía de máscara, pero como yo regalaba a todo el mundo mis caretas de cartón!… ¡Dios me perdone! Los Carnavales de Ligura llegaron a ser famosos en Italia… Vengan por aquí sus Excelencias.

Pasamos a una gran sala que tenía las ventanas cerradas. El señor Polonio adelantose para abrirlas. Después se volvió pidiendo mil perdones, y nosotros entramos. Mis ojos quedaron extasiados al ver en medio de la sala unas andas con Jesús Nazareno, entre cuatro judíos torvos y barbudos. Las dos señoras lloraban de emoción.

—¡Si considerásemos lo que Nuestro Señor padeció por nosotros!

—¡Ay!… ¡Si lo considerásemos!

En presencia de aquellos cuatro judíos vestidos a la chamberga, era indudable que las devotas señoras lo consideraban. El señor Polonio daba vueltas en torno de las andas, y con los nudillos golpeaba suavemente las fieras cabezas de los cuatro deicidas.

—¡De cartón!… Sí, señoras, igual que las caretas. Fue una idea que me vino sin saber cómo.

Las damas repetían juntando las manos:

—¡Inspiración divina!…

—¡Inspiración de lo alto!…

El señor Polonio sonreía:

—Nadie, absolutamente nadie, creía que pudiese realizar la idea… Se burlaban de mí… Ahora, en cambio, todo se vuelven parabienes.

Oyéndole, las señoras repetían enternecidas:

—¡Inspiración!…

—¡Inspiración!…

Jesús Nazareno, desmelenado, lívido, sangriento, agobiado bajo el peso de la cruz, parecía clavar en nosotros su mirada dulce y moribunda. Los cuatro judíos, vestidos de rojo, le rodeaban fieros. El que iba delante tocaba la trompeta. Los que le daban escolta a uno y otro lado, llevaban sendas disciplinas, y aquel que caminaba detrás mostraba al pueblo la sentencia de Pilatos. Era un papel de música, y el mayordomo tuvo cuidado de advertirnos cómo en aquel tiempo de los gentiles tenían peor letra que ahora los escribanos, y cómo hacían unos garabatos muy semejantes a los que hacen los músicos. Volviéndose a mí con gravedad doctoral, continuó:

—Los moros y los judíos todavía escriben de una manera semejante. ¿Verdad, Excelencia?

Cuando el señor Polonio se hallaba en esta erudita explicación, llegó un sacristán capitaneando a cuatro devotos que venían para llevarse a la iglesia de los capuchinos aquel famoso Paso de las Caídas. El señor Polonio cubrió las andas con una colcha y les ayudó a levantarlas. Después les acompañó hasta la puerta.

—¡Cuidado!… No tropezar con las paredes… ¡Cuidado!

Enjugose los ojos y abrió una ventana para verlos salir. La primera preocupación del sacristán cuando asomó en la calle fue mirar al cielo, que estaba completamente encapotado. Luego púsose al frente y echó por medio. Los cuatro devotos iban casi corriendo. Las andas envueltas en la colcha roja bamboleaban sobre sus hombros. El señor Polonio se dirigió a nosotros:

—Sin cumplimiento: ¿Qué les ha parecido?

Las dos señoras estuvieron, como siempre, de acuerdo.

—¡Edificante!

—¡Edificante!

El señor Polonio sonrió beatíficamente y se volvió a la ventana con la mano

extendida hacia la calle para enterarse si llovía.

AQUELLA noche las hijas de la Princesa habíanse refugiado en la terraza, bajo la luna como las hadas de los cuentos: rodeaban a una amiga joven y muy bella, que de tiempo en tiempo me miraba llena de curiosidad. En el salón las señoras ancianas conversaban discretamente, y sonreían al oír las voces juveniles que llegaban en ráfagas, perfumadas con el perfume de las lilas que se abrían al pie de la terraza. Desde el salón distinguíase el jardín, inmóvil bajo la luna, que envolvía en pálida claridad la cima mustia de los cipreses y el balconaje de la terraza, donde un pavo real abría su abanico de quimera y de cuento.

Yo quise varias veces acercarme a María Rosario. Todo fue inútil: ella adivinaba mis intenciones, y alejábase cautelosa, sin ruido, con la vista baja y las manos cruzadas sobre el escapulario del hábito monjil que conservaba puesto. Viéndola a tal extremo temerosa, yo sentía halagado mi orgullo donjuanesco, y algunas veces, solo por turbarla, cruzaba de un lado al otro. La pobre niña al instante se prevenía para huir: yo pasaba aparentando no advertirlo.

Algunas veces entraba en el salón, y deteníame al lado de las viejas damas, que recibían mis homenajes con timidez de doncellas. Recuerdo que me hallaba hablando con aquella devota Marquesa de Pescara, cuando, movido por un obscuro presentimiento, volví la cabeza y busqué con los ojos la blanca figura de María Rosario: la santa ya no estaba.

Una nube de tristeza cubrió mi alma. Dejé a la vieja linajuda y salí a la terraza. Mucho tiempo permanecí reclinado sobre el florido balconaje de piedra contemplando el jardín. En el silencio perfumado cantaba un ruiseñor, y parecía acordar su voz con la voz de las fuentes. El reflejo de la luna iluminaba aquel sendero de los rosales que yo había recorrido otra noche. El aire suave y gentil, un aire a propósito para llevar suspiros, pasaba murmurando, y a lo lejos, entre mirtos inmóviles, ondulaba el agua de un estanque. Yo evocaba en la memoria el rostro de María Rosario, y no cesaba de pensar:

—¿Qué siente ella?… ¿Qué siente ella por mí?…

Bajé lentamente hacia el estanque. Las ranas que cantaban en la orilla saltaron al agua produciendo un ligero estremecimiento en el dormido cristal.

Había allí un banco de piedra y me senté. La noche y la luna eran propicias al ensueño, y pude sumergirme en una contemplación semejante al éxtasis. Confusos recuerdos de otros tiempos y otros amores se levantaron en mi memoria. Todo el pasado resurgía como una gran tristeza y un gran remordimiento. Mi juventud me parecía mar de soledad y de tormentas, siempre en noche. El alma languidecía en el recogimiento del jardín, y el mismo pensamiento volvía como el motivo de un canto lejano.

—¿Qué siente ella?… ¿Qué siente ella por mí?…

Ligeras nubes blancas erraban en torno de la luna y la seguían en su curso fantástico y vagabundo: empujadas por un soplo invisible, la cubrieron y quedó sumido en sombras el jardín. El estanque dejó de brillar entre los mirtos inmóviles: solo la cima de los cipreses permaneció iluminada. Como para armonizar con la sombra, se levantó una brisa que pasó despertando largo susurro en todo el recinto y trajo hasta mí el aroma de las rosas deshojadas. Lentamente volví hacia el Palacio: mis ojos se detuvieron en una ventana iluminada, y no sé qué obscuro presentimiento hizo palpitar mi corazón. Aquella ventana alzábase apenas sobre la terraza, permanecía abierta, y el aire ondulaba la cortina. Me pareció que por el fondo de la estancia cruzaba una sombra blanca. Quise acercarme, pero el rumor de unas pisadas bajo la avenida de los cipreses me detuvo: el viejo mayordomo paseaba a la luz de la luna sus ensueños de artista. Yo quedé inmóvil en el fondo del jardín, y contemplando aquella luz el corazón latía.

—¿Qué siente ella?… ¿Qué siente ella por mí?…

¡Pobre María Rosario! Yo la creía enamorada, y, sin embargo, mi corazón presentía no sé qué quimérica y confusa desventura. Quise volver a sumergirme en mi amoroso ensueño, pero el canto de un sapo repetido monótonamente bajo la arcada de los cipreses distraía y turbaba mi pensamiento. Recuerdo que de niño he leído muchas veces en un libro de devociones donde rezaba mi abuela, que el diablo solía tomar ese aspecto para turbar la oración de un santo monje. Era natural que a mí me ocurriese lo mismo. Yo, calumniado y mal comprendido, nunca fui otra cosa que un místico galante, como San Juan de la Cruz. En lo más florido de mis años hubiera dado gustoso todas las glorias mundanas para poder escribir en mis tarjetas: el Marqués de Bradomín, confesor de reinas y de emperatrices.

¿EN achaques de amor, quién no ha pecado? Yo estoy convencido de que el diablo tienta siempre a los mejores. Aquella noche el cornudo monarca del abismo encendió mi sangre con su aliento de llamas y despertó mi carne flaca, fustigándola con su rabo negro. Yo cruzaba la terraza cuando una ráfaga violenta alzó la flameante cortina, y mis ojos mortales vieron arrodillada en el fondo de la estancia la sombra pálida de María Rosario. No puedo decir lo que entonces pasó por mí. Creo que primero fue un impulso ardiente, y después una audacia fría y cruel: la audacia que se admira en los labios y en los ojos de aquel retrato que del divino César Borgia pintó el divino Rafael de Sanzio. Me volví mirando en torno: escuché un instante: en el jardín y en el Palacio todo era silencio. Llegué cauteloso a la ventana, y salté dentro. La santa dio un grito: se dobló blandamente como una flor cuando pasa el viento, y quedó tendida, desmayada, con el rostro pegado a la tierra. En mi memoria vive siempre el recuerdo de sus manos blancas y frías: ¡Manos diáfanas como la hostia!…

Al verla desmayada la cogí en brazos y la llevé a su lecho, que era como altar de lino albo, y de rizado encaje. Después, con una sombra de recelo, apagué la luz: quedó en tinieblas el aposento y con los brazos extendidos comencé a caminar en la obscuridad. Ya tocaba el borde de su lecho y percibía la blancura del hábito monjil, cuando el rumor de unos pasos en la terraza heló mi sangre, y me detuvo. Manos invisibles alzaron la flameante cortina y la claridad de la luna penetró en la estancia. Los pasos habían cesado: una sombra obscura se destacaba en el hueco iluminado de la ventana. La sombra se inclinó mirando hacia el fondo del aposento, y volvió a erguirse. Cayó la cortina, y escuché de nuevo el rumor de los pasos que se alejaban.

Inmóvil, yerto, anhelante, permanecí sin moverme. De tiempo en tiempo la cortina temblaba: un rayo de luna esclarecía el aposento, y con amoroso sobresalto mis ojos volvían a distinguir el cándido lecho y la figura cándida que yacía como la estatua en un sepulcro. Tuve miedo, y cauteloso llegué hasta la ventana. El sapo dejaba oír su canto bajo la arcada de los cipreses, y el jardín, húmedo y sombrío, susurrante y obscuro, parecía su reino. Salté la ventana como un ladrón, y anduve a lo largo de la terraza pegado al muro. De pronto, me pareció sentir leve rumor, como de alguno que camina recatándose. Me detuve y miré, pero en la inmensa sombra que el Palacio tendía sobre la terraza y el jardín, nada podía verse. Seguí adelante, y apenas había dado algunos pasos

cuando un aliento jadeante rozó mi cuello, y la punta de un puñal desgarró mi hombro. Me volví con fiera presteza: un hombre corría a ocultarse en el jardín. Le reconocí con asombro, casi con miedo, al cruzar un claro iluminado por la luna, y desistí de seguirle, para evitar todo escándalo. Más, mucho más que la herida, me dolía dejar de castigarle, pero ello era forzoso, y entreme en el Palacio, sintiendo el calor tibio de la sangre correr por mi cuerpo. Musarelo, mi criado, que dormitaba en la antecámara, despertose al ruido de mis pasos y encendió las luces de un candelabro. Después se cuadró militarmente:

—A la orden, mi capitán.

—Acércate, Musarelo…

Y tuve que apoyarme en la puerta para no caer. Musarelo era un soldado veterano que me servía desde mi entrada en la Guardia Noble. En voz baja y serena, le dije:

—Vengo herido…

Me miró con ojos asustados:

—¿Dónde, señor?

—En el hombro.

Musarelo levantó los brazos al cielo, y clamó con la pasión religiosa de un fanático.

—¡A traición sería!…

Yo sonreí. Musarelo juzgaba imposible que un hombre pudiese herirme cara a cara:

—Sí, fue a traición. Ahora véndame, y que nadie se entere…

El soldado comenzó a desabrocharme la bizarra ropilla. Al descubrir la herida, yo sentí que sus manos temblaban, y le dije sonriendo:

—No te desmayes, Musarelo.

—No, mi capitán.

Y todo el tiempo mientras me curaba, estuvo repitiendo por lo bajo:

—¡Ya buscaremos a ese bergante!…

No, no era posible buscarle. El bergante estaba bajo la protección de la Princesa, y acaso en aquel instante le refería las hazañas de su puñal. Torturado por este pensamiento, pasé la noche inquieto y febril. Quería adivinar lo venidero, y perdíame en cavilaciones. Aún recuerdo que mi corazón tembló como el corazón de un niño, cuando volví a verme enfrente de la Princesa Gaetani.

—¡QUÉ infamia!… ¡Dios mío, venid en mi ayuda!…

Oí tales palabras al entrar en la biblioteca, que por hallarse a obscuras suponía solitaria, y quien las pronunciaba era la Princesa. Desde aquel momento tuve por cierto que la noble señora lo sabía todo, y, cosa extraña, al dejar de dudar dejé de temer. Con la sonrisa en los labios y atusándome el mostacho entré en la biblioteca:

—Me pareció oíros, y no quise pasar sin saludaros, Princesa. La Princesa estaba pálida como una muerta:

—¡Gracias!

En pie, tras el sillón que ocupaba la dama, hallábase el mayordomo, y en la penumbra de la biblioteca, yo le adivinaba asaetándome con los ojos. La Princesa inclinose hojeando un libro. Sobre el vasto recinto se cernía el silencio como un murciélago de maleficio, que solo se anuncia por el aire frío de sus alas. Yo comprendía que la noble señora buscaba herirme con su desdén, y un poco indeciso, me detuve en medio de la estancia. Mi orgullo levantábase en ráfagas, pero sobre los labios temblorosos estaba la sonrisa. Supe dominar mi despecho y me acerqué galante y familiar:

—¿Estáis enferma, señora?

—No…

La Princesa continuaba hojeando el libro, y hubo otro largo silencio. Al cabo suspiró dolorida, incorporándose en su sillón:

—Vamos, Polonio…

Y seguida del mayordomo, sin mirarme, atravesó el largo salón de la biblioteca. Yo sentí la afrenta, pero todavía supe dominarme, y le dije:

—Princesa, esperad que os cuente cómo esta noche me han herido…

Y mi voz, velada por un temblor nervioso, tenía cierta amabilidad felina que puso miedo en el corazón de la Princesa. Yo la vi palidecer y detenerse mirando al mayordomo: después murmuró fríamente, casi sin mover los labios:

—¿Dices que te han herido?…

Su mirada se clavó en la mía, y sentí el odio en aquellos ojos redondos y vibrantes como los ojos de las serpientes. Un momento creí que llamase a sus criados para que me arrojasen del Palacio, pero temió hacerme tal afrenta, y desdeñosa siguió hasta la puerta, donde se volvió levemente:

—¡Ah!… No tuve carta autorizando tu estancia en Ligura.

Yo repuse sonriendo, sin apartar mis ojos de los suyos:

—Será preciso volver a escribir.

—¿Quién?

—Quien escribió antes: María Rosario…

La Princesa no esperaba tanta osadía y tembló. Mi leyenda, una leyenda juvenil, apasionada y violenta, ponía en aquellas palabras un nimbo satánico. Los ojos de la Princesa se llenaron de lágrimas, y como eran todavía muy bellos, mi corazón de andante caballero tuvo un remordimiento. Por fortuna las lágrimas de la Princesa no llegaron a rodar, solo empañaron el claro iris de su pupila. Tenía el corazón de una gran dama y supo triunfar del miedo: sus labios se plegaron por el hábito de la sonrisa, sus ojos me miraron con amable indiferencia, y su rostro cobró una expresión calma, serena, tersa, como esas santas de aldea que parecen mirar benévolamente a los fieles. Detenida en la puerta, me interrogó:

—¿Y cómo te han herido?

—En el jardín, señora…

La Princesa, sin moverse del umbral, escuchó la historia que yo quise contarle. Atendía sin mostrar sorpresa, sin desplegar los labios, sin hacer un gesto. Por aquel camino de mutismo intentaba quebrantar mi audacia, y como yo adivinaba su intención, me complacía hablando sin reposo para velar su silencio. Mis últimas palabras fueron acompañadas de una profunda cortesía, pero ya no tuve valor para besarle la mano.

—¡Adiós, Princesa!… Avisadme si tenéis noticias de Roma.

Crucé la silenciosa biblioteca y salí. Después, meditando a solas si debía abandonar el Palacio Gaetani, resolví quedarme. Quería mostrar a la Princesa, que cuando suelen otros desesperarse, yo sabía sonreír, y que donde otros son humillados, yo era triunfador. ¡El orgullo ha sido siempre mi mayor virtud!

PERMANECÍ todo el día retirado en mi cámara. Hallábame cansado como después de una larga jornada, sentía en los párpados una aridez febril, y sentía los pensamientos enroscados y dormidos dentro de mí, como reptiles. A veces se despertaban y corrían sueltos, silenciosos, indecisos: ya no eran aquellos pensamientos de orgullo y de conquista, que volaban como águilas con

las garras abiertas. Ahora mi voluntad flaqueaba, sentíame vencido y solo quería abandonar el Palacio. Hallábame combatido por tales bascas, cuando entró Musarelo:

—Mi capitán, un padre capuchino desea hablaros.

—Dile que estoy enfermo.

—Se lo he dicho, señor.

Iba yo a replicar, pero en aquel momento una mano levantó el majestuoso cortinaje de terciopelo carmesí.

—Perdonad que os moleste, joven caballero.

Un viejo de luenga barba, vestido con el sayal de los capuchinos, estaba en el umbral de la puerta. Su aspecto venerable me impuso respeto.

—Entrad, reverendo padre.

Y adelantándome le ofrecí un sillón. El capuchino rehusó sentarse, y sus barbas de plata se iluminaron con la sonrisa grave y humilde de los santos. Volvió a repetir:

—Perdonad que os moleste…

Hizo una pausa esperando a que saliese Musarelo, y después continuó:

—Joven caballero, poned atención en cuanto voy a deciros, y líbreos el cielo de menospreciar mi aviso. ¡Acaso pudiera costaras la vida! Prometedme que después de haberme oído no querréis saber más, porque responderos me sería imposible. Vos comprenderéis que este silencio lo impone un deber de mi estado religioso, y que todo cristiano ha de respetarlo. ¡Vos sois cristiano!…

Yo repuse inclinándome profundamente:

—Soy un gran pecador, reverendo padre.

El rostro del capuchino volvió a iluminarse con indulgente sonrisa.

—Todos lo somos, hijo mío.

Después, con las manos juntas y los ojos cerrados, permaneció un momento como meditando. En las hundidas cuencas casi se transparentaba el globo de los ojos, bajo el velo descarnado y amarillento de los párpados. Al cabo de algún tiempo continuó:

—Mi palabra y mi fe no deben seros sospechosas, puesto que ningún vil interés me trae a vuestra presencia. Solamente me guía una poderosa inspiración, y no dudo que es vuestro ángel quien se sirve de mí para salvaros la vida, no pudiendo comunicar con vos. Ahora decidme si estáis conmovido y si puedo daros el consejo que guardo en mi corazón.

—No lo dudéis, reverendo padre. Vuestras palabras me han hecho sentir algo

semejante al terror. Yo juro seguir vuestro consejo, si en su ejecución no hallo nada contra mi honor de caballero.

—Está bien, hijo mío. Espero que por un sentimiento de caridad, suceda lo que suceda, a nadie hablaréis de este pobre capuchino.

—Lo prometo por mi fe de cristiano, reverendo padre… Pero hablad, os lo ruego.

—Hoy, después de anochecido, salid por la cancela del jardín, y bajad rodeando la muralla. Encontraréis una casa terreña que tiene en el tejado un cráneo de buey: llamad allí. Os abrirá una vieja, y le diréis que deseáis hablarla: con esto solo os hará entrar. Es probable que ni siquiera os pregunte quién sois, pero si lo hiciese, dad un nombre supuesto. Una vez en la casa, rogadle que os escuche, y exigidle secreto sobre lo que vais a confiarle. Es pobre, y debéis mostraros liberal con ella, porque así os servirá mejor. Veréis cómo inmediatamente cierra su puerta para que podáis hablar sin recelo. Vos entonces hacedle entender que estáis resuelto a recobrar el anillo, y cuanto ha recibido con él. No olvidéis esto: el anillo, y cuanto ha recibido con él. Amenazadla si se resiste, pero no hagáis ruido, ni la dejéis que pida socorro. Procurad persuadirla ofreciéndole doble dinero del que alguien le ha ofrecido por perderos. Estoy seguro que acabará haciendo aquello que le mandéis, y que todo os costará bien poco, pero aun cuando así no fuese, vuestra vida debe seros más preciada que todo el oro del Perú. No me preguntéis más, porque más no puedo deciros… Ahora, antes de abandonaros, juradme que estáis dispuesto a seguir mi consejo.

—Sí, reverendo padre, seguiré la inspiración del ángel que os trajo.

—¡Así sea!

El capuchino trazó en el aire una lenta bendición, y yo incliné la cabeza para recibirla. Cuando salió, confieso que no tuve ánimos de reír. Con estupor, casi con miedo, advertí que en mi mano faltaba un anillo que llevaba desde hacía muchos años y solía usar como sello. No pude recordar dónde lo había perdido. Era un anillo antiguo: tenía el escudo grabado en amatista, y había pertenecido a mi abuelo el Marqués de Bradomín.

BAJÉ al jardín, donde volaban los vencejos en la sombra azul de la tarde. Las veredas de mirtos seculares, hondas y silenciosas, parecían caminos

ideales que convidaban a la meditación y al olvido, entre frescos aromas que esparcían en el aire las hierbas humildes que brotaban escondidas como virtudes. Llegaba a mí sofocado y continuo el rumor de las fuentes sepultadas entre el verde perenne de los mirtos, de los laureles y de los bojes. Una vibración misteriosa parecía salir del jardín solitario, y un afán desconocido me oprimía el corazón. Yo caminaba bajo los cipreses, que dejaban caer de sus cimas un velo de sombra. Desde lejos, como a través de larga sucesión de pórticos, distinguí a María Rosario sentada al pie de una fuente, leyendo en un libro: seguí andando con los ojos fijos en aquella feliz aparición. Al ruido de mis pasos alzó levemente la cabeza, y con dos rosas de fuego en las mejillas volvió a inclinarla, y continuó leyendo. Yo me detuve porque esperaba verla huir, y no encontraba las delicadas palabras que convenían a su gracia eucarística de lirio blanco. Al verla sentada al pie de la fuente, sobre aquel fondo de bojes antiguos, leyendo el libro abierto en sus rodillas, adiviné que María Rosario tenía por engaño del sueño mi aparición en su alcoba. Al cabo de un momento volvió a levantar la cabeza, y sus ojos, en un batir de párpados, echaron sobre mí una mirada furtiva. Entonces le dije:

—¿Qué leéis en este retiro?

Sonrió tímidamente:

—La vida de la Virgen María.

Tomé el libro de sus manos, y al cedérmelo, mientras una tenue llamarada encendía de nuevo sus mejillas, me advirtió:

—Tened cuidado que no caigan las flores disecadas que hay entre las páginas.

—No temáis…

Abrí el libro con religioso cuidado, aspirando la fragancia delicada y marchita que exhalaba como un aroma de santidad. En voz baja leí:

—«La ciudad mística de sor María de Jesús, llamada de Agreda».

Volví a entregárselo, y ella, al recibirlo, interrogó sin osar mirarme:

—¿Acaso conocéis este libro?

—Lo conozco porque mi padre espiritual lo leía cuando estuvo prisionero en los Plomos de Venecia.

María Rosario, un poco confusa, murmuró:

—¡Vuestro padre espiritual! ¿Quién es vuestro padre espiritual?

—El Caballero de Casanova.

—¿Un noble español?

—No, un aventurero veneciano.
—¿Y un aventurero?…
Yo la interrumpí:
—Se arrepintió al final de su vida.
—¿Se hizo fraile?
—No tuvo tiempo, aun cuando dejó escritas sus confesiones.
—¿Como San Agustín?
—¡Lo mismo! Pero humilde y cristiano, no quiso igualarse con aquel doctor de la iglesia, y las llamó Memorias.
—¿Vos las habéis leído?
—Es mi lectura favorita.
—¿Serán muy edificantes?
—¡Oh!… ¡Cuánto aprenderíais en ellas!… Jacobo de Casanova fue gran amigo de una monja en Venecia.
—¿Como San Francisco fue amigo de Santa Clara?
—Con una amistad todavía más íntima.
—¿Y cuál era la regla de la monja?
—Carmelita.
—Yo también seré carmelita.
María Rosario calló ruborizándose, y quedó con los ojos fijos en el cristal de la fuente, que la reflejaba toda entera. Era una fuente rústica cubierta de musgo: tenía un murmullo tímido como de plegaria, y estaba sepultada en el fondo de un claustro circular, formado por arcos de antiquísimos bojes. Yo me incliné sobre la fuente, y como si hablase con la imagen que temblaba en el cristal de agua, murmuré:
—¡Vos, cuando estéis en el convento, no seréis mi amiga!
María Rosario se apartó vivamente:
—¡Callad!… ¡Callad, os lo suplico!…
Estaba pálida y juntaba las manos, mirándome con sus hermosos ojos angustiados. Me sentí tan conmovido que solo supe inclinarme en demanda de perdón. Ella gimió:
—Callad, porque de otra suerte no podré deciros…
Se llevó las manos a la frente, y estuvo así un instante. Yo veía que toda su figura temblaba. De repente, con una fuerza trágica se descubrió el rostro, y clamó enronquecida:
—¡Aquí vuestra vida peligra!… ¡Salid hoy mismo!

Y corrió a reunirse con sus hermanas, que venían por una honda carrera de mirtos, las unas en pos de las otras hablando y cogiendo flores para el altar de la capilla. Me alejé lentamente. Empezaba a declinar la tarde, y sobre la piedra de armas que coronaba la puerta del jardín, se arrullaban dos palomas, que huyeron al acercarme. Tenían adornado el cuello con alegres listones de seda tal vez anudados un día por aquellas manos místicas y ardientes que solo hicieron el bien sobre la tierra. Matas de viejos alhelíes florecían en las grietas del muro, y los lagartos tomaban el sol sobre las piedras caldeadas, cubiertas de un liquen seco y amarillento. Abrí la cancela y quedé un momento contemplando aquel jardín lleno de verdor umbrío y de reposo señorial. El sol poniente dejaba un reflejo dorado sobre los cristales de una tone que aparecía cubierta de negros vencejos, y en el silencio de la tarde se oía el murmullo de las fuentes y las voces de las cinco hermanas.

SIGUIENDO el muro del jardín, llegué a la casa terrena que tenía el cráneo de buey en el tejado. Una vieja hilaba sentada en el quicio de la puerta, y por el camino pasaban rebaños de ovejas levantando nubes de polvo. La vieja al verme llegar se puso de pie:

—¿Qué deseáis?

Y al mismo tiempo, con un gesto de bruja avarienta, humedecía en los labios decrépitos el dedo pulgar para seguir torciendo el lino. Yo le dije:

—Tengo que hablaros.

A la vista de dos sequines, la vieja sonrió agasajadora.

—¡Pasad!… ¡Pasad!…

Dentro de la casa ya era completamente de noche, y la vieja tuvo que andar a tientas para encender un candil de aceite. Luego de colgarle en un clavo, volvióse a mí:

—¿Veamos qué desea tan gentil caballero?

Y sonreía mostrando la caverna desdentada de su boca. Yo hice un gesto indicándole que cerrase la puerta, y obedeció solícita, no sin echar antes una mirada al camino por donde un rebaño desfilaba tardo al son de las esquilas soñolientas. Después vino a sentarse en un taburete debajo del candil, y me dijo juntando sobre el regazo las manos que parecían un haz de huesos:

—Por sabido tengo que estáis enamorado, y vuestra es la culpa si no sois feliz. Antes hubieseis venido, y antes tendríais el remedio.

Oyéndola hablar de esta suerte comprendí que se hacía pasar por hechicera, y no pude menos de sorprenderme, recordando las misteriosas palabras del capuchino. Quedé un momento silencioso, y la vieja, esperando mi respuesta, no me apartaba los ojos astutos y desconfiados. De pronto le grité:

—Sabed, señora bruja, que tan solo vengo por un anillo que me han robado.

La vieja se incorporó horriblemente demudada:

—¿Qué decís?

Y quiso correr hacia la puerta para abrirla, pero yo le puse una pistola al pecho, y retrocedió hacia un rincón dando suspiros. Entonces sin moverme le dije:

—Vengo dispuesto a daros doble dinero del que os han prometido por obrar el maleficio, y lejos de perder, ganaréis entregándome el anillo y cuanto os trajeron con él…

Se levantó del suelo todavía dando suspiros, y vino a sentarse en el taburete, debajo del candil que, al oscilar, tan pronto dejaba toda la figura en la sombra, como iluminaba el pergamino del rostro y de las manos. Lagrimeando murmuró:

—Perderé cinco sequines, pero vos me daréis lo doble cuando sepáis… Porque acabo de reconoceros.

—¿Decid entonces quién soy?

—Sois un caballero español que sirve en la Guardia Noble del Santo Padre.

—¿No sabéis mi nombre?

—Sí, esperad…

Y quedó un momento con la cabeza inclinada, procurando acordarse. Yo veía temblar sobre sus labios palabras que no podían oírse. De pronto me dijo:

—Sois el Marqués de Bradomín.

Juzgué entonces que debía sacar de la bolsa los diez sequines prometidos y mostrárselos. La vieja al verlos lloró enternecida.

—Excelencia, nunca os hubiera hecho morir, pero os hubiera quitado la lozanía…

—Explicadme eso.

—Venid conmigo…

LA vieja había descolgado el candil: alzábale sobre su cabeza para alumbrarse mejor, y me mostraba el fondo de su vivienda, que hasta entonces, por estar entre sombras, no había podido ver. Al oscilar la luz, yo distinguía claramente, sobre las paredes negras de humo, redomas, lagartos, huesos puestos en cruz, piedras lucientes, clavos y tenazas. La bruja puso el candil en tierra y se agachó revolviendo en la ceniza de un brasero.

—Ved aquí vuestro anillo.

Y lo limpió cuidadosamente en la falda antes de dármelo, y quiso ella misma colocarlo en mi mano.

—¿Por qué os trajeron este anillo?

—Para hacer el sortilegio era necesaria una piedra que llevaseis desde hacía muchos años.

—¿Y cómo me la robaron?

—Estando dormido, señor.

—¿Y vos qué intentabais hacer?

—Ya antes os lo dije… Me mandaban privaros de toda vuestra fuerza viril… Hubierais quedado como un niño acabado de nacer…

Al oír tal no pude menos de sonreír incrédulo:

—¿Cómo obraríais ese prodigio?

—Vais a verlo.

Siguió revolviendo en la ceniza y descubrió una figura de cera toda desnuda, acostada en el fondo del brasero. Aquel ídolo, esculpido sin duda por el mayordomo, tenía una grotesca semejanza conmigo. Mirándole yo reía largamente, mientras la bruja rezongaba:

—¡Ahora os burláis! Desgraciado de vos si hubiese bañado esa figura en sangre de mujer, según mi ciencia… ¡Y todavía más desgraciado cuando la hubiese fundido en las brasas!…

—¿Era eso todo?

—Sí…

—Tened vuestros diez sequines. Ahora abrid la puerta.

La vieja me miró astuta.

—¿Ya os vais, Excelencia? ¿No deseáis nada de mí? Si me dais otros diez sequines yo haré delirar por vuestros amores a la señora Princesa. ¿No queréis, Excelencia?

Yo repuse secamente:

—No.

La vieja entonces tomó del suelo el candil y abrió la puerta. Salí al camino, que estaba desierto. Era completamente de noche, y comenzaban a caer gruesas gotas de agua, que me hicieron apresurar el paso. Mientras me alejaba iba pensando en el reverendo capuchino que había tenido tan cabal noticia de todo aquello. Hallé cerrada la cancela del jardín, y tuve que hacer un largo rodeo. Daban las nueve en el reloj de la catedral cuando atravesaba el arco románico que conducía a la plaza donde se alzaba el Palacio Gaetani.

LA Princesa, durante la tertulia, no me habló ni me miró una sola vez. Yo, temiendo que aquel desdén fuese advertido, decidí retirarme. Con la sonrisa en los labios llegué al estrado donde la noble señora hablaba suspirando. Cogí audazmente su mano, y haciéndole sentir la fuerza de la mía, la besé. Vi palidecer intensamente sus mejillas y brillar el odio en sus ojos; sin embargo, supe inclinarme con galante rendimiento y solicitar su venia para retirarme. Ella repuso fríamente:

—Eres dueño de hacer tu voluntad.

—¡Gracias, Princesa!…

Salí del salón en medio de un profundo silencio. Sentíame humillado, y comprendía que acababa de hacerse imposible mi estancia en el Palacio. Pasé la noche en el retiro de la biblioteca, preocupado con este pensamiento, oyendo batir monótonamente el agua en los cristales de las ventanas. Sentíame presa de un afán doloroso y contenido, algo que era insensata impaciencia de mí mismo, y de las horas, y de todo cuanto me rodeaba. Veíame como prisionero en aquella biblioteca obscura, y buscaba entrar en mi verdadera conciencia, para juzgar todo lo acaecido durante aquel día con serena y firme reflexión. Quería resolver, quería decidir, y extraviábase mi pensamiento, y mi voluntad desaparecía, y todo esfuerzo era vano.

¡Fueron horas de tortura indefinible! Ráfagas de una insensata violencia agitaban mi alma. Con el vértigo de los abismos me atraían aquellas acechanzas misteriosas, urdidas contra mí en la sombra perfumada de los grandes salones. Luchaba inútilmente por dominar mi orgullo y convencerme que era más altivo y más gallardo abandonar aquella misma noche, en medio de la tormenta, el

Palacio Gaetani. Advertíame presa de una desusada agitación, y al mismo tiempo comprendía que no era dueño de vencerla, y que todas aquellas larvas que entonces empezaban a removerse dentro de mí, habían de ser fatalmente furias y sierpes. Con un presentimiento sombrío sentía que mi mal era incurable y que mi voluntad era impotente para vencer la tentación de hacer alguna cosa audaz, irreparable. ¡Era aquello el vértigo de la perdición!…

María Rosario se me aparecía como una muerta adorada. Veíala lejos, semejante a las pálidas y castas estrellas. Era para mí un dolor desesperado aquella certeza que tenía de no besar ya nunca sus manos cándidas y olorosas como los lirios de un altar, y este pensamiento me atormentaba sin tregua: era un pensamiento vivo, palpitante como una entraña: era acaso el mismo corazón que me dolía cual si una garra lo estrujase. Otros pensamientos de cólera, de audacia, de violencia, surgían al mismo tiempo, quién sabe de qué profundidades, alzábanse dentro de mí, y relampagueaban sobre los abismos del alma. De pronto, igual que el viento en las tormentas, experimentaba súbitas calmas llenas de ansiedad y de sorpresa, de espanto y de angustia, como si mi alma atravesase las soledades de un desierto. Eran entonces mis pensamientos semejantes a gatos monteses: se recogían para darme un nuevo asalto, y mi corazón en la espera tenía golpes y sobresaltos imprevistos, y mi espíritu parecía despertarse como si saliese de un sueño, y luchaba para no volver a sumergirse en aquella dolorosa inconsciencia.

A pesar de la lluvia, abrí la ventana. Necesitaba respirar el aire fresco de la noche. El cielo estaba negro y amenazador: una ráfaga cálida y húmeda pasó sobre mi cabeza: algunos pájaros sin nido buscaban albergue bajo el alar, y con estremecimientos llenos de frío sacudían el plumaje mojado, piando tristemente: suspiraban por la primavera, la gentil enamorada que con sus galas reverdece los troncos añosos, aquella que canta en las ramas y duerme en los nidos, aquella que se baña en las fuentes con risa de alborada y deja en los zarzales su carne de flores: mariposa blanca, alondra cantora, juvenilia de luz, alma de aromas.

LAS ventanas de la biblioteca daban sobre la Plaza de los Dominicos. Aún recuerdo aquellas procesiones largas, tristes, rumorosas, que salían del convento, y desfilaban en medio de grandes chubascos. Había procesiones al

rayar el día, y procesiones por la tarde, y procesiones a la media noche. Las cofradías eran innumerables. Entonces la Semana Santa tenía fama en aquella vieja ciudad pontificia. Yo la pasé en gran edificación.

De remotas aldeas, de olvidados casales, llegaban todos los días piadosas huestes de aldeanos. El choclear de sus madreñas sobre las losas de la plaza producía un ruido devastador. Iban llegando lentamente como un rebaño descarriado: los primeros aparecían cuando aún la mañana temblaba cristalina bajo la lluvia del rocío, y los últimos entraban en la ciudad cuando la tarde moría en la púrpura primaveral del ocaso. Yo los veía llegar por un camino orillado de álamos, ya cubiertos de bullentes hojas, y las verdes ramas, sin nidos, temblaban con estremecimientos juveniles. Las procesiones de aldeanos se detenían siempre ante las puertas del Palacio Gaetani.

Aquellos abuelos de blancas guedejas, aquellos zagales asoleados, aquellas mujeres con niños en brazos, levantaban los ojos hacia las ventanas, saludando con una salmodia humilde a las cinco hermanas que asomaban a verlos. María Rosario los socorría a todos, y ellos lloraban al recibir la limosna, y besaban la borona, y besaban la mazorca del maíz, y besaban la mano que les ofrecía el bien de caridad, y rezaban para que el cielo hiciese una santa de aquella noble Princesina. La última vez que los vi llegar fue aquel lluvioso amanecer…

En la plaza resonaba la canturía de una procesión lejana. La iglesia del convento tenía las puertas abiertas, y en el fondo brillaba el altar iluminado. Oíase la voz senil de una carraca. Las devotas salían de la iglesia y se cobijaban bajo el arco de la plaza para ver llegar la procesión. La lluvia redoblando en los paraguas, y el chapoteo de los pies en los charcos contrastaba con la nota tibia y sensual de las enaguas blancas que asomaban bordeando los vestidos negros como espumas que bordean sombrío oleaje de tempestad. Las dos señoras de los negros y crujientes vestidos de seda, salieron de la iglesia, y pisando en la punta de los pies, atravesaron corriendo la plaza, para ver la procesión desde las ventanas del Palacio. Una ráfaga agitaba sus mantos.

Empezaba a cerrarse el nublado. Entre las nubes tormentosas apenas lucía el sol pálido y enfermizo. Caían gruesas gotas de agua que dejaban un lamparón obscuro en las losas de la plaza. Cuando la procesión asomó bajo el arco, ya llovía a torrentes. La vimos desfilar desde el balcón de la biblioteca, arrodillados devotamente, sintiendo a cada instante en la cara el salpicar de la lluvia arremolinada por el viento. Pasaron primero los Hermanos del Calvario, silenciosos y encapuchados. Después los Hermanos de la Pasión, con hopas

amarillas y cirios en las manos. Luego seguían los Pasos: Jesús en el Huerto de las Olivas, Jesús ante Pilatos, Jesús ante Herodes, Jesús atado a la columna.

Bajo aquella lluvia fría y cenicienta tenían una austeridad triste y desolada. El último en aparecer fue el Paso de las Caídas. Sin cuidarse del agua, las damas se arrastraron de rodillas hasta la balaustrada del balcón. Oyose la voz trémula del mayordomo:

—¡Ya llega! ¡Ya llega!

Llegaba, sí, pero cuán diferente de como lo habíamos visto la primera vez en una sala del Palacio. Los cuatro judíos depusieran su fiereza bajo la lluvia. Sus cabezas de cartón se despintaban: ablandábanse los cuerpos y flaqueaban, las piernas como si fuesen a hincarse de rodillas. Parecían arrepentidos. Las dos señoras vieron en aquello un milagro, y todavía repitieron, llenas de unción:

—¡Edificante, Antonina!

—¡Edificante, Lorencina!

La lluvia caía sin tregua como un castigo, y desde un balcón vecino llegaban con vaguedad de poesía y de misterio, los arrullos de dos tórtolas que cuidaba una vieja enlutada y consumida que rezaba entre dos cirios encendidos, colocados en altos candeleros, tras los cristales.

MEDITABA retirado en mi cámara cuando la voz cascada del mayordomo vino a sacarme un momento del penoso cavilar.

—Excelencia, este pliego.

—¿Quién lo ha traído?

—Un correo que acaba de llegar.

Abrí el pliego y pasé por él una mirada. Monseñor Sansoferrato me ordenaba presentarme en Roma. Sin acabar de leerlo me volví al mayordomo, mostrando un profundo desdén.

—Señor Polonio, que dispongan mi silla de posta.

El mayordomo preguntó hipócritamente:

—¿Vais a partir, señor?

—Antes de una hora.

—¿Lo sabe mi señora la Princesa?

—Vos cuidaréis de decírselo.

—¡Muy honrado, señor!

Me hizo una profunda reverencia, y quiso retirarse, pero yo le detuve:

—Escuchad, señor Polonio.

—Mandad, Excelencia.

Y cada vez se inclinaba con mayor respeto. Yo le clavé los ojos, mirándole en silencio: me pareció que no podía dominar su inquietud. Adelantando un paso, le dije:

—Como recuerdo de mi visita, quiero que conservéis esta piedra.

Y sonriendo me saqué de la mano aquel anillo, que tenía en una amatista grabadas mis armas. El mayordomo me miró con ojos extraviados.

—¡Perdonad!

Y sus manos agitadas rechazaban el anillo. Yo insistí:

—Tomadlo.

Inclinó la cabeza y lo recibió temblando. Entonces con un gesto imperioso le señalé la puerta.

—Ahora salid.

El mayordomo llegó a la puerta, y deteniéndose en el umbral, murmuró resuelto y acobardado a la vez:

—Guardad vuestro anillo, Excelencia.

Y con arrogancia de criado lo arrojó sobre una mesa. Yo le miré amenazador:

—Presumo que vais a salir por la ventana, señor Polonio.

Retrocedió, gritando con energía:

—¡Conozco vuestro pensamiento! No basta a vuestra venganza el maleficio con que habéis deshecho aquellos cuatro judíos, obra de mis manos, y con ese anillo queréis embrujarme. Solamente por arte diabólico habéis podido recobrarle. ¡Yo haré que os delaten al Santo Oficio!…

Y huyó de mi presencia haciendo la señal de la cruz como si huyese del diablo.

¡QUÉ triste es para mí el recuerdo de aquel día! María Rosario estaba en el fondo de un salón llenando de rosas los floreros de la capilla. Cuando yo entré quedose un momento indecisa: sus ojos miraron medrosos hacia la puerta, y luego se volvieron a mí con un ruego tímido y ardiente. Llenaba en aquel

momento el último florero, y sobre sus manos deshojose una rosa. Yo entonces la dije, sonriendo:

—¡Hasta las rosas se mueren por besar vuestras manos!

Ella también sonrió contemplando las hojas que había entre sus dedos, y después con leve soplo las hizo volar. Quedamos silenciosos: era la caída de la tarde y el sol doraba una ventana con sus últimos reflejos: los cipreses del jardín levantaban sus cimas pensativas en el azul del crepúsculo, al pie de la vidriera iluminada. Dentro apenas si se distinguía la forma de las cosas, y en el recogimiento del salón las rosas esparcían un perfume tenue y las palabras morían lentamente igual que la tarde. Mis ojos buscaban los ojos de María Rosario con el empeño de aprisionarlos en la sombra. Ella suspiró angustiada como si el aire le faltase, y apartándose el cabello de la frente con ambas manos, huyó hacia la ventana. Yo, temeroso de asustarla, no intenté seguirla, y solo le dije después de un largo silencio:

—¿No me daréis una rosa?

Volviose lentamente y repuso en voz tenue:

—Si la queréis…

Dudó un instante y de nuevo se acercó. Procuraba mostrarse serena, pero yo veía temblar sus manos sobre los floreros al elegir la rosa. Con una sonrisa llena de angustia me dijo:

—Os daré la mejor.

Ella seguía buscando en los floreros. Yo suspiré romántico:

—La mejor está en vuestros labios.

Me miró apartándose pálida y angustiada.

—No sois bueno… ¿Por qué me decís esas cosas?

—Por veros enojada.

—¡Algunas veces me parecéis el demonio!…

—El demonio no sabe querer.

Quedose silenciosa. Apenas podía distinguirse su rostro en la tenue claridad del salón, y solo supe que lloraba cuando estallaron sus sollozos. Me acerqué queriendo consolarla:

—¡Oh!… Perdonadme.

Y mi voz fue tierna, apasionada y sumisa. Yo mismo, al oírla, sentí su extraño poder de seducción. Era llegado el momento supremo, y presintiéndolo, mi corazón se estremecía con el ansia de la espera cuando está próxima una gran ventura. María Rosario cerraba los ojos con espanto, como al borde de un

abismo. Su boca descolorida parecía sentir una voluptuosidad angustiosa. Yo cogí sus manos que estaban yertas: ella me las abandonó sollozando, con un frenesí doloroso.

—¿Por qué os gozáis en hacerme sufrir?… ¡Si sabéis que todo es imposible!…

—¡Imposible!… Yo nunca esperé conseguir vuestro amor… ¡Ya sé que no lo merezco!… Solamente quiero pediros perdón y oír de vuestros labios que rezaréis por mí cuando esté lejos.

—¡Callad!… ¡Callad!…

—Os contemplo tan en alto, tan lejos de mí, tan ideal, que juzgo vuestras oraciones como las de una santa.

—¡Callad!… ¡Callad!…

—Mi corazón agoniza sin esperanza. Acaso podré olvidaros; pero tened seguro que este amor habrá sido para mí como un fuego purificador.

—¡Callad!… ¡Callad!…

Yo tenía lágrimas en los ojos, y sabía que cuando se llora, las manos pueden arriesgarse a ser audaces. ¡Pobre María Rosario, quedóse pálida como una muerta, y pensé que iba a desmayarse en mis brazos! Aquella niña era una santa, y viéndome a tal extremo desgraciado, no tenía valor para mostrarse más cruel conmigo. Cerraba los ojos, y gemía agoniada:

—¡Dejadme!… ¡Dejadme!…

Yo murmuré:

—¿Por qué me aborrecéis tanto?

Me miró despavorida, como si al sonido de mi voz se despertase, y arrancándose de mis brazos huyó hacia la ventana que doraban todavía los últimos rayos del sol. Apoyó la frente en los cristales y comenzó a sollozar. En el jardín se levantaba el canto de un ruiseñor que evocaba, en la sombra azul de la tarde, un recuerdo ingenuo de santidad.

—¡Entra!… ¡Entra!…

María Rosario llamaba a la más niña de sus hermanas que, con una muñeca en brazos, asomaba en la puerta del salón.

—¡ENTRA!… ¡Entra!…

La llamaba afanosa, tendiéndole los brazos desde el fondo de la ventana. La niña, sin moverse, le mostró la muñeca.

—Me la hizo Polonio.

—Ven a enseñármela.

—¿No la ves así?…

—No, no la veo.

María Nieves acabó por decidirse, y entró corriendo: los cabellos flotaban sobre su espalda como una nube de oro. Era llena de gentileza, con movimientos de pájaro, alegres y ligeros: María Rosario, viéndola llegar, sonreía, cubierto el rostro de rubor y sin secar las lágrimas. Inclinose para besarla, y la niña se le colgó del cuello, hablándole al oído:

—¡Si le hicieses un vestido a mi muñeca!…

—¿Cómo lo quieres?…

—Azul.

María Rosario le acariciaba los cabellos, reteniéndola a su lado. Yo veía cómo sus dedos trémulos desaparecían bajo la infantil y olorosa crencha. En voz baja le dije:

—¿Qué temíais de mí?

Sus mejillas llamearon.

—Nada…

Y aquellos ojos, como no he visto otros hasta ahora, ni los espero ver ya, tuvieron para mí una mirada tímida y amante. Callábamos conmovidos, y la niña empezó a referirnos la historia de su muñeca: se llamaba Yolanda, y era una princesa. Cuando le hiciesen aquel vestido azul, le pondrían también una corona. María Nieves hablaba sin descanso: sonaba su voz con murmullo alegre, continuo, como el borboteo de una fuente. Recordaba cuántas muñecas había tenido, y quería contar la historia de todas: unas habían sido princesas, otras pastoras. Eran largas historias confusas, donde se repetían continuamente las mismas cosas. La niña extraviábase en aquellos relatos como en el jardín encantado del ogro las tres niñas hermanas, Andara, Magalona y Aladina… De pronto huyó de nuestro lado. María Rosario la llamó sobresaltada:

—¡Ven!… ¡No te vayas!

—No me voy.

Corría por el salón, y la cabellera de oro le revoloteaba sobre los hombros.

Como cautivos, la seguían a todas partes los ojos de María Rosario: volvió a suplicarle:

—¡No te vayas!…

—Si no me voy.

La niña hablaba desde el fondo obscuro del salón. María Rosario, aprovechando el instante, murmuró con apagado acento:

—Marqués, salid de Ligura…

—¡Sería renunciar a veros!

—¿Y acaso no es hoy la última vez? Mañana entraré en el convento. ¡Marqués, oíd mi ruego!…

—Quiero sufrir aquí… Quiero que mis ojos, que no lloran nunca, lloren cuando os vistan el hábito, cuando os corten los cabellos, cuando las rejas se cierren ante vos. Quién sabe si al veros sagrada por los votos, mi amor terreno no se convertirá en una devoción. ¡Vos sois una santa!…

—¡Marqués, no digáis impiedades!

Y me clavó los ojos tristes, suplicantes, guarnecidos de lágrimas como de oraciones purísimas. Entonces ya parecía olvidada de la niña que, sentada en un canapé, adormecía su muñeca con viejas tonadillas del tiempo de las abuelas. En la sombra de aquel vasto salón donde las rosas esparcían su aroma, la canción de la niña tenía el encanto de esas rancias galanterías que parece se hayan desvanecido con los últimos sones de un minué.

MARÍA Rosario temblaba bajo mis ojos como una flor de sensitiva. Yo adivinaba en sus labios el anhelo y el temor de hablarme. De pronto me miró ansiosa parpadeando como si saliese de un sueño. Con los brazos tendidos hacia mí, murmuró arrebatada, casi violenta:

—Salid hoy mismo para Roma. Os amenaza un peligro y tenéis que defenderos. Habéis sido delatado al Santo Oficio.

Yo repetí, sin ocultar mi sorpresa:

—¿Delatado al Santo Oficio?

—Sí, por brujo… Vos habíais perdido un anillo, y por arte diabólica lo recobrasteis… ¡Eso dicen, Marqués!

Yo exclamé con ironía:

—¿Y quien lo dice es vuestra madre?

—¡No!…

Sonreí tristemente:

—¡Vuestra madre, que me aborrece porque vos me amáis!

—¡Jamás!… ¡Jamás!…

—¡Pobre niña!, vuestro corazón tiembla por mí, presiente los peligros que me cercan, y quiere prevenirlos.

—¡Callad, por compasión!… ¡No acuséis a mi madre!…

—¿Acaso ella no llevó su crueldad hasta acusaros a vos misma? ¿Acaso creyó vuestras palabras cuando le jurabais que no me habíais visto una noche?…

—¡Sí, las creyó!

María Rosario había dejado de temblar. Erguíase inmaculada y heroica, como las santas entre las fieras del circo. Yo insistí, con triste acento, gustando el placer doloroso y supremo del verdugo:

—No, no fuisteis creída. Vos lo sabéis. ¡Y cuántas lágrimas han vertido en la obscuridad vuestros ojos!

María Rosario retrocedió hacia el fondo de la ventana:

—¡Sois brujo!… ¡Han dicho la verdad!… ¡Sois brujo!…

Luego, rehaciéndose, quiso huir, pero yo la detuve:

—Escuchadme.

Ella me miraba con los ojos extraviados, haciendo la señal de la cruz:

—¡Sois brujo!… ¡Por favor, dejadme!

Yo murmuré con desesperación:

—¿También vos me acusáis?

Llevándose las manos a la frente, gimió:

—Decid entonces, ¿cómo habéis sabido?…

La miré largo rato en silencio, hasta que sentí descender sobre mi espíritu el numen sagrado de los profetas.

—Lo he sabido, porque habéis rezado mucho para que lo supiese… ¡He tenido en un sueño revelación de todo!…

María Rosario respiraba anhelante. Otra vez quiso huir, y otra vez la detuve. Desfallecida y resignada, miró hacia el fondo del salón, llamando a la niña:

—¡Ven, hermana!… ¡Ven!

Y le tendía los brazos: la niña acudió corriendo: María Rosario la estrechó contra su pecho alzándola del suelo, pero estaba tan desfallecida de fuerzas, que apenas podía sostenerla, y suspirando con fatiga tuvo que sentarla sobre el alféizar de la ventana. Los rayos del sol poniente circundaron como una aureola la cabeza infantil: la crencha sedeña y olorosa fue como onda de luz sobre los

hombros de la niña. Yo busqué en la sombra la mano de María Rosario:

—¡Curadme!…

Ella murmuró retirándose:

—¿Y cómo?…

—Jurad que me aborrecéis.

—Eso no…

—¿Y amarme?

—Tampoco. ¡Mi amor no es de este mundo!

Y su voz era tan triste al pronunciar estas palabras que yo sentí una emoción voluptuosa como si cayese sobre mi corazón rocío de lágrimas purísimas. Inclinándome para beber su aliento y su perfume, murmuré en voz baja y apasionada.

—Vos me pertenecéis. Hasta la celda del convento os seguirá mi culto mundano. Solamente por vivir en vuestro recuerdo y en vuestras oraciones moriría gustoso.

—¡Callad!… ¡Callad!…

María Rosario, con el rostro intensamente pálido, tendía sus manos temblorosas hacia la niña que estaba sobre el alféizar, circundada por el último resplandor de la tarde, como un arcángel en una antigua vidriera. El recuerdo de aquel momento, aún pone en mis mejillas un frío de muerte. Ante nuestros ojos espantados se abrió la ventana, con ese silencio de las cosas inexorables, que están determinadas en lo invisible, y han de suceder por un destino fatal y cruel. La figura de la niña, inmóvil sobre el alféizar, se destacó un momento en el azul del cielo donde palidecían las primeras estrellas, y cayó al jardín, cuando llegaban a tocarla los brazos de la hermana.

—¡FUE Satanás! ¡Fue Satanás!…

Aún resuenan en mi oído los gritos angustiados de María Rosario:

—¡Fue Satanás!… ¡Fue Satanás!…

La niña estaba inerte sobre la escalinata. El rostro aparecía entre el velo de los cabellos, blanco como un lirio, y de la rota sien manaba el hilo de sangre que los iba empapando. La hermana, como una poseída, gritaba:

—¡Fue Satanás!… ¡Fue Satanás!…

Levanté a la niña en brazos y sus ojos se abrieron un momento llenos de tristeza. La cabeza ensangrentada y blanca rodó yerta sobre mi hombro, y los ojos se cerraron de nuevo, lentos como dos agonías. Los gritos locos de la hermana resonaban en el silencio del jardín:

—¡Fue Satanás!… ¡Fue Satanás!…

La cabellera de oro, aquella cabellera fluida como la luz, olorosa como un huerto, estaba negra de sangre. Yo la sentí pesar sobre mi hombro semejante a la fatalidad en un destino trágico. Con la niña en brazos subí la escalinata. En lo alto salió a mi encuentro el coro angustiado de las hermanas. Yo escuché su llanto y sus gritos, yo sentí la muda interrogación de aquellos rostros pálidos que tenían el espanto en los ojos. Los brazos se tendían hacia mí desesperados, y ellos recogieron el cuerpo de la hermana, y lo llevaron hacia el Palacio. Yo quedé inmóvil, sin valor para ir detrás, contemplando la sangre que tenía en las manos. Desde el fondo de las estancias llegaba hasta mí el lloro de las hermanas y los gritos ya roncos de aquella que clamaba enloquecida:

—¡Fue Satanás!… ¡Fue Satanás!…

Sentí miedo. Bajé a las caballerizas y con ayuda de un criado enganché los caballos a la silla de posta. Partí al galope. Al desaparecer bajo el arco de la plaza, volví los ojos llenos de lágrimas para enviarle un adiós al Palacio Gaetani. En la ventana, siempre abierta, me pareció distinguir una sombra trágica y desolada. ¡Pobre sombra envejecida, arrugada, miedosa que vaga todavía por aquellas vastas estancias, y todavía cree verme acechándola en la obscuridad! Me contaron que ahora, al cabo de tantos años, ya repite sin pasión, sin duelo, con la monotonía de una vieja que reza:

—¡Fue Satanás!… ¡Fue Satanás!…

SONATA DE ESTÍO

MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMÍN

NOTA

Estas páginas son un fragmento de las «Memorias Amables», que empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. ¡Aquel viejo cínico, descreído y galante como un cardenal del Renacimiento!

...QUERÍA olvidar unos amores desgraciados y pensé recorrer el mundo en romántica peregrinación. Aquella mujer tiene en la historia de mi vida un recuerdo galante, cruel y glorioso, como lo tienen en la historia de los pueblos, Thais, la de Grecia, y Ninon, la de Francia, esas dos cortesanas menos bellas que su destino. ¡Acaso el único destino que merece ser envidiado! Yo hubiérale tenido igual, y quizás más grande, de haber nacido mujer. Entonces lograría lo que jamás pude lograr. A las mujeres, para ser felices, les basta con no tener escrúpulos, y, probablemente, no los hubiera tenido esa quimérica Marquesa de Bradomín. Dios mediante haría como las gentiles marquesas de mi tiempo que ahora se confiesan todos los viernes, después de haber pecado todos los días. Por cierto que algunas se han arrepentido todavía bellas y tentadoras, olvidando que basta un punto de contrición al sentir cercana la vejez.

Por aquellos días de peregrinación sentimental era yo joven y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza. Creía de buena fe en muchas cosas que ahora pongo en duda, y libre de escepticismos, dábame buena prisa a gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz con esa felicidad indefinible que da el poder amar a todas las mujeres. Sin ser un donjuanista, he vivido una juventud amorosa y apasionada, pero de amor juvenil y bullente, de pasión equilibrada y sanguínea. Los decadentismos de la generación nueva no los he sentido jamás. Todavía hoy, después de haber pecado tanto, tengo las mañanas triunfantes y no puedo menos de sonreír recordando que hubo una época lejana donde lloré por muerto a mi corazón: muerto de celos, de rabia y de amor.

Decidido a correr tierras, al principio dudé sin saber adónde dirigir mis pasos; después, dejándome llevar de un impulso romántico, fui a México. Yo sentía levantarse en mi alma como un canto homérico, la tradición aventurera y noble de todo mi linaje. Uno de mis antepasados, Gonzalo de Sandoval, había

fundado en aquellas tierras el reino de la Nueva Galicia, otro había sido Inquisidor General, y todavía el Marqués de Bradomín, conservaba allí los restos de un mayorazgo, deshecho entre legajos de un pleito. Sin meditarlo más, resolví atravesar los mares. Me atraía la leyenda mexicana con sus viejas dinastías y sus dioses crueles.

Embarqué en Londres, donde vivía emigrado desde la traición de Vergara, e hice el viaje a la vela, en aquella fragata *Dalila* que después naufragó en las costas del Yucatán. Como un aventurero de otros tiempos, iba a perderme en la vastedad del viejo Imperio Azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, entre restos ciclópeos que hablan de civilizaciones, de cultos, de razas que fueron y solo tienen par en ese misterioso cuanto remoto Oriente.

Aun cuando toda la navegación tuvimos tiempo de bonanza, como yo iba herido de mal de amores, apenas salía de mi camarote ni hablaba con nadie. Cierto que viajaba para olvidar, pero hallaba tan novelescas mis cuitas, que no me resolvía a ponerlas en olvido. En todo me ayudaba aquello de ser inglesa la fragata y componerse el pasaje de herejes y mercaderes.

¡CUÁN diferente había sido mi primer viaje a bordo del *Masanielo*, aquel navío genovés de tres puentes, que conducía viajeros de todas las partes del mundo! Recuerdo que al tercer día ya tuteaba a un príncipe napolitano, y no hubo entonces damisela mareada, a cuya pálida y despeinada frente no sirviese mi mano de reclinatorio. Érame divertido entrar en los corros que se formaban sobre cubierta a la sombra de grandes toldos de lona, y aquí chapurrear el italiano con los mercaderes griegos de rojo fez y fino bigote negro, y allá encender el cigarro en la pipa de los misioneros armenios. Había gente de toda laya: tahúres que parecían diplomáticos, cantantes con los dedos cubiertos de sortijas, abates barbilindos que dejaban un rastro de almizcle, y generales americanos, y toreros españoles, y judíos rusos, y grandes señores ingleses. Una farándula exótica y pintoresca que con su algarabía causaba vértigo y mareo. Era por los mares de Oriente, con rumbo a Jafa. Yo iba como peregrino a Tierra Santa.

El amanecer de las selvas tropicales, cuando sus macacos aulladores y sus

verdes bandadas de guacamayos saludan al sol, me ha recordado muchas veces los tres puentes del navío genovés, con su feria babélica de tipos, de trajes y de lenguas, pero más, mucho más me los recordaron las horas untadas de opio que constituían la vida a bordo de la fragata *Dalila*. Por todas partes asomaban rostros pecosos y bermejos, cabellos azafranados y ojos perjuros. Herejes y mercaderes en el puente, herejes y mercaderes en la cámara. ¡Cualquiera tendría para desesperarse! Yo, sin embargo, lo llevaba con paciencia. Mi corazón estaba muerto, tan muerto, que no digo la trompeta del Juicio, ni siquiera unas castañuelas le resucitarían. Desde que el cuitado diera las boqueadas, yo parecía otro hombre: habíame vestido de luto, y en presencia de las mujeres, a poco lindos que tuviesen los ojos, adoptaba una actitud lúgubre de poeta sepulturero y doliente. En la soledad del camarote edificaba mi espíritu con largas reflexiones, considerando cuán pocos hombres tienen la suerte de llorar a los veinte años una infidelidad que hubiera cantado el divino Petrarca.

Por no ver aquella taifa luterana, apenas asomaba sobre cubierta. Solamente cuando el sol declinaba iba a sentarme en la popa, y allí, libre de importunos, pasábame las horas viendo borrarse la estela de la fragata. El mar de las Antillas, con su trémulo seno de esmeralda donde penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitan palacios de cristal en el fondo de los lagos. Pensaba siempre en mi primer viaje. Allá, muy lejos, en la lontananza azul donde se disipan las horas felices, percibía como en esbozo fantástico las viejas placenterías. El lamento informe y sinfónico de las olas, despertaba en mí un mundo de recuerdos: perfiles desvanecidos, ecos de risas, murmullo de lenguas extranjeras, y los aplausos y el aleteo de los abanicos mezclándose a las notas de la tirolesa que en la cámara de los espejos cantaba Lili. Era una resurrección de sensaciones, una esfumación luminosa del pasado, algo etéreo, brillante, cubierto de polvo de oro, como esas reminiscencias que los sueños nos dan a veces de la vida.

NUESTRA primera escala en aguas de México, fue San Juan de Tuxtlan. Recuerdo que era media mañana cuando bajo un sol abrasador que resecaba las maderas y derretía la brea, dimos fondo en aquellas aguas de bruñida plata. Los barqueros indios, verdosos como antiguos bronces, asaltan la

fragata por ambos costados, y del fondo de sus canoas sacan exóticas mercancías: cocos esculpidos, abanicos de palma y bastones de carey, que muestran sonriendo como mendigos a los pasajeros que se apoyan sobre la borda. Cuando levanto los ojos hasta los peñascos de la ribera, que asoman la tostada cabeza entre las olas, distingo grupos de muchachos desnudos que se arrojan desde ellos y nadan grandes distancias, hablándose a medida que se separan y lanzando gritos. Algunos descansan sentados en las rocas, con los pies en el agua: otros se encaraman para secarse al sol, que los ilumina de soslayo, gráciles y desnudos, como figuras de un friso del Parthenon.

Por huir del enojo que me causaba la vida a bordo, decidime a desembarcar. No olvidaré nunca las tres horas mortales que duró el pasaje desde la fragata a la playa. Aletargado por el calor, voy todo este tiempo echado en el fondo de la canoa de un negro africano que mueve los remos con lentitud desesperante. A través de los párpados entornados, veía erguirse y doblarse sobre mí, guardando el mareante compás de la bogada, aquella figura de carbón, que unas veces me sonríe con sus abultados labios de gigante, y otras silba esos aires cargados de religioso sopor, una música compuesta solamente de tres notas tristes, con que los magnetizadores de algunas tribus salvajes adormecen a las grandes culebras. Así debía ser el viaje infernal de los antiguos en la barca de Carón: sol abrasador, horizontes blanquecinos y calcinados, mar en calma sin brisas ni murmullos, y en el aire todo el calor de las fraguas de Vulcano.

Cuando arribamos a la playa, se levantaba una fresca ventolina, y el mar, que momentos antes semejaba de plomo, empezaba a rizarse. La *Dalila* no tardaría en levar anclas para aprovechar el viento que llegaba tras largos días de calma. Solamente me quedaban algunas horas para recorrer aquel villaje indio. De mi paseo por las calles arenosas de San Juan de Tuxtlan conservo una impresión somnolente y confusa, parecida a la que deja un libro de grabados hojeado perezosamente en la hamaca durante el bochorno de la siesta. Hasta me parece que cerrando los ojos, el recuerdo se aviva y cobra relieve. Vuelvo a sentir la angustia de la sed y el polvo: atiendo el despacioso ir y venir de aquellos indios ensabanados como fantasmas, oigo la voz melosa de aquellas criollas ataviadas con graciosa ingenuidad de estatuas clásicas, el cabello suelto, los hombros desnudos, velados apenas por rebocillo de transparente seda.

Aun a riesgo de que la fragata se hiciese al mar, busqué un caballo y me aventuré hasta las ruinas de Tequil. Un indio adolescente me sirvió de guía. El calor era insoportable. Casi siempre al galope, recorrí extensas llanuras de Tierra

Caliente, plantíos que no acaban nunca, de henequén y caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica revestidas de maleza espesa y verdinegra. En la llanura los chaparros tendían sus ramas, formando una a modo de sombrilla gigantesca, y sentados en rueda, algunos indios, vestidos con zaragüelles de lienzo, devoraban la miserable ración de tamales.

Nosotros seguíamos una senda roja y polvorienta. El guía, casi desnudo, corría delante de mi caballo. Sin hacer alto una sola vez, llegamos a Tequil. En aquellas ruinas de palacios, de pirámides y de templos gigantes, donde crecen polvorientos sicómoros y anidan verdes reptiles, he visto por vez primera una singular mujer, a quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dulcemente la Niña Chole. Me pareció la Salambó de aquellos palacios. Venía de camino hacia San Juan de Tuxtlan y descansaba a la sombra de una pirámide, entre el cortejo de sus servidores. Era una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas, una figura hierática y serpentina, cuya contemplación evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del sol, que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y voluptuoso. Vestía como las criollas yucatecas, albo hipil recamado con sedas de colores, vestidura indígena semejante a una tunicela antigua, y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras ayer españolas, llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil, jugaba sobre el clásico seno. Por desgracia, yo solamente podía verla el rostro aquellas raras veces que hacia mí lo tornaba, y la Niña Chole tenía esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud estática y sagrada de la raza maya, raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la Asiria. Pero a cambio del rostro, desquitábame en aquello que no alcanzaba a velar el rebocillo, admirando cómo se merecía la tornátil morbidez de los hombros y el contorno del cuello. ¡Válgame Dios! Me parecía que de aquel cuerpo bruñido por el ardiente sol de México se exhalaban lánguidos efluvios, y que yo los aspiraba, los bebía, que me embriagaba con ellos…

Un criado indio trae del diestro el palafrén de aquella Salambó, que le habla en su vieja lengua y cabalga sonriendo. Entonces, al verla de frente, el corazón me dio un vuelco. Tenía la misma sonrisa de Lili. ¡Aquella Lili, no sé si amada, si aborrecida!

DESCANSÉ en un bohío levantado en medio de las ruinas, y adormecí en la hamaca colgada de un cedro gigantesco que daba sombra a la puerta. El campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente. La brisa aromada y fecunda de los crepúsculos tropicales oreaba mi frente. La campiña toda se estremecía cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa.

Adormecido por el ajetreo, el calor y el polvo, soñé como un árabe que imaginase haber traspasado los umbrales del paraíso. ¿Necesitaré decir que las siete huríes con que me regaló el profeta eran siete criollas vestidas de fustán e hipil, y que todas tenían la sonrisa de Lili y el mirar de la Niña Chole? Verdaderamente, aquella Salambó de los palacios de Tequil empezaba a preocuparme demasiado. Lo advertí con terror, porque estaba seguro de concluir enamorándome locamente de sus lindos ojos si tenía la desgracia de volver a verlos. Afortunadamente las mujeres que así tan de súbito nos cautivan, suelen no aparecerse más que una vez en la vida. Pasan como sombras envueltas en el misterio de un crepúsculo ideal. Si volviesen a pasar, quizá desvaneceríase el encanto. ¡Y a qué volver, si una mirada suya basta a comunicarnos todas las secretas melancolías del amor!

¡Oh románticos devaneos, pobres hijos del ideal, nacidos durante algunas horas de viaje! ¿Quién llegó a viejo y no ha sentido estremecerse el corazón bajo la caricia de vuestra ala blanca? ¡Yo guardo en el alma tantos de estos amores! Aun hoy, con la cabeza llena de canas, viejo prematuro, no puedo recordar sin melancolía un rostro de mujer, entrevisto cierta madrugada entre Urbino y Roma, cuando yo estaba en la Guardia Noble de Su Santidad: es una figura de ensueño pálida y suspirante, que flota en lo pasado y esparce, sobre todos mis recuerdos juveniles, el perfume ideal de esas flores secas que, entre cartas y rizos, guardan los enamorados, y en el fondo de algún cofrecillo parecen exhalar el cándido secreto de los primeros amores.

Los ojos de la Niña Chole habían removido en mi alma tan lejanas memorias, tenues como fantasmas, blancas como bañadas por luz de luna. Aquella sonrisa, evocadora de la sonrisa de Lili, había encendido en mi sangre tumultuosos deseos, y en mi espíritu ansia vaga de amor. Rejuvenecido y feliz, con cierta felicidad melancólica, suspiraba por los amores ya vividos, al mismo

tiempo que me embriagaba con el perfume de aquellas rosas abrileñas que tornaban a engalanar el viejo tronco. El corazón tanto tiempo muerto, sentía con la ola de savia juvenil que lo inundaba nuevamente, la nostalgia de viejas sensaciones: sumergíase en la niebla del pasado y saboreaba el placer de los recuerdos, ese placer de moribundo que amó mucho y en formas muy diversas. ¡Ay, era delicioso aquel estremecimiento que la imaginación excitada comunicaba a los nervios!…

Y en tanto, la noche detendía por la gran llanura su sombra llena de promesas apasionadas, y los pájaros de largas alas volaban de las ruinas. Di algunos pasos y, con voces que repitió el eco milenario de aquellos palacios, llamé al indio que me servía de guía. Con el overo ya embridado asomó tras un ídolo gigantesco esculpido en piedra roja. Cabalgué y partimos. El horizonte relampagueaba. Un vago olor marino, olor de algas y brea, mezclábase por veces al mareante de la campiña, y allá, muy lejos, en el fondo obscuro del Oriente, se divisaba el resplandor rojizo de la selva que ardía. La Naturaleza, lujuriosa y salvaje, aún palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecundada. En aquellas tinieblas pobladas de susurros nupciales y de moscas de luz que danzan entre las altas hierbas, raudas y quiméricas, me parecía respirar una esencia suave, deliciosa, divina, la esencia que la primavera vierte al nacer en el cáliz de las flores y en los corazones.

YA metida la noche llegamos a San Juan de Tuxtlan. Descabalgué y, arrojando al guía las riendas del caballo, por una calle solitaria bajé solo a la playa. Al darme en el rostro la brisa del mar, avizoreme pensando si la fragata habría zarpado. En estas dudas iba, cuando percibo a mi espalda blando rumor de pisadas descalzas. Un indio ensabanado se me acerca.

—¿No tiene mi amito alguna cosita que me ordenar?

—Nada, nada…

El indio hace señal de alejarse.

—¿Ni precisa que le guíe, niño?

—No preciso nada.

Sombrío y musitando, embózase mejor en la sábana que le sirve de clámide y se va. Yo sigo adelante camino de la playa. De pronto la voz mansa y humilde

del indio llega nuevamente a mi oído. Vuelvo la cabeza y le descubro a pocos pasos. Venía a la carrera y cantaba los gozos de Nuestra Señora de Guadalupe. Me dio alcance y murmuró emparejándose.

—De verdad, niño, si se pierde no sabrá salir de los médanos…

El hombre empieza a cansarme, y me resuelvo a no contestarle. Esto, sin duda, le anima porque sigue acosándome buen rato de camino. Calla un momento y luego, en tono misterioso, añade:

—¿No quiere que le lleve junto a una chinita, mi jefe?… Una tapatía de quince años que vive aquí mérito. Ándele, niño, verá bailar el jarabe. Todavía no hace un mes que la perdió el amo del ranchito de Huaxila. Niño Nacho, ¿no sabe?

De pronto se interrumpe, y con un salto de salvaje plántaseme delante en ánimo y actitud de cenarme el paso: encorvado, el sombrero en una mano a guisa de broquel, la otra echada fieramente atrás, armada de una faca ancha y reluciente. Confieso que me sobrecogí. El paraje era a propósito para tal linaje de asechanzas: médanos pantanosos cercados de negros charcos donde se reflejaba la luna, y allá lejos una barraca de siniestro aspecto con los resquicios iluminados por la luz de dentro. Quizá me dejo robar entonces si llega a ser menos cortés el ladrón y me habla torvo y amenazante, jurando arrancarme las entrañas y prometiendo beberse toda mi sangre. Pero en vez de la intimación breve e imperiosa que esperaba, le escucho murmurar con su eterna voz de esclavo:

—No se llegue, mi amito, que puede clavarse…

Oírle y recobrarme fue obra de un instante. El indio ya se recogía, como un gato montés, dispuesto a saltar sobre mí. Pareciome sentir en la medula el frío del acero: tuve horror a morir apuñalado, y de pronto me sentí fuerte y valeroso. Con ligero estremecimiento en la voz, grité al truhán adelantando un paso, apercibido a resistirle:

—¡Andando o te dejo seco!

El indio no se movió. Su voz de siervo pareciome llena de ironía:

—¡No se arrugue, valedor!… Si quiere pasar, ahí mérito, sobre esa piedra, arríe la plata. Ándele, luego, luego.

Otra vez volví a tener miedo de aquella faca reluciente. Sin embargo, murmuré resuelto:

—¡Ahora vamos a verlo, bandido!

No tenía armas, pero en las ruinas de Tequil a una india joven que vendía

pieles de jaguar, cocos delicadamente esculpidos, idolillos, caracoles marinos, y el diablo sabe cuántas cosas raras y exóticas, había tenido el capricho de comprarle un bastón que me encantó por la rareza de sus labores. Aún lo conservo: parece el cetro de un rey negro, tan oriental y al mismo tiempo tan ingenua y primitiva es la fantasía con que está labrado. Me afirmé los quevedos, requerí el palo, y con gentil compás de pies, como diría un bravo de ha dos siglos, adelanté hacia el ladrón, que dio un paso, procurando herirme de soslayo. Por ventura mía, la luna dábale de lleno y advertí el ataque en sazón de evitarlo. Recuerdo confusamente que intenté un desarme con amago a la cabeza y golpe al brazo, y que el indio lo evitó jugándome la luz con destreza de salvaje. Después no sé. Solo conservo una impresión angustiosa como de pesadilla. El médano iluminado por la luna; la arena negra y movediza donde se entierran los pies; el brazo que se cansa; la vista que se turba; el indio que desaparece, vuelve, me acosa, se encorva y salta con furia fantástica de gato embrujado; y cuando el palo va a desprenderse de mi mano, un bulto que huye y el brillo de la faca que pasa sobre mi cabeza y queda temblando como víbora de plata clavada en el árbol negro y retorcido de una cruz hecha de dos troncos chamuscados…

Quedeme un momento azorado y sin darme cuenta cabal del suceso. Como a través de niebla muy espesa, vi abrirse sigilosamente la puerta de la barraca y salir dos hombres a catear la playa. Recelé algún encuentro como el pasado y tomé a buen paso camino del mar. Llegué a punto que largaba un bote de la fragata, donde iban el segundo de a bordo y el capellán. Gríteles, me conocieron y mandaron virar para recogerme. Ya con el pie sobre la borda exclamé:

—¡Buen susto!…

A contar iba mi aventura con el indio, cuando sin saber por qué cambié de propósito y me limité a decir:

—¡Buen susto! ¡Creí que la *Dalila* habría zarpado!

Y el segundo, que como buen marino era desabrido en el habla, tornando a colocar la caña del timón, repuso en mal castellano y sin volverse:

—Hasta mañana en la noche, Sir.

Arrastró una alfombrilla y doblando el cuerpo como el jinete que quiere dar ayudas al caballo, gritó:

—¡Avante!

Seis remos cayeron en el mar, y el bote arrancó como una flecha.

LLEGADO que fui a la fragata, recogime a mi camarote, y, como estuviese muy fatigado, me acosté en seguida. Cátate que no bien apago la luz, empiezan a removerse las víboras mal dormidas del deseo que desde todo el día llevaba enroscadas al corazón, apercibidas a morderle. Al mismo tiempo, sentíame invadido por una gran melancolía, llena de confusión y de misterio. La melancolía del sexo, germen de la gran tristeza humana. El recuerdo de la Niña Chole, perseguíame con mariposeo ingrávido y terco. Su belleza índica, y aquel encanto sacerdotal, aquella gracia serpentina, y el mirar sibilino, y las caderas ondulosas, la sonrisa inquietante, los pies de niña, los hombros desnudos, todo cuanto la mente adivinaba, cuanto los ojos vieran, todo, todo era hoguera voraz en que mi carne ardía. Me figuraba que las formas juveniles y gloriosas de aquella Venus de bronce florecían entre céfiros, y que veladas primero se entreabrían turgentes, frescas, lujuriosas, fragantes, como rosas de Alejandría en los jardines de Tierra Caliente. Y era tal el poder sugestivo del recuerdo, que, en algunos momentos, creí respirar el perfume voluptuoso, que, al andar, esparcía su falda, con ondulaciones suaves.

Poco a poco, cerrome los ojos la fatiga, y el arrullo monótono y regular del agua, acabó de sumirme en un sueño amoroso, febril e inquieto, representación y símbolo de mi vida. Desperteme al amanecer con los nervios vibrantes, cual si hubiese pasado la noche en un invernadero entre plantas exóticas, de aromas raros, afroditas y penetrantes. Sobre mi cabeza sonaban voces confusas y blando pataleo de pies descalzos, todo ello acompañado de mucho chapoteo y trajín. Empezaba la faena del baldeo. Me levanté y subí al puente. Heme ya respirando la ventolina que huele a brea y algas. En aquella hora el calor es deleitante. Percíbense en el aire estremecimientos voluptuosos: el horizonte ríe bajo un hermoso sol.

Envuelto en el rosado vapor que la claridad del alba extendía sobre el mar azul, adelantaba un esquife. Era tan esbelto, ligero y blanco, que la clásica comparación con la gaviota y con el cisne veníale de perlas. En las bancas traía hasta seis remeros. Bajo un palio de lona levantado a popa se guarecía del sol una figura vestida de blanco. Cuando el esquife tocó la escalera de la fragata, ya estaba yo allí, en confusa espera de no sé qué gran ventura. Una mujer venía sentada al timón. El toldo solamente me deja ver el borde de la falda y los pies de reina calzados con chapines de raso blanco, pero mi alma la adivina. ¡Es ella,

la Salambó de los palacios de Tequil!… Sí, era ella, más gentil que nunca, velada apenas en el rebocillo de seda. Hela en pie sobre la banca, apoyada en los hercúleos hombros de un marinero negro. El labio abultado y rojo de la criolla sonríe con la gracia inquietante de una egipcia; de una turania. Sus ojos, envueltos en la sombra de las pestañas, tienen algo de misterioso, de quimérico y lejano, algo que hace recordar las antiguas y nobles razas que en remotas edades fundaron grandes imperios en los países del sol… El esquife cabecea al costado de la fragata. La criolla, entre asustada y divertida, se agarra a los crespos cabellos del gigante, que impensadamente la toma al vuelo y se lanza con ella a la escala. Los dos ríen envueltos en un salsero que les moja la cara. Ya sobre cubierta, el coloso negro la deja sola y se aparta secreteando con el contramaestre.

Yo gano la cámara por donde necesariamente han de pasar. Nunca el corazón me latiera con más violencia. Recuerdo perfectamente que estaba desierta y un poco obscura. Las luces del amanecer cabrilleaban en los cristales. Pasa un momento. Oigo voces y gorjeos, un rayo de sol más juguetón, más vivo, más alegre, ilumina la cámara, y en el fondo de los espejos se refleja la imagen de la Niña Chole.

FUE aquel uno de esos largos días de mar encalmados y bochornosos que navegando a vela no tienen fin. Solo de tiempo en tiempo alguna ráfaga cálida pasaba entre las jarcias y hacía flamear el velamen. Yo andaba avizorado y errabundo, con la esperanza de que la Niña Chole se dejase ver sobre cubierta algún momento. Vana esperanza. La Niña Chole permaneció retirada en su camarote. Acaso por esto las horas me parecieron como nunca llenas de tedio. Desengañado de aquella sonrisa que yo había visto y amado en otros labios, fui a sentarme en la popa.

Sobre el dormido cristal de esmeralda la fragata dejaba una estela de bullentes rizos. Sin saber cómo resurgió en mi memoria cierta canción americana que Nieves Agar, la amiga querida de mi madre, me enseñaba hace muchos años, allá en tiempos, cuando yo era rubio como un tesoro y solía dormirme en el regazo de las señoras que iban de tertulia al Palacio de Bradomín. Esta afición a dormir en un regazo femenino la conservo todavía. ¡Pobre Nieves Agar, cuántas

veces me has mecido en tus rodillas al compás de aquel danzón que cuenta la historia de una criolla más bella que Atala, dormida en hamaca de seda, a la sombra de los cocoteros! ¡Tal vez la historia de otra Niña Chole!

Ensoñador y melancólico permanecí toda la tarde sentado a la sombra del foque, que caía lacio sobre mi cabeza. Solamente al declinar el sol, se levantó una ventolilla, y la fragata, con todo su velamen desplegado, pudo doblar la isla de Sacrificios y dar fondo en aguas de Veracruz. Cautiva el alma de religiosa emoción, contemplé la abrasada playa donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los aventureros españoles, hijos de Alarico el bárbaro y de Tarik el moro. Vi la ciudad que fundaron y a la que dieron abolengo de valentía, espejarse en el mar quieto y de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos: a un lado sobre desierto islote de granito, baña sus pies en las olas el Castillo de Ulúa, sombra romántica que evocaba un pasado feudal que allí no hubo, y a lo lejos, la cordillera del Orizaba, blanca como la cabeza de un abuelo, dibújase con indecisión fantástica sobre un cielo clásico de límpido y profundo azul. Recordé lecturas casi olvidadas que, niño aún, me habían hecho soñar con aquella tierra hija del sol, narraciones medio históricas, medio novelescas, en que siempre se dibujaban hombres de tez cobriza, tristes y silenciosos, como cumple a los héroes vencidos, y selvas vírgenes, pobladas de pájaros de brillante plumaje, y mujeres como la Niña Chole, ardientes y morenas, símbolo de la pasión que dijo un pobre poeta de estos tiempos.

Como no es posible renunciar a la patria, yo, español y caballero, sentía el corazón henchido de entusiasmo y poblada de visiones gloriosas la mente, y la memoria llena de recuerdos históricos. La imaginación exaltada me fingía al aventurero extremeño, poniendo fuego a sus naves, y a sus hombres esparcidos por la arena, atisbándole de través, los mostachos enhiestos al antiguo uso marcial, y sombríos los rostros varoniles, curtidos y con pátina, como las figuras de los cuadros muy viejos. Yo iba a desembarcar en aquella playa sagrada, siguiendo los impulsos de una vida errante, y al perderme, quizás para siempre, en la vastedad del viejo Imperio Azteca, sentía levantarse en mi alma de aventurero, de hidalgo y de cristiano, el rumor augusto de la historia.

Apenas anclamos, sale en tropel de la ribera una gentil flotilla compuesta de esquifes y canoas. Desde muy lejos, se oye el son monótono del remo. Centenares de cabezas asoman sobre la borda de la fragata, y abigarrada muchedumbre hormiguea, se agita y se desata en el entrepuente. Háblase a gritos el español, el inglés, el chino. Los pasajeros hacen señas a los barqueros indios

para que se aproximen: ajustan, disputan, regatean, y al cabo, como rosario que se desgrana, van cayendo en el fondo de las canoas que rodean la escalera, y esperan ya con los remos armados. La flotilla se dispersa. Todavía a larga distancia, vese una diminuta figura moverse agitando los brazos, y se oyen sus voces, que destaca y agranda la quietud solemne de aquellas regiones abrasadas. Ni una sola cabeza se ha vuelto hacia el vapor, para mandarle un adiós de despedida. Allá van, sin otro deseo que tocar cuanto antes la orilla. Son los conquistadores del oro.

La noche se avecina. En esta hora del crepúsculo, el deseo ardiente que la Niña Chole me produce, se aquilata y purifica, hasta convertirse en ansia vaga de amor ideal y poético. Todo obscurece lentamente: gime la brisa, riela la luna, el cielo azul turquí se torna negro, de un negro solemne, donde las estrellas adquieren una limpidez profunda. Es la noche americana de los poetas.

ACABABA de bajar a mi camarote, y hallábame tendido en la litera fumando una pipa, y quizá soñando con la Niña Chole, cuando se abre la puerta y veo aparecer a Julio César, un rapazuelo mulato que me había regalado en Jamaica cierto aventurero portugués que, andando el tiempo, llegó a general y ministro en la República Dominicana. Julio César se detiene en la puerta, bajo el pabellón que forman las cortinas.

—¡Mi amito! A bordo viene un moreno que mata los tiburones en el agua con el trinchete. ¡Suba, mi amito, no se dilate!…

Y desaparece velozmente, como esos etíopes, carceleros de princesas, en los castillos encantados. Yo, espoleado por la curiosidad, salgo tras él. Heme en el puente, que ilumina la plácida claridad del plenilunio. Un negro colosal, con el traje de tela chorreando agua, se sacude como un gorila, en medio del corro que a su rededor han formado los pasajeros, y sonríe, mostrando sus blancos dientes de animal familiar. A pocos pasos, dos marineros encorvados sobre la borda de estribor, halan un tiburón medio degollado, que se balancea, fuera del agua, al costado de la fragata. Mas he ahí, que de pronto rompe el cable, y el tiburón desaparece en medio de un remolino de espumas. El negrazo musita apretando los labios elefancíacos:

—¡Pendejos!

Y se va, dejando como un rastro, en la cubierta del navío, las huellas húmedas de sus pies descalzos. Una voz femenil le grita desde lejos:

—¡Che, moreno!…

—¡Voy, horita, Niña!… No me dilato.

La forma de una mujer blanquea sobre negro fondo en la puerta de la cámara. ¡No hay duda, es ella! ¿Pero cómo no la he adivinado? ¿Qué hacías tú, corazón, que no me anunciabas su presencia? ¡Oh, con cuánto gusto hubiérate entonces puesto bajo sus lindos pies para castigo! El marinero se acerca.

—¿Mandaba alguna cosa la Niña Chole?

—Quiero verte matar un tiburón.

El negro sonríe, con esa sonrisa blanca de los salvajes, y pronuncia lentamente, sin apartar los ojos de las olas, que argenta la luna:

—No puede ser, mi amita: se ha juntado una punta de tiburones, ¿sabe?

—¿Y tienes miedo?

—¡Qué va!… Aunque fácilmente, como la sazón está peligrosa… Vea su merced no más…

La Niña Chole no le dejó concluir.

—¿Cuánto te han dado esos señores?

—Veinte tostones: dos centenes, ¿sabe?

Oyó la respuesta el contramaestre, que pasaba ordenando una maniobra, y con esa concisión ruda y franca de los marinos curtidos, sin apartar el pito de los labios ni volver la cabeza, apuntole:

—¡Cuatro monedas y no seas guaje!…

El negro pareció dudar. Asomose al barandal de estribor y observó un instante el fondo del mar, donde temblaban amortiguadas las estrellas. Veíanse cruzar argentados y fantásticos peces que dejaban tras sí estela de fosforescentes chispas y desaparecían confundidos con los rieles de la luna: en la zona de sombra que sobre el azul de las olas proyectaba el costado de la fragata, esbozábase la informe mancha de una cuadrilla de tiburones. El marinero se apartó reflexionando. Todavía volviose una o dos veces a mirar las dormidas olas, como penetrado de la queja que lanzaban en el silencio de la noche. Picó un cigarro con las uñas, y se acercó:

—Cuatro centenes, ¿le apetece a mi amita?

La Niña Chole, con ese desdén patricio que las criollas opulentas sienten por los negros, volvió a él su hermosa cabeza de reina india, y en tono tal, que las palabras parecían dormirse cargadas de tedio en el borde de los labios, murmuró:

—¿Acabarás?… ¡Sean los cuatro centenes!…

Los labios hidrópicos del negro esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual: seguidamente despojose de la blusa, desenvainó el cuchillo que llevaba en la cintura, y como un perro de Terranova, tomole entre los dientes y se encaramó sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo, que pareció de barnizado ébano. Inclinose el negrazo sondando con los ojos el abismo, y luego, cuando los tiburones salieron a la superficie, le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna, y con los brazos extendidos, echarse de cabeza y desaparecer buceando. Tripulación y pasajeros, cuantos se hallaban sobre cubierta agolpáronse a la borda. Sumiéronse los tiburones en busca del negro, y todas las miradas quedaron fijas en un remolino que no tuvo tiempo a borrarse, porque casi incontinenti una mancha de espumas rojas coloreó el mar, y en medio de los hurras de la marinería y el vigoroso aplaudir de las manos coloradotas y plebeyas de los mercaderes, salió a flote la testa chata y lanuda del marinero, que nadaba, ayudándose de un solo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón degollado por la garganta, donde traía clavado el cuchillo. Tratose en tropel de izar al negro: arrojáronse cuerdas, ya para el caso prevenidas, y cuando levantaba medio cuerpo fuera del agua, rasgó el aire un alarido horrible, y le vimos abrir los brazos y desaparecer sorbido por los tiburones. Yo permanecía aún sobrecogido, cuando sonó a mi espalda una voz que decía:

—¿Quiere hacerme sitio, señor?

Al mismo tiempo, alguien tocó suavemente mi hombro. Volví la cabeza y hálleme con la Niña Chole. Vagaba cual siempre por su labio inquietante sonrisa, y abría y cerraba velozmente una de sus manos, en cuya palma vi lucir varias monedas de oro. Rogome con cierto misterio que la dejase sitio, y doblándose sobre la borda, las arrojó lo más lejos que pudo. En seguida volviose a mí con gentil escorzo de todo el busto:

—¡Ya tiene para el flete de Carón!…

Yo debía estar más pálido que la muerte, pero como ella fijaba en mí sus hermosos ojos y sonreía, venciome el encanto de los sentidos, y mis labios, aún trémulos, pagaron aquella sonrisa de reina antigua con la sonrisa del esclavo, que aprueba cuanto hace su señor. La crueldad de la criolla me horrorizaba y me atraía: nunca como entonces me pareciera tentadora y bella. Del mar obscuro y misterioso subían murmullos y aromas: la blanca luna les prestaba no sé qué rara voluptuosidad. La trágica muerte de aquel coloso negro, el mudo espanto que se

pintaba aún en todos los rostros, un violín que lloraba en la cámara, todo en aquella noche, bajo aquella luna, era para mí objeto de voluptuosidad depravada y sutil…

Alejose la Niña Chole con ese andar rítmico y ondulante que recuerda al tigre, y al desaparecer, una duda cruel me mordió el corazón. Hasta entonces no había reparado que a mi lado estaba un adolescente bello y rubio, que recordé haber visto al desembarcar en la playa de Tuxtlan. ¿Sería para él la sonrisa de aquella boca, en donde parecía dormir el enigma de algún antiguo culto licencioso, cruel y diabólico?

CON las primeras luces del alba desembarqué en Veracruz. Tuve miedo de aquella sonrisa, la sonrisa de Lili, que ahora se me aparecía en boca de otra mujer. Tuve miedo de aquellos labios, los labios de Lili, frescos, rojos, fragantes como las cerezas de nuestro huerto, que tanto gustaba de ofrecerme en ellos. Si el pobre corazón es liberal, y dio hospedaje al amor más de una y de dos veces, y gustó sus contadas alegrías, y padeció sus innumerables tristezas, no pueden menos de causarle temblores, miradas y sonrisas, cuando los ojos y los labios que las prodigan son como los de la Niña Chole. ¡Yo he temblado entonces, y temblaría hoy, que la nieve de tantos inviernos cayó sin deshelarse sobre mi cabeza!

Ya otras veces había sentido ese mismo terror de amar, pero llegado el trance de poner tierra por medio, siempre me habían faltado los ánimos como a una romántica damisela. ¡Flaquezas del corazón mimado toda la vida por mi ternura, y toda la vida dándome sinsabores! Hoy tengo, por experiencia averiguado, que únicamente los grandes santos y los grandes pecadores poseen la virtud necesaria para huir las tentaciones del amor. Yo confieso humildemente que, solo en aquella ocasión, pude dejar de ofrecerle el nido de mi pecho al sentir el roce de sus alas. ¡Tal vez por eso el destino tomó a empeño probar el temple de mi alma!

Cuando arribábamos a la playa en un esquife de la fragata, otro esquife, empavesado con banderas y gallardetes, acababa de varar en ella, y mis ojos adivinaron a la Niña Chole en aquella mujer blanca y velada que desde la proa saltó a la orilla. Sin duda estaba escrito que yo había de ser tentado y vencido.

Hay mártires a quienes el diablo se divierte robándoles la palma, y, desgraciadamente, yo he sido uno de esos toda la vida. Pasé por el mundo como santo caído de su altar y descalabrado. Por fortuna, algunas veces pude hallar manos blancas y piadosas que vendasen mi corazón herido. Hoy, al contemplar las viejas cicatrices y recordar cómo fui vencido, casi me consuelo. En una *Historia de España* donde leía siendo niño, aprendí que lo mismo da triunfar que hacer gloriosa la derrota.

Al desembarcar en Veracruz, mi alma se llenó de sentimientos heroicos. Yo crucé ante la Niña Chole orgulloso y soberbio, como un conquistador antiguo. Allá en sus tiempos, mi antepasado Gonzalo Sandoval, que fundó en México el reino de la Nueva Galicia, no habrá mostrado mayor desvío ante las princesas aztecas, sus prisioneras, y, sin duda, la Niña Chole era como aquellas princesas, que sentían el amor al ser ultrajadas y vencidas, porque me miraron largamente sus ojos y la sonrisa más bella de su boca fue para mí. La deshojaron los labios, como las esclavas deshojaban las rosas al paso triunfal de los vencedores. Yo, sin embargo, supe permanecer desdeñoso.

Por aquella playa, de dorada arena, subimos a la par, la Niña Chole, entre un cortejo de criados indios, yo, precedido de mi esclavo negro. Casi rozando nuestras cabezas, volaban torpes bandadas de feos y negros pajarracos. Era un continuado y asustadizo batir de alas que pasaban obscureciendo el sol. Yo las sentía en el rostro como fieros abanicazos. Tan presto iban rastreando como se remontaban en la claridad azul. Aquellas largas y sombrías bandadas cerníanse en la altura con revuelo quimérico, y al caer sobre las blancas azoteas moriscas, las ennegrecían, y al posarse en los cocoteros del arenal desgajaban las palmas. Parecían aves de las ruinas con su cabeza leprosa, y sus alas flequeadas, y su plumaje de luto, de un negro miserable, sin brillo ni tornasoles. Había cientos, había miles.

Un esquilón tocaba a misa de alba en la iglesia de los Dominicos, que estaba al paso, y la Niña Chole entró con el cortejo de sus criados. Todavía desde la puerta me envió una sonrisa. ¡Pero lo que acabó de prendarme fue aquella muestra de piedad!

EN la Villa Rica de la Veracruz fue mi alojamiento un venerable parador que acordaba el tiempo feliz de los virreyes. Yo esperaba detenerme allí pocas horas. Quería reunir una escolta aquel mismo día y ponerme en camino para las tierras que habían constituido mi mayorazgo. Por entonces, solo con buena guardia de escopeteros era dado aventurarse en los caminos mexicanos, donde señoreaban cuadrillas de bandoleros, aquellos plateados tan famosos por su fiera bravura y su lujoso arreo. Eran los tiempos de Adriano Cuéllar y Juan de Guzmán.

De pronto en el patio, lleno de sol, apareció la Niña Chole, con su séquito de criados. Majestuosa y altiva se acercaba con lentitud, dando órdenes a un caballerango que escuchaba con los ojos bajos y respondía en lengua yucateca, esa vieja lengua que tiene la dulzura del italiano y la ingenuidad pintoresca de los idiomas primitivos. Al verme hizo una gentil cortesía, y, por su mandato, corrieron a buscarme tres indias núbiles que parecían sus azafatas. Hablaban alternativamente como novicias que han aprendido una letanía, y recitan aquello que mejor saben. Hablaban lentas y humildes, sin levantar la mirada:

—Es la Niña que nos envía, señor…

—Nos envía, para decirle…

—Perdone vos, para rogarle, señor…

—Como ha sabido la Niña que vos señor junta una escolta, y ella también tiene de hacer camino.

—¡Mucho camino, señor!

—¡Hartas leguas, señor!

—¡Más de dos días, señor!

Seguí a las azafatas. La niña Chole me recibió agitando las manos.

—¡Oh! Perdone el enojo.

Su voz era queda, salmodiada y dulce, voz de sacerdotisa y de princesa. Yo, después de haberla contemplado intensamente, me incliné. ¡Viejas artes de enamorar, aprendidas en el viejo Ovidio! La Niña Chole prosiguió:

—En este mero instante acabo de saber que junta usted una escolta para ponerse en viaje. Si hiciésemos la misma jornada, podríamos reunir la gente. Yo voy a Necoxtla.

Haciendo una cortesía versallesca y suspirando, respondí:

—Necoxtla está seguramente en mi camino.

La Niña Chole interrogó curiosa:

—¡Va usted muy lejos? ¿Acaso a Nueva Sigüenza?

—Voy a los llanos de Tixul, que ignoro dónde están. Una herencia del tiempo de los virreyes, entre Grijalba y Tlacotalpan.

La Niña Chole me miró con sorpresa.

—¿Qué dice, señor? Es diferente nuestra ruta. Grijalba está en la costa, y hubiérale sido mejor continuar embarcado.

Me incliné de nuevo con rendimiento.

—Necoxtla está en mi camino.

Ella sonrió desdeñosa.

—Pero no reuniremos nuestras gentes.

—¿Por qué?

—Porque no debe ser.

Y seguida de sus azafatas, cruzó como una reina ofendida el anchuroso patio sombreado por toldos de lona, que bajo la luz adquirían tenue tinte dorado de marinas velas. Los cínifes zumbaban en torno de un surtidor que gallardeaba al sol su airón de plata, y llovía en menudas irisadas gotas sobre el tazón de alabastro. En medio de aquel ambiente encendido, bajo aquel cielo azul, donde la palmera abre su rumoroso parasol, la fresca música del agua me recordaba de un modo sensacional y remoto las fatigas del desierto y el deleitoso sestear en los oasis. De tiempo en tiempo un jinete entraba en el patio. Los mercenarios que debían darnos escolta a través de los arenales de Tierra Caliente empezaban a juntarse. Pronto estuvieron reunidas las dos huestes: una y otra se componían de gente marcial y silenciosa: antiguos salteadores que, fatigados de la vida aventurera, y despechados del botín incierto, preferían servir a quien mejor les pagaba, sin que ninguna empresa les arredrase: su lealtad era legendaria. Ya estaba ensillado mi caballo con las pistolas en el arzón, y a la grupa las vistosas y moriscas alforjas, donde iba el viático para la jornada, cuando la Niña Chole reapareció en el patio. Al verla me acerqué sonriendo, y ella, fingiéndose enojada, batió el suelo con su lindo pie:

—Le ruego, señor, que siga su camino. Yo seguiré el mío.

—Es uno mismo el de los dos. Tengo el propósito de secuestrarla a usted apenas nos hallemos en despoblado.

Los ojos de la Niña Chole, tan esquivos antes, se cubrieron con una amable claridad.

—Diga, ¿son locos todos los españoles?

Yo repuse con arrogancia:

—Los españoles nos dividimos en dos grandes bandos: uno, el Marqués de Bradomín, el otro, todos los demás.

La Niña Chole me miró risueña.

—Cuánta jactancia, señor.

En aquel momento el caballerango vino a decirle que habían ensillado, y que la gente estaba dispuesta para ponerse en camino, si tal era su voluntad. Al oírle, la Niña Chole me miró intensamente, seria y muda. Después, volviéndose al criado, le interrogó:

—¿Qué caballo me habéis dispuesto?

—Aquel alazano, Niña. Véale allí.

—¿El alazano rodado?

—¡Qué va, Niña! El otro alazano del belfo blanco que bebe en el agua. Vea qué linda estampa. Tiene un paso que se traga los caminos, y la boca una seda. Lleva sobre el borrén la cantarilla de una ranchera, y galopando no la derrama.

—¿Dónde haremos parada?

—En el convento de San Juan de Tegusco.

—¿Llegaremos de noche?

—Llegaremos al levantarse la luna.

—Pues advierte a la gente de montar luego, luego.

El caballerango obedeció. La Niña Chole me pareció que apenas podía disimular una sonrisa.

—Señor, mal se verá para seguirme, porque parto en el mero instante.

—Yo también.

—Pero ¿acaso tiene dispuesta su gente?

—Como yo esté dispuesto, basta.

—Vea que camino a reunirme con mi marido, y no quiera balearse con él. Pregunte y le dirán quién es el general Diego Bermúdez.

Oyéndola, sonreí desdeñosamente. Tornaba en esto el caballerango, y quedose a distancia, esperando silencioso y humilde. La Niña Chole le llamó:

—Llega, cálzame la espuela.

Ya obedecía, cuando yo arranqué de sus manos el espolín de plata, e hinqué la rodilla ante la Niña Chole, que, sonriendo, me mostró su lindo pie prisionero en chapín de seda. Con las manos trémulas le calcé el espolín. Mi noble amigo Barbey D’Aurevilly hubiera dicho de aquel pie que era hecho para pisar un zócalo de Pharos. Yo no dije nada, pero lo besé con tan apasionado rendimiento, que la Niña Chole exclamó risueña:

—Señor, deténgase en los umbrales.

Y dejó caer la falda, que con dedos de ninfa sostenía levemente alzada.

MONTAMOS, y en tropel atravesamos la ciudad. Ya fuera de sus puertas, hicimos un alto para contarnos. Después dio comienzo la jornada fatigosa y larga. Aquí y allá, en el fondo de las dunas y en la falda de arenosas colinas se alzaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactus asomaban sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían a los umbrales, e indiferentes y silenciosas nos veían pasar. La actitud de aquellas figuras broncíneas revelaba esa tristeza trasmitida, vetusta, de las razas vencidas. Su rostro era humilde, con dientes muy blancos y grandes ojos negros, selváticos, indolentes y velados. Parecían nacidas para vivir eternamente en los aduares y descansar al pie de las palmeras y de los ahuehuetles.

Ya puesto el sol, divisamos una aldea india. Estaba todavía muy lejana y se aparecía envuelta en luz azulada y en silencio de paz. Rebaños polvorientos y dispersos adelantaban por un camino, de tierra roja abierto entre maizales gigantes. El campanario de la iglesia, con su enorme nido de zopilotes, descollaba sobre las techumbres de palma. Aquella aldea silenciosa y humilde, dormida en el fondo de un valle, cerca del desierto, me hizo recordar las remotas aldeas abandonadas al acercarse los aventureros españoles. Ya estaban cerradas todas las puertas y subía de los hogares un humo tenue y blanco que se disipaba en la claridad del crepúsculo como salutación patriarcal.

Nos detuvimos a la entrada y pedimos hospedaje en un antiguo priorato de Comendadoras Santiaguistas. A los golpes que un espolique descargó en la puerta, una cabeza con tocas asomó en la reja, y hubo largo coloquio. Nosotros, aún bastante lejos, íbamos al paso de nuestros caballos, abandonadas las riendas y distraídos en plática galante. Cuando llegamos, la monja se retiraba de la reja. Poco después las pesadas puertas de cedro se abrían lentamente, y una hermana conversa, toda blanca en su hábito, apareció en el umbral, murmurando, con la vista baja:

—Pasen, hermanos, si quieren reposar en esta santa casa.

Nunca las Comendadoras Santiaguistas negaban hospitalidad. A todo

caminante que la demandase debía serle concedida. Así estaba dispuesto en los estatutos de aquella noble y esclarecida Orden, fundada para fin tan piadoso por Doña Beatriz de Zayas, favorita y dama de un virrey. El escudo nobiliario de la fundadora todavía campeaba sobre el arco de la puerta. La hermana conversa nos guio a través de un claustro sombreado por obscuros naranjos. Allí era el cementerio de las Comendadoras. Sobre las sepulturas, donde quedaban borrosos epitafios, nuestros pasos resonaron. Una fuente lloraba monótona y triste. Empezaba la noche, y las moscas de luz danzaban entre el negro follaje de los naranjos. Cruzamos el claustro y nos detuvimos ante una puerta forrada de cuero y claveteada de bronce. La hermana conversa abrió. El manojo de llaves que colgaba de su cintura produjo un largo son y quedó meciéndose. La monja cruzó las manos sobre el blanco escapulario, y pegándose al muro nos dejó paso, al mismo tiempo que murmuraba con lentitud gangosa:

—Esta es la hospedería, hermanos.

Era la hospedería una estancia fresca, con ventanas de mohosa y labrada reja, que caían sobre el jardín. En uno de los testeros campeaba el retrato de la fundadora, que ostentaba larga leyenda al pie, y en el otro un altar con paños de cándido lino. La mortecina claridad apenas dejaba entrever los cuadros de un vía crucis que se desenvolvía en torno del muro. La Niña Chole llegó ante el altar, y cubriéndose la cabeza con el rebocillo, se arrodilló. Sus siervos, agrupados en la puerta de la hospedería, la imitaron, santiguándose en medio de un piadoso murmullo. La Niña Chole alzó la voz, rezando en acción de gracias por nuestra venturosa jornada. Los siervos respondían a coro. Yo, como caballero santiaguista, recé mis oraciones, dispensado de arrodillarme por el fuero que tenemos de canónigos benedictinos. La hermana conversa llegó sigilosa a demandarme qué camino hacía y cuál era mi nombre. Yo, en voz queda y devota, como ella me había interrogado, respondí:

—Soy el Marqués de Bradomín, hermana, y mi ruta acaba en esta santa casa.

La monja, mirándome de soslayo, murmuró con tímida curiosidad:

—Si desea ver a la Madre Abadesa, le llevaré recado. Siempre tendrá que tener un poco de paciencia, pues ahora la Madre Abadesa se halla platicando con el señor Obispo de Colima, que llegó antier.

—Tendré paciencia, hermana. Veré a la Madre Abadesa cuando sea ocasión.

—¿El señor la conoce ya?

—No, hermana. Llego a esta santa casa para cumplir un voto.

En aquel momento se acercaba la Niña Chole, y la monja, mirándola

complacida, murmuró:

—¿La señora Marquesa también?

La Niña Chole cambió conmigo una mirada burlona que me pareció de alegres desposorios. Los dos respondimos a un tiempo:

—También, hermana, también.

—Pues ahora mismo prevengo a la Madre Abadesa. Tendrá mucho contento cuando sepa que han llegado personas de tanto linaje: ella también es muy española.

Y la hermana conversa, haciendo una profunda reverencia, se alejó moviendo leve rumor de hábitos y de sandalias. Tras ella salieron los criados, y la Niña Chole quedó sola conmigo. Yo besé su mano, y ella, con una sonrisa de extraña crueldad, murmuró:

—Quiera Dios no topemos aquí con alguien que me conozca. ¡Téngase por muerto si llega a saber algo de esta burla el general Diego Bermúdez!

ENTRARON primero dos conversas, que traían una gran bandeja de plata cargada de refrescos y confituras, y luego entró la Madre Abadesa, flotante el blanco hábito, que ostentaba la roja cruz de Santiago. Detúvose en la puerta, y con leve sonrisa, al par amable y soberana, saludó en latín:

—*¡Deo gratias!*

Nosotros respondimos en romance:

—¡A Dios sean dadas!

La Madre Abadesa tenía hermoso aspecto de infanzona: era blanca y rubia, de buen donaire y de gran cortesanía. Sus palabras de bienvenida fueron estas:

—Yo también soy española, nacida en Viana del Prior. Cuando niña, he conocido a un caballero muy anciano que llevaba el título de Marqués de Bradomín. ¡Era un santo! Yo repuse sin orgullo:

—Además de un santo, era mi abuelo.

La Madre Abadesa sonriose benévola, y después suspiró:

—¿Habrá muerto hace muchos años?

—Muchos.

—Dios le tenga en su santa gloria. Le recuerdo muy bien. Tenía corrido mucho mundo, y hasta creo que también había estado aquí, en México.

—Aquí hizo la guerra cuando la sublevación del cura Hidalgo.

—¡Es verdad!… ¡Es verdad! Aunque muy niña, me acuerdo de haberle oído contar… Era gran amigo de mi casa. Yo pertenezco a los Andrades de Cela.

—¡Los Andrades de Cela! ¡Un antiguo mayorazgo!

—Desapareció a la muerte de mi padre. ¡Qué destino el de las nobles casas, y qué tiempos tan ingratos los nuestros! En todas partes gobiernan los enemigos de la religión y de las tradiciones, aquí lo mismo que en España.

La Madre Comendadora suspiró levantando los ojos al cielo: así terminó su plática conmigo. Después acercose a la Niña Chole con la sonrisa amable y soberana de una hija de reyes retirada a la vida contemplativa:

—¿Sin duda la Marquesa es mexicana?

La Niña Chole inclinó los ojos poniéndose encendida:

—Sí, Madre Abadesa.

—¿Pero de origen español?

—Sí, Madre Abadesa.

Como la Niña Chole vacilaba al responder, y sus mejillas se teñían de rosa yo intervine, ayudándola galante. En honor suyo inventé toda una leyenda de amor, caballeresca y romántica, como aquellas que entonces se escribían. La Madre Abadesa conmoviose tanto, que durante mi relato vi temblar en sus pestañas dos lágrimas grandes y cristalinas. Yo, de tiempo en tiempo, miraba a la Niña Chole y esperaba cambiar con ella una sonrisa, pero mis ojos nunca hallaban los suyos. Escuchaba inmóvil, con rara ansiedad. Yo mismo me maravillaba al ver cómo fluía de mis labios aquel enredo de comedia antigua. Estuve tan inspirado, que de pronto la Niña Chole sepultó el rostro entre las manos, sollozando con amargo duelo. La Madre Abadesa, muy conmovida, le oreó la frente dándole aire con el santo escapulario de su hábito, mientras yo, a viva fuerza, le tenía sujetas las manos. Poco a poco tranquilizose, y la Madre Abadesa nos llevó al jardín, para que, respirando la brisa nocturna, acabase de serenarse la Marquesa. Allí nos dejó solos, porque tenía que asistir al coro para rezar los maitines.

El jardín estaba amurallado como una ciudadela. Era vasto y sombrío, lleno de susurros y de aromas. Los árboles de las avenidas juntaban tan estrechamente sus ramas, que solo con grandes espacios veíamos algunos follajes argentados por la luna. Caminamos en silencio. La Marquesa suspirante, yo pensativo, sin acertar a consolarla. Entre los árboles divisamos un paraje raso con obscuros arrayanes bordeados por blancas y tortuosas sendas: la luna derramaba sobre

ellas su luz lejana e ideal como un milagro. La Marquesa se detuvo. Dos conversas estaban sentadas al pie de una fuente rodeada de laureles enanos, que tienen la virtud de alejar el rayo. No se sabía si las dos conversas rezaban o se decían secretos del convento, porque el murmullo de sus voces se confundía con el murmullo del agua. Estaban llenando sus ánforas. Al acercarnos saludaron cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

Yo quise beber de la fuente, y ellas me lo impidieron con grandes gritos:

—¡Señor! ¿Qué hace, señor?

Me detuve un poco inmutado:

—¡Es venenosa esta agua?

—Santígüese, señor. Es agua bendita, y solamente la Comunidad tiene bula para bebería. Bula del Santo Padre, venida de Roma. ¡Es agua santa del Niño Jesús!

Y las dos conversas, hablando a coro, mostrábanme el angelote desnudo, que, enredador y tronera, vertía el agua en el tazón de alabastro por su menuda y cándida virilidad. Me dijeron que era el Niño Jesús. Oyendo esto, la Marquesa santiguose devotamente. Yo aseguré a las conversas que también tenía bula para beber las aguas del Niño Jesús. Ellas me miraron mostrando gran respeto, y disputáronse a ofrecerme sus ánforas, pero yo preferí saciar mi sed aplicando los labios al santo surtidor de donde el agua manaba. Me acometió tal tentación de risa, que por poco me ahogo. La Niña Chole, que no podía creer la historia de mi bula, murmuró en voz baja:

—Dios castiga el sacrilegio.

Había tal firmeza y seguridad en su voz, que llegué a pensar si la Niña Chole sería hija de algún Papa, como Lucrecia Borgia.

DESPUÉS de los maitines vino a buscarnos una monja.

—Pasen al refectorio sus mercedes. Ya tienen dispuesta la colación.

Hablaba con las manos juntas: era vieja y gangosa. Nosotros la seguimos; pero al pisar los umbrales del convento la Niña Chole se detuvo vacilante:

—Hermana, yo guardo el día ayunando, y no puedo entrar en el refectorio

para hacer colación.

Al mismo tiempo sus ojos de reina india imploraban mi ayuda: se la otorgué liberal. Comprendí que la Niña Chole temía ser conocida de algún caminante, pues todos los que llegaban al convento se reunían a son de campana para hacer colación. La monja, edificada por aquel ayuno, interrogó solícita:

—¿Qué desea mi señora?

—Retirarme a descansar, hermana.

—Pues cuando le plazca, mi señora. Sin duda traen muy larga jornada.

—Desde Veracruz.

—Cierto que sentirá grande fatiga la pobrecita.

Hablando de esta suerte nos hizo cruzar un largo corredor. Por las ventanas entraba la luz blanca de la luna. En aquella santa paz el acompasado son de mis espuelas despertaba un eco sacrílego y marcial, y como amedrentadas por él, la monja y la Marquesa caminaban ante mí con leve y devoto rumor. La monja abrió una puerta de antigua tracería, y apartándose a un lado murmuró.

—Pase mi señora; yo nada me retardo. Guío al señor Marqués al refectorio, y torno a servirla luego, luego.

La Marquesa entró sin mirarme. La monja cerró la puerta y alejose como una sombra llamándome con vago ademán. Guiome hasta el refectorio, y saludando más gangosa que nunca, se alejó. Entré, y cuando mis ojos buscaban un sitial vacío en torno de la mesa, alzose el capellán del convento, y vino a decirme con gran cortesanía que mi puesto estaba a la cabecera. El capellán era un fraile dominico, humanista y poeta que había vivido muchos años desterrado de México por el Arzobispo, y privado de licencias para confesar y decir misa. Todo ello, por una falsa delación. Esta historia me la contaba en tanto me servía. Al terminar, me habló así:

—Ya sabe el señor Marqués de Bradomín la vida y milagros de Fray Lope Castellar. Si necesita un capellán para su casa, créame que con sumo gusto dejaré a estas santas señoras. Aun cuando sea para cruzar los mares, mi señor Marqués.

—Ya tengo capellanes en España.

—Perdone entonces. Pues para servirle aquí, en este México de mis pecados, donde en un santiamén dejan sin vida a un cristiano. Créame, el que pueda pagarse un capellán, debe hacerlo, aun cuando solamente sea para tener a mano quien le absuelva en trance de muerte.

Había terminado la colación, y entre el sordo y largo rumor producido por

los sitiales, todos nos pusimos en pie para rezar una oración de gracias compuesta por la piadosa fundadora Doña Beatriz de Zayas. Después, las conversas que nos habían servido comenzaron a levantar los manteles, y la Madre Abadesa entró sonriendo benévolamente:

—¿El señor Marqués prefiere que se disponga otra celda para su descanso?

El rubor que asomó en las mejillas de la Madre Abadesa, me hizo comprender, y sin dominar una sonrisa respondí:

—Haré compañía a la Marquesa, que es muy medrosa, si lo consienten los estatutos de esta santa casa.

La Madre Abadesa me interrumpió:

—Los estatutos de esta santa casa no pueden ir en contra de la religión.

Sentí un vago sobresalto. La Madre Abadesa inclinó los ojos, y permaneciendo con ellos bajos, dijo pausada y doctoral:

—Para Nuestro Señor Jesucristo merecen igual amor las criaturas que junta con santo lazo su voluntad, que aquellas apartadas de la vida mundana, también por su gracia… Yo no soy como el fariseo que se creía mejor que los demás, señor Marqués.

La Madre Abadesa, con su hábito blanco, estaba muy bella, y como me parecía una gran dama, capaz de comprender la vida y el amor, sentí la tentación de pedirle que me acogiese en su celda, pero fue solo la tentación. Acercose con una lámpara encendida aquella monja vieja y gangosa que me había acompañado al refectorio, y la Madre Abadesa, después de haberle encomendado que me guiase, se despidió. Confieso que sentí una vaga tristeza viéndola alejarse por el corredor, flotante el noble hábito, que blanqueaba en las tinieblas. Volviéndome a la monja, que esperaba inmóvil con la lámpara, le pregunté:

—¿Debe besársele la mano a la Madre Abadesa?

La monja, echándose la toca sobre la frente, respondió:

—Aquí solamente se la besamos al señor Obispo, cuando se digna visitarnos.

Y con leve rumor de sandalias comenzó a caminar delante de mí, alumbrándome hasta la puerta de la celda nupcial.

ERA una celda espaciosa y perfumada de albahaca, con una reja abierta sobre el jardín, donde el argentado azul de la noche tropical destacaba

negras y confusas las copas de los cedros. El canto igual y monótono de un grillo rompía el silencio. Yo cerré la puerta de la celda con llaves y cerrojos, y andando sin ruido, fui a entreabrir el blanco mosquitero con que se velaba pudoroso y monjil el único lecho que había en la estancia. La Niña Chole reposaba con sueño cándido y feliz: en sus labios aún vagaba dormido un rezo. Yo me incliné para besarlos: era mi primer beso de esposo. La Niña Chole se despertó sofocando un grito:

—¿Qué hace usted aquí, señor?

Yo repuse entre galante y paternal:

—Reina y señora, velar tu sueño.

La Niña Chole no acertaba a comprender cómo yo podía hallarme en su celda, y tuve que recordarle mis derechos conyugales, reconocidos por la Madre Abadesa. Ante aquel gentil recuerdo se mostró llena de enojo. Clavándome los ojos repetía:

—¡Oh!… ¡Qué terrible venganza tomará el general Diego Bermúdez!…

Y ciega de cólera porque al oírla sonreía, me puso en la faz sus manos de princesa india, manos cubiertas de anillos, enanas y morenas, que yo hice prisioneras. Sin dejar de mirarla, se las oprimí hasta que lanzó un grito, y después, dominando mi despecho, se las besé. Ella sollozante, dejose caer sobre las almohadas: yo, sin intentar consolarla, me alejé. Sentía un fiero desdeño lleno de injurias altaneras, y para disimular el temblor de mis labios, que debían estar lívidos, sonreía. Largo tiempo permanecí apoyado en la reja, contemplando el jardín susurrante y obscuro. El grillo cantaba, y era su canto un ritmo remoto y primitivo. De tarde en tarde, llegaba hasta mí algún sollozo de la Niña Chole, tan apagado y tenue, que el corazón, siempre dispuesto a perdonar, se conmovía. De pronto, en el silencio de la noche, una campana del convento comenzó a doblar. La Niña Chole me llamó temblorosa:

—Señor, ¿no conoce la señal de agonía?

Y al mismo tiempo se santiguó devotamente. Sin desplegar los labios me acerqué a su lecho, y quedé mirándola grave y triste. Ella, con la voz asustada, murmuró:

—¡Una monja se halla moribunda!

Yo entonces, tomando sus manos entre las mías, le dije amorosamente:

—¿Y eso te causa miedo?

—¡Oh!… ¿Quién será? Ahora entrega su alma a Dios Nuestro Señor. ¿Será alguna novicia?

Sonriendo diabólicamente, le dije:

—¡Acaso sea yo!…

—¿Cómo, señor?

—Estará a las puertas del convento el general Diego Bermúdez.

—¡No!… ¡No!…

Y oprimiéndome las manos, comenzó a llorar. Yo quise enjugar sus lágrimas con mis labios, y ella, echando la cabeza sobre las almohadas, suplicó:

—¡Por favor!… ¡Por favor!…

Velada y queda desfallecía su voz. Quedó mirándome, temblorosos los párpados y entreabierta la rosa de su boca. La campana seguía sonando lenta y triste. En el jardín susurraban los follajes, y la brisa, que hacía flamear el blanco y rizado mosquitero, nos traía aromas. Cesó el toque de agonía, y juzgando propicio el instante, besé a la Niña Chole. Ella parecía consentir, cuando de pronto, en medio del silencio la campana dobló a muerto. La Niña Chole dio un grito y se estrechó a mi pecho.

—¡Recemos!…

Con las cabezas sobre la misma almohada, rezamos por aquella monja desconocida. La Niña Chole, palpitante de miedo, se refugiaba en mis brazos. Mis manos, distraídas y paternales, comenzaron a desflorar sus senos. Ella, suspirando, entornó los ojos, y celebramos nuestras bodas con siete copiosos sacrificios que ofrecimos al cielo como el triunfo de la vida.

COMENZABAN los pájaros a cantar en los árboles del jardín, saludando al sol, cuando nosotros, ya dispuestos para la jornada de aquel día, nos asomamos a la reja. La Niña Chole reclinó sobre mi hombro la cabeza, suspiró débilmente, y sus ojos, sus hermosos ojos, de mirar hipnótico y sagrado, me acariciaron románticos. Yo entonces le dije:

—¿Niña, estás triste?

—Estoy triste porque debemos separarnos. La más leve sospecha nos podría costar la vida.

Pasé amorosamente mis dedos entre la seda de sus cabellos, y respondí con arrogancia:

—No temas: yo sabré imponer silencio a tus criados.

—Son indios, señor… Aquí prometerían de rodillas, y allá, apenas su amo les mirase con los ojos fieros, todo se lo dirían… ¡Debemos darnos un adiós!

Yo besé sus manos apasionado y rendido.

—¡Niña, no digas eso!… Volveremos a Veracruz. La *Dalila* quizá permanezca en el puerto: nos embarcaremos para Grijalba: iremos a escondernos en mi hacienda de Tixul.

La Niña Chole me acarició con una mirada larga, indefinible. Aquellos ojos de reina india eran lánguidos y brillantes: me pareció que a la vez reprochaban y consentían. Cruzó el rebocillo sobre el pecho y murmuró poniéndose encendida:

—¡Mi historia es muy triste!

Y para que no pudiese quedarme duda, asomaron dos lágrimas en sus ojos. Yo creí adivinar, y le dije con generosa galantería:

—No intentes contármela: las historias tristes me recuerdan la mía.

Ella sollozó;

—Hay en mi vida algo imperdonable.

—Los hombres como yo todo lo perdonan.

Al oírme, escondió el rostro entre las manos.

—He cometido el más abominable de los pecados: un pecado del que solo puede absolverme Nuestro Santo Padre.

Viéndola tan afligida, acaricié su cabeza reclinándola sobre mi pecho, y le dije:

—Niña, cuenta con mi valimiento en el Vaticano. Yo he sido capitán en la Guardia Noble. Si quieres, iremos a Roma en peregrinación, y nos echaremos a los pies de Gregorio XVI.

—Iré yo sola… Mi pecado es mío nada más.

—Por amor y por galantería, yo debo cometer uno igual… ¡Acaso ya lo habré cometido!

La Niña Chole levantó hacia mí los ojos, llenos de lágrimas, y suplicó:

—No digas eso… ¡Es imposible!

Sonreí incrédulamente, y ella, arrancándose de mis brazos, huyó al fondo de la celda. Desde allí, clavándome una mirada fiera y llorosa, gritó:

—Si fuese verdad, te aborrecería… Yo era una pobre criatura inocente, cuando fui víctima de aquel amor maldito.

Volvió a cubrirse el rostro con las manos, y en el mismo instante yo adiviné su pecado. Era el magnífico pecado de las tragedias antiguas. La Niña Chole estaba maldita como Mirra y como Salomé. Acerqueme lleno de indulgencia, le

descubrí la cara húmeda de llanto, y puse en sus labios un beso de noble perdón. Después, en voz baja y dulce, le dije:

—Todo lo sé. El general Diego Bermúdez es tu padre.

Ella gimió con rabia:

—¡Ojalá no lo fuese! Cuando vino de la emigración, yo tenía doce años y apenas le recordaba…

—No le recuerdes ahora tampoco.

La Niña Chole, conmovida de gratitud y de amor, ocultó la cabeza en mi hombro y gimió:

—¡Eres muy generoso!

Mis labios temblaron ardientes sobre su oreja fresca, nacarada y suave como concha de perlas:

—Niña, volveremos a Veracruz.

—No…

—¿Acaso temes mi abandono? ¿No comprendes que soy tu esclavo para toda la vida?

—¡Toda la vida!… Sería tan corta la de los dos…

—¿Por qué?

—Porque nos mataría. ¡Lo ha jurado!…

—Todo será que no cumpla el juramento.

—Lo cumpliría.

Y ahogada por los sollozos, se enlazó a mi cuello. Sus ojos, llenos de lágrimas, quedaron fijos en los míos, como queriendo leer en ellos. Yo, fingiéndome deslumbrado por aquella mirada, los cerré. Ella suspiró:

—¿Quieres llevarme contigo sin saber toda mi historia?

—Ya la sé.

—No.

—La adivino.

—No.

—Tú me contarás lo que falta cuando dejemos de querernos, si llega ese día.

—Todo, todo debes saberlo ahora, aun cuando estoy segura de tu desprecio… Eres el único hombre a quien he querido, te lo juro, el único… Y, sin embargo, por huir de mi padre, he tenido un amante que murió asesinado.

Calló sollozante. Yo, tembloroso de pasión, la besé en los ojos, y la besé en los labios. ¡Aquellos labios sangrientos, aquellos ojos sombríos tan bellos como su historia!…

LAS campanas del convento tocaron a misa, y la Niña Chole quiso oírla antes de comenzar la jornada. Fue una larga misa de difuntos. Ofició Fray Lope Castellar, y en descargo de mis pecados, yo serví de acólito. Las Comendadoras cantaban en el coro los Salmos Penitenciales, y sus figuras blancas y señoriles, arrastrando los luengos hábitos, iban y venían en torno del facistol que sostenía abierto el misal de rojas letras. En el fondo de la iglesia, sobre negro paño rodeado de cirios, estaba el féretro de una monja. Tenía las manos en cruz, y envuelto a los dedos amoratados el rosario. Un pañuelo blanco le sujetaba la barbeta y mantenía cerrada la boca, que se sumía como una boca sin dientes: los párpados permanecían entreabiertos, rígidos, azulencos: las sienes parecían prolongarse inmensamente bajo la toca. Estaba amortajada en su hábito, y la fimbria se doblaba sobre los pies descalzos, amarillos como la cera.

Al terminarse los responsos, cuando Fray Lope Castellar se volvía para bendecir a los fieles, alzáronse en tropel algunos mercenarios de mi escolta, apostados en la puerta durante la misa, y como gerifaltes cayeron sobre el presbiterio, aprisionando a un mancebo arrodillado, que se revolvió bravamente al sentir sobre sus hombros tantas manos, y luchó encorvado y rugiente, hasta que, vencido por el número, cayó sobre las gradas. Las monjas, dando alaridos, huyeron del coro. Fray Lope Castellar adelantose, estrechando el cáliz sobre el pecho:

—¿Qué hacéis, mal nacidos?

Y el mancebo, que jadeaba derribado en tierra, gritó:

—¡Fray Lope!… ¡No se vende así al amigo!

—¡Ni tal sospeches, Guzmán!

Y entonces aquel hombre hizo como el jabalí herido y acosado que se sacude los alanos: de pronto le vi erguido en pie, revolverse entre el tropel que le sujetaba, libertar los brazos y atravesar la iglesia corriendo. Llegó a la puerta, y encontrándola cerrada, se revolvió con denuedo. De un golpe arrancó la cadena que servía para tocar las campanas, y armado con ella hizo defensa. Yo, admirando como se merecía tanto valor y tanto brío, saqué las pistolas y me puse de su lado:

—¡Alto ahí!…

Los hombres de la escolta quedaron indecisos, y en aquel momento, Fray Lope, que permanecía en el presbiterio, abrió la puerta de la sacristía, que rechinó largamente. El mancebo, haciendo con la cadena un terrible molinete, pasó sobre el féretro de la monja, rompió la hilera de cirios y ganó aquella salida. Los otros le persiguieron dando gritos, pero la puerta cerrose de golpe ante ellos, y volviéronse contra mí, alzando los brazos con amenazador despecho. Yo, apoyado en la reja del coro, dejé que se acercasen, y disparé mis dos pistolas. Abriose el grupo repentinamente silencioso, y cayeron dos hombres. La Niña Chole se levantó trágica y bella:

—¡Quietos!… ¡Quietos!…

Aquellos mercenarios no la oyeron. Con encarnizado vocerío viniéronse para mí, amenazándome con sus pistolas.

Una lluvia de balas se aplastó en la reja del coro. Yo, milagrosamente ileso, puse mano al machete:

—¡Atrás!… ¡Atrás, canalla!…

La Niña Chole se interpuso, gritando con angustia:

—¡Si respetáis su vida, he de daros harta plata!

Un viejo que a guisa de capitán estaba delante, volvió hacia ella los ojos fieros y encendidos. Sus barbas chivas temblaban de cólera:

—Niña, la cabeza de Juan de Guzmán está pregonada.

—Ya lo sé.

—Si le hubiésemos entregado vivo, tendríamos cien onzas.

—Las tendréis.

Hubo otra ráfaga de voces violentas y apasionadas. El viejo mercenario alzó los brazos imponiendo silencio:

—¡Dejad a la gente que platique!

Y con la barba siempre temblona, volviose a nosotros.

—¿Los compañeros ahí tendidos como perros, no valen ninguna cosa?

La Niña Chole murmuró con afán:

—¡Sí!… ¿Qué quieres?

—Eso ha de tratarse con espacio.

—Bueno…

—Es menester otra prenda que la palabra.

La Niña Chole arrancose los anillos, que parecían dar un aspecto sagrado a sus manos de princesa, y llena de altivez se los arrojó.

—Repartid eso y dejadnos.

Entre aquellos hombres hubo un murmullo de indecisión, y lentamente se alejaron por la nave de la iglesia. En el presbiterio detuviéronse a deliberar. La Niña Chole apoyó sus manos sobre mis hombros y me miró en el fondo de los ojos.

—¡Oh!… ¡Qué español tan loco! ¡Un león en pie!…

FRAY Lope Castellar nos esperaba en la sacristía leyendo el breviario. Sobre labrado arcón estaban las vestiduras, plegadas con piadoso esmero. La sacristía era triste, con una ventana alta y enrejada, obscurecida por las ramas de un cedro. El olor de la cera y del incienso parecía desvanecerse con la luz. Fray Lope, al vernos llegar, alzose del escaño con los brazos abiertos:

—¡Muertos les he creído! ¡Ha sido un milagro!… Siéntense: es menester que esta dama cobre ánimos. Van a probar el vino con que celebra la misa Su Ilustrísima, cuando se digna visitarnos. Un vino de España, famoso, famoso…

Hablando de esta suerte, acercose a una grande y lustrosa alacena, y la abrió de par en par. Sacó de lo más hondo un pegajoso cangilón, y le olió con regalo:

—Ahora verán qué néctar. Este humilde fraile celebra su misa con un licor menos delicado. Sin embargo, todo es sangre de Nuestro Señor Jesucristo.

Llenó con mano temblona un vaso de plata, y presentóselo a la Niña Chole, que lo recibió en silencio, y en silencio también me lo pasó a mí. Fray Lope, en aquel momento, colmaba otro vaso igual:

—¡Qué hace mi señora! Si el noble Marqués tiene aquí…

La Niña Chole murmuró con amable languidez.

—¡Le acompaña usted, Fray Lope!…

Fray Lope rio sonoramente:

—¡Qué diría Su Ilustrísima!

Sentose sobre el arcón, y dejó el vaso a su lado:

—El noble Marqués me permitirá una pregunta: ¿De qué conoce a Juan de Guzmán?

—¡No le conozco!…

—¿Y cómo le defendió tan bravamente?

—Una fantasía que me vino en aquel momento.

Fray Lope movió la tonsurada cabeza, y apuró un sorbo del vaso que tenía a

su diestra:

—¡Una fantasía! ¡Una fantasía!… Juan de Guzmán es mi amigo, y, sin embargo, yo jamás hubiera osado tanto.

La Niña Chole murmuró con altivo desdén:

—No todos los hombres son iguales…

Yo, agradecido al buen vino que Fray Lope me escanciaba, no pude menos de intervenir cortesano:

—Más valor hace falta para cantar misa, Fray Lope.

Fray Lope me miró con ojos burlones:

—Eso no se llama valor: es la Gracia…

Hablando así, alzamos los vasos, y a un tiempo les dimos fin. Fray Lope tornó a llenarlos.

—¿Y el noble Marqués hasta ignorará quién es Juan de Guzmán?

—Ayer, cuando juntaba mi escolta en Veracruz, oí por primera vez su nombre… Creo que es un famoso capitán de bandidos.

—¡Famoso!… Tiene la cabeza pregonada.

—¿Conseguirá ponerse en salvo?

Fray Lope juntó las manos y entornó los párpados gravemente:

—¡Y quién sabe, mi señor!…

—¿Cómo se arriesgó a entrar en la iglesia?

—Es muy piadoso… Además tiene por madrina a la Madre Abadesa.

En aquel momento alzose la tapa del arcón, y un hombre que allí estaba oculto asomó la cabeza. Era Juan de Guzmán. Fray Lope corrió a la puerta y echó los cerrojos. Juan de Guzmán saltó en medio de la sacristía, y con los ojos húmedos y brillantes quiso besarme las manos. Yo le tendí los brazos. Fray Lope volvió a nuestro lado, y con la voz temblorosa y colérica murmuró:

—¡Quien ama el peligro perece en él!

Juan de Guzmán sonrió desdeñosamente.

—¡Todos hemos de morir, Fray Lope!…

—Bajen siquiera la voz.

Seguimos su prudente consejo, y mientras nosotros platicábamos retirados en un extremo de la sacristía en el otro rezaba medrosamente la Niña Chole.

JUAN de Guzmán tenía la cabeza pregonada, aquella magnífica cabeza de aventurero español. En el siglo XVI hubiera conquistado su real ejecutoria de hidalguía peleando bajo las banderas de Hernán Cortés. Acaso entonces nos dejase una hermosa memoria, aquel capitán de bandoleros con aliento caballeresco: había nacido para ilustrar su nombre en las Indias saqueando ciudades, violando princesas y esclavizando emperadores. Viejo y cansado, cubierto de cicatrices y de gloria, tornaríase a su tierra llevando en buenas doblas de oro el botín conquistado acaso en Otumba, acaso en Mangoré. ¡Las batallas gloriosas de alto y sonoro nombre! Levantaría una torre, fundaría un mayorazgo con licencia del señor rey, y al morir tendría noble enterramiento en la iglesia de algún monasterio. La piedra de armas y un largo epitafio recordarían las hazañas del caballero, y muchos años después, su estatua de piedra, dormida bajo el arco sepulcral, aún serviría a las madres para asustar a sus hijos pequeños.

Yo confieso mi admiración por aquella noble abadesa que había sabido ser su madrina sin dejar de ser una santa. A mí seguramente hubiérame tentado el diablo, porque el capitán de los plateados tenía el gesto dominador y galán, con que aparecen en los retratos antiguos los capitanes del Renacimiento: era hermoso como un bastardo de César Borgia. Cuentan, que al igual de aquel príncipe mató siempre sin saña, con frialdad, como matan los hombres que desprecian la vida, y que, sin duda por eso, no miran como un crimen dar la muerte. Sus sangrientas hazañas son las hazañas que en otro tiempo hicieron florecer las epopeyas. Hoy solo de tarde en tarde alcanzan tan alta soberanía, porque las almas son cada vez menos ardientes, menos impetuosas, menos fuertes. ¡Es triste ver cómo los hermanos espirituales de aquellos aventureros de América no tienen ya otro destino en la vida que el bandolerismo caballeresco!

Aquel capitán de los plateados también tenía una leyenda de amores. Era tan famoso por su fiera bravura como por su galán arreo. Señoreaba en los caminos y en las ventas: con valeroso alarde se mostraba solo, caracoleando el caballo, y levantada sobre la frente el ala del chambergo entoquillado de oro. El zarape blanco envolvíale flotante como alquicel morisco. Era hermoso, con hermosura varonil y fiera. Tenía las niñas de los ojos pequeñas, tenaces y brillantes, el corvar de la nariz soberbio, las mejillas nobles y atezadas, los mostachos enhiestos, la barba de negra seda. En la llama de su mirar le vibraba el alma, el alma de los grandes capitanes, gallarda y de través como los gavilanes de la espada. Desgraciadamente ya quedan pocas almas así.

¡Qué hermoso destino el de ese Juan de Guzmán, si al final de sus días se hubiese arrepentido, y retirado en la paz de un monasterio hiciese penitencia como San Franco de Sena!

SIN otra escolta que algunos fieles caballerangos, nos tornamos a Veracruz. La *Dalila* continuaba anclada bajo el Castillo de Ulúa, y la divisamos desde larga distancia, cuando nuestros caballos, fatigados, sedientos, subían la falda arenosa de una colina. Sin hacer alto atravesamos la ciudad y nos dirigimos a la playa para embarcar inmediatamente. Poco después la fragata hacíase a la vela por aprovechar el viento que corría a lo lejos rizando un mar verde, como mar de ensueño. Apenas flameó la lona, cuando la Niña Chole, despeinada y pálida con la angustia del mareo, fue a reclinarse sobre la borda.

El capitán, con sombrero de palma y traje blanco, se paseaba en la toldilla: algunos marineros dormitaban echados a la banda de estribor, que el aparejo dejaba en sombra, y dos jarochos que habían embarcado en San Juan de Tuxtlan jugaban al parar sentados bajo un toldo de lona levantado a popa. Eran padre e hijo. Los dos, flacos y cetrinos: el viejo, con grandes barbas de chivo; el mozo, todavía imberbe. Se querellaban a cada jugada, y el que perdía amenazaba de muerte al ganancioso. Contaba cada cual su dinero, y musitando airada y torvamente, lo embolsaba. Por un instante los naipes quedaban esparcidos sobre el zarape puesto entre los jugadores. Después el viejo recogíalos lentamente y comenzaba a barajar de nuevo. El mozo, siempre de mal talante, sacaba de la cintura su bolsa de cuero, recamada de oro, y la volcaba sobre el zarape. El juego proseguía como antes.

Llegueme a ellos y estuve viéndoles. El viejo, que en aquel momento tenía la baraja, me invitó cortésmente, y mandó levantar al mozo para que yo tuviese sitio a la sombra. No me hice rogar. Tomé asiento entre los dos jarochos, conté diez doblones fernandinos y los puse a la primera carta que salió. Gané, y aquello me hizo proseguir jugando aunque desde el primer momento tuve al viejo por un redomado tahúr. Su mano atezada y enjuta, que hacía recordar la garra del milano, tiraba los naipes lentamente. El mozo permanecía silencioso y sombrío, miraba al viejo de soslayo, y jugaba siempre las cartas que jugaba yo. Como el viejo perdía sin impacientarse, sospeché que abrigaba el propósito de

robarme, y me previne. Sin embargo, continué ganando.

Ya puesto el sol, asomaron sobre cubierta algunos pasajeros. El viejo jarocho comenzó a tener corro, y creció su ganancia. Entre los jugadores estaba aquel adolescente taciturno y bello que en otra ocasión me había disputado una sonrisa de la Niña Chole. Apenas nuestras miradas se cruzaron comencé a perder. Tal vez haya sido superstición, pero es lo cierto que yo tuve el presentimiento. El adolescente tampoco ganaba: visto con espacio, pareciome misterioso y extraño: era gigantesco, de ojos azules y rubio ceño, de mejillas bermejas y frente muy blanca: peinábase como los antiguos nazarenos, y al mirar entornaba los párpados con arrobo casi místico. De pronto le vi alargar ambos brazos y detener al jarocho, que había vuelto la baraja y comenzaba a tirar. Meditó un instante, y luego, lento y tardío, murmuró:

—Me arriesgo con todo. ¡Copo!

El mozo, sin apartar los ojos del viejo, exclamó:

—¡Padre, copa!

—Lo he oído, pendejo. Ve contando ese dinero.

Volvió la baraja y comenzó a tirar. Todas las miradas quedaron inmóviles sobre la mano del jarocho. Tiraba lentamente. Era una mano sádica que hacía doloroso el placer y lo prolongaba. De pronto se levantó un murmullo.

—¡La sota! ¡La sota!

Aquella era la carta del bello adolescente. El jarocho se incorporó, soltando la baraja con despecho:

—Hijo, ve pagando…

Y echándose el zarape sobre los hombros, se alejó. El corro se deshizo entre murmullos y comentos:

—¡Ha ganado setecientos doblones!

—¡Más de mil!

Instintivamente volví la cabeza, y mis ojos descubrieron a la Niña Chole. Allí estaba, reclinada en la borda: apartábase lánguidamente los rizos que, deshechos por el viento marino, se le metían en los ojos y sonreía al bello y blondo adolescente. Experimenté tan vivo impulso de celos y de cólera, que me sentí palidecer. Si hubiera tenido en las pupilas el poder del basilisco, allí se quedan hechos polvo. ¡No lo tenía, y la Niña Chole pudo seguir profanando aquella sonrisa de reina antigua!…

CUANDO se encendieron las luces de a bordo, yo continuaba en el puente, y la Niña Chole vino a colgarse de mi brazo con amorosa languidez, rozándose como una gata zalamera y traidora. Sin mostrarme celoso, supe mostrarme altivo, y ella se detuvo, clavándome los ojos con tímido reproche. Después miró en torno, y alzándose en la punta de los pies me besó celerosa:

—¿Estás triste?

—No.

—Entonces, ¿estás enojado conmigo?

—No.

—Sí tal.

Nos hallábamos solos en el puente, y la Niña Chole se colgó de mis hombros suspirante y quejumbrosa:

—¡Ya no me quieres! Ahora, ¿qué será de mí?… ¡Me moriré!… ¡Me mataré!…

Y sus hermosos ojos, llenos de lágrimas, se volvieron hacia el mar, donde rielaba la luna. Yo permanecí silencioso, aun cuando estaba profundamente conmovido. Ya cedía al deseo de consolarla, cuando apareció sobre cubierta el blondo y taciturno adolescente. La Niña Chole, un poco turbada, se enjugó las lágrimas. Creo que la expresión de mis ojos le dio espanto, porque sus manos temblaban. Al cabo de un momento, con voz apasionada y contrita, murmuró a mi oído:

—¡Perdóname!

Yo repuse vagamente:

—¿Que te perdone dices?

—Sí.

—No tengo nada que perdonarte.

Ella se sonrió, todavía con los ojos húmedos.

—¿Para qué me lo niegas? Estás enojado conmigo porque antes he mirado a ese… Como no le conoces, me explico tus celos.

Calló, y en su boca muda y sangrienta vi aparecer la sonrisa de un enigma perverso. El blondo adolescente conversaba en voz baja con un grumete mulato. Se apartaron lentamente y fueron a reclinarse en la borda. Yo pregunté, dominado por una cólera violenta:

—¿Quién es?

—Un príncipe ruso.

—¿Está enamorado de ti?

—No.

—Dos veces le sonreíste…

La Niña Chole exclamó con picaresca alegría:

—Y tres también, y cuatro… Pero seguramente tus sonrisas le conmueven más que las mías… ¡Mírale!

El hermoso, el blondo, el gigantesco adolescente, seguía hablando con el mulato, y reclinado en la borda estrechábale por la cintura. El otro reía alegremente: era uno de esos grumetes que parecen aculatados en largas navegaciones trasatlánticas, por regiones de sol. Estaba casi desnudo, y con aquella coloración caliente de terracota también era hermoso. La Niña Chole apartó los ojos con altivo desdén:

—¿Te convences de que no podía inspirarte celos?

Yo, libre de tan cruel incertidumbre, sonreí:

—Tú debías tenerlos…

La Niña Chole se miró en mis ojos, orgullosa y feliz:

—Yo tampoco. Tú eres un hombre.

—Niña, tú olvidas que puede sacrificarse a Hebe y a Ganimedes.

—No entiendo lo que quieres decirme.

—¡Mejor es así!…

Y repentinamente entristecido, incliné la cabeza sobre el pecho. No quise ver más, y medité, porque tengo amado a los clásicos casi tanto como a las mujeres. Es la educación recibida en el Seminario de Nobles. Leyendo a ese amable Petronio, he suspirado más de una vez lamentando que los siglos hayan hecho un pecado desconocido de las divinas fiestas voluptuosas. Hoy, solamente en el sagrado misterio, vagan las sombras de algunos escogidos que hacen renacer el tiempo antiguo de griegos y romanos, cuando los efebos coronados de rosas sacrifican en los altares de Afrodita. ¡Felices y aborrecidas sombras: me llaman y no puedo seguirlas!

Aquel bello pecado, regalo de los dioses, y tentación de los poetas, es para mí un fruto hermético. El cielo, siempre enemigo, dispuso que solo las rosas de Venus floreciesen en mi alma, y a medida que envejezco, eso me desconsuela más. Presiento que debe ser grato, cuando la vida declina, poder penetrar en el jardín de los amores perversos. A mí, desgraciadamente, ni aun me queda la esperanza. Sobre mi alma ha pasado el aliento de Satanás encendiendo todos los

pecados: sobre mi alma ha pasado el suspiro del Arcángel encendiendo todas las virtudes. He padecido todos los dolores, he gustado todas las alegrías: he apagado mi sed en todas las fuentes, he reposado mi cabeza en el polvo de todos los caminos: un tiempo fui amado de las musas, sus voces me eran familiares: solo dos cosas han permanecido siempre arcanas para mí: el amor de los efebos y la música de ese teutón que llaman Wagner.

PERMANECIMOS toda la noche sobre cubierta. La fragata daba bordos en busca del viento, que parecía correr a lo lejos, allá donde el mar fosforecía. Por la banda de babor comenzó a esfumarse la costa, unas veces plana y otras ondulada en colinas. Así navegamos mucho tiempo. Las estrellas habían palidecido lentamente, y el azul del cielo iba tornándose casi blanco. Dos marineros subidos a la cofa de mesana, cantaban relingando el aparejo. Sonó el pito del contramaestre, orzó la fragata y el velamen flameó indeciso. En aquel momento, hacíamos proa a la costa. Poco después las banderas tremolaron en los masteleros alegres y vistosas: la fragata daba vista a Grijalba, y rayaba el sol.

En aquella hora el calor era deleitante, fresca la ventolina, y con olor de brea y algas. Percibíanse en el aire estremecimientos voluptuosos. Reía el horizonte bajo un hermoso sol. Ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como aliento de mujeres ardientes, jugaban en las jarcias, y penetraba y enlanguidecía el alma el perfume que se alzaba del oleaje casi muerto. Dijérase que el dilatado Golfo Mexicano sentía en sus verdosas profundidades la pereza de aquel amanecer cargado de pólenes misteriosos y fecundos, como si fuese el serrallo del Universo. A la sombra del foque, y con ayuda de un catalejo marino, contemplé la ciudad a mi talante. Grijalba, vista desde el mar, recuerda esos paisajes de caserío inverosímil, que dibujan los niños precoces: es blanca, azul, encarnada, de todos los colores del iris. Una ciudad que sonríe, como criolla vestida con trapos de primavera que sumerge la punta de los piececillos lindos en la orilla del puerto. Algo extraña resulta, con sus azoteas enchapadas de brillantes azulejos y sus lejanías límpidas, donde la palmera recorta su gallarda silueta que parece hablar del desierto remoto, y de caravanas fatigadas que sestean a la sombra propicia.

Espesos bosques de gigantescos árboles rodean la ensenada, y entre la masa

incierta del follaje sobresalen los penachos de las palmeras reales. Un río silencioso y dormido, de aguas blanquecinas como la leche, abre profunda herida en el bosque, y se derrama en holganza por la playa que llena de islas. Aquellas aguas nubladas de blanco, donde no se espeja el cielo, arrastraban un árbol desarraigado, y en las ramas medio sumergidas revoloteaban algunos pájaros de quimérico y legendario plumaje. Detrás, descendía la canoa de un indio que remaba sentado en la proa. Volaban los celajes al soplo de las brisas, y bajo los rayos del sol naciente, aquella ensenada de color verde esmeralda rielaba llena de gracia, como un mar divino y antiguo habitado por sirenas y tritones.

¡Cuán bellos se me aparecen todavía esos lejanos países tropicales! Quien una vez los ha visto, no los olvidará jamás. Aquella calma azul del mar y del cielo, aquel sol que ciega y quema, aquella brisa cargada con todos los aromas de Tierra Caliente, como ciertas queridas muy amadas, dejan en la carne, en los sentidos, en el alma reminiscencias tan voluptuosas, que el deseo de hacerlas revivir solo se apaga en la vejez. Mi pensamiento rejuvenece hoy recordando la inmensa extensión plateada de ese Golfo Mexicano, que no he vuelto a cruzar. Por mi memoria desfilan las torres de Veracruz, los bosques de Campeche, las arenas de Yucatán, los palacios de Palenque, las palmeras de Tuxpán y Laguna… ¡Y siempre, siempre unido al recuerdo de aquel hermoso país lejano, el recuerdo de la Niña Chole, tal como la vi por vez primera entre el cortejo de sus servidores, descansando a la sombra de una pirámide, suelto el cabello y vestido el blanco hipil de las antiguas sacerdotisas mayas!…

APENAS desembarcamos, una turba negruzca y lastimera nos cercó pidiendo limosna. Casi acosados, llegamos al parador, que era conventual y vetusto, con gran soportal de piedra, donde unas viejas caducas se peinaban. En aquel parador volví a encontrarme con los jugadores jarochos que venían a bordo de la fragata. Descubriles retirados hacia el fondo del patio, cercanos a una puerta ancha y baja, por donde a cada momento entraban y salían caballerangos, charros y mozos de espuela. También allí los dos jarochos jugaban al parar, y se movían querella. Me reconocieron desde lejos, y se alzaron saludándome con muestras de gran cortesía. Luego el viejo entregó los naipes al mozo, y vínose pare mí, haciendo profundas zalemas.

—Aquí estamos para servirle, señor. Si le place saber adónde llega una buena voluntad, mande no más, señor.

Y después de abrazarme con tal brío que me alzó del suelo, usanza mexicana que muestra amor y majeza, el viejo jarocho continuó:

—Si quiere tentar la suerte, ya sabe su merced dónde toparnos. Aquí demoramos. ¿Cuándo se camina, mi señor

Marqués?

—Mañana al amanecer, si esta misma noche no puedo hacerlo.

El viejo acariciose las barbas, y sonrió picaresco y ladino.

—Siempre nos veremos antes. Hemos de saber hasta dónde hay verdad en aquello que dicen: Albur de viajero, pronto y certero.

Yo contesté riéndome:

—Lo sabremos. Esas profundas sentencias no deben permanecer dudosas.

El jarocho hizo un grave ademán en muestra de asentimiento:

—Ya veo que mi señor Marqués tiene por devoción cumplimentarlas. Hace bien. Solamente por eso merecía ser Arzobispo de México.

De nuevo sonrió picaresco. Sin decir palabra esperó a que pasasen dos indios caballerangos, y cuando ya no podían oírle, prosiguió en voz baja y misteriosa:

—Una cosa me falta por decirle. Ponemos para comienzo quinientas onzas, y quedan más de mil para reponer si vienen malas. Plata de un compadre, señor. Otra vez platicaremos con más espacio. Mire cómo se impacienta aquel manís. Un potro sin rendaje, señor. Eso me enoja… ¡Vaya, nos vemos!…

Y se alejó haciendo fieras señas al mozo para calmar su impaciencia. Tendiose a la sombra, y tomando los naipes comenzó a barajar. Presto tuvo corro de jugadores. Los caballerangos, los boyeros, los mozos de espuela, cada vez que entraban y salían parábanse a jugar una carta. Dos jinetes que asomaron encorvados bajo la puerta, refrenaron un momento sus cabalgaduras, y desde lo alto de las sillas arrojaron las bolsas. Llegaban los charros haciendo sonar las pesadas y suntuosas espuelas, derribados gallardamente sobre las cejas aquellos jaranos castoreños entoquillados de plata, fanfarrones y marciales. Llegaban los indios ensabanados como fantasmas, humildes y silenciosos, apagando el rumor de sus pisadas. Llegaban otros jarochos armados como infantes, las pistolas en la cinta y el machete en bordado tahalí. De tarde en tarde, atravesaba el patio lleno de sol, algún lépero con su gallo de pelea. Una figura astuta y maleante, de ojos burlones y de lacia greña, de boca cínica y de manos escuetas y negruzcas, que tanto son de ladrón como de mendigo. Huroneaba en el corro, arriesgaba un

mísero tostón, y rezongando truhanerías se alejaba.

YO ansiaba verme a solas con la Niña Chole. La noche de nuestras bodas en el convento se me aparecía ya muy lejana, con el encanto de un sueño que se recuerda siempre y nunca se precisa. Desde entonces habíamos vivido en forzosa castidad, y mis ojos, que aún lo ignoraban todo, tenían envidia de mis manos que todo lo sabían…

En aquel vetusto parador gusté las mayores venturas amorosas, urdidas con el hilo dorado de la fantasía. Quise primero que la Niña Chole se destrenzase el cabello, y vestido el blanco hipil me hablase en su vieja lengua, como una princesa prisionera a un capitán conquistador. Ella obedeció sonriendo. Yo la tenía en mis brazos, y las palabras más bellas y musicales, las besaba sin comprenderlas, sobre sus labios. Después fue nuestro numen Pedro Aretino, y como oraciones, pude recitar en italiano siete sonetos, gloria del Renacimiento: uno distinto para cada sacrificio. El último lo repetí dos veces: era aquel divino soneto que evoca la figura de un centauro, sin cuerpo de corcel y con dos cabezas. Después nos dormimos.

La Niña Chole se levantó al amanecer y abrió los balcones. En la alcoba penetró un rayo de sol tan juguetón, tan vivo, tan alegre, que al verse en el espejo se deshizo en carcajadas de oro. El canario agitose dentro de su jaula y prorrumpió en gorjeos: la Niña Chole también gorjeó el estribillo de una canción fresca como la mañana. Estaba muy bella arrebujada en aquella túnica de seda, que envolvía en una celeste diafanidad su cuerpo de diosa. Me miraba guiñando los ojos, y entre borboteos de risas y canciones besaba los jazmines que se retorcía n a la reja. Con el cabello destrenzándose sobre los hombros desnudos, con su boca riente y su carne morena, la Niña Chole era una tentación. Tenía despertares de aurora alegres y triunfantes. De pronto se volvió hacia mí con un mohín delicioso.

—¡Arriba, perezoso!… ¡Arriba!

Al mismo tiempo salpicábame a la cara el agua de rosas que por la noche dejara en el balcón a serenar.

—¡Arriba!… ¡Arriba!…

Me eché de la hamaca. Viéndome ya en pie, huyó velozmente alborotando la

casa con sus trinos. Saltaba de una canción a otra, como el canario los travesaños de la jaula, con gentil aturdimiento, con gozo infantil, porque el día era azul, porque el rayo de sol reía allá, en el fondo encantado del espejo. Bajo los balcones resonaba la voz del caballerango que se daba prisa a embridar nuestros caballos. Las persianas caídas temblaban al soplo de matinales auras, y el jazmín de la reja, por aromarlas, sacudía su caperuza de campanillas. La Niña Chole volvió a entrar. Yo la vi en la luna del tocador, acercarse sobre la punta de sus chapines de raso, con un picaresco reír de los labios y de los dientes. ¡Qué alborozada me gritó al oído!

—¡Vanidoso! ¿Para quién te acicalas?

—Para ti, Niña.

—¿De veras?

Mirábame con los ojos entornados, y hundía los dedos entre mis cabellos, arremolinándomelos. Luego reía locamente y me alargaba un espolín de oro para que se lo calzase en aquel pie de reina, que no pude menos de besar. Salimos al patio, donde el indio esperaba con los caballos del diestro: montamos y partimos. Las cumbres azules de los montes se vestían de luz bajo un sol dorado y triunfal. Volaba la brisa en desiguales ráfagas, húmedas y agrestes, como aliento de arroyos y herbazales. El alba tenía largos estremecimientos de rubia y sensual desposada. Las copas de los cedros, iluminadas por el sol naciente, eran altar donde bandadas de pájaros se casaban, besándose los picos. La Niña Chole, tan pronto ponía su caballo a galope como le dejaba mordisquear en los jarales.

Durante todo el camino no dejamos de cruzarnos con alegres cabalgatas de criollos y mulatos: desfilaban entre nubes de polvo, al trote de gallardos potros, enjaezados a la usanza mexicana, con sillas recamadas de oro y gualdrapas bordadas, deslumbrantes como capas pluviales. Sonaban los bocados y las espuelas, restallaban los látigos, y la cabalgata pasaba veloz a través de la campiña. El sol arrancaba a los arneses blondos resplandores y destellaba fugaz en los machetes pendientes de los arzones. Habían comenzado las ferias, aquellas famosas ferias de Grijalba, que se juntaban y hacían en la ciudad y en los bohíos, en las praderas verdes, y en los caminos polvorientos, todo ello al acaso, sin más concierto que el deparado por la ventura. Nosotros refrenábamos los caballos que relinchaban y sacudían las crines. La Niña Chole me miraba sonriendo, y me alargaba la mano para correr unidos, sin separarnos…

SALIENDO de un bosque de palmeras, dimos vista a una tablada tumultuosa, impaciente, con su ondular de hombres y cabalgaduras. El eco retozón de los cencerros acompañaba las apuestas y decires chalanescos, y la llanura parecía jadear bajo aquel marcial y fanfarrón estrépito de trotes y de colleras, de fustas y de bocados. Desde que entramos en aquel campo, monstruosa turba de lisiados nos cercó clamorante: ciegos y tullidos, enanos y ¡azarados nos acosaban, nos perseguían, rodando bajo las patas de los caballos, corriendo a rastras por el camino, entre aullidos y oraciones, con las llagas llenas de polvo, con las canillas echadas a la espalda, secas, desmedradas, horribles. Se enracimaban, golpeándose en los hombros, arrancándose los chapeos, gateando la moneda que les arrojábamos al paso.

Y así, entre aquel cortejo de hampones, llegamos al jacal de un negro que había sido esclavo. El paso de las cabalgaduras y el pedigüeño rezo de los mendigos trájole a la puerta antes que descabalgásemos: al vernos, corrió, ahuyentando con el rebenque la astrosa turba, y vino a tener el estribo de la Niña Chole, besándola las manos con tantas muestras de humildad y contento cual si fuese una princesa la que llegaba. A las voces del negro acudió toda la prole. El liberto hallábase casado con una andaluza, que había sido doncella de la Niña Chole. La mujer levantó los brazos al encontrarse con nosotros.

—¡Virgen de mi alma! ¡Los amitos!

Y tomando de la mano a la Niña Chole, hízola entrar en el jacal.

—¡Que no me la retueste el sol, reina mía, piñoncico de oro, que viene a honrar mi pobreza!

El negro sonreía, mirándonos con sus ojos de res enferma: ojos de una mansedumbre verdaderamente animal. Nos hicieron sentar, y ellos quedaron en pie. Se miraron, y hablando a un tiempo, empezaron el relato de la misma historia:

—Un jarocho tenía dos potricas blancas. ¡Cosa más linda! Blancas como palomas. ¿Sabe? ¡Qué pintura para la volanta de la Niña!

Y aquí fue donde la Niña Chole no quiso oír más.

—¡Yo deseo verlas! ¡Deseo que me las compres!

Habíase puesto en pie, y se echaba el rebocillo apresuradamente.

—¡Vamos! ¡Vamos!

La andaluza reía maliciosamente.

—¡Cómo se conoce que su merced no le satisface ningún antojico!

Dejó de sonreír, y añadió cual si todo estuviese ya resuelto:

—El amito va con mi hombre. Para la Niña está muy calurosa la sazón.

Entonces el negro abrió la puerta, y la Niña Chole me empujó con mimos y arrumacos muy gentiles. Salí, acompañado del antiguo esclavo que, al verse fuera, empezó por suspirar y concluyó salmodiando el viejo cuento de sus tristezas. Caminaba a mi lado con la cabeza baja, siguiéndome como un perro entre la multitud, interrumpiéndose y tornando a empezar, siempre zongueando cuitas de paria y de celoso.

—¡Ella toda la vida con hombres, amito! ¡Una perdisión!… ¡Y no es con blancos, niño! ¡Ay, amito, no es con blancos!… A la gran chiva se le da todo por los morenos. ¡Dígame no más que sinvergüensada, niño!…

Su voz era lastimera, resignada, llena de penas: verdadera voz de siervo.

RECORRIMOS la feria. Sobre el lindar del bosque, a la sombra de los cocoteros, la gente criolla bebía y cantaba con ruidoso jaleo de olés y palmadas. Reía el vino en las copas, y la guitarra española, sultana de la fiesta, lloraba sus celos moriscos y sus amores con la blanca luna de la Alpujarra. El largo lamento de las guajiras expiraba deshecho entre las herraduras de los caballos. Los asiáticos, mercaderes chinos y japoneses, pasaban estrujados en el ardiente torbellino de la feria, siempre lacios, siempre mustios, sin que un estremecimiento alegre recorriese su trenza. Amarillentos como figuras de cera, arrastraban sus chinelas entre el negro gentío, pregonando con femeniles voces abanicos de sándalo y bastones de carey.

Sentadas a las puertas de los jacales, indias andrajosas, adornadas con amuletos y sartas de corales, vendían plátanos y cocos. Eran viejas de treinta años, arrugadas y caducas, con esa fealdad quimérica de los ídolos. Su espalda lustrosa, brillaba al sol, sus senos negros y colgantes, recordaban las orgías de las brujas y de los trasgos. Acurrucadas al borde del camino, como si tiritasen bajo aquel sol ardiente, medio desnudas, desgreñadas, arrojando maldiciones sobre la multitud, parecían sibilas de algún antiguo culto, lúbrico y sangriento.

Sus críos, tiznados y esbeltos como diablos, acechaban por los resquicios de las barracas, y, huroneando, se metían bajo los toldos de lona, donde tocaban

organillos dislocados. Mulatas y jarochos, al son de la música más burlesca de Offenbach, ejecutaban aquellas extrañas danzas voluptuosas que los esclavos trajeron del África, y el zagalejo de colores vivos flameaba en los quiebros y mudanzas de los bailes sagrados con que a la sombra patriarcal del baobab eran sacrificados los cautivos.

Habíamos recorrido la feria sin dar vista por parte alguna alas tales jacas blancas. Ya nos tornábamos, cuando me sentí detenido por el brazo. Era la Niña Chole: estaba muy pálida, y aun cuando procuraba sonreír, temblaban sus labios, y adiviné una gran turbación en sus ojos: puso ambas manos en mis hombros y exclamó con fingida alegría:

—Oye, no quiero verte enfadado.

Colgándose de mi brazo, añadió:

—Me aburría, y he salido… A espaldas del jacal hay un reñidero de gallos. ¿No sabes? Estuve allí, he jugado y he perdido.

Interrumpiose, volviendo la cabeza con gracioso movimiento, y me indicó al blondo, al gigantesco adolescente, que se descoyuntó saludando.

—Este caballero tiene la honra de ser mi acreedor.

Aquellas extravagancias producían siempre en mi ánimo un despecho sordo y celoso, tal, que pronuncié con la mayor altivez de que fui capaz:

—¿Qué ha perdido esta señora?

Habíame figurado que el jugador rehusaría galantemente cobrar su deuda, y quería obligarle con mi actitud fría y desdeñosa. El bello adolescente sonrió con la mayor cortesía.

—Antes de apostar, esta señora me advirtió que no tenía dinero. Entonces convinimos que cada beso suyo valía cien tostones: tres besos ha jugado y los tres ha perdido.

Yo me sentí palidecer. Pero cuál no sería mi asombro al ver que la Niña Chole, retorciéndose las manos, pálida, casi trágica, se adelantaba exclamando:

—¡Yo pagaré! ¡Yo pagaré!

La detuve con un gesto, y enfrentándome con el hermoso adolescente, le grité, restallando las palabras como latigazos:

—¡Esta mujer es mía, y su deuda también!

Y me alejé, arrastrando a la Niña Chole. Anduvimos algún tiempo en silencio: de pronto, ella, oprimiéndome el brazo, murmuró en voz muy queda:

—¡Oh, qué gran señor eres!

Yo no contesté. La Niña Chole empezó a llorar en silencio, apoyó la cabeza

en mi hombro, y exclamó con un sollozo de pasión infinita:

—¡Dios mío! ¡Qué no haría yo por ti!…

LLEGAMOS al Jacal. Yo ceñudo y de mal talante, me arrojé sobre la hamaca, y con grandes voces mandé a los caballerangos que ensillasen para partir inmediatamente. La sombra negruzca de un indio asomó en la puerta:

—Señor, el ruano que montaba la Niña tiene desenclavada una herradura… ¿Se la enclavo, señor?

Me incorporé en la hamaca con tal violencia, que el indio retrocedió asustado. Volviendo a tenderme le grité:

—¡Date prisa, con mil demonios, Cuactemocín!

La Niña Chole me miró pálida y suplicante:

—No grites. ¡Si supieses cómo me asustas!…

Yo cerré los ojos sin contestar, y hubo un largo silencio en el interior obscuro y caluroso del Jacal. El negro iba y venía, con tácitas pisadas, regando el suelo alfombrado de hierba. Fuera se oía el piafar de los caballos, y las voces de los indios que, al embridarlos, les hablaban. En el hueco luminoso de la puerta, las moscas del ganado zumbaban su monótona canción estival. La Niña Chole se levantó y vino a mi lado. Silenciosa y suspirante me acarició la frente con dedos de hada que se deslizaban suaves bajo mis cabellos. Después me dijo:

—¡Oh!… ¿Serías capaz de matarme si el ruso fuese un hombre?

—No…

—¿De matarlo a él?

—Tampoco.

—¿No harías nada?

—Nada.

—¿Es que me desprecias?

—Es que no eres la Marquesa de Bradomín.

Quedó un momento indecisa, con los labios trémulos. Yo cerré los ojos, y esperé sus lágrimas, sus quejas, sus denuestos, pero la Niña Chole guardó silencio, y continuó acariciando mis cabellos como una esclava sumisa. Al cabo, sus dedos de hada borraron mi ceño y me sentí dispuesto a perdonar. Yo sabía que el pecado de la Niña Chole era el eterno pecado femenino, y mi alma

enamorada no podía menos de inclinarse a la indulgencia. Sin duda la Niña Chole era curiosa y perversa como aquella mujer de Lot convertida en estatua de sal, pero al cabo de los siglos, también la justicia divina mostrábase mucho más clemente con las mujeres de los hombres. Sin darme cuenta caí en la tentación de admirar como una gloria linajuda aquel remoto abolengo envuelto en la leyenda bíblica. Era indudable que el alto cielo perdonaba a la Niña Chole, y juzgué que no podía menos de hacer lo mismo el Marqués de Bradomín. Libre el corazón de todo rencor, abrí los ojos bajo el suave cosquilleo de aquellos dedos invisibles y murmuré sonriente:

—Niña, no sé qué bebedizo me has dado que todo lo olvido…

Ella repuso, al mismo tiempo que sus mejillas se teñían de rosa:

—Es porque no soy la Marquesa de Bradomín.

Y calló, tal vez esperando una disculpa amante, pero yo preferí guardar silencio, y juzgué que era bastante desagravio besar su mano. Ella la retiró esquiva, y en un silencio lento, sus hermosos ojos de princesa oriental se arrasaron de lágrimas. Felizmente no rodaban aún por sus mejillas, cuando el indio reapareció en la puerta trayendo nuestros caballos del diestro, y pude salir del jacal como si nada de aquel dolor hubiese visto. Cuando la Niña Chole asomó en la puerta, ya parecía serena. Le tuve el estribo para que montase, y un instante después, con alegre y trotante fanfarria atravesábamos el real de la feria. Un jinete cruzó por delante de nosotros caracoleando su caballo. La Niña Chole palideció al verle, y lanzando un grito arrojose a tierra, y se arrastró de rodillas implorando perdón con los brazos abiertos:

—¡Vuelven a verte mis ojos!… ¡Mátame, aquí me tienes! ¡Mi rey!… ¡Mi rey querido!…

El jinete volviose sorprendido, y al reconocerla hizo alto con amenazador continente. La Niña Chole asiose al estribo, desolada y trágica. Yo quedé a la cabeza de mi gente que parecía temerosa. Aquel hombre me lanzó una mirada sañuda, y sin desplegar los labios alzó el látigo sobre la Niña Chole, y le cruzó el rostro. Ella todavía gimió:

—¡Mi rey!… ¡Mi rey querido!…

El jinete se dobló sobre el arzón donde asomaban las pistolas, y rudo y fiero la alzó del suelo asentándola en la silla. Después, como un raptor de los tiempos heroicos, huyó, lanzándome terribles denuestos. Pálido y mudo vi cómo se la llevaba: hubiera podido rescatarla, porque jamás he tenido miedo, y, sin embargo, no lo hice. Yo había sido otras veces un gran pecador, pero entonces, al

adivinar quién era aquel hombre, sentíame arrepentido. La Niña Chole, por hija y por esposa, pertenecía al fiero mexicano, y mi corazón se humillaba resignado acatando aquellas dos sagradas potestades. Desengañado para siempre del amor y del mundo, hinqué las espuelas al caballo, y galopé hacia los llanos solitarios del Tixul seguido de mi gente, que se hablaba en voz baja comentando el suceso. Todos aquellos indios hubieran seguido de buen grado al raptor de la Niña Chole. Parecían fascinados como ella, por el látigo del general Diego Bermúdez.

ENCORVADOS bajo aquel sol ardiente, abandonadas las riendas sobre el cuello de los caballos, silenciosos, fatigados y sedientos, cruzábamos la arenosa sabana, viendo eternamente en la lejanía el lago del Tixul, que tenía el verde alegre de la esmeralda y ondulaba con movimiento perezoso y fresco, mojando la cabellera de los mimbrales que se reflejaban en el fondo de los remansos encantados… Atravesábamos las grandes dunas, parajes yermos sin brisas ni murmullos. Sobre la arena caliente se paseaban los lagartos con caduca y temblona beatitud de faquires centenarios, y el sol caía implacable requemando la tierra estéril que parecía sufrir el castigo de algún obscuro crimen geológico. Nuestros caballos, extenuados por jornada tan penosa, alargaban el cuello, que se bajaba y se tendía en un vaivén de sopor y de cansancio: con los ijares flácidos y ensangrentaos, adelantaban trabajosamente enterrando los cascos en la arena negra y movediza. Durante horas y horas, los ojos se fatigaban contemplando un horizonte blanquecino y calcinado. La angustia del mareo pesaba en los párpados que se cerraban con modorra para abrirse después de un instante sobre las mismas lejanías muertas y olvidadas…

Hicimos un largo día de cabalgada a través de negros arenales, y tal era mi fatiga y tal mi adormecimiento, que para espolear el caballo necesitaba hacer ánimos. Apenas si podía tenerme sobre la montura. Como en una expiación dantesca, veía a lo lejos el verdeante lago del Tixul, donde esperaba hacer un alto. Era ya mediada la tarde, y los rayos del sol dejaban en las aguas una estela de oro cual si acabase de surcarlas el bajel de las hadas… Aún nos hallábamos a larga distancia, cuando advertimos el almizclado olor de los cocodrilos, aletargados fuera del agua, en la playa cenagosa. La inquietud de mi caballo, que temblaba levantando las dos orejas y sacudiendo la crin, me hizo enderezar en la

silla, afirmarme y recobrar las riendas que llevaba sueltas sobre el borrén. Como la proximidad de los caimanes le asustaba y el miedo dábale bríos para retroceder piafante, hube de castigarle con la espuela, y le puse al galope. Toda la escolta me siguió. Cuando estuvimos cerca, los cocodrilos entraron perezosamente en el agua. Nosotros bajamos en tropel hasta la playa. Algunos pájaros de largas alas, que hacían nido en la junquera, levantaron el vuelo asustados por la zalagarda de los criados, que entraban en el agua cabalgando, metiéndose hasta más arriba de la cincha. En la otra orilla un cocodrilo permaneció aletargado sobre la ciénaga con las fauces abiertas, con los ojos vueltos hacia el sol, inmóvil, monstruoso, indiferente como una divinidad antigua.

Vino presuroso mi caballerango a tenerme el estribo, pero yo rehusé apearme. Había cambiado de propósito, y quería vadear el Tixul sin darle descanso a las cabalgaduras, pues ya la noche se nos echaba encima. Atentos a mi deseo, los indios que venían en la escolta, magníficos jinetes todos ellos, metiéronse resueltamente lago adelante: con sus picas de boyeros tentaban el vado. Grandes y extrañas flores temblaban sobre el terso cristal entre verdosas y repugnantes algas. Los jinetes, silenciosos y casi desnudos, avanzaban al paso con suma cautela: era un tropel de negros centauros A lo lejos cruzaban por delante de los caballos islas flotantes de gigantescas ninfeas, y vivaces lagartos saltaban de unas en otras como duendes enredadores y burlescos. Aquellas islas floridas se deslizaban bajo alegre palio de mariposas, como en un lago de ensueño, lenta, lentamente, casi ocultas por el revoloteo de las alas blancas y azules bordadas de oro. El lago del Tixul parecía uno de esos jardines como solo existen en los cuentos. Cuando yo era niño me adormecían refiriéndome la historia de un jardín así… ¡También estaba sobre un lago, una hechicera lo habitaba y en las flores pérfidas y quiméricas, rubias princesas y rubios príncipes tenían encantamento!…

YA el tropel de centauros nadaba por el centro del Tixul, cuando el cocodrilo que en la otra orilla parecía sumido en éxtasis, entró lentamente en el agua y desapareció… No quise hacer más larga espera en la playa, y halagando el cuello de mi caballo, le fui metiendo en la laguna paso a paso.

Cuando tuvo el agua a la cincha comenzó a nadar, y casi al mismo tiempo me reconocí cercado por un copo fantástico de ojos redondos, amarillentos, nebulosos, que aparecían solos a flor de agua… ¡Aquellos ojos me miraban, estaban fijos en mí!… Confieso que en tal momento sentí el frío y el estremecimiento del miedo. El sol hallábase en el ocaso, y como yo lo llevaba de frente, me hería y casi me cegaba, de suerte que para esquivarle érame forzoso contemplar las mudas ondas del Tixul, aun cuando me daba vértigo aquel poder de los caimanes para no dejar fuera del agua más que los ojos de monstruos, ojos sin párpados, que unas veces giran en todos sentidos y otras se fijan con una mirada estacionaria… Hasta que el caballo volvió a cobrar tierra bajo el casco, lanzándose seguro hacia la orilla, no respiré sin zozobra. Mi gente esperaba tendida a lo largo, corriendo y caracoleando. Nos reunimos y continuamos la cuta a través de los negros arenales.

Se puso el sol entre presagios de tormenta. El terral soplaba con furia, removiendo y aventando las arenas, como si quisiese tomar posesión de aquel páramo inmenso, todo el día aletargado por el calor. Espoleamos los caballos y corrimos contra el viento y el polvo. Ante nosotros se extendían las dunas en la indecisión del crepúsculo desolado y triste, agitado por las ráfagas apocalípticas de un ciclón. Casi rasando la tierra pasaban bandadas de buitres, con revoloteo tardo, fatigado e incierto. Cerró la noche y a lo lejos vimos llamear muchas hogueras. De tiempo en tiempo un relámpago rasgaba el horizonte y las dunas aparecían solitarias y lívidas. Empezaron a caer gruesas gotas de agua. Los caballos sacudían las orejas y temblaban como calenturientos. Las hogueras, atormentadas por el huracán, se agitaban de improviso o menguaban hasta desaparecer. Los relámpagos, cada vez más frecuentes, dejaban en los ojos la visión temblorosa y fugaz del paraje inhóspito. Nuestros caballos, con las crines al viento, lanzaban relinchos de espanto y procuraban orientarse, buscándose en la obscuridad de la noche bajo el aguacero. La luz caótica de los relámpagos daba a la yerma vastedad el aspecto de esos parajes quiméricos de las leyendas penitentes: desiertos de cenizas y arenales sin fin que rodean el infierno.

Guiándonos por las hogueras, llegamos a un gran raso de hierba donde cabeceaban, sacudidos por el viento, algunos cocoteros desgreñados, enanos y salvajes. El aguacero había cesado repentinamente y la tormenta parecía ya muy lejana. Dos o tres perros salieron ladrando a nuestro encuentro, y en la lejanía otros ladridos respondieron a los suyos. Vimos en torno de la lumbre agitarse y vagar figuras de mal agüero: rostros negros y dientes blancos que las llamas

iluminaban. Nos hallábamos en un campo de jarochos, mitad bandoleros y mitad pastores, que conducían numerosos rebaños a las ferias de Grijalba.

Al vernos llegar galopando en tropel, de todas partes acudían hombres negros y canes famélicos: los hombres tenían la esbeltez que da el desierto y actitudes de reyes bárbaros magníficas, sanguinarias… En el cielo, la luna, enlutada como viuda ideal, dejaba caer la tenue sonrisa de su luz sobre la ruda y aulladora tribu. A veces entre el vigilante ladrido de los canes y el áspero vocear del pastoreo errante, percibíase el estremecimiento de las ovejas, y llegaban hasta nosotros ráfagas de establo, campesinas y robustas como un aliento de vida primitiva. Sonaban las esquilas con ingrávido campanilleo, ardían en las fogatas haces de olorosos rastrojos, y el humo subía blanco, feliz y cargado de aromas, como el humo de los rústicos y patriarcales sacrificios…

YO veía danzar entre las lenguas de la llama una sombra femenil indecisa y desnuda: la veía aun cerrando los ojos, con la fuerza quimérica y angustiosa que tienen los sueños de la fiebre. Cuitado de mí, era una de esas visiones místicas y carnales con que el diablo tentaba en otro tiempo a los santos ermitaños: yo creía haber roto para siempre las redes amorosas del pecado, y el cielo castigaba tanta arrogancia dejándome en abandono. Aquella mujer desnuda, velada por las llamas, era la Niña Chole. Tenía su sonrisa y su mirar. Mi alma empezaba a cubrirse de tristeza y a suspirar románticamente. La carne flaca se estremecía de celos y de cólera. Todo en mí clamaba por la Niña Chole. Estaba arrepentido de no haber dado muerte al incestuoso raptor, y el pensamiento de buscarle a través de la tierra mexicana, se hacía doloroso: era una culebra enroscada al corazón, una culebra negra y verdosa que me mordía y me envenenaba. Para libertarme de aquel suplicio, llamé al indio que llevaba de guía. Acudió tiritando:

—¿Qué mandaba, señor?

—Vamos a ponernos en camino.

—Mala es la sazón, señor. Corren ahora muchas torrenteras.

Yo tuve un momento de duda:

—¿Qué distancia hay a la hacienda de Tixul?

—Dos horas de camino, señor.

Me incorporé violentamente.

—Que ensillen.

Y esperé calentándome ante el fuego, mientras el guía llevaba la orden y se ponía la gente en traza de partir. Mi sombra bailaba con la llama de las hogueras, y alargábase fantástica sobre la tierra negra. Yo sentía dentro de mí la sensación de un misterio pavoroso y siniestro. Quizá iba a mudar de propósito cuando un tropel de indios acudió con mi caballo. A la luz de la hoguera ajustaron las cinchas y repararon las bridas. El guía, silencioso y humilde, vino a tomar el diestro. Montó y partimos.

Caminamos largo tiempo por un terreno onduloso, entre cactus gigantescos que, sacudidos por el viento, imitaban rumor de torrentes. De tiempo en tiempo la luna rasgaba los trágicos nubarrones, o iluminaba nuestra marcha derramando tibia claridad. Delante de mi caballo volaba, con silencioso vuelo, un pájaro nocturno: se posaba a corta distancia y al acercarme agitaba las negras alas e iba a posarse más lejos, lanzando un graznido plañidero, que era su canto. Mi guía, supersticioso como todos los indios, creía entender en aquel grito la palabra judío, y cuando oía esta ofensa que el pájaro le lanzaba siempre al abrir las sombrías alas, replicaba gravemente:

—¡Cristiano, y muy cristiano!

Yo le interrogué:

—¿Qué pájaro es ese?…

—El tapacaminos, señor.

De esta suerte llegamos a mis dominios. La casa, mandada edificar por un virrey, tenía el aspecto señorial y campesino que tienen en España las casas de los hidalgos. Un tropel de jinetes estaba delante de la puerta. A juzgar por su atavío eran plateados. Formaban rueda, y las calabazas, llenas de café, corrían de mano en mano. Los chambergos bordados brillaban a la luz de la luna. En mitad del camino estaba apostado un jinete: era viejo y avellanado: tenía los ojos fieros y una mano cercenada. Al acercarnos nos gritó:

—¡Ténganse allá!

Yo respondí de mal talante, enderezándome en la silla:

—Soy el Marqués de Bradomín.

El viejo partió al galope y reuniose con los que apuraban las calabazas de café ante la puerta. Yo distinguí claramente a la luz de la luna cómo se volvían los unos a los otros, y cómo se hablaban tomando consejo, y cómo después recobraban las riendas y se partían. Cuando yo llegué, la puerta estaba franca y

aún se oía el galope de sus caballos. El mayordomo, que esperaba en el umbral, adelantose a recibirme y tomando el caballo del rendaje, tornose hacia la casa gritando:

—¡Sacad acá un candil!… ¡Alumbrad la escalera!…

En lo alto de la ventana asomó la forma negra de una vieja con un velón encendido.

—¡Alabado sea Dios que le trujo con bien por medio de tantos peligros!

Y para alumbrarnos mejor encorvábase fuera de la ventana y alargaba su brazo negro, que temblaba con el velón. Entramos en el zaguán, y casi al mismo tiempo reaparecía la vieja en lo alto de la escalera.

—¡Alabado sea Dios, y cómo se le conoce la mucha nobleza y generosidad de su sangre!

La vieja nos guio hasta una sala enjalbegada, que tenía todas las ventanas abiertas. Dejó el velón sobre una mesa de torneados pies, y se alejó.

—¡Alabado sea Dios, y qué juventud más galana!

Me senté, y el mayordomo quedose a distancia contemplándome. Era un antiguo soldado de Don Carlos, emigrado después de la traición de Vergara. Sus ojos negros y hundidos tenían un orillo de lágrimas. Yo le tendí la mano con familiar afecto.

—Siéntate Brión… ¿Qué tropa era esa?

—Plateados, señor.

—¿Son amigos tuyos?

—¡Y buenos amigos!… Aquí hay que vivir como vivía en sus cortijos de Andalucía mi señora la Condesa de Barbanzón, abuela de vuecencia. José María la respetaba como a una reina, porque tenía en mi señora su mejor madrina…

En aquel momento entró la vieja a decir que estaba dispuesta la colación. Yo me puse de pie y ella tomó la luz de encima de la mesa para alumbrarme el camino.

ME acosté rendido, pero el recuerdo de la Niña Chole túvome desvelado hasta cerca del amanecer. Eran vanos todos mis esfuerzos por ahuyentarle: revoloteaba en mi memoria, surgía entre la niebla de mis pensamientos, ingrávido, funambulesco, torturador. Muchas veces, en el vago

tránsito de la vigilia al sueño, me desperté con sobresalto. Al cabo, vencido por la fatiga, caí en un sopor febril, poblado de pesadillas. De pronto abrí los ojos en la obscuridad. Con gran sorpresa mía hallábame completamente despierto. Quise conciliar otra vez el sueño, pero no pude conseguirlo. Un perro comenzó a ladrar debajo de mi ventana, y entonces recordé vagamente haber escuchado sus ladridos momentos antes, mientras dormía. Agitado por el desvelo me incorporé en las almohadas. La luz de la luna esclarecía el fondo de la estancia, porque yo había dejado abiertas las ventanas a causa del calor. Me pareció oír voces apagadas de gente que vagaba por el huerto. El perro había enmudecido, las voces se desvanecían. De nuevo quedó todo en silencio, y en medio del silencio oí el galope de un caballo que se alejaba. Me levanté para cerrar la ventana. La cancela del huerto estaba abierta, pero el camino rojo, iluminado por la luna, veíase desierto entre los susurrantes maizales. Permanecí algún tiempo en atalaya: aquellos campos parecían muertos bajo la luz blanca de la luna: solo reinaba sobre ellos el viento murmurador. Sintiendo que el sueño me volvía, cerré la ventana. Sacudido por largo estremecimiento me acosté. Apenas había cerrado los ojos cuando el eco apagado de algunos escopetazos me sobresaltó: lejanos silbidos eran contestados por otros: volvía a oírse el galope de un caballo. Iba a levantarme cuando quedó todo en silencio. Después, al cabo de mucho tiempo, resonaron en el huerto sordos golpes de azada, como si estuviesen cavando una cueva. Debía ser cerca del amanecer, y me dormí. Cuando el mayordomo entró a despertarme, dudaba si había soñado, sin embargo, le interrogué:

—¿Qué batalla habéis dado esta noche, Brión?

El mayordomo inclinó la cabeza tristemente:

—¡Esta noche han matado al valedor más valedor de México!

—¿Quién le mató?

—Una bala, señor.

—¿Una bala, de quién?

—Pues de algún hijo de mala madre.

—¿Ha salido mal el golpe de los plateados?

—Mal, señor.

—¿Tú llevabas parte?

El mayordomo levantó hasta mí los ojos ardientes:

—Yo, jamás, señor.

La fiera arrogancia con que llevó su mano al corazón me hizo sonreír, porque

el viejo soldado de Don Carlos, con su atezada estampa y el chambergo arremangado sobre la frente, y los ojos sombríos, y el machete al costado, lo mismo parecía un hidalgo que un bandolero. Quedó un momento caviloso, y luego manoseando la barba, me dijo:

—Sépalo vuecencia: si tengo amistad con los plateados, es porque espero valerme de ellos… Son gente brava y me ayudarán… Desde que llegué a esta tierra tengo un pensamiento. ¡Sépalo vuecencia: quiero hacer emperador a Don Carlos V!

El viejo soldado se enjugó una lágrima. Yo quedé mirándole fijamente:

—Le daremos un imperio, Brión.

Las pupilas del mayordomo brillaron enfoscadas bajo las cejas grises.

—Se lo daremos, señor… Y después la corona de España.

Los ojos del mayordomo estaban llenos de lágrimas. Un rudo temblor que no podía dominar, agitaba su barba berberisca. Se asomó a la ventana, y mirando hacia el camino, guardó silencio. Después suspiró:

—¡Esta noche hemos perdido al hombre que más podía ayudarnos! A la sombra de aquel cedro está enterrado.

—¿Quién era?

—El capitán de los plateados, que halló aquí vuecencia.

—¿Y sus hombres han muerto también?

—Se dispersaron. Entró en ellos el pánico. Habían secuestrado a una linda criolla, que tiene harta plata, y la dejaron desmayada en medio del camino. Yo, compadecido, la traje hasta aquí. ¡Si quiere verla vuecencia!

—¿Es linda de veras?

—Como una santa.

Me levanté, y precedido por el mayordomo, salí. La criolla estaba en el huerto tendida en una hamaca colgada de dos árboles. Algunos pequeñuelos indios, casi desnudos, se disputaban mecerla. La criolla tenía el pañuelo sobre los ojos, y suspiraba. Al sentir nuestros pasos volvió lánguidamente la cabeza, y lanzó un grito:

—¡Mi rey!… ¡Mi rey querido!…

Sin desplegar los labios, le tendí los brazos. Yo he creído siempre que en achaques de amor todo se cifra en aquella máxima divina que nos manda olvidar las injurias.

ALEGRE y caprichosa me mordía las manos mandándome estar quieto. No quería que yo la tocase. Ella sola, lenta, muy lentamente, desabrochó los botones de su corpiño y destrenzó el cabello ante el espejo, donde se contempló sonriendo. Parecía olvidada de mí. Cuando se halló desnuda, tornó a sonreír y a contemplarse. Semejante a una princesa oriental, ungiose con esencias. Después, envuelta en seda y encajes, tendiose en la hamaca y esperó: los parpados entornados y palpitantes, la boca siempre sonriente, con aquella sonrisa que un poeta de hoy hubiera llamado estrofa alada de nieve y rosas. Yo, aunque parezca extraño, no me acerqué. Gustaba la divina voluptuosidad de verla, y con la ciencia profunda, exquisita y sádica de un decadente, quería retardar todas las otras, gozarlas una a una, en la quietud sagrada de aquella noche. Por el balcón abierto, se alcanzaba a ver el cielo de un azul profundo, apenas argentado por la luna. El céfiro nocturno traía del jardín aromas y susurros: el mensaje romántico que le daban las rosas al deshojarse. El recogimiento era amoroso y tentador. Oscilaba la luz de las bujías, y las sombras danzaban sobre los muros. Allá, en el fondo tenebroso del corredor, el reloj de cuco, que acordaba el tiempo de los virreyes, dio las doce. Poco después cantó un gallo. Era la hora nupcial y augusta de la media noche.

La Niña Chole murmuró a mi oído:

—¡Dime si hay nada tan dulce como esta reconciliación nuestra!

No contesté y puse mi boca en la suya queriendo así sellarla, porque el silencio es arca santa del placer. Pero la Niña Chole tenía la costumbre de hablar en los trances supremos, y después de un momento suspiró:

—Tienes que perdonarme. Si hubiésemos estado siempre juntos, ahora no gozaríamos así. Tienes que perdonarme.

¡Aun cuando el pobre corazón sangraba un poco, yo la perdoné! Mis labios buscaron nuevamente aquellos labios crueles. Fuerza, sin embargo, es confesar que no he sido un héroe, como pudiera creerse Aquellas palabras tenían el encanto apasionado y perverso que tienen esas bocas rampantes de voluptuosidad, que cuando besan muerden. Sofocada entre mis brazos, murmuró con desmayo:

—¡Nunca nos hemos querido así! ¡Nunca! ¡Nunca!

La gran llama de la pasión, envolviéndonos toda temblorosa en su lengua dorada, nos hacía invulnerables al cansancio, y nos daba la noble resistencia que

los dioses tienen para el placer. Al contacto de la carne, florecían los besos en un mayo de amores. ¡Rosas de Alejandría, yo las deshojaba sobre sus labios! ¡Nardos de Judea, yo los deshojaba sobre sus senos! Y la Niña Chole se estremecía en delicioso éxtasis, y sus manos adquirían la divina torpeza de las manos de una virgen. ¡Pobre Niña Chole, después de haber pecado tanto, aún no sabía que el supremo deleite solo se encuentra tras los abandonos crueles, en las reconciliaciones cobardes! A mí me estaba reservada la gloria de enseñárselo. Yo, que en el fondo de aquellos ojos creía ver siempre el enigma obscuro de su traición, no podía ignorar cuánto cuesta acercarse a los altares de Venus Turbulenta. Desde entonces compadezco a los desgraciados que, engañados por una mujer, se consumen sin volver a besarla. Para ellos será eternamente un misterio la exaltación gloriosa de la carne.

SONATA DE OTOÑO

MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMÍN

DEDICATORIA

A Don Armando Palacio Valdés. Homenaje de admiración.

VALLE-INCLÁN

Nota

Estas páginas son un fragmento de las «Memorias Amables», que ya muy viejo empezó a escribir en la emigración el Marqués de Bradomín. Un Don Juan admirable. ¡El más admirable tal vez!…

Era feo, católico y sentimental.

…«¡MI amor adorado, estoy muriéndome y solo deseo verte!».

Aquella carta de la pobre Concha se me extravió hace ya mucho tiempo. Era llena de afán y de tristeza, perfumada de violetas y de un antiguo amor. Sin concluir de leerla, la besé. Hacía cerca de dos años que no me escribía, y ahora me llamaba a su lado con súplicas dolorosas y ardientes. Los tres pliegos blasonados traían la huella de sus lágrimas, y la conservaron largo tiempo. La pobre Concha se moría retirada en el viejo Palacio de Brandeso, y me llamaba suspirando. Aquellas manos pálidas, olorosas, ideales —¡las manos que yo había amado tanto!— volvían a escribirme como otras veces. Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas. Yo siempre había esperado en la resurrección de nuestros amores. Era una esperanza indecisa y nostálgica que llenaba mi vida con un aroma de fe: era la quimera del porvenir, la dulce quimera dormida en el fondo de los lagos azules donde se reflejan las estrellas del destino. ¡Triste destino el de los dos! El viejo rosal de nuestros amores volvía a florecer para deshojarse piadoso sobre una sepultura.

¡La pobre Concha se moría!

Yo recibí su carta en Viana del Prior, donde cazaba todos los otoños. El Palacio de Brandeso está a pocas leguas de jornada. Antes de ponerme en camino, quise oír a María Isabel y a María Fernanda, las hermanas de Concha, y fui a verlas. Las dos son monjas en las Comendadoras. Salieron al locutorio, y a través de las rejas me alargaron sus manos nobles y abaciales, de esposas vírgenes. Las dos me dijeron, suspirando, que la pobre Concha se moría, y las dos, como en otro tiempo, me tutearon. ¡Habíamos jugado tantas veces en las grandes salas del viejo Palacio señorial!

Salí del locutorio con el alma llena de tristeza. Tocaba el esquilón de las monjas: penetré en la iglesia, y a la sombra de un pilar me arrodillé. La iglesia aún estaba oscura y desierta. Se oían las pisadas de dos señoras enlutadas y

austeras que visitaban los altares: parecían dos hermanas llorando una misma pena e implorando una misma gracia. De tiempo en tiempo se decían alguna palabra en voz queda, y volvían a enmudecer suspirando. Así recorrieron los siete altares, la una al lado de la otra, rígidas y desconsoladas. La luz incierta y moribunda de alguna lámpara, tan pronto arrojaba sobre las dos señoras un lívido reflejo, como las envolvía en sombra. Yo las oía rezar medrosamente. En las manos pálidas de la que guiaba, distinguía el rosario: era de nácar, y la cruz y las medallas de plata. Recordé que Concha rezaba con un rosario igual y que tenía escrúpulos de permitirme jugar con él.

Era muy piadosa la pobre Concha, y sufría porque nuestros amores se le figuraban un pecado mortal. ¡Cuántas noches al entrar en su tocador, donde me daba cita, la hallé de rodillas! Sin hablar, levantaba los ojos hacia mí indicándome silencio. Yo me sentaba en un sillón y la veía rezar: las cuentas del rosario pasaban con lentitud devota entra sus dedos pálidos. Algunas veces sin esperar a que concluyese, me acercaba y la sorprendía. Ella tornábase más blanca y se tapaba los ojos con las manos. ¡Yo amaba locamente aquella boca dolorosa, aquellos labios trémulos y contraídos, helados como los de una muerta! Concha desasíase nerviosamente, se levantaba y ponía el rosario en un joyero. Después, sus brazos rodeaban mi cuello; su cabeza desmayaba en mi hombro, y lloraba, lloraba de amor y de miedo a las penas eternas.

CUANDO volví a mi casa había cerrado la noche. Pasé la velada solo y triste, sentado en un sillón cerca del fuego. Estaba adormecido y llamaron a la puerta con grandes aldabadas, que en el silencio de las altas horas parecieron sepulcrales y medrosas. Me incorporé sobresaltado, y abrí la ventana. Era el mayordomo que había traído la carta de Concha, y que venía a buscarme para ponernos en camino. Manteníase ante la puerta, jinete en una mula y con otra del diestro. Le interrogué:

—¿Ocurre algo Brión?

—Que empieza a rayar el día, señor Marqués.

Bajé presuroso, sin cerrar la ventana, que una ráfaga batió. Nos pusimos en camino con toda premura. Cuando llamó el mayordomo aún brillaban algunas estrellas en el cielo: cuando partimos, oí cantar los gallos de la aldea. De todas

suertes no llegaríamos hasta cerca del anochecer. Hay nueve leguas de jornada y malos caminos de herradura, trasponiendo monte. El mayordomo era un viejo aldeano, que llevaba capa de juncos con capucha y madreñas. Adelantó su mula para enseñarme el camino, y al trote cruzamos la Quintana de San Clodio, acosados por el ladrido de los perros que vigilaban en las eras atados bajo los hórreos. Cuando salimos al campo empezaba la claridad del alba. Vi en lontananza unas lomas yermas y tristes, veladas por la niebla. Traspuestas aquellas, vi otras, y después otras. El sudario ceniciento de la llovizna las envolvía: no acababan nunca. Todo el camino era así. A lo lejos, por La Puente del Prior, desfilaba una recua madrugadora, y el arriero, sentado a mujeriegas en el rocín que iba postrero, cantaba a usanza de Castilla. El sol empezaba a dorar las cumbres de los montes: rebaños de ovejas blancas y negras subían por la falda, y sobre verde fondo de praderas, allá en el dominio de un Pazo, larga bandada de palomas volaba sobre la torre señorial. Acosados por la lluvia, hicimos alto en los viejos molinos de Gundar, y, como si aquello fuese nuestro feudo, llamamos autoritarios a la puerta. Salieron dos perros flacos, que ahuyentó el mayordomo, y después una mujer hilando. El viejo aldeano saludó cristianamente:

—¡Ave María Purísima!

La mujer contestó:

—¡Sin pecado concebida!

Era una pobre alma, llena de caridad. Nos vio ateridos de frío, vio las mulas bajo el cobertizo, vio el cielo encapotado, con torva amenaza de agua, y franqueó la puerta, hospitalaria, y humilde.

—Pasen y siéntense al fuego. ¡Mal tiempo tienen, si son caminantes!… ¡Ay! Qué tiempo, toda la siembra anega… ¡Mal año nos aguarda!

Apenas entramos, el mayordomo volvió a salir por las alforjas. Yo me acerqué al hogar, donde ardía un fuego miserable. La pobre mujer avivó el rescoldo y trajo un brazado de jara verde y mojada, que empezó a dar humo, chisporroteando. En el fondo del muro, una puerta vieja y mal cerrada, con las losas del umbral blancas de harina, golpeaba sin tregua: ¡tac! ¡tac! La voz de un viejo, que entonaba un cantar, y la rueda del molino, resonaban detrás.

Volvió el mayordomo con las alforjas colgadas de un hombro.

—Aquí viene el yantar. La señora se levantó para disponerlo todo por sus manos… Salvo su mejor parecer, podríamos aprovechar este huelgo. Si cierra a llover no tendremos escampo hasta la noche.

La molinera se acercó solícita y humilde:

—Pondré una trébede al fuego, si acaso les place calentar la vianda.

Puso la trébede, y el mayordomo comenzó a vaciar las alforjas: sacó una gran servilleta adamascada y la extendió sobre la piedra del hogar. Yo, en tanto, me salí a la puerta. Durante mucho tiempo estuve contemplando la cortina cenicienta de la lluvia, que ondulaba en las ráfagas del aire.

El mayordomo se acercó respetuoso y familiar a la vez:

—Cuando a vuecencia bien le parezca… ¡Dígole que tiene un rico yantar!

Entré de nuevo en la cocina, y me senté cerca del fuego. No quise comer, y mandé al mayordomo que únicamente me sirviese un vaso de vino. El viejo aldeano obedeció en silencio. Buscó la bota en el fondo de las alforjas y me sirvió aquel vino rojo y alegre que daban las viñas del Palacio, en uno de esos pequeños vasos de plata que nuestras abuelas mandaban labrar con soles del Perú —¡un vaso por cada sol! Apuré el vino, y como la cocina estaba llena de humo, salime otra vez a la puerta. Desde allí mandé al mayordomo y a la molinera que comiesen ellos. La molinera solicitó mi venia para llamar al viejo que cantaba dentro. Le llamó a voces:

—¡Padre! ¡Mi padre!…

Apareció blanco de harina, la montera derribada sobre un lado y el cantar en los labios. Era un abuelo con ojos bailadores y guedejas de plata: alegre y picaresco como un libro de antiguos decires. Arrimaron al hogar toscos escabeles ahumados, y entre un coro de bendiciones sentáronse a comer. Los dos perros flacos vagaban en torno. Fue un festín donde todo lo había previsto el amor de la pobre enferma. ¡Aquellas manos pálidas, que yo amaba tanto, servían la mesa de los humildes como las manos ungidas de las santas princesas! Al probar el vino el viejo molinero, se levantó salmodiando:

—¡A la salud del buen caballero, que nos lo da!… De hoy en muchos años torne a catarlo en su noble presencia.

Después bebieron la mujeruca y el mayordomo, todos con igual ceremonia. Mientras comían, yo les oía hablar en voz baja. Preguntaba el molinero adonde nos encaminábamos, y el mayordomo respondía que al Palacio de Brandeso. El molinero conocía aquel camino; pagaba un foro antiguo a la señora del Palacio, un foro de dos ovejas, siete ferrados de trigo y siete de centeno. El año anterior, como la sequía fuera tan grande, perdonárale todo el fruto: era una señora que se compadecía del pobre aldeano. Yo, desde la puerta, mirando caer la lluvia, les oía emocionado y complacido. Volvía la cabeza, y con los ojos buscábales en

torno del hogar, en medio del humo. Entonces bajaban la voz y me parecía entender que hablaban de mí. El mayordomo se levantó:

—Si a vuecencia le parece, echaremos un pienso a las mulas y luego nos pondremos en camino.

Salió con el molinero, que quiso ayudarle. La mujeruca se puso a barrer la ceniza del hogar. En el fondo de la cocina los perros roían un hueso. La pobre mujer, mientras recogía el rescoldo, no dejaba de enviarme bendiciones con un musitar de rezo:

—¡El Señor quiera concederle la mayor suerte y salud en el mundo, y que cuando llegue al Palacio tenga una grande alegría!… ¡Quiera Dios que se encuentre sana a la señora y con los colores de una rosa!…

Dando vueltas en torno del hogar, la molinera repetía monótonamente:

—¡Así la encuentre como una rosa en su rosal!

Aprovechando un claro del tiempo, entró el mayordomo a recoger las alforjas en la cocina, mientras el molinero desataba las mulas y del ronzal las sacaba hasta el camino, para que montásemos. La hija asomó en la puerta a vernos partir:

—¡Vaya muy dichoso el noble caballero!… ¡Que Nuestro Señor le acompañe!…

Cuando estuvimos a caballo salió al camino, cubriéndose la cabeza con el mantelo para resguardarla de la lluvia, que comenzaba de nuevo, y se llegó a mí llena de misterio. Así, arrebujada, parecía una sombra milenaria. Temblaba su carne, y los ojos fulguraban calenturientos bajo el capuz del mantelo. En la mano traía un manojo de hierbas. Me las entregó con un gesto de sibila, y murmuró en voz baja:

—Cuando se halle con la señora, mi Condesa, póngale, sin que ella le vea, estas hierbas bajo la almohada. Con ellas sanará. Las almas son como los ruiseñores, todas quieren volar. Los ruiseñores cantan en los jardines, pero en los palacios del rey se mueren poco a poco…

Levantó los brazos, como si evocase un lejano pensamiento profético, y los volvió a dejar caer. Acercose, sonriendo, el viejo molinero, y apartó a su hija sobre un lado del camino, para dejarle paso a mi mula.

—No haga caso, señor. ¡La pobre es inocente!

Yo sentí, como un vuelo sombrío, pasar sobre mi alma la superstición, y tomé en silencio aquel manojo de hierbas mojadas por la lluvia. Las hierbas olorosas, llenas de santidad, las que curan la saudade de las almas y los males de

los rebaños, las que aumentan las virtudes familiares y las cosechas… ¡Qué poco tardaron en florecer sobre la sepultura de Concha en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Brandeso!

YO recordaba vagamente el Palacio de Brandeso, donde había estado de niño con mi madre, y su antiguo jardín, y su laberinto que me asustaba y me atraía. Al cabo de los años volvía, llamado por aquella niña con quien había jugado tantas veces en el viejo jardín sin flores. El sol poniente dejaba un reflejo dorado entre el verde sombrío, casi negro, de los árboles venerables. ¡Los cedros y los cipreses, que contaban la edad del Palacio! El jardín tenía una puerta de arco, y labrados en la piedra, sobre la cornisa, cuatro escudos con las armas de cuatro linajes diferentes. ¡Los linajes del fundador, noble por todos sus abuelos! A la vista del Palacio, nuestras mulas fatigadas, trotaron alegremente hasta detenerse en la puerta llamando con el casco. Un aldeano vestido de estameña que esperaba en el umbral, vino presuroso a tenerme el estribo. Salté a tierra, entregándole las riendas de mi mula. Con el alma cubierta de recuerdos penetré bajo la oscura avenida de castaños cubierta de hojas secas. En el fondo distinguí el Palacio con todas las ventanas cerradas y los cristales iluminados por el sol. De pronto vi una sombra blanca pasar por detrás de las vidrieras, la vi detenerse y llevarse las dos manos a la frente. Después, la ventana del centro se abría con lentitud y la sombra blanca me saludaba agitando sus brazos de fantasma. Fue un momento, no más. Las ramas de los castaños se cruzaban y dejé de verla. Cuando salí de la avenida alcé los ojos nuevamente hacia el Palacio. Estaban cerradas todas las ventanas: ¡aquella del centro también!

Con el corazón palpitante penetré en el gran zaguán oscuro y silencioso. Mis pasos resonaron sobre las anchas losas. Sentados en escaños de roble, lustrosos por la usanza, esperaban los pagadores de un foral. En el fondo se distinguían los viejos arcones del trigo con la tapa alzada. Al verme entrar los colonos se levantaron, murmurando con respeto:

—¡Santas y buenas tardes!

Y volvieron a sentarse lentamente, quedando en la sombra del muro que casi los envolvía. Subí presuroso la señorial escalera de anchos peldaños y balaustral de granito toscamente labrado. Antes de llegar a lo alto, la puerta abriose en

silencio, y asomó una criada vieja, que había sido niñera de Concha. Traía un velón en la mano, y bajó a recibirme.

—¡Páguele Dios el haber venido! Ahora verá a la señorita. ¡Cuánto tiempo la pobre suspirando por vuecencia!… No quería escribirle. Pensaba que ya la tendría olvidada. Yo he sido quien la convenció de que no. ¿Verdad que no, señor mi Marqués?

Yo apenas pude murmurar:

—No… Pero, ¿dónde está?

—Lleva toda la tarde echada. Quiso esperarle vestida. Es como los niños. Ya el señor lo sabe. Con la impaciencia temblaba hasta batir los dientes, y tuvo que echarse.

—¿Tan enferma está?

A la vieja se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Muy enferma, señor! No se la conoce.

Se pasó la mano por los ojos, y añadió en voz baja, señalando una puerta iluminada en el fondo del corredor:

—¡Es allí!…

Seguimos en silencio. Concha oyó mis pasos, y gritó desde el fondo de la estancia con la voz angustiada:

—¡Ya llegas!… ¡Ya llegas, mi vida!

Entré. Concha estaba incorporada en las almohadas. Dio un grito, y en vez de tenderme los brazos, se cubrió el rostro con las manos y empezó a sollozar. La criada dejó la luz sobre un velador y se alejó suspirando. Me acerqué a Concha, trémulo y conmovido. Besé sus manos sobre su rostro, apartándoselas dulcemente. Sus ojos, sus hermosos ojos de enferma, llenos de amor, me miraron sin hablar, con una larga mirada. Después, en lánguido y feliz desmayo, Concha entornó los párpados. La contemplé así un momento. ¡Qué pálida estaba! Sentí en la garganta el nudo de la angustia. Ella abrió los ojos dulcemente, y oprimiendo mis sienes entre sus manos que ardían, volvió a mirarme con aquella mirada muda que parecía anegarse en la melancolía del amor y de la muerte, que ya la cercaba.

—¡Temía que no vinieses!

—¿Y ahora?

—Ahora soy feliz.

De nuevo cerró los ojos con delicia, como para guardar en el pensamiento una visión querida.

CONCHA se incorporó para alcanzar el cordón de la campanilla.

Yo le cogí la mano:

—¿Qué quieres?

—Quería llamar a mi doncella para que viniera a vestirme.

—¿Ahora?

—Sí.

Reclinó la cabeza, y añadió con una sonrisa triste.

—Deseo hacerte los honores de mi Palacio.

Yo traté de convencerla para que no se levantase. Concha insistió:

—Voy a mandar que enciendan fuego en el comedor. ¡Un buen fuego! Cenaré contigo.

Se animaba, y sus ojos húmedos en aquel rostro tan pálido, tenían una dulzura amorosa y feliz.

—Quise esperarte a pie, pero no pude. ¡Me mataba la impaciencia! ¡Me puse enferma!

Yo conservaba su mano entre las mías, y se la besé.

Los dos sonreímos mirándonos.

—¿Por qué no llamas?

Yo le dije en voz baja:

—¡Déjame ser tu azafata!

Concha soltó su mano de entre las mías.

—¡Qué locuras se te ocurren!

—No tal. ¿Dónde están tus vestidos?

Concha se sonrió como hacen las madres con los caprichos de sus hijos pequeños…

—No sé dónde están.

—Vamos, dímelo…

—¡Si no sé!

Y al mismo tiempo, con un movimiento gracioso de los ojos y de los labios me indicó un gran armario de roble que había a los pies de la cama. Tenía la llave puesta, y lo abrí. Se exhalaba del armario una fragancia delicada y antigua. En el fondo estaban los vestidos que Concha llevara puestos aquel día.

—¿Son estos?

—Sí… Ese ropón blanco nada más.

—¿No tendrás frío?

—No.

Descolgué aquella túnica, que aún parecía conservar cierta tibia fragancia, y Concha murmuró un poco ruborosa:

—¡Qué caprichos tienes!

Sacó los pies fuera de la cama, los pies blancos, infantiles, casi frágiles, donde las venas azules trazaban ideales caminos a los besos. Tuvo un ligero estremecimiento al hundirlos en las babuchas de piel de Rusia, y dijo con extraña dulzura:

—Abre ahora esa caja larga. Escógeme unas medias de seda.

Escogí unas medias de seda negra, que tenían bordadas ligeras flechas color malva.

—¿Estas?

—Sí, las que tú quieras.

Para ponérselas me arrodillé sobre la piel de tigre que había delante de su cama. Concha protestó:

—¡Levántate! No quiero verte así.

Yo sonreía sin hacerle caso. Sus pies quisieron huir de entre mis manos. ¡Pobres pies, que no pude menos de besar! Concha se estremecía y exclamaba como encantada:

—¡Eres siempre el mismo! ¡Siempre!

Después de las medias de seda negra, le puse las ligas, también de seda, dos lazos blancos con broches de plata. Yo la vestía con el cuidado religioso y amante que visten las señoras devotas a las imágenes de que son camaristas. Cuando mis manos trémulas anudaron bajo su barbeta delicada, redonda y pálida, los cordones de aquella túnica blanca, que parecía un hábito monacal, Concha se puso en pie, apoyándose en mis hombros. Anduvo lentamente hacia el tocador, con ese andar de fantasma que tienen algunas mujeres enfermas, y mirándose en la luna del espejo, se arregló el cabello:

—¡Qué pálida estoy! Ya has visto, no tengo más que la piel y los huesos.

Yo protesté.

—¡No he visto nada de eso, Concha!

Ella sonrió sin alegría:

—La verdad, ¿cómo me encuentras?

—Antes eras la princesa del sol: ahora eres la princesa de la luna.

—¡Qué embustero!

Y se volvió de espaldas al espejo para mirarme. Al mismo tiempo daba golpes en un tan-tan que había cerca del tocador. Acudió su antigua niñera.

—¿Llamaba la señorita?

—Sí, que enciendan fuego en el comedor.

—Ya está puesto un buen brasero.

—Pues que lo retiren. Enciende tú la chimenea antigua.

La criada me miró.

—¿También quiere pasar al comedor la señorita? Tengan cuenta que hace mucho frío por esos corredores.

Concha fue a sentarse en un extremo del sofá, y envolviéndose con delicia en el amplio ropón monacal, dijo con un estremecimiento:

—Me pondré un chal para cruzar los corredores.

Y volviéndose a mí, que callaba sin querer contradecirla, murmuró, llena de amorosa sumisión:

—Si te opones, no.

Yo repuse con pena:

—No me opongo Concha: únicamente temo que pueda hacerte daño.

Ella suspiró;

—No quería dejarte solo.

Entonces su antigua niñera nos aconsejó, con esa lealtad bondadosa y ruda de criados viejos.

—Natural que quieran estar juntos, y por eso mismo pensaba yo que comerían aquí en el velador. ¿Qué le parece a usted, señorita Concha? ¿Y al señor Marqués?

Concha puso una mano sobre mi hombro y contestó risueña:

—Sí, mujer, sí. Tienes un gran talento, Candelaria. El señor Marqués y yo te lo reconocemos. Dile a Teresina que comeremos aquí.

Quedamos solos. Concha, con los ojos arrasados en lágrimas me alargó una de sus manos, y como en otro tiempo, mis labios recorrieron los dedos, haciendo florecer en sus yemas una rosa pálida.

EN la chimenea ardía un alegre fuego. Sentada sobre la alfombra, y apoyado un codo en mis rodillas, Concha lo avivaba removiendo los leños con las tenazas de bronce. La llama, al surgir y levantarse, ponía en la blancura eucarística de su tez un rosado reflejo, como el sol en las estatuas antiguas labradas en mármol de Pharos. Dejó las tenazas, y me tendió los brazos para levantarse del suelo. Nos contemplamos en el fondo de los ojos, que brillaban con esa alegría de los niños, que han llorado mucho y luego ríen olvidadizos. El velador ya tenía puestos los manteles, y nosotros, con las manos todavía enlazadas, fuimos a sentarnos en los sillones que acababa de arrastrar Teresina.

Concha me dijo:

—¿Recuerdas cuántos años hace que has estado aquí con tu pobre madre, la tía Soledad?

—Sí. ¿Y tú te acuerdas?

—Hace veintitrés años. Tenía yo ocho. Entonces me enamoré de ti. ¡Lo que sufría al verte jugar con mis hermanas mayores! Parece mentira que una niña pueda sufrir tanto con los celos. Más tarde, de mujer, me has hecho llorar mucho, pero entonces tenía el consuelo de recriminarte.

—Sin embargo, ¡qué segura has estado siempre de mi cariño!… ¡Y cómo lo dice tu carta!

Concha parpadeó para romper las lágrimas que temblaban en sus pestañas.

—No estaba segura de tu cariño: era de tu compasión. Y su boca sonreía melancólica, y sus ojos brillaban con dos lágrimas rotas en el fondo. Quise levantarme para consolarla, y me detuvo con un gesto. Entraba Teresina. Nos pusimos a comer en silencio. Concha, para disimular sus lágrimas, alzó la copa y bebió lentamente; al dejarla sobre el mantel la tomé de su mano y puse mis labios donde ella había puesto los suyos. Concha se volvió a su doncella:

—Llame usted a Candelaria, que venga a servirnos.

Teresina salió, y nosotros nos miramos sonriendo.

—¿Por qué mandas llamar a Candelaria?

—Porque te tengo miedo, y la pobre Candelaria ya no se asusta de nada.

—Candelaria es indulgente para nuestros amores como un buen jesuita.

—¡No empecemos!… ¡No empecemos!…

Concha movía la cabeza con gracioso enfado al mismo tiempo que apoyaba un dedo sobre sus labios pálidos.

—No te permito que poses ni de Aretino ni de César Borgia.

La pobre Concha era muy piadosa, y aquella admiración estética que yo sentí en mi juventud por el hijo de Alejandro VI le daba miedo como si fuese el culto al diablo. Con exageración risueña y asustadiza me imponía silencio.

—¡Calla!… ¡Calla!

Mirándome de soslayo volvió levemente la cabeza.

—Candelaria, pon vino en mi copa…

Candelaria, que con las manos cruzadas sobre su delantal almidonado y blanco, se situaba en aquel momento a espaldas del sillón, apresurose a servirla. Las palabras de Concha, que parecían perfumadas de alegría, se desvanecieron en una queja. Vi que cerraba los ojos con angustiado gesto, y que su boca, una rosa descolorida y enferma, palidecía más. Me levanté asustado.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

No pudo hablar. Su cabeza, lívida, desfallecía sobre el respaldo del sillón. Candelaria fue corriendo al tocador y trajo un pomo de sales. Concha exhaló un suspiro y abrió los ojos llenos de vaguedad y de extravío, como si despertase de un sueño poblado de quimeras. Fijando en mí la mirada, murmuró débilmente:

—No ha sido nada. Siento únicamente el susto tuyo.

Después, pasándose la mano por la frente, respiró con ansia. La obligué a que bebiese unos sorbos de caldo. Reanimose, y su palidez se iluminó con tenue sonrisa. Me hizo sentar, y continuó tomando el caldo por sí misma. Al terminar, sus dedos delicados alzaron la copa del vino, y me la ofrecieron trémulos y gentiles:

—Ahora tienes que probarle el primero.

Por complacerla humedecí los labios; Concha apuró después la copa, y no volvió a beber en toda la noche…

ESTÁBAMOS sentados en el sofá y hacía mucho tiempo que hablábamos. La pobre Concha me contaba su vida durante aquellos dos años que estuvimos sin vernos. Una de esas vidas silenciosas y resignadas que miran pasar los días con una sonrisa triste y lloran de noche en la oscuridad. Yo no tuve que contarle mi vida; sus ojos parecían haberla seguido desde lejos, y la sabían toda. ¡Pobre Concha! Al verla demacrada por la enfermedad y tan distinta y tan otra de lo que había sido, experimenté un cruel remordimiento por haber escuchado

su ruego aquella noche en que llorando y de rodillas, me suplicó que la olvidase y que me fuese. ¡Su madre, una santa enlutada y triste, había venido a separarnos!

Ninguno de nosotros quiso recordar el pasado, y permanecimos silenciosos: ella resignada; yo con aquel gesto trágico y sombrío que ahora me hace sonreír. Un hermoso gesto que ya tengo un poco olvidado, porque las mujeres no se enamoran de los viejos, y solo está bien en un Don Juan juvenil. ¡Ay!, si todavía con los cabellos blancos, y las mejillas tristes, y la barba senatorial y augusta, puede quererme una niña, una hija espiritual llena de gracia y de candor, con ella me parece criminal otra actitud que la de un viejo prelado, confesor de princesas y teólogo de amor. Pero a la pobre Concha el gesto de Satán arrepentido la hacía temblar y enloquecer: era muy buena, y fue por eso muy desgraciada. La pobre, dejando asomar a sus labios aquella sonrisa doliente que parecía el alma de una rosa enferma, murmuró:

—¡Qué distinta pudo haber sido nuestra vida!

—¡Es verdad!… Ahora no comprendo cómo obedecí tu ruego. Fue sin duda porque te vi llorar.

—No seas engañador. Yo creí que volverías… ¡Y mi madre tuvo siempre ese miedo!

—No volví porque esperaba que tú me llamases. ¡Ah, el demonio del orgullo!

—No, no fue el orgullo… Fue otra mujer… Hacía mucho tiempo que me traicionabas con ella. Cuando lo supe, creí morir. ¡Tan desesperada estuve, que consentí en reunirme con mi marido!

Cruzó las manos mirándome intensamente, y con la voz velada, y temblando su boca pálida, sollozó:

—¡Qué dolor cuando adiviné por qué no habías vuelto! ¡Pero no he tenido para ti un solo día de rencor!

No me atreví a engañarla en aquel momento, y callé sentimental. Concha pasó sus manos por mis cabellos, y enlazando los dedos sobre mi frente, suspiró.

—¡Qué vida tan agitada has llevado durante estos dos años!… ¡Tienes casi todo el pelo blanco!…

Yo también suspiré doliente:

—¡Ay! Concha, son las penas.

—No, no son las penas. Otras cosas son… Tus penas no pueden igualarse a las mías, y yo no tengo el pelo blanco…

Me incorporé para mirarla. Quité el alfilerón de oro que sujetaba el nudo de sus cabellos, y la onda sedosa y negra rodó sobre sus hombros.

—Ahora tu frente brilla como un astro bajo la crencha de ébano. Eres blanca y pálida como la luna. ¿Te acuerdas cuando quería que me disciplinases con la madeja de tu pelo?… Concha, cúbreme ahora con él.

Amorosa y complaciente, echó sobre mí el velo oloroso de su cabellera. Yo respiré con la faz sumergida como en una fuente santa, y mi alma se llenó de delicia y de recuerdos florecidos. El corazón de Concha latía con violencia, y mis manos trémulas desabrocharon su túnica, y mis labios besaron sobre la carne, ungidos de amor como de un bálsamo. Los dos repetimos al mismo tiempo:

—¡Mi vida!

—¡Mi vida!

Concha cerró un momento los ojos, y poniéndose en pie, comenzó a recogerse la madeja de sus cabellos.

—¡Vete!… ¡Vete por Dios!…

Yo sonreí, mirándola.

—¿Adónde quieres que me vaya?

—¡Vete!… Las emociones me matan, y necesito descansar. Te escribí que vinieses, porque ya entre nosotros no puede haber más que un cariño ideal… Tú comprenderás que, enferma como estoy, no es posible otra cosa. Morir en pecado mortal… ¡Qué horror!

Y más pálida que nunca cruzó los brazos, apoyando las manos sobre los hombros en una actitud resignada y noble que le era habitual. Yo me dirigí a la puerta:

—¡Adiós, Concha!

Ella suspiró.

—¡Adiós!

—¿Quieres llamar a Candelaria para que me guíe por esos corredores?

—¡Ah!… ¡Es verdad que aún no sabes!…

Fue al tocador y golpeó en el tan-tan. Esperamos silenciosos sin que nadie acudiese. Concha me miró indecisa.

—Es probable que Candelaria ya esté acostada…

—En ese caso…

Me vio sonreír, y movió la cabeza seria y triste:

—En ese caso, yo te guiaré.

—Tú no debes salir.

—Sí, sí…

Tomó uno de los candelabros del tocador, y salió presurosa, arrastrando la luenga cola de su ropón monacal. Desde la puerta volvió la cabeza llamándome con los ojos, y toda blanca como un fantasma, desapareció en la oscuridad del corredor. Salí tras ella, y la alcancé.

—¡Qué loca estás!

Riose en silencio y tomó mi brazo para apoyarse. En la cruz de dos corredores abríase una antesala redonda, grande y desmantelada, con cuadros de santos y arcones antiguos. En un testero arrojaba cerco mortecino de luz la mariposa de aceite que alumbraba los pies lívidos y atarazados de Jesús Nazareno. Nos detuvimos al ver la sombra de una mujer arrebujada en el hueco del balcón. Tenía las manos cruzadas en el regazo, y la cabeza dormida sobre el pecho. Era Candelaria, que al ruido de nuestros pasos despertó sobresaltada.

—¡Ah!… Yo esperaba aquí, para enseñarle su habitación al señor Marqués.

Concha le dijo:

—Creí que te habías acostado, mujer.

Seguimos en silencio hasta la puerta entornada de una sala donde había luz. Concha soltó mi brazo y se detuvo temblando y muy pálida: al fin entró. Aquella era mi habitación. Sobre una consola antigua ardían las bujías de dos candelabros de plata. En el fondo veíase la cama entre antiguas colgaduras de damasco. Los ojos de Concha lo examinaron todo con maternal cuidado. Se detuvo para oler las rosas frescas que había en un vaso, y después se despidió:

—¡Adiós, hasta mañana!

Yo la levanté en brazos como a una niña.

—No te dejo ir.

—¡Sí, por Dios!

—No, no.

Y mis ojos reían sobre sus ojos, y mi boca reía sobre su boca. Las babuchas turcas cayeron de sus pies, sin dejarla posar en el suelo, la llevé hasta la cama, donde la deposité amorosamente. Ella entonces ya se sometía feliz. Sus ojos brillaban, y sobre la piel blanca de las mejillas se pintaban dos hojas de rosa. Apartó mis manos dulcemente, y un poco confusa empezó a desabrocharse su túnica blanca y monacal, que se deslizó a lo largo del cuerpo pálido y estremecido. Abrí las sábanas, y refugiose entre ellas. Entonces comenzó a sollozar, y me senté a la cabecera consolándola. Aparentó dormirse, y me acosté.

YO sentí toda la noche a mi lado aquel pobre cuerpo donde la fiebre ardía, como una luz sepulcral en vaso de porcelana tenue y blanco. El cuerpo de Concha tenía la palidez delicada y enferma de una Dolorosa, y era tan bello, así demacrado y consumido, que mis ojos, mis labios y mis manos, hallaban todo su deleite en aquello mismo que me entristecía. Su cabeza descansaba sobre la almohada, envuelta en una ola de cabellos negros, que aumentaba la mate lividez del rostro, y su boca sin color, sus mejillas dolientes, sus sienes maceradas, sus párpados de cera, velando los ojos en las cuencas descarnadas y violáceas, le daban la apariencia espiritual de una santa muy bella consumida por la penitencia y el ayuno. El cuello florecía de los hombros como un lirio enfermo, los senos eran dos rosas blancas aromando un altar, y los brazos de una esbeltez delicada y frágil, parecían las asas del ánfora rodeando su cabeza. Yo confieso que no recordaba haberla amado nunca en lo pasado tan locamente como aquella noche.

Apoyado en las almohadas, la miraba dormir rendida y sudorosa. Ya había cantado el gallo dos veces, y la claridad blanquecina del alba penetraba por los balcones cerrados. En el techo las sombras seguían el parpadeo de las bujías, que habiendo ardido toda la noche, se apagaban consumidas en los candelabros de plata. Cerca de la cama, sobre un sillón, estaba mi capote de cazador, húmedo por la lluvia, y esparcidas encima aquellas hierbas de virtud oculta, solamente conocida por la pobre loca del molino. Me levanté en silencio, y fui por ellas. Con un extraño sentimiento, mezcla de superstición y de ironía, escondí el místico manojo entre las almohadas de Concha, sin despertarla. Me acosté, puse los labios sobre su olorosa cabellera, e insensiblemente me quedé dormido. Durante mucho tiempo flotó en mis sueños la visión nebulosa de aquel día con un vago sabor de lágrimas y de sonrisas. Creo que una vez abrí los ojos dormido y que vi a Concha incorporada a mi lado, creo que me besó en la frente, sonriendo con vaga sonrisa de fantasma, y que se llevó un dedo a los labios. Cerré los ojos sin voluntad, y volví a quedar sumido en las nieblas del sueño. Cuando me desperté, una escala luminosa de polvo llegaba desde el balcón al fondo de la cámara. Concha ya no estaba, pero a poco la puerta se abrió con sigilo y Concha entró andando en la punta de los pies. Yo aparenté dormir. Ella

se acercó sin hacer ruido, me miró suspirando y puso en agua el ramo de rosas frescas que traía. Fue al balcón, soltó los cortinajes para amenguar la luz, y se alejó como había entrado, sin hacer ruido. Yo la llamé riéndome.

—¡Concha! ¡Concha!

Ella se volvió.

—¡Ah! ¿Conque estabas despierto?

—Estaba soñando contigo.

—¡Pues ya me tienes aquí!

—¿Y cómo estás?

—¡Ya estoy buena!

—Gran médico es amor.

—¡Ay!… No abusemos de la medicina.

Reíamos con alegre risa el uno en brazos del otro, juntas las bocas, y echadas las cabezas sobre la misma almohada.

Yo no había llevado conmigo ningún criado, y Concha, que tenía esas burlas de las princesas en las historias picarescas, puso un paje a mi servicio para honrarme mejor, como decía riéndose. Era un niño recogido en el Palacio. Aún le veo asomar en la puerta, y quitarse la montera, preguntando respetuoso y humilde:

—¿Da su licencia?

—Adelante.

Entró con la frente baja y la monterilla de paño blanco colgada en las dos manos:

—Dice la señorita, mi ama, que me mande en cuanto se le ofrezca.

Y permaneció en medio de la cámara, sin atreverse a dar un paso. Creo que era el primogénito de los caseros que Concha tenía en sus tierras de Lantaño y uno de los cien ahijados de su tío Don Juan Manuel Montenegro, aquel hidalgo visionario y pródigo que vivía en el Pazo de Lantañón. Es un recuerdo que todavía me hace sonreír. El favorito de Concha no era rubio ni melancólico como los pajes de las baladas, pero con los ojos negros y con los carrillos picarescos melados por el sol, también podía enamorar princesas. Le mandé que abriese los balcones y obedeció corriendo. El aura perfumada y fresca del jardín penetró en la cámara, y las cortinas flamearon alegremente. El paje había dejado la montera sobre una silla, y volvió a recogerla. Yo le interrogué:

—¿Tú sirves aquí en el Palacio?

—Sí, señor.

—¿Hace mucho?
—Va para dos años.
—¿Y qué haces?
—Pues hago todo lo que me mandan.
Tenía las respuestas estoicas de un paria. Con su vestido de estameña, sus ojos tímidos, su fabla visigótica y sus guedejas trasquiladas sobre la frente, con tonsura casi monacal, parecía el hijo de un antiguo siervo de la gleba.
—¿Y fue la señorita quien te mandó venir?
—Sí señor. Hallábame yo en el patín deprendiéndole la ribeirana al mirlo nuevo, que los viejos ya la tienen bien deprendida, cuando la señorita bajó al jardín y me mandó venir.
—¿Tú aquí eres el maestro de los mirlos?
—Sí señor.
—¿Y ahora además eres mi paje?
—Sí señor.
—¡Altos cargos!
—Sí señor.
—¿Y cuántos años tienes?
—Paréceme… paréceme…
El paje fijó los ojos en la monterilla, pasándolo lentamente de una mano a otra.
—Paréceme que han de ser doce, pero no estoy cierto.
—Antes de venir al Palacio, ¿dónde estabas?
—Servía en la casa de Don Juan Manuel.
—¿Y qué hacías allí?
—Allí enseñaba al hurón.
—¡Otro cargo palatino!
—Sí, señor.
—¿Y cuántos mirlos tiene la señorita?
El paje hizo un gesto desdeñoso.
—¡Tan siquiera uno!
—¿Pues de quién son?
—Son míos… Cuando los tengo bien adeprendidos, se los vendo.
—¿A quién se los vendes?
—Pues a la señorita, que me los merca todos. ¿No sabe que los quiere para echarlos a volar? La señorita desearía que silbasen la ribeirana sueltos en el

jardín; pero ellos se van lejos. Un domingo, por el mes de San Juan, venía yo acompañando a la señorita. Pasados los prados de Lantañón, vimos un mirlo, que, muy puesto en la rama de un cerezo, estaba cantando la ribeirana. Acuérdome que entonces dijo la señorita:

—«¡Míralo adónde se ha venido el caballero!».

Aquel relato ingenuo me hizo reír, y el paje, al verlo, riose también. Sin ser rubio ni melancólico, era digno de ser paje de una princesa y cronista de un reinado.

Yo le pregunté:

—¿Qué es más honroso, enseñar hurones o mirlos?

El paje respondió, después de meditarlo un instante:

—¡Todo es igual!

—¿Y cómo has dejado el servicio de Don Juan Manuel?

—Porque tiene muchos criados… ¡Qué gran caballero es Don Juan Manuel!… Dígole que en el Pazo todos los criados le tenían miedo. Don Juan Manuel es mi padrino, y fue quien me trujo al Palacio para que sirviese a la señorita.

—¿Y dónde te iba mejor?

El paje fijó en mí sus ojos negros e infantiles, y con la monterilla entre las manos, formuló gravemente:

—Al que sabe ser humilde en todas partes le va bien.

Era una réplica calderoniana. ¡Aquel paje también sabía decir sentencias! Ya no podía dudarse de su destino. Había nacido para vivir en un palacio, educar los mirlos, amaestrar los hurones, ser ayo de un príncipe y hacer un gran rey.

CONCHA me llamaba desde el jardín.

—¿Tienes ahí a Florisel?

—¿Florisel es el paje?

—Sí.

—Parece bautizado por las hadas.

—Yo soy su madrina. Mándamelo.

—¿Qué le quieres?

—Decirle que te suba estas rosas.

Y Concha me enseñó su falda, donde las rosas todavía cubiertas de rocío, desbordaban alegremente como el fruto ideal de unos amores que solo floreciesen en los besos.

—Todas son para ti. Estoy desnudando el jardín.

Yo recordaba nebulosamente aquel antiguo jardín donde los mirtos seculares dibujaban los cuatro escudos del fundador, en torno de una fuente abandonada. El jardín y el Palacio tenían esa vejez señorial y melancólica de los lugares por donde, en otro tiempo, pasó la vida amable de la galantería y del amor. Bajo la fronda de aquel laberinto, sobre las terrazas y en los salones, habían florecido las risas y los madrigales cuando las manos blancas que en los viejos retratos sostienen apenas los pañolitos de encaje, iban deshojando las margaritas que guardan el cándido secreto de los corazones. ¡Hermosos y lejanos recuerdos! Yo también los evoqué un día lejano, cuando la mañana otoñal y dorada envolvía el jardín, húmedo y reverdecido por la constante lluvia de la noche. Bajo el cielo límpido, de un azul heráldico, los cipreses venerables parecían tener el ensueño de la vida monástica. La caricia de la luz temblaba sobre las flores como un pájaro de oro, y la brisa trazaba en el terciopelo de la hierba, huellas ideales y quiméricas como si danzasen invisibles hadas. Concha estaba al pie de la escalinata, entretenida en hacer un gran ramo con las rosas. Algunas se habían deshojado en su falda, y me las mostró sonriendo.

—¡Míralas qué lástima!

Y hundió en aquella frescura aterciopelada sus mejillas pálidas.

—¡Ah, qué fragancia!

Alzó la cabeza y respiró con delicia, cerrando los ojos y sonriendo, cubierto el rostro de rocío, como otra rosa, una rosa blanca. Sobre aquel fondo de verdura grácil y umbroso, envuelta en la luz como en diáfana veste de oro, parecía una Madona soñada por un monje seráfico. Yo bajé a reunirme con ella. Cuando descendía la escalinata, me saludó, arrojando como una lluvia las rosas deshojadas en su falda. Recorrimos juntos el jardín. Las carreras estaban cubiertas de hojas secas y amarillentas, que el viento arrastraba delante de nosotros con un largo susurro: los caracoles, inmóviles como viejos paralíticos, tomaban el sol sobre los bancos de piedra; las flores empezaban a marchitarse en las versallescas canastillas recamadas de mirto, y exhalaban ese aroma indeciso que tiene la melancolía de los recuerdos. En el fondo del laberinto murmuraba la fuente rodeada de cipreses, y el arrullo del agua, parecía difundir por el jardín un sueño pacífico de vejez, de recogimiento y de abandono.

Concha me dijo:

—Descansemos aquí.

Nos sentamos, a la sombra de las acacias, en un banco de piedra cubierto de hojas. Enfrente se abría la puerta del laberinto misterioso y verde. Sobre la clave del arco se alzaban dos quimeras manchadas de musgo, y un sendero umbrío, un solo sendero, ondulaba entre los mirtos como el camino de una vida solitaria, silenciosa e ignorada. Florisel pasó a lo lejos entre los árboles, llevando la jaula de sus mirlos en la mano.

Concha me lo mostró:

—¡Allá va!

—¿Quién?

—Florisel.

—¿Por qué le llamas Florisel?

Ella dijo, con una alegre risa:

—Florisel es el paje de quien se enamora cierta princesa inconsolable en *Un cuento de amor*.

Sus ojos misteriosos y cambiantes miraban a lo lejos, y me sonó tan extraña su risa, que sentí frío. ¡El frío de comprender todas las perversidades! Me pareció que Concha también se estremecía. La verdad es que nos hallábamos a últimos de otoño y que el sol empezaba a nublarse.

Volvimos al Palacio.

EL Palacio de Brandeso, aunque del siglo décimo octavo, es casi todo de estilo plateresco. Un Palacio a la italiana con miradores, fuentes y jardines, mandado edificar por el Obispo de Corinto D. Pedro de Bendaña, Caballero del Hábito de Santiago, Comisario de Cruzada y Confesor de la Reina Doña María Amelia de Parma. Creo que un abuelo de Concha y mi abuelo el Mariscal Bendaña sostuvieron pleito por la herencia del Palacio. No estoy seguro, porque mi abuelo sostuvo pleitos hasta con la Corona. Por ellos heredé toda una fortuna en legajos. La historia de la noble Casa de Bendaña es la historia de la Cancillería de Valladolid.

Como la pobre Concha tenía el culto de los recuerdos, quiso que recorriésemos el Palacio como en otro tiempo, cuando yo iba de visita con mi

madre, y ella y sus hermanas eran unas niñas pálidas que venían a besarme, y me llevaban de la mano para que jugásemos, unas veces en la torre, otras en la terraza, otras en el mirador que daba al camino y al jardín… Aquella mañana, cuando nosotros subíamos la derruida escalinata, las palomas remontaron el vuelo, y fueron a posarse sobre la piedra de armas. El sol dejaba un reflejo dorado en los cristales, los viejos alelíes florecían entre las grietas del muro, y un lagarto paseaba por el balaustral. Concha sonrió con lánguido desmayo:

—¿Te acuerdas?…

Y en aquella sonrisa tenue, yo sentí todo el pasado como un aroma entrañable de flores marchitas que traen alegres y confusas memorias… Era allí donde una dama piadosa y triste, solía referirnos historias de Santos. Cuántas veces, sentada en el hueco de una ventana, me había enseñado las estampas del Año Cristiano abierto en su regazo. Aún recuerdo sus manos místicas y nobles que volvían las hojas lentamente. La dama tenía un hermoso nombre antiguo: se llamaba Águeda. Era la madre de Fernandina, Isabel y Concha; las tres niñas pálidas con quienes yo jugaba.

¡Después de tantos años volví a ver aquellos salones de respeto y aquellas salas familiares! Las salas, entarimadas de nogal, blancas y silenciosas, que conservan todo el año el aroma de las manzanas agrias y otoñales puestas a madurar sobre el alféizar de las ventanas; los salones, con antiguos cortinajes de damasco, espejos nebulosos y retratos familiares: damas con basquiña, prelados de doctoral sonrisa, pálidas abadesas, torvos capitanes. En aquellas estancias nuestros pasos resonaban como en las iglesias desiertas, y al abrirse lentamente las puertas de floreados herrajes, exhalábase del fondo silencioso y oscuro el perfume lejano de otras vidas. Solamente en un salón que tenía de corcho el estrado, nuestras pisadas no despertaron rumor alguno: parecían pisadas de fantasmas, tácitas y sin eco. En el fondo de los espejos el salón se prolongaba hasta el ensueño, como en un lago encantado, y los personajes de los retratos, aquellos obispos fundadores, aquellas tristes damiselas, aquellos avellanados mayorazgos, parecían vivir olvidados en una paz secular.

Concha se detuvo en la cruz de dos corredores, donde se abría una antesala redonda, grande y desmantelada, con arcones antiguos. En un testero arrojaba cerco mortecino de luz la mariposa de aceite que día y noche alumbraba ante un Cristo desmelenado y lívido.

Concha murmuró en voz baja:

—¿Te acuerdas de esta antesala?

—Sí. ¿La antesala redonda?

—Sí… ¡Era donde jugábamos!

Una vieja hilaba en el hueco de una ventana.

Concha me la mostró con un gesto.

—Es Micaela… La doncella de mi madre. ¡La pobre está ciega! No le digas nada…

Seguimos adelante. Algunas veces Concha se detenía en el umbral de las puertas, y señalando las estancias silenciosas, me decía con su sonrisa tenue, que también parecía desvanecerse en el pasado:

—¿Te acuerdas?

Ella recordaba las cosas más lejanas. Recordaba cuando éramos niños y saltábamos delante de las consolas para ver estremecerse los floreros cargados de rosas, y los fanales ornados con viejos ramajes áureos, y los candelabros de plata, y los daguerrotipos llenos de un misterio estelar. ¡Tiempos aquellos en que nuestras risas locas y felices habían turbado el noble recogimiento del Palacio, y se desvanecían por las claras y grandes antesalas, por los corredores oscuros, flanqueados con angostas ventanas de montante, donde arrullaban las palomas!…

AL anochecer, Concha sintió un gran frío, y tuvo que acostarse. Alarmado al verla temblar, pálida como la muerte, quise mandar por un médico a Viana del Prior, pero ella se opuso, y al cabo de una hora ya me miraba sonriendo con amorosa languidez. Descansando inmóvil sobre la blanca almohada, murmuró:

—¿Creerás que ahora me parece una felicidad estar enferma?

—¿Por qué?

—Porque tú me cuidas.

Yo me sonreí sin decir nada, y ella, con una gran dulzura, insistió:

—¿No lo crees? ¡Es que tú no sabes cómo yo te quiero! En la penumbra de la alcoba, la voz apagada de Concha tenía un profundo encanto sentimental. Mi alma se contagió:

—¡Yo te quiero más, princesa!

—No, no… En otro tiempo te he gustado mucho. Por muy inocente que sea una mujer, eso lo conoce siempre; y tú sabes lo inocente que yo era.

Me incliné para besar sus ojos, que tenían un velo de lágrimas, y le dije por consolarla:

—¿Creerás que ya no me acuerdo, Concha?

Ella exclamó riéndose:

—¡Qué cínico eres!

—Di qué desmemoriado. ¡Hace ya tanto tiempo!

—¿Y cuánto tiempo hace, vamos a ver?

—No me entristezcas haciendo que recuerde los años.

—Pues confiesa que yo era muy inocente.

—¡Todo lo inocente que puede ser una mujer casada!

—Más, mucho más. ¡Ay!, tú fuiste mi maestro en todo. Exhaló las últimas palabras como si fuesen suspiros, y apoyó una de sus manos sobre los ojos. Yo la contemplé, sintiendo cómo se despertaba la voluptuosa memoria de los sentidos. Concha tenía para mí todos los encantos de otro tiempo, purificados por una divina palidez de enferma. Era verdad que yo había sido su maestro en todo. Aquella niña, casada con un viejo, tenía la cándida torpeza de las vírgenes. Hay tálamos fríos como los sepulcros, y maridos que duermen, como las estatuas yacentes de granito. ¡Pobre Concha! Sobre sus labios perfumados por los rezos, mis labios cantaron los primeros el triunfo del amor y su gloriosa exaltación. Yo tuve que enseñarle toda la lira: verso por verso, los treinta y dos sonetos del Aretino. Aquel capullo blanco de niña desposada apenas sabía murmurar el primero. Hay maridos y hay amantes que ni siquiera pueden servirnos de precursores; y bien sabe Dios que la perversidad, esa rosa sangrienta, es una flor que nunca se abrió en mis amores. Yo he preferido siempre ser el Marqués de Bradomín, a ser ese divino Marqués de Sade. Tal vez esa haya sido la única razón de pasar por soberbio entre algunas mujeres; pero la pobre Concha nunca fue de estas…

Como habíamos quedado en silencio me dijo:

—¿En qué piensas?

—En el pasado, Concha.

—Tengo celos de él.

—No seas niña; es el pasado de nuestros amores.

Ella se sonrió, cerrando los ojos, como si también evocase un recuerdo. Después, murmuró con cierta resignación amable, perfumada de amor y de melancolía:

—Solo una cosa le he pedido a la Virgen de la Concepción, y creo que va a

concedérmela… Tenerte a mi lado en la hora de la muerte.

Volvimos a quedar en triste silencio. Al cabo de algún tiempo, Concha se incorporó en las almohadas. Tenía los ojos llenos de lágrimas. En voz muy baja me dijo:

—Xavier, dame aquel cofre de mis joyas, que está sobre el tocador.

Era un cofre de plata, labrado con la suntuosidad decadente del siglo XVIII.

—Ábrelo. Ahí guardo también tus cartas… Vamos a quemarlas juntos… No quiero que me sobrevivan.

Del cofre abierto se exhalaba un suave perfume de violetas, y lo aspiré cerrando los ojos.

—¿No tienes más cartas que las mías, Concha?

—Nada más.

—¡Ah! Tu nuevo amor no sabe escribir.

—¿Mi nuevo amor? ¿Cuál es mi nuevo amor? Seguramente has pensado alguna atrocidad.

—Creo que sí.

—¿Cuál?

—No te la digo.

—¿Y si adivinase?

—No puedes adivinar.

—¿Qué enormidad habrás pensado?

Yo exclamé, riéndome:

—Florisel.

Por los ojos de Concha pasó una sombra de enojo.

—¿Y serás capaz de haberlo pensado?

Hundió las manos entre mis cabellos, arremolinándolos.

—¿Qué hago yo contigo? ¿Te mato?

Viéndome reír, ella reía también, y sobre su boca pálida, la risa era fresca, sensual, alegre.

—No es posible que hayas pensado eso.

—Di que parece imposible.

—¿Pero lo has pensado?

—Sí.

—¡No te creo! ¿Cómo has podido siquiera imaginarlo?

—Recordé mi primera conquista. Tenía yo once años, y una dama se

enamoró de mí. ¡Era también muy bella!

Concha murmuró en voz baja:

—Mi tía Augusta.

—Sí.

—Ya me lo has contado… ¿Pero tú no eras más bello que Florisel?

Dudé un momento, y creí que mis labios iban a mancharse con una mentira. Al fin, tuve el valor de confesar la verdad.

—¡Ay, Concha! Yo era menos bello.

Mirándome burlona, cerró el cofre de sus joyas.

—Otro día quemaremos tus cartas. Hoy no. Tus celos me han puesto de buen humor.

Y echándose sobre la almohada, volvió a reír como antes, con frescas y alegres carcajadas. El día de quemar aquellas cartas no llegó para nosotros; yo me he resistido siempre a quemar las cartas de amores. Las he amado como aman los poetas sus versos. Cuando murió Concha, en el cofre de plata, con las joyas de familia las heredaron sus hijas.

LAS almas enamoradas y enfermas son tal vez las que tejen los más hermosos sueños de la ilusión. Yo nunca había visto a Concha ni tan alegre ni tan feliz. Aquel renacimiento de nuestros amores fue como una tarde otoñal de celajes dorados, amable y melancólica. ¡Tarde y celajes que yo pude contemplar desde los miradores del Palacio, cuando Concha con romántica fatiga se apoyaba en mi hombro! Por el campo verde y húmedo, bajo el sol que moría como un Dios antiguo, ondulaba el camino. Era luminoso y solitario. Concha suspiró con la mirada perdida:

—¡Por ese camino hemos de irnos los dos!…

Y levantaba su mano pálida, señalando a lo lejos los cipreses del cementerio. La pobre Concha hablaba de morir sin creer en ello. Yo me burlaba.

—Concha, no me hagas suspirar. Ya sabes que soy un príncipe a quien tienes encantado en tu Palacio. Si quieres que no se rompa el encanto, has de hacer de mi vida un cuento alegre.

Concha, olvidando sus tristezas del crepúsculo, sonreía:

—Ese camino es también por donde tú has venido…

La pobre Concha procuraba mostrarse alegre. Sabía que todas las lágrimas son amargas, y que el aire de los suspiros, aun cuando perfumado y gentil, solo debe durar lo que una ráfaga. ¡Pobre Concha! Era tan pálida y tan blanca, como esos ramos de azucenas que embalsaman las capillas con más delicado perfume al marchitarse. De nuevo levantó su mano, diáfana como mano de hada, y señaló hacia el camino.

—¿Ves, allá lejos, un jinete?

—No veo nada.

—Ahora pasa la Fontela.

—Sí, ya le veo.

—Es el tío Don Juan Manuel.

—¡El magnífico hidalgo del Pazo de Lantañón!

Concha hizo un gesto de lástima.

—¡Pobre señor! Estoy segura que viene a verte.

Don Juan Manuel se había detenido en medio del camino, y levantándose sobre los estribos, y quitándose el chambergo, nos saludaba. Después, con voz poderosa, que fue repetida por un eco lejano, gritó:

—¡Sobrina! ¡Sobrina! ¡Manda abrir la cancela del jardín!

Concha levantó los brazos, indicándole que ya mandaba; luego, volviéndose a mí, exclamó riéndose:

—Dile tú que ya van.

Yo rugí, haciendo bocina con las manos:

—¡Ya van!

Pero Don Juan Manuel aparentó no oírme. El privilegio de hacerse entender a tal distancia, era suyo no más. Concha se tapó los oídos.

—Calla, porque jamás confesará que te oye.

Yo seguí rugiendo:

—¡Ya van! ¡Ya van!

Inútilmente. Don Juan Manuel se inclinó acariciando el cuello del caballo. Había decidido no oírme. Después, volvió a levantarse sobre los estribos:

—¡Sobrina! ¡Sobrina!

Concha se apoyaba en la ventana, riendo como una niña feliz:

—¡Es magnífico!

Y el viejo seguía gritando desde el camino:

—¡Sobrina! ¡Sobrina!

En verdad que era magnífico aquel Don Juan Manuel Montenegro. Sin duda

le pareció que no acudían a franquearle la entrada con toda la presteza requerida, porque hincando las espuelas al caballo, se alejó al galope. Desde lejos, se volvió gritando:

—No puedo detenerme. Voy a Viana del Prior. Tengo que apalear a un escribano.

Florisel, que bajaba corriendo para abrir la cancela, se detuvo a mirar cuán gallardamente se partía. Después volvió a subir la vieja escalinata revestida de yedra. Al pasar por nuestro lado, sin levantar los ojos, pronunció solemne y doctoral:

—¡Gran señor, muy gran señor, es Don Juan Manuel!

Creo que era una censura, porque nos reíamos del viejo hidalgo. Yo le llamé:

—Oye Florisel.

Se detuvo temblando.

—¿Qué me mandaba?

—¿Tan gran señor te parece Don Juan Manuel?

—Mejorando las nobles barbas del que me oyen.

Y sus ojos infantiles, fijos en Concha, demandaban perdón. Concha hizo un gesto de reina indulgente. Pero lo echó a perder, riendo como una loca.

—Florisel, ve a repasar la lección a tus discípulos.

El paje se alejó en silencio. Nosotros nos besamos alegremente, y antes de desunir las bocas, oímos el canto lejano de los mirlos guiados por la flauta de caña que tañía Florisel.

LA noche era de luna. En el fondo del laberinto cantaba la fuente como un pájaro escondido. Nosotros estábamos silenciosos, con las manos enlazadas. En medio de aquel recogimiento sonaron en el corredor pasos lentos y cansados. Entró Candelaria con una lámpara encendida, y Concha exclamó como si despertase de un sueño:

—¡Ay! Llévate esa luz.

—¿Pero van a estar a oscuras? Miren que es malo tomar la luna.

Concha preguntó sonriendo:

—¿Por qué es malo, Candelaria?

La vieja repuso, bajando la voz:

—Bien lo sabe, señorita… ¡Por las brujas!

Candelaria se alejó con la lámpara, haciendo muchas veces la señal de la cruz, y nosotros volvimos a escuchar el canto de la fuente que le contaba a la luna su prisión en el laberinto. Un reloj de cuco, que acordaba el tiempo del fundador dio las siete. Concha murmuró:

—¡Qué temprano anochece! ¡Las siete todavía!

—Es el invierno que llega.

—¿Tú cuándo tienes que irte?

—¿Yo? Cuando tú me dejes.

Concha suspiró:

—¡Ay! ¡Cuando yo te deje! ¡No te dejaría nunca!

Y estrechó mi mano en silencio. Estábamos sentados en el fondo del mirador. Desde allí velamos el jardín iluminado por la luna; los cipreses mustios destacándose en el azul litúrgico, coronados de estrellas, y una fuente negra con aguas de plata. Concha me dijo:

—Ayer he recibido una carta. Tengo que enseñártela.

—¿Una carta, de quién?

—De tu prima Isabel. Viene con las niñas.

—¿Isabel Bendaña?

—Sí.

—¿Pero tiene hijas Isabel?

Concha murmuró tímidamente:

—No, son mis hijas.

Yo sentí pasar como una brisa abrileña sobre el jardín de los recuerdos. Aquellas dos niñas, las hijas de Concha, en otro tiempo me querían mucho, y también yo las quería. Levanté los ojos para mirar a su madre. No recuerdo una sonrisa tan triste en los labios de Concha.

—¿Qué tienes?… ¿Qué te sucede?…

—Nada.

—¿Las pequeñas están con su padre?

—No. Las tengo educándose en el Convento de la Enseñanza.

—Ya serán unas mujeres.

—Sí, están muy altas.

—Antes eran preciosas; no sé ahora.

—Como su madre.

—No, como su madre nunca.

Concha volvió a sonreír con aquella sonrisa dolorosa, y quedó pensativa contemplando sus manos.

—He de pedirte un favor.

—¿Qué es?

—Si viene Isabel con mis hijas, tenemos que hacer una pequeña comedia. Yo les diré que estás en Lantañón cazando con mi tío. Tú vienes una tarde, y sea porque hay tormenta o porque tenemos miedo a los ladrones, te quedas en el Palacio, como nuestro caballero.

—¿Y cuántos días debe durar mi destierro en Lantañón?

Concha exclamó vivamente:

—Ninguno. La misma tarde que ellas vengan. ¿No te ofendes, verdad?

—No, mi vida.

—¡Qué alegría me das! Desde ayer estoy dudando, sin atreverme a decírtelo.

—¿Y tú crees que engañaremos a Isabel?

—No lo hago por Isabel; lo hago por mis pequeñas, que son unas mujercitas.

—¿Y Don Juan Manuel?

—Yo le hablaré. Ese no tiene escrúpulos. Es otro descendiente de los Borgias. ¿Tío tuyo, verdad?

—No sé. Tal vez será por ti el parentesco.

Ella contestó riéndose:

—Creo que no. Tengo una idea de que tu madre le llamaba primo.

—¡Oh! Mi madre conoce la historia de todos los linajes. Ahora tendremos que consultar a Florisel.

Concha replicó.

—Será nuestro Rey de Armas.

Y al mismo tiempo, en la rosa pálida de su boca temblaba una sonrisa. Luego quedó cavilosa, con las manos cruzadas contemplando el jardín. En su jaula de cañas colgada sobre la puerta del mirador, silbaban una vieja ribeirana los mirlos que cuidaba Florisel. En el silencio de la noche, aquel ritmo alegre y campesino evocaba el recuerdo de las felices danzas célticas a la sombra de los robles. Concha empezó también a cantar. Su voz era dulce como una caricia. Se levantó y anduvo vagando por el mirador. Allá, en el fondo, toda blanca, en el reflejo de la luna, comenzó a bailar uno de esos pasos de égloga alegres y pastoriles. Pronto se detuvo suspirando:

—¡Ay! ¡Cómo me canso! ¿Has visto que he aprendido la ribeirana?

Yo repuse riéndome.

—¿Eres también discípula de Florisel?

—También.

Acudí a sostenerla. Cruzó las manos sobre mi hombro y reclinando la mejilla, me miró con sus bellos ojos de enferma. La besé, y ella mordió mis labios con sus labios marchitos.

¡Pobre Concha!… Tan demacrada y tan pálida tenía la noble resistencia de una diosa para el placer. Aquella noche, la llama de la pasión nos envolvió mucho tiempo —ya moribunda, ya frenética— en su lengua dorada. Oyendo el canto de los pájaros en el jardín, quedeme dormido en brazos de Concha. Cuando me desperté, ella estaba incorporada en las almohadas, con tal expresión de dolor y sufrimiento, que sentí frío. ¡Pobre Concha! Al verme abrir los ojos, todavía sonrió. Acariciándole las manos, le pregunté:

—¿Qué tienes?

—No sé. Creo que estoy muy mal.

—¿Pero qué tienes?

—No sé… ¡Qué vergüenza si me hallasen muerta aquí!

Al oírla, sentí el deseo de retenerla a mi lado.

—¡Estás temblando, pobre amor!

Y la estreché entre mis brazos. Ella entornó los ojos: ¡Era el dulce desmayo de sus párpados cuando quería que yo se los besase! Como temblaba tanto, quise dar calor a todo su cuerpo con mis labios; y mi boca recorrió celosa sus brazos hasta el hombro, y puse un collar de rosas en su cuello. Después alcé los ojos para mirarla. Ella cruzó sus manos pálidas y las contempló melancólica. ¡Pobres manos delicadas, exangües, casi frágiles! Yo le dije:

—Tienes manos de Dolorosa.

Se sonrió.

—Tengo manos de muerta.

Para mí eres más bella cuanto más pálida.

Pasó por sus ojos una claridad feliz.

—Sí, sí, todavía te gusto mucho y te hago sentir.

Rodeó mi cuello, y con una mano levantó los senos, rosas de nieve que consumía la fiebre. Yo entonces la enlacé con fuerza, y en medio del deseo, sentí como una mordedura el terror de verla morir. Al oírla suspirar, creí que agonizaba. La besé temblando como si fuese a comulgar su vida. Con voluptuosidad dolorosa, y no gustada hasta entonces, mi alma se embriagó en aquel perfume de flor enferma que mis dedos deshojaban consagrados e impíos.

Sus ojos se abrieron amorosos bajo mis ojos. ¡Ay! Sin embargo, yo adiviné en ellos un gran sufrimiento.

Al día siguiente, Concha no pudo levantarse.

LA tarde caía en medio de un aguacero. Yo estaba refugiado en la biblioteca, leyendo el «Florilegio de Nuestra Señora», un libro de sermones, compuesto por el Obispo de Corinto, D. Pedro de Bendaña, fundador del Palacio. A veces me distraía oyendo el bramido del viento en el jardín y el susurro de las hojas secas que corrían, arremolinándose por las carreras de mirtos seculares. Las ramas desnudas de los árboles rozaban los vidrios emplomados de las ventanas. Reinaba en la biblioteca una paz de monasterio, un sueño canónico y doctoral. Sentíase en el ambiente el hálito de los infolios antiguos encuadernados en pergamino, los libros de humanidades y de teología donde estudiaba el Obispo. De pronto sentí una voz poderosa que llamaba desde el fondo del corredor:

—¡Marqués!… ¡Marqués de Bradomín!…

Me volví sorprendido hacia la puerta, que permaneció cerrada.

—¡Marqués de Bradomín!…

Entorné el «Florilegio» sobre la mesa, para guardar la página, y me puse de pie. La puerta se abría en aquel momento, y Don Juan Manuel apareció en el umbral, sacudiendo el agua que goteaba de su montecristo.

—¡Mala tarde, sobrino!

—¡Mala, tío!

Y quedó sellado nuestro parentesco.

—¿Tú, leyendo aquí encerrado?… Sobrino, es lo peor para quedarse ciego.

Acercose a la lumbre y extendió las manos sobre la llama.

—¡Es nieve lo que cae!

Después volviose de espaldas al fuego, e irguiéndose ante mí, exclamó con su engolada voz de gran señor:

—Sobrino, has heredado la manía de tu abuelo, que también se pasaba los días leyendo. ¡Así se volvió loco!… ¿Y qué librote es ese?

Sus ojos, hundidos y verdosos, dirigían al «Florilegio de Nuestra Señora» una mirada llena de desdén. Apartose de la lumbre y dio algunos pasos por la

biblioteca, haciendo sonar las espuelas. Se detuvo de pronto:

—Marqués de Bradomín, ¿se acabó la sangre de Cristo en el Palacio de Brandeso?

Comprendiendo lo que deseaba, me levanté. Don Juan Manuel extendió un brazo, deteniéndome con soberano gesto.

—¡No te muevas! ¿Habrá algún criado en el Palacio?

Y desde el fondo de la biblioteca empezó a llamar con grandes voces:

¡Arnelas!… ¡Brión!… Uno cualquiera, que suba presto…

Ya empezaba a impacientarse, cuando Florisel apareció en la puerta.

—¿Qué mandaba, señor padrino?

Y llegose a besar la mano del hidalgo, que le acarició la cabeza.

—Súbeme del tinto que se coge en la Fontela.

Y Don Juan Manuel volvió a pasear la biblioteca. De tiempo en tiempo se detenía frente al fuego, extendiendo las manos, que eran pálidas, nobles y descarnadas, como las manos de un rey asceta. A pesar de los años, que habían blanqueado por completo sus cabellos, conservábase arrogante y erguido como en sus buenos tiempos, cuando servía en la Guardia Noble de la Real Persona. Llevaba ya muchos años retirado en su Pazo de Lantañón, haciendo la vida de todos los mayorazgos campesinos, chalaneando en las ferias, jugando en las villas y sentándose a la mesa de los curas en todas las fiestas. Desde que Concha vivía retirada en el Palacio de Brandeso, era también frecuente verle aparecer por allí. Ataba su caballo en la puerta del jardín, y entrábase dando voces. Se hacía servir vino, y bebía hasta dormirse en el sillón. Cuando despertaba, fuese de día o de noche, pedía su caballo, y dando cabeceos sobre la silla, tornaba a su Pazo. Don Juan Manuel tenía gran predilección por el tinto de la Fontela, guardado en una vieja cuba que recordaba el tiempo de los franceses.

Impacientándose porque tardaba en subir de la bodega, se detuvo en medio de la biblioteca, y gritó:

—¡Ese vino!… ¿O acaso están haciendo la vendimia?

Todo trémulo apareció Florisel con un jarro, que colocó sobre la mesa. Don Juan Manuel despojose de su montecristo, y tomó asiento en un sillón.

—Marqués de Bradomín, te aseguro que este vino de la Fontela es el mejor vino de la comarca. ¿Tú conoces el del Condado? Este es mejor. Y si lo hiciesen eligiendo la uva, sería el mejor del mundo.

Decía esto mientras llenaba el vaso, que era de cristal tallado, con asa y la cruz de Calatrava en el fondo. Uno de esos vasos pesados y antiguos, que

recuerdan los refectorios de los conventos. Don Juan Manuel bebió con largura y sosiego, apurando el vino de un solo trago, y volvió a llenar el vaso.

—Muchos así debía beberse mi sobrina. ¡No estaría entonces como está! ¿La habrás hallado muy acabada?

En aquel momento Concha asomó en la puerta de la biblioteca, arrastrando la cola de su ropón monacal y sonriendo:

—El tío Don Juan Manuel quiere que le acompañes. ¿Te lo ha dicho? Mañana es la fiesta del Pazo: San Rosendo de Lantañón. Dice el tío que te recibirán con palio.

Don Juan Manuel asintió con un ademán soberano:

—¡Ya sabes que desde hace tres siglos es privilegio de los Marqueses de Bradomín ser recibidos con palio en las feligresías de San Rosendo de Lantañón, Santa Baya de Cristamilde y San Miguel de Deiro! ¡Los tres curatos son presentación de tu casa! ¿Me equivoco, sobrino?

—No se equivoca usted, tío.

Concha interrumpió, riéndose:

—No le pregunte usted. ¡Es un dolor, pero el último Marqués de Bradomín no sabe una palabra de esas cosas!

Don Juan Manuel movió la cabeza gravemente:

—¡Eso lo sabe! ¡Debe saberlo!

Concha se dejó caer en el sillón de Moscovia que yo ocupaba poco antes, y abrió el «Florilegio de Nuestra Señora» con aire doctoral:

—¡Estoy segura que ni siquiera conoce el origen de la Casa de Bradomín!

Don Juan Manuel se volvió hacia mí, noble y conciliador:

—¡No hagas caso! Tu prima quiere indignarte.

Concha insistió:

—¡Supiera al menos cómo se compone el blasón de la noble Casa de Montenegro!

Don Juan Manuel frunció el áspero y canoso entrecejo.

—¡Eso lo saben los niños más pequeños!

Concha murmuró con una sonrisa de dulce y delicada ironía:

—¡Como que es el más ilustre de los linajes españoles!

—Españoles y tudescos, sobrina. Los Montenegros de Galicia descendemos de una emperatriz alemana. Es el único blasón español que lleva metal sobre metal: espuelas de oro en campo de plata. El linaje de Bradomín también es muy antiguo. Pero entre todos los títulos de tu Casa: Marquesado de Bradomín,

Marquesado de San Miguel, Condado de Barbanzón y Señorío de Padín, el más antiguo y el más esclarecido es el Señorío. Se remonta hasta Don Roldán, uno de los Doce Pares. Don Roldán ya sabéis que no murió en Roncesvalles, como dicen las historias.

Yo no sabía nada, pero Concha asintió con la cabeza. Ella sin duda conocía aquel secreto de familia. Don Juan Manuel, después de apurar otro vaso, continuó:

—¡Como yo también desciendo de D. Roldán, por eso conozco bien estas cosas! D. Roldán pudo salvarse, y en una barca llegó hasta la isla de Sálvora, y atraído por una sirena naufragó en aquella playa, y tuvo de la sirena un hijo, que por serlo de D. Roldán se llamó Padín, y viene a ser lo mismo que Paladín. Ahí tienes por qué una sirena abraza y sostiene tu escudo en la iglesia de Lantañón.

Se levantó, y acercándose a una ventana, miró a través de los vidrios emplomados si abonanzaba el tiempo. El sol aparecía apenas entre densos nubarrones. Un instante permaneció Don Juan Manuel contemplando el aspecto del cielo. Después volviose hacia nosotros:

—Llego hasta mis molinos que están ahí cerca, y vuelvo a buscarte… Puesto que tienes la manía de leer, en el Pazo te daré un libro antiguo, pero de letra grande y clara, donde todas estas historias están contadas muy por largo.

Concha se levantó apoyándose en la mesa, y los tres salimos de la biblioteca.

EN el fondo del laberinto cantaba la fuente como un pájaro escondido, y el sol poniente doraba los cristales del mirador donde nosotros esperábamos. Era tibio y fragante: gentiles arcos, cerrados por vidrieras de colores, le flanqueaban con ese artificio del siglo galante que imaginó las pavanas y las gavotas. En cada arco las vidrieras formaban tríptico, y podía verse el jardín en medio de una tormenta, en medio de una nevada y en medio de un aguacero. Aquella tarde, el sol de otoño penetraba hasta el centro como la fatigada lanza de un Dios antiguo.

Concha, inmóvil en el arco de la puerta, miraba hacia el camino suspirando. En derredor volaban las palomas. La pobre Concha enojárase conmigo porque oía sonriendo el relato de una celeste aparición que le fuera acordada bailándose dormida en mis brazos. Era un sueño como los tenían las santas de aquellas

historias que me contaba cuando niño la dama piadosa y triste que entonces habitaba el Palacio. Recuerdo aquel sueño vagamente: Concha estaba perdida en el laberinto, sentada al pie de la fuente y llorando sin consuelo. En esto se le apareció un Arcángel: no llevaba espada ni broquel: era cándido y melancólico como un lirio: Concha comprendió que aquel adolescente no venía a pelear con Satanás. Le sonrió a través de las lágrimas, y el Arcángel extendió sobre ella sus alas de luz y la guio… El laberinto era el pecado en que Concha estaba perdida, y el agua de la fuente eran todas las lágrimas que había de llorar en el Purgatorio. A pesar de nuestros amores, Concha no se condenaría. Después de guiarla a través de los mirtos verdes e inmóviles, en la puerta de arco donde se abrazaban las dos Quimeras, el Arcángel agitó las alas para volar. Concha, arrodillándose, le preguntó si debía entrar en un convento; el Arcángel no respondió. Concha, retorciéndose las manos, le preguntó si debía deshojar en el viento la flor de sus amores; el Arcángel no respondió. Concha, arrastrándose sobre las piedras, le preguntó si iba a morir; el Arcángel tampoco respondió, pero Concha sintió caer dos lágrimas en sus manos. Las lágrimas le rodaban entre los dedos como dos diamantes. Entonces Concha había comprendido el misterio de aquel sueño… La pobre, al contármelo suspiraba y me decía:

—Es un aviso del cielo, Xavier.

—Los sueños nunca son más que sueños, Concha.

—¡Voy a morir!… ¿Tú no crees en las apariciones?

Me sonreí, porque entonces aún no creía, y Concha se alejó lentamente hacia la puerta del mirador. Sobre su cabeza volaron las palomas como un augurio feliz. El campo, verde y húmedo, sonreía en la paz de la tarde, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules y la primera nieve en las cumbres. Bajo aquel sol amable que lucía en medio de los aguaceros, iba por los caminos la gente de las aldeas. Una pastora, con dengue de grana, guiaba sus carneros hacia la iglesia de Gundián; mujeres cantando volvían de la fuente; un viejo cansado picaba la yunta de sus vacas que se detenían mordisqueando en los vallados, y el humo blanco parecía salir de entre las higueras… Don Juan Manuel asomó en lo alto de la cuesta glorioso y magnífico, con su montecristo flotando. Al pie de la escalinata, Brión el mayordomo tenía de las riendas un caballo viejo, prudente, reflexivo y grave como un Pontífice. Era blanco, con grandes crines venerables; estaba en el Palacio desde tiempo inmemorial. Relinchó noblemente, y Concha, al oírle, enjugó una lágrima que hacía más bellos sus ojos de enferma:

—¿Vendrás mañana Xavier?

—Sí.

—¿Me lo juras?

—Sí.

Nos besamos con el beso romántico de aquellos tiempos. Yo era el Cruzado que partía a Jerusalén, y Concha la doncella que le lloraba en su castillo al claro de la luna. Confieso que mientras llevé sobre los hombros la melena merovingia como Espronceda y como Zorrilla, nunca supe despedirme de otra manera. Hoy los años me han impuesto la tonsura como a un diácono, y solo me permiten murmurar un melancólico ¡Adiós! Felices tiempos los tiempos juveniles. ¡Quién fuese como aquella fuente, que en el fondo del laberinto aún ríe con su risa de cristal, sin alma y sin edad!…

CONCHA, tras los cristales del mirador, nos despedía agitando su mano blanca.

Aún no se había puesto el sol, y el airoso creciente de la luna ya comenzaba a lucir en aquel cielo triste y otoñal. La distancia al Pazo de Lantañón era de dos leguas, y el camino de herradura, pedregoso y con grandes charcos, ante los cuales se detenían nuestras cabalgaduras moviendo las orejas, mientras en la otra orilla, algún rapaz aldeano que dejaba beber pacíficamente a la yunta cansada de sus bueyes, nos miraba en silencio. Los pastores que volvían del monte trayendo los rebaños por delante se detenían en las revueltas, y arreaban a un lado sus ovejas para dejarnos paso. Don Juan Manuel iba el primero. A cada momento yo le veía tambalearse sobre el caballo, que se mostraba inquieto y no acostumbrado a la silla. Era un tordo montaraz y de poca alzada, de ojos bravíos y de boca dura. Parecía que por castigo le llevaba su dueño cruelmente tonsurado de cola y crin. Don Juan Manuel gobernábale sin cordura: le castigaba con la espuela, y al mismo tiempo le recogía las riendas; el potro se encabritaba, sin conseguir desazonarle, porque en tales momentos el viejo hidalgo lucía una gran destreza.

A medio camino se nos hizo completamente de noche. Don Juan Manuel continuaba tambaleándose sobre la silla, pero esto no impedía que en los malos pasos alzase su poderosa voz para advertirme que refrenase mi rocín. Llegando a

la encrucijada de tres caminos, donde había un retablo de ánimas, algunas mujeres que estaban arrodilladas rezando, se pusieron en pie. Asustado el potro de Don Juan Manuel, dio una huida y el jinete cayó. Las devotas lanzaron un grito, y el potro, rompiendo por entre ellas, se precipitó al galope, llevando a rastras el cuerpo de Don Juan Manuel, sujeto por un pie del estribo. Yo me precipité detrás…

Los zarzales que orillaban el camino producían un ruido sordo cuando el cuerpo de Don Juan Manuel pasaba batiendo contra ellos. Era una cuesta pedregosa que baja hasta el río, y en la oscuridad, yo veía las chispas que saltaban bajo las herraduras del potro. Al fin, atropellando por encima de Don Juan Manuel, pude pasar delante y cruzarme con mi rocín en el camino. El potro se detuvo cubierto de sudor, relinchando y con los ijares trémulos. Salté a tierra. Don Juan Manuel estaba cubierto de sangre y de lodo. Al inclinarme abrió lentamente los ojos tristes y turbios. Sin exhalar una queja volvió a cerrarlos. Comprendí que se desmayaba: le alcé del suelo y le crucé sobre mi caballo. Emprendimos la vuelta. Cerca del Palacio fue preciso hacer un alto. El cuerpo de Don Juan Manuel se resbalaba, y tuve que atravesarle mejor sobre la silla. Me asustó el frío de aquellas manos que pendían inertes… Volví a tomar el diestro del caballo, que relinchaba, y seguimos acercándonos al Palacio. A pesar de la noche, vi que salían al camino por la cancela del jardín, tres mozos caballeros en sendas mulas. Les interrogué desde lejos:

—¿Sois alquiladores?

Los tres respondieron a coro:

—Sí señor.

—¿Qué gente habéis llevado al Palacio?

—Una señora aún moza, y dos señoritas pequeñas… Esta misma tarde llegaron a Viana en la barca de Flavia-Longa.

Los tres espoliques habían arrendado sus mulas sobre la orilla del camino para dejarme paso. Cuando vieron el cuerpo de Don Juan Manuel cruzado sobre mi caballo, habláronse en voz baja. No osaron, sin embargo, interrogarme. Debieron presumir que era alguno a quien yo había dado muerte. Juraría que los tres villanos temblaban sobre sus cabalgaduras. Hice alto en medio del camino, y mandé a uno de ellos que echase pie a tierra para tenerme el caballo, en tanto yo daba aviso en el Palacio. El espolique se apeó en silencio. Al entregarle las riendas reconoció a Don Juan Manuel:

—¡Válgame Nuestra Señora de Brandeso! Es el Mayorazgo de Lantañón…

Asió los ramales, con mano trémula, y murmuró en voz baja, llena de temeroso respeto:

—¿Alguna desgracia, mi señor Marqués?

—Cayó de su caballo.

—¡Parece que viene muerto!

—¡Parece que sí!

En aquel momento, Don Juan Manuel alzose trabajosamente en la silla:

—No vengo más que medio muerto, sobrino.

Y suspiró con la entereza del hombre que reprime una queja. Dirigió a los espoliques una mirada inquisidora, y luego volviose a mí:

—¿Qué gente es esa?

—Los alquiladores que han venido con Isabel y con las niñas.

—¿Pues dónde estamos?

—Delante del Palacio.

Hablando de esta suerte, volví a tomar el caballo del diestro, y penetré bajo la secular avenida. Los espoliques se despidieron:

—¡Santas y buenas noches!

—¡Vayan muy dichosos!

—¡El Señor les acompañe!

Se alejaban al trote de sus mulas. Don Juan Manuel volviose suspirando, y apoyadas las manos en uno y otro borrén, les gritó ya de muy lejos, todavía con arrogante voz:

—Si topaseis mi potro, llevadlo a Viana del Prior. El Berbés que me lo tenga.

A las palabras del hidalgo respondió una voz perdida en el silencio de la noche; deshecha en las ráfagas del aire:

—¡Señor padrino, descuide!…

Bajo la sombra familiar de los castaños, mi rocín, venteando la cuadra, volvió a relinchar. Allá lejos, pegados a las tapias del Palacio, cruzaban dos criados hablando en dialecto. El que iba delante llevaba un farol que mecía acompasado y lento. Tras los vidrios empañados de rocío, la humosa llama de aceite iluminaba con temblona claridad la tierra mojada, y los zuecos de los dos aldeanos. Hablando en voz baja se detuvieron un momento ante la escalinata, y al reconocernos, adelantaron con el farol en alto para poder alumbrarnos desde lejos el camino. Eran los dos zagales del ganado que iban repartiendo por los pesebres la ración nocturna de húmeda y olorosa hierba. Acercáronse, y con torpe y asustadizo respeto bajaron del caballo a Don Juan Manuel. El farol

alumbraba colocado sobre el balaustral de la escalinata. El hidalgo subió apoyándose en los hombros de los criados. Yo me adelanté para prevenir a Concha.

¡La pobre era tan buena, que parecía estar siempre esperando una ocasión propicia para poder asustarse!

HALLÉ a Concha en el tocador rodeada de sus hijas y entretenida en peinar los largos cabellos de la más pequeña. La otra estaba sentada en el canapé Luis XV al lado de su madre. Las dos niñas eran muy semejantes: rubias y con los ojos dorados, parecían dos princesas infantiles pintadas por el Tiziano en la vejez. La mayor se llamaba María Fernanda, la pequeña María Isabel. Las dos hablaban a un tiempo, contando los lances del viaje, y su madre las oía sonriendo, encantada y feliz, con los dedos pálidos, perdidos entre el oro de los cabellos infantiles. Cuando yo entré sobresaltase un poco, pero supo dominarse. Las dos pequeñas me miraban poniéndose encendidas. Su madre exclamó con la voz ligeramente trémula:

—¡Qué agradable visita! ¿Vienes de Lantañón? ¿Sin duda sabías la llegada de mis hijas?…

—La supe en el Palacio. El honor de veros lo debo a Don Juan Manuel, que rodó del caballo al bajar la cuesta de Brandeso.

Las dos niñas interrogaron a su madre:

—¿Es el tío de Lantañón?

—Sí, hijas mías.

Al mismo tiempo Concha dejaba preso en la trenza de su hija el peine de marfil, y sacaba de entre las hebras de oro una mano pálida, que me alargó en silencio. Los ojos inocentes de las niñas no se apartaban de nosotros. Su madre murmuró:

—¡Válgame Dios! ¡Una caída a sus años!… ¿Y de dónde veníais?

—De Viana del Prior.

—¿Cómo no habéis encontrado en el camino a Isabel y a mis hijas?

—Hemos atajado por el monte.

Concha apartó sus ojos de los míos para no reírse, y continuó peinando la destrenzada cabellera de su hija. ¡Aquella cabellera de matrona veneciana,

tendida sobre los hombros de una niña! Poco después entró Isabel:

—¡Primacho, ya sabía que estabas aquí!

Nos abrazamos alegremente.

—¿Cómo lo sabías?

—Porque he visto al tío Don Juan Manuel. ¡Verdaderamente es milagroso que no se haya matado!

Concha se incorporó apoyándose en sus hijas, que flaqueaban al sostenerla, y sonreían como en un juego:

—Vamos a verle, pequeñas. ¡Pobre señor!

—Déjalo para mañana, Concha.

Yo le dije.

Isabel se acercó, y la hizo sentar:

—Lo mejor es que descanse. Acabamos de envolverle en paños de vinagre. Entre Candelaria y Florisel le han acostado.

Nos sentamos todos. Concha mandó a la mayor de sus hijas que llamase a Candelaria. La niña se levantó corriendo. Cuando llegaba a la puerta, su madre le dijo:

—¿Pero a dónde vas María Fernanda?

—¿No me has dicho?

—Sí hija mía, pero basta que toques el tan-tan que está al lado del tocador.

María Fernanda obedeció ligera y aturdida. Su madre la besó con ternura, y luego, sonriendo, besó a la pequeña, que la miraba con sus grandes ojos de topacio.

Entró Candelaria deshilando un lenzuelo blanco:

—¿Han llamado?

María Fernanda se adelantó:

—Yo llamé, Candela. Me mandó mamá.

Y la niña corrió al encuentro de la vieja criada, quitándole el lenzuelo de las manos para continuar ella haciendo hilas. María Isabel, que estaba sentada sobre la alfombra con la sien reclinada en las rodillas de su madre, levantó mimosa la cabeza:

—Candela, dame a mí para que haga hilas.

—Otra llegó primero, paloma.

Y Candelaria, con su bondadosa sonrisa de sierva vieja y familiar, le mostró las manos arrugadas y vacías. María Fernanda volvió a sentarse en el canapé. Entonces mi prima Isabel, que tenía predilección por la pequeña, le quitó aquel

paño de lino que olía a campo, y lo partió en dos.

—Toma, querida mía.

Y después de un momento, su hermana María Fernanda, colocando hilo a hilo sobre el regazo, murmuró con la gravedad de una abuela:

—¡Vaya con la mimosa!

Candelaria, con las manos cruzadas sobre su delantal blanco y rizado, esperaba órdenes en medio de la estancia. Concha le preguntó por Don Juan Manuel:

—¿Le habéis dejado solo?

—Sí, señorita. Quedose traspuesto.

—¿Dónde le habéis acostado?

—En la sala del jardín.

—También tenéis que disponer habitaciones para el señor Marqués… No es cosa de que le dejemos volver solo a Lantañón.

Y la pobre Concha me sonreía con aquella ideal sonrisa de enferma. La frente arrugada de su antigua niñera tiñose de rojo. La vieja miró a las niñas con ternura, y después murmuró, con la rancia severidad de una dueña escrupulosa y devota:

—Para el señor Marqués ya están dispuestas las habitaciones del Obispo.

Se retiró en silencio. Las dos niñas se aplicaron a deshilar el lenzuelo, lanzándose miradas furtivas, para ver cuál adelantaba más en su tarea: Concha e Isabel secreteaban. Daba las diez un reloj, y en los regazos infantiles iban formando lentamente las hilas, un cándido manojo.

TOMÉ asiento cerca del fuego, y me distraje removiendo los leños con aquellas tenazas tradicionales, de bronce antiguo y prolija labor. Las dos niñas habíanse dormido: la mayor con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, la pequeña en brazos de mi prima Isabel. Fuera se oía la lluvia azotando los cristales, y el viento que pasaba en ráfagas sobre el jardín misterioso y oscuro. En el fondo de la chimenea brillaban los rubíes de la brasa, y de tiempo en tiempo una llama alegre y ligera pasaba corriendo sobre ellos.

Concha e Isabel, para no despertar a las niñas, continuaban hablando en voz baja. Al verse después de tanto tiempo, las dos volvían los ojos al pasado y

recordaban cosas lejanas. Era un largo y susurrador comento acerca de la olvidada y luenga parentela. Hablaban de las tías devotas, viejas y achacosas; de las primas pálidas y sin novio; de aquella pobre Condesa de Cela, enamorada locamente de un estudiante; de Amelia Camarasa, que se moría tísica; del Marqués de Tor, que tenía reconocidos veintisiete bastardos. Hablaban de nuestro noble y venerable tío el Obispo de Mondoñedo. ¡Aquel santo, lleno de caridad, que había recogido en su palacio a la viuda de un general carlista, ayudante del Rey! Yo apenas atendía a lo que Isabel y Concha susurraban. Ellas de tiempo en tiempo me dirigían alguna pregunta, siempre con grandes intervalos:

—Tú quizá lo sepas. ¿Qué edad tiene el tío Obispo?

—Tendrá cincuenta años.

—Lo que te decía.

—Pues yo le hacía de más.

Y otra vez comenzaba el cálido y fácil murmullo de la conversación femenina, hasta que tornaban a dirigirme otra pregunta:

—¿Tú recuerdas cuándo profesaron mis hermanas?

Concha e Isabel me tomaban por el cronicón de la familia. Así pasamos la velada. Cerca de media noche, la conversación se fue amortiguando como el fuego de la chimenea. En medio de un largo silencio, Concha se incorporó suspirando con fatiga, y quiso despertar a María Fernanda, que dormía sobre su hombro:

—¡Ay!… ¡Hija de mi alma, mira que no puedo contigo!…

María Fernanda abrió los ojos cargados con ese sueño cándido y adorable de los niños. Su madre se inclinó para alcanzar el reloj que tenía en un joyero, con las sortijas y el rosario:

—Las doce, y estas niñas todavía en pie. No te duermas, hija mía.

Y procuraba incorporar a María Fernanda, que ahora reclinaba la cabeza en un brazo del canapé:

—En seguida os acuestan.

Y con la sonrisa desvaneciéndose en la rosa marchita de su boca, quedose contemplando a la más pequeña de sus hijas, que dormía en brazos de Isabel, con el cabello suelto como un angelote sepultado en ondas de oro:

—¡Pobrecilla, me da pena despertarla!

Y volviéndose a mí, añadió:

—¿Quieres llamar, Xavier?

Al mismo tiempo Isabel trató de levantarse con la niña:

—No puedo: pesa demasiado.

Y sonrió dándose por vencida. Yo me acerqué, y cuidadosamente cogí en brazos a la pequeña sin despertarla: la onda de oro desbordó sobre mi hombro. En aquel momento oímos en el corredor los pasos lentos de Candelaria, que venía en busca de las niñas para acostarlas. Al verme con María Isabel en brazos, acercose llena de familiar respeto:

—Yo la tendré, señor Marqués. No se moleste más.

Y sonreía, con esa sonrisa apacible y bondadosa que suele verse en la boca desdentada de las abuelas. Silencioso por no despertar a la niña, la detuve con un gesto. Levantose mi prima Isabel y tomó de la mano a María Fernanda, que lloraba porque su madre la acostase. Su madre, le decía besándola:

—¿Quieres que se ofenda Isabel?

Y Concha nos miraba vacilante, deseosa por complacer a su hija:

—Dime, ¿quieres que se ofenda?…

La niña volviose a Isabel, suplicantes los ojos todavía adormecidos:

—¿Tú te ofendes?

—¡Naturalmente, hija! Me ofendo tanto, que no dormiría aquí.

María Fernanda sintió una gran curiosidad:

—¿Adónde irías a dormir?

—¿Adónde había de ir? ¡A casa del cura!

La niña comprendió que una dama de la Casa de Bendaña solo debía hospedarse en el Palacio de Brandeso; y con los ojos muy tristes se despidió de su madre. Concha quedó sola en el tocador. Cuando volvimos de la alcoba donde dormían las niñas, la encontramos llorando. Isabel me dijo en voz baja:

—Cada día está más loca por ti.

Concha sospechó que era otra cosa lo que me decía, y a través de las lágrimas nos miró con ojos de celosa, pero Isabel aparentó no advertirlo, sonriendo entró delante de mí, y fue a sentarse en el canapé al lado de Concha.

—¿Qué te pasa, primacha?

Concha, en vez de responder, se llevó el pañuelo a los ojos, y después lo desgarró con los dientes.

AL cerrar la puerta del salón que me servía de alcoba, distinguí en el fondo del corredor una sombra blanca que andaba lentamente, apoyándose en el muro. Era Concha.

—¿Estás solo, Xavier?

—Solo con mis pensamientos, Concha.

—¡Qué mala compañía!

—¡Adivinaste!… Pensaba en ti.

Concha se detuvo en el umbral. Tenía los ojos asustados, y sonreía débilmente. Miró hacia el corredor oscuro, y estremeciose toda pálida.

—¡He visto una araña negra!… ¡Corría por el suelo! ¡Era enorme! No sé si la traigo conmigo.

Y sacudió en el aire su luenga cola blanca. Después entramos, cerrando la puerta sin ruido. Concha se detuvo en medio de la estancia, mostrándome una carta que sacó del pecho.

—¡Es de tu madre!…

—¿Para ti, o para mí?

—Para mí.

Me la dio, cubriéndose los ojos con una mano. Yo la veía morderse los labios para no llorar. Al fin estalló en sollozos.

—¡Dios mío!… ¡Dios mío!

—¿Qué te dice?

Concha cruzó las manos sobre su frente casi oscurecida por un mechón de cabellos negros, trágicos, adustos, extendidos como la humareda de una antorcha en el viento.

—¡Lee! ¡Lee! ¡Lee!… ¡Que soy la peor de las mujeres!… ¡Que llevo una vida de escándalo!… ¡Que estoy condenada! ¡Que le robo su hijo!…

Yo quemé la carta tranquilamente en las luces del candelabro. Concha gimió:

—¡Hubiera querido que la leyeses!

—No, hija mía… ¡Tiene muy mala letra!

Viendo volar la carta en cenizas, la pobre Concha enjugó sus lágrimas.

¡Que la tía Soledad me escriba así, cuando yo la quiero y la respeto tanto!… ¡Que me odie, que me maldiga, cuando no tendría goce mayor que cuidarla y servirla como si fuera su hija! ¡Dios mío, qué castigada me veo!… ¡Decirme que hago tu desgracia!…

Yo, sin haber leído la carta de mi madre, me la figuraba. Conocía el estilo.

Clamores desesperados y coléricos como maldiciones de una sibila. Reminiscencias bíblicas. ¡Había recibido tantas cartas iguales! La pobre señora era una santa. No está en los altares por haber nacido mayorazga y querer perpetuar sus blasones tan esclarecidos como los de Don Juan Manuel. De reclamar varonía las premáticas nobiliarias, y las fundaciones vinculares de su casa, hubiera entrado en un convento, y hubiera sido santa a la española, abadesa y visionaria, guerrera y fanática.

Hacía muchos años que mi madre —Carlota Elena Agar y gendaña— llevaba vida retirada y devota en su Palacio de Bradomín. Era una señora de cabellos grises, muy alta, muy caritativa, crédula y despótica. Yo solía visitarla todos los otoños. Estaba muy achacosa, pero a la vista de su primogénito, parecía revivir. Pasaba la vida en el hueco de un gran balcón, hilando para sus criados, sentada en una silla de terciopelo carmesí, guarnecida con clavos de plata.

Por las tardes, el sol que llegaba hasta el fondo de la estancia, marcaba áureo camino de luz, como la estela de las santas visiones que Carlota Elena había tenido de niña. En el silencio oíase, día y noche, el rumor lejano del río, cayendo en la represa de nuestros molinos. Mi madre pasaba horas y horas, hilando en su rueca de palo santo, olorosa y noble. Sobre sus labios marchitos vagaba siempre el temblor de un rezo.

Culpaba a Concha de todos mis extravíos y la tenía en horror. Recordaba, como una afrenta a sus canas, que nuestros amores habían comenzado en el Palacio de Bradomín, un verano que Concha pasó allí, acompañándola. Mi madre era su madrina, y en aquel tiempo la quería mucho. Después no volvió a verla. Un día, estando yo de caza, Concha abandonó para siempre el Palacio. Salió sola, con la cabeza cubierta y llorando, como los herejes que la Inquisición expulsaba de las viejas ciudades españolas. Mi madre la maldecía desde el fondo del corredor. A su lado estaba una criada pálida y con los ojos bajos: era la delatora de nuestros amores. ¡Tal vez la misma boca habíale contado ahora que el Marqués de Bradomín estaba en el Palacio de Brandeso!…

Concha no cesaba de lamentarse.

—¡Bien castigada estoy!… ¡Bien castigada estoy!

Por sus mejillas resbalaban las lágrimas redondas, claras y serenas, como cristales de una joya rota. Los suspiros entrecortaban su voz. Mis labios bebieron aquellas lágrimas sobre los ojos, sobre las mejillas y en los rincones de la boca. Concha apoyó la cabeza en mi hombro, helada y suspirante.

—¡También te escribirá a ti!… ¿Qué piensas hacer?

Yo murmuré a su oído:

—Lo que tú quieras.

Ella guardó silencio y quedó un instante con los ojos cerrados. Después, abriéndolos cargados de amorosa y resignada tristeza, suspiró:

—Obedece a tu madre si te escribe…

Y se levantó para salir. Yo la detuve.

—No dices lo que sientes, Concha.

—Sí lo digo… Ya ves cuánto ofendo todos los días a mi marido… pues te juro que en la hora de mi muerte, mejor quisiera tener el perdón de tu madre que el suyo…

—Tendrás todos los perdones, Concha… Y la bendición papal.

—¡Ah, si Dios te oyese! ¡Pero Dios no puede oírnos a ninguno de nosotros!

—Se lo diremos a Don Juan Manuel, que tiene más potente voz.

Concha estaba en la puerta y se recogía la cola de su ropón monacal. Movió la cabeza con disgusto:

—¡Xavier! ¡Xavier!

Yo le dije acercándome.

—¿Te vas?

—Sí, mañana vendré.

—Mañana harás como hoy.

—No… Te prometo venir…

Llegó al fondo del corredor, y me llamó en voz baja.

—Acompáñame… ¡Tengo mucho miedo a las arañas!

La cogí en brazos como si fuese una niña. Ella reía en silencio. La llevé hasta la puerta de su alcoba, que estaba abierta sobre la oscuridad, y la posé en el umbral. Me besó murmurando:

—No hables alto… Allí duerme Isabel.

Y su mano, que en la sombra era una mano de fantasma, mostrábame una puerta cerrada que se marcaba en la negrura del suelo por un débil resplandor.

—Duerme con luz.

—Sí.

Yo entonces le dije, levantándola otra vez en brazos:

—¡Ves!… Isabel no puede dormir sola… ¡Imitémosla!…

ME acosté rendido, y toda la mañana estuve oyendo entre sueños las carreras, las risas y los gritos de las dos pequeñas, que jugaban en la Terraza de los Miradores. Tres puertas del salón que me servía de alcoba daban sobre ella. Dormí poco, y en aquel estado de vaga y angustiosa conciencia, donde advertía cuándo se paraban las niñas ante una de las puertas, y cuándo gritaban en los miradores, el moscardón verdoso de la pesadilla daba vueltas sin cesar, como el huso de las brujas hilanderas. De pronto me pareció que las niñas se alejaban: pasaron corriendo ante las tres puertas: una voz las llamaba desde el jardín. La terraza quedó desierta.

En medio del sopor que me impedía de una manera dolorosa toda voluntad, yo columbraba que mi pensamiento iba extraviándose por laberintos oscuros, y sentía el sordo avispero de que nacen los malos ensueños; las ideas torturantes, caprichosas y deformes prendidas en un ritmo funambulesco. En medio del silencio resonó en la terraza festivo ladrar de perros y música de cascabeles.

Una voz grave y eclesiástica, que parecía venir de más lejos llamaba:

—¡Aquí, Carabel!… ¡Aquí, Capitán!…

Era el abad de Brandeso, que había venido al Palacio después de misa, para presentar sus respetos a mis nobles primas.

—¡Aquí, Carabel! ¡Aquí, Capitán!

Concha e Isabel despedían al abad desde la terraza:

—¡Adiós, Don Benicio!

Y el abad contestaba bajando la escalinata:

—¡Adiós, señoras! Retírense que corre fresco.

—¡Aquí, Carabel!… ¡Aquí, Capitán!…

Percibí distintamente la carrera retozona de los perros. Luego, en medio de un gran silencio, se alzó la voz lánguida de Concha.

—¡Don Benicio, que mañana celebra usted misa en nuestra capilla. No lo eche usted en olvido!

Y la voz grave y eclesiástica respondía:

—¡No lo echo en olvido!… ¡No lo echo en olvido!…

Y como un canto gregoriano, se elevaba desde el fondo del jardín entre el cascabeleo de los perros. Después las dos damas se despedían de nuevo. Y la voz grave y eclesiástica repetía:

—¡Aquí, Carabel ¡Aquí, Capitán!… Díganle al señor Marqués de Bradomín que hace días, cazando con el Sumiller, descubrimos un bando de perdices.

Díganle que a ver cuándo le caemos encima. Resérvenlo al Sumiller, si viene por el Palacio. Me ha encargado el secreto…

Concha e Isabel pasaron ante las tres puertas. Sus voces eran un murmullo fresco y suave. La terraza volvió a quedar en silencio, y en aquel silencio me desperté completamente. No pude volver a conciliar el sueño, e hice sonar la campanilla de plata, que en la penumbra de la alcoba resplandecía con resplandor noble y eclesiástico, sobre una mesa antigua, cubierta con un paño de velludo carmesí. Florisel acudió para servirme, en tanto me vestía. Pasó tiempo, y de nuevo oí las voces de las dos pequeñas que volvían del palomar con Candelaria. Traían una pareja de pichones. Hablaban alborozadas, y la vieja criada les decía, como si refiriese un cuento de hadas, que cortándoles las alas, podrían dejarlas sueltas en el Palacio.

Florisel abrió las tres puertas que daban sobre la terraza, y me asomé para llamar a las niñas, que corrieron a besarme cada una con su paloma blanca. Al verlas recordé aquellos dones celestes concedidos a las princesas infantiles que perfuman la leyenda dorada, como lirios de azul heráldico.

Las niñas me dijeron:

—¿No sabes que el tío de Lantañón se fue al amanecer en tu caballo?

—¿Quién os lo ha dicho?

—Hemos ido a verle, y hallamos todo abierto, puertas y ventanas, y la cama deshecha. Candelaria dice que ella le vio salir, y Florisel también. Les dejó dicho que vendría a visitarnos.

Yo no pude menos de reírme.

—¿Y vuestra madre lo sabe?

—Sí.

—¿Y qué dice?

Las niñas se miraron vacilantes. Hubo entre ellas un cambio de sonrisas. Después exclamaron a un tiempo:

—Mamá dice que está loco.

Candelaria las llamó, y se alejaron corriendo para cortar las alas a los pichones y soltarlos en las estancias del Palacio.

EN la luminosa pereza de la tarde, con todos los cristales del mirador dorados por el sol y las palomas volando sobre nuestras cabezas, al pasar con aleteo asustadizo de una columna a otra, Isabel y las niñas hablan de ir conmigo a Lantañón para saber cómo había llegado el tío Don Juan Manuel.

Isabel me preguntó:

—¿Qué distancia hay, Xavier?

—Cerca de dos leguas…

—Entonces podemos ir a pie.

—¿Y no se cansarán las pequeñas?

—Son muy andarinas.

Y las niñas apresuradas, radiantes, exclamaron a un tiempo:

—¡No! ¡No!… El año pasado hemos subido al Pico Sacro sin cansarnos.

Isabel miró hacia el jardín, que parecía aterido bajo el sol pálido de otoño.

—Creo que tendremos buena tarde…

—¡Quién sabe!… Todo será mojarse… Mira, aquellas nubes traen agua.

—Pero esas se van por otro lado.

Isabel hasta fiaba en la galantería de las nubes. Nosotros hablábamos reunidos en el hueco de una ventana contemplando el cielo y el campo, y las niñas palmoteaban dando gritos, para que asustadas volasen las palomas. Al volverme vi a Concha: estaba en la puerta, muy pálida, con los labios trémulos. Me miró, y sus ojos me parecieron otros ojos: había en ellos afán, enojo y súplica. Llevándose las dos manos a la frente murmuró:

—Os busqué por todo el Palacio. Florisel me dijo que estabais en el jardín.

—Hemos estado.

—¡Parece que os ocultáis de mí!

Isabel repuso sonriendo:

—Sí, para conspirar.

Cogió a las niñas de la mano, y salió llevándolas consigo. Quedeme a solas con la pobre Concha, que anduvo lánguidamente hasta sentarse en un sillón. Después suspiró, como otras veces, diciendo que se moría. Yo me acerqué festivo, y ella se indignó:

—¡Ríete!… Haces bien; déjame sola; vete con Isabel…

Alcé una de sus manos y cerré los ojos, besándole los dedos reunidos en un haz oloroso, rosado y pálido.

—¡Concha, no me hagas sufrir!…

Ella agitó los párpados llenos de lágrimas, y murmuró en voz baja y arrepentida:

—¿Por qué quieres dejarme sola?… Ya comprendo que tú no tienes la culpa… ¡Es ella, que sigue loca, y que te busca!…

Sequé sus lágrimas, y le dije:

—No hay más locura que la tuya, mi pobre Concha… Pero como es tan bella, no quisiera verla nunca curada…

—Yo no estoy loca.

—Sí que estás loca… Loca por mí.

Ella repitió con gentil enojo:

—¡No! ¡No! ¡No!…

—Sí.

—Vanidoso.

—Pues entonces, ¿para qué quieres tenerme a tu lado?

Concha me echó los brazos al cuello y exclamó riendo, después de besarme:

—¡La verdad es que si tanto te envaneces de mi cariño, será porque vale mucho!

—¡Muchísimo!

Concha pasó sus manos por mis cabellos con una caricia lenta.

—Déjalas ir Xavier… Ya ves que te prefiero a mis hijas…

Yo, como un niño abandonado y sumiso, apoyé la frente sobre su pecho, y entorné los párpados, respirando con anhelo delicioso y triste aquel perfume de flor que se deshojaba.

—Haré cuanto tú quieras, Concha… ¿No lo sabes?

Concha murmuró, mirándome en los ojos y bajando la voz:

—¿Entonces no irás a Lantañón?

—No.

—¿Te contraría?

—No… Lo siento por las niñas, que estaban consentidas.

—Pueden ir ellas con Isabel… Las acompaña el mayordomo.

En aquel momento, un aguacero repentino azotó los cristales y los follajes del jardín. Las nubes oscurecieron el sol. Quedó la tarde en esa luz otoñal y triste que parece llena de alma. María Fernanda entró muy afligida:

—¿Has visto qué mala suerte tenemos, Xavier? ¡Ya está lloviendo!

Después entró María Isabel:

—¿Si escampa nos dejas ir, mamá?

Concha respondió:

—Escampando, sí.

Y las dos niñas fueron a enterrarse en el fondo de una ventana: con la cara pegada a los cristales miraban llover. Las nubes pesadas y plomizas iban a congregarse sobre la Sierra de Céltigos, en un horizonte de agua. Los pastores, dando voces a sus rebaños, bajaban presurosos por los caminos, encapuchados en sus capas de juncos. El arco iris cubría el jardín, y los cipreses oscuros, y los mirtos verdes y húmedos, parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Candelaria, con la falda recogida y chocleando las madreñas, andaba encorvada bajo un gran paraguas azul, cogiendo rosas para el altar de la capilla.

LA capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba un escudo de dieciséis cuarteles, esmaltado de gules y de azur, de sable y de sinople, de oro y de plata. Era el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al Capitán Alonso Bendaña, fundador del Mayorazgo de Brandeso: ¡Aquel Capitán que en los Nobiliarios de Galicia tiene una leyenda bárbara! Cuentan que habiendo hecho prisionero en una cacería a su enemigo el Abad de Mos, le vistió con pieles de lobo y le soltó en el monte, donde el Abad murió atarazado por los perros.

Candelaria, la niñera de Concha que, como todos los criados antiguos, sabía historias y genealogías de la Casa de sus señores, solía, en otro tiempo, referirnos la leyenda del Capitán Alonso Bendaña, como la refieren los viejos Nobiliarios que ya nadie lee. Además, Candelaria, sabía que dos enanos negros se habían llevado al infierno el cuerpo del Capitán. ¡Era tradicional que en el linaje de Brandeso, los hombres fuesen crueles y las mujeres piadosas!

Yo aún recuerdo aquel tiempo, cuando había Capellán en el Palacio, y mi tía Águeda, siguiendo añeja e hidalga costumbre, oía misa, acompañada por todas sus hijas, desde la tribuna señorial que estaba al lado del Evangelio. En la tribuna tenían un escaño de velludo carmesí, con alto respaldar, que coronaban dos escudos nobiliarios, pero solamente mi tía Águeda, por su edad y por sus achaques, gozaba el privilegio de sentarse. A la derecha del altar estaba enterrado el Capitán Alonso Bendaña con otros caballeros de su linaje: el sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. A la izquierda estaba enterrada

Doña Beatriz de Montenegro, con otras damas de distinto abolengo: el sepulcro tenía la estatua orante de una religiosa en hábito blanco como las Comendadoras de Santiago. La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes: los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: su túnica de seda, bordada de oro, brillaba con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero, como si se afanase por volar hacia el Santo.

Concha quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde a los pies del Rey Mago, los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de las niñas, se arrodilló ante el altar. Yo, desde la tribuna, solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarias; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración. Concha se levantó besando el rosario, cruzó el presbiterio santiguándose y llamó a sus hijas para rezar ante el sepulcro del guerrero, donde también estaba enterrado Don Miguel Bendaña. Aquel señor de Brandeso era el abuelo de Concha. Hallábase moribundo cuando mi madre me llevó por primera vez al Palacio. Don Miguel Bendaña había sido un caballero déspota y hospitalario, fiel a la tradición hidalga y campesina de todo su linaje. Enhiesto como un lanzón, pasó por el mundo sin sentarse en el festín de los plebeyos. ¡Hermosa y noble locura! A los ochenta años, cuando murió, aún tenía el alma soberbia, gallarda y bien templada, como los gavilanes de una espada antigua. Estuvo cinco días agonizando, sin querer confesarse. Mi madre aseguraba que no había visto nada semejante. Aquel hidalgo era hereje. Una noche, poco después de su muerte, oí contar en voz baja que Don Miguel Bendaña había matado a un criado suyo. ¡Bien hacía Concha rezándole por el alma!

La tarde agonizaba, y las oraciones resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondas, tristes y augustas, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar: sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya solo distinguí una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio: era Concha: sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde el viento mecía la cortina de un alto ventanal: yo entonces veía en el cielo ya oscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural, como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos…

Concha cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio, y columbré que se arrodillaban a los lados de su madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos de Concha, que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio, su voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje, y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes y nazarenas. Concha leía.

ERA media noche. Yo estaba escribiendo cuando Concha, envuelta en su ropón monacal y sin ruido, entró en el salón que me servía de alcoba.

—¿A quién escribes?

—Al secretario de Doña Margarita.

—¿Y qué le dices?

—Le doy cuenta de la ofrenda que hice al Apóstol en nombre de la Reina.

Hubo un momento de silencio. Concha, que permanecía en pie, apoyadas las manos en mis hombros, se inclinó, rozándome la frente con sus cabellos.

—¿Escribes al secretario, o escribes a la Reina?

Me volví con fría lentitud.

—Escribo al secretario. ¿También tienes celos de la Señora?

Protestó vivamente:

—¡No! ¡No!

La senté en mis rodillas, y le dije, acariciándola:

—Doña Margarita no es como la otra…

—A la otra también la calumnian mucho. Mi madre, que fue dama de honor, lo decía siempre.

Viéndome sonreír, la pobre Concha inclinó los ojos con adorable rubor:

—Los hombres creéis todo lo malo que se dice de las mujeres… ¡Además, una reina tiene tantos enemigos!

Y como la sonrisa aún no había desaparecido de mis labios, exclamó retorciéndome los negros mostachos con sus dedos pálidos:

—¡Boca perversa!

Se puso en pie con ánimo de irse. Yo la retuve por una mano.

—Quédate, Concha.

—¡Ya sabes que no puede ser, Xavier!
Yo repetí:
—Quédate.
—¡No! ¡No!… Mañana quiero confesarme… ¡Temo tanto ofender a Dios!
Entonces, levantándome con helada y desdeñosa cortesía, le dije:
—¿De manera que ya tengo un rival?
La pobre Concha me miró con ojos suplicantes:
—¡No me hagas sufrir, Xavier!
—No te haré sufrir… Mañana mismo saldré del Palacio.
Ella exclamó llorosa y colérica:
—¡No saldrás!
Y casi se arrancó la túnica blanca y monacal con que solía visitarme en tales horas. Quedó desnuda. Temblaba, y le tendí los brazos:
—¡Pobre amor mío!
A través de las lágrimas, me miró demudada y pálida:
—¡Qué cruel eres!… Ya no podré confesarme mañana.
La besé, y le dije por consolarla:
—Nos confesaremos los dos el día que yo me vaya.
Vi pasar una sonrisa por sus ojos:
—Si esperas conquistar tu libertad con esa promesa, no lo consigues.
—¿Por qué?
—Porque eres mi prisionero para toda la vida.
Y se reía, rodeándome el cuello con los brazos. El nudo de sus cabellos se deshizo, y levantando entre las manos albas, la onda negra, perfumada y sombría, me azotó con ella. Suspiré parpadeando:
—¡Es el azote de Dios!
—¡Calla, hereje!
—¿Te acuerdas cómo en otro tiempo me quedaba exánime?
—Me acuerdo de todas tus locuras.
—¡Azótame Concha!… ¡Azótame como a un divino Nazareno!… ¡Azótame hasta morir!…
—¡Calla!… ¡Calla!…
Y con los ojos extraviados, y temblándole las manos, empezó a recogerse la negra y olorosa trenza.
—Me das miedo cuando dices esas impiedades… Sí, miedo, porque no eres tú quien habla: es Satanás… Hasta tu voz parece otra… ¡Es Satanás!…

Cerró los ojos estremecida, y mis brazos la abrigaron amantes. Me pareció que en sus labios vagaba un rezo, y murmuré riéndome, al mismo tiempo que sellaba en ellos con los míos:

—¡Amén!… ¡Amén!… ¡Amén!…

Quedamos en silencio. Después su boca gimió bajo mi boca:

—¡Yo muero!

Su cuerpo, aprisionado en mis brazos, tembló como sacudido por mortal aleteo. Su cabeza lívida rodó sobre la almohada con desmayo. Sus párpados se entreabrieron tardos, y bajo mis ojos, vi aparecer sus ojos angustiados y sin luz:

—¡Concha!… ¡Concha!

Como si huyese el beso de mi boca, su boca pálida y fría se torció con una mueca cruel.

—¡Concha!… ¡Concha!

Me incorporé sobre la almohada, y helado y prudente solté sus manos, aún enlazadas en torno de mi cuello. Parecían de cera. Permanecí indeciso, sin osar moverme.

—¡Concha!… ¡Concha!…

A lo lejos aullaban canes. Sin ruido me deslicé hasta el suelo. Cogí la luz, y contemplé aquel rostro ya deshecho, y mi mano trémula tocó aquella frente. El frío y el reposo de la muerte me aterraron.

—¡Concha!… ¡Concha!

No; ya no podía responderme. Pensé huir, y cauteloso abrí una ventana. Miré en la oscuridad con el cabello erizado, mientras en el fondo de la alcoba flameaban los cortinajes de mi lecho, y oscilaba la llama de las bujías en el candelabro de plata. Los perros seguían aullando muy distantes, en alguna aldea, y el viento se quejaba en el laberinto como un alma, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas.

DEJÉ abierta la ventana, y andando sin ruido, como si temiese que mis pisadas despertasen pálidos espectros, me acerqué a la puerta que momentos antes habían cerrado trémulas de pasión, aquellas manos ahora yertas. Receloso tendí la vista por el negro corredor, y me aventuré en las tinieblas. Todo parecía dormir en el Palacio. Anduve a tientas palpando el muro con las

manos. Era tan leve el rumor de mis pisadas que casi no se oía, pero mi mente fingíales medrosas resonancias. Allá lejos, en el fondo de la antesala, temblaba con agonizante resplandor la lámpara que día y noche alumbraba ante la imagen de Jesús Nazareno, y la santa faz, desmelenada y lívida, me infundió miedo, más miedo que la faz mortal de Concha. Llegué temblando hasta el umbral de su alcoba, y me detuve allí. No llegué a entrar. En el testero del corredor una raya de luz, marcaba sobre la negra oscuridad del suelo, la puerta de la alcoba donde dormía mi prima Isabel. Temí verla aparecer despavorida, sobresaltada por el rumor de mis pasos, y temí que sus gritos pusiesen en alarma todo el Palacio. Entonces resolví entrar a donde ella estaba y contárselo todo. Abrí la puerta sin ruido, y desde el umbral, apagando la voz, llamé:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

Me había detenido y esperé. Nada turbó el silencio. Di algunos pasos, y llamé nuevamente:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

Tampoco respondió. Mi voz desvanecíase por la vasta estancia como amedrentada de sonar. Isabel dormía. Al escaso reflejo de la luz que parpadeaba en un vaso de cristal, mis ojos distinguieron hacia el fondo nebuloso de la estancia, un lecho de madera lustrosa con destellos de bronce, y en medio del silencio, levantábase y decrecía con ritmo acompasado y lento la respiración de mi prima Isabel. Bajo la colcha de damasco, aparecía el cuerpo en una indecisión suave, y su cabellera deshecha era sobre las almohadas blancas un velo de sombra.

Volví a llamar:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

Había llegado hasta su cabecera, y mis manos se posaron al azar, sobre los hombros tibios y desnudos de mi prima. Sentí un estremecimiento en todo mi ser. Con la voz embargada, grité:

—¡Isabel!… ¡Isabel!…

Isabel se incorporó, extendiendo los brazos con sobresalto:

—¡No grites, que puede oír Concha!…

Mis ojos se llenaron de lágrimas, y murmuré inclinándome:

—¡La pobre Concha ya no puede oírnos!

Un rizo de mi prima Isabel me rozaba los labios, suave y tentador. Creo que lo besé. Yo soy un santo que ama, siempre que está triste. La pobre Concha me lo habrá perdonado allá en el cielo. Ella aquí en la tierra ya sabía mi flaqueza.

Isabel murmuró sofocada:

—¡Si sospecho esto, echo el cerrojo!

—¿Adónde?

—¡A la puerta, bandolero!… ¡A la puerta!

No quise contrariar las sospechas de mi prima Isabel. ¡Hubiera sido tan doloroso y tan poco galante desmentirla! Era Isabel muy piadosa, y el saber que me había calumniado la hubiera hecho sufrir inmensamente. ¡Ay!… ¡Todos los Santos Patriarcas, todos los Santos Padres, todos los Santos Monjes pudieran triunfar del pecado más fácilmente que yo! Aquellas hermosas mujeres que iban a tentarles no eran sus primas. ¡El destino tiene burlas crueles! Cuando a mí me sonríe, lo hace siempre como entonces, con la mueca macabra de esos enanos patizambos que a la luz de la luna, hacen cabriolas sobre las chimeneas de los viejos castillos…

Isabel murmuró, sofocada por los besos:

—¡Temo que se aparezca Concha!

Un estremecimiento de espanto recorrió mi cuerpo, pero Isabel debió pensar que era de amor.

¡Ella no supo jamás por qué yo había ido allí!

CUANDO volví a ver con mis ojos mortales la faz amarilla y desencajada de Concha; cuando volví a tocar con mis manos febriles sus manos yertas, el terror que sentí fue tanto, que comencé a rezar, y de nuevo me acudió la tentación de huir por aquella ventana abierta sobre el jardín misterioso y oscuro. El aire silencioso de la noche hacía flamear los cortinajes, y estremecía mis cabellos. En el cielo lívido empezaban a palidecer las estrellas, y en el candelabro de plata el viento había ido apagando las luces, y quedaba una sola. Los viejos cipreses que se erguían al pie de la ventana, inclinaban lentamente sus cimas mustias, y la luna pasaba entre ellos fugitiva y blanca como alma en pena. El canto lejano de un gallo se levantó en medio del silencio anunciando el amanecer. Yo me estremecí, y miré con horror el cuerpo inanimado de Concha tendido en mi lecho. Después, súbitamente recobrado, encendí todas las luces del candelabro y le coloqué en la puerta para que me alumbrase el corredor. Volví, y mis brazos estrecharon con pavura el pálido fantasma que había dormido en ellos

tantas veces. Salí con aquella fúnebre carga. En la puerta, una mano, que colgaba inerte, se abrasó en las luces, y derribó el candelabro. Caídas en el suelo las bujías siguieron alumbrando con llama agonizante y triste.

Un instante permanecí inmóvil, con el oído atento. Solo se oía el ulular del agua en la fuente del laberinto. Seguí adelante. Allá, en el fondo de la antesala, brillaba la lámpara del Nazareno, y tuve miedo de cruzar ante la imagen desmelenada y lívida. ¡Tuve miedo de aquella mirada muerta! Volví atrás.

Para llegar hasta la alcoba de Concha era forzoso dar vuelta a todo el Palacio, si no quería pasar por la antesala. No vacilé. Uno tras otro recorrí grandes salones y corredores tenebrosos. A veces, el claro de la luna llegaba hasta el fondo desierto de las estancias. Yo iba pasando como una sombra ante aquella larga sucesión de ventanas que solamente tenían cerradas las carcomidas vidrieras, las vidrieras negruzcas, con emplomados vidrios, llorosos y tristes. Al cruzar por delante de los espejos cerraba los ojos para no verme. Un sudor frío empañaba mi frente. A veces, la oscuridad de los salones era tan densa que me extraviaba en ellos, y tenía que caminar a la ventura, angustiado, yerto, sosteniendo el cuerpo de Concha en un solo brazo, y con el otro extendido para no tropezar. En una puerta, su trágica y ondulante cabellera quedó enredada. Palpé en la oscuridad para desprenderla. No pude. Enredábase más a cada instante. Mi mano asustada y torpe temblaba sobre ella, y la puerta se abría y se cerraba, rechinando largamente. Con espanto vi que rayaba el día. Me acometió un vértigo y tiré… El cuerpo de Concha parecía querer escaparse de mis brazos. Le oprimí con desesperada angustia. Bajo aquella frente atirantada y sombría, comenzaron a entreabrirse los párpados de cera. Yo cerré los ojos, y con el cuerpo de Concha aferrado en los brazos hui. Tuve que tirar brutalmente, hasta que se rompieron los queridos y olorosos cabellos…

Llegué hasta su alcoba, que estaba abierta. Allí la oscuridad era misteriosa, perfumada y tibia, como si guardase el secreto galante de nuestras citas. ¡Qué trágico secreto debía guardar entonces! Cauteloso y prudente, dejé el cuerpo de Concha tendido en su lecho, y me alejé sin ruido. En la puerta quedé irresoluto y suspirante. Dudaba si volver atrás para poner en aquellos labios helados el beso postrero: resistí la tentación. Fue como el escrúpulo de un místico. Temí que hubiese algo de sacrílego en aquella melancolía que entonces me embargaba. La tibia fragancia de su alcoba encendía en mí, como una tortura, la voluptuosa memoria de los sentidos. Ansié gustar las dulzuras de un ensueño casto, y no pude. También a los místicos las cosas más santas les sugestionaban, a veces, los

más extraños diabolismos.

Todavía hoy, el recuerdo de la muerta, es para mí de una tristeza depravada y sutil: me araña el corazón como un gato tísico de ojos lucientes. El corazón sangra y se retuerce, y dentro de mí ríe el diablo que sabe convertir todos los dolores en placer. El gato tísico de los ojos lucientes araña sobre el sepulcro de mis amores, y toca el salterio en las costillas del esqueleto. Es un músico rabioso que toca un *allegro* desesperado. Mis recuerdos, ¡glorias del alma perdidas!, son el acompañamiento de esa música lívida y ardiente, triste y cruel, a cuyo extraño son danza el fantasma lloroso de mis amores. ¡Pobre y blanco fantasma, los gusanos le han comido los ojos, y las lágrimas ruedan de las cuencas! Danza en medio del corro juvenil de los recuerdos, no posa en el suelo, flota en una onda de perfume. ¡Aquella esencia que Concha vertía en sus cabellos y que la sobrevive!

¡Pobre Concha! No podía dejar de su paso por el mundo más que una estela de aromas, algo que recordase sus elegancias mundanas y nuestros amores. ¿Pero acaso la más blanca y casta de las amantes ha sido nunca otra cosa que un pomo de divino esmalte, lleno de afroditas y nupciales esencias?

MARÍA Isabel y María Fernanda anunciáronse primero llamando en la puerta con sus manos infantiles. Después alzaron sus voces frescas y cristalinas:

—¿Podemos pasar, Xavier?

—Adelante, hijas mías.

Era ya muy entrada la mañana, y llegaban en nombre de Isabel a preguntarme cómo había pasado la noche. ¡Gentil pregunta, que levantó en mi alma un remordimiento! Las niñas me rodearon en el hueco del balcón que daba sobre el jardín. Las ramas verdes y foscas de un abeto rozaban los cristales llorosos y tristes. Bajo el viento de la sierra, el abeto sentía estremecimientos de frío, y sus ramas verdes rozaban los cristales como un llamamiento del jardín viejo y umbrío que suspiraba por los juegos de las niñas. Casi al ras de la tierra, en el fondo del laberinto, revoloteaba un bando de palomas, y del cielo azul y frío descendía un milano de luengas alas negras…

Las niñas exclamaron suplicantes:

—¡Mátalo, Xavier!… ¡Mátalo!…

Fui por la escopeta, que dormía cubierta de polvo en un ángulo de la estancia, y volví al balcón.

En aquel momento el milano caía sobre el bando de palomas que volaba azorado. Echeme la escopeta a la cara, y cuando se abrió un claro tiré. Algunos perros ladraron en los agros cercanos. Las palomas arremolináronse entre el humo de la pólvora. El milano caía volitando, y las niñas bajaron presurosas y le trajeron cogido por las alas. Entre el plumaje del pecho brotaba viva la sangre… Con el milano en triunfo se alejaron. Yo les dije:

—¿Adónde vais?

Ellas, desde la puerta, se volvieron sonrientes y felices.

—¡Verás qué susto le damos a mamá cuando se despierte!…

No osé detenerlas, y quedé solo con el alma cubierta de tristeza. ¡Qué amarga espera! ¡Y qué mortal instante aquel de la mañana alegre, vestida de luz, cuando en el fondo del Palacio se levantaron gemidos inocentes, ayes desesperados y lloros violentos!…

Yo sentía una angustia desesperada y sorda enfrente de aquel mudo y frío fantasma de la muerte que segaba los sueños en los jardines de mi alma. ¡Los hermosos sueños que encanta el amor! Yo sentía una extraña tristeza como si el crepúsculo cayese sobre mi vida, y mi vida, semejante a un triste día de invierno, se acabase para volver a empezar con un amanecer sin sol. ¡La pobre Concha había muerto! ¡Había muerto aquella flor de ensueño a quien todas mis palabras la parecían bellas! ¡Aquella flor de ensueño a quien todos mis gestos le parecían soberanos! ¿Volvería a encontrar otra pálida princesa, de tristes ojos encantados, que me admirasen siempre magnífico? Ante esta duda, lloré. ¡Lloré como un Dios antiguo al extinguirse su culto!…

SONATA DE INVIERNO

MEMORIAS DEL MARQUÉS DE BRADOMÍN

DEDICATORIA

… Para unos ojos tristes y aterciopelados…

COMO soy muy viejo, he visto morir a todas las mujeres por quienes en otro tiempo suspiré de amor: de una cerré los ojos, de otra tuve una triste carta de despedida, y las demás murieron siendo abuelas, cuando ya me tenían en olvido. Hoy, después de haber despertado amores muy grandes, vivo en la más triste y más adusta soledad del alma, y mis ojos se llenan de lágrimas cuando peino la nieve de mis cabellos. ¡Ay, suspiro recordando que otras veces los halagaron manos principescas! Fue mi paso por la vida como potente florecimiento de todas las pasiones: uno a uno, mis días se caldeaban en la gran hoguera del amor. Las almas más blancas me dieron entonces su ternura y lloraron mis crueldades y mis desvíos, mientras los dedos pálidos y ardientes deshojaban las margaritas que guardan el secreto de los corazones. Por guardar eternamente un secreto, que yo temblaba de adivinar, buscó la muerte aquella niña a quien lloraré todos los días de mi vejez. ¡Ya habían blanqueado mis cabellos cuando inspiré amor tan funesto!

Yo acababa de llegar a Estella, donde el Rey tenía su corte. Sentíame cansado de mi larga peregrinación por el mundo. Comenzaba a sentir algo hasta entonces desconocido en mi vida alegre y aventurera, una vida llena de riesgos y de azares, como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Yo sentía un acabamiento de todas las ilusiones, un profundo desengaño de todas las cosas. Era el primer frío de la vejez, más triste que el de la muerte. ¡Llegaba cuando aún sostenía sobre mis hombros la capa de Almaviva, y llevaba en la cabeza el yelmo de Mambrino! Había sonado para mí la hora en que se apagan los ardores de la sangre, y en que las pasiones del amor, del orgullo y de la cólera, las pasiones nobles y sagradas que animaron a los dioses antiguos, se hacen esclavas de la razón. Yo estaba en ese declinar de la vida, edad propicia para todas las ambiciones y más fuerte que la juventud misma, cuando se ha renunciado al

amor de las mujeres.

¡Ay, por qué no supe hacerlo!

LLEGUÉ a la corte de Estella, huyendo y disfrazado con los hábitos que un monje francés ahorcara en la cocina de una granja, para echarse al campo por Don Carlos VII. Las campanas de San Juan tocaban anunciando la misa del Rey, y quise oírla todavía con el polvo del camino, en acción de gracias por haber salvado la vida. Entré en la iglesia cuando ya el sacerdote estaba en el altar. La luz vacilante de una lámpara caía sobre las gradas del presbiterio donde se agrupaba el cortejo. Entre aquellos bultos oscuros, sin contorno ni faz, mis ojos solo pudieron distinguir la figura prócer del Señor, que se destacaba en medio de su séquito, admirable de gallardía y de nobleza, como un rey de los antiguos tiempos. La arrogancia y brío de su persona, parecía reclamar una rica armadura cincelada por milanés orfebre, y un palafrén guerrero paramentado de malla. Su vivo y aguileño mirar hubiera fulgurado magnífico, bajo la visera del casco, adornado por crestada corona y largos lambrequines. Don Carlos de Borbón y de Este es el único príncipe soberano que podría arrastrar dignamente el manto de armiño, y empuñar el cetro de oro, y ceñir la corona recamada de pedrería, con que se representa a los reyes en los viejos códices. Terminada la misa, un fraile subió al púlpito, y en su lengua vascongada predicó la guerra santa a los tercios vizcaínos que, acabados de llegar, daban por primera vez escolta al Rey. Yo sentíame conmovido: aquellas palabras ásperas, firmes, llenas de aristas como las armas de la edad de piedra, me causaban impresión indefinible: tenían una sonoridad antigua: eran primitivas y augustas, como los surcos del arado en la tierra, cuando cae en ellos la simiente del trigo y del maíz. Sin comprenderlas, yo las sentía leales, veraces, adustas, severas. Don Carlos las escuchaba en pie, rodeado de su séquito, vuelto el rostro hacia el fraile predicador. Doña Margarita y sus damas permanecían arrodilladas. Entonces pude reconocer algunos rostros. Recuerdo que aquella mañana formaban el cortejo real los Príncipes de Caserta; el Mariscal Valdespina; la Condesa María Antonieta Volfani, dama de Doña Margarita; el Marqués de Lantana, título de Nápoles; el Barón de Valatié, legitimista francés; el Brigadier Adelantado, y mi tío Don Juan Manuel Montenegro. Yo, temeroso de ser reconocido, permanecí

arrodillado a la sombra de un pilar, hasta que, terminada la plática del fraile, los Reyes salieron de la iglesia. Al lado de Doña Margarita caminaba una dama de aventajado talle, cubierta con negro velo que casi le arrastraba: pasó cercana, y sin poder verla, adiviné la mirada de sus ojos que me reconocían bajo mi disfraz de cartujo. Un momento quise darme cuenta de quién era aquella dama, pero el recuerdo huyó antes de precisarse: como una ráfaga vino y se fue, semejante a esas luces que de noche se encienden y se apagan a lo largo de los caminos.

Cuando la iglesia quedó desierta, me dirigí a la sacristía. Dos clérigos viejos conversaban en un rincón, bajo tenue rayo de sol, y un sacristán, todavía más viejo, soplaba la brasa del incensario enfrente de una ventana alta y enrejada. Me detuve en la puerta. Los clérigos no hicieron atención, pero el sacristán, clavándome los ojos encendidos, me interrogó adusto:

—¿Viene a decir misa el reverendo?

—Vengo tan solo en busca de mi amigo Fray Ambrosio Alarcón.

—Fray Ambrosio aún tardará.

Uno de los clérigos intervino:

—Si tiene prisa por verle, con seguridad le halla paseando al abrigo de la iglesia.

En aquel momento llamaron en la puerta por la parte de la calle, y el sacristán acudió a descorrer el cerrojo. El otro clérigo que hasta entonces había guardado silencio, murmuró:

—Paréceme que le tenemos ahí.

Abrió el sacristán, y destacose en el hueco de la puerta la figura de aquel famoso fraile, que toda su vida aplicó la misa por el alma de Zumalacárregui. Era un gigante de huesos y de pergamino, encorvado, con los ojos hondos y la cabeza siempre temblona, por efecto de un tajo que había recibido en el cuello, siendo soldado en la primera guerra.

El sacristán deteniéndole en la puerta le advirtió en voz baja:

—Ahí le busca un reverendo: debe venir de Roma.

Yo esperé. Fray Ambrosio me miró de alto a bajo sin reconocerme, pero ello no estorbó que amistoso y franco me pusiese una mano sobre el hombro:

—¿Es a Fray Ambrosio Alarcón a quien desea hablar? ¿No viene equivocado?

Yo, por toda respuesta, dejé caer la capucha. El viejo guerrillero me miró con risueña sorpresa. Después, volviéndose a los clérigos, exclamó:

—¡Este reverendo se llama en el mundo el Marqués de Bradomín!

TODOS me rodearon. Era preciso contar la historia de mi hábito monacal, y cómo había pasado la frontera y llegado a Estella. Fray Ambrosio reía jovial, mientras los clérigos me miraban por encima de los espejuelos, con un gesto indeciso en la boca desdentada. Tras ellos, bajo el rayo de sol que descendía por la angosta ventana, el sacristán escuchaba inmóvil, y cuando el exclaustrado me interrumpía, reconveníale adusto:

—¡Déjele que cuente hombre de Dios!

Pero Fray Ambrosio no quería dar por bueno que yo saliese de un monasterio adonde me hubiesen llevado los desengaños del mundo, y el arrepentimiento de mis muchas culpas. Más de una vez, mientras yo hablaba, volviérase a los clérigos murmurando:

—No le crean: es una donosa invención de nuestro ilustre Marqués.

Tuve que afirmarlo solemnemente para que no continuase mostrando sus dudas. Desde aquel punto, aparentó un profundo convencimiento, santiguándose en muestra de asombro:

—¡Bien dicen que vivir para ver! Sin tenerle por impío, jamás hubiera supuesto ese ánimo religioso en el señor Marqués de Bradomín.

Yo murmuré gravemente:

—El arrepentimiento, no llega con anuncio de clarines como la caballería.

En aquel momento oíase el toque de botasillas, y todos rieron. Después, uno de los clérigos me preguntó con amable ironía:

—¿Supongo que el arrepentimiento tampoco habrá llegado cauteloso como la serpiente?

Yo suspiré melancólico:

—Llegó mirándome al espejo, y viendo mis cabellos blancos.

Los dos clérigos cambiaron una sonrisa tan discreta, que desde luego los tuve por jesuitas. Yo crucé las manos sobre el escapulario de mi hábito, en actitud penitente, y volví a suspirar:

—¡Hoy la fatalidad de mi destino me arroja de nuevo en el mar del mundo! He conseguido dominar todas las pasiones menos el orgullo. Debajo del sayal me acordaba de mi marquesado.

Fray Ambrosio alzó los brazos y la voz, su grave voz que parecía templada

para las clásicas y conventuales burlas:

—El César Carlos V también se acordaba de su imperio en el Monasterio de Yuste.

Los clérigos sonreían apenas, con aquella sonrisa de catequizadores, y el sacristán, sentado bajo el rayo de sol que descendía por la angosta ventana, rezongaba:

—¡No, no le dejará que cuente!

Fray Ambrosio, luego de haber hablado, riose abundantemente, y aún quedaba en la bóveda de la sacristía la oscura e informe resonancia de aquella risa jocunda, cuando entró un seminarista pálido, que tenía la boca encendida como una doncella, en contraste con su lívido perfil de aguilucho, donde la nariz corva y la pupila redonda, velada por el párpado, llegaban a tener una expresión cruel. Fray Ambrosio le recibió inclinando el aventajado talle, con extremos de burla, y su cabeza siempre temblona pareció que iba a desprenderse de los hombros:

—¡Bienvenido ignorado y excelso capitán! Nuevo Epaminondas de quien, andando los siglos, narrará las hazañas otro Cornelio Nepote: saluda al señor Marqués de Bradomín.

El seminarista se quitó la boina negra, que juntamente con una sotana ya muy traída completaba el atavío de su gallarda persona, y poniéndose rojo me saludó. Fray Ambrosio asentándole una mano en el hombro, y sacudiéndole con rudo afecto, me dijo:

—Si este mozo consigue reunir cincuenta hombres, dará mucho que hablar. Será otro Don Ramón Cabrera. ¡Es valiente como un león!

El seminarista se hizo atrás, para libertarse de la mano que aún pesaba sobre su hombro, y clavándome los ojos de pájaro, dijo como si adivinase mi pensamiento y lo respondiese:

—Algunos creen que para ser un gran capitán no se necesita ser valiente, y acaso tengan razón. Quién sabe si con menos temeridad no hubiera sido más fecundo el genio militar de Don Ramón Cabrera.

Fray Ambrosio le miró desdeñosamente:

—Epaminondas, hijo mío, con menos temeridad hubiera cantado misa, como puede sucederte a ti.

El seminarista tuvo una sonrisa admirable:

—A mí no me sucederá, Fray Ambrosio.

Los dos clérigos, sentados delante del brasero, callaban y sonreían: el uno

extendía las manos temblonas sobre el rescoldo y el otro hojeaba su breviario. El sacristán entornaba los párpados dispuesto a seguir el ejemplo del gato que dormitaba en su sotana. Fray Ambrosio bajó instintivamente la voz:

—Tú hablas ciertas cosas porque eres un rapaz, y crees en las argucias con que disculpan su miedo algunos generales que debían ser obispos… Yo he visto muchas cosas: era profeso en un monasterio de Galicia cuando estalló la primera guerra, y colgué los hábitos, y combatí siete años en los ejércitos del Rey, y por mis hábitos te digo que para ser un gran capitán, hay primero que ser un gran soldado. Ríete de los que dicen que era cobarde Napoleón.

Los ojos del seminarista brillaron con el brillo del sol en el pavón negro de dos balas:

—Fray Ambrosio, si yo tuviese cien hombres los mandaría como soldado, pero si tuviese mil, solo mil, ya los mandaría como capitán. Con ellos aseguraría el triunfo de la Causa. En esta guerra no hacen falta grandes ejércitos. Con mil hombres, yo intentaría una expedición por todo el reino, como realizó hace treinta y cinco años Don Miguel Gómez, el más grande general de la pasada guerra.

Fray Ambrosio le interrumpió con autoritaria y desdeñosa burla:

—Ilustre e imberbe guerrero, ¿tú oíste hablar alguna vez de un tal Don Tomás Zumalacárregui? Ese ha sido el más grande general de la Causa. Si tuviésemos hoy un hombre parecido, era seguro el triunfo.

El seminarista guardó silencio, pero los dos clérigos mostráronse casi escandalizados: el uno dijo:

—Del triunfo no podemos dudar.

Y el otro:

—La justicia de la Causa, es el mejor general.

Yo añadí, sintiendo bajo mi sayal penitente aquel fuego que animara a San Bernardo cuando predicaba la Cruzada:

—¡El mejor general es la ayuda de Dios Nuestro Señor!

Hubo un murmullo de aprobación, ardiente como el de un rezo. El seminarista sonriose y continuó callado. A todo esto las campanas dejaron oír su grave son, y el viejo sacristán se levantó sacudiéndose la sotana donde el gato dormitaba. Entraron algunos clérigos que venían para cantar un entierro. El seminarista vistiose el roquete, y el sacristán vino a entregarle el incensario: el humo aromático llenaba el vasto recinto. Oíase el grave murmullo de las cascadas voces eclesiásticas que barboteaban quedo, mientras eran vestidas las

albas de lino, los roquetes rizados por las monjas, y las áureas capas pluviales que guardan en sus oros el perfume de la mirra quemada hace cien años. El seminarista entró en la iglesia haciendo sonar las cadenas del incensario, y los clérigos, ya revestidos, salieron detrás. Yo quedé solo con el exclaustrado que, abriendo los largos brazos, me estrechó contra su pecho, al mismo tiempo que murmuraba conmovido:

—¡El Marqués de Bradomín aún se acuerda de cuando le enseñaba latín en el Monasterio de Sobrado!

Y después, tras el introito de una tos, volviendo a cobrar su sonrisa de viejo teólogo, marrulló en voz baja, como si estuviese en el confesonario:

—¿Me perdonaría el ilustre prócer, si le dijese que no he creído el cuento con que nos regaló hace un momento?

—¿Qué cuento?

—El de la conversión. ¿Puede saberse la verdad?

—Donde nadie nos oiga, Fray Ambrosio.

Asintió con un grave gesto. Yo callé compadecido de aquel pobre fraile que prefería la historia a la leyenda, y se mostraba curioso de un relato menos interesante, menos ejemplar y menos bello que mi invención. ¡Oh, alada y riente mentira, cuándo será que los hombres se convenzan de la necesidad de tu triunfo! ¿Cuándo aprenderán que las almas donde solo existe la luz de la verdad, son almas tristes, torturadas, adustas, que hablan en el silencio con la muerte, y tienden sobre la vida una capa de ceniza? ¡Salve, risueña mentira, pájaro de luz que cantas como la esperanza! ¡Y vosotras, resecas Tebaidas, históricas ciudades llenas de soledad y de silencio, que parecéis muertas bajo la voz de las campanas, no la dejéis huir, como tantas cosas, por la rota muralla! Ella es el galanteo en las rejas, y el lustre en los carcomidos escusones, y los espejos en el río que pasa turbio bajo la arcada romana de los puentes: ella, como la confesión, consuela a las almas doloridas, las hace florecer, las vuelve la Gracia. ¡Cuidad que es también un don del cielo!…

¡Viejo pueblo del sol y de los toros, así conserves por los siglos de los siglos, tu genio mentiroso, hiperbólico, jacaresco, y por los siglos, te aduermas al son de la guitarra, consolado de tus grandes dolores, perdidas para siempre la sopa de los conventos y las Indias!

¡Amén!

FRAY Ambrosio tomó como empeño de honra el hospedarme, y fue preciso ceder al agasajo. Salió acompañándome y juntos atravesamos las calles de la ciudad leal, arca santa de la Causa. Había nevado, y al abrigo de las casas sombrías quedaba una estela inmaculada. De los negruzcos aleros goteaba, y en las angostas ventanas que se abrían debajo, asomaba de raro en raro, alguna vieja tocada con su mantilla, y miraba a la calle por ver si el tiempo clareaba, y salir a misa. Cruzamos ante un caserón flanqueado por altas tapias que dejaban asomar apenas los cipreses del huerto. Tenía gran escudo, rejas mohosas y claveada puerta que, por estar entornada, descubría en una media luz el zaguán con escaños lustrosos y gran farol de hierro. Fray Ambrosio me dijo:

—Aquí vive la Duquesa de Uclés.

Yo sonreí, adivinando la intención ladina del fraile:

—¿Se conserva siempre bella?

—Dicen que sí… Por mis ojos nada sé, pues va siempre cubierta con un velo.

No pude menos de suspirar:

—¡En otro tiempo fue gran amiga mía!

El fraile tuvo una tos socarrona:

—Ya estoy enterado.

—¿Secreto de confesión?

—Secreto a voces. Un pobre exclaustrado como yo, no tiene tan ilustres hijas espirituales.

Seguimos andando en silencio. Yo sin querer recordaba tiempos mejores, aquellos tiempos, cuando fui galán y poeta. Los días lejanos florecían en su memoria con el encanto de un cuento casi olvidado, que trae aroma de rosas marchitas, y una vieja armonía de versos: ¡Ay, eran las rosas y los versos de aquel buen tiempo, cuando mi bella aún era bailarina! Jaculatorias orientales donde la celebraba, y le decía que era su cuerpo airoso, como las palmeras del desierto, y que todas las gracias se agrupaban en torno de su falda, cantando y riendo, al son de cascabeles de oro. La verdad es que no había ponderación para su belleza: Carmen se llamaba, y era gentil, como ese nombre lleno de gracia andaluza, que en latín dice poesía, y en arábigo vergel. Al recordarla, recordé también los años que llevaba sin verla, y pensé que en otro tiempo mi hábito de fraile hubiera despertado sus risas de cristal. Casi inconscientemente, le dije a

Fray Ambrosio:

—¿La Duquesa vive siempre en Estella?

—Es dama de la Reina Doña Margarita… Pero jamás sale de su palacio si no es para oír misa.

—Tentaciones me vienen de volverme a verla.

—Tiempo hay para ello.

Habíamos llegado a Santa María, y tuvimos que entrarnos en el cancel de la iglesia, y dejar la calle a unos soldados de a caballo que subían en tropel: eran lanceros castellanos, que volvían de una guardia, fuera de la ciudad: entre el cálido coro de los clarines se levantaban encrespados los relinchos, y en el viejo empedrado de la calle, las herraduras resonaban valientes y marciales, con ese noble son que tienen en el romancero, las armas de los paladines. Desfilaron aquellos jinetes y continuamos nuestro camino. Fray Ambrosio me dijo:

—Estamos llegando.

Y señaló hacia el fondo de la calle, una casa pequeña, con carcomido balcón de madera, sustentado por columnas. Un galgo viejo que dormitaba en el umbral, gruñe al vernos llegar, y permanece echado. El zaguán es oscuro, lleno de ese olor que esparce la hierba en el pesebre, y el vaho del ganado. Subimos a tientas la escalera, que tiembla bajo nuestros pasos: Ya en lo alto, el exclaustrado llama tirando de la cadena que cuelga a un lado de la puerta, y allá dentro bailotea una esquila chueca. Se oyen pasos, y la voz del ama que refunfuña:

—¡Vaya una manera de llamar!… ¿Qué se ofrece?

Fray Ambrosio responde con breve imperio:

—¡Abre!

—¡Ave María!… ¡Cuánta prisa!

Y siguió oyéndose la voz refunfuñona del ama, mientras descorría el cerrojo. El fraile, a su vez murmuraba impaciente:

—¡Es inaguantable esta mujer!

Franqueada la puerta, el ama encrespose más:

—¡Cómo había de venir sin compañía! ¡Tiene tanto de sobra, que necesita traer todos los días quien le ayude a comérselo!

Fray Ambrosio, pálido de cólera, levantó los brazos escuetos, gigantescos, amenazadores: sobre la cabeza siempre temblona, bailoteaba las manos de rancio pergamino:

—¡Calla, lengua de escorpión!… Calla y aprende a tener respeto. ¿Sabes a quién has ofendido con tus infames palabras? ¿Lo sabes? ¿Sabes quién está

delante de ti?… Pide perdón al señor Marqués de Bradomín.

¡Oh insolencia de las barraganas! Al oír mi nombre aquella mujeruca no mostró ni arrepentimiento ni zozobra: me clavó los ojos hundidos, negros, brujos, como los tienen algunas viejas pintadas por Goya, y un poco incrédula se limitó a balbucir con el borde de los labios:

—Si es el caballero que dice, por muchos años lo sea. ¡Amén!

Se apartó para dejarnos paso. Todavía la oímos murmurar:

—¡Vaya un barro que traen en los pies! ¡Divino Jesús, cómo me han puesto los suelos!

Aquellos suelos limpios, encerados, lucientes, puros espejos donde ella se miraba, sus amores de vieja casera, acababan de ser bárbaramente profanados por nosotros. Me volví consternado, para alcanzar todo el horror de mi sacrilegio, y la mirada de odio que hallé en los ojos de la mujeruca fue tal, que sentí miedo. Todavía siguió rezongando:

—Si estuviesen matando petrolistas… Da dolor cómo me han puesto los suelos. ¡Qué entrañas!

Fray Ambrosio gritó desde la puerta de la sala:

—¡Silencio!… A servirnos pronto el chocolate.

Y su voz resonó como un bélico estampido en el silencio de la casa. Era la voz con que en otro tiempo mandaba a los hombres de su partida, y la única que les hacía temblar, pero aquella vieja tenía sin duda el ánimo isabelino, porque volviendo apenas el apergaminado gesto, murmuró más avinagrada que nunca:

—¡Pronto!… Pronto, será cuando se haga. ¡Ay, Jesús, dame paciencia!

Fray Ambrosio tosía con un eco cavernoso, y allá en el fondo de la casa continuaba oyéndose el marrullar confuso de la barragana, y en los momentos de silencio el latido de un reloj, como si fuese la pulsación de aquella casa de fraile, donde reinaba una vieja rodeada de gatos: ¡Tac-tac! ¡Tac-tac! Era un reloj de pared con el péndulo y las pesas al aire. La tos del fraile, el rosmar de la vieja y el soliloquio del reloj, me parecía que guardaban un ritmo quimérico y grotesco, aprendido en la canción de alguna bruja.

DESPOJEME del hábito monacal y quedé en hábito de zuavo pontificio. Fray Ambrosio me contempló con infantil deleite:

—¡Cuidado que es bizarro arreo!

—¿Usted no lo conocía?

—Solamente en pintura, por un retrato del Infante Don Alfonso.

Y curioso por saber mis aventuras, con la tonsurada cabeza temblando sobre los hombros, murmuró:

—¿En fin, puede saberse la historia del hábito?

Yo repuse con indiferencia:

—Un disfraz para no caer en manos del maldito cura.

—¿De Santa Cruz?

—Sí.

—Ahora tiene sus reales en Oyarzón.

—Y yo vengo de Ariamendi, donde estuve enfermo de calenturas, oculto en una casería.

—¡Válate Dios! ¿Y por qué le quiere mal el cura?

—Sabe que obtuve del Rey la orden para que le fusile Lizárraga.

Fray Ambrosio enderezó su encorvado talle de gigante:

—¡Mal hecho! ¡Mal hecho! ¡Mal hecho!

Yo repuse con imperio:

—El cura es un bandido.

—En la guerra son necesarios esos bandidos. ¡Pero claro, como esta no es guerra sino una farsa de masones!

No pude menos de sonreír, al mismo tiempo que repetía burlonamente:

—¿De masones?

—Sí, de masones: Dorregaray es masón.

—Pero quien quiere cazar a la fiera, quien ha jurado exterminarla, es Lizárraga.

—Un mal empeño de Don Antonio.

Y el fraile vino hacia mí, cogiéndose con las dos manos la cabeza temblona, como si temiese verla rodar de los hombros:

—Don Antonio se cree que la guerra se hace derramando agua bendita, en vez de sangre. Todo lo arregla con comuniones, y en la guerra si se comulga ha de ser con balas de plomo. Don Antonio es un frailuco como yo, qué digo, mucho más frailuco que yo, aun cuando no haya hecho los votos. ¡Los viejos que anduvimos en la otra guerra, y vemos esta, sentimos vergüenza, verdadera vergüenza!… Ya me ha dado la alferecía.

Se afirmó con más fuerza las manos sobre la cabeza, y sentose en el sillón

esperando el chocolate, porque ya sonaban en el corredor los pasos del ama, y el timbre de las jicaras y las copas en el metal de las bandejas. El ama entró ya mudado el gesto, mostrando la cara plácida y sonriente de esas viejas felices con los cuidados caseros, el rosario y la calceta:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios! El señor Marqués no se acordará de mí. Pues le he tenido en mi regazo. Yo soy hermana de Micaela la Galana. ¿Se acuerda de Micaela la Galana? Una doncella que tuvo muchos años su abuelita, mi dueña la Condesa.

Mirando a la vieja, murmuré casi conmovido:

—¡Ay, señora, si tampoco recuerdo a mi abuela!

—Una santa. ¡Quién estuviera como ella sentadita en el cielo, al lado de Nuestro Señor Jesucristo!

Dejó sobre el velador las dos bandejas del chocolate, y después de hablar al oído del fraile, se retiró. El chocolate humeaba con grato y apetitoso aroma: era el tradicional soconusco de los conventos, aquel que en otro tiempo enviaban como regalo a los abades, los señores visorreyes de las Indias. Mi antiguo maestro de Gramática aún hacía memoria de tanta bienandanza. ¡Oh, regalada holgura, eclesiástica opulencia, jocunda glotonería, siempre añorada, del Real e Imperial Monasterio de Sobrado! Fray Ambrosio, guardando el rito, masculló primero algunos latines, y luego embocó la jicara: cuando le dio fin, murmuró a guisa de sentencia, con la elegante concisión de un clásico, en el siglo de Augusto:

—¡Sabroso! No hay chocolate como el de esas benditas monjas de Santa Clara.

Suspiró satisfecho, y volvió al cuento pasado:

—¡Váleme Dios! Ha estado bien no decir la historia del disfraz allá en la sacristía. Los clérigos son acérrimos partidarios de Santa Cruz.

Quedó un momento meditando. Después bostezó largamente, y sobre la boca negra como la de un lobo, se hizo la señal de la cruz:

—¡Váleme Dios! ¿Y qué desea de este pobre exclaustrado el señor Marqués de Bradomín?

Yo murmuré con simulada indiferencia:

—Luego hablaremos de ello.

El fraile barboteó ladino:

—Tal vez no sea preciso… Pues, sí, señor, continúo ejerciendo oficios de capellán en casa de la señora Condesa de Volfani. La señora Condesa está buena,

aun cuando un poco triste… Precisamente esta es la hora de verla.

Yo hice un vago gesto, y saqué de la limosnera una onza de oro:

—Dejemos los negocios mundanos, Fray Ambrosio. Esa onza para una misa por haber salido con bien…

El fraile la guardó en silencio, y fuese después de ofrecerme su cama para que descabezase un sueño, y me repusiese del camino.

TODO el día estuvo lloviendo. En las breves escampadas, una luz triste y cenicienta amanecía sobre los montes que rodean la ciudad santa del carlismo, donde el rumor de la lluvia en los cristales, es un rumor familiar. De tiempo en tiempo, en medio de la tarde llena de tedio invernal, se alzaba el ardiente son de las cornetas, o el campaneo de unas monjas llamando a la novena. Tenía que presentarme al Rey, y salí cuando aún no había vuelto Fray Ambrosio. Un velo de niebla ondulaba en las ráfagas del aire: dos soldados cruzaban por el centro de la plaza, con el andar abatido y los ponchos chorreando agua: se oía la canturía monótona de los niños de una escuela. La tarde lívida daba mayor tristeza al vano de la plaza encharcada, desierta, sepulcral. Me perdí varias veces en las calles, donde solo hallé una beata a quien preguntar el camino: anochecido ya, llegué a la Casa del Rey.

—Pronto ahorcaste los hábitos, Bradomín.

Tales fueron las palabras con que me recibió Don Carlos. Yo respondí, procurando que solo el Rey me oyese:

—Señor, se me enredaban al andar.

El Rey murmuró en el mismo tono:

—También a mí se me enredan… Pero yo, desgraciadamente, no puedo ahorcarlos.

Me atreví a responder:

—Vos debíais fusilarlos, Señor.

El Rey sonriose, y me llevó al hueco de una ventana:

—Conozco que has hablado con Cabrera: esas ideas son suyas. Cabrera, ya habrás visto, se declara enemigo del partido ultramontano y de los curas facciosos. Hace mal, porque ahora son un poderoso auxiliar. Créeme, sin ellos no sería posible la guerra.

—Señor, ya sabéis que el general tampoco es partidario de la guerra.

El Rey guardó un momento silencio:

—Ya lo sé. Cabrera imagina que hubieran dado mejor fruto los trabajos silenciosos de las Juntas. Creo que se equivoca… Por lo demás, yo tampoco soy amigo de los curas facciosos. A ti ya te dije eso mismo en otra ocasión, cuando me hablaste de que era preciso fusilar a Santa Cruz. Si durante algún tiempo me opuse a que se le formase consejo de guerra, fue para evitar que se reuniesen las tropas republicanas, ocupadas en perseguirle, y se nos viniesen encima. Ya has visto cómo sucedió así. El cura ahora nos cuesta la pérdida de Tolosa.

El Rey hizo otra pausa, y recorrió con la mirada la estancia, un salón oscuro, entarimado de nogal, con las paredes cubiertas de armas y de banderas, las banderas ganadas en la guerra de los siete años por aquellos viejos generales de memoria ya legendaria: allá en un extremo conversaban en voz baja, el Obispo de Urgel, Don Carlos Calderón, y Don Diego Villadarias. El Rey sonrió levemente, con una sonrisa de triste indulgencia, que yo nunca había visto en sus labios:

—Ya están celosos de que hable contigo, Bradomín. Sin duda no eres persona grata al Obispo de Urgel.

—¿Por qué lo decís, Señor?

—Por las miradas que te dirige: ve a besarle el anillo.

Ya me retiraba para obedecer aquella orden, cuando el Rey, en alta voz de suerte que todos le oyesen, me advirtió:

—Bradomín, no olvides que comes conmigo.

Yo me incliné profundamente:

—Gracias, Señor.

Y llegué al grupo donde estaba el Obispo. Al acercarme, habíase hecho el silencio. Su Ilustrísima, me recibió con fría amabilidad:

—Bienvenido, señor Marqués.

Yo repuse con señoril condescendencia, como si fuese un capellán de mi Casa el Obispo de la Seo de Urgel:

—¡Bien hallado, Ilustrísimo Señor!

Y con una reverencia más cortesana que piadosa, besé la pastoral amatista. Su Ilustrísima, que tenía el ánimo altivo de aquellos obispos feudales que llevaban ceñidas las armas bajo el capisayo, frunció el ceño, y quiso castigarme con una homilía:

—Señor Marqués de Bradomín, acabo de saber una burda fábula urdida esta

mañana, para mofarse de dos pobres clérigos llenos de inocente credulidad, escarneciendo al mismo tiempo el sayal penitente, no respetando la santidad del lugar, pues fue en San Juan de Estella.

Yo interrumpí:

—En la sacristía, señor Obispo.

Su Ilustrísima, que estaba ya escaso de aliento, hizo una pausa, y respiró:

—Me habían dicho que en la iglesia… Pero aun cuando haya sido en la sacristía, esa historia es como una burla de la vida de ciertos santos, señor Marqués. Si, como supongo, el hábito no era un disfraz carnavalesco, en llevarlo no había profanación. ¡Pero la historia contada a los clérigos es una burla digna del impío Voltaire!

El prelado iba, sin duda, a discurrir sobre los hombres de la enciclopedia y la revolución francesa. Yo, viéndole en aquel paso, temblé arrepentido:

—Reconozco mi culpa, y estoy dispuesto a cumplir la penitencia que se digne imponerme Su Ilustrísima.

Viendo el triunfo de su elocuencia, el santo varón ya sonrió benévolo:

—Querido Marqués, la penitencia la haremos juntos.

Yo le miré sin comprender. El prelado, apoyando en mi hombro una mano blanca, llena de hoyos, se dignó esclarecer su ironía:

—Los dos comemos en la mesa del Rey, y en ella el ayuno es forzoso. Don Carlos tiene la sobriedad de un soldado.

Yo respondí:

—El Bearnés, su abuelo, soñaba con que cada uno de sus súbditos pudiese sacrificar una gallina. Don Carlos, comprendiendo que es una quimera de poeta, prefiere ayunar con todos sus vasallos.

El Obispo me interrumpió:

—Marqués, no comencemos las burlas. ¡El Rey también es sagrado!

Yo me llevé la diestra al corazón:

—Aun cuando quisiera olvidarlo, no podría, pues está aquí su altar.

Y me despedí, porque tenía que presentar mis respetos a Doña Margarita.

AL entrar en la saleta, donde la Señora y sus damas bordaban escapularios para los soldados, sentí en el alma una emoción a la vez religiosa y

galante. Comprendí entonces todo el ingenuo sentimiento que hay en los libros de caballerías, y aquel culto por la belleza y las lágrimas femeniles que hacía palpitar bajo la cota, el corazón de Tirante el Blanco. Me sentí más que nunca, caballero de la Causa: como una gracia, deseé morir por aquella dama que tenía las manos como lirios, y el aroma de una leyenda en su nombre de princesa pálida, santa, lejana. Era una lealtad de otros siglos, la que inspiraba Doña Margarita. Me recibió con una sonrisa de noble y melancólico encanto:

—No te ofendas si continúo bordando este escapulario, Bradomín. A ti te recibo como a un antiguo amigo.

Y dejando un momento la aguja clavada en el bordado, me alargó su mano que besé con profundo respeto. La Reina continuó:

—Me han dicho que estuviste enfermo. Te hallo un poco más pálido. Tú me parece que eres de los que no se cuidan, y eso no está bien. Ya que no por ti, hazlo por el Rey que tanto necesita servidores leales como tú. Estamos rodeados de traidores, Bradomín.

Doña Margarita calló un momento. Al pronunciar las últimas palabras, habíase empañado su voz de plata, y creí que iba a romperse en un sollozo. Acaso haya sido ilusión mía, pero me pareció que sus ojos de madona, bellos y castos, estaban arrasados de lágrimas: la Señora, en aquel momento, inclinaba su cabeza sobre el escapulario que bordaba, y no puedo asegurarlo. Pasó así algún tiempo. La Reina suspiró alzando la frente que parecía de una blancura lunar, bajo las dos conchas en que partía sus cabellos:

—Bradomín, es preciso que vosotros los leales, salvéis al Rey.

Yo repuse conmovido:

—Señora, dispuesto estoy a dar toda mi sangre, porque pueda ceñirse la corona de sus abuelos.

La reina me miró con una noble emoción:

—¡Mal has entendido mis palabras! No es su corona, lo que yo te pido que defiendas, sino su vida… ¡Que no se diga

Je los caballeros españoles, que habéis ido a lejanas tierras en busca de una princesa, para vestirla de luto! Bradomín, vuelvo a decírtelo, estamos rodeados de traidores.

La Reina calló. Se oía el rumor de la lluvia en los cristales, y el toque lejano de las cornetas. Las damas que hacían corte a la Señora eran tres: Doña Juana Pacheco, Doña Manuela Ozores y María Antonieta Volfani, que acompañándola había venido a España: yo sentía sobre mí el amoroso imán de sus ojos, desde

que había entrado en la saleta: aprovechando el silencio se levantó, y vino al lado de Doña Margarita:

—¿La Señora quiere que vaya en busca de los Príncipes?

La Reina interrogó:

—¿Ya habrán terminado sus lecciones?

—Es la hora.

—Pues entonces ve por ellos: así los conocerá el Marqués.

Me incliné ante la Señora, y aprovechando la ocasión hice también mis saludos a María Antonieta: ella, muy dueña de sí, respondiome con palabras insignificantes que ya no recuerdo, pero la mirada de sus ojos negros y ardientes fue tal, que hizo latir mi corazón como a los veinte años. Salió, y dijo la Señora:

—Me tiene preocupada María Antonieta. Desde hace algún tiempo la encuentro triste y temo que tenga la enfermedad de sus hermanas: las dos murieron tísicas… ¡Luego la pobre es tan poco feliz con su marido!

La Reina clavó la aguja en el acerico de damasco rojo, que había en su costurero de plata, y sonriendo me mostró el escapulario:

—¡Ya está! Es un regalo que te hago, Bradomín.

Yo me acerqué para recibirlo de sus manos reales. La Señora, me lo entregó diciendo:

—¡Que aleje siempre de ti las balas enemigas!

Doña Juana Pacheco, y Doña Manuela Ozores, rancias damas que acordaban la guerra de los siete años, murmuraron:

—¡Amén!

Hubo otro silencio. De pronto los ojos de la Reina se iluminaron con amorosa alegría: era que entraban sus dos hijos mayores, conducidos por María Antonieta. Desde la puerta corrieron hacia ella, colgándosele del cuello y besándola. Doña Margarita les dijo con una graciosa severidad:

—¿Quién ha sabido mejor sus lecciones?

La Infanta calló, poniéndose encendida, mientras Don Jaime, más denodado, respondía:

—Las hemos sabido todos lo mismo.

—Es decir, que ninguno las ha sabido.

Y Doña Margarita los besó, para ocultar que se reía: después les dijo, tendida hacia mí su mano delicada y alba:

—Este caballero es el Marqués de Bradomín.

La Infanta murmuró en voz baja, inclinada la cabeza sobre el hombro de su

madre:

—¿El que hizo la guerra en México?

La Reina acarició los cabellos de su hija:

—¿Quién te lo ha dicho?

—¿No lo contó una vez María Antonieta?

—¡Cómo te acuerdas!

La niña, llenos de timidez y de curiosidad los ojos, se acercó a mí:

—¿Marqués, llevabas ese uniforme en México?

Y Don Jaime, desde el lado de su madre, alzó su voz autoritaria, de niño primogénito:

—¡Qué tonta eres! Nunca conoces los uniformes. Ese uniforme es de zuavo pontificio, como el del tío Alfonso.

Con familiar gentileza, vino también hacia mí:

—¿Marqués, es verdad que en México los caballos resisten todo el día al galope?

—Es verdad, Príncipe.

La Infanta interrogó a su vez:

—¿Y es verdad que hay unas serpientes que se llaman de cristal?

—También es verdad, Alteza.

Los niños quedaron un momento reflexionando: su madre les habló:

—Decidle al Marqués lo que estudiáis.

Oyendo esto, el Príncipe se irguió ante mí, con infantil alarde:

—Marqués, pregúntame por donde quieras la Historia de España.

Yo sonreí:

—¿Qué reyes hubo de vuestro nombre, Alteza?

—Uno solo: Don Jaime el Conquistador.

—¿Y de dónde era rey?

—De España.

La Infanta murmuró poniéndose encendida:

—De la Corona de Aragón: ¿Verdad Marqués?

—Verdad Alteza.

El Príncipe la miró despreciador:

—¿Y eso no es España?

La Infanta, buscó ánimo en mis ojos, y repuso con tímida gravedad:

—Pero eso no es toda España.

Y volvió a ponerse roja. Era una niña encantadora, con ojos llenos de vida, y

cabellera de luengos rizos que besaban el terciopelo de las mejillas. Animándose volvió a preguntarme sobre mis viajes:

—Marqués, ¿es verdad que también has estado en Tierra Santa?

—También estuve allí, Alteza.

—¿Y habrás visto el sepulcro de Nuestro Señor? Cuéntame cómo es.

Y se dispuso a oír, sentada en un taburete, con los codos en las rodillas, y el rostro entre las manos que casi desaparecían bajo la suelta cabellera. Doña Manuela Ozores y Doña Juana Pacheco, que traían una conversación en voz baja, callaron también dispuestas a escuchar el relato… Y en estas andanzas llega la hora de hacer penitencia, que fue ante los regios manteles según profecía de Su Ilustrísima.

TUVE el honor de asistir a la tertulia de la Señora. Durante ella, en vano fue buscar una ocasión propicia para hablar a solas con María Antonieta. Salí con el vago temor de haberla visto huir toda la noche. Al darme en el rostro el frío de la calle, advertí que una sombra alta, casi gigantesca, venía hacia mí: era Fray Ambrosio:

—Bien le han tratado los Soberanos. ¡Vaya, que no puede quejarse el señor Marqués de Bradomín!

Yo murmuré con desabrido talante:

—El Rey sabe que no tiene otro servidor tan leal.

Y el fraile murmuró también desabrido, pero en un tono menor:

—Algún otro tendrá…

Caminamos en silencio hasta doblar una esquina, donde había un farol. Allí el exclaustrado se detuvo:

—¿Pero adónde vamos?… La dama consabida, dice que la vea esta misma noche, si puede ser.

Yo sentí latir mi corazón:

—¿Dónde?

—En su casa… Pero será preciso entrar con gran sigilo. Yo le guiaré.

Volvimos sobre nuestros pasos, recorriendo otra vez la calle encharcada y desierta. El fraile me habla en voz baja:

—La señora Condesa, también acaba de salir… Esta mañana me había

mandado que la esperase. Sin duda quería darme ese aviso para el señor Marqués… Temería no poder hablarle en la Casa del Rey.

El fraile calló suspirando: después se rio, con un reír extraño, ruidoso, grotesco:

—¡Válate Dios!

—¿Qué le sucede, Fray Ambrosio?

—Nada, señor Marqués. Es la alegría de verme desempeñando estos oficios, tan dignos de un viejo guerrillero. ¡Ay!… Cómo se ríen mis diecisiete heridas…

Calló, esperando sin duda una respuesta mía, y como no la obtuviese, continuó en el mismo tono de amarga burla:

—Eso sí, no hay prebenda que iguale a ser capellán de la señora Condesa de Volfani. ¡Lástima que no pueda cumplir mejor sus promesas!… Ella dice que no es suya la culpa, sino de la Casa Real… Allí son enemigos de los curas facciosos, y no se les debe disgustar. ¡Oh, si dependiese de mi ilustre ama!

No le dejé proseguir. Me detuve y le hablé con firme resolución:

—Fray Ambrosio, se acabó mi paciencia. No tolero ni una palabra más.

Agachó la cabeza:

—¡Válate Dios! ¡Está bien!

Seguimos en silencio. De largo en largo hallábase un farol, y en torno danzaban las sombras. Al cruzar por delante de las casas donde había tropa alojada percibíase rasgueo de guitarras, y voces robustas y jóvenes, cantando la jota. Después volvía el silencio, solo turbado por el alerta de los centinelas y el ladrido de algún perro. Nos entramos bajo unos soportales, y caminamos recatados en la sombra. Fray Ambrosio iba delante, mostrándome el camino: a su paso una puerta se abrió sigilosa: el exclaustrado volviose llamándome con la mano, y desapareció en el zaguán. Yo le seguí, y escuché su voz:

—¿Se puede encender candela?

Y otra voz, una voz de mujer, respondió en la sombra:

—Sí, señor.

La puerta había vuelto a cerrarse. Yo esperé, perdido en la oscuridad, mientras el fraile encendía un enroscado de cerilla, que ardió esparciendo olor de iglesia. La llama lívida temblaba en el ancho zaguán, y al incierto resplandor columbrábase la cabeza del fraile, también temblona. Una sombra se acercó: era la doncella de María Antonieta. El fraile hízole entrega de la luz, y me llevó a un rincón. Yo adivinaba, más que veía, el violento temblor de aquella cabeza tonsurada:

—¡Señor Marqués, voy a dejar este oficio de tercería, indigno de mí!

Y su mano de esqueleto clavó los huesos en mi hombro:

—Ahora ha llegado el momento de obtener el fruto, señor Marqués. Es preciso que me entregue cien onzas: si no las lleva encima puede pedírselas a la señora Condesa. ¡Al fin y al cabo, ella me las había ofrecido!

No me dejé dominar, aun cuando fue grande la sorpresa, y haciéndome atrás puse mano a la espada:

—Ha elegido usted el peor camino. A mí no se me pide con amenazas ni se me asusta con gestos fieros, Fray Ambrosio.

El exclaustrado rio, con su risa de mofa grotesca:

—No alce la voz que pasa la ronda y podrían oírnos.

—¿Tiene usted miedo?

—Nunca lo he tenido… Pero acaso ahora, si fuese el cortejo de la señora Condesa…

Yo comprendiendo la intención aviesa del fraile, le dije refrenada y ronca la voz:

—¡Es una vil emboscada!

—Es un ardid de guerra, señor Marqués: ¡El león está en la trampa!

—Fraile ruin, tentaciones me vienen de pasarte con mi espada.

El exclaustrado abrió sus largos brazos de esqueleto descubriendo el pecho, y alzó la temerosa voz:

—¡Hágalo! Mi cadáver hablará por mí.

—Basta.

—¿Me entrega esos dineros?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Mañana.

Calló un momento, y luego insistió en un tono que a la vez era tímido y adusto:

—Es menester que sea ahora.

—¿No basta mi palabra?

Casi humilde murmuró:

—No dudo de su palabra, pero es menester que sea ahora. Mañana, acaso no tuviese valor para arrostrar su presencia. Además, quiero esta misma noche salir de Estella. Ese dinero no es para mí, yo no soy un ladrón. Lo necesito para echarme al campo. Le dejaré firmado un documento. Tengo desde hace tiempo

comprometida a la gente, y era preciso decidirse. Fray Ambrosio no falta a su palabra.

Yo le dije con tristeza:

—¿Por qué ese dinero no me fue pedido con amistad?

El fraile suspiró:

—No me atreví. Yo no sé pedir: me da vergüenza. Primero que pedir, sería capaz de matar… No es por malos sentimientos, sino por vergüenza…

Calló, rota, anudada la voz, y echose a la calle sin cuidarse de la lluvia que caía en chaparrón sobre las losas. La doncella, temblando de miedo, me guio adonde esperaba su señora.

MARÍA Antonieta acababa de llegar, y hallábase sentada al pie de un brasero, con las manos en cruz y el cabello despeinado por la humedad de la niebla. Cuando yo entré alzó los ojos tristes y sombríos, cercados de una sombra violácea:

—¿Por qué tal insistencia en venir esta misma noche? Herido por el despego de sus palabras, me detuve en medio de la estancia:

—Siento decirte que es una historia de tu capellán… Ella insistió:

—Al entrar, le encontré acechándome por orden tuya.

—¿Por orden mía?…

Y callé resignado a sus reproches, que contarle mi aventura hubiera sido asustarla. Ella me habló con los ojos secos, pero empañada la voz:

—¡Ahora tanto afán en verme, y ni una carta en la ausencia!… ¡Callas! ¿Qué deseas?

Yo quise desagraviarla:

—Te deseo a ti, María Antonieta.

Sus bellos ojos místicos fulminaron desdenes:

—Te has propuesto comprometerme, que me arroje de su lado la Señora. ¡Eres mi verdugo!

Yo sonreí:

—Soy tu víctima.

Y le cogí las manos con intento de besarlas, pero ella las retiró fieramente. María Antonieta era una enferma de aquel mal que los antiguos llamaban mal

sagrado, y como tenía alma de santa y sangre de cortesana, algunas veces en invierno, renegaba del amor: la pobre pertenecía a esa raza de mujeres admirables, que cuando llegan a viejas, edifican con el recogimiento de su vida, y con la vaga leyenda de los antiguos pecados. Entenebrecida y suspirante guardó silencio, con los ojos obstinados, perdidos en el vacío. Yo cogí de nuevo sus manos y las conservé entre las mías, sin intentar besarlas temeroso de que volviese a huirlas. En voz amante supliqué:

—¡María Antonieta!

Ella permaneció muda: yo repetí después de un momento:

—¡María Antonieta!

Se volvió, y retirando sus ruanos repuso fríamente:

—¿Qué quieres?

—Saber tus penas.

—¿Para qué?

—Para consolarlas.

Perdió de pronto su hieratismo, e inclinándose hacia mí con un arranque fiero, apasionado, clamó:

—Cuenta tus ingratitudes: ¡Esas son!

La llama del amor ardía en sus ojos con un fuego sombrío que parecía consumirla: ¡Eran los ojos místicos que algunas veces se adivinan bajo las tocas monjiles, en el locutorio de los conventos! Me habló con la voz empañada:

—Mi marido viene a servir como ayudante del Rey.

—¿Dónde estaba?

—Con el Infante Don Alfonso.

Yo murmuré:

—Es una verdadera contrariedad.

—Es más que una contrariedad, porque tendremos que vivir la misma vida: la Reina me lo impone, y ante eso, prefiero volverme a Italia… ¿Tú no dices nada?

—Yo no puedo hacer otra cosa que acatar tu voluntad.

Me miró con reconcentrado sentimiento:

—¿Serías capaz de preferir que me repartiese entre vosotros dos? ¡Dios mío, quisiera ser vieja, vieja caduca!…

Agradecido, besé las manos de mi adorada prenda. Aun cuando nunca tuve celos de los maridos, gustaba aquellos escrúpulos como un encanto más, acaso el mejor que podía ofrecerme María Antonieta. No se llega a viejo sin haber

aprendido que las lágrimas, los remordimientos y la sangre, alargan el placer de los amores, cuando vierten sobre ellos su esencia afrodita: numen sagrado que exalta la lujuria, madre de la divina tristeza, y madre del mundo. ¡Cuántas veces, durante aquella noche, tuve yo en mis labios las lágrimas de María Antonieta! Aún recuerdo el dulce lamento con que habló en mi oído, temblorosos los párpados y estremecida la boca que me daba su aliento con sus palabras:

—No debía quererte… Debía ahogarte en mis brazos, así, así…

Yo suspiré:

—¡Tus brazos son un divino dogal!

Y ella oprimiéndome aun más gemía:

—¡Oh!… ¡Cuánto te quiero! ¿Por qué te querré tanto? ¿Qué bebedizo me habrás dado? ¡Eres mi locura!… ¡Di algo! ¡Di algo!

—Prefiero el escucharte.

—¡Pero yo quiero que me digas algo!

—Te diría lo que tú ya sabes… ¡Que me estoy muriendo por ti!

María Antonieta volvió a besarme, y sonriendo toda roja, murmuró en voz baja:

—Es muy larga la noche…

—Lo fue mucho más la ausencia.

—¡Cuánto me habrás engañado!

—Ya te demostraré lo contrario.

Ella, siempre roja y riente, respondió:

—Mira lo que dices.

—Ya lo verás.

—Mira que voy a ser muy exigente.

Confieso que al oírla, temblé. ¡Mis noches, ya no eran triunfantes, como aquellas noches tropicales perfumadas por la pasión de la Niña Chole! María Antonieta soltose de mis brazos, y entró en su tocador. Yo esperé algún tiempo, y después la seguí: al rumor de mis pasos, la miré huir toda blanca, y ocultarse entre los cortinajes de su lecho: un lecho antiguo de lustroso nogal, tálamo clásico donde los hidalgos matrimonios navarros dormían hasta llegar a viejos, castos, sencillos, cristianos, ignorantes de aquella ciencia voluptuosa que divertía el ingenio maligno y un poco teológico, de mi maestro el Aretino.

María Antonieta fue exigente como una dogaresa, pero yo fui sabio como un viejo cardenal que hubiese aprendido las artes secretas del amor, en el confesonario y en una corte del Renacimiento. Divina María Antonieta, era muy

apasionada y a las mujeres apasionadas se las engaña siempre. Dios que todo lo sabe, sabe que no son estas las temibles sino aquellas lánguidas, suspirantes, más celosas de hacer sentir al amante, que de sentir ellas. María Antonieta era cándida y egoísta como una niña, y en todos sus tránsitos se olvidaba de mí: en tales momentos, con los senos palpitantes como dos palomas blancas, con los ojos nublados, con la boca entreabierta mostrando la fresca blancura de los dientes, entre las rosas encendidas de los labios, era de una incomparable belleza sensual, fecunda y sagrada como la esposa del *Cantar de los Cantares*. Suspirando desfallecida, me dijo:

—Es la última vez.

Yo creí que hablaba de nuestra amorosa epopeya, y como me sentía capaz de nuevos alardes, suspiré inquietando con un beso apenas desflorado, una fresa del seno. Ella suspiró también, y cruzó los desnudos brazos apoyando las manos en los hombros, como esas santas arrepentidas, en los cuadros antiguos:

—Xavier, ¿cuándo volveremos a vernos?

—Mañana.

—¡No!… Mañana empieza mi calvario…

Calló un momento, y echándome al cuello el amante nudo de sus brazos, murmuró en voz muy baja:

—La Señora tiene empeño en la reconciliación, pero yo te juro que jamás… Me defenderé diciendo que estoy enferma.

CUANDO me separé de María Antonieta aún no rayaba el día, y las cornetas ya tocaban diana. Sobre la ciudad nevada, el claro de la luna caía sepulcral y doliente. Yo, sin saber dónde a tal hora buscar alojamiento, vagué por las calles, y en aquel caminar sin rumbo llegué a la plaza donde vivía Fray Ambrosio. Me detuve bajo el balcón de madera para guarecerme de la llovizna que comenzaba de nuevo, y a poco observé que la puerta hallábase entornada: el viento la mecía pausadamente.

Tal era la inclemencia de la noche, que sin detenerme a meditarlo, resolví entrar, y gané a tientas la escalera, mientras el galgo preso en la cuadra se desataba en ladridos, haciendo sonar los hierros de la cadena. Fray Ambrosio asomó en lo alto, alumbrándose con un velón: vestía el cuerpo flaco y largo con

una sotana recortada, y cubría la temblona cabeza con negro gorro de calceta, que daba a toda la figura cierto aspecto de astrólogo grotesco. Yo entré, sombrío el gesto, sin pronunciar palabra, y el fraile me siguió alzando la luz para esclarecer el corredor: allá dentro, sentíase apagado rumor de voces y dineros: reunidos en la sala jugaban algunos hombres, con los sombreros puestos, y las capas terciadas, desprendiéndose de los hombros: por sus barbas rasuradas mostraban bien claramente pertenecer a la clerecía: la baraja teníala un mozo aguileño y cetrino, que cabalmente a tiempo de entrar yo, echaba sobre la mesa los naipes para un albur:

—Hagan juego.

Una voz, llena de fe religiosa, murmuró:

—¡Qué caballo más guapo!

Y otra voz secreteó como en el confesonario:

—¿Qué juego se da?

—Pues no lo ve… ¡Judías!… Van siete por el mismo camino.

El que tenía la baraja, advirtió adusto:

—Hagan el favor de no cantar juego. Así no se puede seguir. ¡Todos se echan como lobos a una carta!

Un viejo con espejuelos y sin dientes, dijo lleno de evangélica paz:

—No te incomodes, Miguelucho: cada cual lleva su juego: a Don Nicolás le parece que son judías…

Don Nicolás afirmó:

—Siete van por el mismo camino.

El viejo de los espejuelos sonrió compadecido:

—Nueve, si no lo toma a mal… Pero no son judías, sino bizcas y contrabizcas, que es el juego.

Otras voces murmuraron como en una letanía:

—Tira Miguelucho.

—No hagas caso.

—Lo que sea se verá.

—¿No echas gallo?

Miguelucho repuso desabrido:

—No.

Y comenzó a tirar. Todos guardaron silencio. Algunos ojos se alzaban a hurto fijándome una mirada rápida, y tornaban luego su atención a las cartas que salían. Fray Ambrosio llamó con un gesto al seminarista que estaba sentado en

un extremo de la mesa, y se acercó a mí:

—Señor Marqués, no me recuerde lo de esta noche… ¡No me lo recuerde por María Santísima! Para decidirme, había estado bebiendo toda la tarde.

Aún barboteó algunas palabras confusas, y asentando su mano sarmentosa en el hombro del seminarista, que se nos había juntado y escuchaba, dijo con un suspiro:

—Este tiene toda la culpa… Le llevo como segundo de la partida.

El seminarista me clavó los ojos audaces, al mismo tiempo que enrojecía como una doncella:

—El dinero hay que buscarlo donde lo hay: en eso estará conforme el señor Marqués… Fray Ambrosio me había dicho, cuánta era la generosidad de su amigo y protector…

El exclaustrado abrió la negra boca, con tosco y adulador encomio:

—¡Muy grande! En eso y en todo, es el primer caballero de España.

Algunos jugadores, nos miraban curiosos, mientras peinaba los naipes Miguelucho.

Este, cuando terminó, dijo al viejo de los espejuelos:

—Corte, Don Quintiliano.

Y Don Quintiliano, al mismo tiempo que alzaba la baraja con mano temblona, advertía risueño:

—Cuidado, que yo doy siempre bizcas.

—No importa.

Miguelucho echó un nuevo albur sobre la mesa, y se volvió hacia mí.

—No le digo que juegue, porque es una miseria de dinero lo que se tercia.

Y el viejo de los espejuelos, siempre evangélico, añadió:

—Todos somos unos pobres.

Y otro clérigo, murmuró a modo de sentencia:

—Aquí solo pueden ganarse ochavos, pero pueden en cambio perderse millones.

Miguelucho, viéndome vacilar, se puso en pie brindándole con la baraja, y todos los clérigos me hicieron sitio en torno de la mesa. Yo me volví sonriendo, al exclaustrado:

—Fray Ambrosio, me parece que aquí se quedan los dineros de la partida.

—¡No lo permita Dios! Ahora mismo se acaba el juego.

Y el fraile, de un soplo mató la luz. Por las ventanas se filtraba la claridad del amanecer, y un son de clarines alzábase dominando el hueco trotar de los

caballos sobre las losas de la plaza. El seminarista murmuró:

—Lanceros de Borbón. Ya se les esperaba ayer.

DON Carlos, a pesar del temporal de viento y de nieve, resolvió salir a campaña. Me dijeron que desde tiempo atrás solo se esperaba para ello a que llegase la caballería de Borbón. ¡Trescientas lanzas veteranas, que más tarde merecieron ser llamadas del Cid! El Conde de Volfani, que había venido con aquella tropa, formaba entre los ayudantes del Rey. Al vernos mostramos los dos mucho contento, pues éramos grandes amigos, como puede presumirse, y cabalgamos emparejadas las monturas. Los clarines sonaban rompiendo marcha, el viento levantaba en olas las crines de los caballos, y la gente se agrupaba en las calles para gritar entusiasmada:

—¡Viva Carlos VII!

En lo alto de las angostas ventanas guarecidas bajo los aleros negruzcos, asomaba de largo en largo, alguna vieja: sus manos secas sostenían entornada la falleba mohosa, al mismo tiempo que con voz casi colérica, gritaba:

—¡Viva el Rey de los buenos cristianos!

Y la voz robusta del pueblo contestaba:

—¡Viva!

En la carretera hicimos alto un instante. El viento de los montes nos azotó tempestuoso, helado, bravío, y nuestros ponchos volaron flameantes, y las boinas, descubriendo las tostadas frentes, tendiéronse hacia atrás con algo de furia trágica y hermosa. Algunos caballos relincharon encabritados, y fue un movimiento unánime el de afirmarse en las sillas. Después, toda la columna se puso en marcha. La carretera, barrizosa por las rodadas de los carros, se desenvolvía entre lomas coronadas de ermitas. Como el viento y la lluvia continuaban batiéndonos con grandes ráfagas, ordenose el alto al cruzar el poblado de Zabalcín. El Cuartel Real aposentase en una gran casería que se alzaba en la encrucijada de dos malos caminos, de ruedas uno y de herradura el otro. Apenas descabalgamos, nos reunimos en la cocina al amor del fuego, y una mujeruca corrió por la casa para traer la silla de respaldo donde se sentaba el abuelo, y ofrecérsela al Señor Rey Don Carlos. La lluvia no cesaba de batir los cristales con ruidoso azote, y la conversación fue toda para lamentar lo

borrascoso del tiempo, que nos estorbaba castigar como quisiéramos a la facción alfonsina, que ocupaba el camino de Oteiza. Por fortuna, cerca del anochecer comenzó a calmar el temporal. Don Carlos me habló en secreto:

—Bradomín, ¿qué haríamos para no aburrirnos?

Yo me permití responder:

—Señor, aquí todas las mujeres son viejas. ¿Queréis que recemos el rosario?

El Rey me miró al fondo de los ojos con expresión de burla:

—Oye, dinos el soneto que has compuesto a mi primo Alfonso: súbete a esa silla.

Los cortesanos rieron: yo quedé un momento mirándolos a todos, y luego hablé, inclinándome ante el Rey:

—Señor, para juglar nací muy alto.

Don Carlos al pronto dudó: luego, decidiéndose, vino hacia mí sonriente y me abrazó.

—Bradomín, no he querido ofenderte: debes comprenderlo.

—Señor, lo comprendo, pero temí que otros no lo comprendiesen.

El Rey miró a su séquito, y murmuró con severa majestad:

—Tienes razón.

Hubo un largo silencio, solo turbado por el rafagueo del viento y de las llamas en el hueco de la chimenea. La cocina comenzaba a ser invadida por las sombras, pero a través de los vidrios llorosos, se advertía que en el campo aún era la tarde. Los dos caminos, el de herradura y el de ruedas, se perdían entre peñascales adustos, y en aquella hora los dos aparecían solitarios por igual. Don Carlos me llamó desde el hueco de la ventana, con un gesto misterioso:

—Bradomín, tú y Volfani vendréis acompañándome. Vamos a Estella, pero es preciso que nadie se entere.

Yo, reprimiendo una sonrisa, interrogué:

—Señor, ¿queréis que avise a Volfani?

—Volfani está avisado. Él ha sido quien preparó la fiesta. Me incliné, murmurando un elogio de mi amigo:

—¡Señor, admiro cómo hacéis justicia a los grandes talentos del Conde!

El Rey guardó silencio, como si quisiese mostrar disgusto de mis palabras: luego abrió la vidriera, y dijo extendiendo la mano:

—No llueve.

En el cielo anubarrado comenzaba a esbozarse la luna. A poco llegó Volfani:

—Señor, todo está dispuesto.

El Rey, murmuró brevemente:

—Esperemos a que cierre la noche.

En el fondo oscuro de la cocina resonaban dos voces: Don Antonio Lizárraga y Don Antonio Dorregaray discurrían sobre arte militar: recordaban las batallas ganadas, y forjaban esperanzas de nuevos triunfos: Dorregaray, hablando de los soldados, se enternecía: ponderaba el valor sereno de los castellanos, y el coraje de los catalanes, y la acometida de los navarros. De pronto una voz autoritaria interrumpe:

—¡Esos son los mejores soldados del mundo!

Y al otro lado del fuego, se alza lentamente la encorvada figura del viejo general Aguirre. El resplandor rojizo de las llamas temblaba en su rostro arrugado, y los ojos brillaban con fuego juvenil bajo la fosca nieve de las cejas: con la voz temblona, emocionado como un niño, continuó:

—¡Navarra es la verdadera España! Aquí la lealtad, la fe y el heroísmo se mantienen como en aquellos tiempos en que fuimos tan grandes.

En su voz había lágrimas. Aquel viejo soldado era también un hombre de otros tiempos. Yo confieso que admiro a esas almas ingenuas que en las rancias y severas virtudes aún fían la ventura de los pueblos: las admiro y las compadezco, porque ciegas a toda luz, no sabrán nunca que los pueblos, como las mujeres, solo son felices cuando olvidan eso que llaman el deber, y que es el instinto egoísta del futuro que está por encima del bien y del mal y triunfa de la muerte. Un día llegará, sin embargo, donde surja en la conciencia de los vivos la ardua sentencia que condena a los no nacidos. ¡Qué pueblo de sabios el que acierte a poner el gorro de cascabeles en la amarilla calavera que llenaba de meditaciones sombrías el alma de los viejos ermitaños! ¡Qué pueblo de sabios el que rompiendo la ley de todas las cosas, la ley suprema que une a las hormigas con los astros, renuncie a dar la vida, y en un alegre milenario se disponga a la muerte! ¿Acaso no sería ese el más divertido fin del mundo, con la coronación de Safo y Ganimedes?…

Y a todo esto la noche había cerrado por completo, y el claro de la luna iluminaba el alféizar de la ventana. Los peñascales que flanquean la carretera parecían llenos de amenazas, y de los montes cercanos llegaba en el silencio de la noche el rumor de las hinchadas torrenteras. Por la ventana abierta entraba un aire frío y húmedo que tan pronto abatía como alzaba flameantes las llamas del hogar. Don Carlos nos indicó con un gesto que le siguiésemos: salimos, y caminamos a pie durante algún tiempo, hasta llegar al abrigo de los peñascales,

donde un soldado nos esperaba con los caballos del diestro. El Rey montó, arrancando al galope, y nosotros le imitamos. Al pasar ante las guardias, una voz se alzaba en la noche:

—¿Quién vive?

Y el soldado respondía con un grito:

—¡Carlos VII!

—¿Qué gente?

—¡Borbón!

Y nos dejaban paso. En las puertas de la ciudad hubimos de confiar los caballos al soldado, y recatándonos caminamos a pie.

NOS detuvimos ante un caserón con rejas: era el caserón de mi bella bailarina elevada a Duquesa de Uclés. Llamamos con recato, y la puerta se abrió… El gran farol de hierro estaba encendido, y un hombre marchó delante de nosotros, franqueando otras puertas, que francas se quedaban mucho después de pasar. Más de una vez aquel hombre me miró curioso. Yo también le miraba, queriendo reconocerle: tenía una pierna de palo, era alto, seco, avellanado, con ojos de gitano, y la calva y el perfil de César. De pronto sentí esclarecerse mi memoria, ante el solemne ademán con que de tiempo en tiempo se acariciaba los tufos. El César de la pata de palo era un famoso picador de toros, hombre de mucha majeza, amigo de las juergas clásicas, con cantadores y aristócratas: en otro tiempo se murmuró que me había sustituido en el corazón de la gentil bailarina: yo nunca quise averiguarlo, porque siempre tuve como un deber de andante caballería, respetar esos pequeños secretos de los corazones femeninos. Con qué profunda melancolía recordé aquel buen tiempo pasado, que parecía despertarse al golpe seco de la pierna de palo, mientras cruzábamos el vasto corredor, sobre cuyos muros se desenvolvía en viejas estampas, la historia amorosa de Doña Marina y Hernán Cortés. Mi corazón aún palpitó, cuando en el fondo de una puerta surgió la Duquesa. Don Carlos la interrogó:

—¿Ha venido?…

—Ya no tardará, Señor.

La Duquesa quiso apartarse cediendo el paso, pero muy galán lo rehusó el Rey:

—Las damas primero.

El salón, apenas alumbrado por los candelabros de las consolas, era grande y frío, con encerada tarima. En el fondo, ante el sofá del estrado, brillaba un brasero de cobre sostenido por garras de león. Don Carlos murmuró, al mismo tiempo que extendía sus manos sobre el rescoldo:

—Las mujeres solo saben hacerse esperar… ¡Es su gran talento!

Calló, y nosotros respetamos su silencio. La Duquesa me enviaba una sonrisa. Yo, al verla con tocas de viuda, recordé a la dama del negro velo que había salido de la iglesia en el cortejo de Doña Margarita. En el corredor volvía a resonar el golpe de la pierna de palo, y un murmullo de voces. A poco entran dos mujeres muy rebozadas y anhelantes, con un vaho de humedad en los mantos. Al vernos, una de ellas retrocede hasta la puerta, mostrando disgusto. Don Carlos se acerca, y después de algunas palabras en voz baja, sale acompañándola. La otra, una dueña que andaba sin ruido, sale detrás, pero a los pocos momentos vuelve, y con la mano asomando apenas bajo el manto, hace una seña a Volfani: Volfani se levanta y la sigue. Al vernos solos, murmura y ríe la Duquesa:

—¡Se tapan de usted!

—¿Acaso las conozco?

—No sé… No me pregunte usted nada.

Callé, sin sentir la menor curiosidad, y quise besar las manos ducales de mi amiga, pero ella las retiró sonriendo: Ten formalidad. Mira que somos dos viejos.

—¡Tú eres eternamente joven, Carmen!

Me miró un momento, y replicó maliciosa y cruel:

Pues a ti no te sucede lo mismo.

Y como era muy piadosa, queriendo restañar la herida, me echó al cuello su boa de marta, ofreciéndome sus labios como un fruto. ¡Divinos labios que desvanecían en un perfume de rezos el perfume de los olés flamencos! Se apartó vivamente, porque el golpe de la pierna de palo volvía a sonar, despertando los ecos del caserón. Yo le dije sonriendo:

—¿Qué temes?

Y ella frunciendo el arco de su lindo ceño, respondió:

—¡Nada!… ¿También tú crees esa calumnia?

Y besando la cruz de sus dedos, con tanta devoción como gitanería, murmuró:

—¡Te lo juro!… Jamás he tenido nada con ese… Somos paisanos y le guardo ley, y por eso cuando un toro le dejó sin poderse ganar el pan, le recogí de

caridad. ¡Tú harías lo mismo!

—¡Lo mismo!

Aun cuando no estaba muy seguro, lo afirmé solemnemente. La Duquesa, como queriendo borrar por completo aquel recuerdo, me dijo con amoroso reproche:

¡Ni siquiera me has preguntado por tu hija!

Quedé un momento turbado, porque apenas hacía memoria. Luego mi corazón puso la disculpa en mis labios.

—No me atreví.

—¿Por qué?

—No quería nombrarla, viniendo de aventura con el Rey.

Una nube de tristeza pasó por los ojos de la madre:

—No la tengo aquí… Está en un convento.

Yo sentí de pronto el amor de aquella hija lejana y casi quimérica:

—¿Se parece a ti?

—No… Es feúcha.

Temiendo una burla, me reí:

—¿Pero de veras es mi hija?

La Duquesa de Uclés volvió a jurar besando la cruz de sus dedos, y tal vez haya sido mi emoción, pero entonces su juramento me pareció limpio de toda gitanería. Fijándome sus grandes ojos morunos, dijo con un profundo encanto sentimental, el encanto sentimental que hay en algunas coplas gitanescas:

—Esa criatura es tan hija tuya como mía. Nunca lo oculte, ni siquiera a mi marido. ¡Y cómo la quería el pobrecito!

Se enjugó una lágrima. Era viuda desde el comienzo de la guerra, donde había muerto oscuramente el pacífico Duque de Uclés. La antigua bailarina, fiel a la tradición como una gran dama, se estaba arruinando por la Causa: ella sola había costeado las armas y monturas de cien jinetes: cien lanzas que se llamaron de Don Jaime. Al hablar del heredero se enternecía como si también fuese su hijo:

—¿De manera que has visto a mi precioso Príncipe?

—Sí.

—¿Y a cuál de las Infantas?

—A Doña Blanca.

—¡Qué salada, verdad? ¡Va a ser más gitana!

Y aún quedaba en el aire el aleteo gracioso de aquella profecía, cuando allá,

en el fondo del caserón, resonó la voz del Rey. La Duquesa se puso de pie:

—¿Qué pasará?

Don Carlos entró. Estaba un poco pálido. Nosotros le interrogamos con los ojos. Él dijo:

—A Volfani acaba de darle un accidente. Ya se habían ido esas damas, y estaba hablándole, cuando de pronto veo que cae poco a poco, doblándose sobre un brazo del sillón. Yo tuve que sostenerle…

Dicho esto salió, y nosotros, obedeciendo el mandato que no llegó a formular, salimos tras él. Volfani estaba en un sillón, deshecho, encogido, doblado y con la cabeza colgante. Don Carlos se acercó, y levantándole en sus brazos robustos, le asentó mejor:

—¿Cómo estás, Volfani?

Volfani hizo visibles esfuerzos para contestar, pero no pudo. De su boca inerte, caída, hilábanse las babas. La Duquesa acudió a limpiarlas, caritativa y excelsa como la Verónica. Volfani posó sobre nosotros sus tristes ojos mortales. La Duquesa, con el ánimo que las mujeres tienen para tales trances, le habló:

—Esto no es nada, señor Conde. A mi marido, como estaba un poco grueso…

Volfani agitó un brazo que le colgaba, y los labios exhalaron un ronquido donde se adivinaba el esbozo de algunas palabras. Nosotros nos miramos, creyendo verle morir. El ronquido, manchado por una espuma de saliva, volvió a pasar entre los labios de Volfani: de los ojos nublados se desprendieron dos lágrimas, que corrieron escuetas por las mejillas de cera. Don Carlos le habló como a un niño, levantando la voz con cariñosa autoridad:

—Vas a ser trasladado a tu casa. ¿Quieres que te acompañe Bradomín?

Volfani siguió mudo. El Rey nos llamó aparte, y hablamos los tres en secreto. Lo primero, como cumplía a corazones cristianos y magnánimos, fue lamentar el disgusto de la pobre María Antonieta: después fue augurarle la muerte al pobre Volfani: lo último fue acordar de qué suerte había de trasladársele, para evitar todo comento. La Duquesa advirtió que no podían llevarle criados de su casa, convínose en ello, y al cabo de algunas dudas se acordó confiar el caso a Rafael el Rondeño. El César de la pata de palo, luego de enterarse, se acarició los tufos, y dijo ceceando:

—¿Pero estamos seguros de que no es vino lo que tiene?

La Duquesa, poseída de justa indignación le impuso silencio. El César, impasible, continuó acariciándose los tufos:

—No hay que apurarse. Cargarán con él los sargentos que están alojados en las guardillas. Son amigos de confianza, y le llevarán a su casa, como si viniesen de camino. ¿Hace? Nos miramos un momento, y luego respondió el Rey:

—¡Hace!

VOLVIMOS a donde habíamos dejado los caballos. El Rey no ocultaba su disgusto:

—¡Pobre Volfani! Era un corazón leal.

Durante algún tiempo solo se escuchó el paso de las cabalgaduras. La luna, una luna clara de invierno, iluminaba la aridez nevada del Monte-Jurra. El viento, avendavalado y frío, nos batía de frente. Don Carlos habló, y una ráfaga llevose deshechas sus palabras. Apenas pude entender:

—¿Crees que morirá?…

Yo haciendo tornavoz con la mano grité:

—¡Lo temo, Señor!…

Y un eco repitió mis palabras, borrosas, informes. Don Carlos guardó silencio, y durante el camino no habló más. Descabalgamos al abrigo de los peñascales que había inmediatos a la casería, y entregando las riendas al soldado que nos acompañaba, caminamos a pie. En la puerta nos detuvimos un instante contemplando las nubes negras que el viento hacía desfilar sobre la luna. Don Carlos murmuró:

—¡Maldito tiempo!

Dirigió una última mirada al cielo torvo, que amenazaba ventisca, y entró. Traspuesto el umbral, percibimos rumor de voces que disputaban. Yo tranquilicé al Rey.

—No es nada, Señor: están jugándose el dinero.

Don Carlos tuvo una sonrisa indulgente.

—¿Conoces quiénes son?

—Lo adivino, Señor. Todo el Cuartel Real.

Habíamos entrado en la sala, donde estaba dispuesto el aposento del Rey. Un velón alumbraba sobre la mesa, la cama aparecía cubierta por rica piel de topo, y el brasero colocado entre dos sillas de campaña, ardía en el fondo oscuro, con un fulgor rojo. Don Carlos, sentándose a descansar, me dijo con amable ironía:

—Bradomín, sabes que esta noche me han hablado con horror de ti… Dicen que tu amistad trae la desgracia… Me han suplicado que te aleje de mi persona.

Yo murmuré sonriendo:

—¿Ha sido una dama, Señor?

—Una dama que no te conoce… Pero cuenta que su abuela siempre te maldijo como al peor de los hombres. Sentí una vaga aprensión:

—¿Quién era su abuela, Señor?

—Una Princesa romana.

Callé sobrecogido. Acababa de levantarse en mi alma, penetrándola con un frío mortal, el recuerdo más triste de mi vida. Salí de la estancia, con el alma cubierta de luto. Aquel odio que una anciana trasmitía a sus nietas, me recordaba el primero, el más grande amor de mi vida, perdido para siempre en la fatalidad de mi destino. ¡Con cuánta tristeza recordé mis años juveniles en la tierra italiana, el tiempo en que servía en la Guardia Noble de Su Santidad! Fue entonces, cuando en un amanecer de primavera, donde temblaba la voz de las campanas y se sentía el perfume de las rosas recién abiertas, llegué a la vieja ciudad pontificia, y al palacio de una noble princesa que me recibió rodeada de sus hijas, como en una Corte de Amor. Aquel recuerdo llenaba mi alma. Todo el pasado, tumultuoso y estéril, echaba sobre mí ahogándome, sus aguas amargas.

Buscando estar a solas, salime al huerto, y durante mucho tiempo, paseé en la noche callada, mi soledad y mis tristezas, bajo la luna, otras veces testigo de mis amores y de mis glorias. Oyendo el rumor de las hinchadas torrenteras, que se despeñaban inundando los caminos, yo las comparaba con mi vida, unas veces rugiente de pasiones, y otras cauce seco y abrasado. Como la luna no disipaba mis negros pensamientos, comprendí que era forzoso buscar el olvido en otra parte, y suspirando resignado penetré en la casa y en la estancia donde jugaban mis buenos amigos del Cuartel Real. ¡Ay, triste es confesarlo, pero para las almas doloridas, ofrece la blanca luna menos consuelos que un tahúr! Con el canto del gallo tocaron diana las cornetas, y hube de guardar mi ganancia volviendo a sumirme en cavilaciones sentimentales. A poco un ayudante vino a decirme que me llamaba el Rey. Le hallé en su cámara apurando a sorbos una taza de café, ya calzadas las espuelas y ceñido el sable:

—Bradomín, ahora soy contigo.

—A vuestras órdenes, Señor.

El Rey, apuró el último sorbo, y dejando la taza me llevó al hueco de la ventana:

—¡Conque nos ha salido otro cura faccioso!… Hombre leal y valiente, según me dicen, pero fanático… El cura de Orio.

Yo interrogué:

—¿Un émulo de Santa Cruz?

—No… Un pobre viejo para quien no han pasado los años, y que hace la guerra como en tiempos de mi abuelo… Creo que intenta quemar por herejes a dos viajeros rusos, dos locos sin duda… Yo quiero que tú te avistes con él, para hacerle entender que son otros los tiempos: aconséjale que vuelva a su iglesia y que entregue los prisioneros. Ya sabes que no quiero disgustar a Rusia.

—¿Y qué debo hacer si tiene la cabeza demasiado dura?

Don Carlos sonrió con majestad:

—Rompérsela.

Y se apartó para recibir un correo que llegaba. Yo quedé en el mismo sitio, esperando una última palabra. Don Carlos alzó un momento los ojos del parte que leía y me dijo con una gran brevedad:

—Elige la gente que quieras llevarte.

—Está bien, Señor.

Salí, y un momento después cabalgaba llevando por escolta diez lanzas de Borbón.

NO hicimos parada, hasta San Pelayo de Ariza. Allí supe que una facción alfonsina había cortado el puente de Omellín: pregunté si era hacedero pasar el río, y me dijeron que no: el vado con las crecidas estaba imposible, y la barca había sido quemada. Hacíase forzoso volver atrás y seguir el camino de los montes para cruzar el río por el puente de Arnaiz. Yo quería, ante todo, dar cumplimiento a la misión que llevaba, y no vacilé, aun cuando suponía llena de riesgos aquella ruta, cosa que con los mayores extremos confirmó el guía: un viejo aldeano con tres hijos mozos en los ejércitos del Señor Rey Don Carlos.

Antes de emprender la jornada, bajamos con los caballos a que bebiesen en el río, y al mirar tan cerca la otra orilla, sentí la tentación de arriesgarme. Consulté con mis hombres, y como unos se mostrasen resueltos mientras otros dudaban, puse fin a tales pláticas, metiéndome río adentro con mi caballo: el animal tembloroso sacudía las orejas: ya nadaba con el agua a la cincha, cuando

en la otra ribera asomó una vieja cargada de leña, y comenzó a gritarnos: al pronto supuse que nos advertía lo peligroso del paso. A mitad de la corriente, entendí mejor sus voces:

—¡Teneos mis hijos! No paséis por el amor de Dios. Todo el camino está cubierto de negros alfonsistas…

Y echando al suelo el haz de leña, bajó hasta meterse con los zuecos en el agua, los brazos en alto como una sibila aldeana, clamorosa, desesperada y adusta:

¡Dios Nuestro Señor, quiere probarnos, y saber ansí la fe que cada uno tiene en la su ánima, y la firme conciencia de los procederes!… ¡Cuentan y no acaban, que han ganado una gran batalla! Abuín, Tafal, Endrás, Otaiz, todo es de ellos, mis hijos…

Me volví a mirar el talante que mostraba mi gente, y hallome que retrocedía acobardada. En el mismo instante sonaron algunos tiros, y pude ver en el agua el círculo de las balas que caían cerca de mí. Apresúreme para ganar la otra orilla, y cuando ya mi caballo se erguía asentando los cascos en la arena, sentí en el brazo izquierdo el golpe de una bala y correr la sangre caliente por la mano aterida. Mis jinetes, doblados sobre el arzón, ya trepaban al galope por una cuesta entre húmedos jarales. Con los caballos cubiertos de sudor entramos en la aldea. Hice llamar a un curandero que me puso el brazo entre cuatro cañas, y sin más descanso di otra prevención, tomé con mis diez lanzas el camino de jos montes. El guía, que caminaba a pie, al diestro de mi caballo, no cesaba de augurar nuevos riesgos.

Los dolores que mi brazo herido me causaba, eran tan grandes, que los soldados de la escolta viendo mis ojos encendidos por la fiebre, y mi rostro de cera, y mis barbas sombrías, que en pocas horas simulaban haber crecido como en algunos cadáveres, guardaban un silencio lleno de respeto. El dolor casi me nublaba los ojos, y como mi caballo corría abandonada sobre el borrén la rienda, al cruzar una aldea faltó poco para que atropellase a dos mujeres que caminaban juntas, enterrándose en los lodazales. Gritaron al apartarse sobre un lado del camino, fijándome los ojos asustados: una de aquellas mujeres me reconoció:

—¡Marqués!

Me volví con un gesto de dolorida indiferencia:

—¿Qué quiere usted, señora?

—¿No se acuerda usted de mí?

Y se acercó, descubriéndose un poco la cabeza que se tocaba con una

mantilla de aldeana navarra. Yo vi un rostro arrugado, y unos ojos negros, de mujer enérgica y buena. Quise recordar:

—¿Es usted?…

Y me detuve indeciso. Ella acudió en mi ayuda:

—¡Sor Simona, Marqués!… ¿Parece mentira que no se acuerde?

Yo repetí, desvanecida la memoria:

—Sor Simona…

—¡Si me ha visto cien veces, cuando estábamos en la frontera con el Rey! ¿Pero qué tiene? ¿Está herido?

Por toda respuesta le mostré mi mano lívida, con las uñas azulencas y frías. Ella la examinó un momento, y acabó exclamando con bondadoso ímpetu:

—Usted no puede seguir así, Marqués.

Yo murmuré:

—Es preciso que cumpla una orden del Rey.

—Aunque haya de cumplir cien órdenes. Tengo visto en esta guerra muchos heridos, y le digo que ese brazo no espera… Por lo tanto, que espere el Rey.

Y tomó el diestro de mi caballo para hacerle torcer de camino. En aquella cara arrugada y morena, los ojos negros y ardientes, de monja fundadora, estaban llenos de lágrimas: volviéndose a los soldados, les dijo:

—Venid detrás, muchachos.

Hablaba con ese tono autoritario y enternecido, que yo había escuchado tantas veces, a las viejas abuelas mayorazgas.

AUN cuando el dolor me robaba toda energía, llevado de mis hábitos galantes hice un esfuerzo para apearme. Sor Simona se opuso:

—¡Déjese ir! ¡Déjese ir!

Obedecí, falto de toda voluntad, y entramos por una calle de huertos y casucas bajas, que humeaban en la paz del crepúsculo, esparciendo en el aire el olor de la pinocha quemada. Yo percibía como en un sueño las voces de algunos niños que jugaban, y los gritos furibundos de las madres. Las ramas de un sauce que vertía su copa fuera de la tapia, me dieron en la cara: inclinándome en la silla pasé bajo su sombra húmeda, y nos detuvimos ante una de esas hidalgas casas aldeanas, con piedra de armas sobre la puerta y ancho zaguán donde se

percibe el aroma del mosto, que parece pregonar la generosa abundancia. Estaba en una plaza donde crecía la hierba: en el ámbito desierto resonaba el martillo del herrador, y el canto de una mujeruca que remendaba su refajo. Sor Simona me dijo, mientras me ayudaba a descabalgar:

—Aquí tenemos nuestro retiro, desde que los republicanos quemaron el convento de Abárzuza… ¡La furia que les entró cuando la muerte de su general!

Yo interrogué vagamente:

—¿Qué general?

—¡Don Manuel de la Concha!

Entonces recordé haber oído, no sabía cuándo ni dónde, que la nueva de aquel suceso, una monja disfrazada de aldeana, la llevara a Estella. La monja, para llegar con tiempo, había caminado toda la noche a pie en medio de una tormenta, y al llegar fue tomada por visionaria. Era Sor Simona: ella me lo recordó sonriendo:

—¡Ay, Marqués, creí que aquella noche me fusilaban!

Yo subía, apoyado en su hombro, la ancha escalera de piedra, y delante de nosotros subía la compañera de Sor Simona. Era casi una niña, con los ojos aterciopelados, muy amorosos y dulces. Se adelantó para llamar, y nos abrió la hermana portera:

—¡Deo gracias!

—¡A Dios sean dadas!

Sor Simona me dijo:

—Aquí tenemos nuestro hospital de sangre.

Yo distinguí en el fondo crepuscular de una sala blanca entarimada de nogal, un grupo de mujeres con tocas, sentadas en sillas bajas de enea, haciendo hilas y rasgando vendajes. Sor Simona ordenó:

—Dispongan una cama en la celda donde estuvo Don Antonio Dorregaray.

Dos monjas se levantaron y salieron: una de ellas llevaba a la cintura un gran manojo de llaves. Sor Simona, ayudada por la niña que viniera acompañándola, comenzó a desatar el vendaje de mi brazo:

—Vamos a ver cómo está. ¿Quién le puso estas cañas?

—Un curandero en San Pelayo de Ariza.

—¡Válgame Dios! ¿Le dolerá mucho?

—¡Mucho!

Libre de las ligaduras que me oprimían el brazo, sentí un alivio, y me enderecé con súbita energía:

—Háganme una cura ligera, para que pueda continuar mi camino.

Sor Simona murmuró con gran reposo:

—¡Siéntese!… No hable locuras. Ya me dirá cuál es esa orden del Rey… Si fuese preciso, la llevaré yo misma.

Me senté, cediendo al tono de la monja:

—¿Qué pueblo es este?

—Villarreal de Navarra.

—¿Cuánto dista de Amelzu?

—Seis leguas.

Yo murmuré reprimiendo una queja:

—Las órdenes que llevo son para el cura de Orio.

—¿Qué órdenes son?

—Que me entregue unos prisioneros. Es preciso que hoy mismo me aviste con él.

Sor Simona movió la cabeza:

—Ya le digo que no piense en tales locuras. Yo me encargo de arreglar eso. ¿Qué prisioneros son los que ha de entregarle?

—Dos extranjeros a quienes ha ofrecido quemar por herejes.

La monja rio celebrándolo:

—¡Qué cosas tiene ese bendito!

Yo, reprimiendo una queja, también me reí. Un momento mis ojos encontraron los ojos de la niña, que asustados y compasivos, se alzaban de mi brazo amarillento, donde se veía el cárdeno agujero de la bala. Sor Simona le advirtió en voz baja:

—Maximina, que pongan sábanas de hilo en la cama del señor Marqués.

La niña salió presurosa: Sor Simona me dijo:

—Estaba viendo que rompía a llorar. ¡Es una criatura buena como los ángeles!

Yo sentí el alma llena de ternura por aquella niña de los ojos aterciopelados, compasivos y tristes. La memoria acalenturada, comenzó a repetir unas palabras con terca insistencia:

—¡Es feúcha! ¡Es feúcha! ¡Es feúcha!…

ME acosté con ayuda de un soldado y una vieja criada de las monjas. Sor Simona llegó a poco, y, sentándose a mi cabecera, comenzó:

—He mandado un aviso al alcalde, para que aloje a la gente que usted trae… El médico viene ahora, está terminando la visita en la sala de Santiago.

Yo asentí con apagada sonrisa. Poco después, oíamos en el corredor una voz cascada y familiar, hablando con las monjas que respondían melifluas. Sor Simona murmuró:

—Ya está ahí…

Todavía pasó algún tiempo, hasta que el médico asomó en la puerta, tarareando un zorcico: era un viejo jovial, de mejillas bermejas y ojos habladores, de una malicia ingenua. Deteniéndose en el umbral, exclamó:

—¿Qué hago? ¿Me quito la boina?

Yo murmuré débilmente:

—No, señor.

—Pues no me la quito. Aun cuando no era usted quien debía decidirlo, sino la Madre Superiora… Veamos qué tiene el valiente caporal.

Sor Simona murmuró con severa cortesía de señora antigua:

—Este caporal es el Marqués de Bradomín.

Los ojos alegres del viejo me miraron con atención:

—De oídas le conocía mucho.

Calló inclinándose para examinarme la mano, y comenzando a desatar el vendaje, se volvió un momento:

—Sor Simona, ¿quiere hacerme el favor de aproximar la luz?

La monja acudió solícita. El médico me descubrió el brazo hasta el hombro, y deslizó sus dedos oprimiéndolo: sorprendido levantó la cabeza:

—¿No duele?

Yo respondí con voz apagada:

—¡Algo!

—¡Pues grite! Precisamente hago el reconocimiento para saber dónde duele.

Volvió a empezar, deteniéndose mucho, y mirándome a la cara: bordeando el agujero de la bala me hincó más fuerte los dedos:

—¿Duele aquí?

—Mucho.

Oprimió más, y sintiose un crujido de huesos. Por la cara del médico pasó como una sombra y murmuró dirigiéndose a la monja, que alumbraba inmóvil:

—Están fracturados el cúbito y el radio, y con fractura conminuta.

Sor Simona asintió con los ojos. El médico me bajó la manga cubriéndome cuidadosamente el brazo, y mirándome cara a cara, me dijo:

—Ya he visto que es usted un hombre valiente.

Sonreí con tristeza, y hubo un momento de silencio. Sor Simona dejó la luz sobre la mesa y tornó al borde de mi cama. Yo veía en la sombra las dos figuras atentas y graves. Comprendiendo la razón de aquel silencio les hablé:

—¿Será preciso amputar el brazo?

El médico y la monja se miraron. Leí en sus ojos la sentencia, y solo pensé en la actitud que a lo adelante debía adoptar con las mujeres para hacer poética mi manquedad. ¡Quién la hubiera alcanzado en la más alta ocasión que vieron los siglos! Yo confieso que entonces más envidiaba aquella gloria al divino soldado, que la gloria de haber escrito el Quijote. Mientras cavilaba estas locuras, volvió el médico a descubrirme el brazo, y acabó declarando que la gangrena no consentía esperas. Sor Simona le llamó con un gesto, y apartados en un extremo de la estancia los vi conferenciar en secreto. Después la monja volvió a mi cabecera:

—Hay que tener ánimo, Marqués.

Yo murmuré:

—Lo tengo, Sor Simona.

Y volvió a repetir la buena Madre:

—¡Mucho ánimo!

La miré fijamente y la dije:

—¡Pobre Sor Simona, no sabe cómo anunciármelo!

La monja guardó silencio y la vaga esperanza que yo había conservado hasta entonces, huyó como un pájaro asustado, que vuela en el crepúsculo: yo sentí que era mi alma como viejo nido abandonado. La monja susurró:

—Es preciso tener conformidad con las desgracias que nos manda Dios Nuestro Señor.

Alejose con leve andar, y vino el médico a mi cabecera: un poco receloso le dije:

—¿Ha cortado usted muchos brazos, Doctor?

Sonrió, afirmando con la cabeza:

—Algunos, algunos…

Entraban dos monjas, y se apartó para ayudarlas a disponer sobre una mesa, hilas y vendajes. Yo seguía con los ojos aquellos preparativos, y experimentaba

un goce amargo y cruel, dominando el femenil sentimiento de compasión que nacía en mí ante la propia desgracia. El orgullo, mi gran virtud, me sostenía. No exhalé una queja, ni cuando sajaron la carne, ni cuando serraron el hueso, ni cuando cosieron el muñón. Puesto el último vendaje, Sor Simona murmuró con un fuego simpático en los ojos:

—¡No he visto nunca tanto ánimo!

Y los acólitos que habían asistido al sacrificio, prorrumpieron también en exclamaciones:

—¡Qué valor!

—¡Cuánta entereza!

—¡Y nos pasmábamos del general!

Yo sospeché que me felicitaban, y les dije en voz débil:

—¡Gracias, hijos míos!

Y el médico que se lavaba la sangre de las manos, les advirtió jovial:

—Dejadle que descanse…

Cerré los ojos, para ocultar dos lágrimas que acudían a ellos, y sin abrirlos advertí que la estancia quedaba a oscuras. Después, unos pasos tenues vagaron en torno mío, y no sé si mi pensamiento se desvaneció en un sueño o en un desmayo.

ERA todo silencio en torno mío, y al borde de mi cama una sombra estaba en vela. Abrí los párpados en la vaga oscuridad, y la sombra se acercó solícita: unos ojos aterciopelados, compasivos y tristes, me interrogaron:

—¿Sufre mucho, señor?

Eran los ojos de la niña, y al reconocerlos sentí como si las aguas de un consuelo me refrescasen la aridez abrasada del alma. Mi pensamiento voló como una alondra, rompiendo las nieblas de la modorra, donde persistía la conciencia de las cosas reales, angustiada, dolorida y confusa. Alcé con fatiga el único brazo que me quedaba, y acaricié aquella cabeza, que parecía tener un nimbo de tristeza infantil y divina. Se inclinó besándome la mano, y al incorporarse tenía el terciopelo de los ojos brillante de lágrimas. Yo le dije:

—No tengas pena, hija mía.

Hizo un esfuerzo para serenarse, y murmuró conmovida:

—¡Es usted muy valiente!

Yo sonreí un poco orgulloso de aquella ingenua admiración:

—Ese brazo no me servía de nada.

La niña me miró, con los labios trémulos, abiertos sobre mí sus grandes ojos, como dos florecillas franciscanas de un aroma humilde y cordial. Yo le dije, deseoso de gustar otra vez el consuelo de sus palabras tímidas:

Tú no sabes que si tenemos dos brazos es como un recuerdo de las edades salvajes, para trepar a los árboles, para combatir con las fieras… Pero, en nuestra vida de hoy, basta y sobra con uno, hija mía… Además, espero que esa rama cercenada servirá para alargarme la vida, porque ya soy como un tronco viejo.

La niña sollozó:

—¡No hable usted así, por Dios! ¡Me da mucha pena!

La voz un poco aniñada se ungía con el mismo encanto que los ojos, mientras en la penumbra de la alcoba quedaba indeciso el rostro menudo, pálido, con ojeras. Yo murmuré débilmente, enterrada la cabeza en las almohadas:

—Háblame, hija mía.

Ella repuso ingenua y casi riente, como si pasase por sus palabras una ráfaga de alegría infantil:

—¿Por qué quiere usted que le hable?

—Porque el oírte me hace bien. Tienes la voz balsámica.

La niña repitió, como si buscase en mis palabras un sentido oculto:

—¡La voz balsámica!

Y recogida en su silla de enea, a la cabecera de mi lecho, quedó silenciosa, pasando lentamente las cuentas del rosario. Yo la veía al través de los párpados flojos, hundido en el socavón de las almohadas que parecían contagiarme la fiebre, caldeadas, quemantes. Poco a poco volvieron a cercarme las nieblas del sueño, un sueño ingrávido y flotante, como la sombra de una bandada. Abrí los ojos de pronto, y la niña me dijo:

—Ahora se fue la Madre Superiora. Me ha reñido, porque dice que le fatigo a usted con mi charla, de manera que va usted a estarse muy callado.

Hablaba sonriendo, y en su cara triste y ojerosa, era la sonrisa como el reflejo del sol en las flores humildes, cubiertas de rocío. Recogida en su silla de enea, me fijaba los ojos llenos de sueños tristes. Yo, al verla sentía penetrada el alma de una suave ternura, ingenua como amor de abuelo, que quiere dar calor a sus viejos días consolando las penas de una niña y oyendo sus cuentos. Por oír su voz, le dije.

—¿Cómo te llamas?

—Maximina.

—Es un nombre muy bonito.

Me miró, poniéndose encendida, y repuso risueña y sincera:

—¡Será lo único bonito que tenga!

—Tienes también muy bonitos los ojos.

—Los ojos podrá ser… ¡Pero soy toda yo tan poca cosa!…

—¡Ay!… Adivino que vales mucho.

Me interrumpió muy apurada:

—No señor, ni siquiera soy buena.

Tendí hacia ella mi única mano:

—La niña más buena que he conocido.

—¡Niña!… Una mujer enana, señor Marqués. ¿Cuántos años cree usted que tengo?

Y puesta en pie, cruzaba los brazos ante mí, burlándose ella misma de ser tan pequeña. Yo le dije con amable ironía:

—¡Acaso tengas veinte años!

Me miró muy alegre:

—¡Cómo se burla usted de mí!… Aún no tengo quince años, señor Marqués… ¡Si creí que iba usted a decir doce!… ¡Ay, que le estoy haciendo hablar y no me encargó otra cosa la Madre Superiora!

Sentose muy apurada y se llevó un dedo a los labios, al mismo tiempo que sus ojos demandaban perdón. Yo insistí en hacerla hablar:

—¿Hace mucho que eres novicia?

Ella, sonriente, volvió a indicar el silencio. Después murmuró:

—No soy novicia: soy educanda.

Y sentada en la silla de enea quedó abstraída. Yo callaba, sintiendo sobre mí el encanto de aquellos ojos poblados por los sueños. ¡Ojos de niña, sueños de mujer!

—¡VIVA Dios! ¡Viva el Rey!

Las tropas leales cruzaban la calle batiendo marcha. Se oía el murmullo del pueblo que acudía a verlas. Unos gritaban:

—¡Viva Dios!

Otros gritaban:

—¡Viva el Rey!

Recordé de pronto las órdenes que llevaba y quise incorporarme, pero el dolor del brazo amputado me lo impidió: era un dolor sordo que me fingía tenerlo aún, pesándome como si fuese de plomo. Volviendo los ojos a la novicia le dije con tristeza y burla:

—Hermana Maximina, ¿quieres llamar en mi ayuda a la Madre Superiora?

—No está la Madre Superiora… ¡Si yo puedo servirle!…

La contemplé sonriendo:

—¿Y te atreverías a correr por mí un gran peligro?

La novicia bajó los ojos, mientras en las mejillas pálidas florecían dos rosas:

—Yo, sí.

—¡Tú, mi pobre pequeña!

Callé, porque la emoción embargaba mi voz, una emoción triste y grata al mismo tiempo: yo adivinaba que aquellos ojos aterciopelados y tristes serían ya los últimos que me mirasen con amor. Era mi emoción como la del moribundo que contempla los encendidos oros de la tarde y sabe que aquella tarde tan bella es la última. La novicia levantando hacia mí sus ojos, murmuró:

—No se fije en que soy tan pequeña, señor Marqués.

Yo le dije sonriendo:

—¡A mí me pareces muy grande, hija mía!… Me imagino que tus ojos se abren allá en el cielo.

Ella me miró risueña, al mismo tiempo que con una graciosa seriedad de abuela repetía:

—¡Qué cosas! ¡Qué cosas dice este señor!

Yo callé contemplando aquella cabeza llena de un encanto infantil y triste. Ella, después de un momento, me interrogó con la adorable timidez que hacía florecer las rosas en sus mejillas:

—¿Por qué me ha dicho si me atrevería a correr un peligro?…

Yo sonreí:

—No fue eso lo que te dije, hija mía: te dije si te atreverías a correrlo por mí.

La novicia calló, y vi temblar sus labios que se tornaron blancos. Al cabo de un momento murmuró sin atreverse a mirarme, inmóvil en su silla de enea, con las manos en cruz:

—Por usted también. ¿No es usted mi prójimo?

Yo suspiré:

—Calla, por favor, hija mía.

Y me cubrí los ojos con la mano, en una actitud trágica. Así permanecí mucho tiempo esperando que la niña me interrogase, pero como la niña permanecía muda me decidí a ser el primero en romper aquel largo silencio:

—¡Qué daño me han hecho tus palabras: son crueles como el deber!

La niña murmuró:

—El deber es dulce.

—El deber que nace del corazón, pero no el que nace de una doctrina.

Los ojos aterciopelados y tristes me miraron serios:

—No entiendo sus palabras, señor.

Y después de un momento, levantándose para mullir mis almohadas, murmuró apenada de ver mi ceño adusto:

—¿No quiere decirme qué peligro era ese, señor Marqués?

Yo la miré todavía severo:

—Era un vago hablar, Hermana Maximina.

—¿Y por qué deseaba ver a la Madre Superiora?

—Para recordarle un ofrecimiento que me hizo y del cual se ha olvidado.

Los ojos de la niña me miraron risueños:

—Yo sé cuál es: que se viese con el cura de Orio. ¿Pero quién le ha dicho que se ha olvidado? Hace un momento estuvo aquí para despedirse de usted, y como dormía no quiso despertarle.

La novicia calló para correr a la ventana. De nuevo volvían a resonar en la calle los gritos con que el pueblo saludaba a las tropas leales:

—¡Viva Dios! ¡Viva el Rey!

La novicia tomó asiento en uno de los poyos que flanqueaban la ventana, aquella ventana angosta, de vidrios pequeños v verdeantes, única que tenía la estancia. Yo le dije:

—¿Por qué te vas tan lejos, hija mía?

Ella me respondió:

—Desde aquí también le oigo.

Y me enviaba la piadosa tristeza de sus ojos sentada al borde de la ventana que dejaba ver un camino entre álamos secos y un fondo de montes sombríos manchados de nieve. Como en los siglos medioevales y religiosos llegaban desde la calle las voces del pueblo:

—¡Viva Dios! ¡Viva el Rey!

LA fiebre exaltaba mis pensamientos. Dormíame breves instantes y despertábame con sobresalto, sintiendo aferrada y dolorida la mano del brazo cercenado. Fue para mí todo el día de un afán angustioso y monótono. Sor Simona entró al anochecer, saludándome con aquella voz grave y entera que tenía como una levadura de las rancias virtudes castellanas:

—¿Qué tal van esos ánimos, Marqués?

—Decaídos, Sor Simona.

La monja sacudió bravamente el agua que mojaba su mantilla de aldeana:

—¡Vaya que me ha costado trabajo convencer a ese bendito cura de Orio!…

Yo murmuré débilmente:

—¿Le ha visto?

—De allá vengo… Cinco leguas de camino, y una hora de sermón hasta que me cansé y le hablé fuerte… Tentaciones tuve de cruzarle la cara, y hacer de Infanta Carlota. ¡Dios me lo perdone!… No sé ni lo que hablo: el pobre hombre no había pensado nunca en quemar a los prisioneros, pero quería retenerlos para ver si los convertía. En fin, ya están aquí.

Yo me incorporé en las almohadas:

—Sor Simona, ¿quiere usted hacerlos entrar?

La Madre Superiora se asomó a la puerta y gritó:

—Sor Jimena, que pasen esos señores.

Luego volviendo a mi cabecera, murmuró:

—Se conoce que son personas de calidad. Uno de ellos parece un gigante: el otro es muy joven con cara de niña, y sin duda era estudiante allá en su tierra, porque habla el latín mejor que el cura de Orio.

La Madre Superiora calló poniendo atención a unos pasos lentos y cansados que se acercaban corredor adelante, y quedó esperando vueltos los ojos a la puerta, donde no tardó en asomar una monja llena de arrugas, con tocas muy blancas y un delantal azul:

—Madrecica, esos caballeros venían tan cansados y arrecidos que los he llevado a la cocina para que se calienten unas migajicas. Viera cómo se quedan comiendo unas sopicas de ajo con que les he regalado. Si parece que no habían catado en tres días cosa de sustancia. ¿La Madrecica ha reparado cómo se les

conoce en las manos pulidas ser personas de mucha calidad?

Sor Simona repuso con una sonrisa condescendiente:

—Algo de eso he reparado.

—El uno es temeroso como un alcalde mayor, pero el otro es un bien rebonico zagal para sacarlo en un paso de procesión, con el tontillo de seda y las alicas de pluma, en la mesma guisa que sale el arcángel San Rafael.

La Madre Superiora sonreía oyendo a la monja, cuyos ojos azules y límpidos conservaban un candor infantil entre los párpados llenos de arrugas. Con amable ironía le dijo:

—Sor Jimena, con las sopas de ajo le irá mejor que las alicas de pluma, un trago de vino.

—¡Y tiene razón, Madrecica! Agora voy a encandilarles con él.

Sor Jimena salió arrastrando los pies, encorvada y presurosa. Los ojos de la Madre Superiora la miraron salir llenos de indulgente compasión:

—¡Pobre Sor Jimena, ha vuelto a ser niña!

Después tomó asiento a mi cabecera y cruzó las manos. Anochecía y los vidrios llorosos de la ventana dejaban ver sobre el perfil incierto de los montes, las manchas de la nieve argentadas por la luna. Se oía lejano el toque de una corneta. Sor Simona me dijo:

—Los soldados que vinieron con usted han hecho verdaderos horrores. El pueblo está indignado con ellos y con los muchachos de una partida que llegó ayer. Al escribano Acuña le han dado cien palos por negarse a desfondar una pipa y convidarlos a beber, y a Doña Rosa Pedrayes la han querido emplumar porque su marido, que murió hace veinte años, fue amigo de Espartero. Cuentan que han subido los caballos al piso alto, y que en las consolas han puesto la cebada para que comiesen. ¡Horrores!

Seguía oyéndose el toque vibrante y luminoso de la corneta que parecía dar sus notas al aire como un despliegue de bélicas banderas. Yo sentí alzarse dentro de mí el ánimo guerrero, despótico y feudal, que haciéndome un hombre de otros tiempos, hizo en estos mi desgracia. ¡Soberbio Duque de Alba! ¡Glorioso Duque de Sesa, de Terranova y Santangelo! ¡Magnífico Hernán Cortés!: Yo hubiera sido alférez de vuestras banderas en vuestro siglo: yo siento también que el horror es bello, y amo la púrpura gloriosa de la sangre y el saqueo de los pueblos, y a los viejos soldados crueles, y a los que violan doncellas, y a los que incendian mieses, y a cuantos hacen desafueros al amparo del fuero militar. Alzándome en las almohadas se lo dije a la monja:

—Señora, mis soldados guardan la tradición de las lanzas castellanas, y la tradición es bella como un romance y sagrada como un rito. Si a mí vienen con sus quejas, así se lo diré a esos honrados vecinos de Villarreal de Navarra.

Yo vi en la oscuridad que la monja se enjugaba una lágrima: con la voz emocionada, me habló:

—Marqués, yo también se lo dije así… No con esas palabras, que no sé hablar con tanta elocuencia, pero sí en el castellano claro de mi tierra. ¡Los soldados deben ser soldados, y la guerra debe ser guerra!

En esto la otra monja llena de arrugas, risueña bajo sus tocas blancas y almidonadas, abrió la puerta tímidamente y asomó con una luz, pidiendo permiso para que entrasen los prisioneros. A pesar de los años reconocí al gigante: era aquel príncipe ruso que provocara un día mi despecho, cuando allá en los países del sol, quiso seducirle la Niña Chole. Viendo juntos a los dos prisioneros, lamenté más que nunca no poder gustar el bello pecado, regalo de los dioses y tentación de los poetas. En aquella ocasión hubiera sido mi botín de guerra y una hermosa venganza, porque era el compañero del gigante el más admirable de los efebos. Considerando la triste aridez de mi destino suspiré resignado. El efebo me habló en latín, y en sus labios el divino idioma evocaba el tiempo feliz en que otros efebos, sus hermanos, eran ungidos y coronados de rosas por los emperadores:

—Señor, mi padre os da las gracias.

Con aquella palabra padre, alta y sonora, era también como sus hermanos nombraban a los emperadores. Yo le dije enternecido:

—¡Que los dioses te libren de todo mal, hijo mío!

Los dos prisioneros se inclinaron. Al verlos partir recordé a la niña de los ojos aterciopelados y tristes, y lamenté con un suspiro que no tuviese las formas gráciles de aquel efebo.

TODA la noche estuvo oyéndose con grandes intervalos, lejano tiroteo de fusilería. Al amanecer comenzaron a llegar heridos, y supimos que la facción alfonsina ocupaba el Santuario de San Fornesio. Los soldados cubiertos de lodo exhalaban un vaho húmedo de los ponchos: bajaban sin formación por los caminos del monte: desanimados y recelosos, murmuraban que habían sido

vendidos.

Yo había obtenido permiso para levantarme, y con la frente apoyada en los cristales de la ventana contemplaba los montes envueltos en la cortina cenicienta de la lluvia. Me sentía muy débil, y al verme en pie con mi brazo cercenado, confieso que era grande mi tristeza. Exaltábase mi orgullo, y sufría presintiendo el goce de mis enemigos, esa facción de quien no hablo en mis memorias por no inmortalizarla. Pasé todo el día en sombrío aburrimiento, sentado en uno de los poyos que guarnecían la ventana. La niña de los ojos aterciopelados y tristes me hizo compañía largos ratos. Una vez le dije:

—Hermana Maximina, ¿qué bálsamo me traes?

Ella, sonriendo llena de timidez, vino a sentarse en el otro poyo de la ventana. Yo cogí sus manos y comencé a decirle:

—Hermana Maximina, tú eres dueña de tres bálsamos: uno lo dan tus palabras, otro tus sonrisas, otro tus ojos de terciopelo…

Con la voz apagada y un poco triste, le hablaba de esta suerte, como a una niña que quisiese distraer con un cuento de hadas. Ella me respondía:

—No le creo a usted, pero me gusta mucho oírle… ¡Sabe usted decir todas las cosas como nadie sabe!…

Y toda roja enmudecía. Después limpiaba los cristales empañados, y mirando al huerto quedábase abstraída. El huerto era triste: bajo los árboles crecía esa hierba espontánea y humilde de los cementerios, y la lluvia goteaba del ramaje sin hojas, negro, adusto. En el brocal del pozo saltaban esos pájaros gentiles que llaman de las nieves, y al pie de la tapia balaba una oveja tirando de la jareta que la sujetaba, y por el fondo nublado del cielo iba una bandada de cuervos. Yo repetí en voz baja:

—¡Hermana Maximina!

Volviose lentamente, como una niña enferma a quien ya no alegran los juegos:

—¿Qué mandaba usted, señor Marqués?

En sus ojos de terciopelo parecía haber quedado toda la tristeza del paisaje. Yo le dije:

—Hermana Maximina, se abren las heridas de mi alma, y necesito alguno de tus bálsamos. ¿Cuál quieres darme?

—El que usted quiera.

—Quiero el de los ojos.

Y se los besé paternalmente. Ella batió muchas veces los párpados y quedó

seria, contemplando sus manos delicadas y frágiles de princesa infantil. Yo sentía que una profunda ternura me llenaba el alma con voluptuosidad nunca gustada. Era como si un perfume de lágrimas se vertiese en el curso de las horas felices. Volví a murmurar:

—Hermana Maximina…

Y ella, sin alzar la cabeza, respondió con la voz vaga y dolorosa:

—Diga, señor Marqués.

—Digo que eres avara de tus tesoros. ¿Por qué no me miras? ¿Por qué no me hablas? ¿Por qué no me sonríes, Hermana Maximina?

Levantó los ojos, tristes y lánguidos como suspiros:

—Estaba pensando que lleva usted muchas horas a pie. ¿No le hará a usted daño?

Yo tomé sus dos manos y la atraje hacia mí:

—No me hará daño si me haces el don de tus bálsamos.

Por primera vez la besé en los labios: estaban helados. Entonces olvidé el tono sentimental y con el fuego de los años juveniles le dije:

—¿Serías capaz de quererme?

Ella se estremeció sin responder. Yo volví a repetir:

—¿Serías capaz de quererme, con tu alma de niña?

—Sí… ¡Le quiero! ¡Le quiero!

Y se arrancó de mis brazos demudada y trémula como si tuviese ante ella un espectro. Huyó y no volví a verla en todo aquel día. Sentado en el poyo de la ventana permanecí mucho tiempo. La luna se levantaba sobre los montes en un cielo anubarrado y fantástico. El huerto estaba oscuro: la casa en santa paz. Sentí que a mis párpados acudía el llanto: era la emoción del amor, que da una profunda tristeza a las vidas que se apagan. Como la mayor ventura soñé que aquellas lágrimas fuesen enjugadas por la niña de los ojos aterciopelados y tristes. El murmullo del rosario que rezaban las monjas en comunidad, llegaba hasta mí como un eco de aquellas almas humildes y felices que cuidaban a los enfermos cual a los rosales de su huerto, y amaban a Dios Nuestro Señor. Por la sombra del cielo iba la luna sola, lejana y blanca como una novicia escapada de su celda.

¡Era la Hermana Maximina!

DESPUÉS de una noche en lucha con el pecado y el insomnio, nada purifica el alma como bañarse en la oración y oír una misa al rayar el día. La oración entonces es también un rocío matinal y la calentura del infierno se apaga con él. Yo como he sido un gran pecador, aprendí esto en los albores de mi vida, y en aquella ocasión no podía olvidarlo.

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Me levanté al oír el esquilón de las monjas, y arrodillado en el presbiterio, tiritando bajo mi tabardo de soldado, atendí la misa que celebró el capellán. Algunos mocetones flacos, envueltos en mantas y con las frentes vendadas, se perfilaban en la sombra de uno y de otro muro, arrodillados sobre las tarimas. En el ámbito oscuro resonaban las toses cavadas y tísicas, apagando el murmullo del latín litúrgico. Terminada la misa, salí al patio que mostraba su enlosado luciente por la lluvia. Los soldados convalecientes paseaban: la fiebre les había descarnado las mejillas y hundido los ojos: a la luz del amanecer parecían espectros: casi todos eran mozos aldeanos enfermos de fatiga y de nostalgia. Herido en batalla solo había uno: yo me acerqué a conversar con él: viéndome llegar se cuadró militarmente. Le interrogué:

—¿Qué hay, muchacho?

—Aquí, esperando que me echen a la calle.

—¿Dónde te han herido?

—En la cabeza.

—Te pregunto en qué acción.

—Un encuentro que tuvimos cerca de Otaiz.

—¿Qué tropas?

—Nosotros solos contra dos compañías de Ciudad Rodrigo.

—¿Y quiénes sois vosotros?

—Los muchachos del Fraile. Yo era la primera vez que entraba en fuego.

—¿Y quién es el Fraile?

—Uno que estaba en Estella.

—¿Fray Ambrosio?

—Creo que ese.

—¿Pues tú no le conoces?

—No señor. Quien nos mandaba aquel día era Miguelucho. El Fraile decían que estaba herido.

—¿Tú no eras de la partida?

—No señor. A mí, junto con otros tres, me habían cogido al pasar por Omellín.

—¿Y os obligaron a seguirlos?

—Sí, señor. Hacían leva.

—¿Y cómo se ha batido la gente del Fraile?

—A mi parecer bien. Les hemos tumbado siete a los del pantalón encarnado. Los esperamos ocultos en un ribazo del camino: venían muy descuidados cantando…

El muchacho se interrumpió. Oíase lejano clamoreo de femeniles voces asustadas. Las voces corrían la casa clamando:

—¡Qué desgracia!

—¡Virgen Santísima!

—¡Divino Jesús!

El clamoreo se apagó de pronto: la casa volvió a quedar en santa paz. Los soldados hicieron comentarios y el suceso obtuvo distintas versiones. Yo me paseaba bajo los arcos y sin poner atención oía frases desgranadas que apenas bastaban a enterarme: hablaban en este corro de una monja muy vieja y encamada que había prendido fuego a las cortinas de su lecho, y en aquel otro de una novicia muerta en su celda, al pie del brasero. Fatigado del paseo bajo los arcos donde el viento metía la lluvia, me dirigí hacia mi estancia. En uno de los corredores hallé a Sor Jimena:

—¿Hermana, qué ha ocurrido para esos lloros?

La monja vaciló un momento, y luego repuso sonriendo candorosa:

—¿Cuáles lloros?… ¡Ay, nada sabía!… Ocupadica en repartir un rancho a los chicarros. ¡Virgen del Carmen, da pena ver cómo vienen los pobreticos!

No quise insistir y fui a encerrarme en mi celda. El sol matinal, un sol pálido de invierno, temblaba en los cristales de aquella ventana angosta que dejaba ver un camino entre álamos secos, y un fondo de montes sombríos manchados de nieve. Los soldados seguían llegando diseminados. Las monjas reunidas en el huerto los recibían con amorosa solicitud y les curaban, después de lavarles las heridas con aguas milagrosas. Yo percibía el sordo murmullo de las voces dolientes y rencorosas: todos murmuraban que habían sido vendidos. Presentí entonces el fin de la guerra, y contemplando aquellas cumbres adustas de donde bajaban las águilas y las traiciones, recordé las palabras de la Señora:

—¡Que no se diga de los caballeros españoles, que habéis ido a lejanas tierras en busca de una princesa, para vestirla de luto!

—¡ME alegro de verle con tantos bríos!

Volví la cabeza con disgusto, y en la puerta de la estancia descubrí a Sor Simona. No había reconocido la voz, tal era su mudanza. La monja, clavándome los ojos negros y autoritarios, me dijo:

—Señor Marqués, vengo a comunicarle una grata noticia.

Hizo una pausa, con ánimo de dar más importancia a sus palabras, y sin adelantar un paso, inmóvil en la puerta, prosiguió:

—El médico le ha dado de alta, y puede usted ponerse en camino sin peligro alguno.

Sorprendido miré a la monja, queriendo adivinar sus pensamientos, pero aquel rostro permaneció impenetrable, envuelto en la sombra de las tocas. Lentamente, superando el tono altanero con que la monja me hablara, le dije:

—¿Cuándo debo partir?

—Cuando usted quiera.

Sor Simona mostró intención de alejarse y con un gesto la detuve:

—Escuche usted, señora.

—¿Qué se le ofrece?

—Deseo decirle adiós a la niña que me acompañó en estos días tan tristes.

—Esa niña está enferma.

—¿Y no puedo verla?

—No: las celdas son clausura.

Ya había traspuesto el umbral, cuando volviendo resuelta sobre sus pasos entró de nuevo en la estancia y cerró la puerta. Con la voz vibrante de cólera y embargada de pena, me dijo:

—Ha cometido usted la mayor de sus infamias, enamorando a esa niña.

Confieso que aquella acusación solo despertó en mi alma un remordimiento dulce y sentimental:

—Sor Simona, ¿imagina usted que con los cabellos blancos y un brazo de menos aún se puede enamorar?

La monja me clavó los ojos, que bajo los párpados llenos de arrugas fulguraban apasionados y violentos:

—A una niña que es un ángel, sí. Comprendiendo que por su buen talle ya no

puede hacer conquistas, finge usted una melancolía varonil que mueve a lástima el corazón. ¡Pobre hija, me lo ha confesado todo!

Yo repetí, inclinando la cabeza:

—¡Pobre hija!

Sor Simona retrocedió dando un grito:

—¡Lo sabía usted!

Sentí estupor y zozobra. Una nube pesada y negra envolvió mi alma, y una voz sin eco y sin acento, la voz desconocida del presagio, habló dentro de ella. Sentí terror de mis pecados como si estuviese próximo a morir. Los años pasados me parecieron llenos de sombras, como cisternas de aguas muertas. La voz de la corazonada repetía implacable dentro de mí aquellas palabras ya otra vez recordadas con terca insistencia. La monja juntando las manos clamó con creciente horror:

—¡Lo sabía usted!

Y su voz embargada por el espanto de mi culpa me estremeció. Parecíame estar muerto y escucharla dentro del sepulcro, como una acusación del mundo. El misterio de los dulces ojos aterciopelados y tristes era el misterio de mis melancolías en aquellos tiempos, cuando fui galán y poeta. Ojos queridos, yo los había amado porque encontraba en ellos los suspiros románticos de mi juventud, las ansias sentimentales que al malograrse me dieron el escepticismo de todas las cosas, con la perversión melancólica y donjuanesca que hace las víctimas y llora con ellas. Las palabras de la monja, repetidas incesantemente, parecían caer sobre mí como gotas de un metal ardiente:

—¡Lo sabía usted!

Yo guardaba un silencio sombrío. Hacía mentalmente examen de conciencia, queriendo castigar mi alma con el cilicio del remordimiento, y este consuelo de los pecadores arrepentidos también huyó de mí. Pensé de pronto que no podía compararse mi culpa con la culpa de nuestro origen, y lamenté con lágrimas que los padres no pudiesen hacer en todos los tiempos la felicidad de sus hijas. La monja, con las manos juntas y el acento de horror y de duda, repetía sin cesar:

—¡Lo sabía usted! ¡Lo sabía usted!

Y de pronto clavándome los ojos ardientes y fanáticos, hizo la señal de la cruz y estalló en maldiciones. Yo, como si fuere el diablo, salí de la estancia. Bajé al patio donde estaban algunos soldados de mi escolta conversando con los vencidos, y di orden de tocar botasillas. Poco después el clarín alzaba su canto animoso y dominador como el de un gallo. Las diez lanzas de mi escolta se

juntaron en la plaza: regidos por sus jinetes piafaban los caballos ante el blasonado portón. Al montar eché mi brazo tan de menos que sentí un profundo desconsuelo, y buscando el bálsamo de aquellos ojos aterciopelados miré a las ventanas, pero las angostas ventanas de montante donde temblaba el sol de la mañana, permanecieron cerradas. Requerí las riendas y sumido en tristes pensamientos cabalgué al frente de mis lanzas. Al remontar un cerro me volví enviando el último suspiro al viejo caserón donde había encontrado el más bello amor de mi vida. En los cristales de una ventana vi temblar el reflejo de muchas luces, y el presentimiento de aquella desgracia que las monjas habían querido ocultar, cruzó por mi alma con un vuelo sombrío de murciélago. Abandoné las riendas sobre el borrén, y me cubrí los ojos con la mano para que mis soldados no me viesen llorar. En aquel sombrío estado de dolor, de abatimiento y de incertidumbre, a la memoria acalenturada volvían con terca insistencia unas palabras pueriles:

—¡Es feúcha! ¡Es feúcha! ¡Es feúcha!

¡FUE aquella la más triste jornada de mi vida! Mis dolores y mis pensamientos no me daban un instante de paz. La fiebre tan pronto me abrasaba como me estremecía, haciéndome chocar diente con diente. Algunas veces un confuso delirio me embargaba, y las ideas quiméricas, funambulescas, ingrávidas se trasmudaban con angustioso devaneo de pesadilla. Cuando al anochecer entramos por las calles de Estella, yo apenas podía tenerme sobre el caballo, y al apearme faltó poco para que diese en tierra.

Me alojé en casa de dos señoras viejas y devotas, primas del famoso Don Miguel Arizcun. Conservo vivo el recuerdo de aquellas damas vestidas con hábito de estameña, del rostro marchito y de las manos flacas, del andar sin ruido y de la voz monjil. Me atendieron con amorosa solicitud dándome caldos con vino generoso, y a cada momento entornaban la puerta de la estancia por mirar si yo dormía o deseaba alguna cosa. Cerrada ya la noche, y a continuación de fuertes aldabonazos que resonaron en toda la casa, una de aquellas damas entró algo asustada:

—¡Señor Marqués, aquí le buscan!

Un hombre de aventajado talle, con la frente vendada y el tabardo sobre los

hombros se destacaba en la puerta de mi alcoba. Su voz levantose grave como en un responso:

—¡Saludo al ilustre prócer y deploro su desgracia!

Era Fray Ambrosio y el verle no dejó de regocijarme. Adelantose haciendo sonar las espuelas y con la diestra en la sien para contener un tanto el temblor de la cabeza. La señora le advirtió meliflua al mismo tiempo que saludaba para retirarse:

—Procure no cansar al enfermo y háblele bajito.

El exclaustrado asintió con un gesto. Quedamos solos tomó asiento a mi cabecera y comenzó a mascullar rancias consideraciones:

—¡Válgame Dios!… Después de haber corrido tanto mundo y tantos peligros, venir a perder un brazo en esta guerra, que no es guerra… No sabemos ni dónde está la desgracia^ ni dónde está la fortuna, ni dónde está la muerte… No sabemos nada. ¡Dichoso aquel a quien la última hora no le coge en pecado mortal!…

Yo divertía mis dolores oyendo estas pláticas del fraile guerrillero: adivinaba su intención de edificarme con ellas, y no podía menos de sentir el retozo de la risa. Fray Ambrosio, al verme exangüe y demacrado por la fiebre, habíame juzgado en trance de muerte y le complacía deponer por un momento sus fieros de soldado para encaminar al otro mundo el alma de un amigo que moría por la Causa. Aquel fraile lo mismo libraba batallas contra la facción alfonsista que contra la facción de Satanás. Habíasele corrido la venda que a modo de turbante llevaba sobre el cano entrecejo, y mostraba los labios sangrientos de una cuchillada que le hendía la frente. Yo gemí sepultado entre las almohadas, y le dije con la voz moribunda y burlona:

—Fray Ambrosio, todavía no me ha referido usted sus hazañas ni cómo recibió esa herida.

El fraile se puso en pie: tenía el aspecto fiero de un ogro, y naturalmente, a mí me divertía al igual que los ogros de los cuentos:

—¿Cómo he recibido esta herida?… ¡Sin gloria como usted la suya!… ¿Hazañas?… Ya no hay hazañas, ni guerra, ni otra cosa más que una farsa. Los generales alfonsistas huyen delante de nosotros y nosotros delante de los generales alfonsistas. Es una guerra para conquistar grados y vergüenzas. Acuérdese de lo que le digo: terminará con una venta, como la otra. Hay en el campo alfonsista muchos generales capaces para esas tercerías. ¡Hoy se conquistan así los tres entorchados!

Calló de mal talante, luchando por ajustarse la venda: las manos y la cabeza temblábanle por igual. El cráneo, desnudo y horrible, recordaba el de esos gigantescos moros que se incorporan chorreando sangre bajo el caballo del Apóstol. Yo le dije con una sonrisa:

—Fray Ambrosio, estoy por decir que me alegro de que no triunfe la Causa.

Me miró lleno de asombro:

—¿Habla sin ironía?

—Sin ironía.

Y era verdad. Yo hallé siempre más bella la majestad caída que sentada en el trono, y fui defensor de la tradición por estética. El carlismo tiene para mí el encanto solemne de las grandes catedrales, y aun en los tiempos de la guerra, me hubiera contentado con que lo declarasen monumento nacional. Bien puedo decir sin jactancia que como yo pensaba también el Señor. El fraile guerrillero abría los brazos y desencadenaba el trueno de su voz:

—¡La Causa no triunfará porque hay muchos traidores!

Quedó un momento silencioso y ceñudo, con la venda entre las manos, mostrando la temerosa cuchillada que le hendía la frente. Yo volví a interrogarle:

—En fin, sepamos cómo ha recibido esa herida, Fray Ambrosio.

Trató otra vez de ponerse la venda al mismo tiempo que barboteaba:

—No sé… No me acuerdo…

Yo le miré sin comprender. El fraile estaba en pie al borde de mi cama: sus manos de esqueleto desgarraban la venda, y en la vaga oscuridad albeaba el cráneo desnudo y temblón: la sombra cubría la pared. De pronto, arrojando al suelo la venda convertida en hilachas, exclamó:

—¡Señor Marqués, nos conocemos! Usted sabe muy bien cómo recibí esta herida y me lo pregunta por mortificarme.

Al oírle me incorporé en las almohadas y le dije con altivo desdeño:

—Fray Ambrosio, he sufrido demasiado en estos días para perder el tiempo ocupándome de usted.

Arrugó el entrecejo e inclinó la cabeza:

—¡Es verdad!… También ha tenido lo suyo… Pues esta herida me la ha causado ese ladrón de Miguelucho. ¡Un traidor que se alzó con el mando de la partida…! La deuda contraída yo la pagaré como pueda… Crea que el exabrupto de aquella noche me pesa. En fin, ya no hay que hacerle… El señor Marqués de Bradomín, afortunadamente, sabe comprender todas las cosas…

Yo le interrumpí:

—Y disculparlas, Fray Ambrosio.

Su cólera acabó en abatimiento, y suspirando dejose caer en el sillón que había a mi cabecera. Al cabo de algún tiempo, mientras se registraba bajo el tabardo, comenzó:

—¡Lo he dicho siempre!… El primer caballero de España… Pues aquí le entrego cuatro onzas. Supongo que el ilustre prócer no querrá ver la ley del oro… Dicen que eso es de judaizantes.

Del aforro del tabardo había sacado el dinero envuelto en un papel manchado de rapé, y reía con aquella risa jocunda que recordaba los vastos refectorios conventuales. Yo le dije con nobleza:

—Fray Ambrosio, diga usted una misa con esas cuatro onzas.

La boca negra del fraile abriose sonriente:

—¿Por qué intención?

—Por el triunfo de la Causa.

Habíase alzado del sillón, mostrando talante de poner término a la visita. Yo le fijaba los ojos desde el fondo de las almohadas, y guardaba un silencio burlón, porque le veía vacilar. Al cabo me dijo:

—Tengo que trasmitirle un ruego de aquella dama…

Le interrumpí:

—Desde que usted entró, lo había adivinado.

—Ya lo sé… Pues bien, sin que haya dejado de quererle, le suplica que no intente verla…

Sorprendido y violento me incorporé en las almohadas. Recordaba la otra celada que me había tendido aquel fraile, y juzgué sus palabras un nuevo engaño. Con orgulloso menosprecio se lo dije:

—No puede engañárseme dos veces, Fray Ambrosio.

Y le señalé la puerta. Quiso replicar, pero yo sin responder una sola palabra, repetí el mismo gesto imperioso. Salió amenazador y brusco, barboteando amenazas. El rumor se extendió por toda la casa, y las dos señoras se asomaron a la puerta, cándidamente asustadas.

DORMÍ toda la noche con sueño reparador y feliz. Las campanas de una iglesia vecina me despertaron a la madrugada, y algún tiempo después las

dos señoras que me atendían asomaron a la puerta de mi alcoba tocadas con sus mantillas, el rosario arrollado a la muñeca y el devocionario entre ambas manos: la voz, el ademán y el vestido eran iguales en las dos hermanas: me saludaron con esa unción de las solteronas devotas:

—¿Cómo ha pasado la noche, señor Marqués?

—Muy bien, señoras mías.

—¿Ya se halla con más ánimo?

—Con más ánimo que tuve nunca.

—Eso es bueno…

Las dos señoras sonreían con una sonrisa pueril y meliflua que parecía extenderse en la sombra mística de las mantillas, sujetas al peinado con grandes alfilerones de azabache. Yo murmuré:

—¿Van ustedes a misa?

—No, que venimos.

—¿Qué se cuenta por Estella?

—¡Qué quiere que se cuente…!

Las dos voces sonaban acordadas como en una letanía, y la media luz de la alcoba parecía aumentar su dejo monjil. Yo me decidí a interrogar sin rebozo:

—¿Saben cómo sigue el Conde de Volfani?

Se miraron, y creo que el rubor tiñó sus rostros marchitos. Hubo una laguna de silencio, y la más joven salió de mi alcoba obediente a un gesto de su hermana, que desde hacia cuarenta años velaba por su inocencia. En la puerta se volvió con esa sonrisa candorosa y rancia de las solteronas intactas:

—¡Me alegro de la mejoría, señor Marqués!

Y con pulcro y recatado andar desapareció en la sombra del corredor. Yo, aparentando indiferencia, seguí la plática con la otra señora:

—Volfani es como un hermano para mí. El mismo día que salimos sufrió un accidente y no he vuelto a saber nada.

La señora suspiró:

—¡Sí!… Pues no ha recobrado el conocimiento. A mí quien me da mucha pena es la Condesita: cinco días con cinco noches pasó a la cabecera de su marido cuando le trajeron… ¡Y ahora dicen que le cuida y le sirve con un cariño!

Confieso que me llenó de asombro y de tristeza el amor casi póstumo que mostraba por su marido María Antonieta. ¡Cuántas veces en aquellos días contemplando mi brazo cercenado y dándome a soñar, había creído que la sangre de mi herida y el llanto de sus ojos caían sobre nuestro amor de pecado y lo

purificaban! Yo había sentido el ideal consuelo de que su amor de mujer se trasmudaba en un amor franciscano, exaltado y místico. Con celoso palpitar, murmuré:

—¿Y no ha mejorado el Conde?

—Mejorado sí, pero quedose como un niño: le visten, le sientan en un sillón y allí se pasa el día. Dicen que no conoce a nadie.

La señora, al tiempo de hablar, despojábase de la mantilla, y la doblaba cuidadosamente para clavar luego en ella los dos alfilerones de cabeza negra: viéndome silencioso juzgó que debía despedirse:

—Hasta luego, señor Marqués. Si desea alguna cosa no tiene más que llamar.

Al salir se detuvo en la puerta, prestando atención a un rumor de pasos que se acercaba. Miró hacia afuera, y enterada me habló:

—Le dejo en buena compañía. Aquí tiene a Fray Ambrosio.

Sorprendido, me incorporé en las almohadas. El exclaustrado entró barboteando:

—No debía volver a pisar esta casa, después de la manera como fui afrentado por el ilustre prócer… Pero cuando se trata de un amigo todo lo perdona este indigno Fray Ambrosio.

Yo le alargué la mano:

—No hablemos de ello. Ya conozco la conversión de nuestra Condesa de Volfani.

—¿Y qué dice ahora? ¿Comprende que este pobre fraile no merecía ayer sus arrogancias marquesiles?… Yo solo era un emisario, un humildísimo emisario.

Fray Ambrosio me oprimía la mano hasta hacerme crujir los huesos. Yo volví a repetir:

—No hablemos de ello.

—Sí que hemos de hablar. ¿Dudará todavía que tiene en mí un amigo?

El momento era solemne y lo aproveché para libertar mi mano y llevarla al corazón:

—¡Jamás!

El fraile se irguió:

—He visto a la Condesa.

—¿Y qué dice nuestra Santa?

—Dice que está dispuesta a verle una sola vez para decirle adiós.

En vez de alegría sentí como si una sombra de tristeza cubriese mi alma, al conocer la resolución de María Antonieta. ¿Era acaso el dolor de presentarme

ante sus bellos ojos despoetizado, con un brazo de menos?

APOYADO en el brazo del fraile dejé mi hospedaje para ir a la Casa del Rey. Un sol pálido abría jirones en las nubes plomizas, y comenzaba a derretir la nieve que desde algunos días marcaba su blanca estela al abrigo de los paredones sombríos. Yo caminaba silencioso: con romántica tristeza evocaba la historia de mis amores, y gustaba el perfume mortuorio de aquel adiós que iba a darme María Antonieta. El fraile me había dicho que por un escrúpulo de santa no quería verme en su casa, y que esperaba encontrarme en la Casa del Rey. Yo, por otro escrúpulo, había declarado suspirando que si acudía a donde ella estaba, no era por verla sino por presentar mis respetos a la Señora.

Al entrar en la saleta temí que a los ojos me acudiese el llanto: recordaba aquel día, cuando al besar la mano alba y real de azules venas, sentí con ansias de paladín el deseo de consagrar mi vida a la Señora. Por primera vez gusté ante mi fea manquedad, un orgulloso y altivo consuelo: el consuelo de haber vertido mi sangre por aquella princesa pálida y santa como una princesa de leyendas, que rodeada de sus damas bordaba escapularios para los soldados de la Causa. Al entrar yo, algunas damas se pusieron en pie cual solían cuando entraban los eclesiásticos de respeto. La Señora me dijo:

—He tenido noticia de tu desgracia, y no sabes cuánto he rezado por ti. ¡Dios ha querido que salvases la vida!…

Me incliné profundamente:

—Dios no ha querido concederme el morir por vos.

Las damas se limpiaron los ojos, emocionadas de oírme. Yo sonreí tristemente, considerando que aquella era la actitud que a lo adelante debía adoptar con las mujeres para hacer poética mi manquedad. La Reina me dijo con noble entereza:

—Los hombres como tú no necesitan de los brazos, les basta con el corazón.

—¡Gracias, Señora!

Hubo breves momentos de silencio, y un señor obispo que estaba presente, murmuró en voz baja:

—Dios Nuestro Señor ha permitido que conservase la mano derecha, que es la de la pluma y la de la espada.

Las palabras del prelado movieron un murmullo de admiración entre las damas. Me volví, y mis ojos tropezaron con los ojos de María Antonieta: un vapor de lágrimas los abrillantaba. La saludé con leve sonrisa, y ella permaneció seria mirándome fijamente. El prelado se acercó con gesto pastoral y benévolo:

—¿Habrá sufrido mucho nuestro querido Marqués?

—Un poco, señor.

Su Ilustrísima entornó los párpados con grave pesadumbre:

—¡Válganos Dios!

Las damas suspiraron: solo permaneció muda y serena Doña Margarita: su corazón de princesa le decía que para mi altivez era lo mismo compadecerme que humillarme. El prelado continuó:

—Ahora que forzosamente ha de tener algún descanso, debía escribir un libro de su vida.

La Reina me dijo sonriendo:

—Bradomín, serían muy interesantes tus memorias.

Y gruñó la Marquesa de Tor:

—Lo más interesante no lo diría.

Yo repuse inclinándome:

—Diría solo mis pecados.

La Marquesa de Tor, mi tía y señora, volvió a gruñir, pero no entendí sus palabras. Y continuó el prelado en tono de sermón:

—¡Se cuentan cosas verdaderamente extraordinarias de nuestro ilustre Marqués! Las confesiones, cuando son sinceras, encierran siempre una gran enseñanza: recordemos las de San Agustín. Cierto que muchas veces nos ciega el orgullo y hacemos en esos libros ostentación de nuestros pecados y de nuestros vicios: recordemos las del impío filósofo de Ginebra. En tales casos la clara enseñanza que suele gustarse en las confesiones, el limpio manantial de su doctrina se enturbia…

Las damas, distraídas del sermón, se hablaban en voz baja de tiempo en tiempo.

María Antonieta, un poco alejada, mostrábase absorta en su labor y guardaba silencio. La plática del prelado solo a mí parecía edificar, y como no soy egoísta, supe sacrificarme por las damas, y humildemente interrumpirla:

—Yo no aspiro a enseñar, sino a divertir. Toda mi doctrina está en una sola fiase: ¡Viva la bagatela! Para mí haber aprendido a sonreír es la mayor conquista de la Humanidad.

Hubo un murmullo regocijado y burlesco, poniendo en duda que por largos siglos hubiesen sido todos los hombres absolutamente serios, y que hay épocas enteras durante las cuales ni una sonrisa célebre recuerda la Historia. Yo quise convencer:

—La Biblia nos muestra siempre ceñudos a los patriarcas y a los profetas, sin una sola sonrisa.

El prelado recogiose los hábitos con empaque doctoral, y en ese tono agresivo y sonriente que suelen adoptar los teólogos en las controversias de los seminarios, comenzó:

—Es probable, casi seguro, que los patriarcas y los profetas no hayan dicho viva la bagatela, como nuestro ilustre Marqués…

Yo le interrumpí:

—Sin embargo, cuando llegaba la ocasión cantaban, bailaban y tocaban el arpa.

Su Ilustrísima soltó los hábitos y alzó los brazos al cielo:

—Señor Marqués de Bradomín, procure no condenarse por bagatela. En el infierno debió haberse sonreído siempre.

Yo iba a replicar, pero me miraron severos los ojos de la Reina.

LA Marquesa de Tor, con el gesto familiar y desabrido que solían adoptar para hablarme todas mis viejas y devotas tías, me llamó al hueco de un balcón:

—No esperaba verte aquí… Ya te estás marchando.

Yo murmuré sentimental:

—Quisiera obedecerte, pero el corazón me lo impide.

—No soy yo quien te lo manda, sino esa pobre criatura. Y con la mirada me mostró a María Antonieta. Yo suspiré cubriéndome los ojos con la mano:

—¿Y esa pobre criatura puede negarse a decirme adiós, cuando es por toda la vida?

Mi noble tía dudó: bajo sus arrugas y su gesto adusto conservaba el candor sentimental de todas las viejas que fueron damiselas en el año treinta:

—¡Xavier, no intentes separarla de su marido!… ¡Xavier, tú mejor que nadie debes comprender su sacrificio!… ¡Ella quiere ser fiel a esa sombra detenida por

un milagro delante de la muerte!…

La anciana señora me decía esto emocionada y dramática, con mi mano entre las suyas amojamadas. Yo repuse en voz baja, temeroso de que la emoción me anudase la garganta:

—¿Qué mal puede haber en que nos digamos adiós? ¡Si ha sido ella quien lo quiso!…

—Porque tú lo exigiste, y la pobre no tuvo valor para negártelo. María Antonieta desea vivir siempre en tu corazón: quiere renunciar a ti, pero no a tu cariño. Yo como tengo muchos años conozco el mundo, y sé que pretende una locura. Xavier, si no eres capaz de respetar su sacrificio, no intentes hacerlo más cruel.

La Marquesa de Tor se enjugó una lágrima. Yo murmuré con melancólico resentimiento:

—¡Temes que no sepa respetar su sacrificio! Eres injusta conmigo, bien que en eso no haces más que seguir las tradiciones de la familia. ¡Cómo me apena esa idea que todos tenéis de mí! ¡Dios que lee en los corazones!

Mi tía y señora recobró el tono autoritario y adusto:

—¡Calla!… Eres el más admirable de los Donjuanes: feo, católico y sentimental.

Era tan vieja la buena señora, que había olvidado las veleidades del corazón femenino, y que cuando se tiene un brazo de menos y la cabeza llena de canas, es preciso renunciar al donjuanismo. ¡Ay, yo sabía que los ojos aterciopelados y tristes que se habían abierto para mí como dos florecillas franciscanas en una luz de amanecer, serían los últimos que me mirasen con amor! Ya solo me estaba bien enfrente de las mujeres, la actitud de un ídolo roto, indiferente y frío. Presintiéndolo por primera vez, con una sonrisa triste le mostré a la anciana señora la manga vacía de mi uniforme: aun cuando emocionado por el recuerdo de la niña encantada en el viejo caserón aldeano, tuve que mentir un poco hablando de María Antonieta:

—María Antonieta es la única mujer que todavía me quiere: solamente su amor me queda en el mundo: resignado a no verla y lleno de desengaños, estaba pensando en hacerme fraile, cuando supe que deseaba decirme adiós por última vez…

—¿Y si yo te suplicase ahora que te fueses?

—¿Tú?

—En nombre de María Antonieta.

—¡Creía merecer que ella me lo dijese!

—¿Y ella, pobre mujer, no merece que le evites ese nuevo dolor?

—Si hoy atendiese su ruego, acaso mañana me llamase. ¿Crees que esa piedad cristiana que ahora la arrastra hacia su marido durará siempre?

Antes que la anciana señora pudiese responder, una voz que las lágrimas enronquecían y velaban, gimió a mi espalda:

—¡Siempre Xavier!

Me volví y hálleme enfrente de María Antonieta: inmóvil y cruzados los brazos me miraba. Yo le mostré mi brazo cercenado, y ella con un gesto de horror cerró los ojos. Había en su persona tal mudanza que aparentaba haber envejecido muchos años. María Antonieta era muy alta, llena de altiva majestad en la figura, y con el pelo siempre fosco, ya mezclado de grandes mechones blancos. Tenía la boca de estatua y las mejillas como flores marchitas, mejillas penitentes, descarnadas y altivas, que parecían vivir huérfanas de besos y de caricias. Los ojos eran negros y calenturientos, la voz grave, de un metal ardiente. Había en ella algo extraño de mujer que percibe el aleteo de las almas que se van y comunica con ellas en la media noche. Después de un silencio doloroso y largo, volvió a repetir:

—¡Siempre Xavier!

Yo la miré intensamente:

—¿Más que mi amor?

—Tanto como tu amor.

La Marquesa de Tor, que tendía por la sala su mirada cegata, nos advirtió en voz queda y aconsejadora:

—Si habéis de hablar, al menos que no sea aquí.

María Antonieta asintió con los ojos, y severa y muda se alejó cuando algunas damas ya comenzaban a mirarnos curiosas. Casi al mismo tiempo hacían irrupción en la sala los dos perros del Rey. Don Carlos entró momentos después: al verme adelantose y sin pronunciar una sola palabra me abrazó largamente: luego comenzó a hablarme en tono de broma como si nada hubiese cambiado en mí. Confieso que ninguna muestra de su aprecio pudiera conmoverme tanto, como me conmovió aquella generosa delicadeza de su ánimo real.

LA Marquesa de Tor me hace seña de que la siga, y me conduce a su cámara, donde llorosa y sola, espera María Antonieta: al verme entrar se ha puesto en pie clavándome los ojos enrojecidos y brillantes: respira ansiosa, y con la voz violenta y ronca me habla:

—Xavier, es preciso que nos digamos adiós. ¡Tú no sabes cuánto he sufrido desde aquella noche en que nos separamos!

Yo interrumpo con una vaga sonrisa sentimental:

—¿Recuerdas que fue con la promesa de queremos siempre?

Ella a su vez me interrumpe:

—¡Tú vienes a exigirme que abandone a un pobre ser enfermo, y eso jamás, jamás, jamás! Sería en mí una infamia.

—Son las infamias que impone el amor, pero desgraciadamente ya soy viejo para que ninguna mujer las cometa por mí.

—Xavier, es preciso que me sacrifique.

—Hay sacrificios tardíos, María Antonieta.

—¡Eres cruel!

—¡Cruel!

—Tú quieres decirme que el sacrificio debió ser para no engañarle.

—Acaso hubiera sido mejor, pero al culparte a ti me culpo a mí también. Ninguno de los dos supo sacrificarse, porque esa ciencia solo se aprende con los años, cuando se hiela el corazón.

—¡Xavier, es la última vez que nos vemos, y qué recuerdo tan amargo me dejarán tus palabras!

—¿Tú crees que es la última vez? Yo creo que no. Si accediese a tu ruego volverías a llamarme, mi pobre María Antonieta.

—¿Por qué me lo dices? Y si yo fuese tan cobarde que volviera a llamarte, tú no vendrías. Este amor nuestro es imposible ya.

—Yo vendría siempre.

María Antonieta levanta al cielo sus ojos, que las lágrimas hacen más bellos, y murmura como si rezase:

—¡Dios mío, y acaso llegará un día en que mi voluntad desfallezca, en que mi cruz me canse!

Yo me acerco hasta beber su aliento, y le cojo las manos:

—Ya llegó.

—¡Nunca! ¡Nunca!…

Intenta libertar sus manos, pero no lo consigue. Yo murmuro casi a su oído:

—¿Por qué tiemblas? ¿Qué dudas? Ya llegó.

—¡Vete Xavier! ¡Déjame!

—¡Cuánto me haces sufrir con tus escrúpulos, mi pobre María Antonieta!

—¡Vete! ¡Vete!… No me digas nada: no quiero oírte.

Yo le beso las manos:

—¡Divinos escrúpulos de santa!

—¡Calla!

Con los ojos espantados se aleja de mí. Hay un largo silencio. María Antonieta se pasa las manos por la frente y respira con ansia. Poco a poco se tranquiliza: en sus ojos hay una resolución desesperada cuando comienza a hablar:

—Xavier, voy a causarte una gran pena. Yo ambicioné que tú me quisieses como a esas novias de los quince años. ¡Pobre loca! Y te oculté mi vida, y todo te lo negué cuando me has preguntado, y ahora, ahora… ¡Tú me adivinas y no me dices que me perdonas, Xavier!

—Te adivino. ¿Has querido a otros?

—Sí.

—¿Y por qué me lo dices?

—Para que me desprecies.

Yo sonrío porque no hallo motivo para tanta severidad:

—¿Quiénes fueron tus amantes?

—Se ha muerto ya.

—¿Uno nada más?

—Nada más.

—Y conmigo dos. Ese amante, mi sucesor sin duda…

—¡No!

—Es un consuelo. Hay quien prefiere ser el primer amor: yo he preferido siempre ser el último. ¿Pero acaso lo seré?

—¡El último y el único, mi Xavier!

—¿Por qué reniegas del pasado? ¿Imaginas que eso puede consolarme? Más piadosa hubieras sido callando.

María Antonieta otra vez alza los ojos interrogando al cielo:

—¿Qué hice yo, mi Señor Jesucristo?… Xavier, olvida cuanto dije, perdóname… ¡No, no debes olvidar, ni perdonarme!

—¿Habré de ser menos generoso que tu marido?

—¡Qué crueles son tus palabras!

—¡Qué cruel es la vida cuando no caminamos por ella como niños ciegos!

—¡Cuánto me desprecias!… Es mi penitencia.

—Despreciarte, no. Tú fuiste como todas las mujeres, ni ¡mejor, ni peor. ¡Adiós, mi pobre María Antonieta!

María Antonieta solloza, y desgarra con los dientes el pañolito de encajes: se ha dejado caer en el sofá: yo, en pie, permanezco ante ella. Hay un silencio lleno de suspiros. María Antonieta se enjuga los ojos, me mira y sonríe tristemente:

—Xavier, si todas las mujeres son como tú me juzgas, yo tal vez no haya sido como ellas… ¡Compadéceme, no me guardes rencor!

—No es rencor lo que siento, es la melancolía del desengaño: una melancolía como si la nieve del invierno cayese sobre mi alma, y mi alma, semejante a un campo yermo, se amortajase con ella.

—Tú tendrás el amor de otras mujeres.

—Temo que reparen demasiado en mis cabellos blancos y en mi brazo de menos.

—¡Qué importa tu brazo de menos! ¡Qué importan tus cabellos blancos! Yo los buscaría para quererlos más. ¡Xavier, adiós por toda la vida!…

—¿Quién sabe lo que guarda la vida? ¡Adiós, mi pobre María Antonieta!

Estas palabras fueron las últimas. Después ella me alarga su mano en silencio, yo se la beso y nos separamos.

FLOR DE SANTIDAD:
HISTORIA MILENARIA

Dedicatoria

Para una muy amada hija espiritual.

PRIMERA ESTANCIA

ROSTRO a la venta adelantaba uno de esos peregrinos que van en romería a todos los santuarios y recorren los caminos salmodiando una historia sombría, forjada con reminiscencias de otras cien, y a propósito para conmover el alma de los montañeses, sencilla, milagrera y trágica. Aquel mendicante, desgreñado y bizantino, con su esclavina adornada de conchas y el bordón de los caminantes en la diestra, parecía resucitar la devoción penitente del tiempo antiguo, cuando toda la cristiandad creyó ver, en la celeste altura, el Camino de Santiago. ¡Aquella ruta poblada de riesgos y trabajos, que la sandalia del peregrino iba dejando lentamente en el polvo de la tierra!

No estaba la venta situada sobre el camino real, sino en mitad de un descampado, donde solo se erguían algunos pinos desmedrados y secos. El paraje de montaña, en toda sazón austero y silencioso, parecíalo más bajo el cielo encapotado de aquella tarde invernal. Ladraban los perros de la aldea vecina, y como eco simbólico de las borrascas del mundo, se oía el tumbar ciclópeo y opaco de un mar costeño muy lejano. Era nueva la venta, y en medio de la sierra adusta y parda, aquel portalón color de sangre y aquellos frisos azules y amarillos de la fachada, ya borrosos por la perenne lluvia del invierno, producían indefinible sensación de antipatía y de terror. La carcomida venta de antaño, incendiada una noche por cierto famoso bandido, impresionaba menos tétricamente.

Anochecía, y la luz del crepúsculo daba al yermo y riscoso paraje entonaciones anacoréticas, que destacaban con sombría idealidad la negra figura del peregrino. Ráfaga heladas de la sierra, que imitan el aullido del lobo, le sacudían implacables la negra y sucia guedeja, y arrebataban llevándola del uno al otro hombro, la ola de la barba, que al amainar el viento, caía estremecida y revuelta sobre el pecho, donde se zarandeaban cruces y rosarios… Empezaban a

caer gruesas gotas de lluvia, y por el camino real venían ráfagas de polvo, y en lo alto de los peñascales balaba una cabra negra. Las nubes iban a congregarse en el horizonte un horizonte de agua. Volvían las ovejas al establo, y apenas turbaba el reposo del campo aterido por el invierno, el son de las esquilas lentas y soñolientas.

En el fondo de una hondonada verde y umbría, se alzaba el santuario de San Clodio Mártir, rodeado de cipreses centenarios que cabeceaban tristemente: parecían patriarcas sin prole, abandonados al borde de un camino. El mendicante se detuvo, y apoyado a dos manos en el bordón contempló la aldea que sobresale en la falda de un monte, entre foscos pinares. Sin ánimo para llegar al caserío, cerró los ojos nublados por la fatiga, cobró aliento en un suspiro y siguió adelante.

SENTADA al abrigo de unas piedras célticas, doradas por líquenes milenarios, hilaba una pastora. Las ovejas rebullían en torno, sobre el lindero del camino pacían las vacas de trémulas y rosadas ubres, y el mastín, a modo de viejo adusto, ladraba al recental que le importunaba con infantiles retozos. Inmóvil, en medio de la mancha movediza del hato, con la rueca afirmada en la cintura y las puntas del capotillo mariñán vueltas sobre los hombros, aquella zagala parecía la zagala de las leyendas piadosas. Tenía la frente dorada como la miel, y la sonrisa cándida como el vellón de sus corderos. Las cejas eran rubias y delicadas, y los ojos, donde temblaba una violeta azul, místicos y ardientes como preces.

Hilaba su copo con mesura acompasada y lenta, que apenas hacía ondear el capotillo. Tenía un hermoso nombre antiguo: se llamaba Ádega. Era muy devota, con devoción sombría, montañesa y arcaica: llevaba en el justillo cruces y medallas, amuletos de azabache y faltriqueras de velludo, que contenían ramos de olivo y hojas de misal. Movida por la presencia del peregrino, se levantó del suelo, y echando el rebaño por delante, tomó a su vez, camino de la venta, un sendero entre tojos, trillado por los zuecos de los pastores. A muy poco juntose con el mendicante, que se había detenido en la orilla del camino y dejaba caer bendiciones sobre el rebaño. La pastora y el peregrino se saludaron con cristiana humildad.

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea, hermano!

El hombre clavó en Ádega la mirada, y al tiempo de volverla al suelo, preguntole, con la plañidera solemnidad de los pordioseros, si por acaso servía en la venta. Ella, con harta prolijidad, pero sin alzar la cabeza, contestó que era la rapaza del ganado, y que servía allí por el yantar y el vestido. No llevaba cuenta del tiempo, mas cuidaba que en el mes de San Juan se remataban tres años. La voz de la sierva era monótona y cantarína: hablaba el romance arcaico, casi visigodo, de la montaña. El peregrino parecía de luengas tierras. Tras una pausa renovó el pregunteo:

—Paloma del Señor, querría saber si los venteros son gente cristiana, capaz de dar hospedaje a un triste pecador que va en peregrinación a Santiago de Galicia.

Ádega, sin aventurarse a una respuesta, torcía entre sus dedos una punta del capotillo mariñán. Dio una voz al hato, y murmuró levantando los ojos:

—¡Asús!… ¡Como cristianos, sonlo, sí, señor!…

Se interrumpió de intento para acuciar las vacas, que, paradas de través en el sendero, alargaban el yugo sobre los tojos, buscando los brotes nuevos. Después continuaron en silencio hasta las puertas de la venta, y mientras la zagala encierra el ganado y previene en los pesebres recado de húmeda y olorosa hierba, el peregrino salmodia padrenuestros ante el umbral del hospedaje. Ádega, cada vez que entra o sale en los establos, se detiene un momento a contemplarle. El sayal andrajoso del peregrino encendía en su corazón la llama de cristianos sentimientos. Aquella pastora de cejas de oro y cándido seno hubiera lavado gustosa los empolvados pies del caminante y hubiera desceñido sus cabellos para enjugárselos. Llena de fe ingenua, sentíase embargada por piadoso recogimiento. La soledad profunda del paraje, el resplandor fantástico del ocaso anubarrado y con luna, la negra, desmelenada y penitente sombra del peregrino, le infundían aquella devoción que se experimenta en la paz de las iglesias, ante los retablos poblados de santas imágenes: bultos sin contorno ni faz, que a la luz temblona de las lámparas se columbran en el dorado misterio de las hornacinas, lejanos, solemnes, milagrosos…

ÁDEGA era huérfana: sus padres habían muerto de pesar y de fiebre aquel malhadado año del hambre, cuando los antes alegres y picarescos molinos del Sil y del Miño parecían haber enmudecido para siempre. La pastora aún rezaba muchas noches, recordando con estremecimientos de amor y de miedo, la agonía de dos espectros amarillos y calenturientos sobre unas briznas de paja. Con el pavoroso relieve que el silencio de las altas horas presta a este linaje de memorias, veía otra vez aquellos pobres cuerpos que tiritaban, volvía a encontrarse con la mirada de la madre, amorosa y desesperada a un tiempo, que a todas partes la seguía, y adivinaba en la sombra la faz afilada del padre, contraída con una mueca lúgubre, el reír mudo y burlón de la fiebre, que lentamente le cavaba la hoya…

¡Qué invierno aquel! El atrio de la iglesia se cubrió de sepulturas nuevas: un lobo rabioso bajaba todas las noches a la aldea y se le oía aullar desesperado. Al amanecer no turbaba la paz de los corrales ningún cantar madruguero, ni el sol calentaba los ateridos campos. Los días se sucedían monótonos, amortajados en el sudario ceniciento de la llovizna: el viento soplaba áspero y frío, no traía caricias, no llevaba aromas, marchitaba la hierba, era un aliento embrujado: algunas veces al caer la tarde, se le oía escondido en los pinares quejarse con voces del otro mundo. Los establos hallábanse vacíos, el hogar sin fuego, en la chimenea el trasgo moría de tedio. Por los resquicios de las tejas filtrábase la lluvia maligna y terca en las cabañas llenas de humo. Aterida, mojada, tísica, temblona, una bruja velaba acurrucada a la puerta del horno, sin que consiguiese ahuyentarla la herradura de siete clavos que la mano arrugada de la superstición popular había puesto en el umbral de la puerta. La bruja tirana de la aldea entrechocaba aterida las desdentadas mandíbulas, y tosía llamando al muerto eco del rincón calcinado, negro y frío…

¡Qué invierno aquel! Un día y otro día desfilaban por el camino real procesiones de aldeanos hambrientos, que bajaban como lobos de los casales escondidos en el monte. Sus madreñas producían un ruido devastador, cuando al caer de la tarde cruzaban la aldea silenciosa. Pasaban sin detenerse, como un rebaño descarriado: sabían que allí también estaba el hambre. Desfilaban por el camino real, lentos, fatigados, dispersos, y solo hacían alto cuando las viejas campanas de alguna iglesia perdida en el fondo del valle, dejaban oír sus voces familiares anunciando aquellas rogativas, que los señores abades hacían para que se salvasen los viñedos y los maizales: entonces, arrodillados a lo largo del

camino, rezaban con un murmullo plañidero. Después continuaban su peregrinación hacia las villas lejanas, las antiguas villas feudales, que aún conservan las puertas de sus murallas. Los primeros aparecían cuando la mañana estaba blanca por la nieve, y los últimos cuando huía la tarde, arrebujada en los pliegues de la ventisca. Conforme iban llegando unos en pos de otros, esperaban sentados ante la portalada de las casas solariegas, donde los galgos flacos y cazadores, atados en el zaguán, los acogían ladrando. Aquellos abuelos de blancas guedejas, aquellos zagales asoleados, aquellas mujerucas con niños en brazos, aquellas viejas encorvadas, con grandes bocios colgantes y temblones, imploraban limosna entonando una salmodia humilde. Besaban la borona, besaban la mazorca del maíz, besaban la cecina, besaban la mano que todo aquello les ofrecía, y rezaban para que hubiese siempre caridad sobre la tierra: rezaban al Señor Santiago y a Santa María.

¡Qué invierno aquel! Ádega, al quedar huérfana, también pedía limosna por las villas y por los caminos, hasta que un día la recogieron en la venta. La caridad no fue grande, porque ya era entonces una zagala de doce años que cargaba mediano haz de hierba, e iba al monte con las ovejas y con grano al molino. Los venteros no la trataron como hija, sino como esclava: marido y mujer eran déspotas, blasfemos y crueles. Ádega no se rebelaba nunca contra los malos tratamientos. Las mujerucas del casal encontrábanla mansa como una paloma y humilde como la tierra. Cuando la veían tornar de la villa, chorreando agua, descalza y cargada, la compadecían en alta voz:

—¡Pobre rapaza, sin padres!…

EL mendicante salmodia ante el portalón de la venta:

—¡Buenas almas del Señor, haced al pobre peregrino un bien de caridad!

Apoyó la frente en el bordón, y la guedeja negra, polvorienta y sombría, cayó sobre su faz. Una mujeruca asomó en la puerta:

—¡Vaya con Dios, hermano!

Traía la rueca en la cintura, y sus dedos de momia daban vueltas al huso. El peregrino levantó la frente, voluntariosa y ceñuda como la de un profeta:

—¿Y adónde quiere que vaya, perdido en el monte?

—Adonde le guíe Dios, hermano.

—A que me coman los lobos.

—¡Asús!… No hay lobos.

Y la mujeruca, hilando su copo, entrose nuevamente en la casa. Una ráfaga de viento cerró la puerta, y el peregrino alejose musitando. Golpeaba las piedras con el cueto de su bordón. De pronto volviose, y rastreando un puñado de tierra, lo arrojó a la venta.

Erguido en medio del sendero, con la voz apasionada y sorda de los anatemas, clamó:

—¡Permita Dios que una peste cierre para siempre esa casa sin caridad! ¡Que los brazados de ortigas crezcan en la puerta! ¡Que los lagartos anden por las ventanas a tomar el sol!…

Sobre la esclavina del peregrino temblaban las cruces, las medallas, los rosarios de Jerusalén: sus palabras ululaban en el viento, y las greñas lacias y tristes le azotaban las mejillas. Ádega le llamó en voz baja desde la cancela del aprisco:

—¡Oiga, hermano!… ¡Oiga!…

Como el peregrino no la atendía, se acercó tímidamente:

—¿Quiere dormir en el establo, señor?

El peregrino la miró con dureza. Ádega, cada vez más temerosa y humilde, ensortijaba a sus dedos bermejos una hoja de juncia olorosa.

—No vaya de noche por el monte, señor. Mire, el establo de las vacas lo tenemos lleno de heno, y podría descansar a gusto.

Sus ojos de violeta alzábanse en amoroso ruego, y sus labios trémulos permanecían entreabiertos con anhelo infinito. El mendicante, sin responder una sola palabra, sonrió. Después, volviose avizorado hacia la venta, que permanecía cerrada, y fue a guarecerse en el establo, andando con paso de lobo. Ádega le siguió. El mastín, como en una historia de santos, vino silencioso a lamer las manos del peregrino y la pastora. Apenas se veía dentro del establo: el aire era tibio y aldeano, sentíase el aliento de las vacas. El recental, que andaba suelto, se revolvía juguetón entre las palas de la yunta, hocicaba en las ubres y erguía el picaresco testuz dando balidos. La Marela y la Vermella, graves como dos viejas abadesas, rumiaban el trébol fresco y oloroso, cabeceando sobre los pesebres. En el fondo del establo había una montaña de heno, y Ádega condujo al mendicante de la mano. Los dos caminaban a tientas: el peregrino dejose caer sobre la hierba, y sin soltar la mano de Ádega, pronunció a media voz:

—¡Ahora solamente falta que vengan los amos!…
—Nunca vienen.
—¿Eres tú quien acomoda el ganado?
—Sí, señor.
—¿Duermes en el establo?
—Sí, señor.
El mendicante rodeole los brazos a la cintura, y Ádega cayó sobre el heno. No hizo el más leve intento por huir: temblaba agradecida al verse cerca de aquel santo que la estrechaba con amor. Suspirando cruzó las manos sobre el cándido seno, como para cobijarlo y rezar. El mastín vino a posar la cabeza en su regazo. Ádega, con apagada y religiosa voz, preguntó al peregrino:
—¿Ya traerá mucho andado por el mundo?
—Desde la misma Jerusalén.
—¿Eso deberá ser muy desviado, muy desviado de aquí?…
—¡Más de cien leguas!
—¡Glorioso San Berísimo!… ¿Y todo por monte?
—Todo por monte y malos caminos.
—¡Ay, Santo!… Bien ganado tiene el cielo.
Los rosarios del peregrino habíanse enredado en el cabello de la zagala, que para mejor desprenderlos se puso de rodillas: las manos le temblaban, y toda confusa hubo de arrancárselos: llena de santo respeto besó las cruces y las medallas que desbordaban entre sus dedos.
—Diga, ¿están tocados estos rosarios en el sepulcro de Nuestro Señor?
—En el sepulcro de Nuestro Señor, y además en el sepulcro de los Doce Apóstoles.
Ádega volvió a besarlos. Entonces el peregrino, con ademán pontifical, le colgó un rosario al cuello.
—Guárdalo aquí, rapaza.
Y apartábale suavemente los brazos, que la pastora tenía aferrados en cruz sobre el pecho. La niña murmuraba con anhelo:
—¡Déjeme, señor!… ¡Déjeme!…
El mendicante sonreía y procuraba desabrocharla el justillo. Sobre sus manos velludas revoloteaban las manos de la pastora como dos palomas asustadas.
—Déjeme, señor, yo lo guardaré.
El peregrino la amenazó:
—Voy a quitártelo.

—¡Ah, señor, no haga eso!… Guárdemele aquí, donde quiera…

Y se desabrochaba el corpiño, y descubría la garganta como una virgen mártir que se dispusiese a morir decapitada.

ÁDEGA, cuando iba al monte con las ovejas, tendíase a la sombra de grandes peñascales, y pasaba así horas enteras, la mirada sumida en las nubes y en infantiles éxtasis el ánima. Esperaba llena de fe ingenua que la azul inmensidad se rasgase, dejándole entrever la gloria: sin conciencia del tiempo, perdida en la niebla blanca de este ensueño, sentía pasar sobre su rostro el aliento encendido del milagro. ¡Y el milagro acaeció!…

Un anochecer de verano Ádega llegó a la venta, jadeante, transfigurada la faz: misteriosa llama temblaba en la azulada flor de sus pupilas, su boca de niña melancólica se entreabría sonriente, y sobre su rostro derramábase, como óleo santo, mística alegría. No acertaba con las palabras, el corazón batía en el pecho cual azorada paloma. Las nubes habíanse desgarrado, y el cielo apareciera ante sus ojos, sus indignos ojos, que la tierra había de comer. Hablaba postrada en tierra, con trémulo labio y frases ardientes: por sus mejillas corría el llanto. Ella, tan humilde, había gozado favor tan extremado. Abrasada por la ola voluptuosa de la gracia, besaba el polvo con besos apasionados y crepitantes, como esposa enamorada que besa al esposo.

La visión de la pastora puso pasmo en todos los corazones, y fue caso de edificación en el lugar. Solamente el hijo de la ventera, que había andado por luengas tierras, osó negar el milagro. Las mujerucas de la aldea augurábanle un castigo ejemplar. Ádega, cada vez más silenciosa, parecía vivir en perpetuo ensueño. Por momentos sus miradas cobraban el inspirado llamear de las pupilas de los iluminados. Eran muchos los que la tenían en olor de saludadora. Al verla desde lejos, cuando iba por hierba al prado o con grano al molino, las gentes que trabajaban los campos dejaban la labor, y pausadamente venían a esperarla en el lindar de la vereda. Las preguntas que le dirigían eran de un candor medioeval. Con los rostros resplandecientes de fe, en medio de murmullos piadosos, los aldeanos pedían nuevas de sus difuntos: parecíales natural que, si gozaban de la bienaventuranza, se hubiesen mostrado a la pastora, que al cabo era de la misma feligresía: Ádega bajaba los ojos vergonzosa: ella tan solo había visto a Dios

Nuestro Señor, con aquella su barba nevada y solemne, los ojos de dulcísimo mirar y la frente circundada de luz. Oyendo a la pastora las mujeres se hacían cruces, y los abuelos de blancas guedejas la bendecían con amor.

Andando el tiempo, la niña volvió a tener nuevas visiones. Tras aquellas nubes de fuego, que las primeras veces deslumbraran sus ojos, acabó por distinguir tan claramente la gloria, que hasta el rostro de los santos reconocía. Eran innumerables: patriarcas de luenga barba, vírgenes de estática sonrisa, doctores de calva sien, mártires de resplandeciente faz, monjes, prelados y confesores. Vivían en capillas de plata cincelada, bordadas de pedrería como la corona de un rey. Las procesiones se sucedían unas a otras, envueltas en la bruma luminosa de la otra vida: precedidas del tamboril y de la gaita, entre pendones carmesí y cruces resplandecientes, desfilaban por fragantes senderos, dibujados con los pétalos de las rosas litúrgicas que ante el trono del Altísimo deshojan día y noche los serafines. Mil y mil campanas prorrumpían en repique alegre, bautismal, campesino: un repique de amanecer abrileño, cuando el gallo canta y balan en el establo las ovejas, cuando los almendros cuajan la flor y trinan los ruiseñores. Y desde lo alto de sus andas de marfil Santa Baya de Cristamilde, San Berísimo de Céltigos, San Cidrán, Santa Minia, San Clodio, San Electus, tornaban hacia la pastora el rostro pulido, sonrosado, riente. ¡También ellos, los viejos tutelares de las iglesias y santuarios de la montaña, reconocían a su sierva! Oíase el murmullo solemne, misterioso y grave de las letanías, de los salmos, de las jaculatorias: era una agonía de rezos ardientes, y sobre ella revoloteaba el áureo golpear de las llaves de San Pedro. Zagales que tenían por bordones floridas varas, guardaban en campos de lirios ovejas de nevado, virginal vellón, que acudían a beber el agua de fuentes milagrosas, cuyo murmullo semejaba rezos informes. Los zagales tocaban dulcísimamente pífanos y flautas de plata, las zagalas bailaban al son, agitando los panderos de sonajas de oro. ¡En aquellas regiones azules no había lobos; los que allí pacían eran los rebaños del Niño Dios!… Y tras montañas de fantástica cumbre, que marcan el límite de la otra vida, el sol, la luna y las estrellas se ponen en un ocaso que dura eternidades. Blancos y luengos rosarios de ánimas en pena giran en torno, por los siglos de los siglos. Cuando el Señor se digna mirarlas, purificadas, felices, triunfantes, ascienden a la gloria por misteriosos rayos de luminoso, viviente polvo.

Después de estas muestras que Dios Nuestro Señor le daba de su gracia, la pastora sentía el alma fortalecida y resignada: se aplicaba al trabajo con ahínco,

abrazábase enternecida al cuello de las vacas, y hacía cuanto los amos la ordenaban sin levantar los ojos, temblando de miedo bajo sus harapos.

SEGUNDA ESTANCIA

ÁDEGA al despertarse creyó que una celeste albura circundaba la puerta del establo, abierta sobre un fondo de herbales húmedos que parecían cristalinos bajo la helada. El peregrino había desaparecido, y solo quedaba el santo hoyo de su cuerpo en la montaña de heno. Ádega se levantó suspirando, y acudió al umbral donde estaba echado el mastín. En el cielo lívido del amanecer aún temblaban algunas estrellas mortecinas. Cantaban los gallos de la aldea, y por el camino real cruzaba un rebaño de cabras conducido por dos rabadanes a caballo. Llovía queda, quedamente, y en los montes lejanos, en los montes color de amatista, blanqueaba la nieve. Ádega se enjugó los ojos llenos de lágrimas para mejor contemplar al peregrino, que subía la cuesta amarillenta y barcina de aquel sendero entre tojos, trillado por los rebaños y los zuecos de los pastores. Un raposo, con la cola pegada a las patas, saltó la cancela del huerto, y atravesó corriendo el camino: venía huido de la aldea.

El mastín enderezó las orejas y prorrumpió en ladridos: después salió a la carrera, olfateando con el hocico al viento. Al peregrino ya no se le veía. La ventera llamó desde el corral:

—¡Ádega!… ¡Ádega!…

Ádega besó el rosario que llevaba al cuello, y se abrochó el corpiño.

—¡Mande, mi ama!

La ventera asomó por encima de la cerca su cabeza de bruja.

—Saca las ovejas y llévalas al monte.

—Bien está, sí, señora.

—Al pasar, pregunta en el molino si anda la piedra del centeno.

—Bien está, sí, señora.

Abrió el aprisco y entró a buscar el cayado. Las ovejas iban saliendo una a una, y la ventera las contaba en voz baja. La última cayó muerta en el umbral.

Era blanca y nacida aquel año tenía el vellón intonso, el albo y virginal vellón de una oveja eucarística. Viéndola muerta, la ventera clamó:

—¡Ay!… De por fuerza hiciéronle mal de ojo al ganado… ¡San Clodio bendito! ¡San Clodio glorioso!

Las ovejas acompañaban aquellos clamores balando tristemente. Ádega respondió:

—Es la maldición del peregrino, señora ama. Aquel santo era Nuestro Señor. ¡Algún día se sabrá! Era Nuestro Señor que andaba pidiendo por las puertas para saber dónde había caridad.

Las ovejas agrupábanse amorosas en torno suyo. Tenía en los ojos lumbre de bienaventuranza, cándido reflejar de estrellas. Su voz estaba ungida de santidad: cantaba profética:

—¡Algún día se sabrá! ¡Algún día se sabrá!

Parecía una iluminada llena de gracia saludadora. El sol naciente se levantaba sobre su cabeza como para un largo día de santidad. En la cima nevada de los montes temblaba el rosado vapor del alba como gloria seráfica. La campiña se despertaba bajo el oro y la púrpura del amanecer, que la vestía con una capa pluvial: la capa pluvial del gigantesco San Cristóbal, desprendida de sus hombros solemnes… Los aromas de las eras verdes esparcíanse en el aire como alabanzas de una vida aldeana, remota y feliz. En el fondo de las praderas, el agua detenida en remansos, esmaltaba flores de plata: rosas y lises de la heráldica celestial, que sabe la leyenda de los reyes magos y los amores ideales de las santas princesas. En una lejanía de niebla azul se perfilaban los cipreses de San Clodio Mártir, rodeando el Santuario, obscuros y pensativos, en el descendimiento angélico de aquel amanecer, con las cimas mustias, ungidas en el ámbar dorado de la luz. La ventera, con las secas manos enlazadas sobre la frente, contemplaba llorosa su oveja muerta, su oveja blanca preferida entre cien. Lentamente volviose a la pastora y le preguntó con desmayo:

—¿Pero tú estás cierta, rapaza?… Aquel caminante venía solo, y tengo oído en todos los ejemplos, que Nuestro Señor cuando andaba por el mundo llevaba siempre al Señor San Pedro en su compaña.

Ádega repuso con piadoso candor:

—No le hace, mi ama. El Señor San Pedro, como es muy anciano, quedaríase sentado en el camino descansando.

Convencida la ventera, alzó al cielo sus brazos de momia:

—¡Bendito San Clodio, guárdame el rebaño, y tengo de donarte la mejor

oveja el día de la fiesta! ¡La mejor oveja, bendito San Clodio, que solamente el verla meterá gloria! ¡La mejor oveja, santo bendito, que habrán de envidiártela en el cielo!

Y la ventera andaba entre el rebaño como loca rezadora y suspirante, platicando a media voz con los santos del paraíso, halagando el cuello de las ovejas, trazándoles en el testuz signos de conjuro con sus toscos dedos de labriega, ti émulos y zozobrantes. Cuando alguna oveja se escapaba, seguía hasta darle alcance. Jadeando, jadeando, correteaba tras ella por todo el descampado: con la manos enredadas al vellón, dejábase caer sobre la hierba cubierta de rocío. Y la ventera desde lejos, inmóvil en medio del rebaño, la miraba con ojos llenos de brujería:

—¡Levántate, rapaza!… No dejes escapar la oveja… Hazle en la testa el círculo del rey Salomón, que deshace el mal de ojo… ¡Con la mano izquierda, rapaza!…

Ádega obedecía y dejaba en libertad a la oveja, que se quedaba a su lado mordisqueando la hierba…

LA ventera y la zagala bajan del monte, llevando las ovejas por delante. Las dos mujeres caminan juntas, con los mantelos doblados sobre la cabeza, como si fuesen a una romería. Dora los campos la mañana, y el camino tragante con sus setos, verdes y goteantes, se despierta bajo el campanilleo de las esquilas, y pasan, apretándose, las ovejas. El camino es húmedo, tortuoso y rústico, como viejo camino de sementeras y de vendimias. Bajo la pezuña de las ovejas quédase doblada la hierba, y lentamente, cuando ha pasado el rebaño, vuelve a levantarse, esparciendo en el aire santos aromas matinales de rocío fresco… Por el fondo verde de las eras cruza una zagala pecosa con su vaca bermeja del ronzal. Camina hacia la villa, a donde va todos los amaneceres para vender la leche que ordeña ante las puertas. La vieja se acerca a la orilla del camino, y llama dando voces:

—¡Eh, moza!… ¡Tú, rapaza de Cela!…

La moza tira del ronzal a su vaca y se detiene.

—¿Qué mandaba?

—Escucha una fabla…

Mediaba larga distancia y esforzaban la voz, dándole esa pauta lenta y sostenida que tienen los cantos de la montaña. La vieja desciende algunos pasos, pregonando esta prosa:

—¡Mía fe, no hacía cuenta de hallarte en el camino. Cabalmente voy adonde tu abuelo… ¿No eres tú nieta del Texelán de Cela?

—Sí, señora.

—Ya me lo parecías, pero como me va faltando la vista…

—A mí por la vaca se me conoce de bien lejos.

—Vaya, que la tienes reluciente como un sol. ¡San Clodio te la guarde!

—¡Amén!

—¿Tu abuelo demora en Cela?

—Demora en el molino, cabo de mi madre.

—Como mañana es la feria de Brandeso, estaba dudosa. Muy bien pudiera haber salido.

—Tomara el poder salir fuera de nuestro quintero.

—¿Está enfermo?

—Está muy acabado. Los años y los trabajos, que son muchos.

—¡Malpocado!

—Si tenía algún lino para tejer, llléveselo a mi tío Electus.

—Lino tengo: pasan bien de una docena las madejas mas el ir agora adonde tu abuelo es solamente por ver si me da remedio contra el mal del ganado.

—Tanto no le podré decir. Remedio contra todos los males, así de natural como de brujería, en otro tiempo lo daba, mas agora ya no quiere curar como enantes. El nuevo abade llegose una tarde por el quintero y quería descomulgarlo. Con todo, no deje de ir a verle…

—Como me diese remedio, bien había de corresponder.

—Yo nada puedo decirle: mas ya que tiene medio camino andado…

Y la moza, con un grito, acucia a la vaca. Después se vuelve hacia la vieja:

—¡Quede muy dichosa!

—¡El Señor te acompañe!

La vieja sigue andando: sus ojos, tristes y adustos, contemplan el rebaño, que va delante. Por los caminos lejanos pasan, hacia la feria de Brandeso, cuadrillas de hombres recios y voceadores, armados con luengas picas y cabalgando en jacos de áspero pelaje y enmarañada crin. Son vaqueros y chalanes: sobre el pecho llevan cruzados ronzales y rendajes, y llevan los anchos chapeos sostenidos por rojos pañuelos a guisa de barbuquejos. Pasan en tropel,

espoleando los jacos pequeños y trotinantes, con alegre son de espuelas y de bocados. Algunos labradores de Cela y San Clodio pasan también guiando sus yuntas, lentas y majestuosas, y mujeres asoleadas y rozagantes pasan con gallinas, con cabras, con centeno.

En la orilla del río algunos aldeanos esperan la barca sentados sobre la hierba, a la sombra de los verdes y retorcidos mimbrales. La ventera busca sitio en el corro, y Ádega, algo más apartada, quédase al cuidado del rebaño. Un ciego mendicante y ladino, que arrastra luenga capa y cubre su cabeza con parda y puntiaguda montera, refiere historias de divertimiento a las mozas, sentadas en torno suyo. Aquel viejo prosero tiene un grave perfil monástico, pero el pico de su montera parda, y su boca rasurada y aldeana, semejante a una gran sandía abierta, guardan todavía más malicia que sus decires, esos añejos decires de los jocundos arciprestes aficionados al vino y a las vaqueras, y a rimar las coplas. Las aldeanas se alborozan, y el ciego sonríe como un fauno viejo entre sus ninfas. Al oír los pasos de la ventera, interroga vagamente:

—¿Quién es?

La ventera se vuelve desabrida:

—Una buena moza.

El ciego sonríe ladino:

—Para el señor abade.

—Para dormir contigo. El señor abade ya está muy acabado.

El ciego pone una atención sagaz, procurando reconocer la voz. La ventera se deja caer a su lado sobre la hierba, suspirando con fatiga.

—¡Asús! ¡Cómo están esos caminos!

Un aldeano interroga:

—¿Va para la feria de Brandeso?

—Voy más cerca…

Otro aldeano se lamenta:

—¡Válanos Dios, si esta feria es como la pasada!…

Una vieja murmura:

—Yo entonces vendí la vaca.

—Yo también vendí, pero fue perdiendo…

—¿Mucho dinero?

—Una amarilla redonda.

—¡Fue dinero, mi fijo! ¡Válate San Pedro!

Otro aldeano advierte:

—Entonces estaba un tiempo de aguas, y agora está un tiempo de regalía.

Algunas voces murmuran:

—¡Verdade!… ¡Verdade!…

Sucede un largo silencio, y el ciego alarga el brazo hacia el lado de la ventera y queriendo alcanzarla, vuelve a interrogar:

—¿Quién es?

—Ya te dije que una buena moza.

—Y yo te dije que fueses adonde el señor abade.

—Déjame reposar primero.

—Vas a perder las colores.

Los aldeanos se alborozan de nuevo. El ciego permanece atento y malicioso, gustando el rumor de las risas como los ecos de un culto, con los ojos abiertos, inmóviles, semejante a un dios primitivo, aldeano y jovial.

EN la paz de una hondonada umbría, dos zagales andan encorvados segando el trébol oloroso y húmedo, y entre el verde de la hierba, las hoces brillan con extraña ferocidad. Un asno viejo, de rucio pelo y luengas orejas, pace gravemente arrastrando el ronzal, y otro asno infantil, con la frente aborregada y lanosa y las orejas inquietas y burlonas, mira hacia la vereda erguido, alegre, picaresco, moviendo la cabeza como el bufón de un buen rey. Al pasar las dos mujeres, uno de los zagales grita hacia el camino:

—¿Van para la feria de Brandeso?

—Vamos más cerca.

—¡Un ganado lucido!

—¡Lucido estaba!… ¡Agora le han echado una plaga, y vamos al molino de Cela!…

—¿Van adonde el saludador?… ¡A mi amo le sanó una vaca! Sabe palabras para deshacer toda clase de brujerías.

—¡San Berísimo te oiga!

—¡Vayan muy dichosas!

Las dos mujeres siguen adelante: buscan la sombra de los valladares y desdeñan el ladrido de los perros que asoman feroces, con la cabeza erguida, arregañados los dientes. Las ovejas llenan el camino y pasan temerosas, con un

dulce balido, como en las viejas églogas. Los pardales revolotean a lo largo y se posan en bandadas sobre los valladares de laurel, derramando con el pico el agua de la lluvia que aún queda en las hojas. En una revuelta del río, bajo el ramaje de los álamos, que parecen de plata antigua, sonríe un molino. El agua salta en la presa, y la rueda fatigada y caduca, canta el salmo patriarcal del trigo y la abundancia: su vieja voz geórgica se oye por las eras y por los caminos. La molinera en lo alto del patín, desgrana mazorcas con la falda recogida en la cintura y llena de maíz: grita desde lo alto al mismo tiempo que desgrana:

—¡Suras!… ¡Suras!…

Y arroja al viento un puñado de fruto que cae con el rumor de lluvia veraniega sobre secos follajes. Las gallinas acuden presurosas picoteando la tierra. El gallo canta. Las dos aldeanas salmodian en la cancela del molino:

—¡Santos y buenos días!

La molinera responde desde el patín:

—¡Santos y buenos nos los dé Dios!

A las salutaciones siguen las preguntas lentas y cantarinas: las tres aldeanas hablan con una mano puesta sobre los ojos para resguardarlos del sol.

—¿Hay mucho fruto?

—¡Así hubiera gracia de Dios!

—¿Cuántas piedras muelen?

—Muelen todas tres: la del trigo, la del maíz y la del centeno.

—¡Conócese que trae agua la presa!

—En lo de agora no falta.

—¡Por algo decían los viejos que el hambre a esta tierra llega nadando!

La molinera baja a franquearles la cancela; pero la ventera y la zagala quedan en el camino hasta que una a una pasan las ovejas. Después, cuando el rebaño se extiende por la era, entran suspirando. La molinera hundía sus toscos dedos de aldeana en el vellón de los corderos.

—¡Lucido ganado!

—¡Lucido estaba!

—¿Por acaso hiciéronle mal de ojo?

—¡Todos los días se muere alguna oveja!

—¿Entonces, buscáis al abuelo?… Por ahí andaba… ¡Abuelo! ¡Abuelo!

Las tres mujeres esperan bajo el emparrado de la puerta. El gallo canta subido al patín. Las gallinas aún siguen picoteando en la hierba, y la molinera les arroja los últimos granos de maíz que lleva en la falda. Por el fondo del huerto,

bajo la sombra de los manzanos, aparece el abuelo: un viejo risueño y doctoral, con las guedejas blancas, con las arrugas hondas y bruñidas, semejante a los santos de un antiguo retablo: conduce lentamente, como en procesión, a la vaca y al asno, que tienen en sus ojos la tristeza del crepúsculo campesino. Tras ellos camina el perro, que, cauteloso, va acercándose al rebaño, y le ronda con las orejas bajas y la cola entre piernas. El viejo se detiene y levanta los brazos sereno y profético:

—¡Claramente se me alcanza que a este ganado vuestro le han hecho mal de ojo!…

La ventera murmura tristemente:

—¡Ay!… ¡Por eso he venido!…

El viejo inclina la cabeza. Las ovejas balan en torno suyo, y las acaricia plácido y evangélico. Después murmura gravemente:

—¡No puedo valeros!… ¡No puedo valeros!…

La ventera suspira consternada:

—¿No sabe un ensalmo para romper el embrujo?

—Sé un ensalmo, pero no puedo decirlo. El señor abade estuvo aquí, y me amenazó con la paulina… ¡No puedo decirlo!…

—¡Y hemos de ver cómo las ovejas se nos mueren una a una!… ¡Un ganado que daba gloria!…

—¡Sí que está lucido! ¿Aquel virriato es todavía cordero?

—¡Todavía cordero, sí, señor!

—¿Y la blanca de los dos lechazos, parece cancina?

—¡Cancina, sí, señor!

El viejo volvía a repetir:

—¡Sí que está lucido! ¡Un ganado de regalía!

Entonces la ventera, triste y resignada, volviose a la zagala:

—Alcanza el virriato, rapaza…

Ádega corrió asustando al perro, y trajo en brazos un cordero blanco con manchas negras, que movía las orejas y balaba. Al acercarse, en los ojos cobrizos de su ama, donde temblaba la avaricia, vio como un grito de angustia el mandato de ofrecérselo al viejo. El saludador lo recibió sonriendo:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

La ventera, arreglándose la cofia, dijo con malicia de aldeana:

—Suyo es el cordero… ¡Mas tendrá que hacerle el ensalmo para que no se

muera, como los míos!

El saludador sonreía, pasando su mano temblorosa y senil por el vellón de la res.

—Le haremos el ensalmo sin que lo sepa el señor abade.

Y sentándose bajo su viña, quitose la montera, y con el cordero en brazos, benigno y feliz como un abuelo de los tiempos patriarcales, dejó caer una larga bendición sobre el rebaño, que se juntaba en el centro de la era yerma y silenciosa, dorada por el sol.

—¡Habéis de saber que son tres las condenaciones que se hacen al ganado!… Una en las hierbas, otra en las aguas, otra en el aire… ¡Este ganado vuestro tiene la condenación en las aguas!

La ventera escuchaba al saludador con las manos juntas y los ojos húmedos de religiosa emoción. Sentía pasar sobre su rostro el aliento del prodigio. Un rayo de sol, atravesando los follajes de la parra, ponía un nimbo de oro sobre la cabeza plateada del viejo: alzó proféticamente los brazos, dejando suelto el cordero, que permaneció echado en sus rodillas.

—La condenación de las aguas solamente se rompe con la primera luna, a las doce de la noche. Para ello es menester llevar el ganado a que beba en fuente que tenga un roble, y esté en una encrucijada…

Dejó de hablar el saludador y el cordero saltó de sus rodillas. La ventera, con el rostro resplandeciente de fe, cavilaba recordando dónde había una fuente que estuviese en una encrucijada y tuviera un roble, y entonces el saludador le dijo:

—La fuente que buscas está cerca de San Gundián, yendo por el camino viejo… Hace años había otras dos: una en los Agros de Brandeso, otra en el Atrio de Cela, pero una bruja secó los robles.

Después la ventera aún seguía hablando con el saludador, mientras la pastora arreaba las ovejas que, afanosas por salir al camino, se apretaban, estrujándose entre los quicios de la cancela.

LA ventera contaba los días esperando la primera luna para llevar las ovejas a la fuente, donde había de romperse el hechizo. La pastora, sentada en el monte, a la sombra de las piedras célticas, doradas por líquenes milenarios hilaba en su rueca y sentía pasar sobre su rostro el aliento encendido de las santas

apariciones: todos los anocheceres imaginábase que el peregrino volvería a subir aquel sendero trillado por los pastores y por los rebaños, y nunca se realizó su ensueño. Solo subían hacia la venta hombres de mala catadura: lañeros encorvados y sudorosos que apuraban un vaso de vino y continuaban su ruta hacia la aldea, y mendigos, que mostraban al descubierto una llaga sangrienta, y caldereros negruzcos, que cabalgaban en jacos de áspero pelaje, y tenían en el blanco de los ojos una extraña ferocidad. Ádega, acurrucada en la cocina cerca del fuego, les oía disputar y amenazarse, sin que nadie pusiese paz entre ellos. Después, sus ojos asustados adivinaban cómo aquellos hombres se avenían y se apaciguaban, reunidos en los rincones obscuros, y escuchaba el ruido del dinero que se repartían.

El hijo de la ventera había vuelto después de una larga ausencia. Ádega, cuando se reunía en el monte con otros pastores, oíales decir que anduviera en una cuadrilla de ladrones todo aquel tiempo. Los pastores referían historias que ponían miedo en el alma de la niña: eran historias de caminantes que se hospedaban una noche en la venta y desaparecían, y de iglesias asaltadas, y de muertos que amanecían en los caminos. Un viejo que guardaba tres cabras grandes y negras, era quien mejor sabía aquellas historias. Ádega pensaba todos los días en huir de la venta, pero temía que la alcanzasen de noche, perdida en algún camino solitario y que también la matasen. Llena de fe ingenua, esperaba que el peregrino llegaría para libertarla, y, dormida en el establo, sobre el oloroso monte de heno, suspiraba viéndole ya llegar en su sueño.

El peregrino se transfiguraba en aquellas visiones de la pastora. Nimbo de luceros circundaba su cabeza penitente, apoyábase en un bordón de plata, y eran áureas las conchas de su esclavina: los rosarios, las cruces, las medallas que temblaban sobre su pecho derramaban un resplandor piadoso, y tenían el aroma de los cuerpos santos que habían tocado en sus sepulcros. El peregrino caminaba despacio y con fatiga, por aquel sendero, entre tojos. Las espinas desgarraban sus pies descalzos, y en cada gota de sangre florecía un lirio. Cuando entraba en el establo, las vacas se arrodillaban mansamente, el perro le lamía las manos, y el mirlo, que la pastora tenía prisionero en una jaula de cañas, cantaba con dulcísimo gorjeo, y su voz parecía de cristal. El peregrino llegaba para libertar a su sierva del cautiverio en que vivía, y también para castigar la dureza y la crueldad de los amos. Ádega sentía que su alma se llenaba de luz, y al mismo tiempo las lágrimas caían en silencio de sus ojos: lloraba por sus ovejas, y por el perro, y por el mirlo cantador, que se quedaban allí. El peregrino adivinaba su

pensamiento, y desde el sendero volvía atrás los ojos, y bastaba para que se obrase el milagro. La pastora veía salir las ovejas una a una, y al mirlo que volaba hasta posársele en el hombro, y al perro aparecerse a su lado lamiéndole las manos.

Ádega despertábase a veces en medio de su sueño y oía tenaces ladridos y trotar de caballos. Recordaba las siniestras historias que contaban los pastores, y permanecía temerosa, sin osar moverse. Por la mañana, al entrar en el aprisco, parecíale hallar la tierra removida y creía ver manchas de sangre en la hierba…

—¡ÁDEGA!… ¡Ádega!…

Ádega, que dormitaba en la gran cocina de la venta, sentada al pie del fuego, incorporose con sobresalto:

—¡Mande mi ama!

—Entra en la tenada y saca para el campo las ovejas. ¿No sabes que hoy es la primera luna?

Ádega se restregaba los ojos cargados de sueño:

—¿Qué decía mi ama?

—¡Que saques las ovejas para el campo! Vamos a la fuente de San Gundián.

Ádega obedeció en silencio. La ventera aún rezongaba:

—¡Bien se alcanza que no son tuyas las ovejas! Tú dejaríaslas morir una a una sin procurarles remedio… ¡Ay mi alma!

Ádega sacó las ovejas al campo. Era una noche de montaña, clara y silenciosa, blanca por la luna. Las ovejas se juntaban en mitad del descampado, como destinadas a un sacrificio en aquellas piedras célticas que doraban líquenes milenarios. La vieja y la zagala bajaron por el sendero: el rebaño se apretaba con tímido balido, y el tremante campanilleo de las esquilas despertaba un eco en los montes lejanos donde dormían los lobos. El perro caminaba al flanco, fiero y roncador, espeluznado el cuello en torno del ancho dogal guarnecido de puntas. La ventera llevaba encendido un hachón de paja, porque el fuego arredrase a los lobos. Las dos mujeres caminaban en silencio, sobrecogidas por la soledad de la noche y por el misterio de aquel maleficio que las llevaba a la fuente de San Gundián.

Desde lejos se distinguía la espadaña de la iglesia, dominando las copas

obscuras de los viejos nogales. Destacábase sobre el cielo, que argentaba la luna, y percibíase el azul de la noche estrellada, por los dos arcos que sostenían las campanas, aquellas campanas de aldea, piadosas, madrugadoras, sencillas como dos viejas centenarias. El atrio era verde y oloroso, todo cubierto de sepulturas. A espaldas de la iglesia estaba la fuente, sombreada por un nogal, que acaso contaba la edad de las campanas, y bajo la luz blanca de la luna, la copa obscura del árbol extendíase patriarcal y clemente, sobre las aguas verdeantes, que parecían murmurar un cuento de brujas.

La vieja y la zagala delante del atrio, se santiguaron devotas y temerosas. Las ovejas, que entraban apretándose por la cancela, derramábanse después en holganza, mordiendo la hierba lozana que crecía entre las sepulturas. Las dos mujeres corrieron de un lado al otro por juntarlas, y luego las guiaron hasta la fuente, donde habían de beber para que quedase roto el hechizo. Las ovejas acudían solícitas rodeando la balsa, y en el silencio de la noche sentíase el rumor de las lenguas que rompían el mítico cristal de la fuente. La luna espejábase en el fondo inmóvil y blanca, atenta al milagro.

Mientras bebía el ganado, las dos mujeres rezaban en voz baja. Después, silenciosas y sobrecogidas por el aliento sobrenatural del misterio, salieron del atrio. El rebaño ondulaba ante ellas. La luna se ocultaba en el horizonte, el camino obscurecía lentamente, y en los pinares negros y foscos se levantaba gemidor el viento. Las eras encharcadas y desiertas, ya habían desaparecido en la noche, y a lo lejos brillaban los fachicos de paja, con que se alumbraban los mozos de la aldea que volvían de rondar a las mozas. Las dos mujeres, siempre en silencio, seguían tras el rebaño, atentas a que ninguna oveja se descarriase. Cuando llegaron al descampado de la venta, ya todo era obscuridad en torno. Brillaban solo algunas estrellas remotas, y en la soledad del paraje oíase bravío y ululante el mar lejano, como si fuese un lobo hambriento, escondido en los pinares.

La vieja llamó en el portón con el herrado zueco: tardaban en abrir y llamó otras muchas veces acompañada por los ladridos del perro: al cabo acudieron de dentro, sintiose rechinar el cerrojo, y el hijo de la ventera asomó en el umbral. Destacábase sobre el rojizo resplandor de la jara que restallaba en el hogar, con un pañuelo atado a la frente y los brazos desnudos, llenos de sangre. Ádega sintió que el miedo la cubría como un pájaro negro que extendiese sobre ella las alas. La ventera interrogó en voz baja:

—¿Quién ha llegado?

El mozo repuso con un reír torcido:

—¡Nadie!… He desollado la cabra que hoy topamos muerta… Mañana la comeremos.

TERCERA ESTANCIA

UNA tarde, sentada en el atrio de San Clodio, a la sombra de los viejos cipreses, Ádega hilaba en su rueca, copo tras copo, el lino del último espadar. En torno suyo pacían y escarbaban las ovejas, y el mastín echado a sus pies, se adormecía bajo el tibio halago del sol poniente que empezaba a dorar las cumbres de los montes. Avizorado de pronto espeluznó las mutiladas orejas, incorporase y ladró. Ádega, sujetándole del cuello, miró hacia el camino en confusa espera de una ideal ventura: miró, y las violetas de sus ojos sonrieron, y aquella sonrisa de inocente arrobo tembló en sus labios y como óleo santo derramose por su faz. El peregrino subía hacia el atrio: la morena calabaza oscilaba al extremo de su bordón y las conchas de su esclavina tenían el resplandor piadoso de antiguas oraciones. Subía despacio y con fatiga: al andar, la guedeja penitente obscurecíale el rostro, y las cruces y las medallas de los rosarios que llevaba al cuello sonaban como un pregón misionero. La pastora llegó corriendo y se arrodilló para besarle las manos. Quedándose hinojada sobre la hierba, murmuró:

—¡Alabado sea Dios!… ¡Cómo viene de los tojos y las zarzas!… ¡Alabado sea Dios!… ¡Cuántos trabajos pasa por los caminos!…

El mendicante inclinó la cabeza asoleada y polvorienta:

—En esta tierra no hay caridad… Los canes y los rapaces me persiguen a lo largo de los senderos. Los hombres y las mujeres asoman tras de las cercas y de los valladares para decirme denuestos. ¿Podré tan siquiera descansar a la sombra de estos árboles? ¿Y tú, querrás concederme esta noche hospedaje en el establo?

—¡Ay, señor, fuera el palacio de un rey!

El alma de la pastora sumergíase en la fuente de la gracia, tibia como la leche de las ovejas, dulce como la miel de las colmenas, fragante como el heno de los establos. Sobre su frente batía como una paloma de blancas alas, la oración

ardiente de la vieja cristiandad, cuando los peregrinos iban en los amaneceres cantando por los senderos florecidos de la montaña. El mendicante, con la diestra tendida hacia el caserío, ululó rencoroso y profético:

—¡Ay de esta tierra!… ¡Ay de esta gente que no tiene caridad!

Cobró aliento en largo suspiro, y apoyada la frente en el bordón, otra vez clamó:

—¡Ay de esta gente!… ¡Dios la castigará!

Ádega juntó las manos candorosa y humilde:

—Ya los castiga, señor. Mire cómo secan los castañares… Mire cómo perecen las vides… ¡Esas plagas vienen de muy alto!

—Otras peores tienen de venir. Se morirán los rebaños, sin quedar una triste oveja, y su carne se volverá ponzoña… ¡Tanta ponzoña, que habrá para envenenar siete reinos!…

—¿Y no se arrepentirán?

—No se arrepentirán. Son muchos los hijos del pecado. La mujer yace con el rey de los infiernos, con el Gran Satanás, que toma la apariencia de un galán muy cumplido. ¡No se arrepentirán! ¡No se arrepentirán!

El peregrino descubriose la cabeza, echó el sombrero encima de la hierba y se acercó a la fuente del atrio con ánimo de apagar la sed. Ádega le detuvo tímidamente:

—Escuche, señor; ¿no quiere que le ordeñe una oveja? Repare aquella de los dos corderos qué ricas ubres tiene. ¡La leche que da es tal como manteca!

El peregrino se detuvo y miró con avaricia el rebaño, que se apretaba sobre una mancha de césped, en medio del atrio.

—¿Cuál dices, rapaza?

—Aquella virriata de los dos corderos.

—¿Y podrás ordeñarla?

—¡Asús, señor!

Y la pastora, al mismo tiempo que se acercaba a la oveja iba llamándola amorosamente:

—¡Hurtada!… ¡Ven, Hurtada!…

La oveja acudió dando balidos, y Ádega, para sujetarla enredole una mano al vellón del cuello.

LOS ojos del peregrino estaban atentos a la pastora y a la oveja. Hallábase detenido en medio del atrio, apoyado en el lustroso bordón, descubierta la cabeza polvorienta y greñuda. Ádega seguía repitiendo por veces:

—¡Quieta, Hurtada!

El mendicante preguntó con algún recelo:

—Oye, rapaza, por ventura, ¿no era tuya la res?

—¡Mía no es ninguna!… Son todas del amo, señor. ¿No sabe que yo soy la pastora?

Y bajó los ojos acariciando el hocico de la oveja, que alargaba la lengua y le lamía las manos. Después, para ordeñarla, se arrodilló sobre la hierba. Los dos corderos retozaban unidos, junto al ijar de la madre. La pastora les requería:

—¡Os estáis quedos!… ¡Ay, Hurtados!…

—¿Por qué les dices tal nombre de Hurtados?

Ádega levantó hasta el peregrino las tímidas violetas de sus ojos:

—No piense mal, señor…

—¿Mas de quién era antaño la oveja?

—Antaño fue de un pastor… El pastor que la vendió al amo con aquellas otras cuatro… Llámase el Hurtado, y vive al otro lado del monte.

—¡Buenas reses!… Parecen todas ellas de tierra castellana.

—De tierra castellana son, mi señor. ¡San Clodio las guarde!

Piadosa y humilde se puso a ordeñar la leche en el cuenco de corcho, labrado por un boyero muy viejo, que era nombrado en todo el contorno. Mientras el corcho se iba llenando con la leche tibia y espumosa, decía la pastora:

—¿Ve aquellas siete ovejas tan lanares?… A todas las llamamos Dormidas, porque siendo corderas vendióselas al amo un rabadán, que cuando vuelve de la feria en su buena mula siempre acontece que se queda traspuesto, y ya todos lo saben…

Se levantó, y con los ojos bajos y las mejillas vergonzosas, presentó al mendicante aquel don de su oveja: bebió el peregrino con solaz, y como hacía reposorios para alentarse, murmuraba:

—¡Qué regalía, rapaza!… ¡Qué regalía!

Cuando terminó, la pastora apresurose a tomarle el cuenco de las manos:

—Diga, mi señor: ¿Quiere que le ordeñe otra oveja?

—No es menester. ¡El Apóstol Santiago te lo pague!

Ádega sonreía. Después llegose a la fuente del atrio, cercada por viejos

laureles. Llenó de agua el corcho que el peregrino santificara, y bebió feliz y humilde, oyendo al ruiseñor que cantaba escondido. El peregrino siguió adelante por el camino que trajera, un camino llano y polvoriento entre maizales. Los ojos de la pastora fueron tras él, hasta que desapareció en la revuelta:

—¡El Santo Apóstol le acompañe!

Suspirosa llamó al mastín, y acudió a reunir el hato esparcido por todo el campo de San Clodio. Un cordero balaba encaramado sobre el muro del atrio, sin atreverse a descender. Ádega le tomó en brazos, y acariciándole fue a sentarse un momento bajo los cipreses. El cordero, con movimientos llenos de gracia, ofrecía a los dedos de la pastora el picaresco testuz marcado con una estrella blanca: cuando perdió toda zozobra, huyó haciendo corcovos. Ádega alzó la rueca del césped y continuó el hilado.

Allá en la lejanía, por la falda del monte, bajaban esparcidos algunos rebaños que tenían el aprisco distante y se recogían los primeros. Oíase en la quietud apacible de la tarde el tañido de las esquilas y las voces con que los zagales guiaban. Ádega arreó sus ovejas, y antes de salir al camino las llevó a que bebiesen en la fuente del atrio. Bajo los húmedos laureles, la tarde era azul y triste como el alma de una santa princesa. Las palomas familiares venían a posarse en los cipreses venerables, y el estremecimiento del negro follaje al recibirlas uníase al murmullo de la fuente milagrosa cercada de laureles, donde una mendiga sabia y curandera ponía a serenar el hinojo tierno y la malva de olor, mientras el sonoro cántaro desbordaba con alegría campestre bajo la verdeante teja de corcho que aprisionaba y conducía el agua. Las ovejas bebían con las cabezas juntas, apretándose en torno del brocal cubierto de musgo. Al terminar se alejaban hilando agua del hocico y haciendo sonar las esquilas.

Solo una oveja no se acercó a la fuente: arrodillada al pie de los laureles, quejábase con moribundo balido, y la pastora, con los ojos fijos en el sendero por donde se alejó el peregrino, lloraba. Lloraba porque veía cómo las culpas de los amos eran castigadas en el rebaño por Dios Nuestro Señor.

ÁDEGA recorría el camino de la venta cargada con el cordero que lanzaba su doliente balido en la paz de la tarde. Rendida por el cansancio, y temerosa de los lobos, daba voces a unos zagales para que la esperasen. Se

reunió con ellos acezando:

—¿Van para San Clodio?

Un pastor viejo repuso gravemente:

—Esa intención hacemos, agora lo que sea, solamente lo sabe Dios. ¿Y tú, subes para la venta?

—Subo, sí, señor…

—Pues cuida que no se envuelvan los rebaños.

—Por eso no tenga duda.

Ádega respondía casi sin aliento, agobiada bajo el peso del cordero, que seguía balando tristemente. El viejo, después de caminar algún tiempo en silencio, interrogó:

—¿Qué tiene esa res?

—No sabré decirle qué mal tiene…

—¿Entrole de pronto?

—De pronto, sí, señor…

Los rebaños ondulaban por un sendero de verdes orillas, largo y desierto, que allá en la lontananza aparecía envuelto en el rosado vapor de la puesta solar. De tiempo en tiempo, los zagales corrían dando voces y agitando los brazos para impedir que los rebaños se juntasen. Después volvía a reinar el silencio de la tarde en los montes que se teñían de amatista. Extendíase en el aire una palpitación de sombra azul, religiosa y mística, como las alas de esos pájaros celestiales que al morir el día vuelan sobre los montes, llevando en el pico la comida de los santos ermitaños. Ádega, al comienzo de una cuesta, tuvo que sentarse en la orilla del camino y posar el cordero sobre la hierba, suspirando con fatiga. El viejo le dijo:

—¡Anda, rapaza, que poco falta!

Ella repuso llorosa:

—No puedo más, señor…

Y quedó sola, sentada al abrigo de un valladar. Sus ojos tristes miraban alejarse a los otros pastores. Empezaba a obscurecer, y muerta de miedo, volvió a ponerse en camino antes que desapareciesen en una revuelta, pero la noche se los alejaba cada vez más. Corrió sin aliento para alcanzarlos.

—¡No me dejar aquí sola!… ¡Esperadme! ¡Esperadme!

Sus gritos hallaban un eco angustioso en la soledad del camino, y cuando callaba para cobrar aliento, oíanse los balidos del cordero más tristes y apagados por instantes. La voz del pastor alzose en la obscuridad:

—Anda, rapaza, que ya te esperamos.

Y Ádega corría arreando sus ovejas y para sentir menos el miedo hablaba a gritos con los zagales, que respondían cada vez de más lejos:

—¡Corre, Ádega!… ¡Corre!…

De esta suerte, sin conseguir alcanzarlos, arreando afanosa su rebaño, llegó al descampado donde estaba la venta. Hallábase abierto el portalón, y desde el camino distinguíase el resplandor del hogar. La ventera, advertida por el son de las esquilas, salió al umbral. Ádega acudió a ella murmurando en voz baja y religiosa:

—¡Vea este corderillo!… Diole el mal que a los otros, mi ama.

La vieja tomole en brazos con amoroso desconsuelo, y entró de nuevo en la cocina: sentada al pie del fuego, repetía una y otra vez, al mismo tiempo que le trazaba en el testuz el círculo del Rey Salomón:

—¡Brujas, fuera! ¡Brujas, fuera! ¡Brujas, fuera!

Un mozo montañés que hacía huelgo en la venta, murmuró con apagada y mansa voz:

—¡Conócese que le echaron una fada al corderillo!…

Y como nadie le respondiese, quedó silencioso, contemplando el fuego. Era un zagal agigantado y fuerte, con los ojos llenos de ingenuidad, y la boca casta y encendida. La barba rizada y naciente, que tenía el color del maíz, orlaba apenas su rostro bermejo. Se dirigía a la villa con un lobo que había matado en el monte, para demandar los aguinaldos de puerta en puerta. Después de mirar largamente el fuego, murmuró:

—Yo tuve un amo a quien le embrujaron todo un rebaño.

El hijo de la ventera, que estaba echado sobre un arcón, en el fondo de la cocina, se incorporó lentamente:

—¿Y tu amo qué hizo?

—Pues verse con quien se lo tenía embrujado y darle una carga de trigo por que lo libertase. Mi amo no sabía quién fuese, pero una saludadora le dijo que cogiera la res más enferma y la echare viva en una fogata. Aquella alma que primero acudiere al oír los balidos, aquella era…

El hijo de la ventera irguiose más en el arcón:

—¿Y acudió?

—Acudió.

—¿Y tu amo diole una carga de trigo?

—No lo pudo hacer por menos.

—¡Malos demonios lo lleven!

Y volvió a recostarse sobre el arcón. El montañés se había levantado para irse: su sombra cubría toda la pared de la cocina. Ayudándose con un grito, echose a la espalda el lobo muerto que tenía a sus pies, empuñó el hocino que llevaba calzado en un largo palo, y salió. Desde la puerta volviose murmurando con su voz infantil y cansada:

—¡Queden a la paz de Dios!

Solamente respondió Ádega, que volvía de encerrar el ganado:

—¡Vaya en su santa compaña!

ÁDEGA, sentada ante la puerta del establo, esperaba al peregrino que le había demandado albergue aquella tarde al mostrársele en el atrio de San Clodio. El mastín velaba echado a sus plantas. Caía sobre el descampado la luz lejana de la luna y oíase el mar, también lejano. De pronto la pastora tembló con medrosa zozobra. Abríase la puerta de la venta: el ama asomaba con un haz de paja, y en mitad del raso encendía una hoguera: encorvada sobre el fuego, iba añadiendo brazados de jara seca, mientras el hijo, allá en el fondo arrebolado de la cocina, sujetaba las patas del cordero con la jareta de las vacas. Ádega escuchaba conmovida el trémulo balido, que parecía subir llenando el azul de la noche, como el llanto de un niño. Restallaba la jara entre las lenguas de la llama, y la vieja limpiábase los ojos que hacía llorar el humo. El hijo, asomose en la puerta, y desde allí, cruel y adusto, arrojó el cordero en medio de la hoguera. Ádega se cubrió el rostro horrorizada. Los balidos se levantaron de entre las llamas prolongados, dolorosos, penetrantes. La vieja atizaba el fuego, y con los ojos encendidos, vigilaba el camino que se desenvolvía bajo la luna, blanquecino y desierto. De pronto llamó al hijo:

—Mira allí, rapaz.

Y le mostraba una sombra alta y desamparada que parecía haberse detenido a lo lejos. El mozo murmuró:

—Deje que llegue quien sea…

—¡Puede ser que recele y se vuelva!

Ádega suspiraba sin valor para mirar hacia el camino: su corazón se estremecía adivinando que era el peregrino quien llegaba. Juntó las manos para

rezar, pero en aquel momento la ventera le gritó:

—Recógete a dormir, rapaza. ¡Mañana tienes que madrugar con el sol!

Se incorporó obediente, y sus ojos de violeta miraron en torno con amoroso sobresalto. El peregrino estaba detenido en medio de aquel sendero trillado por los rebaños, donde se había mostrado a la pastora por primera vez. Ádega quedó un momento contemplándole: luego entró en el establo y fue a echarse sobre el monte de heno: suspirando reclinó la cabeza en aquella olorosa y regalada frescura. Fuera el mastín comenzó a ladrar arañando la puerta que solo estaba arrimada, y cedió lentamente. Ádega se incorporó: sobre el umbral del establo, temblaba el claro de la luna, lejano y cándido como los milagros que soñaba aquella pastora de cejas de oro, y maravillada sonrisa.

Cesaron poco a poco los balidos del cordero, y por el descampado cruzó el hijo de la ventera con una hoz al hombro. Ádega sintió miedo, y toda estremecida, cerró los ojos. Permaneció así mucho tiempo. Le parecía que estuviese atada sobre el monte de heno. El sopor del sueño la vencía con la congoja y la angustia de un desmayo. Era como si lentamente la cubriesen toda entera con velos negros, de sombras pesadas y al mismo tiempo impalpables. De pronto se halló en medio de una vereda solitaria. Iba caminando guiada por el claro de la luna que temblaba milagroso ante sus zuecos de aldeana. Sentíase el rumor de una fuente escondida en lo hondo de la vereda, rodeada por árboles llenos de cuervos. El peregrino se alejaba bajo la sombra de aquellos ramajes. Las conchas de su esclavina resplandecían como estrellas en la negrura del camino. Una manada de lobos rabiosos, arredrados por aquella luz, iba detrás…

Súbitamente la pastora se despertó. Había oído un grito, uno de esos gritos de la noche lejanos y medrosos. El viento golpeaba la puerta del establo, y se levantó para cerrarla. En medio del descampado brillaban las últimas brasas de la hoguera: la voz del mar resonaba cavernosa y lejana. Ádega tenía fijos los ojos en el camino, mientras cerraba la puerta con lento cuidado, temerosa de hacer daño a las ánimas que muchas veces penan sus culpas en los quiciales. De pronto se detuvo acobardada: una sombra llamaba sigilosa en la venta: la hoz que tenía al hombro brillaba en la noche con extraña ferocidad. De dentro abrieron sin ruido, y hubo un murmullo de voces. Ádega las reconoció. El hijo decía:

—Esconda la hoz.

Y la madre:

—Mejor será enterrarla.

Despavorida se lanzó al campo, y corrió sin saber adónde, solo guiada del presentimiento.

AMANECÍA cuando la pastora, después de haber corrido todo el monte, llegaba desfallecida y llorosa al borde de una fuente. Al mismo tiempo que reconocía el paraje de su sueño, vio el cuerpo del peregrino tendido sobre la hierba. Conservaba el bordón en la diestra, sus pies descalzos parecían de cera, y bajo la guedeja penitente, el rostro se perfilaba cadavérico. Ádega cayó de rodillas:

—¡Dios Nuestro Señor! ¡Dios Nuestro Señor!

Trémulas y piadosas sus manos, apartaban la guedeja llena de tierra y de sangre, pegada sobre la yerta faz que besó con amorosa devoción, llorando sobre ella.

—¡Cuerpo bendito!… ¿Dónde habéis topado con los verdugos de Jerusalén?… ¡Qué castigo tan grande habrán de tener!… ¡Y cómo ellos vos dejaron, cuitado del mío querer! Un ángel bajará del cielo, y cargados de fierros los llevará por toda la cristiandad, y no habrá parte ninguna de donde no corran a tirarles piedras… ¡Luz de mis tristes ojos!… ¡Mi señor! ¡Mi gran señor!

Sobre su cabeza los pájaros cantaban saludando el amanecer del día. Dos cabreros madrugadores conducían sus rebaños por la falda de una loma: el humo se levantaba tenue y blanco en las aldeas distantes, y todavía más lejos levantaban sus cimas ungidas por el ámbar de la luz, los cipreses de San Clodio Mártir. Algunas aldeanas bajaban a la fuente para llenar sus cántaros, y al oír los gritos de la pastora, interrogaban desde el camino, pálidas y asustadas:

—¿Qué te acontece, Ádega?

Ádega, arrodillada sobre la hierba, tendía los brazos desesperada sobre el cuerpo del peregrino.

—¡Mirad! ¡Mirad!

—¿Está frío?

La pastora sollozaba:

—¡Está frío como la muerte!

—¿Era algo tuyo?

—Era Dios Nuestro Señor.

Las aldeanas la miraban supersticiosas y desconfiadas. Descendían lentamente, santiguándose.

—¿Qué dices, rapaza?

Ádega gritaba con la boca convulsa:

—¡Era Dios Nuestro Señor! Una noche vino a dormir conmigo en el establo: tuvimos por cama un monte de heno.

Y levantaba el rostro transfigurado, con una llama de mística lumbre en el fondo de los ojos, y las pestañas de oro guarnecidas de lágrimas. Las mujerucas volvían a santiguarse.

—Tú tienes el mal cativo, rapaza.

Y la rodeaban, apoyados los cántaros en las caderas, hablándose en voz baja, con un murmullo milagrero y trágico. La pastora, de hinojos sobre la hierba, clamaba:

—Cuidad y veréis cómo los verdugos han de sufrir todos los trabajos de este mundo, y al cabo han de perecer arrastrados por los caminos, donde nacerán las ortigas cuando ellos pasen…

Las mujerucas, incrédulas y cándidas, volvían a decirle:

—¿Pero era algo tuyo?

Ádega se erguía sobre las rodillas, gritando con la voz ya ronca:

—¡Era Dios Nuestro Señor!… ¿Vosotras sois capaces de negarlo? ¡Arrastradas os veréis!

Las mujeres, después de oírla, salían lentamente del corro, y mientras llenaban los cántaros en la fuente, hacían sus comentos, la voz asombrada y queda:

—Ese peregrino llevaba ya tiempo corriendo por estos contornos.

—¡Famoso prosero estaba!

—Y la rapaza, ¿cómo dice que era Dios Nuestro Señor?

—La rapaza tiene el mal cativo.

—¡San Clodio glorioso, y puede ser que lo tenga!

Las mujerucas hablaban reunidas en torno de la fuente, sus rostros se espejaban temblorosos en el cristal, y su coloquio parecía tener el misterio de un cuento de brujas. El agua, que desbordaba en la balsa, corría por el fondo de una junquera, deteniéndose en remansos y esmaltando flores de plata.

ÁDEGA no tornó a la venta. Anduvo perdida por los caminos clamando su cuita, y durmió en los pajares, donde le daban albergue por caridad. Los aldeanos que trabajaban los campos, al divisarla desde lejos, abandonaban su labor, y pausadamente venían a escucharla desde el lindar de los caminos. Ádega cruzaba trágica y plañidera:

—¡Todos lo veréis el mío fijo que ha de nacer!… Conocereisle porque tendrá un sol en la frente. ¡Fijo será de una pobre pastora y de Dios Nuestro Señor!

Los aldeanos se santiguaban supersticiosos:

—¡Pobre rapaza, tiene el mal cativo!

Ádega, jadeante, con los pies descalzos, con los brazos en alto, con la boca trémula por aquellos gritos proféticos, se perdía a lo largo de los caminos. Solo hacía algún reposo en el monte con los pastores: sentada al abrigo de los grandes peñascales, les contaba sus sueños mientras el sol se ponía y los buitres que coronaban la peña batían en el aire sus alas, abiertas sobre el fondo encendido del ocaso. La fe de aquellos relatos despertaba la cándida fantasía de los pastores que, sentados en torno sobre la hierba, la contemplaban con ojos maravillados y le ofrecían con devoto empeño la merienda de sus zurrones. Después, ellos también contaban milagros y prodigios, historias de ermitaños, de tesoros ocultos, de princesas encantadas, de santas apariciones. Un viejo, que llevaba al monte tres cabras negras, sabía tantas, que un día entero de sol a sol, podía estar contándolas. Tenía cerca de cien años, y muchas de sus historias habían ocurrido siendo él zagal. Contemplando sus tres cabras negras, el viejo suspiraba por aquel tiempo cuando iba al monte con un largo rebaño que tenían en la casa de sus abuelos. Un coro infantil de pastores escuchaba siempre los relatos del viejo: había sido en aquel buen tiempo lejano, cuando se le apareciera una dama sentada al pie de un árbol, peinando los largos cabellos con peine de oro. Oyendo al viejo, algunos pastores murmuraban con ingenuo asombro:

—¡Sería una princesa encantada!

Y otros pastores, que ya sabían aquella historia, contestaban:

—¡Era la reina mora, que tiene prisionera un gigante alarbio!…

El viejo asentía moviendo gravemente la cabeza, daba una voz a sus tres cabras para que no se alejasen, y proseguía:

—¡Era la reina mora!… A su lado, sobre la hierba, tenía abierto un cofre de plata lleno de ricas joyas que rebrillaban al sol… El camino iba muy desviado, y la dama, dejándose el peine de oro preso en los cabellos, me llamó con la su

mano blanca, que parecía una paloma en el aire. Yo, como era rapaz, dime a fujir, a fujir…

Y los pastores interrumpían con candoroso murmullo:

—¡Si a nos quisiera aparecerse!

El viejo respondía con su entonación lenta y religiosa, de narrador milenario:

—¡Cuantos se acercan, cuantos perecen encantados!

Y aquellos pastores, que habían oído muchas veces la misma historia, se la explicaban a los otros pastores, que nunca la habían oído. El uno decía:

—Vos no sabéis que para encantar a los caminantes, con su gran fermosura los atrae.

Y otro agregaba:

—Con la riqueza de las joyas que les muestra, los engaña.

Y otro más tímidamente advertía:

—Tengo oído que les pregunta cuál de entre todas sus joyas les place más, y que ellos, deslumbrados, viendo tantos broches, y cintillos, y ajorcas, y joyeles, pónense a elegir, y así quedan presos en el encanto.

El viejo dejaba que los murmullos se acallasen, y proseguía con su ingenua inventiva, llena de misterio la voz:

—Para desencantar a la reina y casarse con ella, bastaría con decir: entre tantas joyas, solo vos quiero, señora reina. Muchos saben aquesto, pero cegados por la avaricia se olvidan de decirlo, y pónense a elegir entre las joyas…

El murmullo de los zagales volvía a levantarse como un deseo fabuloso y ardiente:

—¡Si a nos quisiese aparecerse!

El viejo los miraba compasivo:

—¡Desgraciados de vos! El que ha de romper ese encanto no ha nacido todavía…

Después, todos los pastores, como si un viento de ensueño removiese el lago azul de sus almas, querían recordar otros prodigios. Eran siempre las viejas historias de los tesoros ocultos en el monte, de los lobos rabiosos, del santo ermitaño, por quien al morir habían doblado solas las campanas de San Gundián: aquellas campanas, que se despertaban con el sol, piadosas, madrugadoras, sencillas como dos abadesas centenarias. Ádega escuchaba atenta estos relatos, que extendían ante sus ojos como una estela de luz, y cuando tornaba a recorrer los caminos, las princesas encantadas eran santas doncellas que los alarbios tenían prisioneras, y los tesoros escondidos iban a ser descubiertos por las ovejas

escarbando en el monte, y con ellos haríase una capilla de plata, que tendría el tejado todo de conchas de oro.

—¡En esa capilla bautizarase aquel fijo que me conceda Dios Nuestro Señor! Vosotros lo habéis de alcanzar. Tocarán solas las campanas ese amanecer, y resucitará aquel santo peregrino que los judíos mataron a la vera de la fuente. ¡Vosotros lo habéis de ver!…

Y jadeante, con los pies descalzos, con los brazos en alto, con la boca trémula, se perdía a lo largo de los caminos.

CUARTA ESTANCIA

ÁDEGA se despierta al rayar el sol: el rocío brilla sobre el oro de sus cabellos. Ha dormido al borde de un sendero, después de vagar perdida por el campo, y sus ojos, donde aún queda el miedo de la noche, miran en torno, reconociendo el paraje y las casas distantes de la aldea. Una vieja camina con su nieto de la mano por el sendero. Ádega, viéndola llegar, se incorpora, entumecida de frío.

—¿Van para la villa?

—Para allá vamos.

—Yo también tengo de ir.

La vieja y el niño siguen andando. Ádega sacude sobre una piedra los zuecos llenos de arena, y se los calza. Después, da una carrera para alcanzar a la vieja, que camina encorvada, exhortando al niño, que llora en silencio:

—Agora que comienzas a ganarlo has de ser humildoso, que es ley de Dios.

—Sí, señora, sí…

—Has de rezar por quien te hiciere bien y por el alma de sus difuntos.

—Sí, señora, sí…

—En la feria de San Gundián, si logras reunir para ello, has de comprarte una capa de juncos, que las lluvias son muchas.

—Sí, señora, sí…

—Para caminar por las veredas has de descalzarte los zuecos.

—Sí, señora, sí…

La soledad del camino hace más triste aquella salmodia infantil, que parece un voto de humildad, de resignación y de pobreza, hecho al comenzar la vida. La vieja arrastra penosamente las madreñas que choclean en las piedras del camino, y suspira bajo el mantelo que lleva echado por la cabeza. El nieto llora y tiembla de frío: va vestido de harapos: es un zagal albino, con las mejillas asoleadas y

pecosas: lleva trasquilada sobre la frente, como un siervo de otra edad, la guedeja, lacia y pálida, que recuerda las barbas del maíz. La abuela y el nieto siguen siempre una orilla del sendero, y por la otra orilla, caminando a su par, va la pastora. Después de algún tiempo, la vieja le habla así:

—¿Tú por qué no buscas un amo y dejas de andar por los caminos, rapaza?

Ádega baja los ojos. Aquel consejo de la vieja lo escuchaba en todas partes, lo mismo en las puertas donde se detiene a pedir limosna, que en las majadas donde es acogida polla noche, y siempre responde igual, con las pestañas de oro temblando sobre la flor triste de sus pupilas:

—Ya lo busco, mas no lo topo.

La vieja murmura sentenciosa:

—Los amos no se topan andando por los caminos: así tópanse solamente moras en los zarzales.

Y sigue en silencio, con su nieto de la mano. Oyese distante el ladrido de los perros y el canto de los gallos. Lentamente el sol comienza a dorar la cumbre de los montes. Brilla el rocío sobre la hierba, revolotean en torno de los árboles con tímido aleteo los pájaros nuevos, ríen los arroyos, murmuran las arboledas, y aquel camino de verdes orillas, triste y desierto, se despierta como viejo camino de sementeras y de vendimias. Rebaños de ovejas suben por la falda del monte, y mujeres cantando van para el molino con maíz y con centeno. Por medio del sendero cabalga lentamente el señor arcipreste, que se dirige a predicar en una fiesta de aldea. A su paso salmodian la vieja, la pastora y el nieto:

—¡Santos y buenos días nos dé Dios!

El señor arcipreste refrena la yegua de andadura mansa y doctoral.

—¿Vais de feria?

La vieja responde:

—¡Los pobres no tenemos que hacer en la feria! Vamos a la villa buscando amo para el rapaz.

—¿Sabe la doctrina?

—Sabe, sí, señor. La pobreza no quita el ser cristiano.

—Y la rapaza, ¿qué hace?

—La rapaza no es sangre mía. A la cuitada dale por veces un ramo cativo.

Ádega escucha con los ojos bajos. El señor arcipreste la interroga con indulgente gravedad:

—¿No tienes padres?

—No, señor.

—¿Y qué haces?
—Ando a pedir…
—¿Por qué no buscas un amo?
—No lo topo.
—¡Válate Dios! Pues hay que sacarse de correr por los caminos.
El señor arcipreste deja caer una lenta bendición, y se aleja al paso majestuoso de su yegua. La vieja insiste aconsejadora:
—Ya has oído… Hoy júntase en la villa el mercado de los sirvientes. Allí voy yo con mi nieto, y allí tienes tú de encontrar amo, aun cuando solamente sea por el yantar.
Ádega murmura resignada:
—En la venta también servía por el yantar.
Y todavía se estremece de miedo recordando…

ALLÁ en la villa, descansando a la sombra de un palacio hidalgo, la pastora miraba pasar la gente con ojos maravillados, mientras la vieja, sentada a su lado, con las manos debajo del mantelo, murmuraba siempre aconsejadora:
—Estarás aquí, sin dar voces ni decir cosa ninguna.
—Estaré, sí, señora.
—¡Sin dar voces!
—Como me manden.
—¡Repara la compostura que guarda mi nieto!
—Sí, señora, sí.
También descansaban a la sombra viejas parletanas, vestidas con dengue y cofia como para una boda, y zagalas que nunca habían servido y ocultaban vergonzosas los pies descalzos bajo los refajos amarillos, y mozos bizarros, de los que campan y aturujan en las romerías, y mozos que habían bajado de la montaña y suspiraban por su tierra, y rapaces humildes, que llevaban los zuecos en la mano y la guedeja trasquilada sobre la frente como los siervos antiguos. Por medio de la calle, golpeando las losas con el cueto herrado del palo, iba y venía el ciego de la montera parda y los picarescos decires. La abertura de su alforja dejaba asomar las rubias espigas de maíz que había recogido de limosna a su paso por las aldeas. Una de aquellas viejas parletanas le llamó:

—¡Escucha una fabla!

El ciego se detuvo, reconociendo la voz:

—¿Eres Sabela la Galana?

—La misma. ¿Has estado en el Pazo de Brandeso?

—Hace dos días pasé por allí.

—¿Preguntaste si necesitaban una criada?

—Por sabido que pregunté.

—¿Y qué te han dicho?

—Que te llegues por aquella banda y hablarás con el mayordomo. Yo en todo he respondido por ti.

—¡Dios te lo premie!

La abuela también llamó al ciego:

—¡Oye!… ¿Para un nieto mío no podrás darme razón de alguna casa donde me lo traten con blandura, pues nunca ha servido?

—¿Qué tiempo tiene?

—El tiempo de ganarlo. Nueve años hizo por el mes de Santiago.

—Como él sea despierto, amo que le mire bien no faltará.

—Pobre soy, mas en aquello que pudiese habría de corresponder.

—Espérame aquí con el rapaz, que acaso os traiga luego una razón.

—También tengo de hablarle por una pobre cuitada.

—Cuando torne.

Y se alejaba golpeando las losas con el cueto del palo. Tres zagales le llamaban desde lejos:

—Una fabla, Electus. Dijéronnos que se salía el criado del señor abade de Cela.

—Nada he oído.

—¿No te dieron encargo de que buscases?…

—De esta vez ninguna cosa me han dicho.

—Será entonces mentira.

—Puede que lo sea.

—¿Y tú no sabes de ningún acomodo?

—Tal que pueda conveniros a vosotros, solamente sé de uno.

—¿Dónde?

—Aquí en la villa. Las tres nietas del señor mi conde. Tres rosas frescas y galanas: para cada uno de vosotros la suya.

Los zagales reían al oírle:

—Esas rosas están guarnidas de muy luengas espinas: solamente tú puedes cogerlas.

Y volvieron a estallar las risas con alegre e ingenua mocedad. Ádega, temerosa de no encontrar amo a quien servir, ponía en todo una atención llena de zozobra: cuando alguien cruzaba por su lado, las tristes violetas de sus ojos se alzaban como implorando, pero nadie reparaba en ella. Pasaban los hidalgos, llevando del diestro sus rocines enjaezados con antiguas sillas jinetas, pasaban viejos labradores, arrastrando lucientes capas de paño sedán, y molineros blancos de harina, y trajinantes que ostentaban botones de plata en el calzón de pana, y clérigos de aldea cetrinos y varoniles, con grandes paraguas bajo el brazo. Cuantos iban en busca de criado, desfilaban, deteniéndose e interrogando:

—¿Qué años tienes, rapaz?

—No le podré decir, pero paréceme que han de ser doce.

—¿Sabes segar hierba?

—Sé, sí, señor.

—¿Y cuánto ganas?

—Eso será aquello que tenga voluntad de darme. Plasta agora solamente serví por los bocados.

Y un poco más adelante:

—¿Tú de qué banda eres, moza?

—Una legua desviada de Cela.

—¿Dónde servías?

—Nunca tuve amo.

Y todavía más lejos:

—¿Tú serviste aquí en la villa?

—Serví, sí, señor.

—¿Muchos años?

—Pasan de siete.

—¿Cuántos amos tuviste?

—Tuve dos.

—¿Cuánto ganabas?

—Según. ¿Cuánto acostumbra de dar?

—Agora yo también te digo, según.

—Y dice bien. Conforme el servicio del criado, conforme ha de corresponder el amo. No es alabanza, pero si nos arreglamos, paréceme no quedará quejoso.

Se hacían corros y nunca faltaban viejas comadres que se acercasen,

entrometidas y conqueridoras:

—¡Buenos días nos dé Dios!… Sus padres sonle muy honrados. Por la soldada no se desarreglen. Verá qué pronto toma ley a la casa. Mire que tan bueno encontrará, mejor no.

E iban así de corro en corro, pero no gozaban de aquel favor popular que gozaba el ciego de la montera parda. Cuando reapareció en el confín de la calle, golpeando las losas con el cueto herrado del bordón, nuevamente comenzaron a llamarle de uno y de otro lado. Él respondía sacudiendo las alforjas ya escuetas:

—¡Considerad que bajo este peso me doblo!… Dejad que llegue donde pueda reposarme.

Viejos y mozos reían al oírle. La abuela también le gritó festera:

—Aquí estamos esperándote con un dosel.

El ciego repuso gravemente:

—Agora iré a sentarme debajo para decirte lo que hay… Paréceme que hallé acomodo para los dos rapaces.

Y entró en el palacio solariego con una de aquellas viejas parletanas, muy nombrada porque hacía la compota de guindas y la trepezada de membrillo como las señoras monjas de San Payo. A todo esto la gente se agrupaba para ver a un hombre que llevaban preso. Ádega se acercó también, y sus pestañas de oro temblaron asustadas. Aquel hombre, a quien conducían con los brazos atados, era el hijo de la ventera.

POR la Puerta del Deán, que aún quedaba en pie de la antigua muralla, salían a la media tarde la vieja, la pastora y el niño. La vieja iba diciéndoles:

—Ya habéis encontrado acomodo, agora a vos cumple ser humildes y trabajadores.

Los tres caminan acezando temerosos de que la noche les coja en despoblado. Ya lejos de la villa, en una encrucijada del camino, la vieja se detiene irresoluta:

—¡Oye, Ádega!… Si nos pasamos por el Pazo de Brandeso, no tendremos día para llegar a San Clodio.

Ádega murmura tristemente:

—Si no puede acompañarme, yo iré sola… El camino lo sé. Con todo, sería

gustante que hablase por mí a tan gran señora.

La vieja se siente compadecida:

—Iremos primero donde esperan al rapaz y luego, con la luna, nos llegaremos al Pazo, que es poco arrodeo.

Bajo aquel sol amable, que luce sobre los montes, cruza por los caminos la gente de las aldeas. En una lejanía de niebla azul se divisan los cipreses de San Clodio, obscuros y pensativos, con las cimas ungidas por un reflejo dorado y crepuscular. Los rebaños vuelven hacia la aldea, y el humo indeciso y blanco que sube de los hogares, se disipa en la luz como salutación de paz. Sentado en la puerta del atrio, un ciego pide limosna, y levanta al cielo los ojos, que parecen dos ágatas blanquecinas:

—¡Santa Lucía bendita vos conserve la amable vista y salud en el mundo para ganarlo!… ¡Dios vos otorgue que dar y que tener!… ¡Salud y vista en el mundo para ganarlo! ¡Tantas buenas almas del Señor como pasan, no dejarán al pobre un bien de caridad!…

Y el ciego tiende la palma seca y amarillenta. La vieja, dejando a la pastora en el camino, se acerca con su nieto de la mano y murmura tristemente:

—¡Somos otros pobres!… Dijéronme que buscabas un criado…

—Dijéronte verdad. Al que tenia enantes abriéronle la cabeza en la romería de San Amaro. Está que loquea.

—A mí mándame Electus.

—¡Ese no necesita criado! Sabe los caminos mejor que muchos que tienen vista.

—Vengo con mi nieto.

—Vienes bien.

El ciego extiende los brazos palpando en el aire:

—Llégate, rapaz.

La abuela empuja al niño, que tiembla como una oveja acobardada y mansa, ante aquel viejo hosco, envuelto en un roto capote de soldado. La mano amarillenta y pedigüeña del ciego se posa sobre los hombros del niño, ándale a tientas por la espalda, corre a lo largo de las piernas:

—¿Te cansarás de caminar con las alforjas a cuestas?

—No, señor, estoy hecho a eso.

—Para llenarlas hay que correr muchas puertas. ¿Tú conoces bien los caminos de las aldeas?

—Donde no conozca, pregunto.

—En las romerías, cuando yo eche una copla, tú tienes que responderme con otra. ¿Sabrás?

—En aprendiendo, sí, señor.

—Ser criado de ciego es acomodo que muchos quisieran.

—Sí, señor, sí.

—Puesto que has venido, vamos hasta la rectoral, allí hay caridad. En este paraje no se recoge una triste limosna.

El ciego se incorpora entumecido, y apoya la mano en el hombro del niño, que contempla tristemente el largo camino, y la campiña verde y húmeda que sonríe en la paz de la tarde, con el caserío de las aldeas disperso y los molinos lejanos desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules y la nieve en las cumbres. A lo largo del camino un zagal anda encorvado segando hierba, y la vaca de trémulas y rosadas ubres pace mansamente arrastrando el ronzal. Mozos y mozas vuelven a la aldea cantando por los caminos, y el humo blanco parece salir de entre las higueras. El ciego y el niño se alejan lentamente, y la abuela suspira enjugándose los ojos, al mismo tiempo que se junta con Ádega:

—¡Malpocado, nueve años y gana el pan que come! ¡Alabado sea Dios!…

Ádega, sintiendo pasar sobre su rostro el aliento encendido del milagro, murmura:

—Ese ciego es un santo del cielo, que anda por el mundo para saber dónde hay caridad y luego darle cuenta a Nuestro Señor.

La vieja responde:

—Nuestro Señor, para saber dónde se esconden las buenas almas, no necesita experimentarlo.

Y callaron porque ya iban acezando, en su afán de llegar con día al Pazo de Brandeso.

PASABA el camino entre dos lomas redondas e iguales, como los senos de una giganta y la pastora se detuvo mostrándole a la vieja una sombra lejana, que allá en lo más alto parecía leer atentamente, alumbrándose con un cirio que oscilaba misterioso bajo la brisa crepuscular. La vieja miró largo tiempo, y luego advirtió:

—A ese hombre yo lo vide en otros parajes. ¿Sabes cómo se llama el libro donde lee? *El libro de San Cidrán*. ¡También un curmano de mi padre lo tenía!…

Ádega bajó la voz misteriosa y crédula:

—Con él descúbrense los tesoros ocultos.

La vieja negaba moviendo la cabeza porque tenía la enseñanza de sus muchos años.

—Aquel curmano de mi padre vendió las tierras, vendió las vacas, vendió hasta el cuenco del caldo y nunca descubrió cosa ninguna.

—Mas otros han hallado muy grandes riquezas.

—Yo a ninguno conocí. Cuando era rapaza, tengo oído que entre estas dos lomas hay oculto dinero para siete reinados, pero dígote que son cuentos.

Ádega, con las violetas de sus ojos resplandecientes de fe, murmuró como si repitiese una oración aprendida en un tiempo lejano:

—Entre los penedos y el camino que va por bajo, hay dinero para siete reinados y días de un rey habrán de llegar en que las ovejas, escarbando, los descubrirán.

La vieja suspiró desengañada:

—Ya te digo que son cuentos.

—Cuentos serán, pero sinfín de veces lo escuché en el monte a un viejo de San Pedro de Cela.

—¡Si fuese verdad todo lo que se escucha, rapaza! A ese que lee, yo le conozco. Vino poco hace de la montaña y anda por todos estos parajes leyendo en ese gran libro, luego que se pone el sol. Tiene los ojos lucientes como un can adolecido y la color más amarilla que la cera.

Y dijo Ádega:

—Yo también lo conozco. En la venta se reposó muchas veces. Allí, contó un día que los alarbios guardadores de los tesoros solamente se muestran en esta hora, y que habrán de leerse las palabras escritas a la luz de un cirio…

Susurraron largamente los maizales, levantose la brisa crepuscular removiendo las viejas hojas del infolio y la luz del cirio se apagó ante los ojos de las dos mujeres. Habíase puesto el sol y el viento de la tarde pasaba como una última alegría sobre los maizales verdes y rumorosos. El agua de los riegos corría en silencio por un cauce limoso y era tan mansa, tan cristalina, tan humilde, que parecía tener alma, como las criaturas del Señor. Aquellas viejas campanas de San Gundián y de San Clodio, de Santa Baya de Brandeso y de San Berísimo de Céltigos, dejaban oír sus voces en la paz de la tarde y el canto de un

ruiseñor parecía responderlas desde muy lejos: se levantaba sobre la capa obscura de un árbol, al salir la luna, ondulante, dominador y gentil como airón de plata en la cimera de un arcángel guerrero. Y las dos mujeres iban siempre camino adelante, acezando en su afán de llegar. Al cabo la vieja murmuró:

—¡Ya poco falta, rapaza!

Y Ádega repuso:

—¡Ya poco falta, sí, señora!

Continuaron en silencio. El camino estaba lleno de charcos nebulosos, donde se reflejaba la luna y las ranas que bajo la luz de plata cantaban en la orilla su solo monótono y senil, saltaban al agua apenas los pasos se acercaban. A lo lejos, sobre el cielo azul y constelado de luceros, destacábase una torre almenada, como en el campo de un blasón: era aquella la torre del Pazo de Brandeso: estaba en el fondo de un gran jardín antiguo, que esparcía en la noche la fragancia de sus flores. Tras la cancela de hierro, los cipreses asomaban muy altas sus cimas negras, y los cuatro escudos del fundador que coronaban el arco de la puerta, aparecían iluminados por la luna. Ádega murmuró en voz baja cuando llegaron:

—¡Todas las veces que vine a esta puerta, todas me han socorrido!

Y la vieja repuso:

—¡Es casa de mucha caridad!

Acercáronse las dos juntas, llenas de respeto, y miraron por el enrejado de la cancela:

—No se ve a nadie, rapaza.

—¡Acaso sea muy tarde!

—Tarde no, pues hállase abierto… Entraremos hasta la cocina.

—¿Y si están sueltos los perros?…

—¿Tienen perros?

—Tienen dos, y un lobicán muy fiero.

En esto vieron una sombra que se acercaba, y esperaron. Poco después reconocían al que llegaba, aun cuando encubríale por entero la parda anguarina. Los ojos calenturientos fulguraban bajo el capuz, y las manos, que salían del holgado ropaje como las de un espectro, estrechaban un infolio encuadernado en pergamino. Llegó hasta la cancela hablando a solas, musitando concordancias extrañas, fórmulas obscuras y litúrgicas para conjurar brujas y trasgos. Iba a entrar, y la vieja le interrogó:

—¿No andarán sueltos los perros?

—Nunca los sueltan hasta después de cerrar.

Era su voz lenta y adormecida, como si el alma estuviese ausente. Empujó la cancela, que tuvo un prolongado gemir, y siempre musitando aquellas oraciones de una liturgia obscura, penetró en el jardín señorial. Las dos mujeres, cubiertas con sus mantelos, como sombras humildes, entraron detrás.

LOS criados están reunidos en la gran cocina del Pazo. Arde una hoguera de sarmientos, y las chispas y el humo suben retozando por la negra campana de la chimenea que cobija el hogar y los escaños donde los criados se sientan. Es una chimenea de piedra que pregona la generosidad y la abundancia con sus largos varales, de donde cuelga la cecina, puesta al humo. La sombra del buscador de tesoros se desliza a lo largo del muro, con el infolio apretado sobre el pecho, y desaparece en un rincón, murmurando sus oraciones cabalísticas. Los criados le tienen por loco: presentose hace tiempo como nieto de un antiguo mayordomo, y está allí recogido, que todo es tradicional en el Pazo. La vieja y la zagala, que han entrado detrás, murmuran humildes:

—¡Santas y buenas noches!

Algunas voces responden:

—¡Santas y buenas!

Una moza, encendida como manzana sanjuanera, con el cabello de cobre luciente y la nuca más blanca que la leche, está en pie llenando los cuencos del caldo, arremangada hasta el codo la camisa de estopa. Con el rostro iluminado por la llama se vuelve hacia las mujeres:

—¿Qué deseaban?

La vieja se acerca al fuego, estremeciéndose de frío.

—Venimos por ver si esta rapaza halla aquí acomodo.

Un criado antiguo murmura:

—Somos ya diez para holgar.

La vieja vuelve a estremecerse, y toda encorvada sigue acercándose al hogar.

—¡Asús!… Parece mismo como que da vida esta lumbre. ¿Por qué te quedas ahí, rapaza?

Ádega responde con los ojos bajos:

—Deje, que el frío no me hace mal.

La moza de la cara bermeja se vuelve compasiva:

—Anda, que tomarás un cuenco de caldo.

Ádega murmura:

—¡Nuestro Señor se lo premie!

La vieja sigue estremeciéndose:

—En todo el santo día no hemos probado cosa caliente.

El criado de las vacas, al mismo tiempo que sumerge en el caldo la cuchara de boj, mueve gravemente la cabeza.

—¡Lo que pasan los pobres!

La vieja suspira:

—¡Solo ellos lo saben, mi fijo!

Hay algo de patriarcal en aquella lumbre de sarmientos que arde en el hogar, y en aquella cena de los criados, nacidos muchos de ellos bajo el techo del Pazo. La vieja y la zagala sostienen en ambas manos los cuencos humeantes, sin osar catarlos mientras las interroga una dueña de cabellos blancos que vio nacer a la señora.

—¿Quién os encaminó aquí?

—Electus.

—¿El ciego?

—Sí, señora, el ciego. Díjonos que necesitaban una rapaza para el ganado y que tenía a su cargo buscarla…

El criado de las vacas murmura:

—¡Condenado Electus!

La dueña se encrespa de pronto:

—¡Luego querrá que la señora le recompense por haberle traído una boca más!…

Otros criados repiten por lo bajo con cierto regocijo:

—¡Cuántas mañas sabe!

—¡Qué gran raposo!

—¡Cómo conoce el buen corazón de la señora!

La vieja, decidiéndose a catar el caldo, murmura componedora y de buen talante:

—No se apure, mi ama. La rapaza servirá por los bocados.

Ádega murmura tímidamente:

—Yo sabré ganarlos.

La dueña se yergue, sintiendo el orgullo de la casa.

—Oye, aquí todos reciben su soldada y todos tienen un vestido cada año.

Los criados, con las cabezas inclinadas, sorbiendo las berzas en las cucharas de boj, musitan alabanzas de aquel fuero generoso que viene desde el tiempo de los bisabuelos. Después, la dueña de los cabellos blancos se aleja sonando el manojo de sus llaves, y al desaparecer por una puerta obscura va diciendo, como si hablase sola:

—Esta noche dormirán en el pajar. Mañana que disponga la señora.

Apenas desaparece, cuando la moza de la cara bermeja se acerca a la pastora y le dice risueña:

—¿Cómo te llamas?

—Ádega.

—Pues no tengas temor, Ádega. Tú quedarás aquí como quedan todos. Aquí a nadie se cierra la puerta.

Y allá en el fondo de la cocina se eleva la voz, religiosa y delirante, del buscador de tesoros, mientras su sombra se acerca lentamente.

—¡Rapaza, puerta de tanta caridad no la hay en todo el mundo!… ¡Los palacios del rey todavía no son de esta noble conformidad!…

LOS criados velaron en la cocina, donde toda la noche ardió el fuego. Una cacería de lobos estaba dispuesta para el amanecer. De tiempo en tiempo, mientras se recuerdan los lances de otras batidas, los más viejos descabezan un sueño en los escaños. Cuando alguien llama en la puerta de la cocina, se despiertan sobresaltados. La moza de la cara bermeja, que está siempre dispuesta para abrir, descorre los cerrojos y entra murmurando las santas noches algún galán de la aldea, celebrado cazador de lobos. Deja su escopeta en un rincón y toma asiento al pie del fuego. La dueña de los cabellos blancos aparece y manda que le sirvan un vaso de vino nuevo. El cazador, antes de apurarlo, salmodia la vieja fórmula:

—¡De hoy en mil años y en esta honrada compaña!

La moza de la cara bermeja vuelve al lado de Ádega:

—A mí paréceme que te conozco. ¿Tú no eres de San Clodio?

—De allí soy, y allí tengo todos mis difuntos.

—Yo soy poco desviado… En San Clodio viven casadas dos hermanas de mi

padre, pero nosotros somos de Andrade. Yo me llamo Rosalba. La señora es mi madrina.

Ádega levanta las violetas de sus ojos y sonríe, humilde y devota.

—¡Rosalba! ¡Qué linda pudo ser la santa que tuvo ese nombre, que mismo parece cogido en los jardines del cielo!

Y queda silenciosa contemplando el fuego que se abate y se agiganta bajo la negra campana de la chimenea, mientras el criado de las vacas, al otro lado del hogar, endurece en las lenguas de la llama una vara de roble para calzar en ella la hoz: armado de esta suerte irá en la cacería y entrarase con los perros por los tojares donde los lobos tienen su cubil. En el fondo de la cocina, otro de los criados afila la hoz, y produce escalofríos aquel penetrante chirrido que va y viene, como pasa el filo por el asperón. Poco a poco, Ádega se duerme en el escaño arrullada por el murmullo de las voces que apagadas y soñolientas hablan de las sementeras, de las lluvias y del servicio en los ejércitos del rey. A lo largo del corredor resuenan las llaves y las toses de la dueña, que un momento después asoma preguntando:

—¿Cuántos os juntáis?

Cesan de pronto las conversaciones y, sin embargo, una ráfaga de vida pasa sobre aquellas cabezas amodorradas, anímanse los ojos y se oye como rumor de marea el ras de los zuecos en las losas. La moza de la cara bermeja, puesta en pie comienza a contar:

—Uno, dos, tres…

Y la dueña espera allá en el fondo obscuro. En tanto sus ojos compasivos se fijan en la pastora:

—¡Divino Señor!… Duerme como un serafín. Tengan cuidado, que puede caerse en el fuego.

La vieja toca el hombro de Ádega:

—¡Eh!… ¡Álzate, rapaza!

Ádega abre los ojos y vuelve a cerrarlos. La dueña murmura:

—No la despierten… Pónganle algo bajo la sien, que descansará más a gusto.

La vieja dobla el mantelo y con una mano suspende aquella cabeza melada por el sol como las espigas: la pastora abre de nuevo los ojos y al sentir la blandura del cabezal suspira. La vieja vuélvese hacia la dueña con una sonrisa de humildad y de astucia:

—¡Pobre rapaza, sin padres!

—¿No es hija suya?

—No, señora… A nadie tiene en el mundo. Yo la acompaño por compasión que me da. A la cuitada éntrale por veces un ramo cativo y mete dolor de corazón verla correr por los caminos cubierta de polvo, con los pies sangrando. ¡Crea que es una gran desgracia!…

—¿Y por qué no la llevan a Santa Baya de Cristamilde?

—Ya le digo que no tiene quien mire por ella…

El nombre de la santa ha dejado tras sí un largo y fervoroso murmullo que flota en torno del hogar como la estela de sus milagros. En el mundo no hay santa como Santa Baya de Cristamilde. Cuantos llegan a visitar su ermita sienten un rocío del cielo. Santa Baya de Cristamilde protege las vendimias y cura la mordedura de los canes rabiosos, pero sus mayores prodigios son aquellos que obra en su fiesta sacando del cuerpo a las endemoniadas, los malos espíritus. Muchos de los que velan al amor de aquel fuego de sarmientos, han visto cómo las enfermas del ramo cativo los escupían por la boca en forma de lagartos con alas. Un aire de superstición pasa por la vasta cocina del Pazo. Los sarmientos estallan en el hogar acompañando la historia de una endemoniada, que cuenta con los ojos extraviados y poseído de un miedo devoto, el buscador de tesoros. Fuera los canes, espeluznados de frío, ladran a la luna. Se oyen otra vez las llaves de la dueña. Desde la puerta hace señas con la mano. La moza de la cara bermeja se acerca:

—¿Mandaba alguna cosa?

—¿Cuántos has contado?

—Conté veinte y todavía vendrán más.

—Está bien. Baja a la bodega y sube del vino de la Arnela.

—¿Cuánto subo?

—Sube el odre mediano. Si tú no puedes, que baje uno contigo… Dejarás bien cerrado.

—Descuide.

La dueña, al entregarle el manojo de sus llaves, destaca una:

—Esta es la que abre.

—Ya la conozco.

Vase la dueña de los cabellos blancos, y la moza de la cara bermeja enciende un candil para bajar a la bodega. Ulula el viento atorbellinado en la gran campana de la chimenea y las llamas se tienden y se agachan poniendo un reflejo más vivo en todos los rostros. De tarde en tarde llaman en puerta y un cazador

aparece en la obscuridad con los alanos atraillados y una vara al hombro: los que vienen de muy lejos llegan ya cerca del amanecer, y al abrirles, una claridad triste penetra en la cocina, donde la hoguera de sarmientos, después de haber ardido toda la noche muere en un gran rescoldo. El hogar está lleno de ceniza.

QUINTA ESTANCIA

ÁDEGA fue admitida en la servidumbre de la señora, y aquel mismo día llegaron las mozas de la aldea que todos los años espadaban el lino en el generoso Pazo de Brandeso. Comenzaron su tarea cantando y cantando la dieron fin: Ádega las ayudó. Espadaban en la solana, y desde el fondo de un balcón oía sus cantos la señora, que hilaba en su rueca de palo santo, olorosa y noble. A la señora, como a todas las mayorazgas campesinas, le gustaban las telas de lino y las guardaba en los arcones de nogal con las manzanas tabardillas y los membrillos olorosos. Después de hilar todo el invierno había juntado cien madejas, y la moza de la cara bermeja, y la dueña de los cabellos blancos pasaron muchas tardes devanándolas en el fondo de una gran sala desierta. La señora pensaba hacer con ellas una sola tela, tan rica como no tenía otra.

Las espadadoras trabajaban por tarea, y habiendo dado fin el primer día poco después de la media tarde, se esparcieron por el jardín, alegrándolo con sus voces. Ádega bajó con ellas: sentada al pie de una fuente, atendía sus cantos y sus juegos con triste sonrisa. Las vio alejarse y se sintió feliz. Sus ojos se alzaron al cielo como dos suspiros de luz. Aquella zagala, de cándida garganta y cejas de oro, volvía a vivir en perpetuo ensueño. Sentada en el jardín señorial, bajo las sombras seculares, suspiraba viendo morir la tarde, breve tarde azul, llena de santidad y de fragancia. Sentía pasar sobre su rostro el aliento encendido del milagro, y el milagro acaeció. Al inclinarse para beber en la fuente, que corría escondida por el laberinto de arrayanes, las violetas de sus ojos vieron en el cristal del agua, donde temblaba el sol poniente, aparecerse el rostro de un niño que sonreía. Era aquella aparición un santo presagio: Ádega sintió correr la leche por sus senos, y sintió la voz saludadora del que era hijo de Dios Nuestro Señor. Después sus ojos dejaron de ver: desvanecida al pie de la fuente, solo oyó un rumor de ángeles que volaban. Recobrose pasado mucho tiempo, y sentada sobre

la hierba, haciendo memoria del cándido y celeste suceso, lloró sobrecogida y venturosa. Sentía que en la soledad del jardín su alma volaba como los pájaros que se perdían cantando en la altura.

Tras los cristales del balcón la señora hilaba todavía con las últimas luces del crepúsculo. Aquella sombra encorvada, hilando en la obscuridad, estaba llena de misterio. En torno suyo todas las cosas parecían adquirir el sentido de una profecía. El huso de palo santo temblaba en el hilo que torcían sus dedos, como temblaban sus viejos días en el hilo de la vida. Había salido la luna, y su luz bañaba el jardín, consoladora y blanca como un don eucarístico. Las voces de las espadadoras se juntaban en una palpitación armónica con el rumor de las fuentes y de las arboledas. Era como una oración de todas las criaturas en la gran pauta del mundo.

LOS criados, viéndola absorta como si viviese en la niebla blanca de un ensueño, la instaban para que contase sus visiones: atentos al relato se miraban unos incrédulos y otros supersticiosos. Ádega hablaba con extravío, trémulos los labios y las palabras ardientes. Como óleo santo, derramábase sobre sus facciones mística ventura. Encendida por la ola de la gracia, besaba el polvo con besos apasionados y crepitantes, como las llamas besaban los sarmientos en el hogar. A veces las violetas de sus ojos fosforecían con extraña lumbre en el cerco dorado de las pestañas, y la dueña de los cabellos blancos, que juzgaba ver en ellos la locura, santiguábase y advertía a los otros criados:

—¡Tiene el ramo cativo!

Ádega clamaba al oírla:

—Anciana sois, mas aún así habéis de ver al mi fijo… Conoceréisle porque tendrá un sol en la frente. ¡Fijo será de Dios Nuestro Señor!

La dueña levantaba los brazos, como una abuela benévola y doctoral:

—¡Considera, rapaza, que quieres igualarte con la Virgen María!

Ádega, con el rostro resplandeciente de fervor, suspiraba humilde:

—¡Nunca tal suceda!… Bien se me alcanza que soy una triste pastora y que es una dama muy hermosa la Virgen María. Mas a todas vos digo que en las aguas de la fuente he visto la faz de un infante que al mismo tiempo hablaba dentro de mí… ¡Agora mismo oigo su voz y siento que me llama, batiendo

blandamente, no con la mano, sino con el talón del pie, menudo y encendido como una rosa de mayo!…

Algunas voces murmuraban supersticiosas:

—¡Con verdad es el ramo cativo!

Y la dueña de los cabellos blancos, haciendo sonar el manojo de sus llaves, advertía:

—Es el demonio, que con ese engaño metiose en ella, y tiénela cautiva y habla por sus labios para hacernos pecar a todos.

El rumor embrujado de aquellas conversaciones sostenidas al amor del fuego, bajo la gran campana de la chimenea, corrió ululante por el Pazo. Lo llevaba el viento nocturno, que batía las puertas en el fondo de los corredores, y llenaba de ruidos las salas desiertas, donde los relojes marcaban una hora quimérica. La señora tuvo noticia y ordenó que viniese el abad para decidir si la zagala estaba poseída de los malos espíritus. El abad llegó haciendo retemblar el piso bajo su grave andar eclesiástico. Dábanle escolta dos galgos viejos. Ádega compareció y fue interrogada. El abad quedó meditabundo, halagando el cuello de un galgo: al cabo resolvió que aquella rapaza tenía el mal cativo. La señora se santiguó devota, y los criados, que se agrupaban en la puerta, la imitaron con un sordo murmullo. Después el abad calábase los anteojos de recia armazón dorada, y hojeando familiar el breviario, comenzaba a leer los exorcismos, alumbrado por llorosa vela de cera, que sostenía un criado en candelero de plata.

Ádega se arrodilló. Aquel latín litúrgico le infundía un pavor religioso. Lo escuchó llorando, y llorando pasó la velada. Cuando la dueña encendió el candil para subir a la torre donde dormían, siguió tras ella en silencio. Se acostó estremecida, acordándose de sus difuntos. En la sombra vio fulgurar unos ojos, y temiendo que fuesen los ojos del diablo, hizo la señal de la cruz. Llena de miedo intentó recogerse y rezar, pero los ojos, apagados un momento, volvieron a encenderse sobre los suyos. Viéndolos tan cerca, extendía los brazos en la obscuridad, queriendo alejarlos: se defendía llena de angustia, gritando:

—¡Arreniégote! ¡Arreniégote!…

La dueña acudió medrosa. Ádega, incorporada en su lecho, batallaba contra una sombra:

—¡Mirad allí el demonio!… ¡Mirad cómo ríe! Queríase acostar conmigo y llegó a obscuras: nadie lo pudiera sentir. Sus manos, velludas, anduviéronme por el cuerpo y estrujaron mis pechos: peleaba por poner en ellos la boca, como si fuese una criatura. ¡Oh!… ¡Mirad dónde asoma!…

Ádega se retorcía convulsa, con los ojos extraviados y los labios blancos: estaba desnuda, descubierta en su lecho, y el cabello de oro, agitado y revuelto en torno de los hombros, parecía una llama siniestra. Sus gritos despertaban a los pájaros que tenían el nido en la torre:

—¡Oh!… ¡Mirad dónde asoma el enemigo! ¡Mirad cómo ríe! Su boca negra quería beber en mis pechos… No son para ti, demonio, son para el hijo de Dios Nuestro Señor. ¡Arrenegado seas, demonio! ¡Arrenegado seas!…

La dueña repetía amedrentada:

—¡Arrenegado sea! ¡Arrenegado sea una y mil veces!

Con las primeras luces del alba, que temblaban en los cristales de la torre, huyó batiendo sus alas de murciélago. La señora al saber aquello decidió que la zagala fuese en romería a Santa Baya de Cristamilde. Debían acompañarla la dueña y un criado.

SANTA Baya de Cristamilde está al otro lado del monte, allá en los arenales donde el mar brama. Todos los años acuden a su fiesta muchos devotos. La ermita, situada en lo alto, tiene un esquilón que se toca con una cadena: el tejado es de pizarra, y bien pudiera ser de oro si la santa quisiera. Ádega, la dueña y el criado han salido a la media tarde, para llegar a la media noche, que es cuando se celebraba la misa de las endemoniadas. Caminan en silencio, oyendo el canto de los romeros que van por otros atajos. A veces, a lo largo de la vereda, hallan un mendigo que anda arrastrándose, con las canillas echadas a la espalda. Se ha puesto el sol, y dos bueyes cobrizos beben al borde de una charca. En la lejanía se levanta el ladrido de los perros vigilantes en los pajares. Sale la luna y el mochuelo canta escondido en un castañar.

Cuando comienzan a subir el monte, es noche cerrada, y el criado, para arredrar los lobos, enciende el farol que lleva colgado del palo. Delante va una caravana de mendigos: se oyen sus voces burlonas y descreídas: como cordón de orugas se arrastran a lo largo del camino: unos son ciegos, otros tullidos, otros lazarados. Todos ellos comen del pan ajeno y vagan por el mundo sacudiendo vengativos su miseria y rascando su podre a la puerta del rico avariento. Una mujer da el pecho a su niño cubierto de lepra, otra empuja el carro de un paralítico. En las alforjas de un asno viejo y lleno de mataduras van dos

monstruos: las cabezas son deformes, las manos palmípedas. Ádega reconoce al ciego de San Clodio y al lazarillo, que sonríe picaresco:

—¿Estás en el Pazo, Ádega?

—Allí estoy. Y a ti, ¿cómo te va en esta vida?

—No me va mal.

—¿Y tu abuela?

—Agora también anda a pedir.

Al descender del monte, el camino se convierte en un vasto arenal de áspera y crujiente arena. El mar se estrella en las restingas y de tiempo en tiempo una ola gigante pasa sobre el lomo deforme de los peñascos que la resaca deja en seco: el mar vuelve a retirarse broando, y allá en el confín vuelve a erguirse negro y apocalíptico, crestado de vellones blancos: guarda en su flujo el ritmo potente y misterioso del mundo. La caravana de mendigos descansa a lo largo del arenal. Las endemoniadas lanzan gritos estridentes al subir la loma donde está la ermita, y cuajan espuma sus bocas blasfemas: los devotos aldeanos que las conducen tienen que arrastrarlas. Bajo el cielo anubarrado y sin luna graznan las gaviotas. Son las doce de la noche y comienza la misa. Las endemoniadas gritan retorciéndose:

—¡Santa tiñosa, arráncale los ojos al abad!

Y con el cabello desmadejado y los ojos saltantes, pugnan por ir hacia el altar. A los aldeanos más fornidos les cuesta trabajo sujetarlas: las endemoniadas jadean roncas, con los corpiños rasgados, mostrando la carne lívida de los hombros y de los senos: entre sus dedos quedan enredados manojos de cabellos. Los gritos sacrílegos no cesan durante toda la misa.

—¡Santa Baya, tienes un can rabioso que te visita en la cama!

Ádega, arrodillada entre la dueña y el criado, reza llena de terror. Terminada la misa, todas las posesas del mal espíritu son despojadas de sus ropas y conducidas al mar, envueltas en lienzos blancos. Ádega llora vergonzosa, pero acata humilde cuanto la dueña dispone. Las endemoniadas, enfrente de las olas, aúllan y se resisten enterrando los pies en la arena. El lienzo que las cubre cae, y su lívida desnudez surge como un gran pecado legendario, calenturiento y triste. La ola negra y bordeada de espumas se levanta para tragarlas y sube por la playa, y se despeña sobre aquellas cabezas greñudas y aquellos hombros tiritantes. El pálido pecado de la carne se estremece, y las bocas sacrílegas escupen el agua salada del mar. La ola se retira dejando en seco las peñas, y allá en el confín vuelve a encresparse cavernosa y rugiente. Son sus embates como las tentaciones

de Satanás contra los santos. Sobre la capilla vuelan graznando las gaviotas, y un niño, agarrado a la cadena, hace sonar el esquilón. La santa sale en sus andas procesionales, y el manto bordado de oro, y la corona de reina, y las ajorcas de muradana resplandecen bajo las estrellas. Prestes y monagos recitan gravemente sus latines, y las endemoniadas, entre las espumas de una ola, claman blasfemas:

—¡Santa tiñosa!

—¡Santa rabuda!

—¡Santa salida!

—¡Santa preñada!

Los aldeanos, arrodillados en la playa, cuentan las olas: son siete las que habrá de recibir cada poseída para verse libre de los malos espíritus y salvar su alma de la cárcel obscura del infierno: ¡Son siete como los pecados del mundo!

ÁDEGA, la dueña y el criado se volvían al Pazo de Brandeso. Les amaneció en lo alto del monte. El viento trajo a sus oídos como salutación de una vida aldeana, devota y feliz, la voz de los viejos campanarios, que parecía bañarse en el rocío y en los aromas de las eras. A la espalda quedaba el mar, negro y tormentoso en su confín, blanco de espuma en la playa. Su voz ululante y fiera parecía una blasfemia bajo la gloria del amanecer. En el valle flotaba ligera neblina, el cuco cantaba en un castañar, y el criado interrogábale burlonamente:

—Buen cuco-rey, dime los años que viviré.

El pájaro callaba como si atendiese, y luego oculto en las ramas, dejaba oír su voz: el aldeano iba contando:

—Uno, dos, tres… ¡Pocos años son! ¡Mira si te has engañado, buen cuco-rey!

El pájaro callaba de nuevo, y después de largo silencio, cantaba muchas veces. El aldeano hablábale:

—¿Ves como te habías engañado?…

Y mientras atravesaron el castañar, siguió la plática con el pájaro. Ádega caminaba suspirante: las violetas de sus pupilas estaban llenas de rocío como las flores del campo, y la luz de la mañana, que temblaba en ellas, parecía una oración. La dueña, viéndola absorta, murmuró en voz baja al oído del criado:

—¿Tú reparaste?…

El criado abrió los ojos sin comprender. La dueña puso todavía más misterio en su voz:

—¿No has reparado cosa ninguna cuando sacamos del mar a la rapaza? La verdad, odiaría condenarme por una calumnia, mas paréceme que la rapaza está preñada…

Y velozmente, con escrúpulos de beata, trazó una cruz sobre su boca sin dientes. En el fondo del valle seguía sonando el repique alegre, bautismal, campesino, de aquellas viejas campanas, que de noche, a la luz de la luna, miran volar a las brujas, y que cantan de día, a la luz del sol, las glorias celestiales. ¡Campanas de San Berísimo de Céltigos! ¡Campanas de San Gundián y de Brandeso! ¡Campanas de Gondomar y de Lestrove!… ¡Adiós!

LA GUERRA CARLISTA. VOL. I
LOS CRUZADOS DE LA CAUSA

I

CABALLEROS en mulas y a su buen paso de andadura iban dos hombres por aquel camino viejo que, atravesando el monte, remataba en Viana del Prior. A tiempo de anochecer entraban en la villa espoleando. Las mujerucas que salían del rosario, viéndolos cruzar el cementerio con tal prisa, los atisbaron curiosas sin poder reconocerlos, por ir encapuchados los jinetes con las corozas de juncos que usa la gente vaquera en el tiempo de lluvias, por toda aquella tierra antigua. Pasaron los jinetes con hueco estrépito sobre las sepulturas del atrio, y las mujerucas quedáronse murmurando apretujadas bajo el porche, ya negro a pesar del farol que alumbraba el nicho de un santo de piedra. Voces de viejas murmuraron bajo el misterio de los manteos:

—¡Son las caballerías del palacio!

—Esperaban, días hace, al Señor mi Marqués. Viene para levantar una guerra por el rey Don Carlos.

—¡Y el sacristán de las monjas espareció!

—Bajo el Crucero de la Barca, dicen que hay soterrados cientos de fusiles.

—El sacristán no se fue solo, que con él se partieron cuatro mozos de la aldea de Bealo. A todos los andan persiguiendo.

—No quedará quien labre las tierras. Aquellos mozos que no van a la guerra por la su fe, luego se van por la fuerza a servir en los batallones del otro rey.

—¡Nunca tal se vio como agora! ¡Dos reyes en las Espadas!

—¡Como en tiempo de moros!

—Bárbara la Roja, que tiene al marido contrabandista, va diciendo por ahí que el sacristán dejose ver con una partida en la raya de Portugal.

—¡Santo fuerte, si lo cogen lo afusilan!

—¡Afusilado murió su padre!

—¡No hay plaga más temerosa que la guerra que se hacen los reyes!

—¡Las Espadas son grandes, y podían hacer partición de buena

conformidad!

—Son reyes de distinta ley. Uno buen cristiano, que anda en la campaña y se sienta a comer el pan con sus soldados, el otro, como moro, con más de cien mujeres, nunca pone el pie fuera de su gran palacio de la Castilla.

Amenguaba la lluvia, y las viejas dejaron el abrigo del porche, encorvadas bajo los manteos, chocleando los zuecos. Se dispersaron, y algunas pudieron ver que estaban iluminadas las grandes salas del palacio de Bradomín. El Marqués acababa de descabalgar ante la puerta que aún conservaba, partidas en dos pedazos, las cadenas del derecho de asilo. El caballero legitimista venía enfermo, a convalecerse en aquel retiro de una herida alcanzada en la guerra.

II

HAN encendido fuego en la gran sala del palacio, y allí, al toque de las ánimas, le sirven la colación al viejo *dandy*. El mayordomo, que había ido a esperarle con las mulas, viene a entretenerle con historias sin interés. Después llegan dos clérigos, canónigos de la Colegiata. Los dos habían recibido recado del caballero, que traía para ellos órdenes del Cuartel Real. Ninguno le conocía, porque eran veinte años los que llevaba ausente el famoso Marqués. Todo entre ellos fue plática de cortesanías, hasta que, levantados los manteles, salió el mayordomo y el caballero cerró con noble empaque las cuatro puertas de la sala. Los canónigos cambiaron una mirada, y el viejo *dandy*, avanzado hacia el centro de la estancia, exclamó:

—¡Saludémonos, como cruzados de la Causa!

Estas palabras bastaron para que los clérigos se emocionasen. Las habían oído otras muchas veces, ellos mismos solían repetirlas, y solo entonces, pronunciadas por aquel anciano caballero que volvía de la guerra con un brazo de menos, las sintieron resonar dentro del alma como palabras de oración. Tenían un sentido religioso y combatiente, un rebato de somatén, en el silencio de aquella sala y en los labios de aquel prócer que volvía después de veinte años. Uno de los canónigos dijo con grave dignidad:

—Como sacerdotes, somos cruzados de la milicia cristiana, y el rey legítimo defiende la causa de Dios.

El otro tonsurado asentía moviendo la cabeza y entornando los ojos: solo era canónigo, y por timidez dejaba la palabra a su compañero que era Maestre-

Escuela. Después, como todos callasen, murmuró con una llama de amor en los ojos y la voz enajenada:

—¡Cruzados cual aquellos que iban a redimir el Santo Sepulcro!

El Maestre-Escuela, como era mucho más soldado que contemplativo, interrogó:

—¿Qué tal marchan los asuntos de la guerra, Señor Marqués?

El Marqués de Bradomín meditó un momento, con los ojos distraídos sobre las llamas que se retorcían bajo la gran campana de la chimenea. Al responder mostraba una sonrisa triste:

—Los asuntos de la guerra están inciertos, Señor Maestre-Escuela. Sobran soldados y falta dinero.

El otro canónigo murmuró:

—¡Tenemos corazones, porque esos los da Dios!

El Maestre-Escuela hacía pliegues al manteo, con el ceño adusto:

—¿Y no habrá algún judío que nos preste? Sin oro no hay fusiles y sin fusiles no hay soldados… Es fuerza buscarlo y encontrarlo.

El caballero legitimista repuso casi sin esperanza:

—Por la Junta de Santiago, ustedes conocen el motivo de mi viaje. Es preciso que los leales nos sacrifiquemos, y para dar ejemplo, yo comenzaré vendiendo este palacio y las rentas de mis tres mayorazgos. Todo lo que tengo en esta tierra.

Los dos canónigos se entusiasmaron, y aquel de los ojos místicos e ingenuos juntó las manos con fervor:

—¡Resucitan las antiguas virtudes cristianas en estos tiempos de persecuciones contra la Iglesia de Dios!

El Maestre-Escuela comentó con espíritu menos beato:

—¡Quien heredó grandeza, grandeza muestra!… ¡Y es ascendencia de reyes la de nuestro querido Marqués!

El viejo *dandy* repuso con una sonrisa de amable ironía:

—De reyes y de papas… En lo antiguo, mi familia tuvo enlace con la del Cardenal Rodrigo de Borgia.

El Maestre-Escuela afirmó con un dejo militar:

—El Papa español Alejandro VI.

Y murmuró el otro canónigo:

—¡Ya no hay papas españoles! En estos momentos un papa español podría decidir el triunfo de la Causa…

Tornó a sonreír el caballero legitimista:

—Sobre todo si era pariente mío.

El Maestre-Escuela, poniéndose una mano sobre la boca, tosió discretamente. Después recogiose los manteos, hasta lucir los zapatos con hebillas de plata, y habló en tono de sermón, accionando solamente con la mano derecha, una mano blanca y un poco gruesa, que parecía reclamar la pastoral amatista:

—Por el triunfo de la Religión, de la Patria y del Rey, haremos cuanto sea dable. Creo interpretar en este momento el sentir de todo el Cabildo de Nuestra Santa Iglesia Colegiata. Haremos por la fe, aquello que hemos visto hacer por el infierno al impío Mendizábal. Nuestra Iglesia, afortunadamente, aún es rica en plata y en joyas, tesoros que fueron ocultos cuando los bárbaros decretos del Gobierno de Isabel. Hay mucha más riqueza de metales finos y de pedrería, que riqueza artística. Con ella, y con nuestros bienes personales, acudiremos a sostener la guerra. Pero no seremos vandálicos, como lo fueron al despojarnos los sicarios de Mendizábal. ¡Pronunciemos el nombre sin adjetivos, porque en sus letras lleva todos los estigmas! Las joyas artísticas serán respetadas, y de esta suerte reservaremos toda entera, para aquel hombre infausto, la triste gloria de haber sido un nuevo Atila.

Y el canónigo de los ojos místicos, aseguró:

—Así debía ser llamado, si no le reclamase el nombre de Antecristo.

El Maestre-Escuela, después de oírle, cruzó las manos con esa gravedad señoril y modesta de algunos eclesiásticos, y al hablar de nuevo lo hizo sin tono de sermón:

—Por mis aficiones, y un poco también por mis estudios, me siento inclinado hacia las cosas de arte… Creo continuar así la tradición de la Iglesia… ¡Los más grandes artistas tuvieron a los papas por Mecenas! Julio II fue protector de Rafael de Urbino, como lo fue Alejandro VI del Pinturicchio, y Paulo IV, de Tiziano Vecellio. Las riquezas artísticas de nuestra Colegiata, me son bien conocidas, y de todas tengo escrita una compendiosa historia: Son donaciones de obispos y de piadosos caballeros, algunas, ofrendas de reyes… La iglesia es muy antigua, data su fundación de una bula del Papa Inocencio II. El primitivo claustro románico se conserva purísimo, y el resto no ha sufrido grandes restauraciones. Como tantas iglesias gallegas, data del arzobispado de Gelmírez. Pertenece al mismo momento que el Real Monasterio de András. ¡Esa joya, convertida en cuartel por los vándalos isabelinos!

Después, los dos canónigos y el caballero legitimista acordaron verse al día siguiente en la Sala Capitular. Urgía que los soldados tuviesen pronto fusiles.

III

LA llegada del caballero legitimista, aquella misma noche corrió en lenguas por Viana del Prior. A la casa grande del vinculero, como seguían diciendo por tradición en la villa, llevó la nueva un criado que llamaban en burlas Don Galán. El amo, un viejo con ese hermoso y varonil tipo suevo tan frecuente en los hidalgos de la montaña gallega, dio grandes voces, en son de regocijo y de sorpresa:

—¿Dices que acaba de llegar mi sobrino Bradomín? ¡Gran señor, gran ingenio, gran corazón!… ¡Mala cabeza!…

La voz tenía una hueca resonancia en aquella cocina de la casona. Don Juan Manuel Montenegro, sentado ante una mesa cubierta con manteles de lino casero, cenaba al amor del hogar, acompañado por dos de sus hijos. Servíales a los tres una moza, barragana del viejo. Tenía los ojos azules y cándidos, con algo de flor, era casi una niña: Siempre que posaba las viandas sobre la mesa, las manos le temblaban y los hijos del hidalgo la seguían de soslayo, con celo y con rencor. Eran dos mancebos muy altos, cetrinos, forzudos y encorvados. El uno, cruzaba con desgaire bajo el brazo la bayeta de un manteo, y en el remate de su silla había colgado el tricornio que aún usan los seminaristas en Viana del Prior: Se llamaba Don Farruquiño. Al otro, por la belleza de su rostro, le decían en su casa y en toda aquella tierra, Cara de Plata. Los dos comentaron la llegada del Marqués de Bradomín:

—En el aula de filosofía contó ayer un lagarto viejo, que Bradomín estaba en Santiago.

Y Cara de Plata, mirando a la barragana de su padre, replicó con un gesto sombrío:

—Viene para encender la guerra. Yo haré que me nombren capitán. Desapareceré para siempre.

El seminarista miró también a la barragana, y le guiñó un ojo con malicia. El hidalgo vio el guiño, frunció el ceño y apuró el vaso. La barragana se acercó temblando y volvió a llenárselo. Cara de Plata, después de un momento, murmuró reflexivo y melancólico:

—¡Siento no haber sabido antes la llegada del Marqués!

Bajo la bóveda de la cocina resonó la voz de Don Tuan Manuel:

—En otro tiempo, mi sobrino hubiera entrado en la villa a son de campanas. Es privilegio obtenido por la defensa que hizo uno de sus antepasados, y también mío, cuando arribaron a estas playas los piratas ingleses.

Al Marqués de Bradomín, el orgulloso vinculero le llamaba sobrino, bien que solo los uniesen esos lejanos lazos de parentesco que casi se pierden en una tradición familiar. Los hijos permanecieron silenciosos. Cara de Plata con una grave expresión de ensueño en los ojos, y el seminarista sonriendo a la zagala de las vacas que, toda roja en el reflejo del fuego, sorbía las berzas del caldo arrimada a un canto del hogar. Don Galán, que era un criado nacido en la casa, giboso y bufonesco a la manera antigua, sacó la lengua fuera de la boca, imitando al papa-moscas de la fiesta:

—¡Habrá que beber un jarro para celebrar la santísima aparición del Señor mi Marqués! ¡Jujú!

Don Juan Manuel Montenegro se incorporó dando grandes voces, que hicieron ladrar a los perros atados en el huerto bajo la parra:

—¡Imbécil, quién eres tú para celebrar la llegada de tan noble caballero como mi sobrino?

Don Galán, sacó otra vez la lengua:

—Algún can traerá consigo… Todo se arregla en este mundo, menos la muerte… ¡Jujú! Beba mi amo por la salud del sobrino, que yo beberé por la del can. ¡Jujú!

Otra vez volvió a gritar el hidalgo:

—¿Pero quién eres tú para beber conmigo?

Don Galán hizo una cabriola:

—¡Jujú! El mismo que bebió tantas otras veces.

—¡Eres un imbécil!

—¡Jujú!

—Un día te arranco la piel a tiras.

—¡Jujú! No será hoy.

—Puede que sí.

—¡Jujú! Hoy es de noche.

El vinculero reía con una gran risa violenta que le arrebolaba el rostro. De improviso se alzó de su asiento el hermoso segundón y arrojó al criado el plato lleno de huesos.

—Con los canes se reparten los mendrugos, pero no se bebe.

Descolgó su sombrero, que estaba en el clavo de una viga, y se dirigió a la puerta. Don Galán se apartó a rastras como un perro. Aquel viejo patizambo que, como los bufones reales, jugaba de burlas con su amo, temblaba ante los segundones y procuraba esquivarles. Cara de Plata gritó a la zagala del ganado:

—Rapaza, coge el candil y alumbra.

La zagala posaba el cuenco del caldo, para requerir el candil, cuando se adelantó la otra niña, barragana del vinculero:

—Sigue comiendo. Yo alumbraré.

Tomó el candil y salió delante del segundón. En la puerta, mientras levantaba los tranqueros, le dijo con voz tímida:

—¿De veras te vas a la guerra, Carita de Plata?

El hermoso segundón la miró sorprendido, poniéndose muy pálido:

—Ya lo he dicho.

—Otras cosas dices que no salen ciertas…

Y la niña alzó los ojos inocentes, sonriendo con dulzura. Tardaba en quitar los tranqueros y Cara de Plata la rechazó, alzándolos él y franqueando la puerta. La niña suspiró:

—¡No seas loco, Carita de Plata!

El segundón cogió entre sus manos la cabeza cetrina de la muchacha, y la miró en los ojos, tan cerca, que sus pestañas casi se tocaban:

—¿Por qué me has matado?

La niña sollozó:

—No sé cómo fue… Tu padre llegó una noche y tía lo entró…

Cara de Plata le oprimía la cabeza hasta hacerla daño:

—¡Infame viejo! Si no me fuese de esta tierra, acabaría por matarlo.

—¡Ahora los dos tenemos que quererle!…

Y la niña huyó asustada, apagando al correr la luz del candil. Subiendo la escalera oía la voz del vinculero y su risa violenta y feudal:

—¡Don Galán, trae un jarro del vino blanco de la Arnela!

IV

EL Marqués de Bradomín madrugó para oír misa en el convento de donde era abadesa una de sus primas, aquella pálida y visionaria Isabel Montenegro y Bendaña. El viejo caballero, al recordarla, sentía una tristeza de crepúsculo en su alma. ¡Cuántas veces había pasado la muerte su hoz! De aquellas tres niñas con quienes había jugado en el jardín señorial, solo una vivía. Como en el fondo de un espejo desvanecido, veía los rostros infantiles, las bocas risueñas, los ojos luminosos. Evocaba los nombres: ¡María Isabel! ¡María Fernandina! ¡Concha! Y aspiraba en ellos el aroma del jardín en otoño con sus flores marchitas, y una emoción musical y sentimental. ¡María Isabel! ¡María Fernandina! ¡Concha! Los claros nombres resonaban en su alma con un encanto juvenil y lejano. El amable Marqués de Bradomín tenía lágrimas en los ojos al entrar en el locutorio del convento donde le esperaba su prima la vieja abadesa, aquella pálida y visionaria María Isabel. La monja se levantó el velo:

—¡Dios te bendiga, Xavier!

Era alta, ojerosa, con las manos tan blancas, que parecían hechas del pan de las hostias. Hizo sentar a Bradomín en un sillón que había al pie de la reja, y en seguida preguntó por los asuntos de la guerra y de la Corte de Don Carlos:

—¿Cómo están los Señores? ¡Dios los conserve siempre en salud! ¿Y el Príncipe está muy crecido? ¿Y la Infantina?

—El Príncipe, deseando tenerse bien a caballo para salir a campaña con su padre.

Y el caballero legitimista se emocionó como siempre que hablaba de la familia de su Rey. La monja era curiosa:

—¿Dime, hay muchos soldados?

—En las provincias donde hay guerra, todos son soldados, lo mismo los hombres que las mujeres, y hasta las piedras.

—¡Es Dios Nuestro Señor que lo hace! Dime, ¿y tú qué traes a esta tierra?

—Vender mi palacio y todas mis rentas…

—No lo hagas… Sobre todo el palacio… Esas piedras, aun cuando sean vejeces, deben conservarse siempre.

—Lo vendo para comprar fusiles.

—De todos modos es triste. ¡A qué manos irá!

El Marqués de Bradomín tuvo una sonrisa dolorosa y cruel:

—A las manos de algún usurero enriquecido. No hablemos de ello. Vendo el palacio como vendería los huesos de mis abuelos. Solo debe preocuparnos el

triunfo de la Causa. La facción republicana, que ahora manda, es una vergüenza para España.

La monja murmuró con los ojos brillantes:

—¡Te admiro!

El caballero legitimista repuso con sencillez:

—¡Son tantos los que hacen esto que yo hago!

La monja acercó su rostro a la reja:

—En el convento tuvimos un sacristán que se fue a levantar una partida en la raya de Portugal. Yo le di todas las alhajas que habían sido de mi madre, y sentí alegría al hacerlo. Se las tenía ofrecidas a la Virgen Santísima, y tuve que conseguir una dispensa. ¿Tú también tratas de levantar gente en armas? ¡Por Dios, si lo haces, no fusiles a nadie! ¡En la otra guerra los dos bandos fusilaron a tanta gente! Yo era niña y me acuerdo de las pobres aldeanas vestidas de luto que llegaban llorando a nuestra casa, iban a que mi madre les diese una limosna para mandar decir misas de sufragio.

El caballero legitimista sintió despertar su alma feudal:

—Se ha perdido aquella tradición tan militar y tan española.

La monja le miró fijamente, con las manos cruzadas sobre el escapulario del hábito:

—¡Nuestro Señor Jesucristo nos ordena ser clementes!

—En la guerra, la crueldad de hoy es la clemencia de mañana. España ha sido fuerte cuando impuso una moral militar más alta que la compasión de las mujeres y de los niños. En aquel tiempo tuvimos capitanes y santos y verdugos, que es todo cuanto necesita una raza para dominar el mundo.

La monja repuso con energía:

—Xavier, en aquel tiempo, como ahora, hemos tenido la ayuda de Dios.

El Marqués de Bradomín no respondió, y la monja puso en el suelo sus ojos ardientes y visionarios. Las manos, siempre cruzadas sobre el hábito, eran tan blancas que parecían tener una gracia teologal para obrar milagros: Después de un momento, dijo bajando el velo que hasta entonces había tenido levantado:

—Xavier, es hora de rezo y tengo que dejarte. Yo te rogaría que volvieses mañana, si no te cansa mucho… Aún tenemos que hablar.

El viejo *dandy* se alzó del sillón dando un suspiro:

—¡Adiós Madre Abadesa, hasta mañana!

La monja, al retirarse, pegó el rostro a la reja y le dijo en voz muy baja y confidencial:

—¡Estoy pisando sobre fusiles!

V

DESPUÉS del coro, algunos canónigos y beneficiados quedáronse a esperar la visita del caballero legitimista: Hablaban de la guerra calentándose en pie delante del brasero, en medio de la Sala Capitular. De tiempo en tiempo se oía el golpe de una puerta y el vuelo inocente de un esquilón. Viejos sacristanes, y monagos vestidos de rojo, iban y venían en la sombra. La Sala Capitular era grande, silenciosa y con olor de incienso. Tenía el techo artesonado y los muros revestidos de terciopelo carmesí franjeado de oro. En los rincones brillaban algunas cornucopias, colgadas sobre cómodas antiguas con incrustaciones. Por las mañanas el sol doraba los cristales de una ventana enrejada, y tan alta que debajo quedaba espacio para una alhacena con herrajes y talla del Renacimiento. El Marqués de Bradomín entró acompañado de su capellán. Canónigos y beneficiados le recibieron con esa cortesía franca y un poco jovial, que parece timbrar las graves voces eclesiásticas:

—¡Señor Marqués de Bradomín!

—¡Ilustre amigo!

—¡Viejo compañero!

—¡Ya volvemos a tenerle entre nosotros!

—¡Se le abraza como a un náufrago!

—¡Cincuenta años que somos amigos!

Estas palabras las pronunció un viejecillo que solo era capellán. Llevaba anteojos, tenía una calva luciente y dos rizos de plata sobre las orejas. Parecía próximo a llorar.

—¡Señor Marqués!… ¡Xavierito!… ¡Cincuenta años!… ¡Medio siglo! Estudiamos juntos gramática latina en el convento, con aquel bendito Fray Ambrosio. A mí me costeaba los estudios el padre del Señor Marqués. ¡Dios le tenga en su Gloria! ¡Cuánto tiempo! ¡Medio siglo!… Y no me olvido de aquellos dos bandos, Roma y Cartago. Xavierito capitaneaba en el aula el bando de Roma, era Publio Emiliano Escipión, el Africano… Yo capitaneaba el otro bando, era Aníbal, el hijo de Amílcar, pobrecito de mí, siempre vencido. Y sin envidia, y sin rencor… Comprendía que el lauro debía ser para esa frente… ¡Señor Marqués de Bradomín, Xavierito de mi vida!

Y el viejo abría los brazos delante del caballero legitimista, llorando como un niño:

—¡Ya no se acuerda! ¡Ya no se acuerda!

El Marqués repuso con una sonrisa:

—¡De todo me acuerdo, Minguiños! Después de haber vivido, como yo he vivido, se está siempre con los ojos vueltos hacia el pasado. Al bendito Fray Ambrosio, como tú dices, lo encontré en la guerra, y te aseguro que está más joven que nosotros.

El capellán se limpiaba los ojos con su gran pañuelo de yerbas, y sonreía. El Maestre-Escuela comentó:

—Este abrazo de Aníbal y de Escipión no se parece ciertamente al abrazo de Vergara.

El capellán protestó:

—Ni el Señor Marqués de Bradomín es el Ayacucho, ni yo, por suerte, soy el traidor Maroto.

Y el canónigo de los ojos místicos murmuró fervoroso:

—¡Gracias le sean dadas a Dios!

Hubo un murmullo discreto y grave, que fue dominado por la voz del Maestre-Escuela:

—Todos somos aquí amigos y compañeros para poder hablamos dejando que el corazón salga a los labios. Nos reúne un mismo sentimiento de amor a la Religión y a la Patria. Yo, confiando acaso más que debiera en este sentimiento, ofrecí al ilustre prócer que ahora nos hace visita, auxilios para la Causa. Después todos habéis visto, con dolor, que ello no es posible. Esta Santa Iglesia Colegiata, gobernada en lo terrenal por una voluntad que está más alta que la nuestra, no acudirá en socorro de los leales que dan su sangre por Dios y por el Rey.

Una voz murmuró al oído del caballero legitimista:

—Está fuerte en sus alusiones al Señor Deán.

Era el viejecillo de la calva luciente y los rizos de plata. Luego, oprimiendo con timidez el brazo del caballero y llevándose un dedo a los labios, le indicó por señas que atendiese a las palabras del Maestre-Escuela:

—Pero sobre todas las tiranías y sobre todas las miserias de los hombres, está el divino esfuerzo de la Fe. Nuestra Fe, es la espada que alzamos contra el enemigo, espada de fuego y de luz como la del Arcángel. Si esta Santa Iglesia Colegiata no puede hacerlo, con nuestros bienes y con nuestras personas,

acudiremos a sostener la guerra. ¡Los cruzados de la Causa tendrán fusiles para vencer, si tal es la voluntad de Dios!

El viejecillo, comunicando a su cabeza un ligero temblor, volvió a oprimir el brazo del Marqués de Bradomín:

—Nuestro Deán está propuesto para obispo, y quiere congraciarse con los herejes de Madrid. Interpuso su veto, y aquí se quedarán las alhajas hasta que se las lleve otro Mendizábal.

Los canónigos habían acogido con murmullos ardientes y aprobatorios, las últimas palabras del Maestre-Escuela. Sobre una mesa forrada de velludo carmesí había un tintero de plata con plumas de ave, y desfilaron todos, escribiendo su nombre y su contribución en un pliego de papel de barba que se llenó de rúbricas y de borrones.

VI

EL Marqués de Bradomín recibió aquel día un pliego de la Junta de Santiago: Eran malas noticias las que le daban. Había caído prisionera una tropa carlista que hacía leva de mozos y requisa de caballos en la raya portuguesa, cerca de San Pedro de Sil. También recordaban los señores de la Junta la falta de dinero, y aquella urgencia con que lo reclamaban de la guerra. El Marqués de Bradomín llamó a su mayordomo y le habló de la venta del palacio con sus tierras y rentas forales. El mayordomo se demudó:

—¿Vender el palacio y las rentas del mayorazgo?…

El Marqués afirmó con entereza:

—Venderlo todo, y como quieran pagarlo.

—Mucha parte es vinculada, y solamente de la mitad libre alcanza a disponer el Señor Marqués.

—Pues se vende la mitad.

El mayordomo meditó un momento, puesta la vista en el suelo. Era un aldeano de expresión astuta, con el pelo negro y la barba de cobre, hijo de otro mayordomo muerto aquel año. Con el dominio que le daban las rentas del marquesado tenía mozas en todas las aldeas, y los aparceros y los llevadores de las tierras le aborrecían con aquel odio silencioso con que habían aborrecido al padre: Un viejo avariento que, durante cuarenta años, pareció haber resucitado el poder feudal, tan temido era de los aldeanos:

—Aun cuando todo se malvenda, no hay en la redondez de doce leguas quien tenga dinero para comprar este palacio y tantísimo foral… Habría que hacer parcelas, y hoy saltaría un comprador y otro al cabo de los siglos. Solamente que el Señor Ginero…

El Marqués de Bradomín, que comenzaba a sentir enojo de las argucias del mayordomo, preguntó con altivez:

—¿Es rico?

El mayordomo abrió los ojos inmensamente: Eran verdosos, con las pestañas siempre temblorosas y muy rubias:

—Guarda en las arcas más onzas de oro, que barbas blancas tiene mi Señor Marqués.

El viejo legitimista determinó con un gesto imperioso:

—Hoy mismo le buscas y le hablas.

—¡Suerte tiene la raposa, llévanle la gallina al tobo!

Y el mayordomo se retiró andando muy despacio para apagar el ruido de los zuecos. Pedro de Vermo buscó a su mujer en el establo: La encontró sentada en el umbral de la puerta, con la rueca afirmada en la cintura y los ojos atentos sobre el recental que hocicaba bajo las ubres de una vaca lucida. La mujer del mayordomo era menuda, silenciosa, con los ojos bizcos y muy negros. Hablaba el gallego arcaico y cantarino de las montañesas. No tenía hijos, y para conjurar a la bruja que le hiciera tal maleficio, llevaba una higa de azabache colgada del dedo meñique, en la mano izquierda. El marido se detuvo mirando al recental:

—¡Condenado, toda la noche batiendo con la testa en la cancela del cañizo, para se juntar con la madre!

La mujer respondió levantando hacia el marido sus ojos bizcos:

—Si lo dejasen el santo día tirando de las ubres, aun no tendría harto.

—¡Es voraz!

—¡También está guapo!

—Ya puedes desapartarlo, Basilisa.

La mujer alzose del umbral, acorrando con ambas manos la gran rueda de la basquiña, y requirió el palo de la rueca para acuciar al recental. El mayordomo llevose a la vaca tirando de la jareta. Marido y mujer entraron en el establo. Era oscuro, con olor de yerba húmeda. Un cañizo alto y derrengado, ponía separación entre la camada del recental y la camada de la madre. El mayordomo se movía en la sombra disponiendo en el pesebre recado de yerba verde, para la vaca. Habló cauteloso:

—¿Mujer, sabes lo que acontece?

La mujer exhaló un gemido largo, de aldeana histérica:

—¡Nunca cosa buena será!…

—El amo viene por el mor de vender…

La voz de la mujer se hizo más triste:

—¡Y si a mano viene por un pedazo de pan!

—Así es la verdad. ¡Da dolor del ánima que se lo lleven así!

—Agora era ocasión, si no hobiéramos comprado los Agros del Fraile. Si pudiésemos por la parte nuestra vender alguna tierra.

—En secreto había de ser.

—¡Natural, mi hombre!

—O encontrar quien nos prestare al rédito.

Basilisa se incorporó mirando a su marido, con una brizna de yerba entre las manos, y en la oscuridad del establo su voz cantarína tuvo algo de agorería:

—¡Si de mí te aconsejas, nunca tal hagas! ¡Son los usureros los acabadores de las casas! ¡Las comen por el pie!

Pedro de Vermo no respondió. Acababa de esparcir en el pesebre la ración de heno, y con un brinco encaramose en el borde: Silbando muy despacio, balanceaba a compás los pies calzados con zuecos. Basilisa volvió una cesta boca abajo y se sentó encima. Los dos se miraban en silencio, sin distinguir más que sus sombras. El marido dejó de silbar:

—¿Sabes lo que tengo cavilado, Basilisa? A nosotros lo que mejor nos está, pudiendo ello ser, es seguir con el cargo del palacio y de las rentas… El amo solamente viene por dinero y podría acontecerse que mejor lo topase sin vender cosa ninguna, teniendo tanto como tiene para responder. ¿Qué dices tú, Basilisa?

—Tú que oíste al amo, sabes mejor su sentir…

—Hablaríamos con el Señor Ginero. Inda no hace mucho me preguntó si sabía de alguien, con responsabilidades, a quien prestarle.

De nuevo callaron marido y mujer. Pedro de Vermo fue por la vaca y la trajo al pesebre. El animal sacudió varias veces la cabeza y comenzó a mordisquear la yerba dando leves mugidos de satisfacción y de ansia.

VII

EL Señor Ginero, después de la siesta, todas las tardes salía de su casa con la escopeta al hombro y un cestillo de mimbres en la mano. Andaba lentamente, arrastrando los pies, de reojo atisbaba el interior de las casas donde veía los camastros sobre caballetes pintados de azul, y a las mujeres sentadas en el suelo haciendo red. A veces asomaba la cabeza por alguna puerta llena de humo, ese humo pobre de la pinocha, con olor de sardinas asadas:

—¿Lagarteira, está tu marido?

Respondía una voz dando gritos:

—¡Está en el mar!

Y salía una vieja con los ojos encendidos y las greñas sujetas por un pañuelo anaranjado. El Señor Ginero tosía:

—Que no se olvide de cumplir como es debido. No quisiera llevaros al juzgado…

La vieja hundía los dedos en las greñas, desdichándose:

—¡Son tan malos los tiempos!

El Señor Ginero contestaba huraño:

—Son malos para todos.

Y continuaba su paseo hacia una gran huerta que había comprado cuando la venta de los bienes conventuales. Estaba amurallada como una ciudadela, tenía una vieja y fragante pomarada de manzanas reinetas, y un palomar de piedra, con trazas de torreón, de donde volaban cientos de palomas. Desde hacía treinta años, todas las tardes iba a su huerta el Señor Ginero. Cerca del anochecer se tornaba a la casa con el cestillo cubierto por hojas de higuera, y lleno unas veces de fresones, otras de nísperos, otras de manzanas, según fuese en el buen tiempo de mayo, o en vísperas de San Juan, o cuando amenguan los días en octubre. También solía suceder que sobre la fruta soltasen el plumón algunos gorriones muertos de un escopetazo. Aquellos pájaros eran la cena del viejo ricachón que, al sentirlos crujir bajo los dientes, gustaba el placer de devorar a un enemigo. La huerta estaba fuera de la villa, y en el muro negruzco, frente al sol poniente, tenía un gran portal encarnado que flanqueaban dos poyos donde solían descansar del paseo los canónigos y beneficiados de la Colegiata. El Señor Ginero, que era muy beato, se detenía siempre a saludarlos, pero aquella tarde llegó hasta levantar las hojas de higuera que cubrían el cestillo, y ofrecerles si querían merendar. Las voces graves y eclesiásticas se lo agradecieron con un murmullo. Había allí muchos manteos y sombreros de teja. Los canónigos

acompañaban a su amigo el Marqués de Bradomín: El Señor Ginero extremaba su cortesía:

—¿El Excelentísimo Señor Marqués tampoco quiere aceptar una ciruelita de las que llamamos aquí de manga de fraile? No las habrá tomado mejores por esas luengas tierras.

Era un viejo alto, seco, rasurado, con levitón color tabaco, y las orejas cubiertas por un gorro negro que asomaba bajo el sombrero de copa. Se despidió con grandes zalemas. Desde la mañana sabía la llegada del caballero legitimista, y quedara convenido con el mayordomo Pedro de Vermo.

VIII

CANÓNIGOS y beneficiados, al volver del paseo, dieron compañía al caballero legitimista hasta la portalada de su palacio. Allí se despidieron con promesa de tornar en la noche para hacerle tertulia, y el caballero entrose solo por el vasto zaguán. Una sombra paseaba bajo las bóvedas, y a oscuras, y se oía el rumor de pasos y espuelas. Un caballo estaba atado en la puerta. La sombra vino hacia el Marqués de Bradomín:

—¡Soy uno de los hijos de Don Juan Manuel Montenegro! El Marqués le tendió la mano:

—¡Creo que somos primos!

El segundón, presintiendo una sonrisa de ironía, le clavó los ojos en la oscuridad, con extraordinaria fijeza:

—¡Yo soy Cara de Plata!

Hablaba con aquella arrogancia caballeresca heredada del padre. El viejo *dandy* puso su única mano sobre el hombro del mancebo:

—¡Bello nombre te dieron!

Y le llevó hacia la gran arcada de la escalera, y subió con él apoyándose familiar y amable como un gran señor:

—¿Está muy viejo tu padre?

—Yo le recuerdo igual toda la vida.

—¡Es un roble!

—En esta tierra los robles tienen ahora un gusano que los seca, y mi padre no adolece de nada… ¡Vivirá cien años!

Llegaron a lo alto de la escalera y, marchando tras el mayordomo que

alumbraba, interrogó el Marqués:

—¿Aún dobla una herradura y se come un carnero?

El hijo respondió orgulloso:

—Las dos cosas hizo el día de la fiesta.

—¡Parece aquel Carlomagno, emperador de la barba florida!

Y el caballero legitimista gustó una emoción literaria y legendaria, recordando con aquellas palabras al viejo hidalgo. Sentándose cerca de la luz, hizo sentar a Cara de Plata. Un poco sorprendido detuvo sobre él los ojos, que comenzaban a sentir la falta de vista. La varonil hermosura del mancebo le parecía la herencia de una raza noble y antigua:

—¿Tú te llamas Miguel?

—Así me bautizaron en la iglesia.

—Pero te está mejor Cara de Plata… ¿Y por qué no me esperaste aquí, en lugar de hacerlo en el zaguán?

—Temí que no me abriesen tus criados. Pocos días hace tuve que ponerle los huesos en un haz a ese pillaban…

Y con gesto de señoril insolencia, señalaba al mayordomo que en aquel momento cerraba las ventanas, para impedir que el viento apagase la luz. Pedro de Vermo murmuró apenas algunas palabras en voz baja, y el viejo *dandy* quedó admirado de aquella sumisión. El mayordomo salía sin ruido, pegado a la sombra del muro. El Marqués le gritó:

Mi primo cenará conmigo.

—Está muy bien Señor Marqués.

El segundón advirtió con mofa:

—No me envenenes con alguna mala yerba, como has hecho con mis perros.

En la puerta de la sala apareció la mujer del mayordomo:

—¡No levante falsos testimonios que le habrá de castigar Dios!

Basilisa apartose dejando la puerta a su marido, que se alejó con andar de lobo, y se pasó la punta del manteo alrededor de los ojos, con mucha lentitud. Después dijo con la voz llorosa:

—Piden permiso para ver a vuecencia. Es el Señor Ginero.

En la calle rasgueaban guitarras, y se oía el paso de una rondalla que desfilaba bajo los balcones del palacio. Una voz cantó:

—¡La trincadura *Almanzora*
Todo lo tiene de bueno,
El comandante rumboso,
La gente mucho salero!…

IX

EL Señor Ginero se detuvo en la puerta haciendo una profunda cortesía:

—¿Da su permiso, mi dueño y mandatario el ilustre Marqués de Bradomín?

Al tiempo que encorvaba su aventajado talle, abría los brazos con beatitud. En una mano tenía el sombrero de copa y en la otra el cestillo de las ciruelas. El caballero legitimista le acogió con gesto protector y amable. Dio algunos pasos el usurero, hizo otra cortesía, dejó sobre la mesa el cesto de las frutas, y delicadamente alzó las hojas de higuera con que venía cubierto:

—¡Permítame que le ofrezca este pobre don de una rica voluntad!

Estrujó las hojas de higuera entre las palmas, y muy pulcramente las ocultó en el bolsillo de su levitón. El Marqués comenzó a celebrar la hermosura de la fruta, y el usurero entornando los párpados, movía la cabeza:

—Vienen de huerto frailuno. Aquella gente tenía gusto por estas cosas.

El Señor Ginero, de tiempo en tiempo, dirigía una mirada rencorosa al hermoso segundón. Al fin no pudo contenerse:

—¡Me alegro mucho de verle, joven del bigote retorcido! Cara de Plata sonrió con mofa:

—Yo ni me alegro ni lo siento, Señor Ginero.

—¿Ha olvidado que me adeuda cinco onzas y los réditos?

—¿Y usted no tiene noticia de mi caída del caballo?

—Sí…

—¿Y de que sufrí el golpe en la cabeza?

—Sí…

—¿Y de las consecuencias de ese golpe? Pues sepa usted que he perdido completamente la memoria.

El Señor Ginero aparentó reírse, pero su voz aguda y trémula delataba la cólera:

—¡Está muy bien! ¡Está muy bien! Pero usted no sabe que hay un perro para los desmemoriados… Un perro del juzgado… El Alguacil… ¡Este Don

Miguelito es gracioso!… Hijo mío, la deuda espera un año y otro año, pero los réditos hay que satisfacerlos puntualmente.

El Señor Ginero se detuvo y tosió sujetándose las gafas de gruesa armazón dorada. Después volviéndose a donde estaba el caballero legitimista, saludó profundamente:

—¿Podríamos hablar un momento en secreto?… Ya esta mañana convine con el mayordomo… ¡Ese honrado servidor nacido en la casa y que tanto se interesa por ella!

El Marqués repuso con nobleza:

—Es inútil el secreto, Señor Ginero. El Marqués de Bradomín no oculta que necesita vender sus tierras, para acudir a sostener la guerra por su Rey.

Al oírle, el usurero arqueaba las cejas con el gesto del hombre cuerdo que se aviene a los caprichos ajenos:

—No es costumbre… Pero cierto que donde hay legalidad no hay miedo a la luz… Bueno, pues yo comprar no puedo… Un puñado de onzas que tengo ahorradas, a su disposición lo pongo… Cuando quiera convendremos el rédito… ¡El Señor Marqués tiene bienes para responder siete veces de la miseria que yo puedo prestarle!

—Todo eso será tratado por mi mayordomo.

Y el viejo *dandy* extendió su único brazo con ademán tan desdeñoso, que el usurero, sin esperar más, salió haciendo reverencias y enjugándose la frente con un pañuelo a cuadros que sacó de entre el forro del sombrero. Cara de Plata exclamó sin poder contenerse:

—¡Cómo van a robarte!

El Marqués alzó los hombros:

—Peor sería que tratase conmigo ese zorro viejo.

El hermoso segundón sonrió con amargura:

—¡Ese hombre será el heredero de nuestra casa!

X

CARA de Plata sentose a cenar con el caballero legitimista. De pronto rompió en una carcajada extraña que tenía cierto timbre cruel, y miró al Marqués:

—¿Nos estaremos comiendo tu brazo?

Aquel viejo *dandy* que amaba tanto la originalidad, la impertinencia y la audacia, hizo, sin embargo, un gesto doloroso. Pero luego sonrió bajo la mirada del bello segundón. Los ojos de Cara de Plata, verdes como dos esmeraldas tenían una violencia cristalina y alegre, parecían los ojos de un tigre joven. El Marqués de Bradomín repuso con fría elegancia:

—Yo solamente he dado a comer de mi corazón… Pero ha sido a las mujeres más hermosas de mi época.

El segundón, sintiéndose dominado, volvió a reír con su risa desesperada:

—Xavier, yo aquí voy a terminar mal… Algunas veces siento tentaciones de poner fuego a todo este montón de casas viejas… Si no me hago fraile, como los hijos del Señor Ginero, acabaré haciéndome capitán de ladrones.

Ya no reía y en su boca quedaba una gran tristeza. El Marqués le clavó los ojos:

—¿Qué deseas de mí?

—Que me ayudes a levantar una partida por Carlos VII.

Hubo un gran silencio. Entraba la mujer del mayordomo, que se entretuvo llenándoles los vasos, y esperaron a que saliese. El caballero legitimista habló lentamente:

—Yo soy partidario de extender la guerra como un gran incendio, no de convertirla en hogueras pequeñas.

Cara de Plata le miró sin alcanzar el sentido oculto de tales palabras.

El Marqués continuó:

—Debemos concentrar todas nuestras fuerzas en Navarra, en Guipúzcoa, en Álava y en Vizcaya. Mientras se pueda, debe conservarse una relación entre todas las partidas, y utilizarlas prudentemente en algaradas y descubiertas para levantar en armas Aragón y Castilla la Vieja. Una partida que se alzase en esta tierra, si está sola, en pocos días caería prisionera… Es preciso reunir aquí dinero y levantar hombres, pero la guerra hacerla en otra parte.

Cara de Plata interrumpió:

—Cada uno debe ser soldado en su tierra.

El Marqués de Bradomín se irguió con un profundo convencimiento:

—¡Jamás! El mejor soldado es siempre el que cuenta más leguas detrás, para volver a su casa. España tiene una rugiente historia militar, de cuando hizo la guerra en luengas tierras. En México, en el Perú, en Italia y en Flandes. Hoy mismo, los soldados que se baten mejor en nuestra guerra, son aquellos que vienen de más lejos.

—¿No son los navarros?

—No.

—¿Ni los alaveses?

—Tampoco. Son los Tercios Castellanos.

—¡Hermoso nombre!

—Se lo ha dado el Rey.

—¿Tú puedes hacer que yo entre a servir en los Tercios Castellanos?

—Puedo llevarte conmigo. Pero tendrás que entrar como soldado en la Compañía de Cadetes. ¿Cuándo quieres ponerte en camino?

—Cuando tú me lo mandes.

El Marqués de Bradomín meditó un momento:

—Acaso te encomiende una importante misión para el Cuartel Real.

El hermoso segundón sonrió con melancolía.

—¡Tú me salvas Xavier!… Aquí, lo que te dije, hubiera acabado mal…

De pronto oyose en la noche un campaneo de rebato, y las pisadas de la gente que pasaba corriendo bajo los balcones del palacio. El mayordomo entró asustado:

—¡Son las monjas del convento!

Y Basilisa, abriendo el postigo de una ventana y mirando a la calle, suspiró:

—Fuego no es, pero algo acontece.

Paseó por la sala sus ojos bizcos y suspicaces, inquietos como los de las gallinas enjauladas, y volvió a mirar hacia la calle. Cara de Plata le dijo con burla:

—Andará alguna bruja por los tejados.

Se oían voces de niños y mujeres al pasar corriendo, chapoteando en el charcal que, en el centro de la plaza, la luna salpicaba de luz. Basilisa, toda consternada, se apartó de la ventana:

—¡Santísimo Señor!

El mayordomo interrogó:

—¿Oíste algo?

—¡Dicen que los soldados están en el convento!

El Marqués y el segundón se pusieron en pie mirándose fijamente, con el mismo pensamiento en los ojos. Cara de Plata murmuró a media voz:

—Se decía que las monjas guardaban fusiles bajo el altar mayor.

El Marqués de Bradomín hizo un gesto, recordando ciertas palabras de la Madre Abadesa.

XI

TODAS las puertas del convento estaban guardadas por centinelas, y era la consigna no permitir a nadie ni la salida ni la entrada. En lo alto de la torre una monja, loca de miedo, seguía tocando las campanas, mientras hacía ronda en torno del convento y del huerto, una escuadra de marineros desembarcados de la trincadura *Almanzora*, que aquella tarde, ya puesto el sol, viérase entrar en bahía con todo el velamen desplegado. El comandante, un viejo liberal que alardeaba de impío, recorría el claustro y la iglesia, seguido de cuatro marineros con linternas que hacían cateo bajo los altares, como en la bodega de un barco contrabandista. La comunidad, reunida en el coro, cantaba un miserere, y la voz del órgano era bajo las bóvedas como la voz del viento en un naufragio, temerosa y misteriosa, voz de procelas. El comandante quiso registrar las celdas, y salió a recibirle en el coro, sola y con el velo caído, la Madre Abadesa:

—Señor comandante, quien rompa la clausura incurre en pena de excomunión.

Seguía oyéndose el canto latino de las monjas, medido y guiado por la voz del órgano como por el rugido de un león que fuese pastor. El comandante erguíase adusto tras la reja del locutorio:

—Señora monja, yo solo conozco las penas en que incurren los que hacen contrabando de armas.

La Madre Abadesa se apretó el velo contra la cara, y besó la cruz de su rosario:

—Estas rejas están cerradas para el mundo y solamente serán abiertas por la fuerza inicua de la herejía.

Sus manos albas y mortuorias se arrebujaban entre los pliegues del velo. Era una sombra inmóvil en medio del locutorio, y parecía haber llegado allí desde el fondo de alguna capilla donde estuviese enterrada. El hábito blanco, en largos pliegues, tenía la rigidez de la mortaja, y la sombra velada de la monja daba una sensación de terror, como si fuese a desmoronarse en ceniza, bajo el trueno del órgano, para edificación de aquellos soldados impíos. Los cuatro marineros permanecían en el arco de la puerta, y el foco de luz de las linternas bailaba sobre el techo y los muros. A veces todo el grupo tenía un vaivén de borrachera, y se adelantaba tartajeando para volver, en otro vaivén, a recogerse en el ancho

quicio. Las cabezas se adivinaban rojas en la sombra. Una voz vinosa barboteó:

—¡Mi comandante, quiere usía que la afusilemos a la gachí?

El comandante se volvió imponiendo silencio, y un marinero se adelantó dando traspiés, empujado por los otros que reían en la puerta con los hombros juntos. El comandante gritó:

—¡Cuadrarse!

Y acompañó la orden batiendo con el sable en la reja del locutorio. La Madre Abadesa se alzó el velo, y todo su orgullo de raza vibró en su voz:

—Señor comandante, no he nacido para ser atropellada por la soldadesca, ni he de consentirlo ahora. Salga usted de aquí. Puede ambicionarse el martirio bajo las garras de los tigres y de los leones, pero no bajo las herraduras de los asnos.

El comandante volvió a golpear con el sable en la reja del locutorio:

—¡Señora monja, modérese!…

De la hoja de acero salían chispas al mellarse. Uno de los marineros dijo a los otros en voz baja y ceceando:

—¡Nos ha salido Sor Patrocinio!

Los otros rieron, tambaleándose sin romper la fila. El comandante comenzó a vociferar:

—¡Estoy autorizado por las leyes! ¡Cumplo con mi deber! ¡Haré uso de la fuerza!

La monja le volvió la espalda y salió sin recoger el vuelo de sus hábitos. La voz ceceosa gritó:

—¡Va a repelarse los bigotes en el fuego!

Contestó un clamor confuso de beodos:

—¡Que baile! ¡Que baile!

El comandante rompió contra la reja la hoja de su sable:

—¡Cuadrarse! ¡Silencio!

Y adelantó levantando la empuñadura donde solo quedaba un palmo de acero:

—¡Cuadrarse!

Los marineros, como si no le hubiesen oído, redoblaron su clamor:

—¡Que baile! ¡Que baile!

Y ellos mismos comenzaron a bailar. El comandante pateaba de rabia:

—¡Arrestados! ¡Un mes de arresto! ¡Dos meses de arresto!

Los marineros seguían bailando, cogidos de los hombros. El de la voz ceceosa, rasgueando sobre el fusil como si fuese una guitarra, comenzó a cantar:

¡Isabel y Marfori,
Patrocinio y Claret,
Para formar un banco,
Vaya unos cuatro pies!…

XII

EN el locutorio apareció una hermana lega que venía rezando y santiguándose: Sus zapatos claveteados resonaron sobre la tarima: Era alta, con el rostro aldeano y el ademán brioso: Llevaba en vez de hábito basquiña de estameña, y sobre la frente morena y bruñida, una toca de lienzo pegada a la raíz del cabello. Siempre rezando entre dientes, buscó una llave en el manojo que le colgaba de la cintura y abrió la puerta de la reja:

—Pasen y hagan su escudriña.

El comandante entró mirando a la lega con fiero talante, y los cuatro mozos de la escuadra le siguieron chocando las linternas con una risa estúpida. La lega cogió de un brazo al que tenía más cerca, y le zarandeó:

—¡Guarday otro respeto, Faraones!

Bajo el arco tirante de las cejas los ojos de la lega despedían lumbre. Era hija de labradores montañeses, y por devoción había entrado a servir en el convento, donde al cabo de siete años alcanzaría profesar sin dote. Hacía tres que llegara de su tierra, con los zapatos en la mano para no romperlos en el largo camino y poder presentarse a la Madre Abadesa. Uno de los marineros quiso pasarle el brazo por la cintura:

—¡Vamos a naufragar!

La lega buscó entre sus llaves la más recia, y la empuñó con brío:

—¡Al que me apalpe, lo escrismo!

Y marchó delante, rezando en voz baja y santiguándose. Atravesaron una gran cuadra con ventanas enrejadas y subieron una escalera de piedra que llevaba a la galería del claustro alto, donde estaban las celdas. El convento parecía abandonado, y en el silencio de las bóvedas, la voz irreverente de aquella escuadra de marineros borrachos despertaba un eco sacrílego. De tiempo en tiempo llegaba en una ráfaga amplia y sonora, el canto de las monjas guiado por el órgano, y se extinguía de pronto como en una gran desolación. Los pasos de la escuadra resonaban siempre, y la lega, sacudiendo el manojo de sus llaves, iba

abriendo puertas que quedaban batiéndose. Los soldados entraban en las celdas, revolvían los lechos, esparcían la paja de los jergones, y salían riendo, mostrándose furtivamente algún acerico que se llevaban para las novias. Y otra vez la salmodia penitente estremecía el convento con su sollozar de almas, y la voz del órgano parecía el rugido de un león ante el sol apagado, en el día de la ira. Recorrían largos corredores, salas silenciosas, subían y bajaban escaleras profundas. Cuando cruzaban ante alguna imagen, el comandante tenía un alarde de impiedad y se calaba hasta las cejas la visera de su gorra. Los mozos de la escuadra se miraban, entre medrosos y admirados, sin que ninguno osase imitarle. Salieron al huerto, registraron en el pozo y al pie de los limoneros donde esperaban descubrir el contrabando de fusiles. Volvieron al convento airados y despechados. Tornaron a recorrer zaguanes y bodegas, andando bajo velos de telarañas. Alumbrándose con las linternas, asomaban a la boca de las tinajas, y suspendían en alto las tapas de los arcaces del trigo, dejándolas luego caer con gran estrépito. La hermana lega, en la sacristía se detuvo y los miró con expresión de horror:

—¿También quieren registrar la iglesia?

El comandante, por toda razón, descargó un golpe en la puerta. La hermana lega arrojó la llave en medio de la sacristía y huyó haciendo muchas veces la señal de la cruz:

—¡Es la fin del mundo! ¡Anda suelto el Antecristo! ¡Es la fin del mundo!

El comandante hizo abrir la puerta y entraron en la iglesia. Moviendo las linternas se dispersaron por las capillas, y varias veces fueron y vinieron del presbiterio al cancel, y pasaron y repasaron de una nave a otra nave: Alzaban los paños de los altares y abrían los confesonarios. En el coro, las sombras blancas de las monjas cantaban su latín.

XIII

LA calle donde estaba el convento era angosta, y al rebato de campanas habíase llenado de mujerucas y de niños. El huerto daba sobre los esteros del río, un huerto triste, con matas de malva olorosa y cipreses muy viejos, donde había un ruiseñor. En el portón que daba al camino, dos mendigos, hombre y mujer, hablaban con el centinela, sentados en la orilla verde. Eran vagamundos que iban por los mercados vendiendo cribos. La mujer decía:

—Si hay contrabando escondido, no habéis de dar con él. Y el hombre afirmaba con un gesto desdeñoso, poniendo sobre el pecho una mano negruzca:

—¡Este debía ser el comandante de la *Almanzora*!

La mujer hundió las uñas en la greña:

—¡Mejor lo harías!

—Solamente con este perro descubriría yo todos los parajes donde hubiese contrabando escondido.

Separó la mano que aún conservaba sobre el pecho, y tiró del rabo a un perro canijo que dormía echado en la alforja. El cribero se rio:

—Y para ser hombre de bien no hay que decir mentiras.

La mujer siguió rascándose la cabeza:

—Ni es menester tampoco. Las mentiras condenan el alma.

—El alma, yo entodavía no la he visto… Pero los galones de almirante, para perseguir el contrabando, le corresponden a mi perro… No te rías tú, marinerito.

El centinela contestó:

—Para el perro los galones, y para ti el plus.

La mujer llamó al perro:

—¡Ven acá, Celeste!

El perro fue a echársele en el regazo, y las uñas sórdidas de la mendiga comenzaron a rascarle las pulgas. Volviéndose al centinela, dijo con encomio:

—¡Tiene más saber que si hubiera andado por el mundo con el Glorioso San Roque!

El centinela reía de soslayo, paseando con el fusil al brazo, delante de la puerta. Era pequeño, alegre, con los ojos infantiles y las mejillas tostadas del sol y del aire. De pronto el cribero se levantó dando voces a un borrico que, cargado de aros, pacía la yerba del camino:

—¡Toma, Juanito! ¡Quieto, Juanito! ¡No seas ladrón, Juanito!

Le alcanzó y le trajo a su lado. Después, como el animal tenía querencia por las matas que había al otro lado del camino, lo sujetó pisándole el ronzal con una piedra que sacó del muro. Hecho esto, se tumbó con las manos cruzadas bajo la nuca:

—¡Marinerito, sabes tú lo que pasa en las Españas?… Tú no sabes cosa ninguna porque eres un rapaz, pero yo te lo diré… En las Españas, pasa que todos los que mandan son unos ladrones… Pero quieren ser solos, y esa no es justicia. La justicia sería abrir los presidios y decirle a la gente: No podemos ser todos hombres de bien, pues vamos a ser todos ladrones. Ya verías tú,

marinerito, como así terminábase la guerra y el contrabando, y todo andaba mejor que anda.

La mujer suspiró:

—¡Esa sería una buena ley!

Y el hombre aseguró, dándose golpes en el pecho:

—Esa es la verdadera ley de Dios.

—¿Mejor que ser tú comandante de la *Almanzora*?

El centinela le miraba con sus ojos alegres e infantiles mientras bajaba con el fusil al brazo.

El cribero repitió con más fuerza:

—Esa es la ley de Dios… Y lo otro, el ser yo tu comandante, sería conveniente para los que mandan, porque yo sé como son mañeros los contrabandistas, y conveniente para mi señora que tendría un lorito del Brasil. ¡Palmucena, no te caerá arrastrar cola y estar todo el día dándote aire con un abano!

XIV

POR el camino llegaba un corro de mujeres con algunos niños de pecho. Rodeaban a una vieja que venía dando voces con las manos en la cabeza:

—¡Ladrones!… ¡Enemigos malos!… ¡Sacar a los mozos de la vera de sus padres para luego hacerlos ir contra la ley de Dios!

El centinela se detuvo mirando al camino. La vieja, una sombra menuda y negra, corría ante el grupo de las mujeres, con los dedos enredados en los cabellos y la mantilla de paño sobre los hombros, como en un entierro:

—¡Arrenegados! ¡Más peores que arrenegados!

El centinela oía aquellas voces replegado en el hueco del portón, y mirando con inquietud al camino. Los dos criberos agitaron los brazos asustando al asno:

—¡Deja paso, Juanito!

Huyó el animal haciendo un corcovo, y su carga de aros bamboleó. La vieja, toda encorvada y con las manos tendidas hacia el centinela, clamaba rabiosa y llorosa:

—¡Lástima de inquisición! ¡Afuera de esa puerta, mal hijo! ¡He de hacerte bueno con unas disciplinas, mal cristiano! ¡Vergüenza de tu madre!

Y llegando, le abofeteó en las dos mejillas. Después la vieja se volvió hacia

los criberos gritando desesperada:

—¡Es mi hijo! ¡Es mi hijo!

Limpiose dos lágrimas, y con los brazos en alto, fue a sentarse en la orilla del camino:

—¿Es esa la crianza que recibiste?

Un sollozo le desgarró la voz. El centinela repuso con otro sollozo saliendo del hueco del portón y reanudando su paseo:

—Es la ordenanza…

—¡Olvidaste la doctrina cristiana!

—¡Es la ordenanza!

La voz se le hacía un nudo en la garganta, y la madre, sentada sobre la yerba, mirábale con una gran congoja, cruzando las manos bajo la barbeta temblona:

—¡Sacar a los mozos de la vera de sus padres para meterlos en la herejía!

El cribero murmuró con voz hueca:

—Hay que considerar que el rapaz está sin culpa. Es la ordenanza.

Pasó una ronda levantando la centinela, y la vieja, toda encorvada, púsose a caminar tras de su hijo, recriminándole con voz sombría:

—¡Sé buen cristiano rapaz! Si no eres buen cristiano, no podrás ajuntarte con tus padres, bajo las alas de los santos ángeles, cuando te llegue tu hora. ¡Ay, mi hijo, que la muerte no avisa y si agora llegase para ti, arderías en el infierno! ¡Ay, que tu carne de flor habría de ser quemada! ¡Ay, mi hijo, que cuando tu boca de manzana tuviese sede, plomo hirviente le habrían de dar! ¡Ay, mi hijo, que tus ojos de amanecer te los sacarían con garfios! ¡Vuélvelos a tu madre! ¡Mira cómo va arrastrada por los caminos para que Dios te perdone!

La vieja se había hincado de rodillas y andaba así sobre la tierra, los brazos abiertos y la cabeza bien tocada con la mantilla. El hijo se volvió con los ojos en ascuas, saliéndose de la fila:

—¡Álcese mi madre!

Y arrojando el fusil, rompió a correr hacia las casas del pueblo, perdiéndose en la oscuridad, mientras algunas mujerucas levantaban a la vieja, accidentada.

XV

¡ALTO!

—¡Alto!

Era un grito que se escalonaba con el chascar de los fusiles al ser montados. El marinero corría como cuando era niño y le asustaban con los muertos, corría sin saber adónde con la angustia de ser alcanzado, con un anhelo confuso de que la tierra le tragase y le tuviese escondido hasta que los otros que venían a su alcance, pasasen y estuviesen lejos:

—¡Alto!

—¡Date!

—¡Alto!

Las voces resonaban a lo largo de una callejuela oscura, y los pasos en las losas. ¡Tac! ¡Tac! ¡Tac! Le parecía sentir que un brazo se alargaba y al torcer la calle se torcía. Aun cuando no lo viese, adivinaba que era un brazo como un cirio y que estaba próximo a tocarle en la espalda. Cuanto veía con los ojos, al escapar por la calle, confundíase en su interior con los recuerdos de otro tiempo, recuerdos vagos, perdidos en unos días todos lluviosos, todos tristes, con las campanas tocando por las ánimas, unos días que eran semejantes al mar en la costa de Lisboa. No parecía que viese con los ojos, sino que las cosas se le representasen en el pensamiento, lívidas como los ahogados en el fondo del mar. Y las voces volvían a resonar:

—¡Alto!

—¡Date!

En las puertas de las casas algunas cabezas asomaban a verle, y los rostros confusos, apenas entrevistos al pasar corriendo, le daban la sensación de una pesadilla. Algunas veces, creía recordar que en un tiempo lejano le habían perseguido como entonces, y que había corrido por aquella calle tortuosa, y que había pasado por delante de aquellas puertas donde asomaban los mismos rostros que ahora. Era una memoria toda ingrávida, que cambiaba de forma y se desvanecía. Más que las cosas en sí mismas, creía recordar aquella sensación de angustia, que volvía como vuelven en un sueño, las imágenes vistas en otro sueño:

—¡Alto!

—¡Date!

Oyó las voces cuando iba a volver la calle. Deseó tener alas. Estaba después la casa de su madre en un campillo: Hallaría franca la puerta, y sin dar tiempo a

los otros entrañase, y cerraría poniendo los tranqueros. Por último, se haría invisible entre la ceniza. Era un imaginar pueril, como el de los niños cuando para no tener miedo, se esconden bajo las cobijas. Sentía en el aire la sensación de aquel brazo que se alargaba para cogerle, y unas veces a la derecha y otras veces a la izquierda, la sombra estaba siempre a su lado. Y volvían las voces:

—¡Alto!

—¡Date!

Sonó un tiro y luego otro. El marinero llegaba a la esquina y la dobló. Los pasos de los perseguidores resonaban en la calle. Muchas cabezas asomaron en las ventanas, se enracimaban y tenían una expresión dolorida, como en los retablos de ánimas. Los perseguidores doblaron también la esquina y se detuvieron. El otro estaba caído sobre la acera, boca abajo, en un charco de sangre. Las dos balas le habían entrado por la nuca, y aún movía una pierna el marinerito.

XVI

ALGUNAS mujeres asomaban en las puertas, se escurrían a la calle con sus hijos agarrados a las basquiñas, alargaban el cuello sin osar acercarse, pálidas, miedosas. Con vago andar de sombras se fueron juntando todas en medio del arroyo, y hablaban en voz baja y miraban al muerto desde lejos. Un perro del vinculero, con la cola entre las patas, atravesó la calle y se puso a lamer la sangre: En medio del silencio, se oía el chapoteo de la lengua sobre las piedras rojas. Una vieja le llamó enseñándole un pedazo de borona:

—¡Toma cadelo! ¡Toma!

Otra vieja le tiró un canto:

—¡Arrenegado seas, ladrón!

Se alzó de pronto un clamor popular, voces de mujeres, violentas, claras, roncas. Pasaban llevando en brazos a la madre del muerto, iba accidentada, con un pañuelo sobre el rostro. El vinculero estaba tras los cristales de un balcón, en la gran casona que prolongaba su alero hasta el centro de la calle. Don Galán salió a la portalada silbando al perro, y se oyó la voz poderosa de Don Juan Manuel:

—¡Saca dos faroles para que alumbren toda la noche al pie de ese infeliz asesinado!

Don Galán y un zagal, vinieron con faroles de aceite y los entregaron a unas mujerucas, parientas del muerto, que acababan de llegar sollozando, cubiertas con las mantillas. Las mujerucas suspiraron las gracias, y arrodilláronse comenzando el planto:

—¡Era el rey de los mozos!

—¡Era la flor de los marinos!

—¡Se lo robaron a su madre, para las escuadras!

—¡Otro amparo no tenía la madre!

—¡Ay, qué bien cantaba las coplas de la jota!

—¡Ay, qué bien cortaba castellano!

—¡Se lo robaron a su madre, y se lo tornan con los meollos partidos!

Las otras mujerucas, reunidas las primeras en la calle, fuéronse acercando lentamente. Los críos, agarrados a las basquiñas, buscaban esconder la cara entre los pliegues. La campana del convento hizo señal. Se oyó la voz del vinculero sonora y dominadora:

—¡Malditas brujas! En vez de rezar, debíais correr la villa y levantarla contra esos asesinos.

Algunas voces repitieron en la calle:

—¡Tiene razón! Era menester un levante de hombres y mujeres. ¡Tiene razón! ¡Tiene razón!

—¡Un levante para que a todos nos afusilen!

—¡Muy bien se dice desde lo alto del balcón!

Este comento lo hicieron en la sombra dos montañeses que los días de mercado tejían cestas, bajo el soportal de la casona. Una vieja replicó:

—Todos los de vuestra tierra sois nacidos en la cama de las liebres.

Los montañeses rezongaron a una voz:

—¡Prosa! ¡Prosa!

La vieja gritó:

—¡Liebres! ¡Más peores que liebres!

Uno de los montañeses tiraba del otro:

—Vámonos de aquí.

—¡Un levante! ¿Por qué no lo hace el vinculero?

Y bajaba la voz y volvía la cabeza, dejándose llevar muy de prisa, arrastrado por el compañero: Otra mujer, poniéndose en pie y sacudiendo los brazos, les gritó colérica:

—¡Irvos a mudar el pañal, maricallos!

Don Galán, el bufón del mayorazgo, les tiró un puñado de lodo:

—No es mi amo de vuestra laña, y habla desde lo alto como desde lo bajo.

La figura patizamba y gibosa se destacaba en medio de la calle, entre la luz y la sombra de los faroles que alumbraban al muerto. Se oyó el clamor de la madre, que venía entre dos vecinas, con la cabeza cubierta, desesperada y ronca:

—¡Permita Dios que se hunda en el mar ese navío de verdugos! ¡Permita Dios que un rayo los abrase a todos! ¡Permita Dios que náufragos salgan a esta playa y los coman los perros!

La vieja llegó adonde estaba el hijo muerto, y se derribó a su lado, batiendo con las rodillas en las piedras. Dando alaridos le enclavijó los brazos y le besó en la boca inerte y sangrienta:

—¡Hijo! ¡Prenda! ¡Bieitiño!

En lo alto del balcón resonó la voz de Don Juan Manuel Montenegro:

—¡Pobre madre!

La vieja levantó los ojos y los brazos:

—No tenía otro hijo, pero mejor lo quiero aquí muerto, como lo vedes todos agora, que como yo lo vide esta tarde, crucificando a Dios Nuestro Señor.

XVII

DON Juan Manuel se retiró al fondo de la sala, que estaba en oscuridad, y comenzó a pasearse con el balcon abierto. Se oía un acompasado plañir de mujerucas, y de tiempo en tiempo el alarido de la madre:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Don Juan Manuel Montenegro sentía una cólera justiciera y violenta, una exaltación de caballero andante. Soñaba con emular las glorias de su quinto abuelo, que una noche había puesto fuego a tres galeras de piratas ingleses, sin otra ayuda que la de sus hijos, todos niños y el último de nueve años. Entró Don Galán con el resuello jadeante, y el vinculero le recibió gritando desde el fondo oscuro de la sala:

¡Es preciso que hundamos en el mar a ese navío del rey!

—¿La *Almanzora*?

—Sí.

—¡Como no sea con oraciones!

—La noche es oscura, y llegaremos al costado sin ser vistos.

—¡Santo, si hay una luna blanca que parece día!

—Tú no vendrás conmigo. ¿Dónde andarán mis hijos?

—No andarán, que estarán echados. Pronto será la media noche.

Don Juan Manuel, con la cabeza caída sobre el pecho, fue y vino varias veces de uno a otro testero de la sala, paseando en silencio: Solo se veía su sombra cuando cruzaba ante el balcón donde daba la luna. De pronto se alzó en la noche el grito de la madre:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Los pasos del vinculero cesaron, y en la sala oscura únicamente se oyó por algún tiempo el acompasado plañir de las mujerucas. Don Juan Manuel tornó a pasearse:

—La sangre de ese muerto ha manchado los muros de mi casa… ¿Habrá de secarse en ellos? Salpicó a mis ventanas, y de estar yo asomado me salpicara la frente… ¿Habría de secarse o de lavarse? ¡Ese crimen es una vergüenza para toda la villa! ¿Y si en lugar de sangre, esos asesinos me tirasen lodo a la casa y a la cara, cómo les hubiera yo contestado? ¡Si mis hijos quisiesen ayudarme!… Pero ellos no son como yo, y ni aun sabrán ver la afrenta… Yo debía llamarles ahora, como hizo Diego Laínez… ¿Para qué? Dios me ha desamparado y no hallaría entre ellos a mi Rodrigo… ¡Acaso, sin lo que ha mediado, pudo serlo Cara de Plata! Ahora ese mozo está revuelto contra su padre. ¡He sentido pesar sobre mí su mirada de odio! ¡Y todo por una mujer, cuando hay tantas!… Don Galán lavará mañana la sangre del muro. ¿Dónde estarán mis hijos?

El criado bostezó en un rincón:

—Durmiendo en la cama de las mozas.

Don Juan Manuel fue a sentarse en un sillón:

—Algunos pasos más, y ese hombre, que está muerto sobre las losas de la calle, se hubiera refugiado en mi casa. Si los asesinos querían entrar, yo le hubiera defendido. Dárselo, jamás. ¡Pobre madre, vendría con todas esas mujeres que ahora hacen el planto, y llenarían la calle con sus gritos para que no lo entregase a los sicarios!

El criado se incorporó con un relincho grotesco:

—¡Jujú! Despiértese mi amo.

—No duermo, imbécil.

—Cuidé que estaba soñando.

Don Juan Manuel Montenegro reclinó la cabeza en el sillón:

—Sí, mejor es dormir. Enciende una luz y ven a descalzarme. Dejemos en

paz a los vivos y a los muertos.

Al criado se le sentía andar a tientas, para encender la luz:

—No topo candela.

—Me acostaré alumbrado por la luna.

El criado, andando muy despacio, llegó a donde estaba su amo y arrodillose ante el sillón.

—Venga un pie. ¡Jujú!

—Tira imbécil.

—¡Jujú!

—¡Que me arrancas la pierna!

Don Galán, dando un relincho, se dejó caer de espaldas:

—¡Jujú! ¡Jujú!

El vinculero, con la cabeza echada sobre el respaldo del sillón, hablaba a solas devanando sus pensamientos, mientras el bufón le descalzaba arrodillado a sus pies:

—¡Qué asesinato!… Debía levantar en armas a toda la villa… ¡Son liebres!… Estoy solo y no podré hacer nada… Pobre mozo, hubiera buscado asilo en mi casa, le hubiera defendido… Es la verdadera hidalguía, y la verdadera caridad, y la verdadera doctrina del filósofo de Judea… Comprendo la guerra por una causa tan pequeña y no la comprendo por un príncipe. Jesús de Nazaret no hizo guerra, pero dio su sangre por la redención de los humildes, cuando todos la daban por los reyes y los emperadores. El clero reza en latín para que no se enteren los siervos que labran la tierra. Ese pobre mozo merecía ser amparado… Todos hubieran venido contra mí. Claro está que me habría defendido a tiros. ¿Entonces por qué predican el amor al prójimo? Si le amo como a mí mismo, le defiendo como a mí mismo. Ese mozo, hijo de pescadores, era mi prójimo. El que está por encima de mí, puede no serlo… Yo digo que no lo es… Pero ese lo era… Tengo hartura, pues mi prójimo es el que padece hambre… Partimos el pan, partimos la capa… El que tenga tanto como yo, será mi enemigo, aun cuando no quiera… Y el que tenga más, será mi verdugo, aun cuando no quiera… Y los hijos, una parte de nosotros… Mis hijos no son una parte mía… Esos son unos bandidos. Una parte mía, ese imbécil que duerme…

Y Don Juan Manuel despertó con el pie al bufón, que, arrodillado delante del sitial, comenzaba a roncar.

XVIII

LA casa del vinculero daba también a una plaza verde y silenciosa, donde algunos clérigos paseaban al sol del invierno. Tenía una gran puerta blasonada y un arco que comunicaba con la iglesia del convento, siendo paso reservado para la tribuna que aquellos hidalgos disfrutaban a la derecha del altar mayor, en la capilla del Cardenal Montenegro. Micaela la Roja, una criada vieja, se levantó cerca de media noche y encendió luz, pero un soplo de aire la dejó a oscuras en el corredor. Parecía que una voz de mujer gritase tras la puerta de la tribuna pegando los labios a la cerradura. De tiempo en tiempo, se oían golpes que despertaban el ladrido de los perros. Era una voz muy afligida la que llamaba:

—¡Don Juan Manuel!… ¡Don Juan Manuel!…

La criada pensó que era el ánima del muerto, y tuvo miedo. En el oscuro corredor, sentíase un soplo de aire, y parecía que fuese suya aquella voz. Resonaban los golpes en la puerta de la tribuna, y los perros ladraban atados bajo la parra del corral. Micaela la Roja, comenzó a rezar en voz alta, arrodillada en el claro de luna que entraba por el montante de una ventana. Volvía aquella voz de misterio:

—¡Don Juan Manuel!… ¡Don Juan Manuel!…

Micaela la Roja hizo ante ella en el suelo, el círculo del Rey Salomón, y santiguándose muchas veces, gritó con fuerza las palabras de un ensalmo:

—¡Yo te conjuro, si eres el diaño mayor, a que te espantes de aquí y diez leguas alarredor! ¡Yo te conjuro, a la una, por la cara de la luna! ¡Yo te conjuro, a las dos, por el resplandor del sol! ¡Yo te conjuro, a las tres, por las tablas de Mosén!

Calló estremecida, atenta a los rumores de la noche, y como un sacrilegio oyó el relincho del bufón que descalzaba a su amo, en la gran sala desmantelada. Después volvieron los golpes y aquella voz tan afligida. Ya no dudó que fuese alma en pena. Era sabidora, como todas las viejas, y caviló que, a ser burla del demonio, terminado el ensalmo hubiérase escuchado un gran trueno y toda la casa se llenara de humo de azufre. Comenzó otro ensalmo para las ánimas.

—¡Palabra de misal, lámpara de altar, tu corona de llamas quebrantarán! Yo te conjuro, ánima bendita, para que dejes este mundo y te tornes al tuyo.

Arrodillada en el claro de luna esperó, con el terror del misterio, oír el vuelo del alma que dejaba el mundo para volver al Purgatorio. Pero los golpes

volvieron a resonar en la puerta de la tribuna, y volvieron los perros a ladrar. Entonces, huyendo por el corredor, llegó a la estancia del vinculero y llamó:

—¡Señor mi amo! ¡Señor mi amo!

Don Juan Manuel gritó desde su sillón:

—¿Qué quieres, bruja?

Y ordenó al criado que abriese. La vieja entró despavorida:

—¡Toda la noche estanse oyendo golpes en la puerta de la tribuna!

El vinculero se levantó:

—¿No sueñas?

—¡Ay, soñar!

—¿Será el viento?

—¡No es el viento!

El bufón murmuró bajando la voz:

—¡Serán ladrones!…

Micaela la Roja replicó todavía más quedo:

—¡No son ladrones que, por veces, una voz muy temerosa clama por el amo!

Don Juan Manuel Montenegro se irguió con arrogancia:

—Pues si llaman por mí, será justo que vaya a contestarle. ¿Qué murmuras tú, bruja?

Y el vinculero salió de la estancia. La tarima del corredor temblaba bajo su andar marcial.

Y en la calle, alrededor del muerto, seguía el planto de las mujerucas igual y monótono, como en una pauta, y la luna, desde un cielo frío y raso, parecía mirar a la tierra, bogando en su cerco de sueño, indiferente al amor y al odio.

XIX

—¡DON Juan Manuel! ¡Don Juan Manuel!

Era una voz apagada que parecía deshacerse en el viento y en la oscuridad. El vinculero interrogó, deteniéndose ante la puerta cerrada:

—¿Quién es?

—Un recado de la Madre Abadesa. ¡Abra por la Virgen Santísima!

El vinculero descorrió el cerrojo, y bajo la bóveda tenebrosa del arco, apareció la hermana lega, con un farol en la mano:

—La Madre Abadesa tiene que hablarle con gran urgencia. Si no puede ir a

verla, ella vendrá.

La bóveda ahuecó la risa de Don Juan Manuel:

—¿Ha malparido alguna monja con el susto de esta noche?

La lega inclinó los ojos, y tuvo intención de santiguarse, pero se contuvo temiendo nuevas impiedades y echó delante. El caballero la siguió. Por un claustro, que era enterramiento de las monjas, pasaron al locutorio. Tras de la reja adivinábase la sombra de aquella María Isabel Montenegro y Bendaña. Otras sombras, alzándose de los sillones de moscovia, que había al lado de los visitantes, fueron al encuentro del hidalgo. La lega despabiló con los dedos la vela de cera que ardía sobre una mesa, en candelera de altar, y luego alzó el farol para que pudieran verse las caras el vinculero y aquellos que le salían a recibir. Don Juan Manuel abrió los brazos, reconociendo al Marqués de Bradomín:

—¡Bien hallado, sobrino!

Después el viejo hidalgo se acercó a la reja, pasando con altivez entre unos clérigos y Cara de Plata:

—¿Qué desea, mi santa sobrina?

Se oyó primero un gran suspiro, y luego la voz afligida de la monja:

—¡Ay, qué favor tan señalado, tío Don Juan Manuel!

El Marqués de Bradomín, el segundón y los clérigos se agruparon en torno del hidalgo. La Madre Abadesa tomó asiento en un sitial, al pie de la reja, y ordenó a la lega que aproximase otro sillón para su tío Don Juan Manuel Montenegro. Después se alzó el velo y cruzó las manos:

—¡No sé cómo decirle, tío Don Juan Manuel!…

Hizo un gesto a otra monja, que estaba en la puerta del locutorio, para que viniese con la luz, y sacó del Horario un papel plegado en menudos dobleces:

—Acabo de recibir esta carta, donde me anuncian que cayó prisionera una partida en San Pedro de Sil.

El hidalgo miró al Marqués de Bradomín:

—¡Mala tierra es la nuestra para partidas!

El Marqués asintió con la cabeza. Volvió a suspirar la monja, y sus dedos acariciaron distraídos las cuentas del rosario.

—Esa partida la mandaba Roquito. ¿No se acuerda usted de Roquito?

—¿El sacristán que teníais aquí en el convento?

—Sí señor. Le han hecho prisionero y le han dado tormento. La persona que me escribe, le visitó en la cárcel, y dice que le descoyuntaron las manos y los pies, para hacerle declarar lo que supiese de la guerra.

Don Juan Manuel sonrió con menosprecio:

—¡Habrá declarado!

La Madre Abadesa asintió con un leve movimiento:

—Esta persona que me escribe recibió su confesión, y dice que lloraba lamentando no haber sabido morir sin desplegar los labios.

La Madre Abadesa se enjugó las lágrimas. Los demás guardaron silencio. Se oía el chisporroteo de las velas de cera que lloraban sobre los candeleras, y el aletazo de la lluvia en una alta ventana donde el viento mecía una cortina negra. Después de un instante, continuó hablando la Madre Abadesa:

—Roquito llamó a la persona que me escribe para confesarse, rogándole al mismo tiempo que nos avisase, con toda urgencia, del peligro que corríamos. Para que cediese la furia de aquellos verdugos, había declarado que en este convento teníamos escondidos fusiles. Hoy han hecho un registro… Mañana acaso vuelvan… Roquito no dijo dónde estaban ocultos los fusiles, y hasta ahora eso nos ha salvado.

Don Juan Manuel interrumpió con grave y sonora voz:

—Si no lo dijo, lo dirá. Debisteis haberle arrancado la lengua antes de enviarlo a mandar soldados. Con esos villanos todas las precauciones son pocas.

El hermoso segundón interrumpió a su padre:

—¡Esa partida debí haberla mandado yo!

Su voz tenía una amargura noble y sincera, que dejó admirado al Marqués de Bradomín:

—¿Envidias tú la suerte de un sacristán de monjas?

—No envidio nada… Pero el ánimo para mandar, se necesita haberlo heredado, y mi padre tiene razón en cuanto dice…

Desde lejos, tendiole su única mano el caballero legitimista:

—Si no te entierran, tú mandarás una partida.

—¡Dios te oiga, porque tiemblo de que otro me mande!

La Madre Abadesa murmuró con los ojos brillantes:

—¡Cómo los hijos heredan el genio de los padres!

Y comentó el Marqués de Bradomín:

—¡El genio del linaje!… Lo que nunca pudo comprender aquel desatentado ministro de Doña Isabel.

—¡El destructor de los mayorazgos y de los conventos!

—¡El destructor de toda la tradición española! Los mayorazgos eran la historia del pasado y debían ser la historia del porvenir. Esos hidalgos pobres y

dadivosos, venían de una selección militar, fuerte y legendaria. Eran los únicos españoles que podían amar la historia de su linaje, que tenían el culto de los abuelos, y el orgullo de las cuatro sílabas del apellido. Vivía en ellos el romanticismo de las batallas y de las empresas aventureras que se simbolizaban en un lobo pasante o en un león rampante. El pueblo es degradado por la miseria, y la nobleza cortesana por las adulaciones y los privilegios, pero los hidalgos, los secos hidalgos de gotera, eran la sangre más pura, destilada en un filtro de mil años y de cien guerras. ¡Y todo lo quebrantó el caballo de Atila!

XX

SE oyó rumor de pasos muy apresurados, y momentos después una sombra se destacaba en la puerta:

—¿Es el amigo Minguiños?

—El mismo, Señor Maestre-Escuela.

—Mi saludo a todos… En esta oscuridad apenas nos vemos las caras.

El Marqués se acercó a la mesa donde chisporroteaba la vela:

—Aquí nos tienes esperándote.

Tosió varias veces el clérigo, y con gesto amistoso y reacio sacó una carta del sombrero. El Marqués interrogó:

—¿Escribe Fray Ángel?

—¡Ya no reconoce su propia letra! ¡Válganos Dios! ¡Ya no reconoce su propia letra!

Mientras el clérigo reía con una risa pueril, el caballero legitimista se acercó a la luz teniendo el pliego en la mano:

—¡Cierto! ¡Es mi letra!…

—¡La carta que me dio para Fray Ángel!

—¿Está ausente?

El clérigo no cesaba en su risa de niño:

—¡Ausente! ¡Ausente!… Bueno, pues le leí la carta, le mostré la firma para que no dudase, y vuelta a guardármela. No es prudente dejar armas en manos de nadie, aun cuando se trate de tan buenos amigos como Fray Ángel.

Vibró con generoso despecho el Marqués de Bradomín:

—¡Siento que le hayas ofendido!

Minguiños se afligió de pronto:

—Xavierito, hay que ser prudente.

Con desdeñosa lentitud, el caballero legitimista dejó caer la carta sobre la mesa, y ante el gesto tímido del clérigo que alargaba una mano, sin decidirse a posársela en el hombro, se detuvo:

—Yo reconozco tu buena intención, y te estoy agradecido.

En la boca desdentada del clérigo volvió a retozar la risa pueril, al mismo tiempo que con un movimiento de ratón recogía la carta y la quemaba en la vela:

—Lo hice todo con arreglo a mis luces. Si erré, ha sido con la mejor voluntad… Pues ahora verán… Llegué a la aldea de Bealo con el mayordomo Pedro de Vermo, y vimos a Fray Ángel. ¡Divino Señor, lo que tardaron en abrirnos aquella puerta! Creo que al pronto nos tuvieron por ladrones. Fray Ángel salió con nosotros, y fue avisando en algunas casas donde tiene amigos, para que al amanecer estuviesen aquí con los carros.

La Madre Abadesa mostró zozobra:

—¿Es gente leal?

Repuso el clérigo:

—Fray Ángel así nos lo asegura… Después bajamos a la aldea de Bradomín, y el mayordomo habló con los que labran tierras del marquesado. Luego, al regreso, nos llegamos al quintero de Rúa, y hablé yo con mis dos sobrinos para que también acudiesen con sus carros. Más no se pudo hacer.

El caballero legitimista estrechó la mano del clérigo, que volvía a reír, los otros le alabaron con un murmullo, y la Madre Abadesa se puso en pie, tras de la reja, llamando con la mano a Don Juan Manuel:

—Tío, aún no le dije el favor que esperaba de usted.

—¡Ya lo he adivinado, sobrina!

Hubo un momento de silencio, en que los ojos de la monja, explorando a través de la celosía, todos grandes y avizorados, parecían solicitar ayuda del Marqués de Bradomín. Pero como el caballero legitimista permanecía retirado en el fondo del locutorio, secreteando con el canónigo y con el segundón, entre un suspiro y una sonrisa, la monja aventuró:

—¿Usted qué dice, tío?

El vinculero la miró iracundo:

—¡Yo digo, que por quién me tomas!

—¡Salva usted a toda la Comunidad, tío Don Juan Manuel!

—¡Y qué me importa la Comunidad! Me importas tú, que eres mi sangre. Necesitas mi ayuda, la tienes… Necesitas mi defensa, la tienes… Y eso no

necesitabas preguntármelo, sobrina.

La monja suplicó con gracejo:

—No grite tío Don Juan Manuel… ¡Puede hundirse la bóveda!

El vinculero rio sonoramente:

—¡Tengo esta voz porque jamás ando con secretos!… ¡Porque yo todo lo hago a la luz de sol!… Vamos a desenterrar esos fusiles… Que salga un criado al alto de Bealo para encaminar los carros a mi casa, y que traigan picos para desenterrar esos fusiles.

Minguiños interrogó con timidez:

—¿De dónde se traen los picos, Señor Don Juan Manuel?

—¡Del Infierno, Señor Don Minguiños!

XXI

EL Marqués de Bradomín habló a media voz con Cara de Plata:

—¡Tu padre sería un magnífico cabecilla!

El hidalgo se volvió con arrogancia:

—Sobrino, yo cuando levante una partida no será por un rey ni por un emperador… Si no fuese tan viejo, ya la hubiera levantado, pero sería para justiciar en esta tierra, donde han hecho camada, raposos y garduñas. Yo llamo así a toda esa punta de curiales, alguaciles, indianos y compradores de bienes nacionales. ¡Esa ralea de criados que llegan a amos! Yo levantaría una partida para hacer justicia en ellos, y quemarles las casas, y colgarlos a todos en mi robledo de Lantañón.

El Marqués de Bradomín repuso con una sonrisa amable y mundana:

—Esa justicia que deseamos los que nacimos nobles, y también los villanos que aún no pasaron de villanos, la hará por todo el reino, Carlos VII.

—Tendría que levantar horcas, durante un año entero, en todas las plazas y a lo largo de todos los caminos reales, y no es hombre para ello vuestro Don Carlos. Alabáis su clemencia en la guerra, y en la guerra no se debe ser nunca clemente. Contáis, como beatas compungidas, que anduvo huido por sus pueblos para no firmar una sentencia de muerte, y eso no acredita su ánimo de Rey. ¿Dónde están las horcas a lo largo de los caminos, y colgados de sus bandas los generales, y de los cordones de sus bolsas los indianos, los avaros, los judíos, toda esa ralea de tiranos asustadizos a quienes dio cruces y grandezas Isabel II?

—Don Carlos aún no gobierna en España.

—En Navarra sí, y en Alava y en Vizcaya.

La monja juntó las manos, con un gesto que era a la vez gracioso y asustadizo:

—¡Ay, tío, para hacer esa justicia, habría que despoblar media España!

La voz del vinculero tuvo una hueca resonancia en la vastedad del locutorio:

—Dios ha despoblado el mundo con el Diluvio.

Intervino con grave mesura el Maestre-Escuela:

—Más que actos de una justicia cruenta, más que arroyos de sangre, los pueblos necesitan leyes sabias, leyes justas, leyes cristianas, sencillas como las máximas del Evangelio. Los pueblos son siempre niños, y deben ser regidos por una mano suave, y las leyes deben ser consejos, y sentirse en todos los mandamientos del soberano, la sonrisa del Cristo.

Se oyó llorar muy paso. Era la hermana lega que acurrucada en un banco, con el manojo de sus llaves en el regazo, esperaba a que se fuesen los visitantes, para cerrar las puertas del convento. La Madre Abadesa quiso saber lo que ocurría, incorporándose en su sillón, tras de la reja. Pero el banco estaba en la sombra de la pared y apenas se veía el bulto de la lega:

—¿Qué le sucede, hermana Francisca?

La voz muy conmovida de la sierva, se ahiló en un sollozo:

—¡Que tan bien lo pinta, Madre!… ¡Que tan bien lo pinta!…

La Madre Abadesa tuvo una sonrisa indulgente y compasiva:

—¡Válgala Dios, hermana!

Y la sierva aún susurró con la voz quebrada y enajenada:

—¡Qué palabrinas de nardo y de miel, mi Niño Jesús! Acurrucada en el banco, limpiábase los ojos con los puños y alentaba menudamente, sofocando una congoja: Su alma de aldeana gustaba una emoción infantil y feliz, algo que le recordaba el son de los rabeles en un villancico de pastores. La Madre Abadesa volvió a reclinarse en su sitial, abría y cerraba con dedos distraídos, los broches del Horario. Después, levantando los ojos hasta la monja, que alumbraba cerca del sillón, murmuró:

—Tiene la simplicidad de aquella lega, cuya historia refiere nuestra Madre Santa Clara.

XXII

CON Minguiños entra un hombre pequeño, flaco y tuerto, a quien llamaban el Girle. Había sido soldado en la primera guerra carlista, y ahora, ya viejo, vivía a la sombra del convento. Era recadero, hortelano, y cavaba la sepultura de las monjas. Venía armado con el pico, y suspiró al dejarlo en un rincón:

—¡Toda la santa noche en la posada esperando al capitán de la goleta!

Interrogó la monja:

—¿Persiste en salir mañana?

—El capitán no desembarcó, Madre Reverendísima.

El canónigo intervino:

—¿Pero no puede retardarse, siquiera el espacio de un día?

—El marinero que saltó a tierra con una carta para la niña, dijo que ni una hora. La goleta está despachada de rol, y al anochecer sale. Dijo el marinero que el capitán solamente se aviene con recalar en alguna playa y tomar a bordo los fusiles, y que si eso no cuadra, se irá con la mitad del flete que tiene en el cinto.

Lamentó el canónigo:

—¡Funesto! ¡Funesto!… Tendrán que salir los carros a la luz del día.

Hubo un silencio lleno de ansiedad. Duró tanto como el temblor del rezo en los labios de la Madre Abadesa, que al terminar se santiguó llevando la albura de sus dedos desde la frente al pecho, de hombro a hombro:

—¡Dios mío, guárdanos de una traición!

Y aquella otra monja silenciosa, que sostenía la luz, se inclinó con recato al oído de la Madre Abadesa:

—¿No es mucho riesgo sacar hoy mismo los fusiles? ¿No valdría más tenerlos algún tiempo escondidos en la casa grande?

La Madre Abadesa le impuso silencio con una mirada, y el canónigo comenzó a pasear en el fondo del locutorio, lamentando en voz baja:

—¡El riesgo es grande, grande, grande!…

Callaba, seguía paseando en silencio, con la cabeza inclinada, con el manteo recogido sobre el pecho, y al cabo de algún tiempo tornaba a repetir obstinado:

—¡Grande, grande, grande!…

Le interrumpió Don Juan Manuel:

—Los fusiles pueden estar un año ocultos en mi casa.

Entonces se levantó el viejo *dandy*, que parecía dormido en el sillón, tal era su inmovilidad:

—Los fusiles hacen mucha falta en la guerra, y la casa será registrada como lo fue el convento. A fuerza de sacrificios, se pudo fletar un barco, que espera anclado desde hace un mes. Ya no puede esperar más…

El Maestre-Escuela interrumpió:

—¿No sospecha una traición?

—Sospecho que tiene a bordo contrabando, y que teme también una visita de registro.

Asintió la Madre Abadesa:

—Eso mismo me dijo la niña cuando me trajo la carta de Míster Briand. Si quisiésemos esperaría, pero se expone a que le embarguen el barco.

Y continuó el caballero legitimista:

—Mala es la ocasión, pero quizá mejor no llegue nunca. Yo fie toda mi vida en los intentos audaces, y creo que los carros deben salir hoy mismo, a la luz del sol. La temeridad de la aventura alejará la sospecha.

Se oyó la voz admirativa y respetuosa del Girle:

—¡Bien sabe de guerra!… Yo me encargaría de sacar los carros a una playa.

Se adelantó Cara de Plata:

—Abre tu ojo tuerto. ¿Aún no me has visto a mí? Yo saldré con los carros adelante, y embarcaré los fusiles. Ya pasaron los tiempos en que las partidas se confiaban a los sacristanes. Tú quedarás aquí, y si quieres hacer algo, me cavas una sepultura por si caigo en el camino. ¡Que no será!

La Madre Abadesa levantose tras de la reja:

—¡Hijo mío, será lo que disponga Dios Nuestro Señor!

XXIII

EL Girle comenzó a golpear con el pico, explorando donde sonaba a hueco. Los fusiles estaban ocultos bajo las losas del locutorio, en la bóveda de una antigua capilla subterránea, cerrada al culto hacía más de cien años. Se dieron prisa a desenterrarlos y conducirlos a la casa del vinculero. En aquella tarea todos ayudaron con ardor silencioso y fanático. Era una procesión a lo largo de los claustros entristecidos por el alba, y a través de la iglesia oscura, donde habían ido poniendo luces de distancia en distancia, para determinar y alumbrar el camino: Brillaban desde lejos agujereando la sombra… Ya era un farol posado en tierra, ya era un cabo de cirio, resto de algún funeral, derramándose erguido

sobre el balconaje del púlpito. Don Juan Manuel había despertado a sus criados para que ayudasen en aquel acarreo, y cuando el alijo estuvo en recaudo, los reunió a todos en una sala y cerró las puertas, jurando arrancarles la lengua si no guardaban bien guardado el secreto. Micaela la Roja se arrodilló:

—¡Ay señor mi amo, puesta en el fuego no lo dijera!

Don Galán se rascaba la greña:

—Pueden otros decirlo y nos penarlo…

Se hincaron sobre el grupo de los criados los ojos del vinculero:

—Si se divulga, no trataré de averiguar quién lo dijo. Todos vosotros seréis a pagarlo. ¡Fuera de aquí!

Los criados salieron lentamente, y en voz baja se decían los unos a los otros:

—¡Ya lo sabedes!

El hidalgo volviose a la vieja, que se alzaba del suelo con trabajo:

—¡De ti no dudo, bruja del Infierno!

—¡Dios se lo pague, mi reisiño!

En la calle volvía a resonar el planto de las mujerucas que, arrodilladas en torno del muerto, habían velado durante la noche con largos espacios de silencioso descanso. Se despertaban como los pájaros al salir el sol, y daban al aire sus gritos, levantando al cielo los brazos y mesándose los cabellos al modo de antiguas plañideras. La voz de la madre, cansada y oscura, apenas se oía entre el vocerío de las mujeres allegadas:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Y los aldeanos, avisados durante la noche, comenzaban a llegar con sus carros que traían el recuerdo de las veredas aldeanas, en su viejo canto monótono, evocador de siegas y de vendimias. Trepidaban sobre el enlosado de la plaza, y los bueyes graves, pontificales, lucían en las testas verdes ramos para alejar los tábanos. Delante caminaba algún patriarca vestido de estameña que, de tiempo en tiempo, se volvía acuciando con su larga y flexible vara:

—¡To!… ¡Marelo!… ¡To!… ¡Vermello!…

Los carros entraban en la era por el gran portón abierto je par en par, y los aldeanos, raposos viejos, a quien les preguntaba, sabían responder sin apresurarse:

—Vamos para una derrama en el robledo de Lantañón. El Marqués de Bradomín, el segundón y el canónigo, atalayaban tras las vidrieras de un salón que daba a la desierta plaza.

XXIV

DON Juan Manuel se animaba recordando y narrando parecidos lances de la otra guerra, y la monja, que muy en sigilo había venido a la casa del vinculero, quiso mostrar aquel ejemplo a Cara de Plata:

—¡Si tienes el corazón de tu padre, mucha gloria puedes alcanzar bajo las banderas del Rey!

Y advirtió el Maestre-Escuela:

—¡Lástima que no quiera ser de los nuestros, Don Juan Manuel!

Oyó su nombre el viejo linajudo, y volvió la cabeza hacia el rincón donde hablaban:

—¿Qué ocurre?

La monja le dirigió una sonrisa, aquella sonrisa mundana y lánguida del año treinta, con que se retrataban las damas y recibían en el estrado a los caballeros:

—¿Tío, por qué duda usted de la eficacia cristiana de las leyes?

—¡No dudo, sobrina!

El canónigo, que con los ojos bajos hacía pliegues al manteo, le soltó de pronto:

—En la eficacia cristiana de las leyes tenemos puesta nuestra esperanza, cuantos conocemos el corazón magnánimo de Carlos VII.

Don Juan Manuel rio sonoramente:

—¡Hablan de las leyes como de las cosechas!… Yo, cuando siembro, todos los años las espero mejores… Las leyes, desde que se escriben, ya son malas. Cada pueblo debía conservar sus usos y regirse por ellos. Yo cuento setenta años, y jamás acudí a ningún alguacil para que me hiciese justicia. En otro tiempo mis abuelos tenían una horca. El nieto no tiene horca, pero tiene manos, y cuando la razón está en su abono, sabe que no debe pedírsela a un juez. Pudiera acontecer que me la negase, y tener entonces que cortarle la diestra, para que no firmase más sentencias injustas. La primera vez que comprendí esto, era yo joven, acababa de morir mi padre. El Marqués de Tor me había puesto pleito por una capellanía, pleito que gané sin derecho. Entonces me fui a donde estaba mi primo, y le dije: Toda la razón era tuya, córtale la mano a ese juez y te entrego la capellanía.

La Madre Abadesa murmuró entre asustada y risueña:

—¡No lo haría!

—No lo hizo… Pero yo le devolví la capellanía.

—¡Pobre Marqués de Tor, me lo figuro!… ¡Él siempre tan mirado!…

Don Juan Manuel levantó los brazos:

—¡Y aquel mentecato aún siguió en pleitos toda su vida, acatando la justicia de los jueces!

El Maestre-Escuela desaprobaba moviendo la cabeza. Los demás casi hacían lo mismo, y a todos, las palabras del hidalgo les parecían ingeniosas, pero poco razonables. Después el canónigo declaró sin apresurarse, sonriendo con estudiada deferencia:

—Señor mío, que haya un juez venal no implica maldad en la ley.

—No la implica…

En los labios del canónigo se acentuaba la sonrisa doctoral:

—¿Entonces, señor mío?…

Don Juan Manuel hizo un gesto violento:

—¡Pero si con ley buena hay sentencia mala, puede haber con ley mala sentencia buena, y así no está la virtud en la ley, sino en el hombre que la aplica. Por eso yo fío tan poco en las leyes, y todavía menos en los jueces, porque siempre he visto su justicia, más pequeña que la mía.

El Marqués de Bradomín, que paseaba silencioso en el fondo de la sala, se detuvo un momento, y luego, con gran reposo, llegó a donde hablaban:

—Yo también pienso muchas veces, si no convendría pasar una hoz segando las cabezas más altas, antes de que subiese al trono nuestro Rey.

Parecía convencido y, sin embargo, apuntaba en sus palabras un dejo de ironía, aquella ironía con que el viejo *dandy* lograba dar a todas las cosas, y a todos los sentimientos, un aire de frivolidad galante. La Madre Abadesa cerró los ojos, murmurando con voz interior y meditabunda:

—¡En otro tiempo no eran así los partidarios!…

El Maestre-Escuela interrumpió:

—Ni ahora lo son… ¡Bien se advierte que habla en broma nuestro ilustre Marqués!

El Marqués tuvo una sonrisa ambigua, que ni negaba ni consentía:

—Yo temo la hora del triunfo, porque en ese momento harán profesión de fe carlista, todos los setembrinos, que hoy llevan el gorro frigio, y que antes eran un día devotos y otro día traidores a Doña Isabel.

La monja alzó el Cristo de su rosario:

—¡Dios mío, aparta a los malos del palacio de nuestros Reyes!

Y declaró con su tono grave y doctoral el Maestre-Escuela:

—Carlos VII, jamás transigirá con los traidores. Nuestro caro Marqués, que ha vivido por largo tiempo en la casa del Rey, puede decir si me equivoco.

Aprobó con un gesto, sin desplegar los labios, el caballero legitimista, y el canónigo volvió a insistir, acentuando sus palabras con esa pureza gramatical, entonada y clásica de los oradores sagrados:

—Confieso que deseara verle más explícito, y saber por entero lo que piensa nuestro ilustre amigo.

—Señor Maestre-Escuela, yo pienso que será mucho más difícil vencer en las antecámaras reales, que en la guerra.

—¡Pero Don Carlos no transigirá con los traidores!

—Por eso yo digo que antes del triunfo, debía pasar una hoz segando las cabezas más altas. Es preciso destruir y crear. El Rey lo entiende así… ¡Pero sabe que el hierro destinado a destruir, se rompe algunas veces con ese oficio miserable!

Y como si saliese de un ensueño místico, suspiró la monja:

—Tú quieres decir que la mano que arranque la cizaña no sea la que siembre.

—Yo quiero que la mano real, la que todos debemos besar, no se llene de espinas, y se cubra con regueros de sangre:

—¡Es verdad! ¡Es verdad!

Y aquellos ojos ardientes, sepultos en un cerco amoratado, quedaron fijos un momento sobre los ojos del Marqués de Bradomín. El Maestre-Escuela, que atendía desde una ventana a la faena de estibar los fusiles en los carros y cubrirlos con paja, se volvió para seguir la conversación:

—¡Oh!… ¿Qué otro puede ser el deseo de todos los partidarios?

Y repitió la monja, con los ojos parados sobre la cruz del rosario:

—¡Señor, dale la Gracia para que pueda ser, a imagen tuya, un sembrador!…

El canónigo insistió:

—Pero si las reales manos se desgarran al arrancar la mala yerba, hallarán bálsamo que las fortalezca en el amor y en la gratitud de su reino. La lenidad solo es condición para el orden sacerdotal.

Y seguía sonriendo doctoralmente.

XXV

CUANDO los fusiles estuvieron en los carros, el hermoso segundón bajó a la era, y por sí mismo los fue cubriendo con haces de paja. Era media mañana cuando se pusieron en camino, después de la parva de borona caliente y vino nuevo, que viejos y mozos saborearon puestos en hilera, a la sombra del hórreo. Cara de Plata, ya encima de su caballo, hablaba con el canónigo y la monja, que estaban en una ventana:

—Llegaremos con la puesta. Y podremos embarcar durante la noche.

La monja alzó los ojos al cielo:

—¡Dios lo haga!

Y el canónigo advirtió:

—¿Pues qué distancia hay a Lantañón?

—Tres leguas… Pero seguiremos el camino del monte. Es el mejor para que podamos defendernos si nos atacan. Todo lo tengo dispuesto, en cada carro van algunos fusiles ya cargados. Nos defenderemos bravamente.

Cara de Plata se levantaba sobre el arzón, bello y arrogante. El Maestre-Escuela pasó recuento con los ojos a la hueste de aldeanos que terminaba la parva:

—¿Hay alguno que sea cazador?

Cara de Plata se volvió buscando entre ellos:

—Hay dos… Los Tovíos, que son hermanos. Pero otros han servido como soldados… Yen todo caso, me defenderé yo solo.

Se acercó un viejo alzándose la montera sobre la calva tostada y luciente:

—¿Qué esperamos, señorín?

—¿Está todo dispuesto?

—Todo, señorín.

—Que suba un hombre a cada carro, y que los zagales se pongan delante de las yuntas.

—Si nos atacan, comenzáis haciendo fuego desde arriba. Ya sabéis que los fusiles con cartucho son tres, y que solamente tienen encima un haz de paja. Os tumbáis a lo largo y lleváis una mano puesta en ellos.

—¿Están todos advertidos, señorín?

—Todos.

La monja se inclinó sobre el alféizar:

—Será bien que se lo repitas, hijo mío.

Cara de Plata recogió las riendas del caballo y dio una vuelta por la era,

hablando con los viejos y dándoles la mano. Después, solamente con el gesto, ordenó a un criado de su padre que abriese las hojas del portón. Casi al mismo tiempo apareció el cribero, y un poco zaguera la mujer, que arrastraba del burro:

—¡A la paz de Dios!… Cribos buenos… ¿Hay algún cedazo que componer?

Cara de Plata se adelantó con los ojos violentos, echándoles el caballo encima:

—¡Fuera de aquí, haraganes!

El asno hizo un extraño, y galopó por la plaza, arrastrando el ronzal. Corría la mujer para alcanzarle, y el hombre estábase en el umbral, sonriendo cínicamente:

—¡Cedazos finos!… Para harina de maíz, para harina de centeno…

Cara de Plata le suspendió por el cuello:

—¡Voy a echarte en el pozo!

El rostro del vagamundo se amorataba hasta los ojos, y la lengua le pendía sobre el belfo cuajado de saliva. Rodaba las pupilas, ahogándose:

—¡Soy un pobre!

La monja dio un grito:

—¡Que matas a ese hombre!

Cara de Plata soltó al cribero que se dejó caer en tierra. El segundón saltó del caballo, y amordazándole, le arrastró del umbral hacia la era. Sentía en la palma de la mano el calor de aquella voz rastrera, sofocada e implorante:

—¡Soy un pobre! ¡Compasión, noble caballero!

La monja, muy pálida, interrogó:

—¡Tres veces le espanté esta mañana!

Con los dientes apretados se incorporaba sobre el pecho del cribero, señalando al portón para que lo cerrasen. Y murmuró el criado al pasar el cerrojo:

—Ronda desde que amaneció Dios.

—¡Venga con que atarlo!

Se acercó un aldeano, llevando el ronzal de sus bueyes:

—Tenga, señorín.

Cara de Plata maniató al pícaro, le puso un pañuelo a guisa de mordaza, y lo echó boca abajo en uno de los carros:

—Si me ocurre algún contratiempo, te corto el cuello. ¡Yo te enseñaré a ser espía!

Estaban los zagales al frente de las yuntas, y los carros comenzaron a salir

uno tras otro, en larga y rechinante fila. El hermoso segundón volvió a montar, y sonriendo levantó la vista a las ventanas de su casa:

—¡Hasta mañana!

XXVI

LA mañana gris y anubascada era presagio de tormenta y temporal en la costa. Por las callejuelas que bajan a la playa, aparecían trechos de un mar saltante y espumoso. Era una visión azul, clara y terrible, en la oscuridad lluviosa de aquellas cuestas, toldadas por un cielo plomizo, que serpenteaban entre casas mezquinas, con escalones en las puertas. Los porches de las iglesias parecían llenos por la voz del mar, se ofrecían sonoros y desnudos al paso del viento. La tarde transcurrió toda en chubascos, con un largo ulular nocturno. Dos mujeres, madre e hija, con las basquiñas arremolinadas, atravesaron la plaza y entraron en el palacio de Bradomín. El caballero legitimista las recibió sentado cerca del fuego, en la gran biblioteca donde leía en latín, los *Comentarios* de César. Las dos mujeres se detuvieron en la puerta, haciendo una reverencia, sonrientes y silenciosas. Se tocaban con mantillas de velludo, como las aldeanas ricas, y arrollaban a las manos grandes rosarios de azabache, engarzados en plata: Habló la hija, con una gran expresión de inmovilidad extendida sobre la cara, y los ojos llenos de atención:

—En nuestra casa es donde come Míster Briand. Encargó mucho que fuésemos al convento… La Madre Isabel nos encamina aquí…

Tenía una sonrisa casta, que parecía perfumar de una manera triste, su pobre voz apagada y oscura, que por veces se quebraba en un sonido caótico, dejando escapar el aire como el fuelle roto de una gaita. Se llegó al hueco del balcón más próximo y, vuelta de espaldas, desabrochose con recato el corpiño, y sacó una carta, tibia del calor del seno:

—Nos ha dado este papelito, para que supiese quiénes somos… Pero ya se lo dije…

El Marqués pasó los ojos por la esquela, y contempló el mar a través de los vidrios llorosos. Se descubría una extensión verdosa, crestada de vellones blancos, y las arboladuras de los navíos, desnudas de velamen y cabeceantes:

—¡La Señora Abadesa, mi prima, me advierte de una triste cosa!

La muchacha sonrió sin responder, y murmuró la madre:

—No le ha oído.

Ella se lo dijo por señas, y la muchacha las atajó con gestos vivaces, indicándole que había comprendido:

—Míster Briand temía el temporal, y quería esperar… Está muy bravo el mar, y la goleta tiene resentida una cuaderna de proa… Lo peor, porque el viento y el mar también son de proa…

La madre explicó prolija:

—Sabe de náutica como un piloto… De tanto leer en los libros del hermano. El mayor, que ahora navega como segundo en la *Joven Pepita*. Estudiaba con él, y las cosas difíciles se las ponía por ejemplos, como si fuese una escolanta.

La hija, con una llama risueña y amable en los ojos, estaba atenta a cómo la madre movía los labios. Al cabo le tocó en el brazo poniéndose encendida.

—Calle, madrecita.

Y las dos mujeres sonrieron al caballero legitimista, al mismo tiempo que se arreglaban las mantillas. En las dos era igual la sonrisa, de una tristeza lejana y como hereditaria. Habló de nuevo la muchacha:

—Míster Briand, cuando supo que registraban el convento, pensó hacerse a la vela. Como Roquito todo lo declaró, y sabía que estaba fletada la goleta, el capitán recelose…

Los ojos de la vieja tuvieron un guiño astuto, bajo el capuz de la mantilla:

—Recelose de un cateo, porque escondía tabaco en la bodega.

Una onda de sangre arreboló el rostro de la niña:

—¿Habla del contrabando? Era nuestro y el capitán quería salvarlo. Por sí, nunca hizo contrabando Míster Briand.

La vieja se encogía risueña, con un gesto confidencial:

—El furricallo de la posada apenas da para comer y hay que buscarse otro trato.

Continuó la niña:

—Míster Briand esta tarde desembarcó, y como era tanto el mar, dijo que no salía… Fue cuando escribió a la Madre Isabel. ¡Todos pensábamos que los fusiles aún estarían en la villa! Pero en el convento nos dijeron que era muy preciso convencer al capitán, y que viniésemos aquí con su última razón…

La vieja interrumpió:

—¡Saldrá, sí señor, saldrá!…

—¡Me lo ha prometido!…

Y la niña, toda en rubor, apartó los ojos del caballero legitimista, mirando

aquella rasgadura de mar verdoso y tormentoso que se alcanzaba desde el balcón. Disimuladamente se enjugó los ojos, y la madre le dijo acompañando las palabras con gestos muy expresivos:

—¡No tengas pena!… ¡Más negros temporales ha corrido, y salió con bien!… ¡Y no tenía por patrona a la Santísima Virgen del Carmelo!…

La niña lloró un momento, tapándose los ojos con el pañolito perfumado de estoraque, y luego, descubriéndolos, miró al Marqués de Bradomín:

—¡Saldrá, sí señor, saldrá!… La Madre Isabel nos ha dicho que todo estaba perdido de no hacerse hoy a la mar… ¡Saldrá, señor, saldrá!… ¡Si le dije que nunca más le miraría, como no lo hiciese!…

Calló, ahogándose y dominándose, mientras por las mejillas de la madre rodaban fáciles las lágrimas:

—A la vuelta de este viaje se casarán… Quiéreme desde hace muchos años. Mi hija trabajó tanto, que le hizo bautizar, y, de no ser así, nunca casarán. ¡Fue una gran ceremonia que dispuso en el convento la Señora Abadesa!

Otra vez la niña le tocó en el brazo:

—No cansemos, madrecita.

Se despidieron, y el viejo *dandy* las acompañó como a dos princesas. Con la cabeza descubierta, bajó la gran escalera.

XXVII

LAS gaviotas volaban sobre la playa, y el mar entraba y salía en los socavones de las peñas, hirviente y rugiente. Eran las Ollas del Diablo. Y la niña de la posada, de tiempo en tiempo, aparecía en un ventano abierto bajo el alero y cercado por una banda de añil. Suspiraba mirando hacia la goleta, que aparejaba dos velas. Un bulto que estaba en el puente era el capitán, y la marinería daba bandazos sobre cubierta, entre la zaloma y grita de la maniobra. Después, la niña de la posada derramaba la vista por el mar, hasta la línea del horizonte donde se confundía con el cielo, y la mirada de sus ojos, y el rosa pálido de su boca, tenían una tristeza sagrada. La estancia era pequeña, toda blanca de cal, y con el techo partido por una gran viga. Percibíase el vaho de la taberna que estaba en el zaguán: El olor de la caña holandesa de los serones de higos, del azúcar húmedo y moreno, que la vieja, sentada delante de las balanzas, repartía en cartuchos de a cuarto y de a dos cuartos: Era un vasto olor,

triste como la llovizna, y como el mar, y como las disputas de aquellos marineros que jugaban a los naipes. La niña tomó la costura y fue a sentarse cerca del ventano, mirando al mar, con la aguja prendida en el lienzo. La goleta parecía esconderse en los pliegues de la llovizna, navegaba con los masteleros calados y dos palmos de vela, a sotavento del faro Ruano. Con un sollozo, la niña inclinó la cabeza y besó su labor. Cosía el ajuar de boda. El Niño Jesús parecía sonreír a la blancura de la estancia, desde su rinconera con mantelillo, en un círculo de caracoles marinos, nacarados, fabulosos y sonoros. Y un barco de juguete, con banderas inglesas y aparejo de goleta, colgaba de la viga, pintada de añil como el encuadre del ventano. Resonaron en la escalera las pisadas de la madre que, al asomar en la puerta, se detuvo y agitó en el aire una carta que traía en la mano. La niña se levantó corriendo:

—¡Suya!

La vieja respondió con un gesto expresivo, y luego gritó al oído de la niña, pasándole la mano por el cabello:

—Vino cuando estábamos en el palacio… No pudo esperar y te dejó carta…

La niña repitió muy despacio:

—¡No pudo esperar!

—No pudo.

—¡Nos retardamos mucho!

—Sí, algo nos retardamos.

—Bueno lo que Dios…

Y se apretó el pañolito contra los ojos. La madre le dijo:

—¡Vamos tonta, lee la carta!

La niña se acercó al ventano. Ya era escasa la luz, y abrió la vidriera. El viento le alborotó el cabello, y gruesas gotas de lluvia borraron la tinta de la carta. Bajo el alero revoloteaban dos gorriones, la tarde agonizante tenía la tristeza de una vida que se acaba, y las luces de la goleta desaparecían en un horizonte de niebla. La niña, con el rostro mojado por la lluvia, permanecía en el ventano contemplando la carta, sin desdoblarla, y sus ojos tenían un suspiro de luz como la tarde. Se acercó la vieja:

—Si no puedes leer, encenderé candelilla.

Le hablaba al oído, inclinada la cabeza de nieve sobre la crencha negra y brillante de la niña, que se volvió lentamente, los ojos como dos flores:

—No la leeré madrecita… No la leeré hasta que vuelva él… Se lo ofrezco como un sacrificio a mi Niño Jesús.

Y muy pálida, sonriendo, puso la carta bajo la peana de madera olorosa, y arrodillose. Acudió la madre a cerrar la vidriera, sacudida por una ráfaga, y volvió al zaguán donde disputaban los marineros jugadores de naipes. El viento, el mar y la lluvia estremecían la casa. La niña rezó toda la noche con una pena confusa, oyendo el tumbo de las olas al pie de su ventano, y los gritos de los pescadores que volvían de arribada. De pronto la vidriera retembló tan fuerte, que la niña volvió la cabeza. La vio abierta, inmóvil bajo la furia del viento, como si una mano la retuviese, y sintió erizados los cabellos bajo un soplo húmedo y salobre.

XXVIII

EN un vaho de niebla aparecía y desaparecía el faro Ruano. La goleta pasó bajo él, ciñendo el viento, y apenas doblada la punta del playazo, rectificó el rumbo, y con todas las luces apagadas hizo proa a la ensenada de Lantañón, paraje desierto al socaire de los picos Lantaños. El arenal, de guijas ásperas y amarillentas, invadía parte del robledo, un bosque de maleza y carballos retorcidos, con los troncos descortezados, y los nudos grandes, lisos y redondos como calaveras. Algunos árboles muy viejos, arraigados entre peñascales, se inclinaban sobre el mar, y sufrían el salsero de las olas que entraban en los socavones del monte. A corta distancia del mar, comenzaban los molinos, que parecían esparcidos por esa mano ingenua que dispone los nacimientos de Navidad: Casucas viejas con emparrados en las puertas, prendidas sobre una quebrada del monte por donde baja el río, un río saltante y espumante que tiene, en la paz dorada de los días, la música del cristal, con remansos de ensueño bajo la sombra verde de los mimbrales. Pero entonces, embarrado y amarillento, tenía la voz soturna del monte y de los lobos. Cara de Plata había llegado anochecido. Los carros se anunciaban en la vereda con su largo canto, que parecía más triste en aquella soledad honda y granítica, bajo aquel cielo de lluvia, donde algún buitre batía las alas. Los aldeanos, encapuchados con las corozas de juncos, iban sentados sobre la carga, silenciosos y cabeceantes. De tiempo en tiempo, oíase una voz acuciando a la yunta:

—¡To!… Marelo… ¡To!… Vermello…

Los carros seguían las rodadas que otros carros, en cientos de años, habían labrado en las piedras de aquel temeroso camino viejo como el mundo. Cara de

Plata se apeó a la puerta del molino, que regía un viejo, antiguo criado de sus abuelos, y dejó el potro atado al abrigo del alpende: Los carros entraron en la era, y el segundón, con tres hombres de escolta, bajó a la playa por un atajo. Sentose sobre los peñascales, mirando al mar. No se distinguía una sola vela. Las gaviotas revolaban en la playa. Una pasó muy alta, batiendo las alas. Cara de Plata la vio remontarse y bajar sobre una ola, y volver a subir dando graznidos. Se puso a pensar: Vuela muy alta, pero seguramente podré matarla de un tiro. Si la mato será buena señal, y embarcaremos los fusiles sin contratiempo… Si no la mato… Si no la mato… El hermoso segundón dudaba sin resolver nada y la gaviota volaba tan alto que iba a perderse en el cielo. Todavía en aquella duda, echose el fusil a la cara y disparó. Al pronto el humo no le dejó ver, y luego creyó que la gaviota volaba más alta, casi en las nubes. Fue solo un momento. Seguía mirando, y comprendió que bajaba muy lentamente, volinando con una ala rota. Cayó en la orilla. Uno de los aldeanos la recogió mojada del mar: Tenía las alas negras y el pecho blanco y sangriento. Ladraban los perros de todos los molinos:

—¡Buen tiro, señorín!

Cara de Plata saltó desde los peñascos a la arena:

—¿Podrán los carros bajar a la playa?

—Peligra de escordarse algún buey, señorín.

—Pues apenas cierre la noche, descargáis en la era, y trasladáis los fusiles a hombros.

Volvió a inquirir hacia el mar, seguía sin descubrirse una vela en toda la extensión verdeante y ululante.

XXIX

CUANDO retornaba al molino, el segundón columbró dos bultos que saltaban la cerca, seguidos de un perro. Los bultos agazapáronse entre las zarzas, y el perro quedó avizorando al camino. Cara de Plata dio una gran voz:

—¡Hijos de cabra!

Y corrió adonde los bultos se escondían. El perro huyó con las orejas altas, después de lanzar algunos ladridos, y el segundón cateó entre los zarzales que orillaban la vereda:

—¡Aun cuando os encondáis bajo tierra!…

Uno de sus hombres le mostró la maleza horadada:

—Por aquí alguien pasó, señorín.

Cara de Plata saltó al otro lado. En la oscuridad profunda de la noche sin estrellas, apenas se perfilaba la sombra del robledo. Encaramado sobre un bardal, el hermoso segundón dio su voz a la noche, entre ráfagas de viento y de lluvia:

—¡Mañana os atraparé, hijos de una cabra! Harto sé que estáis ocultos escuchándome. Si me ocurre una desgracia, he de cortaros el cuello a vosotros, al perro y al borrico. ¡Yo sí que haré buenos cribos con vuestra piel!

Saltó del bardal, y entrose al molino:

—¿Dónde está el cribero?

Los aldeanos acordaron de pronto. Un viejo, vestido de estameña, apoyó tres dedos sobre la frente calva y luciente: Parecía una figura de retablo:

—¡Esquenciérame del todo, señorín!

—¿Venía en tu carro?

—Desuncí los bueyes, mas el cuitado quedose a la intemperie.

—Acaba de escapar. Su mujer ha seguido los carros…

—¿Y le desató?

—Ahora saltaban la cerca… Pero ve tú a mirarlo…

Salió el viejo con dos zagales, y a poco se oyó su voz:

—¡Como el raposo!… ¡Mala centella sea con él!… Talmente como el raposo, que al verse perdido aparenta muerto, y en un cierre de ojos sale fujiendo…

Vino luego el comento de los otros aldeanos que se calentaban a la redonda del hogar:

—¿Cómo no ladrarían los perros?

—Esa gente que anda por los caminos, tiene mañas para los hacer callar.

—¡Parece que con los ojos los encantan!

—Los encantan con un hueso de res, que se ponen bajo el calcañar.

—¡La mujer también es arriscada!

—Dicen que son amancebados.

—Otro tiempo ella andaba con el ciego de Gundar.

—¿Y es probado que llevando un hueso bajo el calcañar?…

—¡Probado!

—¿Tienes hecha experiencia?

—Téngolo siempre oído.

Hablaban graves y lentos, sentados en torno del fuego, con el reflejo bailante

sobre los rostros, mientras por una tronera abierta en la tejavana salía el humo, que el viento devolvía a la cocina, fungando como un gato montés escondido en lo alto. Entró un zagal que estaba de atalaya:

—Señor Cara de Plata, aparece una luz que encienden y apagan por la banda del mar.

El segundón salió al camino, y en el mismo momento un relámpago le mostró la goleta, cabeceando en una extensión de mar lívida, espumosa y desierta. El hermoso segundón se volvió a su gente:

—Sacad los fusiles de los carros.

Entrose al molino, encendió en el hogar un haz de paja, a modo de antorcha, y bajó corriendo a la playa. La goleta se le aparecía en la rasgadura de los relámpagos, sin velamen, batida de costado por el mar. Era un instante todo incierto, todo lívido, y después volvía la noche negra, llena del rugido del viento y del oleaje. De a bordo hicieron señas con una luz que bajaba y subía. Cara de Plata respondió agitando su antorcha, y corriendo a lo largo del arenal. La luz se apagó y volvió a brillar: Parecía que la columpiasen furiosamente, tales eran los bandazos del barco: Tocaba las olas y luego remontábase a las nubes. De pronto se extinguió. Cara de Plata, encaramado en una roca, siguió mucho tiempo agitando la antorcha. Bajo sus pies rompía la resaca, y la ola espumante y saltante, le mojaba el rostro y le ponía en los labios un sabor amargo, como de lágrimas. Estaba atento a los relámpagos, por descubrir el mar y la goleta en la brevedad de aquella luz, y, al volver la oscuridad, agitaba desesperado la antorcha, en duda de cuanto había visto. Le parecía que la goleta se alejaba, zozobrante entre crestas de espuma, con el casco de través. Al fin los relámpagos solamente le mostraron la vastedad tormentosa de las olas. La goleta había desaparecido. Cara de Plata la esperó hasta el amanecer, y, viendo que no tornaba, mandó enterrar los fusiles en la playa. Luego despidió a su gente. Él, todavía con una vaga esperanza, quedose en el molino, pero a la tarde pidió su caballo y tomó al galope el camino real.

XXX

POR la Puerta del Deán, que aún queda en pie de la antigua muralla, entraba el hermoso segundón con el caballo cubierto de sudor, y al rodear el huerto del convento, cuya tapia daba sobre los esteros del río, distinguió luces y un gran

bulto de gente caminando por aquella calzada aldeana que se aparecía envuelta en el vapor violeta de la puesta solar. Tocaban a muerto todas las campanas, y se oía un acompasado plañir de mujerucas:

—¡Se lo robaron a su madre para las escuadras!

—¡Era el rey de los mozos!

—¡Era la flor de los marinos!

—¡Otro amparo no tenía la madre!

—¡Ay, qué bien cortaba castellano!

—¡Ay, qué galán! ¡Ay, qué galán!

De tiempo en tiempo, entre el plañir monótono de las mujerucas, se alzaba el alarido de la madre:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Caminaba tras de la caja, que llevaban descubierta, y se inclinaba sobre el rostro yerto del hijo:

—¡Bieitiño! ¡Prenda!

Era una voz íntima y ronca, húmeda de lágrimas, de una tristeza irreparable. Enmudecía y caminaba encorvada sobre la faz lívida del hijo, con una intensidad dolorosa y terrible en los ojos:

—¡Asesinos! ¡Asesinos!

Cara de Plata arrendó su caballo a un lado del camino, y dejó pasar el entierro. Era una larga procesión de niños que corrían delante agitando las gorras, de mujeres que llevaban farolillos de aceite, y de marineros descalzos caminando los últimos, con las cabezas descubiertas. Entre ellos, el hermoso segundón, vio un grupo de canónigos y señores aldeanos que conducían en medio al Marqués de Bradomín. Cara de Plata preguntó a una mendiga centenaria, que se quedaba rezagada en el camino, salmodiando oraciones:

—¿Adónde llevan el muerto?… Porque este camino no es el del cementerio.

—¡Sí lo es, señorín! ¡Sí lo es!… No va a la cueva de los pobres… Tiene sepultura en la Orden Tercera. ¡Pero si lo sabe, bendita sea su alma, y solamente quiere burlar de la pobre vieja!… Mi Marqués, bendito él sea, dispuso que lo enterrasen en el gran sepulcro donde están sus padres y sus abuelos, y todos sus muertos, dende el comienzo de los siglos. Allá va, con este gran cortejo… Y no puede verlo el cuitado… Quiera Dios Nuestro Señor recibirle con su cortejo de ángeles y serafines, y santos y santas. ¡Ave María purísima!… ¡Dios te salve, María!…

La mendiga seguía su rezo, sola, en medio del camino, mientras se perdía a

lo lejos galopando el hermoso segundón. Aquella vieja mendiga, temblorosa bajo el capuz del manteo, parecía hecha de tierra, y el vuelo de los murciélagos, y el son de las campanas que tocaban a muerto, aumentaban la desolación de aquella sombra centenaria que caminaba trenqueante, apoyada en su palo, por el camino crepuscular.

XXXI

CARA de Plata se apeó a la puerta del palacio de Bradomín. Ya era noche cerrada y en el charcal de la plaza, donde salpicaba el claro de luna, se columbraba la sombra de un perro, mirándose en el agua fangosa, en medio de un gran silencio y de una gran soledad. La plaza, con su hueca resonancia y sus cipreses, que dejaban caer de las cimas velos de sombras, parecía un cementerio. Muy de tarde en tarde, algún clérigo con los hábitos arremolinados, la atravesaba, salvando los charcos con grandes zancadas, y desaparecía en el zaguán del palacio, apenas alumbrado por un farol de retorcidos hierros. Otras veces era un jinete, hidalgo aldeano, que se apeaba goteando agua de su montecristo. Se reunían todos en un salón largo y oscuro, que ostentaba en cada testero un canapé dorado, de gusto francés, con cojines de seda florida y desvanecida. El caballero legitimista los convocara secretamente para hacer recaudo de dineros y acudir a sostener la guerra. Algunos llegaban de villas y de aldeas remotas. Del otro lado del mar habían acudido el arcipreste de Céltigos, el escribano Acuña, y Don Pedro de Lanzós y Don Diego Montesacro, que eran cuñados. De la montaña, se juntaban el capitán Cantillo, veterano de la otra guerra, el alcalde de San Clodio, el sumiller Aguiar, tres labradores ricos de Barrantes, y los abades de Gondar, de Gondarín, de Brandeso, de Bealo, de Lantañón y de Lantaño. El viejo *dandy* hizo su aparición tras larga espera, apoyado en el brazo de Cara de Plata. Volvía del cementerio. Estaba muy pálido y sus ojos tristes tenían una misteriosa consonancia con su mano afilada, de monje penitente. Llevaba sobre los hombros una taima aforrada en piel de marta, y en el lado izquierdo abría sus lises de sangre, la cruz de Santiago. Cara de Plata, para poder enterarle a solas, había esperado fuera del salón. Al entrar aún hablaban en voz baja:

—Fletaremos otro barco.

—¡Tú no pierdes la esperanza!

—¡Yo, jamás! Pero guardemos el secreto… Pudiera suceder que nuestros amigos la perdiesen.

Y el caballero legitimista adelantose y dio una vuelta al salón, con empaque de viejo gentilhombre. A los abades les llamaba leales amigos, a los hidalgos decíales primos y para todos tenía un temblor en la mano, al darles las gracias en nombre del Rey. Estaba atento a las razones de dos abades, cuando entró un viejo apoyado en el hombro de su nieto. Era muy alto, con los ojos apagados y la barba toda blanca y crecida. Los dos abades se admiraron al verle. Dijo el de Gondar:

—Es el Maestrante. ¡Muchos años llevaba sin salir!

Y afirmó el de Gondarín:

—Esta Pascua Florida recibió la Comunión en su casa.

El Marqués se adelantó a recibirle, y el viejo le tendió la mano balbuceando con un esfuerzo tan angustioso que la boca se le torcía, dejando escapar un hilo de baba. Convulso se volvió a su nieto:

—¡Tú!… Explica…

El nieto explicó:

—El Señor Maestre-Escuela ha visitado al abuelo, y habló de reunir dinero para la guerra… Y el abuelo quiso venir él mismo a traerlo.

El viejo asentía con un alarido, sujetándose la mandíbula siempre convulsa. Al cabo pudo decir:

—¡Muy pobre!… ¡Beh!… ¡Beh!… ¡Muy pobre!… Arruinado… ¡Beh!… Aquel hijo… Ya murió… ¡Beh!… ¡Beh!…

El nieto volvió a explicar:

—Dice que está muy pobre, que mi padre le arruinó, y que no puede dar más para la guerra.

—¡Beh! ¡Beh!

Y el viejo, con los ojos llenos de lágrimas, dejó caer tres onzas de oro que traía apretadas en la mano:

—¡Para la guerra!

Pronunció estas palabras con la voz muy clara, y salió apresurado, vacilante, temblona la gran barba de nieve, los dedos enclavijados sobre el hombro del nieto que al sostenerle flaqueaba. Después, los hidalgos, los abades, los ricos labradores, fueron dejando sobre la dorada consola, los dineros que traían para el sostenimiento de la guerra. Se hacía todo en medio de un gran silencio, y los corazones se volvían, como en una oración, hacia aquel campo de batallas por

donde galopaba la sombra prócer del Rey.

XXXII

EL huerto del convento. Una tarde, cerca del anochecer. Dos monjas sacan agua del pozo, a su lado, unas pajaritas muy gentiles picotean las malvas que crecen en el brocal, y hay un vuelo de campanas que parece diluirse en la tarde azulada, y un ruiseñor que canta escondido entre los laureles de un seto, donde otras tardes bajo el oro del sol, la maestra enseña a las novicias calados y bordados de primor monjil. El huerto tiene el aroma de una leyenda piadosa. Sentadas en un banco de piedra, al pie de los laureles, están la niña de la posada y la Madre Abadesa. La niña viste de luto:

—¡No pude venir antes, Madre!

—¿Te arrepentirás?

—¡Dios es muy bueno para que no me quiera!…

—Ya te esperábamos ayer.

—He tenido que coser toda la ropa de mi hermano el navegante, que llegó de viaje. Sale mañana y quise dejársela dispuesta, ya que era la última vez…

La niña se enjuga los ojos, y la monja le acaricia las trenzas con su mano de fantasma:

—Perdóname tu desgracia, hija mía.

La niña levanta la cabeza, sin comprender, y sonríe con un temblor angustioso en los labios, y los ojos suplicantes:

—¡Me acuerdo del capitán y por eso lloro!… Le traigo sus cartas, Madre. ¿Tendré que quemarlas?

La niña saca del pecho un manojo de cartas atadas con una cinta negra. Le tiemblan las manos. La Madre Abadesa se cubre el rostro con expresión de horror:

—¡Mi remordimiento de toda la vida! ¡Mi remordimiento de toda la vida!

La niña suspira con voz débil:

—Madre, quémelas usted, yo no tengo valor.

La monja se pone en pie, pálida y estremecida:

—¡Guárdalas!

—¿No será pecado?

—No sé… Guárdalas.

La niña queda con el manojo de sus cartas en el regazo, mirándolas tristemente. Luego sus dedos trémulos, picoteados de la aguja, desatan la cinta de luto, y muestran a la monja la cruz que hay en una carta:

—Es la última… Cuando la leí ya no era de este mundo.

La niña cierra los ojos para no llorar, y besa la cruz. El ruiseñor canta escondido en los laureles, a lo lejos, por el sendero de mirtos pasan dos monjas con cántaras de agua, y el huerto tiene un aroma inocente, de malvas y rosaledas: La niña conserva los ojos cerrados:

—¿Madre, también será pecado guardar esta carta, esta sola?

La monja, con un gran sollozo, se arrodilla al pie del banco, y besa las manos de la niña:

—¿Por qué me preguntas a mí? Nada que tú hagas puede ser pecado. ¡Yo fui tu verdugo! Yo tuve entre mis manos tu corazón y lo oprimí hasta clavarle las uñas. ¡Niña mía! ¡Santa mía!

—¿Qué dice?… ¡Madre Isabel, por su vida, no me bese las manos!… ¡Dios mío, yo no sé bien lo que dice!…

La niña de la posada, toda anhelante, se pone en pie, y la monja queda mirándola con una intensidad dolorosa, sentada sobre la yerba, la cabeza apoyada contra el banco de piedra:

—¡No!… ¡No tenía derecho para sacrificar tantas vidas!… ¡Pobre niña, qué ojos tan tristes me clava!… Los soldados caen en la guerra, y un día también puede caer muerto el Rey. ¡Dios mío, pero yo, cuando entregaba tantas vidas al mar, cuando vestía de luto a esta pobre criatura, era como los verdugos!… ¡Ay, solamente cuando sacrificamos nuestra vida, se puede pedir el sacrificio de otras vidas!…

En el silencio del huerto, la voz tiene una claridad dolorosa, y la monja parece una figura de niebla, toda velada en la sombra de los laureles. La niña, pálida bajo su mantilla de luto, la mira con los ojos suplicantes y tímidos:

—Madre Isabel, no llore señora… Ahora comprendo lo que dice… Por mí no tenga pena… ¿Quién sabe si seré más feliz en esta paz?… Cuando Dios lo dispuso…

La monja se alza transfigurada, se acerca a la niña y la besa en la frente:

—¡Perdóname!… Iré a la guerra, y entre los heridos, en los campos de batalla, ofreceré mi vida a Dios. Tú, hija mía, reza por mí.

Se abrazan en silencio. Oyen el latido de sus corazones, y el canto del ruiseñor. El huerto, inmóvil en la sombra azul de la tarde, les ofrece el perfume

inocente de sus rosas. Tras la tapia cubierta de yedra, pasa pregonera una voz:

—¡Cribos! ¡Cribos!… ¡Cedazos buenos! ¡Para harina de maíz, para harina de centeno!

ASÍ TERMINAN *LOS CRUZADOS DE LA CAUSA*

LA GUERRA CARLISTA. VOL. II
EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

I

OÍASE un lejano cascabeleo que parecía volar sobre la nieve. Y se acercaba aquel son ligero y alegre. Una voz habló desde el fondo del carro:

—¡Pues no habíamos equivocado el camino!

Y respondió, desabrido, el hombre que iba a pie, al flanco del tiro:

—Todavía no lo sé.

—¡Esas campanillas parecen del correo!

—Todavía no lo sé.

—El correo que anochecido llega a Daoiz.

—Todavía no lo sé.

—Ayer le hemos visto entrar en la plaza.

—Digo que todavía no lo sé.

Para terminar chascó el látigo sobre las orejas de las mulas. Era un viejo encanecido en la vida de contrabandista, silencioso, pequeño y duro. Caminaba a la cabeza del tiro, embozado en la manta y fumando un cigarro de Virginia. Las ruedas se enterraban en la nieve, y las mulas, bajo el restallido del látigo, se tendían con una tristeza resignada y penitente. Aquel camino era una trocha a través de la sierra, entre quebradas y peñascales. Algunas veces el carro se atascaba, y para ayudar a empujarle, salían del interior dos mujeres y un mozo. Allá lejos, por la altura blanca de nieve, apareció un jinete, apenas una sombra negra, que venía trotando. El contrabandista rezongó:

—¡Buen perro cazallo! ¡Jo!… ¡Coronela!… ¡Jo!… ¡Reparada!…

El mozo asomó la cabeza fuera del toldo, que goteaba agua de nieve:

—¿Es el correo?

—Ya puede usted ir solo por las veredas. ¡Jo!… ¡Reparada!…

El mozo saltó a tierra y avizoró el camino:

—¿Por dónde viene?

—Ahora no puede verlo, que baja la cuesta. Solamente el sombrero se le

discierne, acullá, al ras de la nieve. Parece un pájaro negro que apeona.

Habló desde el carro una de las mujeres:

—Si fuese el correo nos daría noticias.

El contrabandista humeó su tagarnina:

—¡Tendríamos todos la gloria tan cierta!

Encomió el mozo:

—¡Buena vista!

—La vista no es mala, hijo. Pero no es negocio de la vista. Conozco el hablar de las campanillas, y bien las entiendo. ¿Usted no, hijo? ¡Fui el primero en oírlas!

—Las oye, pero no entiende su pregón. Pues las del jaco que trae el francés dicen: ¡Camino harás! ¡Camino harás! Y las del jaco de Miguelcho: ¡Din dan, rey serás! ¡Din don, rey de Dios!

—¿Y quién es el que ahora llega?

—Miguelcho. Mírele allí.

El jinete asomaba en lo alto del repecho. Venía cubierto con un poncho, y en la cabeza traía una gorra hecha con piel de borrego negro, que le ocultaba las orejas. Aquel recuero viejo le interrogó adusto:

—¡Hola, tú! ¿Cómo está el paso, amigo?

—¡Malo!… ¡Malo está el paso!

—¿Podremos llegar a Otaín?

—Como os digo, el paso está muy peor… Pero ya podréis llegar si os ayuda Dios.

Una de las mujeres, la vieja, interroga desde el carro:

—¿Hermano, qué tropas hay en Otaín?

—Este amanecer, cuando yo salí, venía la carretera cubierta de roses. Yo solamente los vide de lejos. Pero las cornetas ya las entendí bien, ya.

—¿Y las boinas, dónde están, hermano?

—¡Remontadas por el monte, qué Dios!

Saltó el mozo:

—¡Van como las águilas! ¡Qué Dios, van lo mesmo!

Se oyó suspirar a las mujeres del carro, mientras el mozo y el recuero se interrogaban con los ojos. A todo esto ya el correo se inclinaba para recoger las riendas abandonadas sobre el cuello del jamelgo, y el contrabandista le detuvo extendiendo la vara del látigo:

—Miguelcho, tú eres un amigo y mereces la verdad. Estos señores que llevo

en el carro vienen de la tierra de Francia.

—¡Ya me lo maginaba!

—Se han puesto en mis manos, y ayer pasamos la frontera sin desavío. En Daoiz hicimos noche, y allí nos informaron que estaba una partida carlista en Otaín. ¡Cierto! Pero como tendría aviso de que llegaban los roses para cercarla, una noche salió aprovechando lo oscuro.

—¿No sabes dónde nos juntaríamos con ella?

—Con acierto no lo sé. De cualquiera modo, habríais de internaros por el monte y dejar el carro. ¡Mal paso es, y si las mujeres no son capaces!…

Habló desde el carro la vieja:

—Las mujeres son capaces, hermano.

—Pues entonces en el monte hallarán a los carlistas. Yo creo que por Arguiña y Astigar.

El contrabandista arreó las mulas:

—¡Jo!… ¡Beata! ¡Jo!… ¡Centinela! ¡No te duermas, Reparada!

Las dos mujeres gritaron, asomando fuera del carro, para divisar al correo:

—¡Dios se lo pague, hermano!

—¡Mandar!

Miguelcho afirmó la valija sobre el borrén y se alejó trotando, entre el alegre cascabeleo de la collera. El contrabandista volvió la cabeza:

—¡Consérvate en salud!

—¡Amén, y que a todos vaya por lo igual!

El carro tornaba a rodar sobre la nieve, y el mozo seguía a pie, hablando con el recuero, sin cuidado de la nevasca:

—¡Jo!… Centinela.

El carro se atascaba, y las mulas, bajo el estallido del látigo, tendían la cerviz, agitadas las orejas. Al doblar la revuelta de Cueva Mayor, divisaron resplandores de lumbre sobre la nieve, y una pareja de hombre y mujer calentándose en la boca del socavón. Antes de llegar el carro aquellas dos figuras de mal agüero se pusieron en pie, y por un atajo, a través de la gándara, desaparecieron. Murmuró el mozo:

—¡Lástima que se vayan, porque acaso pudieran darnos alguna noticia!

—De querer, ya podrían, ya.

—¿Son mendigos?

—Son espías que se visten de harapos para engañar mejor.

—¿Y a cuál de los ejércitos sirven?

—Nunca se sabe. ¡Mala gente!

Los dos vagabundos, que se habían perdido entre los brezos del atajo, reaparecieron bordeando una esgueva, por la falda del monte. Saltó el mozo:

—¡Parece que huyen!

—Frío que llevan.

A esos creo conocerlos. Ella era mujer de uno a quien fusilaron poco hace, y ahora se ajuntó con ese. Son confidentes de Don Manuel.

La vieja llamó desde el carro:

—Cara de Plata, hijo mío, sube y pongámonos de acuerdo.

II

EL Cura había esparcido sus confidentes por toda la serranía, enviando cartas, recados y encarecimientos a Don Pedro Mendía, al Sangrador, al Manco y a Miquelo Egoscué. Cuatro capitanes de partida que también hacían la guerra por su cuenta y aventura. Santa Cruz en sus cartas les decía que se le juntasen para caer en una sorpresa nocturna sobre los batallones republicanos que habían ocupado Otaín. Pero Don Pedro Mendía, que era un viejo receloso y adusto, mandó, como respuesta, dar de palos al emisario. El Sangrador y el Manco ofrecieron ir. Pero más tarde, puestos de acuerdo, también entraron en sospecha y se internaron por la sierra. Solamente acudió al llamamiento Miquelo Egoscué. Era galán de mucho brío, y gozaba por toda aquella tierra de una leyenda hazañosa que tenía la ingenua y bárbara fragancia de un Cantar de Gesta. Las mujeres de los caseríos, cuando hacían corro en las cocinas para desgranar el maíz, contaban y loaban las proezas de aquel hombre. Y las abuelas, entonces, parecían enamoradas, y las mocetas suspiraban, contemplando la hoguera toda en lenguas de oro y de temblor. Egoscué se hallaba dormido en la borda de un cabrero, cuando llegó la carta del Cura Santa Cruz. El pastor, un mancebo rubio que tenía sobre los ojos como la niebla de un ensueño, le movió blandamente para despertarle:

—¡Amo! ¡Amo Miquelo!

El capitán, aún medio dormido, interrogó sin sobresalto:

—¿Qué sucede?

—Vienen con una carta.

—¿De quién?

—Diz que del Cura.

Egoscué, completamente espabilado, se incorporó sobre las pieles y los helechos que mullían su camastro:

—¡Del Cura Santa Cruz! No pensaba que se acordaría de mí el Señor Don Manuel… ¿Y quién trae la carta?

—Son ellos dos… Pareja de hombre y mujer.

—¿Adónde están?

—Afuera, que afuera los dejé.

—Pues no los tengas más a la intemperie.

Salió el pastor, y el capitán, para recibir a los dos emisarios, fue a sentarse cerca del fuego en una silla baja, que tenía el asiento de correas entretejidas. Volvió a poco el pastor:

—No quisieron entrar, pues habían priesa, dejaron el papel, y con la misma se caminaron.

Miquelo Egoscué recibió la carta, y dándole vueltas sin abrirla, interrogó al cabrero:

—¿Conoces tú a esa gente?

—La mujer estuvo casada con Tomi de Arguiña. En tocante al hombre, no es nativo de acá. Pero otras veces lo tengo visto.

—¿Le conozco yo?

—Pues y quién sabe. Va tiempo hace con los mutiles del Cura. Muestra mucha religión, y es allí en la partida quien guía el santo rosario.

Mientras hablaba el cabrero, el capitán pasaba los ojos por las letras del Cura: Al terminar se enderezó, mirando por el ventano hacia los montes. Todo estaba blanco, y temblaba a lo lejos una luz cimera, de oro pálido. Ya no caía la nieve, y un aire frío volaba en silencio sobre los campos y los caminos. El capitán descolgó la escopeta vieja, y se puso a cargarla:

—Parece ser que Santa Cruz quiere juntarse conmigo.

El pastor le miró con los ojos llenos de niebla:

—¿Y qué harás tú, amo Miquelo?

—Ir allá.

—No vayas, amo.

—¿Qué mal hay? Si luego no conviene, rifamos. Pero es bueno saber lo que va buscando el amigo.

—Lo que busca el lobo. Amo Miquelo, no hay que abrirle la majada cuando la ronda, por el aquel de averiguarle la intención. De antaño sabemos que baja

del monte por comerse las ovejas.

El capitán sonrió con arrogancia:

—¡Yo he sido cazador de lobos!

Se asomó a la puerta con la escopeta al hombro, miró al cielo, y se volvió al interior de la borda:

—Mete un queso en el morral, y dame mi canana. Quiero llegarme al cuartel de mis mocetes.

—Yo iré contigo, amo Miquelo.

—¿Y tus cabras?

—Para siete que me quedan, nos las llevaremos y nos las comeremos.

Salió, juntó las cabras, silbó al perro, volviose a entrar para coger el cayado, y sin cerrar la puerta de su borda, echó por delante del capitán hacia las lejanas cimas de Astigar.

III

EN la hondura de una quebrada, y cercado de pinos cabeceantes, se ocultaba el caserío de San Paúl. El carro se detuvo en la trocha, a la puerta de una venta, y las mujeres asomaron los rostros desgreñados, tan pálidos, que parecían consumidos por el ardor calenturiento de los ojos. La muchacha interrogó a la vieja:

—¿Es aquí donde pasaremos la noche?

Y la vieja respondió con un gesto muy expresivo:

—Aquí es.

—¿Los liberales están en el poblado?

Hizo el mismo gesto la vieja:

—Eso dicen.

La muchacha se santiguó:

—¡Ay, qué tierra triste!

Una niebla baja velaba el caserío, donde comenzaban a encenderse los fuegos de la noche. Las dos mujeres se apearon del carro y huyeron hacia la venta, inclinando las cabezas bajo el vuelo de la nieve. Desde la vereda se distinguía el resplandor de la cocina llena de humo. Cara de Plata, dando un gran tranco, alcanzó a las dos mujeres en la puerta:

—Aquí estaremos seguros.

Respondió muy entera la vieja:

—¡Dios lo haga!

Entraron y se acercaron a la lumbre. En la cocina adormecíase una abuela sentada en su sillón de enea. Se le había caído el pañuelo sobre los hombros y mostraba la cabeza calva, con dos greñas de pelo blanco, lacias y largas. Cara de Plata le gritó:

—¿Abuela, dónde está el amo?

La ventera abrió los ojos, rebullendo penosamente en el sillón.

—¿Y tú quién eres?

—Un caminante.

—¡Los negros ocupan las casas de abajo!… ¿Los verías tú?

—No, no los he visto. ¿Dónde está el amo?

—¡Han quemado las casas de abajo!… Pues ya lo verías tú.

—Yo nada he visto.

—La canana tengo metida en la ferrada. Así siempre que hay guerra, hijo. ¿No has visto a los negros? ¡Ay! ¡Ay!… Cuando a todos cortes tú la cabeza hemos de bailar. Tú con la abuela, que tiene bajo la cama una hoz para degollar negros y franceses. ¡Ay! ¡Ay!… Muero aquí en este sillón. Cien años, cien años… Los hijos, unos para la tierra, otros, penar en esta vida… ¡Ay, cuántos!… Veintitrés llevé a la iglesia. Pues en dos veces, con los dedos de las manos, no los contarías tú.

Entró el hijo mayor, que venía de los establos:

—¿Qué hay de bueno por el mundo, amigos?

Se acercó el contrabandista y le habló en secreto:

—¿Tienes manera de guiar por los atajos del monte al mocé que se calienta a la lumbre con aquellas dos mujeres, y dejarlos en paraje seguro?

—¡Paraje seguro! Pues si la tierra aquesta, de cabo a cabo, toda es una hoguera. ¡Paraje seguro!… ¿Y dónde está, te digo?

—Date una puñada en el sésamo. ¡Dios, que jamás entiendes en las primeras! Es decirte que los dejes en tierras donde campen las tropas del Rey Don Carlos.

—Hasta antier demoraron en toda esta parte. Tenían su cuartel en Otaín.

—Eso sabía yo, y fue por tanto los guiar acá.

El ventero se volvió lentamente, y miró hacia el fuego donde se calentaban las dos mujeres y Cara de Plata. Movió la cabeza guiñando los ojos:

—¿Qué gente, tú?

—¡Gente de nobleza!

—¿Y de dónde vienen?
—Acá vienen de la frontera. Pero han atravesado la media España.
Otra vez el ventero volvió a mirar hacia el hogar. Las dos mujeres habían sacado los rosarios de las faltriqueras y rezaban en voz baja, sentadas en un banco sin respaldo. Cara de Plata permanecía en pie, envuelto en el resplandor rojizo de la llama:
—¡El mocé aparenta buen garbo!
—¡Y más arriscado que un león! Va para la guardia del Señor Rey.
—¿Pues y las mujeres, qué razón llevan a la guerra? No es la guerra para las mujeres.
—Las mujeres son monjas que van por la cuida de los heridos.
—¿Y adónde dejaron los hábitos?
—En la frontera los dejaron, para poder andar con más recaudo. Y las ropas que ahora llevan, las sacó de su hucha aquella moceta espigada que sirve en el Parador de Francia.
—¡Maribelcha, tú!
—Ahora anda de luto, que el padre murió cuando lo de Oroquieta.
—Pues no sé adónde podrían juntarse con una tropa del Rey Don Carlos.
El contrabandista frunció el cano entrecejo:
—¡Dios, que eres tú piedra de pedernal como la que yo gasto para encender el yesquero! Tú lo sabes y recelas decirlo.
El ventero se rio, guiñando los ojos:
—¡Eres un raposo muy viejo tú! ¿Me respondes como es leal la gente que conduces en el carro? ¡Que hay mucha traición, y mucho espía, y mucho disfraz para la intención del alma, has de contar tú!
—Todo lo cuento. Y para esparcirte el recelo, te dije al comienzo que los guiares tú por los atajos del monte. Tú sabes dónde está la partida del Cura.
—Saber, lo sé.
—Pues te encargas de llevarlos adonde sea.
—También. Pero irán a mi vera y sin preguntar más. En llegando, llegamos, y otra cosa no. Ni acá, ni en el camino, quieran saber dónde está la partida del Cura.
El contrabandista le dio una palmada en el hombro:
—Conformes, mutil.
—Hay que perdonar… Pero una delación la pagaremos todos siendo afusilados.

El contrabandista repuso con adusta y grave sentencia:

—¡Dios, y no fuera ello lo peor, sino el ditado de traidores!

Con esto se llegaron al hogar, y enteraron de lo convenido a Cara de Plata. Cuando el trato estuvo hecho, de una alacena empotrada en la pared, tomó el ventero un frasco de aguardiente, y llenó tres vasos pequeños de vidrio tallado, donde una fimbria de mugre destacaba el dibujo de las cenefas talladas en el vidrio.

IV

ENTRARON en la cocina dos mendigos, hombre y mujer. Venían disputando. La mujer, con la basquiña echada por la cabeza, daba el pecho a un niño amoratado de frío. El hombre entró delante, corriendo como un gamo, aun cuando traía la pierna derecha, desde el muslo al tobillo, envuelta en trapos húmedos y sórdidos. El ventero se volvió y les hizo un gesto que suponía acuerdo entre ellos. Los otros callaron, y con los ojos bajos, alzando los hombros y estremeciéndose, se acercaron al fuego. La vieja del carro y la muchacha los miraban de soslayo, sin interrumpir el rezo. Sentados cerca del hogar los dos mendigos parecían montones de guiñapos, y al calor del fuego exhalaban un vaho de miseria. El hombre tenía los ojos fijos sobre Cara de Plata. En voz baja dijo al oído de la mujer:

—¡Paréceme un caballero de mi tierra!

—¡Calla, borrachón!

—¡No seas loba!

—¡Borrachón!

—¿Será engaño del enemigo malo?

El mendigo, con las manos cruzadas bajo la barba inculta y borrascosa, siguió mirando a Cara de Plata. La mujer metiose el pecho en el justillo:

—¡Borrachón!

Dio al compañero una puñada en el hombro para advertirle, y, poniéndole en los brazos al crío se dispuso a remendarse la basquiña, canturreando. El hombre insistió:

—¡Vaites! ¡Vaites!… ¡Como que lo es!… ¡Vaites! ¡Vaites!… Un caballero de mi tierra.

La mujer le miró, quedando un momento con la aguja levantada en el aire:

—¡Tu tierra! ¿Dónde es tu tierra? ¡Algún presidio, borrachón!

El crío empezó a berrear, y el mendigo trató en vano de acallarle:

—¡Tiene hambre!

—También yo la tengo.

—¡Bien harías dándole otra teta!

—¡Calla, borrachón! Lo que tiene el hijo de mi alma es un dolor. Si estos señores caritativos podrían darnos una gota de anisado, veríaislo todos callar.

La vieja murmuró, pasando las cuentas del rosario:

—No tenemos.

Y la muchacha tomó en brazos al niño:

—¡Qué pálido está!

La mendiga murmuró:

—Es condición. Siete tuve, y todos tenían la misma color. Preguntó la vieja:

—¿Le viven todos?

—No me vive ninguno, sino éste.

—Dios se lo conserve.

Y repuso el hombre, mirando las lenguas de la llama:

—¡Para pasar trabajos!

—¡Porque no eres su padre, borrachón!

El hombre repuso con el mismo tono meditabundo:

—¡Para el cuitado, como si lo fuese!

La vieja interrogó:

—¿No es su padre?

Y gimoteó la mendiga:

—No, señora. El padre murió afusilado por los negros.

Y afirmó el mendigo:

—¡Un hombre de provecho!

La mujer volvió a canturrear mientras examinaba al trasluz los rotos de la basquiña:

—¡Ay, qué conia!… No puede irse por caminos con una buena prenda. ¡Tres días que una guapa señora me la dio en Irache! ¡Era seda rica, de la que hace resol!

La vieja quiso inquirir:

—¿Entonces, vienen de muy lejos, hermanos?

La mendiga tardó un momento en responder, ocupada en quebrar con los dientes la hebra que enhebraba:

—¡Ay, qué rajo de Dios! Pues venimos de Irache.

El hombre, después de santiguarse, murmuró tímidamente:

—¡No jures, Josepa!

—¡Calla, borrachón!

—¡Que tal me digas, cuando no lo cato!

Se volvió hacia el fuego para atarse los trapos de la pierna, y con los ojos en la llama empezó a rezar, moviendo todo el busto atrás y adelante:

—¡Divino Señor, danos los tesoros de tu paciencia para sobrellevar las penas y trabajos de este gran valle de lágrimas! Padre Nuestro, que estás en los cielos…

Sus palabras se hicieron confusas, y el rezo quedó en un mosconeo. La mujer alzó la cabeza, y suspensa la aguja entre los dedos, sonrió con ternura:

—No lo cata, no… Es la costumbre quedada de hablar al otro.

El hombre continuaba absorto en su rezo, y de tiempo en tiempo apartaba un tizón de la lumbre y lo ponía al borde del hogar. Iba formando una hilera. Viéndole revolver en la ceniza, le gritó el ventero:

—¡Ya es tema, tú!

—¡Vaites!… ¡Vaites!…

—¡Ya podrías ver que esbaratas la hoguera, tú!

—¡Vaites!… ¡Vaites!…

Y el mendigo, con los ojos obstinados en la llama, sacudía muy deprisa los dedos, que tenían un son de choquezuelas. Después contó los tizones y diose otros tantos nudos en los cabos de la cuerda con que ataba el calzón a la cintura. Quedose reflexivo un momento, y santiguándose volvió los tizones a la hoguera, uno por uno. Al mismo tiempo en voz baja iba diciendo:

—¡Gloria al Padre! ¡Gloria al Hijo! ¡Gloria al Espíritu Santo!

Y se acompañaba inclinando el busto atrás y adelante con una medida siempre igual. La vieja murmuró:

—¡Edifica con su piedad!

Al oírla, el mendigo volvió la cabeza estremeciéndose, y con los brazos abiertos en cruz, se arrodilló:

—¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Ahora el Señor me permite reconocerla! De antes la miré y los ojos estuvieron ciegos. ¡Ahora, sin la ver, vuelto de espaldas, oyendo su voz, sentí un susulto, y el alma me dijo quién era!

La vieja se puso en pie, muy sobre sí:

—¡Pobre hombre, está loco!

—¡Ay, cómo no la reconocí por esas manos tan blancas, Señora Madrecita!

Y arrastrándose de rodillas intentó tomarlas y besarlas. La vieja luchaba por retirar sus manos:

—¿Pero quién es? ¿Pero quién es?

El mendigo sollozaba:

—¡Nadie me reconoce! ¡Tanto me pudo cambiar el pecado! A la otra banda del hogar se alzó la voz jocunda del hermoso segundón que estaba atento y en pie:

—¡El demonio me lleve si no es Roquito! ¡El gran Roquito!

Y saltó por encima de la lumbrada, y le suspendió del cuello, todo en vilo. El otro arrugaba la boca con un gesto de humildad:

—El mismo, Señor Carita de Plata.

El segundón dejó oír su risa bárbara y feudal:

—¡Parece que te repelaron bien las barbas, compadre!

V

LA Madre Isabel, toda maravillada, se hacía cruces:

—¡Nunca te reconociera! ¿Cómo llegaste a tanta miseria? ¿Cómo no escribiste a nuestro convento?

A las preguntas de la monja, el antiguo sacristán respondía dándose golpes de pecho:

—¡Soy un gran pecador! ¡Soy un réprobo, Señora Madrecita!

Y tornaba la monja:

—¿Cómo estás aquí?

—¡Ya lo diré!

La Madre Isabel bajaba la voz, escandalizada y severa:

—¿Y esa mujer que te acompaña? ¿Esa mujer?…

—Todo lo diré. Haré pública confesión.

La Josepa agachaba la cabeza y miraba de reojo, metiendo y sacando tres dedos por el roto de la falda. La monja seguía haciéndose cruces:

—¡Dios mío, de qué manera te veo!

—¡Negro de pecados, Santa Madrecita!

—¿Pides limosna?

El ventero se inclinó hacia Cara de Plata, haciendo un gesto malicioso, que

adquiría mayor interés bajo el reflejo de la lumbre, que le pasaba temblando de los ojos a la boca:

—Es la socapa para andar por los caminos sin oírse echar el alto.

El sacristán, puesto de rodillas, inclinaba la cabeza y abría los brazos en cruz:

—¡Todo lo diré! El Señor Dios de los Ejércitos me envía un ángel de su casa y boca para quebrar la cadena del pecado que me puso al cuello el enemigo malo. ¡Todo lo diré… Ahora, almas cristianas, dejay que vaya a ocultarme donde nadie me vea! ¡Dejay que medite en mi culpa, en mi grandísima culpa!

Y golpeándose el pecho huyó hacia el pajar. La Madre Isabel quedó silenciosa, con una nube en el marfil de su frente y los ojos fijos en la mujer que remendaba la basquiña. Después, volviéndolos al niño adormecido en el cuévano lleno de harapos y mendrugos, estuvo contemplándole gran espacio, levantada muy blandamente la punta del pañolito que el sacristán le había tendido sobre la cabeza para guardarlo del reflejo que llegaba del hogar:

—¿Qué tiempo tiene esa criatura?

—Nació a los tres días de haber los negros afusilado al padre. No es del tiempo.

Y se limpió los ojos con la basquiña, después de haber guardado en un cañutero de cobre el hilo y la aguja.

Intervino el ventero:

—¡Tú, y si los amigos no saben cuándo aconteció lo del padre!

—¿Y quién no sabe cuándo afusilaron a Tomi de Arguiña?

—¡Ya, pues quien no sea de esta tierra! ¡Pues si maginas que era el gran Napoleón!…

—Magino que para saberlo hay tres cruces en la vereda. Y bien lo dicen escrito que son las cruces de los tres afusilados: Tomi de Arguiña, Machín de Gaona y el otro Machín.

La abuela empezó a removerse en su sillón de enea:

—De aquí los llevaron… ¡Ay, hijos, no valió esconderlos, no valió!… Todo lo miraban aquellos verdugos. ¡Ay, cómo decían, tú!… ¡Y cómo decían de pegar fuego a la casa y al pajar!… Eran a me preguntar por mis hijos. Yo decía, pues a la feria. Ellos decían, a la guerra. Pues yo, a la feria… Fueron al pajar y descubrieron a los cuatro, que venían persiguiendo. Aquel que ahora se fue, escapó por entre los soldados. Yo lo vide entrar acá espavorido, y lo llamé, y lo tuve escondido bajo el sillón. Todo lo volvieron a correr… ¡Ay, jurar y jurar, mas

no lo encontraron! La abuela estaba quieta. ¡Y rezando al Señor, y rezando a la Santa Madre, y a San Martín de Arguiña que hace tantos milagros!

El ventero guiñaba los ojos:

—Se salvó como dice. ¡Y a la madre se lo debe! Preguntó la monja:

—¿Pero quién? ¿Roquito?

—Sí, señora.

La Josepa explicó:

—Todos los cuatro eran fugitivos de aquel gran presidio, que dicen está en la tierra del moro. Escaparon acá, porque eran nativos de Arguiña.

Musitó la abuela:

—El que ahora se fue, ese no.

—Salvando Roquito, que tiene otra nación.

La monja interrogó, al mismo tiempo que cambiaba una mirada con Cara de Plata:

—¿Por qué estaban en presidio?

Hallábase la Josepa sentada en tierra, y enderezó el busto afirmando ambas manos en la cintura:

—No maginar cosa mala ninguna. ¡Eran cristianos muy cabales!

Cara de Plata murmuró:

—¡Pero estaban en presidio!

—Como tú, señorico, lo puedes estar.

El ventero afirmó con aquel inquietante guiñar de ojos, que parecía desmentir siempre cuanto decía:

—Eran hombres muy cabales, y los mandaron al presidio contra ley. Fueron los primeros en alzarse, y como eran contrabandistas, pasaban cientos de fusiles por esa raya de Francia.

Josepa la de Arguiña levantó los brazos arremangados, que parecían de cobre en el reflejo del fuego:

—¡No hay caravana peor que la justicia!… Habían llegado aquí con cientos de trabajos, y cuando ya se contaban seguros, los volvieron a coger, por una delación.

La mujer sollozó. Callaban todos. Y como si las almas se hablasen en el silencio, las miradas iban unas en pos de otras, hacia el niño que dormía en el cuévano lleno de mendrugos, y el niño se despertó llorando…

VI

ROQUITO, después de hacer oración arrodillado cerca del pozo, en el corral blanco de nieve, entró al establo soplándose los dedos:

—¡Vaites!… ¡Vaites!… Una gran penitencia. ¡Vaites!… ¡Vaites!… ¡Yo te ofrezco mi sangre en descargo de mis pecados, amantísimo Jesús!

Descolgó la esquila de una vaca, la guardó en el pecho, y salió al camino. Un momento estuvo indeciso, mirando a todos lados, y luego partió corriendo hacia el caserío de San Paúl. En el camino se le hizo de noche. Solo se oía el fragor de las torrenteras. Roquito, sin dejar de correr, se santiguaba invocando el nombre de los santos y de las vírgenes que tenía en mayor devoción:

—No me desampares en esta hora de prueba, Glorioso San Berísimo de Céltigos.

Atravesó un puente que iba casi cubierto por la avenida, y luego una gándara encharcada, donde se perdió. Corría desalentado, hundiéndose en el lodazal de barro y nieve, sin ver ante los ojos otra cosa que el cendal de la bruma:

—¡Señor, Dios de los Ejércitos, no me desampares en esta hora de prueba! ¡Señor, sácame de este encanto para que pueda derramar por ti mi sangre!… ¡Vaites!… ¡Vaites!… ¡Servicio del Rey, servicio de Dios!… ¡Sácame de aquí, Gloriosa Santa Euxia!…

Hasta que salió la luna no pudo encontrar el camino. Se puso a correr para no helarse, y cruzó ante una iglesia, oyendo el vago son de la campana movida por el viento. Se detuvo para colgarse al cuello la esquila, y bajó al caserío por una trocha honda, convertida en torrente. Aletazos de huracán, traían en jirones el alerta de los centinelas. Roquito se puso a caminar encorvado, rondando las tapias de los huertos. La esquila campaneaba golpeándole el pecho. Algunos perros ladraron en la lejanía. Lina voz asustada gritó en la oscuridad:

—¡Quién vive!

Roquito se santiguó, y con el alma llena de luz siguió andando. El pregón de la esquila le anunciaba. Oía en las tinieblas los pasos del centinela, y no veía su sombra. La voz volvía a desgarrar la noche:

—¡Alto!… ¡Quién vive!

Y Roquito volvió a santiguarse, continuando su ronda arrimado al muro. Sentía un suave calor, una divina fragancia, como si deshojasen sobre su alma las rosas del Paraíso. En medio de la nieve y del viento, hallaba cuánto eran dulces los caminos de Dios. Sonó un tiro, y sintió como si le desgarrase la

espalda la uña encendida de Satanás. Acababa de arrojarlo de sí. La carne aterida gustó como un regalo correr la sangre tibia. De improviso abriose una puerta que se iluminó con la lumbrarada encendida en el zaguán. Vio unas sombras que se destacaban y sobresalían por oscuro sobre el fondo rojizo. Oyó voces:

—¿Qué ha sido?

—¿Echaste el alto, quintarraco?

—¿Tumbaste a Carlos Chapa?

—¡Juy!… El miedo te finge facciosos.

Luego venía la voz humilde del bisoño que daba la centinela:

—He oído una campanilla… Eché el alto y no me contestaron.

En el fondo rojizo de la puerta negreaba la figura del sargento, que encendía el cigarro con un tizón, derribado el gorro de cuartel sobre la oreja.

—¿En qué año te parió tu madre, quintarraco?

—Pues así de súbito no sé decirle, mi sargento.

—Te ha parido el año del miedo. Oíste una esquila y has cuidado que era la campanilla que anunciaba la fin… Y nos espantaste la cena. Gran ladrón, cuando acá estábamos diciendo, vamos a coger por los cuernos a esa res descarriada, tú nos la espantas con un tiro.

Se oyeron otras voces haciendo coro a la del sargento:

—¡Gran ladrón!

—No dispararas si serían facciosos.

—¡Aguarday que me parece oír la esquila!

—¿Sería una vaca?

—No sería una vaca, pero sería una oveja.

—Para la cena ya llegaba.

Roquito, agazapado en el recodo de una tapia, con el ánimo en zozobra, sujetaba el badajo de la esquila, para que no sonase fuera de sazón.

Aún duraba la zalagarda de los perros que olían la pólvora, cuando los otros volvieron a entrarse y cerraron la puerta, quedando la noche en mayor negrura, al extinguirse el reflejo de la hoguera que ardía en el zaguán. A poco, se oía el rasgueo de una guitarra y el jaleo de la jota. Los pasos del centinela se apagaban en la nieve de la vereda: Roquito, sin salir de la sombra del muro, campaneó muy blandamente la esquila, que produjo un son apagado y huérfano, perdido en la noche. Lleno de ansiedad adivinó que la sombra del centinela venía para él:

—¡Vaites!… ¡Vaites!… Tú procura tomar del cuerno a la res…

Roquito, para llevar más lejos al centinela, se arrastró sigiloso. Oculto bajo el

emparrado de una puerta, volvió a tañer la esquila. El centinela venía a tientas, sin ruido, con el gozo y la zozobra de dar caza a la res, y ofrecerla en la cena de su sargento. Entró bajo el emparrado. Roquito entonces fue hacia él, y para conservarle en su engaño, andaba encorvado, con las manos en la nieve y la esquila campaneante sobre el pecho. El centinela tendió un brazo y palpó en el aire. Roquito entonces saltó incorporado, y le clavó su cuchillo en la garganta, con tal golpe, que no pudo arrancarlo. Corrió a la casa, entró al establo, sacó a brazadas la paja y la amontonó ante las puertas, al pie de las ventanas, bajo los carros. De tiempo en tiempo se detenía a escuchar. Los soldados del retén se emborrachaban con el chacolí del casero, las coplas de la jota tenían un aire bárbaro, y en la guitarra solo quedaban los bordones. Se oyó el canto de un gallo. Roquito se apresuró, puso fuego a la paja que acababa de esparcir y huyó agitando los brazos:

—¡Vaites! ¡Vaites!

En el camino se detuvo, y puesto sobre un bardal, miró al caserío. Bajo la luna, que ahora bogaba en un gran cerco de ensueño, se alzaban las llamas del incendio. Roquito pensó en el soldado muerto. Recordó que era un bisoño y tuvo lástima. De pronto se estremeció:

—¡Virgen Santísima, no sería aquel rapaz tan nuevo que topamos ayer y nos dio pan para el niño!

Se puso a llorar y a correr. Cerca de Otaín unos soldados que vivaqueaban, le prendieron tomándole por loco, y como la herida que tenía en la espalda marcaba una huella de sangre, le enviaron al hospital en un carro de forraje. Cuando atravesó la antigua villa agramontesa, tiritaba de fiebre y daba voces de delirio. Dos monjas le recibieron en la portería del piadoso asilo, fundado cien años antes por Doña Juana Azlor de Aragón, Abadesa en Santa Clara de Viana.

VII

ALGUNOS oficiales jugaban al dominó en el único café de la villa, y otros paseaban en la plaza, bajo los arcos del palacio de Redín. Era la plaza grande y silenciosa, con una iglesia y un parador. De tiempo en tiempo pasaba sobre el silencio el vuelo de las campanas. Un capitán de cazadores, pesado y corpulento, con la ceniza del cigarro esparcida por la barba, salió del café muy sofocado, abrochándose el capote, y se acercó a dos oficiales que discutían:

—¿Qué hay, caballeros? ¿Se sabe si vamos a dormir mucho tiempo en este maldito pueblo?

Alzó los hombros, muy desdeñoso, el más alto de los dos oficiales, un buen mozo que lucía sobre el dormán de los húsares la venera de Santiago:

—Eso nadie lo sabe. Dependerá de lo que hagan los carlistas. Lo de siempre… Ellos nos llevan y nos traen…

Interrumpió el otro oficial, que era alférez abanderado de Numancia:

—Yo creo que les atacaremos antes de mucho tiempo. ¿Usted qué opina, mi capitán?

—Que eso debió hacerse ayer. Hoy pueden ocurrir dos cosas…

El capitán se detuvo, tascando con rabia su cigarro apagado. Viéndole pensativo, el húsar santiaguista le interrogó con una sombra de burla:

—¿Dos cosas, o tres?

El capitán sacudiose la ceniza de la barba:

—No sé… Estaba con otra duda… ¿Tú has visto barajar a ese teniente andaluz? Yo creo que las amarra.

El húsar rio alegremente:

—¡Habrá que pedirle lecciones! ¿De modo que te has dejado robar?

El capitán, siempre tascando el cigarro, golpeaba la piedra del yesquero con el eslabón:

—No me tengas lástima, niño. Ya hallaré el desquite… A los tramposos se les gana mejor en cuanto se les conoce la trampa.

El alférez abanderado cambió una mirada risueña con el húsar:

—Me parece que será tarde el desquite, mi capitán.

—Esta noche hallaré quien me preste. ¿Si es por eso?…

—No, no es por eso, mi capitán.

—Entonces, usted dirá, señor alférez.

—Ese teniente está destinado al batallón de Alcolea.

Y afirmó el húsar:

—Esta tarde sale para Tolosa. Nosotros le hemos visto tomar bagaje, querido García.

El capitán los miró frunciendo el ceño:

—¿Estáis de broma?… ¡Bueno, pues que se lo lleve todo el demonio! Lo malo será que permanezcamos aquí hasta criar moho.

El alférez se impacientó:

—No, no es posible que dejemos de atacar al Cura. Hay confidencias de la

gente que tiene… ¡Apenas cien hombres!

Oyéndole, el capitán movía la cabeza:

—No creo en los confidentes. Si han dicho cien hombres, serán mil. De atacarle, debió ser sobre la marcha.

El húsar le puso una mano sobre el hombro:

—Ya nos dijiste que ahora pueden ocurrir cinco cosas. Pero te has callado cuáles sean.

—Dos he dicho, niño. A mí con burlas, no. Una, que cuando lleguemos se lo haya tragado la tierra: Otra, que tenga noticia de nuestro movimiento, y nos sorprenda en el camino eligiendo el sitio, bien atrincherado…

Interrumpió el alférez:

—Le atacaríamos, mi capitán.

—Y nos costaría muchas bajas… Para nada, porque al final se lo tragaría el monte.

El húsar sonrió cínicamente:

—Es posible que no le atacásemos… Después del paseo nos volveríamos acá cubiertos de gloria…

El capitán tiró el cigarro y lo pisó:

—¡Es posible! ¡Es posible!…

Continuó el húsar en el mismo tono:

—Veo que conocemos la guerra. Cuando tú llegaste, discutía eso mismo con el alférez Alaminos. Atacaremos a los carlistas. Pero no será para vencerlos, sino para justificar una propuesta de recompensas.

Hablaba sin despecho, con un cinismo sonriente, orgulloso de poder decir aquellas audacias que el capitán, un veterano amargado y lleno de deudas, oía en silencio, manoseando la barba. Se cruzaron con dos coroneles que también mataban el tiempo paseando bajo los porches, y el alférez, por que le oyesen, levantó la voz, sacando el pecho con aire fanfarrón:

—El Duque de Ordax no debía hablar así, permíteme que te lo diga. Nuestro honor es el honor del Ejército…

El otro apenas hizo caso:

—¡Bah!… Palabras de arenga.

—Yo puedo asegurarte que no espero ninguna recompensa… Si la obtuviese, sería por haberla ganado.

El húsar le hincó los ojos que tenían una mirada clara y burlona:

—Yo, en cambio, la espero. La Duquesa de la Torre se lo tiene prometido a

mi madre.

—Vuelvo a decirte que no debías hablar así. ¡Es un insulto que lanzas sobre todos nosotros!

El Duque de Ordax frunció las cejas un momento, y luego se echó a reír:

—Eres tonto, querido.

Y le volvió la espalda, entrándose al café.

El capitán y el alférez se miraron. El abanderado con una interrogación muda, el otro sonriendo paternal:

—Acabaremos teniendo una cuestión seria.

—No sea usted chaval, alférez Alaminos.

VIII

EL Duque de Ordax tomó asiento cerca de una ventana, y como los otros continuaban bajo los porches, tocó en los cristales y los llamó con la mano. El capitán y el alférez entraron. Alaminos tenía un gesto de reserva pueril. Viéndoles llegar, el húsar murmuró con gran sencillez:

—Fuera hace demasiado frío, caballeros.

El capitán arrastró una silla:

—¡Eres un demoledor!

Y dio a sus palabras ese énfasis que dan los predicadores a las sentencias latinas. El Duque murmuró con cierto empaque de antigua nobleza:

—¡Dejemos eso!…

Y puso su mano enguantada sobre el hombro del alférez, que sonrió forzadamente, atusándose el bozo, apenas una sombra de humo sobre su boca que tenía el carmín de una boca de mujer. El capitán hundía las manos en los bolsillos de su pantalón:

—¡Jorge, que los mozos conserven sus ilusiones!

Alaminos los miró fríamente:

—¿No negarán ustedes que hay oficiales valientes y que se baten?

Alzó los hombros el húsar:

—Cierto. Uno soy yo… ¿Pero a qué viene eso?

El capitán reía, soplándose la barba:

—¡Eres un demoledor!

El Duque le miró con lástima:

—¡Pero tú tienes que estar de acuerdo conmigo!

—¡Hombre, tanto como de acuerdo!

—Tienes cien cruces, cien medallas y cien años de capitán. ¿Tú eres capitán desde la guerra de África?

—No, desde antes. Allí gané una laureada. El grado lo gané por haberme sublevado en Vicálvaro.

El Duque de Ordax y el alférez abanderado rieron ante la buena fe del veterano. En este tiempo se acercó a la mesa una vieja encorvada, vestida con hábito de estameña:

—¿Qué desean, señores militares?

El capitán se volvió al húsar:

—¿Tú convidas, Duque?

El otro afirmó con la cabeza, y la vieja se puso a limpiar el mármol:

—Como se han ido los mutiles, tienen, pues, que dispensar el servicio malo. Somos acá solicas las mujeres.

El capitán interrumpió:

—¿No quedaba ayer, todavía, un mozo?

—Cuando cerramos pidió su cuenta, y en la misma noche se fue.

—¿A los carlistas?

—¡Pues qué hacer! Él andaba reacio, pero desde el caserío vinieron los padres suyos y lo decidieron. Lloraban los pobrecicos porque ya son tres las prendas que tienen en la guerra.

Fruncido el delicado entrecejo de damisela, descargó un puñetazo sobre la mesa el alférez Alaminos:

—¡Esos padres merecían ser fusilados!

Replicó la vieja con gran energía:

—¿Por qué? ¿No sabéis vosotros otra canción mejor que esa? ¡Virgen, que tengo priesa y no mandáis!

El Duque se distraía avizorando la plaza, ocupado en cambiar guiños y sonrisas con una muchacha que, de tiempo en tiempo, asomaba en el gran balcón saledizo que tenía el parador. Al apremio de la vieja, el capitán le tocó con el sable:

—¿Qué tomamos?

El Duque volvió la cabeza, con gesto lleno de indiferencia y luego continuó mirando a la moza. Un momento quedó el capitán en grave meditación:

—¿Señor alférez, qué diría usted si encendiésemos luminarias?

El alférez repitió sin comprender:

—¿Luminarias?

—¡Con ron!

—¡Admirable, mi capitán!

La viejecita correteó por entre las mesas para servirles. El Duque continuaba enviando sonrisas al balcón del parador, y el capitán encargose de hacer el ponche. Sentado enfrente, el alférez contemplaba aquellas llamas de humorismo y de quimera con una obstinación dolorosa:

—¡Yo había soñado ser general!

El veterano esbozó una sonrisa de león cansado:

—¡Todos, cuando jóvenes, hemos tenido el mismo sueño! Volvieron a quedar silenciosos, y en el fondo de sus pupilas temblaba la llama azul del ponche como el final de aquellos sueños. El alférez interrogó con un gesto vago:

—¿Usted está resignado, mi capitán?

—¡Hace mucho tiempo!

—No lo comprendo… Yo dejaría de batirme.

El Duque de Ordax les dirigió una mirada burlona:

—¿Por qué se baten los carlistas?

Y el alférez respondió secamente:

—No sé. Nunca he sido carlista.

Afirmó el capitán, poniéndose una mano en el pecho, semejante a un santo resplandeciente de candor y de fe:

—Yo me bato como el soldado, por el honor de mi bandera. Insistió el alférez Alaminos:

—El soldado, si lo dejasen, tiraría el fusil y se volvería a su casa.

El capitán enrojeció:

—No todos. Yo he sido soldado, y también me batí por mis ideas.

Interrogó el Duque:

—¿Qué ideas eran las tuyas, García?

Se puso en pie el veterano. La ola de su barba derramábase sobre el pecho y le tocaba los hombros. Parecía el gigantesco San Cristóbal:

—¡Las ideas de la libertad y del progreso!

Se habían extinguido las llamas del ponche, y el veterano, aprovechando estar en pie, llenó los vasos. Los tres bebieron, chocando el cristal, y el alférez levantó su vaso sobre los otros:

—¡Por el ascenso de nuestro amigo el noble Duque de Ordax!

Y era terrible la expresión rencorosa y envidiosa de aquellos ojos azules, casi infantiles. El capitán volvió a beber:

—¡Por la República!

Los otros sonrieron vagamente, sin mirarse. Y cuando el capitán posó el vaso en la mesa, haciendo sonar el cristal, comentó burlonamente el Duque:

—Hubiera sido mejor un responso que un brindis.

El alférez dejó ver sus dientes blancos:

—Mi capitán, ahora debe brindarse por el hijo de Doña Isabel. ¿Verdad, Jorge?

—No sé.

—¿Tú no sabes?…

Una risa solapada corría por su voz, y el veterano, con su gesto plácido, desaprobaba moviendo la cabeza. En esto vio entrar a un oficial de cazadores y le llamó lleno de cordialidad:

—Teniente Velasco, venga usted a beber con nosotros.

El oficial saludó llevándose la mano a la visera del ros enfundado de hule:

—Hacen ustedes bien en tomar ánimos. Está ya decidido que salgamos en persecución del Cura.

Interrogó Alaminos:

—¿Se sabe cuándo?

—Mañana tal vez… Pero solamente fuerzas de infantería.

El Duque de Ordax apuró el último sorbo y se puso en pie:

—¿Qué fuerzas de infantería?

—Ontoria y Arapiles

—Voy a solicitar permiso para ir con ustedes. Aquí me aburro demasiado. Hasta luego.

Saludó militarmente y salió a la plaza arrastrando el sable. El alférez sonrió con despecho:

—¡Qué farsante!

—¡Un buen chico! No olvidemos que nos ha convidado, alférez Alaminos.

Y el veterano volvió a llenar los vasos con las mejillas resplandecientes y una llama dulce y expansiva en los ojos:

—¡Beba usted, teniente Velasco!… ¿Se sabe dónde está el Cura?

—Las confidencias le daban en Astigar…

—¡Saldrá mentira!

—¡Y tan mentira!… Ya se dice que fusiló al destacamento que teníamos en

San Paúl.

—Pues no se anda ese camino en una noche. ¡Lo conozco bien!

Interrogó el alférez:

—¿Pero está confirmada la noticia?

—La noticia del fusilamiento aún no está confirmada definitivamente. Lo único que se sabe con certeza es la defensa heroica que han hecho los nuestros. El Cura tenía más de dos mil hombres, y los sorprendió dormidos. Esta mañana llegó un soldado cubierto de heridas.

—¿Y los otros?

—Se teme que hayan caído prisioneros.

El capitán suspiró:

—¡Pues no me extrañaría que hubiesen sido bárbaramente inmolados!

Comenzaban a tocar las cornetas en la plaza.

IX

EL Mariscal de Campo Don Enrique España había entrado en la antigua villa agramontesa como en un campamento de moros, desplegadas las banderas, sonantes los tambores, la soldadesca hambrienta y desmandada, soberana y soberbia. Los sargentos veteranos jaleaban a bisoños que, por cobrar fama, se mostraban audaces y rompían filas, entrándose a las casas, abrazando a las mozas, sacando afuera las herradas llenas de virio… Por castigar a la villa de su claro abolengo legitimista, el anciano general asentó sus cuarteles en un convento de monjas y mandó clavar la campana que anunciaba los rezos. Solamente días después, al terminar un agasajo de chocolate y confituras, le venció el ruego de las monjas, y con galantería de viejo gentilhombre dejó aquel alojamiento para trasladarse al palacio de Redín.

La Condesa, dama en otro tiempo muy famosa por sus ideas liberales, hacía muchos años que llevaba vida retirada entre aquellos muros, sin pisar jamás la calle. Era una anciana de gran talento y de extraordinaria energía, con una vanidad un poco rancia por su belleza pasada, por su literatura epistolar y por la gloria del general Redín. Al conocer el triunfo de las armas liberales, habíase calado los espejuelos de concha, y requerido la pluma para ofrecer su palacio al vencedor de las partidas carlistas reunidas en Otaín. En la carta, muy larga y de letra ya temblona, hacía recuerdo de su luto y de su soledad, con una melancolía

que evocaba el buen tiempo de los rizos cayendo sobre las mejillas y de las camelias en los corpiños. Consagraba un suspiro a los días felices, aquellos cuando aún la muerte no había segado la hermosa vida de su inolvidable esposo el Capitán General de los Ejércitos Don Francisco de Redín y Espoz, Conde de Redín y Marqués de los Arapiles. ¡El héroe nacional en la gran epopeya de la guerra contra Bonaparte!

Al cabo de los años se abrieron nuevamente los grandes balcones del palacio, y el sol, iluminando rayólas de polvo, entró en las estancias, y vio pasar la sombra de la anciana señora y el claro vestido de su nieta. En el patio, todas las mañanas cantaba un clarín, y a lo largo de los corredores se acompasaba el son de las espuelas con el son de los sables. La Condesa sentíase revivir. Con una sonrisa de abuela se asomaba a las ventanas para ver entrar a los ayudantes del general cuando volvían de correr el campo, en alegre tropel, a la caída de la tarde. Y nunca ponderó su bizarría sin tener que enjugarse los ojos. En el patio, las herraduras de los caballos resonaban con noble estrépito, y aquellas piedras viejas se animaban con el golpe de uniformes y el aleteo de las banderas.

La llegada del general y de su Estado Mayor llevó gran mudanza al oscuro palacio de Redín. La Condesa, desde muy temprano, poníase una pañoleta de encaje sobre la nieve de sus canas, y se colgaba al cuello un gran medallón de oro, que aprisionaba en cerco de diamantes rosas el retrato en miniatura del inolvidable general Redín. En cuanto a la nieta, pasábase las horas en el salón hablando con algún oficial del Estado Mayor. Ellos la cortejaban muy respetuosos, y ella los miraba con un hechizo riente, sintiendo un poco de calor en las mejillas. Alguna vez, para templar las hipérboles galantes, hablaba de su aburrimiento en aquel palacio, con su tertulia de señoras graves, que seguían discutiendo las batallas de la primera guerra carlista, encorvadas, gruñonas, haciendo hilas, apartadas en bandos. Doña María Liñán, el aya, y la abuela, para los heridos liberales. Y las otras, un grupo de cinco viejas solteras, para los heridos de la Causa.

Eulalia, si algún momento quedaba sin escolta, mirábase al espejo, se prendía una flor, y en el clavicordio de la abuela tocaba un vals, que había bailado mucho en otro tiempo, cuando sus padres daban fiestas en su palacio de Madrid. Aquel caserón tan viejo y tan alegre, que parecía haber recogido entre sus muros el rumor de una verbena, adonde acudiesen princesas manolas y duques chisperos. Algunas veces la abuela buscaba la compañía de la nieta. Eulalia oía desde lejos el golpe de su bastón, y se volvía hacia la puerta para enviarle una

sonrisa, con los dedos volando sobre el rancio marfil. La Condesa tomaba asiento en un sillón, y cruzaba las manos, con mitones de seda, sobre la muleta de plata de su caña de Indias. Enfrente tenía el retrato del inolvidable general Redín. Era un lienzo de enorme tamaño, pintado en el año treinta por Antonio Esquivel. Representaba al héroe vestido de gran uniforme, con casaca azul bordada de oro, calzón blanco y altas botas. Tenía una mano en la empuñadura del sable y la otra en el pecho, con tres dedos, desapareciendo bajo la banda de Carlos III. Unos rizos muy negros, aplastados sobre la frente, le caían hasta el arco de las cejas, y los ojos tenían una hermosa mirada guerrera y fiera. La Condesa, después de suspirar varias veces abriendo y entornando los párpados, solía dormirse ante el retrato de su inolvidable esposo, arrullada por los recuerdos y por el vals que tocaba su nieta.

¡Oh, música ligera que el viejo clavicordio desgrana lleno de pesadumbre! Eulalia la tenía olvidada, y de pronto creyó oírla muy lejana, con vaguedad de sueño, bajo la mirada de un húsar que luce sobre el dormán la cruz de Santiago. Habían bailado juntos el último vals. El húsar se lo recordó, y ella se puso encendida. Ahora, con una tristeza que le llena los ojos de lágrimas y que no sabe explicarse, sin terminar el vals inclina la frente sobre el marfil del clavicordio, que produce un largo gemido:

—¡Qué loco! ¡Qué loco!… ¡Y se ha casado!…

X

LAS cornetas alzaban su coro entre un son de campanas que tocaban a misa. Reunidos en el atrio de la iglesia, esperando la llamada del esquilón, atendían a la formación de la tropa algunos viejos señores, prez de la antigua villa agramontesa. Paseaban embozados en sus graves capas, y de tiempo en tiempo se detenían para hacer algún comentario. Don Teodosio de Goñi dejó oír su risa clueca:

—Desde el campanario de la iglesia, un buen tiro, y cazaba al petimetre de la cruz encarnada, que sale ahora del palacio. ¡Si pudiera, aún entraba en mi casa por la escopeta!

Afirmó Don Iñigo de la Peña:

—Si lo hubieras pensado con antelación, pudimos tener escondidas las escopetas en el campanario y cazar a unos cuantos.

Sacando fuera del embozo la boca sumida, que semejaba una gran arruga, volvió a reír Don Teodosio:

—A mí no se me iba el húsar de la cruz colorada, y tampoco aquel sargento de los bigotes. ¡Le tengo gana al sargento aquel!

Susurró un viejo alto y espiritual, que llevaba una anguarina sobre los hombros:

—¡Coincidimos, querido Teodosio!

—¡También tú!

Todos aquellos señores hicieron extremos de sorpresa, a la par de Don Teodosio. El caballero de la anguarina les fijaba los ojos, unos ojos dulces que tenían el misterio de dos flores:

—Ese sargento está alojado en mi casa…

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!…

Y reían todos con esa risa lenta y cascada que acaba siempre en toses. Barboteó Don Teodosio:

—¿Te ha dejado sin gallinas?

Y, dándolo por cierto, afirmó con gravedad socarrona el tonsurado Don Eulogio:

—No suponía en usted ese espíritu de venganza…

El anciano de la anguarina interrumpió:

—¡Ya sabéis que no tengo corral!… Pero ese sargento es un mal hombre. En mi cama está acostado un pobre pistolo a quien medio mató a palos. Lo hubiera matado si no bajo a las voces y se lo saco de entre las manos.

Don Pelay de Leza hablaba con la emoción de un niño. Su rostro viejo, de ojos tan puros, tenía la blancura transparente de la hostia y una claridad infantil. Los otros sentían el contagio de aquella emoción. Don Teodosio preguntó iracundo:

—¿Le tienes en tu cama a ese pistolo?

—Sí.

—Bueno… No debe volver a las filas… Será un soldado más para la Causa.

Don Diego Elizondo, un gigante de huesos, que llevaba antiparras negras, hizo gestos terribles y desdeñosos:

—¡Mal soldado el que se deja pegar! Que vuelva al regazo de su madre ese mocete… No sirve para carlista.

Cloqueó Don Teodosio:

—Pero que deje el fusil.

Se habían detenido haciendo corro, y volvieron a continuar su paseo al abrigo de la iglesia. En la plaza se reunían los cazadores al son de las cornetas. Llegaban apresurados por las callejuelas angostas, con el fusil al hombro y los roses enfundados de hule. A la puerta del palacio, un soldado sin armas tenía del diestro la oronda mula que solía montar el general, y a corta distancia unos bagajeros esperaban con varios caballos matalones que tenían enfundados los hocicos en sendos alforjines de cebada: Eran las monturas para los capitanes de aquella tropa de infantes, tributo de guerra que, después de largo pleito, otorgaba la Merindad. De pronto hubo gran movimiento en la plaza, y dos criados que abrían de par en par las puertas del palacio, arrendáronse a los lados con respeto. El general salía entre su Estado Mayor. Andaba muy despacio, atusándose el frondoso mostacho, inclinada ligeramente la cabeza para oír a los que le hablaban. Antes de montar se acercó a los soldados, revistándolos en silencio, con las cejas fruncidas y un resuello gruñón. Habló con algunos sargentos veteranos, enderezó a un bisoño, sacudiéndole por los hombros con cierta brusquedad paternal, y estrechó la mano del capitán García:

—¿Qué hay, capitán? ¿Usted ha sido de la expedición del coronel Zurbano?

—Sí, mi general.

—¿Conocerá usted el valle de Arguiña?

—Sí, mi general.

—¿Y los montes de Astigar? ¿O no llegó a cruzarlos el coronel Zurbano?

—Cruzamos entre los dos picos. Una marcha de diez horas para tres leguas, mi general.

—¿Mal camino?

—No lo hay peor.

Halagado por aquel interrogatorio, el veterano tenía una sonrisa radiante. El general, de pregunta a pregunta, dejaba un gran espacio de silencio:

—¿Qué fuerzas carlistas perseguía aquella columna?

El capitán plegó el ceño e hizo semblante de meditar. Acababa de revelársele como un goce nuevo, el arcano de las pausas. Quería imitar al general en aquellas lagunas de silencio, y se sumergía en ellas como en un misterio voluptuoso y religioso:

—Obedecíamos órdenes secretas del Cuartel General… El coronel me distinguía, y varias veces escuché de sus labios que era empeño de honor acabar con las kabilas de Santa Cruz…

Y se puso una mano sobre el corazón, como si quisiese recordar el ademán

heroico del coronel Zurbano:

—¿Dónde sorprendieron al Cura?

—No le sorprendimos. Cuando nosotros dominamos los montes, se había corrido a la raya de Francia. Tuvimos algún tiroteo con otra partida que nos vino hostilizando parte del camino, y acabó por huir ante nosotros. Un pastor nos dijo que era la partida de Miquelo Egoscué.

El general quedó un momento caviloso:

—¡De suerte, que tan malo es el camino!

—¡Muy malo!

—Pues es preciso que nuestra gloriosa enseña flote victoriosa sobre las cumbres de Astigar.

El general levantaba la voz al mismo tiempo que iba corriendo la mirada por las filas de soldados. El capitán sintiose inspirado y conmovido, como si acercase a sus labios la copa de los brindis, en el final de un banquete:

—Mi general, guiados por vuecencia, llegaremos a clavar nuestra gloriosa bandera en el mismo sol.

Don Enrique España sonrió. De pronto, reparando en el bisoño, que volvía a torcerse bajo el peso del fusil, le preguntó:

—¿Todavía no has olido la pólvora?

El soldado le fijó las pupilas llenas de interrogaciones, como si no hubiese comprendido.

Un cabo le advirtió:

—Te pregunta si estás fogueado.

Y el soldado gritó como si el general estuviese a una legua de distancia:

—¡No, mi general!

—Pues hoy sabrás cómo silban, hijo.

Volviose haciendo seña para que le acercasen su mula, y montó con la lentitud de un canónigo. Sonaron de nuevo las cornetas, y la escuadra de zapadores rompió marcha. Los viejos legitimistas que paseaban en el atrio se detuvieron para ver el desfile de la tropa. Don Teodosio de Goñi susurró bajo el embozo:

—¡Habrá que ver cómo vuelven!

Y Don Diego Elizondo repuso, afirmándose las negras antiparras:

—Con un poco más de barro en las polainas.

—¡O descalabrados!

El gigante de las antiparras volviose al caballero de la anguarina:

—¿Tú crees en esta persecución contra el Cura?

Don Pelay de Leza miró a todos sonriendo con timidez, como si quisiese desagraviarlos, y luego murmuró con una dulzura triste y cordial:

—¡No puedo creer en esas cosas!

Gritó Don Diego Elizondo:

—¡Yo tampoco! ¡Y afirmo su pacto con los liberales!

Suspiró Don Pelay:

—¡Están de acuerdo para desacreditar a los carlistas! ¡Las naciones nos hubieran concedido la beligerancia sin las ferocidades de Santa Cruz! No es afirmación gratuita: Son palabras del general Don Antonio Lizárraga.

Hacía tiempo que sonaba el esquilón, y el caballero de la anguarina entró a oír la misa. Los otros, todavía enredados en la discusión, le siguieron. Cloqueaba Don Teodosio:

—¡Manuel Santa Cruz podrá ser un equivocado, pero no es un traidor!

Rebatía Don Iñigo de la Peña:

—¡Hace la guerra como un bandolero!

—¡Como debe hacerse la guerra! ¡Como debe hacerse la guerra!

Y gritaba Don Diego Elizondo:

—El Cura está de acuerdo con los guiris. ¡Pero no han contado con Miquelo Egoscué, ni con Don Pedro Mendía, ni con el Manco, ni con el Sangrador!…

XI

MIQUELO Egoscué capitaneaba una tropa de cien boinas rojas, gente valerosa y sufrida. Aquellos mutiles parecían hermanos, hijos de algún viejo patriarca que todavía repartiese justicia bajo el roble de Astigar. Miquelo Egoscué se juntó con ellos en la cueva del monte donde tenían su cuartel: Hizo matar las siete cabras que llevaba el pastor, y mientras se asaban para el banquete, en la gran hoguera de urces, enteró a sus mutiles de la carta del Cura.

—Yo voy allá con los que quieran seguirme.

El segundo de la partida respondió por todos:

—Está bien.

Era un viejo molinero de Arguiña.

El capitán continuó:

—Lo primero es ir… Luego veremos… ¿Conformes?

—Conformes, mi capitán.

Y en la oquedad del roquedo, la voz de todos se juntó en un son oscuro, y despertó el eco que había repetido el rugir de los leones milenarios. La figura del pastor se alzó entre el humo de la hoguera:

—Amo Miquelo, bajo a la rectoral por la yegua del Rector. No vayas tú a pie. Si te hemos de ver, tienes que ponerte más alto.

Se agachó para meter en el morral las siete esquilas ensangrentadas, y escapó gritando:

—Para no tardarme saldré al camino con la yegua.

—Pues espera en la venta del camino de Francia.

El molinero de Arguiña, que estaba tendido cerca de la hoguera, se incorporó lentamente, poniéndose la boina:

—No me fío mucho, Miquelo.

Interrumpió el otro con fiereza:

—¿De quién no fías?

—Del Cura… ¿Pues de quién?

—Yo tampoco me fío. Por tanto, quiero saberle la intención.

—Hoy mismo nos contó un veredero que había desobedecido órdenes del Rey Don Carlos.

Murmuró un mozo volviendo en la hoguera el cuarto de una cabra:

—¡Quiere ser solo! Otro tiempo anduve en su compañía, y bien lo conozco.

El molinero estuvo conforme. Más lejos se alzó una voz:

—Juanco, el veredero, cuenta que ha sido recibir la orden, y leerla en presencia de su gente, y romperla y tirar los pedazos con una gran risa…

Venía la voz del otro lado de la hoguera, donde tiritaba un mozo enfermo que mostraba el demacrado perfil, incorporándose sobre el poncho, convertido en cabezal. Se alzó más lejos otra voz que la oquedad de la cueva hacía resonante y profunda:

—¡Estaría yo en las filas! ¡Dios, que allí lo vuelco con una bala en la cabeza!

Y entre el tumulto dorado de las llamas se destacó la figura de un hombre, con el torso desnudo y los brazos ensangrentados hasta el codo, que desollaba una cabra, atada por la cuerna a un saliente de la roca. Y las voces se encadenaban como los ecos:

—¿Se sabe que la orden era del Rey Don Carlos?

—¡Es la palabra de Juanco!

—La orden no era del Rey. Era del general Lizárraga.

—Santa Cruz quiere ser solo en el mando.

—¡Mala cosa es la envidia!

—Por ella ya le ponen tacha de traidor.

—¿No lo es? Otros lo han sido con mayor renombre.

—¡Lo fue Cabrera!

Gritó el capitán:

—Si es traidor o leal lo sabremos mañana. En tanto yo seguiré teniéndole por amigo.

Sacó del fuego un pernil de cabra, y comenzó a partirlo sentado a la redonda con algunos soldados. Hizo reparo un mozo de Roncesvalles:

—Aún chorrea la sangre, capitán.

—Crudo te lo comieras.

Afirmó otro soldado:

—Así es más sabroso.

—¿No tenéis vino?

—Yo tengo una pellejuda, capitán.

—Tráela para acá, mutil.

Miquelo Egoscué bebió largo y despacio. Tras él bebieron los otros. Dijo un soldado:

—¡Es puro de uva!

Y el capitán:

—Dejad para otra ronda, muchachos.

Cuando dieron fin de aquel pernil, retiraron otro. Los cien hombres de la partida bebieron y se holgaron en el rústico banquete. El molinero de Arguiña comenzó a cantar, y puso en hilera las cabezas degolladas de las siete cabras: Eran de aspecto brujesco bajo el resplandor de la hoguera, con sus ojos lívidos, y sus barbas sangrientas, y sus cuernos infernales. Se oían los tiros de la sal en el fuego. Miquelo Egoscué ofreció vino a un soldado que estaba en su corro:

—Mutil, disponte a cantar.

El soldado se alzó dando un relincho, y plantado en medio de la cueva tiró la boina por alto:

—¡Jujurujú! ¿Quién sale a contender con Pedro Larralde?

Hubo un largo silencio, y luego resonó una voz:

—¡Aquí se encuentra Martín Rojal!

Con los brazos ensangrentados y el torso todavía desnudo, adelantó el mozo que había desollado las cabras. Gritó animoso el molinero de Arguiña:

—¡Viva el versolari de Albéniz!

Y clamaron otras voces:

—¡Viva el de Astigar!

El de Albéniz salió de la negra humareda, gigantesco y desnudo, y fue a ponerse en la boca de la cueva. El de Astigar le siguió meditabundo. Era pálido, con grandes barbas negras y los ojos cavados como un monje.

Cerró los ojos y empezó a cantar improvisando:

—Señora Reina, rosa blanca,
De la clara sangre real,
Señora Reina que hace hilas
El pañolico de cendal,
Cuando del pecho me sacaban
Una bala en el hospital,
Eran sus manos con anillos
A sostener mi cabezal.

Tenía voz grave. Después de terminar seguía con los ojos cerrados. Cantó el de Albéniz:

—Blancas manos de la Señora:
Aún más que flor de limonero,
Más que vellón, más que fariña,
Y el pedrisco del aguacero,
Más que la boina del Rey Carlos
Y que la luna en el Enero…
Blancas manos de Señoría,
En cada un dedo su lucero.

El versolari de Astigar abrió los ojos, sonriendo vagamente:

—¡Da la mano!

Pero apenas pudo ver la sombra del otro, que saltaba por encima de la hoguera, tendidos los brazos ensangrentados:

—¡Jujurujú!

La luna caía sobre la nieve y entraba en la cueva el resplandor. El capitán dio orden de partir. Se alinearon fuera, bajo el azul nocturno, y las almas tenían el temblor misterioso y luminoso de las estrellas. En la bajada del monte, entre la masa fosca de un pinar, tiembla también una luz. Allí es la venta del camino de Francia.

XII

CARA de Plata y el contrabandista se calentaban en la cocina de la venta, esperando la hora de media noche para ponerse al camino, bajo la fe del ventero. La monja y la muchacha habían subido al piso alto, donde, tras largo rezo, descabezaban un sueño, juntas las dos en una cama de siete colchones. Se oyó en el camino el paso de un caballo. Luego llamaron a la puerta. El ventero salió soñoliento del pajar, quitó una albarda vieja que servía para cegar un ventano, y asomando preguntó quién era el caminante. Pero le reconoció al mismo tiempo, y sin respuesta, fue a quitar los tranqueros. Entró el pastor tirando del caballo:

—¡Ave María Purísima!

Atravesó la cocina con el caballo del diestro, y se ocultó por la puerta de los establos. El ventero le seguía con el candil de aceite que descolgara del velador. Quedó la cocina alumbrada por la llama del hogar. Cara de Plata y el contrabandista se hablaron en voz baja:

—¡Me recelo alguna traición!

—Usted, hijo, no conoce a esta gente. ¡Más leales que una onza de oro!

Hizo un gesto el segundón, atizando la lumbre, y a poco volvían el pastor y el ventero:

—¡Pues no van a tener poca escolta las dos señoras, y el mocé!

El ventero, que guiñaba los ojos al contrabandista, llenó un vaso de chacolí y lo ofreció al pastor:

—Para echar fuera el friaje.

El otro repuso en voz baja:

—Se agradece la buena voluntad… Se agradece, pero no lo cato…

—¡Es manía!…

El pastor movió la cabeza:

—Es más de la media noche, y ha comenzado el día del viernes. En tal día, todo el año hago ayuno de pan y agua.

El cabrero acercose a la lumbre, y pidió permiso para sentarse en el escaño donde estaban el contrabandista y Cara de Plata. Le hicieron sitio, y el hermoso segundón le miró de alto a bajo con su mirar arrogante:

—¡El ayuno no reza con los soldados!

Y apuró la taza que mediada de vino tenía sobre el banco. El contrabandista soplaba para esparcir el humo de su tagarnina: Luego tosió con una tos socarrona

y picara, atisbando de reojo al pastor:

—Es bueno para los ermitaños… Tú, como habitas en el monte con tus cabras, algo tendrás de ermitaño.

—Ni tengo cabras, güelo, ni habito el monte desde agora. También hago mi propósito de ser soldado del Rey Don Carlos… Y firme como el mejor, y sin dejar el ayuno.

Cara de Plata sonrió con desdén:

—Mal haces en pasar hambre si no te sirve para ser humilde, mozo. ¿Sabes tú hasta dónde puede llegar el coraje de un hombre?

El pastor tenía las manos cruzadas:

—Yo digo que adonde otro llegue, llegaré con la ayuda de Dios.

Gritó de lejos el ventero:

—¿Y si no te ayuda, Ciro Cernín?

El pastor quedó un momento con la mirada vaga sobre las llamas:

—A morir como es debido, siempre me ayudará.

Y el ventero, que ponía los trancos a la puerta, se detuvo para replicar:

—¡No será sola para ti la santa ayuda! A todos tocará, aun cuando no todos ayunen.

El pastor repuso bajando los ojos y estremeciéndose:

—¡Yo hago mi penitencia para que no me falte!… ¿Pero por qué sois contra mí?

Cara de Plata le interrumpió:

—Las penitencias de los soldados son otras… Andar caminos cuando hay que andarlos, y pasar hambre cuando no hay pan, y dormir al raso cuando no hay cama. Pero en la hora buena hay que regalarse.

Corearon el contrabandista y el ventero:

—¡Cabal!

—¡Así es!

El pastor movía la cabeza, sentado enfrente del hogar, con las manos en cruz. La niebla de sus ojos era de oro:

—¡Ciro Cernín, no! ¡Ciro Cernín, no!

Cara de Plata le miró con burla:

—¿Y piensas ser en la guerra tan valiente como el primero?

El pastor repuso en voz baja:

—Como el primero.

—¿Como yo?

—¡Lo mesmo!

—¿Como el Rey?

—El Rey no acuenta con nosotros.

Cara de Plata se puso en pie, estrellando contra el suelo la taza del vino:

—¡El Rey se cuenta conmigo, que también vengo de reyes!

El pastor le dirigió una mirada clara y bella:

—No maginaba que fueses de nobleza.

El hermoso segundón se alejó, paseando la cocina silencioso y altivo. Luego volvió a sentarse en el escaño, y quedó con la cabeza entre las manos, contemplando el fuego, mientras los otros, en su vieja lengua vascongada, comenzaron a loar las proezas de Miquelo Egoscué. Seguían en el relato de aquellas gestas, cuando los mutiles de la partida invadieron la venta con alegre tumulto. En lo alto de la escalera la monja apareció, sobresaltada:

—¿Qué sucede, Cara de Plata?

—Soldados de los nuestros, tía.

La señora descendió lentamente, y con los ojos buscó al capitán para saludarle.

Miquelo Egoscué se acercó en compaña del ventero:

—Señora Madre, aquí estamos para lo que mande.

La monja murmuró con una dulzura noble y entera:

—¡Gracias, hijo!

Se apartó el ventero para retirar un gran jarro talavereño, que comenzaba a desbordar roja espuma bajo el odre del chacolí, y la monja y el capitán siguieron hablando:

—Ya estoy al cabo… Su deseo es verse en el Cuartel Real.

—Al lado de la Señora… Poder ayudarla y asistirla en estos momentos que son supremos para ella y para la Causa. Creo que no basta ayudar desde lejos, a todos nos reclama la guerra.

El capitán repitió con energía:

—Sí, a todos.

—Los soldados para dar su sangre; nosotras, las pobres mujeres, para restañarla. Aquí debían estar todas las madres y todas las hermanas. ¿Qué pensará el soldado cuando se muere en un hospital o en un camino sin tener quién le cierre los ojos?

—Pues pensará que son pocas las mujeres que tienen alma para ver la guerra, y la sangre y la muerte… ¡Y monjas menos, que todas se asustan de la pólvora!

—Yo también me asusto. He sido siempre muy cobarde, y ahora quiero ser valiente… El valor es una virtud tan grande como la humildad, como la caridad, como la pobreza.

Miquelo Egoscué se quitó la boina con arrebato:

—¡Bien por la Madre Isabel!

La monja plegó los labios con malicia, y al mismo tiempo enrojecían sus mejillas pálidas:

—El valor purifica todas las virtudes, y el miedo las tiene soterradas entre escorias. Yo antes no lo sabía, lo aprendí hace poco…

Murmuró el capitán en voz baja, como si estuviese en una iglesia:

—¡El valor es todo!

La monja miró al hermoso segundón que venía hacia ella, y sonrió con melancolía mostrándoselo a Miquelo Egoscué:

—¿Ve usted aquel mozo?

—¿El que llaman Cara de Plata?

—Sí… Su padre, que vive en el pecado desde hace muchos años, es mujeriego, despótico, turbulento, pero su valor y su caridad son ejemplares… Yo creo que en la hora última se salvará por esas dos virtudes… Como no conoce el miedo, a sus criados y a sus amigos los ayuda en los mayores peligros. Y al que tiene una culpa se la descubre… Así pone miel en muchas heridas, y arranca muchas máscaras.

Cara de Plata estaba en pie, atento, con los ojos luminosos y una sonrisa atrevida:

—Sin las virtudes de mi padre, los hijos seríamos bandidos. Pero algo se hereda. El valor y la caridad son los fundamentos de una raza. En otro tiempo hubo órdenes religiosas que entre sus votos tenían el de la valentía, como el primero. ¡Eso, al menos dicen las historias de los Caballeros Templarios!

La monja le reparó hondamente:

—Cuenta primero la Fe.

Y subió al piso alto para despertar a Eladia. La pobre niña sorda seguía durmiendo a pesar del tumulto que alzaban aquellas cien boinas rojas.

XIII

SE oyó la voz de la abuela y el canto de los gallos. Una moza soñolienta descorrió la cortina de estameña verde, que resguardaba el camastro donde la vieja descansaba con el gato a los pies. La Mai Cruz se incorporó en el cabezal, dando un suspiro:

—¡Ay, mis huesos, viejines!

Llamó a un soldado, sacando de entre las cobijas una mano consunta. El soldado se llegó al camastro, y la vieja, con un dedo, le apuntó hacia el horno. No entendió el mozo lo que quería decir, y le gritó:

—¿Qué se ofrece, ama?

—Mutil, que abras el horno… Hijo, con los otros, como hermanos, te repartas el pan.

El soldado fue al horno y quitó la tapa, que era una losa de piedra con una cruz labrada en el centro. La abuela le acompañaba con los ojos, alzándose cuanto podía sobre la almohada, conmovida la cabeza por un temblor senil:

—Cuento que serán cinco los panes, hijo.

El soldado desnudó su cuchillo y repartió la borona caliente y dorada entre unos pocos que se le juntaron alrededor. Algunos la desmigajaban en las tazas llenas de chacolí, y les decía la Mai Cruz:

—Esas migas son buenas cuando es mosto… Y cuando salta a los ojos en el enero… ¡Ay, había una olla con miel, pues este día se me acabó!… Poniéndolo a la lumbre, cómo tendríais para endulzarlo… No sé qué gato se come la miel… La moceta es nueva acá… ¡Ay, hijos, cómo tendríais para endulzarlo!… Puesto a la lumbre es cordial…

La Mai Cruz hablaba sonriendo como una niña, sin que nadie la atendiese. Los soldados se disponían para el camino, y era gran tumulto en la cocina. Miquelo Egoscué había disputado con el contrabandista para que llevase a las monjas en el carro, pues no era el paso tan difícil como encarecía aquel viejo apicarado. Cobijadas bajo el toldo, las monjas oían pacientemente los denuestos del contrabandista, que iba y venía al establo, sacando las mulas del tiro:

—¡Jo!… ¡Coronela!… ¡Espabila, Reparada!… ¡Si un rayo te partiese!…

La Madre Isabel llamó a un soldado enfermo para que fuese en el carro. Era un mozo de pocos años, con la frente vendada. Subió ayudado por las manos señoriles de la monja, mientras la niña le tenía el fusil con una sonrisa esforzada y asustada. La Josepa asomó de pronto, dando voces. Venía del pajar, donde había dormido:

—¡Borracho! ¡Borrachón! ¿Adónde te escondes, arrenegado?

El molinero de Arguiña la amenazó desde lejos:

—¡A trancar la boca, Josepa!

La mendiga entró por su niño, y luego llegose al carro gimoteando:

—¿Adónde está mi Roque? ¿No han visto sus señorías a mi hombre?

Respondió severa la Madre Isabel:

—No lo hemos visto.

—¡Tendrían una caridad para este hijo de mis entrañas!

Y levantaba al niño, que medía el aire con sus manos lechosas y arrugadas.

Eladia le tomó en brazos:

—¡Está amoratado de frío!

Suspiró la mendiga:

—¡Pobres hijos!

Olía a vino y se restregaba los ojos con las dos manos: Llevaba una chaqueta de soldado atada por la cintura. La Madre Isabel la miró con lástima:

—¿Ha desaparecido Roquito?

—Sí, mi señora.

—¿Estará escondido?

—¡Por todas partes tengo mirado!…

—Acaso aparezca cuando sepa lejos a la Madre Isabel.

Gimoteó la Josepa:

—No es la primera vez que se huye. Por veces éntrale ese ramo de locura.

—¡Lucha por salir de las garras del demonio!

La Josepa comenzó a rascarse la greña:

—No piense que vivimos como mal casados… muy santamente… Andamos juntos por nos ayudar. Yo le guío en las veredas, cuando tiene que ir de una parte a la otra, porque no es nativo de acá. Sus señorías saben que no hablo mentira. Y él parte conmigo lo que tiene, y con el pequeño… ¡Resalado! ¡Lindo! ¡Valeroso! ¡Ligero!

Abría los brazos llamando a su hijo, que saltaba en el regazo de Eladia. Comenzaba a rodar el carro, y el contrabandista, al flanco del tiro, restallaba el látigo:

—¡Jo!… ¡Coronela!… ¡Jo!… ¡Reparada!

Murmuró brevemente la Madre Isabel:

—Hija, sube al carro.

La mendiga pestañeó con fuerza, se atirantó las puntas del pañuelo que

llevaba a la cabeza, y subió. En la puerta de la venta estaba el capitán, jinete en la yegua del Rector de Astigar. Las cien boinas rojas se alineaban por el camino. Volvía a restallar el látigo del contrabandista:

—¡Jo!… ¡Centinela!… ¡Jo!… ¡Reparada!…

Aún no era día claro cuando abandonaron el camino real, internándose por los atajos del monte. Se les veía de lejos saltar por cuetos y vericuetos, dando alegres gritos, espantando a las cabras. El carro, con algunos hombres de escolta, seguía un camino de ruedas, entre crestones de granito: Caminaba lentamente bajo el vuelo de los buitres y la amenaza de los grandes peñascos desarraigados del monte. Poco antes de la media tarde llegó a la villa de Urdax. En la plaza bailaban las mozas con los voluntarios carlistas, llegados mucho antes por los caminos de cabras, y en el balcón de su casona, tocaba la gaita un viejo que había sido cirujano en la primera guerra. Cuando vio aparecer el carro, bajó a la plaza y dio voces al contrabandista para que viniese a pararse bajo el porche de la casona. Después, quitándose la boina, se dirigió a la Madre Isabel:

—Por Miquelo ya tengo noticia de quiénes son ustedes, señoras mías. En mi casa harán penitencia por conspiradoras.

Tomó en volandas a la monja, que le alargaba una mano para bajar del carro, y luego hizo lo mismo con Eladia. La Madre Isabel le miraba sofocada y risueña:

—¡Muchas gracias!

—Son las que usted tiene. A una monja no se le debe decir eso, pero yo lo digo: ¡Y si se incomodan, peor!

La Madre Isabel reía llena de simpatía:

—No nos incomodamos, señor.

—Serafín Fornoza. Nada de señor. Aun cuando tengo la cabeza blanca, yo no soy viejo. De la edad de esta señorita.

Y quitándose la boina y haciendo una gran cortesía, saludó a Eladia. La pobre niña le respondió con su gesto triste y vago, lleno de cordialidad. Murmuró la monja:

—Es sordita.

—Le hablaré por señas como a una novia. ¡Ya podría ser que no me acordase!

Y moviendo muy deprisa los dedos, le alabó los ojos, comparándolos con los luceros. Eladia, poniéndose encendida y riendo, se lo contó a la Madre Isabel. Entraron en la casa, y las hijas del cirujano, siete señoritas lugareñas, se agolparon a la escalera para recibirlas.

XIV

AQUELLA misma tarde, un aldeano trajo noticia de que estaba cerca la caballería republicana, y en seguida se reunieron en la plaza los voluntarios y algunos viejos de la villa, mal armados con escopetas antiguas. Una viuda que vivía al pie de la iglesia, y un niño, hijo suyo, tocaban a rebato las campanas. Se interrumpieron los bailes, desapareció la tranquilidad que reinaba, y todos se dispusieron para volver al monte. No era posible arriesgar un combate con la caballería republicana, pero tampoco querían huir al solo anuncio de que estaba cerca, sin esperarla en los riscos del camino real y derribar algún jinete. El aldeano que había traído la noticia, limpiándose el sudor, se bebía un tanque de sidra a la puerta de la casa rectoral:

—¡Chaquetos colorados! ¡Por cima de los trescientos, y…!

Miquelo Egoscué decidió esperar hasta saber los movimientos de aquella tropa, que aún estaba a tres leguas de camino. En una sala grande, donde había una mesa de alas y un Cristo sobre la pared encalada, el cabecilla explicábale a Cara de Plata:

—Tengo algunas parejas apostadas en el camino, buenos tiradores que algo harán con sus disparos, al mismo tiempo de avisarnos. Con esta prevención es difícil que nos sorprenda el enemigo, porque estoy al cabo de sus movimientos y puedo burlarles.

Sentada en un sillón, bajo los pies del Cristo, estaba la monja. La guerra comenzaba a parecerle una agonía larga y triste, una mueca epiléptica y dolorosa. Aquellos campos encharcados, aquella nieve enlodada cubriendo los caminos, le producían una indefinible sensación de miedo y de frío: Era la misma sensación que experimentara otras veces al ver un entierro en medio de chubascos, y oír sobre la caja el hueco azotar de la lluvia. Había imaginado la guerra gloriosa y luminosa, llena con el trueno de los tambores y el claro canto de las cornetas. Una guerra animosa como un himno, donde las espadas fueran lenguas de fuego, y el cañón la voz de los montes. Deseaba llegar a la hoguera para quemarse en ella, y no sabía dónde estaba. Por todas partes advertía el resplandor, pero no hallaba en ninguna aquella hoguera de lenguas de oro, sagrada como el fuego de un sacrificio:

—¡Que mi alma toda se consuma en la llama de tu amor, mi Señor

Jesucristo!

Al caer la tarde se supo que la caballería republicana se había repartido por Elorza, Ergoy, Ayanz y San Pedro de Olaz. El molinero, que era segundo en la partida, trajo la noticia al cabecilla, que se volvió y dijo a los otros con su ingenua sencillez de guerrero antiguo:

—Ya no hay esperanza de que vengan.

Interrogó la Madre Isabel:

—¿Por qué, señor Miquelo?

—Porque tienen tanto miedo a correr por estos montes, que apenas oscurece se cierran en los pueblos, hasta que raya el sol.

Dijo Cara de Plata:

—Según eso, la guerra se hace de día.

—Por parte de los guiris, que por la nuestra se hace a todas las horas, y más de noche que de día.

Comentó el viejo Fornoza:

—A los carlistas la oscuridad no les da miedo. Son lobos que conocen las madrigueras del monte, y lo corren de noche con toda seguridad.

La Madre Isabel insinuó con una leve sonrisa señoril y monjil:

—Pues yo creo que también atacan de noche los republicanos, como sucedió hace poco en Monreal.

Brillaron los ojos de Miquelo Egoscué:

—¡Yo estuve allí! Es verdad que atacaron de noche, pero entonces escarmentaron. Nouvilas, su general, estuvo ya rodeado por los nuestros, y les quitamos las escobas de los cañones… Ahora ya se acuestan con el sol, como las gallinas.

Volvió a sonar el tamboril en la plaza, y el cirujano salió al balcón con su gaita de grana. Comenzaron de nuevo los bailes y los relinchos guerreros del zorcico:

—¡Jujurujú! ¡Jujurujú!

Un corro de rapacines encendió una hoguera. Corrieron por las casas pidiendo a las viejas jara, y pinocha y paja del maíz. Agrupados en las puertas, salmodiaban su demanda como una lición en la escuela:

—¡May Mari! ¡May Juani! ¡May Rosa! ¿Hay un brazado para una hoguera!

Tornaban a la plaza con alegre tumulto, que tenía un eco en aquella sala lugareña, de muros encalados, donde el cabecilla y el segundón paseaban de testero a testero, en el gran silencio de la tarde, ante los ojos abstraídos de la

monja, que permanecía con las manos en cruz sentada en el sillón de cuero, bajo los pies del Cristo. De tiempo en tiempo alguno de los hombres quedaba inmóvil delante del balcón, y esparcía los ojos mirando los bailes. En una de estas veces, el cabecilla vio venir a una mujer mendiga, que desde la plaza le llamó dando voces:

—¡Señor Capitán! ¡Señor Capitán!

Era Josepa la de Arguiña. El capitán salió al balcón:

—¿Qué hay?

—Diz que no vienen ya los negros. ¿Quieres tú, señoría, que me llegue adonde sea?… Manda que me pongan un pan en este cesto, y mañana tendrás noticias.

Miquelo Egoscué dejó vagar los ojos por los montes lejanos:

—¡Hay mucho camino!

Replicó la mendiga:

—Mandarías darme un pan y una gota de anisado para este hijo, que el mucho camino no hace.

Y levantaba hacia el balcón al niño, que parecía amortajado en unas horribles bayetas amarillas.

Una vecina salió con un pan y un jarrillo verde. Murmuró el cabecilla:

—En derechura a San Pedro de Olaz.

Comentó la vecina:

—¡Cerca de las cuatro leguas!

Saltó la Josepa:

—¡Dios se lo premie, Mai Rosa! El mucho camino no hace. Zapatos de fierro rompiese yo por el Rey Don Carlos… ¡Y por ver en una horca a todos los negros, que me dejaron viuda, y pusieron a pedir por las puertas!

Advirtió brevemente el cabecilla:

—¡Ten cuidado que no te fusilen!

—¡No tendrán alma para ello! Si entrasen en sospecha, veinte palos pudiera ser que me mandasen dar…

Se puso al niño en una cadera, y engalló el cuello saludando. La monja, que había salido al balcón, la vio partir cargada con el niño, y con el pan para el camino. Le pareció sentir una voz en el misterio interior y en la vaguedad del aire:

—¡Aprende tú, la senda de esos pies descalzos!

XV

LA Josepa durmió en una cueva, cerca de San Pedro de Olaz. Rayando el día, se dirigió al molino donde se alojaban algunos soldados, y andando entre ellos comenzó a pedir limosna. A lo lejos sonaba un clarín. Los soldados se apresuraban almohazando los caballos: Algunos, embozados en las mantas, bajaban al río, y sus cantos tenían una claridad juvenil en la mañana fría y lluviosa. Eran cantos regionales, donde se sentía el alma primitiva del pueblo pastoril y guerrera. La Josepa entró al molino, y descubriendo la cara pálida del niño, que dormía en sus brazos, comenzó una letanía para que la consintiesen secarse al fuego. Un soldado, compadecido, le dejó algunas rebañaduras de su rancho. La Josepa comenzó otra letanía de gracias:

—¡Dios te lo pague, hijo de buena mai! ¡Dios te lo pague, ligero! ¿Llevas mucho tiempo en la tropa? ¡Así te camines a tu casa en el mismo día de hoy, con el cañutero de la licencia! ¡San Cernín Glorioso, si aparenta que no has de tener los quince años entodavía! ¿Ya habrás pasado lo tuyo? ¡Penas y trabajos! ¡Penas y trabajos!… ¿Cómo es el nombre de tu escuadrón, mocé?

El soldado sonrió con orgullo:

—¡Primero de Numancia!

—¿Y eso qué dice?

El soldado hizo un gesto vago:

—El nombre del escuadrón… ¡Como lo han bautizado!…

La mendiga enterró las uñas en la greña:

—Menos mal que vosotros sois de caballo… ¡Los pobres que tienen de ir a pie, como están los caminos de nieve! ¿Y de aquí vosotros a dó vais?

—Adonde cuadre.

—Con los buenos caballos que montáis, en un día ya correréis un sinfín de leguas. ¡Seréis muchos miles!

El soldado miró a la mendiga con una vaga sospecha que se disipó al verla encorvada dando el pecho al niño, temblando de miseria bajo sus harapos. Sin responder, se acercó a una puerta baja, que tenía el umbral blanco de harina, y llamó a voces:

—¡Patrona!… ¡Ya nos vamos!… ¡Perdonar!…

Se oyó una voz de mujer:

—¡Que no vendríais más!

Fuéronse los soldados, en un trote sonoro sobre el camino endurecido por la

helada. Y salió la molinera a la puerta para verlos partir. Era una moza de buen donaire, con el cabello blanco de harina, y los ojos verdes como el agua del río, y las mejillas llenas de un encanto campesino y solar. Hasta que los últimos jinetes desaparecieron en una revuelta del camino, estuvo en la puerta sin hablar, mirando a lo lejos, con una mano levantada e inmóvil como figura de retablo:

—¡Yo les hago la cruz! No tienen rabo ni cuernos, pero son diablos.

Afirmó la Josepa:

—¡De los mismos profundos!

La molinera miró al niño colgado al pecho de la mendiga:

—¿Qué le das a ese hijo? ¡Solimán!

Entrose y abrió un arcaz de donde saco un jarro tapado con un paño de lino casero que tenía una cenefa bermeja.

La de Arguiña aún estaba en la puerta oteando el campo:

—¿Hay mucha tropa por el contorno?

—Pues ayer todo el día no dejó de pasar tanto de a caballo, tanto de a pie. Hoy ya dicen que seguirá lo mismo.

—¡Si no andaría lejos Don Manuel, no les faltara escarmiento!

La molinera movió la cabeza al mismo tiempo que vertía en un cuenco la leche del jarro:

—Dale al pequeño.

La Josepa tomó el cuenco y se agachó con la espalda pegada al muro:

—Está mal acostumbrado… No cata si no es la teta… He de tomarlo yo, y él cuidará de sacármelo.

La molinera hizo un gesto de lástima, mientras con el regazo lleno de mazorcas de maíz iba a sentarse cerca del fuego para desgranarlas. Quedó de pronto quieta, con el oído atento, y fue como un susurro la voz de la Josepa:

—¡Tropa que llega!

Se oía la marcha acompasada de una escuadra que cruzaba el camino. La molinera dejó caer las mazorcas, y corrió a la puerta:

—¡Forales, tú!

Los forales, afamados por valientes desde la otra guerra, conocían los montes como los voluntarios del Rey. Aventureros en su tierra, tenían la alegre fiereza de los soldados antiguos, y el amor de la sangre y de la hoguera. ¡La hermosa tradición española! Las partidas odiábanles como a gente renegada, y todavía era mayor el odio en aquellos caseríos patriarcales, donde entraban a saco sin respetar a las mujeres ni al amo viejo, que ya no puede moverse del sillón de

enea. Al verlos hacer alto, la molinera se entró cerrando la puerta del molino. Venían repartidos en dos hileras, dando custodia a una cuerda de cinco presos. Adelantose un soldado, y llamó con la culata del fusil. Dijo dentro la molinera:

—¡Derribarán el postigo, tú! Abre, Josepa.

La mendiga obedeció, amenazando en voz baja:

—¡No habría una ponzoña para echar en el agua de la fuente!

Entró al molino la tropa, empujando a los prisioneros que tenían las manos atadas y estaban cubiertos de lodo, con huellas de haber sido arrastrados por los caminos. La Josepa rompió la fila de soldados para acercarse a uno de los presos:

—¡Así te ves, borrachón!

El hombre levantó la cabeza y arrugó el hocico con una vaga risa de viejo y de niño:

—¡Así me veo!… ¡Vaites! ¡Vaites!… Sabes que andan por fusilarme, Josepa.

La de Arquiña miró a los forales con gesto desdeñoso:

—No tendrán alma para ello.

Roquito se encogió guiñando los ojos:

—¡Vaites! ¡Vaites!

Sentado cerca del fuego, con la barbeta apoyada en las rodillas, parecía menguar de una manera grotesca, y sumirse en su risa, y rodar dentro de ella como la bola de un cascabel. La Josepa le vio las manos amoratadas por las ligaduras, y sintió una gran lástima:

—Pues te llevan como los judíos al Señor.

Los ojos de Roquito tuvieron una llama de amor en la sombra de una vaga demencia:

—¡Bien se va a repelar el demonio, que ya me tenía cogido!… ¿Tienes un poco de pan, Josepa?

La mendiga sacó un mendrugo de la faltriquera, y se lo acercó a la boca:

—Arranca un pedazo.

Roquito hincó los dientes con avidez:

—¡Vaites! ¡Vaites!

—Es ley de verdugo no aflojarte las manos para que podrías tener el pan.

—Deja que pase trabajos.

—¿Cómo fue prenderte?

—Unos soldados me llevaron al hospital por una herida que tengo en la espalda. Has de mirármela, que me escuece, y darle una untura de tocino, si el

ama es caritativa. En el hospital, con un delirio que me entró, todo lo declaré.

—¡Pues tú mismo te pierdes, borrachón!

Roquito empezó a reír, mirando a los forales:

—Dicen que me llevan a comparecer en un Consejo de Guerra: Me llevan a ser fusilado en un camino.

Murmuró estoico uno de los prisioneros:

—Todos vamos a lo mesmo… La tropa no lo niega… En Otaín nos dijeron que éramos conducidos a Pamplona… Algunos lo creyeron, mas ahora ninguno deja de saber ya su suerte.

Roquito se volvió a la Josepa:

—Llégame el pan a los dientes. ¿Oíste que perecieron abrasados todos los negros que estaban en el caserío de San Paúl? ¿Sabes quién puso fuego a las puertas? ¡Míralo aquí!

La Josepa exclamó con la voz rota por una carcajada que tenía la emoción de un sollozo:

—¿Y serías capaz, borrachón?

Roquito agachaba la cabeza entre los hombros, y arrugaba el hocico, riendo con aquella risa pueril, de vaga demencia:

—¡Vaites! ¡Vaites!

En esto vinieron algunos forales, y con las culatas de los fusiles hicieron levantar a los presos. Dos viejos rogaban por que les dejasen descansar mayor tiempo, pero el que mandaba la escuadra se opuso. Salieron al camino, y cuatro forales rompieron filas, llevándose a uno de los viejos. Se les vio abandonar el camino real e internarse por una senda entre peñascales. Los presos se miraron en silencio. Murmuró el otro viejo:

—Ese es el primero.

Pasado algún tiempo, y después de hablarse en voz baja, rompieron filas otros cuatro forales llevándose a un mozo de Roncesvalles. Al hacerle torcer de camino, se volvió gritando:

—¡Viva Carlos VII!

Roquito fue el último. La mendiga estaba en la puerta con los ojos enjutos, y la boca blanca de tan pálida: Tenía al niño en brazos, y el antiguo sacristán la llamó:

—Acércame al pequeño para que lo bese, con permiso del señor oficial.

La Josepa llegose con el infante y lo alzó hasta la boca del prisionero que, al intento de doblarse, se dolía de su herida:

—¡Adiós, carabel! ¡No seas un pecador!

Se alejó en medio de la tropa. Josepa la de Arguiña quedó un momento inmóvil en medio del camino, y luego echó a correr siguiendo al preso:

—¡Tendríais alma de matarlo! ¡Pues tendríais alma!

XVI

—HAY que hacer las cosas conforme lo manda Dios.

Diego Mail, el sargento de los forales, decía tales palabras a modo de sentencia, al entender que los mozos de la escuadra se iban concertando en voz baja, para poner sus balas en la cabeza de Roquito. El corneta guiñó un ojo, indicando a la Josepa:

—Si la señora da en seguirnos… ¡Y al fin, ello tendrá que ser!…

Iban atravesando un pinar todo en silencio y en sombra triste. Sentíase, de tarde en tarde, el aleteo de algún pájaro enramado, y una vez distinguieron al raposo, que volvía de la aldea: Pasó a lo lejos corriendo con el hopo agachado. Le dieron voces:

—¡Oh!… ¡Oh!…

La carretera cruzaba por entero el pinar, que tenía cerca de una legua. Roquito marchaba entre fusiles, con las manos atadas, rezando a media voz. Y por un lado de la carretera, con el niño en brazos y los ojos al mismo tiempo que asustados, bravíos, iba Josepa la de Arguiña. Los forales seguían hablando y concertándose en voz baja:

—¡Y que nos da escolta hasta Olaz!

—¡Y que nos cansa, tú!

—¡Lo bueno sería dejarla atada a un pino!

—Pasado el pinar no hay otro paraje oportuno.

Pedro Guillén y Juan de Olite se acercaron al sargento. El veterano, antes de oírlos, movió la cabeza, repitiendo la grave sentencia:

—¡Hay que hacer las cosas conforme lo manda Dios!

Advirtió en tono misterioso Pedro Guillén:

—Pasado el pinar, no hay otro paraje oportuno, mi sargento.

—Lo entregaremos, conforme a ley, en la cárcel de Olaz.

Replicó Juan de Olite:

—Y mañana a correr nuevo camino, mi sargento.

Rio, con risa bárbara, Pedro Guillén:

—A lo último, siempre habrá que tronarlo… y si la señora tiene gusto de verlo, yo no se lo quitara.

El sargento entornaba los ojos mirándose las guías de su mostacho blanco:

—A vistas de esa mujer, ya digo que, como cristianos, no podemos darle mulé.

La Josepa los miraba vengativa, sin proferir palabra. Llegaron a un gran raso, convertido en charcal por las lluvias, e hicieron alto para deliberar. El sargento esparció los ojos por aquel paraje todo en sombra verde y perenne, bajo el alma crepuscular de los pinos:

—¡Aquí, cuando la otra guerra!… ¡Aún no habían hecho el camino real!…

Anduvo algunos pasos mirando los troncos, y levantó los ojos a las cimas:

—¡Han crecido!

Respondió Juan de Olite:

—¡También pasaron años!

—¡Sí que pasaron!

Comentó Pedro Guillén:

—Pocos hombres quedan de aquel tiempo.

—Los hombres duran menos que los pinos, y con menos fortaleza. Míralos tú el cuerpo que han echado, tan y mientras que yo ni sombra soy de aquel mozo que era.

Preguntó Juan de Olite, que era sobrino del veterano:

—¿Pues qué hacemos, tío?

—Si la mujer no se desvía, no hay otra que entregar al reo en Olaz:

—La mujer no se desvía.

Pedro Guillén mostró los dientes en su gran risa alegre y bárbara:

—Aquí, por voces que diera, solamente sería escuchada de los pájaros del cielo.

El sargento fue a sentarse en una piedra que marcaba un lindar:

—Luego correría por esos caseríos dando el pregón. ¡Ay, mocés, poco sabéis de la vida! La guerra pasará, y nosotros quedaremos, y hemos de vivir juntos acá, que para ello somos de una misma tierra. No afondéis mucho en la hoya. La vez pasada era yo a la conformidad que ahora sois. Se hizo la paz y tuve que andarme por otras tierras, pues en la mía me era un acedo la vida por la grima que me daba entrar en las casas, y ver que donde menos faltaba uno. Yo entonces ya no miraba los bandos sino el hueco, y el luto de las mujeres.

Quedó pensativo, y lentamente alzó la cabeza mirando a la altura de los pinos. Toldaba el cielo una nube negra que parecía cerrar el raso como lo cerraban el silencio y la sombra del pinar todo en torno. Límites de impresión y de sugestión. Pedro Guillén golpeaba los troncos con la culata del fusil, y aplicaba el oído:

—¡Zumban tal que si tendrían una bala de cañón!

El veterano murmuró con los ojos en lo alto:

—¡Cómo han crecido! Y aún verán muchas guerras, en tanto que nosotros…

Gritó un mozo que estaba echado en tierra.

—Ahora hacen una tala, mi sargento. Se oye el golpe del hacha.

Todos guardaron silencio y escucharon. Se oía el golpe de los leñadores lejano y enorme en una medida lenta. Los ferales se pusieron en marcha. Josepa la de Arguiña corría detrás, y con los dientes cascaba piñones para dárselos al niño. El sargento refería un lance de la otra guerra:

—Entonces no había camino real. Era una senda que no valía para los carros. Camino de herradura, aun cuando le decían de ruedas. Pues Don Pedro Mendía, padre del que ahora anda en la facción, sorprendió con su partida a una tropa de veinte hombres y a todos los mandó fusilar. Antes de irse ordenó marcar veinte árboles con una cruz. Era como a modo de escarmiento. A los pocos días pasamos nosotros con el gran general Mina. Vio las cruces y mandó contarlas: Veinte, mi general. Quedó muy tranquilo. Llegamos por la tarde a Lecaroz. Pues yo creo que ninguno se acordaba, y el general, sin bajarse de su mula, nos dijo: Coged cuarenta hombres. No los había si no eran viejos y muchachos, que los mozos todos estaban en la facción. Siempre ha sido gente muy carlista la de Lecaroz. Pues viejos y muchachos, se trajeron aquí en el número de cuarenta, y fueron fusilados. En los pinos dejamos nosotros cuarenta cruces.

Resonó la voz y la risa de Pedro Guillén:

—¡Eso era hacer la guerra!

El veterano volvió la cabeza y miró atrás.

—¡Todavía creo haber reconocido alguno de aquellos árboles!…

Se despidió con una mirada larga y nublada, que tenía esa tristeza que tienen en los ojos los mastines viejos. Por la tarde, entregó al preso en la cárcel de Olaz. Josepa la de Arguiña durmió en el quicio de la puerta.

XVII

DOS días permanecieron en la villa y sus contornos los mutiles de Miquelo Egoscué. Al alba del tercero, todavía con estrellas, se pusieron al camino. El carro iba en la retaguardia con una escolta de tres soldados aspeados. Cerca de San Martín de Coy se juntaron con una partida de siete hombres, que venían atajando por un campo encharcado, lívido bajo las luces del amanecer. Todos se conocían y desde lejos comenzaron a dar voces:

—¡Teneos! ¡Teneos!

—¿Qué ocurre?

—Está encima el enemigo. Viene por la carretera.

—¿Muy lejos?

Contestó por todos un viejo que solo estaba armado con un palo:

—Pues que nos atrapan si nos tenemos acá en mucha plática.

Miquelo Egoscué se adelantó, rigiendo el caballo con gallardía:

—¿Por dónde vienen y quién los ha visto?

Respondieron muchas voces:

—Todos los hemos visto.

Y añadió el viejo:

—Ahora estarán llegando al pinar quemado.

Ciro Cernín, con los ojos en lumbre, levantó su cayada:

—¡Es traición del Cura!

El capitán le impuso silencio con un gesto violento, inclinado sobre el arzón oía a los siete aldeanos que, confundidos con su tropa, iban pregonando el peligro. El molinero llamó al viejo, que estaba apoyado en el palo con una expresión abismada y adusta:

—Pero Mingo.

El viejo levantó la cabeza:

—¡Mandar!

—¡Qué cavilas, tú?

—Pues cavilaba en la manera de hacerme con un fusil… Poco vale un palo en la guerra.

Y enseñaba su garrote, nudoso como un basto, a los mutiles de Miquelo Egoscué.

Le gritó el versolari de Albéniz:

—Si caigo, heredas mi carabina, Pero Mingo.

—A ti no te parte una centella.

—Voy en la fila de alante.

—Yo, con mi palo tengo de ganarme un fusil, si hacemos cara…

Miquelo Egoscué llamó al viejo, e inclinado sobre el arzón le interrogó en voz baja:

—¿Ha visto bien que eran roses, tío?

—¡Bien lo vide!

—¿Mucha fuerza?

—¡Un sinfín! Las tropas republicanas se mueven para juntarse en el Valle de Olaz.

Egoscué se puso la mano sobre los ojos, y así estuvo un momento, como si quisiese oír dentro de sí la voz de la corazonada:

—¿Qué conviene hacer?

Repitió muchas veces las mismas palabras, doblado sobre el borrén, dejando sueltas las riendas del caballo. Al cabo, el viejo Pero Mingo le interrumpió adusto:

—¡Hijo, lo que conviene tú lo verás, que para ello eres el capitán!

—¡Y usted de los mutiles que ahora se nos juntaron!

—Yo los encaminaba por aquello de ser más viejo, que a esos no hay quien los mande. ¡Son lobos de Roncesvalles, de la ascendencia de los que devoraron al gran Carlomagno! ¡A esos no hay quien los mande!

—Tío, que me hablen a mí.

—¡Pues ni que serías el gran Bernal del Carpió!

—Soy Miquelo Egoscué.

Con los ojos brillantes y alzado sobre los estribos, avizoró el camino. Después, vuelto a su gente que se apretaba en un haz alegre y palpitante, habló con el calor ingenuo de un soldado antiguo, y era su voz como un bronce sonoro:

—¡Muchachos, vamos a pelear por el Rey Don Carlos! Si vencemos, a todos nos dará su mano por leales y por valientes, como hizo la vez pasada cuando lo de Aoiz. ¡Muchachos, vamos a pelear por el Rey y por Doña Margarita! Si hallamos la muerte, también hallamos la gloria como soldados y como cristianos. La gloria de la tierra y la gloria de luz que da Dios Nuestro Señor. ¡Ay, mutiles de Navarra, vamos también a pelear por nuestros niños los príncipes, que son tan pequeños que yo los vi estar al pecho de la Reina!

Los soldados gritaron:

—¡Viva Dios! ¡Viva el Rey!

A una voz del capitán corrieron hacia el monte en desbandada, y desaparecieron agazapados entre la maleza y los peñascales. Se veía de tiempo en tiempo alguna boina roja que pasaba corriendo al abrigo de un ribazo, y más lejos, en lo alto de las peñas, aparecer y desaparecer. Miquelo Egoscué se acercó al carro donde iban las mujeres:

—¿Qué hacemos?

Y se volvió, interrogando con los ojos al contrabandista. El viejo le miró socarrón:

—¡Buen avío se nos presenta!

Dictó el capitán:

—Aquí no pueden estarse las señoras. Si deciden seguir camino, les daré una escolta.

El contrabandista arreó el tiro con la vara del látigo.

—¡Jo!… ¡Reparada!… Una escolta y un tambor que nos pregone. El carro con las mujeres, yo lo hago pasar por medio de un campamento. ¡Dios, que algo se aprende con cincuenta años de estudios por caminos y veredas! pero nada de escolta… Amo Miquelo, el carro con solo las mujeres.

Murmuró la niña, que estaba atenta al movimiento de los labios:

—¿Y adónde saldremos?

—¡Dios que lo sepa, y puede también que algún santo!

—¿No sería mejor volvernos a Urdax?

La Madre Isabel hizo un gesto negativo, y llamó a Cara de Plata, que oteaba encaramado sobre una barda:

—Hijo, puesto que no podemos estarnos en medio del camino, vamos adelante…

El contrabandista volvió a ceñir la vara sobre el lomo de una mula:

—Ningún avío nos hace el mocé. ¿Hay conformidad o no hay conformidad?

Cara de Plata le dio una palmada en el hombro:

—Hay conformidad. Yo me quedo, y tendré aquí mi bautismo de soldado.

La Madre Isabel le miró fijamente:

—¡Dios haga que no sea de sangre!

Cara de Plata hizo un gesto alegre y violento:

—Lo que yo quiero es ocasión para señalarme.

El viejo recuero parecía mascullar una sonrisa socarrona y picara, al mismo tiempo que miraba de soslayo guiñando un ojo bajo la aspereza gris de la ceja.

—Pues agradézcame el regalo.

Le miró desdeñoso el hermoso segundón y tiró del fusil que tenía escondido en el carro:

—¡Adiós todos!

Eladia se incorporó con una sonrisa tímida y le ofreció su rosario. Cara de Plata se acercó, y la niña se lo puso al cuello:

—Llévelo siempre Don Miguelito.

Cara de Plata afirmó con la cabeza, y se alejó alegremente, apostándose en el borde del camino, al abrigo de una barda. Una ráfaga le había llevado el sombrero, y le revolaban sobre el limpio marfil de la frente los rizos de un oro sangriento. El capitán le advirtió:

—Más lejos, Señor Cara de Plata. No es bueno querer señalarse tanto. Entrémonos por el monte.

Se apeó del caballo, y tirando de las riendas, se juntó con el segundón. Marchando a la par, se emboscaron monte arriba. Poco después, por todo aquel camino entre montañas, solo se oía un cascabeleo de colleras.

XVIII

EL sol se levantaba sobre los montes. Había un prado que parecía de esmeralda y un bosque negro, con las ramas sin hojas, inmóviles, destacándose sobre el oro de la luz, como dibujadas con tinta china. El carro rodaba por la carretera, lento y bamboleante. Solo conducía a las mujeres, pues el soldado enfermo también se había quedado con la partida. Eladia mecía al niño, la monja miraba al camino y el contrabandista, sentado entre las varas, con el vaivén se adormilaba. La Madre Isabel, de tiempo en tiempo, separaba los ojos del camino y se recogía en sí misma. Hojeaba su libro de oraciones, leía algunas palabras y miraba una estampa de la Virgen y el Niño. Era copia de un cuadro italiano, y tenía para la monja el encanto inocente de sus viejos rosales conventuales. La monja sentía venir de aquella estampa el aroma campesino del Evangelio. Lo sentía en la manzana que el Niño alzaba como en juego y en el copo de lino que hilaba la Virgen María.

Otras veces, la Madre Isabel miraba los campos tendidos bajo el oro de la luz, y suspiraba pensando en la guerra. Recordaba el ardimiento de aquellos aldeanos que acechaban el paso de las tropas republicanas. Era un pueblo de cruzados que luchaba por la fe. Y, sin embargo, cuando iban a morir y a dar la

muerte no entraban en sí mismos, no sentían el alma toda en temblor ante el misterio de la eterna justicia. ¿Era así la guerra? ¡Un olvido de la vida y del fin! ¡Un resplandor que calcina todos los pensamientos! ¡Un resoplar y un golpear de fragua que enrojece las almas y las bate como el hierro! De aquellos aldeanos ocultos en los breñales, y prontos a caer sobre el camino, nadie podría decir cuáles eran los que llevaban consigo la muerte. Estaba ya con ellos y ninguno la sentía.

La Madre Isabel recogíase en sí misma, y con los ojos en su libro de oraciones, dejaba caer las lágrimas sobre las hojas, conmovida por el candor milagroso de la estampa donde la Virgen hila su copo y el Niño sostiene la manzana. Lloraba contrita. Aquella debía ser la pauta del mundo: Una sucesión de vidas en la gracia de una paz familiar: Y la ley para todos los hombres, aquel libro campesino y divino donde estaban las parábolas de Jesús. Pero este sentimiento se quemaba como un perfume en la llama de otro sentimiento, cuando la monja alzaba los ojos con rocío de lágrimas, y los hundía en la bruma matinal. Muy a lo lejos brillaban los fusiles de la tropa republicana: Flameaban las banderas y se veía descollar a los jinetes dominando las filas de roses. La monja temblaba con el anhelo de la victoria, era un temblor apasionado y fuerte. Comprendía entonces el fin de la guerra, y que la sangre, sobre aquellos campos, era también signo de redención.

El sol naciente hacía relumbrar los botones de los capotes al herirlos de soslayo. Venía delante una sección de cazadores deshilados por las cunetas de la carretera. Marchaban desprevenidos, cantando para hacer más llevadera la jornada, y traían como verederos a dos aldeanos, padre e hijo. Los descubrieron haciendo leña en un hayal, y con amenazas los forzaron a que les sirviesen de guías. Cuando la tropa estuvo cerca, el contrabandista detuvo su carro sobre una orilla del camino y desunció el tiro, espantándolo con algunos latigazos. Las mulas huyeron, arrastrando las correas del atalaje y se internaron en una gándara, donde comenzaron a pacer, mordisqueando los brotes de la retama:

—¡Al avío!

Y el viejo golpeó la piedra del yesquero para encender la tagarnina. Después explicó, hablando con la monja:

—Si los guiris quieren el carro, tendrán que hacer alto, tan y mientras engancho… Pudiera ocurrir que por la demora nos lo dejasen.

La monja asintió, inclinando muy lentamente los párpados, hasta que el velo de las pestañas tocó la sombra de la ojera. Llena de dulce serenidad, al cabo de

un momento volvió a mirar el camino, y vio llegar a los soldados que rodearon el carro dando voces. Eran mozos imberbes, pequeños y trasquilados, a quienes la holgura de los capotes daba cierto aspecto de náufragos. Un sargento que se había sentado en la cuneta con el fusil entre las piernas, al paso de un oficial se levantó, tocando con el borde de la mano la visera del ros:

—¿Mi teniente, nos llevamos el carro?

El oficial miró a uno y otro lado con aire perplejo:

—Vamos bien sin impedimenta… Ya resolverán en la retaguardia… En fin, haga usted un cateo…

Siguió adelante, y dirigiéndose a otro oficial comentó riéndose:

—El carro no, pero la carga sí que me la llevaba. ¡Es guapa la mocica!

—No está mal.

—Ya la quisieras para después de la cena en Olaz.

—¡Qué alojamiento hallaremos!…

—Nosotros bueno. El que llega primero siempre tiene alojamiento.

—Todo en esta tierra nos es hostil.

—La retaguardia será la que duerma al raso.

—¿Tú has estado en Olaz?

—Una vez de paso.

Formaba la retaguardia una compañía de cazadores, tan rezagada que casi había perdido el contacto con el resto de la columna. Eran bisoños y enfermos, mezclados con algunos veteranos. Un soldado se detuvo mirando el carro:

—¡Así se va mejor que a pie!

El contrabandista humeó su tagarnina con adusto desprecio. Otro soldado, más audaz, intentó meter la cabeza bajo el toldo y jalear a las mujeres. Otro imploró como un mendigo:

—¡Abuela, tenga caridad! ¿Quiere darme a esa niña, ya que nunca me ha dado cosa ninguna?

El recuero se le puso delante:

—Anda, y sigue tu camino sin tocar con la gente de bien, mocé.

Gil García, el veterano capitán, que iba a mujeriegas sobre el asno de un molinero, se detuvo en medio del camino:

—¡A ver! Que se acerque ese hombre.

Y con la mano señalaba hacia el contrabandista. El viejo acercose con la cabeza descubierta:

—¿Qué manda usía?

—¿De dónde vienes?

—Amanecido salí de Urdax. Luego, en el camino, nos dijeron que andaba una gavilla de facciosos y me di la vuelta con el carro.

—¿Y por qué desunciste las mulas?

—Por hacerlas agradecidas. ¡Ganado más ladrón! Venían cansadas y quise darles un huelgo.

El veterano le miró entornados los párpados y cabeceando sobre la albarda:

—¡Estás un buen pájaro!

Con el ademán de un santón, levantó su diestra sobre las orejas del asno, y un sargento se acercó disimulando que cojeaba. El capitán señaló el carro:

—Registradlo.

Murmuró desabrido el contrabandista:

—Por mí que lo registren… Ya lo han hecho. Molestia para las mujeres y para todos… Ya sabe usía que yo, ni con carlistas ni con liberales. Yo no tengo otro rey que el de la moneda.

El capitán se mecía sobre el asno, manoseando la barba:

—¡Buen pájaro estás!

El sargento interrogó:

—¿Qué se hace con el carro, mi capitán? Viene de vacío. Las mujeres lo tomaron de retorno.

Meditó el veterano. Ante sus ojos vagos y absortos subía y bajaba el asno sus largas orejas. Gil García, fortalecido por la meditación, levantó la cabeza y metiose en la boca un puñado de barbas: Tascándolas contempló el carro inclinado sobre la cuneta, con una rueda en alto, y a las dos mujeres que rezaban:

—Déjelo usted seguir, sargento Morote.

Se alejó balanceándose sobre su bíblica montura. El recuero saludó con aspereza leal y bravía, de buen navarro:

—¡Señor capitán, que tenga usía mucha salud y mucha suerte!

Y derribado el chapeo sobre las cejas de lobo cano, miró al sargento, que se alejaba sin disimular la cojera, maldiciendo del capitán y de sus borceguíes, unas cormas con las suelas desclavadas:

—¡Cómo va en el borrico, predicando la bula!… ¡Malditos caminos!…

La niña sorda tocó el brazo de la monja:

—¿Nos dejan seguir adelante?

La Madre Isabel entornó los ojos, al mismo tiempo que se llevaba un dedo a los labios. Las dos mujeres en silencio, sin moverse del carro, vieron desfilar la

tropa. Pasaron los últimos varios soldados de infantería: Unos cojeaban, y otros iban cargados con dos fusiles. La monja, llena de lástima, sentía como un reflejo de aquel cansancio y de aquella miseria, contemplando la cinta de la carretera que subía por el monte. Cuando acabó el desfile, bajáronse del carro las mujeres, y sentadas en la orilla del camino se pusieron a rezar, esperando a que las mulas fuesen uncidas. De pronto, rodó el eco de un tiro bajo el cristal matinal. Gritó el contrabandista:

—¡Uno que ha hincado!

Eladia adivinó, y angustiada volviose mirando a la monja. La Madre Isabel estaba muy pálida. En el espejo interior se le aparecía aquel pelotón de soldados embarrados y aspeados, donde algunos, los más fuertes, llevaban los fusiles de los otros. Era un recuerdo que se abría en su alma como una flor y como una herida. El último soldado del desfile tenía el bozo de oro y los ojos de niño, esos ojos aldeanos que parecen guardar el misterio de los paisajes que han visto. La monja le juntó en su recuerdo con los rapacines que había contemplado tantas veces, desde la ventana de su celda, apacentando las vacas en los prados de Viana del Prior. Sentada en la orilla del camino real, en medio de aquel paraje de rocas y montes, suspiró por los verdes horizontes nativos, por el sol de su ventana alegrando la vejez de una malva.

El tableteo de las descargas pasó sobre los montes: Se dijera una tronada distante. La Madre Isabel se puso en pie con el anhelo de algo oscuro y religioso que no se hacía luz: Vio las nubes de humo que volaban sobre los matorrales del monte y sintió crecer su angustia ante la cinta de la carretera, que daba vueltas para escalarlo. Era un camino hecho por los hombres, y parecía que solo condujese a la muerte. Aquellos rapacines aldeanos, vestidos con capotes azules y pantalones rojos, que un destino cruel y humilde robaba a las feligresías llenas de paz y de candor antiguo, iban a la guerra por servidumbre, como podían ir a segar espigas en el campo del rico. ¡Qué diferentes con aquellos otros soldados del Rey Don Carlos! La Madre Isabel se cubrió los ojos:

—¡Señor Mío Jesucristo, Tú me enseñas que mis manos estarían malditas si no enjugasen la sangre que ahora se está derramando!

Y marchó sola por la carretera embarrada.

XIX

AQUELLA retaguardia de enfermos y bisoños, perdido el contacto con las compañías de vanguardia, desfilaba entre dos lomas que parecían los pechos de una giganta. Más lejos se perfilaba un puente de madera que tenía el pretil blanco de nieve, y a uno y otro lado enriscados montes, con las quebradas cubiertas de pinar. Y entre el pinar y el río, al flanco izquierdo, una siembra encharcada. Gil García espoleó su asno al mismo tiempo que le gritaba a un capitán muy joven, ocupado en liar el cigarro, con las riendas abandonadas sobre el cuello de su montura:

—¡Buen sitio para asar carne!

—No es malo.

—¡De órdago!

El otro se puso el cigarro entre los labios y miró en torno, inclinándose para cobrar las riendas. En el mismo instante sonó un tiro, y el veterano se volvió con la sonrisa oronda de un clérigo glotón:

—¿Tengo buen atisbo?

Nadie le respondió. Los soldados aclaraban las filas, y el otro capitán se apeaba guiñando el ojo izquierdo con una contracción que le movía todo el lado de la cara. Sobre el pretil del puente aparecieron los cañones de algunos fusiles que brillaban al sol como una gloria fuerte.

Al verlos, los cazadores hicieron alto en medio de la carretera, con movimiento instintivo y unánime. Algunas nubes de humo, cirros negros, volaron sobre los matorrales del monte. Sonó una descarga y se aclararon más las filas. Cuatro o cinco soldados cayeron a lo largo de la carretera como peleles en un tinglado de feria. Emboscados en el monte, los carlistas hacían fuego por los dos flancos. El veterano capitán gritó enfáticamente:

—¡Celebraremos consejo a caballo!

Era en todas partes el capitán más antiguo y siempre lo recordaba en la ocasión oportuna, y lo hacía valer para su gloria. El asno, estacado en medio de la carretera, saludaba el paso de las balas moviendo la cabeza con cierto aire bufonesco. García le halagó el cuello y le habló paternal:

—¡So! Tengo de ponerte arracadas, si te abren bien los ojales, hijo mío.

Cuatro oficiales y el capitán imberbe se congregaron para deliberar en torno del capitán García. Miraban, azorados, de dónde venían las balas, y a hurto procuraban guarecerse con la figura del veterano que, alzado sobre el asno, se acariciaba las barbas, sonriendo beatíficamente, como pudiera hacerlo en un

Concilio un Padre de la Iglesia. Sin apresurarse hizo un gesto pidiendo su parecer al oficial más joven, que miró a los otros, retorciéndose el bigote con los dedos temblorosos. Apremió el veterano:

—¿Su opinión?

El oficial, que oía silbar las balas por primera vez, cerró los ojos, murmurando con la voz seca y desesperada:

—¡Ataquemos, mi capitán! ¡Aquí nos abrasan!

El veterano, que exploraba el campo, se alzó sobre los estribos con un grito animoso:

—¡Allá van! ¡Allá van!

Algunas boinas rojas salían de los riscos y bajaban corriendo hacia el puente. Se veía la silueta negra de los soldados destacándose sobre el claro azul de las alturas, ágiles y saltantes. Oyendo sus gritos, sonoros en el silenció de las rocas, aquella hilada de cazadores que cruzaba como un rebaño por la carretera, sintió de pronto el aire encendido de la guerra agitar las almas, revolar en ellas, hincharlas y darlas al viento como el paño de una bandera. Cada sargento veterano fue un caudillo y un ejemplo en la ocasión. El veterano capitán se apeó dando gritos heroicos:

—¡Hijos míos, vamos a cubrirnos de gloria! ¡Es nuestro honor el honor de la patria! Tenemos dos madres: La santa que preside el hogar, y nuestra bandera.

Corrió a la cabeza de la tropa con la barba trémula y los ojos brillantes, prontos a llenarse de lágrimas, porque era siempre el primero en sentir la emoción de sus arengas. Un zagal de doce años, hijo de un bagajero, gritaba a par del capitán, huroneando por las filas para cobrar el asno. El animal, libre del peso del jinete, sacudía con esperezo los lomos, y daba rebuznos tan sonoros, que el eco milenario de aquellas montañas pudo despertarse recordando el son de la bocina de Rolando. Cuando alcanzó el asno, el muchacho cabalgó alegremente, y espoleándole con los talones, corrió confundido entre los cazadores. Cerca del puente, una bala le abrió un agujero en la frente. Siguió sobre el asno con las manos amarillas y un ojo colgante sobre la mejilla, sujeto de un pingajo sangriento. Fue inclinándose lentamente hasta caer, y el asno quedó inmóvil a su lado. El padre, que le vio de lejos, acudió corriendo, muy pálido. Los cazadores hacían fuego por descargas sobre los carlistas que ocupaban el puente, y solo respondían con un tiroteo graneado. Advertíase que apuntaban y disparaban despacio, como a las liebres en el acecho y a las codornices en los trigales. El bagajero, inclinado sobre el cuerpo yerto del hijo,

movía incesantemente la cabeza al oír el silbo de las balas. Un soldado que cayó herido en medio de la carretera, le llamó suplicante, para que le arrastrase hasta la cuneta. Gemía con ambas manos apretadas sobre una herida que le desgarraba el vientre:

—¡Amigo, dame la mano!

El bagajero se incorporó con los ojos secos y le arrastró por el cuello del capote, dejándole en la cuneta a la par del hijo muerto. El soldado le miró agradecido, con una sonrisa dolorida, inmóvil sobre la boca pálida:

—Iban a pisarme como a la uva.

El bagajero, alzando los brazos, le dijo con violencia:

—¡Cata al mi hijo muerto!

Los cazadores retrocedían sobre el flanco izquierdo, y dejaban la carretera, derramándose en huida por una siembra. En tanto, al flanco derecho, un pelotón procuraba escalar los riscos para dominar el puente que intentaban volar los mutiles de Miquelo Egoscué. A la cabeza de los cazadores daba sus voces heroicas el capitán García:

—¡Firmes, hijos míos! ¡Vais a ceñir vuestras frentes invictas con el lauro de victoria! ¡Acordaos de Numancia!…

Y sucedíanse los toques de corneta, que tenían una vibración animosa y luminosa. Algunos oficiales iban confundidos con los soldados. Uno, muy joven, solo parecía preocupado de no enredarse en la vaina del sable, que al correrle golpeaba las piernas. Todos dejaban a los sargentos veteranos que ordenasen las filas. Aquellos soldados, derramándose por la siembra, tenían con los movimientos de un rebaño, la conciencia oscura de que podían vencer. Los sargentos gritaban, roncos:

—¡A formar! ¡Firmes!

El bagajero se levantó rechazando con fiereza a un soldado que, al retroceder de espaldas, iba a poner sobre el rostro del niño muerto su zapato lleno de clavos. El soldado volviose con ojos de espanto, y siguió corriendo, sin darle ya cara al enemigo. A mitad de la carrera soltó el fusil, un poco más lejos tropezó y cayó. Retrocedían otros soldados pisoteando la yerba ensangrentada, y el bagajero, cargando a la espalda el cuerpo del hijo, entrose por la siembra. De pronto se vio envuelto, empujado, sacudido: No podía andar, no podía moverse. Una corneta cambió el toque. Los cazadores, rehechos lejos del fuego carlista, atacaban para tomar el puente. El bagajero tuvo que abandonar el cuerpo de su hijo bajo los pies de los soldados. Las boinas rojas aparecían sobre los riscos. Al

ver el empuje de los cazadores, hacían fuego a pecho descubierto y se enardecían con alegres voces, como en la siega y en el zorcico.

XX

ASOMARON dos voluntarios en lo alto de una barranca donde se apoyaba la retaguardia carlista. Habían trepado corriendo y daban voces. Se les veía en silueta sobre el pálido azul, agitar los brazos y blandir los fusiles. Luego, más lejos y más alto, surge un voluntario solo, que da las mismas voces, y luego otro que baja saltando de risco en risco. Eran las parejas destacadas sobre el camino para vigilar y noticiar los movimientos de la vanguardia republicana. Las voces no se entendían en la distancia, pero al cabecilla le bastó ver el afán desesperado con que alzaban los brazos aquellas figuras ágiles, amenguadas en la lejanía azul. Sin duda, los republicanos, advertidos por el tiroteo, volvían para proteger la retaguardia. Miquelo Egoscué vio de pronto a su lado al molinero de Arguiña:

—Ordena la retirada, Miquelo.

—¿Se hizo cuanto se podía?

—Y bien, Miquelo.

—¿No haría más el Cura?

El molinero cerró los ojos.

—El Cura tiene otro invento que nosotros.

Oyendo el canto remoto de las cornetas republicanas, dijo el capitán:

—Les hemos encendido la sangre a los guiris.

—Ya nos defenderá la maraña del monte.

Había comenzado la retirada, y los voluntarios carlistas iban agazapados entre el matorral.

A veces se tendían en tierra y apuntaban despacio, con los ojos lucientes y las caras llenas de humo. Se levantaban santiguándose, y en una gran carrera, se iban monte arriba: Cuando estaban sin aliento, era otra vez el echarse boca abajo y reanudar el fuego. Cara de Plata, con la frente negra de humo y toda la faz oscura, donde los ojos eran de una gran belleza arrogante y fiera, se acercó al cabecilla:

—¿Y nos dejamos la yegua, señor Miquelo?

La yegua enderezaba las orejas al amparo de grandes peñascales, sujeta del

ronzal al tronco de un espino quemado por los carboneros. El cabecilla miró de un modo extraño al hermoso segundón:

—¡Pues qué hacer, si no hay manera de llevarla por los riscos!

—¡Yo me la llevo!

—Pues rodarás.

Cara de Plata bajó corriendo adonde estaba la yegua. El capitán y el molinero cambiaron una mirada sagaz. Dijo el viejo de Arguiña:

—¡Los valientes y el buen vino tienen poca dura!

—En la guerra no se anda por alargar la vida.

—Tengo yo mal pensar de todos estos que vienen de otra tierra.

Seguían con los ojos a Cara de Plata. Sin otras palabras le vieron desatar la yegua, desjaezarla y cabalgarla en pelo. Regíala sin bridas, y era como si le diese alas para salvar los brezos, y uñas para tenerse en las rocas sin desjarretarse. El cabecilla se volvió al viejo de Arguiña:

—¡De los buenos jinetes!

—¡De los buenos, Miquelo!

Los cazadores se rehacían en la carretera y pasaban el puente. Algunos heridos, arrastrándose hacia el camino, pedían que los llevasen a los carros. Sudoroso y sediento, un corneta bajó a la orilla del río y se tendió sobre la yerba para beber. Al incorporarse, vio entre jarales a un voluntario carlista que le apuntaba, y casi al mismo tiempo sintió tierra en los ojos. El carlista, allá en lo alto, gritaba abriendo los brazos, mientras volaba en torno de su figura una nube de humo. El corneta echose el fusil a la cara:

—¡Ahora va la mía!

Y el otro permanecía sobre los peñascos haciendo un trenzado de zorcico: Vio rebotar la bala, y lanzó su grito animoso y antiguo.

—¡Jujurujú!

Como cabra montés fue saltando de picacho en picacho hasta lo más alto, y allí comenzó a cargar su escopeta de aldeano cazador. En la orilla del río descubrió al corneta que hacía su mismo alarde, y esperaba con el fusil al brazo, zapateando sobre la yerba. Disparó y quedó inmóvil, retando al otro que se destacaba entre los árboles y remontaba la ribera para hacerle puntería. El corneta calculaba la distancia con los ojos, al tiempo que iba levantando el fusil en una medida lenta. De pronto, vio que el voluntario agitaba un momento las manos, y se hacía en el aire un garabato grotesco. Se despeñaba rebotando contra los picachos, enfondándose en la maleza y desprendiéndose luego entre

desgarraduras, para seguir botando monte abajo. Al final chapotea en el río que lo arrastra y lo sepulta. Volviose el corneta a mirar en torno, y descubrió al bagajero sentado entre dos muertos, y cargando un fusil:

—¿Has sido tú?

—Yo he sido…

El corneta le miró con rabia:

—¡Era mío!

El bagajero se levantó y, lentamente, fue hacia el soldado. Le puso una mano en el hombro, y sus rostros casi se juntaron:

—¡Cornetilla, y el hijo mío, de quién era?

Parecía que le echaba encima los ojos, nublados y profundos.

XXI

SONABAN las cornetas. Era una alegría luminosa y cruel, como la del sol en el aire de la mañana. ¡Aquel aire ermitaño y de milagro, con aroma de yerbas frescas, profanado por el humo de la pólvora! Había cesado el fuego, y solo muy de tarde en tarde pasaba silbando una bala perdida, y rodaba el eco de un tiro por las quebradas sonoras del monte. Ninguna boina roja asomaba entre jaras y picachos, ningún grito… Veíanse a lo lejos las líneas de cazadores desplegarse para envolver a los carlistas: Las tropas de retaguardia y de vanguardia convergían en un movimiento y escalaban el monte por los flancos. Dos compañías formaban en la carretera, y permanecían inmóviles en orden de batalla. Cambió de pronto el toque de las cornetas y el movimiento de las líneas: Hecho el alarde de perseguir a los carlistas, venía la orden de replegarse. Continuaron las compañías del frente formadas en la carretera. Un ayudante joven y con lentes tomaba notas arrimado al pretil del puente. Más lejos repartía su tabaco con algunos soldados el veterano capitán García. Estaba sentado sobre un montón de piedras, con la levita desabrochada y un pie descalzo a causa de una herida contusa. No podía andar sin grandes dolores, pero seguía mirando todas las cosas con una sonrisa radiante. Les decía a los soldados:

—Hemos vencido. ¡Bravo, muchachos!

Llegaron dos sanitarios para curarle, y los rechazó jovial:

—Tenéis las manos muy duras. Llamad que vengan aquellas mujercitas.

Y tomando del montón de grava una piedra menuda, la tiró para señalar al

grupo de dos mujeres, que allá lejos, en la orilla del río, llevaban agua a los soldados y los curaban. Murmuró uno de los sanitarios:

—Deben andar cumpliendo un voto. Se presentaron en un carro…

Las dos mujeres, avisadas por un soldado que les dio voces, sin llegar adonde estaban, subían al camino. Eladia traía en las manos un azafate con hilas y vendajes. Las dos caminaban a la par con el mismo gesto de humildad sonriente. Llegaron, y la monja saludó con estas palabras:

—¡Aquí estamos para que nos manden!

Se arrodillaron cerca del capitán, sobre la yerba hollada y ensangrentada. El veterano encendió un cigarro:

—¡Vamos allá! Si me quejo, no hagan caso, hijas.

La monja tomó una venda del azafate que sostenía Eladia, y la desplegó para ligar aquel pie amoratado y monstruoso: Las manos le temblaban como dos lirios, sin resolución para oprimirle, y se hundían los dedos, dejando una huella lívida en la gran hinchazón. Los dos sanitarios se hacían guiños. Eladia los vio, y poniéndose muy encendida, advirtió en voz baja a la monja:

—No desenvuelva la venda, Madre. Vaya enrollándola poco a poco en el pie, al mismo tiempo…

El veterano vio la burla de los sanitarios y los miró adusto:

—¿De qué hacéis risa, bárbaros?

La Madre Isabel se volvió llena de nobleza.

—¡Hijos míos, queréis enseñarme?

Gritó el veterano:

—No, señora… Ellos lo hacen peor… Son unos bárbaros.

La monja seguía llamándolos con la mirada. Se acercó uno de los sanitarios, y con gran destreza se puso a vendar aquel pie tumefacto y deforme. La Madre Isabel tan pronto estaba atenta a la cura como al semblante del veterano. La sorprendía la entereza con que soportaba el dolor, y la mano hábil y sin ternura con que el otro le vendaba la herida. Al terminar, el capitán le dio un cigarro y le tiró de una oreja:

—¡Así se cura a los caballos!

Después, volviéndose a los soldados que le rodeaban, mandó que le buscasen su asno. La monja le ofreció lugar en el carro, y desde lejos hizo señas al contrabandista para que lo acercase. Avanzó despacio por entre las filas deshechas, y en una manta cuatro soldados trasladaron al capitán, luego de haber esparcido alguna yerba en el fondo del carro. Gil García, que era hijo de

aldeanos, al sentir el aroma y la humedad del heno, sintió que su alma florecía con los recuerdos. Cerró los ojos para verse niño y para ver los campos, mientras era llevado en aquel convoy de heridos, que avanzaba lentamente por un camino real desconocido, con dos compañías al frente y dos en la retaguardia, entre filas de soldados que cantaban y reían. En un atolladero abrió los ojos:

—¿Qué pasa?

—Un barrizal muy disforme, mi capitán.

—¿Cuántos heridos van?

—Nueve, mi capitán.

—¿De qué clase?

—Quitante usía, todos de la clase de tropa.

—¿Y aquellas mujercitas?

—Atrás vienen, mi capitán.

Las mujeres seguían a pie, zagueras del último carro: Un carro de aldea tirado por bueyes, donde iban amontonados tres muertos, cuyas manos lívidas asomaban por las orillas de una manta vieja que cubría a los tres. Por no detenerse a cavar una hoya, los llevaban a San Pedro de Olaz. Pero antes hallaron cristiana sepultura en el cementerio de una aldea donde las tropas se detuvieron a sestear… Y allí se quedaron solas la monja y la novicia, cuando las cornetas tocaban marcha. Se quedaron solas en la paz de la aldea, rezando por los muertos a la sombra de los cipreses, donde cantaba un mirlo en la puesta solar.

XXII

EN el cementerio estaba un viejo con dos cabras que pacían la yerba de las sepulturas. La monja y la novicia, para no equivocar el camino de la aldea, aprovecharon salir con el pastor. Era un sendero verde, todo en paz de oración, y el viejo hablaba en vascuence y reía enseñando su boca sin dientes. Era todo cristalino el paisaje, y los montes parecían de amatista. Cerca de la aldea una mujer que descansaba en la orilla del camino, se alzó y corrió al encuentro de las monjas. Era Josepa la de Arguiña:

—Pues antes las descubrí entre los negros, y maginé que las conducían presas. Por sonsacar anduve enseñando las casas, a los que acá se quedan alojados… ¡Y de Roquito, la gran valentía!… Todo les contaré… ¿Y agora, por

este camino, adónde es el caminar, con mi güelo de las cabras?

Respondió la Madre Isabel:

—¿Tú sabes dónde podríamos pasar la noche?

Murmuró Eladia que había entendido la pregunta:

—Un rincón en un pesebre.

—Su buena cama tendrán, donde reposarse. ¡Ay, y qué arriscos me traen!…

Repitió Eladia:

—Un rincón en un pesebre, con su vaca y su mula, que no tuvo más el Niño Jesús.

—Acaba, señorica, por pedir su santa cruz… ¡Pues de Roquito la gran valentía!…

Interrogó Eladia:

—¿Qué fue del niño?

—Lo tengo en un caserío. Allí es donde tendrán hospedaje sus señorías… Pues el ama joven está criando, y me hace la caridad de darle una teta. Yo quedeme sin gota de leche… Toda se me ha esparcido por el cuerpo. Ayer al echarme a dormir, quiteme la camisa, y, encontreme el cuerpo muy más blanco, con todo de estar a las escuras.

Torció por un sendero el viejo de las cabras, y las tres mujeres continuaron solas hacia la aldea. Entraron por una calle de huertos y casucas bajas que humeaban en la paz tardecina, esparciendo en el aire el olor de la pinocha quemada. Fue cosa de un momento atravesar la aldea y salir al campo por el otro lado, un campo de nogales viejos, donde había una capilla. La Josepa señaló el caserío que se destacaba en silueta sobre el oro de la puesta:

—¡Allí es!

Era una casa negra, con una parra negra y sin hojas, tras una cerca asombrada por la copa negra de un nogal. Murmuró Eladia, mirando a la monja:

—¿Nos recibirán, Madrecita?

Interrumpió la Josepa:

—Es gente toda muy leal al Rey Don Carlos. Viene ello desde la otra guerra donde ya anduvieron los abuelos. ¡Al uno lo afusilaron!…

La Madre Isabel posó en la mendiga sus ojos serenos y profundos:

—¿Tú conoces a los amos?

Josepa la de Arguiña sonrió humilde:

—Mi verdad, sabía quiénes eran, pero hasta ayer, nunca había comido su pan.

—¡Y nos lo ofreces ya!

La Josepa, después de mirar a todos lados, dijo al oído de la monja:

—Roquito está oculto ahí.

Llena de terror y misterio, levantaba la mano señalando al caserío. Eladia, como nada comprendía, fijaba en la monja sus ojos de una timidez serena y amante. La Madre Isabel le acarició la cabeza:

—¡Florecita Franciscana!

Continuó la mendiga, siempre mirando entorno:

—Aún no les dije. En la cárcel de Olaz estaban de concierto todos los presos para escapar a los carlistas… Ello fue la misma noche que dormía allí Roquito. Pues escaparon con el carcelero a la cabeza, y levantaron partida. Lo primero fue venir a este caserío, donde tenían muchas carabinas ocultas.

—¿Roquito no fue con ellos?

—No podía. Quedó escondido hasta curarse una herida que tiene en la espalda, desde que hizo la gran valentía de San Paúl. Porque fue Roquito quien hizo aquella gran valentía, cuando escapó de la venta.

Estaban llegando a la casa, y salió al camino un perro que arrastraba un pedazo de cadena. Las monjas se detuvieron asustadas, mientras la mendiga andaba agachada buscando una piedra. Con ella en la mano avanzó dando voces:

—¡Ugena! ¡Ugena!

Salió una labradora joven, que, sin gran apuro, llamó al perro y recorrió el camino, hasta cogerle de la cadena:

—No hace daño.

Josepa la de Arguiña se acercó sin soltar la piedra que llevaba empuñada:

—¡Te quebraba una pata, borrachón!

La mujer del caserío dirigió una mirada de recelo a las dos mujeres que continuaban inmóviles en medio del camino, y bajó la voz, hablando muy quedo con la de Arguiña:

—Vinieron cuatro soldados con la boleta.

La mendiga abrió los ojos llenos de sombras:

—¿Y Roquito?… ¡Mi Dios, nunca hay sosiego!

Aquella voz, acostumbrada a la canturía humilde de pedir por las puertas, se ungía de terror y misterio. Contestó el ama, después de llevarse un dedo a los labios:

—¡Bien escondido te está!

La Josepa espantó los ojos al mismo tiempo que se metía las manos en el

pecho, con un escalofrío:

—¡Mi Dios, os quemaban a todos dentro de la casa si llegarían a descubrirlo!… ¡La misma pena que él dio a los otros!

Se desvió un momento del ama, y llamó a las monjas para que se acercaran. Las cuatro mujeres se juntaron en medio del camino, bajo la sombra del nogal, y comenzó la mendiga un susurro de plegaria:

—¡Ugena, hija de buenos padres, dije a estas almas benditas, quién tú eras! ¡No las engañé, sí les dije que tenía el corazón más blando que la manteca, el ama joven de Urría! ¡Más dulce miel tiene mi ama en el corazón, que una sandía de Calahorra! Pues estas dos señoras venían por pasar aquí la noche recogidas.

Saltó el ama:

—¡Ay, que no podrá ser! Tenemos alojados…

La Madre Isabel inclinó la cabeza, y luego dijo con una sonrisa austera:

—Venimos de muy lejos, y llegamos a esta casa, solamente guiadas por su fama de caridad… Pero si atan el perro, pasaremos la noche en el quicio de la puerta.

La mendiga tocó a hurto el brazo de la monja:

—Descúbrase ante ella, señora Madre.

Sonrió la monja:

—Nuestro vestido no dice nuestra condición.

El ama atendía con un vago recelo, mal escondido bajo la sonrisa de su boca toda bermeja y campesina. La Josepa alzó las manos que parecían de humo en la niebla del crepúsculo:

—Son monjas que van al hospital, donde cuida de los heridos la Señora Reina.

Sobre las cuatro mujeres, inmóviles en medio del camino, caía la sombra del nogal, y Josepa la de Arguiña ponía en su acento la vaguedad medrosa de la hora. El ama joven, al oír que eran monjas, quería besarles las manos. Después las hizo marchar delante, y las condujo al caserío en procesión, con aquella sonrisa sana y geórgica de las buenas caseras cuando entra por sus puertas el don de las vendimias y de las siegas. La bendición de Dios.

XXIII

LAS monjas durmieron en el sobrado, las dos en una cama con sábanas de hilo casero, bien espliegadas, y jergón de maíz hopado y esponjado como el pan de fiesta al salir del horno. Durmieron vestidas y con gran zozobra, oyendo abajo el ronquido de los alojados, y el andar receloso de los caseros, toda la noche alerta, rondando por los establos y a la redonda del huerto. Los alojados del caserío eran cuatro ampurdaneses que hablaban un catalán violento, de rudeza visigoda. El ama solo les diera leña, sal y un caldero para que pudiesen hacer su rancho en un rincón del hogar. Pasaron la prima noche jugando a las cartas, y luego se tumbaron a dormir en la cocina. El amo viejo los miraba como a bárbaros. Para aquel aldeano que aún regía su casa por usanzas patriarcales, el extranjero había hablado siempre en el austero rezo de Castilla. Oía a los ampurdaneses con una sonrisa maliciosa, acariciando la tabaquera, y ponía igualdad entre la zalagarda de los canes y aquel tosco vocear agresivo y sanguíneo, que desgarraba las bocas y violentaba los gestos. No salió de la cocina hasta que los vio dormidos: Entonces fue al establo para la ordeña, y allí se le juntaron la nuera y Josepa la de Arguiña. Hablaron los tres con gran sigilo. El viejo:

—No me acostaré en toda la noche.

Ugena, la nuera:

—¡Ay, qué perdición nos vino con el tal Roquito Roque!

Josepa la de Arguiña:

—¡Pues si está seguro!

El amo viejo comienza la ordeña arrodillado sobre los granciones que cubren el suelo del establo. Tiene la grave serenidad de un patriarca:

—¡Seguro!… Si un ángel lo cubre con sus alas, estará seguro… A uno que iba por un camino lo dejaron pasar, y a otro que estaba en una cueva dieron con él.

Lamentó Ugena:

—Si lo descubren a todos nos degüellan.

Y con la basquiña echada por la cabeza fue a sentarse en el umbral, bajo la luna: Estaba alerta, escudriñando con los ojos en la sombra de los nogales. La Josepa, llena de recelo, salió también a la puerta, y luego el viejo, que se sentó entre las dos mujeres acariciando la tabaquera:

—Dios, que nos da la vida, nos da la muerte. Pero podría ser que solo a mí afusilasen, mirando a que soy el amo, y donde hay amo, no manda criado… Pues

entonces con vosotras las mujeres no tocarían.

Susurró la Josepa:

—¿Adónde está escondido, y…?

El viejo movió muy despacio la cabeza:

—¡Está bien escondido!

Ugena agachó la cara contra el hombro de la mendiga:

—Pues en la chimenea está…

El amo sonrió al recuerdo:

—¡Cómo trepaba, tú!

Comentó la nuera, con la voz llena de sombra:

—¡Parecía el trasgo cabrón!

Y saltó la mendiga:

—¡Ay, qué comparanza trae el ama Ugena!

Las dos mujeres se santiguaron, y el viejo se levantó despacio para ir a la cocina. Estuvo un momento en la puerta, y luego se llegó al hogar. Acurrucado sobre la piedra, fingía calentarse en el rescoldo, y ponía en alto los ojos para escudriñar la negrura de la chimenea. Los soldados seguían dormidos, brillaban en un rincón los fusiles, y los ojos del gato acechaban entre la ceniza. El viejo volvió a salir con la misma cautela que había entrado momentos antes, y halló que las mujeres ya no estaban en el umbral del establo. Arrecidas de frío, recogiéranse al calor de las ovejas, y hablaban a media voz, sentadas sobre las rodillas. El viejo entró, y ellas se encogieron más al interrogarle. Dijo la nuera:

—¿Sigue en la chimenea?

—Nada pude ver.

Se removió la mendiga con un estremecimiento:

—Bien pudiera haber salido al tejado.

Habló con pausa doctoral el amo viejo, al mismo tiempo que rascaba el testuz de una oveja despabilada:

—De todos los lados del camino lo descubrirían, tú.

Quedaron los tres en silencio, y al cabo, como si despertase de un sueño, dijo suspirando la nuera:

—Pues si quisiera salir al tejado, tampoco acertaría. Pedrín Domingo, Dios me lo guarde, puso en lo alto una reja de fierro para los ladrones. ¿No acuerda, señor?

El viejo afirmó, moviendo en el aire la misma mano con que acariciaba el testuz de la oveja. Volvieron a quedar en silencio. Las mujeres se adormilaban

cabeceando, y de pronto, llenas de sobresalto, abrían los ojos. Una vez, porque lloraban los niños que dormían en el pesebre bajo unas jalmas: Otra vez, porque cantaba un gallo; otra, porque batía una puerta sin sujetadero. Se despertaron juntas, oyendo las campanas de la madrugada, salieron al huerto, y para disimular su zozobra, mientras se lavaban en el pozo, se pusieron a cantar. Estando en esto, vieron al viejo que, muy demudado, avanzaba por debajo de la parra:

—¡Apenas salís del sueño, ya estáis con el cantolari!

Las mujeres callaron y se pusieron a sacudir en el aire las manos mojadas de agua: Susurraron a una voz:

—¿Ay, nos diga qué pasa, tío Tibal?

—¡Esos negros han encendido una gran hoguera!… Pues abrasan vivo al sacristanico.

Las mujeres, con los ojos llenos de susto, miraron el humo que volaba sobre el tejado. La de Arguiña se dejó caer al pie del brocal, rascándose la greña al mismo tiempo que hablaba lastimera:

—¡Querías el martirio como los santos, pues ya lo tienes, borrachón!

Ugena se acercó al viejo:

—Escape usted al monte, güelo. El sacristanico comenzará a dar voces cuando el cuerpo le escalde, y todo se declarará… A usted si lo cogen, lo afusilan. Váyase al monte, güelo, váyase al monte.

Y le empujaba varonil y entera. El viejo parecía acobardado:

—¡Ya se verá! ¡Que ya se verá!… Pues si el sacristanico habría gateado a lo alto, el fuego no arriba tan cimero…

La nuera seguía empujándole:

—Escape usted al monte, güelo.

—¿No alcanzas que lo pegarán contigo, hija?

—Yo le culparé a usted muy bien culpado…

Suspiró la Josepa:

—Tío Tibal, váyase, que como le vean huido, lo han de creer.

El amo viejo miró la casa, despidiéndose, y salió silencioso, con la frente baja. Las mujeres se santiguaron. Dijo la de Arguiña:

—¡Dios vaya con él!

Y Ugena, el ama joven:

—¡Roquito, Roque, qué ventura nos trujiste!

Con esto entraron a la cocina, que estaba llena de humo. Ateridos de la

noche, los soldados habían echado al hogar un haz de tojo dispuesto para la cocedura del sábado. Viendo aquella gran llamarada, se dijeron con los ojos su terror.

XXIV

UN momento que los ampurdaneses se divertían fuera con el juego de las chapas, la mendiga asomó la cabeza mirando bajo la campana de la chimenea:

—Ten paciencia, Roquito.

Llegó de lo alto una voz lastimera:

—¡Me abrasan vivo!

—Ten paciencia.

—Mira de esbaratar la lumbre.

La Josepa quiso hacerlo, pero en aquel momento entró un soldado, que le dio una aguja enhebrada para que le asegurase los botones del capote. Sin esperar respuesta, le tomó al niño de los brazos y empezó a cantarle:

—¡Ay, ay, ay, mutillá!…

A poco, los otros soldados se metían dentro, corriendo bajo la amenaza de una nube negra que empezaba a descargar en gruesas gotas. Cerró la mañana en agua, y los cuatro ampurdaneses se congregaron a la redonda del fuego, limpiando las armas. Las mujeres rezaban en el sobrado, arrodilladas ante una ventana, estremecida por el viento y la lluvia, toda trágica cuando se llenaba con el resplandor de los relámpagos. Ugena, de tiempo en tiempo, salía sin ruido, y vagaba del establo a la cocina, con los ojos agrandados y el andar silencioso… Otras veces, quien venía a sentarse en un canto del hogar y procuraba a hurto desbaratar el fuego, era Josepa la de Arguiña. Los soldados la amenazaban con las bayonetas entre bárbaras risas, mientras cocía su rancho como el caldero de los ladrones. De pronto el perro apareciose en la cocina y comenzó a ladrar furiosamente debajo de la chimenea. Llama a voces el ama desde fuera, y explica muy pálida a los soldados Josepa la de Arguiña:

—¡Ha visto algún gato!

Los otros reían, con el caldero ya separado de la lumbre, y en las cucharas de peltre, le ofrecían del rancho al can y a la mujeruca que lo arrastra de la cadena. Seguía lejana y clamante la voz del ama:

—¡Poca Pena! ¡Poca Pena!

Hubo algún escampo y los soldados salieron de la cocina para seguir el juego da las chapas, bajo la parra que goteaba. La Josepa habló, metiendo la voz por la campana de la chimenea:

—¡Bien te curas al humo, Roquito!

Gimió el sacristán en lo alto:

—¡Ya más no puedo!

—¿Querías el martirio como los santos? ¡Pues ya lo tienes, borrachón!

—¡Me abraso de sed!… ¿No podrías alcanzarme una gota de agua?

La mendiga llenó una herrada, y con ella en las manos, antes de trepar al hogar, asomó a la ventana:

—¡Están en la codicia del juego!… ¡Bebe y afógate, Roquito!

Sostenía la herrada con los brazos en alto, sin apartar los ojos de la puerta. Bajaron las manos negras del sacristán: Se le sintió beber en la sombra. La Josepa recogió la herrada vacía. Apareciose el ama:

—¿Tendrán algún recelo, tú?… Todo es mirar el humo que vuela sobre el tejado, y hablar en su lenguaje.

Respondió la de Arguiña:

—Antes pasó mismamente. Es ello por conocer el tiempo.

Gimió Roquito:

—¡Sacaime de aquí! ¿No tenéis otro lugar en donde me esconda? ¡El humo me ahoga!

Saltó el ama con los ojos en alarma:

—¡Roquito, Roque, qué ventura nos trujiste! Pues otro sitio no tenemos, si no es el ruedo del halda, como dice la güela del caserío de Briz.

Lloró Roquito:

—¡Aquí muero!… ¡Vaites! ¡Vaites!… ¡Aquí muero abrasado!

Respondió la Josepa con la voz ronca, metiéndose bajo la chimenea:

—Así te escostumbras para cuando caigas en la caldera de los demonios, borrachón. Haz agora lo que hiciste cuando te mandaron con la partida las señoras Madres. ¡Baja ya, mujerica, y decláralo todo y que a todos nos afusilen!… ¿Por qué es alabarte de la gran valentía de San Paúl?

Roquito empezó a reír y a llorar en lo alto:

—¡Viva Carlos VII!… ¡Calla tu lengua de escorpión!… ¡Moriré abrasado! ¡Quiero el martirio de un santo bendito!… ¡Viva Carlos VII!

Las dos mujeres suplicaron:

—¡Calla, Roquito, que nos pierdes!

El sacristán reía con una risa loca, enorme y resonante en el hueco de la chimenea:

—¡Si tuviera un cañón de veinticuatro!

—¡Que nos pierdes, Roquito!

Extinguiose la risa del sacristán, y la cocina quedó en silencio. Pálidas del susto, las mujeres subieron al piso alto para rezar con las monjas. Toda la casa estaba llena de humo: Sentíase tras de las puertas el ulular del viento, y los soldados volvían a refugiarse en la cocina, esquiciados por otro chubasco, y el ama, luego de rezar un rato, volvía a vagar de una parte a otra, con los ojos agrandados. Y así pasaba el día, entre chubascos y claros de sol, lleno de tristeza y de susto… Ya de tarde, sonaba una corneta con el claro canto de llamada, y los alojados se partían por el camino aldeano, de dos en dos. Ugena y las monjas, desde la ventana del sobrado, los vieron desaparecer a lo lejos. Bajaron corriendo y dando gritos:

—¡Ya no se les alcanza con los ojos!

—¡Estás en salvo, Roquito!

—¡Dios lo hace!

La Josepa, con las manos trémulas, barría el fuego del hogar. Roquito se dejó caer de lo alto de la chimenea. Tenía la cara toda en una ampolla negra y roja. Sin levantarse comenzó a clamar:

—¡Nada veo! ¡Nada veo!

La mendiga se acercó y dio un grito:

—¡Tiene abrasado el cristal de los ojos!

Con silencioso espanto, las mujeres juntan las cabezas en un racimo para contemplar aquellos ojos ciegos y llagados.

ASÍ TERMINA *EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA*

LA GUERRA CARLISTA. VOL. III
GERIFALTES DE ANTAÑO

I

SANTA Cruz volvió a caer sobre Otaín. Desde los hayedos del monte, bajó como los lobos al ponerse el sol, y corriendo en silencio toda la noche llegó a las puertas de la villa, cuando cantaban los gallos del alba. Llevaba consigo cerca de mil hombres, vendimiadores y pastores, lañadores que van pregonando por los caminos y serradores que trabajan en la orilla de los ríos, carboneros que encienden hogueras en los montes y alfareros que cuecen teja en los pinares, gente sencilla y fiera como una tribu primitiva, cruel con los enemigos y devota del jefe. Aldeanos que sonreían con los ojos llenos de lágrimas oyendo cuentos pueriles de princesas emparedadas, y que degollaban a los enemigos con la alegría santa y bárbara, llena de bailes y de cantos, que tenían los sacrificios sangrientos ante los altares de piedra, en los cultos antiguos.

Quinientos infantes habían quedado guarneciendo la villa, cuando con un revuelo de gerifaltes cayó sobre ella la partida del Cura. Dos escuadras de cien hombres entraron delante dando gritos, una por el camino del río, y otra por la calle del Mercado. Quemaban las puertas de las casas, apaleaban a los viejos y hacían correr a las mujeres con los niños en brazos. Los soldados republicanos, sorprendidos en los alojamientos, salían despavoridos, restregándose los ojos. Sostuvieron algún tiroteo en las calles inmediatas a un convento, convertido en fuerte cuando ganó la villa a los carlistas Don Enrique España. Retrocedían sin orden, revueltos con los voluntarios, que cargaban a la bayoneta. El Cura, con el resto de su gente, guardaba todas las salidas de Otaín. Pero como las cornetas republicanas tocaban retirada en lo alto del fuerte, comprendió que la guarnición se encerraba entre aquellos muros, y entró por la villa a sangre y fuego. Sobre su cabeza se abrían las ventanas y clamaban muchas voces:

—¡No hagáis mal! ¡Todos somos partidarios! ¡Viva Carlos VII!

II

SANTA Cruz levantó parapetos y emplazó dos cañones que había ganado en el encuentro de Hernani. Después de haber intimado la rendición a los del fuerte, que no quisieron admitir las condiciones impuestas por el faccioso, rompió el fuego, que duró todo el día. Por la tarde, cuando cesaba el tiroteo, se le unió la partida de Miquelo Egoscué. Los dos cabecillas se saludaron secamente: Egoscué, con bien declarado despecho, el otro, receloso y sin mirarle. Santa Cruz estaba entre una guardia de doce partidarios, en el atrio de la iglesia. Egoscué se le acercó a caballo:

—Don Manuel, todos se quejan en la villa de que los ha tratado como a enemigos.

El Cura repuso sordamente:

—Los he tratado como merecían… Y lo que tengas que decirme, no me lo digas a caballo.

Se destacaron tres hombres de la guardia del Cura. Egoscué les dejó las riendas y se apeó entre ellos. Santa Cruz se había arrimado al muro de la iglesia, y el otro cabecilla se le acercó con la mano tendida:

—¡Pues aquí estoy con mi gente, Don Manuel!

—Como siempre, a media misa. ¿Y cuántos son los tuyos?

—A trescientos no llegan.

—¿Tienen municiones?

—No tienen ni un cartucho.

El Cura quedó con la vista en el suelo, y levantándola lentamente, miró de través a los voluntarios que había en la plaza. Eran como cien hombres, y entre ellos no se contaban veinte de la partida de Egoscué. Los otros corrían las casas en busca de alojamiento. Don Manuel Santa Cruz estrechó con fuerza la mano del otro cabecilla y le miró a la cara:

—Pues soldados sin cartuchos para nada valen… Y no te agradezco la ayuda que me traes. Tener a la gente sin cartuchos, en la otra guerra fue de traidores y en esta también.

—¡Yo no soy traidor, Don Manuel!

—Tampoco te digo que lo seas. Te digo que tener a la gente sin cartuchos, cuando no dice traición dice no saber mandarla. Tú ibas bien cuando andabas con doce hombres…

—¡Y ahora voy bien!

—No seas un bárbaro orgulloso. Ya hablaremos de eso. Hoy cenamos juntos, y mañana se batirán juntos tus mocetes y los míos. Yo tengo cartuchos para todos.

Don Manuel Santa Cruz entró en la iglesia con los doce de su guardia. Iba entre ellos con la mirada recelosa, sin armas, sin insignias, y más parecía un prisionero que un capitán vencedor. Era fuerte de cuerpo y menos que mediano en la estatura, con los ojos grises de aldeano desconfiado y la barba muy basta, toda rubia y encendida. Su atavío no era sacerdotal ni guerrero. Boina azul muy pequeña, zamarra al hombro, calzón de lienzo y medias azules, bajo las cuales se descubría el músculo de las piernas. Aquel cabecilla sobrio, casto y fuerte, andaba prodigiosamente, y vigilaba tanto, que era imposible sorprenderle. Los que iban con él contaban que dormía con un ojo abierto, como las liebres.

III

EN octubre de 1873, las tropas republicanas ocupaban muchas aldeas y caseríos en el valle de Baztán. Cada día llegaban nuevos regimientos que empobrecían con tributos aquella tierra feraz. Estas fuerzas, siempre volantes, ahora tenían orden de concentrarse para caer sobre Estella. Moriones, que acababa de ser nombrado comandante general, deseaba apoderarse de la ciudad, arca santa del carlismo. Era la victoria que mayor sonoridad podía tener, y también el deseo de todo el ejército republicano. Era la voz unánime en el Estado Mayor:

—Hay que dar una gran batalla, y ganarla.

Los soldados sentían el cansancio de la guerra y deseaban volver a sus casas. En continuas marchas y contramarchas, apenas tenían tiempo de reposarse en alguna aldea, oyendo siempre detrás el paso redoblado de las partidas carlistas, señoras de Navarra. Y el comandante general buscaba la ocasión de una batalla para darle el triunfo, como un pan de comunión, a todo el ejército. Era preciso apagar el grito que resonaba por valles y montes:

—¡Viva Carlos VII!

Don Enrique España tenía el mando de las fuerzas concentradas en el Baztán. El veterano general dictaba órdenes llenas de malhumor, pasaba revista a los batallones y salía a caballo sin sus ayudantes. Algunas veces murmuraba, tascando el cigarro:

—Farsas del Estado Mayor.

Don Enrique España temía que no se hubiese pensado nunca en llamarle sobre Estella. Lleno de años y de experiencia, oía distraído la lectura de las órdenes que llegaban constantemente del Cuartel General. Si alguna vez tomaba el pliego de manos del ayudante que leía, era solo para ver el prodigio caligráfico del escribiente. Le gustaban los limpios rasgos de la letra española, y sonreía, dejando caer en el papel la ceniza del cigarro. Sin duda recordaba cómo en una oficina, con galones de cabo en las mangas, había comenzado su carrera militar hacía treinta años.

Y levantando el papel y sacudiéndolo en el aire, solía decir:

—Estos pobres son los que trabajan en el Estado Mayor.

Obedecía las órdenes sin concederles ningún valor, convencido de que la guerra acabaría cuando todos se cansasen. Tenía la misma desilusión que los soldados y la misma desconfianza. En medio de un constante malhumor, porque perdía al juego y no adelantaba en la guerra, apenas recataba sus pensamientos:

—Todos los generales conspiran por el hijo de Doña Isabel. Yo soy el único leal a la República… ¡Por eso me paga como el diablo a quien bien le sirve!

Sentía un sordo despecho por haber tenido que retirar sus tropas de Otaín. Juzgaba la concentración como una malicia pueril del nuevo comandante general y del Estado Mayor. Era una censura solapada de todos los planes anteriores, una labor de intriga para desprestigiar a los que habían tenido el mando y el consejo. Del Estado Mayor llegaban todos los días órdenes tan oscuras, que parecían dictadas por antiguos oráculos. Don Enrique España las mandaba archivar y pedía una aclaración que no llegaba nunca. El Estado Mayor, en medio de un gran vacío de pensamiento, quería mantener el prestigio de que meditaba profundas combinaciones estratégicas. Era un afán hueco y sonoro, un mugir de bueyes que no aran. Don Enrique España no les guardaba el secreto:

—Nos sacan de donde hacíamos falta, para llevarnos no saben adónde. Atacarán Estella, pero será con las fuerzas de la Ribera. Nosotros perderemos todo lo ganado, detenidos en estas delicias de Capua. No caben tantos soldados en las cabezas del Estado Mayor General.

Y rodeado de sus ayudantes, dejando al caballo que mordiese la yerba del camino, tendía los ojos por el valle, todo en verdor y en paz. Era de un encanto primitivo, con la gracia de esos paisajes donde los evangelarios antiguos hacen florecer la infancia del Niño Jesús. Por los caminos blancos, entre mieses estremecidas, viñedos en fruto y dorados castañares, veían llegar nuevas tropas,

que dejaban sin guarnición todas las villas desde Urdax a Tolosa.

IV

TRES confidentes llegaron uno en pos de otro, con la noticia de que atravesaba los puertos la partida del Cura. Iba deprisa y en silencio, como los lobos cuando bajan al poblado. Oyendo a los perros había cruzado sin detenerse las aldeas dormidas, San Paúl, Astigar, Arguiña. Pero las confidencias no aventuraban adónde fuese el terrible cabecilla, que anochecía en un paraje y amanecía a veinte leguas. Los tres espías, sentados en el banco que tenía a su entrada el alojamiento del general, loaban aquel prodigio, hablando en vascuence. Aún estaban descansando cuando llegó un viejo con noticias de la sorpresa de Otaín. Montaba su buena mula y dijo que lo enviaba la Señora Marquesa. Después de oírle, el general le mandó salir, señalándole la puerta con leve movimiento de la mano, y se volvió a sus ayudantes:

—¡Tejer y destejer! Ahora correrán órdenes para que reforcemos la guarnición de la villa, porque es indudable que resistirá en el fuerte.

Entró un coronel con levita de uniforme y pantalón de paisano. Era el jefe del Estado Mayor:

—¿Y si no resiste, mi general?

Don Enrique España hizo un gesto lleno de aspereza:

—Será cuenta suya.

Replicó el coronel:

—Y lo peor es que ahora no puede enviarse ni un soldado sin consultar al general en jefe. Acabamos de recibir esta orden telegráfica.

Y desdoblaba un papel azul que traía en la mano. Don Enrique España lo rechazó:

—¿Qué dice?

—Que estemos dispuestos para operar con las tropas que ocupan la línea de Tafalla a Puente la Reina. Hasta las jornadas nos fijan.

El general movía la cabeza con aire aburrido:

—¿Ya no debemos bajar a Vera?

—No, señor.

—¿Pero no era el plan que entrásemos por la Barranca? ¡Tienen la estrategia de las veletas! ¿No íbamos a operar con la columna del general Primo?

Y extendió el brazo reclamando el telegrama, que volvía a recorrer con la vista el jefe del Estado Mayor. El general se acercó a la ventana, miró por todos lados el papel y se lo entregó a uno de sus ayudantes:

—Lea usted despacio.

Todos atendieron con religioso silencio. El Estado Mayor General ahora quería atacar a Estella por las posiciones carlistas de Santa Bárbara de Mañeru. Se le comunicaba un itinerario al general España. Por el Puerto de Veíate debía ser el avance de todas las fuerzas concentradas en el Baztán: Bajarían por Alcoz a Oteiza. Tomarían posiciones dominando la orilla del Arga: El flanco derecho en Cizur, el izquierdo en Puente la Reina, el centro en Belascoaín.

Todos seguían con la imaginación aquella marcha larga y pesada por una tierra donde hacían constante correría las partidas carlistas, dueñas de los montes. Cuando el ayudante terminó de leer, el anciano general se limitó a decir:

—Hay que pedir aclaración de esa orden.

Preguntó el jefe del Estado Mayor:

—¿En qué sentido, mi general?

—En cualquier sentido. Telegrafíe usted también el suceso de Otaín. Como hemos dicho antes, no puede enviarse ni un soldado sin consulta previa. Yo confío que la guarnición resistirá en el fuerte.

—Es de suponer. Nada dispone tanto para las defensas heroicas como la crueldad del enemigo.

Murmuró estas palabras a media voz el jefe del Estado Mayor. El general aprobó con la cabeza:

—Lo hemos visto en la otra guerra…

—Como que eso explica tantas hazañas colectivas en la antigüedad.

Y se puso a redactar un largo telegrama para el Estado Mayor General. De pronto ladeó la cabeza:

—Me parece que tardarán en recibir ayuda los sitiados de Otaín.

Y miró a todos burlón y enigmático. Don Reginaldo Arias era un hombre pequeño y calvo, con la nariz torcida y la mirada aviesa de usurero pleiteante y sagaz. El general alzó los hombros:

—¿Por qué dice usted eso, coronel?

—Si quisiese explicarlo sabría…

Interrogó desde la ventana un capitán de húsares, que estaba en el grupo de los ayudantes:

—¿Que no sabe usted explicarlo, mi coronel?

—No sé, querido Duque… No sé…

—Pues yo sí… La República necesita que haga una degollina Santa Cruz. Los carlistas trabajan en las cortes europeas por obtener la beligerancia.

Aprobaba con una mirada maliciosa el jefe del Estado Mayor:

—Y se comprende, querido. La beligerancia equivaldría a tener abierta la frontera y el comercio de armas.

El Duque de Ordax exclamó riéndose:

—Pues pensamos lo mismo. Hace falta una degollina para presentar a los carlistas como hordas de bandoleros. Entonces Castelar alzará los brazos al cielo, jurando por la sangre de tantos mártires, y pasará una nota a todos los embajadores. Ahora la suprema diplomacia es ayudar al Cura.

El general se levantó encendiendo el cigarro:

—Yo desearía que fuesen ustedes más prudentes al emitir esos juicios. Es un ruego amistoso.

Concluyó el jefe del Estado Mayor:

—Que Santa Cruz ande ahora más perseguido de los carlistas que de nosotros, nada dice. Santa Cruz es fuerista, sin reconocer la suprema autoridad de Don Carlos.

Y continuó escribiendo el telegrama para el Estado Mayor General. Los ayudantes hablaban en voz baja, retirados al fondo del balcón, y entre la pared y la mesa, en un hueco de tres pasos, iba y venía, tarareando, Don Enrique España. De pronto se detuvo y miró a los ayudantes:

—Imposible que por una intriga política el general en jefe sacrifique a esos valientes encerrados en el fuerte de Otaín. Les prohíbo a ustedes que lo digan y que lo piensen. Rompa usted ese telegrama, coronel. Ahora mismo van a salir fuerzas en socorro de esos valientes. Rompa usted ese telegrama.

El veterano se acercó a la mesa, y arrugó el papel entre sus manos trémulas.

V

SANTA Cruz quiso castigar a la villa, porque, olvidando su claro abolengo legitimista, había consentido a la tropa republicana que sacase bagajes y raciones. Temerosos andaban escondiéndose los merinos, y dio un pregón condenándolos a muerte si antes de la noche no se presentaban en la rectoral donde tenía el Cuartel. Era tal el terror que inspiraba, que acudieron todos… Y

después de oírlos un momento, mientras bebía un vaso de vino y tomaba una rebanada de pan blanco, les mandó dar cincuenta palos en la Plaza de los Fueros:

—¡Uno!… ¡Dos!… ¡Tres!…

Marcaba la pauta el tambor redoblando. Los contaba muy recio un sargento destacado al flanco, y a coro con él contaban los niños de la escuela encaramados a los árboles, y alguna vieja antigua que tenía el recuerdo sagrado de la otra guerra:

—¡Veintuno! ¡Veintós! ¡Veintrés!…

Toda la villa acudió a presenciar el castigo, se llenaron balcones y ventanas, solo estuvo cerrado el palacio de Redín. Algunos voluntarios habían entrado con un teniente para prender a la Marquesa. La anciana señora, advertida por sus criados, los esperó en la saleta de su tertulia sentada en un sillón, erguido el busto y la mano apoyada sobre el cojín de la muleta.

Era la misma actitud solemne con que había recibido al Señor General Don Enrique España. A su lado, en pie, un poco trémula, estaba Eulalia. La Marquesa de Redín, viendo entrar a los voluntarios, levantó muy severa los ojos hasta su nieta, y le advirtió en voz baja:

—Eulalia, no olvides que esta gente puede matarnos, lo que no puede es vernos temblar… ¡Nada de lágrimas ni de súplicas, hija mía!

Y acarició a hurto la mano de la niña. Eulalia no respondió, suspensa y con los ojos fijos en aquellos soldados que invadían la saleta. La Marquesa, que se había puesto los espejuelos, los interrogó con ese tono avinagrado y cortés de algunas viejas:

—No les conozco a ustedes, y me extraña mucho esta visita.

Los voluntarios sonreían, mirándose en los espejos con un destello de honradez aldeana sobre las frentes meladas, francas y anchas bajo las boinas azules. El teniente se detuvo en el centro de la sala:

—Tiene que comparecer en la rectoral, donde está el Cuartel. Si no puede andar se la llevará en el sillón.

La Marquesa de Redín miró a su nieta, que se inclinó ayudándola a ponerse en pie. Las dos estaban muy pálidas y Eulalia dijo al oído de la vieja:

—¿Voy con usted, abuelita?

La Marquesa movió la cabeza:

—No sé… No sé… Mejor será que te quedes.

Y fue hacia los voluntarios sola, encorvada sobre la muleta. En medio de la sala se detuvo y requirió los espejuelos para ojear al teniente, que era muy alto.

Dejándolos caer, murmuró seca y desabrida:

—Vamos al Cuartel.

Salió reprimiendo una lágrima y sin volver los ojos para mirar a su nieta, que la siguió hasta la escalera, en medio de la servidumbre consternada. En el primer peldaño se detuvo y llamó a su doncella:

—Tú vendrás conmigo.

La doncella, que ya tenía los cabellos blancos se adelantó muy compungida y le dio el brazo. Bajaron entre los soldados con gran lentitud. En la plaza seguía resonando el tambor, y el coro de viejas y niños llevaba la cuenta de los palos al último merino que sufría el castigo impuesto por el Cura:

—¡Ocho!… ¡Nueve!… ¡Diez!…

Cuando salió la Marquesa de Redín hubo un instante de silencio: Cesaron algunas voces, y otras siguieron contando más indecisas. La gente se apartaba y hacía sitio con temeroso respeto a la vieja dama que iba entre soldados. Caminaba apoyándose en su doncella, con los ojos adustos, levantados sobre el populacho, y murmurando de tiempo en tiempo:

—¡Qué inquisidores!

VI

SANTA Cruz estuvo alerta toda la noche, paseándose solo en la solana de la rectoral. Al amanecer bajó al zaguán, y a los voluntarios que dormían escombrando el paso, les tocaba con el garrote para despertarlos. Después de oír misa, hizo formar en el atrio y municionar a los doscientos hombres que habían venido con Egoscué:

—¡Ahora a tumbar herejes!

Y con gesto taciturno y huraño los vio desfilar hacia las trincheras, donde ya comenzaba el fuego contra los sitiados del fuerte. Había dispuesto que se hiciese una mina, y trabajaban en ella sin descanso todos los vecinos leales, ayudados de algunas mujeres. A las doce, los voluntarios fueron racionados en las trincheras, ración de balas, de vino mosto y pan caliente, que recibieron relinchando. El Cura paseaba entre ellos, taciturno, con la frente obstinada y el garrote en el puño. En algunos sitios se detenía y daba orden de no interrumpir el fuego. Los cañones del fuerte respondían alternativamente, y las balas se enterraban en la tierra de los parapetos. Santa Cruz iba tranquilo, sin alarde, con la cabeza

inclinada y santiguándose. En el camino de los viñedos, donde estaba la vanguardia, sentose a descansar en una piedra, contemplando las líneas de tiradores.

Reparó que venía a caballo por la misma senda un viejo, a quien todos en la partida llamaban el Secretario. Y viéndole correr, sintió una ráfaga jovial:

—Aquí no hace falta el tintero de cuerno, Don Rafael.

Cabeceaba el viejo sobre la silla:

—Salí por inspeccionar esas viñas tan lozanas.

—¿Son de usted?

—¡Mías!… Ni aun al dueño conozco.

Vieron caer muy cerca una bomba que levantó al sol, en surtidores, el agua de una acequia y Santa Cruz continuó sentado, mientras el caballo del otro daba una huida por el campo:

—Vuélvase, Don Rafael. En el establo de la rectoral han metido a la Marquesa de Redín. Mándele un confesor, Don Rafael.

Hablaba con voz vagarosa y soñolienta, sin mirar al viejo, que ponía un gesto muy apenado.

—¡Ilustre caudillo, primero le formaré tribunal, y la haré comparecer! Así Lizárraga no dirá que fusilamos sin proceso.

Santa Cruz, al oír el nombre del general carlista, volvió a poner los ojos sobre las filas de tiradores y quedó mudo, con un frío reír entre la barba de cobre. El Secretario hizo una reverencia de letrado, y revolviendo su jaco trotó hacia Otaín. Santa Cruz entonces se levantó de la piedra, y subió hasta el viñedo donde estaba la vanguardia. Sus dos cañones, emplazados en lo alto de un cerro, no conseguían abrir brecha en los muros del fuerte. Era todo de piedra aquel antiguo convento, y los republicanos lo tenían aspillerado. El humo de las descargas parecía inmóvil sobre los paredones, rojos por los siglos. Al caer la tarde había cinco voluntarios muertos, que fueron llevados al cementerio en angarillas. Un clérigo con bonete iba detrás, entre algunas mujerucas que se cubrían con mantillas y lloraban. Rezó el clérigo un responso deprisa, y se volvió galgueando entre las mujeres, que corrían con las puntas de las mantillas apretujadas sobre el pecho. Santa Cruz, en el camino del cementerio, vigilaba el paso por donde retirarse hacia los montes. Comprendía que los republicanos esperaban ayuda y que no había tiempo de rendirlos. Al volver de las líneas, le salió al paso un confidente. Santa Cruz le miró despacio:

—¿De dónde vienes?

—De Elizondo.

El Cura oyó la confidencia con los ojos bajos, apoyado en el bordón. Se confirmaba su recelo:

Ya sabía que llegaban refuerzos para los republicanos. Mandó esperar al confidente, y entró en la rectoral. Cerrado a solas en una sala blanca con tarima lustrosa, comenzó a pasearse. Aún estaba intacta la cama que la madre del vicario le había mullido el día antes de la toma de Otaín. Santa Cruz recapacitaba a media voz:

—Voy, los espero… Se retiran escarmentados… Ya estoy de vuelta y hago volar a estos… Que sale mal, pues el monte conmigo… ¡Y me olvidaba de la justicia que hay que hacer en la vieja de Redín!

Abrió bostezando la boca grande, y tan bermeja, que parecía hilar sangre por la barba encendida, y fue a descabezar un sueño en la cama que le esperaba hacía dos noches.

VII

EL cabecilla hizo un sueño ligero. Por la calle, bajo sus ventanas, pasaba un tumulto regocijado. El tamboril y la gaita tocaban en desacuerdo, y se trenzaban sus sones con fantasía grotesca. Santa Cruz, de una gran voz, llamó a los voluntarios de su guardia, siempre en centinela mientras dormía. Los sintió venir desde el fondo del corredor:

—¿Qué pasa?

Los mozos tenían una ingenua alegría en los ojos:

—La sentencia del consejo, Don Manuel.

Seguía el son desacordado del tamboril con la gaita y el clamor alegre de mujeres y niños. El Cura se asomó a la ventana. En la plaza, sobre el fondo rojo del ocaso, vio a una vieja que marchaba a la jineta en las ancas de un burro, con el tamborilero delante y el gaitero detrás. Iban por medio de un gran corro de gente, y las mujeres levantaban en alto a los niños. El cabecilla, sin volver la cabeza, interrogó a los de su guardia:

—¿Es la Marquesa de Redín?

—Sí, señor.

Se retiró de la ventana, entornados los ojos y el gesto de fatiga:

—¡Conque hay un Consejo que dicta sentencias!

Los mozos quedaron serios, mirándose a hurto. Sentían la cólera del cabecilla en aquellas palabras pronunciadas a media voz. El Cura salió a la solana, donde había más voluntarios, y los miró a todos, pasando entre ellos. Llegado al otro testero, preguntó:

—¿Y el Secretario?

Respondió un mozo:

—¡Iré por él! En la bodega estaba.

Santa Cruz movió la cabeza y se fue en silencio, apoyándose en el palo con el aire huraño de un mendigo. Llegó a la bodega y se detuvo en el umbral, a la escudriña del fondo oscuro. Tres viejos arrugados, con las calvas encendidas, estaban sentados en odres a la redonda del banco de la matanza, cubierto con una toalla de lino, para que pudiese servir de mesa. Y sobre aquellos manteles, a canto de un plato con rosquillas, templaba el jarro fresco y talavereño.

Los tres viejos reían contemplando el tumulto de la plaza y por las bocas desdentadas se les escurría el vino. El Cura adelantó lentamente:

—¡Ave María Purísima!

Los viejos respondieron, levantándose, en coro:

—¡Sin pecado concebida!

Interrogó Santa Cruz con un temblor de toda la barba:

—¿Es el tribunal?

Los viejos le rodearon con los brazos abiertos:

—¡Ya tenemos aquí al gran partidario!

—¡Al que se ríe de todos los generales!

—¡El que vale más que el Rey!

El Cura dio un salto de gato y dejó caer su mano, redonda y blanca como un pan, sobre el hombro del Secretario:

—¿Qué ha hecho usted?

El Secretario empezó a reír, y, poco a poco, doblándose bajo el peso de aquella mano, acabó por llorar:

—¡Perdón, ilustre caudillo!

—¿Qué ha hecho usted?

—¡Formé tribunal!

Y volvió a reír, haciendo una mueca a los otros viejos arrodillados en una gran mancha de vino, entre cachizas del jarro. Santa Cruz, con aquella astucia soñolienta que daba frío, miraba a los tres. Se oyó hablar a la madre del Vicario:

—¡Ay, me dejen cerrar la puerta! ¡Divino Jesús, qué vergüenza si los

pudieran ver!

Era una señora alta y seca, con el pelo muy alisado, recogido sobre la nuca en un moñete como una nuez. Murmuró el cabecilla con la voz contrariada y apenada:

—¡Cierre usted pronto, Doña Angelita!

El Secretario jadeaba bajo la mano del Cura:

—¡Ha sido condenada en toda regla, y se la hizo comparecer aquí para juzgarla!

Saltó uno de los viejos:

—¡Muy entera para las balas!

Y cantó el otro, moviendo la cabeza como el badajo de una campana:

—¡Qué balas ni qué castañas pilongas! ¡Qué balas ni qué castañas pilongas!

Detuvo la cabeza, y comenzó a hipar un sollozo largo, largo, que reventó como una ola. Pero entonces el otro viejo comienza a repetir:

—¡Castañas pilongas! ¡Castañas pilongas! ¡Castañas pilongas!

El Secretario temblaba como una res, bajo la mano del Cura:

—¡Ahora están calamucos, porque han bebido! ¿Quién puede negarlo? Pero antes no lo estaban… ¿Quién puede negarlo?… Como se ponía la vieja tan entera pidiendo ser fusilada, pues vino sobajarle el orgullo… Pues fue decir ella vuelo muy alto, pues fue decirle ya te daremos plumas… Pues fue decir no temo las balas, porque soy la esposa de un héroe, pues fue nosotros el decir, castañas pilongas.

Se oyó la voz ronca de la madre del Vicario, que atendía a espaldas de Santa Cruz:

—¡Borrachos!

El Secretario, revolviéndose bajo la mano del cabecilla, gimió con una voz muy cortesana:

—¡Los que lo sean, los que lo sean, Doña Angelita!

Santa Cruz le sacudió con gran violencia:

—¡Alma de Faraón!

El otro se dobló, gritando:

—¡Todo el mal viene de las mujeres!… ¡Sin aquella sobrina mía, que vive en la calle del Mercado Viejo!… Me trajo una orza de miel, y como al ir a catarla le hallé un sapo dentro, pues intacta la dejé. Tampoco quise regalarla, por ser el sapo un animal con ponzoña. ¡Y era una miel dorada!

Exclamó, enternecido, uno de los viejos:

—¡Cuando untamos el cuerpo de la acusada, parecía un caldero de cobre!

El Secretario le miró lleno de amor, y luego comenzó muy deprisa:

—Pues me vino la idea de mandarla emplumar. Era un castigo que divertía mucho a los antiguos…

Interrumpió la madre del Vicario:

—Y a los modernos. Yo lo he visto cien de veces en la otra guerra.

—Había que aprovechar la miel, regalo de mi sobrina… A la buena señora la dejamos con enagüillas por la decencia, y se le untó el cuerpo. ¡Sí que parecía un monstruo! Se llevó en el pergamino una miel de regalo… Esta sobrina es hija de la mayor de mis hermanas, que fue para mí como una madre… ¡Sí que parecía un caldero de cobre! En nada se faltó a la decencia. Como es muy vieja, la señora conserva muy pocos encantos, sin que yo, pobre de mí, le quite el ser Marquesa. Se la vistió con el plumaje de unas gallinas que matamos, y se la echó a volar sobre el borrico del aceitero. Es un castigo de los antiguos, que en sus sentencias cumplían siempre dos fines: Penar al malo y divertir al bueno… Pan y circo… ¡Pan de justicia!

Terminó de hablar con un gemido, porque el cabecilla le empujó violento contra los otros dos, que permanecían arrodillados en la charca sangrienta del vino. Silencioso salió Santa Cruz de la bodega, la barba en el pecho, la mirada esquiva, y muy en lo alto del bordón, que le ayudaba a mesurar el paso, la mano blanca y pecosa, cubierta de un vello dorado. Fuera tocaba un aire el tamboril y otro el gaitero: Se trenzaban grotescos, como los zuecos de esos vejetes ladinos que en las fiestas de aldea rompen bailando el corro de las mozas.

VIII

EL Cura abrió la ventana y miró al cielo. Apenas brillaban las estrellas. Estúvose quieto y meditando, con los ojos fijos en la sombra de los montes. Bajo la bóveda de la noche, todos los rumores parecían llenos de prestigio. El ladrido de los perros, el paso de las patrullas, el agua del río en las presas, eran voces religiosas y misteriosas, como esos anhelos ignotos que estremecen a las almas en su noche oscura. Y todas las cosas decían una verdad que los hombres aún no saben entender. Las sombras y los rumores, las estrellas que se encienden y se apagan, las aguas de plata que las llevan en su fondo, los pasos que resuenan sobre la tierra, todo tenía una eternidad y una eficacia en el gran ritmo del

mundo, donde nada se pierde, porque todo es la obra de Dios.

Pero aquel cabecilla, que había dejado su iglesia para hacer la guerra a sangre y fuego, solo veía en la noche la oscuridad propicia para sus sueños de batallas. Meditaba ir con su banda al encuentro de las tropas que venían sobre la villa. Temblaba antes de decidirse, y toda su alma se tendía en acecho, iluminada por un resplandor como el que tienen los gatos en los ojos. Era preciso levantar el cerco y salir en las tinieblas con tal sigilo que los sitiados no lo advirtiesen. Se decidió con un sentimiento torvo y lleno de recelo que le ponía un gran frío en las mejillas. Solo dejó cien voluntarios, por que al alba del día hiciesen alarde ante el fuerte y entretuviesen a los sitiados con parlamentos para que se rindieran. Salió la partida en grupos de pocos hombres, tal que los del fuerte no pudiesen descubrir la línea oscura de la formación en el claro de la carretera. Santa Cruz, al salir de Otaín, llevaba consigo, atados en cuerda, a los tres viejos.

Cuando subía un alto del camino se detuvo y mandó detener a su gente:

—Muchachos, ya visteis la justicia que hice en los merinos de Otaín. Fue por la ayuda que dieron a los republicanos cuando entraron en la villa. Si alguno lo ignoraba, ya lo sabe. Los voluntarios respondieron a una:

—¡Conformes! ¡Conformes!

El cabecilla quedó un momento silencioso ante el vocerío de la hueste tendida por el vericueto del camino. Se fundía con el murmullo del hayedo la respiración de aquella banda de aldeanos.

El Cura miró muy fijo a los tres viejos que llevaba en cuerda:

—Ahora cumple castigar a los que hicieron de una sentencia un carnaval. Burla de judíos, que inventaron el cetro de caña para escarnecer a Nuestro Señor Jesucristo. La Marquesa de Redín debía ser fusilada por traición, que nacida en esta tierra va contra los fueros y favorece a la República. Yo mandé darle un confesor, pero tres odres de vino la condenaron a pasear sobre un asno. ¿Qué se hace con ellos?

La banda respondió con un murmullo, y luego resonaron algunas voces escalonadas:

—¡Que castigue Don Manuel! ¡Que castigue Don Manuel!

El Cura volvió lentamente la mirada a los tres viejos, y los reparó despacio. Luego, apoyadas las dos manos en el bordón, habló a la banda inmóvil ante él, bajo la luna naciente-

—También os digo que hasta hoy fue gente leal, con buenos servicios para la Causa… Por tanto, que le sean desatadas las manos y que vayan al frente. ¡A

cada uno su fusil!

Gritó el Secretario con la voz aguda y penetrante:

—No es castigo, es honra, y le doy a usted las gracias, Don Manuel.

Los otros hablaron entre sí muy quedo mientras los desataban. Después del concilio volvió a levantar la voz el Secretario:

—Mis compañeros tampoco lo estiman como castigo, y le dan a usted las gracias.

Hicieron los tres un saludo y marcharon alineados a ocupar su puesto en el frente. Allí, uno de ellos murmuró volviéndose al Cura:

—Le agradecería a usted que no me entregasen el fusil hasta dar vista al enemigo. Señor Don Manuel, tengo setenta años y el hombro derecho roto de una bala. Pero he sido soldado y cazador, y todavía, todavía…

El Cura respondió brevemente:

—Está bien. Que vaya sin fusil.

Se apartó entre unos árboles, y mandó desfilar. Unido a la retaguardia iba por la orilla del camino, meditando, apoyado en su bordón. Era su pensamiento constante el de la guerra. Sentía a su paso nacer el amor y el odio, pero se miraba en el abismo del alma, y veía todas sus acciones iguales, eslabones de una misma cadena. Lo que a unos encendía en amor, a los otros los encendía en odio, y el cabecilla pasaba entre el incendio y el saqueo, anhelando el amanecer de paz para aquellas aldeas húmedas y verdes, que regulaban su vida por la voz de las campanas, al ir al campo, al yantar, al cubrir el fuego de ceniza y llevar a los pesebres el recado de yerba. Era su crueldad como la del viñador que enciende hogueras contra las plagas de su viña. Miraba subir el humo como en un sacrificio, con la serena esperanza de hacer la vendimia en un día del Señor, bajo el oro del sol y la voz de aquellas campanas de cobre antiguo, bien tañadas. Se acordaba entonces de su iglesia de Hernialde, en lo alto de Hernio, y de su misa al amanecer. Con ternura memoriosa de aldeano sentía dentro de sí ondular los caminos en el amanecer, cuando bajaba a otras aldeas para cantar en las fiestas de los viejos Patronos Gloriosos: Santiago, San Clemente, San Frutos. La noche serena acrecentaba aquel ensueño, y al pasar bajo los hayedos oscuros, que apenas dejaban ver la luna, toda su alma temblaba y abría las alas en la niebla luminosa de las procesiones, entre el humo del incienso y el oro de las vestiduras. Anhelaba volver a sentir aquella gracia que le hacía amar el presbiterio y su casa frugal y campesina, con el galgo a la puerta y el maíz secando en la solana. La casa vecina de la iglesia y la misa al alba.

El cuervo tenía el benigno volar de una paloma.

IX

EN el Crucero de Belda halló el Cabecilla a un confidente que venía cruzando los prados, llenos de amorosa fragancia, bajo la luna. Santa Cruz se apartó mucho de su gente para hablar a solas con aquel hombre, y al emparejarse murmuró las palabras torvas con que recibía a todos los confidentes:

—¿De dónde vienes?

—De Arguiña.

—Puedes empezar. Cuida de no engañarme.

—Pues a los guiris no los tengo visto, y nada digo, que tampoco quiero aparentar. Mi vereda ha sido toda por medio del valle dende que salí. Para llegar antes no me detuve siquiera a mirar que estaba todo en sudor, y pasé el río por el vado, que me quedaba la puente a la mano izquierda y no quise ir a buscarla.

El Cura le interrumpió, muy reposada la voz:

—Di, qué traes.

Saltó el otro con una gran viveza:

—¡Pues que ha muerto de las heridas el Estudiante! Mañana lo entierran.

—¿Tú lo viste?

—Yo lo vi. Toda la casa estaba llena con los gritos de las mujeres y de los mutiles de la partida.

—¿Cuántos hombres?

—En Arguiña habría hoy cerca de los doscientos. Se fueron de tarde para ir a juntarse todos con los voluntarios del general Lizárraga.

Nada repuso el cabecilla, que, con la barba en la mano, siguió andando. Cerca de una foz, por donde la gente tenía que desfilar muy despacio, llamó a un voluntario de tierra del Roncal. Era el andarín de la partida, donde todos le llamaban Cepriano Ligero. Se cuadró ante el Cura, sonriendo:

—¿Qué me mandaba, Don Manuel?

Habló muy lento Santa Cruz:

—Vuelve a Otaín, y a los hombres que dejé, me los encaminas a Larraga.

—¿Hay que correr, Don Manuel?

En la voz del voluntario temblaba una risa ingenua. El Cura repuso, poniéndole la mano en el hombro:

—Hay que correr, Cepriano… Que sea aquello de llegar tú y ponerse todos al camino.

Y Cepriano exclamó con cierta alegre timidez:

—¿Aventuro que salió otra liebre mucho más grande, Don Manuel?

—¡Mucho más grande!

—¿Se deja lo de Otaín?

—Por ahora, sí.

—¡Pues, vamos a correr!

El roncalés se aseguró bajo los dientes las cintas del sombrero, y trepó como un chivo por aquellos cuetos. Santa Cruz permaneció apartado de su gente, con cierto remordimiento por abandonar la empresa de Otaín. Pero una ambición más grande le llamaba como llama en la guerra una bandera tremolante. Quería reunir bajo su mando todas las partidas guipuzcoanas, y realizar el sueño que tuvo una mañana inverniza, al salir con tres hombres de su iglesia de Hernialde. Iba a ser solo. Haría la guerra a sangre y fuego, con el bello sentimiento de su idea y el odio del enemigo. La guerra que hacen los pueblos, cuando el labrador deja su siembra y su hato el pastor. La guerra santa, que está por cima de la ambición de los reyes, del arte militar y de los grandes capitanes. El Cura sentía dentro de su alma palpitar aquella verdad, que le había sido dada en el retiro de su iglesia, cuando leía historias de griegos y romanos: En las tardes doradas paseando en la solana, y durante las noches largas, bajo el temblor de la vela que se derrama. Ahora aquella verdad era su verdad, la sentía sagrada y sangrienta, toda llena del arcano profético, como las entrañas de una res sacrificada por el vate druida.

Caminando bajo el hayedo del monte, apoyado en el bordón como un peregrino fatigado, tenía los ojos llenos de lágrimas al recordar la destrucción de las ciudades antiguas que no querían ser esclavas de los grandes Imperios. Le resonaba interiormente la armonía clásica con que narran tantas hazañas Nepote y Salustio. Era un divino son latino, más bello y más grave que el canto llano. Y con el odio por las legiones y las águilas augustanas, como solía decir recordando el lenguaje del púlpito, sentía el entusiasmo por las tribus patriarcales y guerreras de los libres vascones. Soñaba que su hueste fuese el ejemplo de aquellas, y que saliese de las batallas con sangre en las armas y en los brazos. Llevaba consigo segadores con la hoz, y pastores con hondas, y boyeros con picas. Su alma se comunicaba en el silencio con el alma de todos, sabía cuáles eran los más fuertes, cuáles los que se consumían en una llama

fervorosa, y los que peleaban ciegos y los que tenían aquel don antiguo de la astucia. Para gobernarlos y valerse de ellos, los tenía en categorías: Lobos, gatos, raposas, gamos. A uno solo le llamaba el ruiseñor, porque era un versolari. Jamás hubo capitán que más reuniese el alma colectiva de sus soldados en el alma suya. Era toda la sangre de la raza, llenando el cáliz de aquel cabecilla tonsurado. Y en medio de la marcha, de tiempo en tiempo se detenía y rogaba de quedo, con la fe ardiente de un guerrero antiguo:

—¡Señor, líbrame de enemigos!

X

PASADA la foz, donde el camino se ensanchaba, emparejó con Miquelo Egoscué. Después de ir a su lado buen espacio, con la mirada esquiva y silencioso, musitó como si saliese de un sueño:

—Miquelo, mañana entierran a Sorotea.

El otro levantó los ojos hasta las estrellas, con serena calma:

—¡Sorotea!… Era un buen partidario. ¡Valiente! Salimos juntos de Larraiz, y tuvimos que pasar el río a nado para llegar al campo carlista. No dejaré de rezar por el bien de su alma.

El Cura adelantose, sin que mediasen otras palabras, y comenzó a marchar con paso de lobo, recorriendo el flanco de la partida y dando órdenes en voz baja a todos sus tenientes. Llegó hasta las últimas parejas del frente y se detuvo a un lado del camino, en medio de su guardia. Se apoyaba en el bordón como un cabrero que hace desfilar bajo los ojos su rebaño, para contarlo. Al pasar Egoscué, le llamó y retuvo a su lado:

—Hemos de seguir hablando, Miquelo.

Había desfilado toda la banda, y los dos cabecillas quedaban sobre la orilla del camino oyendo cantar los ruiseñores. El Cura se recostó en una piedra, con la cara vuelta al cielo estrellado. En tomo, conversaban despacio los voluntarios de la guardia:

—Hoy ha muerto en Arguiña uno de los buenos.

—No es verdad.

—Lo tiene dicho Don Manuel.

—¡Y hablaban que no eran graves las heridas!

—Mala cura que tuvo.

—¡Era un buen partidario!

—¡Bueno!

—Aún no tenía bien cerrada la barba y podía contarse de los primeros. Para que digan que la muerte no elige.

—¡Vaya, y se prenda de los buenos mozos!

—¡Condición de las viejas, malditas sean!

—Dicen que la gente ha recibido emisarios para que se una al general Lizárraga.

—Lizárraga anda por cerca de Tolosa.

Santa Cruz se incorporó en la peña y miró a todos vagaroso y huraño, como si no los reconociera:

—¡Miquelo! ¡Miquelo!

El otro cabecilla, que estaba al pie de un roble, se volvió con arrogancia:

—¡Aquí!

Y salió de la sombra del ramaje al claro de la luna. Santa Cruz se puso en medio de su guardia, de pronto prevenida y muda. Rodaban de la altura algunas piedras desprendidas al paso de los partidarios que cruzaban los puertos. Iban ya muy lejos. Egoscué sintió en torno suyo aquel silencio del monte y concibió un gran recelo. El Cura, con la frente contra el bordón que tenía abrazado, le hablaba sin mirarle:

—Miquelo, un secreto mío lo vendiste al general Lizárraga.

—¡Mintió quien lo dijo!

—¿Dónde están los fusiles que enterré en el caserío de Gorostiza?

—Allí estarán, si no fueron por ellos.

El Cura repuso con la voz encalmada:

—Otros irían… Y para fin de traiciones, tienen que acabarse tantos cabecillas, y no quedar más que uno. ¡A ti te lo digo!

Egoscué adivinó de pronto la sima de vértigo y de sombras que cavaba la ambición en el alma del tonsurado, y sintió frío en la raíz de los cabellos. Le increpó dando voces:

—¡Me llamaste a tu lado, y estoy viendo que era un cepo para que cayese, mal clérigo!

Santa Cruz replicó muy frío, sin apartar la frente del bordón:

—Tienes media hora.

Egoscué le clavó los ojos fieros y angustiados, respirando con ansia, sin poder desatar el nudo de la voz. Quiso poner mano a sus armas, pero en el

mismo instante, obedientes a una señal, le cercaban los mastines de la guardia y le ponían preso. El Cura levantó su mano, que era como un vellón blanco en la noche azul y serena del monte:

—Llevadle a la foz, y cuatro tiros.

Sin oír los denuestos del otro cabecilla, se echó el palo al hombro y corrió monte arriba para juntarse con sus partidarios. Se veía mandando todas las partidas guipuzcoanas y haciendo la guerra conforme la tradición pedía. No le turbaba el remordimiento. Era su alma una luz clara y firme como piedra de cristal. Sabía la verdad de la guerra y el mezquino don de la vida. Cuando al ordenar un fusilamiento, en pos de otro fusilamiento, veía palidecer a sus tenientes, recordaba, despreciándolos, el duelo de las mujerucas enlutadas mientras cantaba los responsos en su iglesia de Hernialde. Sentía renacer aquella mística frialdad y aquella paz interior. Consideraba con una delectación áspera, el hilo tan frágil que es la vida, y cómo el aire, y el sol, y el agua, y un gusano, y todas las cosas, pueden romperlo de improviso. Muchas veces, al cruzar ante los prisioneros vendados y pegados a una tapia, los miraba a hurto y pensaba, como si les pagase un tributo:

—También yo caeré algún día con cuatro balas en el pecho.

Y si había inquietud en su conciencia, con aquel pensamiento la soterraba.

XI

MUCHAS horas después de haberse retirado los últimos voluntarios carlistas, aún permanecía encerrada en el fuerte la guarnición republicana de Otaín. Con recelo de una celada, seguía arma al brazo, avizorando tras los muros aspillerados, puestas atalayas en la torre sin campanas.

A media tarde asomaron por la vega algunos jinetes de húsares que venían destacados en patrullas, explorando por el frente y flanco izquierdo, únicos sitios donde los carlistas podían emboscarse para un ataque. La infantería avanzaba por secciones a paso de marcha, metiéndose a veces en las siembras, porque era el camino muy angosto y pedregoso. De pronto se llenó la vega con el son de las cornetas, y otras cornetas respondieron roncas y claras, desde los muros del viejo convento. Cuatro compañías de África y cien jinetes llegaban en socorro de los defensores de Otaín. El Duque de Ordax, ascendido a capitán, mandaba el pelotón de los húsares y toda la fuerza el coronel Guevara. Se ordenó el alto en

la Plaza de los Fueros. De tiempo en tiempo, asomaban corros de chiquillos, que gritan al amparo de una esquina, y escapan corriendo:

—¡Abajo los guiris!

El Duque de Ordax estaba bajo el balcón saledizo de la posada, viendo cómo le herraban el caballo, cuando llegó un soldado que le habló en voz baja:

—¿No podrías darme la boleta de alojamiento para casa de mi abuela?

El Duque se echó a reír:

—¿Temes que sin ella no te admitan?

—¡Naturalmente! Mi abuela me tiene en entredicho, como toda la parentela, y mandará que los criados me pongan a la puerta. Con la boleta le haré comprender que no entro allí como su nieto. ¡Ten compasión, querido Jorge! Mira que me tienen abandonado y necesito conmover el duro bronce de mi abuela para sacarle algún dinero. Con mis padres, no hay que contar. Son cosa perdida.

El Duque de Ordax se negaba con un leve movimiento de cabeza:

—Parecería una burla. Preséntate sin boleta.

Lamentó el soldado, que era casi un niño, con los ojos azules, las cejas de oro pálido y la tez lechosa:

—¡No tengo desahogo bastante, Jorge!

—¡Por Dios, Agila!

—No, no lo tengo.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Yo, para atreverme a una cosa, necesito no haberla pensado.

El Duque repitió con mayor seriedad:

—Lo siento, pero no puedo prestarme a esa burla, Agila… Y menos ahora, cuando tu abuela acaba de sufrir un ultraje tan grave de los carlistas. Me dicen que está enferma. Yo iré a visitarla dentro de algunos momentos, apenas sepa el forraje que hay para los caballos. Tú debes hacer lo mismo.

—¡Si fuese grave su enfermedad!

—En los viejos, todas las enfermedades son graves.

—Si la sacramentasen, yo entraría muy devoto con el cortejo, hasta el borde de su cama, y le besaría la mano. Entonces puede ser que me perdonase…

El Duque volvió a reír sonoramente:

—¡Hombre, puede ser!

—Un perdón como yo lo necesito. ¡Si no afloja la bolsa, qué consigo con su

bendición, querido Jorge! ¿Tú no quieres darme la boleta?

—No.

—¿Resueltamente?

—Resueltamente.

—Pues desesperado, haré un disparate.

—Pues hazlo.

—A la orden, mi capitán.

Agila saludó, alzando a la carrillera del chacó la mano derecha, y se fue dejándola caer de palma y con estruendo sobre el anca del caballo que herraban. Jorge le gritó:

—¡No seas bárbaro!

Y ayudó a contener el caballo, que se alzaba. Comentó el posadero santiguándose, metiéndose los dedos en la faja:

—¡Vaya un mozo!

En la plaza se oía el rasgueo de las guitarras, los soldados encendían fogatas, y en grupos, cogidos de las manos, se acercaban a las mozas que estaban en las puertas, y les proponían armar un baile. Pero las mozas, casi sin oírlos, se entraban esquivas en los zaguanes.

XII

EL Duque de Ordax cambió de uniforme en la posada, y después de rizarse los mostachos ante un espejo roto que le presentó su asistente, se dirigió al palacio de Redín. En la antesala halló a un viejo vestido de negro, con la levita salpicada de rapé. Era el mayordomo tan arrugado y consumido, que parecía una momia descubierta en el fondo de alguna alacena polvorienta. Tenía el rosario entre las manos, y rezaba sepultado en un sillón de cuero, frente a una litografía de Napoleón en Santa Elena. Se levantó consternado:

—¡Señor Duque, qué afrenta para una familia de tanta alcurnia, y para toda la nobleza, y aun para los que servimos en estas casas conociendo lo que representan y lo que fueron en la Historia!

Moviendo el cráneo pelado y amarillo, donde se dibujaban las suturas de los huesos, levantó el tapiz de una puerta para ofrecer paso al Duque. Entraron los dos al salón, colgado de damasco carmesí como una sala capitular, frío y sin alfombra, luciendo dos grandes braseros apagados, uno a cada testero. Y cerca

de un balcón muy chato, con cortinas de muselina en los cristales, están como una tradición familiar, la butaca y el velador donde jugaba a las damas la Marquesa. El Duque se detuvo en medio del salón, mirándose en los espejos de consolas, también velados por muselinas. Se oyó el roce de una puerta y entró Eulalia. Tenía los ojos llorosos, estaba un poco pálida y sonreía:

—¿Lo sabes todo?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Una barbaridad.

—La abuela no ha dejado de delirar. Fue una cosa horrible las burlas del populacho. Iban detrás tirándole lodo. Me la entregaron medio muerta. ¡No, no es posible que pueda resistirlo!

Se cubrió los ojos sollozando. Jorge le tomó una mano, y la retuvo entre las suyas:

—No llores, que te pones más guapa, y eso es terrible para mí.

Eulalia le miró risueña y sofocada:

—Deja ahora esas tonterías, Jorge.

Se levantó del sofá donde estaban juntos, y fue a sentarse algo más lejos, en un sillón, sin mirar al Duque. Al cabo de un instante, preguntó con aturdimiento, y como si quisiera recordar que los separaba un abismo:

—¿Qué es de tu mujer? ¿No habéis hecho las paces?

Se nubló de pronto el rostro del arrogante capitán:

—Ni aun sé por dónde anda.

Dejó caer las palabras lentamente, y sostuvo con afectación en los labios una sonrisa tirante. Eulalia, inquietada por otro pensamiento, murmuró sin advertirlo:

—¡Pobre mujer!… ¡Cómo has labrado su desgracia!

Jorge echó hacia tras la cabeza, mortificado y violento, mientras la muchacha sonreía mirándole de pronto franca y fraternal:

—¿Pero tú conoces a mi mujer?

Y el Duque de Ordax, con una expresión extraña, que cambió de ser dolorosa hasta ser cínica, se corrió un poco en el sofá para acercarse a Eulalia. La muchacha recogió el ruedo de su falda y escondió los pies enderezándose en el sillón. Sentía una gran alarma interior, y que le recorría los nervios la memoria sensitiva y oscura de un sueño, el sueño de aquella noche, en que ella iba por un camino desconocido, a la caída de la tarde. Jorge, que estaba un poco pálido, entreabría los labios pasando los dedos por su barba de oro. De pronto,

acentuando la sonrisa, exclamó:

—No sé nada de mi mujer… Ni siquiera quién es ahora su querido.

Eulalia se puso roja, con tal llamarada de sangre, que hasta los ojos le encendía. Respiraba con angustia:

—Perdóname, Jorge… ¡Y no me digas a mí esas cosas!

Jorge le tomó la mano:

—¡Perdóname tú!

Quedaron los dos silenciosos y conmovidos. En aquel gran salón de la abuela evocaban el aspecto amoroso y romántico de los héroes novelescos que en las litografías del año treinta se dicen sus ansias bajo una cornucopia, enlazados por las manos en el regazo del sofá, que tiene caído al pie un ramo de flores. Jorge se alejó lentamente, y estuvo algún tiempo en el balcón de la abuela. Su figura desaparecía entre los cortinajes de damasco carmesí. Experimentaba una emoción dulce y familiar en aquella sala, tan distinta de los alojamientos que le solía deparar la vida de campaña. Era el renacer de un amor juvenil y lejano bajo el perfume de las rosas, marchitas en los grandes floreros de las consolas. Del cardo seco que era su alma, volaba una mariposa. Y aquella vida, triste en medio del ruido de una baja locura, abrasada por el aguardiente de todas las cantinas, llena de todas las músicas plebeyas de los cuerpos de guardia, ahora sentía, como en un tiempo lejano, llegar el amor con la melancolía. Una divina emoción de adolescente, anhelo y recuerdo, era la gracia lustral que le purificaba. Respiró con delicia, cerrando los ojos:

—¡Qué feliz soy!

Sintió abrirse una puerta allá en el fondo, y pensó que salía Eulalia. Pero en el mismo momento oyó la voz melosa de Agila:

—¡Hermana! ¡Hermanita del alma!

Y volvió la cabeza, y en el umbral descubrió abrazados a los dos hermanos.

XIII

EULALIA se conmovió un poco ante su hermano vestido de soldado y oliendo a cuadra:

—¡Pero, Agila, qué has hecho!

El muchacho repuso con una sonrisa infantil, que reclama indulgencia:

—Estoy arrepentido, hermanita.

—¿Y cómo te acostumbras a esta vida?

—No me acostumbro… Me han cogido como a un criminal y me llevaron al cuartel. ¡No me acostumbro, pero me resigno!

Eulalia le miraba muy grave:

—¿Por qué has dado motivo con tus locuras a ese castigo?

Agila levantó la mano con aire desdeñoso y un poco fanfarrón:

—¿Quién no hace locuras en la vida, hermanita?… Nadie intercedió por el pobre Agila. ¡Ay, si hubieras estado tú en Madrid!

Eulalia seguía mirándole, con una llamarada en las mejillas:

—¿Y no te avergüenzas de verte así?…

—¿Con uniforme de soldado? No, no me avergüenzo. Me avergüenzo de que mi padre me lo haya impuesto como un castigo por mis locuras, por mis vicios.

—¿Por qué no le escribes pidiéndole perdón?

—Aún no es tiempo… Cuando haga una heroicidad… Si tengo la suerte de que me hieran, le escribiré desde el hospital… A la abuela es a quien deseo pedirle perdón. ¿Está muy enojada conmigo?

Una sonrisa serena y buena iluminó la boca de la hermana:

—Está enojada, como lo estamos todos.

Agila inclinó la cabeza sobre el pecho, con una mirada mortecina:

—¡Qué enfermo me encuentro, Eulalia!

Y empezó a toser cavernosamente. Eulalia, con un poco de zozobra, le dijo risueña:

—Déjate de comedias, Agila.

El muchacho hizo un gesto de trágica conformidad con el destino, y se oprimió el pecho.

Eulalia llamó a jorge, que permanecía alejado en el fondo del balcón, y le recibió con una carcajada:

—¿Cómo tenéis a este chico en filas? ¡Se está muriendo!

Jorge, acariciándose la barba, se encaró con Agila:

—¿Ya estás en rol de Margarita Gautier?

El otro acogió tales palabras con una sonrisa suprema y generosa. Vago el gesto, y levantando un poco la cabeza, prestó atención a los clarines lejanos, que tocaban en el fuerte:

—¡Adiós, Eulalia!

—¿Te vas? ¡Espera, muchacho!

Agila respondió hueca la voz y dolorida, como un ermitaño que hablase

desde su cueva:

—Es el toque de rancho, y no quiero quedarme sin comer.

Ya no pudo Eulalia reprimir las lágrimas, y con los ojos brillantes se volvió a Jorge:

—¿Es verdad?

El Duque de Ordax humeó lentamente el cigarro:

—¡Ni media palabra, hija!

El muchacho se cuadró:

—Perdone vuecencia, mi capitán.

Eulalia los miraba y sonreía un poco recelosa:

—¡Vuecencia también? ¡Cuánto respeto!

Explicó apresurado Agila, humillando la cabeza:

—Por Grande de España, no por ser capitán.

Jorge dio algunos pasos, riendo con aquella risa insolente, un poco de gallo:

—¡Qué farsante eres, maldito!

Y como Agila permanecía cuadrado, mordiéndose un labio, Jorge vino y le cogió por los hombros:

—¡Vamos a ver!… ¿Cuándo has comido tú rancho?

El muchacho le sostuvo la mirada y respondió con la sequedad de un pistoletazo:

—¡Siempre!

El Duque le soltó asombrado, echándose atrás para mixarle a todo talante:

—¡Estás loco!

Agila repitió obstinado:

—¡Siempre, mi capitán!

Eulalia se cubría los ojos con el pañolito, muy agitado por un sollozo el pecho de suprema armonía. Jorge la mira y siente una ternura inefable, como si un rocío de lágrimas regase la rosa recién abierta en su alma:

—¡No llores, Eulalia!… Yo te doy mi palabra de honor… ¡Es mentira!

Olvidado de Agila, se acercaba, pero ella le detuvo con el gesto, al mismo tiempo que retrocedía. Jorge, entonces, se vuelve al muchacho, mirándole como a un sacrílego:

—No hagas llorar a tu hermana.

Agila, siempre cuadrado, parpadea muy deprisa:

—Con el permiso de vuecencia, me retiro.

Dio media vuelta para salir, pero su hermana le agarró por un brazo:

—¡Si no creo una palabra! ¡Lloro porque soy una tonta! ¡Tú no tienes que comer rancho! ¡Eres un farsante!

Y abrazándole por el cuello, le besó en las mejillas, que tenían un reflejo impasible y burlón. De pronto se apartó, mirándole dolorida y resentida:

—¡Tienes dentro del cuerpo el demonio manso!

Eran las mismas palabras, llenas de un perfume supersticioso e ingenuo, con que de niños expresaban los momentos malos de Agila, la terquedad pérfida, silenciosa, encalmada, que oponía ante los castigos y los halagos. Eulalia le miraba como entonces, y a su rostro parecía volver algo infantil. Jorge se emocionaba un poco:

—¡Eulalia, tú tienes fe en mi palabra!

—Sí, hombre, sí… ¿Dispongo de este recluta?

Jorge se inclinó:

—¡Y del capitán y de todo el escuadrón!

—No quiero que me nombren patrona de la Caballería.

El Duque rio largo y sonoro, volviéndose con las barbas de oro iluminadas, hacia el hermano, que permaneció cuadrado e impasible, con el labio entre los dientes. Pensaba recriminarle, pero se olvidó oyendo la voz de Eulalia:

—El capitán y el recluta se quedan a cenar.

—Voy, que necesito preparar a la abuela.

Y salió ligera y muy feliz. Jorge, al verla desaparecer, clavó en Agila una mirada de desprecio, y se alejó sin hablarle.

XIV

AGILA, muy despacio, llegó hasta la puerta, y pegando los hombros, se escurrió. Anduvo por los anchos y vacíos aposentos, misteriosos y olorosos como cajas de sándalo llenas de secretos. Perdido en ellos, sin oír voz ni rumor, le parecía que eran sus pasos grandes y resonantes. Al verle de lejos hacía su reverencia el mayordomo, que daba cuerda a un reloj. Agila pasa, y al desaparecer por otra puerta, siente en la espalda la sensación magnética de unos ojos que miran fijos. Por un salón reflejado en el fondo de un espejo, viene una vieja muy encorvada. Agila sonríe pensando que aquella vieja tan menuda, presa en el cristal, quiere salir para bailar sobre la consola dorada, entre los daguerreotipos. Pero de pronto, la vieja huye del espejo y entra por una puerta.

Anda menudamente, y sobre el halda negra, las manos son amarillas. Salen de unos puños muy apretados. En una mano trae el bolsón de la calceta, y en la otra una alcuza de aceite. La sombra de la vieja es muy grotesca en la pared, y la alcuza marca el garabato de una nariz bajo el borde pringado del manto. Agila se acuerda de la Rosalba… ¡Tía Rosalba, que vivía en un desván del palacio y salía siempre al trasluz! ¡Tía Rosalba, hermana de la abuela, hija de una criada y del bisabuelo! Después recordó de niño, cuando había tenido fiebres y aquella vieja menuda estaba a la cabecera de día y de noche. Y recordó la convalecencia a su lado en el desván, jugando con un yesquero de oro, que había pertenecido al bisabuelo:

—¡Eres tú, marquesito!

—¿Cómo va, tía Rosalba?

—¿Y cómo quieres que vaya? ¿Y cómo quieres que vaya?… Ya sé tus historias, y que has salido un perdido. ¿A quién te pareces, hijo? ¿Aún no has visto a mi hermana Paquita?

—No, señora.

—Pues eso no está bien.

Agila mostró una gran humildad:

—Tengo miedo, tía Rosalba.

—¡Miedo! En los años que cuento, poco oí decir de cobardes, marquesito.

—Soy muy culpable con toda la familia, tía.

Agila se pasaba la mano por la frente de terso marfil, donde las cejas parecían dos arcos de oro. La vieja tosió levemente:

—Tía Rosalba es un parche mal pegado en la familia, y nadie la oye. Pero desde que contaron aquí tus historias, tuviste mi absolución, y dije que la culpa era toda de tu padre.

Suspiró Agila:

—¡Es usted muy buena, tía Rosalba!

—No, hijo, no. Soy muy vieja, y las viejas tenemos que ser alcahuetas de los jóvenes. Cuéntame qué has hecho para merecer tanto rigor, criatura. ¿Saltar por la ventana e irte de mozas? ¡Vaya un pecado grande!… ¡Mira qué cosa, nunca pude soportar a tu padre! Reconozco que es un gran señor, pero tiene por alma un fierro de estoque… Es una prevención de toda la vida. Ahora tu padre dice que soy una bruja. Antes, cuando era pretendiente de tu madre, no decía eso, y me hacía sus regalitos, y me llamaba tía Rosalba… ¡Pues hijo, a mí siempre me pareció lo mismo!… Vaya, ven conmigo y le pedirás perdón a mi hermana

Paquita.

A todo esto, la vieja le ofrecía el bolsón de su calceta para que se lo llevase, como cuando era niño. Agila se puso a su lado, con una risa de burla en los ojos verdes e infantiles. Salieron a la antesala, y dijo la tía tocando el brazo del muchacho, al mismo tiempo que sacaba la alcuza bajo el borde pringado de la mantilla:

—Antes nos llegaremos al Cristo del Gran Poder. Tengo que alumbrarle.

El Cristo del Gran Poder era una imagen antigua que había en una calle estrecha, cerca del palacio. La devoción de la vieja movió en el alma de Agila un despecho egoísta y frío. Hubiera querido que le llevase derechamente al lado de la abuela. Comenzaron a bajar la escalera en silencio. Agila miraba a la vieja y sentía la tentación de empujarla para que rodase. Era un pensamiento que le salía a los ojos, un deseo pueril y bárbaro de niño cruel. Le atraía la escalera larga, toda de piedra, un poco oscura, con el claro de la puerta abierto sobre el vasto zaguán, allá en lo hondo. Se quedó un poco atrás y empujó a la tía Rosalba. Al mismo tiempo sentía un gran frío en las mejillas y oprimido el corazón. Rodó la vieja con ruido mortecino, y a su lado la alcuza iba saltando hueca, metálica, clueca.

XV

EULALIA estaba en la saleta arrodillada a los pies de su abuela, oidora en silencio, la cabeza con tembleque y un poco torpe la atención. La nieta le lava las manos en una salvilla de cristal que adornan filetes de oro. Después le recoge y prende la toca de encaje, caída sobre un hombro todo a lo largo de la espalda. La Marquesa mira tan obstinadamente, que da miedo.

Había sido trasquilada con grandes escaleras, por quitarle la miel, que ya de otro modo no se soltaba del cabello, y tenía el aire de una mendiga vieja y loca. No cesa un momento el temblor de aquella cabeza cenicienta y salpicada de róeles blancos, con las orejas despegadas, casi tocando los hombros, que se hispan como dos alones sin plumas. Eulalia intercede por su hermano, pero la vieja señora, con los ojos parados, divaga y se distrae. De pronto, la nieta se levanta y mira en redor suyo, hacia las puertas. En otra sala resuenan voces de susto. Una doncella asoma pálida y apresurada. Eulalia se vuelve, hurtando con el cuerpo la vista a su abuela, y se lleva un dedo a los labios. La doncella queda

incierta un momento y luego se va. Ante los ojos de Eulalia flota un lazo blanco del delantal. La Marquesa interroga torpemente:

—¿Qué sucede, hija?

—Nada, abuela.

La vieja escucha mientras su nieta le pone los mitones de seda:

—Sí… Algo sucede. ¿Por qué dices que nada?

Eulalia intenta sonreír:

—Nada, abuela.

La abuela acrecienta el temblor de su cabeza:

—No seas embustera, niña. Ve a enterarte.

Eulalia sale. Va corriendo. Tras ella las puertas quedan abiertas. Por el fondo de una sala llevan en brazos a la tía Rosalba. Agila ayuda a llevarla. Eulalia, cuando llega, interroga en voz baja:

—¿Qué fue, tía Rosalba?

Agila tiene un momento de ansiedad, y siente que los labios se le hielan. Pero la tía se remueve suspirando:

—¡Los años, hijita, los años!

Entonces el mayordomo explica arqueando mucho las cejas:

—Algún soponcio, señorita. Ha rodado toda la escalera. Tía Rosalba, con un hilo de voz, ruega por que la dejen sobre el canapé. ¡Que no se fatiguen! ¡Que no se cansen! Y los criados, con ese aire de los cofrades que llevan las andas en la procesión, la posan y esperan a su lado. Tía Rosalba sonríe y se mete una mano por el justillo para palparse. Desde la frente, un hilo de sangre le corre hasta la mejilla. Eulalia se entera por palabras sueltas que tienen un rumor de vuelo, y se acerca a la tía para que beba un sorbo de agua con vinagre:

—Se le irá el susto, tía Rosalba.

La tía aparta a todos con una mano:

—Dejadme, dejadme. ¡Que no se entere mi hermana Paquita! ¡Tendría un disgusto muy disforme!

Da un gran suspiro, y cierra los ojos palpándose un hombro. Todos guardan silencio y esperan en redor. Eulalia, después de un momento, toca en el brazo a su hermano que se mira en un espejo, con el gesto fijo y obstinado de un magnetizador:

—No hagas eso, Agila.

Agila parece salir de un sueño:

—¿Qué hago?

—Eso… Mirarte así… Oye, intercedí con la abuela.

—¿Qué dice?

—Ten paciencia.

Agila responde alzando los hombros:

—¡Todo me es igual!

Sus palabras tienen un dejo de fría vaguedad, que tanto les da un aire pueril como desesperado. Eulalia hace un gesto incrédulo y gracioso:

—¡A tus años debes aborrecer la vida!

Y vuelve a fijarse en la tía Rosalba. La vieja sigue suplicando que la dejen reponerse sin moverla del canapé. Eulalia, viéndola ya serena y con la frente vendada, sale muy veloz, para que la abuela no esté en alarma. Jorge, asomado a una puerta sobre fondo de antigua tapicería, le sonríe. Eulalia se pone encendida:

—¡La Rosalba, chico! ¿Te acuerdas de la Rosalba?

Y pasa sin otra explicación. Pero a corta distancia, se detiene viendo a un soldado de caballería, que con el sable recogido, adelanta pisando lleno de respeto la tarima encerada. El soldado se cuadra ante el capitán:

—Orden de coronelía para que inmediatamente se presente vuecencia, mi capitán.

—¿Qué ocurre?

—Yo recibí esa orden del cabo Turégano.

—Ya lo supongo que recibirías la orden, idiota. ¿Pero has visto si hay alguna novedad en la fuerza? ¿Si ha llegado algún confidente?

—Trajeron el cuerpo de un centinela que apareció muerto cerca del río. Debieron matarlo los carlistas tirando de la otra vera.

Jorge se acercó a Eulalia:

—Si puedo volver, aquí estoy.

Ella preguntó un poco emocionada:

—¿No sabes lo que sea?

—No sé… Tal vez quieran destacar patrullas de caballería.

—¿Tú tendrías que salir?

—Según… Hasta luego o hasta siempre, divina Eulalia. Tenían enlazadas las manos, y se miraron en el fondo de los ojos, los dos muy fijos, hasta que bajó los suyos Eulalia.

XVI

VEINTITRÉS voluntarios se desertaron en las angosturas V del monte, cuando corrió por las filas aquel rumor medroso y cauteloso que anunciaba la desaparición de Egoscué. Fue el primero en volverse, desandando camino, el pastor que una noche había sacrificado sus siete cabras para ofrecerlas en un banquete con cantos de versolaris, como en un pasaje antiguo, a los soldados del amo Miquelo. Descarriado de la partida, Ciro Cernín, trepaba a los riscos más altos, negro y quimérico bajo la luna. Erguido sobre ellos llamaba, dando a la voz un ronco y prolongado son de bocina:

—¡Amo Miquelo!… ¡Amo Miquelo!…

Y la voz, llenándose de sombras, rodaba por el nebuloso cimear de los hayedos y pasaba por entre las foces resonantes:

—¡Amo Miquelo, corazón de león!

Iba corriendo anhelante, sin saber nada cierto, y seguro al mismo tiempo de la desgracia del amo Miquelo. Repetía en alta voz con el aliento entrecortado y una obstinación fiera:

—¡Fue traición del Cura! ¡Fue su traición!

Y otras veces gemía con un dolor cristiano, metiéndose en los jarales y andando por ellos de rodillas, desgarrándose la carne:

—¡Tú que lo ves, Rey de los Reyes!… ¡Tú que lo ves! ¡Tú que lo ves!

Y se alzaba sollozando e iba así muy largo camino. De pronto se embravecía mirando los peñascales erguidos como ruinas de torreones, y trepaba de nuevo a lo más alto. Allí, la voz aún impregnada de lágrimas, volaba en grandes ondas de bocina:

—¡Amo Miquelo, mastín leal!

Seguía el sendero de las cabras por la cornisa de una foz cuando sintió frío en las sienes y en los párpados. Se detuvo presintiendo que el lobo andaba cerca, y requirió fuerte el palo, endurecido en la majada al fuego de las hogueras. En el mismo tiempo se encomendaba al ángel San Miguel. Temblando, vio cómo el lobo estaba en un saliente de la peña. Destacaba por oscuro, a mitad del tajo en claro de luna. El pastor, con ánimo de espantarle, hizo rodar algunas piedras de la altura, pero estaba encarnizado devorando una presa, y no se movió. Ciro Cernín catea entonces un guijarro recio, y lo pone en la honda. La piedra se disparó silbando, y el lobo apartó el hocico de la presa, rugiendo fiero y lastimero. El pastor, con lo ferrado del palo, luego se puso a socavar un peñasco,

que al desarraigarse y rodar llevó un fragor de torrente por el hayedo bajo que llena la hondura de la foz. El lobo dio un salto y desapareció. Ciro Cernín, llevado de un impulso extraordinario, bajó a la piedra donde le había visto estar devorando, negro en el claro de luna. A poco de meterse por la jara, le pareció que en una quiebra se levantaba y abatía el brazo de un hombre. Con un respeto sobrenatural, siguió bajando. Aquel brazo, que se levanta y abate desigualmente, simula llamarle. Pero de pronto esta ilusión de sus ojos desaparece, y reconoce el poncho del amo Miquelo: Está prendido en los espinos y tremola un pico al paso del viento. Prorrumpe el pastor en voces que despiertan una gran onda en la bravía oquedad:

—¡Capitán valeroso! ¿Qué enemigo te mató? ¿Qué bala traidora muerte te dio?

El cuerpo ensangrentado y roto del cabecilla está clavado en el ramaje de las hayas. La cabeza, negra de sangre, le cuelga hasta posar en tierra. Ciro Cernín se abrazó con aquel despojo y lo subió hasta el camino. Estaba enterrándole al pie de un gran roble que tenía la copa vieja y armoniosa, toda llena de paz, cuando el frío de los párpados le advirtió que tornaba el lobo. Se apercibió requiriendo el palo. Venían por entre los árboles unos ojos en lumbre: Se detuvieron mirándole muy fijos, y comenzaron a cerrar camino, más despacio. Se le vinieron de pronto encima, con un gañido fiero. Ciro Cernín pasó el palo zumbando, al vuelo de la tierra. Era el molinete que hacen los pastores para quebrarle las patas al lobo. Comenzó una lucha de astucia y de fiereza. Ciro Cernín se esquivaba rodeando el tronco del roble, y alguna vez subiéndose a las ramas. Al fin, el lobo quedó vencido: Se arrastraba sobre la yerba, todavía con los ojos en lumbre, pero aullando lastimero. Ciro Cernín le dio un gran golpe en la cabeza, enarbolado el palo a mandoble, y luego, desenvainó el cuchillo, clavándoselo por el ijar, para llegarle al corazón. Acabó de echar tierra sobre el cuerpo del capitán, y cargó con el lobo, como un trofeo. Iba repitiendo:

—¡Tú que lo ves, Rey de los Reyes! ¡Tú que lo ves! ¡Tú que lo ves! ¡Tú que lo ves!

Le sorprendió el rayar del día por una cima lejana, y se sentó a descansar. Entonces se durmió, y como un niño tuvo un sueño bajo el oro angélico de la aurora.

XVII

AGILA, al cruzar la cocina de su alojamiento, vio dos sombras que estaban calentándose cerca del fuego. Y al subir la escalera del sobrado, oyó la voz asombradiza de la dueña:

—¡El Demonio lo hace!… Cubre con la anguarina el cuerpo del lobo. ¡El Demonio lo hace, pues se me representa mi marido, Don Diego!

Agila iba casi huyendo, con el alma recogida y atenta. Salía del palacio donde la vieja se quejaba apretando los labios, y había tenido un gran miedo de que viéndole salir le llamase. ¿Qué le hubiera dicho entonces la tía Rosalba? Agila recordaba su expresión dulce y pueril, con la frente vendada, y seguía pensando en lo mismo. ¿Qué le hubiera dicho? Probablemente le hablaría bajando mucho la voz, para que los criados no se enterasen, y le amenazaría con la mano igual que a un niño:

—¡Eres muy travieso, marquesito!

Agila recordaba aquel momento de rodar la vieja. Lo recordaba claramente con una gran sequedad interior, y experimentaba la sensación desengañada del niño que ha roto un juguete para sacar tan solo una espiral de alambre. Cruzaba la cocina de su alojamiento con una basca triste con una angustia de odio y de venganza. Hubiera querido que los carlistas incendiasen el palacio de su abuela, tras de haber emplumado a todas las brujas de Otaín. Se acostó en una sala grande, donde había otra cama, y con los ojos cerrados para no ver luz, siguió removiendo ideas de odio, como remueve el sepulturero la tierra llena de larvas. Pero acabó por sumergirse en los círculos infernales de la idea fija, por devanar un pensamiento largo, constante, igual. La impresión de mareo que esto le producía, acabó por recordarle el cable que una noche de luna soltaban en el mar fosforescente, desde la sombra de un bergantín carbonero. Y de pronto, vuelve a encontrarse mirando dentro de sí con una obstinación egoísta y sentimental. ¡Se dejaría matar! Agila, en aquel momento, tendido en el lecho, con los ojos cerrados, con las manos juntas, encuentra que la muerte es un paso muy suave. Sus ideas, enlazadas con el quimérico razonar de las pesadillas, le muestran en el sacrificio de su vida una bella venganza. La evocación de su casa, trastornada bajo la noticia de su muerte, le da una impresión dolorosa y voluptuosa. Recorre todas las estancias con el pensamiento: Ve a los criados, que llevan libreas de luto y andan como sombras, ve a sus padres, lívidos por el remordimiento, sentados frente a frente, odiándose y acusándose. ¡Se dejaría matar! Devanaba

incesantemente aquel pensamiento largo, igual, que ahora se correspondía con una sensación oscura, tan lejana, que parece sensación de otra vida. Descubría en sí el recuerdo anterior de todo aquello que pensaba, el hilo inconsútil de otra conciencia que, al seguirlo, se quiebra en círculos de sombra. Tan vago era todo aquello, tan en los limbos del olvido, que ya ningún recuerdo podía florecer en ellos su rosa de luz. Agila modula a media voz con ahogo de niño:

—¡Me dejaré matar!… ¡Me dejaré matar!

En el mismo momento abre los ojos. Ha sentido un soplo magnético en los párpados, que se hacen ligeros, casi ingrávidos. Un hombre vestido de pieles está mirándole muy fijo desde el fondo de la estancia, y la puerta se va cerrando quedamente por sí sola. El hombre que acaba de entrar y le está mirando parece un pastor. Tiene en las pupilas una luz montañera, y en las pieles del vestido el aroma de las urces quemadas en la majada. Recogido en sí mismo, le reprende con los ojos extáticos, y tienen sus palabras la clara ingenuidad de los que beben en la fontana de Cristo:

—¡Mal idear tienes, compañero! ¡Malas ideas son las tuyas si eres cristiano!

Agila no recuerda que habló en voz alta, y se estremece oyendo al pastor. Bajo la mirada fija de aquel iluminado, cierra los ojos, y con los labios helados, aún intenta sonreír.

XVIII

EL cabrero sacó del zurrón un ángel, esculpido por él en madera olorosa de limón, y sentado sobre la cama, cerca de la luz, se aplicó a perfilarle el plumaje de las alas con la punta de su cuchillo. Agila le miraba lleno de curiosidad. El pastor, al cabo de un momento, levantó los ojos, que tenían la pureza de los horizontes montañeros:

—¡No es buena cosa la guerra!

Agila respondió moviendo la cabeza:

—No, no es buena cosa.

—¿Extrañas la casa de tus padres, mocé?

Agila, temeroso de que la voz delatase su emoción, afirmó con un gesto. Y el pastor le miraba profundamente:

—Tienes malos pensamientos. Tú dices: Esta vida no es buena, me dejaré matar, y no piensas que si tus padres te la dieron, no será tan mala.

El cabrero se detuvo contemplando el rayado que hacía su cuchillo en las alas del ángel. Agila le interrogó:

—¿Tú, cómo estás aquí?

—Voy al Santuario de San Miguel.

—¿Muy lejos?

—Cimero, cimero en el monte Aralar.

—¿Tienes allí tu rebaño?

—Tengo mi devoción. Si no te gusta la guerra, bien harías en seguir conmigo.

Agila quedó caviloso:

—No puede ser… Me cogerían.

El pastor le reconvino dulcemente:

—Si no te gusta la guerra, no andes en ella más tiempo.

Agila cerró los ojos y cruzó las manos sobre el pecho. Solo se oía el cuchillo del pastor rascando la madera olorosa a limón. Al cabo de algún tiempo detuvo la punta, y calentándola en la luz, posó los ojos en Agila:

—Yo también anduve en la guerra… Y me fui por la gran maldad de un capitán, que hizo matar a otro.

—¿Tú eras carlista?

—Sí.

—¿Y no temes que te delate?

Agila interrogaba con una sonrisa antipática y llena de indiferencia, sin alzar la cabeza de las almohadas. El pastor contemplaba el cuchillo que enrojecía en la luz del velón:

—No lo temo, no… Algún día pudo ocurrir que nos hallásemos frente a frente en una trinchera para matarnos… Pero ahora ya por nada de este mundo me determinaría a causarte mal. ¿Y tú a mí, compañerito?

Los verdes ojos de Agila eran dos piedras verdes, de una dureza cruel:

—¿Yo a ti?…

Pero los ojos del pastor estaban llenos de luz, y Agila sintió una emoción extraña. Había querido replicar con perfidia, y le quebraba la voz aquella emoción que le invadía. Balbuceó apenas:

—Tampoco yo a ti, compañero.

Se le humedecieron los párpados hasta cegar en gran resplandor, como si volasen sobre ellos las tórtolas de luz que temblaban en los mecheros del velón. Murmuró en voz muy baja:

—¿Por qué no temes, hombre de Dios?

—Hombre de Dios soy… Es la verdad del mundo que todos lo somos.

Agila le miraba sin comprender:

—Todos, sí…

—Los hombres todos son de Dios. Las almas, unas son de Dios y otras del Demonio. ¡Pero los hombres, todos de Dios!

—Todos, sí…

—Tú, por muy malo que seas, siempre eres de Dios. Tienes tú que morir para ser del Demonio.

Agila hizo un esfuerzo para responder:

—¡No hay Demonio!

El pastor se rio abrazado a su ángel:

—¡Dice que no hay Demonio! Mi San Miguel pequeño, dice que no lo hay porque tú le tienes puesta la lanza encima.

Agila repitió con mayor firmeza:

—¡No hay Demonio!

Empezó a temblar el pastor:

—¡Lo hay! ¡Lo hay! ¡Lo hay! ¿Pues quién está hablando dentro de ti?

Agila sintió que le recorría la carne una sabandija veloz. Se cubrió los ojos con la mano: o

—¡Calla, hombre de Dios!

—¡De Dios, porque todos en el mundo lo somos! Digo, tocante al nombre que me dieron con la santa agua, Ciro Cernín.

Agila le sonrió como a un hermano infeliz:

—¿Y por qué no temes, Ciro Cernín?

—Porque el Ángel se me apareció, ordenándome ir con los pastores que tienen sus ganados por los contornos del Santuario. Y el mandato del Ángel toda la vida se ha cumplido. Un caballero que murió sin quererlo cumplir, tuvo por castigo hacerse piedra. Y rodando, rodando por los caminos miles de años, llegó aquella piedra a la misma puerta del Santuario. Y conforme llegó fue perdonada.

Agila pensó desesperado:

—¡Piedra mía, corazón mío, piedra la más dura, qué caminos aún rodarás para ser perdonada!

Osciló la luz. Una patrulla de caballería pasaba trotando bajo la ventana.

XIX

TODAS las confidencias daban en la frontera al Cura Santa Cruz.

El terrible cabecilla, perseguido de los carlistas y de los republicanos, tenía que andar con un pie en la raya de Francia. El Rey Don Carlos, tiempo atrás habíale mandado llamar, pero el rebelde, fingiéndose enfermo, esquivó presentarse en la Corte de Estella. Desde entonces, por los mercados de las villas se anunciaba que iba sobre él, con muchas tropas, el general Don Antonio Lizárraga. El Cura, ante aquellas nuevas, permanecía en los montes de la frontera, al acecho de una ocasión propicia para invadir el solar de Guipúzcoa. Tenía allí muchos amigos, y esperaba poder burlar a republicanos y carlistas, aun cuando los dos bandos se juntasen para perseguirle. Y tal suceso, de juzgarle como a un bandolero, lo iban pregonando por aquellos caseríos algunos cabecillas parciales del general Lizárraga.

En Arguiña, donde solo una noche tuvo campo, se le habían unido los voluntarios de Sorotea. Pocos iban de grado, pero contrario a seguirle no se declaraba ninguno. Estaban faltos de capitán, y sin descubrir entre ellos quién pudiera serlo. Fue en esta gran desesperanza, cuando llegó y los metió en sus filas Santa Cruz. Cayó la partida con revuelo de gerifaltes. Él preguntó de dónde eran, y los mandó formar. Rezaron juntos el rosario los veteranos y los nuevos, y aquella misma noche, cantando la letanía, los sacó a todos de Arguiña. Encomendó a Juan Elizalde, primo hermano suyo y gran veredero, que guiase la partida a través de los montes, y él, solo con treinta perros mastines, se volvió desandando camino.

El Cura Santa Cruz, por castigar las deserciones que comenzaban en su hueste, bajó a incendiar los caseríos, donde, al huir de su bandera, se habían acogido algunos partidarios de Miquelo Egoscué. En esta correría, que parece un romance de algara, retornó hasta las puertas de Otaín. Hizo con sus mastines una jornada de veinte leguas. Cerca de Belza, cogió prisioneros a siete fugitivos, y después de llevarlos descalzos por caminos fragosos, los mandó fusilar, bajo la gloria del sol, en el robledo centenario de Arguiña. Los cuerpos fueron entregados a las mujeres para que los amortajaran. Y después, como los otros desertores ya podían estar a salvo, por caminos escusados salió al encuentro de los suyos, que aún iban atravesando los montes. En la marcha sobre la frontera, fue dejando como retaguardia patrullas de pocos hombres, que, corriendo el campo por la línea del río, llegaron alguna vez a tirotearse con los centinelas de

Otaín y de Elizondo.

Un día tuvo libre el paso a Guipúzcoa. Y aquel día supo que un viejo cabecilla, recuerdo de la otra guerra, estaba escondido en un caserío, enfermo de mal de piedra. Esto bastó para encenderle y abrirle las alas. Con aquella ansia por juntar en su puño todas las partidas, bajó del monte, y en una marcha nocturna, atravesó las líneas carlistas y las republicanas. Al rayar el sol, ya tenía cercado el caserío donde agonizaba sentado en un sillón, con la capa sobre los hombros y la barba crecida, el veterano Don Pedro Mendía.

Estas audaces apariciones, repetidas muchas veces, ponían un acento de asombro a las confidencias que seguían dándole en la raya de Francia.

XX

EULALIA, cuando entró en la saleta de su abuela, venía sofocada y riente, seguida de Jorge. Al verla, un grupo de muchachas que rodeaba a la vieja señora, se alzó con rumor de bandada volando a besarla. Solo una dama flaca, morena y bizca, permaneció sentada cerca de la Marquesa. Era la madre de aquellas niñas, y tenía un parentesco de tradición con la casa del general Redín. Muy amable, de palabra melosa, estaba casi en el suelo, y acariciaba sobre sus rodillas una mano de la tía Paquita. Su figura se destacaba por oscuro sobre una cortina de encaje, delante de un balcón. Tenía el perfil triste, la silueta flaca, toda la figura muy severa, de una rancia hidalguía castellana. Pero hablando se metía en el corazón con sus palabras de miel, a veces de una malicia bobalicona y graciosa, un poco de priora. Por su matrimonio con un viejo calavera y devoto, muy afecto a los fueros, era Condesa de Santa María de Vérriz. Las niñas, feas, morenas y con los ojos negros, tenían el perfil de su madre. Eulalia les decía al pagar sus besos:

—¿No pensaréis en iros hoy?

Acababan de llegar en un landó, tirado por cuatro mulas que aún cascabeleaban a la puerta del palacio. Venían de su granja, un predio de leguas, con iglesia en su término, dependiente en lo antiguo de los abades de Vérriz. Era una jornada muy larga por el camino real, y algunos trajinantes la dividían en dos, haciendo alto en la Venta del Galán. Eulalia les preguntó cuándo habían salido, y el coro de niñas hizo una escala de huecas flautas:

—Aún era de noche. Comimos en vuestro robledo de Ormaz. ¡Estaba un día

de sol!…

La Condesa levantó su voz dulce y persuasiva:

—Venimos para llevaros, Eulalia. Eso le estoy diciendo a la tía. Con esa condición nos quedamos, hermosa.

Eulalia se acercó a la Condesa de Vérriz:

—¡Tú estás muy buena, Estefanía!

—Muy resignada con mis arrugas, hija… Pues tuve telegrama de tus padres, suplicándome que convenza a la tía… Eulalia preguntó con descuido:

—¿Dónde están ahora?

—¿No te han escrito?

—Sí, pero no recuerdo dónde están.

Comentó, con los labios estirados, la vieja Marquesa:

—Sabe que están buenos, pero no recuerda dónde fechaban. ¿Qué extraño es? Yo tampoco lo recuerdo… Si Rosalba no hubiera perdido la carta.

Toda mieles hizo un mimo la otra señora en la mano arrugada de la vieja:

—Tiene razón, tía, razón que le sobra. A mí me pasa lo mismo, tampoco leo nunca la fecha, y me suceden unas cosas…

La vieja desentendiose, y dándole un temblor a la cabeza, preguntó a la nieta:

—¿Qué le pasó el otro día a Rosalba?

—Le ha dado un soponcio, abuela. ¿Cómo se acuerda ahora?

—Porque no estoy desmemoriada,'niña. Aun cuando tengo muchos años, no estoy desmemoriada. ¿Y qué me has dicho? ¿Que se ha caído?

—Sí, señora.

—Se habrá lastimado.

—No, señora.

—Hija, pues que te diga cómo ha hecho. La contrataremos en un circo.

Viendo reír a la nieta, le hacía coro la abuela, con esa risa rasgada de las encías sin dientes. Estefanía Vérriz daba un nuevo apretujón a las manos amomiadas de la tía Paquita:

—¡Qué ingenio tan lozano! ¡A Madrid con nosotras, tía Paca! Tiene usted que conocer a Cánovas del Castillo. Son ustedes muy parecidos, tía Paca.

Se animaron los ojos de la anciana:

—Dicen que tiene mucho talento. ¿Tú le conoces, Estefanía?

—Sí, señora. Pero donde usted tendrá mil ocasiones de verle es en casa de sus hijos.

Estas palabras quedaron flotantes en un círculo de silencio. Las cuatro niñas

feas interrumpieron su escala de flautas, y hubo rápido cambio de miradas entre aquellos ojos negros, impregnados de una malicia grave. Eulalia, un poco sofocada, tomó el brazo de sus dos primas mayores, poniéndose en medio, y se las presentó a Jorge:

—¿Cuál eliges por patrona del Arma de Caballería?

La Marquesa se ponía su lente de carey:

—Eulalia, si estas niñas no están cansadas, llévalas al jardín. No las tengas aquí prisioneras.

Las niñas no estaban cansadas, y se agruparon en torno de su prima, felices de poder murmurar sus secretos en la soledad del jardín, paseando del brazo entre los mirtos centenarios. Al cruzar la antesala, percibieron una voz desvariada que hablaba deprisa y se interrumpía quejándose con mucho dolor. Ante el asombro de las primas, Eulalia les explicó:

—Es la tía Rosalba.

Miraron todas por la puerta de cristales. La vieja estaba en el canapé: Se recogía sobre el pecho un brazo amoratado, tenía el pelo revuelto en una greña sucia, y los ojos vidriados. A sus pies, sentada en un taburete de escuela hacía calceta una niña. La vieja habla muy voluble entre quejidos, y la niña se mece en el banco. Era la hija de una criada antigua en la casa, y su madre le había encomendado el cuidado de la tía Rosalba. Eulalia cuchichea entre sus primas:

—Lleva tres días sin acostarse. No quiere que nadie la toque ni se le acerque. ¡Es una vieja más ridícula!…

Hizo un gesto la menor de las primas:

—¡Se llenará de miseria!

La reprendió una de sus hermanas:

—¡Calla, tonta!

Insistió la pequeña:

—¡Cómo nos está mirando!… Y tiene los ojos de loca…

Todas sintieron miedo y se alejaron corriendo hacia el jardín.

XXI

A prima noche, después de haber comunicado el santo y seña, salió de su alojamiento el coronel Guevara. Era pequeño y tripudo. Viéndole andar, sin saber por qué, daba la sensación de un viejo maestro de baile. Con saltos

menudos atravesó la plaza, toda clara de luna, y entró en el palacio de Redín. Desde el comienzo de la guerra, los jefes que hacían alto en la villa, concurrían a la tertulia de aquella dama contemporánea de Espartero. Hablando con el coronel, preguntándole noticias de la guerra, la vieja se animaba. Pero de pronto, tenía un gesto de enfado:

—Lo que hacen ustedes no puede llamarse guerra.

La Marquesa murmuraba de los generales, se quejaba de los robos que hacían los soldados, y refería una historia muy larga, de cuatro valencianos y de un convoy que iba, que venía. Los valencianos se hacían ricos y continuaban llevando nuevos convoyes, que se perdían muchas veces.

De repente, se quedaba con los ojos obstinados, fijos en el coronel:

—¿Es usted casado?

—No, señora.

—¿Ni tiene usted hijos?

—Tampoco. ¡Así estoy más libre para batirme!

—No sé… Los hombres solteros son ustedes unos egoístas… Y el egoísta ama mucho su vida. Si usted no tiene ni mujer ni hijos a quien dejar su nombre, lo estimará menos que otro obligado a dejarlo por herencia.

—Yo puedo querer dejárselo a la Historia.

Se rio la vieja hablando con su sobrina la Condesa de Vérriz:

—¡La Historia! ¿Sabes tú quién hace la Historia, hija mía? En Madrid los periodistas, y en estos pueblos los criados. ¡Vaya unos personajes! En Inglaterra ahora acaban de publicar una biografía del difunto general Redín.

Estefanía puso sus manos, con extremo de cariño, sobre las manos de la Marquesa:

—¡La devoré, tía Paca! ¡La devoré!

Quedó la vieja mirándola, adusta y un poco en babia:

—¿De cuándo sabes inglés?

La Condesa sonrió encantada:

—Como era la biografía del tío, al aya de mis hijas hice que me la tradujese. Y hubiera ido a la Embajada. ¡Ay, qué tía más picarona!

La tía desentendiose, dando a su cabeza aquel temblor de vieja adusta y desengañada:

—Toda la biografía está hecha sobre datos del ayuda de cámara que tuvo mi marido cuando la emigración en Londres.

Preguntó con energía el coronel Guevara:

—¿Datos ciertos?

La vieja empezó a reír, moviendo la cabeza:

—¡Como decir que tuvo dos hijos de una inglesa! Yo podría negarlo, pero sería ofender la memoria de mi pobre marido. No pudieron buscar mayor imposible esos hijos de la pérfida Albión. ¡Ay, qué extranjis de mis pecados! Los franceses son peores, una gente que nunca se entera. Nosotros también estuvimos emigrados en París. ¡Nos visitaba Luis Felipe!

Estefanía quiso cortar la divagación:

—¿Es verdad, señor coronel, que se prepara una gran batalla sobre Estella?

El coronel respondió midiendo las palabras:

—Todos hablan de eso, pero ninguno sabe nada… La batalla, en mi opinión, será cuando nadie hable… Nosotros tenemos orden de incorporarnos a la columna que opera cerca de Tafalla.

La Marquesa de Redín inclinó el busto poniendo atención:

—¿Qué decía usted, señor coronel?

—Que tenemos orden de corrernos por la Barranca.

—¿Pero, qué decía usted de Tafalla?

—Tafalla es el final del movimiento, donde debemos unirnos con la columna del general Primo.

La barbeta de la vieja empezó a temblar:

—¿Qué guarnición dejan ustedes en Otaín?

—Hay orden de levantar todas las guarniciones. Muy numerosas, merman el número de combatientes, y reducirlas es entregarlas a los carlistas. Ya se ha comprobado más de una vez. El Estado Mayor aleccionado por la experiencia…

Crecía el temblor de la Marquesa:

—¡Y las villas que se defendieron contra los carlistas, quedan entregadas a la venganza de esos fanáticos! El Cura Santa Cruz volverá para quemarnos vivos…

Dijo la Condesa con su voz de mieles:

—¿Por qué se apura, tía? ¿No está decidida a dejar este infierno? Pues no vale la pena de que usted se disguste.

Insistió la Marquesa:

—Todo quedará bajo ese castigo de Santa Cruz. ¿Usted es soltero, señor coronel?

—Sí, señora.

—Yo, si fuese hermosa y joven, le ofrecería mi mano a cambio de la cabeza de Santa Cruz. Soy una vieja, pero al que me trajese en un saco la cabeza de

Santa Cruz, y me la pusiese sobre la mesa…

Gritó la Condesa:

—¡Jesús, qué horror, tía Paca!

—¡Horror! ¿Te da horror?… Mírate al espejo, hija mía.

Intervino Jorge, hablando con la voz un poco bronca, protectora y simpática:

—Querida tía, puede usted ofrecer como galardón la mano de Eulalia. Seguramente se formaría un ejército para perseguir a Santa Cruz.

Eulalia le gritó, descollando la cabeza por encima de sus primas, agrupadas en torno de un clave del tiempo de Carlos IV.

—¡Calla, guasón!

Y los ojos de la muchacha, llenos de luz bajo los rizos, le llamaban al corro. El coronel se inclinó hacia las señoras mayores:

—Acaso pueda yo ofrecer la cabeza de Santa Cruz, sin otro premio que el de su buena amistad, Señora Marquesa.

La anciana se estremeció:

—¿Piensan en perseguirle activamente?

El coronel hizo un gesto imponente, cerrando el puño:

—Le tenemos ya cazado. Hay cartas de los mismos generales carlistas, proponiendo una suspensión de hostilidades para perseguirle. Lizárraga le cerrará el paso a la frontera, y nosotros lo estrecharemos por el frente. Es seguro que cae. Esta noche a las dos tocamos diana.

Preguntó alarmada la Marquesa:

—¿Qué tropa queda en Otaín?

—Cuarenta hombres en el fuerte. Lo bastante para defenderlo de un golpe de audacia. Señora Marquesa, mañana mismo estaremos de vuelta trayendo prisionero a Santa Cruz.

Se irguió la vieja muy agitada:

—Coronel Guevara, solo le pido a usted que lo fusile en lugar donde yo pueda verlo desde mis ventanas.

El coronel, después de prometerlo solemnemente, levantó la voz dirigiéndose al Duque de Ordax:

—Ya sabe usted, querido Jorge, que se toca diana a las dos en punto.

El Duque se acercó un poco sorprendido:

—¿Pero el general autoriza el movimiento?

—Sí, señor, lo autoriza.

—¿Y el Estado Mayor General?

—A mí me basta con que lo autorice el general España No se puede perder tiempo en consultas.

La Marquesa se volvió con los ojos llenos de lágrimas:

—Señor coronel, permítame usted un ruego. Entre los soldados va un nieto mío, una mala cabeza… Coronel Guevara, póngale usted donde le sea dado distinguirse, para que su abuela tenga el consuelo de poder perdonarlo. Él que ha olvidado tantas cosas, no olvidará que corre por sus venas la sangre del héroe de los Arapiles.

El coronel Guevara, muy conmovido, estrechó las manos de la anciana Marquesa de Redín, Condesa de los Arapiles.

XXII

ERA casa cristiana y de mucha labranza aquella donde tenía su alojamiento el soldado de húsares Agila Palafox y Redín. Los dueños, carlistas de abolengo, le trataban con generosa largueza, pero sin agasajo. Tampoco sabían que fuese nieto de la Marquesa. Hasta el domingo no corrió la voz por Otaín. Don Teodosio de Goñi supo la nueva en la misa mayor, y al retorno, por encima de la puerta, enteró a la dueña de la casa. Hicieron los dos un comentario lamentando el extravío de los jóvenes, y el caballero se despidió porque le esperaba su chocolate. Sacando por el embozo de la capa la punta de los dedos en un guante verde, saludó con finura de antiguo lechuguino:

—¡Vaya, consérvate siempre tan guapa, Serafinita!

Doña Serafina Peralta estaba casada con aquel gigante de las antiparras negras, llamado Don Diego Elizondo. Era una familia patriarcal, con cinco hijos mancebos, castos, silenciosos y fuertes. Los hijos, aconsejados por los padres, esperaban dejar hecha la vendimia para irse a la güeña. Aquella noche, Don Diego y Doña Serafina, ya sentados ante la cena, encomendaron al mayor que fuese en busca del alojado y le dijese si quería honrar sus manteles. Descendió Agila con el primogénito, y los amos le recibieron con gravedad de señores antiguos. Cenaban en la cocina, bajo la gran campana de la chimenea, y le dejaron sitio en un banco adosado a la pared del fondo, toda negra. Gritó Don Diego, llenando un vaso y ofreciéndoselo al nieto del famoso guerrillero navarro:

—En ese banco, cuando la guerra de los franceses, dormía el general Redín.

Siempre lo contaba mi padre, y decía que entonces solo mandaba once hombres. Después vino el hacerle conde, y marqués…

Los hijos sonreían oyendo el discurso del padre, y acabó Doña Serafina:

—Pues que se siente el nietecico donde el abuelo.

Y su mano menuda y blanca, de señora enferma, se posó sobre el hombro de Agila. Luego bendijo la mesa, y todos se sentaron. Don Diego Elizondo se quitó las antiparras, y descubrió los ojos estriados de sangre, que tenían una expresión carnicera. Se ocupaba en llenar el vaso de Agila:

—Es vino de casa, y se puede beber a la confianza.

Agila se encandilaba:

—¡El mejor que hallé en Navarra, Don Diego!

La madre y los cinco hijos, mirándose con una vaga sonrisa, también alzan los vasos y tocan el vino con el borde de los labios, para convencerse. No habla ninguno de los cinco mancebos, familiares con la madre y llenos de respeto con el padre. En torno de aquel lobo cano y ciego, parecen cinco lobeznos guardando la cueva.

Dijo Doña Serafina, al mismo tiempo que, subida en su escabel, alcanzaba un queso puesto a curar:

—También es de casa… Regalo del pastor que teníamos. Su regalo, pero de nuestras ovejitas.

Agila recordó a Ciro Cernín. Habíale ya buscado, sin encontrarle, y preguntó dónde estaba. Murmuró con un gesto de lástima Doña Serafina:

—Ya se fue el pobrecito.

Agila, al pronto, no comprendió la razón de aquella lástima. Luego, recordando las palabras del pastor y su aspecto de iluminado, percibió una claridad. Don Diego Elizondo le llenaba el vaso:

—¡Ciro Cernín!… Nuestra dueña dice que está loco… Si está loco el pastor, nuestra dueña no está muy cuerda.

Los ojos encarnizados del gigante, llenos con el reflejo de las llamas, eran bien los de un lobo. Reía con una risa violenta que le volvía el vino a la boca y le amorataba la cara. Doña Serafina cruzó las dos manos y arqueó las cejas:

—Dice lo que dice, porque se le dio un rebaño… El pobrecito de Dios está loco, pero no tanto que no pueda guardar un rebaño.

Don Diego Elizondo mordió una rebanada de queso:

—¡Muy sabroso! ¡Ya veremos si para hacer los quesos no está loco el nuevo pastor!

Doria Serafina se puso muy seria, estirando la barbeta dentro del cuello de su casabé:

—¡Claro está que no, hombre!

Entonces el lobo se volvió a los lobeznos, que devoraban al redor de la mesa, siempre mudos:

—¡Probadlo, muchachos!

Luego levantó el vaso hasta los ojos del huésped:

—¡Hay que beber, amigo! Hay que beber, o no decir que el vino es bueno.

Sostenía el vaso muy alto, y la mano temblorosa y velluda lo estaba derramando. Agila volvió a pensar en Ciro Cernín:

—¡Una noche tuve de compañero al pastor!…

Murmuró Doña Serafina como niña ruborosa:

—Eso habrá de perdonar. Fue no pensarlo. Como se llevan las camas para los hospitales, solo esa alcoba tenemos habilitada para los huéspedes. A los alojados siempre les gusta dormir con compañía.

Agila se rio con la alegría violenta del vino, mirando muy burlón a la vieja:

—Y a todo el que tiene calzones, patrona.

Los cinco lobos se miran asombrados y airados, prontos a incorporarse. La madre se lleva un dedo a los labios y les impone quietud.

Agila sigue riendo brutalmente. Y permanece impasible, con los ojos llenos de sangre y de llamas, Don Diego Elizondo. De pronto se ha vuelto rostro con rostro para Agila:

—¡Hay que tener respeto con las canas de nuestra dueña, Don Periquito!

Y le temblaban las manos, y le temblaba la cabeza, y temblaba toda aquella torre de huesos. Agila le sintió el aliento. Quiso levantarse, en un impulso de rabia, pero la mesa le dio vueltas. Se tambaleó para caer. Acudió a tenerle Doña Serafina. Le reclinó sobre el pecho, y como a un hijo, le limpió en los labios las heces del vino. Agila, con los ojos entornados, en un reír de boba insolencia, tarareaba compases sueltos de una canción francesa.

XXIII

DONA Serafina y una maritornes se fueron por la escalera, sosteniendo en vilo el cuerpo de Agila. Y los hombres, con una burla grave en los ojos, parecían desdeñarlo mientras lo miraban. A poco de subir, bajó Doña Serafina

muy compadecida, y uno de los hijos le tomó de la mano el farol que traía:

—No apague, madre.

—¿Está por acomodar el ganado?

—Ahora vamos a ello.

Desaparecieron algunos lobeznos por el arco negro que había en el fondo de la cocina, y la dueña murmuró, sentándose en el banco al lado del marido:

—¡Mucho le hiciste beber, pecador!

Y le acaricia el hombro con su mano menuda y arrugada. El lobo cano ríe muy socarrón, mascando una cuerda de tabaco, y bajo los ojos ensangrentados, dos bolsas se le inflan y desinflan. Aún le dura la risa cuando vuelve el hijo mayor:

—¿Está seguro el alojado?

La madre se levanta:

—Para toda la noche.

El mozo habla quedo, y la madre responde en el mismo son. Pero el hijo insiste, mirando en redor:

—Pásele usted el cerrojo a la puerta de la escalera, señora.

Don Diego clava en el primogénito sus ojos autoritarios y carniceros:

—¿Qué hay, muchacho?

—Que parió el heno, padre.

—¿Y qué ha parido el heno?

—Tres partidarios de los que andaban con Miquelo.

La maritornes, acurrucada cerca del fuego, deja de roer un mendrugo de la cena, muy atenta a la cara de los amos y la dueña le manda que ponga el cerrojo a la puerta de la escalera. Y va explicando el hijo:

—Cuando entramos, estaban los tres enterrados en el heno, bien cubiertos… Uno se descubrió, y luego los otros fueron asomando las cabezas. Cuentan haber pasado el río nadando, y que mataron a un centinela…

Estaba el lobo viejo sentado en el banco y muy atento a las palabras que decía el hijo:

—¿Y no dicen dónde está Miquelo?

—¡Sí dicen! ¡Sí dicen!

Y en la voz recatada del mancebo había un asombro. Exclamó la madre adivinando:

—¿Sale cierto lo que contaba el pastor?

El hijo afirmó:

—¡Todo cierto, madre!

Le temblaron las manos al viejo, que se puso entre el primogénito y la dueña. Tenía un aspecto horrible, con la boca apretada hasta sumirse los labios entre las arrugas, con los párpados encarnizados y lacrimosos:

—¡Santa Cruz le hizo traición!

Repuso el hijo ahogando la violencia de la voz:

—¡Tal como lo declaró el pastor!

Suspiraba Doña Serafina:

—¡Ved cómo no estaba loco Ciro Cernín! ¡Ay, mi alma me lo daba, Divino Señor!

Interrogó el hijo, apremiante, sin que su voz perdiese aquella oscuridad de asombro:

—¿Qué hacemos, padre?

Los brazos del gigante tocaron la ahumada techumbre de la cocina:

—¡Qué hacemos! Mozo, solo una cosa puede hacerse. Tú la sabes como yo, y como tu madre.

Murmuró resabida la dueña, hundiendo la barbeta en el cuello del casabé:

—Sola una cosa, mi hijo, sola una, es bien entendido… Solamente una, o sea aquella que manda Dios.

Dijo entonces el viejo lobo:

—Serafina, cubre el fuego. Hijo, coge la bota. Vamos al establo, que es paraje más apartado para hablar en secreto.

Con las manos trémulas, cubrió el fuego Doña Serafina. A la zagala y a la vieja que intentaron ayudarla, les ordenó que subiesen al piso alto y velasen en la escalera, atentas a la puerta de la sala donde dormía el nieto de la Marquesa de Redín.

XXIV

LOS tres voluntarios carlistas estaban chorreando agua, con las ropas pegadas al cuerpo. Traían sus armas, aun cuando el río lo hubieron de pasar a nado, buceando bajo la puente, para no ser descubiertos por los centinelas, y surgiendo lejos, en los rieles de la luna. Después habían venido agachados por las huertas, unas veces deteniéndose a escuchar cerca de las higueras y entre las viñas, otras, arrastrándose por los surcos donde dormían las codornices. Los tres

habían pertenecido a la hueste de Miquelo Egoscué. Contaban que, con otros siete, luego extraviados en el monte, venían huyendo de la partida del Cura. No querían servir bajo sus banderas, después de la traición con que anduvo para juntarse con ellos y matarles el capitán.

Les preguntó Don Diego:

—¿Y adónde vais?

Los tres voluntarios se miraron indecisos. Al cabo, uno se decidió con gesto arrogante:

—Vamos adonde no pueda fusilarnos el Cura Santa Cruz.

—¿Y os metéis en Otaín?

Respondió con alegría ingenua un viejo que había sido molinero en Arguiña:

—¡Tan estrechados estábamos!… Don Manuel anda empeñado en cogernos para fusilarnos. Ante toda su gente lo sentenció, y solamente así pudo evitar el escarrio de muchos… En cuanto a meternos acá en la villa, fue cosa de todos.

Miraba a sus compañeros, y dijo uno de ellos:

—Ya le tenía yo contado a este mozo castellano, y a este otro, un navarro bueno, cómo me había ido a la facción pasando el río.

Preguntó Doña Serafina, muy cordial:

—¿Hijo, tú eres nativo de Otaín?

—No soy de aquí, pero aquí tenía mis amos cuando me fui a la guerra. En una noche nos fuimos once, y en la pared de la iglesia le dejamos una despedida en coplas al general España.

Dijo el carlista castellano con altanería inusitada en Navarra:

—Óigame a mí, Señor Don Diego. Nos metimos acá, porque era el único paraje donde estar seguros del Cura. Así lo pensé y así lo propuse a estos, si sabían de alguno con pecho para escondernos. Dijeron ellos que lo sabían y lo abonaban, y acá nos metimos, Señor Don Diego.

El voluntario, al terminar, se levantó de entre el heno, y el lobo cano le vio con asombro entre sus lobeznos descollando toda la cabeza. El mozo castellano era muy hermoso, y tenía la estatura agigantada de Don Diego. Preguntó Doña Serafina:

—¿De dónde eres, hijo, que tanto imperio traes?

—De Viana del Prior.

—¿Y adónde cae de la España?

—Cerca de Santiago de Galicia.

Sonrió desdeñoso Don Diego:

—¡Gallego eres! ¿Por qué te dicen castellano?

El voluntario miró con reto al padre y a los hijos:

—¡Porque no estoy cavando la tierra para que otros coman! ¡Porque tenía criados en mi casa! ¡Porque hago mi ley! ¡Porque cuando un soldado va por el mundo, ya es de Castilla!

Murmuró Doña Serafina:

—En eso lleva razón, pues acá no distinguimos. También estuvo conforme Don Diego:

—De Álava para allá, todo el que viene, ya forma en las partidas castellanas.

Replicó Doña Serafina:

—¡Extraño que no vayas en ellas, mocé!

—Aún no tuve tiempo de incorporarme. ¡Ya oirán hablar de mí!

—Dinos cómo te llamas, hijo, qué de otro modo, aun cuando oyésemos tu historia a los ciegos, no sabríamos que era la tuya.

—Miguel Montenegro me llamo.

Los otros fugitivos se rieron con risa aldeana y maliciosa:

—Dos mujeres que venía escoltando en un carro, le llamaban Cara de Plata.

Don Diego le dio la bota:

—No te lo podrán llamar cuando te crucen las cicatrices.

Suspiró Doña Serafina:

—¡Y en último término, los años!

Bebió Cara de Plata, y a un gesto del amo pasó la bota a los otros que venían con él. Doña Serafina trajo queso, tasajo y pan. Se disculpaba de no darles cosa caliente, porque en hora tan avanzada, el humo sobre la casa era ya motivo para infundir alarma. Reconfortados con la bota, los voluntarios se lo agradecían a Doña Serafina. La señora notándolos cansados, se lo advirtió al marido y a los hijos, ordenándoles, al mismo tiempo, que trajesen unas jalmas para que aquellos mozos pudiesen dormir más a gusto en la cama del heno.

Con el alba, vino ella misma a despertarlos, y los tres voluntarios salieron al campo, escondidos en las tinajas de la vendimia, que los hijos del lobo cano conducían en carros de bueyes, cantando por los caminos.

XXV

SANTA Cruz, de quien andaban huyendo aquellos tres voluntarios, ahora tenía cercado y preso, en el caserío de Urría, a un viejo guerrillero de la otra guerra, Don Pedro Mendía, que achacoso y casi ochentón, había juntado una partida de sesenta hombres, siendo de los primeros en echarse al campo por Carlos VII. Este Don Pedro Mendía, hidalgo de cuenta en la montaña navarra, es el mismo capitán a quien, en algunos escritos de la otra guerra, llaman Don Pedro de Alcántara. Ahora, enfermo de mal de piedra, habíase refugiado en el caserío de Urría, y los días dorados del otoño le sacaban en un sillón a la solana. Desde allí, sus ojos cavados contemplaban los montes, menos altos y enteros que su fe. Una mañana, rayando el alba, vio entrar en la sala donde dormía al Cura Santa Cruz. El viejo, insomne por los grandes dolores, se incorporó en las almohadas con el rostro amarillo y el ceño adusto:

—¿Qué traes, hijo?

El Cura, desde que entró, miraba la escopeta de caza que el veterano tenía a la cabecera de la cama:

—Pues visitarle, Don Pedro.

Murmuró el viejo con una burla incrédula:

—Cumples las obras de misericordia… ¿Pero alguna otra cosa traerás?

Santa Cruz sonreía astuto, viendo adivinada su intención, y esquivaba los ojos:

—Alguna otra cosa, cierto que sí, Don Pedro. ¿Sabe usted la persecución que me hace el general Lizárraga?

El veterano pareció recapacitar, aun cuando sabía muy bien toda aquella historia. Hidalgo y clérigo se conocían de antiguo, y tenían las mismas mañas astutas:

—Algo me contaron… Ya veremos de poner acuerdo entre vosotros.

El Cura respondió con la voz muy apagada:

—Eso tiene que ser… Si usted quiere mediar, mi consentimiento lo tiene, Don Pedro. Pero en tanto, y© necesito saber quiénes son mis amigos. No se me acalore, que ya conozco su genio.

Se levantó presto, y se acercó a la cama apoderándose de la escopeta. El viejo caballero le miró con apagamiento desdeñoso, hundido en la almohada:

—¡Por lo visto ya sabes con quién está Don Pedro Mendía!

—Sí, señor.

—¿Y qué intentas? ¿Fusilarme como a Miquelo?

El Cura volvió a sentarse, muy despacio:

—Miquelo nos hacía traición, y usted es el más leal de los cabecillas, Señor Don Pedro.

—¡A mí no me inciensess, cogulla! Poca autoridad tienes tú para dirimir el pleito de quiénes son leales y quiénes traidores. ¿Por qué no te has presentado en Estella cuando el Rey te llamó?

—La orden no venía firmada por el Rey. Era un engaño de Lizárraga:

—¡Lizárraga!… ¡Es demasiado santurrón!… ¡Tampoco me gusta cómo hace la guerra!

Se levantó el Cura riendo con una expresión franca, de buen aldeano:

—¡Más tiene ese de clérigo que yo!

Replicó malicioso Don Pedro:

—¿Tienes tú algo de clérigo? Por no tener, ni el ama.

Santa Cruz seguía riendo con aquella expresión abierta, en él tan desusada, y Don Pedro reía con una mueca, retorciéndose en la cama con el dolor triste del mal de ijada. Hizo un esfuerzo y murmuró con los labios apretados:

—¡Siempre queda tu recelo de comparecer ante el Rey!

—Fue recelo de la camarilla. No nací para pisar estrados, Don Pedro. ¡En el campo no me vencen, pero allí me vencieran!

Don Pedro guardó silencio. Acaso recordaba, cerrados los párpados y las manos en cruz, como si hubiese llegado la muerte, que también él, treinta años antes había estado en entredicho con el abuelo de Carlos VII. De pronto abrió los ojos, mirando a Santa Cruz:

—¡Cura de Hernialde, tú vienes por llevarte mi gente!

Afirmó Santa Cruz con el rostro terrible de impasible:

—Lo adivinó, Don Pedro.

—¡Manda que me fusilen!

Santa Cruz tuvo un leve movimiento en los ojos, al mismo tiempo que decía con la voz exenta de cólera:

—Amigo Don Pedro, no le fusilo porque he visto desertarse, aún hace muy pocos días, a veintitrés voluntarios de Miquelo Egoscué. Sin esa lección, no hubiéramos hablado tanto.

El moribundo levantó la cabeza, melancólico:

—¡Es lástima, porque me habrías ahorrado los dolores de este mal tan triste!

Y la dueña del caserío, que ha llamado con los nudillos en la puerta, entra empujándola despacio. Trae en las manos una taza que bailotea en su plato azul

y esparce el aroma de un cocimiento de yerbas. El veterano se incorpora en las almohadas, y sonríe muy amarillo, alargando una mano de huesos. Santa Cruz, puesto en pie, le mira con aquella hondura triste y experimentada de los que han visto muchos moribundos. Era la mirada del clérigo, que, en su aldea, acompañaba en la hora de la muerte a todos los feligreses, desde los niños de siete años a los viejos de cien.

XXVI

LOS dos cabecillas estaban en la solana. El cuadrante de piedra puesto en un esquinal de la casa marcaba la hora de mediodía. Santa Cruz, con las manos a la espalda, paseaba despacio, y el veterano de la otra guerra, hundido en su sillón, temblaba bajo el hermoso sol de otoño, con los ojos puestos en los montes y una noble expresión sobre el rostro mortal. En el ambiente campesino resonaban los gritos de algunos voluntarios que jugaban un partido de pelota, corriendo por el fondo de un campo húmedo, verde y sonoro. Don Pedro se levantó muy encorvado, y dio varios paseos con el Cura. Realizado aquel esfuerzo de entereza, volvió a sentarse. Santa Cruz le miró con lástima:

—Don Pedro, déjese de valentías.

Replicó colérico el viejo:

—No son valentías. Caíste acá pensando hallarme moribundo, y te duele no verlo realizado.

Santa Cruz murmuró con fría entereza:

—Peor lo hallé que pensaba. Pudiera ocurrir que yo muriese antes, y para ello estoy preparado, pero usted nunca muy largo plazo tiene, Don Pedro.

El hidalgo había cruzado los huesos de sus manos:

—¡También yo estoy preparado!…

El Cura vino y tomó asiento a su lado, en un banco sin respaldo, donde la dueña solía subirse para alcanzar los racimos que maduraban en la cuelga. Se miraron los dos profundamente y austeramente: Dijo Don Pedro con la nobleza de quien aconseja exento de mira egoísta y solo por el fuero del bien:

—Si tan cercano tengo mi fin no te aceleres, hijo, haciéndome fusilar, y echando sobre tu alma otro remordimiento.

Respondió el Cura, casi humilde en su gravedad:

—Tengo remordimientos, porque solamente los pecadores empedernidos no

los tienen… Pero ninguno tengo por haber fusilado.

—¡Yo sí!

A los ojos áridos del viejo acudían dos lágrimas, y Santa Cruz tuvo lástima de aquella ruina de soldado:

—Ese remordimiento lo tiene ahora porque está enfermo, Don Pedro. Yo también los tendré en su día, cuando acabe la guerra, pero en tanto no les doy entrada. Necesito saber que hago bien, para seguir haciéndolo. Si una vez admitiese la duda, había concluido por siempre jamás Manuel Santa Cruz. ¿Sabe cuáles son ahora mis remordimientos? Las faltas que cometí cuando estaba en mi iglesia de Hernialde. Ahora que soy soldado, llevo ante los ojos la vida anterior de cuando decía misa… ¡Y cuando vuelva a mi iglesia, tendré la vida de cuando era soldado!

Murmuró Don Pedro:

—Yo este remordimiento lo tuve siempre… A veces se me esparcía por un año entero, pero volvía… Unas veces de noche, otras yendo solo por un camino… ¡Siempre ha vuelto!

Santa Cruz le interrogó muy severo:

—¿Lo tiene confesado en el Tribunal de la Penitencia?

Sonrió con amarga dignidad aquel clásico hidalgo de Navarra:

—¡Pesaba demasiado para llevarlo solo!

Aprobó el Cura con aire taciturno, y los dos quedaron silenciosos. Don Pedro, todo amarillo, temblando bajo el sol, miraba a una niña que jugaba en la corraliza, le sonrió primero, y luego la llamó:

—Ven acá, Mari-Juanica.

La niña subió con una mimbre verde en la mano. Avanzaba un poco recelosa, balanceándose sobre los zuecos, anegada en el ruedo de su refajo azul:

—¿Llamo a mi madre, Señor Don Pedro?

Denegó el hidalgo moviendo la cabeza, al mismo tiempo que ponía una mano sobre el hombro de la niña:

—¿Oye, Mari-Juanica?…

La pequeña, muy resabida, cruzó los brazos como para dar la lección de doctrina:

—Mándeme usted.

—¿Cuándo ha dicho tu madre que me enterraban?

—No me arrecuerdo bien.

—¿Dijo en esta semana?

—No me arrecuerdo bien. ¿Quiere que le pregunte?

—No, hija.

Se fue corriendo la niña, y Santa Cruz murmuró severamente:

—¡Es usted contumaz, Don Pedro! ¡Tiene el alma pagana! ¡Aún no está convencido!

Don Pedro movió la cabeza muy despacio, con una sonrisa triste, y una claridad mortecina, un poco burlona, en el fondo de los ojos:

—Ya no tengo ánimos para contradecirte, hijo. ¿Pero, qué quieres? ¿Encaminarme el alma?

—Ya le dije lo que quiero. Que me deje su gente, Don Pedro.

Repitió pensativo el viejo:

—¡Que te deje mi gente!… Tú te la llevarás, que para eso has venido, pero no será mientras yo viva, so pena de hacerme violencia.

—¡Usted aconséjelos para después!

—Los aconsejaré. Y te hago juramento que si pudiese disponer de mis mocetes como de mis bienes, mejor te los dejaba a ti en herencia que a otro cabecilla… Ya cualquier cabecilla mejor que a los generales de Estella. No conocen la guerra, y, por hacer un ejército, dan por el pie a las partidas.

Repuso el Cura austeramente, poniéndose una mano en el pecho:

—¡Tengo la espina aquí! La guerra se perderá por los generales.

—¿Habrá otro convenio?

—Habrá muchos convenios.

—¡También yo me muero con esa espina!

Y el viejo guerrillero dobló la cabeza como si en realidad fuese a morir.

XXVII

SANTA Cruz había dispuesto que una parte de sus voluntarios, distribuida en parejas, vigilase las veredas del monte y los vados del río. Hecho esto, bajó con su guardia de doce hombres a pedir raciones en los poblados de Belza, Urría y San Pedro de Olaz. Por aquellas labranzas, alquerías, molinos e iglesarios estaban repartidos los setenta mozos que iban en pos de Don Pedro Mendía, y que comenzaban a malsufrir el enojo de tantos días de paz. Sentían renacer el tiempo de los romances viejos, oyendo el relato de las mujerucas que por las tardes les remendaban los ponchos, bajo la parra sin hojas. Eran aquellas las

abuelas que parecen hermanas de los sarmientos. Encendidos los mozos con el recuerdo de la otra guerra, ardían como cirios votivos. Santa Cruz, avizorado y astuto, de todo se daba cuenta, e hizo que los suyos, mezclándose en los antiguos juegos, ágiles y fuertes, pudiesen hacer algún alarde de sus correrías mientras descansan bebiendo la sidra en el nocedal. Al mismo tiempo, por ganar la voluntad del cabecilla moribundo, enviaba a pedirle una orden para el alojo de la gente, aparentando que en toda aquella tierra no regía otro fuero que el de Don Pedro Mendía.

El Cura veló toda la noche esperando la llegada de sus confidentes. Acudían en rosario adonde quiera que ponía el real. Llegaban de todas partes y por todos los caminos, con las almas llenas de fe, como a una romería. Eran de muy varia laya: Aldeanas de gran refajo, que hablan con los brazos quietos y abiertos, asustados los ojos bajo el pelo tirante; graves labradores que vienen en su mula; algún mozo con capusay y larga vara; algún mendigo que duerme en los pajares; el loco que duerme en los caminos y habla con la sombra de las cosas; un leñador, un afilador, un ciego de romances, que hacen la vía para una feria; y la mujer del borracho, que al ir a la busca del marido, escuchando por las puertas, se enteró y vino corriendo… Pero los que llegan siempre en mayor número, son los pastores. Viejos y niños zagales, como en las Adoraciones: Entre las pieles del zamarro traen una gracia de rocío y un bautismo lunar.

Santa Cruz oía todas las confidencias con la cabeza baja y sin hablar palabra. Oyéndolas parecía tranquilo, pero sentía revolar el pensamiento, con aquella violencia del pájaro que bate en lo oscuro. Paseando bajo los nogales del huerto, experimentaba una gran amargura sabiéndose cercado por los batallones carlistas, que se concertaban con los republicanos para prenderle y matarle. Su vida y su campaña se le aparecían claras y fuertes, sujetas a la pauta de la conciencia. Las torturas, los incendios, las muertes, eran males de guerra, no pecados del hombre. El había salido de su iglesia puro y con las manos inocentes. Jamás había tomado venganza de los enemigos ni derramado sangre mientras fue pastor que guiaba un rebaño de almas. Ahora sentía una gran inquietud mística, y arrodillado en la sombra de los nogales, rezaba con los brazos abiertos. En aquella oración, ardiente se fortalecía para seguir en la guerra y hacer frente a todos los enemigos. Salía mejor armado, con el alma fuerte y resplandeciente, dispuesto a pasar entre las foces enemigas como el acero de una hoz.

XXVIII

EL Cura Santa Cruz, despedido el último confidente en la cancela del huerto, se volvió despacio, mirando receloso bajo la sombra de los manzanos donde ladraban tres perros atados con cadenas. Había luz en una ventana del piso alto. Recogido en la cocina del caserío, al amor de la lumbre, oía los gritos con que en el sobrado dolíase Don Pedro Mendía. Se levantó cauteloso y subió la escalera, sin despertar a la dueña que sentada en el primer peldaño, adormecía con el gato en la falda. Santa Cruz se detuvo en la puerta de la sala donde el viejo guerrillero jadea dolido, postrado en el sillón. Tiene un libro de rezos entre las manos, y el candil que cuelga de la viga, pone sobre ellas un resplandor de oro pálido. El resto de la figura, arrugada y consumida, queda en la sombra. Murmura el Cura desde la puerta:

—¿No puede dormir, amigo Don Pedro?

—¡Dormir!… ¡Cuánto tiempo que no duermo!… El sueño es peor que la vigilia cuando está poblado de fantasmas. Hay un mozo de pocos años que yo hice matar por sospechas de que me vendía… Siempre se me aparece en el sueño y mana sangre del costado, como el Divino Jesús… Tú tampoco puedes dormir, ¡Cura de Hernialde, sientes hervir bajo la almohada las ollas de la sangre!

Respondió muy firme Santa Cruz, inmóvil en el umbral de la puerta oscura:

—Yo, Señor Don Pedro, no duermo, porque quien manda soldados, no debe dormir. El buen capitán ha de ser como aquellas aves del Capitolio. *¡Semper Vigilans!*

—¡Tú no eres hombre, sino fiera!

—Hombre soy y materia flaca, porque siento las tribulaciones y el sudor frío. Pero quisiera ser de piedra dura, como me dicen los enemigos y las monjas de la Corte del Rey. ¡Ay, quién pudiera ser clara roca de cristal, con la luz del alma y de la inteligencia para alabar a Dios!

Suspiró el viejo caballero con los ojos fijos en su libro de rezos:

—¡Clara como la roca de cristal es el agua, pero con el alma más benigna! ¿Tú la has visto correr? Es una vida. Agua yo la quisiera ser… El agua tiene la misma virtud que las buenas obras y las palabras santas. De todas las cosas, es la que se reparte entre los hombres con más igualdad. Yo me muero de este mal tan triste, porque las partes del agua se descomponen dentro de mí y se hacen piedra. ¡El agua está en todas las cosas criadas y hasta en el centro de las rocas se encuentra!

Dijo el Cura contemplando la sombra del viejo:

—Y es una gracia lustral la que redime nuestro primer pecado.

Murmuró de pronto Don Pedro con una risa extraña:

—En esa puerta oscura, otras noches se pone un perro… Entra tú. ¿No quieres entrar?… ¡Tú rondas como el perro!

Repuso Santa Cruz con la voz oscura, como cerrada en niebla:

—A los dos nos ronda la misma bestia flaca, lucida de ojos.

—¿Tú también le viste la cola en la sombra?

—Le sentí el aire frío, Don Pedro.

El viejo sonrió y quedó pensativo, dejando decir a los labios, como si pasase sobre ellos un eco lejano:

—¡Pecador de mí! ¡Pecador de mí!

XXIX

DON Pedro parecía muerto en el sillón. Ya no se quejaba, y la cabeza caída sobre el respaldo recibía, como las manos, el reflejo del candil. Era pálida y consumida, con la mitad de los pómulos temblando en un círculo de sombra, y en claro la frente y el perfil. Santa Cruz, inmóvil en la puerta, como guardándola, le miraba duro y obstinado:

—Amigo Don Pedro, haga por recobrar el habla.

El veterano no cambió de actitud:

—¡Quieres arrebatarme mi gente, y dejarme morir olvidado en este caserío!

Apremió el Cura:

—Don Pedro, estoy cercado, y con su gente me salvo. Para matarme, vienen en un acuerdo carlistas y republicanos. Don Pedro, hablando franco, estoy seguro que con su gente y sin su gente, yo me salvo, pero no quiero dejarle a Lizárraga la herencia de los setenta cachorros del más bravo león de Navarra: Es mucha herencia, amigo Don Pedro, y si usted no quiere entregármela ahora, yo quedaré aquí hasta que usted cierre los ojos.

Murmuró Don Pedro con apagado y compasivo desprecio:

—¡No eres generoso!

—¿Y es generosa su obstinación? O me cuesta caer prisionero en este caserío, o me cuesta cien hombres. Porque Lizárraga se le llevará la gente, Señor Don Pedro.

El viejo se afirmó en el sillón con gran entereza, sobreponiéndose a los dolores de su mal:

—¡Ni tú, ni él!

El Cura le miró con fría lástima, recogiéndose en sí mismo:

—Él sí, amigo Don Pedro. No viene con solo treinta hombres, como Manuel Santa Cruz. Lizárraga tiene gente para hacerle fuerza, y se la hará.

Gimió el viejo con un estertor que le ahogaba:

—¡No me la hará!

—Como yo se la hubiera hecho, y se la haré si algún día puedo volver con toda mi gente. ¡Ya está emplazado, Señor Don Pedro!

Iba a salir, y le llamó el viejo, con la voz trémula:

—¿Qué dicen tus confidentes?

—Me dan por cercado… Adiós, Don Pedro, si caigo, cuente usted que acaba conmigo la guerra de partidas, la verdadera guerra.

Declaró muy afligido el viejo:

—¡La nuestra!

Y contestó recogido y apagado Santa Cruz:

—¿Por qué la traiciona si es la nuestra? ¡Me niega sus hombres para tenerlos en mando una hora más, y mañana vendrá por ellos un general del Rey! Así, una tras otra, se acabarán las partidas y acabaremos nosotros. Quedará la guerra de los generales de farsa que van con el Rey.

Se acercaba, y el moribundo le apartó con desvarío:

—¡No me acoses, verdugo! Te veo negro con dos hileras de dientes blancos, como un mastín de la muerte. ¡No me acose más, mi señor el arcipreste, que canta en latín y cobra en romance!…

Le habló el Cura inclinándose a levantarle la cabeza y mirándole en los ojos turbios:

—¡Don Pedro, rece el Yo pecador!

El hidalgo cruzó las manos, obediente como un niño, y rezó balbuceando. Al terminar se quedó fijo en Santa Cruz, con los ojos cargados de tristeza:

—Si me tienes puesta la horca, huye, verdugo, y llévate la gente mía.

El Cura afirmó con la cabeza, y acabó su rezo santiguándose. Después preguntó sin mostrar agrado ni sorpresa:

—¿Podrá tenerse a la ventana para verlos desfilar?

Declaró Don Pedro:

—No, no podré. Que me dejen cavada la sepultura.

El Cura sonrió vagamente:

—Yo me la dejé cavada el día que salí de Hernialde. Suspiró con gran ahogo Don Pedro:

—¡Te llevas setenta leones!

—¡Bien fieros los necesito!

Empezó a dolerse Don Pedro:

—¡Cuatro que me caven la sepultura! ¡Cuatro que vengan y me metan en ella! ¡Señor, acelerarme esta vida ya tan corta!

Quedó inmóvil, con las manos en cruz. Fuera cantaban los gallos, y en la ventana estaba el día. Santa Cruz la abrió de par en par, miró al campo, y estuvo breves momentos silbando un aire de la montaña. Salió murmurando:

—¡Ya llega nuestra gente!

El viejo guerrillero, con el libro de rezos entre las manos estaba atento al rumor de pasos y armas con que los voluntarios se juntaban en torno de la casa. Reconocía las voces cuando algunos subían por la escalera para darle un adiós. Entraban con los fusiles y sin quitarse las boinas, pero se arrodillaban para besarle las manos. Los rostros melados, las frentes anchas, los ojos de un alegre brío, todos tenían una apariencia de hermandad campesina, como esas cuadrillas de segadores que devoran el pan moreno a la sombra de un camino. Ninguno mostraba duelo por dejarle, que era mayor en todos el afán de la guerra. Muchos le decían:

—¡Aún nos veremos, Don Pedro!

Pero aquel hidalgo antiguo, respondía con la querella noble y austera de un santo rey a sus vasallos fieles:

—¡Otra vez nos veremos, si es voluntad de Dios! ¡Otra vez, pero no será en esta vida!

Y algunos replicaban con alegre ahínco:

—¡Don Pedro, sea lo que disponga Dios!

El viejo, afirmando con la cabeza, les hacía la recomendación de que fuesen valientes, y ellos reían mirando los fusiles:

—¡Como a su lado, Don Pedro!

—¡Buen capitán lleváis!

Alguno afirmaba requiriéndose la boina:

—¡De no estar con usted, con él!

—Andad, hijos míos, y rezadme un padrenuestro por el alma.

Los voluntarios le besaban la mano: El moribundo, alguna vez, les daba los

brazos y los veía partir con una pena desolada que sabía ocultar. El rumor de armas y voces al formar los voluntarios bajo la ventana, le parecía oscuro y lejano como rumor de mar. Su pensamiento y su voluntad se desvanecían en él perdidos como en el hueco de una cueva. El moribundo comenzó a ver sombras lejanas, perfiles desvanecidos de la juventud y de la infancia. Santa Cruz subió el último al sobrado y lo encontró ya frío en su sillón, muerto de aquel triste mal de piedra.

XXX

LLOVÍA menudo y ligero en aquella fértil tierra del Baztán. Era una cortina gris, que a los prados húmedos, tendidos detrás, daba un reflejo de naranja, agrio como una desafinación de violín. Con aquel reflejo, sol anaranjado, armonizaban extrañas las cornetas militares tocando diana. Era agresiva la clara voz del metal en la paz aldeana y religiosa del valle, con campanarios entre arboleda y caserío, con rebaños de vacas marchando bajo los castaños o metidas por los herbales. En el puente de Elizondo, y todo a lo largo de la carretera, formaba una compañía de cazadores, entre el son de las cornetas y las voces de los sargentos. Los oficiales, caladas las capuchas de los impermeables y las polainas manchadas de barro, estaban guarecidos bajo el balcón, pintado de añil, de una casa nueva, donde había taberna. De tiempo en tiempo, asomaba un hombre, que en una bandeja traía vasos de aguardiente para los oficiales. Era el tabernero, tripudo y risueño, lleno de recuerdos de sus viajes a las Islas de Ultramar. Un Sileno con chaleco de bayetón colorado y faja azul, mal ceñida, que al hablar de las Islas hablaba siempre de la canela y de la hoja del tabaco. El capitán que mandaba la fuerza, le dio un cigarro. El tabernero encendió, usando un yesquero de plata, y ufano de lucirlo, ofreció fuego a todos los oficiales. Humeando el cigarro, preguntó:

—¿Al fin cae Santa Cruz?

Los oficiales se miraron, y el capitán repuso entre dientes:

—¡Esas cosas, en tanto no se realizan!…

El tabernero guiñó un ojo:

—¡Me parece que ahora!

Recogió los vasos, y entró en la taberna para servir a cuatro sargentos que esperaban en la puerta. Les puso los vasos alineados sobre el mostrador, y llamó

con una voz:

—Pasen, señores militares.

Al acercarse los sargentos, repitió la pregunta:

—¿Al fin cae Santa Cruz?

Repuso con enojo un viejo, limpiándose los bigotes con su pañuelo a cuadros azules:

—¡Si no cayó, ya no cae!

Insistió el tabernero:

—¿Tendrá pena de la vida?

Repuso el mismo sargento viejo:

—¡Siete penas de la vida!

Fuera, al abrigo del balcón pintado de añil, discutían los oficiales. Por un alto de la carretera aparecía un coche tirado por mulas, llenas de cascabeles, y el grupo de oficiales saludó militarmente a los que iban dentro, envueltos en mantas y capotes. Los sargentos acudieron a la puerta. Uno dijo:

—Ya tenemos nuevo general.

Y otro replicó:

—Todo sale cierto.

Pagaron y se volvieron a las filas, con lentitud de gente descontenta. Los oficiales se aprestaban calándose los guantes. Decía el teniente Velasco:

—Se confirma la llegada del general Venegas. ¿Se confirmará también el relevo del general España?

Repuso el teniente Nicéforo:

—¡Por confirmado!

Carmelo Nicéforo era sobrino del jefe de Estado Mayor. El capitán García, al oírle, se sopló las barbas pontificales:

—¿Usted lo sabe, Nicéforo?

El teniente se distrajo haciendo seña al tabernero que estaba en la puerta:

—¡Otra ronda, Don Baldomero!

La compañía se formaba despacio en la carretera. Muchos soldados se rezagaban: Venían por el fondo de las calles corcovadas, salían de los postigos, con el fusil al hombro, doblando el cuerpo para no tropezar en el dintel. Llegaban todos con el aliento corto y vivo, encendidos por el aire de llovizna. Se juntaban en grupos, antes de ponerse en fila, y concertados, se dirigían a una taberna que estaba en frente al parador de los oficiales. Los veteranos se distinguían de los bisoños por el aire más despierto y sagaz, pero todos tenían el

mismo talante marcial, aplastados como tortugas bajo las mochilas, y sacando el brillo de los ojos entre la carrillera y la visera del ros. Las cornetas iniciaban el último toque. El capitán dio la mano a los tenientes. Fueron los tres a sus puestos, y comenzaron las voces de mando. Se oyó como un aletazo el rumor de los fusiles al ser alzados y puestos en descanso. El cacareo de un toque y el son de la marcha.

XXXI

COMO el camino es llano y todo el campo descubierto, el capitán y los tenientes se han reunido entre la primera y segunda sección, para seguir hablando. Decía Carmelo Nicéforo:

—¡Por confirmado el relevo del general España!

El teniente Velasco manifestaba alguna duda moviendo la cabeza:

—¿Y le sustituye el brigadier Venegas?

—En estos primeros momentos, parece que sí.

Entre amistoso y grave, le tocó en el hombro el capitán García:

—Vuelvo a preguntarle si usted lo sabe, Nicéforo…

—¿Cree usted que lo sé, mi capitán?

Murmuró García:

—¡Hombre, yo!…

—Pues, aquello que usted crea, aquello es.

—Yo me atengo a la orden que llevo… No sé más, ni quiero saberlo.

Declaró el teniente Velasco:

—Si para hablar como amigos nos encerramos dentro de la Ordenanza…

Repuso García, abriendo los ojos mansos como los de un buey trabajador:

—Señores, yo sé lo que ustedes quieran decirme, más no. Las instrucciones secretas que me haya comunicado el general han caído en una tumba. ¿Hablemos, pues, de lo que saben ustedes?

Murmuró Nicéforo:

—Creo que todos sabemos lo mismo…

Preguntó Velasco:

—¿El relevo del general España?

—El relevo y las causas.

—Las causas yo todavía no me las explico.

Declaró el capitán soplándose las barbas:

—Usted está en lo cierto, teniente Velasco.

—¡Yo estoy en la duda, mi capitán!

—La duda es lo cierto.

Los tenientes se miraron y sonrieron. Insistió Carmelo Nicéforo:

—A cualquier cosa que yo dijese, ustedes le atribuirían un valor que no tiene. Pondrían debajo el nombre de mi tío, que como jefe del Estado Mayor…

El otro teniente tiró varias veces del cigarro:

—De las tonterías que aquí hablemos, no puede ser responsable tu tío, el coronel Arias.

García aprobó, metiendo la cabeza en el pecho:

—¡Cierto! ¡Muy bien dicho!

Aún insistió Nicéforo:

—Todo va a mi cuenta… Pues el general ha sido relevado por aceptar la proposición de los carlistas para perseguir a Santa Cruz.

Dijo muy solemne García:

—¡Ha caído como una inocente codorniz! ¡Yo declaro que hubiera caído lo mismo!

Carmelo Nicéforo continuó explicando:

—Una falta imperdonable. Si los carlistas quieren fusilarlo, será porque les hace daño. ¡En-Madrid es donde han visto claro!

Sonrió García con patrio orgullo:

—¡Buena gente hay allí! Castelar, que está reputado como la primera cabeza del mundo.

Contrapuso Velasco, con el gesto del mercader honrado que pone la balanza en el fiel:

—La primera no, una de las primeras.

El capitán se mostró conciliador:

—¡Conformes! Una de las primeras cabezas del mundo.

Carmelo Nicéforo guiñaba un ojo, socarrón:

—Las cabezas hay que tomarlas a cala. La cala es el tiempo… Ya veremos lo que deja detrás. En este negocio de Santa Cruz ha visto lo que hemos visto todos.

Replicó Velasco:

—¡Aquí!… Pero allá es más difícil hacerse cargo.

—¡Más fácil! A distancia, ciertas cosas se comprenden mejor. Es como si

hubiese pasado tiempo. Por lo demás, en este asunto hay muchos hilos que nosotros desconocemos.

Declaró ingenuamente Velasco:

—¡Yo, todos!

—Yo también. Pero se confirma en cierto modo aquello que decía una noche el Duque de Ordax: Santa Cruz es nuestro mejor aliado. Por perseguirle se releva al general España…

Carmelo Nicéforo dejó el aliento en suspenso, inquirió Velasco:

—¿El relevo y qué otra cosa?

Se decidió a decirlo sacudiendo la ceniza del cigarro:

—La retirada de las fuerzas que tiene el coronel Guevara. Se le enviaron dos correos, y ahora vamos nosotros con la tercera orden.

Preguntó asombrado Velasco:

—¿Es la orden que llevamos?

Y miró al capitán con dolor y sorpresa. Gil García apartó los ojos enrojeciendo, y comentó Nicéforo con una risa amarga y feroz:

—En Madrid hay cabezas, pero no hay lo demás que hace falta para ser hombre. Crea usted, mi capitán, que nos han dado una comisión bien desgraciada.

Gritó Gil García con ímpetu, puesta una mano en el pecho:

—¿Quieren ustedes que la renunciemos? ¿Quieren ustedes que vayamos ante el general? Ordenaré la vuelta. Yo estoy dispuesto a pasar toda mi vida en un castillo. Tampoco a mí me satisface la orden que voy a cumplir, pero el general me llamó y me habló al alma. Sépanlo ustedes, le va en ello el honor, lo más querido para un militar. Es preciso que la orden de retirada se cumpla inmediatamente, sin estrechar más al Cura Santa Cruz. ¡Hay un secreto de Estado!…

El teniente Nicéforo hizo un gesto de fatiga:

—¡El pleito de los carlistas por la beligerancia! Un secreto a voces… Yo no diré que Santa Cruz sea nuestro aliado, pero lo parece…

Interrumpió el capitán García:

—Y parece que de conservarle ahora la vida, va la salvación de la República. Por eso, sabiendo mis ideas de libertad y de progreso, me ha llamado el general España.

Los dos tenientes levantaron los ojos tristes, graves, compasivos, ante la buena fe del capitán. Y los tres, como en un tácito acuerdo, tiraban de los

cigarros, muy cavilosos, mirando a los soldados.

XXXII

SANTA Cruz pasó los puertos de Arga y Arguiña. Allí, reunido con su gente, quiso burlar la persecución de republicanos y carlistas, haciendo grandes marchas nocturnas para que nunca supieran dónde estaba. Era artimaña suya: Con ella conseguía que no se concertasen para un movimiento envolvente, los republicanos y el general Lizárraga. Santa Cruz esperaba vencerlos separadamente, cada uno en su vez. Pero la ocasión no se presentaba y crecía el riesgo y el estrecho. Cerca de Belza, en un intento para pasar a Guipúzcoa, se vio perdido, con los republicanos al frente, y picándole la retaguardia desde hacía treinta horas, cuatro compañías del general Lizárraga. Hizo alto al abrigo de unos molinos, y en el encinar que desde el río subía tendiéndose, por el monte, puso guardia de hombres y los tres perros del molino. Fue advertencia de una vieja, que ella lo viera hacer a los contrabandistas. En el molino no había molinero. Cuando un voluntario preguntó dónde andaba, el ama joven se encrespó sacudiéndose la halda verde:

—¡Aquí bajo lo tengo!

Era una mujer alta, demacrada y encinta. El ama vieja, que estaba en su silla baja desgranando maíz, terció al caso:

—El mutil, por mal no te lo dice, pues.

Protestó la otra:

—Preguntar es… ¿Tú andas en la guerra? Presume, presume dónde andará tu hermano. ¿No ve cómo estoy de la cintura? Pues si en la casa hizo lo suyo, ahora que lo haga en la guerra.

Asomaba Santa Cruz, y quedó silenciosa, agachándose sobre el fuego. El Cura traía muy grave el rostro, y nublado de tristeza. Se sentó y dijo con un gesto que entrasen los que esperaban, y con un resuello que todos los demás se saliesen fuera. Entró Roquito, guiado por la Josepa. Gritó el ciego con vehemencia:

—¡Don Manuel, vengo por servirle, aunque luego me mande afusilar!

—¿Qué traéis?

El Cura contemplaba los ojos llagados de Roquito, y sentía que aquellas postas sangrientas le penetraban como ningún mirar. Pero no le preguntó nada

para saber por qué estaba ciego. Le parecía que era lo que debía ser: El recuerdo anterior se borraba, como si nunca hubiese conocido otro Roquito que aquel de los ojos en sangre y de las palabras arrebatadas.

Roquito se sacudía todo estremecido, en perenne temblor:

—¡Vengo por el bien de la Santísima Iglesia! ¡No combatan entre sí los soldados del Rey Carlos! ¡No combatir, Caínes, y dar un mal ejemplo a la Cristiandad!

Estaba ante el cabecilla palpándose los harapos y recorriéndolos con las manos temblorosas. La Josepa le ayudó a descoser un papel escondido entre dos remiendos, y se lo metió en el puño, empujándole al mismo tiempo para indicarle la dirección del Cura. Roquito adelantó recto, extendida la mano, levantando los zuecos llenos de tierra. Santa Cruz tomó el papel y le pasó la vista. Lo quemó en la lumbre sonriendo:

—¿No traéis más?

Roquito gritó:

—¡Que no combatas contra tu hermano!

Barboteó la Josepa:

—¡Calla, borrachón!… Nos entregó la carta un señor general que vino de Estella, de le besar el anillo al Rey Don Carlos. Dijo él que no tornásemos sin haberla dejado en la misma mano del Señor Don Manuel.

Murmuró el Cura entornando los párpados, como al peso de un sueño repentino:

—Está hecho. ¡Andad con Dios!

Redoblaba el temblor de Roquito:

—¡No tires la espada contra tu hermano! Si no quieres verte con él y darle los brazos, escapa por medio de los montes. Un camino te abrirán las peñas y los hayedos, separándose como las aguas del Mar Rojo. ¡El que siempre venció de los negros liberales, de su hermano no vencerá! Escapa por los montes, y si te ves cercado, échate en una hoguera, pero no vayas contra los batallones y las escuadras del Rey Carlos.

La Josepa, muy temerosa, le dio con el puño en la espalda:

—¡Calla, borrachón!

Hizo el Cura un gesto de gran imperio:

—¡Déjale que hable!

Roquito estaba en lágrimas:

—¿No te pedía los brazos, en su papel escrito, el general Don Antonio

Lizárraga? ¿Qué respuesta para él das a este ciego sin fortuna? ¿Es mi cabeza, que la quieres cortar y mandársela como respuesta dentro de un cofre, conforme es el uso de Morería?

El Cura meditaba con una mano sobre los ojos. Sintió latir los perros en el encinar y abrió la ventana. Se juntaba la gente de la partida, sobre la ribera del río, para seguir la marcha nocturna por los caminos blancos de luna, por las arboledas todas en quietud. Se aprestaba sombría, con el ansia y recelo del peligro, dura a la fatiga de aquellas marchas continuas, muchas veces a la vista de las hogueras enemigas. De nuevo iba a comenzar la huida, sañuda y rebelde, con el paso a la media noche por las aldeas dormidas al claro lunar que aman las brujas. El Cura recapacitó los caseríos donde debía pedir raciones. Santa Cruz tenía parciales en todos los poblados y aldeas, sabía ganarlos unas veces con clemencia, y otras con duras justicias. En aquellas jornadas, al amanecer metíase a los montes, y descansaba hasta la noche en el resguardo de alguna quebrada, puestos centinelas.

XXXIII

EL Cura, arrimado a la ventana, meditaba con la mano sobre los ojos. Volvieron a latir los perros en el encinar, y corriendo por entre los maizales, venía un mozo de ágiles piernas, capusay y luenga vara. El cabecilla descubrió los ojos, y reconoció a uno de sus confidentes:

—¿Ramuncho?

Respondió una voz:

—¡Llego!

El mozo penetró en el molino, y alumbrado por el ama vieja, pisó el umbral en la sala de las arcas, donde estaba el Cura. Se santiguó, y saludó dando con el cueto de la vara en el suelo, semejante a un mensajero antiguo, bajo el capusay:

—¡Ave María Purísima! Los republicanos levantan su línea. Santa Cruz tembló todo:

—¿Tú lo viste?

—Yo lo vi. Van de retirada sobre Elizondo. Estuvieron en una venta donde yo dormía, y escondido en el pajar los oí. Todos van pesarosos de la retirada.

Se oyó llorar. Era Roquito que estaba de rodillas en el rincón de unas arcas. Nadie hablaba, y la figura del cabecilla se destacaba sobre el cielo de la noche en

el cuadro de la ventana. Con un sentimiento de humildad, penetrado de misterio, murmuró hablando con todos:

—Recemos el rosario y demos gracias a Dios. ¡El me salva, no sé si de ser Judas, si de ser Caín!

Se arrodilló y besó el suelo, al mismo tiempo que estallaba violenta la voz de Roquito:

—¡Satanás te salva! ¡Satanás, que guía las filas de los negros y los vuelve de la parte de Judas!

Todos callan atemorizados, y en la oscuridad se oye sollozar al Cura de Hernialde.

ASÍ TERMINA *GERIFALTES DE ANTAÑO*

UNA TERTULIA DE ANTAÑO

I

—HE visto a Xavier Bradomín y me prometió venir esta noche.

—¿De dónde ha salido ese viejo Don Juan? ¿Qué hace ahora?

—Creo que conspira.

Sentadas en un gran sofá de caoba, vasto como un lecho, sostenían esta conversación dos antiguas damas de la reina destronada, aquella reina de los tristes destinos. Hablaban en un tono que era a la vez ligero y confidencial.

—¿Dónde te hallaste a Xavier Bradomín?

—Al salir de misa en las Góngoras. Me anunció, con gran misterio, su visita.

—¡Intentará convertirte al partido del Pretendiente!

La otra dama tosió burlona:

—Ya estoy muy vieja y muy fea para ponerme la boina.

La Duquesa de Ordax no mentía. Era una vieja menuda, inquieta y muy morena, con los ojos hundidos y llenos de fuego. Tenía la cara arrugada, las cejas con retoque, y llevaba un peinado de rizos aplastados sobre la frente, lo que acababa de darle cierto parecido con los retratos de la reina María Luisa. Hablaba con un desgarro vivo y popular:

—En otro tiempo, no digo que no me hubiera calado mi boina roja. ¡Y poco guapa que estaría!

La Marquesa de Gabán la escuchaba sonriendo bajo el velo de su sombrero, que le dejaba el rostro en un misterio albo y estelar:

—Bradomín te convencerá. Tiene don apostólico. ¡Así al menos me explico yo sus conquistas!

La Duquesa interrumpió:

—Si vieras cómo está ahora de viejo y de triste. Ha tenido bien mala suerte. ¡Perder un brazo el mismo día que llegó a la guerra!

Y seguía riéndose, casi inconsciente de sus palabras. La Marquesa de Gabán murmuró lentamente:

—Mala suerte, sí… Pero aún habrá sentido más hacerse viejo…

II

EN el claro del balcón destacábase y sobresalía por oscuro una sombra de mujer, que, con el rostro pegado a los cristales, procuraba leer una carta. Solo podía verse que tenía el pelo de oro. Exhaló un suspiro, y desde el estrado interrogó la Marquesa de Gabán:

—¿Lloras, hija?

Respondió una voz juvenil que quiso parecer risueña:

—¡Yo llorar!

Ocultó la carta en el guante, y fue a sentarse cerca del sofá. En la luz caliente de la tarde parecía toda de oro, con encanto de fruta y de flor. Sentía fijos los ojos de su madre, pero no podía verlos bajo el misterio del velo. La Marquesa de Gabán, famosa belleza de otro tiempo, ahora llevaba el rostro siempre escondido en un flotante tul de princesa mora. Tenía espanto de la muerte, y ocultaba las arrugas por que nadie viese el camino que hacía la gran segadora, un camino de todos los días y de todos los momentos. Era casi religioso aquel miedo a convertirse en polvo. Entró una doncella flaca y fea, vestida de negro, con delantal de encajes, y sirvió el chocolate acompañado de una confitura monjil. Las señoras, inclinadas sobre el velador, lo saborearon lentamente con movimientos unánimes:

—¿Manda alguna otra cosa la señora Duquesa?

—Nada.

La doncella se retiró con un aire compungido y lleno de recato.

La Marquesa de Gabán, apenas la vio salir, murmuró con disgusto:

—¡No sé cómo puedes tolerar a esa mujer tan fea!

La Duquesa movió la cabeza tosiendo levemente:

—¡Tengo hijos jóvenes y me dan miedo las caras bonitas!

—¿Los tienes a todos aquí?

—¡Desgraciadamente!

—Alonso me saludó al entrar. No le conocía con el uniforme de cadete.

La Duquesa sonrió llena de maternal orgullo:

—¡Ya lo lleva como un veterano!

—¿Y los otros?

—Hechos unos perdidos. Se han propuesto arruinarme y lo consiguen.

Aquella señora estaba encantada de las calaveradas de sus hijos, y aun cuando quería ocultarlo, no podía. Siguió interrogando la Marquesa:

—¿Jorge, definitivamente divorciado?

La Duquesa repuso con desgarro:

—¡Su mujer era como él! ¿Y tu hijo, al fin va a la guerra?

—Su padre quiere que vaya, y él también quiere ir… Nosotros hubiéramos deseado verle en el campo de Don Carlos… Porque necesitamos un rey… Fernando dice que todos los generales que están en la guerra, conspiran por el hijo de Doña Isabel. No sé… Dicen que el rey nos lo dará el Ejército… No sé… Lo mejor sería que volviese la Señora.

La Duquesa suspiró:

—¡Después de la abdicación, imposible!

La Marquesa también suspiró:

—¡Fue siempre tan débil!

—Yo vi en París a la Señora, y me dijo que se la habían arrancado a la fuerza. ¡Un acto brutal!

—Fernando, como no puede olvidar su abolengo legitimista, al Príncipe le llama el chulín.

—Chulín, o como sea, necesitamos un rey. Un pueblo sin rey, es como una mujer sin marido. ¡Una cosa tonta!

III

EMPEZABA a decaer la luz, y un criado con librea azul y medias de seda entró a encender los candelabros de las consolas, aquellos grandes y pesados candelabros de plata, que hacían recordar el buen tiempo en que los galeones llegaban cargados de las Indias. La Marquesa de Galián apretose el velo contra la cara, y rompió brusca la conversación, levantándose para irse. Su hija, al verla en pie, desplegó los labios con un gesto de tedio:

—Yo me quedo.

—Quédate.

La Marquesa estaba impaciente, sentía crecer su inquietud en la sala grande e iluminada. Eulalia y la otra señora, al salir acompañándola, cambiaron una mirada burlona. Aquella profunda tristeza de la vejez, aquel terror del más allá,

solo les ponía una sonrisa en los labios. Volvieron a la sala cogidas del brazo. La voz de la Duquesa resonaba un poco almibarada y ponderativa.

—¡Esta noche conocerás al famoso Marqués de Bradomín!

—Le vi una vez de niña, y aún le recuerdo. Me admiraba que siendo tan feo pudiera haber muerto por él, aquella pobre Concha Bendaña.

IV

FUE anunciado el Marqués de Bradomín. Entró andando lentamente, apoyado en un bastón con larga contera de oro. La Duquesa, su prima, le saludó con risa burlona:

—¡Pareces un abuelo!

El viejo *dandy*, irguió su aventajado talle y se detuvo en medio de la sala:

—¡Acaso lo sea, hija! ¡Acaso lo sea!

Eulalia le miraba curiosa y conmovida, entreabiertos los labios de un rosa juvenil. El Marqués se inclinó profundamente. Eulalia sonrió:

—¿No me recuerda usted?

Y advirtió con su gran desgarro la Duquesa.

—Eulalia, la hija mayor de Isabel Roa.

Bradomín cerró los ojos un leve momento.

—Conocí a su madre y conocí a su abuela. ¡Raza de mujeres hermosas!

Hasta entonces había permanecido en pie, y tomó asiento en un sillón cercano al sofá ocupado por las damas. Ellas, cediendo a un mismo impulso, fijaron los ojos en la manga que delataba la invalidez del caballero. Colgaba fúnebre y vacía sobre el brazo del sillón. El Marqués la arrolló en torno del bastón como una sierpe, y advertido de aquella mirada, tuvo como respuesta una sonrisa.

La Duquesa comentó por disimular:

—Primo, traes un bastón episcopal…

—Cierto. Ha pertenecido al Obispo de Corinto. Un hermano de nuestro bisabuelo.

La Duquesa, que aún guardaba entre otras reliquias el manuscrito de una oración compuesta por aquel santo para curar el dolor de muelas, movió la cabeza aprobando:

—El fundador del palacio donde vivía la pobre Concha.

El Marqués suspiró recordando aquel tiempo que, evocado por el nombre de la muerta, parecía tener el aroma de una rosa marchita. La Duquesa volvió a reír con su risa de maja:

—Cualquier día te cuelgas un pectoral.

—Ya no podrá ser.

Eulalia Galián interrogó.

—¿Por qué, Marqués?

—Por mi manquedad, hija. ¡Oh, de otra suerte no dudéis que acabaría cantando misa!

La Duquesa intervino rotunda:

—No seas farsante, primo.

—Querida Isabel, tú no sabes que cualquier mutilación excluye del orden sacerdotal.

Eulalia murmuró siempre con la misma voz emocionada:

—¡Cuánto ha debido sufrir!

El viejo *dandy* hizo un gesto desdeñoso.

—No…

—¿Habrá tenido una gran pena?

—Solamente tuve una gran duda. No sabía qué actitud adoptar en presencia de las mujeres. Al fin hallé que nada podía estarme mejor que la actitud de un viejo prelado, confesor de princesas y teólogo de amor.

Eulalia Galián le contempló con tristeza. El donaire amargo del viejo caballero le daba frío, y volviéndose a la otra señora murmuró estremeciéndose:

—¡Debió haber sufrido mucho!

La Duquesa repuso bruscamente:

—Ha tenido suerte salvando la vida. En fin, para un brazo ya basta de elegía.

El Marqués de Bradomín esbozaba una sonrisa, acariciándose la barba senatorial y augusta. La Duquesa, su prima, se le encaró:

—Al fin hallaste la actitud, que es lo importante. Con una actitud, todo se arregla en la vida. Y ahora ya me explico el bastón de obispo.

V

ALONSO hizo su entrada luciendo su uniforme de caballero cadete, con el chacó bajo el brazo y las espuelas sonantes. Su madre le increpó:

—¡Muchacho, nos has dado un susto! ¡Habíamos creído que entraba Atila!

El cadete se puso rojo, y tomó asiento en el taburete del piano, un antiguo piano de cola que llenaba el rincón más oscuro de la sala. La Duquesa le interrogó:

—¿Al fin, te vas esta noche?

—Sí.

—¿Te has enterado de la hora?

—A las diez.

Hubo un momento de silencio. Después continuó la conversación entre las damas y el Marqués de Bradomín. Alonso, reclinado sobre el piano, miraba fijamente a la hermosa Eulalia Galián. Los ojos del caballero cadete parecían arrobados. Allá, en el estrado, el viejo *dandy* hacía el elogio de la Reina Doña Margarita. Hablaba lentamente, con una voz velada llena de pausas misteriosas y de inflexiones galantes. Recordaba a Julián Romea, cuando en sus últimos tiempos, decrépito y enfermo, aún conseguía aplausos haciendo el galán en aquellas comedias francesas que traducía Don Ventura de la Vega. Las dos damas le oían interesadas. El cadete habíase acercado y escuchaba en pie. Sus ojos ya no permanecían arrobados ante la bella e indiferente Eulalia. Había en ellos una llama de locura y de aventura. El caballero legitimista se emocionaba.

—Doña Margarita es una princesa de leyenda. Alguna vez, viéndola acercarse a los heridos de la guerra, creí que bajo sus dedos iban a brotar lirios de las úlceras.

La Duquesa le interrumpió:

—¡Tú estás enamorado de la Reina!

—Yo sería su caballero andante, como Iñigo de Loyola lo fue de la Virgen María… Pero esto no es amor, es devoción, es culto y solo lo puede inspirar una reina.

El cadete exclamó poniéndose rojo:

—¡Yo comprendo eso!

Y se volvió al rincón del piano, molesto por la sonrisa burlona de Eulalia Galián.

VI

YA no pudo continuar su relato el Marqués de Bradomín. Llegaron algunas damas que, temerosas de estar a punto en la ópera italiana, hacían un alto en el palacio de la Duquesa de Ordax. Eran señoras jóvenes y un poco tontas, con los talles altos, el pelo en bucles, y el escote adornado con camelias. Hablaban de París, se abanicaban, y reían sin motivo. Entendíase la voz de todas, como en una selva tropical el grito de las monas. En rigor, ninguna hablaba. Sus labios pintados de carmín lanzaban exclamaciones y desgranaban esas frases triviales consagradas en todas las conversaciones, animándolas con gestos, con golpes de abanico, con zalemas.

—¡Pero, qué elegante!

—¡Ay, qué gracia!

—¡Encantadora! ¡Encantadora! ¡Encantadora!

—¡Ni pensarlo!

Y en medio de cada frase el gorgorito de una risa que presta a las palabras una gracia que no tienen. Aquella risa muestra la blancura de los dientes, y el divino granate de la lengua, al mismo tiempo que esparce la fragancia del seno alzándole en una armoniosa palpitación.

Todas aquellas señoras conspiraban en pro del hijo de Isabel II. Ellas no entendían de política; pero suspiraban por aquellos besamanos del otro reinado, famosos y vistosos. Echaban de menos las intrigas palaciegas, la curiosidad novelesca con que procuraban descubrir entre los caballerizos y gentiles-hombres, el último favorito de aquella reina tan española, tan caritativa, tan sensible, tan devota de la Virgen de la Paloma. Sobre todo echaban de menos el botín de las bandas, de las grandes cruces, de los títulos de Castilla. Más por instinto que por virtud, habían permanecido fieles a la Señora desterrada, y cubrían de denuestos a los pocos nobles que habían sido cortesanos de Don Amadeo de Saboya. Pero hacia quien mostraban mayor desdén era hacia el Duque de Alvar Fánez. Como de costumbre, le recordaron para execrarle:

—¡Es un italiano!

—¡Un aventurero!

—¡Un ambicioso!

La Duquesa de Ordax, dijo:

—Volverán los desterrados, y entonces ni él, ni su mujer, ni sus hijos podrán presentarse en Palacio.

VII

MURMURÓ una señora al oído de Eulalia:

—¿Quién es aquel viejo que no te quita los ojos? Eulalia se puso encendida:

—El Marqués de Bradomín.

—Parece un ermitaño con esas barbas blancas y ese color de muerto.

Eulalia miró al viejo *dandy*, que le sonrió con una gran tristeza. La otra señora susurró burlonamente:

—¡Aún quiere enamorar el pobre señor!

Eulalia, sin responder, tocó la carta escondida en el guante, y se levantó llamando con los ojos al cadete, que se juntó con ella en un extremo del salón:

—¿Has leído mi carta, Eulalia?

—Sí…

—¿Puedo esperar?

Eulalia lo miró con malicia.

—No sé…

—¿No sabes si podrás quererme alguna vez en la vida?

Ella le miraba en los ojos, mordiéndose los labios para no reírse.

—No sé aún qué cosa sea la vida… Y tú tampoco.

Comenzó a reírse con tal alegría, que llamó la atención de dos señoras que hablaban cerca de ellos. El cadete la miraba profundamente:

—Yo sé que mi vida eres tú.

Estaba pálido, y había en su voz una emoción grave y dulce. Eulalia se sintió conmovida.

—No, no debes esperar… Perdóname, pero es lo mejor… Podría decirte otra cosa, y luego… Comprendo que yo no soy como tú.

Le miró con lástima y se alejó hacia el corro donde hablaba la Duquesa. Sentada a su lado, le acarició una mano. El cadete, que estaba pronto a desesperarse como otro Orlando, sintió que el ave azul de la esperanza le cantaba en el alma. Con ese iluso razonar de los enamorados, pensó que la caricia de aquella mano divina, era para él.

VIII

ASOMARON dos caballeros dando escolta a una señora vieja y un poco coja caballeros altos, huesudos y bermejos, llevaban en el pecho la cruz de Santiago. Eran Don Carlos y Don Diego Sandoval, sobrinos de la señora coja, a la cual servían como rodrigones esperando el momento de heredarla. La señora no dejaba de advertirlo, y se vengaba tratándolos despóticamente y llevándolos a todas partes como dos mastines atraillados. Doña María de los Dolores Portocarrero y Sandoval era una mujer inteligente y brava. Su cojera provenía de la caída de un caballo que intentara domar en un cortijo de Estepa. Luego ella misma lo mató de un escopetazo. La Duquesa se adelantó a recibirla, extrañándose y congratulándose de verla en su tertulia. La vieja le respondió acariciándole la mano:

—Soy muy franca, Isabel. No vengo por ti, hija de mi alma. Vengo por mi galán. ¿Dónde se esconde?

El Marqués hizo un paso hacia la señora coja:

—¿Seré yo tu galán, María Dolores?

La vieja abrió los brazos y le estrechó maternal:

—¡Qué ingrato eres, Bradomín! Si quiero verte, tengo que dejar mi casa y mi brasero y mi gato. En todo el invierno, es la primera noche que salgo.

Tomó asiento en el sofá, donde le cedió su sitio Eulalia Gabán. El Marqués aproximó un sillón para seguir hablando.

—Mañana pensaba ir a verte y convidarme a cenar contigo.

—Cenar, has dicho bien. En mi casa no han entrado esas ridículas modas francesas. Cenar, eso es, clásicamente a la antigua española, a las once de la noche.

Luego añadió bajando la voz:

—¿Has visto a los Reyes? Tenemos que hablar muy largamente.

El Marqués de Bradomín, hizo un gesto de asentimiento. María Dolores, paseó los ojos por la sala, y los detuvo en Eulalia.

—¡Me has dejado tu sitio! Gracias, hija; son los privilegios de la edad. Te hallo muy guapa… ¿Pero qué hace tu madre que no te casa? Las mujeres, o casadas o al convento. Y te lo digo yo que soy solterona.

Eulalia sonrió, con las mejillas como rosas.

—¡Qué terrible es usted, María Dolores!

—No es bueno ser tan guapa.

Eulalia, seguía sonriendo, y ruborizándose; pero quien tenía un incendio de sangre en las mejillas, era el caballero cadete. Sentíalas quemantes, y ante la idea

de que pudieran reparar en ello, temblaba aquel héroe futuro, que soñaba con el amor y con la gloria, sin haber dejado de ser niño.

IX

UN general viejo y repintado habla de la guerra en el corro de señoras presidido por la Duquesa. Cavernoso y profético anunciaba la próxima desaparición de las partidas carlistas en la provincia de Vizcaya.

Interrogó la Duquesa:

—¿Le mandan a usted allá?

—Sí, señora, y me comprometí con el ministro y me comprometo con usted, querida Duquesa.

La Duquesa le interrumpió con esa audacia burlona que tienen algunas damas muy linajudas:

—Yo creo que bastaría con publicar en los periódicos la noticia del nombramiento de usted. Al solo anuncio de que usted iba a tomar el mando de aquellas tropas, se acabarían las partidas.

Eulalia se mordía los labios, pero sus ojos tenían una alegría desvergonzada.

—¿En cuántas guerras estuvo usted, general?

—En todas.

—¿Desde el principio del mundo?

El general la miró bondadoso y magnánimo:

—En todas las de mi tiempo, hija.

—¿Y hay muchos carlistas en la provincia de Vizcaya?

—Allí es el núcleo.

Afirmó la Duquesa:

—Por eso mandan al general.

Una señora rubia, de ojos azules y manos regordetas, interrogó con aire inocente:

—¿De quién son las partidas?

Respondió María Dolores aparentando mal humor:

—De Alfonso el Sabio.

Las señoras desgranaron sus risas, felices de no tener que recatarse tras los abanicos.

X

DESPUÉS de atusarse el bigote, el general se miraba con disimulo los dedos, levemente tiznados:

—Los carlistas no tienen hoy otro Zumalacárregui.

El cadete se inclinó sobre el hombro de María Dolores:

—Me parece que tampoco lo tiene el Ejército.

Aun cuando había hablado a media voz, el general, por algunas palabras sueltas, dedujo lo que decía, y le miró severamente:

—Eso equivale a juzgar de todos nosotros, y usted, desde el momento en que viste ese honroso uniforme, no tiene derecho a opinar así de sus generales.

La señora coja se apoyó en su muleta:

—Dígale usted cómo debe opinar.

El general aparentó no oírla, y bajó la voz hablando con la Duquesa:

—Usted me perdonará… La disciplina existe en todas partes, lo mismo en los salones que en los cuarteles… Era necesario corregir una falta que entraña un insulto para todos los generales españoles.

La Duquesa repuso un poco desabrida:

—Sobre todo, cuando es verdad.

—¡La verdad no puede decirse siempre, Duquesa!

María Dolores le interrumpió con una risa seca:

—La verdad no sabe oírse siempre. En el Congreso, cuando algún loco quiere decirla, los cuerdos desgarran sus vestiduras. A todas las vergüenzas nacionales le han puesto la hoja de parra. Yo me figuro a los sacristanes de casa y boca, con una palmatoria en la mano y un puchero de engrudo, pegando por la noche las hojas caídas durante el día.

El general murmuró un poco intimidado por el genio adusto de la dama coja:

—Creo que exagera usted, María Dolores.

—¿Que exagero? ¡Si hasta en las tabernas se vende hoy la hoja de parra del patriotismo!

La Duquesa hizo un gran aspaviento:

—¡Hija, será para guisotes!

La dama coja rio, encorvada sobre su muleta, con una mueca de amargura.

XI

OÍA en silencio el viejo *dandy*. Se le acercó el caballero cadete, y le tocó en el hombro:

—Xavier, yo tengo necesidad de hablar contigo.

El Marqués se levantó, y apoyado en el brazo del cadete, fue a sentarse en un canapé lejano. Alonso permaneció un momento caviloso, y luego exclamó:'

—¿Puedes darme alguna carta de recomendación para el Cuartel Real?

El Marqués de Bradomín le miró en los ojos que tenían una llama de ensueño:

—¿Quieres servir a la Causa?

—¡Hasta morir por ella!

—A veces no se muere…

Y con una sonrisa cruel, el caballero legitimista, le mostró su manga vacía. Alonso replicó con la voz apagada y caldeada:

—¡Me estremece de júbilo la idea de dar mis dos brazos por Doña Margarita!

El viejo *dandy* murmuró lentamente, sin que la sonrisa se desvaneciera de su boca desdeñosa:

—¡Hijo mío, no siempre nos depara la suerte la más alta ocasión que vieron los siglos!

Replicó el cadete con los ojos brillantes:

—¡Tu brazo manco a ti te da una aureola!

El Marqués suspiró:

—¿Y no crees que me la hubiera dado mucho más bella, haber acabado allí mi vida?

Alonso le interrumpió:

—Yo voy a la guerra para dar la vida, pero luego la guerra que tome lo que quiera… El Marqués de Bradomín no puede llorar su brazo manco.

—Lloro haberlo perdido en un encuentro oscuro. Magnífico hubiera sido ver caer la mano al sacar la espada para defender a los niños príncipes y a su madre la Reina.

El cadete tembló con un escalofrío:

—¡Eso hubiera tenido un romance!

Callaron y se miraron con los ojos fuertes y encendidos, contraídas las bocas por una sonrisa tirante para ocultar su emoción leal y sentimental. Alonso, murmuró:

—¡Yo sueño una gloria así! Pero ese estímulo triste y egoísta de batirse por un galón o por una cruz, no lo siento.

—Eso llega cuando falta el ideal.

—Y es hoy el sentimiento de todo el Ejército.

El caballero legitimista tuvo un gesto imperioso de desdén y de orgullo:

—El Ejército lo somos nosotros. De nosotros es de quienes puede seguir diciéndose que somos una religión de hombres honrados. Los que reciben una soldada son mercenarios.

—Yo recibiría una soldada de un gran capitán, pero de esa República…

El Marqués de Bradomín se irguió golpeando el suelo con la contera de su caña de Indias:

—Oligarquía de curiales. ¡Verse manco por ella, sí que sería cosa triste!

El cadete exclamó con un horror vibrante y fiero:

—¡Para morir de rabia! Por eso, y para que tal cosa no me suceda, quiero que me facilites una carta para el Cuartel Real.

El caballero legitimista meditó un momento:

—¿Tu madre conoce esa resolución?

Alonso se apresuró a interrumpirle:

—Mi madre no sabe nada, y es preciso que siga ignorándolo. Mi madre está muy metida en la conspiración alfonsina.

El Marqués murmuró con tristeza:

—Siempre había tenido simpatías por la Causa… Era dama de la reina destronada, y las tenía.

—Y sigue teniéndolas… Pero mis hermanos la han arrastrado a la conspiración alfonsina.

El Marqués de Bradomín volvió a quedar silencioso. El cadete le miraba con ojos interrogadores. Al fin el viejo caballero, poniéndole la mano en el hombro, le dijo con una gran dulzura:

—Sin el consentimiento de tu madre, no puedo darte la carta que deseas, hijo mío.

Alonso bajó la cabeza:

—Me iré sin tu carta, Xavier.

El Marqués volvió a sonreír:

—Si lo haces así, ya es otra cosa… Puedes presentarte a una dama de la Reina, que me tiene amistad, y decirle que eres mi pariente.

—¿Quién es esa dama?

—La Condesa de Valfani.

—¿Tiene favor?

—Puede hacer que entres de ayudante del Rey.

—¿El Rey se bate, verdad?

—El Rey es el mejor soldado.

—Porque yo quiero estar en donde se batan.

—Cerca del Señor estarás bien.

—¿Me has dicho la Condesa de Valfani?

—Sí.

—¿Y dices que tiene favor?

—Muy grande. Es una dama llena de inteligencia y de hermosura. Procura no enamorarte de ella.

El caballero cadete enrojeció sonriendo, y muy conmovido estrechó en la sombra la mano del Marqués de Bradomín.

—Gracias Xavier.

—Que no te falten los ánimos en llegando.

Y el viejo caballero pronunció estas palabras con una voz tan noble, tan severa, y al mismo tiempo tan llena de ternura, que el cadete sintió llenos de lágrimas los ojos.

—¡Xavier, no me asustes!

El Marqués le abrazó.

—Serás un héroe.

XII

RECLINADO en una consola, el caballero legitimista permanecía un poco apartado. El Vizconde de Chateaubriand solía adoptar una actitud parecida, ante una gran consola dorada, en el salón de Madama de Recamier. Rodeaban al viejo *dandy* la señora coja, el cadete y Eulalia Gabán. El viejo *dandy* interrogó:

—¿Quién dirige la conspiración alfonsina?

Le respondió Eulalia:

—¡Un hombre de muchísimo talento!

—¿Molíns?

El Marqués dejó caer la pregunta con un candor que era malicia. María Dolores saltó sin poder contenerse:

—¡Te ha dicho que tenía talento!

Todos sonrieron. Eulalia clavó sus grandes ojos en el Marqués:

—El alma de la conspiración alfonsina, es Cánovas del Castillo.

—¿Tú estás en ella?

La muchacha contestó con un guiño que le hacía gracia, pero que no decía nada. María Dolores, frunció las cejas un poco impaciente:

—Ahora a la comparsa alfonsina le ha dado por decir que ese bizco tiene mucho talento. Talento de dómine que lleva la palmeta colgada de la pretina.

Eulalia afirmó:

—Todos le reconocen genio político.

—Estamos en la era de los genios. El Congreso es una jaula de grandes hombres. Servir, ninguno sirve de nada. Necesitan un general para vencer nuestras pobres partidas de aldeanos, y no lo tienen. Necesitan un diplomático, y no lo tienen. Necesitan un almirante, y no lo tienen. Necesitan un hombre de bien que no robe, y no lo tienen. ¡Pero en tanto, todos son genios! Desde las Cortes de Cádiz, parece que todas las mujeres han parido genios en España.

Se acercó un caballero que saludó a las damas con familiar galantería, y con una inclinación muy ceremoniosa al Marqués de Bradomín:

—He oído tu pregón y acudo desde el otro extremo, admirable y admirada Dolorcitas. ¿A quién tienes en la picota, hija?

—A la pollada de charlatanes que ahora nos ha salido… En cuanto hace falta un hombre, no aparece por ninguna parte… Y en tanto todos son genios, oradores admirables, hijos de Cicerón… Ya les diría yo de quién son hijos.

Todos rieron, y el recién llegado afirmó muy seriamente:

—Ya suponemos lo que tú les dirías.

Hablaba con noble y académico reposo, que contrastaba con su acento andaluz, lleno de reticencias maliciosas. La vieja señora siguió desbocada:

—¿Dónde hay nada más ridículo que esa pajarera nacional que llaman Congreso? Tú sabes mucho más que toda esa chusma, y sin embargo no pronuncias discursos…

El caballero se quitó los lentes de oro: Tenía una sonrisa de amable agrado, pero socarrona:

—Yo, apenas sé que no sé, Dolorcitas.

—Tú escribes mejor que Emilio Castelar.

—No basta que tú lo afirmes…

El Marqués de Bradomín intervino con acre desdén:

—Castelar escribe al oído, como tocan en su tierra las castañuelas.

El caballero interrogó:

—¿Tampoco usted le admira?

El Marqués tuvo un gesto de suprema impertinencia:

—Le admiro como a un hijo del Aretino. Su ingenio para abrir las bolsas de sus amigos, es admirable.

—¿Y su genio de orador o de recitador?

La voz sonora y grave del caballero andaluz era incrédula y burlona. La vieja señora, casi rosmando como los gatos, le interrumpió:

—A Manterola, en vez de contestarle, se ha echado por esos trigos declamando párrafos de sus novelas, que son hórridas. ¡Y ese es el discurso famoso!

El Marqués de Bradomín tuvo una sonrisa altiva y digna:

—¿Famoso para quién? No negaré yo que el orador pueda ser hombre algo discreto… Pero sí niego que puedan serlo quienes se embelesan oyéndoles. Los oradores, los cómicos y los barberos solo pueden ser admirados por los tontos.

La dama coja se volvió bruscamente al caballero andaluz:

—¿Pero por qué tú no te lanzas a decir de coro cuatro páginas de tus libros? Serías entonces el primer orador de España.

El Marqués de Bradomín se acarició la barba senatorial y augusta:

—Eso solamente puede hacerse cuando nadie ha leído nuestros libros.

María Dolores, interrumpió:

—Yo había leído esa novela donde están los párrafos más aplaudidos de la contestación a Manterola. ¡Ay, cómo cazo al jilguero si llego a estar ese día en el Congreso!

Eulalia Galián murmuró riéndose:

—¿Qué hubiera usted hecho, María Dolores?

—Gritarle desde la tribuna. ¡Eh!… Señor mío, que todo eso ya lo hemos leído en una novela muy mala.

Eulalia replicó:

—Es posible que aun habiéndolo leído, no lo recordase usted entonces.

El caballero andaluz dijo con malicia de abate:

—Sí; lo recordaría por haberlo también leído en Lacordaire… ¡Bien que allí tenga un sentido más elocuente y más profundo!…

El Marqués de Bradomín murmuró con su gesto de acre desdén:

—En el discurso famoso, es una herejía inocente y una tontería retórica ese

paralelismo entre el Dios del Sinaí y el Dios del Calvario. Una de tantas cosas que se aplauden por el tono con que se declaman. Los oídos españoles se sugestionan por el sonoro rodar de las palabras. Lo mismo se aplaude el brindis del torero, que el parlamento del cómico, que la hueca declamación del tribuno.

El caballero andaluz asentía sonriendo, y luego, con su tono zumbón y académico, explicó:

—Lacordaire, hablando de Dios, muestra cómo puede tener distintos atributos siendo inmutable su esencia, y hacé esa elocuente relación que ustedes conocen entre el Sinaí y el Calvario.

Se detuvo. Le llamaban desde el otro extremo de la sala. Saludó con su amable empaque, que recordaba el tiempo de las pelucas empolvadas, y se alejó. Le esperaban unas damas con quienes iba al último acto de la ópera italiana. El Marqués de Bradomín interrogó con afectada indiferencia:

—¿Quién es?

Le respondió la señora coja, un poco asombrada:

—¿No le conoces? Juanito Valera.

El Marqués de Bradomín hizo un gesto de vago recuerdo:

—En Nápoles, hace muchos años, creo haberle visto en el Palacio del Duque de Rivas. Don Ángel entonces era embajador. A tu amigo le vi allí durante muchas noches, y sospecho que enamoraba a la incomparable Malvina.

XIII

SILENCIOSO, lleno de mesura, entró un criado viejo, con trazas de mayordomo de monjas, y se acercó andando sin ruido, al sillón de la Duquesa.

—¡Señora, tenemos la casa rodeada de policía!

La linajuda dama experimentó una viva sorpresa.

—¿Cómo? ¿No estarás soñando?

El mayordomo ungió su voz de misterio:

—¡He visto unas sombras sospechosas!

—¿Unas sombras?… Pueden ser… Pueden ser ladrones…

—Es policía, señora Duquesa. Los ladrones tienen otro disimulo. Desde el principio de la noche se pasea en la acera un hombre con gabán y bastón de nudos.

La Duquesa movía la cabeza muy grave y muy entonada.

—¡Gabán y bastón de nudos!

El mayordomo repetía consternado:

—¡Gabán y bastón de nudos!

—¿Usted sabe lo que es eso?

El mayordomo juntaba las manos:

—¡Sí, señora, sí!

La Duquesa cambió de tono, como una vieja de teatro, y le miró con lástima burlona:

—Explíquemelo usted, porque yo no lo sé.

El mayordomo bajó la voz muy respetuoso:

—Suponía yo, señora Duquesa… ¿Pues no quiere indicar que estamos sobre un volcán?

La Duquesa se encogió de hombros:

—¡Bueno! Ya veremos por dónde resuellan… En mi casa no se atreverán a dar un golpe.

—¡Son gente sin educación, señora Duquesa!

La dama se impacientó mostrando ese orgullo que, como un vino de cien años, aún calienta la sangre de los antiguos linajes, y la hace generosa.

—Mi casa no es la redacción de un periódico.

Aquella Duquesa de Ordax, maja desgarrada, fue por un momento la ricahembra con diez y seis cuarteles de nobleza. El mayordomo se inclinó con reverencia de sacristán, y andando sin ruido atravesó la sala. La Duquesa le llamó.

—Espere usted.

El mayordomo quedó inmóvil en la puerta. Volaba por la sala, como un vuelo sonoro de abejas, el murmullo de las conversaciones sostenidas en voz baja y en los instantes de mayor silencio se oía el rasguño de una guitarra. Era una música lejana que llegaba acompañada de lamento largo y ondulante, como de canto andaluz. La Duquesa dirigió una mirada al mayordomo, para clavarle en su sitio, y luego tocó el brazo de Eulalia:

—¿Oyes?

—¿Qué es?

—Jorge, que fraterniza con el Niño de Triana.

—¿No estaba enfermo Jorge?

—Para distraerse arma esa juerga. ¿Tú has oído al Niño de Triana?

—Yo no… Dicen que tiene mucho estilo.

La Duquesa bajó la voz, dándole un misterio jovial:

—¡Vamos a oírlo!

Hizo una seña al mayordomo para que se acercase, y le habló en voz baja. Después alzó la voz dominando todas las conversaciones, con aquel empaque de maja que en su juventud había parecido gracioso, y ahora solo era una lejana evocación goyesca, algo que hacía recordar esos viejos dibujos manchados de tinta y medio borrados por una maraña de rayas.

—¡Sabéis que tengo la casa rodeada de policía!

Se alzaron muchas voces indignadas:

—¡Eso es escandaloso!

—¡Creen que tu casa es la redacción de un periódico!

—¡Qué osadía la de esa gente!

—¿Pero qué se proponen?

—¡Esa República de curiales imaginará que puede registrar tu casa!

Muchas voces repetían la misma exclamación:

—¿Pero qué se propone esa gente? ¿Pero qué se propone esa canalla?

La Duquesa se levantó con las manos en las caderas:

—¡Molestar!

Protestaron muchas voces. Algunas tenían acentos trágicos. Y los gritos de aquellas damas, y los trenos de aquellos caballeros, se correspondían de dos en dos, con un paralelismo que recordaba la bella manera literaria de los antiguos semitas.

—¡Es indignante!

—¡Crispa los nervios!

—¡Una nación heroica gobernada por gentuza!

—¡Los leones españoles regidos por gozquejos!

—¡Sufrimos la tiranía de las moscas borriqueras!

—¡Se comprende el despotismo de un emperador!

XIV

LA señora coja murmuró con un dejo de burla, sentándose al lado del Marqués de Bradomín:

—La tertulia de tu prima es una cueva de conspiradores… ¡Pues ya los oyes!

Todos se juzgan inviolables y todos trabajan por el hijo de Doña Isabel.

El viejo *dandy* comentó con gesto desdeñoso:

—Es sin duda el juego con que han sustituido sus antiguos juegos de prendas.

María Dolores se agitó en el canapé dando un suspiro:

—Hablemos nosotros, Xavier.

El Marqués se inclinó con esa cortesía un poco rancia, que a un mismo tiempo es familiar y ceremoniosa:

—Hablemos.

Miró a la dama coja, esperando que ella comenzase. Pero María Dolores se mordía los labios suspirando, y cerraba los ojos.

—¡Esta pierna no me deja vivir!

El caballero legitimista le mostró su manga vacía.

—Lo mejor cuando una rama estorba, es el hacha.

—¡Qué bien estaría yo con una pata de palo! ¡La podría quemar el día que tuviese frío!

Se rio con esa risa seca de las viejas que tiene algo de agorería. De pronto dijo bruscamente:

—¿Cuándo has llegado?

—Hace poco…

—¿Y no tuviste un momento para verme? ¡Cómo se conoce que soy vieja! ¡Bueno que tú también lo eres! En vez de venir a la tertulia de tu prima, que es una cueva de alfonsinos, debieras acordarte de mí para rezar juntos el rosario; ¡pero no quieres enterarte de que ya no estás para hacer conquistas!

—¡Sí me entero, María Dolores! Y no hay mayor tristeza que sentirse viejo, cuando aún no ha caído de los hombros la capa de Almaviva.

Y el viejo *dandy* volvió sus ojos calados, de monje penitente, hacia Eulalia Galián. Pero la bella, con los suyos fijos en la puerta, levantaba la cabeza luminosa y dorada, sonreía y aplaudía.

XV

EL Niño de Triana estaba en la puerta acompañado del primogénito de la Duquesa. El Niño empuñaba su guitarra por el mástil, y saludaba apoyado en ella. Era un viejo jorobado y enano con grandes tufos sobre las sienes. La

Duquesa interrogó a su hijo:

—¿Está Nelo en voz?

El Duquesito repuso entornando los ojos:

—¡Siempre!

Sonrió el cantador, llevándose una mano a la garganta:

—Una migaja ronco, señora Duquesa.

—Estos señores desean oír tientos nuevos.

El Niño de Triana se inclinó con grave continente:

—Siempre a la satisfacción de la señora Duquesa. ¡Lástima que tengo la guitarra sin la hija de mi tío Pepe!

La Duquesa hizo un gran aspaviento pueril y gracioso:

—¿Qué es eso, Nelo?

—La prima, señora Duquesa.

La dama sonrió sacando el labio belfo con altivez y desdén, y el primogénito posó amistoso su mano sobre la joroba del guitarrista.

—Deja la tiorba, y toma asiento, Nelo.

La Duquesa llamó a su hijo con afectuosa brusquedad.

—Ven acá. ¿Y esa garganta?

—Mejor.

Hablaba un poco ronco, y tenía en la voz las mismas inflexiones que Nelo. Ambos recalcaban algunas vocales, rascando las palabras en el gaznate, como si fuese una piedra de amolar. Continuó la Duquesa:

—¿Ha venido al médico?

—Sí… Me recetó gárgaras con ron.

—¡No las habrás hecho!

El primogénito se atusó los tufos y miró a su madre con un guiño de truhán. La dama movió la cabeza.

—Procura no abusar de la medicina.

Nelo templaba la guitarra sentado cerca de la puerta. Llamó al Duquesito con un gesto de emperador, y le dijo en voz baja:

—¿Qué le gusta a tu mamá?

—Lo que tú quieras…

El Niño de Triana empezó a preludiar:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!…

XVI

FUE interrumpido el canto por la llegada del Marqués de Galián a la tertulia. Venía por su hija. Era un caballero viejo, alto y flaco, con una hermosa cabeza de retrato antiguo, y cierta apostura caballeresca en toda su persona. Entró tan presuroso, que un criado le seguía sin poder tomarle de los hombros la capa española, donde abría sus lises sangrientas la cruz de Santiago. Se detuvo jadeante.

—¡Gran noticia! En Sagunto, las tropas han proclamado rey al Príncipe Alfonso.

Todos acudieron al centro de la sala, rodeando al Marqués de Galián. Hablaban a un tiempo, se miraban con los ojos luminosos, se sonreían, se estrechaban las manos. La Duquesa, muy conmovida, juntó en un abrazo a su primogénito y a Eulalia. Después llorosa, sofocada y maternal, ya siguió abrazando a todos sus amigos, siempre de dos en dos. Jorge, al advertirlo, murmuró al oído de Eulalia:

—¡Parece una boda de Maravillas!

Cambiando miradas y sonrisas se acercaron a Nelo. Eulalia apoyó su mano de hada sobre la joroba del guitarrista:

—¡Música, Nelo!

El otro levantó su cabeza aceitunada, y sus ojos negros, de una tristeza misteriosa y lejana, consultaron al Duquesito.

—¡Vamos allá!

Jorge aprisionó una mano de Eulalia, y la muchacha se la abandonó mirando a otro lado con una sonrisa inquieta, que procuraba aparentar distraída. Estaban tras de la silla de Nelo, como dos jóvenes príncipes al pie de un trono. Nelo volvió a rasguear acompañándose:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

Eulalia retiró vivamente la mano que le aprisionaba el Duquesito. Tenía los ojos brillantes y las mejillas rojas. Jorge la miró reconviniéndola:

—¡No seas tonta!

Ella le impuso silencio con un gesto: Se quitó el guante, y dejó resbalar la mano sobre la joroba de Nelo. El Duquesito volvió a solicitarla tras el respaldo de la silla. Sonreían los dos con una sonrisa tirante, proseguían las rondas de abrazos y se desgañitaba el Niño de Triana:

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

La dama coja arrastró fuera al Marqués de Bradomín.

—¡Y estos serán los cortesanos del nuevo reinado!

El viejo *dandy* tuvo una sonrisa dolorosa y desdeñosa.

—¡Reciben a su Príncipe con una guitarra! ¡Triste señal de los tiempos, en que puede ser una guitarra el símbolo de un pueblo y de un reinado!

LA MEDIA NOCHE.

VISIÓN ESTELAR DE UN MOMENTO DE GUERRA

BREVE NOTICIA

Era mi propósito condensar en un libro los varios y diversos lances de un día de guerra en Francia. Acontece que, al escribir de la guerra, el narrador que antes fue testigo, da a los sucesos un enlace cronológico puramente accidental, nacido de la humana y geométrica limitación que nos veda ser a la vez en varias partes. Y como quiera que para recorrer este enorme frente de batalla, que desde los montes alsacianos baja a la costa del mar, son muchas las jornadas, el narrador ajusta la guerra y sus accidentes a la medida de su caminar: Las batallas comienzan cuando sus ojos llegan a mirarlas: El terrible rumor de la guerra se apaga cuando se aleja de los parajes trágicos, y vuelve cuando se acerca a ellos. Todos los relatos están limitados por la posición geométrica del narrador. Pero aquel que pudiese ser a la vez en diversos lugares, como los teósofos dicen de algunos faquires, y las gentes novelescas de Cagliostro, que, desterrado de París, salió a la misma hora por todas las puertas de la ciudad, de cierto tendría de la guerra una visión, una emoción y una concepción en todo distinta de la que puede tener el mísero testigo, sujeto a las leyes geométricas de la materia corporal y mortal. Entre uno y otro modo habría la misma diferencia que media entre la visión del soldado que se bate sumido en la trinchera, y la del general que sigue los accidentes de la batalla encorvado sobre el plano. Esta intuición taumatúrgica de los parajes y los sucesos, esta comprensión que parece fuera del espacio y del tiempo, no es sin embargo ajena a la literatura, y aun puede asegurarse que es la engendradora de los viejos poemas primitivos, vasos religiosos donde dispersas voces y dispersos relatos se han juntado, al cabo de los siglos, en un relato máximo, cifra de todos, en una visión suprema, casi infinita, de infinitos ojos que cierran el círculo. Cuando los soldados de Francia vuelvan a sus pueblos, y los ciegos vayan por las veredas con sus lazarillos, y los que no tienen piernas pidan limosna a la puerta de las iglesias, y los mancos

corran de una parte a otra con alegre oficio de terceros; cuando en el fondo de los hogares se nombre a los muertos y se rece por ellos, cada boca tendrá un relato distinto, y serán cientos de miles los relatos, expresión de otras tantas visiones, que al cabo habrán de resumirse en una visión, cifra de todas. Desaparecerá entonces la pobre mirada del soldado, para crear la visión colectiva, la visión de todo el pueblo que estuvo en la guerra, y vio a la vez desde todos los parajes todos los sucesos. El círculo, al cerrarse, engendra el centro, y de esta visión cíclica nace el poeta, que vale tanto como decir el Adivino.

Yo, torpe y vano de mí, quise ser centro y tener de la guerra una visión astral, fuera de geometría y de cronología, como si el alma, desencarnada ya, mirase a la tierra desde su estrella. He fracasado en el empeño, mi droga índica en esta ocasión me negó su efluvio maravilloso. Estas páginas que ahora salen a la luz no son más que un balbuceo del ideal soñado. Volveré a Francia y al frente de batalla para acendrar mi emoción, y quién sabe si aun podré realizar aquel orgulloso propósito de escribir las visiones y las emociones de UN DÍA DE GUERRA.

V.-I.

FILO de media noche encendí la lámpara. Me puse delante, y mi sombra cubría el muro. Abrí el libro y deletreé las palabras con que se desencama el alma que quiere mirar el mundo fuera de geometría. Después apagué la lámpara y me acosté sobre la tierra con los brazos en cruz como el libro previene. Artephius, astrólogo siracusano, escribió este libro, que se llama en latín CLAVIS MAIORIS SAPIENTIAE.

LA MEDIA NOCHE

Cap. I

SON las doce de la noche. La luna navega por cielos de claras estrellas, por cielos azules, por cielos nebulosos. Desde los bosques montañeros de la región alsaciana, hasta la costa brava del mar norteño, se acechan dos ejércitos agazapados en los fosos de su atrincheramiento, donde hiede a muerto como en la jaula de las hienas. El francés, hijo de la loba latina, y el bárbaro germano, espurio de toda tradición, están otra vez en guerra. Doscientas leguas alcanza la línea de sus defensas desde los cantiles del mar hasta los montes que dominan la verde plana del Rhin. Son cientos de miles, y solamente los ojos de las estrellas pueden verlos combatir al mismo tiempo, en los dos cabos de esta línea tan larga, a toda hora llena del relampagueo de la pólvora y con el trueno del cañón rodante por su cielo.

Cap. II

LAS trincheras son zanjas barrosas y angostas. Amarillentas aguas de lluvias y avenidas las encharcan. Se resbala al andar. Los ratones corren vivaces por los taludes, las ratas aguaneras por el fondo cenagoso, y ráfagas de viento traen frías pestilencias de carroña. En el talud de las trincheras los zapadores han cavado hondos abrigos donde se guarecen escuadras de soldados, y en los lugares más propicios para las escuchas y centinelas, silos con miraderos disimulados entre pedruscos y ramajes. Desde estas atalayas se hace la descubierta de las líneas enemigas, y los artilleros, comunicándose por sus teléfonos, regulan el tiro de los cañones, siempre emplazados más atrás que las

primeras defensas. Ante los dos fosos enemigos se tienden campos de espinosas alambradas, y hay esguevas donde los muertos de las últimas jornadas se pudren sobre los huesos ya mondos de aquellos que cayeron en los primeros días de la invasión. La tierra en torno está como arada. La metralla taló los árboles y abrasó la yerba. Del fondo de las trincheras surgen cohetes de luces rojas, verdes y blancas, que se abren en los aires de la noche oscura, esclareciendo brevemente aquel vasto campo de batallas. Corre un alerta desde los cantiles del mar norteño, hasta los bosques montañeros que divisan el Rhin.

Cap. III

EN las sombras de la noche, largos convoyes que llevan municiones al frente de batalla, ruedan por los caminos. Los cohetes de las trincheras abren sus rosas en el aire, los reflectores exploran la campaña y la esclarecen hasta el confín lejano de bosques y montes. Se muestra de pronto el espectro de un pueblo en ruinas, quemado y saqueado, mientras por la carretera, en el lóstrego del reflector, corre cojeando algún perro sin dueño. Al abrigo de los bosques, filas y filas de carros esperan inmóviles la orden de ruta, con los soldados de la escolta descansando al borde del camino y fumando un pipa de tabaco belga. Se oye el cañón, cuándo lento, cuándo en vivo fuego de ráfagas, y los soldados hacen conjeturas con palabras breves, casi indiferentes. Llega un ciclista sonando el timbre tercamente: Trae la orden de ruta que el sargento deletrea a la luz de una linterna, y el convoy se pone en marcha. Todos los caminos de la retaguardia sienten el peso de los carros de municiones, que, escoltados por veteranos, se bambolean con estridente son de hierros. Ruedan con los faroles apagados, informes bajo las estrellas, sumidos unas veces en la sombra de las arboledas, y otras destacando su línea negra por alguna carretera blanquecina y desnuda. Son tantos que no se pueden contar, son cientos y cientos. Ruedan hacia las trincheras lentamente, pesadamente. Cuando pasan cerca de alguna aldea, ladran los perros y alborean los gallos.

Cap. IV

Y la luna navega por cielos de claras estrellas, por cielos azules, por cielos de borrasca: Sobre las doscientas leguas de foso cenagoso, los cohetes abren sus rosas, tiembla la luz de los reflectores, y en la tiniebla del cielo bordonean los aviones que llevan su carga de explosivos para destruir, para incendiar, para matar… Ocupan la carlinga alegres oficiales, locos del vértigo del aire, como los héroes de la tragedia antigua del vértigo erótico. Vestidos de pieles, con grandes gafas redondas, y redondos cascos de cuero, tienen una forma embrionaria y una evocación oscura de monstruos científicos. Vuelan contra el viento y a favor del viento, les dicen su camino las estrellas. Unos van perdidos atravesando cóncavos nublados, otros planean sobre el humo y las llamas de los incendios, otros van en la luz de la luna, tendidos en escuadrilla. Aquel que zozobra entre ráfagas de agua y viento del mar, es de un aeródromo inglés, en la Picardía. Y estos que retornan y aterrizan en silencio, son franceses: Partieron en el anochecido, eran siete y no son más que cinco: Tras ellos queda ardiendo un tren de soldados alemanes. Los pilotos saltan sobre la yerba, y se alejan entumecidos, mientras algunos soldados con linternas, empujan los aviones bajo los cobertizos, y vierten cubos de agua en los motores recalentados. Es un campo de aviación a retaguardia de las líneas donde se batalla, en un paraje llano revestido de céspedes. Ligeras tiendas, grandes cobertizos, alpendes y galpones, hacen ruedo sobre la yerba, tienen el color de la noche y se desvanecen en ella: Solo realza sus siluetas la luna cuando navega por claros cielos estrellados.

Cap. V

GRANIZOS y ventiscas en los montes alsacianos y en los Vosgos. Ya cantó dos veces el gallo. Las trincheras tienen una cresta blanca, y, soterrados en ellas, vestidos de pieles como pastores, los centinelas acechan el campo enemigo, asomando apenas tras el parapeto cubierto de nieve. Hay un cañoneo lento, que tiene largas y encadenadas resonancias. La luz de los reflectores vuela sobre las cumbres, llega al fondo de las selvas, ilumina el tronco de los abetos y el albo talud de las zanjas, por donde corren en fila india los soldados que acuden a reforzar las defensas del Hartmannswillerkopf.—El Viejo Armando, en la jerga de los peludos.—Sobre el sudario de la nieve, los cohetes abren sus rosas

de colores. Entre Thann y Metzeral se ha iniciado un fuego de ráfagas, y en los puestos de escucha, los canes, agazapados a la vera de los soldados, se avizoran.

Cap. VI

EL sargento de un retén, en lo alto de la montaña, destaca dos centinelas de pérdida: Salen cautelosos, arrastrándose sobre la nieve, se sumen en la noche. La trinchera alemana, toda bardelada y defendida por espinosa red de alambre, está al otro lado de un calvero, no más lejos de cien pasos. Las grandes balas cruzan silbando, y, de tiempo en tiempo, un abeto viene a tierra con sordo rumor de marejada. Los soldados corren en pequeños grupos, la cabeza vuelta, los hombros levantados. Cruje otro tronco. La metralla está segando el bosque: Donde cae una bomba fulmina una llama. Los dos centinelas de pérdida se arrastran cautelosos, y, cuando el lóstrego de los reflectores explora y revela el campo, quédanse aplastados: Con las carnes estremecidas, pisan sobre un montón de cadáveres medio enterrados en la nieve: Al pisar, parece que se les incorporan bajo los calcañares. Los dos centinelas pasan sobre los muertos llevándose su olor: Ya tocan las alambradas, y en aquel momento una violenta sacudida los echa por los aires con las ropas encendidas: El repuesto de cartuchos que llevan en las cananas estalla como una cohetada: Caen ardiendo, simulan dos peleles. De los cascos sale una llama azul. Los soldados franceses, desde sus trincheras, miran el suceso con pena. En el Observatorio de Langenfeldkopf, un teniente murmura hablando con su compañero:

—Los boches han reforzado sus defensas con un cable eléctrico, imitando lo que hicimos nosotros en la Indochina.

Cap. VII

LOS alemanes, aprovechando la oscuridad de la noche, salen de sus trincheras y llegan a las defensas avanzadas de los franceses. De pronto el ladrido de un perro da el alerta, y la luz de un reflector los descubre arrastrándose sobre la nieve, rota la formación y muy dispersos. Los franceses abren el fuego. Los alemanes, con impulso unánime, se incorporan y corren

hacia las líneas enemigas arrojando granadas de mano. Cuando unos caen, otros los secundan: Suben arrastrándose, combaten en oleadas. Los franceses, al abrigo de sus defensas, hacen fuego de fusil. Es una avanzada de veteranos alpinos, y en pocos instantes solo quedan setenta hombres ilesos. Las granadas caen dentro de la trinchera. Están rotos los hilos del teléfono, y dos soldados se destacan voluntarios para reparar la avería: Estalla una granada, y dobla al uno sobre el otro. Quedan en un escorzo blando, sin horror, como dos hermanos que se besan. El teniente de la segunda compañía, metido en la garita del teléfono, escribe un parte. Se oyen los gritos de los alemanes al penetrar en la trinchera. El teniente dobla el papel y lo sujeta bajo el collar de un perro que espera moviendo la cola: Le halaga, le saca fuera y lo hace rastrear. Parte el can como una centella. El teniente da algunos pasos y tropieza con un herido que se queja caído en el fondo de la trinchera. Otro se venda la frente algo más lejos. El Teniente Breal los anima con una gran voz:

—¡Viva la Francia! ¡Arriba los muertos!

Y los muertos se levantan, y hay una gran basculada dentro de aquel foso lleno de oscuridad, de fango y de tumulto. Dos ametralladoras francesas rompen el fuego sobre el árido descampado por donde avanzan los alemanes. Sus tiros se cruzan metódicamente como una expresión matemática, indiferente y cruel a los hombres. A través de la selva nevada huye la sombra del can: Corre al flanco de un foso, entra por una senda donde están detenidos muchos carros en fila: Aparece y desaparece: Salva de un salto el ramaje de los abetos caídos sobre el camino: Corre con el ijar sobre la tierra: Bajo la luz de los reflectores se agacha igual que hacen los soldados. Vuelve a vérsele sobre la orilla del foso, rastrea, desciende por el talud, se mete por el fondo y, moviendo la cola, entra en una casamata. Dos oficiales escriben a la luz puntiaguda de un quinqué, y el can, haciendo corcovos, se coloca entre ellos, de manos sobre la mesa. El Teniente Rousell le halaga y saca el parte que lleva sujeto en el collar. Comienza a leerlo, y el otro oficial lo va silabeando delante del teléfono:

—Comandancia de brigada.—Transmito parte del Teniente Breal.—2ª Compañía de Cazadores Alpinos.—Fuerzas alemanas, con un golpe de mano, han conseguido penetrar en nuestras defensas. Me sostengo con los hombres que me quedan, pero necesito ser auxiliado urgentemente. Tengo el mando por desaparición del Capitán Douchesne.—TENIENTE BREAL.

Cap. VIII

ENTRE Thann y Metzeral el cañoneo de tarde en tarde se enrabia, pero luego decae en su terca y lenta medida. Los dos fosos enemigos galguean por negros bosques y resonantes quebradas, cuándo despeñados, cuándo cimeros. Cruje astillado el tronco de los abetos, y al doblarse bajo la tempestad de nieve y de metralla, el ramaje ciega los caminos. Metzeral está ardiendo, y la vislumbre de las llamas corre sobre las aguas del río: A una y otra orilla, las casas muestran sus esqueletos rojos y humeantes: Caen sordamente los muros y las techumbres. Desde el comienzo de la guerra resplandecen todas las noches las hogueras de Metzeral. En los pórticos de las iglesias, bajo las rotas arcadas, se guarecen mujeres y niños. Las vacas de un establo andan perdidas sonando las esquilas. En las calles abandonadas, se amontonan huchas, camas y ropas. Un matrimonio con dos niños mira arder su casa, acurrucado al abrigo de otras casas en ruinas. El hombre tiene en brazos al más pequeño, y la mujer llora con los dedos enredados en la mata despeinada. El infante se queja con un balido, y el padre le contempla sin hablar, llenos de tristeza los ojos. A su lado, con la cabeza sobre un cesto boca abajo, duerme una niña: El padre la ha cubierto con su chaquetón, y asómanle los pies calzados con zuecos y medias azules. La madre se levanta con un repente, y descubre el rostro pálido del pequeño.

—¡Se muere! ¡Se muere! ¿No ves que se muere? ¡Ya no tenemos hijo!

El hombre calla, y la mujer mira al marido:

—No puede ser que le tengas constantemente… Debes estar muerto… ¡Dámele!

El hombre mueve la cabeza. Entonces la mujer llora:

—¡Qué horror de guerra! ¡Eramos tan felices!

La pequeña se revuelve bajo el chaquetón, se incorpora sobresaltada, dando gritos:

—¡Se murió nuestro bebé! ¡Se murió nuestro bebé!

El padre murmura sombríamente:

—¡Aún no!

También responde el balido triste. La madre arrebata al niño de los brazos del padre: El niño tuerce los ojos, tiene una sacudida, y de la nariz afilada le afluye un hilo escaso de sangre negra. La hermana sigue gritando.

—¡Se murió nuestro bebé! ¡Se murió nuestro bebé!

El padre la toma en brazos y pega su rostro contra el rostro de ella:

—¡Calla, hija mía! ¡Calla!

La pequeña comprende, y, sofocando los sollozos, besa suave, suavemente, la barba del padre. Pero luego torna a suspirar:

—¡Se murió nuestro bebé!

Y comienza la madre:

—¡Se lo llevó Dios! ¡Se lo llevó Dios! ¡Se lo llevó Dios!

Tiene el gesto obstinado, y los ojos secos. Con dos dedos oprime los párpados rígidos de su niño muerto. Los cazadores alpinos desfilan hacia las trincheras, pasan sin verlos, encorvados bajo la borrasca de nieve. Se hunde el techo de una casa, y en las calles desiertas resuena el galope de las vacas perdidas, con el tolón, tolón de los cencerros. El cañoneo, terco y lento, no cesa entre las dos hogueras de Thann y Metzeral.

Cap. IX

¡LOS ecos de la guerra se enlazan desde la costa norteña hasta los montes alsacianos! Al estampido de las bombas surgen las llamas de los incendios: Arden las mieses, y las sobrecogidas aldeas, y las ciudades que lloran al derrumbarse las torres de sus catedrales. Caen miles y miles de soldados en la gran batalla nocturna, y quedan rígidos y fríos bajo el temblor de las estrellas. Las escuadras se aclaran de pronto: A veces, rompiéndose por el centro para buscar el ataque de flanco, a veces bajo una bomba que estalla y abre en ellas brecha como en el fuerte muro de un castillo. Las ametralladoras cruzan sus fuegos haciendo raya, desgranan sus tiros sobre anchos espacios, arrasan las líneas de soldados: Unos, caen al modo de peleles recogiendo grotescamente las piernas; otros, abren los brazos y quedan aplastados sobre la tierra; otros, se doblan muy despacio sobre el hombro del camarada. Y entre tan diversos modos de morir, se arrastran los heridos oprimiéndose las carnes desgarradas, sintiendo fluir por entre los dedos la sangre tibia, dilatados los ojos con el horror de ser hechos prisioneros. Miles de cañones hacen fuego en batería, y bajo el impulso de los grandes proyectiles, se abre el aire con aquella queja dilatada y profunda que tienen las gatas al parir.

Por caminos que cavaron los zapadores, y alcanzan hasta la línea de fuego,

los camilleros conducen a los heridos. El primer socorro se les prestó en la trinchera al amparo de profundas casamatas que tienen charcos de sangre en el piso terreño y el aire impregnado de olor a cloroformo. Sobre la cuneta de las carreteras, procurando ef socaire de bosques y colinas, esperan inmóviles, en largas hileras, los carros de la Cruz Roja. Las ambulancias están en la retaguardia, repartidas por los graneros y establos de las quintas, en las salas de los castillos, en los cafés con espejos rayados y tules para las moscas, en las cuevas de los pueblos aún ardiendo. ¡El dolor de la guerra estremece y conforta el alma de Francia!

CAP. X

NIEBLAS espesas en la costa del mar. —Ya cantó dos veces el gallo—. Las estrellas tiemblan sobre la gran plana inundada de las Flandes. Cerca de Fumes, en un estero, la marinería desembarcada de la escuadra forma la vanguardia. Sopla el viento del mar, y la resaca arrastra hacia la orilla los cadáveres amoratados e hidrópicos de algunos soldados alemanes: Flotan entre aguas: Una ola los levanta en la espumosa cresta, otra ola los anega. Sus botas negras y encharcadas se entierran en la arena, sus grandes cuerpos hinchados tumban sordamente. La escuadra de marineros que acordona la playa permanece silenciosa, mirando al horizonte rizado y sin fondo. Son pescadores de Normandía y de Bretaña, mozos crédulos, de claros ojos, almas infantiles valientes para el mar, abiertas al milagro, y temerosas de los muertos. Muchos rezan en voz baja, acordándose de las apariciones en los cementerios y en los pinares de sus aldeas; otros trincan aguardiente y humean la pipa; tal vez alguno prueba a cantar. La luna navega en cerco de nieblas, y los cuerpos hidrópicos de los soldados alemanes vienen y van con la resaca.

CAP. XI

UN teniente de navío, acompañado de un condestable, baja por la ribera redoblando las guardias. Saluda la marinería, y todos, como niños, sienten que se disipa en presencia del jefe aquel miedo a los difuntos que les hace rezar

y cantar. Un cabo de cañón sale de la fila y se destaca sobre el camino, la mano a la altura de la sien:

—Con licencia, mi teniente. ¿Nos autoriza usía para ponerles velas?…

Y señalaba los cadáveres de los boches embarrancados en la playa. El teniente comprende y sonríe:

—¿No será mejor enterrarlos?

—Salvo su parecer, mi teniente, mejor es ponerles velas, y que se los lleve el viento.

De un grupo de marineros salen diferentes voces:

—¡Que se los lleve el viento! ¡Que se los lleve el viento!… Son voces graves, temerosas y atónitas: Su murmullo tiene algo de rezo. Un marinero de la costa bretona se santigua: —¡Los vivos y los muertos no deben dormir juntos!

El oficial hace un gesto de indiferencia:

—Pues que se los lleve el viento.

—¡A la orden, mi teniente!

El grupo de marineros se dispersa por la playa, y los unos a los otros se van diciendo de quedo:

—¡Hala! A ponerles velas.

Alguno pregunta:

—¿Y el teniente?

—Es el teniente quien lo manda.

Cap. XII

LA marinería se arremanga y entra chapoteando por el agua llena de fosforescencias. A lo largo de la playa flotan más de cien cadáveres alemanes inflados y tumefactos. Uno hay que no tiene cabeza; otros descubren en el vientre y en las piernas lacras amoratadas, casi negras. Comienza la faena de ponerles velachos con las pértigas y lienzos de las tiendas. Valiéndose de los bicheros, les hacen brechas en la carne hidrópica, y clavan los astiles donde van las lonas. Luego, supersticiosos y diestros, los empujan hasta encontrar calado. Sesgan la vela buscando que la llene el viento, y, al tobillo o al cuello, les amarran las escotas. Los muertos se alejan de la playa como una escuadrilla de faluchos: Se les ve alinearse bajo la luna, y partir hacia el horizonte marino

empujados por la fresca brisa que sopla del tercer cuadrante. Pasa un aliento de alegría sobre aquellas almas infantiles y crédulas. Un grumete, con la gorra en la mano, y las luces de las estrellas en los ojos ferverosos, clama en su vieja lengua céltica:

—¡Madre del Señor! ¡Ya no tengo miedo a los muertos!

Cap. XIII

LENTO cañoneo del lado de Ipres. Por el fondo de la trinchera corre un arroyo de fango; los centinelas se agazapan con los fusiles apoyados sobre el talud: Pequeñas escuadras de soldados dormitan en los abrigos cavados a lo largo del foso. De tiempo en tiempo, los pasos del oficial que recorre la línea se detienen a la entrada:

—¡Animo, muchachos!

Los soldados se remueven en la sombra haciendo marea, responden runflando, palpan a tientas los fusiles. El oficial se aleja, sigue recorriendo las avanzadas. Muchos peludos, cubiertos con encerados, descansan echados en el fondo de la trinchera, y sobre las cajas de granadas de mano reclinan la cabeza. El oficial pasa entre ellos despacio y tentando con el bastón. De pronto, algún centinela que dormita, se despierta sobresaltado y dispara su fusil. Corre la alarma. Hay fusiladas caprichosas; vuelan los cohetes, y los peludos que reposan en el fondo de la trinchera se incorporan, metiendo la mano en las cajas de granadas. El fuego se extingue lentamente; la línea vuelve a quedar en sombra, estremecida y vigilante, en una espera tensa, que agota más que la lucha.

Cap. XIV

NO tiene término en la noche la lívida llanura, y, en medio de la bruma, al claro lunar, se revela el espectro de una ciudad bombardeada: La ciudad de Arras. Negras y destripadas humean las casas; la catedral es un montón de piedras; los sillares desbordan por las bocas de cuatro calles y las ciegan: Rosetones y cruces, gárgolas y capiteles mutilados asoman entre los escombros. Las bombas caen abriendo grandes hoyos sobre la plaza de los porches, llena del

recuerdo español, y muchas casas, con las puertas abiertas y las ventanas batiendo al viento, muestran la hondura tenebrosa del zaguán, donde se amontonan los ajuares. Se aleja un carromato: Bambolea su carga de huchas, cacerolas y colchones: En lo alto va una cuna. La ciudad parece abandonada: Hay parajes donde las casas se aplastaron y esparramaron por tierra como los castilletes que levantan los niños, y calles enteras donde los esqueletos permanecen en pie, con las fachadas en escombros, mostrando los interiores burgueses, en una angustia de abandono, llena de gritos de mujeres y llanto de niños asustados que se agarran a las faldas. En una costanilla, al abrigo del bombardeo, cargan otro carromato. Hay un grupo de mujeres que se besan. El mayoral pone prisa, y al cabo montan en el carro los que se van: Una viuda con dos hijas, dos muchachas pálidas, el cabello despeinado, los ojos llorosos. Llegaron poco hace huidas de Combles. El padre se fue a la guerra, y las dos muchachas están encintas de un soldado alemán.

Cap. XV

EL carro comienza a rodar, y las tres mujeres se santiguan.

Poco después la madre dormita. El carro rueda por una carretera toda en claro de luna: Las muchachas miran con recelo al camino, levantan las lonas, y sus ojos tristes siguen la luz roja de los aviones, que cruzan el cielo como estrellas errantes. Se oye lejano bombardeo, y se siente en torno la fragancia húmeda del heno. De tiempo en tiempo, al borde de la carretera, aparece confusamente una gran mancha de ganado que acampa en el fondo de las praderas; otras veces es una aldea en ruinas. La carretera se alarga sobre la llanura, se alarga infinitamente: Grandes molinos de viento, con las aspas quietas, la miran desde lejos enhiestos sobre los alcores. Se columbran las granjas entre ramajes de un negro vaporoso, rayos de luz se filtran por los resquicios de los postigos, y se adivina el interior lleno de soldados. Una de las muchachas asoma la cabeza por entre las lonas del carro, e interroga al mayoral con la voz llena de pena:

—¿Falta mucho, amigo?

El mayoral responde confusamente, con la pipa entre los dientes:

—Menos que al principio.

La niña sonríe apenas, cierra los ojos y se oprime la cintura:

—¡Se me abre el cuerpo de dolor!

Cap. XVI

De pronto el carro se detiene bamboleante, y el mayoral salta a tierra. Vacía la pipa, renegando la golpea contra la llanta de una rueda, y se la guarda en la zamarra. Las tres mujeres se miran asustadas. La madre interroga a las muchachas.

—¿Qué sucede, hijas mías? ¡Ay, qué sueño malo! ¡Qué sueño malo! ¿Pero qué sucede?

El mayoral levanta la lona y saca una pértiga del fondo del carro:

—¡No hay que asustarse, señoras! Es un caballo muerto. Estaba tendido en medio de la carretera, casi llenándola de lado a lado, rígido, negro, enorme. Tenía rasgado el vientre, y el bandullo fuera, en un charco de sangre pegajosa. El mayoral, metiéndole la pértiga y apalancándola por debajo del costillar, le arrumba a un lado del camino. Queda medio enterrado en la cuneta, con el cuello torcido y las cuatro patas en alto:

—¡Lástima de bestia!

El mayoral salta al pescante y empuña de nuevo las riendas. Las tres mujeres, como al comienzo del viaje, se santiguan y rezan. Cruza una tropa de jinetes indios, los rostros oscuros, los turbantes blancos. Hay largas hileras de carros inmóviles sobre un lado del camino, carros de ametralladoras, carros de municiones, carros de forraje. Son tantos que no se pueden contar. Dos automóviles pasan veloces; dejan un rastro de polvo y gasolina; conducen oficiales del Estado Mayor. Nueva tropa de jinetes indios, nuevos carros inmóviles a lo largo del camino, y una difusa fila de infantes, nebulosos, encorvados, taciturnos. Se apoyan en herrados bastones y llevan la mochila a la espalda. Al atravesar una aldea se oye una gaita de escoceses. Dos viejos rurales detienen el carro; el mayoral les entrega la orden de ruta, y se la devuelven tras leerla a la luz de un farol. El carro torna a rodar. Una de las muchachas no cesa en su queja:

—¡Ay, Virgen Santa!… ¡Se me rompe el cuerpo de dolor!

Cap. XVII

AHORA, a uno y otro lado del camino, aparecen campos cubiertos de cruces: Se agrandan sus brazos en el vaho de bruma que llena los ámbitos de la noche, y toda su forma se difunde en un halo. Sobre el talud de la carretera reposa larga fila de muertos: Cavan cuatro azadones y se percibe el olor de la tierra removida. Anda un grupo de soldados identificando los cadáveres, y los rostros lívidos surgen de pronto bajo el cono de luz de las linternas. Habla una voz en la sombra:

—¡Aquí hay quien no tiene cabeza!

Y otra voz lejana interroga:

—¿Es una zuavo?

—Un zuavo.

—Le habrá rodado… Yo recuerdo que se la puse sobre la tripa.

Entre la niebla y las estrellas, las figuras, las luces y las voces, guardan el acorde remoto que enlaza la vida y los sueños. Un camillero que pasea la luz de su linterna cateando por la cuneta de la carretera, da una voz hablando a los del otro cabo:

—¡Ya pareció aquello!

Y levanta la cabeza trunca manchada de tierra y de sangre. Otro soldado clava el zapapico en el borde de una cueva que casi le cubre, y salta fuera:

—¡Está abierta la cama para otros tres boches!

Responden del camino:

—¡Allá van!

Los llevan suspendidos por pies y por hombros: Los brazos, les cuelgan rígidos; las manos, arañan el suelo. Descansan los azadones, cantan los sapos en el fondo de los prados, y los muertos van al fondo de la fosa. Un capellán castrense bendice la tierra. La tropa se descubre y hace la señal de la cruz. Entre la niebla y la luna danzan las siluetas confusas de dos soldados que apisonan la tierra, y el camillero que ha recogido la cabeza trunca, se limpia en la yerba las manos pegajosas de sangre. Luego, para disipar las ideas tristes, todos trincan aguardiente esparcidos sobre la orilla del camino.

Cap. XVIII

EL carro se detiene delante de un hospital con tres hileras de ventanas iguales, a la entrada de la villa de San Dionisio. Muchas casas tienen hundida la techumbre; otras, derribado algún esquinal; las acacias de la plaza también muestran las huellas del bombardeo, y son tantas las ramas desgajadas, que cubren el camino como una alfombra. En el hospital, todas las ventanas están sin cristales. Las tres mujeres penetran tímidamente en el zaguán, y una monja halduda, con grandes tocas y gran rosario pendulando de la cintura, les sale al encuentro. Las dos hermanas, al verla, comienzan a sollozar con extrema congoja, y la monja las toma de las manos y las lleva por un corredor blanco, alumbrado, a grandes trechos, por lamparillas de petróleo. Sobre el muro se desenvuelve un vía crucis, y en el vasto silencio de la santa casa, resuena el alarido de una mujer doliente. Las dos niñas, con el pañuelo sobre el rostro, sofocan su congoja, y la monjita habla consolándolas con una voz balsámica. La madre va detrás, atónita, deshecha, agotada. Pasa presurosa una mandadera con ropa blanca.

—¡Ave María Purísima!

—¡Sin pecado concebida!

Empuja la puerta que hay entornada hacia el final del corredor, y brevemente se ve a otra monja vieja, sentada en una silla baja, poniendo los pañales a un recién nacido. Las dos hermanas vuelven los ojos a la madre y se abrazan a ella crispadas y dando gritos. La profesa las empuja suavemente, las lleva a una sala grande, blanca, cuadrada, fría en fuerza de limpia y desnuda.

CAP. XIX

CUANDO entra el médico, la monjita se retira a la puerta y espera allí, bajos los ojos y las manos en cruz. El médico es un viejo enjuto, con el gesto apasionado y expresivo de los grandes habladores. Saluda al entrar:

—¿Qué tienen estas niñas?

Luego, viéndolas afligirse, murmura con la voz conciliadora y simpática:

—¡Bueno, ya sé lo que tienen! ¡No se apuren, hijas mías!

Se sienta cerca de la madre:

—Primero será bien que nosotros dos celebremos consejo.

La madre mira obstinadamente sus manos cruzadas, y alza las cejas:

—Sí, señor, sí… ¿Usted ya está enterado…?

—De todo, hijas, de todo… Dicen que es la guerra… ¡Mentira! Nunca el quemar y el violar ha sido una necesidad de la guerra. Es la barbarie atávica que se impone… Todavía esos hombres tienen muy próximo el abuelo de las selvas, y en estos grandes momentos revive en ellos. Es su verdadera personalidad que la guerra ha determinado y puesto de relieve, como hace el vino con los borrachos.

Una de las muchachas murmura crispada:

—¡Es el odio a Francia!

El médico la mira lleno de simpatía y le estrecha la mano:

—Es el odio al mundo clásico, hija mía. Odio de incluseros a los que tienen abolengo.

Aquel viejo enjuto, de ojos hundidos, velados por largos párpados como las águilas, tenía en la voz una sinceridad apasionada que comenzaba a ganar el corazón de las tres pobres mujeres. La madre es blanca, pesada, con el rostro enrojecido por las lágrimas: Hace recordar esas muñeconas ajadas y maltratadas, que desechan los niños. De las dos hijas, solo la más pequeña tiene los rasgos de la madre. Carolina, la mayor, es alta, delgada, con una palidez lunaria, y los ojos negros, cargados de tristeza. Aún no ha desaparecido por completo la sonrisa de su boca, que debió ser llena de gracia. Tiene el cabello fosco, y cuando lo aparta de la frente, descubre sobre las sienes dos rincones de locura. Enriqueta, la menor, es rubia, muy infantil, y tan blanca y fina de tez, que toda la cara tiene escaldada de llorar. El médico se levanta, mira de cerca el rostro de las dos muchachas, las pulsa, y, finalmente, las ruega que se pongan en pie. Con una mirada seria y profunda las recorre de arriba abajo:

—¡Bueno! Ya estoy enterado… Ahora no conviene molestarlas más. Ahora que descansen. Mañana haremos un reconocimiento detenido…

La mayor de las muchachas se dejó caer en la silla, tapándose la cara con las manos:

—¡Doctor, yo no quiero tener un hijo de los bárbaros!… ¡No quiero llevar este contagio conmigo! ¡Si usted no me liberta de esta cadena, yo me mataré!

Acabó en una crisis nerviosa, torciendo los ojos, rechinando los dientes, y levantándose con grandes botes de la silla, entre los brazos de la madre y la hermana, que habían acudido a sostenerla. Salió de aquel estado pálida, ojerosa, contrita, hablando en voz muy tenue, con una miserable expresión de dolor desvalido, de vida miserable que se acaba:

—¡Haber nacido para esto! ¡Haber vivido para esto!

Cap. XX

CERCA del amanecer llega un convoy de heridos. Bajo las acacias desmochadas se tienden cuarenta carros de la Cruz Roja. Falta sitio, y las monjitas belgas, refugiadas en aquel hospital de una villa francesa, ofrecen sus celdas y sus lechos, blancos como altares, para los soldados de la República. Los corredores rebosan de heridos. Yacen las camillas a uno y otro rumbo del muro, formando una vía dolorosa llena de quejas y largos ayes. Algunos heridos leves, pálidos y soñolientos, con los vendajes salpicados de sangre y de barro, descansan en los bancos del locutorio. La escalera está llena de soldados dormidos, con las mochilas por cabezal: Se arrebujaban en pardas mantas, exhalaban un vaho húmedo: Son bisoños aspeados, y tan rendidos de fatiga, que, al entrar bajo techado, tiran la mochila por delante y se tumban. Los corredores están llenos de movimiento, de voces y de lodo. En el camino que forman las dos hileras de camillas, los clavos de las fuertes botas militares dejan su impronta. Al ruido de los pasos, una mano, que muestra su lividez bajo la suciedad del barro y de la pólvora, levanta el hule del cabecero:

—¡Me muero de sed! ¡Me muero de sed!

Es una voz sofocada. Se ve la frente envuelta en vendajes de gasa con róeles de sangre fresca, y todo el rostro desaparece bajo los vendajes. De otras camillas se escapa una queja débil, de otras palabras acalenturadas, estertores, gritos de delirio, también hay algunas en silencio profundo, como féretros. Los gritos, las suplicaciones, las frases caóticas devanadas sin tregua, hacen babel. Un herido no cesa de gritar:

—¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Retiembla la camilla, saca los brazos agitando las manos:

—¡Los ingleses! ¡Los ingleses!

Y siempre lo mismo, el mismo sopor inexpresivo en el grito, el mismo pensamiento oscuro dando vueltas como la piedra de un molino. Era más angustioso de oír que una queja desgarrada. Otro herido da voces heroicas; otro, ríe con gran jolgorio:

—¡No te vayas, Juana! ¡Escucha, Juanita!… ¡Ja, ja!… ¡Si no te pellizco!

CAP. XXI

EN la sala de operaciones, blanca e iluminada, médicos y enfermeros con delantales, no se dan reposo lavando heridas, restañando la sangre, rasgando vendajes. Sobre los tableros de mármol, las lámparas de alcohol levantan sus lenguas azules; los ayudantes desinfectan tijeras y pinzas; el olor del cloroformo, olor a manzanas, satura el aire. El Doctor Verdier murmura mientras desnudan a un herido:

—Me temo que seamos desbordados… Habrá que ver de habilitar la iglesia, porque aquí pronto nos faltará sitio. ¿Y paja? ¿Tendremos paja para hacer camastros?

Está librándose una gran batalla; se oye el bombardeo lejano y constante. Patrullas de caballería, carros de ametralladoras, convoyes de municiones escoltados por tropas de infantes, desfilan sin intervalo por la única calle de la villa, para ir a perderse en la bruma del Suroeste.

CAP. XXII

DESDE hace muchos días, ingleses y franceses bombardean sin tregua las líneas alemanas, en tierras de Flandes y Picardía. Todos los caminos de la retaguardia están llenos de carros y de tropas: No cesan de cruzar automóviles del Estado Mayor. En algunos parajes el barro es tanto, que los soldados se entierran hasta la cintura, y los carros no pueden rodar. Largos convoyes quedan horas y horas detenidos sobre la cuneta de las carreteras, al socaire de los árboles que desmocha la metralla: Horas y horas, hasta que llega una orden con el cambio de ruta.—La vasta línea del horizonte se abre con el relámpago de los cañones, son tantos, que su claridad se enlaza, y parece un enorme pestañeo de la tierra en tinieblas. Desaparecen los ejércitos en el silo de sus parapetos, y en la negra llanura sin hombres, el estruendo de las bocas de fuego tiene la resonancia religiosa y magnífica de las voces elementarías en los cataclismos. Las tropas acantonadas en la retaguardia, sienten el impulso unánime de correr hacia delante: Los soldados abren el corazón a la victoria, y los caballos saludan con sensuales relinchos el caliente olor de la pólvora. En medio del horror y de la muerte, una vena profunda de alegría recorre los ejércitos de Francia. Es la

conciencia de la resurrección. Los artilleros, enterrados en sus casamatas, regulan el tiro de los cañones con un sentido matemático y devoto, como artífices que labrasen las piedras de un templo. Es la religión de la guerra, y como las almas tienen hermandad, sus palabras son breves: Por la virtud de la sonrisa y la luz de los ojos se comunican en el silencio: Cuando asomados a las troneras, contemplan el incendio de las granadas, cobran aquella expresión radiante que las santas apariciones ponían en el rostro de los místicos.

Cap. XXIII

LAS bombas caen en lluvia sobre las trincheras alemanas, las desmoronan, las escombran, las arrasan: Es un ciclón de fuego. Y la artillería teutona, si responde rabiosa en unos parajes, en otros calla impotente para cubrir la extensa línea que los aliados atacan. Sus parapetos están llenos de muertos, y los soldados atónitos, huraños a los jefes, esperan el ataque de la infantería enemiga, sin una idea en la mente, ajenos a la victoria, ajenos a la esperanza. Eran los dueños de la fuerza, y advierten oscuramente que otra fuerza superior ha nacido contraria a ellos, contraria a los destinos de Alemania. Una sima profunda se abre en aquellas almas ingenuas y bárbaras, otro tiempo llenas de fe. Los jefes sienten la muda repulsa del soldado, el desasimiento de la tierra invadida, el anhelo pacífico por volver a los hogares: Y a los que están en las trincheras se les emborracha para darles bríos, y a los que sirven las ametralladoras se les trinca con ellas por que no puedan desertar, y el látigo de los oficiales que recorren la línea de vanguardia, pasa siempre azotando.

Cap. XXIV

EL grito enorme de la batalla estremece toda la tierra picarda. Las aldeas están llenas de soldados, de caballos, de carros de municiones: En las esquinas hay puestos de café caliente, y los ventorrillos de las carreteras, iluminados por una luz de petróleo, rebosan de uniformes: La lumbre de las pipas abre rojos reflejos en las caras que gesticulan en un vaho de humo, y se enraciman delante del mostrador. De tarde en tarde un soldado sale a la puerta,

mira al cielo y tiende la mano para cerciorarse de la lluvia. A lo largo del camino, carros de ametralladoras, carros de forrajes, carros de municiones, carros de artillería, esperan la orden de ruta: Cruzan automóviles con oficiales, y se pierden rápidamente en la niebla: Cruzan ciclistas con el fusil en banderola, jadeantes, obstinados sobre los pedales, y patrullas de caballería, y escuadras de infantes. Canta en la noche una gaita de escoceses; los cohetes abren sus rosas en el aire; los reflectores exploran la campaña, y los carros vuelven a rodar deshaciendo las carreteras. Tres hogueras, tres grandes hogueras, rojean sobre la llanura: Tres aldeas que los alemanes, al retirarse, han puesto en llamas.

Cap. XXV

ALGUNOS artilleros duermen sobre el heno, en el establo de una granja, y el imaginaria da voces golpeando en la puerta:

—¡Orden de partir! ¡Orden de partir!

Se saca el ganado tirando de las colleras, y se engancha a tientas. Llueve. Los artilleros, malhumorados, van de una parte a otra como sombras:

—¡Cochino tiempo!

Se tropiezan, se injurian, hacen estallar los látigos sobre las ancas de los caballos. Lina voz interroga:

—¿Se sabe adónde vamos?

Y otra voz responde:

—¡Al baile de las peladillas!

—¡Qué noche de aguas!

Los caballos alargan el cuello sacudiendo las orejas bajo la lluvia. En la oscuridad, los hombres y las bestias con su halo de niebla, tienen una lentitud incorpórea. No puede distinguirse quién habla, y las voces están llenas de vaguedad, como si viniesen de muy lejos:

—¡Cochino tiempo y cochina guerra! ¡Cuándo acabará todo!

—¡Esto no acaba nunca!

Un soldado grita enfurecido:

—¡Sooo!… ¡El diablo tiene este ladrón! ¡Sooo, Fanfan!

Los conductores en el pescante de los carros, templan las bridas y restallan el látigo. La batería está formada sobre la carretera fangosa. En una esquina, al

abrigo de la iglesia, brilla el anafre de una vieja que vende café y aguardiente a los soldados, que, inclinados sobre el cuello de sus caballos, le tienden los vasos. La vieja va de unos en otros con la mano puesta sobre la faltriquera llena de calderilla:

—¡Buena suerte, mocines!

La batería rueda por la carretera llena de baches, entre ráfagas de lluvia, y ráfagas de viento que aborrasca la crin de los caballos. La oscuridad es tan densa, que los artilleros, sentados sobre los armones, no alcanzan a ver el tiro delantero, y la silueta del guía aparece apenas como una sombra indecisa y movediza. Los soldados guardan silencio, entumecidos y desalentados. De tarde en tarde, un gruñido:

—¡Cochino tiempo!

—¡Cochina guerra!

—¡Y esto no acaba nunca!

—Esto lo acabarán las mujeres.

Un soldado destapa la cantimplora del aguardiente, y se la ofrece al que va a su vera en el armón. El otro trinca:

—¡Es un viaje de recreo! ¿Y adónde nos llevarán los señores?

—Adonde no hagamos falta. En llegando, nos mandarán retirarnos.

—¡Si tuvieran goteras los autos del Estado Mayor!

Los armones rebotan en los baches. El barro salpica la espalda de los artilleros. El látigo estalla sobre las grupas de los caballos que galopan contra el viento y la lluvia, levantada la ola de la crin.

A lo largo de las líneas hay un silencio lleno de recelos. Se oye el resoplar de un tren que derrama su cabellera de chispas en la cerrazón de la noche.

Cap. XXVI

¡LAS Argonas! ¡Lluvia y viento! ¡Lluvia y viento a todo dar de Dios! Una silenciosa escuadra de peludos avanza en fila india chapoteando en el barro de la trinchera. El cabo explora el camino con una linterna sorda que abre ráfagas de luz en la negrura del foso. Son diez y seis hombres tristes y entumecidos, diez y seis voluntades sumisas al destino de Francia. Avanzan por la trinchera anegada, resbalando, cayendo, levantándose, cubiertos de cieno,

resignados al viento, a la lluvia y a la muerte. De tiempo en tiempo, entre el sordo rumor de su marcha, se percibe el entrechoque de palas y zapapicos. En algunos parajes, la tufarada de podredumbre escalofría las carnes. En otros, el fuego de los cañones alemanes ha removido la tierra a tal extremo, que de la trinchera no queda el más leve vestigio, y los soldados se extravían en un lago de barro. Tomin, el cabo de la escuadra, explora el campo, y en voz baja da órdenes para abrir el desagüe. Los soldados trabajan con una resignación sombría, y un poso de odio para aquellos que invaden la tierra francesa: ¡Aquellos soldados chatos y brutales que cantan como salvajes, que combaten borrachos, que soportan el látigo de los oficiales, que son esclavos en una tierra donde aún hay castas y reyes! Para los soldados franceses, el sentimiento de la dignidad humana se enraíza con el odio a las jerarquías: La Marsellesa les conmueve hasta las lágrimas, y tienen de sus viejas revoluciones la idea sentimental de un melodrama casi olvidado, donde son siempre los traidores, príncipes y reyes.

Cap. XXVII

LOS diez y seis hombres de la escuadra trabajan en silencio: Están a pocos pasos de las líneas alemanas y el más leve rumor puede descubrirles: Abren una zanja que en pocos momentos se atuye de agua fangosa. Las alambradas rotas y retorcidas salen de entre el barro desgarrándoles la carne, y cavan enredados en ellas. Cuando los cohetes se encienden en el aire, los peludos franceses quedan inmóviles en el lago de cieno. De tarde en tarde una ametralladora perdida en la noche, desgrana sus truenos: El sonido se esfuma a intervalos en las ráfagas del viento y la lluvia, tiene repliegues profundos como si tomase la forma quebrada del terreno: Se revela de pronto, y de pronto se amengua, en una línea llena de dramatismo. Los soldados prolongan la zanja hasta un barranco, y el agua se precipita haciendo torrente. Comienza a perfilarse la forma de la trinchera. Aparecen algunos muertos enracimados en el fondo, y los soldados van sacándolos de entre el cieno y alineándolos sobre el talud. Desentierran dos ametralladoras retorcidas como virutas. El cabo mete su linterna por la boca de los abrigos: La luz tiembla sobre el agua dormida, las ratas trepan asustadizas por el muro de tierra, y unas botas negras e hinchadas rompen el haz de la charca. Las aguas hacen un círculo en torno. Los pies del

muerto tienen un ligero vaivén. El cabo murmura:

—Dejaremos para mañana achicar el agua.

Un peludo se acerca, y mete la cabeza atisbando por detrás del cabo:

—¡Aquí parece que no se ha salvado ninguno!

El cabo le mira por encima del hombro:

—¡Las ratas!

—¡Esos ya descansan!

—Pues tú no te cambiarías por ellos… Y al cabo, si no hoy, mañana, todos estaremos así.

Se alejan encorvados bajo el temporal. Se oye el rumor del agua que baja al barranco.

El soldado murmura:

—¡Si la guerra acabase!…

—¿Tú, qué gente tienes allá abajo?

—Mujer y tres hijos. ¿Y tú?

—¡Nadie!

—¿Eres soltero?

—Soy divorciado.

El cabo mete la linterna por la boca de otro abrigo. La luz tiembla sobre el agua negra. Un perro de lanas nada teniendo en los dientes el brazo de un cuerpo que se hunde. Se ve la mano lívida. El perro nada hacia la luz.

Cap. XXVIII

PALIDECEN las estrellas del alba, y comienza el relevo de tropas en todo el frente de batalla. Las columnas de soldados avanzan por cientos de caminos. Los que van a las trincheras fuman ahincadamente la pipa, y distraen los ojos sobre la campaña, hablan con ingenua sonrisa, tienen el rostro encendido del frío, y el mirar sereno. Por las carreteras se perfilan los largos convoyes: Unas veces, inmóviles, tendidos a lo largo de los pueblos bombardeados; otras, rodantes; otras, descansando a la sombra de las alamedas. Los soldados que tornan de las trincheras caminan en silencio, dispersos, rezagados, cubiertos de barro, el rostro en gran palidez, y los ojos atónitos bajo el ceño obstinado. Las formas de las cosas se revelan en la luz indecisa del alba. Negros trenes cargados

de tropas cruzan sobre puentes de bruma, con gran estrépito de hierros: Huyen por las llanuras, aparecen y desaparecen entre boscajes, jadean por altos terraplenes. A retaguardia del enorme foso que ondula desde el mar a los montes alsacianos, los pueblos bombardeados salen de la noche con la expresión trágica de la guerra. Ciudades cercadas por serenos ríos, villas sobre provinciales carreteras, aldeas entre prados, levantan sus ruinas frente al campo de batalla. Las casas, negras del incendio, con la techumbre hundida entre los cuatro paredones, y desmoronándose las tripas de cascote, son ruinas de una emoción árida y acongojada. Muchas ya tienen su recinto lleno de ortigas y lagartos. Los cementerios militares se tienden a la vera de los caminos, entre los pueblos quemados y saqueados.—¡Campos de cruces, húmedos campos de aquel verde triste y cristalino que tiene la emoción remota y musical del divino sollozo con que se ama!—. Los cementerios marcan la línea de las batallas, y las tumbas francesas y las alemanas están cavadas a la par. La bruma del alba se sutiliza sobre las ruinas, se desgarra en las cruces, vuela ingrávida sobre el enorme foso desde los montes alsacianos a las marinas flamencas, y en este lívido tránsito de la noche al día comienzan a perfilarse las formas de los muertos. Hay parajes donde se amontonan, y otros de muchas leguas llenos del canto de los pájaros, como olvidados de la matanza. Este momento frío y gris, en que el soldado al salir de las tinieblas de la noche, mira en torno suyo los compañeros muertos, las ametralladoras rotas, la trinchera desmoronada, es el más deprimente de la guerra. Las tropas vuelven de las trincheras a sus alojamientos con una expresión de trágica demencia. Y al ventero, delante de la puerta donde se detienen a beber un vaso de vino; y a los viejos que labran los campos; y a las mujeres que guían un carricoche; a todos cuantos preguntan de la batalla, responden con el mismo gesto obstinado, con la misma voz apasionada:

—¡No pasarán!

Cap. XXIX

ESTA misma hora es de nieve y ventisca en los montes alsacianos, de niebla espesa en el mar, de fría lividez en la Champaña… Pero en las doscientas leguas de foso cenagoso, lleno de ratas y de resplandores, donde el peludo tirita con las manos doloridas sobre el fusil, estallan las bombas desmoronando los

parapetos, desgranan las ametralladoras sus truenos, se abre el eco profundo de las minas. Hay parajes llenos de ardor, de ira y de tumulto, que repentinamente quedan en silencio con sus largas hileras de muertos aplastados sobre la tierra. Grandes vuelos de cuervos se abaten bajo el cielo del alba. Se queja el herido oculto en la maleza, y el que se arrastra por el borde del camino, y el otro cubierto de sangre, que se recuesta sobre el talud de la trinchera, y aquellos tan pálidos, con la frente vendada, que abren los ojos sobre el cabezal de las camillas. Las patrullas exploran el campo, y por las mil trochas que arriban a la línea de fuego, van los soldados en difuso deslayo. Para no resbalar en el lodo se apoyan en fuertes maquilas, y por las distintas trochas los camilleros vienen y van. En alguna casamata, a la redonda de la estufa donde hierve el agua del café, los oficiales conversan de guerra y de mujeres. Son jóvenes, y para la vida y para la muerte tienen una sonrisa llena de gracia inconsciente, como en el tiempo de la gran revolución.

Cap. XXX

EN la retaguardia velan los Cuarteles Generales. Suena de continuo el timbre del teléfono: Llegan soldados ciclistas cubiertos de lodo con un vaho de niebla: Se reciben noticias del frente de batalla, se transmiten órdenes, y los oficiales se encorvan consultando las grandes cartas geográficas. Cuando alguna vez nombran a los alemanes, lo hacen sin odio y sin jactancia, pero con aquel íntimo menosprecio que tuvo el latino por los pueblos extraños.—Para el alma francesa, armoniosa y clásica, el teutón continúa siendo el bárbaro—. Los timbres eléctricos no dejan de sonar, y todo se hace despacio, con mesura, sin nervios. De tarde en tarde aparece en la puerta de la vasta sala un oficial que saluda cuadrándose: Viene de la oscuridad, del barro, de la lluvia, y trae un pliego. El general le estrecha la mano y le ofrece una taza de café caliente. Después le ruega que hable, con esa noble cortesía que es tradición de las armas francesas. Y otra vez los timbres, y las órdenes breves, y el esperar atentos.

Cap. XXXI

SOBRE la gran llanura picarda, la batalla se encrespa. Por el laberinto de zanjas cavado a retaguardia de la primera línea de trincheras, y camino para llegar a ellas, avanzan escuadras de infantes ingleses y franceses, que corren en fila india, resbalando y chapoteando en el barro, anhelantes por llegar. Las bombas alemanas ruedan, encendiendo los aires en el caos gris de la niebla, y estallan, desmoronando los taludes. En algunas ocasiones queda cegado el paso, y la tropa desfila bajo la descubierta del fuego enemigo, ligera y dispersa. El vasto campo de la batalla se les aparece de pronto, nebuloso y profundo, estremecido de instante en instante por las lumbres y el trueno de los cañones. Agazapándose, entran otra vez en el laberinto de zanjas, y caminan enterrados en el barro hasta las corvas, pero con un aliento nuevo. Pelotones de infantes arriban a la primera línea de trincheras por diversos caminos y en distantes parajes; el laberinto de zanjas es un hormiguero de hombres. Sobre el talud que da vista al campo enemigo, las escuadras alinean sus fusiles, y hacen fuego por descargas. Los torpedos, al estallar, destruyen los parapetos y sepultan a los hombres; trazan en el cielo su lenta curva; caen humeantes; abren hoyos profundos. Y, en el fondo de la llanura, flamea sobre el cielo negro el resplandor de tres aldeas en llamas, rodeadas de clamores: Un cerco de mujeres trágicas que abrazan a sus hijos, y de viejos que levantan los brazos.

CAP. XXXII

FILO del amanecer, la infantería de los aliados se lanzó fuera de sus trincheras, asaltando las defensas alemanas. Los soldados, tendidos en ala, corren con la cabeza baja, alentados por el fuego de la artillería; resbalan, caen, chapotean, salvan las zanjas, se desgarran en las alambradas. Alguna vez, en los socavones de las balas desaparecen, sumiéndose lentamente, y el agua fangosa hace remolino en torno de los cascos. Solo las manos asoman pidiendo auxilio, tan hondo cavaron las balas en la tierra. Hay parajes que son verdaderos tremedales. Las ametralladoras alemanas cruzan sus fuegos, y filas enteras caen como si se doblasen. En medio de la humareda, algunos soldados, muy destacados, siguen avanzando a la carrera, la granada en el puño. Las columnas de asalto se suceden en oleadas: Los muertos quedan atrás, aplastados sobre la tierra, medio desnudos, desgarradas las ropas por las explosiones: Los heridos se

arrastran por las esguevas, buscan dónde cobijarse, y, hallado el seguro, levantan sus clamores pidiendo socorro:

—¡Nadie me vale! ¡Nadie me vale!

—¡Una gota de agua!

—¡Camilleros! ¡Camilleros! ¡Camilleros!

—¡Y me dejáis morir!

—¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

—¡Nadie me vale! ¡Nadie me vale!

La niebla está llena de estas voces perdidas, empañadas de dolor; pero las olas de soldados siguen atravesando la llanura, corren de cara a las trincheras alemanas atuidas de muertos y arrojan sus granadas, y dan voces con la dramática alegría de la guerra. La llamarada de las aldeas, flameando sobre el cielo negro, pasa sobre sus ojos, y les cubre el alma de un impulso de ira resplandeciente.

—¡Boches! ¡Bárbaros boches!

Cap. XXXIII

¡QUÉ cólera magnífica! ¡Qué chocar y rebotar, qué mítica pujanza tiene el asalto de las trincheras! ¡Y qué ciego impulso de vida sobre el fondo del dolor y de la muerte! ¡Cómo la gran batalla se quiebra y disloca en acciones parciales, en marchas, en flanqueos, en sorpresas, hasta desvanecer por completo su visión estelar en el tumulto del cuerpo a cuerpo, y acabar en un grito que es como el canto victorioso del gallo! Pero el pensamiento matemático, más fuerte que las vidas y las muertes, permanece inmutable en todas las formas de la batalla; es una ley en el tumulto de la trinchera, como en el tiro de la artillería. Todas las acciones diversas e imprevistas que sobrevienen, hallan un enlace armonioso en este formidable acorde. La guerra tiene una arquitectura ideal, que solo los ojos del iniciado pueden alcanzar, y así está llena de misterio telúrico y de luz. En ninguna creación de los hombres se revela mejor el sentido profundo del paisaje, y se religa mejor con los humanos destinos. Por la guerra es eterna el alma de los pueblos. La lujuria creadora se aviva por ella, como la antorcha en el viento que la quiere apagar. Solo la amenaza de morir perpetúa las formas terrenales, solo la muerte hace al mundo divino. Si en las claras entrañas de los

cristales no se engendran hijos es por su ilusión de eternidad, y las entrañas de la mujer son fecundas porque son mortales. Los monstruos gigantescos que rugieron ante la caverna del adamita, y fueron amenaza para todos los seres vivos, perecieron porque la lujuria se enfrió en ellos. Como eran llenos de fuerza y de dominio, estaban libres de terror de la muerte, y ninguna voz de la naturaleza pudo advertirles que no eran eternos. La muerte es la divina causalidad del mundo. ¡Y qué mística iniciación de esta verdad tan vieja se desvela en la guerra! Aquella ciega voluntad genesíaca que arrastra a los héroes de la tragedia antigua, ruge en las batallas.

Cap. XXXIV

LA infantería avanza en negras oleadas; retiembla la tierra bajo el golpe uniforme de las ferradas botas; hay un coro de voces profundas:

—¡Adelante! ¡Adelante! ¡Adelante!

Una convulsión recorre la trinchera, y perdura vibrante en el tintineo de las bayonetas. Los alemanes gritan:

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!

Son miles de voces. Asoman apenas las puntas de los cascos, y los franceses las aplastan a golpes de granada. Al abrigo de la trinchera, desmoronada y llena de muertos, los alemanes hacen fuego de repetición. Acompasados, se echan los fusiles a la cara, y disparan. Innumerables lagartijas de llama rasgan las tinieblas. La ola de asaltantes, zuavos y legionarios extranjeros, penetra en la trinchera, y un bramido bestial los acoge. Las granadas ponen fuego en las yacijas de paja y en los capotes de los muertos, y el humo y el olor de la carne chamuscada sirve de fondo al clamor de los heridos. Un soldado alemán, envuelto en llamas, corre a través del campo dando gritos. El incendio, que rampa solapado por el fondo de las trincheras, en momentos, bajo el golpe de las granadas, se aviva y surge, llenando de reflejos las puntas de los cascos y el acero de las bayonetas. Se revela el rostro de los soldados, pálidos, salpicados de sangre, cubiertos de lodo, con los ojos agudos como puñales. La artillería de los aliados bombardea el campo que se extiende a retaguardia de la trinchera, y su fuego de cortina cierra el paso a las reservas que acuden a reforzar la primera línea. Los heridos alemanes se incorporan suplicantes:

—¡Franceses! ¡Franceses! ¡Camaradas!

Los que restan ilesos arrojan los fusiles y levantan los brazos:

—¡Camaradas! ¡Camaradas!

Forman grupos sombríos, atónitos, con una torva expresión de desamparo. La derrota los embrutece y envilece:

—¡No somos prusianos! ¡Somos bávaros!

Y otro grupo, arrodillado en el fango, con los brazos en alto:

—¡Los bávaros no queríamos la guerra! ¡Franceses! ¡Franceses! ¡Camaradas!

Perdida la esperanza de vencer, ciega como un instinto, ingenua y brutal, parecen bueyes desalentados. Los franceses les conceden cuartel con el gesto orgulloso de la victoria.

Cap. XXXV

LAS tropas inglesas atacan en la izquierda del Ancre. Cientos de cañones, tronando al mismo tiempo, abren sus rojas golas en la bruma del amanecer, y tiembla sobre la tierra un arco de luz. Dura hace tres días el bombardeo, dominador y tenaz como el alma de la vieja Inglaterra. Las tropas acantonadas en la retaguardia, duermen pesadamente en un sopor de olvido, y, cuando llega la hora, el silbato de los sargentos las despierta: Se incorporan con rumor de ganado, los ojos cargados de visiones: Antes de partir, a la redonda de los bagajes, beben su taza de café caliente, el fusil al hombro, la mochila a la espalda. Con paso uniforme van por las carreteras en columna de a cuatro; los capotes mojados despiden un vaho acre, y, a poco de iniciada la marcha, ninguno habla. Las jornadas parecen interminables para el soldado cuando camina así, encerrado en la fila, viendo de continuo la espalda del que marcha delante, sintiendo escurrir por la carne el agua que gotea del casco. Es un deseo de llegar a la línea de batalla, de estrechar entre las manos el fusil que adormece el hombro dolorido, de sentirlo caliente y palpitante como una vida. Produce la angustia del mareo el monótono compás de los pasos: ¡Toe! ¡Toe! ¡Toe!

Cap. XXXVI

AL amparo de nieblas y tinieblas, las tropas alemanas abandonan las trincheras que la artillería enemiga desmorona y aplasta. Inician una retirada sigilosa, y aun cuando para encubrirla sostienen el fuego en algunos sectores, las patrullas inglesas, que mantienen el contacto, descubren la maniobra. Los cañones alargan sus tiros, y comienza el bombardeo de la segunda línea. Los reflectores esclarecen el campo, y, bajo el cielo nebuloso del alba, pasa un vuelo de aviones. Los alemanes se tienden en tierra, cercados por una cortina de fuego; los aviones los descubren, y las granadas comienzan a caer sobre ellos. Entre nubes de humo y turbonadas de tierra, vuelan los cuerpos deshechos: Brazos arrancados de los hombros, negros garabatos que son piernas, cascos puntiagudos sosteniendo las cabezas en la carrillera, redaños y mondongos que caen sobre los vivos, llenándolos de sangre y de inmundicias. Los alemanes, viéndose descubiertos, comienzan a gritar:

—¡Ingleses! ¡Ingleses! ¡Piedad! ¡Piedad, que somos hombres! Es un mugir de espanto como en los eclipses de sol tienen los toros en la dehesa. Sobre el horizonte tiembla de continuo el resplandor de la batalla, y el tronar de la artillería parece una voz que saliese de los abismos de la tierra.

Cap. XXXVII

LA caballería india, distribuida en fuertes escuadras, espera tras la línea de ataque; un estremecimiento la recorre; espuelas y sables se entrechocan. Los caballos levantan las orejas y abren la nariz al viento, alguno se encabrita y corre por la campaña rebotando al jinete entre los dos borrenes. En la media luz del alba blanquean los turbantes, y se mueven las siluetas, llenas de armonía bélica como figuras de un friso. Palidecen las estrellas, y el rojo resplandor de los incendios se levanta sobre el horizonte. Es el momento en que la caballería india se lanza, con la rienda suelta, para hacer prisioneros. El galope de los caballos sacude la tierra con un vasto rumor lleno de evocaciones antiguas. Los jinetes corren con los sables en alto, los ojos ardientes, la boca estremecida por una sonrisa blanca que descubre los dientes. Los alemanes, viéndoles llegar, levantan los brazos:

—¡Piedad! ¡Piedad!

Los jinetes indios pasan acuchillándolos, y revuelven los caballos con los

sables siempre en alto. El corvo tajo fulgura feroz sobre los turbantes. Resuena un grito de asombro y de cólera:

—¡No dan cuartel! ¡No dan cuartel!

Los alemanes retroceden empuñando los fusiles; miran llegar a los jinetes entre nubes de humo, y, parapetados en los socavones de las granadas, hacen fuego. Se encabritan los caballos, y corren por el campo con largo relincho, el belfo palpitante, afrontados los ojos, levantan la crin. Una montura, con la rienda suelta, galopa espantada arrastrando al jinete, que va caído sobre la grupa, sin turbante, flotando la melena negra como el ala del cuervo, y un borbotón de sangre sobre el pecho. Los alemanes, entre descarga y descarga, levantan un terrible grito:

—¡Muera Inglaterra!

Los jinetes indios revuelven los caballos y sonríen crueles bajo el resplandor de los sables. Dan la última galopada sobre un campo de muertos, y se tornan a su real.

Cap. XXXVIII

EL Cuartel General de Sir Francisco Murray, veterano de las guerras coloniales, está en un palacio de estilo neoclásico, en el fondo de la Picardía. Al Cuartel General llegan de continuo las nuevas de la batalla. Bajo la gran avenida de álamos se cruzan los automóviles del Estado Mayor. Los ordenanzas hablan con los soldados ciclistas que, prontos a partir, esperan al pie de la escalinata. En las vastas salas apagadas y desiertas, resuena el timbre de los teléfonos. Cuatro oficiales trabajan en la biblioteca, que tiene las paredes cubiertas de planos militares, y en una estancia inmediata termina la conferencia de dos generales. Aparecen en la puerta de la biblioteca con los habanos encendidos y una sonrisa jovial. El más viejo tiene grandes bigotes canos y ojos de claro azul infantil enfoscados bajo las cejas. La frente, de una gran blancura, contrasta con las mejillas atezadas y llenas de arrugas. El otro es alto, fuerte, encendido, con anteojos de oro y un gesto de imperio en la boca rasurada. El viejo, interroga:

—¿Hay noticias de los franceses?

Uno de los oficiales revuelve los papeles que tiene delante, y le alarga una

hoja:

—Aquí está el comunicado, mi general.

—¡Bueno! ¿Qué dice?

—Entre ayer y hoy han hecho seis mil prisioneros.

El general joven interrumpe:

—Nosotros no habremos hecho ninguno… No haremos prisioneros en muchos días.

Los oficiales se miraron, y uno aventuró:

—Sin embargo, ayer y hoy nosotros también hemos tenido un gran triunfo.

El General Murray hizo un gesto de asentimiento:

—Pero sin prisioneros.

Sir Guillermo Scott, el general viejo, reía con risa cascada, al mismo tiempo que se llenaba una copa de whisky:

—¡Sin prisioneros! ¿Verdad, señores, que los partes sin prisioneros son poco decorativos?

Sir Francisco Murray le miró como se mira a un niño:

—Dejemos lo teatral para los alemanes. Nuestros partes son partes ingleses. En muchos días, no haremos prisioneros, porque es preciso castigar la felonía de aquellos prusianos que se acercaron gritando que se rendían, y a mansalva, seguros de que los ingleses no pueden tirar contra el enemigo que se entrega, atacaron nuestras trincheras con granadas de mano.

Sir Francisco Murray hablaba despacio, con un dejo de disgusto. Uno de los oficiales interrogó:

—Mi general y ¿cuánto tiempo durará la orden de no conceder cuartel?

—Debía durar hasta el fin. El Imperio Alemán ha faltado a sus pactos, ha faltado a las leyes de la guerra, ha faltado a todos los usos del Derecho de Gentes… Pero ahora han sido los soldados quienes olvidaron y mancillaron el honor militar como una tribu salvaje, y hemos de imponerles el castigo impuesto tantas veces por nosotros en África y Oceanía.

Sonaba el timbre del teléfono, y uno de los oficiales se levantó. En la biblioteca todos callaban. La luz del alba rayaba en los postigos de las ventanas, y parpadeaban las luces: Se advertía en todos los semblantes la huella del insomnio. El oficial que había acudido al teléfono apareció en la puerta:

—Se confirma nuestro avance. ¡Una gran victoria sin prisioneros!

Cap. XXXIX

EN el ápice de la noche y el día, sutiles nieblas vuelan sobre los ateridos Campos Cataláunicos. Tras las nieblas se perfila la masa de un ejército. Ruedan los cañones y galopan los caballos con rumor sonoro, que se difunde por la vasta plana endurecida de la helada, y limitada en su lejanía por azulados bosques. Los oficiales de órdenes caracolean sus caballos al detenerlos frente a los batallones tendidos en línea bajo las banderas desplegadas. El General Gouraud revista las tropas, y decora las banderas con la Legión de Honor. Tiene un brazo cercenado, y el rostro curtido por todos los soles, la mirada exaltada y mística, con una luz azul de audacia sagrada. Besa las banderas al imponerles la cruz, y las banderas, rasgadas por la metralla enemiga, flamean sus jirones sobre la figura mutilada del General. Son de una emoción hermana y ejemplar las banderas desgarradas y aquel soldado manco estropeado en la guerra. Cantan los clarines con claras voces, desfilan al galope los jinetes, hacen salvas los cañones, y adelantan las escuadras de infantes acompasando el paso al redoble de los tambores. Una emoción religiosa cubre la vasta plana, y las sombras antiguas ofrecen sus laureles a los héroes jóvenes de la divina Francia.

Cap. XL

IPRES y Arras, Verdón y Reims, Thann y Metzeral, son grandes campamentos. A lo largo de las carreteras, bajo los árboles desmochados, en la puerta de los ventorros, por los establos de las granjas, todo a la redonda de las heroicas ciudades, está lleno de soldados. Patrullas de caballería, con grande y sonoro estrépito, galopan por las carreteras y atraviesan los dormidos burgos. En el fondo de los bosques, soldados con el torso desnudo sacrifican vacas y novillos. Las reses muertas cuelgan de las fuertes ramas, y las que van a morir rebullen acobardadas, dando tirones al ronzal. Por los verdosos y nebulosos ríos bajan los barcos hospitales. Atracan en los remansos para sepultar a los muertos, y vuelven a navegar, sonando una campana. Grupos de soldados, a la puerta de los alojamientos, limpian las armas, almohazan los caballos, aparejan los tiros y estiban las municiones en los carros. Escuadras de infantes vivaquean en el lindero de los bosques: Algunos se bañan en los arroyos: Otros, a la puerta de los

albergues, entre los carros y las yuntas, fuman sus negras pipas, mientras los fuertes frisones de redondos cascos, trituran el pienso de avena, sepultado el hocico en un talego, y humillada la cerviz. Ruedan los convoyes en la niebla del amanecer, despacio, con un vaivén pesado. Bajo la lona sucia se perfila la forma rígida de los cañones, y en el izquierdo del tiro cabalga algún soldado veterano, de rojo mostacho partido en dos pábilos, y ojos aldeanos, claros ojos acostumbrados a mirar muy lejos, como los del marino, pero menos bruscos, y más llenos del amor de las cosas. Por todos los caminos que conducen al frente de batalla desfilan los largos convoyes, y, para disimularlos a la escudriña de los aviones enemigos, los carros van cubiertos de ramajes: Desfilan abriendo hondas rodadas, y las escoltas, repartidas a uno y otro lado, marchan en silencio. Los carros verdeantes de las ametralladoras tienen un vivo traqueteo, y entre unos y otros ruedan los que conducen las pesadas y plomizas cajas de municiones. En la retaguardia de las trincheras se tienden bosques quemados por los gases asfixiantes, granjas saqueadas, aldeas en escombros, iglesias con el campanario mocho… Es una sucesión de imágenes desoladas que no se interrumpe desde la costa norteña a los montes de Alsacia. En los atrios de las viejas ciudades estallan las granadas, caen las piedras de las catedrales, los pórticos coronados de santos tiemblan en sus cimientos, se rompen los rosetones, y las golondrinas vuelan asustadas por las naves desiertas. En la luz del día que comienza, la tierra mutilada por la guerra, tiene una expresión dolorosa, reconcentrada y terrible.

UN DÍA DE GUERRA (VISIÓN ESTELAR).

SEGUNDA PARTE: EN LA LUZ DEL DÍA

I

EL sol del alba da su luz a los horrores de la guerra. Un vasto rumor de voces y de conciencias, más ardiente que el viento del desierto pasa sobre la dulce y atarazada Francia. Se siente el temblor de las almas como tremolar de gloriosas banderas, y el afán de los corazones tiene en el aire una vibración más pura que la luz. Grandes ejércitos de rubios bárbaros vigilan agazapados en los fosos de su atrincheramiento, y miles de soldados franceses que van por caminos, desaparecen en las revueltas, se pierden en la sombra de los bosques, se ocultan al trasponer las lomas. La pequeñez del hombre en el paisaje adquiere la angustia de una verdad desconsoladora y final. Vuelan nubes de humo entre relampagueos y súbitas llamas, el tumulto de la batalla pasa sobre los campos estremecidos y llenos de ecos, con sus aldeas abandonadas, sus puentes rotos, sus granjas en llamas. No se ven los ejércitos y los campos parecen en soledad. Es la guerra sin el tropel y la furia, la guerra de una matemática cruel que tiene la ciega voluntad de los astros. Y en la clara turquesa matinal, el vasto rumor de voces y de conciencias, se levanta como un arco de alianza sobre la dulce y atarazada tierra de Francia. De la unidad del sentimiento nace la comunión telepática de las conciencias, y todos los hombres se comprenden religados en el milagro de una nueva Fe.

II

UNA Iglesia bombardeada, cerca de Reims.—La iglesia de Bétheny.—Está hundida la bóveda y el recinto aparece lleno de escombros. Por la rotura del muro penetra una claridad dorada que ilumina las ortigas del presbiterio. Revolotean los pájaros, y en lo alto de las columnas, sobre los capiteles mutilados pían las nidadas. La arcada del coro aún logra sostenerse en pie, y a su

abrigo hay un altar cubierto con banderas. Los soldados, los viejos y las mujeres del pueblo oyen la misa. El trueno de los cañones resuena en la rota bóveda: Las baterías alemanas están bombardeando la catedral de Reims. Acaba la misa y el Abate reza en silencio con el cáliz entre las manos. Una vieja que custodia las alhajas y vestiduras de la iglesia, se acerca al altar, cierra el misal y pone a recaudo en la faltriquera la campanilla de plata. El Abate Baudin se signa despacio y sale tras de la viejecilla, la cabeza inclinada sobre el hombro y un rictus doloroso. Fuera, en el campo de la iglesia, un auvernés vende a los soldados espejos con marcos de latón, peines, papel de cartas y jabón de olor. El Abate Baudin se dirige a un grupo de oficiales, con gestos apasionados.

EL ABATE BAUDIN

¡Otra vez los bárbaros están bombardeando la catedral! Acabarán por arrasarla como la capilla de la Consagración.

EL TENIENTE ROLLIN

Se vengan de su fracaso en la Picardía.

EL ABATE BAUDIN

Fue un milagro la batalla del Mame. ¡Dios misericordioso si llegan a ponerle sitio a París!

EL TENIENTE ROLLIN

Lo hubieran arrasado.

EL ABATE BAUDIN

Atila retrocedió delante de los muros de Roma.

EL TENIENTE ROLLIN

Eran otros tiempos.

EL CAPITÁN ROUFIGNA

¿Pero puede ser arrasado París? ¿Puede haber un ejército capaz de tal barbarie?

EL TENIENTE ROLLIN

Era el propósito alemán. No es un secreto.

El Capitán Roufigna

¡Yo dudo que se hubieran atrevido!

El Teniente Rollin

El Gran Estado Mayor tenía estudiado dividir la ciudad en diez cuarteles: Comenzar por uno, arrasarlo a cañonazos, y luego proponer la paz. Si no era aceptada arrasar otro y volver a proponerla, pero en condiciones más duras. Y continuar así hasta quebrantar la voluntad de Francia.

El Abate Baudin

Si llega ese momento no hubiéramos podido resistir.

El Teniente Rollin

¡El clamor del mundo lo hubiera cubierto el ruido de los cañones!

El Abate Baudin

Ha sido un milagro la batalla del Mame. Y parece que los alemanes ya empiezan a reconocer nuestra victoria.

El Capitán Roufigna

La victoria, pero no el prodigio, señor Abate. Dios solamente puede obrar milagros a favor del pueblo elegido, y ese pueblo es el alemán.

El Abate Baudin

Tienen el viejo concepto judaico. Y su mentalidad, y toda su moral es judaica, y su idea de Dios. El Káiser en las pragmáticas y en las arengas todavía no ha nombrado una vez a Cristo Jesús.

El Teniente Rollin

Dios es un valor político en las arengas del Káiser. Turcos, judíos, católicos y luteranos no hacen diferencias de fe cuando se nombra a Dios.

El Abate Baudin

Y ha suprimido al Redentor del Mundo.

El Capitán Roufigna

Pero lo habrá hecho con el corazón lleno de dolor, como la violación y el expolio de Bélgica.

El Teniente Douchesne

¡Es un país trágico!

El Capitán Roufigna

¡Qué estrago el de Bélgica!

El Abate Baudin

Alemania hace la guerra fiel a su concepción ética del Universo.

El Teniente Douchesne

Una guerra de tribu.

El Abate Baudin

Una guerra de tribu porque su civilización aún no es bastante vieja para poder crear normas superiores de conciencia. La conciencia es un fruto de la edad, y los pueblos, al igual que los hombres, necesitan llegar a viejos para que los llene de resplandor la palabra del Evangelio. Alemania es un pueblo que nace: Tiene la furia vital, la furia erótica, la furia de destruir y crear de todas las juventudes. Camina ciega, llena de la idea del futuro, ciega de instintos, sin saber del pasado porque su pasado es de tinieblas. Alemania representa el día de la ira.

El Teniente Rollin

Pretende destruir la vieja máquina del mundo, y vendernos otra nueva, mejor y más barata fabricada en los talleres de Krupp. Hace la guerra llena de un instinto vital que en las fieras es todavía más ciego y violento que en los hombres. Quiere ser creadora, y nosotros fos franceses queremos sostener nuestra obra de tantos siglos. Alemania promete, y Francia ya ha dado su fruto. El Imperio es anarquista, y la República conservadora.

De pronto un avión aparece en el claro azul de la mañana planeando sobre el campo de la iglesia donde las viejas se remiendan al sol, y los soldados hacen

rueda al tabanque del auvernés, todo lleno de destellos. El Capitán Roufigna explora el cielo con sus prismáticos, y luego llama a dos soldados para que las mujeres con los arrapiezos se entren en las casas. Los chicos se agrupan en las esquinas, las mujeres se incorporan rezongando y andan encorvadas con la aguja prendida en la falda: En el umbral de las puertas se detienen y con la mano extendida sobre las cejas fisgan el avión. El corro de oficiales busca el abrigo de la iglesia, los soldados se desbandan a lo largo de la carretera y se recatan en la sombra de los árboles. El auvernés, en medio del campillo, recoge su tabanque. El avión planea muy alto, un momento desciende, y luego con gran vuelo curvo se levanta. Los cañones rompen el fuego. Apretados copos de humo muy blanco bogan en torno del gran pájaro negro. Todos los ojos están fijos en él. Cierra la curva de su vuelo y deja caer dos bombas.

Sobreviene un espanto. Los oficiales salen al centro de la plaza llena de humo. Las hojas de los árboles caen revoloteando, y por el tejado de una casa terreña brotan penachos de llamas. El tabanque del auvernés yace esparcido, cubierto de tierra y de ramajes. El cuerpo del buhonero, medio desnudo y sangriento, palpita con un resto de vida, bajo los palos del tinglado. El aura histérica desgreña a las mujeres, corren con los hijos apretados en los brazos. De la casuca en llamas sale una sombra frenética dando voces: Trae dos niños, los deja cerca de la puerta y vuelve a entrarse por entre el humo y las llamas. Todo el tejado es una hoguera. Algunos soldados escalan el muro, un oficial penetra en la casa. Se oye el golpe de picos y hachas. Al fondo de la plaza, cerca del buhonero que agoniza, reza con las dos rodillas en tierra y los brazos abiertos, el Abate Baudin. Parece abandonado en medio del espanto. Se hunde el techo de la casa, y un soldado ciego de humo aparece en la puerta con una mujer en brazos. El Abate Baudin conforta al buhonero, y recita los latines de la absolución: Sus ojos se levantan al cielo, y ve cómo el avión se aleja cercado de copos de humo, perseguido de las alas. El Abate Baudin lo contempla lleno de odio, con los ojos lo quisiera hacer caer. El rezo latino se extingue en sus labios, y cuando vuelve la atención al buhonero, halla que está muerto. Le entra como un frío, una gran amargura de mundo y duelo de sí mismo, por aquel odio que le enciende contra el pueblo del otro lado del Rhin. Y de pronto, rebelándose, sintiéndose lleno de pasión, religado a la carne y al pecado, levanta los brazos a la altura, clavadas en la tierra las rodillas.

EL ABATE BAUDIN

¡Francia! ¡Francia! ¡Francia!… ¡No te olvides de odiar, si quieres vivir!

III

REIMS. Las bombas caen sobre la catedral, el barrio que se tiende a su espalda yace todo en ruinas, y es un montón de piedras mutiladas aquella capilla donde eran consagrados los reyes de Francia. En el viejo atrio desierto, el rumor de la guerra adquiere un sentido de vida sacrílego y bárbaro. Cae una bomba que no estalla, y llegan corriendo algunos soldados que la aíslan entre estacas que clavan en tierra formando trébedes. Otra bomba revienta sobre la catedral. En el balcón de una casa frontera aparecen dos muchachas vestidas de luto, y a poco el padre, un viejo con batín y gorro de seda: Habla apresurado, su voz de caña rota zozobra cómica y tierna: Es profesor de griego y de latín en un Liceo.

MONSIEUR JANIN

¡Paulina!… ¡Elisa! ¡Pero qué falta de juicio, hijas de mi alma! ¡Tendré que clavaros el balcón!

PAULINA

¡Ahora, ahora mismo, una bomba ha roto tres santos de la portada! ¡Ha sido ahora mismo! ¡La hunden! ¡La hunden! ¡Mira los pedazos! ¡Dios mío qué lejos han saltado!

ELISA

¡Nuestra catedral querida!

El viejo humanista toma a sus hijas por la cintura y quiere llevárselas. Las dos suplican acariciándole:

PAULINA

¡Déjanos un momento!

ELISA

¡Un momento no más, padrecito!

MONSIEUR JANIN

¿Cómo podéis mirar tanto estrago? ¡Yo no puedo!…

Esparce la mirada por la plaza, y ve a una estanquera jorobada que se cubre los ojos con la mano, apoyada en el quicio de su puerta. El docto viejecillo sonríe entre irónico y triste:

MONSIEUR JANIN

Allí está la señorita Florencia. Nunca me había inspirado tan viva simpatía, pero ahora descubro que tenemos el mismo fondo sentimental.

Una bomba estalla entre los arbotantes, y derriba algunas piedras. Las dos muchachas se arrodillan en el balcón rezando a media voz, los ojos extáticos sobre las puertas de la catedral coronadas de santos mutilados. Por el fondo de la plaza comienza a desfilar un convoy de heridos: Primero los carros lentos y silenciosos, después los soldados que pueden caminar, cabezas vendadas, brazos en cabestril. Algunos se duelen cojeando, vienen sostenidos por los camaradas, arrastran una pierna que bajo el rebujo de gasas y algodones tiene un forma embrionaria. Mezclados con los franceses marchan los heridos y los prisioneros alemanes, rotos, mendicantes, trasquiladas las chatas cabezas, atónitos los ojos de porcelana.—El viejo humanista haciendo la castañuela con los dedos, espera impaciente a que termine el rezo de sus hijas, y luego rodeándoles los brazos se las lleva en volandas. Las muchachas volvían la cara para ver a los prisioneros:

ELISA

¡Parecen bandidos!

PAULINA

¡Parecen fieras acorraladas!

MONSIEUR JANIN

La verdad es que tiene algo de bestial ese cráneo alemán, algo de antihumano.

Cierra el balcón, y queda tras los cristales, contemplando la catedral. Poco a

poco los ojos se le llenan de lágrimas, las enjuga a hurto y vuelve tímidamente la cabeza por inquirir si sus hijas pueden verle. Las muchachas se han ido, el viejo cierra cauteloso la puerta, y vuelve a mirar tras los cristales, sollozando.

IV

UNA ligera llovizna enfanga las calles y aumenta su tristeza provinciana. Los niños con las carteras llenas de libros, corriendo y chapoteando, ajenos a todo riesgo, se dirigen a las escuelas, que por huir el estrago del bombardeo están recluidas en el fondo de las cuevas. Los comercios, con las lunas rotas, tienen una soledad oscura, y los viejos pañeros hablan de acera a acera con sus vecinos. Grupos de soldados van en camarada por las calles, ríen y fuman: Se detienen ante las quincallerías, y la dueña rubia y fofa, sentada tras el mostrador, los mira melancólica. El Pañero Viejo, Clotilde la Viuda, Adolfina la del Talabarte, Pedro el Marsellés, tan pronto vagan por el fondo triste de sus bazares, como asoman en la puerta y hacen sus cortesías a las damas burguesas que con las niñas casaderas cruzan la calle.

CLOTILDE LA VIUDA

¡Cuántos lutos!

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

¡Es la guerra, que dejará el mundo sin hombres!

PEDRO EL MARSELLÉS

Alguno quedará para un remedio. ¡Ya es usted exagerada, señorita Adolfina!

CLOTILDE LA VIUDA

Ni que fuese de la tierra de usted, Pedro.

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

Dije el mundo, y quise decir Francia… Pero ustedes me habían entendido.

PEDRO EL MARSELLÉS

Si Francia se queda sin varones, por patriotismo tendrá usted que quererme a

mí.

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

Ya está usted disparatando.

PEDRO EL MARSELLÉS

Volveríamos a repoblar la tierra entre los dos.

ADOLFINA LA DEL TALABARTE

Pedro, que no me hacen gracia esas bromas.

La talabartera hace un gesto pudibundo, arrebolada bajo el revoque de polvos de arroz, y se entra en el bazar, sujetándose las horquillas del rodete postizo.

CLOTILDE LA VIUDA

Si la patria se quedase sin hombres, usted también sería de los muertos… Hablo solamente por conjeturas… Pero en todo caso no podría usted hacer la repoblación con la señorita Adolfina.

PEDRO EL MARSELLÉS

Por culpa de ella, no lo dude usted.

EL PAÑERO VIEJO

¡Bien debe iros el negocio, cuando tenéis ese humor de burlas!

Sacude la pipa y se pone a cargarla. Es un hombre maniático, ya caduco, pequeño y encorvado, que de la mañana a la noche pasea ante su puerta fumando y hablando solo. Clotilde y el Marsellés cambian un guiño.

PEDRO EL MARSELLÉS

¿Usted ya no gana plata, señor Cournuty?

EL PAÑERO VIEJO

¿Y qué te importa a ti si yo gano plata? ¿Y qué le importa a nadie? ¿Y para qué quiero yo ganar plata? ¿No sabes que los dos hijos que tenía ya no los tengo? ¡Han muerto en Verdún como dos héroes! ¿No sabes que estoy solo en el

mundo? ¡Eres idiota! ¡Ha sido lástima que no te hayan matado en Verdún! ¿Qué habrás hecho tú para tener la medalla de guerra?

PEDRO EL MARSELLÉS

Recibir tres heridas, y quedarme renqueando para toda la vida, señor Cournuty.

EL PAÑERO VIEJO

Pero no te has quedado mudo, y esa es la lástima.

Le vuelve la espalda y reanuda su paseo ante la puerta, contando las piedras de la acera con gesticulación apasionada, accionando de un modo vago y fatuo. De pronto se detiene:

EL PAÑERO VIEJO

Vosotros no habéis conocido a mis hijos. No parecían hijos míos. Eran los más arrogantes mozos de Francia.

CLOTILDE LA VIUDA

¿Dónde los tenía usted, señor Cournuty?

EL PAÑERO VIEJO

En París.

PEDRO EL MARSELLÉS

¿No los tenía usted viajando?

EL PAÑERO VIEJO

Sí, viajando.

PEDRO EL MARSELLÉS

¿Es verdad que eran aviadores?

EL PAÑERO VIEJO

Yo los había enseñado a volar… Ya volaban mejor que yo… Un día nos subimos los tres a lo alto de la catedral, y fuimos hasta Verdún.

CLOTILDE LA VIUDA

¿Y usted sigue volando, señor Cournuty?

EL PAÑERO VIEJO

Todas las noches subo al tejado de mi casa, abro los brazos y ya estoy sobre las líneas alemanas. Y desde lo alto le echo escupitinas al Kronprintz. ¡Lo tengo loco!

Abre toda la boca con una carcajada, y torna a su paseo meditabundo, hablando a media voz con grandes gestos.—El Pañero Viejo se había casado con una mujer joven y pintada que un día le abandonó desapareciendo de Reims. Al estallar la guerra ya llevaba muchos años, una locura de viejo avariento que repentinamente cambió para imaginarse padre de dos hijos, dos héroes muertos en Verdún.

V

UNA columna de infantería descansa a lo largo de la carretera fangosa. Es la hora del rancho, y los peludos rodean la marmita donde flotan grandes tajadas de buey: Ríen sonando las cucharas en las escudillas de peltre, y con ellas colmadas se retiran y reparten en corros por las orillas del camino. Pablo Nolau, Juan Sully y Luis Bournaselle hacen camarada en el lindar de un majuelo. Juan Sully es poeta, y los otros dos al comenzar la guerra eran estudiantes en París.

BOURNASELLE

¡Otra campaña de invierno!

NOLAU

Y no será la última… Luchamos solos. Los rusos nunca acaban de armarse, y los ingleses tampoco.

BOURNASELLE

Inglaterra hace menos de lo que puede.

SULLY

Es el error consagrado respecto a ese gran pueblo. ¿Vosotros habéis leído el libro de Chervillon?

NOLAU

Chervillon es un anglofilo.

SULLY

Debíais leerlo porque aprenderíais algo.

NOLAU

¿Tú lo tienes? Si me lo dejas lo leeré, aun cuando no habrá de convencerme.

BOURNASELLE

¿De qué trata ese libro?

SULLY

Del esfuerzo enorme realizado por Inglaterra.

BOURNASELLE

¡Enorme! Inglaterra tan fabril, tan industrial, produce hoy menos municiones que Francia. ¡Enorme!

SULLY

Pero de sus astilleros sale un gran acorazado todos los meses.

NOLAU

Es el esfuerzo bien entendido. A Inglaterra solo le preocupa el aumento de su escuadra.

SULLY

Y con su escuadra, poco a poco, va ganando la partida.

BOURNASELLE

Toda la gloria de esta guerra es de Francia.

SULLY

De Francia y de sus aliados…

BOURNASELLE

¡De Francia! El mundo entero lo reconoce así.

NOLAU

Los mismos alemanes nos hacen esa justicia.

SULLY

Es posible que la acción gloriosa sea nuestra, pero la acción eficaz es de Inglaterra. Esta guerra es una guerra mediterránea, y la victoria solo puede darla el dominio del mar. Alemania se lanzó a la lucha creyendo que nunca intervendría Inglaterra.

NOLAU

¡No son tan alocados los boches!

BOURNASELLE

Son vanos, y es muy sagaz la vieja puritana. Yo también estoy convencido de que no hubiera estallado la guerra, si la política inglesa define su actitud cuando el ultimátum a Serbia.

SULLY

¡Seguro!

BOURNASELLE

Y ese es el rencor que le tengo. Pudo haber evitado esta catástrofe y no quiso. Inglaterra ha sido como el embozado de las comedias viejas, aquel que todo lo complica y espera a descubrirse cuando ya nadie queda fuera del enredo. ¡Ese es el rencor que le tengo!

SULLY

¡Yo no! Inglaterra ha hecho como los buenos policías cuando barruntan el intento de algún robo, que no lo estorban para poder cazar a los criminales. Alemania fue a la guerra para dominar a Europa. Estaba segura del triunfo, y

contaba con el dominio del mar. Los austríacos, los griegos y los turcos juntarían sus escuadras, acaso también los italianos. Todos unidos nos atacarían en el Mediterráneo. El objetivo era Marsella. Y nuestra flota tendría que dividirse, porque simultáneamente la escuadra alemana nos atacaría en el Atlántico. Inglaterra ha evitado esta catástrofe.

NOLAU

Pero si podía evitarla, evitando al mismo tiempo la guerra…

SULLY

Solamente pudo alejarla, pero la guerra era fatal. Inglaterra afrontó sus responsabilidades, consciente de su fuerza, y más consciente aún de que era un deber quebrantar mientras era tiempo el imperialismo teutón que ponía el egoísmo de sus fines sobre todo derecho. No era lo esencial evitar la guerra, lo esencial era imponer el triunfo de una ética superior, a la ética bárbara que representa el Imperio Alemán. Y ese milagro lo está alcanzando la vieja Inglaterra.

NOLAU

¿Con sus barcos?

SULLY

Con sus barcos. Los ejércitos que se mueven por las líneas interiores, son al cabo vencidos por el dueño del mar. Es una ley histórica. Aníbal, el más grande de los capitanes…

BOURNASELLE

Estás faltándole a Guillermo.

NOLAU

Y se te enfría el rancho.

Sully hace un gesto desdeñoso, contempla la escudilla y vuelca el caldo grasiento que resta en el fondo. Después limpia la cuchara en una mata de yerba.

SULLY

Napoleón por líneas interiores llevó sus legiones desde Cádiz a Moscovia. ¿Y quién venció a Napoleón? El navío inglés. ¿Y quién venció a Aníbal? El trirreme romano.

BOURNASELLE

Aníbal era un semita, y un latino Napoleón. Dos cráneos científicamente desacreditados.

SULLY

Advierto que el rancho os comunica el alado ingenio de un boche.

BOURNASELLE

Querido, pero tú no admites la controversia. Tu anglofilia te lleva a sostener una paradoja. Precisamente la superioridad de nuestros enemigos está en moverse por líneas interiores, y poder concentrar sus fuerzas para dar golpes decisivos. La superioridad estratégica de una línea sobre otra se reduce al tiempo. Aníbal y Napoleón no tenían ferrocarriles ni automóviles, sus ejércitos caminaban despacio, y el viento empujaba más deprisa las velas marinas.

SULLY

Todo eso sería razonable, si la flota inglesa solamente sirviese para transportar ejércitos que hubiesen de pelear en tierra firme. Pero el principal objetivo de las escuadras aliadas es el bloqueo de Alemania.

NOLAU

¡Tú crees esos cuentos de que los boches se mueren de hambre!

Juan Sully sonríe espiritual, con gracia casi femenina: Es rubio, tiene los ojos muy azules, y un bello gesto como Alfredo de Musset.

SULLY

Yo creo que nadie se muere de hambre. Como poeta tengo hecho mis pruebas.

NOLAU

Pudiera ocurrir que la resistencia de un boche fuese menor.

Bournaselle

¡Calla blasfemo! Un poeta es un elegido de las musas, pero un boche es un elegido de Dios.

Sully

Nunca les ha ido bien a los pueblos cuando se proclamaron elegidos de Dios. Primero fueron los hebreos, después los españoles, ahora los boches…

Bournaselle

Pero los boches son los únicos elegidos científicamente, con arreglo a prácticas de laboratorio. Dios para esta última elección ha sido sabiamente ilustrado por toda la ciencia alemana.

La tropa comenzaba a formarse en la carretera. Algunos soldados tenían un aire sombrío, pero los más se mostraban alegres, con alegría externa e inquieta. Se oía el cañoneo lejano, volaban muy alto los aviones, y los viejos y las mujeres que trabajaban las eras, miraban en silencio cómo se formaba la columna en el pecinal de la carretera. La campiña aterida y encharcada tenía un verde tierno manchado con el amarillo agrio de la flor de la retama. Y el cielo gris era de una tristeza infinita.

VI

LAS tropas de primera línea se entumecen en el fondo de los silos y refugios. En los puestos avanzados y a diversas distancias, los centinelas velan sobre el campo enemigo y enfilan la mirada por el cañón del fusil, agazapados tras el talud de las trincheras. Se hace el relevo apagando el rumor de voces y pisadas. Algunos peludos duermen echados sobre el barro, otros sentados a la entrada de los abrigos escriben una carta despacio, con recogimiento, sin cura de los torpedos que, trepidante el negro vientre cargado de hierro, pasan abriendo, una lenta curva, y estallan más lejos: Apagando la voz, hablan los peludos de una escuadra:

Un Soldado

Esta noche tendremos jarana.

OTRO SOLDADO

Creo que nos mandan a Verdún. ¡Aquello anda mal!

OTRO SOLDADO

¿Qué sucedería si los boches tomasen la plaza? ¿Se haría la paz?

Los tres peludos se miran suspicaces. Son tres aldeanos fuertes y encendidos, de anchos pómulos y anchas orejas, lentos en el ademán, en el habla y en el imaginar.

EL CABO PERIER

Ya pasó aquel tiempo en que los boches podían vencer a los franceses. Ahora estamos más fuertes que ellos.

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

Si los boches toman Verdún…

EL CABO PERIER

¿Crees tú que lo tomen?… De todas suertes eso no sería la paz.

OTRO SOLDADO

Si toman Verdún, será porque así le conviene a papá Joffre.

Ninguno contradice, pero debajo de aquel asentimiento aparente, se adivina la zozobra. Y de nuevo hay un silencio.

EL SOLDADO JUAN SIMÓN

Yo no sentiría que destinasen el regimentó a Verdún. Tengo allí dos hermanos… Y morir, en todas partes se muere. No será Verdún peor que el Iser. En Verdún habrá municiones, y en el Iser ni hombres ni municiones.

EL CABO PERIER

¿Cuánto tiempo has estado tú en el Iser?

El Soldado Juan Simón

Tres meses.

El Cabo Perier

¿Y de allí dónde pasaste?

El Soldado Juan Simón

Al hospital. ¡Qué vida regalada la de aquel hospital, en un hotel de príncipes! Yo tenía un brazo roto, y me pasaba todas las mañanas por el parque, oyendo cantar los mirlos. Por las tardes teníamos conciertos y representaciones. ¡Cómo me he reído con un monólogo que nos hizo la Réjane!

El Cabo Perier

El hospital nunca es alegre. Siempre hay algún compadre que hace la mueca y guiña el ojo, en la cama vecina.

El Soldado Juan Simón

A esa película ya se va acostumbrado de las trincheras, y no emociona.

El Cabo Perier

¡Y las recomendaciones del alma, con tanto hablar del pecado y del Infierno! ¡Vaya un entrenamiento para hacer el recorrido de la otra vida!

El Soldado Juan Simón

¡Pues para volver al frente también son un regalo!

El Cabo Perier

Y el prójimo a quien le enjaretan la plática, es quien menos la escucha. Gana de perder el tiempo y quitarle el humor al compañero que está convaleciente y espera un permiso para ir a correrla quince días a París. ¡Yo solo admito que me encomiende el alma la Bella Otero!

Los soldados ríen de un modo apagado y forzado. Vuelan los aviones alemanes avizorando la línea, rompen contra ellos el fuego los cañones franceses, y los pájaros de hierro se remontan entre copos de humo tan apretados

y densos que parecen pavones blancos.

En las quebradas y barrancas, a retaguardia de la primera línea de trincheras, hay emplazados grandes cañones, unos ocultos bajo toldos de remendadas lonas que tienen el color barcino de la tierra, y otros celados por ramajes. A la redonda, chapoteando en el barro, se afanan pelotones de soldados tiznados y arremangados. Cada vez que el cañón se levanta para disparar, se apartan corriendo, y se agazapan a la boca de los abrigos mirando la negra gola que se llena repentinamente de humo y de llamas. El acre olor de los explosivos les enciende los ojos y les fuerza a toser. Se hablan con palabras breves, pero de muy varia emoción, unas veces ardientes, otras veces estoicas, otras burlonas: Siempre breves:

UN PELUDO

Hoy los boches están mudos.

OTRO PELUDO

Tienen toda su tormentaria sobre Verdún.

Un avión deja caer dos bombas, que estallan a veinte pasos levantando gran remolino de tierra. Algunos cascotes de hierro rebotan en el casco de un soldado. El peludo se lo quita riendo:

EL PELUDO

¡Mi teniente, creo que soy invulnerable!

EL TENIENTE ROLLAND

¿Te alcanzó algo?

EL PELUDO

Una almendra que me abolló el casco.

El avión que se había remontado hasta perderse en las nubes, vuelve a descender, se agranda violentamente, parece que va a tocar la tierra: Deja caer otras dos bombas y torna a remontarse rodeado de copos blancos. Las bombas al estallar levantan una turbonada barrizosa, y al disiparse aparecen algunos soldados tendidos sobre el campo, destrozados, casi desnudos. El pobre

invulnerable es un rebujo sanguinolento. Acuden los aviones franceses, acuden otros alemanes, y se traba un combate en los aires. Los soldados enterrados en las trincheras miran cómo los pájaros de hierro se buscan y se esquivan. Los rostros tienen la máxima expresión de anhelo. Un avión vuela más alto que ninguno, desde el cénit baja como un gerifalte, dispara su ametralladora, y repentinamente otro avión aparece envuelto en llamas. Se le ve bajar volinando como un pájaro herido en las alas:

UN PELUDO

¡Es boche! ¡Es boche!

OTROS PELUDOS

¡Victoria! ¡Victoria!

Un oficial que contempla el combate con los prismáticos, se vuelve al grupo de soldados: Otros oficiales siguen atentos con los gemelos sobre los ojos y en algunas manos se advierte ligero temblor.

EL TENIENTE ROLLAND

¡Es francés! Tiene nuestra escarapela.

ALGUNAS VOCES

¡Es nuestro! ¡Es nuestro!

UNA VOZ SIN ESPERANZA

¡Mala suerte! ¡Mala suerte!

UN SARGENTO

¡Ya la tendremos buena!

El avión cae ardiendo a retaguardia de la primera línea de trincheras francesas, en una gándara, cerca de un camino. Este paraje se llama la Main de Massiges: Tierra llana, tierra calcinada con manchas de pinar y un remoto horizonte de selva azulada. Los globos cautivos exploran el campo de batalla: Por toda la vasta extensión de la llanura se descubren burgos quemados y saqueados; por los caminos jinetes, infantes y carros de municiones; de lejos en

lejos campos de cruces. Los pinares aparecen secos por los gases asfixiantes. Al siniestro lado de una carretera, el lado que cae sobre el frente alemán, hay sebes y cortinas de ramaje para ocultar el paso de los convoyes. Trochas fangosas y hondas conducen hasta las avanzadas, donde vuelan aviones franceses y alemanes: Las ametralladoras disparan sobre ellos y vuelan los aviones entre nubes de humo que son como cirrus blancos. A retaguardia de las trincheras se hallan emplazados los grandes cañones, siempre escondidos. Los puestos de observación avanzan sobre la primera línea. Desde allí se comunican por teléfono con los artilleros, y regulan el tiro. La Champaña Piojosa es una tierra de gran desolación. Las trincheras están llenas del olor de los muertos, un olor frío y pavoroso. Sobre los ribazos se destacan algunas cruces. La mochila de un soldado sale de entre la tierra de un foso: En otro paraje es una mano rígida, y alrededor de los dedos le han pasado los hilos del teléfono. Escuadras de granaderos comen silenciosos en los abrigos. El cañoneo es muy intermitente. Pían los pájaros asustados. Se descubren bosques talados por la metralla y hay grandes árboles con los troncos deshilachados como espartos. Por todas partes alambradas y ramajes secos que disimulan y celan los caminos. Las trincheras están encharcadas: Apenas hay soldados en ellas: Los escuchas y centinelas nada más. Entre la primera y la segunda línea tierras yermas holladas por obuses. Los aviones bordonean en el cielo. Las ametralladoras destinadas a darle caza, ahora tiran de concierto con los cañones alemanes de grueso calibre, y con los cañones franceses. Se reconoce entre todos el 75. El aire tiene un aullido de gata parida al rasgarlo la bala.—Hay un gran momento, un latido anhelante, cuando el avión alemán abate con los tiros de su ametralladora al avión francés, que baja en llamas, sin gobierno. Los soldados salen de sus abrigos. Arde en una gándara, cerca del camino. Desde las trincheras se ve la hoguera. Un grupo de soldados está en torno. Antes de llegar se descubren los cuerpos deshechos de los dos aviadores: Una masa sangrienta: Los cascos entrados hasta los hombros, las piernas rotas, el pecho hundido, las ropas chamuscadas. Al ponerlos en unas angarillas sus despojos se desbordan fuera y caen en una masa roja y líquida. Se les cava ahí la sepultura. Un capellán que tiene la medalla de guerra, reza el responso. Los soldados descubiertos, permanecen silenciosos. El avión sigue ardiendo. Por el camino avanza un soldado con dos cruces.

R. del Valle-Inclán.

TIRANO BANDERAS

NOVELA DE TIERRA CALIENTE

PRÓLOGO

I

Filomeno Cuevas, criollo ranchero, había dispuesto para aquella noche armar a sus peonadas, con los fusiles ocultos en un manigual, y las glebas de indios, en difusas líneas, avanzaban por los esteros de Ticomaipú.—Luna clara, nocturnos horizontes profundos de susurros y ecos.—

II

Saliendo a Jarote Quemado con una tropilla de mayorales, arrendó su montura el patrón y a la luz de una linterna pasó lista:

—Manuel Romero.

—¡Presente!

—Acércate. No más que recomendarte precaución con ponerte briago. La primera campanada de las doce será la señal. Llevas sobre ti la responsabilidad de muchas vidas, y no te digo más. Dame la mano.

—Mi jefesito en estas bolucas somos baqueanos.

El patrón repasó el listín:

—Benito San Juan.

—¡Presente!

—¿Chino Viejo te habrá puesto al tanto de tu consigna?

—Chino Viejo no más me ha significado meterme con alguna caballada por los rumbos de la feria y tirarlo todo patas al aire. Soltar algún balazo y no dejar títere sano. La consigna no aparenta mayores dificultades.

—¡A las doce!

—Con la primera campanada. Me acantonaré bajo el reloj de Catedral.

—Hay que proceder de matute y hasta lo último aparentar ser pacíficos feriantes.

—Eso seremos.

—A cumplir bien. Dame la mano.

Y puesto el papel en el cono luminoso de la linterna, aplicó los ojos el patrón:

—Afilio Palmieri.

—¡Presente!

Afilio Palmieri era primo de la niña ranchera: Rubio, chaparro, petulante. El ranchero se tiraba de las barbas caprinas.

—Afilio, tengo para ti una misión muy comprometida.

—Te lo agradezco, pariente.

—Estudia el mejor modo de meter fuego en un convento de monjas, y a toda la comunidad, en camisa, ponerla en la calle escandalizando. Esa es tu misión. Si hallas alguna monja de tu gusto, cierra los ojos. A la gente, que no se tome de la bebida. Hay que operar violento, con la cabeza despejada. ¡Afilio, buena suerte! Procura desenvolver tu actuación sobre los límites de media noche.

—Conformo, Filomeno, que saldré avante.

—Así lo espero: Zacarías San José.

—¡Presente!

—Para ti ninguna misión especial. A tus luces dejo lo que más convenga. ¿Qué bolichada harías tú esta noche metiéndote, con algunos hombres, por Santa Fe? ¿Cuál sería tu bolichada?

—Con solamente otro compañero dispuesto, revoluciono la feria: Vuelco la barraca de las fieras y abro las jaulas. ¿Qué dice el patrón? ¿No se armaría buena? Con cinco valientes pongo fuego a todos los abarrotes de gachupines. Con veinticinco copo la guardia de los Mostenses.

—¿No más que eso prometes?

—Y muy confiado de darle una sangría a Tirano Banderas. Mi jefesito, en este alfoijín que cargo en el arzón van los restos de mi chamaco. ¡Me lo han devorado los chanchos en la ciénaga! No más cargando estos restos, gané en los albures para feriar guaco, y tiré a un gachupín la mangana y escapé ileso de la balasera de los gendarmes. Esta noche saldré bien en todos los empeños.

—Cruzado, toma la gente que precises y realiza ese lindo programa. Nos vemos. Dame la mano. Y pasada esta noche sepulta esos restos. En la guerra el

ánimo y la inventiva son los mejores amuletos. Dame la mano.

—¡Mi jefesito, estas ferias van a ser señaladas!

—Eso espero: Crisanto Roa.

—¡Presente!

Era el último de la lista y sopló la linterna el patrón. Las peonadas habían renovado su marcha bajo la luna.

III

El Coronelito de la Gándara, desertado de las milicias federales, discutía con chicanas y burlas los aprestos militares del ranchero:

—¡Filomeno, no seas chivatón, y te pongas a saltar un tajo cuando te faltan las zancas! Es una grave responsabilidad en la que incurres llevando tus peonadas al sacrificio. ¡Te improvisas general y no puedes entender un plano de batallas! Yo soy un científico, un diplomado en la Escuela Militar. ¿La razón no te dice quién debe asumir el mando? ¿Puede ser tan ciego tu orgullo? ¿Tan atrevida tu ignorancia?

—Domiciano, la guerra no se estudia en los libros. Todo reside en haber nacido para ello.

—¿Y tú te juzgas un predestinado para Napoleón?

—¡Acaso!

—¡Filomeno, no macanees!

—Domiciano, convénceme con un plan de campaña, que aventaje al discurrido por mí, y te cedo el mando. ¿Qué harías tú con doscientos fusiles?

—Aumentarlos hasta formar un ejército.

—¿Cómo se logra eso?

—Levantando levas por los poblados de la Sierra. En Tierra Caliente cuenta con pocos amigos la revolución.

—¿Ese sería tu plan?

—En líneas generales. El tablero de la campaña debe ser la Sierra. Los Llanos son para las grandes masas militares, pero las guerrillas y demás tropas móviles hallan su mejor aliado en la topografía montañera. Eso es lo científico, y desde que hay guerras, la estructura del terreno impone la maniobra. Doscientos fusiles, en la llanura, están siempre copados.

—¿Tu consejo es remontarnos a la Sierra?

—Ya lo he dicho. Buscar una fortaleza natural que supla la exigüidad de los combatientes.

—¡Muy bueno! ¡Eso es lo científico, la doctrina de los tratadistas, la enseñanza de las Escuelas!… Muy conforme. Pero yo no soy científico, ni tratadista, ni pasé por la Academia de Cadetes. Tu plan de campaña no me satisface, Domiciano. Yo, como has visto, intento para esta noche un golpe sobre Santa Fe. De tiempo atrás vengo meditándolo y casualmente en la ría, atracado al muelle, hay un pailebote en descarga. Transbordo mi gente, y la desembarco en la playa de Punta Serpiente. Sorprendo a la guardia del castillo, armo a los presos, sublevo a las tropas de la Ciudadela. —Ya están ganados los sargentos—. Ese es mi plan, Domiciano.

—¡Y te lo juegas todo en una baza! No eres un émulo de Fabio Máximo. ¿Qué retirada has estudiado? Olvidas que el buen militar nunca se inmola imprudentemente y ataca con el previo conocimiento de sus líneas de retirada. Esa es la más elemental táctica fabiana: En nuestras pampas, el que lucha cediendo terreno, si es ágil en la maniobra, y sabe manejar la tea petrolera, vence a los Aníbales y Napoleones. Filomeno, la guerra de partidas que hacen los revolucionarios, no puede seguir otra táctica que la del romano frente al cartaginés. ¡He dicho!

—¡Muy elocuente!

—Eres un irresponsable que conduce un piño de hombres al matadero.

—Audacia y Fortuna ganan las campañas, y no las matemáticas de las Academias. ¿Cómo actuaron los héroes de nuestra Independencia?

—Como Apóstoles. Mitos populares, no grandes estrategas. Simón Bolívar, el primero de todos fue un general pésimo. La guerra es una técnica científica y tú la conviertes en bolada de ruleta.

—Así es.

—Pues discurres como un insensato.

—¡Posiblemente! No soy un científico, y estoy obligado a no guiarme por otra norma que la corazonada. ¡Voy a Santa Fe, por la cabeza del Generalito Banderas!

—Más seguro que pierdas la tuya.

—Allá lo veremos. Testigo el tiempo.

—Intentas una operación sin refrendo táctico, una mera escaramuza de bandolerismo, contraria a toda la teoría militar. Tu obligación es la obediencia al Cuartel General del Ejército Revolucionario: Ser mérito grano de arena en la

montaña, y te manifiestas con un acto de indisciplina al operar independiente. Eres ambicioso y soberbio. No me escuches. Haz lo que te parezca. Sacrifica a tus peonadas. Después del sudor, les pides la sangre. ¡Muy bueno!

—De todo tengo hecho mérito en la conciencia, y con tantas responsabilidades y tantos cargos no cedo en mi idea. Es más fuerte la corazonada.

—La ambición de señalarte.

—Domiciano, tú no puedes comprenderme. Yo quiero apagar la guerra con un soplo, como quien apaga una vela.

—¡Y si fracasas, difundir el desaliento en las filas de tus amigos, ser un mal ejemplo!

—O una emulación.

—Después de cien años, para los niños de las Escuelas Nacionales. El presente, todavía no es la historia, y tiene caminos más realistas. En fin, tanto hablar seca la boca. Pásame tu cantimplora.

Tras del trago, batió la yesca y encendió el chicote apagado, esparciéndose la ceniza por el vientre rotundo de ídolo tibetano.

IV

El patrón, con solo cincuenta hombres, caminó por marismas y manglares hasta dar vista a un pailebote abordado para la descarga en el muelle de un aserradero. Filomeno ordenó al piloto que pusiese velas al viento para recalar en Punta Serpientes. El sarillo luminoso de un faro giraba en el horizonte. Embarcada la gente, zarpó el pailebote con silenciosa maniobra. Navegó la luna sobre la obra muerta de babor, bella la mar, el barco marinero. Levantaba la proa surtidores de plata y en la sombra del foque un negro juntaba rueda de oyentes: Declamaba versos con lírico entusiasmo, fluente de ceceles. Repartidos en ranchos, los hombres de la partida tiraban del naipe: Aceitosos farolillos discernían los rumbos de juguetas por escotillones y sollados. Y en la sombra del foque abría su lírico floripondio de ceceles el negro catedrático:

Navega velelo mío
  Sin temol,
Que ni enemigo navío,
Ni tolmenta, ni bonanza,
A tolcel tu lumbo alcanza,
Ni a sujetal tu valol.

Primera Parte

Sinfonía del Trópico

LIBRO PRIMERO

Icono del Tirano

I

SANTA Fe de Tierra Firme —arenales, pitas, manglares, chumberas— en las cartas antiguas, Punta de las Serpientes.

II

SOBRE una loma, entre granados y palmas, mirando al vasto mar y al sol poniente, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mostenses. En el campanario sin campanas levantaba el brillo de su bayoneta un centinela. San Martín de los Mostenses, aquel desmantelado convento de donde una lejana revolución había expulsado a los frailes, era, por mudanzas del tiempo, Cuartel del Presidente Don Santos Banderas.—Tirano Banderas.

III

EL Generalito acababa de llegar con algunos batallones de indios, después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa: Inmóvil y taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de guardias en la campa barcina del convento, parece una calavera con antiparras negras y

corbatín de clérigo. En el Perú había hecho la guerra a los españoles, y de aquellas campañas veníale la costumbre de rumiar la coca, por donde en las comisuras de los labios tenía siempre una salivilla de verde veneno. Desde la remota ventana, agaritado en una inmovilidad de corneja sagrada, está mirando las escuadras de indios, soturnos en la cruel indiferencia del dolor y de la muerte. A lo largo de la formación, chinitas y soldaderas haldeaban corretonas, huroneando entre las medallas y las migas del faltriquera, la pitada de tabaco y los cobres para el coime. Un globo de colores se quemaba en la turquesa celeste, sobre la campa invadida por la sombra morada del convento. Algunos soldados, indios comaltes de la selva, levantaban los ojos. Santa Fe celebraba sus famosas ferias de Santos y Difuntos. Tirano Banderas, en la remota ventana, era siempre el garabato de un lechuzo.

IV

VENÍA por el vasto zaguán frailero una escolta de soldados con la bayoneta armada en los negros fusiles, y entre las filas un roto greñudo, con la cara dando sangre. Al frente, sobre el flanco derecho, fulminaba el charrasco del Mayor Abilio del Valle. El retinto garabato del bigote, dábale fiero resalte al arregaño lobatón de los dientes que sujetan el fiador del pavero con toquilla de plata:

—¡Alto!

Mirando a las ventanas del convento, formó la escuadra. Destacáronse dos caporales, que, a modo de pretinas, llevaban cruzadas sobre el pecho sendas pencas con argollones, y despojaron al reo del fementido sabanil que le cubría las carnes: Sumiso y adoctrinado, con la espalda corita al sol, entrose el cobrizo a un hoyo profundo de tres pies, como disponen las Ordenanzas de Castigos Militares. Los dos caporales apisonaron echando tierra, y quedó soterrado hasta los estremecidos ijares: El torso desnudo, la greña, las manos con fierros, salían fuera del hoyo colmados de negra expresión dramática: Metía el chivón de la barba en el pecho, con furbo atisbo a los caporales que se desceñían las pencas. Señaló el tambor un compás alterno y dio principio el castigo del chicote, clásico en los cuarteles:

—¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

El greñudo, sin un gemido, se arqueaba sobre las manos esposadas, ocultos

los hierros en la cavación del pecho: Le saltaban de los costados ramos de sangre, y sujetándose al ritmo del tambor, solfeaban los dos caporales:

—¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!

V

NIÑO Santos se retiró de la ventana para recibir a una endomingada diputación de la Colonia Española:—El abarrotero, el empeñista, el chulo del braguetazo, el patriota jactancioso, el doctor sin reválida, el periodista hampón, el rico mal afamado, se inclinaban en hilera ante la momia taciturna con la verde salivilla en el canto de los labios—.Don Celestino Galindo, orondo, redondo, pedante, tomó la palabra, y con aduladoras hipérboles, saludó al Glorioso Pacificador de Zamalpoa:

—La Colonia Española eleva sus homenajes al benemérito patricio, raro ejemplo de virtud y energía, que ha sabido restablecer el imperio del orden, imponiendo un castigo ejemplar a la demagogia revolucionaria. ¡La Colonia Española, siempre noble y generosa, tiene una oración y una lágrima para las víctimas de una ilusión funesta, de un virus perturbador! Pero la Colonia Española no puede menos de reconocer que en el inflexible cumplimiento de las leyes está la única salvaguardia del orden y el florecimiento de la República.

La fila de gachupines asintió con murmullos: Unos eran toscos, encendidos y fuertes: Otros tenían la expresión cavilosa y hepática de los tenderos viejos: Otros, enjoyados y panzudos, exudaban zurda pedancia. A todos ponía un acento de familia el embarazo de las manos con guantes. Tirano Banderas masculló estudiadas cláusulas de dómine:

—Me congratula ver cómo los hermanos de raza aquí radicados, afirmando su fe inquebrantable en los ideales de orden y progreso, responden a la tradición de la Madre Patria. Me congratula mucho este apoyo moral de la Colonia Hispana. Santos Banderas no tiene la ambición de mando que le critican sus adversarios: Santos Banderas les garanta que el día más feliz de su vida será cuando pueda retirarse y sumirse en la oscuridad a labrar su predio, como Cincinato. Crean, amigos, que para un viejo son fardel muy pesado las obligaciones de la Presidencia. El gobernante, muchas veces precisa ahogar los sentimientos de su corazón, porque el cumplimiento de la ley es la garantía de los ciudadanos trabajadores y honrados: El gobernante, llegado el trance de

firmar una sentencia de pena capital, puede tener lágrimas en los ojos, pero a su mano no le está permitido temblar. Esta tragedia del gobernante, como les platicaba recién, es superior a las fuerzas de un viejo. Entre amigos tan leales, puedo declarar mi flaqueza, y les garanto que el corazón se me desgarraba al firmar los fusilamientos de Zamalpoa. ¡Tres noches he pasado en vela!

—¡Atiza!

Se descompuso la ringla de gachupines. Los charolados pies juanetudos cambiaron de loseta. Las manos, enguantadas y torponas, se removieron indecisas, sin saber dónde posarse. En un tácito acuerdo, los gachupines jugaron con las brasileñas leontinas de sus relojes. Acentuó la momia:

—¡Tres días con sus noches en ayuno y en vela!

—¡Arrea!

Era el que tan castizo apostillaba un vinatero montañés, chaparro y negrote, con el pelo en erizo, y el cuello de toro desbordante sobre la tirilla de celuloide: La voz fachendosa, tenía la brutalidad intempestiva de una claque de teatro. Tirano Banderas sacó la petaca y ofreció a todos su picadura de Virginia:

—Pues, como les platicaba, el corazón se destroza, y las responsabilidades de la gobernación llegan a constituir una carga demasiado pesada. Busquen al hombre que sostenga las finanzas, al hombre que encauce las fuerzas vitales del país. La República, sin duda, tiene personalidades que podrán regirla con más acierto que este viejo valetudinario. Pónganse de acuerdo todos los elementos representativos, así nacionales como extranjeros…

Hablaba meciendo la cabeza de pergamino: La mirada, un misterio tras las verdosas antiparras. Y la ringla de gachupines balanceaba un murmullo, señalando su aduladora disidencia. Cacareó Don Celestino:

—¡Los hombres providenciales no pueden ser reemplazados, sino por hombres providenciales!

La fila aplaudió, removiéndose en las losetas, como ganado inquieto por la mosca. Tirano Banderas, con un gesto cuáquero, estrechó la mano del pomposo gachupín:

—Quédese, Don Celes, y echaremos un partido de ranita. —¡Muy complacido!

Tirano Banderas, trasmudándose sobre su última palabra, hacía a los otros gachupines un saludo frío y parco:

—A ustedes, amigos, no quiero distraerles de sus ocupaciones. Me dejan mandado.

VI

UNA mulata entrecana, descalza, temblona de pechos, aportó con el refresco de limonada y chocolate, dilecto de frailes y corregidores, cuando el virreinato. Con tintín de plata y cristales en las manos prietas, miró la mucama al patroncito, dudosa, interrogante. Niño Santos, con una mueca de la calavera, le indicó la mesilla de campamento, que, en el vano de un arco, abría sus compases de araña. La mulata obedeció haldeando: Sumisa, húmeda, lúbrica, se encogía y deslizaba. Mojó los labios en la limonada Niño Santos:

—Consecutivamente, desde hace cincuenta años, tomo este refresco, y me prueba muy medicinal… Se lo recomiendo, Don Celes.

Don Celes infló la botarga:

—¡Cabal, es mi propio refresco! Tenemos los gustos parejos y me siento orgulloso. ¡Cómo no!

Tirano Banderas, con gesto huraño, esquivó el humo de la adulación, las volutas enfáticas. Manchados de verde los cantos de la boca, se recogía en su gesto soturno:

—Amigo Don Celes, las revoluciones, para acabarlas de raíz, precisan balas de plata.

Reforzó campanudo el gachupín:

—¡Balas que no llevan pólvora ni hacen estruendo!

La momia acogió con una mueca enigmática:

—Esas, amigo, que van calladas, son las mejores. En toda revolución hay siempre dos momentos críticos: El de las ejecuciones fulminantes, y el segundo momento, cuando convienen las balas de plata. Amigo Don Celes, recién esas balas, nos ganarían las mejores batallas. Ahora la política es atraerse a los revolucionarios. Yo hago honor a mis enemigos, y no se me oculta que cuentan con muchos elementos simpatizantes en las vecinas Repúblicas. Entre los revolucionarios, hay científicos que pueden con sus luces laborar en provecho de la Patria. La inteligencia merece respeto. ¿No le parece, Don Celes?

Don Celes asentía con el grasiento arrebol de una sonrisa:

—En un todo de acuerdo. ¡Cómo no!

—Pues para esos científicos quiero yo las balas de plata: Hay entre ellos muy buenas cabezas que lucirían en cotejo con las eminencias del Extranjero. En

Europa, esos hombres pueden hacer estudios que aquí nos orienten: Su puesto está en la Diplomacia… En los Congresos Científicos… En las Comisiones que se crean para el Extranjero.

Ponderó el ricacho:

—¡Eso es hacer política sabia!

Y susurró confidencial Generalito Banderas:

—Don Celes, para esa política preciso un gordo amunicionamiento de plata. ¿Qué dice el amigo? Séame leal, y que no salga de los dos ninguna cosa de lo hablado. Le tomo por consejero, reconociendo lo mucho que vale.

Don Celes soplábase los bigotes escarchados de brillantina y aspiraba, deleite de sibarita, las auras barberiles que derramaba en su ámbito. Resplandecía como búdico vientre, el cebollón de su calva, y esfumaba su pensamiento un sueño de orientales mirajes: —La contrata de vituallas para el Ejército Libertador.— Cortó el encanto Tirano Banderas:

—Mucho lo medita, y hace bien, que el asunto tiene toda la importancia.

Declamó el gachupín, con la mano sobre la botarga:

—Mi fortuna, muy escasa siempre, y en estos tiempos harto quebrantada, en su corta medida está al servicio del Gobierno. Pobre es mi ayuda, pero ella representa el fruto del trabajo honrado en esta tierra generosa, a la cual amo como a una patria de elección.

Generalito Banderas interrumpió con el ademán impaciente de apartarse un tábano:

—¿La Colonia Española no cubriría un empréstito?

—La Colonia ha sufrido mucho estos tiempos. Sin embargo, teniendo en cuenta sus vinculaciones con la República…

El Generalito plegó la boca, reconcentrado en un pensamiento:

—¿La Colonia Española comprende hasta dónde peligran sus intereses con el ideario de la Revolución? Si lo comprende, trabájela usted en el sentido indicado. El Gobierno solo cuenta con ella para el triunfo del orden: El país está anarquizado por las malas propagandas.

Inflose Don Celes:

—El indio dueño de la tierra, es una utopía de universitarios.

—Conformes. Por eso le decía que a los científicos hay que darles puestos fuera del país, adonde su talento no sea perjudicial para la República. Don Celestino, es indispensable un amunicionamiento de plata, y usted queda comisionado para todo lo referente. Véase con el Secretario de Finanzas. No lo

dilate. El Licenciadito tiene estudiado el asunto y le pondrá al corriente: Discutan las garantías y resuelvan violento, pues es de la mayor urgencia balear con plata a los revolucionarios. ¡El extranjero acoge las calumnias que propalan las Agencias! Hemos protestado por la vía diplomática para que sea coaccionada la campaña de difamación, pero no basta. Amigo Don Celes, a su bien tajada péñola le corresponde redactar un documento que, con las firmas de los españoles preeminentes, sirva para ilustrar al Gobierno de la Madre Patria. La Colonia debe señalar una orientación, hacerles saber a los estadistas distraídos que el ideario revolucionario es el peligro amarillo en América. La Revolución representa la ruina de los estancieros españoles. Que lo sepan allá, que se capaciten. ¡Es muy grave el momento, Don Celestino! Por rumores que me llegaron, tengo noticia de cierta actuación que proyecta el Cuerpo Diplomático. Los rumores son de una protesta por las ejecuciones de Zamalpoa. ¿Sabe usted si esa protesta piensa suscribirla el Ministro de España?

Al rico gachupín se le enrojeció la calva:

—¡Sería una bofetada a la Colonia!

—¿Y el Ministro de España, considera usted que sea sujeto para estas bofetadas?

—Es hombre apático… Place lo que le cuesta menos trabajo. Hombre poco claro.

—¿No hace negocios?

—Hace deudas, que no paga. ¿Quiere usted mayor negocio? Mira como un destierro su radicación en la República.

—¿Que se teme usted una pendejada?

—Me la temo.

—Pues hay que evitarla.

El gachupín simuló una inspiración repentina, con palmada en la frente panzona:

—La Colonia puede actuar sobre el Ministro.

Don Santos rasgó con una sonrisa su verde máscara indiana:

—Eso se llama meter el tejo por la boca de la ranita. Conviene actuar violento. Los españoles aquí radicados tienen intereses contrarios a las utopías de la Diplomacia. Todas esas lucubraciones del protocolo suponen un desconocimiento de las realidades americanas. La Humanidad, para la política de estos países, es una entelequia con tres cabezas: El criollo, el indio y el negro. Tres Humanidades. Otra política para estos climas es pura macana.

El gachupín, barroco y pomposo, le tendió la mano:

—¡Mi admiración crece escuchándole!

—No se dilate, Don Celes. Quiere decirse que se remite para mañana la invitación que le hice. ¿A usted no le complace el juego de la ranita? Es mi medicina para esparcir el ánimo, mi juego desde chamaco, y lo practico todas las tardes. Muy saludable, no arruina como otros juegos.

El ricacho se arrebolaba:

—¡Asombroso cómo somos de gustos parejos!

—Don Celes, hasta lueguito.

Interrogó el gachupín:

—¿Lueguito será mañana?

Movió la cabeza Don Santos:

—Si antes puede ser, antes. Yo no duermo.

Encomió Don Celes:

—¡Profesor de energía, como dicen en nuestro Diario! El Tirano le despidió, ceremonioso, desbaratada la voz en una cucaña de gallos.

VII

TIRANO Banderas, sumido en el hueco de la ventana, tenía siempre el prestigio de un pájaro nocharniego: Desde aquella altura fisgaba la campa donde seguían maniobrando algunos pelotones de indios, armados con fusiles antiguos. La ciudad se encendía de reflejos sobre la marina esmeralda. La brisa era fragante, plena de azahares y tamarindos. En el cielo, remoto y desierto, subían globos de verbena, con cauda de luces. Santa Fe celebraba sus ferias otoñales, tradición que venía del tiempo de los virreyes españoles. Por la conga del convento, saltarín y liviano, con morisquetas de lechuguino, rodaba el quitrí de Don Celes. La ciudad, pueril ajedrezado de blancas y rosadas azoteas, tenía una luminosa palpitación, acastillada en la curva del Puerto. La marina era llena de cabrilleos, y en la desolación azul, toda azul, de la tarde, encendían su roja llamarada las cornetas de los cuarteles. El quitrí del gachupín saltaba como una araña negra, en el final solanero de Cuesta Mostenses.

VIII

TIRANO Banderas, agaritado en la ventana, inmóvil y distante, acrecentaba su prestigio de pájaro sagrado. Cuesta Mostenses flotaba en la luminosidad del marino poniente, y un ciego cribado de viruelas rasgaba el guitarrillo al pie de los nopales, que proyectaban sus brazos como candelabros de Jerusalén. La voz del ciego desgarraba el calino silencio:

—Era Diego Pedernales
de noble generación,
pero las obligaciones
de su sangre, no siguió.

LIBRO SEGUNDO

El ministro de España

I

La Legación de España se albergó muchos años en un caserón con portada de azulejos y salomónicos miradores de madera, vecino al recoleto estanque francés, llamado por una galante tradición Espejillo de la Virreina. El Barón de Benicarlés, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica, también proyectaba un misterio galante y malsano, como aquella virreina que se miraba en el espejo de su jardín, con un ensueño de lujuria en la frente. El Excelentísimo Señor Don Mariano Isabel Cristino Queralt y Roca de Togores, Barón de Benicarlés y Maestrante de Ronda, tenía la voz de cotorrona y el pisar de bailarín. Lucio, grandote, abobalicado, muy propicio al cuchicheo y al chismorreo, rezumaba falsas melosidades: Le hacían rollas las manos y el papo: Hablaba con nasales francesas y mecía bajo sus carnosos párpados un frío ensueño de literatura perversa: Era un desvaído figurón, snob literario, gustador de los cenáculos decadentes, con rito y santoral de métrica francesa. La sombra de la ardiente virreina, refugiada en el fondo del jardín, mirando la fiesta de amor sin mujeres, lloró muchas veces, incomprensiva, celosa, tapándose la cara.

II

Santos y Difuntos.—En este tiempo, era luminosa y vibrante de tabanquillos y tenderetes la Calzada de la Virreina. El quitrí del gachupín,

que rodaba haciendo morisquetas de petimetre, se detuvo ante la Legación Española. Un chino encorvado, la espalda partida por la coleta, regaba el zaguán. Don Celes subió la ancha escalera y cruzó una galería con cuadros en penumbra, tallas, dorados y sedas: El gachupín experimentaba un sofoco ampuloso, una sensación enfática de orgullo y reverencia: Como collerones le resonaban en el pecho fanfarrias de históricos nombres sonoros, y se mareaba igual que en un desfile de cañones y banderas: Su jactancia, ilusa y patriótica, se revertía en los escandidos compases de una música brillante y ramplona: Se detuvo en el fondo de la galería. La puerta luminosa, silenciosa, franca sobre el gran estrado desierto, amortiguó extrañamente al barroco gachupín, y sus pensamientos se desbandaron en fuga, potros cerriles rebotando las ancas. Se apagaron de repente todas las bengalas, y el ricacho se advirtió pesaroso de verse en aquel trámite: Desasistido de emoción, árido, tímido como si no tuviese dinero, penetró en el estrado vacío, turbando la dorada simetría de espejos y consolas.

III

EL Barón de Benicarlés, con quimono de mandarín, en el fondo de otra cámara, sobre un canapé, espulgaba meticulosamente a su faldero. Don Celes llegó, mal recobrado el gesto de fachenda entre la calva panzona y las patillas color de canela: Parecía que se le hubiese aflojado la botarga:

—Señor Ministro, si interrumpo, me retiro.

—Pase usted, ilustre Don Celestino.

El faldero dio un ladrido, y el carcamal diplomático, rasgando la boca, le tiró de una oreja:

—¡Calla, Merlín! Don Celes, tan contadas son sus visitas, que ya le desconoce el Primer Secretario.

El carcamal diplomático esparcía sobre la fatigada crasitud de sus labios una sonrisa lenta y maligna, abobada y amable. Pero Don Celes miraba a Merlín, y Merlín le enseñaba los dientes a Don Celes. El Ministro de su Majestad Católica, distraído, evanescente, ambiguo, prolongaba la sonrisa con una elasticidad inverosímil, como las diplomacias neutrales en año de guerras. Don Celes experimentaba una angustia pueril entre la mueca del carcamal y el hocico aguezado del faldero: Con su gesto adulador y pedante, lleno de pomposo efecto, se inclinó hacia Merlín:

—¿No quieres que seamos amigos?

El faldero, con un ladrido, se recogió en las rodillas de su amo, que adormilaba los ojos huevones, casi blancos, apenas desvanecidos de azul, indiferentes como dos globos de cristal, consonantes con la sonrisa sin término, de una deferencia maquillada y protocolaria. La mano gorja y llena de hoyos, mano de odalisca, halagaba las sedas del faldero:

—¡Merlín, ten formalidad!

—¡Me ha declarado la guerra!

El Barón de Benicarlés, diluyendo el gesto de fatiga por toda su figura crasa y fondona, se dejaba besuquear del faldero. Don Celes, rubicundo entre las patillas de canela, poco a poco, iba inflando la botarga, pero con una sombra de recelo, una íntima y remota cobardía de cómico silbado. Bajo el besuqueo del falderillo, habló, confuso y nasal, el figurón diplomático:

—¿Por dónde se peregrina, Don Celeste? ¿Qué luminosa opinión me trae usted de la Colonia Hispana? ¿No viene usted como Embajador?… Ya tiene usted despejado el camino, ilustre Don Celes.

Don Celes se arrugó con gesto amistoso, aquiescente, fatalista: La frente panzona, la papada apoplética, la botarga retumbante, apenas disimulaban la perplejidad del gachupín. Rio falsamente:

—La tan mentada sagacidad diplomática se ha confirmado una vez más, querido Barón.

Ladró Merlín, y el carcamal le amenazó levantando un dedo:

—No interrumpas, Merlín. Perdone usted la incorrección y continúe, ilustre Don Celes.

Don Celes, por levantarse los ánimos, hacía oración mental, recapacitando los pagarés que tenía del Barón: Luchaba desesperado por no desinflarse: Cerró los ojos:

—La Colonia, por sus vinculaciones, no puede ser ajena a la política del país: Aquí radica su colaboración y el fruto de sus esfuerzos. Yo, por mis sentimientos pacifistas, por mis convicciones de liberalismo bajo la gerencia de gobernantes serios, me hallo en una situación ambigua, entre el ideario revolucionario y los procedimientos sumarísimos del General Banderas. Pero casi me convence la colectividad española, en cuanto a su actuación, porque la más sólida garantía del orden es, todavía, Don Santos Banderas. ¡El triunfo revolucionario traería el caos!

—Las revoluciones, cuando triunfan, se hacen muy prudentes.

—Pero hay un momento de crisis comercial: Los negocios se resienten, oscilan las finanzas, el bandolerismo renace en los campos.

Subrayó el Ministro:

—No más que ahora, con la guerra civil.

—¡La guerra civil! Los radicados de muchos años en el país, ya la miramos como un mal endémico. Pero el ideario revolucionario es algo más grave, porque altera los fundamentos sagrados de la propiedad. El indio, dueño de la tierra, es una aberración demagógica, que no puede prevalecer en cerebros bien organizados. La Colonia profesa unánime este sentimiento: Yo quizá lo acoja con algunas reservas, pero, hombre de realidades, entiendo que la actuación del capital español es antagónica con el espíritu revolucionario.

El Ministro de Su Majestad Católica se recostó en el canapé, escondiendo en el hombro el hocico del faldero:

—¿Don Celes, y es oficial ese ultimátum de la Colonia?

—Señor Ministro, no es ultimátum. La Colonia pide solamente una orientación.

—¿La pide o la impone?

—No habré sabido explicarme. Yo, como hombre de negocios, soy poco dueño de los matices oratorios, y si he vertido algún concepto por donde haya podido entenderse que ostento una representación oficiosa, tengo especial interés en dejar rectificada plenamente esa suspicacia del Señor Ministro.

El Barón de Benicarlés, con una punta de ironía en el azul desvaído de los ojos, y las manos de odalisca entre las sedas del faldero, diluía un gesto displicente sobre la boca belfona, untada de fatiga viciosa:

—Ilustre Don Celestino, usted es una de las personalidades financieras, intelectuales y sociales más remarcables de la Colonia… Sus opiniones, muy estimables… Sin embargo, usted no es todavía el Ministro de España. ¡Una verdadera desgracia! Pero hay un medio para que usted lo sea, y es solicitar por cable mi traslado a Europa. Yo apoyaré la petición, y le venderé a usted mis muebles en almoneda.

El ricacho se infló de vanidad ingeniosa:

—¿Incluido Merlín para consejero?

El figurón diplomático acogió la agudeza con un gesto frío y lacio, que la borró:

—Don Celes, aconseje usted a nuestros españoles que se abstengan de actuar en la política del país, que se mantengan en una estricta neutralidad, que no

quebranten con sus intemperancias la actuación del Cuerpo Diplomático. Perdone, ilustre amigo, que no le acoja más tiempo, pues necesito vestirme para asistir a un cambio de impresiones en la Legación Inglesa.

Y el desvaído carcamal, en la luz declinante de la cámara, desenterraba un gesto chafado, de sangre orgullosa.

IV

DON Celes, al cruzar el estrado, donde la alfombra apagaba el rumor de los pasos, sintió más que nunca el terror de desinflarse. En el zaguán, el chino rancio y coletudo, en una abstracción pueril y maniática, seguía regando las baldosas. Don Celes experimentó todo el desprecio del blanco por el amarillo:

—¡Deja paso, y mira, no me manches el charol de las botas, gran chingado!

Andando en la punta de los pies, con mecimiento de doble suspensión la botarga, llegó a la puerta y llamó al moreno del quitrí, que con otros morenos y rotos refrescaba bajo los laureles de un bochinche: Juego de bolos y piano automático con platillos:

—¡Vamos vivo, pendejo!

V

CALZADA de la Virreina tenía un luminoso bullicio de pregones, guitarros, faroles y gallardetes. Santa Fe se regocijaba con un vértigo encendido, con una calentura de luz y tinieblas: El aguardiente y el facón del indio, la baraja y el baile lleno de lujurias, encadenaban una sucesión de imágenes violentas y tumultuosas. Sentíase la oscura y desolada palpitación de la vida sobre la fosa abierta. Santa Fe, con una furia trágica y devoradora del tiempo, escapaba del terrorífico sopor cotidiano, con el grito de sus ferias, tumultuoso como un grito bélico. En la lumbrada del ocaso, sobre la loma de granados y palmas, encendía los azulejos de sus redondas cúpulas coloniales, San Martín de los Mostenses.

LIBRO TERCERO

El juego de la ranita

I

TIRANO Banderas, terminado el despacho, salió por la arcada del claustro bajo, al jardín de los frailes. Le seguían compadritos y edecanes:

—¡Se acabó la obligación! Ahora, si les parece bien, mis amigos, vamos a divertir honestamente este rabo de tarde, en el jueguito de la rana.

Rancio y cumplimentero, invitaba para la trinca, sin perder el rostro sus vinagres, y se pasaba por la calavera el pañuelo de hierbas, propio de dómine o donado.

II

EL Jardín de los Frailes, geométrica ruina de cactus y laureles, gozaba la vista del mar: Por las mornas tapias corrían amarillos lagartos: En aquel paraje estaba el juego de la rana, ya crepuscular, recién pintado de verde. El Tirano, todas las tardes esparcía su tedio en este divertimiento: Pausado y prolijo, rumiando la coca, hacía sus tiradas, y en los yerros, su boca rasgábase toda verde, con una mueca: Se mostraba muy codicioso y atento a los lances del juego, sin ser parte a distraerle las descargas de fusilería que levantaban cirrus de humo a lo lejos, por la banda de la marina. Las sentencias de muerte se cumplimentaban al ponerse el sol, y cada tarde era pasada por las armas alguna cuerda de revolucionarios. Tirano Banderas, ajeno a la fusilería, cruel y

vesánico, afinaba el punto apretando la boca. Los cirrus de humo volaban sobre el mar.

—¡Rana!

El tirano, siempre austero, vuelto a la trinca de compadres, desplegaba el pañuelo de dómine, enjugándose el cráneo pelado:

—¡Aprendan, y no se distraigan del juego con macanas!

Un vaho pesado, calor y catinga, anunciaba la proximidad de la manigua, donde el crepúsculo enciende, con las estrellas, los ojos de los jaguares.

III

AQUELLA india vieja, acurrucada en la sombra de un toldillo, con el bochinche de limonada y aguardiente, se ha hispido, remilgada y corretona bajo la seña del tirano:

—¡Horita, mi jefe!

Doña Lupita cruza las manos enanas y orientales, apretándose al pecho los cabos del rebocillo, tirado de priesa sobre la greña: Tenía esclava la sonrisa y los ojos oblicuos de serpiente sabia: Los pies descalzos, pulidos como las manos: Engañosa de mieles y lisonjas la plática:

—¡Mándeme, no más, mi Generalito!

Generalito Banderas doblaba el pañuelo, muy escrupuloso y espetado:

—¿Se gana plata, Doña Lupita?

—¡Mi jefecito, paciencia se gana! ¡Paciencia y trabajos, que es ganar la Gloria Bendita! Viernes pasado compré un mecate para me ajorcar, y un ángel se puso de por medio. ¡Mi jefecito, no di con una escarpia!

Tirano Banderas, parsimonioso, rumiaba la coca, tembladera la quijada y saltante la nuez:

—¿Diga, mi vieja, y qué le sucedió al mecatito?

—A la Santa de Lima amarrado se lo tengo, mi jefecito.

—¿Qué le solicita, vieja?

—Niño Santos, pues que su merced disfrute mil años de soberanía.

—¡No me haga pendejo, Doña Lupita! ¿De qué año son las enchiladas?

—¡Mérito acaban de enfriarse, patroncito!

—¿Qué otra cosa tiene en la mesilla?

—Coquitos de agua. ¡La chicha muy superior, mi jefecito! Aguardiente para

el gauchaje.

—Pregúntele, vieja, el gusto a los circunstantes, y sirva la convidada.

Doña Lupita, torciendo la punta del rebocillo, interrogó al concurso que acampaba en torno de la rana, adulador y medroso ante la momia del Tirano:

—¿Con qué gustan mis jefecitos de refrescarse? Les antepongo que solamente tres copas tengo. Denantes, pasó un coronelito briago, que todo me lo hizo cachizas, caminándose sin pagar el gasto.

El Tirano formuló lacónico:

—Denúncielo en forma, y se hará justicia.

Doña Lupita jugó el rebocillo como una dama de teatro:

—¡Mi Generalito, el memorialista no moja la pluma sin tocar por delante su estipendio!

Marcó un temblor la barbilla del Tirano:

—Tampoco es razón. A mi sala de audiencias puede llegar el último cholo de la República. Licenciado Sostenes Carrillo, queda a su cargo instruir el proceso en averiguación del supuesto fregado…

IV

DONA Lupita, corretona y haldeando, fue a sacar los cocos puestos bajo una cobertera de palmitos en la tierra regada. El Tirano, sentado en el poyo miradero de los frailes, esparcía el ánimo cargado de cuidados: Sobre el bastón con borlas doctorales y puño de oro, cruzaba la cera de las manos: En la barbilla un temblor, en la boca verdosa, un gesto ambiguo de risa, mofa y vinagre:

—Tiene mucha letra la guaina, Señor Licenciado.

—Patroncito, ha visto la chuela.

—Muy ocurrente en las leperadas. ¡Puta madre! Va para el medio siglo que la conozco, de cuando fui abanderado en el Séptimo Ligero: Era nuestra rabona.

Doña Lupita amusgaba la oreja, haldeando por el jacalito. El Licenciado recayó con apremio chuflero:

—¡No se suma mi vieja!

—En boca cerrada no entran moscas, valedorcito.

—No hay sello para una vuelta de mancuerda.

—¡Santísimo Juez!

—¿Qué jefe militar le arrugó el tenderete, mi vieja?

—¡Me aprieta, niño, y me expone a una venganza!

—No se atore y suelte el gallo.

—No me sea mala reata, Señor Licenciado.

El Señor Licenciado era feliz, rejoneando a la vieja por divertir la hipocondría del Tirano. Doña Lupita, falsa y apenujada, trajo las palmas con el fruto enracimado, y un trenchete para rebanarlo. El Mayor Abilio del Valle, que se preciaba de haber cortado muchas cabezas, pidió la gracia de meter el facón a los coquitos de agua: Lo hizo con destreza mambís: Bélico y triunfador, ofrendó como el cráneo de un cacique enemigo, el primer coquito al Tirano. La momia amarilla desplegó las manos y tomó una mitad pulcramente:

—Mayorcito, el concho que resta, esa vieja maulona que se lo beba. Si hay ponzoña, que los dos reventemos.

Doña Lupita, avizorada, tomó el concho, saludando y bebiendo:

—Mi Generalito, no hay más que un firme acatamiento en esta cuera vieja: ¡El Señor San Pedro y toda la celeste cofradía me sean testigos!

Tirano Banderas, taciturno, recogido en el poyo, bajo la sombra de los ramajes, era un negro garabato de lechuzo. Raro prestigio cobró de pronto aquella sombra, y aquella voz de caña hueca, raro imperio:

—Doña Lupita, si como dice me aprecia, declare el nombre del pendejo briago que en tan poco se tiene. Luego luego, vos veréis, vieja, que también la aprecia Santos Banderas. Dame la mano, vieja…

—Taitita, dejá sos la bese.

Tirano Banderas oyó, sin moverse, el nombre que temblando le secreteó la vieja. Los compadritos, en torno de la rana, callaban amusgados, y a hurto se hacían alguna seña. La momia indiana:

—¡Chac, chac!

V

TIRANO Banderas, con paso de rata fisgona, seguido por los compadritos, abandonó el juego de la rana: Al cruzar el claustro, un grupo de uniformes que choteaba en el fondo, guardó repentino silencio. Al pasar, la momia escrutó el grupo, y con un movimiento de cabeza, llamó al Coronel-Licenciado López de Salamanca, Jefe de Policía:

—¿A qué hora está anunciado el acto de las Juventudes Democráticas?

—A las diez.

—¿En el Circo Harris?

—Eso rezan los carteles.

—¿Quién ha solicitado el permiso para el mitin?

—Don Roque Cepeda.

—¿No se le han puesto obstáculos?

—Ninguno.

—¿Se han cumplimentado fielmente mis instrucciones?

—Tal creo…

—La propaganda de ideales políticos, siempre que se realice dentro de las leyes, es un derecho ciudadano y merece todos los respetos del Gobierno.

El Tirano torcía la boca con gesto maligno. El Jefe de Policía, Coronel-Licenciado López de Salamanca, atendía con burlón desenfado:

—¡Mi General, en caso de mitote, habrá que suspender el acto?

—El Reglamento de Orden Público le evacuará cumplidamente cualquier duda.

El Coronel-Licenciado asintió con zumba gazmoña:

—Señor Presidente, la recta aplicación de las leyes será la norma de mi conducta.

—Y en todo caso, si usted procediese con exceso de celo, cosa siempre laudable, no le costará gran sacrificio presentar la renuncia del cargo. Sus servicios —al aceptarla— sin duda que los tendría en consideración el Gobierno.

Recalcó el Coronel-Licenciado:

—¿El Señor Presidente no tiene otra cosa que mandarme?

—¿Ha proseguido las averiguaciones referentes al relajo y viciosas costumbres del Honorable Cuerpo Diplomático?

—Y hemos hecho algún descubrimiento sensacional.

—En el despacho de esta noche tendrá a bien enterarme.

El Coronel-Licenciado saludó:

—¡A la orden, mi General!

La momia indiana todavía le detuvo, exprimiendo su verde mueca:

—Mi política es el respeto a la ley. Que los gendarmes garantan el orden en Circo Harris. ¡Chac! ¡Chac! Las Juventudes Democráticas ejemplarizan esta noche practicando un ejercicio ciudadano.

Chanceó el Jefe de Policía:

—Ciudadano y acrobático.

El Tirano, ambiguo y solapado, plegó la boca con su mueca verde:

—¡Pues, y quién sabe!… ¡Chac! ¡Chac!

VI

TIRANO Banderas caminó taciturno.—Los compadres, callados como en un entierro, formaban la escolta detrás.—Se detuvo en la sombra del convento, bajo el alerta del guaita, que en el campanario sin campanas clavaba la luna con la bayoneta. Tirano Banderas estúvose mirando el cielo de estrellas: Amaba la noche y los astros: El arcano de bellos enigmas recogía el dolor de su alma tétrica: Sabía numerar el tiempo por las constelaciones: Con la matemática luminosa de las estrellas se maravillaba: La eternidad de las leyes siderales abría una coma religiosa en su estoica crueldad indiana. Atravesó la puerta del convento bajo el grito nocturno del guaita en la torre, y el retén, abriendo filas, presentó armas. Tirano Banderas, receloso, al pasar, escudriñaba el rostro oscuro de los soldados.

Segunda Parte

Boluca y Mitote

LIBRO PRIMERO

Cuarzos ibéricos

I

AMARILLOS y rojos mal entonados, colgaban los balcones del Casino Español. En el filo luminoso de la terraza, petulante y tilingo, era el quitrí de Don Celes.

II

—¡Mueran los gachupines!

—¡Mueran!…

El Circo Harris, en el fondo del parque, perfilaba la cúpula diáfana de sus lonas bajo el cielo verde de luceros. Apretábase la plebe vocinglera frente a las puertas, en el guiño de los arcos voltaicos. Parejas de caballería estaban de cantón en las bocacalles, y mezclados entre los grupos, huroneaban los espías del Tirano. Aplausos y vítores acogieron la aparición de los oradores: Venían en grupo, rodeados de estudiantes con banderas: Saludaban agitando los sombreros, pálidos, teatrales, heroicos. La marejada tumultuaria del gentío, bajo la porra legisladora de los gendarmes, abría calle ante las puertas del Circo. Las luces del interior daban a la cúpula de lona una diafanidad morena. Sucesivos grupos con banderas y bengalas, aplausos y amotinados clamores, a modo de reto, gritaban frente al Casino Español:

—¡Viva Don Roque Cepeda!

—¡Viva el libertador del indio!
—¡Vivaaa!…
—¡Muera la tiranía!
—¡Mueraaa!…
—¡Mueran los gachupines!
—¡Mueran!…

III

EL Casino Español —floripondios, doradas lámparas, rimbombantes moldurones— estallaba rubicundo y bronco, resonante de bravatas. La Junta Directiva clausuraba una breve sesión, sin acta, con acuerdos verbales y secretos. Por los salones, al sesgo de la farra valentona, comenzaban solapados murmullos. Pronto corrió, sin recato, el complot para salir en falange y deshacer el mitin a estacazos. La charanga gachupina resoplaba un bramido patriota: Los calvos tresillistas dejaban en el platillo las apuestas: Los cerriles del dominó golpeaban con las fichas, y los boliches de gaseosa: Los del billar salían a los balcones blandiendo los tacos. Algunas voces tartufas de empeñistas y abarroteros, reclamaban prudencia y una escolta de gendarmes para garantía del orden. Luces y voces ponían una palpitación chula y politiquera en aquellos salones decorados con la emulación ramplona de los despachos ministeriales en la Madre Patria: De pronto la falange gachupina acudió en tumulto a los balcones. Gritos y aplausos:
—¡Viva España!
—¡Viva el General Banderas!
—¡Viva la raza latina!
—¡Viva el General Presidente!
—¡Viva Don Pelayo!
—¡Viva el Pilar de Zaragoza!
—¡Viva Don Isaac Peral!
—¡Viva el comercio honrado!
—¡Viva el Héroe de Zamalpoa!
En la calle, una tropa de caballos acuchillaba a la plebe ensabanada y negruzca, que huía sin sacar el facón del pecho.

IV

BAJO la protección de los gendarmes, la gachupía baladrona se repartió por las mesas de la terraza.—Desafíos, jactancias, palmas—. Don Celes tascaba un largo veguero entre dos personajes de su prosapia: Míster Contum, aventurero yanqui con negocios de minería, y un estanciero español, señalado por su mucha riqueza, hombre de cortas luces, alavés duro y fanático, con una supersticiosa devoción por el principio de autoridad que aterroriza y sobresalta —.Don Teodosio del Araco, ibérico granítico, perpetuaba la tradición colonial del encomendero.— Don Celes peroraba con vacua egolatría de ricacho, puesto el hito de su elocuencia en deslumbrar al mucamo que le servía el café. La calle se abullangaba. La pelazón de indios hacía rueda en torno de las farolas y retretas que anunciaban el mitin. Don Teodosio, con vinagre de inquisidor, sentenció lacónico:

—¡Vean no más, qué mojiganga!

Se arreboló de suficiencia Don Celes:

—El Gobierno del General Banderas, con la autorización de esta propaganda, atestigua su respeto por todas las opiniones políticas. ¡Es un acto que acrecienta su prestigio! El General Banderas no teme la discusión, autoriza el debate: Sus palabras, al conceder el permiso para el mitin de esta noche, merecen recordarse:—En la ley encontrarán los ciudadanos el camino seguro para ejercitar pacíficamente sus derechos.—¡Convengamos que así solo habla un gran gobernante! Yo creo que se harán históricas las palabras del Presidente.

Apostilló lacónico Don Teodosio del Araco:

—¡Lo merecen!

Míster Contum consultó su reloj:

—Estar mucho interesante oír los discursos. Así mañana estar bien enterado mí. Nadie lo contar mí. Oírlo de las orejas.

Don Celes arqueaba la figura con vacua suficiencia:

—¡No vale la pena de soportar el sofoco de esa atmósfera viciada!

—Mí interesarse por oír a Don Roque Cepeda.

Y Don Teodosio acentuaba su rictus bilioso:

—¡Un loco! ¡Un insensato! Parece mentira que hombre de su situación financiera se junte con los rotos de la revolución, gente sin garantías.

Don Celes insinuaba con irónica lástima:

—Roque Cepeda es un idealista.

—Pues que lo encierren.

—Al contrario: Dejarle libre la propaganda. ¡Ya fracasará!

Don Teodosio movía la cabeza, recomido de suspicacias:

—Ustedes no controlan la inquietud que han llevado al indio del campo las predicaciones de esos perturbados. El indio es naturalmente ruin, jamás agradece los beneficios del patrón, aparenta humildad y está afilando el cuchillo: Solo anda derecho con el rebenque: Es más flojo, trabaja menos y se emborracha más que el negro antillano. Yo he tenido negros, y les garanto la superioridad del moreno sobre el indio de estas Repúblicas del Mar Pacífico.

Dictaminó Míster Contum, con humorismo fúnebre:

—Si el indio no ser tan flojo, no vivir mucho demasiado seguros los cueros blancos en este Paraíso de Punta Serpientes.

Abanicándose con el jipi asentía Don Celes:

—¡Indudable! Pero en ese postulado se contiene que el indio no es apto para las funciones políticas.

Don Teodosio se apasionaba:

—Flojo y alcoholizado, necesita el fustazo del blanco, que le haga trabajar, y servir a los fines de la sociedad.

Tornó el yanqui de los negocios mineros:

—Míster Araco, si puede estar una preocupación el peligro amarillo, ser en estas Repúblicas.

Don Celes infló la botarga patriótica, haciendo sonar todos los dijes de la gran cadena que, tendida de bolsillo a bolsillo, le ceñía la panza:

—Estas Repúblicas, para no desviarse de la ruta civilizadora, volverán los ojos a la Madre Patria. ¡Allí refulgen los históricos destinos de veinte Naciones!

Míster Contum alargó, con un gesto desdeñoso, su magro perfil de loro rubio:

—Si el criollaje perdura como dirigente, lo deberá a los barcos y a los cañones de Norteamérica.

El yanqui entornaba un ojo, mirándose la curva de la nariz. Y la pelazón de indios seguía gritando en torno de las farolas que anunciaban el mitin:

—¡Muera el Tío Sam!

—¡Mueran los gachupines!

—¡Muera el gringo chingado!

V

EL Director de *El Criterio Español*, en un velador inmediato, sorbía el refresco de piña, soda y kirsch, que hizo famoso al cantinero del Metropol Room. Don Celes, redondo y pedante, abanicándose con el jipi, salió a los medios de la acera:

—¡Mi felicitación por el editorial! En todo conforme con su tesis.

El Director-Propietario de *El Criterio Español* tenía una pluma hiperbólica, patriotera y ramplona, con fervientes devotos en la gachupía de empeñistas y abarroteros. Don Nicolás Díaz del Rivero, personaje cauteloso y bronco, disfrazaba su falsía con el rudo acento del Ebro: En España habíase titulado carlista, hasta que estafó la caja del 7º de Navarra: En Ultramar exaltaba la causa de la Monarquía Restaurada: Tenía dos grandes cruces, un título flamante de conde, un banco sobre prendas, y ninguna de hombre honesto. Don Celes se acercó confidencial, el jipi sobre la botarga, apartándose el veguero de la boca y tendiendo el brazo con ademán aparatoso:

—¿Y qué me dice de la representación de esta noche? ¿Leeremos la reseña mañana?

—Lo que permita el lápiz rojo. Pero, siéntese usted, Don Celes: Tengo destacados mis sabuesos y no dejará de llegar alguno con noticias. ¡Ojalá no tengamos que lamentar esta noche alguna grave alteración del orden! En estas propagandas revolucionarias, las pasiones se desbordan…

Don Celes arrastró una mecedora, y se apoltronó, siempre abanicándose con el panameño:

—Si ocurriese algún desbordamiento de la plebe, yo haría responsable a Don Roque Cepeda. ¿Ha visto usted ese loco lindo? No le vendría mal una temporada en Santa Mónica.

El Director de *El Criterio Español* se inclinó, confidencial, apagando la procelosa voz, cubriéndola con un gran gesto arcano:

—Pudiera ser que ya le tuviesen armada la ratonera. ¿Qué impresiones ha sacado usted de su visita al General?

—Al General le inquieta la actitud del Cuerpo Diplomático. Tiene la preocupación de no salirse de la legalidad, y eso, a mi ver, justifica la autorización para el mitin… O quizás lo que usted indicaba recién. ¡Una ratonera!…

—¿Y no le parece que sería un golpe de maestro? Pero acaso la preocupación que usted ha observado en el Presidente… Aquí tenemos al Vate Larrañaga. Acérquese, Vate…

VI

EL Vate Larrañaga era un joven flaco, lampiño, macilento, guedeja romántica, chalina flotante, anillos en las manos enlutadas: Una expresión dulce y novicia, de alma apasionada: Se acercó con tímido saludo:

—Mero mero, inició los discursos el Licenciado Sánchez Ocaña.

Cortó el Director:

—¿Tiene usted las notas? Hágame el favor. Yo las veré y las mandaré a la imprenta. ¿Qué impresión en el público?

—En la masa, un gran efecto. Alguna protesta en la cazuela, pero se han impuesto los aplausos. El público es suyo.

Don Celes contemplaba las estrellas, humeando el veguero:

—¿Real y verdaderamente es un orador elocuente el Licenciado Sánchez Ocaña? En lo poco que le tengo tratado, me ha parecido una medianía.

El Vate sonrió tímidamente, esquivando su opinión. Don Nicolás Díaz del Rivero pasaba el fulgor de sus quevedos sobre las cuartillas. El Vate Larrañaga, encogido y silencioso, esperaba. El Director levantó la cabeza:

—Le falta a usted intención política. Nosotros no podemos decir que el público premió con una ovación la presencia del Licenciado Sánchez Ocaña. Puede usted escribir: Los aplausos oficiosos de algunos amigos no lograron ocultar el fracaso de tan difusa pieza oratoria, que tuvo de todo, menos de ciceroniana. Es una redacción de elemental formulario. ¡Cada día es usted menos periodista!

El Vate Larrañaga sonrió tímidamente:

—¡Y temía haberme excedido en la censura!

El Director repasaba las cuartillas:

—Tuvo lugar, es un galicismo.

Rectificó complaciente el Vate:

—Tuvo verificativo.

—No lo admite la Academia.

Traía el viento un apagado oleaje de clamores y aplausos. Lamentó Don

Celes con hueca sonoridad:

—La plebe en todas partes se alucina con metáforas.

El Director-Propietario miró con gesto de reproche al sumiso noticiero:

—¿Pero esos aplausos? ¿Sabe usted quién está en el uso de la palabra?

—Posiblemente seguirá el Licenciado.

—¿Y usted, qué hace aquí? Vuélvase y ayude al compañero. Vatecito, oiga: Una idea que, si acertase a desenvolverla, le supondría un éxito periodístico: Haga la reseña como si se tratase de una función de circo, con loros amaestrados. Acentúe la soflama. Comience con la más cumplida felicitación a la Empresa de los Hermanos Harris.

Se infló Don Celes:

—¡Ya apareció el periodista de raza!

El Director declinó el elogio con arcano fruncimiento de cejas y labio: Continuó dirigiéndose al macilento Vatecito:

—¿Quién tiene de compañero?

—Fray Mocho.

—¡Que no se tome de bebida ese ganado!

El Vate Larrañaga se encogió, inhibiéndose con su apagada sonrisa:

—Hasta lueguito.

Tornaba el vuelo de los aplausos.

VII

SOBRE el resplandor de las aceras, gritos de vendedores ambulantes: Zigzag de nubios limpiabotas: Bandejas tintineantes, que portan en alto los mozos de los bares americanos: Vistosa ondulación de niñas mulatas, con la vieja de rebocillo al flanco. Formas, sombras, luces se multiplican trenzándose, promoviendo la caliginosa y alucinante vibración oriental que resumen el opio y la marihuana.

LIBRO SEGUNDO

El Circo Harris

I

EL Circo Harris, entre ramajes y focos voltaicos, abría su parasol de lona morena y diáfana. Parejas de gendarmes decoraban con rítmicos paseos las iluminadas puertas, y los lacios bigotes, y las mandíbulas encuadradas por las carrilleras, tenían el espavento de carátulas chinas. Grupos populares se estacionaban con rumorosa impaciencia por las avenidas del Parque: Allí el mayoral de poncho y machete, con el criollo del jarano platero, y el pelado de sabanil y el indio serrano. En el fondo, el diáfano parasol triangulaba sus candiles sobre el cielo verde de luceros.

II

EL Vate Larrañaga, con revuelo de zopilote, negro y lacio, cruzó las aceradas filas de gendarmes, y penetró bajo la cúpula de lona, estremecida por las salvas de aplausos. Aún cantaba su aria de tenor el Licenciado Sánchez Ocaña. El Vatecito, enjugándose la frente, deshecho el lazo de la chalina, tomó asiento, a la vera de su colega Fray Mocho: Un viejales con mugre de chupatintas, picado de viruelas y gran nariz colgante, que acogió al compañero con una bocanada vinosa:

—¡Es una pieza oratoria!

—¿Tomaste vos notas?

—¡Qué va! Es torrencial.
—¡Y no acaba!
—La tomó de muy largo.

III

EL orador desleía el boladillo en el vaso de agua: Cataba un sorbo: Hacía engalle: Se tiraba de los almidonados puños:

—Las antiguas colonias españolas, para volver a la ruta de su destino histórico, habrán de escuchar las voces de las civilizaciones originarias de América. Solo así, dejaremos algún día de ser una colonia espiritual del Viejo Continente. El Catolicismo y las corruptelas jurídicas, cimentan toda la obra civilizadora de la latinidad en nuestra América. El Catolicismo y las corruptelas jurídicas, son grilletes que nos mediatizan a una civilización en descrédito, egoísta y mendaz. Pero si renegamos de esta abyección jurídico religiosa, sea para forjar un nuevo vínculo, donde revivan nuestras tradiciones de comunismo milenario, en un futuro pleno de solidaridad humana, el futuro que estremece con pánicos temblores de cataclismo, el vientre del mundo.

Apostilló una voz:

—¡De tu madre!

Se produjo súbito tumulto: Marejada, repelones, gritos y brazos por alto. Los gendarmes sacaban a un cholo con la cabeza abierta de un garrotazo. El Licenciado Sánchez Ocaña, un poco pálido, con afectación teatral, sonreía removiendo la cucharilla en el vaso del agua. El Vatecito murmuró palpitante, inclinándose al oído de Fray Mocho:

—¡Quién tuviera una pluma independiente! El patrón quiere una crítica despiadada…

Fray Mocho sacó del pecho un botellín y se agachó besando el gollete:

—¡Muy elocuente!

—Es un oprobio tener vendida la conciencia.

—¡Qué va! Vos no vendés la conciencia. Vendés la pluma, que no es lo mismo.

—¡Por cochinos treinta pesos!

—Son los frijoles. No hay que ser poeta. ¿Querés vos soplar?

—¿Qué es ello?

—¡Chicha!

—No me apetece.

IV

EL orador sacaba los puños, lucía las mancuernas, se acercaba a las luces del proscenio. Le acogió una salva de aplausos: Con saludo de tenor remontose en su aria:

—El criollaje conserva todos los privilegios, todas las premáticas de las antiguas leyes coloniales. Los Libertadores de la primera hora, no han podido destruirlas, y la raza indígena, como en los peores días del virreinato, sufre la esclavitud de la Encomienda. Nuestra América se ha independizado de la tutela hispánica, pero no de sus prejuicios, que sellan con pacto de fariseos, Derecho y Catolicismo. No se ha intentado la redención del indio, que escarnecido, indefenso, trabaja en los latifundios y en las minas, bajo el látigo del capataz. Y esa obligación redentora, debe ser nuestra fe revolucionaria, ideal de justicia más fuerte que el sentimiento patriótico, porque es anhelo de solidaridad humana. El Océano Pacífico, el mar de nuestros destinos raciales, en sus más apartados parajes, congrega las mismas voces de fraternidad y de protesta. Los pueblos amarillos se despiertan, no para vengar agravios, sino para destruir la tiranía jurídica del capitalismo, piedra angular de los caducos Estados Europeos. El Océano Pacífico acompaña el ritmo de sus mareas con las voces unánimes de las razas asiáticas, y americanas, que en angustioso sueño de siglos han gestado el ideal de una nueva conciencia, heñida con tales obligaciones, con tales sacrificios, con tan arduo y místico combate, que forzosamente se aparecerá delirio de brahmanes, a la sórdida civilización europea, mancillada con todas las concupiscencias y los egoísmos de la propiedad individual. Los Estados Europeos, nacidos de guerras y dolos, no sienten la vergüenza de su historia, no silencian sus crímenes, no repugnan sus rapiñas sangrientas. Los Estados Europeos llevan la deshonestidad, hasta el alarde orgulloso de sus felonías, hasta la jactancia de su cínica inmoralidad a través de los siglos. Y esta degradación se la muestran como timbre de gloria a los coros juveniles de sus escuelas. Frente a nuestros ideales, la crítica de esos pueblos, es la crítica del romano frente a la doctrina del Justo. Aquel obeso, patricio, encorvado sobre el vomitorio, razonaba con las mismas bascas: Dueño de esclavos, defendía su propiedad: Manchado

con las heces de la gula y del hartazgo, estructuraba la vida social y el goce de sus riquezas, sobre el postulado de la servidumbre: Cuadrillas de esclavos hacían la siega de la mies: Cuadrillas de esclavos bajaban al fondo de la mina: Cuadrillas de esclavos remaban en el trirreme. La agricultura, la explotación de los metales, el comercio del mar, no podrían existir sin el esclavo, razonaba el patriciado de la antigua Roma. Y el hierro del amo en la carne del esclavo se convertía en un precepto ético, inherente al bien público y a la salud del Imperio. Nosotros, más que revolucionarios políticos, más que hombres de una patria limitada y tangible, somos catecúmenos de un credo religioso. Iluminados por la luz de una nueva conciencia, nos reunimos en la estrechez de este recinto, como los esclavos de las catacumbas, para crear una Patria Universal. Queremos convertir el peñasco del mundo en ara sidérea donde se celebre el culto de todas las cosas ordenadas por el amor. El culto de la eterna armonía, que solo puede alcanzarse por la igualdad entre los hombres. Demos a nuestras vidas el sentido fatal y desinteresado de las vidas estelares, liguémonos a un fin único de fraternidad, limpias las almas del egoísmo que engendra el tuyo y el mío, superados los círculos de la avaricia y del robo.

V

NUEVO tumulto. Una tropa de gachupines, jaquetona y cerril, gritaba en la pista:

—¡Atorrante!

—¡Guarango!

—¡Pelado!

—¡Carente de plata!

—¡Divorciado de la Ley!

—¡Muera la turba revolucionaria!

La gachupía enarbolaba gritos y garrotes al amparo de los gendarmes. En concierto clandestino, alborotaban por la gradería, los disfrazados esbirros del Tirano. Arreciaba la escaramuza de mutuos dicterios:

—¡Atorrantes!

—¡Muera la tiranía!

—¡Macaneadores!

—¡Pelados!

—¡Carentes de plata!
—¡Divorciados de la Ley!
—¡Macaneadores!
—¡Anárquicos!
—¡Viva Generalito Banderas!
—¡Muera la turba revolucionaria!
Las graderías de indios ensabanados se movían en oleadas:
—¡Viva Don Roquito!
—¡Viva el apóstol!
—¡Muera la tiranía!
—¡Muera el extranjero!
Los gendarmes comenzaban a repartir sablazos. Cachizas de faroles, gritos, manos en alto, caras ensangrentadas. Convulsión de luces apagándose. Rotura de la pista en ángulos. Visión cubista del Circo Harris.

LIBRO TERCERO

La oreja del zorro

I

TIRANO Banderas, con olisca de rata fisgona, abandonó la rueda de lisonjeros compadres y atravesó el claustro: Al Inspector de Policía, Coronel-Licenciado López de Salamanca, acabado de llegar, hizo seña con la mano, para que le siguiese. Por el locutorio adonde entraron todos, cruzó la momia siempre fisgando, y pasó a la celda donde solía tratar con sus agentes secretos. En la puerta, saludó con una cortesía de viejo cuáquero:

—Ilustre Don Celes, dispénseme no más un instante. Señor Inspector, pase a recibir órdenes.

II

EL Señor Inspector atravesó la estancia cambiando con unos y otros guiños, mamolas y leperadas en voz baja. El General Banderas había entrado en la recámara, estaba entrando, se hallaba de espaldas, podía volverse, y todos se advertían presos en la acción de una guiñolada dramática. El Coronel Licenciado López de Salamanca, Inspector de Policía, pasaba poco de los treinta años: Era hombre agudo, con letras universitarias y jocoso platicar: Nieto de encomenderos españoles, arrastraba una herencia sentimental y absurda de orgullo y premáticas de casta. De este heredado desprecio por el indio se nutre el mestizo criollaje dueño de la tierra, cuerpo de nobleza llamado en aquellas

Repúblicas, Patriciado. El Coronel Inspector entró, recobrado en su máscara de personaje:

—A la orden, mi General.

Tirano Banderas con un gesto le ordenó que dejase abierta la puerta. Luego quedó en silencio. Luego habló con escandido temoso de cada palabra:

—Diga no más. ¿Se ha celebrado el mitote de las Juventudes? ¿Qué loros hablaron?

—Abrió los discursos el Licenciado Sánchez Ocaña. Muy revolucionario.

—¿Con qué tópicos? Abrevie.

—Redención del Indio. Comunismo precolombiano. Marsellesa del Mar Pacífico. Fraternidad de las razas amarillas. ¡Macanas!

—¿Qué otros loros?

—No hubo espacio para más. Sobrevino la consecuente boluca de gachupines y nacionales, dando lugar a la intervención de los gendarmes.

—¿Se han hecho arrestos?

—A Don Roque, y algún otro, los he mandado conducir a mi despacho, para tenerlos asegurados de las iras populares.

—Muy conveniente. Aun cuando antagonistas en ideas, son sujetos ameritados y vidas que deben salvaguardarse. Si arreciase la ira popular, deles alojamiento en Santa Mónica. No tema excederse. Mañana, si conviniese, pasaría yo en persona a sacarlos de la prisión y a satisfacerles con excusas personales y oficiales. Repito que no tema excederse. ¿Y qué tenemos del Honorable Cuerpo Diplomático? ¿Rememora el asunto que le tengo platicado, referente al Señor Ministro de España? Muy conveniente que nos aseguremos con prendas.

—Esta misma tarde se ha realizado algún trabajo.

—Obró diligente, y le felicito. Expóngame la situación.

—Se le ha dado luneta de sombra al guarango andaluz, entre buja y torero, al que dicen Currito Mi-Alma.

—¿Qué filiación tiene ese personaje?

—Es el niño bonito que entra y sale como perro faldero en la Legación de España. La Prensa tiene hablado con cierto choteo.

El Tirano se recogió con un gesto austero:

—Esas murmuraciones no me son plato favorecido. Adelante.

—Pues no más que a ese niño torero lo han detenido esta tarde por hallarle culpado de escándalo público. Ofrecieron alguna duda sus manifestaciones, y se

procedió a un registro domiciliario.

—Sobreentendido. Adelante. ¿Resultado del registro?

—Tengo hecho inventario en esta hoja.

—Acérquese al candil y lea.

El Coronel Licenciado, comenzó a leer un poco gangoso, iniciando someramente el tono de las viejas beatas:

—Un paquete de cartas. Dos retratos con dedicatoria. Un bastón con puño de oro y cifras. Una cigarrera con cifras y corona. Un collar, dos brazaletes. Una peluca con rizos rubios, otra morena. Una caja de lunares. Dos trajes de señora. Alguna ropa interior de seda, con lazadas.

Tirano Banderas, recogido en un gesto cuáquero, fulminó su excomunión:

—¡Aberraciones repugnantes!

III

LA ventana enrejada y abierta, daba sobre un fondo de arcadas lunarias. Las sombras de los murciélagos agitaban con su triángulo negro la blancura nocturna de la ruina. El Coronel Licenciado, lentamente, con esa seriedad jovial que matiza los juegos de manos, se sacaba de los diversos bolsillos joyas, retratos y cartas, poniéndolo todo en hilera, sobre la mesa, a canto del Tirano:

—Las cartas son especialmente interesantes. Un caso patológico.

—Una sinvergüenzada. Señor Coronel, todo eso se archiva. La Madre Patria merece mi mayor predilección, y por ese motivo tengo un interés especial en que no se difame al Barón de Benicarlés: Usted va a proceder diligente para que recobre su libertad el guarango. El Señor Ministro de España, muy conveniente que conozca la ocurrencia. Pudiera suceder que con solo eso, cayese en la cuenta del ridículo que hace tocando un pífano en la mojiganga del Ministro Inglés. ¿Qué noticias tiene usted referentes a la reunión del Cuerpo Diplomático?

—Que ha sido aplazada.

—Sentiría que se comprometiese demasiado el Señor Ministro de España.

—Ya rectificará, cuando el pollo le ponga al corriente.

Tirano Banderas movió la cabeza, asintiendo: Tenía un reflejo de la lámpara sobre el marfil de la calavera y en los vidrios redondos de las antiparras: Miró su reloj, una cebolla de plata, y le dio cuerda con dos llaves:

—Don Celes nos iluminará en lo referente a la actitud del Señor Ministro.

¿Sabe usted si ha podido entrevistarle?

—Mérito me platicaba del caso.

—Señor Coronel, si no tiene cosa de mayor urgencia que comunicarme, aplazaremos el despacho. Será bien conocer el particular de lo que nos trae Don Celestino Galindo. Así tenga a bien decirle que pase, y usted permanezca.

IV

DON Celes Galindo, el Ilustre Gachupín, jugaba con el bastón y el sombrero mirando a la puerta de la recámara: Su redondez pavona, en el fondo mal alumbrado del vasto locutorio, tenía esa actitud petulante y preocupada del cómico que, entre bastidores, espera su salida a escena. Al Coronel Licenciado, que asomaba y tendía la mirada, hizo reclamo, agitando bastón y sombrero. Presentía su hora, y la transcendencia del papelón le rebosaba. El Coronel Licenciado levantó la voz, parando un ojo burlón y compadre sobre los otros asistentes:

—Mi Señor Don Celeste, si tiene el beneplácito.

Entró Don Celeste y le acogió con su rancia ceremonia el Tirano:

—Lamento la espera y le ruego muy encarecido que acepte mis justificaciones. No me atribuya indiferencia por saber sus novedades: ¿Entrevistó al Ministro? ¿Platicaron?

Don Celes hizo un amplio gesto de contrariedad:

—He visto a Benicarlés: Hemos conferenciado sobre la política que debe seguir en estas Repúblicas la Madre Patria: Hemos quedado definitivamente distanciados.

Comentó ceremoniosa la momia:

—Siento el contratiempo, y mucho más si alguna culpa me afecta.

Don Celes plegó el labio y entornó el párpado, significando que el suceso carecía de importancia:

—Para corroborar mis puntos de vista, he cambiado impresiones con algunas personalidades relevantes de la Colonia.

—Hábleme de su Excelencia el Señor Ministro de España. ¿Cuáles son sus compromisos diplomáticos? ¿Por qué su actuación contraria a los intereses españoles aquí radicados? ¿No comprende que la capacitación del indígena es la ruina del estanciero? El estanciero se verá aquí con los mismos problemas

agrarios que deja planteados en el propio país, y que sus estadistas no saben resolver.

Don Celeste tuvo un gran gesto adulador y enfático:

—Benicarlés no es hombre para presentarse con esa claridad y esa transcendencia las cuestiones.

—¿En qué argumentación sostiene su criterio? Eso estimaría saber.

—No argumenta.

—¿Cómo sustenta su opinión?

—No la sustenta.

—¿Algo dirá?

—Su criterio es no desviarse en su actuación de las vistas que adopte el Cuerpo Diplomático. Le hice toda suerte de objeciones, llegué a significarle que se exponía a un serio conflicto con la Colonia. Que acaso se jugaba la carrera. ¡Inútil! ¡Mis palabras han resbalado sobre su indiferencia! ¡Jugaba con el faldero! ¡Me ha indignado!

Tirano Banderas interrumpió con su falso y escandido hablar ceremonioso:

—Don Celes, venciendo su repugnancia, aún tendrá usted que entrevistarse con el Señor Ministro de España: Será conveniente que usted insista sobre los mismos tópicos, con algunas indicaciones muy especializadas. Acaso logre apartarle de la perniciosa influencia del Representante Británico. El Señor Inspector de Policía tiene noticia de que nuestras actuales dificultades obedecen a un complot de la Sociedad Evangélica de Londres. ¿No es así, Señor Inspector?

—¡Indudablemente! La Humanidad que invocan las milicias puritanas, es un ente de razón, una logomaquia. El laborantismo inglés, para influenciar sobre los negocios de minas y finanzas, comienza introduciendo la Biblia.

Meció la cabeza Don Celes:

—Ya estoy al cabo.

La momia se inclinó con rígida mesura, sesgando la plática:

—Un español ameritado, no puede sustraer su actuación cuando se trata de las buenas relaciones entre la República y la Patria Española. Hay a más un feo enredo policíaco. El Señor Inspector tiene la palabra.

El Señor Inspector, con aquel gesto de burla fúnebre, paró un ojo sobre Don Celes:

—Los principios humanitarios que invoca la Diplomacia, acaso tengan que supeditarse a las exigencias de la realidad palpitante.

Rumió la momia:

—Y en última instancia, los intereses de los españoles aquí radicados, están en contra de la Humanidad. ¡No hay que fregarla! Los españoles aquí radicados representan intereses contrarios. ¡Que lo entienda ese Señor Ministro! ¡Que se capacite! Si le ve muy renuente, manifiéstele que obra en los archivos policíacos un atestado por verdaderas orgías romanas, donde un invertido simula el parto. Tiene la palabra el Señor Inspector.

Se consternó Don Celes: Y puso su rejón el Coronel-Licenciado:

—En ese simulacro, parece haber sido comadrón el Señor Ministro de España.

Gemía Don Celes:

—¡Estoy consternado!

Tirano Banderas rasgó la boca con mueca desdeñosa:

—Por veces nos llegan puros atorrantes representando a la Madre Patria.

Suspiró Don Celes:

—Veré al Barón.

—Véale, y hágale entender que tenemos su crédito en las manos. El Señor Ministro recapacitará lo que hace. Hágale presente un saludo muy fino de Santos Banderas.

El Tirano se inclinó, con aquel ademán mesurado y rígido de figura de palo:

—La Diplomacia gusta de los aplazamientos, y de esa primera reunión no saldrá nada. En fin, veremos lo que nos trae el día de mañana. La República puede perecer en una guerra, pero jamás se rendirá ante una imposición de las Potencias Extranjeras.

V

TIRANO Banderas salió al claustro, y encorvado sobre una mesilla de campaña, sin sentarse, firmó, con rápido rasgueo, los edictos y sentencias que sacaba de un cartapacio el Secretario de Tribunales, Licenciado Carrillo. Sobre la cal de los muros, daban sus espantos malas pinturas de martirios, purgatorios, catafalcos y demonios verdes. El Tirano, rubricado el último pliego, habló despacio, la mueca dolorosa y verde en la rasgada boca indiana:

—¡Chac-chac! Señor Licenciadito, estamos en deuda con la vieja rabona del 7º Ligero. Para rendirle justicia debidamente, se precisa chicotear a un Jefe del

Ejército. ¡Punirlo como a un roto! ¡Y es un amigo de los más estimados! ¡El macaneador de mi compadre Domiciano de la Gándara! ¡Ese bucanero, que dentro de un rato me llamará déspota, con el ojo torcido al campo insurrecto! Chicotear a mi compadre, es ponerle a caballo. Desamparar a la chola rabona, falsificar el designio que formulé al darle la mano, se llama sumirse, fregarse. ¿Licenciado, cuál es su consejo?

—Patroncito, es un nudo gordiano.

Tirano Banderas, rasgada la boca por la verde mueca, se volvió al coro de comparsas:

—Ustedes, amigos, no se destierren: Arriéndense para dar su fallo. ¿Han entendido lo que platicaba con el Señor Licenciado? Bien conocen a mi compadre. ¡Muy buena reata y todos le estimamos! Darle chicote como a un roto, es enfurecerle y ponerle en el rancho de los revolucionarios. ¿Se le pune, y deja libre y rencoroso? ¿Tirano Banderas —como dice el pueblo cabrón— debe ser prudente o magnánimo? Piénsenlo, amigos, que su dictado me interesa. Constitúyanse en tribunal, y resuelvan el caso con arreglo a conciencia.

Desplegando un catalejo de tres cuerpos reclinose en la arcada que se abría sobre el borroso diseño del jardín, y se absorbió en la contemplación del cielo.

VI

LOS Compadritos hacen rueda en el otro cabo, y apuntan distingos justipreciando aquel escrúpulo de conciencia, que como un hueso a los perros, les arrojaba Tirano Banderas. El Licenciado Carrillo se insinúa con la mueca de zorro propia del buen curial:

—¿Cuál será la idea del patrón?

El Licenciado Nacho Veguillas, sesga la boca y saca los ojos remedando el canto de la rana:

—¡Cuá! ¡Cuá!

Y le desprecia con un gesto, tirándose del pirulo chivón de la barba, el Mayor Abilio del Valle:

—¡No está el guitarrón para ser punteado!

—¡Mayorcito del Valle, hay que fregarse!

El Licenciado Carrillo no salía de su tema:

—Preciso es adivinarle la idea al patrón, y dictaminar de acuerdo.

Nacho Veguillas hacía el tonto mojiganguero:

—¡Cuá! ¡Cuá! Yo me guío por sus luces, Licenciadito.

Murmuró el Mayor del Valle:

—Para acertarla, cada uno se ponga en el caso.

—¿Y puesto en el caso vos, Mayorcito?…

—¿Entre qué términos, Licenciado?

—Desmentirse con la vieja, o chicotear como a un roto al Coronelito de la Gándara.

El Mayor Abilio del Valle, siempre a tirarse del pirulo chivón, retrucó soflamero:

—Tronar a Domiciano y después chicotearle, es mi consejo.

El Licenciado Nacho Veguillas sufrió un acceso sentimental de pobre diablo:

—El patroncito acaso mire la relación de compadres, y pudiera la vinculación espiritual aplacar su rigorismo.

El Licenciado Carrillo tendía la cola petulante:

—Mayorcito, de este nudo gordiano vos estate el Alejandro.

Veguillas angustió la cara:

—¡Un escacho de botillería no puede tener pena de muerte! Yo salvo mi responsabilidad. No quiero que se me aparezca el espectro de Domiciano. ¿Vos conocés la obra que representó anoche Pepe Valero? *Fernando el Emplazado*. ¡Che! Es un caso de la Historia de España.

—Ya no pasan esos casos.

—Todos los días, Mayorcito.

—No los conozco.

—Permanecen inéditos, porque los emplazados no son testas coronadas.

—¿El mal de ojo? No creo en ello.

—Yo he conocido a un sujeto, que perdía siempre en el juego, si no tenía en la mano el cigarro apagado.

El Licenciado Carrillo aguzaba la sonrisa:

—Me permito llamarles al asunto. Sospecho que hay otra acusación contra el Coronel de la Gándara. Siempre ha sido poco de fiar ese amigo y andaba estos tiempos muy bruja, y acaso buscó remediarse de plata en la montonera revolucionaria.

Se confundieron las voces en un susurro:

—No es un secreto que conspiraba.

—Pues le debe cuanto es al patroncito.

—Como todos nosotros.

—Soy el primero en reconocer esa deuda sagrada.

—Con menos que la vida, yo no le pago a Don Santos.

—Domiciano le ha correspondido con la más negra ingratitud.

Puestos de acuerdo, ofreció la petaca el Mayor del Valle.

VII

EL Tirano corría por el cielo el campo de su catalejo: Tenía blanca de luna la calavera:

—Cinco fechas para que sea visible el cometa que anuncian los astrónomos europeos. Acontecimiento celeste, de que no tendríamos noticia, a no ser por los sabios de fuera. Posiblemente, en los espacios sidéreos tampoco saben nada de nuestras revoluciones. Estamos parejos. Sin embargo, nuestro atraso científico es manifiesto. Licenciadito Veguillas, redactará usted un decreto para dotar con un buen telescopio a la Escuela Náutica y Astronómica.

El Licenciadito Nacho Veguillas, finchándose en el pando compás de las zancas, sacó el pecho y tendió el brazo en arenga:

—¡Mirar por la cultura, es hacer patria!

El Tirano pagó la cordialidad avinada del pobre diablo, con un gesto de calavera humorística, mientras volvía a recorrer con su anteojo el cielo nocturno. Los cocuyos encendían su danza de luces en la borrosa y lunaria geometría del jardín.

VIII

TORVA y esquiva, aguzados los ojos como montés alimaña, penetró, dando gritos, una mujer encamisada y pelona. Por la sala pasó un silencio, y los coloquios quedaron en el aire. Tirano Banderas, tras una espantada, se recobró batiendo el pie con ira y denuesto. Temerosos del castigo, se arrestaron la recamarera y el mucamo, que acudieron a la captura de la encamisada.

Fulminó el Tirano:

—¡Chingada, guarda tenés de la niña! ¡Hi de tal, la tenés bien guardada!

Las dos figuras parejas se recogían, susurrantes en el quicio de la puerta:

Eran, sobre el hueco profundo de sombra, oscuros bultos de borroso realce. Tirano Banderas se acercó a la encamisada, que con el gesto obstinado de los locos, hundía las uñas en la greña y se agazapaba en un rincón aullando:

—Manolita, vos serés bien mandada. Andate no más para la recámara.

Aquella pelona encamisada era la hija de Tirano Banderas: Joven, lozana, de pulido bronce, casi una niña, con la expresión inmóvil, sellaba un enigma cruel su máscara de ídolo: Huidiza y doblada, se recogió al amparo de la recamarera y el mucano, arrestados en la puerta. Se la llevaron con amonestaciones, y en la oscuridad se perdieron. Tirano Banderas, con un monólogo tartajoso, comenzó a dar paseos: Al cabo, resolviéndose, hizo una cortesía de estantigua, y comenzó a subir la escalera.

—Al macaneador de mi compadre será prudente arrestarlo esta noche, Mayor del Valle.

Tercera Parte

Noche de farra

LIBRO PRIMERO

LA RECÁMARA VERDE

I

¡FAMOSAS aquellas ferias de Santos y Difuntos! La Plaza de Armas, Monotombo, Arquillo de Madres, eran zoco de boliches y pulperías, ruletas y naipes. Corre la chusma, a los anuncios de toro candil en los Portalitos de Penitentes: Corren las rondas de burlones apagando las luminarias, al procuro de hacer más vistoso el candil del bulto toreado. Quiebra el oscuro en el vasto cielo, la luna chocarrera y cacareante: Ahúman las candilejas de petróleo por las embocaduras de tutilimundis, tinglados y barracas: Los ciegos de guitarrón cantan en los corros de pelados: El criollaje ranchero —poncho, facón, jarano— se estaciona al ruedo de las mesas con tableros de azares y suertes fulleras. Circula en racimos la plebe cobriza, greñuda, descalza, y por las escalerillas de las iglesias, indios alfareros venden esquilones de barro con círculos y palotes de pinturas estentóreas y dramáticas. Beatas y chamacos, mercan los fúnebres barros, de tañido tan triste que recuerdan la tena y el caso del fraile peruano. A cada vuelta saltan risas y bravatas. En los portalitos, por las pulperías de cholos y lepes, la guitarra rasguea los corridos de milagros y ladrones:

Era Diego Pedernales
de buena generación.

II

EL Congal de Cucarachita encendía farolillos de colores en el azoguejo, y luces de difuntos en la Recámara Verde.—Son consorcios que aparejan las ferias.—Lupita la Romántica, con bata de lazos y el moño colgante, suspiraba caída en el sueño magnético, bajo la mirada y los pases del Doctor Polaco: Alentaba rendida y vencida, con suspiros de erótico tránsito:

—¡Ay!

—Responda la Señorita Médium.

—¡Ay! Alumbrándose sube por una escalera muy grande… No puedo. Ya no está… Se me ha desvanecido.

—Siga usted hasta encontrarle, Señorita.

—Entra por una puerta donde hay un centinela.

—¿Habla con él?

—Sí. Ahora no puedo verle. No puedo… ¡Ay!

—Procure situarse, Señorita Médium.

—No puedo.

—Yo lo mando.

—¡Ay!

—Sitúese. ¿Qué ve en torno suyo?

—¡Ay! Las estrellas grandes como lunas pasan corriendo por el cielo.

—¿Ha dejado el plano terrestre?

—No sé.

—Sí lo sabe. Responda. ¿Dónde se sitúa?

—¡Estoy muerta!

—Voy a resucitarla, Señorita Médium.

El farandul le puso en la frente la piedra de un anillo. Después fueron los pases de manos y el soplar sobre los párpados de la daifa durmiente:

—¡Ay!…

—Señorita Médium, va usted a despertarse contenta y sin dolor de cabeza. Muy despejada, y contenta, sin ninguna impresión dolorosa.

Hablaba de rutina, con el murmullo apacible, del clérigo que reza su misa diaria. Gritaba en el corredor la madrota, y en el azoguejo, donde era el mitote de danza, aguardiente y parcheo, metía bulla el Coronelito Domiciano de la Gándara.

III

EL Coronelito Domiciano de la Gándara templa el guitarrón: Camisa y calzones, por aberturas coincidentes, muestran el vientre rotundo y risueño de dios tibetano: En los pies desnudos arrastra chancletas, y se toca con un jaranillo mambís, que al revirón descubre el rojo de un pañuelo y la oreja con arete: El ojo guiñate, la mano en los trastes, platica leperón con las manflotas en cabellos y bata escotada: Era negrote, membrudo, rizoso, vestido con sudada guayabera y calzones mamelucos, sujetos por un cincho con gran broche de plata: Los torpes conceptos venustos celebra con risa saturnal y vinaria. Niño Domiciano nunca estaba sin cuatro candiles, y como arrastraba su vida por bochinches y congales, era propenso a las tremolinas y escandaloso al final de las farras. Las niñas del pecado, desmadejadas y desdeñosas, recogían el bulle-bulle en el vaivén de las mecedoras: El rojo de los cigarros las señalaba en sus lugares. El Coronelito, dando el último tiento a los trastes, escupe y rasguea cantando por burlas el corrido que rueda estos tiempos, de Diego Pedernales. La sombra de la mano con el reflejo de las tumbagas, pone rasgueo de luces en el rasgueo de la guitarra:

—Preso le llevan los guardias,
sobre caballo pelón,
que en los Ranchos de Valdivia
le tomaron a traición.
Celos de niña ranchera
hicieron la delación.

IV

TECLEABA un piano hipocondríaco, en la sala que nombraban Sala de la Recámara Verde. Como el mitote era en el patio, la sala agrandábase alumbrada y vacía, con las rejas abiertas sobre el azoguejo y el viento en las muselinas de los vidrios. El Ciego Velones —nombre de burlas— arañaba lívidas escalas, acompañando el canto a una chicuela consumida, tristeza, desgarbo, fealdad de hospiciana. En el arrimo de la reja, hacían duelo por la contraria suerte en los albures, dos peponas amulatadas: El barro melado de sus facciones se depuraba con una dulzura de líneas y tintas, en el ébano de las

cabezas pimpantes de peines y moñetes, un drama oriental de lacres y verdes. El Ciego Velones tecleaba el piano sin luces, un piano lechuzo que se pasaba los días enfundado de bayeta negra. Cantaba la chicuela, tirante las cuerdas del triste descote, inmóvil la cara de niña muerta, el fúnebre resplandor de la bandejilla del petitorio sobre el pecho:

—¡No me mates, traidora ilusión!
¡Es tu imagen en mi pensamiento,
una hoguera de casta pasión!

La voz lívida, en la lívida iluminación de la sala desierta, se desgarraba en una altura inverosímil:

—¡Una hoguera de casta pasión!

Algunas parejas bailaban en el azoguejo, mecidas por el ritmo del danzón: Perezosas y lánguidas, pasaban con las mejillas juntas por delante de las rejas. El Coronelito, más bruja que un roto, acompañaba con una cuerda en el guitarrón, la voz en un trémolo:

—¡No me mates, traidora ilusión!

V

LA cortina abomba su raso verde en el arco de la recámara: Brilla en el fondo, sobre el espejo, la pomposa cama del trato, y por veces todo se tambalea en un guiño del altarete. Suspiraba Lupita:

—¡Ánimas del Purgatorio! ¡No más, y qué sueño se me ha puesto! ¡La cabeza se me parte!

La tranquilizó el farandul:

—Eso se pasa pronto.

—¡Cuando yo vuelva a consentir que usted me enajene, van a tener pelos las tortugas!

El Doctor Polaco, desviando la plática, felicitó a la daifa con ceremonia de farandul:

—Es usted un caso muy interesante de metenpsicosis. Yo no tendría inconveniente en asegurarle a usted contrata para un teatro de Berlín. Usted podría ser un caso de los más célebres. ¡Esta experiencia ha sido muy

interesante!

La daifa se oprimía las sienes, metiendo los dedos con luces de pedrería por los bandos endrinos del peinado:

—¡Para toda la noche tengo ya jaqueca!

—Una taza de café será lo bastante… Disuelve usted en la taza una perla de éter, y se hallará prontamente tonificada, para poder intentar otra experiencia.

—¡Una y no más!

—¿No se animaría usted a presentarse en público? Sometida a una dirección inteligente, pronto tendría usted renombre para actuar en un teatro de Nueva York. Yo le garanto a usted un tanto por ciento. Usted, antes de un año, puede presentarse con diplomas de las más acreditadas Academias de Europa. El Coronelito me ha tenido conversación de su caso, pero muy lejano, que ofreciese tanto interés para la ciencia. ¡Muy lejano! Usted se debe al estudio de los iniciados, en los misterios del magnetismo.

—¡Con una cartera llena de papel, aun no cegaba! ¡A pique de quedar muerta en una experiencia!

—Ese riesgo no existe cuando se procede científicamente.

—La rubia que a usted acompañaba pasados tiempos, se corrió que había muerto en un teatro.

—¿Y que yo estaba preso? Esa calumnia es patente. Yo no estoy preso.

—Habrá usted limado las rejas de la cárcel.

—¿Me cree usted con poder para tanto?

—¿No es usted brujo?

—El estudio de los fenómenos magnéticos no puede ser calificado de brujería. ¿Usted se encuentra libre ya del malestar cefálico?

—Sí, parece que se me pasa.

Gritaba en el corredor la madrota:

—Lupita, que te solicitan.

—¿Quién es?

—Un amigo. ¡No pasmes!

—¡Voy! De hallarme menos carente, esta noche la guardaba por devoción de las Benditas.

—Lupita, puede usted obtener un suceso público en un escenario.

—¡Me da mucho miedo!

Salió de la recámara con bulle-bulle de faldas, seguida del Doctor Polaco. Aquel tuno nigromante, con una barraca en la feria, era muy admirado en el

Congal de Cucarachita.

LIBRO SEGUNDO

LUCES DE ÁNIMAS

I

—En borrico de justicia
le sacan con un pregón,
hizo mamola al verdugo
al revestirle el jopón,
y al Cristo que le presentan,
una seña de masón.

EN la Recámara Verde, iluminada con altarete de luces aceiteras y cerillos, atendía, apagando un cuchicheo, la pareja encuerada del pecado. Llegaba el romance prendido al son de la guitarra. En el altarete, las mariposas de aceite cuchicheaban y los amantes en el cabezal. La daifa:

—¡Era bien ruin!

El coime:

—¡Ateo!

—En la noche de hoy, ese canto de verdugos y ajusticiados, parece más negro que un catafalco.

—¡Vida alegre, muerte triste!

—¡Abrenuncio! ¡Qué voz de corneja sacaste! ¿Veguillas, tú, vista la hora final, confesarías como cristiano?

—¡Yo no niego la vida del alma!

—¡Nachito, somos espíritu y materia! ¡Donde me ves con estas carnes, pues una romántica! De no haber estado tan bruja, hubiera guardado este día. ¡Pero es mucho el empeño con el ama! ¡Nachito, tú sabes de persona viviente que no

tenga sus muertos? Los hospicianos, y aun esos porque no los conocen. Este aniversario merecía ser de los más guardados: ¡Trae muchos recuerdos! Tú, si fueses propiamente romántico, ahora tenías un escrúpulo: Me pasabas el estipendio y te caminabas.

—¿Y caminarme sin aflojar la plata?

—También. ¡Yo soy muy romántica! Ya te digo que de no hallarme tan en deuda con la madrota…

—¿Quieres que yo te cancele el crédito?

—Pon eso claro.

—¿Si quieres que yo te pague la deuda?

—No me veas chuela, Nachito.

—¿Debes mucho?

—¡Treinta Manfredos! ¡Me niega quince que le entregué por las Flores de Mayo! ¡Como tú te hicieses cargo de la deuda y me pusieses en un pupilaje, ibas a ver una fiel esclava!

—¡Siento no ser negrero!

La daifa quedose abstraída mirando las luces de sus falsos anillos. Hacía memoria. Por la boca pintada corría un rezo:

—Esta conversación pasó otra vez de la misma manera: ¿Te acuerdas, Veguillas? Pasó con iguales palabras y prosopopeyas.

—Pudiera.

La moza del pecado, entrándose en sí misma, quedó abismada, siempre los ojos en las piedras de sus anillos.

II

PERCIBÍASE embullangado el guitarro, el canto y la zarabanda de risas, chapines y palmas con que jaleaban las del trato. Gritos, carrerillas y cierre de puertas. Acezo y pisadas en el corredor. Los artejos y la voz de la Taracena:

—¡El cerrojo! Horita vos va con una copla Domiciano. El cerrojo, si no lo tenéis corrido, que ya le entró la tema de escandalizar por las recámaras.

Siempre abismada en la fábula de sus manos, suspiró la romántica:

—¡Domiciano toma la vida como la vida se merece!

—¿Y el despertar?

—¡Ave María! ¿Esta misma plática no la tuvimos hace un instante?

¿Veguillas, cuándo fueron aquellos pronósticos tuyos, del mal fin que tendría el Coronelito de la Gándara?

Gritó Veguillas:

—¡Ese secreto jamás ha salido de mis labios!

—¡Ya me haces dudar! ¡Patillas tomó tu figura en aquel momento, Nachito!

—Lupita, no seas visionaria.

Venía por el corredor acreciéndose la bulla de copla y guitarra, soflamas y palmas. Cantaba el valedor un aire de los llaneros:

—Licenciadito Veguillas,
saca del brazo a tu dama
para beber una copa
a la salud de las ánimas.

—¡Santísimo Dios! ¡Esta misma letra se ha cantado otra vez estando como ahora acostados en la cama!

Nacho Veguillas, entre humorístico y asustadizo, azotó las nalgas de la moza, con gran estallo:

—¡Lupita, que te pasas de romántica!

—¡No me pongas en confusión, Veguillas!

—Si me estás viendo chuela toda la noche.

Tornaba la copla y el rasgueo, a la puerta de la recámara. Oscilaba el altarete de luces y cruces. Susurró la del trato:

—¡Nacho Veguillas, llevas buena relación con el Coronel Gandarita?

—¡Amigos entrañables!

—¿Por qué no le das aviso para que se ponga en salvo?

—¿Pues qué sabes tú?

—¿No hablamos antes?

—¡No!

—¡Lo juras, Nachito!

—¡Jurado!

—¿Que nada hablamos? ¡Pues lo habrás tenido en el pensamiento!

Nacho Veguillas, sacando los ojos a flor de la cara, saltó en el alfombrín con las dos manos sobre las vergüenzas:

—¡Lupita, tú tienes comercio con los espíritus!

—¡Calla!

—¡Responde!

—¡Me confundes! ¿Dices que nada hemos hablado del fin que le espera al Coronel de la Gándara?

Batían en la puerta, y otra vez renovábase la bulla, con el tema de copla y guitarro:

—Levántate, valedor,
y vístete los calzones,
para jugarnos la plata
en los albures pelones.

Abriose la puerta de un puntapié, y rascando el guitarrillo que apoya en el vientre rotundo, apareció el Coronelito. Nacho Veguillas, con alegre transporte de botarate saltó de cucas, remedando el cantar de la rana:

—¡Cuá! ¡Cuá!

III

EL Congal con luminarias de verbena,juntaba en el patio mitote de naipe, aguardiente y buñuelo. Tenía el naipe al salir un interés fatigado: Menguaban las puestas, se encogían sobre el tapete, bajo el reflejo amarillo del candil, al aire contrario del naipe. Viendo el dinero tan receloso, para darle ánimo, trajo aguardiente de caña y chicha, la Taracena. Nacho Veguillas, muy festejado, a medio vestir, suelto el chaleco, un tirante por rabo, saltaba mimando el dúo del sapo y la rana.—La música clásica, que, cuando esparcía su ánimo sombrío, gustaba de oír Tirano Banderas.—Nachito, con una lágrima de artista ambulante, recibía las felicitaciones, estrechaba las manos, se tambaleaba en épicos abrazos. El Doctor Polaco, celoso de aquellos triunfos, en un corro de niñas, disertaba, accionando con el libro de los naipes abierto en abanico. Atentas las manflotas, cerraban un círculo de ojeras y lazos, con meloso cuchicheo tropical. La chamaca fúnebre pasaba la bandejilla del petitorio, estirando el triste descote, mustia y resignada, horrible un su corpiño de muselinas azules, lívidos lujos de hambre. Nachito la perseguía en cuclillas con gran algazara:

—¡Cuá! ¡Cuá!

IV

CON las luces del alba la mustia pareja del ciego lechuzo y la chica amortajada escurríase por el Arquillo de las Madres Portuguesas. Se apagaban las luminarias. En los Portalitos quedaba un rezago de ferias: El Tiovivo daba su última vuelta en una gran boqueada de candilejas. El ciego lechuzo, y la chica amortajada, llevan fosco rosmar, claveteado entre las cuatro pisadas:

—¡Tiempos más fregados no los he conocido!

Habló la chica sin mudar el gesto de ultratumba:

—¡Donde otras ferias!

Sacudió la cabeza el lechuzo:

—Cucarachita no renueva el mujerío y así no se sostiene un negocio. ¿Qué tal mujer la Panameña? ¿Tiene partido?

—Poco partido tiene para ser nueva. ¡Está mochales!

—¿Qué viene a ser eso?

—¡Modo que tiene una chica que llaman la Malagueña! Con ello significa los trastornos.

—No tomes el hablar de esas mujeres.

La amortajada puso los tristes ojos en una estrella:

—¿Se me notaba que estuviese ronca?

—No más que al atacar las primeras notas. La pasión de esta noche es de una verdadera artista. Sin cariño de padre, creo que hubieses tenido un triunfo en una sala de conciertos: —No me mates, traidora ilusión—¡Ahí has rayado muy alto! Hija mía, es preciso que cantes pronto en un teatro, y me redimas de esta situación precaria. Yo puedo dirigir una orquesta.

—¿Ciego?

—Operándome las cataratas.

—¡Ay mi viejo, cómo soñamos!

—¿No saldremos alguna vez de esta pesadumbre?

—¡Quién sabe!

—¿Dudas?

—No digo nada.

—Tú no conoces otra vida, y te conformas.

—¡Vos tampoco la conocés, taitita!

—La he visto en otros, y comprendo lo que sea.

—Yo, puesta a envidiar, no envidiaría riquezas.

—¿Pues qué envidiarías?

—¡Ser pájaro! Cantar en una rama.

—No sabes lo que hablas.

—Ya hemos llegado.

En el portal dormía el indio con su india, cubiertos los dos por una frazada. La chica fúnebre y el ciego lechuzo pasaron perfilándose. El esquilón de las monjas doblaba por las Ánimas.

V

NACHO Veguillas también tenía el vino sentimental de boca babosa y ojos tiernos. Ahora, con la cabeza sobre el regazo de la daifa, canta su aria en la Recámara Verde:

—¡Dame tu amor, lirio caído en el fango!

Ensoñó la manflota:

—¡Canela! ¡Y decís vos que no sos romántico!

—¡Ángel puro de amor, que amor inspira! ¡Yo te sacaré del abismo y redimiré tu alma virginal! ¡Taracena! ¡Taracena!

—¡No armés escándalo, Nachito! Dejá vos al ama, que no está para tus fregados.

Y le ponía los anillos sobre la boca vinaria. Nachito se incorporó:

—¡Taracena! ¡Yo pago el débito de esta azucena, caída en el barro vil de tu comercio!

—¡Calla! ¡No faltés!

Nachito, llorona la alcuza de la nariz, se volvía a la niña del trato:

—¡Calma mi sed de ideal, ángel que tienes rotas las alas! ¡Posa tu mano en mi frente, que en un mar de lava ardiente, mi cerebro siento arder!

—¿Cuándo fue que oí esas mismas músicas? ¡Nachito, aquí se dijeron esas mismas palabras!

Nachito se sintió celoso:

—¡Algún cabrón!

—O no se habrán dicho… Esta noche se me figura que ya pasó todo cuanto pasa. ¡Son las Benditas!… ¡Es ilusión esta de que todo pasó, antes de pasar!

—¡Yo te llamaba en mis solitarios sueños! ¡El imán de tu mirada penetra en mí! ¡Bésame, mujer!

—Nachito, no seás sonso y déjame rezar este toque de Ánimas.

—¡Bésame, Jarifa! ¡Bésame, impúdica, inocente! ¡Dame un ósculo casto y virginal! ¡Caminaba solo por el desierto de la vida, y se me aparece un oasis de amor, donde reposar la frente!

Nachito sollozaba, y la del trato, para consolarle, le dio un beso de folletín romántico, apretándole a la boca, el corazón de su boca pintada:

—¡Eres sonso!

VI

TEMBLÓ el altarete de Ánimas: El aleteo de un reflejo desquició los muros de la Recámara Verde: Se abrió la puerta y entró sin ceremonia el Coronelito de la Gándara. Veguillas volvió la nariz de alcuza y puso el ojo de carnero:

—¡Domiciano, no profanes el idilio de dos almas!

—Licenciadito, te recomiendo el amoníaco. Mírame a mí, limpio de vapores. ¿Guadalupe, qué haces sin darle el agua bendita?

El Coronelito de la Gándara, al pisar, infundía un temblor en la luminaria de Ánimas: La fanfarria irreverente de sus espuelas plateras, ponía al guiño del altarete un sinfónico fondo herético: Advertíase señalada mudanza en la persona y arreo del Coronelito: Traía el calzón recogido en botas jinetas, el cinto ajustado y el machete al flanco, viva aún la rasura de la barba, y el mechón endrino de la frente, peinado y brillante:

—Veguillas, hermano, préstame veinte soles, que bien te pintó el juego. Mañana te serán reintegrados.

—¡Mañana!

Nachito, tras la palabra que se desvanece en la verdosa penumbra, queda suspenso sin cerrar la boca. Oíase el doble de una remota campana. Las luces del altarete tenían un escalofrío aterrorizado. La manflota en camisa rosa —morena prieta— se santiguaba entre las cortinas. Y era siempre sobre su tema el Coronelito de la Gándara:

—Mañana. ¡Y si no, cuando me entierren!

Nachito estalló en un sollozo:

—Siempre va con nosotros la muerte. Domiciano, recobra el juicio, la plata de nada le remedia.

Por entre cortinas salía la daifa, abrochándose el corsé, los dos pechos fuera, tirantes las medias, altas las ligas rosadas:

—¡Domiciano, ponte en salvo! Este pendejo no te lo dice, pero él sabe que estás en las listas de Tirano Banderas.

El Coronelito aseguró los ojos sobre Veguillas. Y Veguillas, con los brazos abiertos, gritó consternado:

—¡Ángel funesto! ¡Sierpe biomagnética! Con tus besos embriagadores me sorbiste el pensamiento.

El Coronelito, de un salto estaba en la puerta, atento a mirar y escuchar: Cerró, y corrida la aldaba, abierto el compás de las piernas, tiró de machete:

—Trae la palangana, Lupita. Vamos a ponerle una sangría a este doctorcito de guagua.

Se interpuso la daifa en corsé:

—Ten juicio, Domiciano. Antes que con él toques, a mí me traspasas. ¿Qué pretendes? ¿Qué haces ya aquí sofregado? ¿Corres peligro? ¡Pues ponte en salvo!

Se tiró de los bigotes con sorna el Coronelito de la Gándara:

—¿Quién me vende, Veguillas? ¿Qué me amenaza? Si horita mismo no lo declaras, te doy pasaporte con las Benditas. ¡Luego, luego ponlo todo de manifiesto!

Veguillas, arrimado a la pared, se metía los calzones, torcido y compungido. Le temblaban las manos. Gimió turulato:

—Hermano, te delata la vieja rabona que tiene su mesilla en el jueguecito de la rana. ¡Esa te delata!

—¡Puta madre!

—Te ha perdido la mala costumbre de hacer cachizas, apenas te pones trompeto.

—¡Me ha de servir para un tambor esa cuera vieja!

—Niño Santos le ha dado la mano con promesa de chicotearte.

Apremiaba la daifa:

—¡No pierdas tiempo, Domiciano!

—¡Calla, Lupita! Este amigo entrañable, luego, luego me va a decir por qué tribunal estoy sentenciado.

Gimió Veguillas:

—¡Domiciano, no la chingues, que no eres súbdito extranjero!

VII

EL Coronelito, relampagueaba el machete sobre las cabezas: La daifa, en camisa rosa, apretaba los ojos y aspaba los brazos: Veguillas era todo un temblor arrimado a la pared, en faldetas y con los calzones en la mano: El Coronelito se los arrancó:

—¡Me chingo en las bragas! ¿Cuál es mi sentencia?

Nachito se encogía con la nariz de alcuza en el ombligo:

—¡Hermano, no más me preguntes! Cada palabra es una bala… ¡Me estoy suicidando! La sentencia que tú no cumplas vendrá sobre mi cabeza.

—¿Cuál es mi sentencia? ¿Quién la ha dictado?

Desesperábase la manflota, de rodillas ante las luces de Ánimas:

—¡Ponte en salvo! ¡Si no lo haces, aquí mismo te prende el Mayorcito del Valle!

Nachito acabó de empavorizarse:

—¡Mujer infausta!

Se ovillaba cubriéndose hasta los pies con las faldetas de la camisa. El Coronelito le suspendió por los pelos: Veguillas, con la camisa sobre el ombligo, agitaba los brazos. Rugía el Coronelito:

—¿El Mayor del Valle tiene la orden de arrestarme? Responde.

Veguillas sacó la lengua:

—¡Me he suicidado!

LIBRO TERCERO

GUIÑOL DRAMÁTICO

I

¡FUE como truco de melodrama! El Coronelito, en el instante de pisar la calle, ha visto los fusiles de una patrulla, por el Arquillo de las Portuguesas. El Mayor del Valle viene a prenderle. El peligro le da un alerta violento en el pecho: Pronto y advertido se aplasta en tierra y a gatas cruza la calle: Por la puerta que entreabre un indio medio desnudo, lleno el pecho de escapularios, ya se mete. Veguillas le sigue arrastrado en un círculo de fatalidades absurdas: El Coronelito, acarrerado escalera arriba, se curva como el jinete sobre la montura. Nachito, que hocica sobre los escalones, recibe en la frente el resplandor de las espuelas. Bajo la claraboya del sotabanco, en la primera puerta, está pulsando el Coronelito. Abre una mucama que tiene la escoba: En un traspiés, espantada y aspada, ve a los dos fugitivos meterse por el corredor: Prorrumpe en gritos, pero las luces de un puñal que ciega los ojos, la lengua le enfrenan.

II

AL final del corredor está la recámara de un estudiante.—El joven, pálido de lecturas, que medita sobre los libros abiertos, de codos en la mesa.—Humea la lámpara. La ventana está abierta sobre la última estrella. El Coronelito, al entrar, pregunta y señala:

—¿Adónde cae?

El estudiante vuelve a la ventana su perfil lívido de sorpresa dramática. El Coronelito, sin esperar otra respuesta, salta sobre el alféizar, y grita con humor travieso:

—¡Ándele, pendejo!

Nachito se consterna:

—¡Su madre!

—¡Jip!

El Coronelito, con una brama, echa el cuerpo fuera. Va por el aire. Cae en un tejadillo. Quiebra muchas tejas. Escapa gateando. A Nachito que asoma timorato la alcuza llorona, se le arruga completamente la cara:

—¡Hay que ser gato!

III

Y por las recámaras del Congal fulgura su charrasco el Mayor del Valle: Seguido de algunos soldados entra y sale, sonando las charras espuelas: A su vera jaleando el nalgario, con ahogo y ponderaciones, zapato bajo y una flor en la oreja, la madrota:

—¡Patroncito, soy gaditana y no miento! ¡Mi palabra es la del Rey de España! ¡El Coronel Gandarita no hace un bostezo que dijo!: ¡Me voy! ¡Visto y no visto! ¡Horitita! ¡Si no se tropezaron fue milagro! ¡Apenas llevaría tres pasos, cuando ya estaban en la puerta los soldados!

—¿No dijo adónde se caminaba?

—¡Iba muy trueno! Si algún bochinche no le tienta, buscará la cama.

El Mayor miró de través a la tía cherinola y llamó al sargento:

—Vas a registrar la casa. Cucarachita, si te descubro el contrabando te caen cien palos.

—Niño, no me encontrarás nada.

La madrota sonaba las llaves. El Mayor, contrariado, se mesaba la barba chivona, y en la espera, haciendo piernas entrose por la Sala de la Recámara Verde.—El susto y el grito, la carrera furtiva, un rosario de léperos textos concertaban toda la vida del Congal, en la luz cenicienta del alba.—Lupita, taconeando, surgió en el arco de la verde recámara, un lunar nuevo en la mejilla: Por el pintado corazón de la boca vertía el humo del cigarro:

—¡Abilio, estás de mi gusto!

—Me mandé mudar.

—¡Oye, y tú piensas que se oculta aquí Domiciano? ¡Poco faltó para que le armases la ratonera! ¡Ahora, échale perros!

IV

Y Nachito Veguillas aún exprime su gesto turulato frente a la ventana del estudiante. El tiempo parece haber prolongado todas las acciones, suspensas absurdamente en el ápice de un instante, estupefactas, cristalizadas, nítidas, inverosímiles como sucede bajo la influencia de la marihuana. El estudiante, entre sus libros, tras de la mesa, despeinado, insomne, mira atónito: A Nachito tiene delante, abierta la boca y las manos en las orejas:

—¡Me he suicidado!

El estudiante cada vez parece más muerto:

—¿Usted es un fugado de Santa Mónica?

Nachito se frota los ojos:

—Viene a ser como un viceversa… Yo, amigo, de nadie escapo. Aquí me estoy. Míreme usted, amigo. Yo no escapo… Escapa el culpado. No soy más que un acompañante… Si me pregunta usted por qué tengo entrado aquí, me será difícil responderle. ¿Acaso sé dónde me encuentro? Subí por impulso ciego, en el arrebato de ese otro que usted ha visto. Mi palabra le doy. Un caso que yo mismo no comprendo. ¡Biomagnetismo!

El estudiante le mira perplejo sin descifrar el enredo de pesadilla donde fulgura el rostro de aquel que escapó por la lívida ventana, abierta toda la noche con la perseverancia de las cosas inertes, en espera de que se cumpla aquella contingencia de melodrama. Nachito solloza efusivo y cobarde:

—Aquí estoy, noble joven. Solamente pido para serenarme un trago de agua. Todo es un sueño.

En este registro, se le atora el gallo. Llega del corredor estrépito de voces y armas. Empuñando el revólver, cubre la puerta la figura del Mayor Abilio del Valle. Detrás, soldados con fusiles:

—¡Manos arriba!

V

POR otra puerta una gigantona descalza, en enaguas y pañoleta: La greña aleonada, ojos y cejas de tan intensos negros que, con ser muy morena la cara, parecen en ella tiznes y lumbres: Una poderosa figura de vieja bíblica: Sus brazos de acusados tendones tenían un *pathos* barroco y estatuario. Doña Rosita Pintado entró en una ráfaga de voces airadas, gesto y ademán en trastorno:

—¿Qué buscan en mi casa? ¿Es que piensan llevarse al chamaco? ¿Quién lo manda? ¡Me llevan a mí! ¿Estas son leyes?

Habló el Mayor del Valle:

—No me vea chuela, Doña Rosita. El retoño tiene que venirse mérito a prestar declaración. Yo le garanto que cumplida esa diligencia, como se halle sin culpa, acá vuelve el muchacho. No tema ninguna ojeriza. Esto lo dimanan las circunstancias. El muchacho vuelve, si está sin culpa, yo se lo garanto.

Miró a su madre el mozalbete y, con arisco ceño le recomendó silencio. La gigantona estremecida corrió para abrazarle, en desolado ademán los brazos. La arrestó el hijo con gesto firme:

—Mi vieja, cállese y no la friegue. Con bulla nada se alcanza.

Clamó la madre:

—¡Tú me matas, negro de Guinea!

—¡Nada malo puede venirme!

La gigantona se debatió, asombrada en una oscuridad de dudas y alarmas:

—¡Mayorcito del Valle, dígame usted lo que pasa!

Interrumpió el mozuelo:

—Uno que entró perseguido, y se fugó por la ventana.

—¿Tú qué le has dicho?

—Ni tiempo tuve de verle la cara.

Intervino el Mayor del Valle:

—Con hacer esta declaración donde corresponde, todo queda terminado.

Plegó los brazos la gigantona:

—¿Y el que escapaba, se sabe quién era?

Nachito sacó la voz entre nieblas alcohólicas:

—¡El Coronel de la Gándara!

Nachito, luciente de lágrimas, encogido entre dos soldados, resoplaba con la alcuza llorona pingando la moca. Aturdida, en desconcierto, le miró Doña

Rosita:

—¡Valedor! ¿También usted llora?

—¡Me he suicidado!

El Mayor del Valle levanta el charrasco y la escuadra se apronta, sacando entre filas al estudiante y a Nachito.

VI

DESPEINADAS y ojerosas atisbaban tras de la reja las pupilas de Taracena. Se afanan por descubrir a los prisioneros, sombras taciturnas entre la gris retícula de las bayonetas. El sacristán de las monjas sacaba la cabeza por el arquillo del esquilón. Tocaban diana las cornetas de fuertes y cuarteles. Tenía el mar caminos de sol. Los indios, trajinantes nocturnos, entraban en la ciudad guiando recuas de llamas cargadas de mercadería y frutos de los ranchos serranos: El bravío del ganado recalentaba la neblina del alba. Despertábase el Puerto con un son ambulatorio de esquilas, y la patrulla de fusiles desaparecía con los dos prisioneros, por el Arquillo de las Portuguesas. En el Congal, la madrota daba voces ordenando que las pupilas se recogiesen a la perrera del sotabanco, y el coime, con una flor en el pelo, trajinaba remudando la ropa de las camas del trato. Lupita la Romántica, en camisa rosa, rezaba ante el retablo de luces en la Recámara Verde. Murmuró el coime con un alfiler en los labios, al mismo tiempo que estudiaba los recogidos de la colcha:

—¡Aún no se me fue el sobresalto!

Cuarta Parte

Amuleto nigromante

LIBRO PRIMERO

La fuga

I

EL Coronelito Domiciano de la Gándara, en aquel trance, se acordó de un indio a quien tenía obligado con antiguos favores. Por Arquillo de Madres, retardando el paso para no mover sospecha, salió al Campo del Perulero.

II

ZACARÍAS San José, a causa de un chirlo que le rajaba la cara, era más conocido por Zacarías el Cruzado: Tenía el chozo en un vasto charcal de juncos y medaños, allí donde dicen Campo del Perulero: En los bordes cenagosos picoteaban grandes cuervos, auras en los llanos andinos y zopilotes en el Seno de México. Algunos caballos mordían la hierba a lo largo de las acequias. Zacarías trabajaba el barro, estilizando las fúnebres bichas de chiromayos y chiromecas. La vastedad de juncos y médanos flotaba en nieblas de amanecida. Hozaban los marranos en el cenagal, a espaldas del chozo, y el alfarero, sentado sobre los talones, la chupalla en la cabeza, por todo vestido un camisote, decoraba con prolijas pinturas jícaras y güejas. Taciturno bajo una nube de moscas, miraba de largo en largo al bejucal donde había un caballo muerto. El Cruzado no estaba libre de recelos: Aquel zopilote que se había metido en el techado, azotándole con negro aleteo, era un mal presagio. Otro signo funesto, las pinturas vertidas: El amarillo, que presupone hieles, y el negro,

que es cárcel, cuando no llama muerte, juntaban sus regueros. Y recordó súbitamente que la chinita, la noche pasada, al apagar la lumbre, tenía descubierta una salamandra bajo el metate de las tortillas… El alfarero movía los pinceles con lenta minucia, cautivo en un dual contradictorio de acciones y pensamientos.

III

LA chinita, en el fondo del jacal, se mete la teta en el hipil, desapartando de su lado al crío que berrea y se revuelca en tierra. Acude a levantarle con una azotaina, y suspenso de una oreja le pone fuera del techado. Se queda la chinita al canto del marido, atenta a los trazos del pincel, que decora el barro de una güeja:

—¡Zacarías, mucho callas!

—Di no más.

—No tengo un centavito.

—Hoy coceré los barros.

—¿Y en el entanto?

Zacarías repuso con una sonrisa atravesada:

—¡No me friegues! Estas cuaresmas el ayunar está muy recomendado.

Y quedó con el pincelillo suspenso en el aire, porque era sobre la puerta del jacal el Coronelito Domiciano de la Gándara: Un dedo en los labios.

IV

EL cholo, con leve carrerilla de pies descalzos, se junta al Coronelito: Platican, alertados, en la vera de un maguey culebrón:

—¿Zacarías, quieres ayudarme a salir de un mal paso?

—¡Patroncito, bastantemente lo sabe!

—La cabeza me huele a pólvora. Envidias son de mi compadre Santos Banderas. ¿Tú quieres ayudarme?

—¡No más que diga, y obedecerle!

—¿Cómo proporcionarme un caballo?

—Tres veredas hay, patroncito: Se compra, se pide a un amigo o se le toma.

—Sin plata no se compra. El amigo nos falta. ¿Y dónde descubres tú un guaco para bolearle? Tengo sobre los pasos una punta de cabrones. ¡Verás no más! La idea que traía formada es que me subieses en canoa a Potrero Negrete.

—Pues a no dilatarlo, mi jefe. La canoa tengo en los bejucales.

—Debo decirte que te juegas la respiración, Zacarías.

—¡Para lo que dan por ella, patroncito!

V

HUSMEA el perro en torno del maguey culebrón, y bajo la techumbre de palmas engresca el crío, que pide la teta, puesto de pie, al flanco de la madre. Zacarías aseñó a la mujer para que se llegase:

—¡Me camino con el patrón!

Apagó la voz la chinita:

—¿Compromiso grande?

—Esa pinta descubre.

—Recuerda, si te dilatas, que no me dejas un centavo.

—¡Y qué hacerle, chinita! Llevas a colgar alguna cosa.

—¡Como no lleve la frazada del catre!

—Empeñas el relojito.

—¡Con el vidrio partido, no dan un boliviano!

El Cruzado se descolgaba el cebollón de níquel, sujeto por una cadena oxidada. Y antes que la chinita, adelantose a tomarlo el Coronel de la Gándara:

—¡Tan bruja estás, Zacarías!

Suspiró la comadre:

—¡Todo se lo lleva el naipe, mi jefecito! ¡Todo se lo lleva la ciega ofuscación de este hombre!

—¡Sí que no vale un boliviano!

El Coronelito voltea el reloj por la cadena, y con risa jocunda lo manda al cenagal, entre los marranos:

—¡Qué valedor!

La comadre aprobaba mansamente. Había velado el tiro con el propósito de ir luego a catearlo. El Coronelito se quitó una sortija:

—Con esto podrás remediarte.

La chinita se echó por tierra, besando las manos al valedor.

VI

EL Cruzado se metía puertas adentro, para ponerse calzones y ceñirse el cinto del pistolón y el machete. Le sigue la coima:

—¡Pendejada que resultare fulero el anillo!

—¡Pendejada y media!

La chinita le muestra la mano, jugando las luces de la tumbaga:

—¡Buenos brillos tiene! Puedo llegarme a un empeñito para tener cercioro.

—Si corres uno solo pudieran engañarte.

—Correré varios. A ser de ley, no andará muy distante de valer cien pesos.

—Tú ve en la cuenta de que vale quinientos, o no vale tlaco.

—¿Te parés lo lleve mero mero?

—¿Y si te dan cambiazo?

—¡Qué esperanza!

VII

EL Coronelito, sobre la puerta del jacal, atalayaba el Campo del Perulero.

—No te dilates, manís.

Ya salía el cholo, con el crío en brazos y la chinita al flanco. Suspira, esclava, la hembra:

—¿Cuándo será la vuelta?

—¡Pues, y quién sabe! Enciéndele una velita a la Guadalupe.

—¡Le encenderé dos!

—¡Está bueno!

Besó al crío, refregándole los bigotes, y lo puso en brazos de la madre.

VIII

EL Coronelito y Zacarías caminaron por el borde de la gran acequia hasta el Pozo del Soldado. Zacarías echó al agua un dornajo, atracado en el légamo, y por la encubierta de altos bejucales y floridas lianas remontaron la acequia.

LIBRO SEGUNDO

La tumbaga

I

EMPEÑITOS DE QUINTÍN PEREDA.—La chinita se detuvo ante el escaparate, luciente de arracadas, fistoles y mancuernas, guarnecido de pistolas y puñales, colgado de ñandutís y zarapes: Se estuvo a mirar un buen espacio: Cargaba al crío sobre la cadera, suspenso del rebozo, como en hamaca: Con la mano barríase el sudor de la frente: Parejo recogía y atusaba la greña: Se metió por la puerta con humilde salmodia:

—¡Salucita, mi jefe! Pues aquí estamos, no más, para que el patroncito se gane un buen premio. ¡Lo merece, que es muy valedor y muy cabal gente! ¡Vea qué alhajita de mérito!

Jugaba sobre el mostrador la mano prieta, sin sacarse el anillo. Quintín Pereda, el honrado gachupín, declinó en las rodillas el periódico que estaba leyendo y se puso las antiparras en la calva:

—¿Qué se ofrece?

—Su tasa. Es una tumbaga muy chulita. Mi jefecito, vea no más los resplandores que tiene.

—¡No querrás que te la precie puesta en el dedo!

—¡Pues si que el patroncito no es baqueano!

—¡Hay que tocar el aro con el aguafuerte y calibrar la piedra!

La chinita se quitó el anillo, y, con un mohín reverente, lo puso en las uñas del gachupín:

—Señor Peredita, usted me ordena.

Agazapada al canto del mostrador, quedó atenta a la acción del usurero, que, puesto en la luz, examinaba la sortija con una lente:

—Creo conocer esta prenda.

Se avizoró la chinita:

—No soy su dueña. Vengo mandada de una familia que se ve en apuro.

El empeñista tornaba al examen, modulando una risa de falso teclado:

—Esta alhajita estuvo aquí otras veces. Tú la tienes de la uña, muy posiblemente.

—¡Mi jefecito, no me encuelgue tan mala fama!

El usurero se bajaba los espejuelos de la calva, recalcando la risa de Judas:

—Los libros dirán a qué nombre estuvo otras veces pignorada.

Tomó un cartapacio del estante y se puso a hojearlo. Era un viejales maligno, que al hablar entreveraba insidias y mieles, con falsedades y reservas. Había salido mocín de su tierra, y al rejo nativo juntaba las suspicacias de su arte y la dulzaina criolla de los mameyes: Levantó la cabeza y volvió a ponerse en la frente los espejuelos:

—El Coronel Gandarita pignoró este solitario el pasado agosto… Lo retiró el 7 de octubre. Te daré cinco soles.

Salmodió la chinita, con una mano sobre la boca:

—¿En cuánto estuvo? Eso mismo me dará el patroncito.

—¡No te apendejes! Te daré cinco soles, por hacerte algún beneficio. A bien ser, mi obligación era llamar horita a los gendarmes.

—¡Qué chance!

—Esta prenda no te pertenece. Yo, posiblemente, perderé los cinco soles, y tendré que devolvérsela a su dueño, si formula una reclamación judicial. Puedo fregarme por hacerte un servicio que no agradeces. Te daré tres soles y con ellos tomas viento fresco.

—¡Mi jefecito, usted me ve chuela!

El empeñista se apoyó en el mostrador con sorna y recalma:

—Puedo mandarte presa.

La chinita se rebotó, mirándole aguda, con el crío sobre el anca y las manos en la greña:

—¡La Guadalupita me valga! Denantes le antepuse que no es mía la prenda. Vengo mandada del Coronelito.

—Tendrás que justificarlo. Recibe los tres soles y no te metas en la galera.

—Patroncito, vuélvame el anillo.

—Ni lo sueñes. Te llevas los tres soles, y si hay engaño en mis sospechas, que venga a cerrar trato el legítimo propietario. Esta alhajita se queda aquí depositada. Mi casa es muy suficientemente garante. Recoge la plata y camínate luego luego.

—¡Señor Peredita, es un escarnio el que me hace!

—¡Si debías ir a la galera!

—Señor Peredita, no me denigre, que va equivocado. El Coronelito está en un apuro y queda no más esperando la plata. Si recela hacer trato, vuélvame la tumbaguita. Ándele, mi jefecito, y no me sea horita malo, que siempre ha sido para mí muy buena reata.

—No me sitúes en el caso de cumplir con la ley. Si te dilatas en recoger la moneda y ponerte en la banqueta, llamo a los gendarmes.

La chinita se revolvió amendigada y rebelde:

—¡No desmentís el ser gachupín!

—¡A mucha honra! Un gachupín no ampara el robo.

—¡Pero lo ejerce!

—¡Tú te buscas algo bueno!

—¡Mala casta!

—¡Voy a solfearte la cochina cuera!

—De mala tierra venís, para tener conciencia.

—¡No me toques a la patria, porque me ciego!

El empeñista se agacha bajo el mostrador y se incorpora blandiendo un rebenque.

II

METÍASE, vergonzante, por la puerta del honrado gachupín, la pareja del ciego lechuzo y la niña mustia. La niña detuvo al ciego sobre la cortinilla roja de la mampara vidriera. Musitó el padre:

—¿Con quién es el pleito?

—Una indita.

—¡Hemos venido en mala sazón!

—¡Pues y quién sabe!

—Volveremos luego.

—Y hallaríamos el mismo retablo.

—Pues esperemos.
El empeñista se adelantó, hablándoles:
—Pasen ustedes. Supongo que traerán los atrasitos del piano. Son ya tres plazos los que me adeudan.
Murmuró el ciego:
—Sólita, explícale la situación y nuestros buenos deseos al Señor Pereda.
Suspiró, redicha, la mustia:
—Nuestro deseo es cumplir y ponernos al corriente.
Sonrió el gachupín con hieles judaicas:
—El deseo no basta, y debe ser acompañado de los hechos. Están ustedes muy atrasados. A mí me gusta atender las circunstancias de mis clientes, aun contrariando mis intereses: Esa ha sido mi norma y volverá a serlo, pero con la revolución, todos los negocios marchan torcidos. ¡Son muy malas las circunstancias para poder relajar las cláusulas del contrato! ¿Qué pensaban abonar horita?
El ciego lechuzo torcía la cabeza sobre el hombro de la niña:
—Explícale nuestras circunstancias, Sólita. Procura ser elocuente.
Murmuró, dolorosa, la chicuela:
—No hemos podido reunir la plata. Deseábamos rogarle que esperase a la segunda quincena.
—¡Imposible, chulita!
—¡Hasta la segunda quincena!
—Me duele negarme. Pero hay que defenderse, niña, hay que defenderse. Si no cumplen me veré en el dolor de retirarles el pianito. Acaso para ustedes represente una tranquilidad quitarse la carguita de los plazos. ¡Todo hay que mirarlo!
El ciego se torcía sobre la chicuela:
—¿Y perderíamos lo entregado?
Encareció con mieles el empeñista:
—¡Naturalmente! Y aún me cargo yo con los transportes y el deterioro que representa el uso.
Murmuró, acobardado, el ciego:
—Alargue usted el plazo a la segunda quincena, Señor Peredita.
Tornó a su encarecimiento meloso el empeñista:
—¡Imposible! ¡Me estoy arruinando con las complacencias! ¡Ya no puede ser más! ¡He puesto fechos al corazón para no verme fregado en el negocio! ¡Si no

tengo nervio, entre todos me hunden en la pobreza! Hasta mañanita puedo alargarles el plazo, más, no. Vean de arreglarse. No pierdan aquí el tiempo.

Suplicó la niña:

—¡Señor Peredita, dilate su plazo a la segunda quincena!

—¡Imposible, primorosita! ¡Qué más quisiera yo que poder complacerte!

—¡No sea usted de su tierra, Señor Peredita!

—Para mentar a mi tierra, limpíate la lengua contra un cardo. No amolarla, hijita, que si no andáis con plumas, se lo debéis a España.

El ciego se doblaba rencoroso, empujando a la niña para que le sacase fuera:

—España podrá valer mucho, pero las muestras que acá nos remite son bien chingadas.

El empeñista azotó el mostrador con el rebenque:

—Mérito pónganse en la banqueta. La madre patria y sus naturales estamos muy por encima de los juicios que pueda emitir un roto indocumentado.

La mustia mozuela, con acelero, llevábase al padre por la manga:

—Taitita, no hagás una cólera.

El ciego golpeaba en el umbral con el hierro del bastón:

—Este judío gachupín nos crucifica. ¡Te priva del pianito cuando marchabas mejor en tus estudios!

III

LA otra chinita del crío al flanco, sale de un rincón de sombra, con cautela de blandas pisadas:

—¡Don Quintinito, no sea usted tan ruin! ¡Devuélvame la tumbaguita!

De una mano requiere el tapado, de la otra hace señal a la mustia pareja por que atienda y no se vaya. El empeñista azota el mostrador con el rebenque:

—¡Se me hace que vas a buscarte un compromiso, so pendeja!

—¡Vuélvame la tumbaguita!

—Tanicuanto regrese mi dependiente, lo mandaré a entrevistarse con el legítimo propietario. Ten un tantito de paciencia, hasta cuando que haya sido evacuada la diligencia. Mi crédito debe serte muy suficientemente garante. En el entanto, la alhajita queda aquí depositada. Ponte, mérito, en la banqueta y no me dejes aquí los piojos.

La chinita acude al umbral y, alborotada, reclama a la mustia pareja, que se

ausenta con rezo de protestas y lástimas:

—¡Oigan no más! Atiendan al tanto de cómo este hombre me despoja.

El gachupín la llamó, revolviendo en el cajón de la plata:

—No seas leperona. Toma cinco soles.

—Guárdese la moneda y vuélvame la tumbaguita.

—No me friegues.

—Señor Peredita, usted no mide bien lo que hace. Usted se busca que venga con reclamaciones mi gallo. ¡Don Quintinito, sépase usted que tiene un espolón muy afilado!

El empeñista apilaba en el mostrador los cinco soles:

—Hay leyes, hay gendarmería, hay presidios y, en últimas resultas, hay una bala: Pagaré mi multa y libertaré de un pícaro a la sociedad.

—Patroncito, no le presuponga tan pendejo, que se venga dando la cara.

—Cholita, recoge la moneda. Si mérito, hechas las investigaciones que me exigen las leyes, hubiera lugar a darte más alguna cosa, no te será negada. Recoge la moneda. Si tienes alguna papeletita al vencimiento, me la traes luego luego, y procuraré de alargarte el plazo.

—¡Patroncito, no me vea chuela! Usted me da la tasa. El Coronel Gandarita se ha puesto impensadamente en viaje y deja algunas obligacioncitas. No lo piense más y ponga en el mostrador el cabal.

—¡Imposible, cholita! Te hago no más que el cincuenta por ciento de diferencia. La tasa, puedes verlo en el libro, son nueve soles. ¡Recibes más del cincuenta!

—Señor Peredita, no se coma usted los ceros.

—Vistas las circunstancias, te daré los nueve soles. ¡Y no me pudras la sangre! Si sale mentira tu cuento, me echo encima una denuncia del legítimo propietario.

Durante el rezo del honrado gachupín, la chinita arrebañaba del mostrador las nueve monedas, hacía el recuento pasándolas de una mano a otra, se las ataba en una punta del rebozo. Encorvándose, con el chamaco sobre el flanco, se aleja, galguera:

—¡Mi jefecito, usted condenará su alma!

—¡País de ingratos!

El empeñista colgó el rebenque de un clavo, pasó una escobilla por los cartapacios comerciales y se dispuso al goce efusivo del periodiquín que le mandaban de su villa asturiana. *El Eco Avilesino* colmaba todas las ternuras

patrióticas del honrado gachupín. Las noticias de muertes, bodas y bautizos le recordaban de los chirles con músicas de acordeón, de los velorios con ronda de anisete y castañas. Los edictos judiciales, donde los predios rústicos son descritos con linderos y sembradura, le embelesaban, dándole una sugestión del húmedo paisaje: Arco iris, lluvias de invierno, sol en claras, quiebras de montes y verdes mares.

IV

ENTRÓ Melquíades, dependiente y sobrino del gachupín. Conducía una punta de chamacos, que sonaban las pintadas esquilas de fúnebres barros que se venden en la puerta de las iglesias por la fiesta de los Difuntos. Melquíades era chaparrote, con la jeta tozuda del emigrante que prospera y ahorra caudales. La tropa babieca, enfilada a canto del mostrador, repica los barros:

—¡Hijos míos! ¡Qué esperanza! ¡Idos a darle la murga a vuestra mamasita! ¡Que os vista los trajes de diario! ¡Melquíades, no debiste haberles relajado la moral, autorizándoles esta dilapidación de sus centavitos! ¡Muy suficiente una campanita para los cuatro! Entre hermanos bien avenidos, así se hace. Vayan a su mamá, que les mude los trajecitos.

Melquíades recadó la tropa, metiéndola por la escalerilla del piso alto:

—Don Celes Galindo les ha regalado los esquilones.

—¡Muy buena reata! Niños, a vuestra mamita, que os los guarde. Representan un recuerdo y debéis conservarlos para el año que viene y los sucesivos. ¡No sean rebeldes!

Melquíades, al pie de la escalerilla, vigilaba que el hato infantil subiese sin deterioro de los trajes nuevos. El arrastrarse por los escalones quedábase para el atuendo de diario. Melquíades insistió, ponderando la largueza de Don Celes:

—Son los barros de más precio. Bajo Arquillo de Madres puso en fila a los chamacos y les mandó elegir. Como pendejos, se fueron a los más caros. Don Celes sacó la plata y pagó sin atenuante. Me ha recomendado que usted no falte a la junta de notables en el Casino Español.

—¡Los esquiloncitos! ¡Ya estoy pagando el primer rédito! Me nombrarán de alguna comisión, tendré que abandonar por ratos el establecimiento, posiblemente me veré incluido para contribuir… De tales reuniones siempre sale

una lista de suscripción. El Casino está pervirtiendo su funcionamiento y el objetivo de sus estatutos. De centro recreativo se ha vuelto un sacadineros.

—¡Está revolucionada la Colonia!

—¡Con razón! Desmonta el solitario de esa tumbaguita. Hay que desfigurarla.

Melquíades, sentado al pie del mostrador, buscaba en el cajón los alicates.

—*El Criterio* viene opuesto al cierre de cantinas que tramitan las Representaciones Extranjeras.

—¡Como que se vejan los intereses de muchos compatriotas! Los expendios de bebidas están autorizados por las leyes, y pagan muy buena matrícula. ¿Ha vertido alguna opinión Don Celestino?

—Don Celes se guía por que todo el comercio de españoles se haga solidario, y cierre en señal de protesta. Para eso es la junta de notables en el Casino.

—¡Qué esperanza! Esa opinión no puede prevalecer. Acudiré a la junta y haré patente mi disentimiento. Es una orientación nociva para los intereses de la Colonia. El comercio cumple funciones sociales en todos los países, y los cierres, cuando la medida no es general, solo ocasionan pérdida de clientes. El Ministro de España, si llegado el caso, se conforma al cierre de los estipendios de bebidas, se hará, de cierto, impopular con la Colonia. ¿Cómo respira Don Celestino?

—No mentó el tópico del Ministro.

—La junta de notables debía concretarse a fijar la actuación de ese loco de verano. Necesita orientaciones, y si se niega a recibirlas, aleccionarle, solicitando por cable la destitución. Para un fin tan justificado yo me suscribiría con una cuota.

—¡Y cualquiera!

—¿Por qué no lo haces tú, so pendejo?

—Ponga usted en mi cabeza el negocio, y verá si lo hago.

—¡Siempre polémico, Melquíades! ¡Siempre polémico!… Pues un cable resolvería la situación tan fregada del Ministro. ¡Un sodomita, comentado en todos los círculos sociales, que horita tiene al crápula en la cárcel!

—Ya le han dado suelta. A quien mérito se llevaban los gendarmes es a la Cucaracha. ¡Menuda revolución va armando!

—Esa gente escandalosa no debía estar documentada por el Consulado. Cucarachita, con el trato tan inmoralísimo que sostiene, denigra el buen nombre

de la Madre Patria.

—No le ha caído mal pleito a la tía Cucaracha. Parece complicada en la evasión del Coronel Gandarita.

—¡El Coronel Gandarita evadido? ¡Deja esa tumbaga! ¡Vaya un compromiso! ¿Evadido de Santa Mónica?

—¡Evadido cuando iban a prenderle esta madrugada en el Congal de Cucarachita!

—¡Fugado! ¡La gran chivona me hizo pendejo! ¡Deja los alicantes! ¡Fugado! El Coronel Gandarita era un descalificado y tenía que verse en este trance. ¡Vaya el viajecito que me pintó la chola fregada! ¡Melquíades, ese solitario ha pertenecido al Coronel Gandarita! ¡Un lazo que a última hora me tira ese briago! ¡Me sacó nueve soles!

Sonreía, cazurro, Melquíades:

—¡Vale quinientos!

Avinagrose el honrado gachupín:

—¡Un cuerno! Perderé la plata, si no quiero verme chingado. Horita me largo a denunciar el hecho en la Delegación de Policía. Posiblemente me exigirán la presentación de la tumbaguita y hacer el depósito.

Cabeceaba considerando el poco fundamento del mundo y sus prosperidades y fortunas.

V

EL honrado gachupín, agachándose tras el mostrador, se muda las pantuflas por botas nuevas. Luego echa las llaves a los cajones, y de un clavo descuelga el jipi:

—Voy a esa diligencia.

Cazurreó Melquíades:

—Cállese usted la boca, y quede achantado.

—¡Y nos visitan los gendarmes antes de un rato! ¡Solamente cavilas macanas! ¡Poco vales para un consejo en caso apurado, Melquíades! La Policía andará sobreavisada, y no sería extraño que a la cabrona mediadora ya le tuvieran la mano en la espalda. Puedo verme complicado, si no denuncio el hecho y me atengo a las ordenanzas de Generalito Banderas. ¿Te correrías tú el compromiso de no cumplimentarlas? Nueve soles me cuesta operar confiado en

la buena fe de los marchantes. Ahí tienes lo que produce el negocio con todo de una práctica dilatada, por solo no tener en el sótano la conciencia. Yo, a esa cholita, que tan fullera me ha sido, pude darle no más tres soles, y le he puesto nueve en la mano. Para sacar adelante este negocio hay que vivir muy alertado y nunca obtendrás muchas prosperidades, sobrino. ¡En España soñáis que, arañando, se encuentra moneda acuñada en estas Repúblicas! Para evitarme complicaciones tendré que desprenderme de la tumbaguita y perder los nueve soles.

Melquíades adormilaba una sonrisa astuta de pueblerino asturiano:

—Al formular la denuncia se puede acompañar una alhajita de menos tasa.

El honrado gachupín se quedó mirando al sobrino. Súbita y consoladora luz iluminaba el alma del viejales:

—¡Una alhajita de menos tasa!…

LIBRO TERCERO

EL CORONELITO

I

ZACARÍAS condujo la canoa por la encubierta de altos bejucales hasta la laguna de Ticomaipú. Alegrábase la mañana con un trenzado de gozosas algarabías —metales, cohetes, bateo—. La indiada celebraba la fiesta de Todos los Santos. Repicaban las campanas. Zacarías metió los remos a bordo e, hincando con el bichero, varó el esquife en la ciénaga, al socaire de espinosos cactus que, a modo de cerca, limitaban un corral de gallinas, pavos y marranos. Murmuró el cholo:

—Estamos en lo de Niño Filomeno.

—¡Bueno va! Asómate en descubierta.

—Posiblemente, el patroncito estará divirtiéndose en la plaza.

—Pues le buscas.

—¿Y si teme comprometerse?

—Es buena reata Filomeno.

—¿Y si lo teme y manda arrestarme?

—No habrá caso.

—En lo pior de lo malo hay que ponerse, mi jefecito. Yo, de mi cuenta, dispuesto me hallo para servirle, y cuanti que me pusieran en el cepo, con callar boca y aguantar mancuerda, estaba cumplido.

Choteó el Coronelito:

—Tú escondes alguna idea luminosa. Descúbrela no más, y como ella sea buena, no te llamaré pendejo.

El cholo miraba por encima de la cerca:

—Si Niño Filomeno está ausente, mi parecer es tunarle los caballos y salir arreando.

—¿Adónde?

—Al campo insurrecto.

—Necesito viático de plata.

El Coronelito saltó en la riba fangosa, y a par del indio se puso a mirar por encima del cercado. Descollaba entre palmas y cedros el campanario de la iglesia con la bandera tricolor. Las tierras del rancho, cuadriculadas por acequias y setos, se dilataban con varios matices de verde y parcelas rojizas recién aradas. Piños vacunos pacían a lo lejos. Algunos caballos mordían la hierba, divagando por el margen de las acequias. Una canoa remontaba el canal: Se oía el golpe de los remos: En la banca bogaba un indio de piocha canosa, gran sombrero palmito y camisote de lienzo: En la popa venía sentado Niño Filomeno. La canoa atracó al pie de una talanquera. El Coronelito salió al encuentro del ranchero:

—Mi viejo, he venido para desayunar en tu compañía. ¡Madrugas, mi viejo!

El ranchero le acogió con expresión suspicaz:

—He dormido en la capital. Me había mudado con el aliciente de oír la palabra de Don Roque Cepeda.

Se abrazan y, en buenos compadres, alternativamente se suspenden en alto.

II

CAMINANDO de par por una senda de limoneros y naranjos, dieron vista a la casona del fundo: Tenía soportal de arcos encalados y un almagreño encendía las baldosas del soladillo. Colgaban de la viguería del porche muchas jaulas de pájaros, y la hamaca del patrón en la fresca penumbra. Los muros eran vestidos de azules enredaderas. El Coronelito y Filomeno descansaron en jinocales parejos, bajo la arcada, en la corriente de la puerta, por fondo, una cortinilla de lilailos japoneses. —Son los jinocales unos asientos de bejuco y palma, obra de los indios llaneros.— Al de la piocha canosa ordenó el patrón que sacase aparejo de vianda para el desayuno, y a la mucama, negra mandinga, que cebase el mate. Tornó Chino Viejo con un magro tasajo de oveja, y en lengua cutumay explicó que la niña ranchera y los chamacos estaban ausentes por haberse ido a la fiesta de la iglesia. Aprobó el patrón no más que con el gesto, y

brindó del tasajo al huésped. El Coronelito clavó media costilla con un facón que sacó del cinto, y puesta la vianda en el plato, levantó el caneco de la chicha. Reiteró el latigazo por tres veces, y se animó consecutivamente:

—¡Compadre, me veo en un fregado!

—Tú dirás.

—Mérito se le ha puesto en la calva tronarme al chingado Banderas. Albur pelón y naipe contrario, mi amigo, que dicen los Santos Padres. Más bruja que un roto y huyente de la tiranía me tienes aquí, hermano. Filomeno, me voy al campo insurrecto a luchar por la redención del país, y tu ayuda vengo buscando, pues tampoco eres afecto a este oprobio de Santos Banderas. ¿Quieres darme tu ayuda?

El ranchero clavaba la aguda mirada endrina en el Coronelito de la Gándara:

—¡Te ves como mereces! El oprobio que ahora condenas dura quince años. ¿Qué has hecho en todo ese tiempo? La Patria nunca te acordó cuando estabas en la gracia de Santos Banderas. Y muy posible que tampoco te acuerde ahora y que vengas echado para sacarme una confidencia. Tirano Banderas os hace a todos espías.

Se alzó el Coronelito:

—¡Filomeno, clávame un puñal, pero no me sumas en el lodo! El más ruin tiene una hora de ser santo. Yo estoy en la mía, dispuesto a derramar la última gota de sangre, en holocausto por la redención de la Patria.

—Si el pleito con que vienes es una macana, allá tú y tu conciencia, Domiciano. Poco daño podrás hacerme, dispuesto como estoy para meter fuego al rancho y ponerme en campaña con mis peones. Ya lo sabes. La pasada noche estuve en el mitin, y he visto con mis ojos conducir esposado, entre caballos, a Don Roque Cepeda. ¡He visto la pasión del justo y el escarnio de los gendarmes!

El Coronelito miraba al ranchero con ojos chispones: Inflábale los rubicundos cachetes una amplia sonrisa de ídolo glotón, pancista y borracho:

—¡Filomeno, la seguridad ciudadana es puro relajo! Don Roque Cepeda tarde verá el sol, si una orden le sume en Santa Mónica: Tiene las simpatías populares, pero insuficientemente trabajados los cuarteles, y con meros indios votantes no sacará triunfante su candidatura para la Presidencia de la República. Yo hacía política revolucionaria y he sido descubierto, y antes de ser tronado, me arranco la máscara. ¡Mi viejo, vamos a pelearle juntos el gallo a Generalito Banderas! ¡Filomeno, mi viejo, tú de milicias estás pelón, y te aprovecharán los consejos de un científico! Te nombro mi ayudante. Filomeno, manda no más a la

mucama que te cosa los galones de capitán.

Filomeno Cuevas sonreía: Era endrino y aguileño: Los dientes alobados, retinto de mostacho y entrecejo: En la figura prócer, acerado y bien dispuesto:

—Domiciano, será un fregado que mi peonada no quiera reconocerte por jefe, y se ofusque y cumpla la orden de tronarte.

El Coronelito se atizó un trago y afligió la cara:

—Filomeno, abusas de tus preeminencias y me estás viendo chuela.

Replicó el otro con humor chancero:

—Domiciano, reconozco tu mérito y te nombraré corneta, si sabes solfeo.

—¡No me hagas pendejo, hermano! En mi situación, esas pullas son ofensas mortales. A tu lado, en puesto inferior, no me verás nunca. Digámonos adiós, Filomeno. Confío que no me negarás una montura y un guía baqueano. Tampoco estará de más algún aprovisionamiento de plata.

Filomeno Cuevas, amistoso, pero jugando siempre en los labios la sonrisa soflamera, posó la mano en el hombro del Coronelito:

—¡No te rajes, valedor! Aún falta que arengues a la peonada. Yo te cedo el mando si te aclama por jefe. Y en todo caso, haremos juntos las primeras marchas, hasta que se presente ocasión de zafarrancho.

El Coronelito de la Gándara inflose, haciendo piernas, y socarroneó en el tono del ranchero:

—Manís, harto me favoreces para que te dispute una bola de indios: A ti pertenece conducirlos a la matanza, pues eres el patrón y los pagas con tu plata. No macanees y facilítame montura, que si aquí me descubren vamos los dos a Santa Mónica. ¡Mira que tengo los sabuesos sobre el rastro!

—Si asoman el hocico, no faltará quien nos advierta. Sé la que me juego conspirando, y no me dejaré tomar en la cama como una liebre.

El Coronelito asintió con gesto placentero:

—Eso quiere decir que se puede echar otro trago. Poner centinelas en los pasos estratégicos es providencia de buen militar. ¡Te felicito, Filomeno!

Hablaba con el gollete de la cantimplora en la boca, tendido a la bartola en el jinocal, rotunda la panza de dios tibetano.

III

LA casa vacía, las estancias en desierta penumbra, se conmovieron con alborozo de voces ligeras: Timbradas risas de infancias alegres poblaron el vano de los corredores. La niña ranchera, iluminada con los inciensos del misacantano, entraba quitándose los alfileres del manto, en la dispersión de una tropa de chamacos. El Coronelito de la Gándara roncaba en el jinocal, abierto de zancas, y un ritmo solemne de globo terráqueo conmovía la báquica andorga. Cambió una mirada con el marido la niña ranchera:

—¿Y ese apóstol?

—Aquí se ha venido buscando refugio. Por lo que cuenta, cayó en desgracia y está en la lista de los impurificados.

—¿Y vos cómo lo pasastes? ¡Me habés tenido en cuidado, toda la noche esperando!…

El ranchero calló ensombrecido, y la mirada endrina de empavonados aceros mudaba sus duras luces a una luz amable:

—¡Por ti y los chamacos no cumplo mis deberes de ciudadano, Laurita! El último cholo que carga un fusil en el campo insurrecto, aventaja en patriotismo a Filomeno Cuevas. ¡Yo he debido romper los lazos de la familia y no satisfacerme con ser un mero simpatizante! Laurita, por evitaros lloros, hoy el más último que milita en las filas revolucionarias me hace pendejo a mis propios ojos. Laurita, yo comercio y gano la plata, mientras otros se juegan vida y hacienda por defender las libertades públicas. Esta noche he visto conducir entre bayonetas a Don Roquito. Si ahora me rajo y no cargo un fusil, será que no tengo sangre ni vergüenza. ¡He tomado mi resolución y no quiero lágrimas, Laurita!

Calló el ranchero, y súbitamente los ojos endrinos recobraron sus timbres aguileños. La niña se recogía al pie de una columna con el pañolito sobre las pestañas. El Coronelito abría los brazos y bostezaba: Suspendido en nieblas alcohólicas, salía del sueño a una realidad hilarante: Reparó en la dueña y se alzó a saludarla con alarde jocundo, ciñendo laureles de Baco y de Marte.

IV

CHINO Viejo, por una talanquera, hacíale al patrón señas con la mano. Dos caballos de brida asomaban las orejas. Cambiadas pocas palabras, el ranchero y su mayoral montaron y salieron a los campos con medio galope.

LIBRO CUARTO

El Honrado Gachupín

I

SIN demorarse, el honrado gachupín acudió a la Delegación de Policía: Guiado por el sesudo dictamen del sobrino, testimonió la denuncia con un anillo de oro bajo y falsa pedrería, que, apurando la tasa, no valía diez soles. El Coronel Licenciado López de Salamanca le felicitó por su civismo:

—Don Quintín, la colaboración tan espontánea que usted presta a la investigación policial merece todos mis plácemes. Le felicito por su meritoria conducta, no relajándose de venir a deponer en esta oficina, aportando indicios muy interesantes. Va usted a tomarse la molestia de puntualizar algunos extremos. ¿Conocía usted a la pueblera que se le presentó con el anillo? Cualquier indicación referente a los rumbos por donde mora podría ayudar mucho a la captura de la interfecta. Parece indudable que el fugado se avistó con esa mujer cuando ya conocía la orden de arresto. ¿Sospecha usted que haya ido derechamente en su busca?

—¡Posiblemente!

—¿Desecha usted la conjetura de un encuentro fortuito?

—¡Pues y quién sabe!

—¿El rumbo por donde mora la chinita, usted lo conoce?

El honrado gachupín quedó en falsa actitud de hacer memoria:

—Me declaro ignorante.

II

EL honrado gachupín cavilaba ladino, si podía sobrevenirle algún daño: Temía enredar la madeja y descubrir el trueque de la prenda. El Coronel Licenciado le miraba muy atento, la sonrisa suspicaz y burlona, el gesto infalible de zahorí policial. El empeñista acobardose y, entre sí, maldijo de Melquíades:

—En el libro comercial se pone siempre alguna indicación: Lo consultaré. No respondo de que mi dependiente haya cumplido esa diligencia: Es un cabroncito poco práctico, recién arribado de la Madre Patria.

El jefe de Policía se apoyó en la mesa, inclinando el busto hacia el honrado gachupín:

—Lamentaría que se le originase un multazo por la negligencia del dependiente.

Disimuló su enojo el empeñista:

—Señor Coronelito, supuesta la omisión, no faltarán medios de operar con buen resultado a sus agentes. La chinita vive con un roto que alguna vez visitó mi establecimiento, y por seguro que usted tiene su filiación, pues no actuó siempre como ciudadano pacífico. Es uno de los plateados que se acogieron a indulto tiempos atrás, cuando se pactó con los jefes, reconociéndoles grados en el Ejército. Recién disimula trabajando en su oficio de alfarero.

—¿El nombre del sujeto, no lo sabe usted?

—Acaso lo recuerde más tarde.

—¿Las señas personales?

—Una cicatriz en la cara.

—¿No será Zacarías el Cruzado?

—Temo dar un falso reseñamiento, pero me inclino sobre esa sospecha.

—Señor Peredita, son muy valorizables sus aportaciones, y le felicito nuevamente. Creo que estamos sobre los hilos. Puede usted retirarse, Señor Pereda.

Insinuó el gachupín:

—¿La tumbaguita?

—Hay que unirla al atestado.

—¿Perderé los nueve soles?

—¡Qué chance! Usted entabla recurso a la Corte de Justicia. Es el trámite, pero indudablemente le será reconocido el derecho a ser indemnizado. Entable

usted recurso. ¡Señor Peredita, nos vemos!

El Inspector de Policía tocó el timbre. Acudió un escribiente deslucido, sudoroso, arrugado el almidón del cuello, la chalina suelta, la pluma en la oreja, salpicada de tinta la guayabera de dril con manguitos negros. El Coronel Licenciado garrapateó un volante, le puso sello y alargó el papel al escribiente:

—Procédase violento a la captura de esa pareja, y que los agentes vayan muy sobre cautela. Elíjalos usted de moral suficiente para fajarse a balazos, e ilústrelos usted en cuanto al mal rejo de Zacarías el Cruzado. Si hay disponible alguno que le conozca dele usted la preferencia. En el casillero de sospechosos busque la ficha del pájaro. Señor Peredita, nos vemos. ¡Muy meritoria su aportación!

Le despidió con ribeteo de soflama. El honrado gachupín se retiró cabizbajo, y su última mirada de can lastimero, fue para la mesa donde la sortija naufragaba irremisiblemente, bajo una ola de legajos. El Inspector, puntualizadas sus instrucciones al escribiente, se asomaba a una ventana rejona que caía sobre el patio. A poco, en formación y con paso acelerado, salía una escuadra de gendarmes. El caporal, mestizo de barba horquillada, era veterano de una partida bandoleresca años atrás capitaneada por el Coronel Irineo Castañón, Pata de Palo.

III

EL caporal distribuyó su gente en parejas, sobre los aledaños del chozo, en el Campo del Perulero: Con el pistolón montado, se asomó a la puerta:

—¡Zacarías, date preso!

Repuso del adentro la voz azorada de la chinita:

—¡Me ha dejado para siempre el raído! ¡Aquí no lo busqués! ¡Tiene horita otra querencia ese ganado!

La sombra, amilanada tras la piedra del metate, arrastra el plañido y disimula el bulto.

La tropa de gendarmes se juntaba sobre la puerta, con los pistolones apuntados al adentro. Ordenó el caporal:

—Sal tú para fuera.

—¿Qué me querés?

—Ponerte una flor en el pelo.

El caporal choteaba baladrón, por divertir y asegurar a su gente. Vino del fondo la comadre, con el crío sobre el anca, la greña tendida por el hombro, sumisa y descalza:

—Podés catear todos los rincones. Se ha mudado ese atorrante, y no más dejó que unos guaraches para que los herede el chamaco.

—Comadrita, somos baqueanos y entendemos esa soflama. Usted, niña, ha empeñado una tumbaguita perteneciente al Coronel de la Gándara.

—Por purita casualidad se ha visto en mi mano. ¡Un hallazgo!

—Va usted a comparecer en presencia de mi superior jerárquico, Coronel López de Salamanca. Deposite usted esa criatura en tierra y marque el paso.

—¿La criatura ya podré llevármela?

—La Dirección de policía no es una Inclusa.

—¿Y al cargo de quién voy a dejar el chamaco?

—Se hará expediente para mandarlo a la Beneficencia.

El crío, metiéndose a gatas por entre los gendarmes, huyó al cenagal. Le gritó afanosa la madre:

—¡Ruin, ven a mi lado!

El caporal cruzó la puerta del chozo, encañonando la oscuridad:

—¡Precaución! Si hay voluntarios para el registro, salgan al frente. ¡Precaución! Ese roto es capaz de tirotearnos. ¿Quién nos garanta que no está oculto? ¡Date preso, Cruzado! No la chingues, que empeoras tu situación.

Rodeado de gendarmes, se metía en el chozo, siempre apuntando a los rincones oscuros.

IV

PRACTICADO el registro, el caporal tornose afuera y puso esposas a la chinita, que suspiraba en la puerta, recogida en burujo, con el fustán echado por la cabeza. La levantó a empellones. El crío, en el pecinal, lloraba rodeado del gruñido de los cerdos. La madre, empujada por los gendarmes, volvía la cabeza con desgarradoras voces:

—¡Ven! ¡No te asustes! ¡Ven! ¡Corre!

El niño corría un momento, y tornaba a detenerse sobre el camino, llamando a la madre. Un gendarme se volvió, haciéndole miedo, y quedó suspenso, llorando y azotándose la cara. La madre le gritaba, ronca:

—¡Ven! ¡Corre!

Pero el niño no se movía. Detenido sobre la orilla de la acequia sollozaba mirando crecer la distancia que le separaba de la madre.

LIBRO QUINTO

El ranchero

I

FILOMENO Cuevas y Chino Viejo arriendan los caballos en la puerta de un jacal y se meten por el sombrizo. A poco, dispersos, van llegando otros jinetes rancheros, platas en arneses y jaranos: Eran dueños de fundos vecinos, y secretamente adictos a la causa revolucionaria: Habíales dado el santo para la reunión Filomeno Cuevas. Aquellos compadres ayudábanle en un alijo de armas para levantarse con las peonadas: Un alijo que llevaba algunos días sepultado en Potrero Negrete. Entendía Filomeno que apuraba sacarlo de aquel pago y aprovisionar de fusiles y cananas a las glebas de indios. Poco a poco, con meditados espacios, todavía fueron llegando capataces y mayorales, indios baqueanos y boleadores de aquellos fundos. Filomeno Cuevas, con recalmas y chanzas, escribía un listín de los reunidos y se proclamaba partidario de echarse al campo, sin demorarlo. Secretamente, ya tenía determinado para aquella noche armar a sus peones con los fusiles ocultos en el manigual, pero disimulaba el propósito con astuta cautela. Enzarzada polémica, alternativamente oponían sus alarmas los criollos rancheros. Vista la resolución del compadre, se avinieron en ayudarle con caballos, peones y plata, pero ello había de ser en el mayor sigilo, para no condenarse con Tirano Banderas. Dositeo Velasco, que, por más hacendado, había sido de primeras el menos propicio para aventurarse en aquellos azares, con el café y la chicha, acabó enardeciéndose y jurando bravatas contra el Tirano:

—¡Chingado Banderitas, hemos deponer tus tajadas por los caminos de la

República!

El café, la chicha y el condumio de tamales, provocaba en el coro revolucionario un humor parejo, y todos respiraron con las mismas soflamas: Alegres y abullangados, jugaban del vocablo: Melosos y corteses, salvaban con disculpas las leperadas: Compadritos, se hacían mamolas de buenas amistades:

—¡Valedorcito!

—¡Mi viejo!

—¡Nos vemos!

—¡Nos vemos!

Se arengaban con el último saludo, puestos en las sillas, revolviendo los caballos, galopando dispersos por el vasto horizonte llanero.

II

EL sol de la mañana inundaba las siembras nacidas y las rojas parcelas recién aradas, espesuras de chaparros y prodigiosos maniguares con los toros tendidos en el carrero de sombra, despidiendo vaho. La Laguna de Ticomaipú era, en su cerco de tolderías, un espejo de encendidos haces. El patrón galopa, en su alegre tordillo, por el borde de una acequia, y arrea detrás su cuartago el mayoral ranchero. Repiques y cohetes alegran la cálida mañana. Una romería de canoas, engalanadas con flámulas, ramajes y reposteros de flores, sube por los canales, con fiesta de indios. Casi zozobraba la leve flotilla con tantos triunfos de músicas y bailes: Una tropa cimarrona —caretas de cartón, bandas, picas, rodelas— ejecuta la danza de los matachines, bajo los palios de la canoa capitana: Un tambor y un figle pautan los compases de piruetas y mudanzas. Aparece a lo lejos la casona del fundo. Sobre el verde de los oscuros naranjales promueven resplandores de azulejos, terradillos y azoteas. Con la querencia del potrero, las monturas avivaban la galopada. El patrón, arrendado en el camino mientras el mayoral corre la talanquera, se levanta en los estribos para mirar bajo los arcos: El Coronelito, tumbado en la hamaca, rasguea la guitarra y hace bailar a los chamacos: Dos mucamas cobrizas, con camisotes descotados, ríen y bromean tras de la reja cocineril con geranios sardineros. Filomeno Cuevas caracolea el tordillo, avispándole el anca con la punta del rebenque: De un bote penetra en el tapiado:

—¡Bien punteada, mi amigo! Hacés tú pendejo a Santos Vega.

—Tú me ganas… ¿Y qué sucedió? Vas a dejarme capturar, mi viejo. ¿Qué traes resuelto?

El patrón, apeado de un salto, entrábase por la arcada, sonoras las plateras espuelas y el zarape de un hombro colgándole: El recamado alón del sombrero revestía de sombra el rostro aguileño, de caprinas barbas:

—Domiciano, voy a darte una provisión de cincuenta bolívares, un guía y un caballo, para que tomes vuelo. Enantes, con la mosca de tus macanas, te hablé de remontarnos juntos. Mero mero, he mudado de pensamiento. Los cincuenta bolívares te serán entregados al pisar las líneas revolucionarias. Irás sin armas, y el guía lleva la orden de tronarte si le infundes la menor sospecha. Te recomiendo, mi viejo, que no lo divulgues, porque es una orden secreta.

El Coronelito se incorporó calmoso, apagando con la mano un lamento de la guitarra.

—¡Filomeno, deja la chuela! Harto sabes, hermano, que mi dignidad no me permite suscribir esa capitulación denigrante. ¡Filomeno, no esperaba ese trato! ¡De amigo, te has vuelto Cancerbero!

Filomeno Cuevas, con garbosa cachaza, tiró en el jinocal zarape y jarano: Luego sacó del calzón el majo pañuelo de seda y se enjugó la frente, encendida y blanca entre mechones endrinos y tuestes de la cara:

—¡Domiciano, vamos a no chingarla! Tú te avienes con lo que te dan y no pones condiciones.

El Coronelito abrió los brazos:

—¡Filomeno, no late en tu pecho un corazón magnánimo!

Tenía el *pathos* chispón de cuatro candiles, la verba sentimental y heroica de los pagos tropicales. El patrón, sin dejar el chanceo, fue a tenderse en la hamaca, y requirió la guitarra, templando:

—¡Domiciano, voy a salvarte la vida! Aún fijamente no estoy convencido de que la tengas en riesgo, y tomo mis precauciones: Si eres un espía, ten por seguro que la vida te cuesta. Chino Viejo te pondrá salvo en el campamento insurrecto, y allí verán lo que hacen de tu cuera. Precisamente me urgía mandar un mensaje para aquella banda, y tú lo llevarás con Chino Viejo. Pensaba que fueses corneta a mis órdenes, pero las bolas han rodado contrariamente.

El Coronelito se finchó con alarde de Marte:

—Filomeno, me reconozco tu prisionero y no me rebajo a discutir condiciones. Mi vida te pertenece, puedes tomarla si no te causa molestia. ¡Enseñas buen ejemplo de hospitalidad a estos chamacos! Niños, no se

remonten: Vengan ustedes acá un rato y aprendan cómo se recibe al amigo que llega sin recursos, buscando un refugio para que no lo truene el Tirano.

La tropa menuda hacía corro, los ingenuos ojos asustados con atento y suspenso mirar. De pronto, la más mediana, que abría la rueda pomposa de su faldellín entre dos grandotes atónitos, se alzó con lloros, penetrando en el drama del Coronelito. Salió, acuciosa, la abuela, una vieja de sangre italiana, renegrida, blanco el moñete, los ojos carbones y el naso dantesco:

—¿Cosa c'é, amore?

El Coronelito ya tenía requerido a la niña, y refregándole las barbas, la besaba: Erguíase rotundo, levantando a la llorosa en brazos, movida la glotona figura con un escorzo tan desmesurado, que casi parodiaba la gula de Saturno. Forcejea y acendra su lloro la niña por escaparse, y la abuela se encrespa sobre el cortinillo japonés, con el rebozo mal terciado. El Coronelito la rejonea con humor alcohólico.

—¡No se acalore, mi viejita, que es nocivo para el bazo!

—¡Ni me asustés vos a la bambina, mal tragediante!

—Filomeno, corresponde con tu mamá política y explícale la ocurrencia: La lección que recibes de tus vástagos, el ejemplo de este ángel. ¡No te rajes y satisface a tu mamá! ¡Ten el valor de tus acciones!

III

ACOMPASAN con unánime coro los cinco chamacos. El Coronelito, en medio, abierto de brazos y zancas, desconcierta con una mueca el mascarón de la cara y ornea un sollozo, los fuelles del pecho inflando y desinflando:

—¡Tiernos capullos, estáis dando ejemplo de civismo a vuestros progenitores! Niños, no olvidéis esta lección fundamental, cuando os corresponda actuar en la vida. ¡Filomeno, estos tiernos vástagos te acusarán, como un remordimiento, por la mala producción que has tenido a mí referente! ¡Domiciano de la Gándara, un amigo entrañable, no ha despertado el menor eco en tu corazón! Esperaba verse acogido fraternalmente, y recibe peor trato que un prisionero de guerra. Ni se le autorizan las armas, ni la palabra de honor le garanta. ¡Filomeno, te portas con tu hermano chingadamente!

El patrón, sin dejar de templar, con un gesto indicaba a la suegra que se

llevase a los chamacos. La vieja italiana arrecadó el hatillo y lo metió por la puerta. Filomeno Cuevas cruzó las manos sobre los trastes, agudos los ojos, y en el morado de la boca, una sonrisa recalmada:

—Domiciano, te estás demorando no haciéndote orador parlamentario. Cosecharías muchos aplausos. Yo lamento no tener bastante cabeza para apreciar tu mérito, y mantengo todas las condiciones de mi ultimátum.

Un indio ensabanado y greñudo, el rostro en la sombra alona de la chupalla, se llegó al patrón, hablándole en voz baja. Filomeno llamó al Coronelito:

—¡Estamos fregados! Tenemos tropas federales por los rumbos del rancho.

Escupió el Coronelito, torcida sobre el hombro la cara:

—Me entregas, y te pones a bien con Banderitas. ¡Filomeno, te has deshonrado!

—¡No me chingues! Harto sabes que nunca me rajé para servir a un amigo. Y de mis prevenciones es justificativo el favor que gozabas con el Tirano. No más, ahora, visto el chance, la cabeza me juego si no te salvo.

—Dame una provisión de pesos y un caballo.

—Ni pensar en tomar vuelo.

—Véame yo en campo abierto y bien montado.

—Estarás aquí hasta la noche.

—¡No me niegues el caballo!

—Te lo niego porque hago mérito de salvarte. Hasta la noche vas a sumirte en un chiquero, donde no te descubrirá ni el Diablo.

Tiraba del Coronelito y le metía en la penumbra del zaguán.

IV

POR la arcada deslizábase otro indio, que traspasó el umbral de la puerta santiguándose. Llegó al patrón, sutil y cauto, con pisadas descalzas:

—Hay leva. Poco faltó para que me laceasen. Mérito el tambor está tocando en el Campo de la Iglesia.

Sonrió el ranchero, golpeando el hombro del compadre:

—Por sí, por no, voy a enchiquerarte.

LIBRO SEXTO

La mangana

I

ZACARÍAS el Cruzado, luego de atracar el esquife en una maraña de bejucos, se alzó sobre la barca, avizorando el chozo. La llanura de esteros y médanos, cruzada de acequias y aleteos de aves acuáticas, dilatábase con encendidas manchas de toros y caballadas, entre prados y cañerías. La cúpula del cielo recogía los ecos de la vida campañera en su vasto y sonoro silencio. En la turquesa del día orfeonaban su gruñido los marranos. Lloraba un perro, muy lastimero. Zacarías, sobresaltado, le llamó con un silbido. Acudió el perro zozobrante, bebiendo los vientos, sacudido con humana congoja: Levantado de manos sobre el pecho del indio, hociquea lastimero y le prende del camisote, sacándole fuera del esquife. El Cruzado monta el pistolón y camina con sombrío recelo: Pasa ante el chozo abierto y mudo: Penetra en la ciénaga: El perro le insta, sacudidas las orejas, el hocico al viento, con desolado tumulto, estremecida la pelambre, lastimero el resuello: Zacarías le va en seguimiento. Gruñen los marranos en el cenagal. Se asustan las gallinas al amparo del maguey culebrón. El negro vuelo de zopilotes que abate las alas sobre la pecina se remonta, asaltado del perro. Zacarías llega: Horrorizado y torvo, levanta un despojo sangriento.—¡Era cuanto encontraba de su chamaco!—Los cerdos habían devorado la cara y las manos del niño: Los zopilotes le habían sacado el corazón del pecho. El indio se volvió al chozo: Encerró en un saco aquellos restos, y con ellos a los pies, sentado a la puerta, se puso a cavilar. De tan quieto, las moscas le cubrían y los lagartos tomaban el sol a su vera.

II

ZACARÍAS se alzó con oscuro agüero: Fue al metate, volteó la piedra, y descubrió un leve brillo de metales. La papeleta del empeño, en cuatro dobleces, estaba debajo. Zacarías, sin mudar el gesto de su máscara indiana, contó las nueve monedas, se guardó la plata en el cinto y deletreó el papel: «Quintín Pereda. Préstamos. Compra-venta». Zacarías volvió al umbral, se puso el saco al hombro y tomó el rumbo de la ciudad: A su arrimo, el perro doblaba rabo y cabeza. Zacarías, por una calle de casas chatas, con azoteas y arrequives de colorines, se metió en los ruidos y luces de la feria: Llegó a un tabladillo de azares, y en el juego del parar apuntó las nueve monedas: Doblando la puesta, ganó tres veces: Le azotó un pensamiento absurdo, otro agüero, un agüero macabro: ¡El costal en el hombro le daba la suerte! Se fue, seguido del perro, y entró en un bochinche: Allí se estuvo, con el saco a los pies, bebiendo aguardiente. En una mesa cercana comía la pareja del ciego y la chicuela. Entraba y salía gente, rotos y chinitas, indios camperos, viejas que venían por el centavo de cominos para los cocoles. Zacarías pidió un guiso de guajolote, y en su plato hizo parte al perro: Luego tornó a beber, con la chupalla sobre la cara: Trascendía, con helada consciencia, que aquellos despojos le aseguraban de riesgo: Presumía que le buscaban para prenderle, y no le turbaba el menor recelo, una seguridad cruel le enfriaba: Se puso el costal en el hombro, y con el pie levantó al perro:

—¡Porfirio, visitaremos al gachupín!

III

SE detuvo y volvió a sentarse, avizorado por el cuchicheo de la pareja lechuza:

—¿No alargará su plazo el Señor Peredita?

—¡Poco hay que esperar, mi viejo!

—Sin el enojo con la chinita hubiera estado más contemplativo.

Zacarías, con la chupalla sobre la cara y el costal en las rodillas, amusgaba la oreja. El ciego se había sacado del bolsillo un cartapacio de papelotes y registraba entre ellos, como si tuviese vista en el luto de las uñas:

—Vuelve a leerme las condiciones del contrato. Alguna cláusula habrá que nos favorezca.

Alargábale a la chamaca una hoja con escrituras y sellos:

—¡Taitita, cómo soñamos! El gachupín nos tiene puesto el dogal.

—Repasa el contrato.

—De memoria me lo sé. ¡Perdidos, mi viejo, como no hallemos modo de ponernos al corriente!

—¿A cuánto sube el devengo?

—Siete pesos.

—¡Qué tiempos tan contrarios! ¡Otras ferias siete pesos no suponían ni tlaco! ¡La recaudación de una noche como la de ayer superaba esa cantidad por lo menos tres veces!

—¡Yo todos los tiempos que recuerdo son iguales!

—Tú eres muy niña.

—Ya seré vieja.

—¿No te parece que insistamos con un ruego al Señor Peredita? ¡Acaso exponiéndole nuestros propósitos de que tú cantes lueguito en conciertos!… ¿No te parece bien volver a verle?

—¡Volvamos!

—Lo dices sin esperanza.

—Porque no la tengo.

—¡Hija mía, no me das ningún consuelo! ¡El Señor Peredita también tendrá corazón!

—¡Es gachupín!

—Entre los gachupines hay hombres de conciencia.

—El Señor Peredita nos apretará el dogal, sin compasión. ¡Es muy ruin!

—Reconoce que otras veces ha sido más deferente… Pero estaba muy tomado de cólera con aquella chinita, y no debía faltarle razón cuando la pusieron a la sombra.

—¡Otra que paga culpas de Domiciano!

IV

ZACARÍAS se movió hacia la mustia pareja. El ciego, cerciorado de que la niña no leía el papel, lo guardaba en el cartapacio de hule negro. La cara del lechuzo tenía un gesto lacio, de cansina resignación. La niña le alargaba su plato al perro de Zacarías. Insistió Velones:

—¡Domiciano nos ha fregado! Sin Domiciano, Taracena estaría regentando su negocio y podría habernos adelantado la plata, o salido garante.

—Si no lo rehusaba.

—¡Ay, hija, déjame un rajito de esperanza! Si me lo autorizases, pediría una botella de chicha. ¡No me decepciones! La llevaremos a casa y me inspiraré para terminar el vals que dedico a Generalito Banderas.

—¡Taitita, querés vos poneros trompeto!

—Hija, necesito consolarme.

Zacarías levantó su botella y llenó los vasos de la niña y el ciego:

—Jalate no más. La cabrona vida solo así se sobrelleva. ¿Qué se pasó con la chinita? ¿Fue denunciada?

—¡Qué chance!

—¿Y la denuncia la hizo el gachupín chingado?

—Para no comprometerse.

—¡Está bueno! Al Señor Peredita dejátelo vos de mi mano.

Cargó el saco y se caminó, con el perro a la vera, el alón de la chupalla sobre la cara.

V

EL Cruzado se fue despacio, enhebrándose por la rueda de charros y boyeros que, sin apearse de las monturas, bebían a la puerta del bochinche: Inmóvil el gesto de su máscara verdina, huraño y entenebrecido, con taladro doloroso en las sienes, metiose en las grescas y voces del real, que juntaba la feria de caballos. Cedros y palmas servían de apoyo a los tabanques de jaeces, facones y chamantos. Se acercó a una vereda ancha y polvorienta, con carros tolderos y meriendas: Jarochos jinetes lucían sus monturas en alardosas carreras, terciaban apuestas, se mentían al procuro de engañarse en los tratos. Zacarías, con los pies en el polvo, al arrimo de un cedro, calaba los ojos sobre el ruano que corría un viejo jarocho. Tentándose el cinto de las ganancias, hizo seña al campero:

—¿Se vende el guaco?

—Se vende.

—¿En cuánto lo ponés, amigo?

—Por muy bajo de su mérito.

—¡Sin macanas! ¿Querés vos cincuenta bolivianos?

—Por cada herradura.

Insistió Zacarías con obstinada canturía:

—Cincuenta bolivianos, si querés venderlo.

—¡No es pagarlo, amigo!

—Me estoy en lo hablado.

Zacarías no mudaba de voz ni de gesto: Con la insistencia monótona de la gota de agua, reiteraba su oferta. El jarocho revolvió la montura, haciendo lucidas corvetas:

—¡Se gobierna con un torzal! Mírale la boca y verés vos que no está cerrado.

Repitió Zacarías con su opaca canturía:

—No más me conviene en cincuenta bolivianos. Sesenta con el aparejo.

El jarocho se doblaba sobre el arzón sosegando al caballo con palmadas en el cuello. Compadreo:

—Setenta bolivianos, amigo, y de mi cuenta las copas.

—Sesenta con la silla puesta, y me dejás la reata y las espuelas.

Animose el campero, buscando avenencia:

—¡Sesenta y cinco! ¡Y te llevas, manís, una alhaja!

Zacarías posó el saco a los pies, se desató el cinto y, sentado en la sombra del cedro, contó la plata sobre una punta del poncho. Nubes de moscas ennegrecían el saco, manchado y viscoso de sangre. El perro, con gesto legañoso, husmeaba en torno del caballo. Desmontó el jarocho. Zacarías ató la plata en la punta del poncho y, demorándose para cerrar el ajuste, reconoció los corvejones y la boca del guaco: Puesto en silla cabalgó probándolo en cortas carreras, obligándole de la brida con brusco arriende, como cuando se tira al toro la mangana. El jarocho, en la linde de la polvorienta estrada, atendía al escaramuz, sobre las cejas la visera de la mano. Zacarías se acercó, atemperando la cabalgada:

—Me cumple.

—¡Una alhaja!

Zacarías desató la punta del poncho, y en la palma del campero, moneda a moneda, contó la plata:

—¡Amigo, nos vemos!

—¿No vos caminares mero mero sin mojar el trato?

—Mero mero, amigo. Me urge no dilatarme.

—¡Vaya chance!

—Tengo que restituirme a mi pago. Queda en palabra que trincaremos en otra ocasión. ¡Nos vemos, amigo!

—¡Nos vemos! Compadrito, coidame vos del ruano.

El real de la feria tenía una luminosa palpitación cromática. Por los crepusculares caminos de tierra roja ondulaban recuas de llamas, piños vacunos, tropas de jinetes con el sol poniente en los sombreros bordados de plata. Zacarías se salió del tumulto, espoleando, y se metió por Arquillo de Madres.

VI

ZACARÍAS el Cruzado se encubría con el alón de la chupalla: Una torva resolución le asombraba el alma, un pensamiento solitario, insistente, inseparable de aquel taladro dolorido que le hendía las sienes. Y formulaba mentalmente su pensamiento, desdoblándolo con pueril paralelismo:

—¡Señor Peredita, corrés de mi cargo! ¡Corrés de mi cargo, Señor Peredita!

Cuando pasaba ante alguna iglesia se santiguaba. Los tutilimundis encendían sus candilejas, y frente a una barraca de fieras sintió estremecerse los flancos de la montura: El tigre, con venteo de carne y de sangre, le rugía levantado tras los barrotes de la jaula, la enfurecida cabeza asomada por los hierros, los ojos en lumbre, la cola azotante: El Cruzado, advertido, puso espuelas para ganar distancia: Sobre la fúnebre carga que sostenía en el arzón, había dejado caer el poncho. El Cruzado se aletargaba en la insistencia monótona de su pensamiento, desdoblándolo con obstinación mareante, acompasado por el latido neurálgico de las sienes, sujeto a su ritmo de lanzadera:

—¡Señor Peredita, corrés de mi cargo! ¡Corrés de mi cargo, Señor Peredita!

Las calles tenían un cromático dinamismo de pregones, guitarros, faroles, gallardetes. En el marasmo caliginoso, adormecido de músicas, acohetaban repentes de gritos, súbitas espantadas y tumultos. El Cruzado esquivaba aquellos parajes de mitotes y pleitos. Ondulaba bajo los faroles de colores la plebe cobriza, abierta en regueros, remansada frente a bochinches y pulperías. Las figuras se unificaban en una síntesis expresiva y monótona, enervadas en la crueldad cromática de las baratijas fulleras. Los bailes, las músicas, las cuerdas

de farolillos, tenían una exasperación absurda, un enrabiamiento de quimera alucinante. Zacarías, abismado en rencorosa y taciturna tiniebla, sentía los aleteos del pensamiento, insistente, monótono, trasmudando su pueril paralelismo:

—¡Señor Peredita, corrés de mi cargo! ¡Corrés de mi cargo, Señor Peredita!

VII

ILUMINABA la calle un farol con el rótulo de la tienda en los vidrios: «Empeñitos de Don Quintín». El tercer vidrio estaba rajado, y no podía leerse. Las percalinas rojas y gualdas de la bandera española decoraban la puerta: «Empeñitos de Don Quintín». Dentro, una lámpara con enagüillas verdes alumbraba el mostrador. El empeñista acariciaba su gato, un maltés vejete y rubiales, que trascendía el absurdo de parecerse a su dueño. El gato y el empeñista miraron a la puerta, desdoblando el mismo gesto de alarma. El gato, arqueándose sobre las rodillas del gachupín, posaba el terciopelo de sus guantes en dos simétricos remiendos de tela nueva. El Señor Peredita llevaba manguitos, tenía la pluma en la oreja y sobre la misma querencia el seboso gorrete, que años pasados la niña bordó en el colegio:

—¡Buenas noches, patrón!

Zacarías el Cruzado —poncho y chupalla, botas de potro y espuelas—, encorvándose sobre el borrén, adelantaba por la puerta, medio caballo. El honrado gachupín le miró con cicatera suspicacia:

—¿Qué se ofrece?

—Una palabrita.

—Ata el guaco en la puerta.

—No tiene doma, patrón.

El Señor Peredita pasó fuera del mostrador.

—¡Veamos qué conveniencia traes!

—¡Conocernos, patrón! Es usted muy notorio por mis pagos. ¡Conocernos! Solo a ese negocio he acudido a la feria, Señor Peredita.

—Tú has jalado más de la cuenta y es una sinvergüenzada venir a faltar a un hombre provecto. Camínate no más, antes que con una voz llame al vigilante.

—Señor Peredita, no se sobresalte. Tengo que recobrar una alhajita.

—¿Traes el comprobante?

—¡Véalo no más!

El Cruzado, metiendo la montura en el portal, ponía sobre el mostrador el saco manchado y mojado de sangre. Se espantó el gachupín:

—¡Estás briago! Jaláis más de la cuenta, y luego venís a faltar en los establecimientos. Toma el saquete y camínate, luego,luego.

El Cruzado casi tocaba en la viguería con la cabeza: Le quedaba en sombra la figura desde el pecho a la cara, en tanto que las manos y el borrén de la silla destacaban bajo la luz del mostrador:

—¿Señor Peredita, pues no habés pedido el comprobante?

—¡No me friegues!

—Abra usted el saco.

—Camínate y déjame de tus macanas.

El Cruzado fraseó con torva insistencia, apagada la voz en un silo de cólera mansa:

—Patrón, usted abre no más, y se entera.

—Poco me importa. Chivo o marrano, con tu pan te lo comas.

El gachupín se encogió viendo caérsele encima la sombra del Cruzado.

—¡Señor Peredita, buscás abrir el saco con los dientes!

—Roto, no me traigas un pleito de gaucho malo. Si deseas algún servicio de mi parte, vuelves cuando te halles más despejado.

—Patrón, mero mero liquidamos. ¿Recordás de la chinita que dejó una tumbaga en nueve bolivianos?

El honrado gachupín se aleló, capcioso:

—No recuerdo. Tendría que repasar los libros. ¿Nueve bolivianos? No valdría más. Las tasas de mi establecimiento son las más altas.

—¡Quier decirse que aún los hay más ladrones! Pero no he venido sobre ese tanto. Usted, patrón, ha presentado denuncia contra la chinita.

Gritó el gachupín con guiño perlático:

—¡No puedo recordar todas las operaciones! ¡Vete no más! ¡Vuelve cuando te halles fresco! ¡Se verá si puede mejorarse la tasa!

—Este asunto lo ultimamos luego luego. Patroncito, habés denunciado a la chinita y vamos a explicarnos.

—Vuelve cuando estés menos briago.

—Patroncito, somos mortales, y a lo pior tenés la vida menos segura que la luz de ese candil. ¿Patroncito, quién ha puesto a la chinita en la galera? ¿No habés visto el ranchito vacío? ¡Ya lo verés! ¿No habés abierto el saco? ¡Ándele,

Señor Peredita, y no se dilate!

—Tendrá que ser, pues eres un alcohólico obstinado.

El honrado gachupín comenzó a desatar el saco: Tenía el viejales un gesto indiferente. A la verdad, no le importaba que fuese chivo o marrano lo que guardase. Se transmudó con una espantada al descubrir la yerta y mordida cabeza del niño:

—¡Un crimen! ¿Me buscas para la encubierta? ¡Vete y no me traigas mal tercio! ¡Vete! ¡No diré nada! ¡So chingado, no me comprometas! ¿Qué puedes ofrecerme? ¡Un puñado de plata! ¡So chingado, un hombre de mi posición no se compromete por un puñado de plata!

Habló Zacarías, remansada la voz en abismos de cólera:

—Ese cuerpo es el de mi chamaco. La denuncia cabrona le puso a la mamasita en la galera. ¡Me lo han dejado solo para que se lo comiesen los chanchos!

—Es absurdo que me vengas a mí con esa factura de cargos. ¡Un espectáculo horrible! ¡Una desgracia! Quintín Pereda es ajeno a ese resultado. Te devolveré la tumbaguita. No hago cuenta de los bolivianos. ¡Quiere decirse que te beneficias con mi plata! Recoge esos restos. Dales sepultura. Comprendo que, bebiendo, hayas buscado consolarte. Vete. La tumbaguita pasas mañana a recogerla. Dale sepultura sagrada a esos restos.

—¡Don Quintinito cabrón, vas vos acompañarme!

VIII

EL Cruzado, con súbita violencia, rebota la montura, y el lazo de la reata cae sobre el cuello del espantado gachupín, que se desbarata abriendo los brazos. Fue un dislocarse atorbellinado de las figuras, al revolverse del guaco, un desgarre simultáneo. Zacarías, en alborotada corveta, atropella y se mete por la calle, llevándose a rastras el cuerpo del gachupín: Lostregan las herraduras y trompica el pelele, ahorcado al extremo de la reata. El jinete, tendido sobre el borrén, con las espuelas en los ijares del caballo, sentía en la tensa reata el tirón del cuerpo que rebota en los guijarros. Y consuela su estoica tristeza indiana Zacarías el Cruzado.

LIBRO SÉPTIMO

Nigromancia

I

ESTÁN prontos los caballos para la fuga en el rancho de Ticomaipú. El Coronelito de la Gándara cena con Niño Filomeno. Sobre los términos de la colación, manda llamar a sus hijos el ranchero. Niña Laurita, con reservada tristeza, sale a buscarlos, y acude, brincante, la muchachada, sin atender a la madre, que asombra el gesto con un dedo en los labios. El patrón también sentía cubierta su fortaleza con una nube de duelo: Tenía los ojos en los manteles: No miraba ni a la mujer ni a los hijos: Recobrándose, levantó la frente con austera entereza.

II

LOS chamacos, en el círculo de la lámpara, repentinamente mudos, sentían el aura de una adivinación telepática:

—Hijos, he trabajado para dejaros alguna hacienda y quitaros de los caminos de la pobreza: Yo los he caminado, y no los quisiera para ustedes. Hasta hoy esta ha sido la directriz de mi vida, y vean cómo hoy he mudado de pensamiento. Mi padre no me dejó riqueza, pero me dejó un nombre tan honrado como el primero, y esta herencia quiero yo dejarles. Espero que ustedes la tendrán en mayor aprecio que todo el oro del mundo, y si así no fuese, me ocasionarían un gran sonrojo.

Se oyó el gemido de la niña ranchera:

—¡Siempre nos dejas, Filomeno!

El patrón, con el gesto apagó la pregunta. La rueda de sus hijos en torno de la mesa tenía un brillo emocionado en los ojos, pero no lloraba:

—A vuestra mamasita pido que tenga ánimo para escuchar lo que me falta. He creído hasta hoy que podía ser un buen ciudadano, trabajando por acrecentarles la hacienda, sin sacrificar cosa ninguna al servicio de la Patria. Pero hoy me acusa mi conciencia, y no quiero avergonzarme mañana, ni que ustedes se avergüencen de su padre.

Sollozó la niña ranchera:

—¡Desde ya te pasas a la bola revolucionaria!

—Con este compañero.

El Coronelito de la Gándara se levantó, alardoso, tendiéndole los brazos:

—¡Eres un patricio espartano, y no me rajo!

Suspiraba la ranchera:

—¿Y si hallas la muerte, Filomeno?

—Tú cuidarás de educar a los chamacos y de recordarles que su padre murió por la Patria.

La mujer presentía imágenes tumultuosas de la revolución. Muertes, incendios, suplicios y, remota, como una divinidad implacable, la momia del Tirano.

III

ANTE la reja nocturna, fragante de albahacón, refrenaba su parejeño Zacarías el Cruzado: Apareciose en súbita galopada, sobresaltando la nocharniega cadencia campañera:

—¡Vuelo, vuelo, mi Coronelito! La chinita fue delatada. Ya la pagó el fregado gachupín. ¡Vuelo, vuelo!

Zacarías refrenaba el caballo, y la oscura expresión del semblante y el sofoco de la voz metía, afanoso, por los hierros. En la sala, todas las figuras se movieron unánimes hacia la reja. Interrogó el Coronelito:

—¿Pues qué se pasó?

—La tormentona más negra de mi vida. ¡De estrella pendeja fueron los brillos de la tumbaguita! ¡Vuelo, vuelo, que traigo perro sobre los rastros, mi

Coronelito!

IV

LA niña ranchera abraza al marido, en el fondo de la sala, y lloriquea la tropa de chamacos encandillándose a la falda de la madre. Hipando su grito, irrumpe por una puerta la abuela carcamana:

—¡Perché questa follia? Se il Filomeno trova fortuna nella rivoluzione potrà diventar un Garibaldi. ¡Non mi spaventar i bambini!

El Cruzado miraba por los hierros, la figura toda en sombra. El ojo enorme del caballo recibía por veces una luz en el juego de las siluetas que accionaban cortando el círculo del candil. Zacarías aún terciaba sobre la silla el saco con el niño muerto. En la sala, el grupo familiar rodeaba al patrón. La madre, uno por uno, levantaba a los hijos, pasándoles a los brazos del padre. Consideró Zacarías, con dejo apagado:

—¡Son pidazos del corazón!

V

CHINO Viejo acercó los caballos, y los ecos de la galopada rodaron por la nocturna campaña. Zacarías en el primer sofreno, al meterse por un vado, apareó su montura con la del Coronelito:

—¡Se chinga Banderitas! Tenemos un auxiliar muy grande. ¡Aquí va conmigo!

El Coronelito le miró, sospechándole borracho:

—¿Qué dices, manís?

—La reliquia de mi chamaco. Una carnicería que los chanchos me han dejado. Va en este alfoijín.

El Coronel le tendió la mano:

—Me ocasiona un verdadero sentimiento, Zacarías. ¿Y cómo no has dado sepultura a esos restos?

—A su hora.

—No me parece bien.

—Esta reliquia nos sirve de salvoconducto.

—¡Es una creencia rutinaria!
—¡Mi jefecito, que lo cuente el chingado gachupín!
—¿Qué has hecho?
—Guindarlo. No pedía menos satisfacción esta carnicería de mi chamaco.
—Hay que darle sepultura.
—Cuando estemos a salvo.
—¡Y parecía muy vivo, el cabroncito!
—¡Cuanti menos, para su padre!

Quinta Parte

Santa Mónica

LIBRO PRIMERO

BOLETO DE SOMBRA

I

EL Fuerte de Santa Mónica, que en las luchas revolucionarias sirvió tantas veces como prisión de reos políticos, tenía una pavorosa leyenda de aguas empozoñadas, mazmorras con reptiles, cadenas, garfios y cepos de tormento. Estas fábulas, que databan de la dominación española, habían ganado mucho valimiento en la tiranía del General Santos Banderas. Todas las tardes en el foso del baluarte, cuando las cornetas tocaban fajina, era pasada por las armas alguna cuerda de revolucionarios. Se fusilaba sin otro proceso que una orden secreta del Tirano.

II

NACHITO y el estudiante traspasaron la poterna, entre la escolta de soldados. El Alcaide los acogió sin otro trámite que el parte verbal depuesto por un sargento, y enviado desde la cantina por el Mayor del Valle. Al cruzar la poterna, los dos esposados alzaron la cabeza para hundir una larga mirada en el azul remoto y luminoso del cielo. El Alcaide de Santa Mónica, Coronel Irineo Castañón, aparece en las relaciones de aquel tiempo como uno de los más crueles sicarios de la Tiranía: Era un viejo sanguinario y potroso que fumaba en cachimba y arrastraba una pata de palo. Con la bragueta desabrochada, jocoso y cruel, dio entrada a los dos prisioneros:

—¡Me felicito de recibir a una gente tan seleccionada!

Nachito acogió el sarcasmo con falsa risa de dientes y quiso explicarse:

—Se padece una ofuscación, mi Coronelito.

El Coronel Irineo Castañón vaciaba la cachimba golpeando sobre la pata de palo:

—A mí en eso ninguna cosa me va. Los procesos, si hay lugar, los instruye el Licenciadito Carballeda. Ahora, como aún se trata de una simple detención, van a tener por suyo todo el recinto murado.

Agradeció Nachito con otra sonrisa cumplimentera y acabó moqueando:

—¡Es un puro sonambulismo este fregado!

El Cabo de Vara, en el sombrizo de la puerta, hacía sonar la pretina de sus llaves: Era mulato, muy escueto, con automatismo de fantoche: Se cubría con un chafado *kepis* francés, llevaba pantalones colorados de uniforme, y guayabera rabona muy sudada: Los zapatos de charol, viejos y tilingos, traía picados en los juanetes. El Alcaide le advirtió jovial:

—Don Trini, a estos dos flautistas vea de suministrarles boleto de preferencia.

—No habrá queja. Si vienen provisorios se les dará luneta de muralla.

Don Trini, cumplida la fórmula del cacheo, condujo a los presos por un bovedizo con fusiles en armario: Al final, abrió una reja y los soltó entre murallas:

—Pueden pasearse a su gusto.

Nachito, siempre cumplimentero y servil, rasgó la boca:

—¡Muchísimas gracias, Don Trini!

Don Trini, con absoluta indiferencia, batió la reja, haciendo rechinar cerrojos y llaves: Gritó alejándose:

—Hay cantina, si algo desean y quieren pagarlo.

III

NACHITO, suspirando, leía en el muro los grafitos carcelarios decorados con fálicos trofeos. Tras de Nachito, el taciturno estudiante liaba el cigarro: Tenía en los ojos una chispa burlona, y en la boca prieta, color de moras, un rictus de compasión altanera. Esparcidos y solitarios paseaban algunos presos. Se oía el hervidero de las olas, como si estuviesen socavando el cimiento.

Las ortigas lozaneaban en los rincones sombríos, y en la azul transparencia aleteaba una bandada de zopilotes, pájaros negros. Nachito, finchándose en el pando compás de las zancas, miró con reproche al estudiante:

—Ese mutismo es impropio para dar ánimos al compañero, y hasta puede ser una falta de generosidad. ¿Cómo es su gracia, amigo?

—Marco Aurelio.

—¡Marquito, qué será de nosotros!

—¡Pues, y quién sabe?

—¡Esto impone! ¡Se oye el farollón de las olas!… Parece que estamos en un barco.

El Fuerte de Santa Mónica, castillote teatral con defensas del tiempo de los virreyes, erguíase sobre los arrecifes de la costa, frente al vasto mar ecuatorial, caliginoso, de ciclones y calmas. En la barbacana, algunos morteros antiguos, roídos de lepra por el salitre, se alineaban moteados con las camisas de los presos tendidas a secar: Un viejo, sentado sobre el cantil frente al mar inmenso, ponía remiendos a la frazada de su camastro. En el más erguido baluarte cazaba lagartijas un gato, y pelotones de soldados hacían ejercicios en Punta Serpiente.

IV

HILO de la muralla la curva espumosa de las olas balanceaba una ringla de cadáveres. —Vientres inflados, livideces tumefactas.— Algunos prisioneros, con grito de motín, trepaban al baluarte. Las olas mecían los cadáveres ciñéndolos al costado de la muralla, y el cielo alto, llameante, cobijaba un astroso vuelo de zopilotes, en la cruel indiferencia de su turquesa. El preso que ponía remiendos en la frazada de su camastro, quebró el hilo, y con la hebra en el bezo murmuró leperón y sarcástico:

—¡Los chingados tiburones ya se aburren de tanta carne revolucionaria, y todavía no se satisface el cabrón Banderas! ¡Puta madre!

El rostro de cordobán, burilado de arrugas, tenía un gesto estoico: La rasura de la barba, crecida y cenicienta, daba a su natural adusto, un cierto aire funerario. Nachito y Marco Aurelio caminaron inciertos, como viajeros extraviados: Nachito, si algún preso cruzaba por su vera, apartábase solícito y abría paso con una sonrisa amistosa. Llegaron al baluarte y se asomaron a mirar el mar alegre de luces mañaneras, nigromántico con la fúnebre ringla

balanceándose en las verdosas espumas de la resaca. Entre los presos que coronaban el baluarte acrecía la zaloma de motín con airados gestos y erguir de brazos. Nachito se aleló de espanto:

—¿Son náufragos?

El viejo de la frazada le miró despreciándole:

—Son los compañeros recién ultimados en Foso-Palmitos. Interrogó el estudiante:

—¿No se les enterraba?

—¡Qué va! Se les tiraba al mar. Pero visto cómo a los tiburones ya les estomaga la carne revolucionaria, tendrán que darnos tierra a los que estamos esperando vez.

Tenía una risa rabiosa y amarga. Nachito cerró los ojos:

—¿Es de muerte su sentencia, mi viejo?

—¿Pues conoce otra penalidad más clemente el Tigre de Zamalpoa? ¡De muerte! ¡Y no me arrugo ni me rajo! ¡Abajo el Tirano!

Los prisioneros encaramados en el baluarte, hundían las miradas en los disipados verdes que formaba la resaca entre los contrafuertes de la muralla. El grupo tenía una frenética palpitación, una brama, un clamoreo de denuestos. El Doctor Alfredo Sánchez Ocaña, poeta y libelista, famoso tribuno revolucionario, se encrespó con el brazo tendido en arenga, bajo la mirada retinta del centinela que paseaba en la poterna con el fusil terciado:

—¡Héroes de la libertad! ¡Mártires de la más noble causa! ¡Vuestros nombres escritos con letras de oro, fulgirán en las páginas de nuestra Historia! ¡Hermanos, los que van a morir os rinden un saludo, y os presentan armas!

Se arrancó el jipi con un gran gesto, y todos le imitaron. El centinela amartilló el fusil:

—¡Atrás! No hay orden para demorar en el baluarte.

Le apostrofó el Doctor Sánchez Ocaña:

—¡Vil esclavo!

Una barca tripulada por carabineros de mar, arriando vela, maniobraba para recoger los cadáveres. Embarcó siete. Y como los prisioneros en creciente motín no desalojaban el baluarte, salió la guardia y sonaron cornetas.

V

NACHITO, tomado de alferecía, se agarraba al brazo del estudiante:

—¡Nos hemos fregado!

El viejo de la manta le miró despacio, el belfo mecido por una risa de cabrío:

—No merita tanto atribulo esta vida pendeja.

Nachito ahiló la voz en el hipo de un sollozo:

—¡Muy triste morir inocente! ¡Me condenan las apariencias!

Y el viejo, con burlona mueca de escarnio, seguía martillando:

—¿No sos revolucionario? Pues sin merecerlo vas vos a tener el fin de los hombres honrados.

Nachito, relajándose en una congoja, tendía los ojos suplicantes al preso, que, con el ceño fruncido y la manta tendida sobre las piernas, se había puesto a estudiar la geometría de un remiendo. Nachito intentó congraciarse la voluntad de aquel viejo de cordobán: El azar los reunía bajo la higuera, en un rincón del patio:

—Nunca he sido simpatizante con el ideario de la revolución y lo deploro, comprendo que son ustedes héroes con un puesto en la Historia: Mártires de la Idea. ¡Sabe, amigo, que habla muy lindo el Doctor Sánchez Ocaña!

Hízole coro el estudiante, con sombrío apasionamiento:

—En el campo revolucionario militan las mejores cabezas de la República.

Aduló Nachito:

—¡Las mejores!

Y el viejo de la frazada, lentamente, mientras enhebra, desdeñoso y arisco comentaba:

—Pues, manifiestamente, para enterarse no hay cosa como visitar Santa Mónica. A lo que se colige, el chamaco tampoco es revolucionario.

Declaró Marco Aurelio con firmeza:

—Y me arrepiento de no haberlo sido, y lo seré, si alguna vez me veo fuera de estos muros.

El viejo, anudando la hebra, reía con su risa de cabra:

—De buenos propósitos está empedrado el Infierno.

Marco Aurelio miró al viejo conspirador y juzgó tan cuerdas sus palabras, que no sintió el ultraje: Le sonaban como algo lógico e irremediable en aquella cárcel de reos políticos, orgullosos de morir.

VI

EL tumbo del mar batía la muralla, y el oboe de las olas cantaba el triunfo de la muerte. Los pájaros negros hacían círculos en el remoto azul, y sobre el losado del patio se pintaba la sombra fugitiva del aleteo. Marco Aurelio sentía la humillación de su vivir, arremansado en la falda materna, absurdo, inconsciente como las actitudes de esos muñecos olvidados tras de los juegos: Como un oprobio remordíale su indiferencia política. Aquellos muros, cárcel de exaltados revolucionarios, le atribulaban y acrecían el sentimiento mezquino de su vida, infantilizada entre ternuras familiares y estudios pedantes, con premios en las aulas. Confuso atendía al viejo que entraba y sacaba la aguja de lezna:

—¿Venís vos a la sombra por incidencia justificada, o por espiar lo que se conversa? Eso, amigo, es bueno ponerlo en claro. Recorra las cuadras y vea si encuentra algún fiador. ¿No dice que es estudiante? Pues aquí no faltan universitarios. Si quiere tener amigos en esta mazmorra, busque modo de justificarse. Los revolucionarios platónicos merecen poca confianza.

El estudiante había palidecido intensamente. Nachito, con ojos de perro, imploraba clemencia:

—A mí también me tenía horrorizado Tirano Banderas: ¡Muy por demás sanguinario! Pero no era fácil romper la cadena. Yo para volinas no valgo, y adónde iba que me recibiesen si soy inútil para ganarme los frijoles. El Generalito me daba un hueso que roer y se divertía choteándome. En el fondo parecía apreciarme. ¡Que está mal, que soy un pendejo, que aquello era por demás, que tiene sus fueros la dignidad humana? Corriente. Pero hay que reflexionar lo que es un hombre privado del albedrío por ley de herencia. ¡Mi papá, un alcohólico! ¡Mi mamá, con desvarío histérico! El Generalito, a pesar de sus escarnios, se divertía oyéndome decir jangadas. No me faltaban envidiosos. ¡Y ahora caer de tan alto!

Marco Aurelio y el viejo conspirador oían callados y por veces se miraban. Concluyó el viejo:

—¡Hay sujetos más ruines que putas!

Se ahogaba Nachito.

—¡Todo acabó! El último escarnio supera la raya. Nunca llegó a tanto. Divertirse fusilando a un desgraciado huérfano, es propio de Nerón. Marquito, y usted amigo, yo les agradecería que luego me ultimasen. Sufro demasiado. ¡Qué

me vale vivir unas horas, si todo el gusto me lo mata este chingado sobresalto! Conozco mi fin, tuve un aviso de las ánimas. —Porque en este fregado ilusorio andan las Benditas.— Marquito, dame cachete, indúltame de este suplicio nervioso. Hago renuncia de la vida por anticipado. ¡Vos, mi viejo, qué hacés, que no me sangrás con esa lezna remendona? Mero mero, pasame las entretelas. Amigos, ¿qué dicen? Si temen complicaciones, háganme el servicio de consolarme de alguna manera.

VII

EL planto pusilánime y versátil de aquel badulaque aparejaba un gesto ambiguo de compasión y desdén en la cara funeraria del viejo conspirador y en la insomne palidez del estudiante. La mengua de aquel bufón en desgracia tenía cierta solemnidad grotesca como los entierros de mojiganga con que fina el antruejo. Los zopilotes abatían sus alas tiñosas sobre la higuera.

LIBRO SEGUNDO

El número tres

I

EL calabozo número tres era una cuadra con altas luces enrejadas, mal oliente de alcohol, sudor y tabaco. Colgaban en calle, a uno y otro lateral, las hamacas de los presos, reos políticos en su mayor cuento, sin que faltasen en aquel rancho el ladrón encanecido, ni el idiota sanguinario, ni el rufo valiente, ni el hipócrita desalmado. Por hacerles a los políticos más atribulada la cárcel, les befaba con estas compañías, el de la pata de palo, Coronel Irineo Castañón. La luz polvorienta y alta de las rejas resbalaba por la cal sucia de los muros, y la expresión macilenta de los encarcelados hallaba una suprema valoración en aquella luz árida y desolada. El Doctor Sánchez Ocaña, declamatorio, verboso, con el puño de la camisa fuera de la manga, el brazo siempre en tribuno arrebato, engolaba elocuentes apostrofes contra la tiranía:

—El funesto fénix del absolutismo colonial, renace de sus cenizas aventadas a los cuatro vientos, concitando las sombras y los manes de los augustos libertadores. Augustos, sí, y el ejemplo de sus vidas, debe servirnos de luminar en estas horas, que acaso son las últimas que nos resta vivir. El mar devuelve a la tierra sus héroes, los voraces monstruos de las azules minas se muestran más piadosos que el General Santos Banderas… Nuestros ojos…

Se interrumpía. Llegaba por el corredor la pata de palo. El Alcaide cruzó fumando en cachimba, y poco a poco extinguiose el alerta de su paso cojitranco.

II

UN preso, que leía tendido en su hamaca, sacó a luz, de nuevo, el libro que había ocultado. De la hamaca vecina le interrogó la sombra de Don Roque Cepeda:

—¿Siempre con las *Evasiones Célebres*?

—Hay que estudiar los clásicos.

—¡Mucho le intriga esa lectura! ¿Sueña usted con evadirse?

—Pues quién sabe.

—¡Ya estaría bueno, podérsela jugar al Coronelito Pata de Palo!

Cerró el libro con un suspiro el que leía:

—No hay que pensarlo. Posiblemente a usted y a mí nos fusilan esta tarde.

Denegó con ardiente convicción Don Roque:

—A usted, no sé… Pero yo estoy seguro de ver el triunfo de la Revolución. Acaso más tarde me cueste la vida. Acaso. Se cumple siempre el Destino.

—Indudablemente. ¿Pero usted conoce su Destino?

—Mi fin no está en Santa Mónica. Tengo encima el medio siglo, aún no hice nada, he sido un soñador, y forzosamente debo regenerarme actuando en la vida del pueblo, y moriré después de haberle regenerado.

Hablaba con esa luz fervorosa de los agonizantes, confortados por la fe de una vida futura, cuando reciben la Eucaristía. Su cabeza tostada de santo campesino erguíase sobre la almohada como en una resurrección, y todo el bulto de su figura exprimíase bajo el sabanil como bajo un sudario. El otro prisionero le miró con amistosa expresión de burla y duda:

—¡Quisiera tener su fe, Don Roque! Pero me temo que nos fusilen juntos en Foso-Palmitos.

—Mi destino es otro. Y usted déjese de cavilaciones lúgubres y siga soñando con evadirse.

—Somos muy opuestos. Usted, pasivamente, espera que una fuerza desconocida le abra las rejas. Yo hago planes para fugarme y trabajo en ello sin echar de la imaginación el presentimiento de mi fin próximo. A lo más hondo esta idea me trabaja, y solamente por no capitular, sigo el acecho de una ocasión que no espero.

—El Destino, se vence si para combatirle sabemos reunir nuestras fuerzas espirituales. En nosotros existen fuerzas latentes, potencialidades que

desconocemos. Para el estado de conciencia en que usted se halla, yo le recomendaría otra lectura más espiritual que esas *Evasiones Célebres*. Voy a procurarle *El Sendero Teosófico*: Le abrirá horizontes desconocidos.

—Recién le platicaba que somos muy opuestos. Las complejidades de sus autores me dejan frío. Será que no tengo espíritu religioso. Eso debe ser. Para mí todo acaba en Foso-Palmitos.

—Pues reconociéndose tan carente de espíritu religioso, usted será siempre un revolucionario muy mediocre. Hay que considerar la vida como una simiente sagrada que se nos da para que la hagamos fructificar en beneficio de todos los hombres. El revolucionario es un vidente.

—Hasta ahí llego.

—¿Y de quién recibimos esta existencia que tiene un sentido determinado? ¿Quién la sella con esa obligación? ¿Podemos impunemente traicionarla? ¿Concibe usted que no haya una sanción?

—¿Después de la muerte?

—Después de la muerte.

—Esas preguntas, yo me abstengo de resolverlas.

—Acaso porque no se las formula con bastante ahínco.

—Acaso.

—¿Y el enigma, tampoco le anonada?

—Procuro olvidarlo.

—¿Y puede?

—He podido.

—¿Y al presente?

—La cárcel siempre es contagiosa… Y si continúa usted platicándome como lo hace, acabará por hacerme rezar un Credo.

—Si le enoja dejaré el tema.

—Don Roque, sus enseñanzas no pueden serme sino muy gratas. Pero entre flores tan doctas me ha puesto usted un rejón que aún me escuece. ¿Por qué juzga que mi actuación revolucionaria será siempre mediocre? ¿Qué relaciones establece usted entre la conciencia religiosa y los ideales políticos?

—¡Mi viejo, son la misma cosa!

—¿La misma cosa? Podrá ser. Yo no lo veo.

—Hágase usted más meditativo v comprenderá muchas verdades que solo así le serán reveladas.

—Cada persona es un mundo, y nosotros dos somos muy diversos. Don

Roque, usted vuela muy remontado, y yo camino por los suelos, pero el calificativo que me ha puesto de mediocre revolucionario, es una ofuscación que usted padece. La religión es ajena a nuestras luchas políticas.

—A ninguno de nuestros actos puede ser ajena la intuición de eternidad. Solamente los hombres que alumbran todos sus pasos con esa antorcha, logran el culto de la Historia. La intuición de eternidad trascendida es la conciencia religiosa: Y en nuestro ideario, la piedra angular, la redención del indio, es un sentimiento fundamentalmente cristiano.

—Libertad, Igualdad, Fraternidad, me parece que fueron los tópicos de la Revolución Francesa. Don Roque, somos muy buenos amigos, pero sin poder entendernos. ¿No predicó el ateísmo la Revolución Francesa? Marat, Danton, Robespierre…

—Espíritus profundamente religiosos, aun cuando lo ignorasen algunas veces.

—¡Santa ignorancia! Don Roque, concédame usted esa categoría para sacarme el rejón que me ha puesto.

—No me guarde rencor, se la concedo.

Se dieron la mano, y par a par en las hamacas, quedaron un buen espacio silenciosos. En el fondo de la cuadra, entre un grupo de prisioneros, seguía perorando el Doctor Sánchez Ocaña. El gárrulo fluir de tropos y metáforas resaltaba su frío amaneramiento en el ambiente pesado de sudor, aguardiente y tabaco, del calabozo número tres.

III

DON Roque Cepeda convocaba en torno de su hamaca un grupo atento a las lecciones de ilusionada esperanza que vertía con apagado murmullo y clara sonrisa seráfica. Don Roque era profundamente religioso, con una religión forjada de intuiciones místicas y máximas indostánicas: Vivía en un pasmo ardiente, y su peregrinación por los caminos del mundo se le aparecía colmada de obligaciones arcanas, ineludibles como las órbitas estelares: Adepto de las doctrinas teosóficas, buscaba en la íntima hondura de su conciencia un enlace con la conciencia del Universo: La responsabilidad eterna de las acciones humanas le asombraba con el vasto soplo de un aliento divino. Para Don Roque los hombres eran ángeles desterrados: Reos de un crimen celeste indultaban su

culpa teologal por los caminos del tiempo, que son los caminos del mundo. Las humanas vidas con todos sus pasos, con todas sus horas, promovían resonancias eternas que sellaba la muerte con un círculo de infinitas responsabilidades. Las almas, al despojarse de la envoltura terrenal, actuaban su pasado mundano en límpida y hermética visión de conciencias puras. Y este círculo de eterna contemplación —gozoso o doloroso— era el fin inmóvil de los destinos humanos, y la redención del ángel en destierro. La peregrinación por el limo de las formas, sellaba un número sagrado. Cada vida, la más humilde, era creadora de un mundo, y al pasar bajo el arco de la muerte, la conciencia cíclica de esta creación se posesionaba del alma, y el alma, prisionera en su centro, devenía contemplativa y estática. Don Roque era varón de muy varias y desconcertantes lecturas, que por el sendero teosófico lindaban con la cábala, el ocultismo y la filosofía alejandrina. Andaba sobre los cincuenta años. Las cejas, muy negras, ponían un trazo de austera energía bajo la frente ancha, pulida calva de santo románico. El cuerpo mostraba la firme estructura del esqueleto, la fortaleza dramática del olivo y de la vid. Su predicación revolucionaria tenía una luz de sendero matinal y sagrado.

LIBRO TERCERO

Carceleras

I

BAJO la luz de una reja, hacían corro jugando a los naipes hasta ocho o diez prisioneros. Chucho el Roto, tiraba la carta: Era un bigardo famoso por muchos robos cuatreros, plagios de ricos hacendados, asaltos de diligencias, crímenes, desacatos, estropicios, majezas, amores y celos sangrientos. Tiraba despacio: Tenía las manos enjutas, la mejilla con la cicatriz de un tajo y una mella de tres dientes. En el juego de albures, harían rueda presos de muy distinta condición: Apuntaban en el mismo naipe charros y doctores, guerrilleros y rondines. Nachito Veguillas estaba presente: Aún no jugaba, pero ponía el ojo en la pinta y con una mano en el bolso se tanteaba la plata. Vino una sota y comentó, arrobándose:

—¡No falla ninguna!

Volviose y tributó una sonrisa al caviloso jugador vecino, que permaneció indiferente: Era un espectro vestido con fláccido saco de dril que le colgaba como de una escarpia. Nachito recaló su atención a la baraja: Con súbito impulso sacó la mano con un puñado de soles, y los echó sobre la pulgona frazada que en las cárceles hace las veces del tapete verde:

—Van diez soles en el pendejo monarca.

Advirtió el Roto:

—Ha doblado.

—Mata la pinta.

—¡Va!

El Roto corrió la puerta y vino de patas el rey de bastos. Nachito, ilusionado con la ganancia cobró y de lleno metiose en los albures. Por veces se levantaba un borrascón de voces, disputando algún lance. Nachito tenía siempre el santo de cara, y viéndole ganar el caviloso espectro hepático le pagó la remota sonrisa dirigiéndole un gesto flácido de mala fortuna. Nachito, con una mirada, le entregó su atribulado corazón:

—En nuestra lamentosa situación, ganar o perder no hace diferencia. Foso-Palmitos a todos iguala.

El otro denegó con su gesto fláccido y amarillo de vejiga desinflándose:

—Mientras hay vida, la plata es un factor muy importante. ¡Hay que considerarlo así!

Nachito suspiró:

—¿A un reo de muerte qué consuelo puede darle la plata?

—Cuando menos, este del juego para poder olvidarse… La plata, hasta el último momento, es un factor indispensable.

—¿Su sentencia también es de muerte, hermano?

—¡Pues y quién sabe!

—¿No se fusila a todos por igual?

—¡Pues y quién sabe!

—Me abre usted un rayo de luz. Voy a meter cincuenta soles en el entrés.

Nachito ganó la puesta, y el otro arrugó la cara con su gesto flácido:

—¿Y le sopla siempre la misma racha?

—No me quejo.

—¿Quiere que hagamos una fragata de cinco soles? Usted la gobierna como le plazca.

—Cinco golpes.

—Como le plazca.

—Vamos en la sota.

—¿Le gusta esa carta?

—Es el juego.

—Quebrará.

—Pues en ella vamos.

El Roto tiraba lentamente, y corrida la pinta para que todos la viesen, quedábase un momento con la mano en alto. Vino la sota. Nachito cobró, y repartida en las dos manos la columna de soles, cuchicheó con el amarillo compadre:

—¿Qué le decía?
—¡Parece que las ve!
—Ahora nos toca en el siete.
—¿Pues qué juego lleva?
—Gusto y contra gusto. Antes jugué la que me gustaba y ahora corresponde el siete, que no me incita ni me dice nada.
—Gusto y contra gusto llama usted a ese juego. ¡Lo desconocía!
—Mero mero, acabo de descubrirlo.
—Ahora perdemos.
—Mire el siete en puerta.
—¡En los días de mi vida he visto suerte tan continuada!
—Vamos al tercer golpe en el caballo.
—¿Le gusta?
—Le estoy agradecido. ¡Ya hemos ganado!
—Debemos repartir.
—Vamos a darle los cinco golpes.
—Perdemos.
—O ganamos. La carta del gusto es el cinco, nos corresponde la del contra gusto.
—¡Juego chocante! Reserve la mitad, amigo.
—No reservo nada. Ochenta soles lleva el tres.
—No sale.
—Alguna vez debe quebrar.
—Retírese.
Chucho el Roto, con un ojo en el naipe, medía la diferencia entre las dos cartas del albur. Silbó despectivo:
—Psss… Van igualadas.
Posando la baraja sobre la manta, se enjugó la frente con un vistoso pañuelo de seda. Percibiendo a los jugadores atentos, comenzó a tirar con una mueca de sorna y la cara torcida bajo la cicatriz. Vino el tres que jugaba Nachito. Palpitó a su lado el espectro:
—¡Hemos ganado!
Reclamó Nachito batiendo con los nudillos en la manta:
—Ciento sesenta soles.
Chucho el Roto, al pagarle le clavó los ojos, con mofa procaz:
—Otro menos pendejo, con esa suerte, habría desbancado. ¡Ni que un ángel

se las soplase a la oreja!

Nachito, con gesto de bonachón asentimiento, apilaba el dinero y hacía sus gracias.

—¡Cuá! ¡Cuá!

Y murmuraba desabrido un titulado Capitán Viguri:

—¡Siempre la Virgen se le aparece a los pastores!

Y Nachito, al mismo tiempo tenía en la oreja el soplo del hepático espectro:

—Debemos repartir.

Denegó Nachito con un frunce triste en la boca:

—Después del quinto golpe.

—Es una imprudencia.

—Si perdemos, por otro lado nos vendrá la compensación. ¿Quién sabe? ¡Hasta pudieran no fusilarnos! Si ganamos es que tenemos la contraria en Foso-Palmitos.

—Déjese, amigo, de macanas y no tiente la suerte.

—Vamos con la sota.

—Es una carta fregada.

—Pues moriremos en ella. Amigo tallador, ciento sesenta soles en la sota.

Respondió el Roto:

—¡Van!

Se almibaró Nachito:

—Muchas gracias.

Y repuso el tahúr, con su mueca leperona:

—¡Son las que me cuelgan!

Volvió la baraja, y apareció la sota en puerta, con lo cual moviose un murmullo entre los jugadores. Nachito estaba pálido y le temblaban las manos:

—Hubiera querido perder esta carta. ¡Ay, amigo, nos tiran la contraria en Foso-Palmitos!

Alentó el espectro con expresión mortecina:

—Por ahora vamos cobrando.

—Son ciento veintisiete soles por barba.

—¡La puerta nos ha chingado!

—Más debió chingarnos. En una situación tan lamentosa, es de muy mal augurio ganar en el juego.

—Pues déjele la plata al Roto.

—No es precisamente la contraria.

—¿Va usted a seguir jugando?

—Hasta perder. Solo así podré tranquilizar mi ánimo.

—Pues yo voy a tomar el aire. Muchas gracias por su ayuda y reconózcame como un servidor: Bernardino Arias.

Se alejó. Nachito, con las manos trémulas, apilaba la plata. Le llenaba de terror angustioso el absurdo de aquel providencialismo maléfico, que dándole tan obstinada ventura en el juego, le tenía decretada la muerte. Sentíase bajo el poder de fuerzas invisibles, las advertía en torno suyo, hostiles y burlonas. Cogió un puñado de dinero y lo puso a la primera carta que salió. Deseaba ganar y perder. Cerró los ojos para abrirlos en el mismo instante. Chucho el Roto volvía la baraja, enseñaba la puerta, corría la pinta. Nachito se afligió. Ganaba otra vez. Se disculpó con una sonrisa, sintiendo la mirada aviesa del bandolero tahúr:

—¡Posiblemente esta tarde voy a ser ultimado!

II

AL otro rumbo del calabozo, algunos prisioneros escuchaban el relato fluido de eses y eles, que hacía un soldado tuerto: Hablaba monótonamente, sentado sobre los calcañares, y contaba la derrota de las tropas revolucionarias en Curopaitito. Echados sobre el suelo, atendían hasta cinco presos:

—Pues de aquella, yo aún andaba incorporado a la partida de Doroteo Rojas. Un servicio perro, sin soltar el fusil, siempre mojados. Y el día más negro fue el siete de julio: íbamos atravesando un pantano, cuando empezó la balasera de los federales: No los habíamos visto porque tiraban al resguardo de los huisaches que hay a una mano y otra, y no más salimos de aquel pantano por la Gracia Bendita. Dende que salimos, les contestamos eon fuego muy duro, y nos tiroteamos un chico rato, y otra vez, jala y jala y jala, por aquellos llanos que no se les miraba fin… Y un solazo que hacía arder las arenas, y ahí vamos jala y jala y jala y jala. Escapábamos a paso de coyote, embarrándonos en la tierra, y los federales se nos venían detrás. Y no más zumbaban las balas. Y nosotros jala y jala y jala.

La voz del indio, fluida de eses y eles, se inmovilizaba sobre una sola nota. El Doctor Atle, famoso orador de la secta revolucionaria encarcelado desde hacía muchos meses, un hombre joven, la frente pálida, la cabellera romántica, incorporado en su hamaca, guardaba extraordinaria atención al relato. De tiempo

en tiempo, escribía alguna cosa en un cuaderno, y tornaba a escuchar. El indio se adormecía en su monótono sonsonete:

—Y jala y jala y jala. Todo el día caminamos al trote, hasta que al meterse el sol devisamos un ranchito quemado, y corrimos para agazaparnos. Pero no pudo ser. También nos echaron, y fuimos más adelante y nos agarramos al hocico de una noria. Y ahí está otra vez la balasera, pero fuerte y tupida como granizo. Y aquí caía una bala y allá caía otra, y empezó a hervir la tierra. Los federales tenían ganas de acabarnos, y nos baleaban muy fuerte, y al poco rato no más se oía el esquitero, y el esquitero y el esquitero, como cuando mi vieja me tostaba el maíz. El compañero que estaba junto a mí, no más se hacía para un lado y para otro: Motivado que le dije: No las atorees, manís, porque es peor. Hasta que le dieron un diablazo en la maceta, y allí se quedó mirando a las estrellas. Y fuimos al amanecer al pie de una sierra, donde no había ni agua ni maíz, ni cosa ninguna que comer.

Calló el indio. Los presos que formaban el grupo seguían fumando sin hacer ningún comentario al relato, parecía que no hubiesen escuchado. El Doctor Atle repasaba el cuaderno de sus notas, y con el lápiz sobre el labio interrogó al soldado:

—¿Cómo te llamas?

—Indalecio.

—¿El apellido?

—Santana.

—¿De qué parte eres?

—Nací en la Hacienda de Chamulpo. Allí nací, pero todavía chamaco me trasladaron con una reata de peones a los Llanos de Zamalpoa. Cuando estalló la bola revolucionaria, desertamos todos los peones de las minas de un judas gachupín, y nos fuimos con Doroteo.

El Doctor Atle, aún trazó algunas líneas en su cuaderno, y luego recostose en la hamaca con los ojos cerrados y el lápiz sobre la boca, que sellaba un gesto amargo.

III

CONFORME adelantaba el día, los rayos del sol, metiéndose por las altas rejas, sesgaban y triangulaban la cuadra del calabozo. En aquellas horas, el vaho de tabaco y catinga era de una crasitud pegajosa. Los más de los presos adormecían en sus hamacas, y al rebullirse alzaban una nube de moscas, que volvía a posarse apenas el bulto quedaba inerte. En corros silenciosos otros prisioneros se repartían por los rumbos del calabozo, buscando los triángulos sin sol. Eran raras las pláticas, tenues, con un matiz de conformidad para las adversidades de la fortuna: Las almas presentían el fin de su peregrinación mundana, y este torturado pensamiento de todas las horas revestíalas de estoica serenidad. Las raras pláticas tenían un dejo de olvidada sonrisa, luz humorística de candiles que se apagan faltos de aceite. El pensamiento de la muerte había puesto en aquellos ojos, vueltos al mundo sobre el recuerdo de sus vidas pasadas, una visión indulgente y melancólica. La igualdad en el destino determinaba un igual acento en la diversidad de rostros y expresiones. Sentíanse alejados en una orilla remota, y la luz triangulada del calabozo realzaba en un módulo moderno y cubista la actitud macilenta de las figuras.

Sexta Parte

Alfajores y venenos

LIBRO PRIMERO

Lección de Loyola

I

EL indio triste que divierte sus penas corriendo gallos, susurra por bochinches y conventillos, justicias, crueldades, poderes mágicos de Niño Santos. El Dragón del Señor San Miguelito le descubría el misterio de las conjuras, le adoctrinaba. ¡Eran compadres! ¡Tenían pacto! ¡Generalito Banderas se proclamaba inmune para las balas por una firma de Satanás! Ante aquel poder tenebroso, invisible y en vela, la plebe cobriza revivía un terror teológico, una fatalidad religiosa poblada de espantos.

II

EN San Martín de los Mostenses era el relevo de guardias, y el fámulo barbero enjabonaba la cara del Tirano. El Mayor del Valle, cuadrado militarmente, inmovilizábase en la puerta de la recámara. El Tirano, vuelto de espaldas, había oído el parte sin sorpresa, aparentando hallarse noticioso:

—Nuestro Licenciadito Veguillas es un alma cándida. ¡Está bueno el fregado! Mayor del Valle, merece usted una condecoración.

Era de mal agüero aquella sorna insidiosa. El Mayor presentía el enconado rumiar de la boca: Instintivamente cambió una mirada con los ayudantes, retirados en el fondo, dos lagartijos con brillantes uniformes, cordones y plumeros. La estancia era una celda grande y fresca, solada de un rojo

polvoriento, con nidos de palomas en la viguería. Tirano Banderas se volvió con la máscara enjabonada. El Mayor permanecía en la puerta, cuadrado, con la mano en la sien: Había querido animarse con cuatro copas para rendir el parte, y sentía una irrealidad angustiosa: Las figuras, cargadas de enajenamiento, indecisas, tenían una sensación embotada de irrealidad soñolienta. El Tirano le miró en silencio, remejiendo la boca: Luego, con un gesto, indicó al fámulo que continuase haciéndole la rasura. Don Cruz, el fámulo, era un negro de alambre, amacacado y vejete, con el crespo vellón griseante: Nacido en la esclavitud, tenía la mirada húmeda y deprimida de los perros castigados. Con quiebros tilingos se movía en torno del Tirano:

—¿Cómo están las navajas, mi jefecito?

—Para hacerle la barba a un muerto.

—¡Pues son las inglesas!

—Don Cruz, eso quiere decir que no están cumplidamente vaciadas.

—Mi jefecito, el solazo de estas campañas le ha puesto la piel muy delicada.

El Mayor se inmovilizaba en el saludo militar. Niño Santos, mirando de refilón el espejillo que tenía delante, veía proyectarse la puerta y una parte de la estancia con perspectiva desconcertada:

—Me aflige que se haya puesto fuera de ley el Coronel de la Gándara. ¡Siento de veras la pérdida del amigo, pues se arruina por su genio atropellado! Me hubiera sido grato indultarle y la ha fregado nuestro Licenciadito. Es un sentimental, que no puede ver lástimas, merecedor de otra condecoración, una cruz pensionada. Mayor del Valle, pase usted orden de comparecencia para interrogar a esa alma cándida. ¿Y el chamaco estudiante por qué motivación ha sido preso?

El Mayor del Valle, cuadrado en el umbral, procuró esclarecerlo:

—Presenta malos informes, y le complica la ventana abierta.

La voz tenía una modulación maquinal, desviada del instante, una tónica opaca. Tirano Banderas remejía la boca:

—Muy buena observación, visto que usted más tarde había de arrugarse frente al tejado. ¿De qué familia es el chamaco?

—Hijo del difunto Doctor Rosales.

—¿Y está suficientemente dilucidada su simpatía con el utopismo revolucionario? Convendría pedir un informe al Negociado de Policía. Cumplimente usted esa diligencia, Mayor del Valle. Teniente Morcillo, usted encárguese de tramitar las órdenes oportunas para la pronta captura del Coronel

Domiciano de la Gándara. El Comandante de la Plaza que disponga la urgente salida de fuerzas con el objetivo de batir toda la zona. Hay que operar diligente. Al Coronelito, si hoy no lo cazamos, mañana lo tenemos en el campo insurrecto. Teniente Valdivia, entérese si hay mucha caravana para audiencia.

Terminada la rasura de la barba, el fámulo tilingo le ayudaba a revestirse el levitón de clérigo. Los ayudantes, con ritmo de autómatas alemanes, habían girado, marcando la media vuelta, y salían por lados opuestos, recogiéndose los sables, sonoras las espuelas:

—¡Chac! ¡Chac!

El Tirano, con el sol en la calavera, fisgaba por los vidrios de la ventana. Sonaban las cornetas, y en la campa barcina, ante la puerta del convento, una escolta de dragones revolvía los caballos en torno del arqueológico landó, con atalaje de mulas, que usaba para las visitas de ceremonia Niño Santos.

III

CON su paso menudo de rata fisgona, asolapándose el levitón de clérigo, salió al locutorio de audiencias Tirano Banderas:

—*¡Salutem pluriman!*

Doña Rosita Pintado, caído el rebozo, con dramática escuela, se arrojó a las plantas del Tirano:

—¡Generalito, no es justicia lo que se hace con mi chamaco!

Avinagró el gesto la momia indiana:

—Alce Doña Rosita, no es un tablado de comedia la audiencia del Primer Magistrado de la Nación. Exponga su pleito con comedimiento. ¿Qué le sucede al hijo del lamentado Doctor Rosales? ¡Aquel conspicuo patricio hoy nos sería un auxiliar muy valioso para el sostenimiento del Orden! ¡Doña Rosita, exponga su pleito!

—¡Generalito, esta mañana se me llevaron preso al chamaco!

—Doña Rosita, explíqueme las circunstancias de ese arresto.

—El Mayor del Valle venía sobre los pasos de un fugado.

—¿Usted le había dado acogimiento?

—¡Ni lo menos! Por lo que entendí, era su compadre Domiciano.

—¡Mi compadre Domiciano! ¿Doña Rosita, no querrá decir el Coronel Domiciano de la Gándara?

—¡Me tiraniza pidiéndome tan justa gramática!

—El Primer Magistrado de un pueblo no tiene compadres, Doña Rosita. ¿Y cómo en horas tan intempestivas la visita del Coronel de la Gándara?

—¡Un centellón, no más, mi Generalito! Entró de la calle y salió por la ventana sin explicarse.

—¿Y a qué obedece haber elegido la casa de usted, Doña Rosita?

—¡Mi Generalito, y a qué obedece el sino que rige la vida?

—Acorde con esa doctrina, espere el sino del chamaco, que nada podrá sucederle fuera de esa ley natural. Mi Señora Doña Rosita, me deja muy obligado. Me ha sido de una especial complacencia volver a verla y memorizar tiempos antiguos, cuando la festejaba el lamentado Laurencio Rosales. ¡Veo siempre en usted aquella cabalgadora del Ranchita de Talapachi! Váyase muy consolada, que contra el sino de cada cual no hay poder suficiente para modificarlo, en lo limitado de nuestras voluntades.

—¡Generalito, no me hablés encubierto!

—Fíjese no más: El Coronel de la Gándara, hurtándose a la ley por una ventana, tramita todas las incidencias de este pleito, y en modo alguno podemos ya sustraernos a la actuación que nos deja pendiente. Mi Señora Doña Rosita, convengamos que nuestra condición en el mundo es la de niños rebeldes que caminasen con las manos atadas bajo el rebencazo de los acontecimientos. ¿Por qué eligió la casa de usted el Coronel Domiciano de la Gándara? Doña Rosita, excúseme que no pueda dilatar la audiencia, pero lleve mis seguridades de que se proveerá en justicia. ¡Y en últimas resultas, siempre será el sino de las criaturas quien sentencie el pleito! ¡Nos vemos!

Se apartó hecho un rígido espeto, y con austera seña de la mano llamó al ayudante cuadrado en la puerta:

—Se dan por finalizadas las audiencias. Vamos a Santa Mónica.

IV

LA llama del sol encendía con destellos el arduo tenderete de azoteas, encastillado sobre la curva del Puerto. El vasto mar ecuatorial, caliginoso de tormentas y calmas, se inmovilizaba en llanuras de luz, desde los muelles al confín remoto. Los muros de reductos y hornabeques destacaban su ruda geometría castrense, como bulldogs trascendidos a expresión matemática. Una

charanga, brillante y ramplona, divertía al vulgo municipal en el quiosco de la Plaza de Armas. En la muda desolación del cielo, abismado en el martirio de la luz, era como una injuria la metálica estridencia. La pelazón de indios ensabanados, arrendándose a las aceras y porches, o encumbrada por escalerillas de iglesias y conventos, saludaba con una genuflexión el paso del Tirano. Tuvo un gesto humorístico la momia enlevitada:

—¡Chac! ¡Chac! ¡Tan humildes en la apariencia, y son ingobernables! No está mal el razonamiento de los científicos, cuando nos dicen que la originaria organización comunal del indígena se ha visto fregada por el individualismo español, raíz de nuestro caudillaje. El caudillaje criollo, la indiferencia del indígena, la crápula del mestizo y la teocracia colonial son los tópicos con que nos denigran el industrialismo yanqui y las monas de la diplomacia europea. Su negocio está en hacerle la capa a los bucaneros de la revolución, para arruinar nuestros valores y alzarse concesionarios de minas, ferrocarriles y aduanas… ¡Vamos a pelearles el gallo sacando de la prisión con todos los honores al futuro Presidente de la República!

El Generalito rasgaba la boca con falsos teclados. Asentían con militar tiesura los ayudantes. La escolta dragona, imperativa de brillos y sones marciales, rodeaba el landó. Apartábanse las plebes al temor de ser atropelladas, y repentinos espacios desiertos silenciaban la calle. En el borde de la acera, el indio de sabanil y chupalla, greñudo y genuflexo, saludaba con religiosas cruces. Se entusiasmaban con vítores y palmas los billaristas asomados a la balconada del Casino Español. La momia enlevitada respondía con cuáquera dignidad, alzándose la chistera, y con el saludo militar los ayudantes.

V

EL Fuerte de Santa Mónica descollaba el dramón de su arquitectura en el luminoso ribazo marino. Formaba el retén en la poterna. El Tirano no movió una sola arruga de su máscara indiana, para responder al saludo del Coronel Irineo Castañón —Pata de Palo—. Inmovilizábase en un gesto de duras aristas, como los ídolos tallados en obsidiana:

—¿Qué calabozo ocupa Don Roque Cepeda?

—El número 3.

—¿Han sido tratados con toda la consideración que merecen tan ilustre

patricio y sus compañeros? El antagonismo político, dentro de la vigencia legal, merece todos los respetos del Poder Público. El rigor de las leyes ha de ser aplicado a los insurgentes en armas. Aténgase a estas instrucciones en lo sucesivo, vamos a vernos con el candidato de las oposiciones para la Presidencia de la República. Coronel Castañón, rompa marcha.

El Coronel giró con la mano en la visera, y su remo de palo, con tieso destaque, trazó la media vuelta en el aire: Puesto en marcha, al tilingo de las llaves en pretina, advirtió con marciales escandidos:

—Don Trinidad, vos nos precedés.

Corrió Don Trino con morisquetas quebradas por los juanetes. Rechinaron cerrojos y gonces. Abierta la ferrona cancela, renovó el trote con sones y compases del pretino llavero: Bailarín de alambre, relamía gambetas sobre el lujo chafado de los charoles. El Coronel Ireneo Castañón, al frente de la comitiva, marcaba el paso. ¡Tac! ¡Tac! Por bovedizos y galerías, apostillaba un eco el ritmo cojitranco de la pata de palo: ¡Tac! ¡Tac! El Tirano, raposo y clerical, arrugaba la boca entre sus ayudantes lagartijeros. Echó los bofes el Coronel Alcaide:

—¡Calabozo número 3!

Tirano Banderas, en el umbral, saludó, quitándose el sombrero, tendidos los ojos para descubrir a Don Roque. Todo aquel mundo carcelario estaba vuelto a la puerta, inmovilizado en muda zozobra. El Tirano acostumbrada la vista a la media luz del calabozo, penetró por la doble hilera de hamacas. Extremando su rancia ceremonia, señalaba un deferente saludo al corro centrado por Don Roque Cepeda:

—Mi Señor Don Roque, recién me entero de su detención en el fuerte. ¡Lo he deplorado! Hágame el honor de considerarme ajeno a esa molestia. Santos Banderas guarda todos los miramientos a un repúblico tan ameritado, y nuestras diferencias ideológicas no son tan irreductibles como usted parece presuponerlo, mi Señor Don Roque. En todas las circunstancias usted representa para mí en el campo político al adversario que, consciente de sus deberes ciudadanos, acude a los comicios y riñe la batalla sin salirse fuera de la Carta Constitucional. Notoriamente he procedido con el mayor rigor en las sumarias instruidas a los aventureros que toman las armas y se colocan fuera de las leyes. Para esos caudillos que no vacilan en provocar una intervención extranjera, seré siempre inexorable, pero esta actuación no excluye mi respeto y hasta mi complacencia para los que me presentan batalla amparados en el derecho que les confieren las

leyes. Don Roque, en ese terreno deseo verle a usted, y comienzo por decirle que reconozco plenamente su patriotismo, que me congratula la generosa intención de su propaganda por tonificar de estímulos ciudadanos a la raza indígena. Sobre este tópico aún hemos de conversar, pero horita solo quiero expresarle mis excusas ante el lamentado error policial, originándose que la ergástula del vicio y de la corrupción se vea enaltecida por el varón justo de que nos habla el latino Horacio.

Don Roque Cepeda, en la rueda taciturna de sus amigos incrédulos, se iluminaba con una sonrisa de santo campesino, tenía un suave reflejo en las bruñidas arrugas:

—Señor General, perdóneme la franqueza. Oyéndole me parece escuchar a la Serpiente del Génesis.

Era de tan ingenua honradez la expresión de los ojos y el reflejo de la sonrisa en las arrugas, que excusaban como acentos benévolos la censura de las cláusulas. Tirano Banderas inmovilizaba las aristas de su verde mueca:

—Mi Señor Don Roque, no esperaba de su parte esa fineza. De la mía propositaba ofrecerle una leal amistad y estrechar su mano, pero visto que usted no me juzga sincero, me limito a reiterarle mis excusas.

Saludó con la castora y, apostillado por los dos ayudantes, se dirigió a la puerta.

VI

ENTRE la doble fila de hamacas saltó, llorón y grotesco, el Licenciado Veguillas:

—¡Cuá! ¡Cuá!

La momia remejió la boca:

—¡Macaneador!

—¡Cuá! ¡Cuá!

—No sea payaso.

—¡Cuá! ¡Cuá!

—Que no me divierte horita esa bufonada.

—¡Cuá! ¡Cuá!

—Tendré que apartarle con la punta de la bota.

—¡Cuá! ¡Cuá!

El Licenciadito, recogida la guayabera en el talle, terco, llorón, saltaba en cuclillas, inflada la máscara, el ojo implorante:

—¡Me sonroja verle! Sus delaciones no se redimen cantando la rana.

—Mi Generalito es un viceversa magnético.

Tirano Banderas, con la punta de la bota, le hizo rodar por delante del centinela, que, pegado al quicio de la puerta, presentaba el arma:

—Voy a regalarle un gorro de cascabeles.

—¡Mi Generalito, para qué se molesta!

—Se presentará con él a San Pedro. Ándele no más, le subo en mi carruaje a los Mostenses. No quiero que se vaya al otro mundo descontento de Santos Banderas. Me conversará durante el día, ya que tan pronto dejaremos de comunicarnos. Posiblemente le alcanza una sentencia de pena capital. ¿Licenciadito, por qué me ha sido tan pendejo? ¿Quién le inspiró la divulgación de las resoluciones presidenciales? ¿A qué móviles ha obedecido tan vituperable conducta? ¿Qué cómplices tiene? Hónreme montando en mi carruaje y tome luneta a mi diestra. Todavía no ha recaído sentencia sobre su conducta y no quiero prejuzgar su delincuencia.

LIBRO SEGUNDO

FLAQUEZAS HUMANAS

I

DON Mariano Isabel Cristino Queralt y Roca de Togores, Ministro Plenipotenciario de Su Majestad Católica en Santa Fe de Tierra Firme, Barón de Benicarlés y Caballero Maestrante, condecorado con más lilailos que borrico cañí, era a las doce del día en la cama, con gorra de encajes y camisón de seda rosa. Merlín, el gozque faldero, le lamía el colorete y adobaba el mascarón esparciéndole el afeite con la espátula linguaria. Tenía en el hocico el faldero arrumacos, melindres y mimos de maricuela.

II

SIN anuncio del ayuda de cámara, entró, gambetero, Currito Mi-Alma. El niño andaluz se detuvo en la puerta, marcó un redoble de las uñas en el alón del cordobés, y con un papirote se lo puso terciado. En el mismo compás levantaba el veguero al modo de caña sanluqueña, entonado, ceceante, con el mejor estilo de la cátedra sevillana:

—¡Gachó! ¿Te has pintado para la Semana de Pasión? Merlín te ha puesto la propia jeta de un disciplinante.

Su Excelencia se volvió, dando la espalda al niño marchoso:

—¡Eres incorregible! Ayer, todo el día, sin dejarte ver el pelo.

—Formula una reclamación diplomática. Horita salgo del estaribel, que

decimos los clásicos.

—Deja la guasa, Curro. Estoy sumamente irritado.

—La veri, Isabelita.

—¡Eres incorregible! Habrás dado algún escándalo.

—Ojerizas. He dormido en la delega, sobre un petate, y esto no es lo más malo: La poli se ha hecho cargo de mi administración y de toda la correspondencia.

El Ministro de España se incorporó en las almohadas y al faldero, suspendiéndole por las lanas del cuello, espatarró en la alfombra:

—¿Qué dices?

El Curro afligió la cara:

—¡Isabelita, un sinapismo para puesto en el rabo!

—¿Dónde tenías mis cartas?

—En una valija con siete candados mecánicos.

—¡Nos conocemos, Curro! Te vienes con ese infundio idiota para sacarme dinero.

—¡Que no es combina, Isabelita!

—Curro, tú te pasas de sinvergüenza.

—Isabelita, agradezco el requiebro, pero en esta corrida solo es empresa el Licenciado López de Salamanca.

—¡Currito, eres un canalla!

—¡Que me coja un toro y me mate!

—¡Esas cartas se queman! ¡Deben quemarse! ¡Es lo correcto!

—Pero siempre se guardan.

—¡Si anda en esto la mano del Presidente! ¡No quiero pensarlo! ¡Es una situación muy difícil y muy complicada!

—¿Me dirás que es la primera en que te ves?

—¡No me exasperes! En las circunstancias actuales puede costarme la pérdida de la carrera.

—¡Acude al quite!

—Estoy distanciado del Gobierno.

—Pues te arrimas al morlaco y lo pasas de muleta. ¡Mi alma, que no sabes tú hacer eso!

El representante de Su Majestad Católica echó los pies fuera de la cama, agarrándose la cabeza:

—¡Si trasciende a los periódicos se me crea una situación imposible!

¡Cuando menos su silencio me cuesta un riñón y mitad del otro!

—Dale changüí a Tirano Banderas.

El Ministro de España se levantó apretando los puños:

—¡No sé cómo no te araño!

—Una duda muy meritoria.

—¡Currito, eres un canalla! Todo esto son gaterías tuyas para sacarme dinero, y me estás atormentando.

—¡Isabelita, ves estas cruces? Te hago juramento por lo más sagrado.

El Barón repitió, temoso:

—¡Eres un canalla!

—Deja esa alicantina. Te lo juro por el escapulario que mi madre, pobrecita, me puso al salir de la adorada España.

El Curro se había conmovido con un eco sentimental de copla andaluza. Su Excelencia apuntaba una llama irónica en el azulino horizonte de sus ojos huevones:

—Bueno, sírveme de azafata.

—¡Sinvergonzona!

III

EL Representante de Su Majestad Católica, perfumado y acicalado, acudió al salón donde hacía espera Don Celes. Un pesimismo sensual y decadente, con lemas y apostillas literarias, retocaba, como otro afeite, el perfil sicológico del carcamal diplomático, que en los posos de su conciencia sublimaba resabios de amor, con laureles clásicos: Frecuentemente, en el trato social, traslucía sus aberrantes gustos con el libre cinismo de un elegante en el Lacio: Tenía siempre pronta una burla de amables epigramas, para los jóvenes colegas incomprensivos, sin fantasía y sin humanidades: Insinuante, con indiscreta confidencia, se decía sacerdote de Hebe y de Ganimedes. Bajo esta apariencia de frívolo cinismo, prosperaban alarde y engaño, porque nunca pudo sacrificar a Hebe. El Barón de Benicarlés mimaba aquella postiza afición flirteando entre las damas, con un vacuo cotorreo susurrante de risas, reticencias e intimidades. Para las madamas era encantador aquel pesimismo de casaca diplomática, aquellos giros disertantes y parabólicos de los guantes londinenses, rozados de frases ingeniosas diluidas en una sonrisa de oros odontálgicos. Aquellas agudezas eran

motivo de gorjeos entre las jamonas otoñales: El Mundo podía ofrecer un hospedaje más confortable, ya que nos tomamos el trabajo de nacer. Sería conveniente que hubiese menos tontos, que no doliesen las muelas, que los banqueros cancelasen sus créditos. La edad de morir debía ser una para todos, como la quinta militar. Son reformas sin espera, y con relación a las técnicas actuales, está anticuado el Gran Arquitecto. Hay industriales yanquis y alemanes que promoverían grandes mejoras en el orden del mundo si estuviesen en el Consejo de Administración. El Ministro de Su Majestad Católica tenía fama de espiritual en el corro de las madamas, que le tentaban en vano poniéndole los ojos tiernos.

IV

—¡QUERIDO Celes!

Al penetrar en el salón, con sonrisa belfona recataba la congoja del ánimo, estarcido de suspicacias: ¡Don Celes! ¡Las cartas! ¡La mueca del Tirano! Un circunflejo del pensamiento sellaba la tríada con intuición momentánea, y el carcamal rememoraba su epistolario amoroso, y la dolorosa inquietud de otro disgusto lejano, en una Corte de Europa. El Ilustre Gachupín era en el estrado, con el jipi y los guantes sobre la repisa de la botarga: Bombón y badulaque, tendida la mano, en el salir de la penumbra dorada se detuvo, fulminado por el ladrido del faldero que, arisco y mimoso, sacaba el agudo flautín entre las zancas de Su Excelencia:

—No quiere reconocerme por amigo.

Don Celes, como en un pésame, estrechó largamente la mano del carcamal, que le animó con gesto de benévola indiferencia:

—¡Querido Celes, trae usted cara de grandes sucesos!

—Estoy, mi querido amigo, verdaderamente atribulado.

El Barón de Benicarlés le interrogó con una mueca de suripanta:

—¿Qué ocurre?

—Querido Mariano, me causa una gran mortificación dar este paso. Créamelo usted. Pero las críticas circunstancias por que atraviesan las finanzas del país me obligan a recoger numerario.

El Ministro de Su Majestad Católica, falso y declamatorio, estrechó las manos del Ilustre Gachupín:

—Celes, es usted el hombre más bueno del mundo. Estoy viendo lo que usted sufre al pedirme su plata. Hoy se me ha revelado su gran corazón. ¿Sabe usted las últimas noticias de España?

—¿Pero hubo paquete?

—Me refiero al cable.

—¿Hay cambio político?

—El Posibilismo en Palacio.

—¿De veras? No me sorprende. Eran mis noticias, pero los sucesos han debido anticiparse.

—Celes, usted será Ministro de Hacienda. Acuérdese usted de este desterrado y venga un abrazo.

—¡Querido Mariano!

—¡Qué digna coronación de su vida, Celestino!

Falso y confidencial, hizo sentar en el sofá al orondo ricacho, y, sacando la cadera, cotorrón, tomó asiento a su lado. La botarga del gachupín se inflaba complacida. Emilio le llamaría por cable. ¡La Madre Patria! Se sintió con una conciencia difusa de nuevas obligaciones, una respetabilidad adiposa de personaje. Experimentaba la extraña sensación de que su sombra creciese desmesuradamente, mientras el cuerpo se achicaba. Enternecíase. Le sonaban eufónicamente escandidas palabras —Sacerdocio, Ponencia, Parlamento, Holocausto.— Y adoptaba un lema: ¡Todo por mi Patria! Aquella matrona entrada en carnes, corona, rodela y estoque, le conmovía como dama de tablas que corta el verso en la tramoya de candilejas, bambalinas y telones. Don Celes sentíase revestido de sagradas ínfulas y desplegaba petulante la curva de su destino con casaca bordada, como el pavo real la fábula de su cola. Fatuas imágenes y suspicacias de negociante compendiaban sus larvados arabescos en fugas colmadas de resonancias. El Ilustre Gachupín temía la mengua de sus lucros, si trocaba la explotación de cholos y morenos por el servicio de la Madre Patria: Se tocó el pecho y sacó la cartera:

—¡Querido Mariano, real y verdaderamente, en las circunstancias por que atraviesa este país, con la incertidumbre y poca fijeza de sus finanzas, me representa un grave quebranto la radicación en España! ¡Usted me conoce, usted sabe todo lo que me violenta apremiarle, usted, dándose cuenta de mi buena voluntad, no me creará una situación embarazosa!…

El Barón de Benicarlés, con apagada sonrisa, tiraba de las orejas a Merlín:

—¡Carísimo Celestino, pero si está usted haciendo mi rol! Sus disculpas,

todas sus palabras, las hago mías. No es a usted a quien corresponde hablar así. ¡Carísimo Celestino, no me amenace usted con la cartera, que me da más miedo que una pistola! Guárdesela para que sigamos hablando. Tengo en venta una masía en Alicante. ¿Por qué no se decide usted y me la compra? Sería un espléndido regalo para su amigo el elocuente tribuno. Decídase usted, que se la doy barata.

Don Celes Galindo entornaba los ojos, abierta una sonrisa de oráculo entre las patillas de canela.

V

EL Ilustre Gachupín extravagaba por los más encumbrados limbos la voluta del pensamiento: Investido de conciencia histórica, pomposo, apesadumbrado, discernía como un deshonor rojo y gualda el epistolario del Ministro de Su Majestad Católica al Currito de Sevilla.—¡Aberraciones!—Y subitánea, en un silo de sombra taciturna, atisbo la mueca de Tirano Banderas.—¡Aberraciones!—El verde mohín trituraba las letras. Y Don Celes, con mentales votos de hijo predilecto, ofrecía el sonrojo de su calva panzona en holocausto de la Madre Patria. El impulso de imponerle un parche en las vergüenzas le inundó generoso, calde, con el pulso entusiasta de la onda sanguínea en los brindis y aniversarios nacionales. La botarga del ricacho era una boya de ecos magnánimos. El Barón, de media anqueta en el sofá, cristalizaba los ambiguos caramelos de una sonrisa protocolaria. Don Celestino le tendió la mano condolido, piadoso, tal como su lienzo en el Vía Crucis la María Verónica:

—Yo he vivido mucho. Cuando se ha vivido mucho, se adquiere cierta filosofía para considerar las acciones humanas. Usted me comprende, querido Mariano.

—Todavía no.

El Barón de Benicarlés limitaba el azul horizonte de los ojos huevones, entornando los párpados. Don Celes cambió toda la cara en un gran gesto abismado y confidencial:

—Ayer la policía, en mi opinión propasándose, ha efectuado la detención de un súbdito español, y practicado un registro en sus petacas… Ya digo, en mi opinión, extralimitándose.

El carcamal diplomático asintió con melindre displicente:

—Acabo de enterarme. Me ha visitado con ese mismo duelo Currito Mi-Alma.

El Ministro de Su Majestad Católica sonreía, y sobre la crasa rasura, el colorete, abriéndose en grietas, tenía un sarcasmo de careta chafada. Se consternó Don Celes:

—Mariano, es asunto muy grave. Precisa que, puestos de acuerdo, lo silenciemos.

—¡Carísimo Celestino, es usted una virgen inocente! Todo eso carece de importancia.

En la liviana contracción de su máscara, el colorete seguía abriéndose, con nuevas roturas. Don Celes acentuaba su gesto confidencial:

—Querido Mariano, mi deber es prevenirle. Esas cartas están en poder del General Banderas. Acaso violo un secreto político, pero usted, su amistad, y la Patria… ¡Querido Mariano, no podemos, no debemos olvidarnos de la Patria! Esas cartas actúan en poder del General Banderas.

—Me satisface la noticia. El Señor Presidente es bien seguro que sabrá guardarlas.

El Barón de Benicarlés acogíase en una actitud sibilina de hierofante en sabias perversidades. Insistía Don Celes, un poco captado por aquel tono:

—Querido Mariano, ya he dicho que no juzgo de esas cartas, pero mi deber es prevenirle.

—Y se lo agradezco. Usted, ilustre amigo, se deja arrebatar de la imaginación. Crea usted que esas cartas no tienen la más pequeña importancia.

—Me alegraría que así fuese. Pero temo un escándalo, querido Mariano.

—¿Puede ser tanta la incultura de este medio social? Sería perfectamente ridículo.

Don Celes se avino, marcando con un gesto su avenencia:

—Indudablemente, pero hay que silenciar el escándalo.

El Barón de Benicarlés entornaba los ojos, relamido de desdenes:

—¡Un devaneo! Ese Currito le confieso a usted que me ha tenido interesado. ¿Usted le conoce? ¡Vale la pena!

Hablaba con tan amable sonrisa, con un matiz británico de tan elegante indiferencia, que el asombrado gachupín no tuvo ánimos para sacar del fuelle los grandes gestos. Fallidos todos, murmuró, jugando con los guantes:

—No, no le conozco. Mariano, mi consejo es que debe usted tener amigo al General.

—¿Cree usted que no lo sea?

—Creo que debe usted verle.

—Eso, sí, no dejaré de hacerlo.

—Mariano, hágalo usted, se lo ruego, en nombre de la Madre Patria. Por ella, por la Colonia. Ya usted conoce sus componentes, gente inculta, sin complicaciones, sin cultura. Si el cable comunica alguna novedad política…

—Le tendré a usted al corriente, y repito mi enhorabuena. Es usted un grande hombre plutarquiano. Adiós, querido Celes.

—Vea usted al Presidente.

—Le veré esta tarde.

—Con esa promesa me retiro satisfecho.

VI

CURRITO Mi-Alma salió rompiendo cortinas y, por decirlo en su verba, más postinero que un ocho:

—¡Has estado pero que muy buena, Isabelita!

El Barón de Benicarlés le detuvo con áulico aspaviento, la estampa fondona y gallota, toda conmovida:

—¡Me parece una inconveniencia ese espionaje!

—¡Mírame este ojo!

—Muy seriamente.

—¡No seas panoli!

Los cedros y los mirtos del jardín trascendían remansadas penumbras de verdes acuarios a los estores del salón, apenas ondulados por la brisa perfumada de nardos. El Jardín de la Virreina era una galante geometría de fuentes y mirtos, estanques y ordenados senderos: Inmóviles cláusulas de negros espejos pautaban los estanques, entre columnatas de cipreses. El Ministro de Su Majestad Católica, con un destello de orgullo en el azul porcelana de las pupilas, volvió la espalda al rufo, y recluyéndose en el calino mirador colonial, se incrustaba el monóculo bajo la ceja. Trepaban del jardín verdes de una enredadera, y era detrás de los cristales toda la sombra verde del jardín. El Barón de Benicarlés apoyó la frente en la vidriera: Elefantona, atildada, botanizante, la figura dibujaba un gran gesto preocupado. El Curro y Merlín, cada cual desde su esquina, le contemplaban sumido en la luz acuaria del mirador, en la curva

rotunda, labrada de olorosas maderas, con una evocación de lacas orientales y borbónicas, de minué bailado por visorreyes y Princesas Flor de Almendro. El Curro rompió el encanto escupiendo, marchoso, por el colmillo:

—¡Isabelita, prenda, así te despeines, o te subas el moño para menda lo mismo que la Biblia del Padre Camila! Isabelita, hay que mover los pinreles y darse la lengua con Tirano Banderas.

—¡Canalla!

—Isabelita, evitémonos un solfeo.

LIBRO TERCERO

LA NOTA

I

EL Excelentísimo Señor Ministro de España había pedido el coche para las seis y media. El Barón de Benicarlés, perfumado, maquillado, decorado, vestido con afeminada elegancia, dejó sobre una consola el jipi, el junco y los guantes: Haciéndose lugar en el corsé con un movimiento de cintura, volvió sobre sus pasos, y entró en la recámara: Alzose una pernera, con mimo de no arrugarla, y se aplicó una inyección de morfina. Estirando la zanca con leve cojera, volvió a la consola y se puso, frente al espejo, el sombrero y los guantes. Los ojos huevones, la boca fatigada, diseñaban en fluctuantes signos los toboganes del pensamiento. Al calzarse los guantes, veía los guantes amarillos de Don Celes. Y, de repente, otras imágenes saltaron en su memoria, con abigarrada palpitación de sueltos toretes en un redondel. Entre ángulos y roturas gramaticales, algunas palabras se encadenaban con vigor epigráfico: —Desecho de tienta. Cría de Guisando. ¡Graníticos!— Sobre este trampolín, un salto mortal, y el pensamiento quedaba en una suspensión ingrávida, gaseado: ¡Don Celes! ¡Asno divertido! ¡Magnífico! El pensamiento, diluyéndose en una vaga emoción jocosa, se trasmudaba en sucesivas intuiciones plásticas de un vigoroso grafismo mental, y una lógica absurda de sueño. Don Celes, con albarda muy gaitera, hacía monadas en la pista de un circo. Era realmente el orondo gachupín. ¡Qué toninada! Castelar le había hecho creer que cuando gobernase lo llamaría para Ministro de Hacienda.

El Barón se apartó de la consola, cruzó el estrado y la galería, dio una orden

a su ayuda de cámara, bajó la escalera. Le inundó el tumulto luminoso del arroyo. El coche llegaba rozando el azoguejo. El cochero inflaba la cara teniendo los caballos. El lacayo estaba a la portezuela, inmovilizado en el saludo: Las imágenes tenían un valor aislado y extático, un relieve lívido y cruel, bajo el celaje de cirrus, dominado por media luna verde. El Ministro de España, apoyando el pie en el estribo, diseñaba su pensamiento con claras palabras mentales: —Si surge una fórmula, no puedo singularizarme, cubrirme de ridículo por cuatro abarroteros. ¡Absurdo arrostrar el entredicho del Cuerpo Diplomático! ¡Absurdo!— Rodaba el coche. El Barón, maquinalmente, se llevó la mano al sombrero. Luego pensó: —Me han saludado. ¿Quién era? Con un esguince anguloso y oblicuo vio la calle tumultuosa de luces y músicas. Banderas españolas decoraban sobre pulperías y casas de empeño. Con otro esguince le acudió el recuerdo de una fiesta avinatada y cerril, en el Casino Español. Luego, por rápidos toboganes de sombra, descendía a un remanso de la conciencia, donde gustaba la sensación refinada y tediosa de su aislamiento. En aquella sima, números de una gramática rota y llena de ángulos, volvían a inscribir los poliedros del pensamiento, volvían las cláusulas acrobáticas encadenadas por ocultos nexos. —Que me destinen al Centro de África. Donde no haya Colonia Española… ¡Vaya, Don Celes! ¡Grotesco personaje!… ¡Qué idea la de Castelar!… Estuve poco humano. Casi me pesa. Una broma pesada… Pero ese no venía sin los pagarés. Estuvo bien haberle parado en seco. ¡Un quiebro oportuno! Y la deuda debe de subir un pico… Es molesto. Es denigrante. Son irrisorios los sueldos de la Carrera. Irrisorios los viáticos.

II

EL coche, bamboleando, entraba por la Rinconada de Madres. Corrían gallos. El espectáculo se proyectaba sobre un silencio tenso, cortado por ráfagas de popular algazara. El Barón alzó el monóculo para mirar a la plebe, y lo dejó caer. Con una proyección literaria, por un nexo de contrarios, recordó su vida en las Cortes Europeas. Le acarició un cefirillo de azahares. Rozaba el coche las tapias de un huerto de monjas. El cielo tenía una luz verde, como algunos cielos del Veronés: La luna, como en todas partes, un halo de versos italianos, ingleses y franceses. Y el carcamal diplomático, sobre la reminiscencia pesimista y sutil de su nostalgia, triangulaba difusos, confusos plurales

pensamientos. —¡Explicaciones! ¿Para qué? Cabezas de berroqueña.— Por sucesivas derivaciones, en una teoría de imágenes, y palabras cargadas de significación, como palabras cabalísticas, intuyó el ensueño de un viaje por países exóticos. Recaló en su colección de marfiles. El ídolo panzudo y risueño, que ríe con la panza desnuda, se parece a Don Celes. Otra vez los poliedros del pensamiento se inscriben en palabras: —Va a dolerme dejar el país. Me llevo muchos recuerdos. Amistades muy gentiles. Me ha dado miel y acíbar. La vida, igual en todas partes… Los hombres valen más que las mujeres. Sucede como en Lisboa. Entre los jóvenes hay verdaderos Apolos… Es posible que me acompañe ya siempre la nostalgia de estos climas tropicales. ¡Hay una palpitación del desnudo!— El coche rodaba. Portalitos de Jesús, Plaza de Armas, Monotombo, Rinconada de Madres, tenían una luminosa palpitación de talabartería, filigranas de plata, ruedas de facones, tableros de suertes, vidrios en sartales.

III

FRENTE a la Legación Inglesa había un guiñol de mitote y puñales. El coche llegaba rozando la acera. El cochero inflaba la cara reteniendo los caballos. El lacayo estaba en la portezuela, inmovilizado en un saludo. El Barón, al apearse, distinguió vagamente a una mujer con rebocillo: Abría la negra tenaza de los brazos, acaso le requería. Se borró la imagen. Acaso la vieja luchaba por llegar al coche. El Barón, deteniéndose un momento en el estribo, esparcía los ojos sobre la fiesta de la Rinconada. Entró en la Legación. Un momento creyó que le llamaban, indudablemente le llamaban. Pero no pudo volver la cabeza: Dos Ministros, dos oráculos del protocolo, le retenían con un saludo, levantándose al mismo tiempo los sombreros: Estaban en el primer peldaño de la escalera, bajo la araña destellante de luces, ante el espejo que proyectaba las figuras con una geometría oblicua y disparatada. El Barón de Benicarlés respondía quitándose a su vez el sombrero, distraído, alejado el pensamiento. La vieja, los brazos como tenazas bajo el rebocillo, iniciaba su imagen. Pasó también perdido bajo el recuerdo el eco de su propio nombre, la voz que acaso le llamaba. Maquinalmente sonrió a las dos figuras, en su espera bajo la araña fulgurante. Cambiando cortesías y frases amables, subió la escalera entre los Ministros de Chile y del Brasil. Murmuró engordando las erres con una fuga de nasales amables y protocolarias:

—Creo que nosotros estamos los primeros.

Se miró los pies con la vaga inquietud de llevar recogida una pierna del pantalón. Sentía la picadura de la morfina. Se le aflojaba una liga. ¡Catastrófico! ¡Y el Ministro del Brasil se había puesto los guantes amarillos de Don Celes!

IV

EL Decano del Cuerpo Diplomático —Sir Jonnes H. Scott, Ministro de la Graciosa Majestad Británica— exprimía sus escrúpulos puritanos en un francés lacio, orquestado de haches aspiradas. Era pequeño y tripudo, con un vientre jovial y una gran calva de patriarca: Tenía el rostro encendido de bermejo cándido, y una punta de maliciosa suspicacia en el azul de los ojos, aún matinales de juegos e infancias:

—Inglaterra ha manifestado en diferentes actuaciones el disgusto con que mira el incumplimiento de las más elementales Leyes de Guerra. Inglaterra no puede asistir indiferente al fusilamiento de prisioneros, hecho con violación de todas las normas y conciertos entre pueblos civilizados.

La Diplomacia Latino-Americana concertaba un aprobatorio murmullo, amueblando el silencio cada vez que humedecía los labios en el refresco de brandy-soda el Honorable Sir Jonnes H. Scott. El Ministro de España, distraído en un *flirt* sentimental, paraba los ojos sobre el Ministro del Ecuador, Doctor Aníbal Roncalí.—Un criollo muy cargado de electricidad, rizos prietos, ojos ardientes, figura gentil, con cierta emoción fina y endrina de sombra chinesca.— El Ministro de Alemania, Von Estrug, cambiaba en voz baja alguna interminable palabra tudesca con el Conde Chrispi, Ministro de Austria. El Representante de Francia engallaba la cabeza, con falsa atención, media cara en el reflejo del monóculo. Se enjugaba los labios y proseguía el Honorable Sir Jonnes:

—Un sentimiento cristiano de solidaridad humana nos ofrece a todos el mismo cáliz para comulgar en una acción conjunta y recabar el cumplimiento de la legislación internacional al respecto de las vidas y canje de prisioneros. El Gobierno de la República, sin duda, no desoirá las indicaciones del Cuerpo Diplomático. El Representante de Inglaterra tiene trazada su norma de conducta, pero tiene al mismo tiempo un particular interés en oír la opinión del Cuerpo Diplomático: Señores Ministros, este es el objeto de la reunión. Les presento mis mejores excusas, pero he creído un deber convocarles, como decano.

La Diplomacia Latino-Americana prolongaba su blando rumor de eses laudatorias, felicitando al Representante de Su Graciosa Majestad Británica. El Ministro del Brasil, figura redonda, azabachada, expresión asiática de mandarín o de bonzo, tomó la palabra, acordando sus sentimientos a los del Honorable Sir Jonnes H. Scott. Accionaba levantando los guantes en ovillejo. El Barón de Benicarlés sentía una profunda contrariedad: El revuelo de los guantes amarillos le estorbaba el flirteo: Dejó su asiento, y con una sonrisa mundana, se acercó al Ministro Ecuatoriano:

—El colega brasileño se ha venido con unas terribles lubas de canario.

Explicó el Primer Secretario de la Legación Francesa, que actuaba de Ministro:

—Son crema. El último grito en la Corte de Saint James.

El Barón de Benicarlés evocó con cierta irónica admiración el recuerdo de Don Celes. El Ministro del Ecuador, que se había puesto en pie, agitados los rizos de ébano, hablaba verboso. El Barón de Benicarlés, gran observante del protocolo, tenía una sonrisa de sufrimiento y simpatía ante aquella gesticulación y aquel raudal de metáforas. El Doctor Aníbal Roncalí proponía que los diplomáticos hispano-americanos celebrasen una reunión previa bajo la presidencia del Ministro de España: Las águilas jóvenes, que tendían las alas para el heroico vuelo, agrupadas en torno del águila materna. La Diplomacia Latino-Americana manifestó su conformidad con murmullos. El Barón de Benicarlés se inclinó: Agradecía el honor en nombre de la Madre Patria. Después, estrechando la mano prieta del ecuatoriano, entre sus manos de odalisca, explicó dengoso, la cabeza sobre el hombro, un almíbar de monja la sonrisa, un derretimiento de camastrón la mirada:

—¡Querido colega, solo acepto viniendo usted a mi lado como Secretario!

El Doctor Aníbal Roncalí experimentó un vivo deseo de libertarse la mano que insistentemente le retenía el Ministro de España: Se inquietaba con una repugnancia asustadiza y pueril: Recordó la vieja pintada que le llamaba desde una esquina, cuando iba al Liceo. ¡Aquella vieja terrible, insistente como un tema de gramática! Y el carcamal, reteniéndole la mano, parecía que fuese a sepultarla en el pecho: Hablaba ponderativo, extasiando los ojos con un cinismo turbador. El Ministro Ecuatoriano hizo un esfuerzo y se soltó:

—Un momento, Señor Ministro. Tengo que saludar a Sir Scott.

El Barón de Benicarlés se enderezó, poniéndose el monóculo:

—Me debe usted una palabra, querido colega.

El Doctor Aníbal Roncalí asintió, agitando los rizos, y se alejó con una extraña sensación en la espalda, como si oyese el siseo de aquella vieja pintada, cuando iba a las aulas del Liceo: Entró en el corro, donde recibía felicitaciones el evangélico Plenipotenciario de Inglaterra. El Barón, erguido, sintiéndose el corsé, ondulando las caderas, se acercó al Embajador de Norteamérica. Y el flujo de acciones extravagantes al núcleo que ofrecía incienso a la diplomacia británica, atrajo al formidable Von Estrúg, Representante del Imperio Alemán. Satélite de su órbita, era el azafranado Conde Chrispi, Representante del Imperio Austro-Húngaro. Habló confidencial el yanqui:

—El Honorable Sir Jonnes Scott ha expresado elocuentemente los sentimientos humanitarios que animan al Cuerpo Diplomático. Indudablemente. ¿Pero puede ser justificativo para intervenir, siquiera sea aconsejando, en la política interior de la República? La República, sin duda, sufre una profunda conmoción revolucionaria, y la represión ha de ser concordante. Nosotros presenciamos las ejecuciones, sentimos el ruido de las descargas, nos tapamos los oídos, cerramos los ojos, hablamos de aconsejar… Señores, somos harto sentimentales. El Gobierno del General Banderas, responsable y con elementos suficientes de juicio, estimará necesario todo el rigor. ¿Puede el Cuerpo Diplomático aconsejar en estas circunstancias?

El Ministro de Alemania, semita de casta, enriquecido en las regiones bolivianas del caucho, asentía con impertinencia políglota, en español, en inglés, en tudesco. El Conde Chrispi, severo y calvo, también asentía, rozando con un francés muy puro su bigote de azafrán. El Representante de Su Majestad Católica fluctuaba. Los tres diplomáticos, el yanqui, el alemán, el austríaco, ensayando el terceto de su mutua discrepancia, poníanle sobre los hilos una intriga, y experimentaba un dolor sincero, reconociendo que en aquel mundo, su mundo, todas las cábalas se hacían sin contar con el Ministro de España. El Honorable Sir Jonnes H. Scott había vuelto a tomar la palabra:

—Séame permitido rogar a mis amables colegas de querer ocupar sus puestos.

Los discretos conciliábulos se dispersaban. Los Señores Ministros, al sentarse, inclinándose, hablándose en voz baja, producían un apagado murmullo babélico. Sir Scott, con palabra escrupulosa de conciencia puritana, volvía a ofrecer el cáliz colmado de sentimientos humanitarios, al Honorable Cuerpo Diplomático. Tras prolija discusión se redactó una nota. La firmaban veintisiete Naciones. Fue un acto trascendental. El suceso, troquelado con el estilo

epigráfico y lacónico del cable, rodó por los grandes periódicos del mundo: — Santa Fe de Tierra Firme. El Honorable Cuerpo Diplomático acordó la presentación de una Nota al Gobierno de la República. La Nota, a la cual se atribuye gran importancia, aconseja el cierre de los expendios de bebidas y exige el refuerzo de guardias en las Legaciones y Bancos Extranjeros.

SÉPTIMA PARTE

LA MUECA VERDE

LIBRO PRIMERO

Recreos del Tirano

I

GENERALITO Banderas metía el tejuelo por la boca de la rana. Doña Lupita, muy peripuesta de anillos y collares, presidía el juego sentada entre el anafre del café y el metate de las tortillas, bajo un rayado parasol, en los círculos de un ruedo de colores:

—¡Rana!

II

¡CUÁ! ¡Cuá!

Nachito, adulón y ramplón, asistía en la rueda de compadritos, por maligna humorada del Tirano. La mueca verde remejía los venenos de una befa aún soturna y larvada en los repliegues del ánimo: Diseñaba la vírgula de un sarcasmo hipocondríaco:

—Licenciado Veguillas, en la próxima tirada va usted a ser mi socio. Procure mostrarse a la altura de su reputación, y no chingarla. ¡Ya está usted como un bejuco temblando! ¡Pero qué flojo se ha vuelto, valedor! Un vasito de limón le caerá muy bueno. Licenciado, si no serena los pulsos perderá su buena reputación. ¡No se arrugue, Licenciado! El refresquito de limón es muy provechoso para los pasmos del ánimo. Signifíquese, no más, con la vieja rabona, y brinde a los amigos la convidada: Despídase rumboso y le rezaremos

cuando estire el zancajo.

Nachito suspiraba meciéndose sobre el pando compás de las piernas, rubicundo, inflada la carota de lágrimas:

—¡La sílfide mundana me ha suicidado!

—No divague.

—¡Generalito, me condena un juego ilusorio de las Ánimas Benditas! ¡Apelo de mi martirio! ¡Una esperanza! ¡Una esperanza no más! En el médano más desamparado da sus flores el rosal de la esperanza. No vive el hombre sin esperanza. El pájaro tiene esperanza, y canta aunque la rama cruja, porque sabe lo que son sus alas. El rayo de la aurora tiene esperanza. ¡Mi Generalito, todos los seres se decoran con el verde manto de la Deidad! ¡Canta su voz en todos los seres! ¡El rayo de su mirada se sume hasta el fondo de las cárceles! ¡Consuela al sentenciado en capilla! ¡Le ofrece la promesa de ser indultado por los Poderes Públicos!

Niño Santos extraía de su levitón el pañuelo de dómine y se lo pasaba por la calavera:

—¡Chac! ¡Chac! Una síntesis ha hecho, muy elocuente, Licenciadito. El Doctor Sánchez Ocaña le ha dado, sin duda, sus lecciones, en Santa Mónica. ¡Chac! ¡Chac!

Hacían bulla los compadres, celebrando el rejo maligno del Tirano.

III

DOÑA Lupita, achamizada, zalamera, servía en un rayo de sol, el iris de los refrescos. Niño Santos, alternativamente, ponía los labios en el vidrio de limón y fisgaba a la comadreja, sartas de corales, mieles de esclava, sonrisa de Oriente:

—¡Chac! ¡Chac! Doña Lupita, me está pareciendo que tenés vos la nariz de la Reina Cleopatra. Por mero la cachiza de cuatro copas, un puro trastorno habéis vos traído a la República. Enredáis vos más que el honorable Cuerpo Diplomático. ¿Cuántas copas os había quebrado el Coronel de la Gándara? ¡Doña Lupita, por menos de un boliviano me lo habéis puesto en la bola revolucionaria! No hacía más la nariz de la Reina Faraona. Doña Lupita, la deuda de justicia que vos me habés reclamado ha sido una madeja de circunstancias fatales: Es causa primordial en la actuación rebelde del Coronel

de la Gándara: Ha puesto en Santa Mónica al chamaco de Doña Rosa Pintado: Cucarachita la Taracena reclama contra la clausura de su lenocinio, y tenemos pendiente una nota del Ministro de Su Majestad Católica. ¡Pueden romperse las relaciones con la Madre Patria! ¡Y vos, mi vieja, ahí os estás, sin la menor conturbación por tantas catástrofes! Finalmente, cuatro copas de vuestra mesilla, un peso papel, menos que nada, me han puesto en el trance de renunciar a los conciertos batracios del Licenciadito Veguillas.

—¡Cuá! ¡Cuá!

Nachito, por congraciarse hostigaba la befa, mimando el canto y el compás saltarín de la rana. Con cuáqueros vinagres le apostrofó el Tirano:

—No haga el bufón, Señor Licenciado. Estos buenos amigos que van a juzgarle, no se dejarán influenciar por sus macanas: Espíritus cultivados, el que menos, ha visto funcionar los Parlamentos de la Vieja Europa.

—¡Juvenal y Quevedo!

El Ilustre Gachupín se acariciaba las patillas de canela, rotunda la botarga, inflado el papo de aduladores énfasis. Se santiguaba la vieja rabona:

—¡Virgen de mi Nombre, la jugó Patillas!

—¡Pues hizo saque!

—¡De salir siempre tan enredada la madeja del mundo, no se libraba ni el más santo de verse en el Infierno!

—Una buena sentencia, Doña Lupita. ¿Pero su alma no siente el sobresalto de haber concitado el tumulto de tantas acciones, de tantos vitales relámpagos?

—¡Mi jefecito, no me asombre!

—¡Doña Lupita, no temblás vos ante el problema de nuestras eternas responsabilidades?

—¡Entre mí estoy rezando!

IV

RECALABA sobre el camino la mirada Tirano Banderas:

—¡Chac! ¡Chac! El que tenga de ustedes mejor vista, sírvase documentarme y decirme qué tropa es aquella. ¿El jinete charro que viene delante no es el ameritado Don Roque Cepeda?

Don Roque, con una escolta de cuatro indios caballerangos, se detenía al otro lado del seto, sobre el camino, al pie de la talanquera. La frente tostada, el áureo

sombrero en la mano, el potro cubierto de platas, daban a la figura del jinete, en las luces del ocaso, un prestigio de santoral románico. Tirano Banderas, con cuáquera mesura, hacía la farsa del acogimiento:

—¡Muy feliz de verle por estos pagos! A Santos Banderas le correspondía la obligación de entrevistarle. ¿Mi Señor Don Roque, por qué se ha molestado? Era este servidor quien estaba en el débito de acudir a su casa y darle excusas con todo el Gobierno. A este propósito ha sido el enviarle uno de mis ayudantes, suplicándole audiencia. Y usted, no más, extremando la cortesía, que se molesta, cuando el obligado era Santos Banderas.

Abría los brazos con encomio amistoso el Tirano. Apeábase Don Roque. Largas y confidenciales palabras tuvieron en el banco miradero de los frailes, frente al recalmado mar ecuatorial, con caminos de sol sobre el vasto incendio del poniente:

—¡Chac! ¡Chac! Muy feliz de verle.

—Señor Presidente, no he querido ausentarme para la campaña sin pasar a visitarle. Al acto de cortesía se suma mi sentimiento de amor a la República. He recibido la visita de su ayudante, Señor Presidente, y recién la de mi antiguo compañero Lauro Méndez, Secretario de Relaciones. He actuado en consecuencia de la plática que tuvimos, y de la cual supongo enterado al Señor Presidente.

—El Señor Secretario ha hecho mal si no le dijo que obedecía mis indicaciones. Me gusta la franqueza. Amigo Don Roque, la independencia nacional corre un momento de peligro, asaltada por todas las codicias extranjeras. El Honorable Cuerpo Diplomático —una ladronera de intereses coloniales— nos combate de flanco con notas chicaneras que divulga el cable. La Diplomacia tiene sus agencias de difamación, y hoy las emplea contra la República de Santa Fe. El caucho, las minas, el petróleo, despiertan las codicias del yanqui y del europeo. Preveo horas de suprema angustia para todos los espíritus patriotas. Acaso nos amenaza una intervención militar, y a fin de proponer a usted una tregua solicitaba su audiencia. ¡Chac! ¡Chac!

Repetía Don Roque:

—¿Una tregua?

—Una tregua hasta que se resuelva el conflicto internacional. Fije usted sus condiciones. Yo comienzo por ofrecerle una amplia amnistía para todos los presos políticos que no hayan hecho armas.

Don Roque murmuró:

—La amnistía es un acto de justicia que aplaudo sin reservas. ¿Pero cuántos no han sido acusados injustamente de conspiración?

—A todos alcanzará el indulto.

—¿Y la propaganda electoral, será verdaderamente libre? ¿No se verá coaccionada por los agentes políticos del Gobierno?

—Libre y salvaguardada por las leyes. ¿Puedo decirle más? Deseo la pacificación del país, y le brindo con ella. Santos Banderas no es el ambicioso vulgar que motejan en los círculos disidentes. Yo solo amo el bien de la República. El día más feliz de mi vida será aquel en que, oscurecido, vuelva a mi predio, como Cincinato. En suma, usted, sus amigos, recobran la libertad, el pleno ejercicio de sus derechos civiles: Pero usted, hombre leal, espíritu patriota, trabajará por derivar la revolución a los cauces de la legalidad. Entonces, si en la lucha el pueblo le otorga sus sufragios, yo seré el primero en acatar la voluntad soberana de la Nación. Don Roque, admiro su ideal humanitario y siento el acíbar de no poder compartir tan consolador optimismo. ¡Es mi tragedia de gobernante! Usted, criollo de la mejor prosapia, reniega del criollismo. Yo en cambio, indio por las cuatro ramas, descreo de las virtudes y capacidades de mi raza. Usted se me representa como un iluminado, su fe en los destinos de la familia indígena me rememora al Padre Las Casas. Quiere usted aventar las sombras que han echado sobre el alma del indio trescientos años de régimen colonial. ¡Admirable propósito! Que usted lo consiga es el mayor deseo de Santos Banderas. Don Roque, pasadas las actuales circunstancias, vénzame, aniquíleme, muéstreme con una victoria —que seré el primero en celebrar— todas las dormidas potencialidades de mi raza. Su triunfo, apartada mi derrota ocasional, sería el triunfo de la gravitación permanente del indio en los destinos de la Historia Patria. Don Roque, active su propaganda, logre el milagro, dentro de las leyes, y crea que seré el primero en celebrarlo. Don Roque, le agradezco que me haya escuchado y le ruego que me puntualice sus objeciones con toda franqueza. No quiero que ahora se comprometa con una palabra que acaso luego no pudiera cumplir. Consulte a los conspicuos de su facción y ofrézcales el ramo de oliva en nombre de Santos Banderas.

Don Roque le miraba con honrada y apacible expresión, tan ingenua que descubría las sospechas del ánimo:

—¡Una tregua!

—Una tregua. La unión sagrada. Don Roque, salvemos la independencia de la Patria.

Tirano Banderas abría los brazos con patético gesto. Llegaba, cortado en ráfagas, el choteo de los compadritos, que en el fondo crepuscular de la campa, se divertían con befas y chuelas al Licenciado Veguillas.

V

DON Roque, trotando por el camino, saludaba de lejos con el pañuelo. Niño Santos, asomado a la talanquera, respondía con la castora. Caballo y jinete ya iban ocultos por los altos maizales, y aún sobresalía el brazo con el blanco saludo del pañuelo:

—¡Chac! ¡Chac! ¡Una paloma!

La momia alargaba humorística el veneno de su mueca y miraba a la vieja rabona, que en los círculos del ruedo, entre el anafre del café y el metate de las tortillas, pasaba las cuentas del rosario, sobrecogida, estremecida en el terror de una noche sagrada. Se alzó a una seña del Tirano:

—Mi Generalito, los enredos del mundo meten al más santo en las Calderas del Infierno.

—Mi vieja, vos tendrés que amputar la nariz de Cleopatra.

—Si con ello arreglase el mundo, ñata me quedaba esta noche mesma.

—Un zafarrancho de cuatro copas en vuestra mesilla, ha sacado una baza de Lucifer. ¡Vea, no más, a este filarmónico amigo en desgracia, acusado de traición! ¡Posiblemente le caerá sentencia de muerte!

—¿Y la culpa de mi tajamar?

—Ese problema se lo habrán de proponer los futuros historiadores. Licenciado Veguillas, despídase de la vieja rabona y otórguele su perdón: Manifieste su ánimo generoso: Revístase la clámide, y asombre a estos amigos que le ven chuela, con un gesto magnánimo.

—¡Juvenal y Quevedo!

La momia miró al gachupín con avinagrado sarcasmo:

—Ilustre Don Telesforo, usted ocasionará que me saquen alguna chufla. Ni Quevedo ni Juvenal: Santos Banderas: Una figura en el continente del Sur. ¡Chac! ¡Chac!

LIBRO SEGUNDO

LA TERRAZA DEL CLUB

I

EL Doctor Carlos Esparza, Ministro del Uruguay, oía con gesto burlón y mundano las confidencias de su caro colega el Doctor Aníbal Roncalí, Ministro del Ecuador. Cenaban en el Círculo de Armas:

—Me ha creado una situación enojosa el Barón de Benicarlés. Digá vos, no más, que tengo muy brillantes ejecutorias de macho para temer murmuraciones, pero no dejan de ser molestas esas actitudes del Ministro de España. ¡Qué sonrisas! ¡Qué miradas, amigo!

—¡Che! Una pasión.

El Doctor Carlos Esparza, rubio, miope, elegante, se incrustaba en la órbita el monóculo de concha rubia. El Doctor Aníbal Roncalí le miró entre quejoso y risueño:

—Vos estás de chirigota.

El Ministro del Uruguay se disculpó con un aspaviento burlón:

—Aníbal, te veo próximo a dejar la capa entre las manos del Barón de Benicarlés. ¡Y eso puede aparejar un conflicto diplomático, y hasta una reclamación de la Madre Patria!

El Ministro del Ecuador hizo un gesto de impaciencia, acentuado por el revuelo de los rizos:

—¡Sigue el choteo!

—¿Qué pensás vos hacer?

—No lo sé.

—¿Sin duda no aceptar el puesto de secretario para colaborar en la gran empresa que tan elocuentemente tenés vos expuesto esta noche?

—Indudablemente.

—¡Por una meticulosidad!…

—No jugués vos del vocablo.

—Sin juego. Repito que no te asiste razón suficiente para malograr una aproximación de tan lindas esperanzas. El águila y los aguiluchos que abren las juveniles alas para el heroico vuelo. ¡Has estado muy feliz! ¡Eres un gran lírico!

—No me veás vos chuela, Doctorcito.

—¡Lírico, sentimental, sensitivo, sensible, exclamaba el Cisne de Nicaragua! Por eso no lográs vos separar la actuación diplomática y el *flirt* del Ministro de España.

—Hablemos en serio, Doctorcito. ¿Qué opinión te merece la iniciativa de Sir Jonnes?

—Es un primer avance.

—¿Y qué ulteriores consecuencias le asignás vos a la Nota?

—*¡Qui lo sá!* La Nota puede ser precursora de otras Notas… Ello depende de la actitud que adopte el Presidente. Sir Jonnes, tan cordial, tan evangélico, solo persigue una indemnización de veinte millones para la *Wests The Lymited Compagny*. Una vez más, el florido ramillete de los sentimientos humanitarios esconde un áspid.

—La Nota, indudablemente, es un sondeo. ¿Pero cómo opinás vos, respecto a la actitud del General? ¿Acordará el Gobierno satisfacer la indemnización?

—Nuestra América sigue siendo, desgraciadamente, una Colonia Europea… Pero el Gobierno de Santa Fe, en esta ocasión, posiblemente no se dejará coaccionar: Sabe que el ideario de los revolucionarios está en pugna con los monopolios de las Compañías. Tirano Banderas no morirá de cornada diplomática. Se unen para sostenerlo los egoísmos del criollaje, dueño de la tierra, y las finanzas extranjeras. El Gobierno, llegado el caso, podría legar las indemnizaciones, seguro de que los radicalismos revolucionarios, en ningún momento, merecerán el apoyo de las Cancillerías. Cierto que la emancipación del indio debemos enfocarla como un hecho fatal.—No es cuerdo cerrar los ojos a esa realidad.—Pero reconocer la fatalidad de un hecho, no apareja su inminencia. Fatal es la muerte, y toda nuestra vida se construye en un esfuerzo para alejarla. El Cuerpo Diplomático actúa razonablemente, defendiendo la existencia de los viejos organismos políticos que declinan. Nosotros somos las

muletas de esos valetudinarios crónicos, valetudinarios como aquellos éticos antiguos, que no acababan de morirse.

La brisa ondulaba los estores y el azul telón de la marina se mostraba en un lejos de sombras profundas, encendido de opalinos faros y luces de masteleros.

II

HUMEANDO los tabacos salieron a la terraza los Ministros del Ecuador y del Uruguay. El Ministro del Japón, Tu-Lag-Thi, al verlos, se incorporó en su mecedora de bambú, con un saludo falso y amable, de diplomacia oriental: Saboreaba el moka y tenía las gafas de oro abiertas sobre un periódico inglés. Se acercaron los Ministros Latino-Americanos. Zalemas, sonrisas, empaque farsero, cabezadas de rigodón, apretones de mano, cháchara francesa. El criado, mulato tilingo, atento a los movimientos de la diplomacia, arrastraba dos mecedoras. El Doctor Roncalí, agitando los rizos, se lanzó en un arrebato oratorio, cantando la belleza de la noche, de la luna y del mar. Tu-Lag-Thi, Ministro del Japón, atendía con su oscura mueca premiosa, los labios como dos viras moradas recogidas sobre la albura de los dientes, los ojos oblicuos, recelosos, malignos. El Doctor Esparza insinuó, curioso de novelerías exóticas:

—¡En el Japón, las noches deben ser admirables!

—¡Oh!… ¡Ciertamente! ¡Y esta noche no está falta de cachet japonés!

Tu-Lag-Thi tenía la voz flaca, de pianillos desvencijados, y una movilidad rígida, de muñeco automático, un accionar esquinado, de resorte, una vida interior de alambre en espiral: Sonreía con su mueca amanerada y oscura:

—Queridos colegas, anteriormente no he podido solicitar la opinión de ustedes. ¿Qué importancia conceden ustedes a la Nota?

—¡Es un primer paso!…

El Doctor Esparza daba intención a sus palabras con una sonrisa ambigua, llena de reservas. Insistió el Ministro del Japón:

—Todos lo hemos entendido así. Indudablemente. Un primer paso. ¿Pero cuáles serán los pasos sucesivos? ¿No se romperá el acuerdo del Cuerpo Diplomático? ¿Adónde vamos? El Ministro inglés actúa bajo el imperativo de sus sentimientos humanitarios, pero este generoso impulso acaso se vea cohibido. Las Colonias Extranjeras, sin exclusión de ninguna, representan intereses poco simpatizantes con el ideario de la Revolución. La Colonia

Española, tan numerosa, tan influyente, tan vinculada con el criollaje en sus actividades, en sus sentimientos, en su visión de los problemas sociales, es francamente hostil a la reforma agraria, contenida en el Plan de Zamalpoa. En estos momentos —son mis informes— proyecta un acto que sintetice y afirme sus afinidades con el Gobierno de la República. ¿No ocurrirá que se vea desasistido en su humanitaria actuación el Honorable Sir Scott?

Guiñaba los ojos con miopía inteligente y maliciosa el Doctor Carlos Esparza:

—Querido colega, convengamos en que las relaciones diplomáticas no pueden regirse por las claras normas del Evangelio.

Tu-Lag-Thi repuso con flébiles maullidos:

—El Japón supedita intereses de sus naturales, aquí radicados, a los principios del Derecho de Gentes. Pero en el camino de las confidencias, y aun de las indiscreciones, no he de ocultar mis pesimismos respecto al apoyo moral que presten algunos colegas a los laudables sentimientos del Ministro inglés. Como hombre de honor, no puedo dar crédito a las insinuaciones y malicias de ciertos rotativos, demasiado afectos al Gobierno de la República. ¡La *West Compagny*! ¡Aberrante!

La truculenta palabra final se desgarró, transformada en un chifle de eles y efes, entre la asiática y lipuda sonrisa de Tu-Lag-Thi. El Doctor Aníbal Roncalí se acariciaba el bigote, y a flor de labio, con leve temblor, retocaba una frase sentimental. Se lanzó con aquel tic nervioso que agitaba eréctiles, como rabos de lagartijas, los rizos de su negra cabellera:

—El Doctor Banderas no puede ordenar el cierre de los expendios de bebidas. Si tal hiciese, sobrevendría un motín de la plebe. ¡Estas ferias son las bacanales del cholo y del roto!

III

LLEGABAN ecos de la verbena. Bailaban en ringla las cuerdas de farolillos, a lo largo de la calle. Al final giraba la rueda de un tiovivo. Su grito luminoso, histérico, estridente, hipnotizaba a los gatos sobre el borde de los aleros. La calle tenía súbitos guiños, concertados con el rumor y los ejercicios acrobáticos del viento en las cuerdas de farolillos. A lo lejos, sobre la bruma de estrellas, calcaba el negro perfil de su arquitectura, San Martín de los Mostenses.

LIBRO TERCERO

PASO DE BUFONES

I

TIRANO Banderas, en la ventana, apuntaba su catalejo sobre la Ciudad de Santa Fe:

—¡Están de gusto las luminarias! ¡Pero que muy lindas, amigos!

La rueda de compadres y valedores rodeaba el catalejo y la escalerilla astrológica, con la mueca verde encaramada en el pináculo:

—No puede negársele al pueblo pan y circo. ¡Están pero que muy lindas las luminarias!

De Santa Mónica, el viento del mar, traía los opacos estampidos de una fusilada:

—¡El pueblo, libre de propagandas funestas, es bueno! ¡Y el rigor muy saludable!

La trinca de compadritos, abierta en círculo, tenía la atención pendiente del Tirano.

II

TIRANO Banderas dejó su pináculo, y metiéndose en el círculo de valedores y compadres, sacó de una oreja al Licenciado Veguillas:

—Vamos a oír por última vez su concierto batracio. ¿Cómo tiene la gola? ¿Quiere aclararse la voz con algún gargarismo?

En torno, adulando la befa, reía la trinca, asustada, complaciente y ramplona. Aleló Nachito:

—¿Qué limpieza de notas se le puede pedir a un presunto cadáver?

—Hace mal rehusando amansar con la música a sus jueces. Señores, este amigo entrañable aparece como reo de traición, y de no haberse descubierto su complicidad, pudo fregarles a todos ustedes. Recordarán cómo en la noche de ayer, actuando en el seno de la confianza, les declaré el propósito justiciero en que estaba con respecto a las subversiones del Coronel Domiciano de la Gándara. Fuera de este recinto han sido divulgadas las palabras que profirió en el seno de la amistad Santos Banderas. Ustedes van a instruirme, en cuanto a la pena que corresponde a este divulgador de mis secretos. Han sido citados los testigos de su defensa, y si lo autorizan, se les hará comparecer y oirán sus descargos. Según tiene manifestado, una mundana con sonambulismo le adivinó el pensamiento. Con antelación, esta niña había estado sometida a los pases magnéticos de un cierto Doctor Polaco. ¡Estamos en un folletín de Alejandro Dumas! Ese Doctor que magnetiza y desenvuelve la visión profética en las niñas de los congales, es un descendiente venido a menos de José Bálsamo. ¿Se recuerdan ustedes la novela? Un folletín muy interesante. ¡Lo estamos viviendo! ¡El Licenciadito Veguillas, observen no más, émulo del genial mulato! Mérito va a decirnos adónde emigraba en compañía del rebelde Coronel Domiciano de la Gándara.

Hipaba Nachito:

—Pues no más que salíamos platicando de un establecimiento.

—¿Los dos briagos?

—¡Patroncito, dimanante de las ferias, es una pura farra toda Santa Fe! Pues no más aquel macaneador, tal como íbamos, da una espantada y se mete por una puerta, que mérito mérito la abría un encamisado. Y en el atolondro, yo metí detrás las orejas como un guanaco.

—¿Puede manifestarnos el establecimiento donde se habían juntado para la farra?

—Mi Generalito, no me sonroje, que es un lugar muy profano para nombrarlo en esta Sala de Audiencia. Ante su noble figura patricia, mi cara se cubre de vergüenza.

—Conteste a la pregunta. ¿En qué crápula se halló con el Coronel de la Gándara y qué confidencias tuvieron en ese presunto lugar? Licenciadito, usted conocía la orden de arresto, y con alguna palabra pronunciada durante la

embriaguez, puso en sospecha al fugado.

—¿Mi lealtad de tantos años no me acredita?

—Pudo ser un acto irreflexivo, pero el estado de alcoholismo no es atenuante en el Tribunal de Santos Banderas. Usted es un briago que se pasa las noches de farra en los lenocinios. Sepa que todos sus pasos los conoce Santos Banderas. Le antepongo que solamente con la verdad podrá desenojarme. Licenciadito, quiero tenderle una mano y sacarle de la ciénaga donde cornea atorado, porque el delito de traición apareja una penalidad muy severa en nuestros Códigos.

—Señor Presidente, hay enredos en la vida que sobrecogen y hacen cavilar, enredos que son una novela. La noche de autos he visitado a una gatita que lee los pensamientos.

—¿Y una gatita con tanta ciencia está en un lenocinio para que usted la festeje?

—Pues la pasada noche así sucedió en lo de Cucarachita. Quiero declararlo todo y desahogar mi conciencia. Estábamos los dos pecando. ¡Noche de Difuntos era la de ayer, Generalito! Valedores, por mi honor lo garanto, aquella morocha tenía un cirio bendito desvelándole los misterios. ¡Leía los pensamientos!

—Licenciadito, esas son quimeras alcohólicas, pues la pasada noche se hallaba usted totalmente briago cuando entró con la chinita. Me ha sido usted traidor, divulgando mis secretos en vitando comercio con una mundana, y por primera providencia, para templar esa carne tan ardorosa, le está indicado el cepo. Licenciadito, reléguese a un rincón, arrodíllese y procure elevar el pensamiento al Ser Supremo. Estos amigos dilectos van a juzgarle, y de sus deliberaciones puede salirle una sentencia de muerte. Licenciadito, van a comparecer los testigos que ha nominado en su defensa, y si le favorecen sus declaraciones, será para mí de sumo beneplácito. Señor Coronel López de Salamanca, luego luego, ejecute las diligencias para que acudan a esclarecernos la niña mundana y el Doctor Polaco.

III

EL Coronel Licenciado López de Salamanca, arrestándose a un canto de la puerta, hizo entrar al Doctor Polaco. Detrás, pisando de puntas, asomó Lupita la Romántica. El Doctor Polaco, alto, patilludo, gran frente, melena de

sabio, vestía de fraque, con dos bandas al pecho y una roseta en la solapa. Saludó con una curvatura pomposa y escenográfica, colocándose la chistera bajo el brazo:

—Presento mis homenajes al Supremo Dignatario de la República. Michaelis Lugín, Doctor por la Universidad del Cairo, iniciado en la Ciencia Secreta de los Brahmanes de Bengala.

—¿Profesa usted las doctrinas de Allan Kardec?

—Soy no más un modesto discípulo de Mesmer. El espiritismo allankardiano es una corruptela pueril de la antigua nigromancia. Las evocaciones de los muertos se hallan en los papiros egipcios y en los ladrillos caldeos. La palabra con que son designados estos fenómenos se forma de dos griegas.

—¡Este Doctorcito se expresa muy doctoralmente! ¿Y gana la plata con su título de Profeta del Cairo?

—Señor Presidente, mi mérito, si alguno tengo, no está en ganar plata y amontonar riquezas. He recibido la misión de difundir las Doctrinas Teosóficas y preparar al pueblo para una próxima era de milagros. El Nuevo Cristo arrastra su sombra por los caminos del Planeta.

—¿Reconoce haber dormido a esta niña con pases magnéticos?

—Reconozco haber realizado algunas experiencias. Es un sujeto muy remarcable.

—Puntualice cada una.

—El Señor Presidente, si lo desea, puede ver el programa de mis experiencias en los Coliseos y Centros Académicos de San Petersburgo, Viena, Nápoles, Berlín, París, Londres, Lisboa, Río Janeiro. Últimamente se han discutido mis teorías sobre el karma y la sugestión biomagnética en la gran Prensa de Chicago y Filadelfia. El Club Habanero de la Estrella Teosófica me ha conferido el título de Hermano Perfecto. La Emperatriz de Austria me honra frecuentemente consultándome el sentido de sus sueños. Poseo secretos que no revelaré jamás. El Presidente de la República Francesa y el Rey de Prusia han querido sobornarme durante mi actuación en aquellas capitales. ¡Inútilmente! *El Sendero Teosófico* enseña el menosprecio de honores y riquezas. Si se me autoriza, pondré mis álbumes de fotografías y recortes a las órdenes del Señor Presidente.

—¿Y cómo doctorándose en tan austeras doctrinas, y con tan alto grado en la iniciación teosófica, corre la farra por los lenocinios? Sírvase iluminarnos con su ciencia y justificar la aparente aberración de esa conducta.

—Permítame el Señor Presidente que solicite el testimonio de la Señorita Médium. Señorita, venciendo el natural rubor, manifieste a los señores si ha mediado concupiscencia. Señor Presidente, el interés científico de las experiencias biomagnéticas, sin otras derivaciones, ha sido norma de mi actuación. He visitado ese lugar porque me habían hablado de esta Señorita. Deseaba conocerla y, si era posible, trascender su vida a otro círculo más perfecto. ¿Señorita, no le propuse a usted redimirla?

—¿Pagarme la deuda? El que toda la noche no paró con esa sonsera fue el Licenciado.

—¡Señorita Guadalupe, recuerde usted que como un padre la he propuesto acompañarme en la peregrinación por el Sendero!

—¡Sacarme en los teatros!

—Mostrar a los públicos incrédulos los ocultos poderes demiúrgicos que duermen en el barro humano. Usted me ha rechazado, y he tenido que retirarme con el dolor de mi fracaso. Señor Presidente, creo haber disipado toda sospecha referente a la pureza de mis acciones. En Europa, los más relevantes hombres de ciencia estudian estos casos. El Mesmerismo tiene hoy su mayor desenvolvimiento en las Universidades de Alemania.

—Va usted a servirse repetir, punto por punto, las experiencias que la pasada noche realizó con esa niña.

—El Señor Presidente me tiene a sus órdenes. Repito que puedo ofrecerle un programa selecto de experiencias similares.

—Esa niña, en atención a su sexo, será primeramente interrogada. El Licenciado Veguillas tiene manifestado como evidente que en determinada circunstancia le fue sustraído el pensamiento por los influjos magnéticos de la interfecta.

La niña del trato bajaba los ojos a las falsas pedrerías de sus manos:

—A tener esos poderes, no me vería esclava de un débito con la Cucaracha. Licenciadito, vos lo sabés.

—Lupita, para mí has sido una serpiente biomagnética.

—¡Que así me acusés vos, con todito que os di el amoníaco!

—Lupita, reconoce que estabas la noche pasada con un histerismo magnético. Tú me leiste el pensamiento cuando alborotaba en el baile aquel macaneador de Domiciano. Tú le diste el santo para que se volase.

—¡Licenciado, si estaban los dos ustedes puritos briagos! Yo quise no más verlos fuera de la recámara.

—Lupita, en aquella hora tú me adivinaste lo que yo pensaba. Lupita, tú tienes comercio con los espíritus. ¿Negarás que te has revelado médium cuando te durmió el Doctor Polaco?

—Efectivamente, esta Señorita es un caso muy remarcable de lucidez magnética. Para que la distinguida concurrencia pueda apreciar mejor los fenómenos, la Señorita Médium ocupará una silla en el centro, bajo el lampadario. Señorita Médium, usted me hará el honor.

La tomó de la mano y, ceremonioso, la sacó al centro de la sala. La niña, muy honesta, con pisar de puntas y los ojos en tierra, apenas apoyaba el teclado de las uñas suspendida en el guante blanco del Doctor Polaco.

IV

—¡CHAC! ¡Chac!

Tenía una verde senectud la mueca humorística de la momia indiana. El Doctor Polaco sacó del fraque la vara mágica, forjada de siete metales, y con ella tocó los párpados de Lupita: Finalizó con una gran cortesía, saludando con la vara mágica. Entre suspiros, enajenose la daifa. Veguillas, arrodillado en un rincón, esperaba el milagro: Iba a resplandecer la luz de su inocencia: Lupita y el farandul le apasionaban en aquel momento con un encanto de folletín sagrado: Oscuramente, de aquellos misterios, esperaba volver a la gracia del Tirano. Se estremeció. La mueca verde mordía la herrumbre del silencio:

—¡Chac! ¡Chac! Va usted a servirse repetir, punto por punto, como creo haberle indicado, las experiencias que la noche de ayer realizó con la niña de autos.

—Señor Presidente, tres formas adscritas al tiempo adopta la visión telepática. Pasado, Actual, Futuro. Este triple fenómeno rara vez se completa en un médium. Aparece disperso. En la Señorita Guadalupe, la potencialidad telepática no alcanza fuera del círculo del Presente. Pasado y Venidero son para ella puertas selladas. Y dentro del fenómeno de su visión telepática, el ayer más próximo es un remoto pretérito. Esta Señorita está imposibilitada, absolutamente, para repetir una anterior experiencia. ¡Absolutamente! Esta Señorita es un médium poco desenvuelto: ¡Un diamante sin lapidario! El Señor Presidente me tiene a sus órdenes para ofrecerle un programa selecto de experiencias similares, en lo posible.

La acerba mueca llenaba de arrugas la máscara del Tirano:

—Señor Doctor, no se raje para dar satisfacción al deseo que le tengo manifestado. Quiero que una por una repita todas las experiencias de anoche en el lenocinio.

—Señor Presidente, solo puedo repetir experimentos parejos. La Señorita Médium, no logra la mirada retrospectiva. Es una vidente muy limitada. Puede llegar a leer el pensamiento, presenciar un suceso lejano, adivinar un número en el cual se sirva pensar el Señor Presidente.

—¿Y con tantos méritos de perro sabio se prostituye en una casa de trato?

—La gran neurosis histérica de la ciencia moderna podría explicarlo. Señorita, el Señor Presidente se dignará elegir un número con el pensamiento. Va usted a tomarle la mano y a decirlo en voz alta, que todos lo oigamos. Voz alta y muy clara, Señorita Médium.

—¡Siete!

—Como siete puñales.

Gimió en su destierro Nachito:

—¡Con ese juego ilusorio me adivinaste ayer el pensamiento!

Tirano Banderas se volvió, avinagrado y humorístico:

—¿Por qué visita los malos lugares, mi viejo?

—Patroncito, hasta en música está puesto que el hombre es frágil.

El Tirano, recogiéndose en su gesto soturno clavó los ojos con suspicaz insistencia en la pendejuela del trato. Desmayada en la silla, se le soltaban los peines y el moño se le desbarata en una cobra negra. Tirano Banderas se metió en la rueda de compadres:

—De chamacos hemos visto estos milagros por dos reales. Tantos diplomas, tantas bandas y tan poca suficiencia. Se me está usted antojando un impostor, y voy a dar órdenes para que le afeiten en seco la melena de sabio alemán. No tiene usted derecho a llevarla.

—Señor Presidente, soy un extranjero acogido en su exilio bajo la bandera de esta noble República. Enseño la verdad al pueblo, y le aparto del positivismo materialista. Con mis cortas experiencias, adquiere el proletariado la noción tangible de un mundo sobrenatural. ¡La vida del pueblo se ennoblece cuando se inclina sobre el abismo del misterio!

—Don Cruz, por lo lindo que platica le hará no más la rasura de media cabeza.

El Tirano remejía su mueca con avinagrado humorismo, mirando al fámulo

rapista, que le presentaba un bodrio peludo, suspendido en el prieto racimo de los dedos.

—¡Es peluca, patrón!

V

LA niña del trato se despertaba suspirante, salía a las fronteras del mundo con lívido pasmo, y en el pináculo de la escalerilla, la momia indiana apuntaba su catalejo sobre la ciudad. El guiño desorbitado de las luminarias brizaba clamorosos tumultos de pólvoras, incendios y campanas, con apremiantes toques de cornetas militares:

—¡Chac! ¡Chac! ¡Zafarrancho tenemos! Don Cruz, andate a disponerme los arreos militares.

El guaita de la torre ha desclavado su bayoneta de la luna, y dispara el fusil en la oscuridad poblada de alarmas. El reloj de Catedral difunde la rueda sonora de sus doce campanadas, y sobre la escalerilla dicta órdenes el Tirano:

—Mayor del Valle, tome usted algunos hombres, explore el campo y observe por qué cuarteles se ha pronunciado el tiroteo.

Cuando el Mayor del Valle salía por la puerta, entraba el fámulo, que, abiertos los brazos, con pinturera morisqueta, portaba en bandeja el uniforme, cruzado con la matona de su Generalito Banderas. Se han dado de bruces, y rueda estruendosa la matona. El Tirano, chillón y colérico, encismado, batió con el pie, haciendo temblar escalerilla y catalejo.

—¡Sofregados, ninguno la mueva! ¡Vaya un augurio! ¿Qué enigma descifra usted, Señor Doctor Mágico?

El farandul, con nitidez estática, vio la sala iluminada, el susto de los rostros, la torva superstición del Tirano. Saludó:

—En estas circunstancias, no me es posible formular un oráculo.

—¿Y esta joven honesta, que otras veces ha mostrado tan buena vista, no puede darnos referencia, en cuanto al tumulto de Santa Fe? Señor Doctor, sírvase usted dormir e interrogar a la Señorita Médium. Yo paso a vestirme el uniforme. ¡Que ninguno toque mi espada!

Un levantado son de armas rodaba por los claustros luneros, retenes de tropas acudían a redoblar las guardias. La morocha del trato suspira bajo los pases magnéticos del pelón farandul, vuelto el blanco de los ojos sobre el

misterio:

—¿Qué ve usted, Señorita Médium?

VI

EL reloj de Catedral enmudece. Aún quedan en el aire las doce campanadas, y espantan la cresta los gallos de las veletas. Se consultan sobre los tejados los gatos, y asoman por las guardillas bultos en camisa. Se ha vuelto loco el esquilón de las Madres. Por el Arquillo cornea una punta de toros y los cabestros en fuga tolondrean la cencerra. Estampidos de pólvora. Militares toques de cornetas. Un tropel de monjas pelonas y encamisadas acude con voces y devociones a la profanada puerta del convento. Por remotos rumbos ráfagas de tiroteos. Revueltos caballos. Tumultos con asustados clamores. Contrarias mareas del gentío. Los tigres, escapados de sus jaulones, rampan con encendidos ojos por los esquinales de las casas. Por un terradillo blanco de luna, dos sombras fugitivas arrastran un piano negro. A su espalda, la bocana del escotillón vierte borbotones de humo entre lenguas rojas. Con las ropas incendiadas, las dos sombras, cogidas de la mano, van en un correr por el brocal del terradillo, se arrojan a la calle cogidas de la mano. Y la luna, puesta la venda de una nube, juega con las estrellas a la gallina ciega, sobre la revolucionada Santa Fe de Tierra Firme.

VII

LUPITA la Romántica suspira en el trance magnético, con el blanco de los ojos siempre vuelto sobre el misterio.

Epílogo

I

—¡CHAC! ¡Chac!

El Tirano, cauto, receloso, vigila las defensas, manda construir fajinas y parapetos, recorre baluartes y trincheras, dicta órdenes:

—¡Chac! ¡Chac!

Encorajinándose con el poco ánimo que mostraban las guerrillas, jura castigos muy severos a los cobardes y traidores: Le contraría fallarse de su primer propósito, que había sido caer sobre la ciudad revolucionada y ejemplarizarla con un castigo sangriento. Rodeado de sus ayudantes, con taciturno despecho, se retira del frente luego de arengar a las compañías veteranas, de avanzada en el Campo de la Ranita:

—¡Chac! ¡Chac!

II

ANTES del alba se vio cercado por las partidas revolucionarias y los batallones sublevados en los cuarteles de Santa Fe. Para estudiar la positura y maniobra de los asaltantes subió a la torre sin campanas: El enemigo, en difusas líneas, por los caminos crepusculares, descubría un buen orden militar: Aún no estrechaba el cerco, proveyendo a los aproches con paralelas y trincheras. Advertido del peligro, extremaba su mueca verde Tirano Banderas. Dos mujerucas raposas, cavaban con las manos, en torno del indio soterrado hasta los ijares en la campa del convento:

—¡Ya me dan por caído esas comadritas! ¿Qué hacés vos, cendnela pendejo?

El centinela apuntó despacio:

—Están mal puestas para enfilarlas.

—¡Ponle al cabrón una bala y que se repartan la cuera!

Disparó el centinela, y suscitose un tiroteo en toda la línea de avanzadas. Las dos mujerucas quedaron caídas en rebujo, a los flancos del indio, entre los humos de la pólvora, en el aterrorizado silencio que sobrevino tras la ráfaga de plomo. Y el indio, con un agujero en la cabeza, agita los brazos, despidiendo a las últimas estrellas.

El Generalito:

—¡Chac! ¡Chac!

III

EN la primera acometida se desertaron los soldados de una avanzada, y desde la torre fue visto del Tirano:

—¡Puta madre! ¡Bien sabía yo que al tiempo de mayor necesidad, habíais de rajaros! ¡Don Cruz, tú vas a salir profeta!

Eran tales dichos porque el fámulo rapabarbas, le soplaba frecuentemente en la oreja cuentos de traiciones. A todo esto no dejaban de tirotearse las vanguardias, atentos los insurgentes a estrechar el cerco para estorbar cualquier intento de salida por parte de los sitiados. Habían dispuesto cañones en batería, pero antes de abrir el fuego, salió de las filas, sobre un buen caballo, el Coronelito de la Gándara. Y corriendo el campo a riesgo de su vida, daba voces intimando la rendición. Injuriábale desde la torre el Tirano:

—¡Bucanero cabrón, he de hacerte fusilar por la espalda!

Sacando la cabeza sobre los soldados alineados al pie de la torre, les dio orden de hacer fuego. Obedecieron, pero apuntando tan alto, que se veía la intención de no causar bajas:

—¡A las estrellas tiráis, hijos de la chingada!

En esto, dando una arremetida más larga de lo que cuadraba a la defensa, se pasó al campo enemigo el Mayor del Valle. Gritó el Tirano:

—¡Solo cuervos he criado!

Y dictando órdenes para que todas las tropas se encerrasen en el convento, dejó la torre. Pidió al rapabarbas la lista de sospechosos, y mandó colgar a quince, intentando con aquel escarmiento contener las deserciones:

—¡Piensa Dios que cuatro pendejos van a ponerme la ceniza en la frente! ¡Pues engañado está conmigo!

Hacía cuenta de resistir todo el día, y al amparo de la noche intentar una

salida.

IV

MEDIADA la mañana, habían iniciado el fuego de cañón las partidas rebeldes y en poco tiempo abrieron brecha para el asalto. Tirano Banderas intentó cubrir el portillo, pero las tropas se le desertaban, y tuvo que volver a encerrarse en sus cuarteles. Entonces, juzgándose perdido, mirándose sin otra compañía que la del fámulo rapabarbas, se quitó el cinto de las pistolas, y salivando venenosos verdes, se lo entregó:

—¡El Licenciadito concertista, será oportuno que nos acompañe en el viaje a los infiernos!

Sin alterar su paso de rata fisgona, subió a la recámara donde se recluía la hija. Al abrir la puerta oyó las voces adementadas:

—¡Hija mía, no habés vos servido para casada y gran señora, como pensaba este pecador que horita se ve en el trance de quitarte la vida que te dio hace veinte años! ¡No es justo quedés en el mundo para que te gocen los enemigos de tu padre, y te baldonen llamándote hija del chingado Banderas!

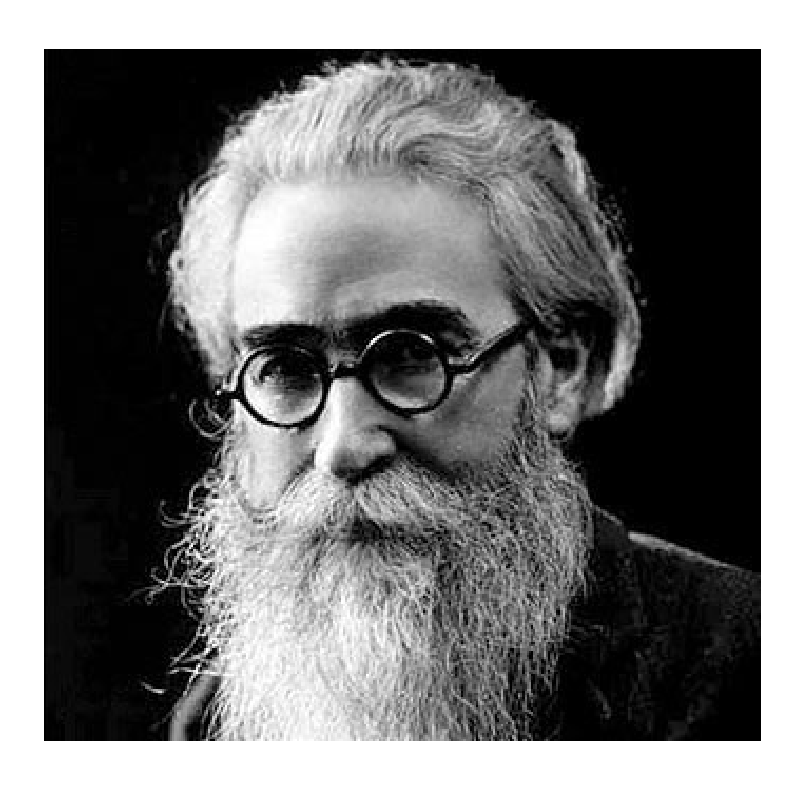
Oyendo tal, suplicaban despavoridas las mucamas que tenían a la loca en custodia. Tirano Banderas las golpeó en la cara:

—¡So chingadas! ¡Si os dejo con vida, es porque habés de amortajármela como un ángel!

Sacó del pecho un puñal, tomó a la hija de los cabellos para asegurarla y cerró los ojos.—Un memorial de los rebeldes dice que la cosió con quince puñaladas.

V

TIRANO Banderas salió a la ventana, blandiendo el puñal, y cayó acribillado. Su cabeza, befada por sentencia, estuvo tres días puesta sobre un cadalso con hopas amarillas, en la Plaza de Armas: El mismo auto mandaba hacer cuartos el tronco y repartirlos de frontera a frontera, de mar a mar. Zamalpoa y Nueva Cartagena, Puerto Colorado y Santa Rosa del Titipay, fueron las ciudades agraciadas.



Éste que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: don Ramón del Valle-Inclán.

Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fui hermano converso en un monasterio de cartujos y soldado en tierras de Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se engancharon en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna (…)

Hoy marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos, divierto penas y desengaños comentando las memorias amables, que empezó a escribir en la emigración mi noble tío el marqués de Bradomín (…) Todos los años, el día de difuntos, mando decir misas por el alma de aquel gran señor, que era feo, católico y sentimental. Cabalmente yo también lo soy y esta semejanza todavía le hace más caro a mi corazón (…)

Así se presentaba Valle-Inclán en 1903 en las páginas de la revista *Alma Española*. Así comenzaba también a crearse la leyenda que ha ido velando hasta desfigurar, casi borrar, la auténtica personalidad del escritor, que con lucidez afirmaba: *Llevo sobre mi rostro cien máscaras de ficción (…) Acaso mi verdadero gesto no se ha revelado todavía. Acaso no pueda revelarse nunca bajo tantos velos acumulados día a día y tejidos por todas mis horas* (*La Lámpara*

Maravillosa, OC., III).

Notas

[1] Esta edición de las *Obras completas* de Ramón del Valle-Inclán, está íntegramente financiada por la Fundación José Antonio de Castro, y se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación: «La obra y el legado manuscrito de Valle-Inclán: estudios y ediciones» (MEC FF12015-70845-R; asimismo en el Programa del Plan Galego de IDT de la Xunta de Galicia: PC2014/039). <<

[2] Valle-Inclán citaba probablemente de memoria, de ahí los deslices que hemos enmendado en su lugar, sustituyendo el verso citado por el original del autor francés: *A-noir, E-blanc, I-rouge, U-vert, O-bleu*. <<

[3] Creo haber demostrado en otro lugar que esta fecha es un simple lapsus del escritor, bastante común, por otra parte, cuando se escribe a principios de un nuevo año y por inercia se pone la fecha del recién terminado. De modo que la fecha correcta, a mi juicio, seria 10-01-1916 (Santos Zas, 2016: 22-23). <<

[4] Caamaño Bournacell (1966), Matilla Rivas (1974), Varela Jácome (1991), López Casanova (1995 y 2000), De Juan Bolufer (2000a y 2000b), Santos Zas (2011). <<

[5] Para el estudio de las fuentes de la novela, véanse, entre otros, Varela Jácome (1986), González del Valle (2001) o Dougherty (1999 y 2011), así como en el estudio preliminar de Zamora Vicente (1993), a cuyos trabajos, citados en la bibliografía final, remito. <<

[6] Este trabajo pionero de la estructura de *Tirano Banderas* ha sido asumido en términos generales por la crítica posterior. Véase al respecto la edición crítica de la novela de Zamora Vicente, concretamente su Introducción (17-20). Para un desarrollo pormenorizado con esquemas muy útiles, remito al estudio introductorio de Juan Rodríguez a su edición de la novela (LV-LIX). <<

[7] Se refiere a la arquitectura que se impuso en las prisiones en el siglo XIX, y que permitía vigilar sin ser visto. <<

[8] Dru Dougherty (1999: 76) identifica cuatro narradores que tratan de imponer perspectiva y su discurso narrativo, y caracteriza al narrador-cronista: «este narrador narra, sirviéndose del pretérito imperfecto que lo sitúa todo en un tiempo pasado y continuo […]. Disponiendo de todos los datos que no aparecen hasta más tarde, el cronista narra desde un tiempo posterior a los sucesos. Sabe perfectamente quiénes eran los protagonistas, dónde estaba la acción y hasta cómo era el terreno que pisaba. Tal vez su rasgo más característico sea la tendencia a textualizar los datos que introduce en la narración, evidente recurso para fortalecer su autoridad». Compárese con el estudio de los narradores que hace Amparo de Juan (2000a: 327-352); y Baamonde Traveso (1993). <<

[9] La cita es de Zamora Vicente, que en su edición crítica dedica atención al lenguaje de *Tirano Banderas*. Su complejidad, variedad y riqueza constituyen su principal atractivo pero también su mayor dificultad. De ahí el interés de su edición, que aporta numerosas notas léxicas. Ver también el glosario final de J. Rodríguez en la suya anotada (221-235) y, por último, el extenso apéndice que incluye el vol. II de Valle-Inclán (2002). <<